

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

XIII

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO XIII

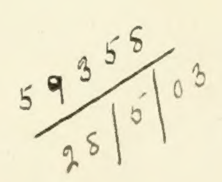
CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

SÉPTIMA Y ÚLTIMA SECCIÓN

COMEDIAS NOVELESCAS

PRIMERA SECCIÓN





MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
PASEO DE SAN VICENTE, NÚMERO 20
1902

EJEMPLAR NÚM. 165

DE

MR. H. WELTER

CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

SÉPTIMA Y ULTIMA SECCIÓN

COMEDIAS NOVELESCAS

PRIMERA SECCIÓN



OBSERVACIONES PRELIMINARES

OBSERVACIONES PRELIMINARES.

I.—EL MARQUÉS DE LAS NAVAS.

Lord Holland poseía el manuscrito autógrafo de esta comedia, del cual se publicó un facsímile en la obra intitulada *Chefs-d'œuvre des théâtres étrangers* (primer tomo de Lope de Vega, 1829). En la primera de las dos láminas que componen este facsímile se estampa la firma del gran poeta, precedida de la fecha de la comedia: «*Laus Deo et M. V. En Madrid, 22 de Abril de* 1624.—*Lope de Vega Carpio.*» Tan fehaciente testimonio echa por tierra la caprichosa atribución de dicha pieza al Dr. Mira de Amescua en la *Parte octava de comedias escogidas de los mejores ingenios de España* (1657).

No estando á nuestro alcance el precioso original de *Holland House*, hemos tenido que reproducir el texto, no siempre satisfactorio, de la rarísima *Parte XXII* de Zaragoza, 1630, que pertenece al número de las llamadas *extravagantes* ó de fuera de Madrid; cotejándola con la ya citada *Parte octava de varios autores*, y con la moderna reimpresión de D. Juan Eugenio Hartzenbusch en el tomo IV de las *Comedias de Lope.*

Singularísima comedia es ésta. Su acción pertenece en gran parte al mundo sobrenatural, y, sin embargo, son contemporáneos y amigos de Lope varios de los personajes que en ella intervienen, comenzando por el protagonista mismo. Llamóse éste D. Pedro Dávila, Marqués de las Navas. De su padre, que gozó fama de protector de las artes y de las letras, había sido Lope secretario antes de 1588, según consta por su propia declaración en el proceso sobre libelos contra unos cómicos, publicado en 1901 y sagazmente ilustrado por D. Cristóbal Pérez Pastor. A nueve días de Enero de dicho año declaró Lope que «hasta ahora ha servido al Marqués de las Navas de secretario, y agora se está en casa de sus padres, porque como el Marqués está en Alcántara no quiso ir con él» (1). También el D. Felipe

(1) *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos.* Madrid, imp. de Fortanet, 1901. Página 46.

de Córdoba y el D. Enrique Dávila, Marqués de Povar, hermano del de las Navas, son figuras reales y bien conocidas en la historia anecdótica de aquellos tiempos. Todas las escenas en que se pintan los devaneos, bizarrías y travesuras nocturnas del Marqués, tienen tal sello de exactitud, que bien se ve que Lope no hizo más que poner por escrito sus recuerdos juveniles. A este Marqués, pues, aconteció el caso maravilloso que sirve de argumento á esta comedia, y que seis años antes había referido de este modo el Maestro Vicente Espinel en la *Relación segunda de la vida del escudero Marcos de Obregón:*

«¿Luego no suelen venir los muertos á hablar con los vivos?—No por cierto (respondí yo), sino quando por algun negocio de mucha importancia les da Dios licencia para ello, como en aquel caso tan estupendo, y digno de saberse, que le passó al Marqués de las Navas, que habló con un muerto, á quien él habia quitado la vida; pero vino á cosas que le importaban para la quietud y reposo de su alma. Es caso que todos los que vemos en los libros antiguos no tienen tan assentada verdad como este (reservando aquellos de que las divinas letras hazen mencion), porque passó en nuestros dias, y á un tan gran caballero y tan amigo de verdad, y en presencia de testigos, que hay algunos vivos agora, que ni á él ni á ellos, aun siendo verdad, les importa nada confesallo. —¿A cuál Marqués? (preguntó el hermitaño). —Al que agora vive (respondí yo), don Pedro de Avila.—Si no se cansa Vm. (dixo el buen hombre), y aunque se canse, cuéntelo como passó; que cosa tan espantosa, y de nuestros dias, es bien que todos la sepan. —Bien divulgada está (dixe yo), pero porque no se quede en el sepulcro con el muerto, es bien dezilla, y hacer particular memoria de cosa que tanta apariencia tiene de verdad; y no me afirmara en ella si no la hubiera oydo de la boca de un tan gran caballero como el mismo Marqués, y á su hermano el señor don Enrique de Guzman, Marqués de Povar, Gentilhombre de la Cámara del potentísimo rey don Felipe Tercero de las Españas, en cuyo palacio nunca se ha hallado lugar á la adulacion ni mentira.....

»Estando el Marqués preso por mandado de su Rey en San Martin de Madrid, monasterio de la Orden de San Benito, y visitándole sus amigos, grandes caballeros, muchas veces, ó siempre, se quedaban de noche acompañándole, particularmente el señor don Enrique, Marqués de Povar, su hermano, y el señor don Felipe de Córdoba, hijo del señor don Diego de Córdoba, Caballerizo mayor de Felipe Segundo, y una noche, entre muchas, dióles gana de yrse á passear al Marqués y á don Felipe: fueron hacia el barrio de Lavapiés, y estando hablando por una ventana, dixo el Marqués:—Esperadme aquí, que voy á aquella callejuela á cierta necesidad natural: halló en ella dos hombres en las dos esquinas, que no le dexaron passar. El Marqués dixo:—Vuessas mercedes sepan que voy con esta necessidad; y fué á pasar contra su gusto. Arrojóle uno dellos una estocada, y el Marqués otra á el propio: cada uno pensó que dexaba muerto al otro. Con el mismo movimiento que le sacó el Marqués la espada, que tenia la guarnicion en el pecho, le dió al otro una cuchillada con que le abrió la cabeza. Quedáronse los dos que no pudieron moverse; el de la estocada muerto, aunque en pie, y el de la herida fuera de sí.

Fuese el Marqués y llamó á don Felipe, y fuéronse á San Martin. Estando allá, pareciéndole que dormir sin averiguar lo que habia passado era yerro, contóselo, y los dos determinaron de yr. Fué el Marqués con ellos, que no quiso que fuessen sin él, y hallaron alborotado el barrio, diziendo que habian muerto allí dos hombres. Volviéronse, sin hallar en el sitio (donde habia passado) otra cosa sino dos lienzos ensangrentados. El que habia quedado con la herida fuesse á Toledo, y desde allí envió á saber si el Marqués era muerto, que lo habia conocido quando le dió la estocada, y curándose lo mejor que pudo vino á morir de la herida: hizo testamento antes, y como supo que el Marqués no habia recibido daño (porque la estocada habia sido á soslayo), dexólo por su testamentario. Supo el Marqués esto por relacion de un religioso, que se lo vino á dezir quién era el que lo dexaba por testamentario. Dentro de cinco ó seys dias despues de muerto este hombre, estando el Marqués acostado en su cama, y don Enrique, su hermano, y don Felipe de Córdoba en el mismo aposento en otra cama, cerrada la puerta para dormir, llegaron y le quitaron la ropa de la misma cama. El Marqués dixo: «Quitaos allá, don Enrique.» Y respondió la persona que era, con una voz ronca y llena de horror: «No es don Enrique.» Escandalizado el Marqués, se levantó muy de priessa, y desenvainando la espada que tenia á la cabecera, tiró tantas cuchilladas, que le preguntó don Felipe: «¿Qué es aquello?» «El Marqués mi hermano es (respondió don Enrique) que anda á cuchilladas con un muerto.» Él dió cuanto pudo, hasta que se cansó, sin topar en cosa, sino algunas en las paredes. Abrió la puerta y tornó á verlo fuera, y con la misma priessa fué dando cuchilladas hasta que llegó á un rincon donde habia escuridad, y entonces dixo la sombra: «Basta, señor Marqués, basta, y véngase conmigo, que le tengo que dezir.» El Marqués le siguió, y á él los dos caballeros, su hermano y don Felipe. Baxóle abaxo, y diziendo al Marqués qué le quería, respondió que mandasse que los dexassen solos, que no podia hablar delante de testigos. Él, aunque de mala gana, les dixo que se quedassen, mas ellos no quisieron. Al fin, la sombra se entró en cierta bóveda donde habia huessos de muertos: entró el Marqués tras della, y en pisando los huesos le fué discurriendo por los suyos tan grande temor, que le fué forzoso salirse fuera á respirar y tomar aliento, lo cual hizo por tres vezes. Lo que le quería, y pudo el Marqués con la turbacion percibir, era que, en pago de la muerte que le habia dado, le hiziesse aquel bien de cumplir lo que en su testamento dexaba, que era una restitucion, y poner una hija suya en estado. Hubo en esto dares y tomares entre el Marqués y la sombra, segun dixeron los testigos y confiessa el Marqués, que siendo tan hermoso de rostro, blanco y roxo, como sus hermanos, desde esta noche quedó como está agora, sin ningun color, y quebrantado el mismo rostro. Dize que le vino á hablar otras vezes, y que antes que viniesse le daba un frio y temblor que no podia sostenerse. Al fin cumplió lo que le pidió, y nunca más le apareció. Si fué el mismo espíritu suyo, ó del Angel de su guarda, ó Angel bueno ó malo, dispútenlo los señores theólogos; que para mi bástame haberlo oido de la boca de un tan gran caballero como el Marqués y don Enrique, su hermano, para tener el caso por más cierto, y que

por cosas tan particulares, que importan la salvacion de su alma, suele el Señor del cielo y tierra dar licencia para semejantes negocios; que no son éstas de las cosas que algunos Autores Gentiles dizen de llamar las almas para hazerles preguntas, como hazia Empedocles y Apion Gramático, que llamó la sombra de Homero y no osó dezir lo que le habia respondido; que éstas eran artes de la Necromancia, de que dize Ciceron que fingian cuerpos de aquellos que ya estaban quemados, y les daban alguna forma ó figura; porque el espíritu por sí era incapaz de ser visto, que todas eran artes del demonio, y acudian á lo que le pedian como poderoso, permitiéndoselo Dios; que sin esta permision no podia hacerlo. Y quanto al venir de los muertos, con dispensacion de Dios, no se puede negar haber succedido algunas vezes; no porque anden vagando por el mundo, que sus lugares tienen señalados, ó en el cielo, ó en el infierno, ó en el purgatorio. Y si he sido prolixo en este cuento contra mi condicion y estilo, es porque cosas tan graves se han de dezir con la sencillez y llaneza con que passaron, sin dorarlo ni desdorarlo» (1).

La comedia de Lope difiere tan poco de la relación de Espinel, que pudiera creerse fundada en ella, á no tratarse de una anécdota contemporánea que á nuestro poeta debia de serle tan conocida como á su maestro. Sólo añadió lo indispensable para la fábula dramática, es decir, la historia del toledano Leonardo, que abandonando á una dama á quien había dado palabra de esposo, viene á Madrid á casarse con otra, y encuentra súbita muerte en una pendencia nocturna, á manos del Marqués de las Navas:

Yo fuí, Marqués generoso,
Un hidalgo de Toledo,
Hijo de padres muy ricos,
Á quien fianzas trajeron
Á quebrar como otros muchos.
Murió: no quedé bien puesto,
Si bien pude sustentarme
Honestamente, aunque haciendo
Algunas trampas y deudas,
Fiando el remedio al tiempo.
Díle palabra á una dama,
Con solemne juramento
(Delante del mismo Dios,
Que juzga vivos y muertos),
De ser su marido: en fin,
Neciamente se la quiebro,
Deseoso de casarme
En Madrid, adonde vengo,

(1) *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregon..... For el Maestro Vicente Espinel, capellan del Rey nuestro señor en el Hospital Real de la ciudad de Ronda. Año 1618. En Barcelona, por Gerónimo Margarit.*—8.° Páginas 132-135.

Y ella, con mil maldiciones,
Me siguió.

MARQUÉS.

¡Extraño suceso!

LEONARDO.

Llegué, Marqués, á Madrid;
Hablé, Marqués, á mi suegro;
Tengo celos de unas hachas,
Vuelvo á la calle con celos,
Sale un hombre á mí y á Antonio,
Un noble amigo que tengo;
Sobre pasar, mete mano:
Pasóme su espada el pecho.
Confiésanme en mi posada,
Van por Feliciana luego,
Cásome con ella allí,
El juramento cumpliendo.
Vuelve un criado á la calle
Con una luz; busca el suelo,
Y una cruz de oro, esmaltada
De verde, en un listón negro,
Halla entre la misma sangre.
Enséñanla á los plateros,
Y dice que es del Marqués
De las Navas, uno de ellos,
Porque era hechura del mismo.
Fué de mi muerte consuelo
Ver que á manos tan honradas,
Ya que lo fuí, fuese muerto.

MARQUÉS.

Trabarse á la guarnición
La cinta, fué causa de eso.
La cruz es una esmeralda,
Y que después la eché menos.

LEONARDO.

Hice testamento, en fin,
Y por mi albacea os dejo....
En poder de Feliciana
Hallaréis mi testamento:
Remediadla, pues podéis,
Generoso caballero.....

Varias razones hay para que esta comedia, tan bien escrita como todas las de la última manera de Lope; tan gallarda y elegante en muchos pasajes, por ejemplo las escenas del Prado y el juego de toros y cañas, que son un lindísimo cuadro de época, ó la narración en octavas reales de los juveniles amores del Marqués con Jacinta, resulte más curiosa y entretenida que trágica y solemne, como parece que

lo requería su peregrino y misterioso argumento, que pudiera servir de ejemplo moral en algún sermón de ánimas, si estuviese tratado de otra suerte. El punto flaco de la obra está en la endeblez de los principales caracteres, tan opacos é insignificantes que no merecen que las leyes de la naturaleza se quebranten por causa suya, viniendo los muertos á conversar con los vivos sólo para que se logre una vulgar restitución testamentaria. Lo sobrenatural, empleado en esta forma, con excesiva familiaridad y fútiles motivos, se degrada y empequeñece y pierde toda su virtud y eficacia poética. Un pobre diablo como Leonardo, que hace en el segundo acto el grotesco papel de un novio de entremeses ó de un *Pourceaugnac* cualquiera, que llega á decir de sí mismo al ver pasar los toros:

Si antes de pasar me corren,
¿Qué harán después que me case?

no tiene derecho de aparecerse a nadie como alma en pena; ni tampoco el mozalbete casquivano del Marqués de las Navas es sujeto digno de recibir visitas del otro mundo. De este modo, las dos apariciones del tercer acto, que en otra parte serían grandiosas, aquí degeneran en vulgar conseja. ¡Qué diferencia entre la parte fantástica de esta pieza y la de *El Infanzón de Illescas* y de *El Burlador de Sevilla*! Y, sin embargo, no sólo las situaciones, sino hasta las palabras son idénticas: la diferencia está en el temple moral de los personajes, en la fibra del rey bárbaramente justiciero ó del audaz libertino retador de vivos y muertos. Ya al analizar en el tomo IX de esta publicación la comedia de *El rey D. Pedro en Madrid*, obra indubitable para mí de nuestro Lope, hice notar esta semejanza, tan visible en los versos siguientes de *El Marqués de las Navas:*

LEONARDO.

De aquel lugar que tengo
Hasta que llegue de mi bien el día,
En espíritu vengo
Con voluntad de Dios, no con la mía.

. . . .

Este es el templo santo
De San Martín, adonde vive preso
Quien me ha de hacer bien tanto,
Porque la causa fuí de aquel exceso.....
Llamar al Marqués quiero,
De quien remedio en mi tormento espero.....
¡Cómo le oprime el sueño perezoso!

. . . .

Despierta, generoso caballero.

MARQUÉS.

Despertando sobresaltado.

Con la espada en la mano,
Ó sombras ó ladrones, os embisto.

¡Afuera digo, afuera!
Quienquiera que esté aquí, responda ó muera.....
Pedazos le he de hacer á cuchilladas.

LEONARDO.

Basta, señor Marqués, basta.

MARQUÉS.

¿Qué escucho?

MENDOZA.

¡Vive Dios, que han hablado!

MARQUÉS.

¿Quién eres?

LEONARDO.

Muerto soy.

MENDOZA.

Yo lo he quedado.....

MARQUÉS.

Si no son ilusiones del demonio,
Valor tengo tan cierto,
Que os volveré á matar después de muerto.

LEONARDO.

La iglesia derribada
Para la nueva fábrica que han hecho.....
. . . .
Dejó un confesonario,
No poco á lo que intento necesario.
Allí podréis oirme:
Tened ánimo.

MARQUÉS.

Nunca me ha faltado.

LEONARDO.

Pues bien: podéis seguirme.
. . . .

MARQUÉS.

¿Sin luz?

LEONARDO.

¿Temor adquieres?

MARQUÉS.

¿Cómo temor? Camina á do quisieres.

LEONARDO.

Pues dame aquesa mano.
. . . .

Considerada en sí misma esta escena, prescindiendo de los nombres de los personajes, no parece que las tintas sean tan apagadas y débiles como da á entender Hartzenbusch. Hay inferioridad, sin duda, respecto de *El Infanzón* y de *El Burlador*, pero no está en el poeta, sino en la materia dramática.

Hemos puesto *El Marqués de las Navas* entre las comedias históricas y en el Teatro profano de Lope, porque históricos son los personajes, y pertenecen enteramente los dos primeros actos á la comedia de amor é intriga. Pero atendiendo al tercero, podría clasificarse también entre las comedias religiosas, puesto que el principal intento del autor parece ser inculcar la devoción á las benditas ánimas del Purgatorio, y recomendar los sufragios por ellas:

> Y que miréis, os advierto,
> En hacer bien por las almas
> Que deste mundo partieron.

Para reforzar este sentido teológico de la obra, el poeta alega otras apariciones de difuntos, acreditadas por graves autores y por la piedad tradicional:

> Que á San Vicente Ferrer,
> No en sueños, sino despierto,
> Su hermana se apareció,
> Y después de un grave sueño,
> Á Santo Tomás la suya
> En París, y á un mismo tiempo
> La del cardenal Carpasis,
> Libre ya del mortal peso,
> Al obispo Severino.

II.—LA NUEVA VICTORIA DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

En la segunda lista de *El Peregrino* (1618) incluyó Lope el siguiente título: *La toma de Longo por el Marqués de Santa Cruz*. Esta comedia, debe de ser idéntica á la tragicomedia de la *Victoria del Marqués de Santa Cruz*, inserta en la Parte 25 de las de Lope (Zaragoza, 1647), cuyo texto seguimos.

La fecha de esta pieza de circunstancias se infiere fácilmente de su contexto. Hubo de ser escrita en 1624, fecha de la acción de guerra que en ella se conmemora, y que sólo entonces podía tener el interés de la novedad, puesto que era en sí de poca importancia.

El Marqués de Santa Cruz héroe de esta comedia, no es el glorioso vencedor de las islas Azores, sino un hijo suyo, llamado como él D. Alvaro de Bazán, y que se mostró digno sucesor de tan grande apellido, tomando la mejor parte en las empresas marítimas de los reinados de Felipe III y Felipe IV, como Capitán general de las galeras de Portugal (1597), de las de Nápoles (1603), de las de España (1616), y por último, como Teniente general de la mar. Durante los cuarenta años de su honrosa carrera naval fueron innumerables los encuentros y funciones de guerra en que se halló, saliendo vencedor en todos aquellos en que tuvo el mando. La empresa que Lope recuerda en esta comedia no es de las más notables, pero fué de las primeras,

y á ella siguió muy en breve la expugnación de Durazo, puerto de Albania. Asociado á los proyectos del gran Duque de Osuna, restaurador de la marina española en el Mediterráneo, triunfó en los Querquenes en 1611, incendió dentro del puerto de Túnez los bajeles de los corsarios en 1623, sostuvo esforzadamente en 1624 el empuje de cuatro galeones turcos, destruyó en el mar Adriático la escuadra de galeras de Argel y Biserta, echando á pique cuatro, incendiando tres y rindiendo las seis restantes por fuerza de armas. Y no menos afortunado contra franceses que contra turcos y piratas berberiscos, se apoderó del puerto de Génova en 1625 y conquistó las islas de Santa Margarita y San Honorato en la guerra de 1635. Varón digno de buena memoria, como otros de su tiempo, que contrarrestaron, cuanto de su parte estuvo, la ya irremediable decadencia, y salvaron el honor militar de su patria, dilatando por mucho tiempo su caída.

Puede decirse que Lope le adivinó cuando, muy joven aún, recorría triunfante el Marqués las aguas del archipiélago de Grecia en persecución de la caravana de Alejandría, y tomaba por asalto la isla de Longo, con presa que se estimó por riquísima. Escribiéronse del suceso varias relaciones, una de ellas impresa en Sevilla por Alonso Rodríguez, 1604, con este título: «*Notable victoria alcanzada por D. Álvaro de Bazan, Marqués de Santa Cruz, general de las galeras de Nápoles, en una de las islas del Archipiélago, en Levante, llamada isla de Longo, muy rica y fuerte, y como la saqueó y pegó fuego á la judería, y cautivó* 189 *esclavos y esclavas, y la muerte de Fátima, nieta de Alí-Bajá, general del Gran Turco, que se perdió en Lepanto. Consiguió esta victoria dia de Pascua de Espíritu Santo, á 6 de Julio de este presente año.*» Otra relación manuscrita, tomada de los papeles de Navarrete ha dado á conocer recientemente el Sr. Fernández-Duro (1); y como es breve y de un testigo presencial, debemos recogerla aquí para ilustración de la presente comedia, que es también una especie de gaceta rimada, tan puntual y exacta como puede juzgarse por el cotejo.

«*Relacion de lo sucedido al Marqués de Santa Cruz, general de las galeras de Nápoles, en la jornada que hizo á Levante:*

»Salió de Malta (*el Marqués*) á los 20 de Mayo, y con buen tiempo llegamos á hacer la aguada en Africa, al cabo de Buen Andrea, y de allí fuimos á reconocer la isla de Candía, y tuvimos un maestral tan reforzado, que nos obligó á dar fondo en la isla de la Cristiana, diez millas de Candía, y saliendo de allí otro dia antes de amanecer, topamos una nave veneciana, cargada en Alejandrieta y Chipre, y habiéndola reconocido, hallamos que traia ropa de turcos y judíos, y para sacarla fué menester ir á Policastro, que es en la isla de Candía. Junto al cabo Salomón dieron nueva los venecianos, que la habia en Chipre de que 50 galeras de S. M. y 23 navíos iban sobre aquella isla, y que así creian que la caravana vendria á recaudo. Por

(1) *El Gran Duque de Osuna y su marina. Jornadas contra turcos y venecianos* (1602-1624), *por el capitán de navío Cesáreo Fernández-Duro, de la Real Academia de la Historia.* Madrid, 1885. Páginas 252-257.

esto pareció á S. E., habiéndolo comunicado con el general de Malta, que debia tomar lengua en Rodas ó otra de aquellas islas de lo que habia de la caravana antes que ir á las cruceras de Alejandría ni al puerto de Caracol, porque los maestrales que reinan en aquella costa son tan grandes, que no se podria proejar con las galeras, porque aunque iban armadas cinco á cinco, como la gente era nueva, caia mucha enferma y no podian hacer fuerza. Entramos en el Archipiélago, junto á la isla de las Dos Hermanas; dimos ala á tres navíos del Duque de Florencia, y habiéndolos reconocido, nos dijeron cómo ellos, con las siete galeras de Florencia (en que venia embarcado D. Verginio Visinio) habian querido intentar ir á Negroponte, y por estar avisados no habian hecho nada; que de Negroponte habian venido estos tres navíos á San Juan de Patmos, donde les habian dicho los griegos que habia pasado por allí el Virey de Alejandría con 20 galeras á acompañar á la caravana, y que á éstos se habian de agregar la guarda de Alejandría y Chipre y Damiata, y que habian mandado que ningun caramuzalí partiese antes de la caravana, y que venian tambien cuatro galeones de la Sultana, y que el Archipiélago quedaba puesto en armas con las galeras del Duque de Florencia.

»Con esto resolvimos no ir á la caravana, por quedar inferiores en número de galeras, porque por lo menos serán 26 ó 27 las que vienen con ella, ni ir tampoco la vuelta de *Esmira*, así porque estaba puesta en arma, como porque era menester caminar en una noche 40 millas por no ser sentidos, porque Esmira está situada en lo último de un golfillo, que es tan estrecho, que aunque vayan las galeras desarboladas, si es de dia se reconocen de entrambas partes. Y así determinamos de ir á Longo, que es una isla muy fértil y rica, aunque hay más de 2.000 turcos y un castillo con baluartes y traveses á la moderna; y habiendo tratado con gente práctica si se podia tomar el castillo con escalada ó petardos, nos resolvimos á que no se intentase, por tener un foso tan grande, que en el se fabrican galeras, y puente levadizo, y 400 soldados de guarnicion dentro, que si no es por batería no se puede tomar de otra manera.

»La ciudad es cercada, con dos puertas y un arrabal grande. Ordenó S. E. que los petardos fuesen delante con 50 caballeros de San Juan, y el capitan Francisco Giner de Torres con otros 50 de su compañía, y luego el capitan Gonzalo de Vera con 200 infantes, el cual llevaba orden de tomar el paso que habia entre la ciudad y el castillo, para que no dejase entrar ni salir á nadie en ella. Don Antonio de Velasco, capitan de la patrona (que iba este dia por capitan de los entretenidos y aventajados de galera), le seguía con una manga de 150 infantes, y el capitan D. Luis de Leyva con otros 150 de su compañía, que iban á entrar en la ciudad y saquealla, peleando con los turcos que estuviesen en las casas y terrados. Al capitan D. Juan de Castro y D. Diego de Vera se les encomendó el escuadron volante, con 50 picas y 100 arcabuceros, y en el escuadron que iban las demás picas el general de San Juan y D. Diego Pimentel, hijos del Conde de Benavente; D. Diego de Ayala, cabo de la infantería, todos en compañía de S. E. Las galeras quedaron encomendadas á D. García de Toledo. Habiendo determinado esto, partimos de las Dos

Hermanas, yendo encubiertos por islas despobladas, sin ser descubiertos. Domingo, á las seis de este dia de Pascua de Spiritu Santo, tres horas antes de amanecer, les dimos el Santiago, y aunque á poco que se comenzó á marchar fuimos sentidos y se empezó á tocar al arma en la isla, nos dimos más prisa á caminar; los caballeros de Malta y el capitan Giner, que llevaba el petardo, toparon algunos turcos en el arrabal, que les hicieron hacer resistencia; pero matando unos y huyendo otros, llegaron á las puertas de la ciudad, que estaba toda puesta en arma, y los recibieron tocando flautas y dulzainas á su usanza. Habiendo dado una ruciada de mosquetería á la muralla y levantando el petardo, el uno salió y el otro hizo menos efecto, porque no se pudo entrar; pero ayudando los soldados con unos maderos y hachas, derribaron la puerta y entraron dentro, peleando con los turcos que toparon en las calles, y siguiéndolos hasta el castillo, donde se habian recogido muchos. Gonzalo de Vera substentó su puesto, aunque le mataban gente y á él le habian herido con muchas piedras, resistiendo él y D. Antonio de Velasco y D. Luis de Leyva los turcos que salian del castillo, matando muchos: saqueóse la tierra y tomáronse 189 esclavos y esclavas y mucha ropa cortada. Púsose fuego á la judería, que á lo demás, por haber muchas casas de griegos y iglesias, ordenó S. E. que no se quemase; y dióse libertad á doce húngaros y cinco húngaras que estaban cautivos en el castillo, ciudad y arrabal; murieron más de 400 turcos, *y entre ellos Fátima, nieta de Alí Bajá, general de la armada del turco que se perdió en Lepanto*; trayéndola presa dos soldados de Malta, la mataron sobre cuya había de ser. Murieron 30 soldados, entre ellos el capitan Franxiner, el alférez de D. Diego de Ayala, el ayudante del sargento mayor y D. Alonso de Cardona, hijo del Marqués de Guadaleste: hirieron á D. Antonio de Velasco de un flechazo en una pierna; al capitan D. Diego de Aldrete muy mal de una pedrada, que está muy peligroso; al capitan Suarez de un arcabuzazo, y al capitan Cano en la cara, que se cree quedará ciego; al capitan Villalobos de otro arcabuzazo, y á Francisco Ruiz de Villegas, secretario de S. E. Pelearon los turcos muy bien, y los Capitanes y entretenidos pelearon con mucho valor. Ha sido presa de mucha consideracion, por ser ésta la mejor isla de todo el Archipiélago, fuera de Rodas y demás turcas. Retirámonos con muy buena orden á las galeras, siguiéndonos algunos turcos, con quien iba la retaguardia escaramuzando: embarcóse toda la gente, y de allí fuimos la vuelta de San Juan de Patmos, donde hicimos la aguada, y pasando por Neesia y Paris y Anteparis, la rehicimos en Cherfanto, y de allí aferramos en la Morea y cabo de Santanchel, donde topamos dos naves venecianas que iban á Constantinopla. Levaban ocho judíos y cuatro judías y un turco, que les tomamos, y la ropa que traian para los judíos de Constantinopla y turcos y criados del Gran Turco, sin hacer á los venecianos de estas naves ningun género de agravio, sino pagándoles sus nolitos (*fletes*).

»Quisimos en la Morea saquear á Calatamay; por haber tomado lengua en *Brazo de Mayna* que las galeras de Florencia lo habian querido hacer y habian sido descubiertas, lo dejamos; y yendo á la isla de Zante, rescató S. E. los judíos (por no

ser buenos para el remo) por 1.800 cequíes, donde tuvimos aviso que el Adelantado de Castilla andaba en aquella costa con siete galeras, y otro dia le descubrimos junto á la Chafalonia, y juntándonos con él determinamos de ir á Durazo, y por tomar una nave aragonesa cargada de brea para el Gran Turco, que nos dijo en la Velona éramos descubiertos, que está 40 millas de Durazo, lo dejamos, dando la vuelta á Nápoles por falta de bizcocho.»

Quien lea el tercer acto de la comedia de Lope, reconocerá intacta esta relación ú otra análoga, sin que falte ni un nombre propio ni un pormenor geográfico. El diario de la conquista de la isla de Longo podría restablecerse entero con los versos de nuestro poeta, que en ésta y en otras obras análogas ensayó cierto género de periodismo dramático. Pero como el triunfo de Bazán, considerado en sí mismo, no daba materia suficiente para tres jornadas, ni había en él más episodio interesante que la muerte de Fátima, Lope procuró resolver esta dificultad, ya desarrollando el carácter de la vengativa mora, hija del vencido en Lepanto, la cual pide á su amante que le traiga las cabezas de tres caballeros Bazanes; ya añadiendo otros lances de amoríos y celos entre cautivos cristianos, ó de pendencias y bizarrías soldadescas en el puerto de Nápoles. Hay brío y gracejo en estos cuadros, pero por estar tan repetidos en otras composiciones del mismo poeta no merecen que nos detengamos en ellos. Lo más notable que bajo el aspecto poético contiene esta tragicomedia, es el sueño del Marqués de Santa Cruz, á quien se le aparecen la Religión y la Victoria, recordándole las hazañas de su padre y excitándole á la emulación de tan altos ejemplos:

RELIGIÓN.

Ya, generoso mancebo,
Que el noble pecho te armas
De la cruz de tu apellido
Para gloria de tu patria;
Ya que sales como el sol
Entre los brazos del alba,
Sobre los paternos hechos
Y las heroicas hazañas
De tu esclerecido padre,
Á quien mil templos consagra
La inmortalidad del mundo
En la casa de la fama,
Mueve esas fuertes galeras
Que el invicto Rey de España
Te dió, seguro en tu nombre
Y en la alta sangre heredada:
Parte de Nápoles luego,
Corre las costas del Asia,
Haz que tiemble el Turco fiero
La santa cruz de tu espada.

EL MARQUÉS

Dormido.

¿Quién eres tú que me animas
Y desde esa torre llamas?

RELIGIÓN.

La Religión soy, Marqués,
Y este castillo es la patria;
Yo soy por quien tu gran padre
Tantas navales batallas
Venció, como ahora muestran
Las paredes de tu casa;
Aquellos cuatro fanales
De Ingalaterra y de Francia,
África y Asia, te muestran
Señas de victorias altas;
Sobre su famoso entierro
Has visto banderas varias,
Desde el altar á la puerta,
Cubrir la máquina santa;
Como á capitán del mar,
De velas pardas y blancas
Has visto entoldado el techo;
Todo te anima y levanta.

VICTORIA.

Ánimo, valiente joven,
Animo, saca la espada,
Vuelve hacia el Asia las proas
De tus galeras gallardas,
Rompe las saladas olas,
Harás sus campos de plata;
El cielo te dará viento,
El mar promete bonanza;
Llevarán sus blancas ninfas,
Aunque les pese á las aguas,
Por aligerar el peso,
Las quillas en las espaldas;
Y después, para que vuelvas
Con las victorias que aguardan,
Te apercibirán coronas
De corales y esmeraldas.

MARQUÉS.

¿Es posible, damas bellas,
Que merezco vuestra gracia?
¿Quién eres tú que me nombras,
Y á quien mi ánima acompaña?

VICTORIA.

Soy la Victoria naval,
Que en esta galera pasa
Los golfos y los estrechos
Cuando se ofrecen batallas.
Yo coroné treinta veces
Á tu padre, que otras tantas
Venció batallas del mar
Por la Religión cristiana;
Y para que más te animes,
Mira esa gallarda estatua
Que de su retrato vive
En los templos de la fama.

Aparece la estatua de D. Álvaro con los trofeos de sus victorias á los pies.

MARQUÉS.

¡Salve, heroico padre mío!
¡Salve, defensa y muralla
De España y la Religión
De Cristo, honor de tu patria!
Dame esa espada, señor,
Porque si heredo tu espada,
Haré en el Asia mil cosas
Dignas de eterna alabanza.

En el género picaresco es curioso este desenfadado monólogo de un soldado *maltrapillo* comparando las estrecheces de la guerra de Levante con las holguras de la de Flandes:

¡Bien hayan guerras en Flandes!
Que si un lugar se saquea,
Ya que desdichado sea
En hallar tesoros grandes,
Halla un hombre una bodega
Donde se tiende y regala,
Y en pasando de una sala,
Luego á la cocina allega,
En cuyo negro cañón
De chimenea, hay colgados
Los chorizos ahumados
Y el chamuscado jamón,
La longaniza y morcilla;
Hasta un obispo, que puede,
Si el Papa se lo concede,
Sentarse á su mesa y silla;
¡Pero aquí, que cuando más
Halla un hombre pasas y higos,
Y alcuzcuz. . . . .

III.—EL BRASIL RESTITUIDO.

Esta comedia, inédita hasta ahora, imprímese por la copia que D. Agustín Durán hizo (y en la Biblioteca Nacional se conserva) del original autógrafo, que después de haber pertenecido al erudito montañés D. Fernando de la Serna (autor de los *Viajes de un español por Levante*, y de otros curiosos libros), formó parte de la rica colección de papeles relativos á la historia de América que juntó Mr. O'Rich, cónsul de los Estados Unidos en España durante el reinado de Fernando VII.

Firmó Lope esta obra suya en 23 de Octubre de 1625, y de 29 de Octubre es la licencia de Pedro Vargas Machuca para la representación.

Nuestro poeta, que tuvo la fortuna de no alcanzar los desastres de la segunda mitad del reinado de Felipe IV, participó del justo entusiasmo de sus coetáneos por los memorables triunfos que coincidieron en sus primeros años y que parecían anuncio de una nueva era de prosperidad para la Monarquía. Tejió, pues, en sus versos espléndida corona al héroe del Palatinado y vencedor de Fleurus, al expugnador de Breda y al recuperador del Brasil, invadido por los holandeses. Y ciertamente que ni D. Gonzalo de Córdoba (á pesar del terrible peso de su apellido), ni menos Ambrosio Espínola y D. Fadrique de Toledo, eran indignos de cerrar con sus prestigiosas hazañas el gran ciclo de la historia nacional, que en tan portentoso número de obras, palpitantes de entusiasmo patriótico, había recorrido Lope.

Rotas las hostilidades entre España y las Provincias Unidas, en 1621, con el vencimiento del plazo de la tregua, que en mal hora dejamos de prorrogar, meditaron los holandeses inferir grave quebranto á nuestro poder colonial y á nuestra navegación, atacando alguna de las colonias americanas, especialmente de las que estaban más abandonadas y desguarnecidas. Y como ya el interés mercantil comenzaba á influir en las relaciones de los pueblos tanto ó más que el religioso y político de otros tiempos, dióse cebo á la codicia de armadores y negociantes con la formación de la Compañía de las Indias Occidentales, constituída en 1622, con estatutos análogos á la que ya existía para la India Asiática. Concedióse á la nueva Sociedad, por término de veinticuatro años, el derecho exclusivo del tráfico y navegación en América y Africa, con plenos poderes para nombrar y deponer todo género de funcionarios, para concertar tratados de alianza y de comercio con los indígenas, declarar la guerra, levantar fortalezas y, finalmente, establecer colonias. Los Estados Generales subvencionaron á la Compañía con 200.000 florines por cinco años, suma que había de ser reintegrada del producto de las presas marítimas y de los saqueos de las ciudades. Esta nueva máquina de guerra contra el Imperio español causó, desde luego, innumerables pérdidas á nuestras flotas. En trece años, de 1623 á 1636, la Compañía armó en corso 800 navíos, y apresó más de 500 barcos portugueses y castellanos. Las presas subieron á 90 millones de florines, y hubo año en que los

dividendos repartidos entre los socios llegaron al 95 por 100 del capital de las acciones. Pero las primeras empresas militares distaron mucho de ser tan afortunadas. Después de varias tentativas poco felices en la costa de Africa, los holandeses pusieron la mira en el Brasil, en cuya larguísima costa apenas existían más puntos fortificados que los de Bahía y Pernambuco. Residían en aquella colonia buen número de *cristianos nuevos*, es decir, judaizantes ocultos, que, deseosos de librarse de las pesquisas de la Inquisición, y estando en correspondencia frecuente con sus correligionarios de Amsterdam, vieron llegado el momento de conseguir, á la sombra de la bandera holandesa, el libre ejercicio de su culto, proscrito en la Península y en los dominios americanos. Dieron oído los holandeses á estas insinuaciones, tomaron lenguas del estado de abandono en que se hallaba aquella inmensa y despoblada región, y resolvieron la invasión del Brasil, comenzando por su capital, que era entonces la ciudad de San Salvador, en la bahía de Todos los Santos, residencia del Obispo, de la Audiencia y del Gobernador de la colonia. Para dar sobre seguro el golpe, aprestaron una escuadra de 26 naves, que llevaban á su bordo 1.300 marineros, 1.700 hombres de desembarco, y 500 piezas de artillería. Mandaba la expedición Jacobo Willekens, de Amsterdam; iba de vicealmirante Pedro Heyn, y de general de infantería y gobernador de lo que se conquistase, Juan Van Dorth, señor de Horst y Pesh. Reunida la escuadra en Cabo Verde el 26 de Marzo de 1624, se presentó delante de Bahía el 8 de Mayo, y rompió el fuego al día siguiente contra 15 navíos fondeados en el puerto, quemando unos y apresando otros. Sorprendido el gobernador portugués Diego de Mendonça por tan repentino y formidable ataque, vió sucumbir uno tras otro, sin resistencia casi, los tres fuertes de la plaza; y aunque él se defendió con valor inútil, la ciudad fué tomada en menos de dos días, huyendo al campo la mayor parte de sus moradores. Los holandeses saquearon casas y templos, recogiendo un botín riquísimo que bastó para abarrotar cuatro naos; y deseosos de afianzar su conquista, comenzaron á mejorar las fortificaciones, y dieron un edicto ofreciendo casas, tierras y libertad de religión á todos los que quisieran avecindarse en Bahía. Acudieron en tropel los judíos, y también algunos indígenas y negros, pero la mayor parte se mantuvieron fieles á la metrópoli, y muy pronto los portugueses fugitivos organizaron la resistencia, dirigidos por el belicoso obispo D. Marcos Texeira, y tomaron la ofensiva contra los invasores, causándoles notable daño en todas las salidas que intentaron, (una de las cuales costó la vida al mismo general Van Dorth) hasta llegar á encerrarlos en el recinto de la ciudad.

Llegó á España con gran presteza la noticia de la catástrofe de Bahía, y causó, tanto en Portugal como en Castilla, general indignación y asombro, no sólo por lo que era en sí misma, sino por la terrible amenaza que envolvía para el poder colonial de las dos monarquías de la Península, reunidas entonces en una sola cabeza. Era la primera vez que mercaderes y soldados de una potencia extranjera invadían, con propósitos y aparato de ocupación definitiva, ningún punto del litoral americano, que hasta entonces no había sufrido más que invasiones piráticas, y aun éstas á

largos intervalos. Todo el mundo comprendió la gravedad del caso, y se mostró dispuesto á los mayores sacrificios de sangre y dinero. Entre castellanos y portugueses hubo noble competencia de patriotismo, desinterés y bizarría. Y los gobernantes de aquel tiempo (dicho sea en honra de Felipe IV y del Conde-Duque de Olivares) no se mostraron inferiores á lo que exigía este arranque del sentimiento popular, que se mostró tan unánime en Lisboa como en Madrid. Con inesperada rapidez se hicieron los preparativos de aquella feliz expedición. La carta regia de 7 de Agosto, en que Felipe IV anunció á los gobernadores del reino de Portugal que dentro de aquel mes debía estar aparejada para hacerse á la vela la armada del mar Océano, destinada á la reconquista del Brasil, manifestando el mismo Rey el sentimiento de no poder mandarla en persona, pareció tan noble y magnánima como cuadraba al Monarca de todas las Españas, y fué acogida por los portugueses con inexplicable júbilo. Y aquí conviene dejar la palabra al excelente historiador Rebello da Silva, cuyo testimonio no puede ser sospechoso: «Viendo al Rey tan decidido y al Conde de Olivares tan fogoso, que soñaban con atropellar el tiempo, los obstáculos y hasta los imposibles, infundióse un alma nueva en el cuerpo debilitado de Portugal, y el reino, súbitamente remozado, sintió renovarse en todo su ardor los días de entusiasmo y heroísmo. Los gobernadores y los hidalgos, los más ricos negociantes y hasta los plebeyos, rivalizaron unos con otros, compitiendo sobre cuál daría más pruebas de amor á la patria. Felipe IV había prometido los auxilios pecunarios de Castilla, autorizando en nombre y por cuenta de ella todos los contratos que firmasen los gobernadores. La respuesta del país fué briosa. Tomó sobre sí los gastos, y nunca salió de nuestros puertos armada más completa. La ciudad de Lisboa repartió por sus moradores un donativo de ciento y veinte mil cruzados, que pagaron todas las clases. El Duque de Braganza, D. Teodosio, mandó veinte mil cruzados para municiones y pólvora. El Duque de Caminha, Marqués de Villa Real, D. Miguel de Meneses, diez y seis mil y quinientos. El Conde de Ficalho, Duque de Villahermosa, Presidente del Consejo de Portugal, dos mil y cuatrocientos. El Marqués de Castel-Rodrigo, Consejero de Estado, más de tres mil. Muchos hidalgos y titulares se empeñaron para rescatar la honra de la nación. Los prelados concurrieron con igual voluntad. Don Miguel de Castro, Arzobispo de Lisboa, ofreció dos mil cruzados; el Arzobispo de Braga, D. Alfonso Hurtado de Mendoza, diez mil; el metropolitano de Évora, D. José de Mello, cuatro mil. Los obispos de Porto, de Coimbra, de la Guarda y del Algarve también ayudaron al Estado con gruesas sumas. Los mercaderes alemanes dieron cincuenta quintales de pólvora, y los negociantes, en general, treinta y cuatro mil cruzados. Subió sin violencia el subsidio á doscientos y treinta mil cruzados, consumidos con la escuadra y las tropas. La Hacienda Real no tuvo que gastar un maravedí (1). No fué menos pronto y espontáneo el socorro de los brazos que el sacrificio del di-

(1) En los armamentos de Portugal se entiende, pues los de la escuadra del mar Océano, que era la principal y más numerosa, corrieron por cuenta de la Corona de Castilla.

nero. Nunca, desde el cerco de Mazagán, durante la menor edad de D. Sebastián, se notó en los hidalgos y señores igual fervor en empuñar las armas para una jornada de mil y quinientas leguas, tan peligrosa por el mar, por el clima y por la fortaleza del enemigo. La expedición portuguesa no pasaba de cuatro mil hombres; pero era tanta la nobleza que se alistó en ella, que no había memoria de expedición más lustrosa, ni de gente tan bien nacida, desde que la derrota de Alcazarquivir había sepultado la flor de las esperanzas de Portugal. El Rey, inspirado por la necesidad, quiso que se agradeciesen y loasen en su nombre estos testimonios de adhesión individual y colectiva, y pidió los nombres de los mejores vasallos para recompensarlos, como efectivamente lo hizo después. La actividad de los gobernadores corría parejas con la impaciencia del Rey y de Olivares. El Conde de Basto, Ministro íntegro y austero, tomó sobre sí las providencias relativas al ejército de tierra, y el Conde de Portalegre, no menos hábil, pero más celoso de la popularidad, dedicóse á los armamentos marítimos, probando ambos ser iguales en el calor de los sentimientos patrióticos, y dignos de la amistad que los unía..... Todos los aprestos se hicieron con tal celeridad, que dentro de tres meses estaba á punto de navegar la escuadra.»

La escuadra de Portugal, compuesta de 22 naves, al mando de D. Manuel de Meneses, salió del puerto de Lisboa el 22 de Noviembre de 1624, y en 6 de Febrero de 1625 se unió en las islas de Cabo Verde con la armada castellana procedente de Cádiz, formada por la reunión de las escuadras llamadas del Océano, del Estrecho, de Vizcaya, de las Cuatro Villas y de Nápoles, en total 30 navíos y otras embarcaciones más pequeñas, llevando á bordo 7.500 hombres de desembarco: los portugueses eran 4.000, como queda dicho. Mandaban estos diversos contingentes, marinos tan aventajados y expertos como D. Juan Fajardo, Martín de Valdecilla, don Francisco de Acevedo y Bracamonte y Francisco de Ribera. Por Capitán general de mar y tierra de todas las fuerzas combinadas de ambos reinos iba el insigne castellano D. Fadrique de Toledo y Osorio, Marqués de Villanueva de Valdueza.

Cuando en 29 de Marzo apareció tan lucida expedición en la boca del puerto de Bahía, había comenzado la indisciplina y el desorden entre los holandeses, á consecuencia, principalmente, de la muerte de Van Dorth y de la incapacidad de su sucesor, Guillermo Schouten. Los colonos de Bahía, refugiados en el campo, se habían rehecho, y hostigaban la ciudad por todas partes, bajo la hábil dirección del capitán mayor D. Francisco de Moura. Pero la plaza estaba en condiciones de defensa muy superiores á las del año anterior; los invasores habían hecho en ella formidables defensas; contaban, dentro de su recinto, 2.000 soldados europeos (franceses, flamencos é ingleses), 500 negros armados, y tenían fondeados en el puerto 18 navíos de guerra. Se esperaba, además, la inminente llegada de dos poderosas escuadras, armadas en Amsterdam por la Compañía para defender y asegurar la conquista. Su tardanza, ocasionada por los temporales, permitió á D. Fadrique efectuar el desembarco, saltando en tierra 2.000 castellanos, 1.500 italianos del tercio de Nápoles con algunas piezas de artillería, á los cuales se unieron muy pronto refuer-

zos venidos de Pernambuco, Río Janeiro y otros puntos. Los enemigos desampararon sin gran resistencia los fuertes, pero en la ciudad hicieron porfiada y valerosa resistencia, sosteniendo un mes entero de brecha abierta. Distinguiéronse de nuestra parte en los porfiados combates D. Manuel de Meneses, D. Francisco de Almeida y el Marqués de Torrecusa, D. Juan de Orellana y otros muchos, con valiente emulación de portugueses y castellanos. El 28 de Abril se dió la señal del asalto, y cuando comenzaban los españoles á escalar uno de los baluartes, el jefe holandés Hans Kyff, que había sustituído al inepto Schouten, pidió capitulación, consintiendo D. Fadrique en recibir á sus comisionados. Pretendían salir de la plaza con los honores de la guerra, pero nuestro General dictó, como vencedor, las condiciones, que fueron generosas ciertamente. Los vencidos entregaron la ciudad con toda la artillería, banderas, dinero, navíos, mercaderías, prisioneros, y esclavos; y juraron no hacer armas contra España hasta restituirse á Holanda. Don Fadrique les consintió sacar las ropas de su uso, víveres para tres meses y medio, y las armas necesarias para su defensa después de salir del puerto. En 1.º de Mayo evacuaron la ciudad los defensores, reducidos á unos 1.912 hombres, la mayor parte aventureros de muy probado valor, pertenecientes á varias naciones europeas. El despojo fué riquísimo: 18 banderas, 200 piezas de artillería, 500 quintales de pólvora, 600 esclavos negros, 7.200 marcos de plata, y mercancías estimadas en 300.000 ducados, y por algunos en mucho más. De los navíos quedaron en nuestro poder seis, por haber destruído nuestra artillería los restantes. Para completar tan memorable triunfo sólo faltó la destrucción de las dos escuadras holandesas, que tres semanas después de la capitulación aparecieron á la vista de Bahía, retirándose inmediatamente sin empeñar combate, apenas vieron tremolar los estandartes españoles sobre los fuertes de la plaza. Pareció á algunos excesiva prudencia en D. Fadrique el no haber cogido todos los frutos de su victoria, persiguiendo á las naos enemigas hasta apresarlas y rendirlas; pero otros le disculparon con la falta de agua y bastimentos que padecía nuestra escuadra. De esta resolución del General se habló variamente; pero la fortuna, favorable aquel año á nuestras armas, les concedió á los pocos meses otro triunfo muy señalado en la costa del África occidental, contra los holandeses de una de estas flotas, que intentaron apoderarse de la fortaleza de San Jorge de la Mina, siendo rechazados con pérdida de 200 hombres, y herido gravemente el almirante Jan Dirks Lamb.

Grandes fueron los regocijos que á tales nuevas sucedieron en España. Felipe IV galardonó con especial distinción los servicios prestados en la jornada del Brasil por los portugueses. «Acto de política hábil (dice el historiador ya citado), y que pareció abrir nueva era en el sistema castellano. Si el Rey hubiera acudido siempre á los peligros con la misma prontitud y premiado los sacrificios con la misma grandeza, pronto hubiera conquistado la voluntad de los nobles, y con el tiempo y la suavidad hasta el ánimo de los pueblos.» Desgraciadamente, lo impidió la política unitaria y antiforal, aunque patriótica á su modo, del Conde-Duque de Olivares. El cual tampoco supo, descaminado por su altivez y soberbia, estimar y honrar

debidamente á los hombres de guerra y de mar que todavía quedaban á España. Don Fadrique de Toledo, que añadió á sus laureles del Brasil otros no menos honrosos ganados contra los piratas ingleses y franceses del mar de las Antillas, á quienes derrotó en las islas de Nieves y San Cristóbal, fué víctima de la saña ó de la envidia del omnipotente valido, y murió encarcelado y condenado á graves penas en 1634. La poesía castellana, que por la pluma de Lope de Vega había ensalzado su mayor triunfo, escribió con la de Quevedo, en su *venerable túmulo*, este conceptuoso epitafio:

Al bastón, que le vistes en la mano
Con aspecto real y floreciente,
Obedeció pacífico el tridente
Del verde emperador del Oceano.
Fueron oprobio al belga y luterano
Sus órdenes, sus armas y su gente,
Y en su consejo y brazo, felizmente
Venció los hados el Monarca hispano.
Lo que en otros perdió la cobardía,
Cobró armado y prudente su denuedo,
Que sin victorias no contó algún día.
Esto fué don Fadrique de Toledo,
Y hoy nos da desatado en sombra fría,
Llanto á los ojos y al discurso miedo.

Es numerosa, tanto en portugués como en castellano, la literatura relativa á la jornada del Brasil y recuperación de Bahía. Sobresalen en ella, por ser los más copiosos y fidedignos, los libros del P. Bartolomé Guerreiro (1), de Juan de Medeiros Correia (2), de D. Tomás Tamayo de Vargas (3), de D. Jacinto de Aguilar y Prado (4); y á todos vence, por ser relación de testigo presencial, la del salmantino D. Juan de Valencia y Guzmán, no publicada hasta nuestros días (5). Don

(1) *Iornada dos vassallos da coroa de Portugal, perà se recuperar a cidade do Salvador, na Bahya de Todos os Sanctos, tomada pollos Olandezes, a oito de Mayo de 1624, e recuperada ao primeiro de Mayo de 1625. Feita polo Padre Bertolameu Guerreiro, da Companhia de Iesu.....* Lisboa, Mattheus Pinheiro, 1625.

(2) *Relação verdadeira de todo o succedido na restauração da Bahia de Todos os Santos.* Lisboa, 1625.

(3) *Restauracion de la ciudad del Salvador, i Baia de Todos-Sanctos, en la Provincia del Brasil. Por las armas de D. Filipe IV.....* Madrid, viuda de Alonso Martín, 1628.

(4) *Escrito histórico de la insigne y baliente* (sic) *Iornada del Brasil, que se hizo en España el año 1625.* Es el cuarto de los siete tratados incluídos en el libro *colecticio* que Aguilar y Prado formó con el título de *Compendio histórico de diversos escritos en diferentes asumptos* (Pamplona, 1629). Todos ellos se habían impreso sueltos, y tienen portada y paginación diversas.

(5) *Compendio historial de la jornada del Brasil y sucesos della, donde se da cuenta de cómo ganó el rebelde holandés la ciudad del Salvador y Bahía de Todos Santos, y de su restauracion*

Gonzalo de Céspedes y Meneses, en la historia que comenzó á escribir de Felipe IV, dedica largo espacio á estos sucesos (1), y modernamente hablan de ellos, con la debida extensión, Varnhagen, en su *Historia general del Brasil* (2); Rebello da Silva, en la suya notabilísima de Portugal durante los siglos XVI y XVII (3), y don Cesáreo Fernández-Duro en los *Anales de la Armada española* que con tanta diligencia viene publicando (4). Desde el punto de vista holandés trató del asunto Netescher en su noticia histórica sobre los Países Bajos y el Brasil en el siglo XVII (5).

Escrita la comedia de Lope bajo la impresión de las primeras noticias que á Madrid llegaron, y representada en Octubre de 1625, es decir, siete meses después de la reconquista de Bahía, es claro que sus fuentes hubieron de ser las relaciones ó gacetas que por aquellos días se imprimieron para satisfacer la curiosidad pública. Llegan á diez las que hasta ahora se conocen, pero, siendo tan semejantes entre sí, no puedo determinar á punto fijo la que prefirió Lope, de quien dice el aprobante Vargas Machuca que «va muy ajustado y conforme á la mejor relacion que de este suceso tenemos, calificada de un testigo instrumental que se halló en esta guerra y trajo de ella honrosas señales en sus heridas». Parece que estas señas cuadran á las de D. Francisco de Avendaño y Vilela (6), pero me descamina el no encontrar su nombre citado en la comedia, donde estaba, al decir de Vargas Machuca.

---

por las armas de España, cuyo general fué D. Fadrique de Toledo Osorio, Marqués de Villanueva de Valdueza, capitan general de la Real armada de el mar Océano y de la gente de guerra de el reino de Portugal en el año de 1625, por D. Juan de Valencia y Guzman, natural de Salamanca, que fué sirviendo á S. M. en ella de soldado particular, y se halló en todo lo que pasó. (En el tomo LV de la colección de *Documentos inéditos para la historia de España*, 1870.)

(1) *Historia de Don Felipe IIII, rey de las Españas. Por Don Gonzalo de Céspedes y Meneses. 1634.* Barcelona, por Sebastián Cormellas. Folios 204-206-235 á 243.

(2) *Historia geral do Brazil, por um socio do Instituto Historico do Brazil, natural de Sorocaba.* Madrid y Rio Janeiro, 1854. Tomo I, páginas 341-352.

(3) *Historia de Portugal nos seculos XVII e XVIII, por Luiz Augusto Rebello da Silva.* Lisboa, Imprenta Nacional. Tomo III, páginas 333-358.

(4) *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón.....* Madrid, Rivadeneyra, 1898. Tomo IV, páginas 45-62.

(5) *Les hollandais au Brésil, notice historique sur les Pays-Bas et le Brésil au XVII siècle.* La Haya, 1853.

(6) *Relacion del viaje y sucesso de la Armada que por mandado de su Magestad partió al Brasil á echar de allí á los enemigos que lo ocupaban. Dase cuenta de las capitulaciones con que salió el enemigo, y valía de los despojos. Hecha por D. Francisco de Avendaño y Vilela, que se halló en todo lo sucedido, así en la mar como en la tierra.* Sevilla, por Francisco de Lyra, 1625.

Relación de la carta que embió á su Magestad el señor don Fadrique de Toledo, general de las Armadas y poderoso exército que fué al Brasil, y del felicíssimo sucesso que alcanzaron, dia de los gloriosos Apostoles S. Felipe y Santiago, que fué á primero de Mayo deste año de 1625. Dase cuenta á su Magestad de las capitulaciones que en su Real nombre trató con el enemigo, del modo que salieron de la ciudad y del grande interés que su Magestad consiguió en su recu-

El Brasil restituído es una especie de loa donde no se ha de buscar fábula dramática de ningún género, sino exactitud histórica, buen lenguaje, fáciles versos y mucho entusiasmo patriótico, cualidades que nunca faltan en Lope. Como no era fácil poner en acción todas las peripecias del sitio, se valió, como otras veces, del recurso de introducir personajes alegóricos, que unas veces profetizan y otras veces muestran, en una especie de panorama poético, lo que ha de pasar ó está pasando fuera de la escena. Algunas de estas personificaciones son curiosas: el Brasil aparece en figura de dama india, con una rueda de plumas y una flecha dorada. Con ella alternan el crinado Apolo, la Religión (en hábito de dama española) y la Herejía, descubriéndose por final el retrato de Felipe IV.

Lope insiste mucho en la ayuda prestada por los conversos hebreos á la invasión holandesa. En boca de uno de ellos, Bernardo, que es el traidor ó personaje odioso de la pieza, pone estas palabras, enteramente ajustadas á la verdad histórica:

Temiendo que el Santo Oficio
Envía un visitador,
De cuyo grave rigor
Tenemos bastante indicio,
Los que de nuestra nación
Vivimos en el Brasil,
Que tiene por gente vil
La cristiana Religión,
Por excusar las prisiones,
Los gastos, pleitos y afrentas,
Y ver deste yugo exentas
De tantas obligaciones

---

peracion. Impreso con licencia del señor Teniente don Luis Ramirez, en Sevilla, por Simon Faxardo, en la calle de la Sierpe, en la calleja de las Moças. Año de 1625.

Verdadera relacion de la grandiosa vitoria que las Armadas de España han tenido en la entrada del Brasil, la qual queda por el Rey don Felipe Quarto, nuestro Señor, que Dios guarde. Dasse tambien aviso de la refriega de los Navíos sobre la Baía, y los dias que duraron las batallas. Cádiz, por Juan de Borja, 1625.

Relacion del sucesso del Armada y exército que fué al socorro del Brasil desde que entró en la bahía de Todos los Santos hasta que llegó á la ciudad del Salvador, que poseian los rebeldes de Olanda. Cádiz, por Gaspar Vecino, 1625.

Relacion de la jornada del Brasil, escrita á Ivan de Castro, escribano público de Cádiz, por Bartolomé Rodriguez de Burgos, escribano mayor de la Armada. Cádiz, por Juan de Borja.

Todavía da razón de algunos más el Sr. Fernández-Duro en su citada obra.

Del apreciable pintor madrileño Félix Castello, discípulo de Carducci, existe en nuestro Museo del Prado un cuadro que representa el desembarco de D. Fadrique de Toledo en la bahía del Salvador. Figuran en él, retratados, además del General, el maestre de campo don Pedro Osorio, D. Juan de Orellana y otros personajes. Este cuadro, con otro del mismo autor que representa también una victoria contra holandeses, exornaba en otro tiempo el *Salón de Reyes* del palacio del Buen Retiro.

Nuestras familias, que ya
Á tal extremo han llegado,
Porque dicen que enojado
Dios con nosotros está,
Habemos escrito á Holanda,
Que con armada se apresta.....
. . . .
Juzgando será mejor
Entregarnos á holandeses,
Que sufrir que portugueses
Nos traten con tal rigor.

Nuestro poeta reparte con mucha equidad la palma de la victoria entre Portugal y Castilla:

Estas dos fuertes naciones,
Que, por nueva unión hermanas,
La emulación de sus glorias
Hace parecer contrarias.....
. . . .
Porque fuera Lusitania
Única, á no haber Castilla,
Por las letras y las armas,
Y si Portugal no hubiera,
Castilla por Fénix rara
Se celebrara en el mundo.....

Tales palabras podían escribirse con sincera efusión en 1625, última y memorable ocasión en que los dos pueblos demostraron tener un alma sola. Lope, favorecido de la suerte en tantas cosas, lo fué también en recibir la visita de la muerte antes que sus ojos presenciasen el naufragio de 1640.

Como muestra del estilo y lenguaje de esta comedia, bastará citar el gracioso monólogo del soldado aventurero Machado, estando de centinela sobre el muro de Bahía, en el primer acto:

¡Bien haya aquel venturoso
Que, avaro y rico en la tierra,
Cuenta doblones que guarda,
Y no montañas de arena!
¡Bien haya aquel á quien dieron
Mohatras tan grande hacienda,
Sin que por ella le enojen
Las varas ni las sentencias!
¡Bien haya un cura que vive
Sirviendo á Dios en su aldea,
Con sus diezmos y primicias,
Sus bodigos, vino y cera!

Y ¡bien haya el labrador
Que, con su fértil cosecha,
No envidia púrpura y oro,
Y sólo el sol le despierta!
Vengan á la guerra un poco
Los que por allá se quejan,
Sabrán qué es calor y frío,
Cuándo abrasa y cuándo hiela.
¡No aprendiera yo en mi patria
Éstas que se llaman letras,
Que se estudian en la cama
Y en los coches se pasean!
. . . .
¿Hay cosa como decir:
«Récipe: *Calipundelas*,
Uncias duas de Sirupi»,
Y *agarrabis* con la izquierda?
¿Hay cosa como sentado
Escribir: «Párrafo treinta,
Lo dice Gazmio, ley Niflos»,
Aunque los pleitos se pierdan?

No fué Lope el único poeta dramático que trató el asunto de la reconquista del Brasil. En la Parte 33 de *Comedias varias* (1670) hay una de Juan Antonio Correa *Pérdida y restauración de la bahía de Todos los Santos*, y quizá en el Teatro portugués exista alguna sobre el mismo argumento.

IV.—LA NUEVA VICTORIA DE DON GONZALO DE CÓRDOBA.

Tal es el título de esta comedia en el original autógrafo, que se halla en la Biblioteca Nacional (fondo Osuna). En *La Vega del Parnaso*, colección de varias obras póstumas de Lope, publicada en 1637 por el licenciado Joseph Ortiz de Villena, se titula *La mayor victoria de Alemania*. En la *Parte* 24 (extravagante) de Zaragoza, 1641, *Don Gonzalo de Córdoba*. Una y otra edición tienen variantes muy numerosas, que hemos sacado al pie de las páginas para que se cotejen con el texto primitivo y genuino, al cual va ajustada fielmente nuestra edición.

Esta comedia, firmada por Lope en 8 de Octubre de 1622, nada tiene que ver con el Gran Capitán, aunque algunos lo hayan creído por no saber de ella más que el título. El D. Gonzalo de Córdoba de quien se trata aquí es un descendiente suyo, hermano del Duque de Sessa, tan conocido como mecenas de Lope. Trata la comedia, de sus hazañas en la guerra del Palatinado (principio de la de Treinta Años), donde fué lugarteniente del grande Spínola, y especialmente de la memorable victoria que obtuvo en Fleurus (territorio del condado de Namur) sobre los protestan-

tes alemanes, en 29 de Agosto de 1622. Con el recuerdo de esta jornada cerró don Francisco de Quevedo los interesantes apuntamientos históricos que llevan por título *Mundo caduco y desvaríos de la edad* (1). Describióla luego confusa y prolijamente, según su costumbre, D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, cronista poco feliz de los primeros años del reinado de Felipe IV (2). Hoy poseemos impresa toda la correspondencia del General vencedor (3), y además varias relaciones francesas y españolas que dan entera luz sobre aquel hecho de armas, tan glorioso para nuestra nación (4). Todo lo aprovechó con su habitual maestría D. Antonio Cánovas en su opúsculo, ya clásico, sobre *el principio y fin que tuvo la superioridad militar de los españoles en Europa* (5); y antes que intentar nueva narración, que habría de resentirse de mi falta de pericia en asuntos militares, prefiero copiar la que él escribió con tanta lucidez y animación. Con ella hay bastante para ilustrar la presente comedia:

«Mandaba D. Gonzalo de Córdoba, hijo del Duque de Sessa, nuestro ejército del Palatinado del Rhin, operando igualmente en los Países Bajos cuando hacía falta. Los antecedentes del suceso son, en verdad, extraños; pero constan en una carta al Rey, del famoso Marqués de Bedmar, que á la sazón residía en Flandes, y era como asesor ó consejero de la infanta Clara Eugenia, después de su prematura viudez. El Conde de Mansfeld y Cristián de Brunswik, Obispo de Alberstad, andaban guerreando tiempo hacía por Alemania contra los católicos, habiendo causado recientemente grandes daños desde Colonia á Strasburgo, por la orilla derecha del Rhin. Ahuyentados, al fin, de aquel territorio por las fuerzas del Emperador y la Liga Católica, secundadas por las de España, arrimáronse á la frontera de Francia, donde al principio fueron tan mal recibidos, que el Embajador de aquella potencia en Bruselas pidió, en nombre de su Gobierno, á la Infanta, que ayudase con sus tropas á los franceses para atacarlos y deshacerlos. Con gusto oyó la proposición la Infanta, tanto más, que por carta particular se lo recomendó la propia Reina de Francia. Pero cuando se disponía el General español á operar, de acuerdo con el Duque de Nevers, Gobernador de Champagne, contra los protestantes, de repente avisaron los franceses «que Mansfeld estaba recibido al servicio del Rey de Francia, »y que por ello no tendría D. Gonzalo para qué ofenderle». Fué ésta una de las continuas ocasiones en que mostró por entonces la nación vecina la inconsistencia de sus amistades con España, porque, de allí á poco, y después de refrescar y hasta

(1) Obras de Quevedo (edición Rivadeneyra), I, 189-191.

(2) *Historia de Don Felipe IV* (Barcelona, 1634), folios 104-106.

(3) Correspondencia de D. Gonzalo Fernández de Córdoba con el Conde de Nassau, Conde de Tilli, D. Álvaro de Losada y otros personajes, sobre la guerra del Palatinado, hecha en 1622. (En el tomo LIV de *Documentos inéditos.*)

(4) Figuran entre ellas, además del curioso papel francés *La défaite générale de l'armée du Comte de Mansfeld et de l'Évêque d'Alberstad par l'armée d'Espagne* (París, 1622), la carta del Marqués de Bedmar en 8 de Septiembre de 1622, y otra relación anónima contemporánea, que publicó el Sr. Cánovas por apéndice de su trabajo.

(5) *Estudios del reinado de Felipe IV*. Madrid, 1889. Tomo II, páginas 61-67.

aumentar su ejército dentro del territorio francés, tranquila, aunque rápidamente, se enderezó Mansfeld por la Châpelle á los Países Bajos, penetrando en ellos, con protección evidente de aquella potencia, por la provincia de Hainaut. Salióle don Gonzalo al encuentro, y tropezó con él y su ejército á la llegada de Brabante, cinco leguas de Bruselas, junto al lugar llamado Fleurus, en rasa campaña. Sumaba el ejército enemigo sobre seis ó siete mil infantes y seis mil caballos, con quinientos que se le juntaron en Francia, y el español tendría unos dos mil caballos y ocho mil infantes. Ya á aquella hora andaban de nuevo reunidos Mansfeld y el Obispo de Alberstad, por algún tiempo separados, siendo el objeto de sus comunes operaciones incorporarse (después de devastar cuanto pudiesen el país) al ejército holandés, lo cual, naturalmente, aguijoneó contra ellos el celo de la Infanta y el del General español. El 27 de Agosto, á media noche, supo este último que estaban vecinos los enemigos, y saltando del lecho, á aquella hora misma marchó en su busca; el 28, al caer la tarde, los encontró, y á las cuatro de la mañana del día siguiente (29 de Agosto de 1622) dió la señal de acometerlos. La noche había sido tempestuosa, y los nuestros, menos en número, estaban más fatigados también. Peleando á lo más uno contra tres, fué rechazada la caballería de España otras tantas veces al comenzar la batalla. No empeció esto para que la infantería española recibiese con tal esfuerzo la carga de los numerosos caballos enemigos, que, por su parte, los puso en derrota. Hubo, sin embargo, algún desorden por nuestro costado derecho, porque el maestre de campo D. Francisco de Ibarra, lejos de esperar á pie firme, con su tercio, á los caballos enemigos, se adelantó precipitadamente, y con temerario valor, á su encuentro. Nuestra artillería, bien dirigida por su jefe Otaiza, remedió el mal alejando á la caballería, que se juzgaba ya vencedora, y los infantes enemigos quedaron solos. Entonces llegó escuadronada nuestra gente á las picas con ellos, y fué tan recio el encuentro, que cayeron muertos ó heridos los más de los capitanes españoles; pero no por eso cejaron los soldados, antes bien, animados con la presencia de su General, rompieron, finalmente, á la infantería enemiga. Ni fué este sólo el servicio de los españoles, sino que, emboscadas sus mangas de arcabuceros entre unos setos, desordenaron con su fuego la caballería del de Alberstad, que furiosamente volvía á la carga, dando lugar á que se rehiciese la nuestra y rompiese muchas compañías contrarias. Lo propio D. Francisco de Ibarra, que peleó con gran valor hasta que mortalmente cayó herido de un mosquetazo, que D. Felipe de Silva, General de nuestra caballería, y D. Baltasar de Santander, Teniente de maestre de campo general, cumplieron por demás sus obligaciones. Don Gonzalo de Córdoba no desdijo, por supuesto, de su nombre. Los enemigos emprendieron al fin la retirada en desorden, con el Obispo de Alberstad gravemente herido, y abandonaron en el campo diez y nueve *cornetas* ó estandartes de caballería, algunas banderas, bagajes y la sola pieza de artillería que traían. Halláronse, además, hasta mil doscientos cadáveres enemigos, contándose en ellos un Conde Rhin grave y un hermano del Duque de Sajonia Weimar, con muchos prisioneros. La pérdida total de los nuestros fué de cuatrocientos muertos, entre ellos trece ó catorce capitanes, y, naturalmente, hubo

también muchos heridos de ambas partes. La batalla duró cinco horas y media, y fué el pelear con tal ira, que en el escuadrón de la infantería española, que, acosado en algunos momentos por todas partes, hizo cosas inauditas, no quedaron en pie á lo último más oficiales que el maestre de campo D. Jerónimo Boquín y un capitán llamado Castell. Mucho se lucieron asimismo en la batalla nuestros walones viejos y los borgoñones, mas no tanto los italianos. El peso principal recayó sobre los españoles. Don Felipe de Silva, con la caballería, siguió el alcance, y cerca de Ham, en la frontera de Lieja, degolló su vanguardia á los más de los fugitivos. Tal era el modo con que nuestra gente peleaba cuando comenzó el reinado de Felipe IV. ..... Libróse la victoriosa batalla de que acabo de hacer memoria, veintiún años antes de la de Rocroy.»

El triunfo de D. Gonzalo de Córdoba, tan sonado entonces, y tan injustamente olvidado después, dió noble ocupación á plumas y pinceles. Obra de las más apreciables de Vicente Carducho es el cuadro de esta batalla, que decoró en un tiempo el *Salón de Reyes* del palacio del Buen Retiro, y hoy se conserva en el Museo del Prado (1). De la inscripción que lleva se infiere que es posterior en doce años á la batalla, habiendo sido pintado en 1634, para hacer juego con otros episodios de la guerra de Treinta Años: el socorro y liberación de la plaza de Constanza, y la expugnación de la plaza de Rheinfeld por el Duque de Feria.

Lope, con su habitual maravillosa presteza, trazó y dió á las tablas su comedia en los quince días escasos que mediaron entre el 19 de Septiembre de 1622, en que llegó á Madrid la nueva de la victoria (2), y el 8 de Octubre. Trátase, pues, de una

---

(1) Descríbese de este modo en el excelente *Catálogo* de D. Pedro de Madrazo:

«Á la derecha del espectador, en primer término, aparece un grupo de dos nobles jinetes galopando en sendos briosos corceles: son el general D. Gonzalo de Córdoba, hijo del Duque de Sessa, y uno de sus maestres de campo. El General vuelve atrás la cabeza, como acabando de dictar una orden á un oficial que no aparece en el lienzo. Vense en el dilatado campo de batalla que se representa al fondo, varios encuentros de infantería y caballería, en compañías ó pelotones bien ordenados, y cañones y falconetes de la formidable artillería española haciendo fuego. Hay en primer término episodios de encarnizados combates singulares, como el de dos soldados que reluchando caen en tierra, uno sobre otro, aquél con el cuerpo atravesado de parte á parte de una estocada, y éste en el acto de ir á perder la vida bajo la daga del mismo que va á caer muerto sobre él. En la parte baja del lienzo ocupa el centro un cartel con esta inscripción: «*Victoriam juxta Florum, anno* 1622, *a Domino Gundisalvo de Çordoba obtentam, Vincentius Carduchi regiæ majestatis pictor anno duodecimo a bello currente pingebat.*» *(Catálogo descriptivo é histórico de los cuadros del Museo del Prado de Madrid, por D. Pedro de Madrazo. Parte primera. Escuelas italianas y españolas.* Madrid, Rivadeneyra, 1872; 368-69.)

(2) Así consta en ciertos *Avisos* manuscritos, citados por el Sr. Fernández-Guerra en su edición de Quevedo (I, 191): «Este dia (19 de Septiembre de 1622) llegó la noticia de la victoria que D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, biznieto del Gran Capitan, tuvo en Flandes, cinco leguas de Bruselas, donde estaba la señora infanta D.ª Isabel, el cual acometió al enemigo con mil y ochocientos caballos y ocho mil infantes, y el enemigo traía seis mil caballos y ocho mil infantes. Y con haber perdido D. Gonzalo la mayor parte de los cabos principales, y estar cercados por

pieza de circunstancias, en todo el rigor del término; de una relación ó gaceta dramática que, á pesar de estar en verso, es tan minuciosa y fidedigna como cualquiera de las históricas. Lo maravilloso es que teniendo que ceñirse el poeta á tan duras y estrechas condiciones, pues no le era lícito fantasear en lo que todo el mundo sabía, habiendo de fijo entre los espectadores algún soldado de aquella jornada, haya puesto en muchas escenas tanta amenidad y lozanía, repitiendo, á la verdad, situaciones vistas ya hasta la saciedad en otras obras suyas, pero siempre entretenidas é ingeniosas: bizarrías soldadescas; amoríos de damas aventureras que siguen á sus galanes en el tráfago de los campamentos; chistes de voluntarios bisoños; pendencias sobre juego y mujeres; cuchilladas y desmanes, tumulto heroico y picaresco á la vez; una acción atropellada y alegre, que nos transporta desde los cuarteles de Nápoles hasta el campo de batalla de Fleurus; dos personajes interesantes y vivos, el soldado de fortuna, D. Juan Ramírez de Vargas, y su lacayo, Bernabé de Somosierra; una versificación tan fácil y tan improvisada como improvisada fué la victoria del novicio capitán, pero no poco grata por su mismo desenfado y soltura.

En cuanto á la exactitud histórica de esta pieza, aun en sus mínimos detalles, baste decir que Lope, como tan familiar de la Casa de Sessa, acudió á la mejor fuente posible, es decir, á los despachos del mismo D. Gonzalo, llegando á poner en su boca un resumen de ellos:

Después de escribir á España
Todo el pasado suceso,
Con el Marqués de Abadén,
Quise del segundo encuentro
Hacer nueva relación.
—¿Fué sucinta ó por extenso?

Tan candorosa puntualidad es característica de nuestro Teatro histórico, que en este género de asuntos contemporáneos se confunde con la historia, así como en los antiguos es una prolongación ó transformación de la epopeya.

Don Gonzalo de Córdoba, no tan afortunado en la campaña del Monferrato como en las de Flandes y el Palatinado, aunque en todas partes se mostrase valentísimo soldado, murió en edad floreciente, en 1631; y Lope honró su memoria con un poemita elegiaco, en octava rima y estilo asaz culterano, que puede leerse en *La Vega del Parnaso*.

---

todas partes, se unieron de suerte los tercios españoles, y italianos, y algunos alemanes, que rompieron toda la infantería del enemigo, y en menos de dos horas degolló casi toda la infantería, y la mayor parte de la caballería se dió á huir, dejando en el campo los bagajes, banderas y artillería. Y la señora Infanta le honró de manera, que salió dos leguas de Bruselas á darle las gracias, y le dió una joya riquísima y una cadena de diamantes de mucho valor, y dos caballos enjaezados, y un vestido que habia sido del señor Archiduque, y mucha ropa blanca y una vajilla de plata labrada, diciéndole que en cuatro ocasiones que habia tenido, y particularmente en aquélla, no parecían sus soldados hombres, sino leones, y que así se lo escribía á su Majestad para que le honrase.»

V.—DIÁLOGO MILITAR EN ALABANZA
DEL MARQUÉS ESPÍNOLA.

Es obra póstuma de Lope, inserta en la ya citada *Vega del Parnaso*, que publicó en 1637 el licenciado Ortiz de Villena, y reproducida en las colecciones de *Obras sueltas* de Lope, publicadas por Sancha (tomo X) y Rosell (*Biblioteca de Rivadeneyra*).

No es comedia, ni se intitula así, pero la colocamos en este lugar por ser un diálogo perfectamente representable, y que de fijo fué representado, ó en una fiesta de Palacio, ó más bien, según creemos, en casa del mismo Ambrosio Espínola, durante la residencia que hizo en Madrid desde 1627 á 1629, en que fué nombrado Gobernador de Milán y jefe del ejército español en Italia. Sea ó no cierta esta sospecha (1), el *Diálogo* tiene que ser posterior á la rendición de Breda en 5 de Julio de 1625, que es la última hazaña del Marqués conmemorada por Lope:

¡Oh Venusino famoso,
Oh Virgilio, si vivieras
Para escribir la victoria
Que le ha de dar fama eterna
Con el sitio de Breda;
La constancia y fortaleza
Con que, ganando su plaza,
Su ilustrísima cabeza
Ciñe obsidional corona,
De muros dorados hecha!
Allí, admirándose Francia,
Temblaron Ingalaterra
Y las islas, cuyo mar
Estremeció sus riberas.
Dos años le hallaron siempre
El aurora y las estrellas
Vestido de acero el cuerpo,

(1) Parece que la corroboran las alusiones que hay en el *Diálogo* á la familia de Espínola, y en particular á su hija D.ª Policena, como si estuviera presente:

Pues ya doña Policena
Sale á honrar vuestro apellido,
Que de los reyes espera
Felicísimo himeneo.

Á esta D.ª Policena, que andando el tiempo casó con el famoso Marqués de Leganés, don Diego Messía de Guzmán, uno de los mejores capitanes formados en la escuela de Ambrosio Espínola, dedicó Salas Barbadillo su linda novela *Don Diego de Noche* (1624).

Y el alma de honrosa tema;
Ejemplo de sus soldados,
Venerable á las fronteras,
Envidia á la edad pasada,
Gloria á la dichosa nuestra.

Creemos que en la representación del *Diálogo militar* hubo de intervenir la música. Los armoniosos y elegantes versos en loor de la paz, que recita la ninfa Marbela al principio de este poemita, tienen todo el carácter de una pieza lírica, de un himno destinado al canto:

¡Oh pacífica diosa!
¡Oh Paz divina y santa,
Hija del puro cielo,
Madre de la abundancia,
Descanso de la vida,
Esfera de las armas,
Aumento de las letras,
Verde laurel de entrambas!
Tú, sabia coronista
De las hazañas claras,
Poeta de los siglos,
Que las edades cantas;
Maestra de las artes,
Fabricadora sabia
De templos y palacios
Y de ciudades altas;
Tú, por quien estos campos
Cubren las tiernas cañas
Del verde trigo en surcos,
Y granos de oro en parvas,
Las fértiles riberas
De frutas sazonadas,
Las selvas de ganados,
De caza las montañas;
Por ti son las guedejas
De la cándida lana
Escobas de los prados
Y nieve de las zarzas;
Por ti dorados toros
Exceden al que baña,
Por el Abril florido,
El délfico Monarca;
Por ti segura goza
El labrador su casa,
Sin ver del fiero Marte
La intrépida arrogancia;

Las domésticas aves
No vuelven las espaldas
De los marciales ecos
Del pífano y la caja.
Yo soy, Paz, una ninfa
Destas selvas sagradas;
Un río, siempre humilde,
Hija suya me llama;
Con lauros cristalinos
De un alta sierra baja
Á besar los palacios
Del claro sol de España.
Por alguna belleza,
Entendimiento y gracia,
Pastores destas selvas
Con lisonjas me cansan;
Ya me componen versos,
Ya mis puertas enraman
De murtas olorosas
Y de mosquetas blancas;
Ya mi nombre y el suyo
Escriben por las hayas,
Y viendo mis desprecios,
Daphne cruel me llaman.....

Con la misma pulcritud de estilo está compuesto todo el diálogo, ó dígase *loa*, en el cual, por la pequeñez misma de las proporciones, parece que quiso esmerarse el poeta. Es un rápido pero agradable compendio de los servicios militares del gran capitán genovés, relatados sin énfasis y de la manera simpática y dulce que cuadraba á la índole moral del personaje, tan discreto y bueno como esforzado y animoso. Lope, que había nacido para estimar y comprender todo lo grande, admiraba sinceramente á Espínola, y hasta en su correspondencia familiar, donde más suele pecar de cáustico que de benévolo, consigna esta admiración en términos muy dignos de notarse, por ir dirigida la carta al Duque de Sessa, hermano de D. Gonzalo de Córdoba, lugarteniente que había sido del primer Marqués de los Balbases, y en quien algunos, y acaso el mismo Conde-Duque, quisieron ver un rival digno de su gloria. No participaba de tal opinión Lope, ni puede tachársele de adulador cuando escribía á su mecenas D. Luis de Córdoba en estos términos: «Todo lo merece el marqués Espínola, á quien debe España mucha parte de la reputacion de sus armas, sin quitar nada al señor Don Gonzalo, hoy segundo gran Capitan á su casa» (1).

En una composición lírica, *El jardín*, dedicada al licenciado Francisco de Rioja,

(1) Carta 117 de las publicadas por apéndice á la biografía de Lope, en el tomo I de esta edición.

é impresa en 1622 con la *Filomena* y otras rimas, se lee este terceto, cuyo último verso indica cuán rectamente juzgaba Lope de la importancia militar de su héroe:

> Tengo al Marqués de Espínola animando
> Los españoles: á quien tanto deben
> *Cuando estaban las armas espirando.*

De igual modo pensaban todos los grandes españoles de entonces, siendo unánime el clamor que en 1628 se levantó sobre la tumba de Espínola, cuya muerte fué atribuída en parte á la ingratitud cortesana, y en parte al dolor causado en su ánimo por la derrota de su hijo en el puente de Cariñan. «Murió de los que no osaron morir (dice valientemente D. Francisco de Quevedo): muerte docta: hasta muriendo fué maestro, pues enseñó á vivir de vergüenza á los que viven de miedo. Enterraron con su cuerpo el valor y experiencia militar de España» (1).

Fuera impertinencia, tratándose de tan breve y sencillo poema como éste de Lope, recopilar aquí los altos hechos de Ambrosio Espínola, de que todas las historias de su tiempo están llenas. De su más famosa conquista hay libro particular, escrito por el jesuíta Herman Hugo, y traído á nuestra lengua por el portugués Manuel Sueyro (2). De su vida entera trazó una cabal y erudita monografía nuestro compañero D. Antonio Rodríguez Villa en su discurso de recepción en la Academia de la Historia, valiéndose de gran copia de documentos inéditos (3). La noble figura del excelso hombre de guerra, expugnador de Ostende y de Breda, no es de las que se han borrado enteramente de la memoria de nuestro pueblo: una anécdota, tan apócrifa como casi todas las anécdotas y dichos célebres, la conserva: la musa juvenil de Calderón en *El sitio de Breda*, comedia escrita en la grande y franca manera de Lope, completó lo que en el *Diálogo* de éste era un mero bosquejo; y el pincel de Velázquez, émulo y vencedor de la naturaleza, condensó en un momento supremo la serenidad algo melancólica del triunfo, y la suave y humana condición del magnánimo vencedor. Porque Ambrosio Espínola es de los grandes hombres que ganan mirados de cerca, y aunque en su biografía centellean dos ó tres puntos luminosos, que dejan como en la sombra lo restante, todavía se le cobra más estimación siguiéndole paso á paso, no sólo en sus esfuerzos de heroísmo, sino en los de resignación y paciencia contra el hado adverso, que son todavía más raros, ejemplares y meritorios. Su solo ejemplo bastaría para mostrar hasta qué punto la fortaleza de un hombre empeñado honrada y serenamente en el

---

(1) *Breve compendio de los servicios de D. Francisco Gómez de Sandoval, Duque de Lerma.* (En el primer tomo de las *Obras de Quevedo*, edición Rivadeneyra, pág. 271.)

(2) *Sitio de Breda rendida á las armas del rey D. Felipe IV, á la virtud de la infante Doña Isabel, al valor del marqués Ambrosio Spínola. Compúsole el P. Herman Hugo, de la Compañía de Jesús. Tradúxole Emanuel Sueyro, cavallero del hábito del Cristo.* Antuerpia, imp. Plantiniana de Baltasar Moreto, 1627.

(3) *Ambrosio Spínola, primer Marqués de los Balbases.* Madrid, 1893.

cumplimiento de su deber, puede contrastar todos los elementos de ruina conjurados contra un grande imperio, y dilatar su agonía, y presentarle aún glorioso y cubierto de laureles á los atónitos ojos de las gentes.

Además de las 99 comedias de Lope de Vega que hemos incluído en la sección de crónicas y leyendas dramáticas de España, consta que escribió muchas más, de algunas de las cuales, anteriores á 1604 ó compuestas entre este año y el de 1618, se conservan los títulos en las dos listas de *El Peregrino*. Con más ó menos seguridad, creemos que pertenecían á esta clase las siguientes, de la primera lista:

El cerco de Toledo. (Acaso la misma que hemos publicado con el título de *El hijo por engaño y toma de Toledo.*)

Sarracinos y Aliatares.

Las guerras civiles. (¿De Granada? De todos modos era distinta de *La envidia de la nobleza*, puesto que ésta se halla citada también en la lista con su primitivo título *Cegríes y Abencerrajes.*)

Muza furioso.

El Alfonso afortunado. (No sabemos de qué Alfonso se trata, pero es de presumir que sea alguno de los reyes de este nombre.)

El cerco de Orán.

Los Monteros de Espinosa. (La que con este título corre anónima en ediciones sueltas, por ningún concepto puede atribuirse á Lope; parece escrita en el siglo XVIII.)

El Duque de Alba en París.

La conquista de Tremecén. (En el libro *Doce comedias de varios*, Tortosa, 1638, hay un *Cerco de Tremecén*, atribuído á Guillén de Castro, que efectivamente me parece suyo y no de Lope.)

Los Peraltas.

Pimenteles y Quiñones. (A juzgar por los apellidos de los personajes, pudiera ser *La piedad ejecutada*, que se halla en la Parte XVIII; pero en este caso no debe incluirse entre las históricas.)

Los Biedmas.

Las Quinas de Portugal. (Acaso la misma que hemos impreso con el título de *La lealtad en el agravio.*)

La Reina loca. (¿Doña Juana?)

La perdición de España y descendencia de los Ceballos. (Existía aún á principios del siglo XVIII, y está citada en el índice de Fajardo.)

Los Guzmanes de Toral. (El distinguido profesor de la Universidad de Messina Antonio Restori, ha descubierto en la Biblioteca Palatina esta comedia inédita, y en parte autógrafa, de Lope. Es la misma que lleva por título *Cómo ha de usarse*

del bien y ha de prevenirse el mal. El Sr. Restori ha hecho una edición muy correcta de esta obra, que reproduciremos en los apéndices de la nuestra, ya que el precioso descubrimiento no llegó á tiempo para que la comedia figurara en su propio lugar, es decir, entre las pertenecientes á la época del emperador Alfonso VII.)

Roncesvalles. (Puede ser *El casamiento en la muerte*, aunque, por otra parte, es raro que esta comedia, impresa ya en 1604, no figure en la primera lista de *El Peregrino*, y sí únicamente en la segunda. Pero de estos olvidos padeció muchos Lope en aquellos imperfectísimos catálogos de su enorme producción dramática.)

La muerte del Maestre. (¿Se referiría á D. Alvaro de Luna?)

La Sierra de Espadán. (¿Tendría por asunto la última rebelión de los moriscos del reino de Valencia?)

La imperial Toledo.

El Turco en Viena. (Probablemente la misma que con impropiedad se titula en las ediciones sueltas *Cerco de Viena por Carlos V.*)

La conquista del Andalucía.

La prisión de Muza.

La toma de Álora.

El alcázar de Consuegra.

El Alcaide de Madrid. (Una comedia de este título se atribuye á Lope en un manuscrito de la colección Osuna. Sea ó no la misma, irá en el apéndice.)

En la segunda lista añadió:

La conquista de Cortés. (En el catálogo de los herederos de Medel del Castillo, consta que esta pieza se hallaba de venta en 1725.)

Doña Inés de Castro.

Reservamos para los apéndices varias comedias históricas que con más ó menos fundamento se atribuyen á Lope, y algunas que indudablemente son suyas, pero que por haber parecido después de impresos los respectivos volúmenes, no han podido ocupar el puesto que les correspondía dentro del orden cronológico que seguimos.

COMEDIAS NOVELESCAS

Para proceder con algún orden en esta sección riquísima del repertorio de nuestro autor, todavía más abundante que la de los dramas históricos, hemos hecho en ella dos principales grupos, incluyendo en el primero las comedias de fuente conocida, y en el segundo las de pura invención ó cuyos orígenes literarios se han ocultado á nuestras investigaciones. Comenzaremos por el estudio de las producciones dramáticas de Lope que versan sobre asuntos del ciclo carolingio.

I.—LOS PALACIOS DE GALIANA.

Pertenece, como casi todas las piezas de este género que Lope compuso, á la juventud del poeta, y se encuentra ya citada en la primera lista de *El Peregrino* (1604) con el título de *La Galiana*. Pero fué impresa muy tardíamente en la Parte 24 de las comedias de su autor, edición póstuma de 1638.

La leyenda de Maynete y Galiana, sea ó no francesa de origen, se naturalizó muy pronto en España, y ya en el siglo XIII había prestado argumento á un cantar de gesta que Alfonso *el Sabio* extractó en la *Crónica general*. Antes de llegar á este texto, capitalísimo para nosotros, porque encierra mucha más poesía que la comedia de Lope, conviene indicar algo sobre las versiones extranjeras de esta leyenda, una sola de las cuales puede creerse anterior á la nuestra.

En 1874, Mr. Boucherie descubrió seis fragmentos (en total unos 800 versos) de cierto poema francés del siglo XII en versos alejandrinos, intitulado *Mainet*, al cual Gastón París dedicó largo estudio en la *Romania* de aquel año. Según testimonio de este crítico, el más competente en la materia, «pertenecen todavía estos fragmentos, á lo menos en su fondo y estilo general, á la buena época de la epopeya carolingia; el relato es vivo y animado, las descripciones brillantes, y los caracteres bien trazados; las situaciones y las aventuras heroicas, interesantes y bien encadenadas». Apuntaremos únicamente lo que tiene relación con España y con la forma española de la leyenda. El joven Carlomagno, perseguido por sus hermanos bastardos, «los hijos de la sierva», viene á pedir hospitalidad á Galafre, rey moro de Toledo; le presta en la guerra la ayuda de su poderoso brazo y de los caballeros franceses que le acompañan, venciendo y matando sucesivamente á varios reyes paganos, y entrando triunfante en la ciudad de Monfrín, que sus enemigos disputaban á Galafre. Éste le honra y agasaja mucho, y Carlos vive disimulado en su corte

bajo el nombre de Maynete. La hija del Rey, que en el poema francés se llama *Oriunde Galienne*, se enamora de él. Su padre consiente en la boda y en dar á Maynete una parte de sus estados, aunque son nada menos que treinta los príncipes que pretenden el honor de ser yernos suyos. Entre ellos, el más ofendido es el terrible Bramante, que declara la guerra á Galafre para vengar su ofensa. El héroe se compromete á traer la cabeza de Bramante; se arma con su famosa espada *Joyosa*, y, como era de suponer, mata á su rival, y se apodera de su espada *Durandal*. Vuelve vencedor á Toledo, pero Marsilio, hermano de Galiana, envidioso de la gloria del forastero, urde una trama contra él. Galiana se la descubre á su padre. Galafre toma al principio la defensa de Maynete, y amenaza á su hijo con desheredarle, pero habiendo llegado á persuadirle los traidores de que Maynete conspiraba contra él ayudado por una banda de sirios, á quienes había hecho bautizar, tiende asechanzas á la vida del Príncipe franco, que hubiera perecido infaliblemente en la emboscada si Galiana, que era muy sabia en las artes mágicas y había leído en los astros la suerte que amenazaba al joven, no le hubiese salvado con un oportuno aviso. Huye Maynete de Toledo, se embarca para Roma con sus sirios, entra por el Tíber muy á tiempo para salvar al Papa de un ejército innumerable de sarracenos, á quienes derrota en campal batalla; y aquí termina la parte conservada del poema (1).

Las lagunas que el texto ofrece pueden completarse con ayuda de una refundición de los primeros años del siglo XIV, el *Carlomagno* de Gerardo de Amiens, obra desprovista de todo valor poético y enormemente prolija, puesto que consta nada menos que de 23.320 versos, distribuídos en tres libros.

Esta rapsodia, insignificante y soporífera, no tuvo popularidad alguna, siendo independientes de ella todos los demás textos que fuera de Francia popularizaron la leyenda de Galiana (2). Los principales son las *Infancias de Carlomagno* ó el *Karleto* (manuscrito del siglo XIII, en la Biblioteca de San Marcos, de Venecia), canción anónima en decasílabos épicos, compuesta por un juglar italiano que acomoda un texto francés al oído é inteligencia de su público (3); el libro VI de la gran compilación italiana en prosa, *I Reali di Francia*, obra del florentino Andrea da Barbarino, que vivía á fines del siglo XIV ó principios del XV (4); el *Karl Meinet*, alemán, de Stricker (1230), reproducción de otro *Meinet* neerlandés que, según Bartsch, pertenece á la segunda mitad del siglo XII; un segundo *Karl Meinet*, alemán,

(1) Véase el estudio de Gastón París sobre estos fragmentos, publicado en la *Romania* (Julio á Octubre de 1875).

(2) El mejor análisis de todos ellos es el que se halla en la admirable *Histoire poétique de Charlemagne*, de G. París (1865), páginas 230-246, y en el artículo de la *Romania* antes citado. Nada sustancial añade León Gautier, *Les Epopées françaises*, segunda edición, 1880, III, páginas 30-52, y aun parece que no examinó directamente las versiones españolas y alemanas.

(3) Analizado por P. Rajna en la *Romania*, 1873.

(4) Sobre las fuentes de este famoso libro, todavía popular en Italia, y cuya primera edición se remonta á 1491, es magistral y definitivo el trabajo de Rajna, *Ricerche intorno ai Reali di Francia*. Bolonia, 1872.

de principios del siglo XIV, y otros que parece inútil citar; atestiguándose además la popularidad de la leyenda con las alusiones que se hallan en varios cantares de gesta franceses, tales como el *Renaus de Montauban* y el *Garin de Montglane*, y en algún poema provenzal como el de la Cruzada contra los Albigenses.

Una narración poética, cuyo teatro era España, debió de ser de las primeras del ciclo de Carlomagno que en España tuviesen acogida, y es cierto que se difundió tan rápidamente como la de Roncesvalles. Ya á mediados del siglo XII tenía conocimiento de ella el autor de la segunda parte del falso Turpin, que no era español, pero que escribía probablemente en Santiago de Galicia. En el capítulo XII dice que el Emperador había aprendido la lengua sarracena cuando en su juventud estuvo en Toledo, y en el XX se excusa de referir menudamente los hechos de Carlomagno, contando entre ellos su destierro en la corte toledana de Galafre, y su victoria contra el alto y soberbio Rey de los sarracenos, Bramante (1). Falta, como se ve, el nombre de Galiana; pero ya le consigna el arzobispo D. Rodrigo, añadiendo que se convirtió á la fe de Cristo, y que Carlomagno edificó para ella palacios en Burdeos (2). Estos palacios son los que en adelante veremos trasladados á Toledo. La forma poco precisa en que D. Rodrigo se expresa en cuanto al origen de estas noticias *(fertur..... fama est)* no nos permite afirmar resueltamente si tuvo á la vista algún cantar ó se apoyó tan sólo en la tradición oral; pero más verosímil parece lo primero, puesto que el poema castellano debía de existir ya; y dentro del mismo siglo XIII le encontramos reducido á prosa en la *Crónica general*, pero conservando gran número de asonancias y aun versos enteros, que dejan fuera de duda cuál era la lengua en que estaba escrito. Transcribiré el texto primitivo de la *Crónica*, conforme á un códice del siglo XIV que poseo y he utilizado varias veces en estas advertencias, mucho más correcto y completo que la edición de Zamora de 1541:

«Cap. VI (del reinado de D. Fruela).—*De commo Carlos lidió con Bramante en el val Samorian.*

»Pepino, rey de Francia, avie dos fijos: disien al uno Carlos por sobrenombre Mayneth et al otro Carlon. Carlos aviendo desamor con su padre sobre rason que se le alçava contra las justicias cuedando quél fazie pesar, vinosse para Toledo á servir al rey Galafre, que era ende señor á aquella sazon. Et quando llegó á tierra de la *cibdat* enbió su mandadero al rey Galafre quél mandasse dar posadas en su

(1) *Quemadmodum Galafrus, admiraldus Toleti, illum in provintia exulatum ornavit habitu militari in palatio Toleti, et quomodo idem Carolus postea, ob merita ejusdem Galafri, occidit in bello Braimantum magnum ac superbum regem Saracenorum, Galafri inimicum.....*

(2) *Fertur enim in juventute sua a Rege Pipino Gallis propulsatus eo quod contra paternam justitiam insolescebat et ut patri dolorem inferret, Toletum adiit indignatus, et cum inter Regem Galafrum Toleti et Marsilium Cæsaraugustæ dissensio perveniset, ipse sub rege Toleti functus militia, bella aliqua exercebat, post quæ, audita morte Pipini, in Gallias est reversus, ducens secum Galienam filiam regis Galafri, quam, ad fidem Christi conversam, duxisse dicitur in uxorem. Fama est apud Burdegaliam ei palatia construxisse. (De Rebus Hispaniæ*, lib. IV, capítulo XI.)

lugar. Et el rey Galafre avie una fija a quien disien Galiana. Et esta quando lo oyó sallió luego con muchas de sos dueñas á recebirle. Ca en verdat, *segunt cuenta la estoria*, por amor della vinie Carlos servir á *Galafre*. Et luego que Galliana llegó á ellos omillaronsele todos si non Maynete. Ella quando aquello vió nol conosciendo, tóvose por despagada, et llamó por su nombre al conde don *Morant* que andava con el *infant*, ca ya le conoscie *dantes*, e dixol: «*Don Morant*, ¿quién es »aquel cauallero ó escudero que se me non quiso *homillar?* bien vos digo *verdat* »que si él de *morar* ha en Toledo, que se non *fallará* bien desto que ha fecho.» Et respondiól el Conde desta guisa: «Aquel escudero que vos veedes es omme de muy »alta *sangre*, é desde su niñes nunca ovo en costumbre de *homillarse* á mujer ninguna que sea, si non á Sta. Maria solamientre quando fasie su oracion. E demás vos digo que si alguno vos ha fecho *pesar* en Toledo que vos puede ende *dar* buen remedio. Et en desiendo esto llegaron á Toledo, et el rey Galafre sallió entonces á ellos et recibiolos muy bien et onrradamient, et mandó les dar buenas posadas et púsoles luego las quitaciones grandes et buenas. Et Galafre avie entonces guerra con un moro poderoso á quien disien Bramante, et non aviendo aun más de VII semanas que los franceses llegaran á Toledo, vínoles aquel Bramante cercar la villa con muy grand hueste, porque querie *casar* con Galliana á furto del *padre* et fincó las tiendas en el val *Salmorian*. Galafre quando lo sopo embió contra él sus moros et aquellos franceses et disen que fincó entonces Carlos durmiendo en la *cibdat*. Et luego que llegaron ovieron su batalla muy *grande* con aquel *Bramante* et mataron y muchos dellos. Et tan de resio lidiaron allí los franceses que se ovieron de vencer los de parte de *Bramante*, mas luego dieron tornada et lidiaron tan buenamente que se ovieron de vencer los franceses la su ves, et fueron mucho espantados. El conde don Morante quando aquello oyó pesól mucho y de coraçon é començó de estoruarles cuanto más pudo, desiendoles: «Esforçat, amigos, et non ayades qué te»mer. ¿Non sabedes que dis la escriptura que quando Dios quier que los pocos »vencen á los muchos?» Ellos fueron entonces ya quanto más esforçados, et dieron luego tornada á los moros, et lidiaron con ellos et vencieron los, assi como desimos. Les duró la mayor pieza del dia la fasienda, venciendo se á veses quando los unos quando los otros.»

«Cap. VII.—*De la batalla de Carlos é de Bramante, é de commo murió Bramante.*

»Estando los françeses en grant coyta et en grant peligro, en guisa que se querien ya *vencer*, *despertose del dormir el infante don Maynet*, et quando non vió ningun ome en todo el palacio, maravillose mucho qué podiese *ser*, et sospechó quél avien sos vasallos traydo et vendido por dineros: començó mucho de se quexar por ende et nombrar á ssi mesmo et al padre et á la madre que le engendrara. Galiana que seye en cima del adarve, quandol oyó assi dar bozes et nombrar el padre et la madre et a ssi mesmo, plógol mucho de corazon. Et con sabor que ovo de faserle algun plaser porque la amasse e se pagasse della, guissosse muy bien lo meior que ella pudo et fuesse para el palacio o él estava. Mayneth quando la vió non se quiso

levantar contra ella nin recebirla. Galliana ovo de aquello grant pesar, et dixol: «Don Mayneth, si yo supiesse aquella tierra o dan soldadas por dormir, pero que »muger só yrme ia allá á *morar*. Ca semeia me que vos non avedes á coraçon de »acorrer á vuestra companna que está muy mal trecha en el val *Salmorian*, o lidia »con *Bramant*. Et digo vos que si vuestro padre sopiesse que non fuistes y, que non »vos dará buena soldada.» E dixol el infant: «Doña Galliana, si yo toviesse cauallo »en que caualgasse et pudiesse aver algunas armas, ayna los acometeria yo.» Et dixol Galliana: «Infante, bien sé yo de qual linage sodes vos, ca vos sodes fijo de Pepino, »rey de Francia é de la reyna Berta, é que vos disen Mayneth. Et si me vos quisiesse- »des fazer pleyto que me lleuassedes con vusco á Francia é me fisiessedes christiana »é casassedes comigo, yo vos daria buen cauallo é buenas armas é un espada á quien »disen *Joyosa* que me ovo dado en donas aquel Bramante.» Et el infante le dixo: «Galiana, bien veo que he de *faser* lo que vos *queredes*, é prometo vos por ende »que si me vos agora aguardades commo *avedes* dicho, que vos lleue comigo para »Francia e vos tome por *muger*.» Galliana quandol esto oyó desir ovo ende grant plaser et tovo que serie verdat, ca ella lo avie ya visto en las estrellas. Estonce le traxo las armas delante et ayudól ella misma á armar, et pues que fué armado, caualgó en un cauallo quél dió ella, á quien disien Blanquet, quél ouiera dado en donas otrossi Bramant, et fué cuanto más pudo en pos de los suyos á acorrerlos. Et assi commo llegó á los suyos al logar o era la fasienda, falló un rico omne que auie nombre Aynar que era su primo cormano dél et muy mal ferido. Et luego quel vió descendió del cauallo e parósse sobrél muy triste, e dixol llorando: «Amigo Aynar, »yo vos prometo que oy en este dia uos vengue si Dios me ayuda del que vos »esto fizo.» Pues que esto ovo dicho cavalgó á muy grant priessa, é fué ferir en los moros llamando Sanctiago, é mató luego, segunt disen, de la ves, XII de los meiores de Bramante et muchos de los otros. En todo esto seie Bramante en su tienda, et vino á él un cauallero quél dixo: «Don Bramant, sepades que un cauallero llegó á »la fasienda de partes de *Orient*, que tantos ha ya muerto de los vuestros que non »han cuento.» Bramante quando lo oyó armósse muy ayna é caualgó en su cauallo, é fuesse para allá, é á la entrada de la fasienda fallóse con el infante, é quando él vió el cauallo quél oviera dado en donas á Galiana, ovo ende muy grant pesar, *é con grant yra que ovo fué ferir luego en Maynet*. Mas el infante commo estaua ya apercebido non dubdó nada, et firiéronse uno á otro de tan grant *poder* que las lanças les quebrantaron por medio. Et pues que las lanças perdieron, metieron mano á las espadas, é tan bravamente se firien, que marauilla era de commo lo podian soffrir. Bramante quando vió el grant esfuerço del infante é la buena cavalleria preguntól quién era. El infante nombróse luego e dixol cuyo fijo era. El moro quandol oyó, ovo dél más miedo que ante avie, pero començó de lo amenasar muy mal é dixol que nunca jamas tornarie á su tierra. Respondiól el infante: «Esso que tú »dises en las manos de Dios yase.» Bramante metió luego mano á la espada á que disien Durandarte, e fué á darle un golpe atan grande por somo del yelmo que gele taió á bueltas con muy grant cosa de los cabellos de la cabesa, é aun gran partida de

las armas, mas no quiso Dios que prisiesse en carne. Deste golpe fué Mayneth mucho espantado, é llamó Sancta Maria en su ayuda, é dessi alçó el braço con la espada *Joyosa* é fuél dar un golpe tan esquivo con ella en el braço diestro que luego gelo echó en tierra á bueltas con la espada Durendarte. Bramante quando se vió tan mal ferido diosse á foyr quanto más pudo. Mayneth descendió por la espada Durendarte, et caualgó et fué en pos él con amas las espadas en la mano, matando en aquellos que fallava delantre sí, daquellos que de parte de Bramante eran. Et falló él allí por meior la espada que tinie que la que ganara del gigant, et yendo en pos él alcançóle entre Olias é Cabañas, é assi commo llegó á él, alçó el braço con la espada *Joyosa* é fuél dar un tal golpe con ella en guisa que todo le atravessó, é cayó en tierra muerto. El infante descendió luego del cauallo e fuél tomar la bayna del espada Durendarte é las otras armas, é cortól la cabeça é atóla del pretal, ca la querie dar en donas á Galiana. Dessi caualgó en su cauallo é tomó por la rienda el otro que fuera de Bramante e tornosse para los suyos. Los de la parte de Bramante, quando se vieron sin señor desampararon el campo é fuxeron. Los franceses cogieron entonces el campo é fallaron y mucho oro é mucha plata é ricas tiendas, é tornaron se para Toledo, ricos é onrrados.»

«Cap. VIII.—*De commo el conde don Morant llevó á Galliana para Francia.*

»Andados XII años del regnado del rey don Fruela....., murió Pepino, rey de Francia, é luego que lo sopo Maynet, fabló con sus cavalleros en poridat, é dixoles que se querien tornar para la tierra á recebir el regno. Mas un escudero de Aynar que estava y, quandol aquello oyó, dixol: «Señor, yo oí desir á Galafre el otro dia, quan»do venistes de la batalla de Bramante, que vos non dexarie yr magüer quisiessedes »é que nos farie muy bien guardar á vos é á todos los otros que con él andan.» El infante, quando aquello oyó, tornósse á don Morante é á los otros altos ommes, é dixoles quél dixiessen aquello que y tenien por bien. Et dixol estonces el conde don Morant que tenie por bien de meter en aquella poridat á la infante Galiana, é assi lo fisieron. Dessi ovieron su acuerdo de desir al rey Galafre que querie yr el infante á caça, é desi ellos ferraron las bestias lo de tras de las ferraduras adelante, é otro dia caualgaron commo si quisiesse yr á caça, é fuéronse su dia. Et el rey Galafre, quando aquellos vió que tardavan mucho, mandólos y buscar por aquella tierra, mas non los fallaron, ca non era ya guisado. Pues que el infante fué alongado de la tierra, tornósse el conde don Morante á Toledo por llevar á Galliana commo pusieran con ella ante que se fuessen. Et ella estava siempre ataleando quando verie venir á don Morant que la avie de llevar. Et quandol ella vió sallir, sallió á furto por un caño que avie y, é llamól. Don Morante tomóla luego é púsola antessi é pensó de andar con ella quanto pudo toda la noche. Otro dia de mañana, quando demandó el rey por Galiana é la non falló, entendió que los franceses gela avien llevada, é enbió en pos ellos muchos cavallos é alcançólos en Montalvan é lidiaron y con el conde é venciéronle é tomáronle á Galliana. Et el conde ovo ende muy grant pessar, é con la grant yra que ovo fué ferir de cabo en ellos muy biuament é ganó dellos la infante. Los moros con todo esto non quisieron dellos assi

departir, é fueron otra ves lidiar con el conde, é tomáronle de cabo á Galiana por fuerça. Mas el conde é los que con él eran esforçáronse contra los moros mucho más que antes, é lidiaron con ellos é mataron los y todos: desi tomaron á Galiana é fueron con ella por essas montanas. Et segunt disen, duróles siete setmanas que nunca entraron en poblado; assi era toda la tierra llena de moros á aquel tiempo. E tan contados eran y de fambre é de laseria, que por poco se non perdieron, ca ya non trayan vianda ninguna. Et á cabo de las siete setmanas entraron en poblado é ovieron dalli adelant lo que les fué mester, é desi á pocos de dias llegaron á París. Mayneth quando lo sopo saliólos á recebir et lleuólos consigo para su palacio. Et fiso luego á Galiana tornar christiana, et casó con ella alli como gelo prometiera. Desi recibió la corona del regno, é llamáronle dallí adelante Carlos *el Grande*, porque era aventurado en todos sus fechos.»

Leída atentamente esta poética y sabrosa narración, salta á la vista que es resumen de un cantar de gesta en que predominaba la asonancia *á* ó *a-e*, como lo demuestra el gran número de versos ó mayor de asonantes que han quedado intactos ó con leves alteraciones, algunos de los cuales hemos subrayado en el texto. Tampoco hay duda respecto de la lengua en que estaba, porque lo indica la naturaleza de las terminaciones asonantadas; nunca en un texto francés la palabra equivalente á *ciudad* hubiera podido concertar con los nombres propios *Durante* y *Morante* (1).

Esta ingeniosa argumentación de Milá es concluyente; pero ¿no se la podría llevar todavía más lejos, viendo en el *Maynete* de la *General* un poema más indígena de lo que se ha creído, é independiente, a lo menos en parte, de las gestas francesas?

Ante todo, hay que advertir que la leyenda, tal como la presenta el Rey Sabio, sólo en lo sustancial concuerda con las demás versiones, pero en los detalles varía tanto, que no puede decirse emparentada con ninguna. No hablemos del poema franco-itálico de Venecia, en que Galafre es rey de Zaragoza y no de Toledo; variante que se repite en los *Reali di Francia*. Pero aun limitándonos á los fragmentos del primitivo poema francés, descubiertos por Boucherie, y al *rifacimento* de Gerardo de Amiens, es patente que faltan en el nuestro la rivalidad de los hermanos bastardos de Carlomagno (Heudri y Hainfroi); el envenenamiento, perpetrado por ellos, del rey Pipino y de la reina Berta; la descripción de la fiesta en que Carlos y sus amigos se disfrazan de locos, y en que el Príncipe hiere á su falso hermano con un asador de cocina que le proporciona su fiel Mayugot; el viaje de Carlos y su confidente David á Burdeos y Pamplona; el sitio de la ciudad de Monfrín y las primeras hazañas de Carlos, que se presenta como un aventurero, montado en un mal caballo y armado con una estaca; los vencimientos y muertes sucesivas de los reyes Caimante, Cayfer y Almacu; la oferta de soberanía que los ciudadanos de Monfrín hacen á Carlos, y él rechaza; la conspiración del rey Marsilio; el bautizo de

(1) Vid. Milá y Fontanals, *De la Poesía heroico-popular castellana*. Barcelona, 1874, páginas 330-341.

los 10.000 sirios catequizados por Solino, capellán de Maynete; la noche de orgía que pasan los franceses con sus amigas en el campo sarraceno, y en la cual sólo guarda continencia Maynete, que se abstiene de tocar á Galiana «porque todavía era pagana»; el viaje á Italia y la defensa del Papa. Estos personajes, lances y aventuras, muchos de ellos extravagantes y pueriles, se buscarían inútilmente en el relato, tan sobrio y racional, pero al mismo tiempo tan interesante y poético, de la *Estoria d'Espanna*; y, por el contrario, llenan los dos poemas franceses, encontrándose ya todos en los fragmentos conservados del primero, al cual se asigna la muy respetable antigüedad del siglo XII. En ventajosa compensación de todo este fárrago, tiene nuestra *Crónica* la bella, la delicada escena de amor entre Carlos y Galiana, que Gastón París, al encontrarla en otro poema francés muy posterior (*Jourdain de Blaives*), declara ser una de las más felices inspiraciones de la poesía de la Edad Media, inclinándose á creer que procede de un *Maynete* perdido (1). Y ¿por qué no del nuestro?

¿Qué resta, por tanto, de común entre los dos poemas franceses y el cantar de gesta utilizado por la *Crónica*? Sólo el fondo del argumento, es decir, el refugio de Carlomagno en Toledo y su boda con Galiana. Y aun aquí hay profundas diferencias, puesto que la *General* nada dice de los *hijos de la sierva*, hermanos de Carlomagno, y el destierro de éste se atribuye á disensiones con su padre, á quien se supone vivo durante todo el curso de la leyenda. Por el contrario, ninguno de los poemas franceses habla de las estratagemas de herrar los caballos al revés, ni de la salida de Galiana por el caño, ni de las demás circunstancias de la fuga de Maynete, que en uno y otro parte de Toledo al frente de su ejército de sirios, y sin la compañía de la Princesa sarracena, la cual sólo mucho después va á reunirse con él en Francia.

Si es ley constante en la poesía épica que lo más natural, sencillo y humano preceda siempre á lo más artificioso y novelesco, tenemos derecho á afirmar que la canción española, disuelta en la prosa de la *Crónica general*, representa una forma primitiva de la leyenda, y que los fragmentos del poema francés, sean ó no del siglo XII, corresponden á una elaboración épica posterior.

Admitir influjo de nuestra poesía épica en la francesa en tiempo tan remoto, y en que son tan raros los documentos y noticias de la primera, parece á primera vista aventurado é inverosímil. Los dos casos análogos que pueden recordarse son harto posteriores: el *Anseis de Cartago*, que reproduce la leyenda de D. Rodrigo y la Cava, es del siglo XIII, y el *Hernaut de Belaunde*, que imita uno de los principales episodios del poema de *Fernán González*, es del XIV. Pero son tales los elementos históricos que se vislumbran en la leyenda de Maynete, y tan localizada y arraigada quedó entre nosotros, que cuesta trabajo admitir que nada de español hubiera en su origen, sobre todo cuando se repara en los anacronismos de las canciones de gesta, y en el imperfecto conocimiento que de las cosas del Centro y Mediodía de España

(1) *Histoire poétique de Charlemagne*, 239, nota.

tenían los mismos autores del *Turpín*, aunque escribiesen en Galicia, según la opinión más probable. La estancia de Carlomagno en Toledo es seguramente fabulosa, pero el rey Galafre puede muy bien ser identificado, según la discreta conjetura de Quadrado (1), reproducida por Milá (2), con el emir Jusuf-el-Fehri, que efectivamente dominaba en aquella ciudad y en gran parte de la España árabe en la fecha que se supone. Bramante es de seguro Abderrahmán I, cuya larga lucha con Jusuf duró desde el año 747 hasta el 758, si bien con resultado enteramente contrario al que la leyenda supone, puesto que Jusuf fué el vencido, y Abderrahmán el vencedor. Pero tales transmutaciones son frecuentísimas en la poesía épica, y ésta no basta para invalidar (no obstante el parecer del doctísimo Rajna) (3) el extraño y curioso sincronismo de la leyenda, porque efectivamente Carlomagno tenía diez y seis años cuando terminó la lucha entre Jusuf y Abderrahmán. Algún trabajo cuesta suponer en juglares franceses tan exacto y cabal conocimiento de lo que pasaba entre los moros de España, de cuya historia interna se muestran tan ignorantes en todas las demás canciones.

Por otro lado, es grande la semejanza entre los casos fabulosos de Maynete y las tradiciones históricas concernientes á la estancia de Alfonso VI en la corte del rey Alimaymón de Toledo, sin que falten, ni el buen acogimiento del moro, ni el proyecto de fuga, ni siquiera la estratagema de herrar los caballos al revés, sugerida á D. Alonso por su consejero el conde Peransúrez, que corresponde exactamente al D. Morante del poema; así como en Galiana (llamada en otra versión *Halia)* pudiera reconocerse á Zaida, la hija de Almotamid de Sevilla, cuya boda con Alfonso VI cuenta la *Crónica general* (4) con circunstancias novelescas análogas á las del enamoramiento de la Princesa toledana: «E avie estonces aquel rey Abenabet una fija donzella, grande é muy fermosa é de buenas costumbres: é amabala él mucho, é avie nombre Zayda..... Et en todo esto sonaba la fama muy grande deste rey don Alfonso, é ovol á oyr é saber aquella donzella doña Zayda: e tanto oie dezir deste rey don Alfonso, que era caballero muy grande é muy fermoso ome en armas, é en todos los otros sus fechos, que se enamoró dél: é non de vista, ca nunca lo viera, mas de su buena fama, e del su buen prez que crescie cada dia e sonaba, con que cada dia se enamoraba dél doña Zayda..... assi que ella muy enamorada dél, como las mugeres son sotiles e sabidoras para lo que mucho han talante, ovo ella sus mandaderos de como el rey don Alfonso andava estonces por Toledo é por las conquistas que fazie estonces en las villas á derredor della. é que era acerca de la tierra dessa doña Zayda, ovo ella sus mandaderos con quien le embió dezir e rogar que oviesse ella la vista dél, ca era muy pagada de su prez e de la

(1) En el tomo de *Castilla la Nueva*, de los *Recuerdos y bellezas de España*, pág. 229.

(2) *De la poesía heroico-popular castellana.* Barcelona, 1874, pág. 334.

(3) *Le Origini dell' Epopea Francese indagate da Pío Rajna* (Florencia, 1884), pág. 222 y siguientes.

(4) Folio 245 de la edición de Valladolid, 1604.

beldad que dezien dél é quél amava, é quél querie ver. É aun por llegar el preyto mas ayna á lo que ella querie, embiól dezir por escripto las villas é los logares que su padre le diera, é que si él queriesse casar con ella, que le darie Cuenca, é todos aquellos castiellos e fortalezas que le diera su padre. É el rey don Alfonso, quando este mandadero oyó, plogol mucho con aquellas nuevas, é embiól dezir que venisse ella á do toviesse por bien, e él que la yrie ver de todo en todo. É unos dizen que ella vino á Consuegra que era suya, cerca de Toledo, otros dizen que á Ocaña, que era suya otrosi, e otros dizen aun que las vistas que fueron en Cuenca..... E mas *vayamos por el cuento de nuestra estoria* que dize assi: «Pues que el rey don Al»fonso tomó su cavalleria muy grande é buena, guardandose todavia bien de engaño »e de traycion que non andoviesse, fué ver á doña Zayda. E desque se vieron amos, »si ella era enamorada e pagada del rey don Alfonso, non fué el rey Alfonso menos »pagado della, ca la vió él muy grande é muy fermosa é enseñada, é de muy buen »contenente, como le dixeron della: e ovo luego sus fablas con ella, e demandól »que si ella tal preyto querie que si se tornarie christiana, é ella dixo que sí, é que »le darie luego Cuenca, é todo lo ál que el padre le diera: e que farie todas las cosas »del mundo que le mandasse, de mejor mente que otra cosa, solo que con ella »casare.»

Si no está aquí el germen de la leyenda del *Maynete*, confieso que pocas conjeturas se presentan con tanto grado de probabilidad como ésta, apuntada ya por el Conde de Puymaigre (1). Zaida se declara á Alfonso VI, como Galiana á Maynete; se convierte al cristianismo como ella, y se une al Rey de Castilla como *mujer velada* y no como *barragana*, según frase textual de la *Crónica*. Y siendo Zaida personaje histórico, é histórico su matrimonio con Alfonso VI, del cual tuvo al infante don Sancho, muerto en la batalla de Uclés, lo natural es creer que la historia haya precedido á la fábula.

No quiero disimular que contra esta solución se presentan dificultades muy graves, pero no insolubles. ¿Cómo admitir que en el breve período comprendido entre 1099, en que murió Zaida (según la cronología del P. Flórez en las *Reinas Católicas*, I, 215), y 1140, que es la fecha más moderna que hasta ahora se ha asignado á los últimos capítulos del *Turpín*, naciese, creciese y se desarrollase toda esta historia, y pasara los Pirineos, y se verificase la extraña metamorfosis de un monarca casi contemporáneo, como Alfonso VI, en el gran emperador de los francos? Aunque la fantasía épica iba muy de prisa en la Edad Media, parecen poco cuarenta años para tan complicada elaboración. Pero obsérvese que el *Turpín* no dice una palabra de Galiana: sólo menciona á Galafre y á Bramante. ¿Habría, por ventura, un cantar de gesta que tuviese por único tema el vencimiento y muerte de este Rey pagano, y al cual se añadiese luego el episodio de amor, que ya se cantaba en Provenza en 1210, fecha del poema de la *Cruzada contra los Albigenses?*

(1) *Les Vieux Auteurs Castillans*, primera edición, 1861, I, 441.

Ara aujatz batalhas mesclar d'aital semblant
C'anc non ausitz tan fera des lo temps de Rotland,
Ni del temps Karlemaine que venquet Aigolant,
Que comquis *Galiana* la filha al rei *Braimant*,
En Espanha de *Galafre*, lo cortes almirant
De la terra d'Espanha?

De este modo se gana un siglo en el proceso cronológico; pero todavía quedan en pie dos reparos á que no encuentro salida. Uno es la existencia de los fragmentos del poema francés, que la crítica más autorizada coloca en el siglo XII, y en los cuales la leyenda aparece, no ya enteramente formada, sino groseramente degenerada. Otro es la dificultad de suponer que un poeta castellano, tratándose de hechos no muy remotos, atribuyera á Carlomagno los que eran propios de un héroe nacional como Alfonso VI. Tal hipótesis parece que contradice al carácter dominante en nuestra epopeya; y además, vemos que en tiempo de Alfonso *el Sabio* coexistían independientes la leyenda de Zaida y la de Galiana, puesto que es la *Crónica general* quien nos transmite una y otra. Quede, pues, indecisa esta cuestión, que acaso nuevos descubrimientos vengan á resolver el día menos pensado.

Mucho menos nos detendrá, á pesar de su extensión desmedida, el segundo texto castellano del *Maynete;* es á saber: el que se encuentra embutido, como tantas otras fábulas caballerescas, en la enorme compilación historial relativa á las Cruzadas que mandó traducir D. Sancho *el Bravo*, y lleva el título de *La Gran Conquista de Ultramar* (1). Aunque el original francés de este libro no ha sido descubierto hasta ahora, todo induce á creer que las intercalaciones de carácter novelesco no fueron hechas por el intérprete castellano con presencia de los poemas de los troveros, sino que las encontró ya reunidas en una crónica en prosa, que, por otra parte, tradujo con alguna libertad, introduciendo nombres de la geografía de España y mostrando algún conocimiento de la lengua arábiga.

La narración de Maynete, que, según el sistema general de *La Gran Conquista*, aparece con ocasión de la genealogía de uno de los cruzados, á quien se suponía descendiente de Mayugot de París, supuesto consejero de Carlomagno, va precedida de la historia de Pipino y Berta, la hija de Flores y Blancaflor (que en los relatos franceses son reyes de Hungría, y aquí reyes de Almería); y seguida de otras dos leyendas, también de asunto carolingio, la de la falsa acusación de la reina Sevilla, á quien el autor de la crónica identifica con Galiana, y el de la

(1) Reimpresa por Gayangos en la *Biblioteca de Autores españoles*, t. XLIV. Las leyendas carolingias están en el lib. II, cap. XLIII. Vid. en el t. XVI de la *Romania* el importante estudio de G. París, *La Chanson d'Antioche provençale et La Gran Conquista de Ultramar*, y en *Les Vieux Auteurs Castillans*, del Conde de Puymaigre (segunda edición, 1890), el cap. VII del t. II, que trata extensamente de *La Gran Conquista* y de sus relaciones con la literatura francesa.

guerra contra los sajones, cantada en un poema de Bodel, de fines del siglo XIII.

Los relatos de *La Gran Conquista* se derivan (mediatamente, según creemos) de poemas franceses más antiguos que los conocidos, lo cual puede comprobarse no sólo en el caso de la *Canción de los Sajones*, sino en el de la historia de Berta, cotejándola con la que escribió el trovero Adenès. Respecto del *Maynete* puede decirse que ocupa una posición intermedia entre la sobriedad de la *Crónica general* y la complicación de los poemas franceses, no ya del de Gerardo de Amiens y del *Karleto*, de Venecia, sino de los mismos fragmentos primitivos, con los cuales tiene alguna relación, especialmente al principio. Cuando comienza la acción ya ha muerto Pipino: la causa del destierro de Carlos es la rivalidad de los hijos de la falsa Berta, cuyos nombres aparecen ligeramente desfigurados, llamando al uno Eldois y al otro Manfre. Aunque Carlos «era muy pequeño que non habia de doce años arriba, empero era tan largo de cuerpo como cada uno de sus hermanos, y porque creciera tan bien é tan aína, pusiéronle nombre Maynete». El primer ensayo que hace de sus fuerzas es herir á Eldois con un asador el día que se celebraba el juego de la *tabla redonda* y se hacían los *votos del pavón*. Carlos y sus partidarios no se dirigen inmediatamente á España, como en la *Crónica general*, sino que se refugian primero en las tierras del Duque de Borgoña y del Rey de Burdeos, que en *La Conquista de Ultramar* es moro, y no lo sería probablemente en el texto francés. El redactor castellano altera casi todos los nombres para darles fisonomía más oriental, ó acercarse más á la que él creía verdadera historia. Al Rey de Toledo no le llama Galafre, sino Hixem, del linaje de Abenhumaya; Galafre, ó más bien Halaf, queda reducido á la categoría de un simple alguacil suyo. En cambio, Bramante asciende á rey de Zaragoza con el nombre de Abrahim. Galiana se convierte en *Halia*, pero su nombre se conserva al tratar de sus palacios, por cierto con detalles locales dignos de consideración. El conde Morante y los treinta caballeros que le acompañan son aposentados por el Rey «en el alcázar menor que llaman agora los palacios de Galiana, que él entonces habia hecho muy ricos á maravilla, en que se tuviese viciosa aquella su fija Halia, é este alcázar é el otro mayor de tal manera fechos, que la infanta iba encubiertamente del uno al otro cuando quería». Algún otro rasgo parece también añadido por el traductor, verbigracia, el encarecimiento de la ciencia mágica de las moras, «que son muy sabidas en maldad, señaladamente aquellas de Toledo, que encadenaban á los hombres y hacianles perder el seso y el entender». En algunos puntos sigue muy de cerca á la *General*, y tiene de común con ella los nombres topográficos de Cabañas y Valsomorian, y la estratagema de herrar los caballos al revés, que falta, según creo, en todas las demás versiones; pero al final se aparta de ella, inclinándose á las enmarañadas aventuras de los textos franceses, y acabando por confundir la leyenda de Galiana con la de la reina Sevilla.

El pasaje antes citado de *La Gran Conquista de Ultramar* prueba que los palacios de Galiana, que todavía el arzobispo D. Rodrigo supuso en Burdeos, estaban ya localizados en Toledo á fines del siglo XIII ó principios del XIV. De la tradición

burdigalense puede ser resto el nombre de anfiteatro de *Gallien* (1) que allí se da á ciertas ruinas romanas, si bien es más natural explicarle por el emperador Galieno, á quien los arqueólogos del Renacimiento atribuyeron aquella obra. Pero como no hay fundamento histórico para tal atribución, bien puede creerse que el nombre de la fabulosa Princesa, interpretado por los eruditos, les sugirió el recuerdo del Emperador romano, á no ser que sucediera lo contrario, es decir, que una vaga tradición respecto de aquellas reliquias de la antigüedad llevase á la invención de los palacios y del nombre de la Princesa.

La tradición toledana es mucho más importante porque no ha sufrido deformación alguna, y permanece viva en la memoria de nuestro pueblo, mostrándose al viajero en la margen oriental del Tajo, en la Huerta del Rey, los desmantelados torreones, arruinados muros, graciosos ajimeces y notables restos de ornamentación de un suntuoso edificio de estilo arábigo y de época incierta, que ha ido sucumbiendo al estrago del tiempo y á la incuria de los hombres. Sobre estas ruinas han escrito doctamente varios arqueólogos de nuestros días (2), y sobre ellas fantasearon en gran manera los antiguos escritores toledanos, llegando á ser común proverbio, según Covarrubias, «decir á los que no se contentan con el aposento que les dan, que si querrían los palacios de Galiana». Quien dió mayores ensanches á la leyenda, y puede decirse que la remozó y volvió á popularizar á fines del siglo XVII, fué el famoso Dr. Cristóbal Lozano, siguiendo, como de costumbre, las huellas de Luitprando, Julián Pérez, Román de la Higuera, el Conde de Mora y otros no menos fidedignos historiadores. Lozano, pues, en su vulgarísimo libro de los *Reyes nuevos de Toledo* (3), colección de leyendas é historias anoveladas que serían muy interesantes si estuviesen escritas en estilo menos amanerado y fastidioso, nos cuenta que Galafre, hijo de un reyezuelo de África llamado Alcamán, y de la condesa Faldrina, viuda del conde D. Julián, hizo para recreo de su hija «una famosa huerta á las orillas del Tajo, casi contigua á la ciudad, como se baxa por la puente de Alcántara..... en medio de ella fabricó unos palacios adornados de jardines, con estanques muy artificiosos, pues dizen que subia y baxaba el agua con la creciente y menguante de la Luna: si era por arte de nigromancia, ó era quizá por

(1) Obsérvese que también D. Rodrigo dice *Galiena* y no *Galiana*.

(2) La descripción más extensa es la de Amador de los Ríos, *Toledo pintoresca* (Madrid, Boix, 1845), páginas 298-306, y allí se encuentra la traducción hecha por Gayangos del curiosísimo pasaje árabe relativo á las clepsidras de Azarquel. Sobre el estado actual de las ruinas, véase la *Guía artístico-práctica de Toledo*, por el Vizconde de Palazuelos, hoy Conde de Cedillo (Toledo, 1890), páginas 1.126-1.130.

(3) Libro I, cap. V, páginas 25-28 de la edición de Alcalá, 1727.

Opinión distinta de la de los demás historiadores toledanos manifiesta el Dr. Francisco de Pisa, acerca del emplazamiento de los palacios de Galiana:

«El vulgo llama palacios de Galiana á una casa que está ya casi assolada en la huerta del Rey: mas á la verdad, aquella era una casa de campo y recreacion, con sus baños, en la qual dizen que la misma Galiana se deleytava..... y al presente es aquella casa de algunos caballeros,

el arte de las azudas, que es nombre arábigo, y comenzarian entonces, se dexa al discurrir de cada uno. Cuando crecia, pues, el agua, era en tanta altura, que vaciando en unos caños, corria encañada hasta el palacio que tenia el rey moro dentro de la ciudad, que era, dicen, en aquella parte que está hoy el Hospital del Cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza y el Convento de Santa Fé la Real. Estos palacios, pues, de cuya suntuosidad sólo quedan hoy desmoronados vestigios y caducos paredones, los hizo el rey Galafre retiro delicioso..... y quiso se apellidasen por ella Palacios de Galiana».

Aunque el Dr. Lozano tenga tan bien ganada la fama de invencionero, no nació de su fantasía todo este cuento. Hemos visto que la antiquísima *Crónica de Ultramar* afirma ya la comunicación entre los dos palacios. Y en cuanto á los prodigiosos estanques, no hay duda que existió en Toledo, y probablemente en aquel sitio ó en sus cercanías, un artificioso reloj hidráulico, sobre el cual nos da peregrinas noticias el libro de un geógrafo árabe del siglo XIV, Abu-Abdala-ben-Abi Becr Azzahri ó Azzohri, del cual tradujo la parte concerniente á Toledo D. Pascual Gayangos. Azzahri, que se refiere á otros autores más antiguos, no sólo describe aquel ingenioso artificio, sino que nos informa de su autor y del tiempo y ocasión en que fué destruído.

Refiere, pues, que el famoso astrónomo Azarquel «determinó fabricar un ingenio ó artificio por medio del cual supiesen las gentes qué hora del día ó de la noche era, y pudiesen calcular el día de la luna. Al efecto, hizo cavar dos grandes estanques en una casa á orillas del Tajo, no lejos del sitio llamado *La Puerta de los Curtidores*, haciendo de suerte que se llenasen de agua ó se vaciasen del todo, según la creciente y menguante de la luna».

«Según nos han informado personas que vieron estas clepsidras, su movimiento se regulaba de esta manera: No bien se dejaba ver la luna nueva, cuando por medio de conductos invisibles empezaba á correr el agua en los estanques, de tal suerte que al amanecer de aquel día estaban llenas sus cuatro séptimas partes, y que al anochecer había un séptimo justo de agua. De esta manera iba aumentando el agua en los estanques, así de día como de noche, á razón de un séptimo por cada veinti-

---

señores de algunos pagos desta misma huerta, cuyas armas se ven en la misma casa..... *Los palacios y alcázar que con verdad fueron dichos de Galiana, fueron aquellos donde entró el Rey Don Alonso el sexto luego que se apoderó desta ciudad.* Dió el Rey Don Alonso parte destos palacios para el edificio de un monesterio de monjas de la orden de San Benito, que se llamó de San Pedro de las Dueñas..... y despues se dió á la orden de Calatrava, la qual tuvo allí Priorato, y finalmente los Reyes Cathólicos dieron á la orden de Calatrava la Synagoga mayor de Toledo (que hoy es la iglesia de San Benito) *y los palacios de Galiana* á la de Santiago, para las monjas que fueron trasladadas allí del convento de Santa Eufemia de Cozollos el año de mil y quinientos y noventa y cuatro.»

(*Descripcion de la Imperial ciudad de Toledo y Historia de sus antigüedades y grandeza..... Primera parte..... Compuesta por el Dr. Francisco de Pisa..... Toledo, por Diego Rodriguez, 1617.* Folio 27 vto.)

cuatro horas, hasta que al fin de la semana se encontraban ya los estanques á mitad llenos, y en la semana después se veían llenos del todo, hasta el punto de rebosar el agua. Venida la catorcena noche del mes, y cuando la luna empezaba á menguar, los estanques se iban vaciando del mismo modo y con la misma progresión con que se habían llenado. Cumplidas las veintiuna noches y veintiún días del mes, ya no quedaba en los estanques más que la mitad del agua, menguando cada día y cada noche hasta cumplirse los veintinueve días del mes, hora en que quedaban de todo punto vacíos y sin más agua que la que se les pudiese haber echado desde afuera; con esta circunstancia notable: que si alguno intentase, mientras el agua iba en aumento, disminuir la que había en los estanques, extrayéndola con cubos ó de otra manera, lo mismo era cesar la operación, que brotaba otra vez por algunos conductos invisibles el agua suficiente para llenar el vacío; de suerte, que por ninguna manera se alteraba la medida y progresión de las aguas.....

»Estas clepsidras ó relojes de agua, con sus correspondientes estanques, estaban bajo un mismo techo en un edificio fuera de Toledo. Cuando el Rey de Toledo, que lo era entonces un tal Adefonx, ¡maldígale Alá! (Alfonso VII), tuvo noticia de ellos, entróle el deseo de ver cómo se movían, y al efecto, mandó á uno de sus astrónomos que socavase uno de ellos y viese cómo y de dónde le venía el agua. Hízose como lo mandaba el Rey, y el resultado fué que quedó de todo punto inutilizada la máquina. Esto fué en el año 528 de la Hégira (1134 de Cristo), tiempo en que, según dejamos dicho, reinaba en Toledo el rey Alfonso. Cuentan que un maldito judío, á quien llamaban Honayn-ben-Rabna, y era grande estrellero, fué el causante de esta desgracia; pues como desease en extremo penetrar el artificio por medio del cual se movía toda aquella máquina, pidió al Rey que le permitiese sacar de cuajo una de las clepsidras para poder ver lo que había debajo, prometiendo volverla á su lugar tan pronto como se hubiese enterado de las piezas que la componían. Dióle el Rey licencia para ello; mas cuando el judío ¡maldígale Alá! quiso volverla á su sitio, no le fué posible. El insensato creyó que podría mejorar el movimiento, haciendo de suerte que los estanques se llenasen de día y se vaciasen de noche; mas todo fué en vano: no consiguió su intento, y la máquina quedó inutilizada para siempre.....»

Como entre los eruditos toledanos del siglo XVII no había ningún arabista, es claro que la noticia de los relojes de agua y su emplazamiento más ó menos probable, llegó á ellos por tradición oral, dando quizá pretexto al P. Román de la Higuera para convertir el alcázar de Galiana en teatro de academias científicas, y suponer que allí se congregaban los astrónomos toledanos en tiempo del Rey Sabio, para disputar sobre el movimiento de las estrellas y redactar las Tablas Alfonsinas (1), especie que han repetido muchos sin cuidarse de su origen.

---

(1) Vid. Mondéjar, *Memorias históricas de Alfonso el Sabio*, pág. 456, y Rodríguez de Castro, *Biblioteca Española*, t. II, pág. 643, refiriéndose uno y otro al cap. XII del lib. XXII (parte primera) de la *Historia Eclesiástica de la Imperial Ciudad de Toledo y su Tierra*, obra inédita del P. Higuera.

Mentira parece que una tradición tan difundida en España y en Europa, celebrada en poemas tan viejos, consignada en tantos libros históricos, arraigada en los recuerdos y en la topografía de Toledo, no haya prestado argumento á ningún romance. Sólo en la poesía erudita ha tenido manifestaciones muy tardías, siendo quizá la primera esta comedia de Lope, que es, sin duda, una de las más infelices de su enorme caudal dramático. Y, sin embargo, quizá no ha habido poeta que estuviese en mejores condiciones para tratar este asunto, ni que fuese tan capaz de comprender la poesía que encierra. Su índole de poeta popular era la más adecuada para remozar la leyenda y aun para darla nueva vida, como hizo con tantas otras. Pero en el caso presente cometió el yerro de volver las espaldas á la tradición, y la tradición se vengó de él, dejándole caer en un embrollo pueril, desatinado y casi incomprensible, en que los motivos son falsos, falsas las situaciones, y tan groseros y palpables los anacronismos, así materiales como de ideas y sentimientos, que exceden á toda la licencia que en este punto se tomaban los antiguos dramaturgos de cualquier nación y lengua. Hace á Carlomagno hijo de Clodoveo:

El nombre de su bautismo
Es Carlos; Blanca su madre,
Y Clodoveo su padre,
Caudillo del cristianismo.

Supone una invasión de los moros de Aragón en Francia, confundiendo á Carlomagno con Carlos Martel. Pinta en la corte mahometana de Toledo escenas de galantería, rondas y conversaciones por el terrero. El rey Galafre dice que su amada es su Mahoma. Todo esto podría disimularse si la pieza tuviera algún interés, pero carece de él en absoluto, como puede juzgarse por la rapidísima reseña que voy á hacer de su argumento.

Armelina, dama francesa, hija del duque Astolfo, era servida por el conde Arnaldo, que, muy ufano de verse preferido por tan hermosa mujer, se la mostró una tarde al *Delfín* de Francia (título que constantemente se da á Carlos en esta pieza). El *Delfín* se enamoró de ella, y como al mismo tiempo determinase salir de su país, huyendo de las crueldades y sinrazones de su padre, determinó llevarse por compañera de viaje á Armelina, robándola de casa de Astolfo, con ayuda del Conde, que ignoraba los propósitos del Príncipe y creía trabajar por cuenta propia, pues también él iba á ser compañero en la fuga de Carlos. Atravesando los Pirineos, llegaron á Zaragoza, y allí empieza la comedia. Carlos quiere casarse con Armelina, pero desiste de ello al ver la tristeza de Astolfo, y se la cede al Conde sin la menor dificultad:

Aquí mi amor se acabó:
Vuestra es, Conde, desde aquí.

Armelina, por el contrario, siente perder la alta suerte que la esperaba, confiesa ingenuamente su ambición frustrada, y se duele de la veleidad é inconstancia de su amante:

¡Extraña fué mi subida!
Llegué á tu cetro, y estaba
Á tan poco amor asida,
Que en un instante se acaba,
Y comienza mi caída.
. . . .
Esta mi ventura ciega
Parece sol de Noruega,
Que amaneciendo anochece.

Entretanto, Audala, hijo de Aliatar, Rey moro de Zaragoza, disponía su viaje á Toledo para casarse con Galiana, y describe sus presentes de boda en estos agradables tercetos:

Á ser tu esposo voy; gozarte aguardo:
Ricas aljubas llevo de colores,
De plata y oro, naranjado y pardo.
Los caballos más lindos y mejores
Llevo para servirte, que han pacido
Del cristalino Betis hierba y flores.
De un bayo que, de perlas guarnecido
Todo el jaez, la India tiene en poco,
Verás su ijar de mi acicate herido,
Ya con juego de cañas en el Zoco,
Ya contra los cristianos en campaña,
Y el rey Fruela, el asturiano loco.
. . . .
Aguárdame, que voy, y Alá concluya
El justo matrimonio concertado;
Que todo viene de la mano suya.

Por desdicha del enamorado moro, cae en manos de Carlos *un naipe* con el retrato de la hermosa toledana: enamoramiento súbito del *Delfín*. En el mismo punto y hora, Galiana, á quien el horóscopo de un astrólogo alfaquí había predicho que se casaría con un príncipe transpirenaico, y se haría cristiana, encuentra en su jardín á un cautivo francés que había entretenido sus ratos de ocio en hacer el retrato de Carlos:

Un rasguño de un papel
Sacando, y mirando en él,
Quise imitar su color.
Este naipe se parece
Á Carlos.....

Por este ingenioso medio los dos amantes se adoran antes de conocerse, y es en vano que venga el bueno de Audalla haciendo otra vez pomposa ostentación de sus tesoros y regalos, sin omitir

Seis arcas de ciprés limpio, oloroso,
Y dos camas bordadas sobre gasa.....

La Princesa oye cortésmente la embajada, pero pide á su padre un mes de plazo para resolverse á aceptar ó no la boda. Llega Carlos con los franceses que le acompañan (Arnaldo, Nemoro, Gesolfo, y Armelina disfrazada de paje), á pedir hospitalidad y sueldo al rey Galafre, que les hace mucha honra y mercedes. Armelina se percata muy pronto de la recíproca inclinación de Carlos y Galiana, y procura contrarrestarla, hablando mal del encubierto Rugero, que este nombre y no el de Maynete lleva Carlomagno en la comedia. El Rey le toma por confidente de sus amores con la hermosa Zelima, y termina el acto con una ridícula escena nocturna en que, asomadas Galiana y Zelima á la ventana, declara Carlos su amor á la primera, fingiendo hablar en nombre del Rey á la segunda. Sobreviene el celoso Audalla á interrumpir el apacible coloquio, y Carlos le hace desocupar la calle á estocadas.

Todavía más extravagante y más infiel á la leyenda épica es el acto segundo. Continúan las maquinaciones de Armelina, los celos de Audalla, que arroja á Carlos su guante en señal de desafío (¡notable rasgo en un príncipe moro!), y apenas queda espacio para que se desarrolle la juvenil pasión de Carlos y Galiana, que debía ser el punto central de este poema dramático. Persuadido, finalmente, Galafre, por la vengativa francesa, de que el *Delfín* quiere llevarse su hija y sus tesoros, le aprisiona, cargado de hierros, en el castillo de San Cervantes, y encierra á su hija en los palacios de su nombre, con intento de tomar de ambos la más dura venganza. Por cierto que estos palacios, tan decantados por otros poetas y cronistas, no han inspirado á la pródiga musa de Lope más que estos versos, tan secos é insignificantes:

El palacio que se llama
De su nombre, es su prisión,
Cubierto de hierba y rama,
Por donde el Tajo, á traición,
Dos caños de agua derrama.

En el acto tercero logra Carlos romper sus cadenas y evadirse de la prisión, gracias á la lima y las cuerdas que le proporcionan sus fieles servidores Nemoro y Gesolfo, y se pone en camino para Francia, sabedor de la muerte de su padre, dejando encargado al conde Astolfo de favorecer la fuga de Galiana, que sale de su palacio por uno de los dos caños, y se dirige á largas jornadas á París, donde el nuevo Rey, para solemnizar las fiestas de su coronación, había pregonado un torneo. No me detengo en mil peripecias confusas é inútiles, traídas por los celos, intrigas y disfraces de todos los personajes. Baste decir que en aquel paso de armas se aclaran las cosas, rehabilitándose la engañosa Armelina, que comparece en el palenque vestida de negra armadura, para desbaratar una conjuración tramada contra la vida del Rey, y dando Carlos la prometida mano de esposo á Galiana.

Hay en algunos de estos incidentes cierta animación novelesca, pero el conjunto es tan fastidioso, que admira leer en Schack que «esta composición encierra en sí todas las bellezas de los mejores libros fantásticos de caballerías». Bellezas no

encierra ninguna. Los personajes parecen muñecos de cartón ó de palo, y hasta en el modo de tirar de los hilos se echa de menos la destreza habitual en el grande artista dramático que los mueve. Hasta el estilo es, con raras excepciones, flojo, desmayado y negligente, y en la versificación hay cosas de tan mal gusto, como un soneto en ecos y una larga escena en endecasílabos esdrújulos, no mejores que los del Dr. Cairasco de Figueroa, que los había puesto en moda. Pero como no hay obra de Lope que no contenga algo apreciable, merece citarse en la presente un ingenioso soneto que agrada por lo inesperado y picante de la conclusión, después del énfasis y pompa mitológica de los cuartetos:

Que eternamente las cuarenta y nueve
Pretendan agotar el lago Averno;
Que Tántalo, del agua y árbol tierno
Nunca el cristal ni las manzanas pruebe;
Que sufra el curso que los exes mueve
De su rueda, Ixión, por tiempo eterno;
Que Sísifo, llorando en el infierno,
El duro canto por el monte lleve;
Que pague Prometeo el loco aviso
De ser ladrón de la divina llama,
En el Caucaso que sus miembros liga,
Terribles penas son; mas de improviso
Ver su amante en los brazos de otra dama,
Si son mayores, quien lo vió lo diga.

¿Qué podemos pensar sobre los orígenes de esta comedia, en la cual, como dice bien Gastón París, nada ha quedado del espíritu de la Edad Media? Tres versiones del *Maynete* corrían impresas en tiempo de Lope: la de la *Crónica general*, la de *La Gran Conquista de Ultramar* y la de *I Reali di Francia* (1). Es probable que nuestro poeta las conociese todas, y seguro que había leído la primera, por ser la Crónica de D. Alfonso uno de los libros que con más frecuencia manejaba para buscar argumentos. Y, sin embargo, nada veo que tomase directamente de ella, salvo la salida de Galiana por los caños. Y con las otras dos en nada concuerda, pues hasta los nombres están caprichosamente alterados, sustituyendo Arnaldo á Morante ó á Mayugot, Audalla á Bramante, y siendo pura invención de Lope el impertinente personaje de Armelina, que ocupa la escena más tiempo que Galiana,

(1) Esta versión, como ha notado Rajna (*Ricerche intorno ai Reali di Francia*, 247), coincide casi literalmente con la *General* en algunos pasos, lo cual no quiere decir que el compilador italiano conociese la *Crónica*, sino que se valió de un texto poético que en esta parte era análogo. Compárense, por ejemplo, estas palabras de *I Reali* (IV, 24) con las de la *Crónica* que he transcrito antes: «Disse Galeana: Se io ti fo armare, vuo' mi tu giurare di non tôrre mai altra donna che me e d'essere sempre mio fedele amante? Disse Mainetto: Io vi giuro che mentre che voi viverete di non tôrre mai altra donna che voi, se voi giurate di non tôrre altro marito che me? Ed ella gliele giurò, ed egli cosi giurò a lei.»

y es, con grande hastío del lector, la verdadera heroína de la pieza. Creemos, pues, que en este caso Lope no tuvo presente ningún modelo literario, sino que, habiendo oído contar la leyenda en Toledo, la trató caprichosamente, sin conservar de ella más que el dato fundamental y los nombres de Carlos, Galafre y Galiana.

Parece que descansa el ánimo cuando se pasa de esta insulsa comedia de Lope á las amenas y floridas octavas que el obispo Valbuena, en su famoso *Bernardo* (1624), dedicó al episodio de la Infanta de Toledo, comenzando por describir su belleza de esta suerte:

Hija del rey Galafre es Galïana,
Cuya beldad se entiende que del cielo,
Hecha de alguna pasta soberana,
Para asombro baxó y honor del suelo;
El ámbar y arrebol de la mañana,
Que entre rayos y aljófares de hielo
El mundo argenta, y su tiniebla aclara,
Dirás que son vislumbres de su cara.

Valbuena fué el primero que cambió el señorío de Bramante, haciéndole régulo usurpador de Guadalajara, y el primero que imaginó que había abierto un camino subterráneo desde su corte á Toledo; invenciones una y otra adoptadas luego por el Dr. Lozano. El competidor de Bramante en los amores de la Princesa no es aquí Carlomagno, sino un cierto Brabonel, sobrino del emir de Zaragoza.

La descripción de los palacios de Galiana, que ve en sueños el moro Ferragut, aunque excesivamente recargada y pomposa, no carece de mérito si se la considera como un puro juego de la fantasía:

Y luego que el silencio á los sentidos,
En dulce olvido puso sepultados,
Y á la interior potencia reducidos,
En otro nuevo mundo embelesados;
Entre jazmines y árboles floridos,
Sobre un soberbio risco fabricados,
Unos palacios vió, ó soñó que vía,
Labrados del pincel que asombra el día.

Los muros de alabastro, y las molduras
En negro y fino pórfido cortadas,
De enlazados follajes y figuras,
En ventanaje y bóvedas cortadas;
Cien torres de cristal, cuyas alturas,
Con chapiteles de oro coronadas,
Las nubes buscan, y al subir sobre ellas,
Vencen en luz y asombran las estrellas.

Eran las puertas de ébano bruñido,
Que un embutido de marfil esmalta,

Las bisagras de acero, y de fornido
Bronce el engarce y nudo que las ata;
Con sierpes de oro el firme umbral ceñido,
Aldabones en máscaras de plata,
Lumbreras, claraboyas y balcones,
Con rejas de mezcladas invenciones.....
De follajes vestidas y colores
Las antorchadas cimbrias y arquitrabes,
Las altas salas y anchos corredores,
De historias llenas y sucesos graves,
Feroces guerras, bárbaros amores,
Al hecho fieros, y al pincel süaves;
De alabastro los muros, y sobre ellos
De rica estofa mil tapices bellos.
Resplandeciendo con vaxillas de oro
Las ricas mesas de precioso alerce,
Á quien el grave peso del tesoro
Por mayor majestad agobia y tuerce.....
Entró á una cuadra, y vió en un rico estrado,
Sobre alcatifas de oro y pedrería,
La beldad misma que antes desvelado
Amor le dibuxó en la fantasía:
Un rostro de la luz del sol cortado,
Y en un dosel que su sitial cubría,
Con letras de esmeraldas y topacios:
«Ésta es Galiana, y éstos sus palacios.»

¡Cualquiera se imagina un palacio edificado de esta suerte, y mansión de una princesa árabe por añadidura! Pero los épicos de la escuela del Ariosto se cuidaban tan poco de la puntualidad arquitectónica y arqueológica, como de cualquier otro género de puntualidad, atentos sólo á recrear la imaginación y el oido con fáciles versos y peregrinas invenciones, de las que Horacio llamó *speciosa miracula*. Sabido es también que, para mantener suspensa la atención, gustaban de interrumpir una historia y comenzar otra, y dejarla pendiente asimismo, enmarañando cada vez más los hilos de la trama, y haciendo caminar al lector de sorpresa en sorpresa. No es maravilla, pues, que la historia de Galiana, comenzada en el libro v del *Bernardo*, no se reanude hasta el fin del libro VII, en que Ferragut, caminando desde las orillas del Ebro á las del Tajo, llega muy á tiempo para salvar á la Infanta de las garras del feroz Biarabí, Rey de Pamplona, que se la llevaba robada. El trance de la pelea, en que Ferragut vence, derriba y mata al raptor, después de hacer pedazos á la mayor parte de su gente, es un trozo de muy brillante ejecución. Nada tiene de nuevo, puesto que se remonta á la poesía homérica, el símil que el poeta aplica á la caída del espantable y soberbio jayán; pero la valiente octava en que se desarrolla, muestra bien adónde alcanzaban las fuerzas poéticas de Valbuena:

Con ruido igual al que en los valles hace
De las sierras de Cuenca y de Segura,
El pino altivo que en sus hombros nace,
Y en los suyos la mar vuelve segura;
Que si el hierro le tronca y le deshace,
Suena al caer, y tiembla la espesura,
Las hojas en los árboles vecinos,
Y el pez en sus remansos cristalinos.

Hay que llegar al siglo XVIII para encontrar en la lírica castellana algún eco de la leyenda de Galiana. Moratín el padre, que debió la mayor parte de sus aciertos á la imitación hábil y graciosa de nuestra poesía antigua, compuso, con el título de *Abelcadir y Galiana*, un romance morisco que no desdice de los buenos de su clase, aunque peca, como todos los suyos, por intemperancia descriptiva. De la leyenda no conserva más que el nombre de la heroína:

Galïana de Toledo,
Muy hermosa á maravilla,
La mora más celebrada
De toda la morería.....

El personaje de Abelcadir, alcaide de Guadalajara, que viene por oculta vereda al jardín de Galiana, es recuerdo del Bramante de Valbuena ó de Lozano.

La última obra que conocemos inspirada por la leyenda de Maynete, es *La Infanta Galiana*, comedia de D. Tomás Rodríguez Rubí, representada en 1844 (1). En esta pieza, discreta y agradable, aunque no de las más celebradas de su autor, Maynete no es Carlomagno, sino Carlos Martel. Por rara coincidencia, un doctísimo italiano sostiene ahora que Carlos Martel es la verdadera figura histórica que se oculta bajo aquel disfraz épico (2).

Advertiré, para terminar esta larga noticia, que la comedia de Lope *Los Palacios de Galiana*, además de haber servido de modelo al poeta italiano Cicognini para la suya *La moglie di quattro mariti*, ha sido extensamente analizada y traducida en parte (unos 300 versos) al alemán por el conocido hispanófilo Juan Fastenrath en su libro *Immortellen aus Toledo* (3).

---

(1) Habla extensamente de ella, y de otros particulares enlazados con esta leyenda, A. de Latour en su libro *Tolède et les bords du Tage* (París, 1860), páginas 200-230.

(2) P. Rajna, *Le Origini dell' epopea francese*, páginas 199-237.

(3) Vid. para esta y las demás comedias de Lope pertenecientes al ciclo carolingio el muy erudito y sagaz estudio del Dr. Alberto Ludwig: *Lope de Vegas Dramen aus dem karolingischen Sagenkreise* (Berlín, Mayer y Muller, 1898). Procuraré no repetir lo que ya se encuentra en esta excelente monografía.

II. — LA MOCEDAD DE ROLDAN.

Citada en la primera lista de *El Peregrino* (1604). Impresa en la Parte XIX de las comedias de Lope (1623), que tuvo tres reimpresiones, en 1624, 1626 y 1627. En la dedicatoria al cronista y poeta aragonés D. Francisco Diego de Zayas ó Sayas (en la cual, por cierto, se menciona un poema suyo, la *Castalia*, que no encuentro citado en la *Biblioteca* de Latassa), dice Lope que compuso esta comedia en sus mocedades «á devoción del gallardo talle, en hábito de hombre, de la única representante, Jusepa Vaca, digna desta memoria, por lo que ha honrado las comedias con la gracia de su acción y la singularidad de su ejemplo». Como todavía carecemos de historia formal de nuestro histrionismo del siglo XVII, aunque comienzan á reunirse excelentes materiales para ello, no podemos fijar con exactitud la fecha en que la insigne comedianta *creó*, como ahora se dice, el papel del niño Roldán, pero no es verosímil que fuese antes de 1596, fecha del más antiguo documento en que suena su nombre (1).

Este interesante y ameno poema dramático puede compensarnos con creces del fastidio producido por *Los Palacios de Galiana*. Antes de entrar en la investigación de los orígenes de *La Mocedad de Roldán*, daremos breve idea de su argumento y de las escenas más notables.

Una infanta que en la comedia no tiene nombre, hermana de Carlomagno, todavía príncipe heredero, ó, como dice el poeta, *Delfín* de Francia, por vivir su padre *el Emperador* (título que graciosamente otorga Lope al rey Pipino, aunque tampoco le nombra), enamorada de un conde Arnaldo y casada secretamente con él, se halla á punto de dar á luz, precisamente cuando llega á París el Príncipe de Hungría, con quien el Emperador tenía capitulado casarla. En tal conflicto deciden ambos amantes la fuga, que ejecutan en la misma noche en que la ciudad ardía en fiestas y luminarias con ocasión del proyectado desposorio. El estruendo y animación de aquella noche está presentado con la viveza característica de Lope, enlazándose muy ingeniosamente el tumulto de las máscaras y la algazara de la muchedumbre, con el largo y penoso rodeo que tienen que hacer los fugitivos para salir de la ciudad. Por un ingenioso golpe de teatro, que debió de sorprender muy agradablemente á los espectadores, es el mismo Príncipe de Hungría quien ayuda á Arnaldo y á la cuitada dama, sin conocerlos, prestándoles su propio caballo. Termina la jornada con el nacimiento de Roldán, que su padre refiere en estos términos:

En lo espeso deste monte
Llegó el tiempo limitado
De parir la Infanta triste;

(1) Es el testamento de su padre, Juan Ruiz de Mendi, otorgado en 24 de Noviembre de dicho año. Vid. Pérez Pastor (D. Cristóbal), *Nuevos datos acerca del histrionismo español* (Madrid, 1901), pág. 44.

Bajéla, Celio, llorando.
Era el sitio, de una cuesta,
Aunque breve, lo más alto;
Toméla por las espaldas,
Y ceñida con mis brazos,
Parió con mayor dolor
Que ha sentido pecho humano;
Y dando el niño en la yerba,
Fué por la cuesta rodando.
Dejé á la Infanta, y corrí
Donde lloraba el muchacho,
Que era el margen de un arroyo,
Ya de mis ojos formado.
¿No has visto, Celio, entre juncos
Estar las ranas cantando?
Pues lo mismo parecía
Del muchacho el triste llanto.
Toméle en brazos, y estuve
Suspenso de verle un rato,
Porque ya me parecía
Lo que otros muchos de un año.
Subíle á mi pobre esposa,
Que entonces abrió los brazos
Por abrigarle en su pecho,
Que estaba todo temblando.....
Voy al manso arroyo, y cojo
Agua con entrambas manos,
Y en nombre de tres Personas
Y sólo un Dios, fué cristiano.
Y como *rouler* en francés
Es rodar, y fué rodando,
Luego que nació, *Roldán*
Nos pareció bien llamarlo (1).
Roldán, en fin, queda agora,
No en rica holanda empañado,
No con mantillas de grana
Y cubiertas de oro y raso,
Sino en mi solo herreruelo
Y en tres ó cuatro pedazos
Que corté de mi vestido.....
Aquí, de pieles y ramos
Pienso hacer una cabaña

---

(1) Esta etimología parece literalmente tomada de *I Reali di Francia* (lib. VI, c. 53): «*La prima volta che io lo vidi, si lo vidi io che il rotoleva, et in Franzoso è a dire rotolare* «*roor-*»*lare*.....» *Io voglio per rimemoranza che l'abbia nome Roorlando.*»

Entre estos mudos peñascos,
Donde, hasta pasar la furia
Al Emperador airado,
Viva con mi amada esposa
Y con mi Roldán.....

Entre el acto primero y el segundo han pasado cerca de veinte años, con la rapidez habitual en el Teatro de Lope (1). El Conde se partió á la guerra, y yace cautivo en poder de los moros de Biserta; la Infanta, desconocida para todo el mundo, vive en una aldea con su hijo, ganándose pobremente el sustento con la labor de sus manos. Roldán, que nada sabe de su prosapia, ha crecido extraordinariamente en fuerzas, atrevimiento y valentía. Los pastores del contorno se hacen lenguas de él; los mancebos más arriscados huyen de la pujanza de su brazo:

No tiene mancebo igual
Toda aquesta serranía.
—Es demonio.
—Es muy valiente;
Tiembla dél toda la gente;
Es Roberto en Normandía.
Si lucha, derriba al suelo
Al mancebo más robusto;
Si tira al blanco, es tan justo,
Que mata un ave en el cielo;
Si tira al canto ó la barra,
Pasa, al que mejor, diez pies;
Si esgrime, parece que es
La destreza más bizarra;
Si habla, no es labrador,
Sino galán cortesano;
Si enojado, un tigre hircano
Lleno de rabia y furor.
Él es pobre, si esto es falta
En el que es hombre de bien;
Mas no conozco de quién
Se sepa virtud tan alta.

Un día, otro mozuelo insolente y mal criado le dirige un soez insulto contra la virtud de su madre. Roldán le muele á palos y á coces, y hace frente á los villanos amotinados, exclamando con viril acento:

(1) Es descuido muy característico de la atropellada facilidad con que Lope trabajaba, la falta de fijeza con que marca la edad de Roldán, que en algunas escenas parece un niño y en otras un mancebo muy formado. Pero ha de advertirse, en relativo descargo del poeta dramático, que esta contradicción ó incertidumbre estaba ya en la leyenda antigua, aunque debió remediarla, para que en el teatro no chocara.

Mi madre es de buena gente,
Y por sí muy virtuosa,
Y á quien dijere otra cosa
Digo tres veces que miente.
Y si nací sin nobleza,
Por mí mismo soy tan bueno,
Que estoy de nobleza lleno
Contra mi naturaleza.....
El mejor Rey descendió
De un hombre, sin saber cuál:
El bueno ó mal natural,
Con la virtud se venció.....

Pero el misterio de su nacimiento pesa sobre él y le aflige y acongoja con sospechas de bastardía. Determina alejarse de su madre, y en un diálogo rapidísimo y lleno de nervio la interroga en vano, la increpa, pasando arrebatadamente del desaliento á la ira, y estallando al fin con bárbara violencia:

INFANTA.
¿Adónde vas desta suerte?
ROLDÁN.
Á vengar mi honor perdido.
INFANTA.
¿Perdido?
ROLDÁN.
Basta ofendido,
Para vengarme en su muerte.
INFANTA.
¿Tienes seso?
ROLDÁN.
Tengo honor.
INFANTA.
Rapaz.....
ROLDÁN.
Ya no soy rapaz.
INFANTA.
Vive en paz.
ROLDÁN.
No quiero paz.
INFANTA.
Pues ¿qué?
ROLDÁN.
La guerra es mejor.
INFANTA.
¿Deso gustas?
ROLDÁN.
¡Dulce nombre!

INFANTA.

Mataránte.

ROLDÁN.

No hayas miedo.

INFANTA.

Estáte quedo.

ROLDÁN.

No puedo.

INFANTA.

¿Por qué?

ROLDÁN.

Porque soy muy hombre.

INFANTA.

¡Hombre! ¿Qué dices?

ROLDÁN.

Pues ¿quién?

INFANTA.

¿Quién te ha ofendido?

ROLDÁN.

Un villano

INFANTA.

Y ¿dístele?

ROLDÁN.

Con la mano.

INFANTA.

¿Y con un palo?

ROLDÁN.

También.

INFANTA.

Fué mal hecho.

ROLDÁN.

Fué bien hecho.

INFANTA.

¿De quién dijo mal?

ROLDÁN

De vos.

INFANTA.

Súfrelo tú.

ROLDÁN.

¡Bien, por Dios!

INFANTA.

¿Qué dijo?

ROLDÁN.

Acá está en el pecho.

INFANTA.

Luego ¿no lo sabré?

ROLDÁN.

No.

INFANTA.

¿Y andando el tiempo?

ROLDÁN.

No sé.

INFANTA.

¿Por qué?

ROLDÁN.

Yo me sé el por qué.

INFANTA.

¿Quién eres tú?

ROLDÁN.

Yo, soy yo.

INFANTA.

¿No eres mi hijo?

ROLDÁN.

Sí, madre.

INFANTA.

¿De qué precias?

ROLDÁN.

De ser hombre.

INFANTA.

¿Cómo?

ROLDÁN.

Roldán es mi nombre.

INFANTA.

Y ¿no más?

ROLDÁN.

Dios es mi padre;
Que á quien el padre faltó,
Dios es Padre general;
Y si de vos hablan mal,
Seré vuestro padre yo.
Mil veces os he rogado
Me digáis de qué manera
Nací.

INFANTA.

Si yo lo supiera,
Ya te lo hubiera contado.....

. . . .

Si fué tu padre algún hombre
Que por aquí pasó incierto,
¿Cómo podré yo de cierto
Saber sus prendas y nombre?

ROLDÁN.

Luego, madre, aquel rapaz
Que me llamó mal nacido,
No mintió.

INFANTA.

Desdicha ha sido.
Haz, hijo, con éstos paz.....

. . . .

ROLDÁN.

¡Par Dios, gentiles razones
Tras estar desengañado
De que no es mi padre honrado!
Dejaos, madre, de sermones,
Y tomaldos para vos.....

. . . .

¡Ah, madre, que sois mujer!

. . . .

Quedaos con Dios, que no quiero
Vivir un punto con vos.

INFANTA.

¡Hijo, hijo!.....

ROLDÁN.

Madre, adiós.

INFANTA.

¡Oye, escucha, espera!.....

ROLDÁN.

Espero;
¿Qué me habéis ya de decir?

INFANTA.

Quiérote decir quién eres.

ROLDÁN.

Tras ser ruines las mujeres,
¿Qué sabrán, sino mentir?.....

Entretanto, los mozos del pueblo de Villarreal, donde pasa la acción, traen bandos y contiendas con los del vecino lugar de Villaflor, y eligen por caudillo á Roldán para repeler la invasión de sus contrarios. Este tumulto villanesco y guerra intestina está pintado por Lope con la facilidad y gracia que ponía siempre en este género de cuadros rústicos:

Cien mozos de Villaflor,
Con menos orden que estruendo,
Van los campos destruyendo,
Sin perdonar fruto y flor.
Cárganse, que es compasión,
De almendras verdes y duras,
De las uvas mal maduras
Y las peras sin sazón;
Del membrillo sin provecho,
Que apenas el vello arroja,
La guinda y cereza roja

Entre la linde y barbecho.
 Lo que á su hambre conforma,
Pepino y cohombro son,
Porque en su cama el melón
Apenas pepitas forma.
 Comen racimos aprisa,
Haciendo las viñas parvas;
Corre el mosto por las barbas,
Manchando pecho y camisa.....
. . . .
 Á tu madre han cautivado
Con otras cuatro serranas
De las que por las mañanas
Llevaban gansos al prado.

Roldán toma por lo serio su oficio militar, adiestra su gente y la hace marchar en escuadrón cerrado contra el enemigo, de quien obtiene cruenta victoria, dejando muertos á dos ó tres y descalabrados á otros muchos. Tal aventura le obliga á salir del pueblo y tomar el camino de París en compañía de su madre, que por fin le revela el secreto de su origen, aunque á medias:

 Un caballero alemán
De antigua y clara nobleza
Sirvió á mi padre en París,
Que era gran señor en ella.....
. . . .
Si me llevas á París,
Hijo, con secreto sea.
Tenme en una pobre casa
Que esté de la villa fuera,
No me conozca algún hombre
Que me vió en tanta riqueza.

ROLDÁN.

¿Es posible, madre mía,
Que sois tan noble y tan buena?
Echarme quiero á esos pies.

INFANTA.

Camina, y no te detengas.

ROLDÁN.

 ¿Que está cautivo mi padre?

INFANTA.

Si es vivo, él vive en cadenas.

ROLDÁN.

¿En cadenas, y yo libre?
¡No quiera Dios que eso sea!
Yo pediré su rescate;
Yo iré por él á Biserta.

Al fin de esta jornada se presenta Roldán en la audiencia del Emperador pidiendo limosna para el rescate de su padre. Agrada al Soberano el donaire y despejo del mancebo, y le toma á su servicio.

En el acto tercero le encontramos ya enamorado de D.ª Alda, diciéndola su amor en dulces metros líricos, y amigo y confidente del príncipe Carloto, á quien acompaña y defiende en lances nocturnos como un galán de capa y espada, pero sin olvidar, en medio de sus travesuras, arrojos y temeridades, la noble pasión filial que le hace pensar de continuo en el rescate de su padre y en la reparación de la honra de su madre. Para sustentarla roba delante del Emperador y de sus Pares un plato de su mesa, y va á llevársele á la pobre casilla del arrabal donde vive encubierta: escena capital, como veremos, en todas las variantes de esta leyenda. El Emperador hace venir á su presencia á la que cree dama de Roldán, la reconoce, y para completar la *anagnórisis* sobreviene muy á tiempo el cautivo Arnaldo, á quien la guardia de Palacio ha preso suponiéndole ladrón de una cadena que Roldán le había dado de limosna.

Todo el interés de esta pieza se funda en la impetuosidad y arrojo juvenil de Roldán, carácter vigorosamente trazado. Los restantes valen poco: el de la Infanta es pálido y apagado en demasía, y no llega á conmovernos á pesar de sus infortunios y de su mansedumbre. El estilo es fácil, pero desaliñado, como de la primera manera de Lope; el diálogo muy movido y de corte muy dramático. Hay algunos trozos líricos apreciables (1). Del desorden novelesco de la acción

---

(1) Por ejemplo, las estancias que recita Roldán en el acto tercero:

¡Cuán diferente vida
Es la del cortesano,
De la que siendo labrador tenía.....

En estos versos, puestos en boca de Arnaldo al regresar del cautiverio y saludar los muros de París:

¡Oh, cuán dulce es la patria al peregrino!
¡Dichoso aquel que en el invierno al fuego,
Cercado de sus hijos y su esposa,
Cuenta el camino, y los abraza luego,
Vertiendo el alma, de placer llorosa:
Yo me contemplo como Ulises griego,
Si vive acaso mi mujer hermosa,
Contándole á Telémaco mi historia,
En brazos de Penélope, mi gloria!.....

hay cierta semejanza con el principio del célebre soneto de Joaquín du Bellay, tenido por el mejor de la antigua poesía francesa:

Heureux qui, comme Ulysse, a fait un beau voyage,
Ou comme cestui-là qui conquit la toison,
Et puis s'est retourné, plein d'usage et raison,
Vivre entre ses parents le reste de son âge.....

Lope no desconocía la literatura francesa (aunque la practicase muy poco, como todos los españoles de su tiempo), y alguna vez habló con aprecio de Ronsard y otros poetas de la Pléyada, y aun del mismo Du Bellay, si la memoria no me es infiel. Puede no ser enteramente casual la coincidencia.

no se hable, por ser característico de nuestros poetas en este género de dramas.

¿Dónde encontró Lope el argumento de esta comedia? Los personajes de la leyenda son carolingios, pero los primeros textos en que aparece consignada no son franceses, sino franco-itálicos y de época bastante tardía. Los italianos la reclaman por suya, y quizá nosotros podamos alegar algún derecho preferente. Ante todo, se ha de advertir que la más antigua poesía épica nada supo de estas mocedades de Roldán, y aunque siempre se le tuvo por hijo de una hermana de Carlomagno, á quien unos llaman Gisla ó Gila y otros Berta, no había conformidad en cuanto al nombre del padre, que en unos textos es el duque Milón de Angers, y en otros el mismo Carlomagno, á quien la bárbara y grosera fantasía de algunos juglares atribuyó trato incestuoso con su propia hermana. Pero en ninguno de los poemas franceses conocidos hasta ahora hay nada que se parezca á la narración italiana de los amores de Milón y Berta y de la infancia de *Orlandino*. Además, la acción pasa en Italia y se enlaza con recuerdos de localidades italianas. A este propósito escribe con mucha razón Pío Rajna, contestando á León Gautier, que se empeñaba en no ver en la leyenda italiana más que una copia adulterada de un original francés perdido: «Me parece un error deplorable pretender que los italianos del Septentrión no hicieran más que repetir, con infinitos despropósitos, las composiciones venidas de Francia: si en materia de poesía lírica supieron emular no rara vez á los trovadores provenzales, empleando una lengua extranjera, no sé por qué en la poesía narrativa no se les ha de suponer más que parásitos y algo peor. Por lo tocante al caso nuestro, el nacimiento de Orlando no ha servido de argumento á ninguno de los innumerables cantares franceses que se conservan, y cuando se alude al origen del héroe se ve que los autores no tenían la menor noticia de un relato análogo al nuestro» (1).

Pero es el caso que esta historia de la ilegitimidad de Roldán, nacido de los amores del conde Milón de Angers ó de Anglante con Berta, hermana de Carlomagno, es sustancialmente idéntica á nuestra leyenda épica de Bernardo del Carpio, hijo del furtivo enlace del Conde de Saldaña y de la infanta D.ª Jimena. La analogía se extiende también á las empresas juveniles atribuídas á Roldán y á Bernardo. La relación entre ambas ficciones poéticas es tan grande, que no se le escapó á Lope, quien, como sabemos, trató dramáticamente ambos asuntos, repitiéndose en algunas situaciones, y estableciendo en esta comedia de *La Mocedad de Roldán* (acto tercero) un paralelo en toda forma entre ambos héroes legendarios. Son interlocutores de esta curiosa escena el mismo Roldán, el Emperador y un embajador de España:

EMBAJADOR.

Allá tenemos, señor,
Un rapaz deste valor,
De quien pudiera contar
Mil espantosas hazañas.

(1) *Ricerche intorno ai Reali di Francia* (1872), pág. 253.

ROLDÁN.

¿Soy yo rapaz?

EMBAJADOR.

Sois muy hombre;
Al otro doy este nombre.
Cuéntanse cosas extrañas
De Bernardo.

EMPERADOR.

Pues ¿quién es
Bernardo?

EMBAJADOR.

El Carpio se llama,
Que presto sabréis su fama,
Y su venganza después.
Tenía Alfonso una hermana
Que un vasallo le gozó,
De quien Bernardo nació.

EMPERADOR.

¡Ay, hija infame y liviana,
No quisiera haber oído
Ejemplo de tu maldad!

EMBAJADOR.

El Rey, con seguridad,
Del noble Conde ofendido,
Le tiene en dura prisión,
Lamentando su fortuna,
En el castillo de Luna,
Y á la Infanta en religión.
Por hijo del Rey se cría
Bernardo, de esto ignorante,
Y á Roldán tan semejante,
Que imaginé que le vía.
Será de su misma edad;
Pero es valiente y travieso.

EMPERADOR.

No lleva ventaja en eso
Á Roldán.

EMBAJADOR.

Su Majestad
Se deleitara de ver
Tal rapaz como es Bernardo,
Airoso, fuerte, gallardo,
De extremado parecer;
Bravo con hombres, y blando
Con mujeres por extremo.

ROLDÁN.

¡De envidia y rabia me quemo;

De coraje estoy temblando!
¿Quién es ese Bernardillo
Que conmigo comparáis?
Español, ¿sabéis que habláis
Con Roldán?.....

. . . .

Decidle á ese Bernardillo
Que pase al margen de Andaya,
Y se venga hasta la raya
De Navarra.

EMPERADOR.

¡Ah, rapacillo!

ROLDÁN.

Yo callaré.

EMPERADOR.

¿Qué es aquesto?

ROLDÁN.

Y que allí podremos ver
Cuál es más hombre.

EMBAJADOR.

Iré á hacer
Lo que me decís, muy presto.

Reconocido el parentesco entre las dos leyendas, lo primero que se ocurre es que la de Roldán ha servido de modelo á la de Bernardo; pero es el caso que los datos cronológicos no favorecen esta conjetura. El más antiguo texto de las *Enfances Roland* no se remonta más allá del siglo XIII, y para entonces nuestra fábula de Bernardo no sólo estaba enteramente formada, sino que se había incorporado en la historia, admitiéndola los más severos cronistas latinos, como don Lucas de Túy y el arzobispo D. Rodrigo; andaba revuelta con hechos y nombres realmente históricos, y había adquirido un carácter épico y nacional que nunca parece haber logrado el tardío cuento italiano. Tres caminos pueden tomarse para explicar la coincidencia: ó se admite la hipótesis de un poema francés perdido que cantase los amores de Berta y Milón (hipótesis muy poco plausible, no sólo por la falta de pruebas, sino por la contradicción que esta leyenda envuelve con los datos de los poemas conocidos), ó se supone la transmisión de la leyenda de Bernardo á Francia, y de Francia á Italia (caso improbable, pero no imposible, pues ya hemos visto que también puede suponerse en el *Maynete*, y no soy yo el primero que le ha propuesto), ó preferimos creer que estas *mocedades* no fueron al principio las de Bernardo ni las de Roldán, sino un lugar común de la novelística popular, un cuento que se aplicó á varios héroes en diversos tiempos y países. La misma infancia de Ciro, tal como la cuenta Herodoto y la dramatizó nuestro Lope en su comedia *Contra valor no hay desdicha*, pertenece al mismo ciclo de ficciones.

Todos los textos de las mocedades de Roldán fueron escritos en Italia, como

queda dicho. El más antiguo es el poema en decasílabos épicos (para nosotros endecasílabos), compuesto en un francés italianizado, es decir, en la jerga mixta que usaban los juglares bilingües del Norte de Italia. Forma parte del mismo manuscrito de la biblioteca de San Marcos de Venecia, en que figuran la *Berta* y el *Karleto*. En este relato, Milón es un senescal de Carlomagno, y los fugitivos amantes se refugian en Lombardía, pasando en los caminos de Italia todo género de penalidades: hambre, sed, asaltos de bandidos; hasta que Berta, desfallecida y con los pies ensangrentados, se deja caer al margen de una fuente, cerca de Imola, donde da á luz á Roldán, que por su nacimiento queda convertido en un héroe italiano. Adviértase que en ésta y en todas las demás versiones de la leyenda (exceptuando la comedia de Lope), Roldán es hijo ilegítimo, sin que en parte alguna se hable de matrimonio secreto de sus padres: delicadeza es ésta de que la poesía primitiva y popular se cuida muy poco, cuando no la contradice abiertamente. Milón, para sustentar á Berta y á su hijo, se hace leñador. Roldán se cría en los bosques de Sutri, y adquiere fuerzas hercúleas. Su madre tiene en sueños la visión de su gloria futura. Pasa por Sutri Carlomagno, volviendo triunfante de Roma, y entre los que acuden en tropel á recibir al Emperador y á su hueste, llama la atención de Carlos un niño muy robusto y hermoso que venía por capitán de otros treinta. El Emperador le acaricia, le da de comer, y el niño reserva una parte de su ración para sus padres. Esta ternura filial, unida al noble y fiero aspecto del muchacho, que «tenía ojos de león, de dragón marino ó de halcón», conmueve al viejo Namo, prudente consejero del Emperador, y al Emperador mismo, quien manda seguir los pasos de Roldán hasta la cueva en que vivían sus padres. El primer movimiento al reconocer á su hija y al seductor, es de terrible indignación, hasta el punto de sacar el cuchillo contra ellos; pero Roldán, cachorro de león, se precipita sobre su abuelo y le desarma, apretándole tan fuertemente la mano que le hizo saltar sangre de las uñas. Esta brutalidad encantadora reconcilia á Carlos con su nieto, y le hace prorrumpir en estas palabras: «Será el halcón de la cristiandad.» Todo se arregla del mejor modo posible, y el juglar termina su narración con este gracioso rasgo: «Mientras estas cosas pasaban, volvía los ojos el niño Roldán á una y otra parte de la sala á ver si la mesa estaba ya puesta» (1).

Esta es la forma más pura y sencilla de la leyenda. En la compilación en prosa *I Reali di Francia*, ya citada al hablar del *Maynete*, encontramos más complicación de elementos novelescos. Para seducir á Berta, Milón entra en Palacio disfrazado de mujer. El embarazo de Berta se descubre pronto, y Carlos la encierra en una prisión, de donde su marido la saca, protegiendo la fuga el consejero Namo. La aventura de los ladrones está suprimida en *I Reali*. El itinerario no es enteramente el mismo. Falta el sueño profético de la madre. En cambio, pertenecen á la

---

(1) Vid. G. París, *Histoire poétique de Charlemagne*, páginas 409-112; Guesard, en la *Bibliothèque de l'École des Chartes*, 1856: pág. 393 y siguientes; y muy especialmente Rajna, *Ricerche intorno ai Reali di Francia*, pág. 253 y siguientes.

novela en prosa, y pueden creerse inventadas por su autor (si no las tomó de otro poema desconocido), las peleas de los mozuelos de Sutri, en que Roldán hace sus primeras armas, y la infeliz idea de hacer desaparecer á Milón en busca de aventuras, desamparando á la Princesa, á quien había seducido, y al fruto de sus amores. Esta variante, imaginada, según parece, para enlazar este asunto con el de la *Canción de Aspramonte*, y atribuir á Milón grandes empresas en Oriente, persistió, por desgracia, en todos los textos sucesivos, viciando por completo el relato y estropeando el desenlace.

La prosa de los *Reali di Francia* fué puesta en octavas reales por un anónimo poeta florentino de fines del siglo XIV, con el título de *La historia del nascimento d'Orlando*, y por otro del siglo XV, que apenas hizo más que refundir al anterior: *Inamoramento de Melone* (sic) *e Berta, e come nacque Orlando et de sua pueritia* (1). Las juveniles hazañas de Roldán dieron asunto á Ludovico Dolce para uno de los varios poemas caballerescos que compuso á imitación del Ariosto: *Le prime imprese del conte Orlando* (1572); pero de los 25 cantos de que este poema consta, sólo los cuatro primeros tienen que ver con la leyenda antigua, siguiendo con bastante fidelidad el texto de *I Reali* (2). El poema de Dolce fué traducido en prosa castellana (3) por el regidor de Valladolid Pero López Henríquez de Calatayud (1594).

Más interesante que esta versión es otro texto castellano de la leyenda, inserto en la colección de novelas del navarro Antonio de Eslava, titulada *Noches de invierno*, cuya primera edición es de 1609 (4). La singular rareza de este libro, que la mayor parte de los que han tratado del ciclo carolingio muestran conocer tan sólo por el extracto francés que de él se hizo en la *Bibliothèque universelle des romans* (Noviembre de 1777), me mueve á dar noticia un poco detallada del capítulo VIII (*Noche segunda*), que trata *de los amores de Milón de Anglante con Berta; y el nacimiento de Roldán y sus niñerías*. La fuente de este relato es, sin duda, *I Reali di Francia*, pero ofrece bastantes amplificaciones y detalles, debidos,

---

(1) Numerosas ediciones de estos poemas pueden verse registradas en la *Bibliografia dei romanzi e poemi romanzeschi d'Italia*, que sirve de apéndice y tomo IV á la obra del Dr. Julio Ferrario *Storia ed analisi degli antichi romanzi di cavalleria* (Milán, 1829).

(2) *Le prime imprese del conte Orlando di Messer Ludovico Dolce, da lui composte in ottava rima, con argomenti, et allegorie. All'Illustriss. et Eccellentiss. Signor Francesco Maria della Rovere Prencipe d'Urbino.—Vinegia, appresso Gabriel Giolito de Ferrari*, 1572. En 4.°

(3) *El nascimiento y primeras Empressas del conde Orlando. Tradvzidas por Pero Lopez Enriquez de Calatayud, Regidor de Valladolid.*—Valladolid, por Diego Fernández de Córdoba y Oviedo. Sin año; pero la fecha (1594) se infiere del privilegio.

(4) *Parte Primera del libro intitulado Noches de Invierno. Compuesto por Antonio de Eslava, natural de la villa de Sanguessa. Dedicado á Don Miguel de Navarra y Mauleon, Marques de Cortes y Señor de Rada y Traybuenas.—En Bruselas, por Roger Velpio y Huberto Antonio, impressores de Sus Altezas, á l'Aguila de Oro, cerca de Palacio, 1610.* En 8.° Páginas 313-372. La primera edición es de Pamplona, 1609.

sin duda, al capricho del imitador, que tenía, por cierto, mal estilo y pésimo gusto.

Enamorado Milón de Berta, «con mucho secreto se vistió de hábito de viuda, y lo pudo bien hazer, por ser muy mozo y sin barba, y con cierta ocasion de unas guarniciones de oro, fué á Palacio, al cuarto donde ella estaba, y las guardias entendiendo ser muger, le dieron entrada....., y no solamente fué esto una vez, mas muchas, con el disfrazado habito de viuda, entraba á gozar de la belleza de Berta, engañando á las vigilantes guardias, de tal suerte, que la hermosa Berta de la desenvuelva viuda quedó preñada». Indignación de Carlomagno; largo y retórico discurso de Berta solicitando perdón y misericordia, «pues se modera la culpa con no haber hecho cosa con Milon de Anglante que no fuese consumacion de matrimonio, y debaxo juramento y palabra de esposo». La acongojada dama se acuerda muy oportunamente de la clemencia de Nerva y Teodosio y de la crueldad de Calígula; pero su hermano, que parece más dispuesto á imitar al segundo que á los primeros, la contesta con otro razonamiento no menos erudito, en que salen á relucir Agripina y el emperador Claudio, la cortesana Tais y el incendio de Persépolis, Laís de Corinto, Parsiphae, Semíramis y el tirano Hermías, á quien cambia el sexo, convirtiéndole en *amiga* de Aristóteles. En vista de todo lo cual la condena á muerte, encerrándola por de pronto en «el más alto alcázar de Palacio». Pero al tiempo que «el dios Morfeo esparcía su vaporoso licor entre las gentes», fué Milón de Anglante con ocultos amigos, y con largas y gruesas cuerdas apearon del alto alcázar á Berta, y fueron huyendo solos los dos verdaderos amantes....., y en este ínterin, ya el claro lucero daba señales del alba, y en la espaciosa plaza de París andaban solícitos los obreros «haziendo el funesto cadahalso, adonde se habia de poner en execucion la rigurosa sentencia».

Carlomagno envía pregones á todas las ciudades, villas y lugares de su reino, ofreciendo 100.000 escudos de oro á quien entregue á los fugitivos. «Y como llegase á oidos del desdichado Milon de Anglante, andaba con su amada Berta, silvestre, incógnito y temeroso; caminando por ásperos montes y profundos valles, pedregosos caminos y abrojosos senderos; vadeando rápidos y presurosos ríos; durmiendo sobre duras rayzes de los toscos y silvestres árboles, teniendo por techo sus frondosas ramas; los que estaban acostumbrados á pasear y dormir en entoldados palacios, arropados de cebellinas ropas, comiendo costosísimos y delicados manjares, ignorantes de la inclemencia de los elementos.... Y assi padeciendo infinitos trabajos, salieron de todo el Reyno de Francia, y entraron en el de Italia..... Mas sintiéndose ella agravada de su preñez y con dolores del parto, se quedaron en el campo, en una obscura cueva, lexos una milla de la ciudad de *Sena* en la Toscana..... Y á la mañana, al tiempo que el hijo de Latona restauraba la robada color al mustio campo, salió de la cueva Milon de Anglante á buscar por las campestres granjas algun mantenimiento, ropas y pañales para poder cubrir la criatura que naciese.» Durante esta ausencia de su marido, Berta «parió con mucha facilidad un niño muy proporcionado y hermoso, el cual, asi como nació del vientre de su madre, fué rodando con el cuerpo por la cueva, por estar algo cuesta abaxo». Por eso su padre, que llegó

dos horas después, le llamó *Rodando* (sic), y «de allí fué corrompido el nombre, y lo llaman Orlando».

Hasta aquí las variantes son pocas; pero luego se lanza la fantasía del autor con desenfrenado vuelo. Milón perece ahogado al pasar un río, y Eslava no nos perdona la lamentación de Berta, que se compara sucesivamente con Dido abandonada por Eneas, con Cleopatra después de la muerte de Marco Antonio, con Olimpia engañada por el infiel Vireno. Hay que leer este trozo para comprender hasta qué punto la mala retórica puede estropear las más bellas invenciones del genio popular. Lo que sigue es todavía peor: el sueño profético de Berta pareció, sin duda, al moderno novelista muy tímida cosa, y le sustituye con la aparición de una espantable sierpe, que resulta ser una princesa encantada hacía dos mil años por las malas artes del mágico Malagis, el cual la había enseñado «el curso de los cielos móviles y la influencia y *constelacion* de todas las estrellas, y por ellas los futuros sucesos y la intrínseca virtud de las hierbas, y otra infinidad de secretos naturales».

Contrastan estas ridículas invenciones con el fondo de la narración, que en sustancia es la de los *Reali*, sin omitir los pormenores más característicos, por ejemplo, la confección del vestido de Orlando con paño de cuatro colores: «Y así un dia los mochachos de Sena, viéndolo casi desnudo, incitados del mucho amor que le tenian, se concertaron de vestirle entre todos, y para eso los de una Parroquia ó quartel le compraron un pedazo de paño negro, y los de las otras tres parroquias ó quarteles otros tres pedazos de diferentes colores, y así le hizieron un vestido largo de los cuatro colores, y en memoria desto se llamaba Orlando del Quartel, y no se contentaba con sólo esto, antes más se hacía dar cierta cantidad de moneda cada dia, que bastase á sustentar á su madre, pues era tanto el amor y temor que le tenian, que hurtaban los dineros los mochachos á sus padres para dárselos á trueque de tenerlo de su bando.»

La narración prosigue limpia é interesante en el lance capital de la mesa de Carlomagno: «Estando, pues, en Sena, en su Real palacio, acudian á él á su tiempo muchos pobres por la limosna ordinaria de los Reyes, y entre ellos el niño Orlando....., el qual, como un dia llegase tarde....., se subió á Palacio, y con mucha disimulacion y atrevimiento entró en el aposento donde el Emperador estaba comiendo, y con lento paso se allegó á la mesa y asió de un plato de cierta vianda, y se salió muy disimulado, como si nadie lo hubiera visto, y así el Emperador gustó tanto de la osadía del mochacho, que mandó á sus caballeros lo dexasen ir y no se lo quitasen; y así fué con él á su madre muy contento y pensando hacerla rica..... El segundo dia, engolosinado del primero, apenas se soltó de los brazos de su madre, cuando fué luego á Sena y al palacio del Emperador, y llegó á tiempo que el Emperador estaba comiendo, y entrando en su aposento, nadie le estorbó la entrada habiendo visto que el Emperador gustó dél la primera vez, y fuése allegando poco á poco á su mesa, y el Emperador, disimulando, quiso ver el ánimo del mochacho, y al tiempo que el mochacho quiso asir de una rica fuente de oro, el Emperador echó una grande voz, entendiéndole atemorizar con ella; mas el travieso Orlando, con ánimo increi-

ble, le asió con una mano de la cana barba, y con la otra tomó la fuente, y dixo al Emperador con semblante airado: «No bastan voces de reyes á espantarme»; y fuése, con la fuente, de Palacio; mandando el Emperador le siguiesen cuatro caballeros, sin hacerle daño, hasta do parase, y supiesen quién era.»

La escena del reconocimiento está dilatada con largas y pedantescas oraciones, donde se cita á Tucídides y otros clásicos; todo lo cual hace singular contraste con la brutalidad de Carlomagno, que da á su hermana un *puntillazo* y la derriba por el suelo, provocando así la justa cólera de Orlando. Al fin de la novela vuelve el autor á extraviarse, regalándonos la estrafalaria descripción de un encantado palacio del Piamonte, donde residía cada seis meses, recobrando su forma natural, la hermosísima doncella condenada por maligno nigromante á pasar en forma de sierpe la otra mitad del año.

¿Cuál de los textos citados hasta ahora es el que Lope pudo tener presente para su comedia? No hay que pensar en las *Noches* de Eslava, por ser posteriores á *La Mocedad de Roldán*. Debe prescindirse también de la más antigua versión poética italiana, por estar inédita y haber sido desconocida hasta nuestros días, y de los dos poemas anónimos, por la escasa boga y difusión que tuvieron fuera de los límites de la península itálica. Sólo por dos caminos pudo llegar la leyenda al Teatro de Lope: por la prosa de *I Reali di Francia*, ó por el poema de Ludovico Dolce. Es verosímil que conociera los *Reali*, que hoy mismo son tan populares en Italia como entre nosotros el *Fierabrás*, disfrazado con el título de *Historia de Carlomagno y de los doce Pares*; y es seguro que había leído el poema de Dolce, ya en su original, ya en la traducción castellana de Enriquez de Calatayud. Pero á semejanza de lo que había hecho en *Los Palacios de Galiana* (aunque ahora con más acierto), trató el asunto con la mayor libertad, conservando sólo los datos fundamentales de la tradición. Comenzó por alterar los nombres y circunstancias tenidas por históricas, de la manera más arbitraria, suponiendo vivo y en posesión de la dignidad imperial al padre de Carlomagno, inventando las figuras del Príncipe de Hungría y del Embajador de España, dejando innominada á Berta, convirtiendo á Milón en el conde Arnaldo, adaptando de otros relatos carolingios los nombres de Merián, Urgel y Dardín, creando de propia minerva y con instinto de gran poeta dramático las escenas de querella y reconciliación entre Roldán y su madre, y explayándose con fácil y pintoresca pluma en el cuadro de la insurrección de los villanos. De estas alteraciones, unas son indiferentes, otras poéticas y felices, y en general puede decirse que la leyenda salió mejorada de manos del poeta moderno. Sólo se le puede culpar de haber malogrado con sequedad y dureza, sin duda por la precipitación con que solía escribir las últimas escenas de sus dramas, el cuadro, que pudo ser bellísimo, de Roldán en la mesa de Carlomagno, dejándole intacto para Luis Uhland, que le desarrolló con gran ventaja en la noble y gentil balada que lleva por título *Der klein Roland:*

«Sentado estaba á la mesa el rey Carlos en la sala dorada. Los servidores pasaban de continuo trayendo platos y copas.

»Alegrábanse los corazones de los comensales con las flautas, las violas y las canciones, pero el són armonioso no llegaba hasta el solitario retiro de Berta.

»Fuera, en el amplio patio del castillo, estaban sentados muchos mendigos que se complacían en beber y comer, más que en el són de los instrumentos.

»Francas estaban las puertas para que el Rey contemplase á la muchedumbre, cuando entre ella se abrió paso un hermoso niño.

»Singular era su traje, cosido de cuatro pedazos de color diverso: no se detuvo con los mendigos, sino que miró al fondo de la sala.

»En la sala entra el niño Roldán, como en su casa: levanta un plato del centro de la mesa, y se lo lleva sin decir palabra.

»Asombrado queda el Rey; pero como nada dice al niño, nadie se atreve á detenerle.

»Poco después vuelve á entrar el niño Roldán en la sala: se acerca audazmente al Rey y le arrebata su copa de oro.

»—¿Qué haces, muchacho insolente? — exclama el Rey; pero el niño Roldán no suelta la copa, sino que mira al Rey de hito en hito.

»Sombría y torva era la mirada del Rey, pero cuando le vió afrontar sus iras, no pudo menos de reirse.

»—Entras en mi sala dorada como en el verde bosque; arrebatas los platos de la mesa real como pudieras coger la fruta de un árbol; como quien va á buscar agua á la fuente, te llevas mi vino espumante y rojo.

»— Las villanas beben en la fresca fuente y cogen de los árboles la fruta; á mi madre convienen sabrosas viandas y pescados y la espuma del vino rojo.

»—¿Tan noble dama es tu madre? ¡Tendrá un espléndido castillo y grande aparato y servidumbre! Dime, ¿quién es el escudero que trincha en su mesa? ¿Quién es el que la sirve la copa?

»—Mi mano derecha es su trinchante, mi mano izquierda es su copero.

»— Dime, ¿quién son sus centinelas?

»—Son mis ojos azules.

»— Dime, ¿quién son sus cantores?

»— Son mis labios rojos.

»—¡Buenos servidores tiene la dama! Pero gastan una extraña librea que reproduce todos los colores del arco iris.

»—He vencido y derribado en la lucha á ocho mancebos de cada uno de los cuatro barrios de la ciudad, y me han traído por tributo paño de cuatro colores.

»—A fe mía que la dama tiene el mejor servidor del mundo. ¿Será, por ventura, la reina de los mendigos? Una dama tan noble no puede vivir alejada de mi corte. Levántense tres damas y tres caballeros, y vayan en seguida á buscarla.....»

En esta delicada y graciosa composición, la pulcritud y elegancia del arte moderno ha acertado á reproducir el encanto de la vieja leyenda sin desvirtuar su ingenuidad nativa.

Para terminar este largo artículo advertiremos que hay en la Parte 33 de *Comedias*

escogidas (1670) una imitación ó refundición poco feliz de esta comedia de Lope, con el título de *Las Niñeces de Roldán*. Es trabajo de dos ingenios, D. Francisco de Villegas y José Rojo.

III.—LAS POBREZAS DE REINALDOS.

Pertenece á la primera manera de Lope como todas las comedias de este ciclo. Se encuentra ya mencionada en la primera lista de *El Peregrino* (1604), y se imprimió muy incorrectamente (1) en la Parte 7.ª del Teatro de nuestro autor (Madrid y Barcelona, 1617). El Dr. Alberto Ludwig, que ha estudiado en una erudita y concienzuda monografía las comedias carolingias de Lope, llega á puntualizar más la fecha de la composición de ésta, haciendo notar los siguientes versos alegóricos, por cierto de muy mal gusto, que se hallan en la jornada primera:

Dióme la esperanza velas,
Árbol mi deseo altivo,
Popa el corazón herido;
Fué la confianza proa
Con que rompió el temor tibio;
Fueron pilotos mis ojos,
Norte, los que adoro y sigo;
Mesanas, entenas, gavias
En que va el lienzo tendido,
Trinquetes y masteleros,
Amor de sus flechas hizo.....

fueron trovados á lo divino por Alonso de Ledesma en un romance «al velo de la serenissima infanta D.ª Margarita de Austria», inserto no sólo en la segunda edición de los *Conceptos espirituales* de aquel autor (1602), que es la que el Dr. Ludwig ha visto, sino en la primera de 1600, que había sido aprobada ya para la impresión en 1599:

---

(1) Además de las erratas que van corregidas en esta edición, he notado las siguientes al volver á repasar esta comedia. De paso enmendaré algunas distracciones propias y ajenas:

Pág. 251, *b*, línea 11: *Afamio*, léase *Afranio*.—Pág. 257, *b*, línea 34, debe leerse con interrogante: *¿No son pocos?*—Pág. 260, *b*, línea 32: *su adorno*, debe leerse *ese adorno*, para que el verso conste.—Pág. 263, *a*, línea 19, dice: *de servir*, léase *deservir*.—Pág. 268, *b*, línea 26: después de *saya* debe haber coma; línea 28: después de *arma* debe haber punto.—Pág. 269, *a*, línea 50, dice: *las otras*, léase *las obras*.—Pág. 272, *a*, línea 9, dice: *Incitáis*, léase *imitáis*.—Pág. 273, *a*, línea 6: sobra el acento en el *qué;* línea última, dice: *debo*, léase *debe*.—Pág. 274, *b*, línea 33, dice: *en*, léase *con*.—Pág. 275, *b*, línea 12: *querría*, léase *quería;* línea 55: *vengando*, léase *vengará*.—Pág. 289, *a*, línea 47, no debe haber punto y coma, sino coma, y en el verso siguiente punto.

De velas sirve la fe,
De áncoras la esperanza,
De farol la caridad,
La cruz de mástil y gavia;
La humildad y la paciencia,
La obediencia y la templanza,
Van por lastre del navío,
Que es la más segura carga.
La carta de marear
Es nuestra ley sacrosanta (1).

Esta pieza, por consiguiente, ha debido de ser escrita antes de 1600, pero no mucho antes, porque en ella Lope, que se introduce á sí propio como personaje episódico con el nombre de *Belardo*, hace figurar también á su querida *Lucinda* (doña María ó D.ª Micaela de Luján), y no hay dato alguno para suponer que los amoríos de Lope con la encubierta Lucinda comenzasen antes de 1597 ó 1598.

El argumento de este drama de Lope es, aunque muy alterado, el de uno de los más célebres poemas carolingios, *Renaus de Montauban*, que pertenece al grupo de los que narran las luchas de Carlomagno con sus grandes vasallos. La versión más arcaica que hasta ahora se conoce de tal leyenda es de fines del siglo XII ó principios del XIII, y ha sido atribuída con poco fundamento á Huon de Villeneuve, pero la primitiva inspiración puede ser anterior, aunque en las más antiguas *gestas* no se encuentre mencionado ninguno de los personajes de este ciclo, que parece haberse desarrollado con independencia de los restantes. Pero con el tiempo vino á suceder lo contrario: difundida esta leyenda de Reinaldos y sus hermanos por toda Europa, y especialmente en Italia, su héroe llegó á ser uno de los más populares, rivalizando con el mismo Roldán en los poemas caballerescos italianos, y ocupando tanto lugar en la historia poética de Carlomagno que algunos llegaron á considerarle como centro de ella.

Quien desee conocer en todos sus detalles el antiguo cantar de los hijos de Aimón puede acudir al tomo XXII de la *Historia literaria de Francia* (2), donde Paulino París hizo un elegante análisis dél y de sus continuaciones, ó al prolijo y siempre redundante León Gautier, que en el tomo III de sus *Epopeyas* (3) le dedica cerca de 50 páginas, emulando con su irrestañable prosa la verbosidad de los viejos juglares. A nuestro propósito basta una indicación rapidísima.

Aimón de Dordone tenía cuatro hijos, Reinaldos, Alardo, Ricardo y Guichardo.

(1) *Conceptos espirituales de Alonso de Ledesma, natural de Segovia, dirigidos á Nuestra Señora de la Fuencisla. Con licencia y privilegio. — En Madrid. En la Imprenta Real, 1600.* Páginas 427 y 428.

(2) *Histoire Littéraire de la France, ouvrage commencé par des Religieux Bénédictins de la Congrégation de Saint Maur, et continué par des Membres de l'Institut (Académie des Inscriptions et Belles-Lettres). Tome XXII (suite du treizième siècle).* — París, 1852. Páginas 667-700.

(3) *Les Épopées Françaises*, t. III, páginas 190-801.

Cuando entraron en la adolescencia los llevó á París y los presentó en la Corte del Emperador, quien los armó caballeros y les hizo muchas mercedes, obsequiando á Reinaldos con el caballo *Bayardo*, que era hechizado. Jugando un día Reinaldos á las tablas con Bertholais, sobrino de Carlomagno, perdió éste la partida, y, ciego de rabia, dió un puñetazo á Reinaldos. Reinaldos fué á quejarse de esta afrenta al Emperador, pero Carlos, dominado por el amor á su sobrino, no quiso hacerle justicia. Entonces Reinaldos, cambiando de lenguaje, recuerda á Carlomagno otra ofensa más grave y antigua que su familia tiene de él: la muerte de su tío Beuves de Aigremont, inicuamente sentenciado por el Emperador cediendo á instigaciones de traidores. Semejante recuerdo enciende la ira del Monarca, que responde brutalmente á Reinaldos con otro puñetazo. Reinaldos vuelve á la sala donde estaba Bertholais, y le mata con el tablero de ajedrez. Los cuatro Aimones logran salvar las vidas abriéndose paso á viva fuerza; se refugian primero en la selva de las Ardenas, y luego en el castillo de Montalbán, y allí sostienen la guerra contra el Emperador, haciendo vida de bandoleros para mantenerse, llegando el intrépido Reinaldos á despojar al propio Carlomagno de su corona de oro. Finalmente, ayudados por las artes mágicas de su primo hermano Maugis de Aigremont (el *Malgesí* de nuestros poetas), que con sus encantamientos infunde en Carlos un sueño letárgico, y le conduce desde su tienda al castillo de Montalbán, llegan á conseguir el indulto; y la canción termina con la peregrinación de Reinaldos á Tierra Santa y su vuelta á Colonia, donde muere obscuramente trabajando como obrero en la construcción de la catedral y víctima de los celos de los aprendices.

Tal es el esqueleto de la leyenda. Hay mil peripecias que por brevedad omito, recordando sólo las escenas de miseria y hambre, en que se ven obligados á devorar la carne de sus propios caballos, á excepción del prodigioso *Bayardo*, de quien Reinaldos se apiada cuando le ve arrodillarse humildemente para recibir el golpe mortal; el encuentro de Reinaldos con su madre Aya, que le reconoce por la cicatriz que tenía en la frente desde niño; la recepción de los cuatro Aimones en la casa paterna; la carrera de caballos que celebra Carlomagno con la idea de recobrar á *Bayardo*, y en que viene á quedar él mismo vergonzosamente despojado por la audacia de Reinaldos y la astucia de Malgesí; y otras mil aventuras interesantes, patéticas é ingeniosas, á las cuales sólo faltaba estar contadas en mejor estilo para ser universalmente conocidas y celebradas.

El Norte y el Mediodía de Francia se disputan el origen de esta leyenda, inclinándose los autores de la *Historia literaria* á suponer que las primeras narraciones proceden de Bélgica ó de Westfalia, más bien que de las orillas del Garona y del castillo de Montalbán, lo cual tienen por una variante provenzal muy tardía. Según esta hipótesis, la historia de los cuatro hijos de Aimón hubo de correr primero, en forma oral, por los países que bañan el Mosa y el Rhin, y de allí transmitirse, con notables modificaciones, á las provincias del Mediodía. Los manuscritos del siglo XIII presentan huellas de una triple tradición, flamenca, alemana y provenzal, que á lo menos en parte había sido cantada.

A principios del siglo XV la leyenda francesa fué refundida por autor anónimo en un enorme poema de más de 20.000 versos, donde aparecen por primera vez los amores de Reinaldos con Clarisa, hija del Rey de Gascuña. Y siguiendo todos los pasos de la degeneración épica, este poema fué, cincuenta años después, monstruosamente amplificado y convertido en prosa, por un ingenio de la Corte de Borgoña, en un enorme libro de caballerías que consta de cinco volúmenes ó partes, de las cuales sólo la última llegó á imprimirse. No nos detendremos en otras redacciones prosaicas, bastando citar la más famosa de todas, la que hoy mismo forma parte en Francia de la librería popular, de lo que allí se llama *bibliothèque bleue*, y entre nosotros *literatura de cordel*. Sus ediciones se remontan al siglo XV. La más antigua de las góticas que se citan no tiene lugar ni año: las hay también de Lyon, 1493 y 1495; de París, 1497..... Las posteriores son innumerables, y llevan por lo general el título de *Histoire des quatre fils Aymon*. Se ha reimpreso con frecuencia en Épinal, en Montbéliard, en Limoges, etc., exornado con groseras aunque muy características figuras, entre las cuales nunca falta el caballo *Bayardo* llevando á los cuatro Aimones. El estilo ha sido remozado, especialmente en algunos textos (1), pero sustancialmente el cuento corresponde al del siglo XV, y éste es bastante fiel á la canción de gesta del XIII. La popularidad del tema se explica no sólo por su interés humano, sino por su carácter más novelesco que histórico; por la conmiseración que inspira á lectores humildes el relato de la pobreza y penalidades de los Aimones; por la mezcla de astucia y de valor en las empresas de los héroes; por cierto sello democrático que marca ya la transformación de la epopeya. Lo cierto es que de todas sus gloriosas tradiciones épicas, ésta es casi la única que conserva el pueblo francés, harto desmemoriado en este punto.

Conviene mencionar, por haber sido traducido al castellano, un largo libro de caballerías, de pura invención, compuesto por un escritor retórico y ampuloso de fines del siglo XV, con el título de *La conqueste du très puissant empire de Trebisonde et de la spacieuse Asie.....* (París, Alain Lotrian: sin fecha), conquista que se atribuye á Reinaldos de Montalbán y sirve de complemento á la historia de sus hazañas.

No importan á nuestro propósito las versiones inglesas y alemanas, pero no debemos omitir los poemas italianos en octava rima, tales como el *Innamoramento di Rinaldo da Monte Albano* (Venecia, 1494); el *Rinaldo appassionato*, de Leonello Baldovinetti (Venecia, 1528); el *Rinaldo furioso*, de Marco Cavallo Anconitano (1526); *La Trabisonda*, de Francesco Tromba (1518); el *Libro de' tradimenti di Gano*, de Pandolfo Bonacossi (1518), y otro posterior y más breve, de autor anónimo, *Tra-*

(1) Esta refundición lleva por título *Les quatre fils d'Aymon, histoire héroique, par Huon de Villeneuve, publiée sous une forme nouvelle et dans le style moderne, avec gravures.* (París, 1848. Dos pequeños volumenes.) Esta versión es distinta de la que se expende con el título de *Histoire des quatre fils Aymon, très nobles, très hardis et très vaillants chevaliers.* (Vid. C. Nisard, *Histoire des livres populaires ou de la littérature du colportage*, t. II, pág. 448 y siguientes.

dimento di Gano contra Rinaldo da Montalbano (Fiorencia, 1546); la *Leandra innamorata* (en sexta rima), de Pedro Durante da Gualdo (Venecia, 1508); el *Libro d'arme e d'amore cognominato Mambriano*, de Francesco Bello, comúnmente llamado *il cieco da Ferrara* (1509), y otros, á cual más peregrinos, cuyas numerosas ediciones pueden verse registradas en las bibliografías de Ferrario y Melzi (1) sobre los libros caballerescos de Italia; terminando toda esta elaboración épica con *Il Rinaldo*, de Torquato Tasso, cuya primera edición es de 1562. Téngase en cuenta, además, la importancia del personaje de Reinaldos en los dos grandes poemas de Boyardo y del Ariosto. Fuera de Orlando, no hubo héroe más cantado en Italia; pero en las últimas composiciones de los ingeniosos é irónicos poetas del Renacimiento, apenas quedó nada del fondo tradicional del cuento de los hijos de Aimón.

De esta corriente italiana, y no de la francesa, se derivan todas las manifestaciones españolas de esta leyenda, reducidas á algunos romances del ciclo carolingio, dos ó tres libros de caballerías en prosa, y la presente comedia de Lope. No hay que hacer excepción en cuanto á los tres romances que Wolf admitió en su *Primavera* (números 187-189). Los dos primeros proceden, como demostró Gastón París (2) de la *Leandra innamorata*, que no fué impresa hasta 1508 (3). En el primero, Roldán, desterrado de Francia por haber defendido á su primo Reinaldos, mata á un moro que guardaba un puente, se viste con sus ropas y es acogido por un rey moro, que le envía á pelear contra los doce Pares, á quienes vence y cautiva. En tal conflicto, el Emperador invoca la ayuda del proscrito Reinaldos, á quien un tío suyo nigromante revela quién es el supuesto moro. Termina el romance con el abrazo de los dos primos en el campo de batalla y el triunfo de los cristianos. En la *Leandra* los papeles están trocados, haciendo Reinaldos el de fugitivo y matador del moro, con lo cual resulta más racional y coherente la aventura. El romance segundo parece todavía más moderno, y es un compendio del canto V y siguientes del mismo poema, pero con graves alteraciones. Sabedor Reinaldos, por las artes de su primo Malgesí, de que la mujer más linda del mundo es la hija del rey moro Aliarde, va disfrazado á su corte y logra su amor; pero avisado el moro por el traidor

---

(1) Melzi, *Bibliografia dei romanzi e poemi cavallereschi italiani. Seconda edizione.* Milán, 1838.

(2) *Histoire poétique de Charlemagne*, pág. 211.

(3) *Libro chiamato Leandra. Qual tracta delle battaglie et gran facti de li baroni di Francia, composto in sexta rima, opera bellissima et dilectevole quanto alchuna altra opera di battaglia sia mai stata stampata. Opera nova.....*

Folio 2: *Incomenza il libro dicto Leandra. Qual tracta de le battaglie..... Et principalmente de Rinaldo et de Orlando. Retracto de la verace Cronica di Turpino, Arcivescovo parisiense. Et per maestro Pier Durãte da Gualdo composto in sexta rima.*

Al fin: *Impresso en Venetia, por Jacobo de' Lecho stampatore, nel* 1508 *a di* 23 *del mese di Marzo.....* 4.°

Ferrario y Melzi describen otras ediciones de 1517, 1534, 1563, 1569, y varias sin lugar ni año. Son 25 cantos en sexta rima.

Galalón de los propósitos de Carlos, le condena á muerte, pena que se conmuta en la de destierro, por intervención de la Infanta. Al torneo que manda publicar Aliarde para que acudan los pretendientes á la mano de su hija, concurren disfrazados Roldán y Reinaldos, y éste, después de varias aventuras, logra robar á la Infanta. Este final es enteramente diverso en el poema italiano, puesto que la enamorada Leandra muere de un modo desastroso, arrojándose de una torre (como nuestra Melibea), por amores de Reinaldos. El tercer romance, prosaico y detestable por cierto, narra el viaje de Reinaldos á Oriente, el auxilio que prestó al Gran Can de Tartaria y la conquista del imperio de Trebisonda, todo conforme á la novela francesa de fines del siglo XV que ya hemos citado; pero no creemos que proceda del original, sino de la imitación italiana de Francesco Tromba (1), conocida con el nombre de *Trabisonda historiata* (1518).

Estos romances fueron refundidos luego con más arte y habilidad en otros semiartísticos que pueden verse en la gran colección de Durán, especialmente el número 368, que comienza con una lozana pero muy inoportuna introducción, de carácter lírico y género trovadoresco.

Los libros de caballerías que más expresamente tratan de las aventuras y proezas de Reinaldos, son dos compilaciones de enorme volumen. La primera estaba en la librería de D. Quijote: «Tomando el Barbero otro libro, dijo: Este es *Espejo de Caballerías.*—Ya conozco á su merced, dijo el Cura: ahí anda el señor Reinaldos de Montalban con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce Pares con el verdadero historiador Turpín; y en verdad que estoy por condenarlos no más que á destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo.» En efecto, el *Espejo de caballerías*, *en el qual se tratan los hechos del conde don Roldan y del muy esforzado caballero don Reynaldos de Montalban y de otros muchos preciados caballeros*, consta de tres partes, y es, por lo menos la primera, una traducción en prosa del *Orlando innamorato* de Boyardo. Lo restante tampoco debe de ser original, puesto que se dice «traducido de lengua toscana en nuestro vulgar castellano, por Pedro de Reinosa, vecino de Toledo» (2).

Lope no hizo uso de esta compilación, pero sí de otra todavía más rara, que contiene traducidos varios poemas italianos. Consta de cuatro partes, aunque la última

(1) *Trabisonda historiata con le figure a li suoi canti, nella quale se contiene nobilissime Battaglie, con la vita et morte di Rinaldo, di Francesco Tromba da Gualdo di Nocera. In Venetia, per Bernardino Veneziano de Vidali nel 1518 a di 25 de Otobrio.* 4.º Cítanse otras ediciones de 1535, 1554, 1558, 1616 y 1623.

(2) En el excelente *Catálogo de libros de caballerías* que formó D. Pascual Gayangos pueden verse registradas las diversas ediciones del *Espejo*. La más antigua que se cita de la primera parte es de 1533; de 1536 la de la segunda, y de 1550 la de la tercera, todas de Sevilla. Hállanse juntas las tres en la de Medina del Campo, por Francisco del Canto, 1586, que parece haber sido la última. La traducción no es enteramente de Reinosa; al fin de la segunda parte consta que trabajó en ella Pero López de Santa Catalina.

es casi inaccesible para los bibliófilos. El *Libro primero del noble y esforzado caballero Renaldos de Montalban, y de las grandes prohezas y estraños hechos en armas que él y Roldan y todos los doce pares paladines hicieron*, y el *Libro segundo..... de las grandes discordias y enemistades que entre él y el Emperador Carlos hubieron, por los malos y falsos consejos del conde Galalon*, son traducción, hecha por Luis Domínguez, del libro toscano intitulado *Innamoramento di Carlo Magno* (1). *La Trapesonda, que es tercero libro de don Renaldos y trata como por sus caballerias alcanzó á ser emperador de Trapesonda, y de la penitencia é fin de su vida*, es la ya mencionada *Trabisonda historiata* de Francesco Tromba (2). Y la tercera, de la cual no se conoce más que un ejemplar, existente en la biblioteca de Wolfembuttel, debe de ser, á juzgar por la descripción que hace Heber de sus preliminares y portada, el famoso y curiosísimo poema macarrónico de Merlín Cocayo (Teófilo Folengo) (3).

Aunque Schack designó como fuente de la comedia de Lope los dos primeros libros de esta serie, Ludwig ha probado (4) que no utilizó más que el tercero, es decir, *La Trapesonda*, y de éste especialmente seis capítulos (IV-X), para las escenas de la segunda mitad del acto tercero, en que Malgesí, acompañado por un demonio familiar (á quien Lope llama *Zaquiel*, acordándose, sin duda, del proceso del mágico Torralba), se presenta á Carlomagno en hábito de monje, quejándose de que Reinaldos ha saqueado su abadía; y logrando licencia para penetrar en su prisión y tratar con él del rescate de su plata, rompe sus hierros y sale con él de la cárcel, gracias á las diabólicas artes de su fámulo, que remata la aventura moliendo á palos á Galalón y á su hermano Florante, y pegando fuego á la torre:

Vengan agora á ponerme
Del verdugo en la vil mano;
Pues no podrán ofenderme,
Que soy espíritu vano
Y sabré desvanecerme.

---

(1) Este origen está confesado en el encabezamiento del primer libro: «Aqui comiençan los dos libros del muy noble y esforzado caballero D. Renaldos de Montalban, llamado en lengua toscana *El enamoramiento del emperador Carlos Magno*..... Traducido por Luys Dominguez.» La edición más antigua que cita Gayangos, es de Toledo, por Juan de Villaquirán, «á doze dias del mes de octubre de mil e quinientos y veinte y tres años»; la última, de Perpiñán, 1585.

(2) «Fue impresso en la nobilissima ciudad de Sevilla, en casa de Juan Cromberger empressor de libros. Acabose á xxv dias del mes de mayo. Año de..... mil e quinientos e treynta y tres años.» La última edición de que tenemos noticia es la de Alcalá de Henares, 1562.

(3) El único ejemplar conocido de este libro pertenece á la biblioteca de Wolfembuttel: *La Trapesonda. Aquí comiença el quarto libro del esforçado caballero Reynaldos de Montalban, que trata de los grandes hechos del invencible caballero Baldo, y las graciosas burlas de Cingar. Sacado de las obras del Mano Palagrio en nuestro comun castellano.*—Sevilla, por Domenico de Robertis, á 18 de Noviembre de 1542.

(4) *Lope de Vegas Dramen aus dem karolingischen sagenkreise*, páginas 51 y 55.

Aparte de estos grotescos episodios, propios para divertir al ínfimo vulgo, debe Lope á estos capítulos de *La Trapesonda* algo mejor; es, á saber, las escenas finales de la obra: el tumulto del pueblo en favor de Reinaldos; el perdón á medias que el Emperador le concede; la traza frustrada de Galalón para humillarle delante del Rey de Fez y los príncipes africanos; y el grandioso cuadro final, en que, después de haber enumerado todos los próceres de la Corte imperial sus rentas, estados y vasallos, se justifica el héroe foragido presentando lo único que posee: su mujer y su hijo, y el cofre viejo en que guarda las prendas logradas por su valor en los combates, y las que con astucia había arrebatado al Emperador: la banda blanca y el guión Real, que dejó abandonados Florante en el campo de batalla, y que él con fuerte pecho defendió contra los sarracenos; el anillo que le dió el Rey africano cuando se le rindió como cautivo; el *tusón* (chistoso, pero expresivo anacronismo) que hurtó del pecho de Carlos mientras dormía. Este desenlace, que junta la majestad épica con el interés dramático, es de grande empuje poético, y de efecto seguro en las tablas:

CARLOS.

Di, Roldán, tu estado aquí:
Sepa el Rey qué hombres mantengo.

ROLDÁN.

Comienzas por poco en mí:
Trescientas villas que tengo,
Las ciento tengo por ti,
Las ducientas he ganado;
Anglante es noble condado,
Soy cuatro veces Marqués,
Puédote dar en un mes
Mil hombres como un soldado.....
. . . .

CARLOS

Diga quién es Galalón,
De los buenos que aquí están.

GALALÓN.

Soy de Francia Condestable,
Marqués y Duque; mis villas
Son seiscientas.

REINALDOS.

¡Que esto hable
Con mi hacienda!.....
. . . .

CARLOS.

Es notable.
Diga Dudón.

DUDÓN.

Seis ciudades
Y treinta villas poseo,

Sin castillos y heredades;
Soy gran señor, y deseo
Serlo de las voluntades.

CARLOS.

Diga mi deudo Florante.

REINALDOS.

¡Deudo le llama! ¿Hay tal cosa?

FLORANTE.

De Francia soy Almirante,
Y soy Duque de Joyosa.

CARLOS.

Es á Roldán semejante:
Mirad bien este mancebo,
Que es un gallardo soldado
Á quien mil victorias debo.

REINALDOS.

¡Si hablaran olmos de un prado
Y aquel estandarte nuevo!.....

. . . .

CARLOS.

¿Tú no hablas?

REINALDOS.

Yo, señor,
¿Para qué, si no me oís?

CARLOS.

Todos te oirán; di quién eres.

REINALDOS.

Lo que tengo y lo que soy
Aquí está, si verlo quieres.....

. . . .

Salen Claricia y el niño, y Malgesí con un cofre viejo.

Esta es mi hacienda; no hay más.

CARLOS.

¿Qué gente es ésa, y qué hacienda?

REINALDOS.

Pues tan ignorante estás,
Oye, y todo el mundo entienda
Á quién quitas y á quién das:

. . . .

Quitóme Carlos mis villas,
Mis castillos, mis vasallos;
Sólo Montalván, que es fuerte,
Defendí diez años largos.
Con estas persecuciones
Padecí tantos trabajos,

Tanta pobreza y desdichas,
Que muchas veces pasaron
Tres días sin que los tres
Comiésemos un bocado,
Hasta llegar á beber
La sangre de mi caballo.
No soy Duque; Duque fuí,
Fuí Almirante; ya mi estado
El Rey á Florante dió,
Ese mancebo gallardo.
. . . .
Diez mil hombres de pelea
Saqué por Carlos al campo;
Cien mil doblas fué mi renta;
Lo que ya tengo, escuchaldo:
. . . .
Primeramente, esta banda
Blanca, de Florante el bravo,
Que en el campo me la dió,
Con mil infamias, llorando,
Para que no le matase,
Pensando que era africano.
Saco también el guión,
Que aquí le tengo doblado,
Que el día de la batalla
Metió entre unos olmos altos;
Que sacándole de allí,
Y levantando en mis manos,
Vencí la victoria solo
De que le habéis dado el lauro.
. . . .
Este anillo me dió el Rey
De Fez cuando fué mi esclavo,
Por él y por sus dos hijos:
Todos me estáis escuchando.
Yo fuí quien dejó el tesoro
Que me disteis, africanos,
Porque de Francia en seis días
Levantásedes el campo.....

Fuera de esta feliz y gallarda imitación de un libro olvidado, no puede decirse que Lope haya seguido en particular ninguna de las versiones del tema tradicional, aunque por los personajes (Alberio, Delio.....) y por otros indicios puede afirmarse que, además del *Reinaldos*, tuvo presente el *Espejo de caballerías*. Pero comúnmente se atiene á los datos más generales de la leyenda de los hijos de Aimón, y aun de algunos de ellos no saca todo el partido posible. Reinaldos aparece solo y separado

de los demás Aimones, como en todos los poemas italianos. De su caballo, tan interesante en las leyendas francesas, sólo se habla de paso en dos ó tres versos bastante secos:

Que su caballo sangró,
Y de su sangre cocida
Sustento aquel día nos dió.....

El interés se concentra en Reinaldos, y en medio del desorden de la pieza se levanta imponente su figura, y reduce á unidad los artificios y trazas de Malgesí, los peligros y tribulaciones de Claricia y su niño. Acción tan complicada y prolija se mueve con naturalidad y desembarazo, y los episodios, además de ser interesantes en sí mismos, sirven para presentar bajo distintos aspectos el carácter del héroe popular, á quien la miseria y el furor de la venganza convierten en bandolero:

Vivir pretendo no más:
Quitóme Carlos mi hacienda.

En medio de tan rota y desbaratada vida, no desmiente la nobleza y generosidad de su condición en el diálogo con el mercader, y en la caballeresca protección que dispensa á la princesa mora Armelinda; su lealtad al Emperador, rehusando unirse con los sarracenos, y decidiendo el triunfo de los cristianos con los prodigios de valor que ejecuta disfrazado; su altivez, mezclada con magnánimo desprecio á sus ruines enemigos, cuando presencia la cobardía de Florante sobre el campo de batalla:

Con harta diligencia has caminado;
Á fe que tienes harta ligereza
Si huyendo subes donde yo he bajado.

. . . .

Soy noble, en fin, y es corta gentileza
Infamar el acero en sangre franca,
Ni volarte del cuello la cabeza:
Dame un trofeo, y por el monte arranca,
Liebre veloz de casta magancesa.....

Pero en este invencible paladín, que llega á desafiar al mismo Roldán, hay, juntamente con la impetuosidad de un Aquiles, la astucia y la prudencia de un Ulises, que va preparando lenta é ingeniosamente su rehabilitación, y la logra en el admirable desenlace que ya conocemos.

No hizo uso Lope de los romances sobre Reinaldos, ya por ser tan endebles, ya por no referirse de un modo directo á los trabajos y pobrezas del héroe, que eran el único asunto dramatizable. Pero intercaló en la jornada segunda uno de propia composición, que á pesar de lo elegante y pulido del estilo y del primor de las asonancias, no tiene menos sabor de poesía tradicional que las tres rapsodias juglarescas, tanto que Depping (1) le admitió en su colección entre los anti-

(1) *Romancero castellano* (edición de Leipzig, 1844, con notas de Alcalá Galiano), t. II, pág. 31.

guos caballerescos; error que deshicieron D. Antonio Alcalá Galiano y D. Agustín Durán:

Labrando estaba Clariciá—una sobreveste blanca,
Para Reinaldos, su esposo,—que andaba en el monte á caza.
Y como se la ponía—sobre las doradas armas,
Las batallas que ha vencido—bordaba de sedas varias.
Echó menos á su hijo,—que entretanto que ella labra,
Le devanaba la seda—sobre unas dobladas cartas.
Saltos le da el corazón,—y sospechas le da el alma;
Picóla el dedo la aguja,—cubrió de sangre la holanda.
Dióle voces, no responde;—dejó la labor, turbada;
Al salir al corredor—pisó la falda á la saya.
Cuando entre este mal agüero—oye que tocan al arma.
El niño estaba en el muro,—Galalón en la campaña.
Por la empresa le conoce,—y desta suerte le habla:
«Mal hubiese el caballero—de la Casa de Maganza
Que puso mal con el Rey—á quien le honraba su casa.
Reinaldos de Montalván—venció cuarenta batallas;
Ayudó al conde Godofre—á ganar la Casa Santa.
Galalón, cobarde siempre,—cuando Carlos fué á Bretaña,
Se escondió en una arboleda—en escuchando las cajas.
Siempre aconsejan los nobles—que con el Rey privan y hablan,
Que galardone á los buenos,—cuyas virtudes ensalzan.
Los traidores y envidiosos,—á los honrados apartan,
Porque nunca posan juntas—la humildad y la arrogancia.
Un día de San Dionís,—que á la mesa se sentaban
De Carlos, su Emperador,—todos los Grandes de Francia,
Díjoles que el que más moros—hubiese muerto en batalla,
Tomase á su lado silla;—fué Galalón á tomarla.
Reinaldos le desvió—diciéndole: «Infame, aparta,
»Que Roldán, Dudón y Urgel,—pudiendo tomalla, callan;
»Tras ellos, Reinaldos solo—merece silla tan alta.»
Replicóle que mentía,—puso la mano en su cara;
Enojóse Carlos desto,—desterróle de su casa;
Crecieron los testimonios,—retiróse á la montaña.
¿Qué le quieres, Galalón?—Reinaldos es ido á caza.
Vuelve á París, y di al Rey—que mal sus servicios paga.»

El estilo de esta comedia es muy desigual, como de la primera manera de Lope; pero en general está mejor escrita que *Los Palacios de Galiana* y *La Mocedad de Roldán*, y versificada con menos descuido y más entereza. Algunos trozos son excelentes de todo punto.

Me inclino á creer que la comedia de Miguel de Cervantes *La Casa de los celos y selvas de Ardenia*, nunca representada, y no impresa hasta 1615 (1), es posterior

(1) *Comedias y entremeses de Miguel de Cervantes Saavedra* (edición Nassarre, 1749), t. I, páginas 64-124.

á la de Lope, y acaso escrita para competir con ella. Las primeras escenas entre Reinaldos, Malgesí, Roldán, Galalón y Carlomagno parece que anuncian un drama sobre la pobreza del hijo de Aimón; pero muy pronto abandona Cervantes esta pista para lanzarse con los paladines en persecución de Angélica la Bella, y se pierde en tal embrollo que es casi imposible exponerlo. Uno de los personajes es Bernardo del Carpio, á quien acompaña un vizcaíno, escudero suyo, con botas y fieltro, que estropea el castellano al uso de su tierra. Hay escenas fantásticas, con intervención de personajes mitológicos, como Venus y Cupido, y otros alegóricos, el Temor, la Curiosidad, la Desesperación, los Celos. Sólo la reverencia debida á su inmortal autor impide colocar esta obra entre las que él llamaba *conocidos disparates*, y acaso es la única de su colección dramática que pudiera dar alguna apariencia de fundamento á la extravagante tesis de D. Blas Nassarre, el cual sostenía que estas comedias eran parodias de las de Lope, y que Cervantes las había hecho malas de intento, para burlarse de él. Lo que hay es que Cervantes, en ésta y en otras comedias de su vejez (no en todas) se propuso imitar el desorden de Lope sin tener su genio dramático, y creyó que con acumular episodios inconexos y mutaciones de escena á cada momento, lograría el mismo efecto que su rival lograba, no por la eficacia de estos medios groseros, sino á pesar de ellos, y en virtud de cierto instinto teatral y orgánico que no le abandona ni aun en sus mayores desaciertos y aberraciones. Cervantes es más grande y más universal y humano ingenio que Lope de Vega; pero Lope de Vega era hombre de teatro, y Cervantes no, aparte de su inferioridad en la forma poética.

No nos detendremos en la imitación que de *Las Pobrezas de Reinaldos* hicieron Matos Fragoso y Moreto (1) con el título de *El Mejor Par de los doce* (1673), pues aunque esta vez no plagiaron á Lope tan descaradamente como de costumbre, lo que añadieron ó enmendaron no vale tanto, que compense la pérdida de muchos buenos trozos del poema original, muy superior á esta débil rapsodia.

Una pieza dramática francesa fué representada en 1717 en el Teatro italiano de París con el título de *Renaud de Montauban, pièce héroique, traduite de Lope de Vega* (2). Du Perron de Castera incluyó en sus extractos de piezas del Teatro español (1738) uno muy amplio de esta comedia (3), á la cual pone el reparo clásico de presentar á los héroes reducidos á una baja miseria; reparo que ya Aristófanes

(1) Publicóse por primera vez en la *Parte treinta y nueve de Comedias varias* (Madrid, 1673), cuya dedicatoria firma Matos Fragoso. La comedia se titula de dos ingenios, y el tercer acto es seguramente de Moreto, como lo dicen estos versos finales:

> Y aquí Moreto da fin
> Á este verdadero caso.

(2) Vid. L. Gautier, *Bibliographie des Chansons de geste*, núm. 2.310.

(3) Perron de Castera (M. du). *Extraits de plusieurs pièces du Théâtre espagnol; avec des réflexions et la traduction des endroits les plus remarquables*. París, Pissot, 1738. Vol. II, *La Pobreza de Reynaldos* (páginas 1-40).

hizo á Eurípides, y que, siendo muy fundado desde el punto de vista ideal y sereno de la tragedia ateniense, que nos muestra la realidad limpia de torpes escorias, puede no serlo tanto respecto del drama romántico-naturalista, en que todos los aspectos de la vida caben, tal como le practicaron ingleses y españoles. *Las Pobrezas de Reinaldos* es una especie de melodrama popular, que tiene el mismo interés patético que la leyenda de los hijos de Aimón, y como tal debe ser juzgado.

En holandés existe también una traducción de esta comedia de Lope, hecha por Cornelis de Bie (1).

IV.—EL MARQUÉS DE MANTUA.

Citada en la primera lista de *El Peregrino* (1604), é impresa en la Parte XII de Lope (1619). El texto es bastante correcto (2).

Esta pieza, la mejor de su género entre las de Lope, es una admirable dramatización de los romances de Valdovinos y del Marqués de Mantua, «historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creída de los viejos, y con todo esto no más verdadera que los milagros de Mahoma», según el dicho de Cervantes, quien la parodió muy sazonadamente en el capítulo V de la primera parte del *Quijote*, dándola aquel género de inmortalidad que comunicaba su pluma á cuanto tocaba.

Los tres romances carolingios que narran esta historia pueden decirse enteramente españoles en su estado actual; pero conservan vagas reminiscencias de dos cantares de gesta franceses: el de *Ogier de Danemarche* y el de la Guerra contra los Sajones (3). El nombre de *Danés Urgel* ó *Urgero* dado al Marqués es una corruptela del de *Ogier le Danois*, y su Señorío de *Mantua* lo es de *la Marche* ó de *les Marches*. El *Ogier* de la canción francesa hace la guerra contra Carlomagno por vengar la muerte de su hijo natural Baudinet, á quien Callot ó Charlot, hijo del Emperador, había herido con un tablero de ajedrez (lugar común que ya hemos visto en otras leyendas del mismo ciclo). Pero á esto se reduce la semejanza, puesto que ni la muerte de Baudinet es á traición, ni Ogier recurre á los procedimientos judiciales, ni Carloto es un personaje odioso, sino que toda la odiosidad está de parte de su bárbaro enemigo, y de Carlomagno, que le entrega su hijo, á quien el Danés hubiera inmolado por sus propias manos si un ángel no le hubiera detenido el brazo. El Marqués de Mantua es, por consiguiente, una depuración de Ogier, y si nuestros juglares la hicieron, como parece seguro, dice mucho en pro de la elevación moral

(1) Vid. Günthner, *Studien zu Lope de Vega*, pág. 69.

(2) En la pág. 311 (de nuestra edición), columna primera, línea 13, en vez de *cuernos* debe leerse *cuervos*. En la 318, columna segunda, línea 6.ª, en vez de *desnuda*, *desnudo*. En la 316, columna primera, línea 41, en vez de *cante*, *canse*.

(3) Vid. la *Histoire littéraire de la France*, t. XXII, páginas 644-52; G. París, *Histoire poétique de Charlemagne*, 305-313, 285-293; L. Gautier, *Les Epopées Françaises*, III, 240-253, 650-682.

de sus pensamientos. De la *Canción de los Sajones* (*Chanson des Saisnes*) procede únicamente el nombre de la reina Sevilla, mujer de Valdovinos, á quien Carlos da todos los estados de Guiteclin (Widukin), después de la derrota y muerte de este primer marido de Sevilla. En los romances, Sevilla no es viuda, sino hija del Rey de los sajones. Pero todo lo demás difiere, puesto que Valdovinos no muere herido alevosamente en la caza, sino peleando heroicamente en una batalla contra los paganos.

Las versiones italianas, que comienzan, según costumbre, con un poema franco-itálico del siglo XIII, incluído en la gran compilación de la Marciana y se prolongan hasta fines del siglo XV y principios del XVI con los poemas titulados *Libro del Danese* y *La morte del Danese* (1), alteraron la leyenda en varios puntos esenciales. Carloto mata á Valdovinos en la caza, y Ogier le perdona por de pronto; pero luego le mata jugando con él á las tablas: cae en desgracia del Emperador; pero no le hace la guerra, y cuando los sarracenos invaden el reino de Francia y Carlomagno reclama su ayuda, sólo consiente en prestarla si se le permite dar tres buenos puñetazos al Emperador.

Fuera del incidente de la caza, tampoco se ve muy claro el origen italiano que Gastón París creyó probable para nuestros romances. Que no sean muy antiguos lo creemos de buen grado, puesto que introducen entre los héroes carolingios á los Duques de Borgoña, de Borbón, de Saboya y de Ferrara, y cometen ya el extraño error de convertir la espada de Roldán en un héroe llamado Durandarte. Pero juzgo que entre los tres romances del Marqués de Mantua debe establecerse una distinción, tanto de mérito como de antigüedad. Los anacronismos más graves están en el segundo y tercero (que en rigor son uno mismo), juntamente con alguna reminiscencia pedantesca, como la de la justicia del emperador Trajano, y una imitación harto prosaica de las fórmulas judiciales en la sentencia de Carloto. Estos dos romances, en su estado actual, no pueden calificarse de primitivos, aunque aparezcan ya en el *Cancionero de romances*, de Amberes, sin año, y en la *Silva*, de Zaragoza, de 1550 (2). Por el contrario, el primero, tan tierno é interesante, tan natural y sencillo, está libre de tales tropiezos y presenta rasgos de notable antigüedad, como el juramento del Marqués, que Milá ha puesto en relación con uno de la *Chanson de Aliscans* (3), y que, al parecer, fué imitado en el romance del *conde Dirlos* y en

(1) G. París, páginas 171 y 193.

(2) Llevan los números 165, 166 y 167 en la *Primavera y Flor de romances*, de Wolf.

(3)
Tenés ma foi, | la vos ert afiée
Ke je n'aurai | chemise remuée
Braies ne cauces, | ne ma teste lavée,
Ne mangerai | de char ne de pevrée,
Ne buverai | vin ne espece colée
A mazerin | ne à coupe dorée.....
Ne ni girrai | sor coute emplumée
N'aurai sor moi | linçuel encortinée
Fors la sueure | de ma sele afeutrée ... etc.

uno de los del Cid, «*Día era de los Reyes*». Creemos, pues, que esta bella página es verdaderamente antigua, es decir, del siglo xv, y lo demás continuación ó adición de mano posterior. Los tres romances, sin embargo, han continuado imprimiéndose siempre juntos, y su popularidad ha llegado hasta nuestros días en la forma de pliegos de cordel, que ya desgraciadamente van desapareciendo para ceder el campo á otras narraciones menos poéticas, sanas y venerables que éstas.

Tan natural era la transformación dramática de esta leyenda, que ya la ejecutó, aunque rudamente, un ciego de la isla de Madera llamado Baltasar Dias, en un pliego de cordel, muchas veces reimpreso en Portugal, y alguna con título de *tragedia* (1). Baltasar Dias deslíe los romances castellanos en quintillas portuguesas, conservando muchos versos intactos, y marca las divisiones del diálogo con rúbricas que parecen dispuestas para el teatro. Es obra perfectamente representable, y del mismo género que otras del Teatro popular de fines del siglo XVI, por ejemplo, la *Comedia de Griselda*, del representante Navarro. Pero como ignoramos la fecha de la primera edición de la tragedia de *El Marqués de Mantua*, y la actividad poética de Baltasar Dias se extendió, según sus biógrafos, desde 1578 á 1612, no podemos determinar si esta farsa fué un tosco bosquejo ó una derivación vulgar de la de Lope, que ya estaba escrita en 1604. De todos modos, no hay paridad alguna entre ambas obras, y Teófilo Braga ha expresado perfectamente la diferencia: «Lope de Vega trató en una de sus admirables comedias el asunto de *El Marqués de Mantua*.....; recompuso, por medio de las situaciones tradicionales, la vida moral, la pasión, y siguió lógicamente la fatalidad de los hechos; hizo lo que los trágicos griegos, que se inspiraban en las tradiciones homéricas, imprimiendo, por su intuición profunda de la vida, movimiento y pasión en el rostro inmóvil de la grandeza épica. Baltasar Dias presintió que el Teatro trágico tenía mucho que crear sobre las grandes leyendas medioevales; pero le faltaba el conocimiento del mundo moral....., le faltaba la fuerza de concepción; no podía librarse de las situaciones tales como las había recibido en su primera impresión» (2).

En lo que no anda acertado el crítico portugués es en suponer que Lope de Vega no siguió, como Baltasar Dias, la cantilena de los romances. La siguió en cuanto pudo seguirla, intercalando en su diálogo un número enorme de versos con poca ó ninguna alteración; pero los acomodó con tal arte dentro de las situaciones dramáticas, que parecen nacidos allí, y producen doble efecto por la reminiscencia épica que sugieren y por la nueva vida que adquieren transportados, sin esfuerzo alguno, de la poesía narrativa á la activa. Esta transfusión del alma nacional en el alma del

---

(1) La edición más antigua que citan los bibliógrafos portugueses es de 1665, pero debió de haberlas muy anteriores. Ha sido reproducida por Almeida Garrett en el t. III de su *Romancero* (Lisboa, 1851), páginas 192 á 256, como si fuese producción anónima y popular. Con el nombre de su autor verdadero la trae Teófilo Braga en su *Floresta de varios romances* (Porto 1869), páginas 62-104.

(2) *Historia do Theatro portuguez* (Porto, 1870), páginas 290-291.

poeta, nadie la ha conseguido en tanto grado como Lope, y esta comedia es inapreciable para estudiar prácticamente sus procedimientos.

El primer acto, bizarrísimamente escrito por cierto, es todo de invención de nuestro autor. Los romances presentaban dos situaciones únicas: la agonía de Valdovinos en brazos del Marqués de Mantua; la acusación y castigo de su matador. Faltaba motivar los precedentes de la acción, y esto es lo que Lope hizo, sin tener más guía que estos versos del primer romance:

La linda infanta Sevilla —es mi esposa sin dudare;
Hame ferido Carloto,— su hijo del Emperante,
Porque él requirió de amores—á mi esposa con maldade:
Porque no le dió su amor,—él en mí se fué á vengare,
Pensando que por mi muerte—con ella habia de casare.
Hame muerto á traicion—viniendo yo á le guardare,
Porque él me rogó en París—le viniese á acompañare
Á dar fin á una aventura—en que se queria probare.

Abrese, pues, el acto primero con el regocijo de las bodas de Valdovinos y de la infanta Sevilla (que aquí es hija del rey moro de Sansueña), y con la *encamisada* que disponen los doce Pares para festejarla. El príncipe Carloto se enamora súbitamente de la desposada, y aunque su consejero Rodulfo procura disuadirle con libre y sana doctrina (1), el traidor Galalón asiente á su capricho, le quita todo escrúpulo á fuerza de sofismas que halagan su pasión, y le proporciona los medios de satisfacerla, sugiriéndole la diabólica idea de quitar de en medio á Valdovinos, convidándole á una cacería:

---

(1) Es notable por su independencia el sentido político de este trozo:

CARLOTO.
¿No puede un Rey hacer ley?
RODULFO.
Puede, *del reino á su instancia.*
CARLOTO.
Hago ley que ésta sea mía.
RODULFO.
Esa no es ley, aunque es gusto,
Sino injusta tiranía.
CARLOTO.
¿Qué es ser Rey?
RODULFO.
¿Ser Rey? Ser justo.
CARLOTO.
Justo, Rodulfo, sería;
Que al Rey es mucha justicia
Darle aquello que codicia.
RODULFO.
Cuando codicia lo injusto,
No es justicia hacer lo justo,
Sino pecado y malicia.....

Di que tienes en el valle
Que el agua del Po recibe,
Una forzosa aventura
En que él te puede ayudar,
Y allí le podrás matar,
Que hay soledad y espesura.

CARLOTO.

¿Cómo?

GALALÓN.

Cuando en él estés,
Vendremos, placiendo á Dios,
Con lanzas yo y otros dos;
Que bastaremos los tres.

Antes de decidirse á tal infamia, Carloto se ve desdeñado por Sevilla, no sin que Valdovinos entre en algún recelo y sospecha, que su mujer procura disipar con dulcísimas razones:

No dudéis, porque fuí mora,
Desta fe tan clara y llana;
Que tengo un alma cristiana
Que es de Dios y vuestra agora.
. . . .
Por vos á Dios conocí,
Y así, ofenderos á vos
Es cerrar la puerta á Dios,
Por cuya puerta á Dios vi.
. . . .
¿Esas eran las caricias
Que en mis bodas esperaba?.....

Disípase pronto el recelo de Valdovinos, mientras Carloto madura su alevosía, y atraviesa rápidamente por la escena la venerable figura del Marqués de Mantua.

Prepara nuestro poeta la tragedia del acto segundo con un arte consumado, por lo mismo que parece espontáneo y no reflexivo. El carácter apasionado y tierno de la infanta Sevilla, por cuya mente cruzan ya vagos recelos de una catástrofe, se revela con toques delicadísimos en la escena de la despedida, escrita con aquella suavidad femenina, con aquel insinuante halago en que Lope era maestro:

SEVILLA.

¡Que no puedo deteneros!

VALDOVINOS.

Partirme es fuerza, señora;
Pero el alma, que os adora,
Me volverá presto á veros;
Que el Príncipe me ha pedido
Que á esta caza le acompañe.

SEVILLA.

¡Plega al cielo que no os dañe
Haber su ruego admitido!

VALDOVINOS.

¿Qué me puede á mí dañar
Servir al Rey, si es forzoso?

SEVILLA.

El sol, mi bien y mi esposo,
Y ser desierto el lugar.
Alguna maldad recelo;
No me atrevo á descubrilla.

VALDOVINOS.

Es el dejaros, Sevilla,
El mayor rigor del cielo.

. . . .

SEVILLA.

¡Oh temerosa inquietud!
No en balde el alma se altera
De aquesta triste jornada.

VALDOVINOS.

¿Qué decís, esposa amada?

SEVILLA.

Que ir con vos, mi bien, quisiera.
¡Notable desdicha mía,
Para aumento de mis daños,
Que un deseo de seis años
Apenas os goce un día!
Cuando pensé verme asida
Entre mil estrechos lazos,
Gozo vuestros dulces brazos
Y lloro vuestra partida.

. . . .

Si lo que llaman amor,
Sin pensamiento rüín,
Tiene el gozarse por fin,
El no gozarse es mejor.
¡Ay, Valdovinos, mi bien,
Deseo tan grande y justo,
Murió con tan poco gusto!

VALDOVINOS.

Matadme, y llorad también.
Eso sí, enseñad los ojos
Á cualquiera niñería;
No haya más, señora mía,
Que me dais sin culpa enojos.

. . . .

No agraviéis, señora mía,

Mi entendimiento y razón
Con decir que mi afición
Pudo acabarse en un día;

. . . .

Que si el cuerpo suele dar
Sólo un bien que no entretiene,
Lo que es alma, siempre tiene
Novedades que gozar.

SEVILLA.

¿Para qué me encarecéis
Lo que de ese amor sentís,
Pues de este alma y de París
Hoy ausentaros podéis?

. . . .

Que estos ojos, enseñados
Al bien de vuestra presencia,
Estarán en vuestra ausencia
En tinieblas sepultados.
Mis suspiros, siempre irán
Á vuestra alma de mi boca,
Y mis brazos, como loca,
Vuestra sombra abrazarán.
Y para aplacar después
Del pensamiento la guerra,
Besaré siempre esta tierra
En que pusistes los pies.

. . . .

Espera, mis ojos; ponte,
Si por ventura te agrada
Ser de mis manos labrada,
Sola una aljuba de monte;
Que irás con ella mejor
Y llevarás prenda mía.

VALDOVINOS.

Iré con más bizarría
Que el tebano cazador.....

. . . .

SEVILLA.

¡Bravo estás, por vida mía!
No me canso de mirarte:
¡Dios te me guarde y aparte
De traidora compañía!

. . . .

Yo sé que á verte saldrán
Á la ventana mil damas;
No las mires si me amas,
Que vas bizarro y galán.

VALDOVINOS.

Pierde cuidado, señora;
Vete en paz.

SEVILLA.

¡Ay, no te engañen!
¡Los ángeles te acompañen!

VALDOVINOS.

Y tú de mi guarda agora.....

Este género de diálogos de amor, en que la naturalidad de la expresión compite con lo bien sentido, nadie los había hecho antes de Lope, y casi nadie los igualó después.

Hemos tenido ocasión de advertir en otras comedias de nuestro poeta, tales como *El Caballero de Olmedo* y *Los Comendadores de Córdoba*, la tendencia un tanto supersticiosa de su espíritu, y el singular partido que de ella sacaba para circundar de siniestros presagios las situaciones trágicas de sus dramas. No podía faltar esta poesía lúgubre y fatídica en la escena en que Valdovinos se aleja de su casa y de su mujer:

VALDOVINOS.

Vamos.

MARCELO.

¿Qué es eso?

VALDOVINOS.

Caí,
Y en el umbral tropecé.

MARCELO.

¿Hicístete mal?

VALDOVINOS.

No sé;
Toda la banda rompí.

MARCELO.

Ten.

VALDOVINOS.

Cayóseme la espada.
¡Jesús! ¿Que es aquesto agora?

MARCELO.

¡Por vida de mi señora,
Que dejes esta jornada!
Que ensillándote el caballo,
Casi un lacayo mató,
Y un espejo se quebró
Solamente de mirallo;
Ahorcado hallé un azor
Del alcándara, hoy al alba,
Y un cuervo nos hizo salva,
Sobre el mismo corredor;

Un perro dió anoche aullidos
En esa puerta, feroz,
Que por no escuchar su voz
Me tapaba los oídos;
Riñeron tus escuderos,
Y á la espada echaron mano.....

VALDOVINOS.

No tengo por buen cristiano
Hombre que mira en agüeros:
Saca el bayo, porque suba
Donde Sevilla me vea;
Que no habrá mal que lo sea,
Con reliquias desta aljuba.

Todavia mantiene el poeta en suspenso el interés, y aviva el contraste de los horrores que van á seguir, con las apacibles imágenes de un delicioso cuadro pastoril y venatorio, en que asistimos á la cacería del Marqués de Mantua orillas del Po. Hemos llegado á las entrañas del asunto, á la grandiosa y patética escena del bosque, y aquí es donde comienza la imitación de los romances, que Lope va incrustando en su diálogo con maestría asombrosa. Subrayaré los versos literalmente transcritos, y apuntaré por nota los que han sido más libremente imitados:

MARQUÉS.

¡Oh, escuro monte, de áspera maleza!
¡Que el caballo viniese aquí á faltarme,
Y se cerrase con tan gran presteza,
Con tan fieros relámpagos y truenos,
La noche, aborrecida de los buenos!
¡Oh, presuroso ciervo! ¡Oh, gente loca,
Que tras el viento á más correr camina!
¿Adónde voy de en una en otra roca,
De un risco en otro, y de una en otra encina?
Ya no sirve ponérmela en la boca,
Para llamar mi gente, la bocina,
Y la del cielo apenas centellea.

VALDOVINOS.

¡Ay!

MARQUÉS.

¡Triste voz! Mas lo que fuere, sea (1)

(1) El sol se queria poner,—la noche queria cerrar,
Cuando el buen Marqués de Mantua,—solo se fuera á fallar
En un bosque tan espeso,—que no podia caminar.
Andando á un cabo y á otro,—mucho alejado se ha;
Tantas vueltas iba dando,—que no sabe dónde está.
La noche era muy escura,—comenzó recio á tronar;
El cielo estaba nublado,—no cesa relampaguear;
El Marqués, que así se vido,—su bocina fué á tomar;

VALDOVINOS.

¡Que ya de mi voz mortal
No se ablanda, cual solía,
Tu hermoso pecho y leal!
¿Dónde estás, señora mía,
Que no te duele mi mal?
Cuando fueron nuestras vidas
Una sola, y un lugar
El alma pudo ocupar,
De mis pequeñas heridas
Gran pasión solías tomar.
Y de solas las señales
Te vi mil veces llorar
Lágrimas á sangre iguales;
Agora, de las mortales
No tienes ningún pesar.
Pero si de tanta herida
No le vienes á mostrar,
Por no poderme escuchar,
No te doy culpa, mi vida,
Que descanso con hablar.

MARQUÉS.

¡Oh afligido corazón,
De una voz estáis temblando!
¡Qué tristes agüeros son!
. . . .
¡Salid, espada enseñada
Á ser destas canas nobles
Valerosamente honrada!
Aquí, al pie de aquellos robles
Suena esta voz lastimada (1).
. . . .

VALDOVINOS.

Ya de nuestra eterna ausencia
No te debo á ti culpar,
Que me hiciste resistencia;
Yo te pedí la licencia
Para mi muerte buscar.
Pues yo, señora, la hallé,
¿Á quién la culpa daré?
No á ti, que me lo estorbaste,

Á sus monteros llamando,—tres veces la fué á tocar:
Los monteros eran lejos,—por demás era el sonar.
. . . .
(1) De donde la voz oyera,—muy cerca fuera á llegar:
Al pie de unos altos robles—vido un caballero estar,
Armado de todas armas,—sin estoque ni puñal.

Y entre mis brazos lloraste
Cuando de ti me aparté (1).
Ya, señora, no me esperes,
Aunque te lo prometí.

MARQUÉS.

¿Qué escucho? ¡Triste de mí,
Que no conozco quién eres
Y el alma dice que sí!

VALDOVINOS.

Si viviendo me quisiste,
Muriendo, lo has de mostrar,
No en extremos, ni en llorar
El cuerpo difunto y triste,
Mas por el alma rogar.
¡Oh mi primo Montesinos,
Deshecha es la compañía
De los dos en este día! (2).

MARQUÉS.

¡Mueve los robles y pinos,
Cuanto más el alma mía!

VALDOVINOS.

¡Oh buen paladín Roldán!
¡Oh Durandarte el galán!
¡Oh Reinaldos! ¡Oh Oliveros!
¿Cómo ignoráis, caballeros,
Que á traición muerto me han?
¡Oh Emperador noble y fuerte!
¿Cómo vengarás mi muerte?
¡Oh Carloto, que me has muerto
Por traición y en un desierto! (3).
. . . .

---

(1) Pues yo la hallé, señora,—á nadie debo culpar,
Cuanto más á ti, mi bien,—que no me la querias dar;
Mas cuando más no podiste,—bien sentí tu gran pesar
En la fe de tu querer,—segun te vi demostrar.

Aquí Lope lleva la ventaja sobre el romance: en otras partes no, por ejemplo, en los dos versos siguientes:

¡Esposa mia y señora,—no cures de me esperar!
Fasta el dia del jüicio—no nos podemos juntar.

(2) Deshecha es la compañía—en que solíamos andar.

(3) ¡Oh emperador Carlo Magno,—mi buen señor natural,
Si supieses tú mi suerte,—cómo la harías vengar!
Aunque me mató tu hijo,—justicia querrías guardar,
Pues me mató á traicion—viniéndole acompañar.
¡Oh príncipe don Carloto!—¿qué ira tan desigual
Te movió sobre tal caso—á quererme así matar?
. . . .

¡Oh triste Reina mi madre,
Dios te quiera consolar!
El espejo de tus ojos
Se quebró; ya mis deseos
No te causarán enojos,
Ni en las fiestas y torneos
Lamentarás mis despojos.
Solíasme aconsejar,
Y en viéndome de esa suerte,
Recelas algún pesar;
Agora, ¡triste! en la muerte
Aún no me puedes hablar (1).
. . . .
No me pesa de mi muerte,
Pues es cosa natural;
Mas por morir inocente,
Y en lugar donde jamás
Sabrá mi muerte la gente (2).
¡Oh buen Marqués! ¿Dónde estás?
¡Quién te tuviera presente!
¡Qué nueva tan dolorosa
De mi muerte y mi desdicha
Te dieran, á ser famosa!
Pero no saberla, es dicha
Tuya y de mi triste esposa.
Hicísteme tu heredero;
Mas ya que primero muero,
Por fuerza habrás de heredarme (3).

MARQUÉS.

Hablarle quiero y llegarme.
¿Qué mal tenéis, caballero?
¿Son heridas, ú otro mal?

---

(1) ¡Oh triste Reina mi madre,—Dios te quiera consolar,
Que *ya es quebrado el espejo*—en que te solias mirar!
Siempre de mí recelaste—recibir algun pesar,
¡Agora, de aquí adelante—no te cumple recelar!
En las justas y torneos,—consejo me solías dar,
¡Agora, ¡triste! en la muerte—aun no me puedes hablar!....

(2) Mas por morir como muero,—sin merecer ningun mal,
Y en tal parte donde muera,—la mi muerte se sabrá.

(3) ¡Oh noble Marqués de Mantua,—mi señor tío carnal!
¿Dónde estais que no oís—mi doloroso quejar?
¡Qué nueva tan dolorosa—vos será de gran pesar,
Cuando de mí no supierdes—ni me pudierdes hallar!
Hecísteme heredero—por vuestro estado heredar,
¡Mas vos lo habeis de ser mio,—aunque sois de más edad!

Poned aquí la cabeza.

VALDOVINOS.

¡Oh mi criado leal,
Aliviado has la tristeza
De mi congoja mortal!
¿Tráesme acaso confesor?

MARQUÉS.

Yo no soy vuestro criado;
Pero soy un cazador
Que por este despoblado
Vine buscando un azor.
Decidme el mal que tenéis (1).

VALDOVINOS.

Ya el mal con la vida lucha.

MARQUÉS.

Habladme, nó os desmayéis.

VALDOVINOS.

¡Oh buen caballero, escucha!

MARQUÉS.

En mis brazos hablaréis.

VALDOVINOS.

Muchas mercedes, amigo,
Por el amor que me muestras..... (2).

---

(1)

Á los pies del caballero,—junto se fué á llegar;
Con la voz muy alterada,—empezóle de hablar:
—¿Qué mal teneis, caballero?—¿Queredésmelo contar?
¿Teneis heridas de muerte,—ó teneis otro algun mal?
Cuando lo oyó el caballero,—la cabeza probó alzar:
Pensó que era su escudero,—tal respuesta le fué á dar:
—¿Qué dices, amigo mio?—¿Traes con quién me confesar?
Que ya el alma se me sale,—la vida quiere acabar:
Del cuerpo no tengo pena,—que el alma quería salvar.
Luego le entendió el Marqués,—por otro le fuera á tomar:
Respondióle muy turbado,—que apenas pudo hablar:
—Yo no soy vuestro criado,—nunca comí vuestro pan,
Antes soy un caballero—que por aquí acerté á pasar.

(2)

Muchas mercedes, señor,—por la buena voluntad;
Mi mal es crudo y de muerte,—no se puede remediar.
Veinte y dos feridas tengo,—que cada una es mortal;
El mayor dolor que siento—es morir en tal lugar,
Porque me han muerto á traicion,—sin merecer ningun mal.
Á lo que habeis preguntado,—por mi fe os digo verdad,
Que á mi dicen Valdovinos—que el Franco solían llamar.
Hijo soy del Rey de Dacia,—hijo soy suyo carnal,
Uno de los doce Pares—que á la mesa comen pan.
La reina doña Ermelina—es mi madre natural,
El noble Marqués de Mantua—era mi tío carnal.....
La linda infanta Sevilla—es mi esposa sin dudar.....
Quienquier que seais, caballero,—la nueva os plega llevar

Veintidós heridas tengo,
Cada cual mortal y fiera,
Y el mayor dolor que paso
Es morir en esta selva,
Donde parece imposible
Que mi desdicha se sepa.
Porque me han muerto á traición
Unas manos y una lengua:
La lengua, con el consejo;
Las manos, con la soberbia.
Á lo demás que decís,
Os quiero dar por respuesta
Que á mí llaman Valdovinos
El franco en la paz y guerra.
Hijo soy del Rey de Dacia,
De Carlos deudo muy cerca,
Y uno de los doce Pares
Que comen pan á su mesa.
La reina doña Ermelina
Fué mi madre, de quien era
Hermano el Marqués de Mantua,
Que yo heredé y él me hereda.
Sevilla fué mi mujer,
Hija del Rey de Sansueña.
Carloto, Delfín de Francia,
Me dió la muerte por ella.
Si á París vais, caballero,
Llevad á Carlos la nueva;
Y si no, á Mantua, que en Mantua
Habrá quien os lo agradezca.

Al llegar á este punto tiene Lope el mal acuerdo de cambiar de metro, introduciendo unas octavas reales, bajo cuyo pomposo aparato quedan un poco abrumadas las lamentaciones del Marqués de Mantua, que tienen tanta naturalidad y fuerza en el romance. Afortunadamente, con la llegada del ermitaño y del escudero que fué á buscarle, volvemos á entrar en los dominios de la musa popular, si bien la imitación no es tan directa como antes. La relación del escudero está refundida con mucho talento, añadiendo algún pormenor fantástico y novelesco, pero que no disuena mucho de la ingenuidad del texto primitivo:

Estando dentro en París,
De Carlos famosa corte,
Don Carloto á Valdovinos

De mi desastrada muerte—á París, esa ciudad,
Y si hacia París no fuerdes,—á Mantua la ireis á dar,
Que el trabajo que ende habreis,—muy bien vos lo pagarán,
Y si no quisierdes paga,—bien se vos gradecerá.

Envió á llamar una noche.
Hablaron en gran secreto
Al tiempo que el sol se pone
En el ocaso, cubierto
De nubes y de arreboles.
Se armaron de todas armas,
Espaldar y peto doble,
Manoplas y guardabrazos,
Escarcelas y quijotes.
Con espadas de á caballo,
Y caballos españoles
Con riendas y sillas de ante,
Y acerados los arzones,
Salieron por San Francisco,
Entre las diez y las once,
Llenos de malos agüeros
Y no buenas intenciones.
Cantaban funestos buhos
De San Dionís en las torres,
Y los caballos, sin causa,
Daban relinchos y coces.
Cayósele una loriga
Á Valdovinos entonces,
Sin verlo, porque llevaba
Puesta una aljuba de monte.
Al salir de la ciudad,
Junto á la puerta de Londres,
Desatinado el caballo,
Dió con la frente en un poste.
Salimos al fin, mostrando
De sucesos tan enormes
Alegres los rostros, tristes
Y falsos los corazones.
Caminamos quince días,
No perezosos ni torpes,
Hasta que ayer allegamos
Á la entrada deste bosque.
Carloto llevaba un paje,
Pienso que era Celio el nombre;
Valdovinos á mí solo,
Solo, desarmado y pobre.
Hicieron que me quedase;
Dejélos ir, y pesóme,
Que ya el alma se temía
Del autor destas traiciones.
Estando rendido al sueño
Sentí pasar unos hombres,

El uno sobre una yegua,
Y los dos en dos frisones;
El cuarto, que era Carloto,
Lleno de sangre y disforme,
Conocíle por las armas,
Harto más que el dueño nobles.
Busqué luego á Valdovinos,
Y al eco de tristes voces,
Le vi tendido en la yerba
Entre estos pinos y robles.
Fuí á llamar un confesor,
Por el peligro que corre
El alma en esta jornada;
Dios á una ermita inclinóme.
Hallé en ella un hombre santo,
Y, como ves, sacerdote;
Trájele, y halléte aquí
Para que su muerte llores.

El final de esta jornada va mucho más ajustado al romance, especialmente en la fórmula, ya casi sacramental, del juramento del Marqués de Mantua:

Mas yo hago juramento
Á los Evangelios cuatro.....
De no comer á la mesa
Pan sobre manteles blancos,
Dormir en cama desnudo,
Ni entrar jamás en poblado,
Desnudar armas y luto,
Cortarme el cabello largo,
Desceñirme aquesta espada,
Ni salir jamás al campo.....
Hasta vengar, Valdovinos,
La muerte que lloro tanto,
Ó por justicia, ó por armas,
Si falta justicia en Carlos..... (1).

Las escenas del acto tercero, que comprende la embajada del Marqués de Man-

(1) Juro por Dios poderoso,—por Santa María su Madre,
Y al santo Sacramento—que aquí suelen celebrar,
De nunca peinar mis canas,—ni las mis barbas cortar;
De no vestir otras ropas,—ni renovar mi calzar;
De no entrar en poblado,—ni las armas me quitar,
Si no fuere una hora,—para mi cuerpo limpiar;
De no comer á manteles,—ni á la mesa me asentar,
Fasta matar á Carloto—por justicia ó pelear,
Ó morir en la demanda,—manteniendo la verdad.

tua al Emperador, el proceso y sentencia de Carloto, no tienen en los romances, ni podían tener en el teatro, el mismo interés y grandeza poética que las del segundo. Lope tuvo el acierto de abreviar mucho los procedimientos forenses, que los antiguos juglares tratan con prolijidad curialesca, é insistir en las situaciones realmente dramáticas, como la aparición de la negra tienda de Reinaldos, y el llanto de la viuda Sevilla sobre el ataúd que encierra el insepulto cadáver de Valdovinos.

Tan popular fué el asunto de esta comedia de Lope, que no se libró de la parodia. El donoso entremesista y picante versificador aragonés D. Jerónimo de Cáncer y Velasco, compuso una comedia burlesca, *La Muerte de Baldovinos* (1651), que tiene algunos chistes de buena ley, á vueltas de mil chocarrerías, bufonadas y disparates, algunos de tan subido color, que motivaron la prohibición de esta comedia por el Santo Oficio, á pesar de la tolerancia ó indiferencia que en esta materia reinaba (1).

V.—UN PASTORAL ALBERGUE.

Poco diré de esta comedia, porque, á mi juicio, es muy dudoso que sea de Lope. Se la atribuye un manuscrito de la Biblioteca Nacional, que perteneció antes á la de D. Agustín Durán, añadiéndose al fin la noticia de que «se hizo diez y ocho días en Sevilla». Por este manuscrito fué impresa en el tomo I (y único) de *Comedias inéditas de Lope de Vega*, que dieron á luz en 1873 los Sres. Sancho Rayón y Marqués de la Fuensanta del Valle (tomo VI de la *Colección de libros españoles raros y curiosos*). Pero ya estos eruditos manifestaron alguna duda sobre la autenticidad de la obra que publicaban, inclinándose á creer que era comedia de tres ingenios, uno de ellos Lope; «y, en efecto (advierten), aunque no autógrafo el primer acto, tiene correcciones y enmiendas hechas por éste, notándose además que algunos claros que el copiante dejó sin escribir, ó por falta del original ó por no entenderlo, están escritos también de mano de Lope: no sucede lo mismo con los dos actos siguientes, pues cada uno es de distinta letra, y en los que, á nuestro juicio, no se encuentra el debido enlace con el primero, advirtiéndose asimismo diferencias en el estilo y versificación».

El manuscrito es de diversas manos, cuatro por lo menos, pero ninguna de ellas, ni siquiera la de las escasas enmiendas del primer acto, puede confundirse con la de Lope. Así opina el sabio y concienzudo paleógrafo D. Antonio Paz y Melia, á quien debemos el catálogo de los manuscritos dramáticos de la Biblioteca Nacional, y por eso se ha abstenido de incluir entre los autógrafos de Lope el de *Un pastoril albergue.*

Este juicio paleográfico puede robustecerse con otras consideraciones. Es impo-

---

(1) Ha de advertirse, sin embargo, que la prohibición no se encuentra en ningún Índice anterior al de 1790. La comedia se había publicado, no sólo en las *Obras varias*, de Cáncer, dos veces impresas en Madrid, 1651, sino en la reimpresión de Lisboa, 1675, y en ediciones sueltas.

sible que el acto segundo sea de Lope. En él se citan y transcriben en parte dos romances de Angélica y Medoro: uno, el tan sabido de Góngora «En un pastoral albergue», que da título y puede decirse que argumento á esta comedia (1); otro, menos conocido, que hasta ahora permanecía anónimo, pero que del texto mismo de la comedia se infiere que es de Lope:

Con aquellas blancas manos—que quitaron tantas vidas,
Curando Angélica estaba—de Medoro las heridas..... (2).

El poeta dramático habla de los autores de estos romances en la forma siguiente:

Esta letra y la primera
Son en el caso conformes.....
La primera por *Belardo*,
Que habló al uso de corte

---

(1) Sólo los primeros versos de este romance se copian en la comedia, y por cierto con algunas variantes curiosas respecto del texto conocido. Las apuntaré en bastardilla:

En un pastoral albergue,—que la guerra entre unos robles
Le dejó por escondido,—ó lo perdonó por pobre,
[illegible] (*a*)
Ovejas del monte al llano,—y cabras del llano al monte,
Mal herido y bien curado—se alberga un *hermoso* (*b*) joven,
Que sin *tirarle* (*c*) amor flechas,—le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,—los ojos con mucha noche,
Le halló en el campo aquella—vida y muerte de los hombres.
Del palafrén se derriba,—no porque al moro conoce,
[illegible] (*d*).

(2) Es el núm. 413 del *Romancero* de Durán, que dice haberle copiado de un códice del siglo XVI:

Con aquellas blancas manos—que quitaron tantas vidas,
Curando Angélica estaba—de Medoro las heridas.
Deteniéndole está el alma;—que hasta la muerte enemiga
Respeta las blancas manos,—y sus milagros admira.
El moro la está mirando—con su enternecida vista,
Y regalando la voz,—asi le dice y suspira:
«¡Ay, dulce vida mía,—detén el alma, que á salir porfía!»
Si escribí tu amado nombre—en estas cortezas lisas
D'estos árboles, testigos—de tus glorias y las mias,
Agora que está mi sangre—sobre mi pecho vertida,
Imprime como en diamante—letras en el alma escritas.
Mira bien cómo las tratas,—que si por Medoro olvidas
Tantos Rugeros y Orlandos,—muerto yo, tú te confirmas:
«¡Ay, vida dulce mia,—detén el alma, que á salir porfía!»

Puede restituirse este mediano romance á Lope con el testimonio de la presente comedia, pero, á la verdad, nada añade á la gloria de quien los compuso bellísimos.

(*a*) y conduce entre pastores.
(*b*) dichoso.
(*c*) clavarle.
(*d*) Sino por ver que la yerba—tanta sangre paga en flores.

Porque se ha criado en ella,
Y con dulzura compone
Divinidades, y hay tantas,
Que en volúmenes no cogen;
La segunda hizo *Lisardo*,
Tan levantado y tan noble
Espíritu, que la gente
Por deidad le reconoce;
Estos dos, pues, compusieron
Al tálamo más conforme
Que han celebrado jamás
Mármol blanco y rubio bronce,
Estas letras, porque fueron
Testigos de sus amores.....

Lisardo es Góngora, *Belardo* es Lope de Vega. ¿Quién ha de creer que Lope tuviese la inocentada de decir de sí propio, en público teatro, que escribía *divinidades* y que estas *divinidades* no cabían en volúmenes?

Que este acto y el tercero pertenezcan á colaboradores anónimos, y que el primero sea de Lope, tampoco me parece verosímil. No tenemos noticia segura de más obra dramática escrita por Lope en colaboración, que *La Tercera Orden de San Francisco,* en que le ayudó Montalbán. Y nadie, en efecto, necesitaba menos que Lope este género de socorros. Quien escribía constantemente por sí mismo los originales de sus innumerables obras, sin duda porque no había amanuense que pudiera seguir el vuelo de su facilidad improvisadora, menos podía resignarse al tardo paso de un colaborador cualquiera, que forzosamente había de quedarse rezagado desde las primeras escenas, por mucho que avanzasen su pensamiento y su pluma. Para Lope, la colaboración tenía que ser un estorbo y no una ventaja; si alguna vez la practicó, sería por honrar á su discípulo predilecto, así como en otra ocasión le regaló un poema entero (escrito en seis días) para que lo publicase con su nombre.

Por otra parte, no alcanzo á descubrir gran diferencia de estilo entre el primer acto y los siguientes. Toda la obra parece compuesta por un poeta culterano de los más furibundos. Véase el comienzo, y dígase de buena fe si una comedia escrita en tal estilo puede atribuirse á Lope:

—En poco tiene el mar.
—Pavón la nave,
Círculos de zafir hace ligera.
—Ya las alas batió la veloz ave,
Que altiva fué lisonja de la esfera.
—Depósito es de Abril, adonde cabe
Á pedazos la verde primavera,
Ó pirámide hermosa de colores
Que ofrece al sol repúblicas de flores.

Y no se crea que éste es un rasgo accidental de mal gusto ó una concesión hecha por el poeta á la depravación literaria que empezaba á dominar en su tiempo, pues en cada página encontraremos despropósitos no menores. Dice Angélica en la escena siguiente:

Esos Pares veréis dándome á pares
Por despojos las almas y las vidas,
Penetrando por mí en incultos mares
Las provincias del sol no conocidas.
Su Dios me han de aclamar, y en mis altares
Á los cielos darán gomas ardidas,
Serpientes holocaustos, siendo entre ellas
Pastilla el sol, pebete las estrellas.

Reinaldos compara el ejército de Agramante con un escuadrón de abejas,

Cuando en los piquillos corvos
De diamante y de rubí,
Desperdicios olorosos
En escuadrones volantes
Dan á los preñados corchos.....

En el acto tercero leemos esta descripción del palafrén de Angélica:

Vió esta mora beldad, dando alma hermosa
Á un rubio palafrén, que parecía
Espuma con espíritu ó vistosa
Garza, que opuesta al sol puntas hacía;
Sus clines eran nieve, que en copiosa
Y blanca inundación se derretía,
Y la cola, torrente de cristales,
Que se quebraba en ondas desiguales.
Á la ley de la rienda el cuello embebe,
En quien la testa se termina apenas,
Donde por ojos dos jacintos mueve,
Anegados en limpias azucenas.
En este monstruo, en fin, mosqueta ó nieve,
Que, gentil, vientos calza y burla arenas,
Venía este prodigio de amor luego,
Que quiso con la nieve unir el fuego.
Acompañaba á la cruel el moro
Que eligió por esposo, en una alfana
Que bañada en marfil, ébano y oro,
Crepúsculo dió al sol y á la mañana.
El dios me pareció metido en toro,
Bello ladrón de Europa soberana,
Que anegado en su espuma el mar rompía:
¡Tales corvetas por la yerba hacía!

Lope *gongorizó* á veces, contra su convicción y contra la tendencia natural de su ingenio, en sus poemas líricos y épicos, y aun en su Teatro; pero jamás compuso una pieza entera en el estilo crespo y rimbombante del *Pastoral albergue*, cuyos sonoros y vacíos endecasílabos recuerdan la manera de Rojas cuando deliraba en piezas tales como *Los Áspides de Cleopatra* ó *El Falso profeta Mahoma.*

Tampoco puede decirse que haya particular incongruencia entre el acto primero y los siguientes. Toda la comedia es desordenada é incoherente en extremo, y muchas escenas carecen de justificación y enlace; pero ¡de tantas obras análogas puede decirse lo mismo sin que quepa duda sobre la unidad de la persona de su autor! La complicación y el desorden proceden aquí del empleo de diversas fuentes y del temerario empeño de reducir á los límites del teatro una amplísima materia novelesca.

El acto primero reproduce de un modo confuso y vago algunas aventuras del *Orlando Innamorato*, de Mateo Boyardo: la aparición de Angélica en París, armada con el mágico anillo de Brunelo, para sembrar con su belleza la discordia en el campo de Carlomagno y trastornar el seso á todos los paladines franceses; la rivalidad y competencia amorosa entre Roldán y Reinaldos; el castillo encantado del sabio Atalante. Los nombres (Astolfo, Flor de Lis, etc.) son también de Boyardo; pero todo ello está desfigurado por el imitador con adiciones infelices de su cosecha. En vez de la solemne presentación de Angélica, acompañada de su hermano Uberto, en la corte de Carlomagno, y del reto que dirige á todos los caballeros, tenemos aquí el pueril recurso de un retrato encontrado á tiempo para que Roldán se enamore súbitamente de la hermosa Princesa del Catay. No menos ridícula y contraproducente es la prematura intervención de Medoro, que no es personaje de Boyardo, sino del Ariosto, y que manifiesta aquí una cobardía y apocamiento inconciliables de todo punto con el carácter noble y valeroso que tiene en el gran poema italiano y en la segunda jornada de esta comedia, enteramente calcada sobre él.

Comprende, en efecto, dos episodios del *Orlando Furioso:* el de Cloridano (1) y Medoro (canto XVIII), y el de los amores de Angélica y Medoro (canto XIX), terminando con la locura de Orlando (canto XXIII). Aquí la imitación es muy directa, y á veces casi literal:

Si mi nombre y mi patria saber quieres,
Él es Medoro, y ella es Tolomita;
Que entre muchos dejé mi patrio suelo,
Siguiendo al rey de Almonte, Dardinelo.

Duo Mori ivi fra gli altri si trovaro
D'oscura stirpe, nati in Tolomitta;
De' quai l'istoria, per esempio raro
Di vero amore, è degna esser descritta.
Cloridano e Medor si nominaro,

(1) *Claridano* dice el manuscrito de la comedia, y el error ha pasado á las ediciones; pero es patente que debe leerse *Cloridano. Cerbris* debe ser *Cerbín.*

Ch'alla fortuna prospera e alla afflitta
Aveano sempre amato Dardinello,
Et or passato in Francia il mar con quello.

Sabido es que los dos mancebos, héroes de este tierno episodio (imitado del de Niso y Eurialo en el libro IX de la *Eneida*), se proponen recorrer de noche el campo enemigo para dar sepultura al cuerpo de su señor, Dardinello, muerto en batalla junto á los muros de París. Dice Medoro en la comedia:

. . . . . ¿Quién no es piadoso
En tan justa ocasión? ¡Ay, Claridano!
Darle á mi Rey depósito es forzoso,
Es digna obligación de un pecho humano.

y en el Ariosto:

Volto al compagno, disse: O Cloridano,
Io non ti posso dir quanto m'incresca
Del mio signor, che sia rimaso al piano,
Per lupi e corbi, oimè, troppo degna esca.
Pensando come sempre mi fu umano,
Mi par che quando ancor questa anima esca
In onor di sua fama, io non compensi
Nè sciolga verso lui gli obblighi immensi.....

En el cuadro de los amores de Angélica ya hemos visto que el ignoto dramaturgo aprovechó los romances de la época artística, inspirados á su vez en las octavas del *Furioso*, con cuya suave y mórbida elegancia compite Góngora dignamente.

El tercer acto tiene por fuente los cantos XXIX y XXXIX del poema del Ariosto, y abraza, aunque en brevísimo resumen, las nuevas locuras de Orlando, su lucha con Rodamonte, guardador del puente (haciéndose alusión á la historia de Isabel y Zerbino), y la aparición de Astolfo, que vuelve de su viaje áreo, trayendo de los montes de la Luna, en una redoma, el seso perdido de su primo. Hay en este acto dos cosas dignas de notarse. La primera, son unas endechas que recita D.ª Alda:

Conde de mis ojos,
Dueño de mi vida,
A quien huí halagos
Y negué caricias.....,

que son el trozo mejor escrito de la pieza, y el único que tiene algún sabor del estilo de Lope: recuérdense, por ejemplo, las endechas que puso en *Lo cierto por lo dudoso*. Pero fueron tan bien imitadas por otros poetas, especialmente por el Maestro Tirso de Molina, que por sí solas nada prueban, en cuanto á la paternidad del drama.

La otra, y mejor, es un monólogo de Roldán cuando recobra el juicio, y se encuentra desnudo en las habitaciones de palacio: pasaje que no procede del Ariosto, y que trae en seguida á la memoria una escena capital de *La vida es sueño*.

¿Qué es esto? ¡Válgame Dios!
¿Qué torres y capiteles
Son éstas, que en obeliscos
Gigantes al sol se atreven?
¿Qué cuarto es éste en que el arte,
Inmortal como valiente,
Se excede en molduras de oro,
Anáglifos y relieves?
¿Son brocados los que admiro?
¿Son las que toco paredes?
Paredes son y brocados,
Que en más dudas me suspenden.
¡Cielos! ¿Quién me trujo aquí
Desnudo y de aquesta suerte?
¡Yo, tan descompuesto y pobre!
¡Yo, en traje tan indecente!
¡Yo, sin saber dónde estoy!
¡Yo, roto y entre doseles!
No lo entiendo, ¡vive Dios!
Ni aun el alma en mí se entiende.
¿Dónde mis armas están?
¿Dónde el invencible temple
De aquel diamante forjado
De sí mismo, como el fénix?
Todo está callado y solo (1),
Rumor ninguno se siente.
Si no es del silencio cuarto,
Cuarto encantado parece;
Quiero pedir de vestir,
Y echaré de ver si hay gente.
¡Hola! De vestir me dad.....

VI.—LOS CELOS DE RODAMONTE.

Este drama se imprimió, atribuído al Dr. Mira de Amescua, en un tomo ó parte de *Comedias de varios autores* (Tortosa, 1638), por Francisco Martorell. Con el nombre de Lope de Vega se halla en un manuscrito de la Biblioteca Nacional (fondo Osuna), y no cabe duda de que le pertenece, no sólo por la prueba del estilo, que pudiera ser falible, puesto que el de Mira de Amescua se confunde á veces con el suyo, sino por estar citada en la primera lista de *El Peregrino en su patria*, y porque Lope de Vega tuvo cuidado de firmarla, según su costumbre, introducién-

(1) *Surto* dice el manuscrito, pero es dislate evidente.

dose en el tercer acto con su nombre poético de *Belardo*, y rubricándola con una de sus habituales imitaciones del *Beatus ille:*

¡Oh soledad dichosa!
¡Dichoso el que te tiene
Apartado del tráfago y bullicio,
Donde alegre reposa,
Alegre se entretiene,
Ocupado en su rústico ejercicio!
. . . .
No el ver á Mandricardo
Con esta mora bella
Celebrar su dichoso casamiento,
El alma de Belardo
Puede mover, y en ella
Causar un envidioso pensamiento.
Él goce su contento,
Que mi labranza y bueyes
No envidian su fortuna,
Pues no hay ventaja alguna
De mi cayado al cetro de los reyes;
Que mi azadón y pala,
Al alto monte con el valle iguala.....

Tanto el manuscrito de Osuna, como el impreso de Tortosa, son incorrectísimos, pero sirven para corregirse mutuamente. Damos todas las variantes de uno y otro.

Por la cita de *El Peregrino* sabemos que esta pieza es anterior á 1604, pero quizá puede precisarse más la fecha. El elogio de Granada, que se pone en boca de Rodamonte, parece escrito en aquella ciudad:

¡Qué bien que se mira el sol
En esta torre más alta!
Digo que sólo me falta
Ser granadino español.
No sé si le llame cielo
Aquesta tierra que piso;
Si esto bajo es paraíso,
¿Qué será el Alhambra, cielo?
Los granos de tu granada
Son perlas, rubíes, topacios,
Y digo que en tus palacios
El sol puede hacer morada.
Tienes el manso Genil,
Que tu vega baña y riega;
Si Genil está en la vega,
¿Qué importa que falte Abril?

¡Qué riquezas de linajes
Gozas! Tienes los Zegríes,
Los Tarfes y Almoravíes,
Los Muzas y Bencerrajes.
¡Qué bellas moras te dan
Ricas aljubas de seda!
Y aunque esto envidiar no pueda,
Algunos reyes podrán.....

Lope estuvo en Granada poco antes de 1602, como lo prueban los sonetos que allí compuso en loor de los insignes poetas Juan de Arjona, Agustín de Tejada y Mira de Amescua, y publicó en sus *Rimas* aquel mismo año.

La comedia de *Los Celos de Rodamonte* está formada por la combinación ó *contaminación* (como decía Terencio) de varios episodios de los dos Orlandos, el *Enamorado* y el *Furioso*, aunque predomina con gran exceso la imitación del segundo. Del de Boyardo solamente se derivan las primeras escenas, en que el tártaro Mandricardo, disponiéndose á pasar á Francia con intento de vengar á su padre Agricán, muerto á manos de Orlando, obtiene, por artes de la mágica Febosila, las armas encantadas de Héctor el Troyano. El Ariosto, que suponía presente el poema de Boyardo á todos sus lectores, no hace á esto más que una rápida alusión en el canto XIV, al enumerar á los guerreros que concurren al sitio de París:

Era venuto pochi giorni avante
Nel campo del re d'Africa un signore;
Né in Ponente era, nè in tutto Levante
Di pié forza di lui nè di più core.
Gli facea grande onore il re Agramante,
Per esser costui figlio e successore
In Tartaria del re Agrican gagliardo:
Suo nome era il feroce Mandricardo.
Per molti chiari gesti era famoso,
E di sua fama tutto il mondo empia;
Ma lo facea più d'altro gloriöso,
Ch'al castel della fata di Soria
L'usbergo avea acquistato luminoso
Ch'Ettor trojan portò mille anni pria,
Per strana e formidabile avventura,
Che'l ragionarne pur mette paura.....

Esta conquista de las armas del Troyano es el asunto de los dos primeros cantos de la parte tercera y última del *Orlando Innamorato*, los cuales corresponden á los cantos LXI y LXII del *rifacimento* del Berni, que era la forma en que probablemente leía Lope el célebre poema del Conde de Scandiano.

Todavía es más fácil de determinar la parte tomada del Ariosto, si bien Lope cambia el orden de algunas peripecias, ó por puro capricho ó buscando mayor efecto

dramático (1). Los cantos del *Orlando Furioso* que tienen relación con esta comedia, son el XIV (rapto que ejecuta Mandricardo en Doralice, princesa granadina prometida á Rodamonte); el XVII (discordia del campo de Agramante por la rivalidad y celos de Mandricardo y Rodamonte); el XXII (en que Rugero arroja á un pozo el escudo encantado); el XXIII (principio de las aventuras de Isabela y Cervino); el XXIV (combate entre Mandricardo y Rodamonte, y tregua que les impone Doralice); el XXVII (Doralice, obligada por el rey Agramante á escoger entre sus pretendientes, desdeña á Rodamonte y prefiere á Mandricardo: ira y furor de Rodamonte contra su amada y contra todas las mujeres); el XLVI (bodas de Rugero y Bradamante).

Los materiales no podían ser mejores, pero su acumulacion ahogó al dramaturgo. Esta comedia es una de las peores y más monstruosas de su género. Únicamente merecen aprecio el estilo y versificación de algunos trozos, siendo de notar la abundancia de tercetos, y la facilidad con que Lope los adapta al dialogo dramático, del cual parecen tan impropios.

Con el mismo título y argumento de esta comedia compuso otra, no mejor, don Francisco de Rojas Zorrilla. Puede leerse, con harta fatiga, en el tomo primero de su colección dramática (1640).

VII.—ANGÉLICA EN EL CATAY.

Texto de la *Parte octava* (1617). Es comedia de las antiguas de Lope, de los tiempos de *Belardo* y *Lucinda*, y está ya citada en la primera lista de *El Peregrino* (1604), pero la creo posterior á *Los Celos de Rodamonte*, porque repite casi textualmente algunas escenas y situaciones de esta obra, y siempre para mejorarla. *Los Celos* son un embrión informe: *Angélica en el Catay*, aunque diste mucho de ser un drama regular, está menos absurdamente construido, y, sobre todo, mucho mejor escrito. El segundo acto es delicioso y muy digno de la pluma de Lope, que en algunos pasos rivaliza con el Ariosto, traduciéndole ó imitándole. Traducción muy ajustada es, por ejemplo, la de las dos octavas de la inscripción que Orlando encontró en la gruta que había servido de tálamo á Angélica y Medoro:

Ariosto.

Liete piante, verdi erbe, limpide acque,
Spelunca opaca, e di fredde ombre grata,
Dove la bella Angelica, che nacque

(1) De intento omito toda indicación acerca de las fuentes de cada uno de los episodios del Ariosto. Es materia ya definitivamente tratada por el docto y sagacísimo Rajna, en uno de los más bellos y magistrales libros de la erudición moderna, del cual acaba de hacerse nueva edición enteramente refundida (*Le fonti dell' Orlando furioso, ricerche e studi di Pio Rajna*. Florencia, Sansoni, 1901.)

Di Galafron, da molti invano amata,
Spesso nelle mie braccia nuda giacque,
Della comodità che qui m'e data,
Io povero Medor ricompensarvi
D'altro non posso, che d'ognor lodarvi;
E di pregare ogni signore amante,
E cavallieri e damigelli, e ognuna
Persona o paësana o vïandante,
Che qui sua volontà meni o Fortuna,
Ch'all'erbe, all'ombra, all'antro, al rio, alle piante
Dica: Benigno abbiate e Sole e Luna,
E delle Ninfe il coro, che proveggia
Che non conduca a voi pastor mai greggia.
(Canto XXIII, 108-109.)

Lope de Vega.

Fuentes, aguas y yerbas deste soto,
De amor testigos, cueva y sombra helada,
Aquí gozó de Angélica Medoro,
Hija de Galafrón, en vano amada;
Aquí desnuda, entre sus hebras de oro,
La tuvo tierna, alegre y regalada.
Pobre Medoro soy, sólo en loaros
Podré de aqueste amor recompensaros.
Ruego á cualquier señor, cualquier amante,
Sin que pueda exceptar persona alguna,
Ó del propio país, ó caminante,
Que aquí le traiga el gusto ó la fortuna,
Que á yerba y fuente, y cuanto ve delante,
Diga: El cielo, la tierra, el sol, la luna
Os aumente, y aquí jamás ganado
Enturbie el agua ó pazca yerba al prado.
(Acto segundo.)

Con la misma fidelidad y soltura están traducidas las quejas de Rodamonte contra la inconstancia de Doralice, en el canto XXVII (octavas 117 y 118):

«Oh femminile ingegno (egli dicea),
Come ti volgi e muti facilmente!
Contrario ogetto proprio della fede!
Oh infelice, oh miser chi ti crede!
Ne lunga servitù, nè grand'amore
Che ti fu a mille prove manifesto,
Ebbono forza de tenerti il core,
Che non fosse a cangiarsi almen sì presto.
Non perch'a Mandricardo inferïore
Io ti paressi, di te privo resto;

Nè so trovar cagione ai casi miei,
Se non quest'una, che femmina sei.

Lope de Vega.

¡Oh ingenio femenino,
Fácilmente mudado,
Contrario objeto de la fe debida!
No el ser yo de ti indino,
Ó Mandricardo amado,
Te dió ocasión para acabar mi vida;
No el ser de aquél servida,
No el talle, el señorío,
Las armas, la fortuna,
Ni otra razón alguna,
Para menospreciar el amor mío,
Sino que en tal venganza,
Eres mujer; diré mejor mudanza.

(Acto tercero.)

Ludwig (1) ha probado perfectamente, contra Schack y otros, que esta comedia de Lope nada tiene que ver con su poema *La hermosura de Angélica*, sino que es una mera dramatización de varios episodios del *Orlando*, especialmente de los de Angélica y Medoro, Cervino é Isabela, Rodamonte, Mandricardo y Doralice, interviniendo además, aunque secundariamente, otros personajes del poema italiano, tales como Sacripante y Cloridano. Las pocas alteraciones que Lope introduce no tienen más objeto que motivar algunas escenas y establecer cierto nexo, aunque flojísimo, entre tan dispersos acontecimientos. En la manera narrativa del Ariosto nada importa esto, porque cada una de las historias se mueve con independencia, empieza y concluye donde al autor le acomoda, ó queda suspensa y se entrelaza caprichosamente con las restantes. Pero en el teatro, por infantil y primitivo que sea, tal serie de casos inconexos no puede menos de engendrar confusión: es necesario que el interés se concentre en algún punto, y es lo que Lope procuró, tomando por asunto principal de su pieza los amores de Angélica y Medoro, y su coronación como reyes del Catay, anunciada, pero no realizada, en el *Orlando Furioso*.

Después del minucioso y cabal estudio de Ludwig, en que están notadas una por una las concordancias y las diferencias entre el texto del Ariosto y el de Lope, no hay para qué repetir la comparación, bastando decir que los cantos del *Orlando* que principalmente utilizó nuestro poeta en esta ocasión, fueron: el I, para los antecedentes de la acción; el XIV, para el rapto de Doralice, contado en un bello romance morisco; el XIX, para Angélica y Medoro; el XX y XXI, para el episodio de la vieja Gabrina, á quien acompañaba Cervino después de vencido por Marfisa; el XXIII, para el principio de las locuras de Orlando; el XXIV, para la contienda entre Mandricardo y Rodamonte; el XXVII, para la desesperada y celosa pasión de éste, desde-

(1) *Lope de Vega's Dramen aus dem Karolingischen Sagenkreise*, páginas 60-74.

ñado por Doralice; el XXIX, para la muerte de la honesta Isabela, que salva con heroico ardid su castidad de los bárbaros ímpetus de Rodamonte; arrepentimiento de éste, su decisión de guardar el puente, y su lucha con el furioso paladín; el XXXIX, para la recuperación del juicio de Orlando. Omito otras muchas imitaciones accidentales (1).

El empeño de acumular en los tres actos de una comedia española, casi la tercera parte de la materia épica de un poema tan vasto y complejo como el *Orlando Furioso*, era una temeridad insensata. Quien no haya leído antes el poema, difícilmente entenderá algunos pasos de la comedia. Todo está indicado, y nada desarrollado: las escenas se suceden con la misma rapidez que las vistas de un calidoscopio. Falta, por consiguiente, el interés dramático, pero no falta la poesía de estilo, y esto no sólo en la parte imitada ó traducida del modelo, sino en lo mucho que Lope añade de su cosecha, especialmente en las escenas villanescas del acto segundo, que es lo mejor escrito de la obra. Véase, por ejemplo, esta sabrosa parodia realista que dos rústicos hacen de los amores de Angélica y Medoro, sazonándolos á su modo con detalles gastronómicos:

Tras eso, ¿quién sufrirá
Verlos dormir y comer,
Cuando el viejo puede ver
Cuanto en la cabaña está?
Descuelgan de ahumados techos
Las uvas en los espartos,
De que apenas se ven hartos
Jamás sus moriscos pechos.
Los peros en los cestillos,
Con otras mil secas frutas,
Las granadas casi enjutas
Y los pálidos membrillos.
La castaña en el erizo,
Y en sus conchas el piñón,
Y el rubio melocotón
Con el melón invernizo.
Apenas quieren que tomen
Nuestros galgos el conejo,
Cuando nos dan el pellejo,
Y ellos la carne se comen.
Cay el nuevo perdigón
Que, tras su madre saltando,

(1) Las hay también de otros poetas italianos, especialmente de Boyardo. En boca de Angélica (acto primero) se pone una reminiscencia de Dante:

¿No dicen que no perdona
Amor á ningún amado?.....

Le engañó el otro cantando,
Y para Angélica son.
  Tray del campo el faisán,
Ó la polla del aldea,
Y aunque sábado no sea,
Pies y cabeza nos dan.
  Comen la trucha y saboga,
Y el barbo frito en harina,
Y déjannos una espina
Que las agallas ahoga.
  Viene el cabrito de leche,
Y dice el viejo á Medoro:
Mas que le derribe un toro,
Mas que nunca le aproveche.
  —Mas ya que con Satanás
Se comen cuanto tenemos,
¿Cómo, di, Rufino, haremos
Que no se besasen más?
  ¿Hay tórtolas, hay palomas
Que se hagan tantos excesos?
Yo pienso ¡por Dios! que á besos
De aguileños se hallen romos.
  Todo es decirse dulzuras
Y enamorar con requiebros,
Hasta las aguas y enebros,
Y aun hasta las piedras duras.
  Salen las fuentes de sí
Por llegar adonde están,
Tras ellos las plantas van
Y hasta yo salgo de mí;
  Que el otro día acechaba
Lo que no quisiera ver.....

Forman lindo contraste con esta poesía picante y maligna los apasionados conceptos que Lope de Vega, gran maestro de ternezas, pone en labios de la enamorada Angélica:

  ¡Loca de mí, que ignoraba
Tanto bien como era amor!
¡Dulce fuego, limpio ardor,
Luz que ardiendo no se acaba;
  ¡Divina conformidad,
Regalo de los sentidos,
Cuerpos con un alma unidos,
Indivisible amistad;
  ¡Nueva sangre que se cría
De un mismo gusto y sustento,
Claro y templado instrumento

De celestial armonía;
¡Desasosiego agradable,
Gustosa imaginación,
Ciencia que por infusión
Ha de ser comunicable!
¡Oh amor, perdona mi error!
Tuya soy, mi rostro sella.....
. . . .
¡Mujer que quiere de veras.
Toda se entrega en un día!
Si fuera el Catay el mundo,
Para tus pies era poco;
Que es liberal, como es loco,
Amor, y en amor me fundo.....

Escribiendo y versificando de tal suerte, expresando con esta naturalidad y calor los afectos, no es maravilla que Lope se hiciera aplaudir hasta cuando acometía las empresas más antidramáticas é imposibles, haciendo una comedia de un poema ó de una crónica entera.

VIII.—EL PREMIO DE LA HERMOSURA.

Cuando, en 1621, publicó Lope esta comedia, que encabeza el tomo ó *Parte XVI* de las suyas, antepuso una breve y discreta dedicatoria al entonces Conde, y luego Conde-Duque de Olivares, de la cual son estas palabras: «La Reina, nuestra señora, que Dios tiene, me mandó escribir esta tragicomedia. La traza fué de las señoras damas, ajustada á su hábito, decencia y propósito; el Cupido y la Aurora, las dos mejores personas del mundo, en sus tiernos años; las demás figuras, la Hermosura de España, en los más floridos, y el aparato, digno de las grandezas de sus dueños.....»

Estas palabras, en que no fijó la atención el diligentísimo Barrera, indican ya las excepcionales circunstancias que acompañaron á la representación de esta comedia, y reciben cumplido comentario en una *Relación* anónima, pero de sujeto muy enterado (¿acaso Andrés de Almansa y Mendoza?), que narra con todo género de pormenores la fiesta con que obsequió á Felipe III, en el parque de Lerma, el lunes, 3 de Noviembre de 1614, su omnipotente valido, D. Francisco Gómez de Sandoval y Rojas. Los actores de la pieza fueron nada menos que el príncipe D. Felipe (luego Felipe IV) y sus hermanos D.ª Ana de Austria (Reina de Francia), D. Carlos y D.ª María, asistidos por las damas principales de la corte y cámara de Sus Majestades (1). La *Relación* debe leerse íntegra, como vistoso cuadro de costumbres

(1) Esta *Relación* fué descubierta y publicada por D. José Sancho Rayón, en el tomo VI de la *Colección de libros españoles raros y curiosos* (páginas 479-494), y va reproducida en la presente edición, al fin de la comedia.

palacianas; aquí extractaré solamente lo que conduce á la mejor inteligencia de la comedia:

«Hallándose S. M. en Lerma muy entretenido, en compañía del Príncipe nuestro señor, de la cristianísima Reina de Francia, y serenísimos infantes D. Carlos y doña María, sus muy caros y amados hijos, y con gran cuidado el Duque de tener fiestas para ello, entre algunas de toros, cañas y extraordinarias invenciones de regocijado y vistosísimo fuego, en diferentes días, noches y puestos, hubo resolución que se representase la famosa comedia de *El premio de la hermosura y Amor enamorado*, que, teniéndola estudiada los cuatro serenísimos hermanos y algunas señoras damas, estuvo determinada para otras ocasiones, y por festejar en ésta á su padre, quiso el Príncipe, nuestro señor, acompañado de su ayo en el mismo deseo....., declararse por autor desta gran representación, ayudándole sus hermanos y damas con mucho gusto.

»Para ejecución de este pensamiento, se escogieron por teatro el sitio llano que hay entre la bajada del castillo y Palacio y el primer brazo del río Arlanza, que, sangrado en algunos, fertiliza y hermosea el amenísimo parque, teniéndole todo el año verde y en extremo apacible.

»Aquí se hizo un tablado, igual con el suelo, de 150 pies en largo y 80 en ancho, y atajándole por la parte del Occidente, en un apartamiento de 50 se hizo el vestuario, y en él cuatro aposentos, que, colgados de tapicería, quedaron fuertes, abrigados y capaces para que en cualquiera se vistiese una de las cuatro personas Reales; detrás de ellos se armó una gran tienda, con su contratela, todo de hermosa vista, en la cual hubo disposición para vestirse las damas y asistir á ello sus criadas, sin ocasión de mezclarse ni inquietar la fiesta.....

»En medio de los cuatro aposentos hubo otro para oficiales de los tornos y otros ministerios de las apariencias, sin embarazarse ni poder ver los personajes, ni llegar á sus estancias, y en esta forma, para los mismos efectos, hubo dos altos de corre dores, pasadizos y aposentos.

»Por el Oriente y Mediodía dividían el tablado dos vallas iguales y consecutivas, cubiertas de alfombras; delante de la primera, cerca del Mediodía de ella, estuvo la silla de S. M., y á las espaldas apartamientos para caballeros y personas graves; de aquí se levantaba un tablado con gradas, en que estuvieron criados de la Casa Real y otras personas, y entre él y el río se armó otra tienda, correspondiente á la del vestuario, que servía de entrada á todo el teatro.

»Delante de la valla del Mediodía tuvieron lugar las señoras Duquesa de Peñaranda, Condesas de Castro y Barajas, dueñas y damas que no representaron, y detrás, en un tablado algo eminente, mujeres de criados de S. M. y criadas de damas, y estos dos lados estaban colgados de tapicerías.

»Por el del Norte tenía el brazo del río, donde se hizo un muelle en que pudieron caber los grandes títulos, gentileshombres de cámara, mayordomos, caballerizos, meninos, pajes y caballeros que se hallaron en Lerma, que fueron muchos.....»

Sigue la descripción de las decoraciones, en que no me detendré, y que termina con el siguiente elogio:

«Aderezado todo en esta forma, parecía la más extraordinaria y agradable vista que imaginarse puede, porque en ella no se hacían imposibles los castillos encantados, los palacios grandiosos, los espaciosísimos salones y los tronos más encarecidos y alabados en los imaginarios libros de caballerías; antes parecía que cuanto en ellos se ha fingido hicieron aquí la naturaleza y el arte tan propiamente, que quedaron cortos los cronistas de aquellas hazañas fabulosas, y que la verdad que aquí se miraba facilitaba la fe de cuanto ellos dicen. Todo estaba con tan gran arte, proporción y seguridad, que parecía, al verse, ordenado para eternizarse en aquel lugar, en memoria de la heroica y suntuosa fiesta que en él se representó.

»Era la comedia de Lope de Vega; la eminencia de los versos, decencia y decoro de ellos, lo mostraban, que sólo su ingenio podía darlos propios á tales recitantes.

»Tomó el sujeto del libro de su *Angélica*, y como allí introdujo tantos reyes y reinas que vinieron á Sevilla á merecer y ocupar el reino que su Rey, cuando moría, mandó se diese al hombre ó mujer más hermosa que se hallase, y allí daba el premio á Angélica, en esta comedia á la emperatriz Aurora; y de juntarse los reyes y reinas que introduce en ella á la competencia del premio de la hermosura, se enamoran variamente, encontrándose algunos en la elección, y otros conformándose en la correspondencia; y cuando se acabó esta junta, se dividieron en diferentes partes, acompañando algunos á las reinas en las jornadas y navegaciones á sus reinos, y variándose los acaecimientos, vino á ser de mucho enredo y muy apacible, toda con grandes alusiones á historias, fábulas poéticas y libros de caballerías, aventajando por esto á todas cuantas ha hecho su autor.

»El lunes 3 de Noviembre fué el dedicado para este solemnísimo regocijo, y estando todo dispuesto, á las cuatro de la tarde, como se apeaban de los coches, empezaron á entrar en diferentes cuadrillas los personajes que habían de representar, recogiéndose en el vestuario criados y personas de este ejercicio.....

»El día fué pardo y apacible, y estando todos en un admirable y quieto silencio (que la novedad de tantas maravillas suspendía mucho), entrando S. M. (Dios le guarde) con sonoroso ruido de chirimías y otros instrumentos, se hizo una demostrativa salva desta entrada. Fué por la tienda del Oriente, y habiéndose entretenido con sus hijos, hasta que los vistieron, salió á su silla con otra regocijadísima salva.....»

En cuanto al reparto de la representación, ya hemos dicho que los papeles más brillantes, aunque no los más largos ni de más empeño, fueron representados por las personas Reales, haciendo el de *Cupido*, el príncipe D. Felipe; el de *Aurora*, D.ª Ana de Austria, y las dos figuras alegóricas de *El Agradecimiento* y *La Correspondencia*, los infantes D. Carlos y D.ª María, respectivamente. Los demás personajes corrieron á cargo de las damas de Palacio, en cuya lista suenan los ilustres apellidos de Aragón, Acuña, la Cerda, Córdoba, Mendoza, Osorio, Noroña, Jordán, Quirós, Castro y otros tales. No hubo más representante masculino que Andrés de Alcocer, señor de Tovilla, quien se encargó del festivo papel de *Cintio*, por lo

mucho que el Príncipe gustaba de sus gracias. El traje en que las damas representaron los papeles de hombres era de baqueros cortos y basquiñas, aderezos de espadas, dagas, sombreros, tocados á lo africano, algunos cuellos y puños blancos llanos.

Ha de advertirse que Lope, al imprimir esta comedia, hizo muchas y sustanciales variaciones, algunas de las cuales conviene apuntar. Ante todo desapareció la loa, de la cual dice el autor anónimo: «El Príncipe nuestro señor salió á echar la loa con baquero, calzones y ferreruelo francés de tabí de oro azul, guarnición de plata, cuello y puños blancos con puntas pequeñas, sombrero negro de fieltro, falda larga terciada, bordada, y la toquilla con muchas plumas; botas blancas; tan galán y airoso, y recitóla tan bien, que, cuando este día no tuviera otra cosa que admirara, ésta pudiera sobre cuantas ha tenido el mundo, porque no se juntaron jamás gentileza, hermosura, desenfado, gala y propiedad en tan pocos años y tanta majestad.»

Los cuatro príncipes que (según la *Relación*) concurrían á presenciar el certamen de la hermosura, quedaron reducidos en el texto impreso á tres: Liriodoro, de Grecia; Rolando, de Hungría, y Leuridemo, de Numidia, suprimiéndose el de *Alizarán*, rey del Catay, que había representado D.ª Mariana de Córdoba. Desaparecieron también *El Agradecimiento* y *La Correspondencia*, alegorías enteramente inútiles á la fábula, y que, sin duda, tenían por único objeto el lucimiento de los infantes, quienes (según el anónimo) «representaron sus papeles tan bien, que no se puede encarecer su gracia: Dios los guarde».

El papel del capitán Cintio, que debía de ser episódico y entremesado, se suprimió también. Lope, según su costumbre, se puso en un rincón del cuadro, pero esta vez no con el nombre de Belardo, sino con el del jardinero Fabio, que aprovecha la ocasión para solicitar la plaza de cronista del reino, que fué siempre una de las manías de nuestro gran poeta:

Y así, por merced os pido,
Pues tan humilde me veis
　Pasar la vida entre flores,
Digáis al Emperador
Que mi talento, señor,
Ocupe en cosas mayores;
　Que aunque como labrador
Y de esta huerta hortelano,
Gasto mi música en vano
Sólo en canciones de amor,
　También sabría cantar
Las grandezas de sus glorias
En elegantes historias.

LEURIDEMO.

Fabio, en habiendo lugar,
　Á Aurora se lo diré.

FABIO.

Ventura quieren las cosas;
Yo he visto más venturosas
Menos letras que yo sé.
Canté, desde que nací,
Del Júpiter español
Las grandezas, y hasta el sol
Mi humilde plectro subí,
¡Y no he merecido ser
Su coronista siquiera,
Y de la tierra extranjera
Otros me vienen á ver!

Quizá esta singular y candorosa ocurrencia sea una de las cosas que Lope añadió en la comedia impresa, como un memorial indirecto al Conde-Duque, que nunca le honró ni protegió como debiera, prefiriendo á ingenios muy inferiores.

Hubo en los entreactos de esta comedia y al fin de ella dos bailes y una máscara, que el autor de la *Relación* describe de esta suerte:

«Por intermedio salió á danzar el Príncipe nuestro señor con la señora D.ª Sofía, vestida basquiña y baquero verde, guarnecido de plata, abanino y verdugado; danzaron *Galería de Amor* y *Canario*, su Alteza, con extremado aire y gracia, y la señora D.ª Sofía tan diestramente, que el ver tanta perfección en tan pequeños cuerpos, sobre la novedad y grandeza de cuanto se miraba, metió á muchos en sospecha que todo era encantado.....

»En el segundo intermedio salió á bailar la Reina, la Condesa de Medellín, las señoras D.ª Mariana de Córdoba, D.ª Estefanía de Mendoza, D.ª Luisa Osorio, doña Isabel de la Cueva, D.ª Ana María de Acuña, con los mesmos vestidos de la farsa; bailaron *la Españoleta* y *la Reina*, tan airosamente y con tanta destreza, que guiando á todos, hizo que se pusiese en olvido lo que había pasado; pareció coro de ninfas de los que celebran los poetas, festejando á su Diana.....

»Acabada la comedia, quitaron los oficiales el templo de Cupido tan sordamente, que no pudo percibirlo el auditorio, quedando solas las puertas que hacían la superficie á la fachada del vestuario. Después de haber tañido los violones, lo que bastó para dar lugar á que se vistiesen las de máscaras, abriéndose la selva, se presentaron parejas á la vista, cuatro damas con máscaras negras rajadas, baqueros y basquiñas de raso encarnado, guarnecido de oro, verdugados, mantos de velillo de plata, abaninos y tocados de argentería, hachas en las manos: eran la serenísima Reina, las señoras D.ª Isabel de la Cueva, D.ª Ana María de Acuña, D.ª Estefanía de Mendoza; salieron al teatro iguales, y habiendo danzado un rato airosamente, en la mesma igualdad, vueltos los rostros al vestuario, pareció la segunda cuadrilla, baqueros y basquiñas de raso blanco, guarnición de plata, mantos de velillo blanco y negro, y plumas de los mismos colores, y conformes en lo demás con la primera cuadrilla: eran las señoras D.ª Juana de Castro, D.ª Catalina de la Cerda, D.ª Mariana de Córdoba, D.ª Catalina de Acuña; y habiéndose recibido, y juntas danzado con algu-

nas vueltas y mudanzas, mirando al vestuario, una cuadrilla delante de otra, hallándose cerca de S. M., se mostró la tercera, vestida de raso azul, guarnición de oro, mantos de velillo de plata encarnados, tocas de plata, y conformes en lo demás: eran las señoras D.ª Juana Portocarrero, D.ª Luisa Osorio, D.ª Juana de Noroña, D.ª Isabel de Aragón; habiéndose recibido iguales, danzaron media hora, con muchas vueltas y lazos, que con dificultad se percibían; mas anduvieron con tanta destreza en todo, que cuanto más confusa se hallaba la vista de cuantos lo miraban, salían más concertados en sus puestos. Guió la máscara la Reina diestrísimamente y con tal cuidado, que cuando la faltara á quien la seguía, no pudiera perderse; mas todas anduvieron con tanta cuenta y arte, que pudieron acompañar tan gran Reina en presencia de tan alta majestad. Para hablar de la representación, aire, gala y bizarría de la cristianísima Reina, no hay palabras, y así se quede á la contemplación de los que conocen su divina hermosura y participan la comunicación de su soberano entendimiento, y para los que se hallaron presentes este día, que, por lo menos, veneran con silencio y éxtasis la parte que pudieron.»

Claro es que en una representación de este género, lo de menos fueron los versos, aunque el poeta echase el resto en elegancia, gala y fluidez, y lo principal las danzas y máscaras, los trajes y atavíos, las tramoyas y apariencias: la gruta encantada del sabio Ardano, el templo del Amor, la nube en que venía la emperatriz Aurora, las dos escenas de naumaquia, la montaña del Imán, y, sobre todo, la calidad de los representantes y el haber actuado de director de escena el mismo príncipe D. Felipe, «gobernando cuanto allí se representaba, y las salidas y entradas de todos, con gran puntualidad y cuidado»: muestra temprana de sus futuras y constantes aficiones.

Como ya indica la *Relación*, tomó Lope el argumento de esta comedia ó, dígase mejor, libreto de ópera, de aquella especie de continuación del *Orlando Furioso*, que él mismo había publicado en 1604, con el título de *La Hermosura de Angélica*, procurando dar cumplimiento á la promesa que hizo el Ariosto, en la estancia 16 del canto XXX de su poema:

Quanto, Signore, ad Angelica accada
Dapoi ch'usci di man dal pazzo a tempo,
E, come a ritornare in sua contrada
Trovasse e buon naviglio e miglior tempo,
E de la India a Medor desse lo scettro,
Forse altri canterà con miglior plettro.

Reservando el estudio de esta curiosa tentativa para cuando llegue su turno á la *Angélica* en nuestra colección, basta decir por ahora que los cantos del poema que principalmente aprovechó Lope para la comedia, son: el I, en que Cardiloro, Príncipe de Tánger, enamorado de la bella Clorinarda, hija del Rey de Fez, la sigue hasta Sevilla, donde, desesperado de verla casada con Lido, Rey de Andalucía, quiere matarse, y es detenido por la sombra de su padre Mandricardo; el II, en que se halla la visión de la cueva encantada del sabio Ardano; el III, en que Lido,

próximo á la muerte, deja por heredero de su reino de Sevilla al hombre ó mujer más hermosos que se hallen en el mundo; el IV, en que se hace la enumeración de las damas y los caballeros que concurrieron á este certamen de belleza, viniendo de las tierras más remotas; el VII, en que Rolando y Roselida llegan al monte Imano y caen en poder de los salvajes de Gosforrostro; el VIII, en que los salvajes quieren sacrificar á Liriodoro, y Tisbe le libra de la muerte (reminiscencia de *Ifigenia en Táuride*). Pero en todo ello hizo bastantes alteraciones, para acomodarlo al objeto principal de la fiesta, que era la coronación de la Aurora por el Amor. Hé aquí algunos de los versos que en esta ocasión recitaron Felipe IV y D.ª Ana de Austria:

AMOR.

Esta corona es digna
De tu divina frente.

AURORA.

Amor, yo te agradezco
El honor que me ofreces.

AMOR.

Si á otras frentes honoran
Los lauros siempre verdes,
Tú, soberana Aurora,
Das honra á los laureles.

AURORA.

Por tu merced, Amor,
Que es propio de quien eres
Hacer á quien te sirve
Generosas mercedes.

JUEZ 1.º

¡Oh, hija del gran Júpiter,
Plega al cielo que bese
Tu pie la tierra toda,
Desde Oriente á Occidente,
Y que las más remotas
Provincias que el sol tiene,
Sus más preciosas joyas
Intenten ofrecerte!
Tiro te ofrezca granas
De los purpúreos peces
Que cría el mar Fenicio,
Como adivina Fénix;
De sus preciosas minas
En sus venas lucientes,
El oro crespo y rojo
Te ofrezca Arabia féliz (1).

(1) Así escribe Lope, conservando la acentuación latina *(fèlix)*.

JUEZ 2.º
Ceilán te dé rubíes,
Y el Sur perlas que crecen
Á la lluvia del nombre
Que como Aurora tienes;
Sabá de sus olores
El pavimento siembre
De los ricos estrados
Adonde sol pareces;
Persia sus varias sedas,
Que tu hermosura alegren;
La China sus labores
En joyas diferentes.
Góceste largos años
Con el Sol que mereces,
Y el gran Júpiter vea
Tus claros descendientes,
Que á mil reinos é imperios
Darán reinas y reyes,
De quien el mundo sea
Vasallo para siempre.....

El estilo de esta representación palaciega es el que Lope usaba en los días que podemos llamar de fiesta, más culto y atildado, más conceptuoso y florido que el de sus obras populares, pero relativamente sencillo si se le compara con el estruendo, boato y pompa de la dicción calderoniana. Los versos tienen mucha suavidad y halago rítmico; parecen escritos para ser puestos en música, y recuerdan un poco la manera de Metastasio, que había estudiado á Lope y parece haberle imitado en alguna de sus óperas.

IX.—URSÓN Y VALENTIN

Texto de la *Parte primera* de las comedias de Lope (Valencia, 1605); cotejado con la de Valladolid (1609) y la de Milán (1619). Todas ellas son muy incorrectas, especialmente la última; pero como no suelen tener las mismas erratas, sirven para corregirse las unas á las otras.

Esta entretenida comedia, ó más bien novela dramática, de Lope, debió de ser una de las más populares en su tiempo, y una de las que por el desorden de su composición escandalizaban más á los partidarios de la preceptiva clásica. Cervantes parece que alude claramente á ella en el cap. XLVIII del *Quijote*: «¿Qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado?», palabras que, como es sabido, recordó casi literalmente Boileau en el canto III de su *Arte poética*:

Là souvent le héros d'un spectacle grossier,
Enfant au premier acte, est barbon au dernier (1).

El poeta najerano D. Esteban Manuel de Villegas, en la extravagante epístola á un mozo de mulas, donde maltrata con igual petulancia á Lope y á Cervantes, cita irónicamente esta comedia por prototipo de disparates:

Más vale ver á Ursón hecho silvano,
Que llame á la mujer animal bello,
Que cuanto fiscaliza Quintiliano.
(*Eróticas*, 1618, segunda parte, elegía 7.ª)

El original de *Ursón y Valentín* es un libro de caballerías, francés, impreso por primera vez en 1489 (2), que se tradujo al italiano, al alemán y al inglés, y que todavía es popular en Francia, formando parte de lo que nuestros vecinos llaman *bibliothèque bleue*, y nosotros *literatura de cordel* (3). Es de suponer que Lope le había leído en la versión italiana, porque la única castellana que conozco es posterior á su comedia.

El cuento de Valentín y Ursón, aunque no parece haber tenido forma poética, puede considerarse como un producto carolingio degenerado. Hasta materialmente

---

(1) Con el pasaje de Cervantes concuerda este otro de su comedia *Pedro de Urdemalas* (jornada 3.ª), donde todavía es más patente la alusión á *Ursón* y *Valentín*:

Y verán que no acaba en casamiento,
Cosa común y vista cien mil veces,
Ni que parió la dama esta jornada,
Y en otra tiene el niño ya sus barbas;
Y es valiente y feroz, y mata, y hiende,
Y venga de sus padres cierta injuria;
Y al fin viene á ser Rey de un cierto Reino
Que no hay cosmografía que le muestre.

(2) *Cy finist lhystoire des deux vaillans chevaliers Valentin et Urson filz de lempereur de grece. Imprime a lyon le penultime iour du mois de may par Jaques maillet lan mil quatre cens quatre vingtz et neuf.* Folio gótico.

Además de esta edición, que es extraordinariamente rara, describe Brunet otras varias de los siglos XV, XVI y XVII. En la Biblioteca Nacional tenemos una de 1698, que pertenece ya al género de las *azules: L'histoire de Valentin et de Urson, tres preux, tres nobles, et tres vaillans chevaliers, fils de l'Empereur de Grece, et neveux du tres vaillant et tres chretien Roy de France, Pepin. Contenant plusieurs et diverses matieres, comme vous pourrez voir cy apres. A Troyes, chez Jacques Oudot, Imprimeur et Marchand Librairie rue du Temple, 1698.*

Sobre las traducciones inglesa y alemana, véase á Brunet. La italiana lleva este título:

Historia de i due nobilissimi et valorosi fratelli Valentino et Ursone, figliuoli del magno imperatore di Constantinopoli et nepoti del Re Pipino....., tradotta di lingua francese in italiana. Venetia, V. Valgrisi et Baltessar Constantini, 1557. 8.º Hay reimpresiones de 1558 y 1611.

(3) C. Nisard, *Histoire des livres populaires ou de la littérature du colportage.* Segunda edición, t. II, páginas 472-475.

se enlaza con aquel ciclo, puesto que á los dos héroes de la fábula se les supone sobrinos del rey Pipino; genealogía que cambió Lope, haciendo merovingio el asunto, y á Ursón y Valentín hijos de Clodoveo. El tema inicial parece calcado sobre el de la falsa acusación de la reina Sevilla (1), que á su vez es una variante del eterno tema popular de la esposa inocente y calumniada. Lope acentuó más las reminiscencias carolingias, como veremos, haciendo entrar en su comedia parte del asunto de Berta, y parte del de las niñeces de Roldán. En cambio, suprimió con buen acuerdo muchas aventuras del original: los sortilegios del enano Pacolet, la penitencia y muerte de Valentín (que recuerda la historia de San Alejo), las conquistas de Ursón en Grecia. Aligerada de este modo la novela francesa, puede reducirse á lo siguiente:

Belisanda, hermana del rey Pipino, estaba casada con Alejandro, Emperador de Constantinopla. Durante la ausencia de éste, el indigno Arzobispo (ó digase el Patriarca) de aquella ciudad, que estaba enamorado de la Reina, la hace deshonestas proposiciones, que ella rechaza con la mayor indignación. Jura vengarse, y á la vuelta de su marido la acusa calumniosamente de adulterio. El Emperador presta oidos á la infame calumnia, maltrata espantosamente á su mujer, la pisotea y arrastra por los cabellos, y si bien renuncia á matarla, la arroja de Palacio con la mayor ignominia, sin querer oir su defensa. La virtuosa é infeliz señora, que se hallaba encinta, parte acompañada de un fiel servidor, y, después de larga peregrinación, llega á un bosque cerca de Orleans, donde dió á luz dos gemelos. Uno de ellos es arrebatado inmediatamente por una osa, que le cria juntamente con sus cachorros. Ursón, el hombre salvaje, crece en los bosques, y llega á ser el terror de la comarca entera. En cambio, Valentín, recogido por un escudero del rey Pipino, se educa en el palacio de su tío (que nada sabe de su origen), y se hace muy aventajado en armas y discreción. Él es quien captura en las selvas á su hermano Ursón, y sintiendo extraña inclinación el uno hacia el otro, se convierten en compañeros de armas, y corren juntos el mundo, sin que se descubra hasta el fin de la novela el misterio de su común origen.

Veamos el partido que Lope acertó á sacar de esta historia pueril y adocenada. Ante todo, cambió, como era natural y forzoso, al Arzobispo de Constantinopla en un mero Gobernador llamado Uberto; transformación en que, no sólo el decoro, sino la verosimilitud, salieron ganando. Trasladó la acción á Francia, evitando así el pesado é impertinente viaje de la Emperatriz bizantina á parir en el bosque de Orleans. Repitiendo escenas y situaciones de *La Mocedad de Roldán*, dió más interés á la figura de Valentin, haciendo que se criara en compañia de su madre, y que

(1) Leyenda ya conocida en España á fines del siglo XIV, como lo prueba la versión del Escorial, publicada por Amador de los Ríos (*Historia crítica*, t. V, páginas 344-391): «*Aquí comienza un noble cuento del emperador Carlos Maynes de Roma e de la buena emperatriz Sevilla, su mujer.*» Hay otro libro, de caballerías, posterior, sobre el mismo argumento, *Historia de la Reyna Sibilla* (Sevilla, 1532; Burgos, 1551).

tomase sobre sí el cuidado de su venganza. Hizo una verdadera creación en el tipo del salvaje Ursón, especie de Caliban en sus groseros apetitos, domados sólo por el dulce atractivo de la belleza y debilidad femenina. Acordándose de la leyenda de Berta, madre de Carlomagno, que probablemente conocía por *I Reali di Francia* (1), preparó ingeniosamente la reconciliación de los dos esposos y el castigo del traidor. De este modo quedó convertido en interesante drama lo que era materia novelesca informe.

Lo mejor de la comedia es, sin disputa, el carácter y los discursos del selvático Ursón, donde puede notarse una vaga reminiscencia de las parábolas de *Barlam* y *Josafat* (vid. tomo IV de nuestra colección), y uno de los precedentes de *La Vida es Sueño*. Véase el monólogo en que se queja de la sujeción en que le tiene su ayo Luciano, que le había recogido cuando niño en la cueva de la osa, y procuraba reprimir su fiereza para que no saltease y matase á los pasajeros y á los villanos del contorno:

URSÓN.

Mucho Luciano me enfada;
Que coma y beba me veda.
¿Siempre ha de ser fruta aceda
Y agua de un risco salada?
¿Siempre un carámbano frío,
Que apenas el sol deshace?
¿Siempre la yerba que nace
Templada con el rocío?
¿He de aguardar que me adiestre
Su vejez, pesada y larga?
¿Siempre una bellota amarga?
¿Siempre un madroño silvestre?
Él coma verdes castañas,
De tierno erizo cubiertas,
Y por las quiebras inciertas
El agua de las montañas.
Él ponga á su helada boca
El racimo de lantisco,
Y trepe en el yerto risco
Por coger la higuera loca.
Coma del racimo agraz,

(1) Hállase también en las *Noches de Invierno*, de Antonio de Eslava; pero este libro, no impreso hasta 1609, es posterior á la comedia de Lope. Vid. la *Tercera Noche*, cap. x, donde «se cuenta el nacimiento de Carlo Magno, Rey de Francia y Emperador Romano». Eslava tampoco tuvo más fuente que los *Reali*. Los más antiguos monumentos de esta leyenda son un poema franco-itálico de la Biblioteca Marciana y el famoso Romans de *Berte aus grans pies*, compuesto en 1275 por el trovero Adenet, y publicado en 1832, antes que ninguna otra canción de gesta francesa, por Paulino París.

Beba el agua de la sierra;
Déjeme á mí con mi guerra,
Allá se avenga en su paz.
  Beber dulce vino puedo,
Comer pan sabroso y blanco,
Que aquí me lo venden franco
Por el interés de un miedo.
  Robar tengo qué comer,
Comer tengo con robar,
Y tal vez que he de gustar
De algún deleite y placer;
  Que no soy tan inhumano,
Que no pierda mil enojos
Mirando unos nobles ojos,
Tocando una blanca mano.
  Deshágome de placer,
No tengo contento igual;
¡Por Dios, que es bello animal
Este que llaman mujer!
  Tiene un no sé qué süave,
Que parece que el olor
Que mueve á tan tierno amor,
Á bien del cielo me sabe.
  Este Luciano me muestra
Que aquel cielo un Dios encierra,
Que cuanto cubre la tierra
Hizo con su mano diestra.
  Y ¿estas mujeres contiene
Entre lo más que ha criado?
Pienso que son el traslado
De la hermosura que tiene.
  Es peregrina belleza:
Después que vi su figura,
He rendido á su blandura
Mi temeraria fiereza.

Dígase, después de leído este soliloquio, si nadie ha poseído tanto como Lope el don espontáneo y divino de hablar en verso.

Los impulsos animales de Ursón, su embriaguez y brutalidad, la barbara galantería con que persigue á las serranas, recuerdan los arrebatos de Segismundo, salvo que Calderón toma en serio su asunto, y Lope parece burlarse de él con cierto humorismo benévolo:

URSÓN.

¡Oh, bellísimo animal!
¡Oh, semejanza de Dios!
¡Quién nos juntara á los dos

En una coyunda igual!
El león suelo yo ver
Con la leona abrazarse,
Y ansí debe de juntarse
El hombre con la mujer.
¿Qué dudo? Á buscarla voy.

VILLANA.

¡Ay, desdichada de mí!
¡Socorro, socorro aquí!

URSÓN.

Calla, mujer.

VILLANA.

¡Muerta soy!

URSÓN.

¿Muerta? ¿Cómo puede ser?

VILLANA.

¿Á quién habrá que no asombre?

URSÓN.

¿Es posible que de un hombre
Se esconda así la mujer?
Hombre soy.

VILLANA.

¡Oh, grave espanto!
¡Cielo, haced que no peligre!

URSÓN.

Si la tigre busca al tigre,
¿Qué huyes?

VILLANA.

¡Oh, cielo santo!

URSÓN.

¡Por el Dios que vive en él,
Que, á no saber que lo es,
Yo me humillara á tus pies
Y te adorara por él.
¡Qué hermosos ojos tienes!
¡Qué bien miran, qué bien lloran!
¡Cómo encienden y enamoran
Con esos bellos desdenes!
¡Cómo es hermosa tu boca,
Bello y brioso tu cuello!
¡Dichoso aquese cabello
Que agora le cubre y toca!
Por ti conozco que quien
Te hizo ese rostro hermoso,
Es Dios todopoderoso,
Señor del mal y del bien.
¡Quién le viera, para dalle

Eternas gracias por él!
Dime, ¿dónde está? ¿Qué es dél?
Para que vaya adoralle.

VILLANA.

Si confiesas que ése es tal
Como se ve en su poder,
Yo soy suya y soy mujer,
Di, ¿por qué me haces mal?

URSÓN.

¿Yo mal? El cielo me niegue
El sustento que me ha dado,
Si hacerte mal he pensado
Ni á tanto el alma se atreve.
No me trates con desdén,
Que por bien me has de obligar,
Y sólo pienso tomar
Lo que me dieres por bien.

VILLANA.

Yo, ¿qué te he de dar?

URSÓN.

No hayas
Miedo.

VILLANA.

¡Ay, cielo soberano!

URSÓN.

Dame á besar una mano
Y dejaré que te vayas.

VILLANA.

Habrélo de consentir,
Dios sabe con qué temor.

URSÓN.

Mujer, hazme este favor,
Que luego te puedes ir.

VILLANA.

Será después que jurares.

URSÓN.

¿Por quién tengo de jurar?

VILLANA.

Por tu Dios, que castigar
Te puede si lo quebrares.

URSÓN.

Pues yo lo juro: ea, dame
Aquesa mano.

VILLANA.

¡Ay, qué miedo!
No sé ¡triste! cómo puedo,
Ó á quien en mi ayuda llame.

¡Si me la quiere morder!

URSÓN.

Ea, mujer, dámela presto.

VILLANA.

¡Dios te ciegue!.....

URSÓN.

¡Oh indino
Hombre, bajo, al fin humano,
De mujer beso la mano
Que hizo aquel Dios divino!
¡Oh, qué regalo he sentido!
Vete presto, porque siento
Que ha de ser el juramento,
Si te detienes, rompido.....

Vase la pastora y prosigue Ursón:

¿Qué es esto que me acobarda?
¿Cómo ansí la consentí
Que se ausentase de mí?
Aguarda, mujer, aguarda.
Pero no; váyase agora,
Que ella volverá otra vez.....

En la escena siguiente se emborracha por primera vez con el vino que roba á unos pastores, y compara con epicúrea fruición este nuevo goce y el del amor que ha entrevisto:

Sabroso es este licor,
Y bello aquel animal;
El gusto tienen igual,
Ninguno siento mejor.

Repito que Ursón tiene algo de Caliban, pero es mucho menos grosero y bestial que el de *La Tempestad*, y quizá por eso menos simbólico. Lope era muy optimista y no podía tener de la humanidad ni del pueblo aquel feroz concepto que parece que entraña el monstruo creado por Shakespeare. De lo que puede tacharse á Ursón es de ser á veces demasiado pulido y elegante en su razones; pero son aciertos de psicología genial aquella mezcla de sensualidad y candoroso respeto que le embarga en presencia de la mujer, aquel extraño presentimiento teológico, basado en la contemplación de la belleza, y otros rasgos llenos de ingenio y chiste, que hay esparcidos en todo este papel del hombre-fiera, el cual debió de contribuir mucho á la popularidad de la obra.

Esta fué tan grande, que ha llegado hasta nuestros días en la forma degenerada de dos pliegos sueltos, de los que cantan y expenden los ciegos. Los romances vulgares de *D. Claudio* y *D.ª Margarita* (números 1.281 y 1.282 de Durán), que contienen la leyenda de Ursón y Valentín, proceden directamente de la obra de Lope

de Vega, como lo prueban el nombre de *Margarita*, dado á la Reina, el de *D. Claudio* (corruptela del de *Clodoveo*), y el de *Alberto*, que hace el mismo oficio que el *Uberto* de la comedia.

Hay una traducción muy abreviada de esta pieza de Lope en el tomo III de la coleccioncita de Du Perron de Castera, 1738 (1).

X.—LOS TRES DIAMANTES.

Citada ya en la primera lista de *El Peregrino* (1604), é impresa en la *Parte segunda* de las comedias de Lope (1609). Fué traducida al alemán en 1820 por el Conde de Soden (2).

Fúndase el argumento de esta comedia en la famosa novela caballeresca de *Pierres de Provenza y la linda Magalona*, compuesta en provenzal ó en latín, por el canónigo Bernardo de Triviez, en la segunda mitad del siglo XII, y tan celebrada en tiempo del Petrarca, que se dice que este gran poeta y humanista empleó algunas horas de su juventud, cuando en Montpellier estudiaba derecho, en corregirla y limar su estilo (3). El texto francés actualmente conocido es del siglo XV; ha sido impreso innumerables veces (4), y de él proceden las versiones italiana, alemana, flamenca, danesa, polaca, castellana y catalana, y hasta una griega en versos *polí-*

---

(1) *Extraits de plusieurs pièces du théâtre espagnol; avec des réflexions et la traduction des endroits les plus remarquables* (París, Pissot, 1738). Tomo III, páginas 53-88.

(2) *Schauspiele des Lope de Vega* (t. I y único); *Leipzig, Barth, 1820.* Páginas 101-220.

(3) «*Pétrarque* (dice el más antiguo historiador municipal de Montpellier) *fit son cours en droit à Montpellier pendant quatre ans, comme lui-mesme le témoigne, et pour se delasser et divertir en cette sérieuse estude, il polit et donna des grâces nouvelles, aux heures de sa récreation, à l'ancien roman de Pierre de Provence et de la belle Maguelone, que Bernard de Treviez avait fait couler en son temps parmi les dames, pour les porter plus agréablement à la charité et aux fondations pieuses.*»

Idée de la ville de Montpellier, par Pierre Gariel, pág. 113, segunda parte. (Citado por Fauriel, *Histoire de la Poésie Provençale*. París, 1846. Tomo III, pág. 507.) Vid. también el discurso de Victor Le Clerc, *sobre el estado de las letras en el siglo XIV*, en el t. XXIV de la *Histoire Littéraire de la France*, pág. 563.

(4) Brunet describe cuatro ediciones incunables, sin fecha. En una de ellas, que al parecer salió de las prensas de Lyon por los años de 1478, consta la fecha en que fué escrita la redacción actual de la novela:

«*Au nom de nostre seigneur jhūcrist cy commence listoire du vaillant cheualier pierres filz du conte de prouence et de la belle maguelonne fille du roy de Naples ordonne en cestuy langage a lonneur de dieu de la vierge marie et de mo seigneur saict pierre de maguelonne du quel lesditz pierre et maguelonne ont este premiers fodateurs. Et fut mis en cestui lagage lan mil* CCCCLIII *en la maniere qui sensuit.*»

Hay ediciones de 1490 y 1492, y muchas del siglo XVI. El tomo XVIII de la elegante serie de reproducciones en caracteres góticos, de poesías, novelas y crónicas de los siglos XV y XVI, cono-

ticos (1). *Pierres y Magalona* continúa siendo libro *de cordel* en Francia y en España, pero ya muy refundido y modernizado en el estilo, como lo está también en el *rifacimento* galante que hizo el Conde de Tressan para la *Bibliothèque Universelle des Romans* (1779).

Esta novelita es, sin duda, de las mejores de su género; las aventuras, aunque inverosímiles, no son excesivamente complicadas; los dos personajes principales interesan por su ternura y constancia, y la narración tiene en los textos viejos una gracia y frescura que contrasta con la insipidez habitual de los libros de pasatiempo del siglo XV, y con las ridículas afectaciones de sus refundidores modernos.

El argumento puede exponerse en dos palabras: Pedro, hijo del Conde de Provenza, acababa de ser armado caballero, y deseando dar muestras de su valor y gentileza, se encamina á la corte de Nápoles, llevado por la fama de la bella infanta Magalona, cuya mano iban á disputarse en unas justas los príncipes más ilustres y bizarros de Europa. Al partir, le entrega su madre tres anillos (los *tres diamantes*

---

cida con el nombre de *Colección Silvestre* (1838-1858), contiene el texto viejo de *Pierres y Magalona*.

Las ediciones *de colportage*, ó *de cordel*, como nosotros decimos, parecen derivadas del arreglo del Conde de Tressan (*Bibliothèque Universelle des Romans.* Agosto de 1779. Páginas 91-160).

(1) Las traducciones en varias lenguas pueden verse mencionadas en Brunet y otros bibliógrafos. Aquí sólo nos interesan las españolas.

—*Historia de la linda Magalona, hija del rey de Nápoles, et del esforçado cauallero Pierres de Provencia. Burgos 1519, á 26 de Julio* (en el *Registrum* de D. Fernando Colón).

—*La historia de la linda Magalona, fija del rey de napoles, y del muy esforçado cauallero Pierres de prouēça: y de las fortunas é trabajos que pasaron*..... (Al fin:) *Fue impressa esta hystoria de la linda Magalona y del noble y esforçado cauallero Pierres de prouença en..... Seuilla por Jacobo crōberger Aleman. Año del Señor.* M. D. xix. *a.* x *del mes de Deciembre.* 4.° gótico.

—*La hystoria de la linda Magalona* &..... (Al fin:) *Fué impressa esta hystoria de la linda Magalona y del noble y esforçado cauallero Pierres de provença en la imperial cibdad de Toledo: a doze dias del mes de otubre, de mill y quinientos y veynte y seys años.*

—*Fué impressa..... en la..... cibdad de Seuilla por Juan Crōberger. Año del señor.* M. D. xxxiij (1533). *En el mes de Junio.*

—*Libro de la Linda Magalona, hija del Rey de Nápoles, y del muy esforçado cavallero Pierres de Prouença, y de las fortunas y trabajos que pasaron. Çaragoça, Iusepe de Altaraque, 1602.* 4.° Esta edición, que lleva tres toscas viñetas en madera, puede considerarse como del tipo de las *de cordel*, y lo mismo será, probablemente, la de Baeza de 1628, citada por Nicolás Antonio. Según testimonio de nuestro bibliógrafo, ya en esta edición se atribuye el libro á un Felipe de Camus, licenciado *in utroque*, que á lo sumo sería el corrector de alguno de los textos franceses. Persiste esta atribución en la edición de Sevilla, 1689, por Lucas Martín de Hermosilla, y en otras. Todavía se reimprime con frecuencia.

De la versión castellana proceden una portuguesa, que se imprimió en Lisboa, 1783, 4.°, y otra más antigua catalana: *La historia del Caualler Pierres de Provença fill del conde de Provença y de la gentil Magalona filla del rey de napoles, traduyda de llengua castellana en la llengua catalana por Honorat Comalda. Barcelona, en casa de Sebastian Cormellas, 1650.* 4.°

de la comedia de Lope). Como es de suponer, el novel caballero sale vencedor de todos sus rivales en el torneo; pero, á consecuencia de un juramento que había hecho, oculta constantemente su nombre y su linaje, con lo cual es claro que el Rey no le concede la mano de su hija, pero le admite en su corte, donde muy pronto conquista el amor de Magalona, siendo medianera de su trato lícito y honesto la nodriza de la Princesa. El Caballero de las Llaves (que así se hacía llamar Pierres) da á su amada en prenda los anillos de su madre, y la declara su verdadero nombre. Conciertan y emprenden los dos amantes la fuga, y al caer el sol llegan á un valle cercado de ásperas montañas. Magalona, rendida por la fatiga del camino, se duerme en el regazo de Pierres. Baja un gavilán y arrebata de encima de una piedra el cendal rojo que contenía los tres anillos. Pierres se lanza en persecución del gavilán, que vuela de roca en roca, hasta salir del valle y llegar á la orilla del mar, de donde pasa á una isla desierta que distaba próximamente doscientos pasos. Pierres no desiste de seguir al ave de rapiña, y viendo amarrada una barca á la ribera, entra en ella, empuña el timón y se dirige hacia la isla. De pronto se desencadena un viento furioso que arrastra la embarcación á alta mar, donde es asaltada por una nave de corsarios sarracenos, que llevan cautivo á Pierres á la corte del Soldán de Alejandría, donde permanece tres años.

Entretanto, Magalona, abandonada en el bosque y próxima á la desesperación, había sido recogida por una peregrina, que cambió con ella de vestidos y la puso en camino de Roma. Aquí comienza la parte devota de la leyenda, que fué quizá la causa principal de que el piadoso canónigo Bernardo de Triviez la consignase por escrito. Magalona, después de muchas oraciones, penitencias y austeridades, y de recorrer varias tierras en hábito humilde, recogiendo limosnas, funda un hospital de peregrinos cerca del puerto de Aguas Muertas, y cobra gran fama de santidad en todo el Mediodía de Francia, mereciendo especial protección del Conde y la Condesa de Provenza, que lloran muerto á su hijo Pierres desde el día en que unos pescadores hallaron en el vientre de un monstruoso cetáceo el tafetán con los tres anillos. Fácil es adivinar cuál será el desenlace de esta historia. Pierres, libre del cautiverio, llega un día al hospital de Magalona; los dos amantes se reconocen, y la novela termina con sus bodas, que se celebran en Marsella, con gran regocijo de sus padres.

Tal es la simpática leyenda que Lope llevó á las tablas, cambiando el nombre de Pierres en *Lisardo*, y el de Magalona en *Lucinda* (sin duda en homenaje á su amada), pero conservando todo lo sustancial del cuento con la fidelidad que indica este romance de la segunda jornada:

Mi propio nombre es Lucindo
(Soldán famoso de Persia);
La mejor parte de Francia,
Mi patria, y humilde en ella.
Á ver unas fiestas ricas
Vine á Nápoles la bella;

Pero pocas tiene el mundo
Que no paren en tragedia.
Caro precio me costaron,
Pues dí el alma por las fiestas
Á una mujer, que también
Me rindió la suya en ellas.
Estábamos una noche,
De mis amores tercera,
Y la tercera de hablalla,
En el cuadro de una huerta.
Sentí rüido de espadas,
Pensé que sus padres eran;
Saquéla, y llevéla á un monte
Á quien el mar los pies besa.
Túvela, aunque honestamente,
En mis brazos una siesta.....
Mirando sus pechos blancos,
Cárcel de almas, de amor celdas,
Hallé un tafetán en ellos;
Saquéle por ver lo que era.
Eran dos anillos míos;
Púselos sobre una piedra,
Vino un águila, llevólos
En alto vuelo, aunque cerca.
Que como era colorado,
Y estaba, sin duda, hambrienta,
Imaginó que era carne,
Y alzóse en alto á comerla.
Ved por dónde, gran señor,
Las desventuras comienzan.
Levantéme por seguilla,
Que presumí detenella.
Á treinta pasos del mar,
Enfrente de la ribera,
Con el tafetán se puso
El águila en una peña.
Yo, pensando que por dicha
Quisiera ponerle en ella,
Miré si pasar podría
Mientras durmiese mi prenda.
Hallé una barquilla rota,
De algunas algas cubierta,
Y atado un remo de haya
Á un escálamo de cuerda.
Entré en ella presuroso,
Y deslizando el arena,
La proa á la peña inclino,

Mejor dijera á la pena.
No estaba, como juzgué,
De las orillas tan cerca,
Que primero que llegase
Se fué alzando una mareta.
No la pudiendo tomar,
Quíseme volver á tierra;
Pero osaba y no podía,
Que no hay contra el cielo fuerzas.
Es la mar como mujer,
Blanda al que en sus aguas entra,
Mas para querer salir,
Ningún remero aprovecha.
Llevóme con cuatro golpes,
No sé si diga seis leguas,
Porque en mi imaginación
Debieron de ser sesenta.....
Pero de aqueste trabajo
Me libró fortuna, á cuenta
De otros muchos, pues llegando
De Amurates las galeras,
Troqué el peligro en prisión,
Y la mar de Italia en Persia,
Donde ha dos años que vivo:
Señor, mi tragedia es ésta.....

Con los datos de la leyenda, lógicamente desarrollados, había suficiente materia para un buen drama novelesco; pero Lope, dejándose arrastrar de la propensión que en los primeros tiempos tuvo á las intrigas embrolladas, complicó inútilmente ésta con el personaje inútil y parásito de un Enrique, príncipe de Inglaterra, competidor primero, y amigo fidelísimo después, de Lisardo; con unos impertinentes amores de la hermana del Soldán de Persia, desdeñada por su cautivo; y con una acusación calumniosa y harto grotesca, de que son víctimas la piadosa dama hospitalaria y el hermano demandadero Crispín, que hace oficio de gracioso en la pieza. Todos estos episodios, nada interesantes en sí mismos, y presentados, además, con muy poco arte, fatigan inútilmente la atención y estropean por completo los dos actos últimos.

Pero atendiendo sólo al acto primero, es muy justo el elogio que Schack hace de esta comedia, cuando dice que «el conjunto está lleno de vigor, y que reina en él tal hechizo romántico, que nos arrebata y hace olvidar sus defectos» (1). Hay, sobre todo, una deliciosa escena que merece vivir por sí sola: aquella en que Lucinda se va durmiendo en brazos de Lisardo, arrullada por las suaves pláticas de su amante:

(1) Tomo III de la traducción española, pág. 95.

—Aquí me siento á tu ruego,
Y porque, si verdad digo,
Me aprieta un sueño.....
—¡Qué amigo
Es del peligro el sosiego!
Pero bien podrás dormir,
Que yo velaré entretanto.
—De que eso digas me espanto;
Bien sabré el sueño sufrir.
—Estás ya medio dormida,
Mas duerme, que yo estaré
Despierto.
—No duermo, á fe,
Sino que estoy divertida.
Pero cuéntame la historia
Que comenzaste, mi bien,
Que ella servirá también
De despertar mi memoria;
Que ya sabes que me has dado
Palabra de declararme
Quién eres.
—Por desvelarme,
Y por darte algún cuidado,
Digo, mi señora, así:
—Vé, por tu vida, diciendo,
Y si me fuere durmiendo,
Despiértame.....
—¿Duermes? Oye, por tu vida.....
—No duermo, que bien te escucho.....
Prosigue, mi bien, la historia,
Que bien te voy entendiendo..... (1).

(1) El hechizo casto y poético de esta escena es tanto más digno de aplauso, cuanto que el primitivo autor de la novela había trazado un cuadro de graciosa sensualidad, digno de Boccaccio: «Durmiendo Magalona en el regazo de su dulce amigo Pierres, como dicho es, el dicho Pierres deleytaba todo su corazon en mirar la soberana hermosura de su dama. E cuando él ovo á su placer contemplado su hermosa cara, é ovo bien mirado é besado aquella tan dulce y placiente, pequeña y bermeja boca, él no se podia hartar de la mirar más y más..... Despues no se pudo tener de la desabrochar y mirar sus muy hermosos y blancos pechos, que eran más blancos que el cristal....., é haziendo esto fué tan presto transido de amores, que le parescia que estaba en el Parayso.»

Atendiendo á este pasaje y algún otro, no es maravilla que el libro de *Pierres y Magalona*, á pesar de los fines de edificación piadosa con que parece haber sido escrito, fuese incluído por nuestro severo moralista Luis Vives en el anatema que lanza contra las novelas deshonestas, en el cap. v, lib. I de su tratado *De institutione christianæ feminæ*, haciendo muy curiosa enumeración de las que eran más leídas y celebradas en su tiempo: «Tum et de pestiferis libris, cu-

Grillparzer, que tan fina intuición tenía de las cosas bellas, ingeniosas y delicadas, no sólo puso en las nubes esta escena, que compara ventajosamente con aquella del primer acto de *La Tempestad*, en que Miranda se va rindiendo al sueño en brazos de Próspero, sino que la aprovechó para una escena capital de su célebre tragedia *Las olas del mar y del amor* (*Des Meeres und der Liebe Wellem*), que versa sobre los amores de Leandro y Hero (1). De este modo, aun tratando un asunto clásico, encontró ocasión el gran poeta de la Alemania meridional para rendir pleito homenaje al genio de nuestro coloso dramático, á quien llamaba «la naturaleza más poética de los tiempos modernos», y á quien celebró en versos dignos de su gloria, de los cuales, por desconocidos en España, me place poner aquí un desmayado trasunto:

«¡Oh genio, rico en tesoros incógnitos, incógnitos para ti mismo más que para el resto de los humanos, porque los derramaste pródigamente y á manos llenas, sin avara parsimonia, sin cálculo ni economía!

»Aunque el oro se oculte en las profundidades más inexploradas de la tierra, allí lo encontrará la mágica vara de tu poesía. Así como los españoles navegaron hasta las últimas playas del Occidente, así tu genio tomó posesión de todos los mares y de todas las riberas de la naturaleza.

»Cuanto existe y se regocija de existir, hombres, plantas, flores, animales, todo lo encerraste en la trama sutil de tu poesía, para adornar con ella la imagen de la Diosa que todos los días muere y todos los días renace.

»La Madre de todo lo que es real, la Madre de todo lo que es bueno, está sentada junto á la fuente de donde brotan los raudales de tu poesía, y al contemplarse ufana en sus ondas de cristal, ella misma se confunde en sus ensueños con la imagen que tú has trazado de ella.

»Y cuando se sonríe, tú la respondes con una sonrisa, y cuando se enoja, tú respondes á su cólera. Tus cantos son diáfanos y puros como la verdad, y si hay en ellos alguna ilusión, es la ilusión de la felicidad misma.

»Cuando las canas cubrían tu cabeza, tu alma era tan ingenua como la de un niño. Desde los primeros juegos de la infancia eras tan sabio como un viejo. Tú encon-

---

jusmodi sunt in Hispania: «Amadisus», «Splandianus», «Florisandus», «Tirantus», «Tristanus», quarum ineptiarum nullus est finis: quotidie prodeunt novæ: «Cœlestina», læna nequitiarum parens, «Carcer Amorum»; in Gallia, «Lancilotus à lacu», «Paris et Vienna», «Ponthus et Sydonia», «*Petrus Provincialis et Magvelona*», «Melusina, domina inexorabilis»; in *hac* Belgica, «Florius et Albus Flos», «Leonella et Canamorus», «Curias et Floreta», «Pyramus et Thisbe»; sunt in vernaculas linguas transfusi ex latino quidam, velut infacetissimæ «Facetiæ Poggii», «Euryalus et Lucretia», «Centum fabulæ Boccatii»; quos omnes libros conscripserunt homines otiosi, male feriati, imperiti, vitiis ac spurcitiæ dediti; in queis miror quid delectet, nisi tam nobis flagitia blandirentur.» (*Vivis Opera*, tomo IV de la edición de Valencia, pág. 87.)

(1) Véase el precioso libro de Arturo Farinelli, *Grillparzer und Lope de Vega* (Berlín, Felber, 1894), páginas 97-103.

traste, para todo lo que la humanidad puede sentir, una imagen, una palabra; tú nos mostraste juntamente el camino y el fin» (1).

M. Menéndez y Pelayo.

---

(1) *Grillparzers Sämtliche Werke*, edición Cotta, t. II, pág. 73.

Du reicher geist mit unbekanten Schätzen,
Dir selber mehr als andern unbekannt.....

EL MARQUÉS DE LAS NAVAS

EL MARQUÉS DE LAS NAVAS

PERSONAS

El Marqués.
Don Enrique.
Don Filipe de Córdoba.
Mendoza, *gracioso.*
Pedro, *lacayo.*
Leonardo.
Laurencia.
Gerarda.
El padre de Laurencia y Gerarda.
Feliciana.
Clara.
Antonio.
Bernardo.
Dos cortesanos.
Un músico.

ACTO PRIMERO.

Salen Leonardo y Feliciana.

FELICIANA.
Al mismo Nerón te igualas.
LEONARDO.
Mira que es gran necedad
Detener la voluntad,
Porque la pintan con alas.
FELICIANA.
¡Tus obras siempre tan malas
Á quien las debes tan buenas!
Leonardo, mi fin ordenas.
Di: ¿qué te llego á deber,
Si ahora me haces poner
Á tantas inciertas penas?
LEONARDO.
Suéltame la capa, suelta,
Suelta en paz; que la porfía
Convierte en descortesía
Imaginación resuelta.
FELICIANA.
Y ¿cuándo darás la vuelta?
LEONARDO.
Luego que este pleito acabe;
Que á pleitos, y en un mal grave,
Por más que abreviarle importe,
El almanac de la corte
Ningún pronóstico sabe.
Á Madrid voy, que no voy
Á las Indias ni á la China,
En cuya mar filipina
Nuevo navegante soy.
Presto sabrás que allí estoy
Si otra jornada recelas.
FELICIANA.
Ya, ¿de qué sirven cautelas,
Cuando mi desconfianza
Llega á mirar tu mudanza
Con alas y con espuelas?
Á pleitos dices que vas.
Bien dices; quiero ayudarte,
Pues vas, Leonardo, á casarte,
Ó por ventura lo estás.
No hay otro pleito que más
Procure un hombre vencer.
Muchos buenos suele haber,
Mas ninguno oí decir
Que se dejase morir
Primero que su mujer.
Buen pleito llevas: procura
Vencer tan gran diferencia,
Que ha de tener la sentencia
En la misma sepultura;
Porque estoy yo muy segura
Que la palabra que aquí
Me niegas, ingrato, á mí,

Sin que el renombre te valga,
Hará que muy presto salga
La sentencia contra ti.
Engañásteme, villano,
Siendo tú para mi mal
El primero desleal
Que ha nacido toledano.
El juramento y la mano
Que de Dios en la presencia
Me diste, me da paciencia,
Porque es razón que presuma
Que le estás dando la pluma
Para firmar la sentencia.
No gozarás la mujer
De que estás enamorado,
Y has de ser tan desdichado,
Que aun honra no has de tener;
Que si os llegan á ofender
Las propias (como lo infieres,
Aunque tan honrado eres)
Á los más nobles y sabios,
Es por vengar los agravios
Que habéis hecho á las mujeres.
Yo, que te he querido así,
Llevo tan mal galardón,
Que espero que una traición
Te infame, y me vengue á mí.
Vete, pues ya te perdí
Y tan ingrato conoces
Mi verdad.

LEONARDO.

No me des voces;
Que aun sólo tu voz me enfada.

Vase.

FELICIANA.

¡Mueras de mala estocada
Antes que sus brazos goces!
¡Plegue al cielo, pues el cielo
Es de tu maldad testigo,
Que á sus puertas, enemigo,
Bañes con tu sangre el suelo!

Sale Bernardo.

BERNARDO.

¿Qué es esto, prima?

FELICIANA.

Que apelo
En tan notable dolor
Al cielo, Alcalde mayor.

BERNARDO.

¿Has reñido con Leonardo?

FELICIANA.

Nací con honra, Bernardo;
Que yo no trato de amor.
De aquí se parte á casar
Á Madrid.

BERNARDO.

¿Qué dices?

FELICIANA.

Digo
Que me lo ha dicho el amigo
De quien más suele fiar.

BERNARDO.

¡Buen pago te viene á dar
Tras tantas obligaciones!

FELICIANA.

En llegando á sinrazones,
Se pierde todo el amor;
Que tras celos, al traidor
Le alcanzan mil maldiciones.

BERNARDO.

Yo estoy, Feliciana, ahora
Para Madrid de camino;
Que á sus fiestas me previno
Con una carta Leonora.
Cuantas riquezas ahora
Le entrega á la bizarría,
Dicen que salir porfía,
Y que ha de ser el espacio
De la plaza de Palacio
Cielo de Marte aquel día.
Esta sola ocupación
Poco me puede estorbar,
Cuando te puedo ayudar
En tan justa pretensión;
Que suele la dilación
Deshacer los casamientos
Por un pleito, y sus intentos
No llegar á ejecutarse.

FELICIANA.

Bien sé (1) yo que el dilatarse
Malogre sus pensamientos;
Pero tú solo te pones
Á peligro de tener
Disgustos, y una mujer,
Con lágrimas y razones,
Ablanda los corazones
De los jüeces mejor.

BERNARDO.

El mejor procurador
De un pleito es el propio dueño.

FELICIANA.

No lo seré yo pequeño:
Si quieres, contigo iré,
Donde hasta el fin no tendré
Gusto, descanso ni sueño.
Haz esto, primo, por mí,
Por ser tu sangre, y por ser
Mujer.

BERNARDO.

Cuanto pueda hacer
Haré, señora, por ti.

FELICIANA.

Luego ¿voy contigo?

BERNARDO.

Sí.

FELICIANA.

Ya, Leonardo, tu mudanza
Jüez riguroso alcanza;

(1) Acaso Lope escribiría *pienso yo*, en vez de *bien sé yo*.

Mira que ofendida estoy,
Y mira que mujer soy,
Donde es rayo la venganza.

Vanse.

Salen dos cortesanos, de noche.

CORTESANO 1.º
¡Bueno está el Prado!

CORTESANO 2.º
¡Famoso!
Aunque menos gente viene,
Como va ya refrescando.
¿Qué hay de Fénix?

CORTESANO 1.º
Voló Fénix....

CORTESANO 2.º
¿Qué me dices?

CORTESANO 1.º
Á otro nido,
En que se ha visto que miente
La fama en llamarla sola,
Pues otro pájaro tiene.

CORTESANO 2.º
No hay seguridad de brazos,
Ni aun de las palmas á veces,
Sin contradicción del oro.

CORTESANO 1.º
Oro come y oro bebe.

CORTESANO 2.º
Alas le saldrán doradas.

CORTESANO 1.º
Los manteos lo parecen.

CORTESANO 2.º
Músicos vienen al Prado.

CORTESANO 1.º
No puede ser que me alegre.

Sale un músico cantando; Laurencia, Gerarda y Clara, con mantos; D. Filipe de Córdoba, D. Enrique y el Marqués: ellas se sientan, y el músico á otra parte y Mendoza.

GERARDA.
Suspensa me lleva el alma.

LAURENCIA.
¿No ves, Gerarda, que es éste
Un hidalgo de Navarra
Que canta celestialmente?

GERARDA.
¿Vive en Madrid?

LAURENCIA.
Aquí vive;
Que sirviendo se entretiene
Al gran cardenal Quiroga.

GERARDA.
¿De qué le sirve?

LAURENCIA.
Parece
Que preguntas con cuidado.

GERARDA.
Ninguno pudo moverme.

LAURENCIA.
De maestresala le sirve.

DON FILIPE.
¡Gallardas son las mujeres!

MARQUÉS.
Siempre juzgáis por los talles.

DON FILIPE.
La bizarría procede
Del talle.

DON ENRIQUE.
Y ¿no de la cara?

MENDOZA.
Cara que no puede verse,
¿Qué ha de llamar por el talle?

MARQUÉS.
No es el que menos enciende.

MENDOZA.
¡Que siempre Vueseñoría
Por lo singular se pierde!

DON FILIPE.
La bizarría del cuerpo
Muestra que el alma contiene
Todas las partes iguales;
No el rostro, que el rostro puede
Ser hermoso, y no tener
La perfección que se debe
A sí mismo en las demás
Partes que el cuerpo contiene.

MENDOZA.
Y ¿qué importa que una dama
Tenga el cuerpo diligente,
Derecho como una lanza,
Bizarro como un alférez,
La cintura que en un puño
Pueda apretarse y cogerse,
Las caderas como en Flandes,
Las piernas como un jinete,
Si el rostro puede ser molde
De hacer diablos para el jueves
En que el despensero cuelgan
Que afrentó los calabreses?
¡Vive Dios, que es de mal gusto
Quien tal opinión tuviere!
Que no puede enamorar
La boca donde los dientes
Sobre los asientos riñen
Como hidalgos montañeses.
La cara es mayor indicio
Del alma, que en ella vense
Las costumbres como en mapa;
Luego á los cuerpos prefiere.

MARQUÉS.
No lo dice don Filipe,
Mendoza, para que alegues
Aforismos por la cara,
Mas porque estas damas vienen
De noche al Prado; y de noche,
Las caras no pueden verse.
Por eso habló de los talles.

Siéntanse las damas.

DON FILIPE.
Ellas se sientan enfrente
De aquel cristal, cuyas venas
Sangran seis puntas ó siete,
Para escuchar al que canta.

DON ENRIQUE.
¡Quiera el cielo que no temple!

MENDOZA.
Si él templare, yo me colo (1)
Por esos álamos verdes,
Donde él y el viento se escuchan.

DON FILIPE.
No harás que te oiga y nos deje.

MENDOZA.
Templar mucho, y mala voz,
Es lo mismo que sucede
Á un largo brujulear
Salir sota y echar veinte.
Con la criada me acojo
La parte que me cupiere.

MARQUÉS.
Á don Felipe y mi hermano
Alargo liberalmente;
Que un preso (2) no ha de tratar
De amor, pues darle no puede
Él á la dama que le habla,
La libertad que no tiene.

DON FILIPE.
¿Daisme licencia que aquí
Á vuestro lado me asiente?

LAURENCIA.
Vuestro buen talle y olor,
De mi lado os favorece.

DON ENRIQUE.
Y yo, ¿podré merecer
Lo que á ese galán conceden?

GERARDA.
Podéis, al ejemplo suyo,
Sentaros seguramente;
Que soy la menor en casa,
Y nunca las grandes suelen
Reñir por lo que ellas hacen.

MENDOZA.
Si vuesa merced no huele,
Que tal vez unido al Prado
El mejor olfato ofende,
Déme lugar junto á sí,
Y ¡por Dios, que no le pese
De un asocarrado gusto!

CLARA.
¡Arre allá! ¿Cómo se entiende?
¿Hiciera más un borrico?

MENDOZA.
En viendo los alcaceres,
No hay seso que no rebuzne.

CLARA.
Pues vaya á tomar el verde
Con el rocín de su amo.

MENDOZA.
Por tus palabras crueles
Conozco que eres hermosa,
Que las feas no defienden
Con tanto rigor las caras;
Y ésta es la causa que siempre
Casan las hermosas tarde,
Juzgando que más merecen.
No han dicho á una fea envido,
Cuando con el resto quiere;
Que piensan que no ha de haber
Otro que á su tienda llegue.

CLARA.
Óigase. Mire que cantan,
Y téngase allá.

MENDOZA.
Tendréme,
Por tenella por hermosa,
Y no porque me sustente.

EL MÚSICO.

Canta.

Por la plaza de Sanlúcar,
Galán paseando viene
El valeroso Gazul,
De blanco, morado y verde.

MENDOZA.
¡De verde, blanco y morado!
Aunque el poeta se queje,
¿Era rábano ese moro?

CLARA.
¿Quiere callar, insolente?

MÚSICO.

Canta.

Quería el moro partirse
Á jugar cañas á Gelves.

MENDOZA.
No se parta ahora el moro,
Que hace calor, y le puede
Dar alguna calentura.

MÚSICO.
No se parta si no quiere;
Que yo cantaré otra cosa.

CORTESANO 1.º
Cante alguna cosa alegre.

Pégale.

MÚSICO.
En haciéndolo en chacota,
Perdonen vuesas mercedes.

Vase.

CORTESANO 2.º
Mal hicisteis ¡vive Dios!
Que sus palabras corteses
Más término merecían.

---

(1) *Cuelo* decimos ahora.

(2) No se dice cómo ni por qué está preso el Marqués: debe faltar algo al texto de la comedia. *(Nota de Hartzenbusch.)*

Yo voy á reconocerle
Y á darle satisfacción.

Vanse los dos.

DON FILIPE.
Mujer celestial, ¿quién eres,
Con ingenio tan divino,
Con talle tan excelente
Y con tan hermosa cara?
Que aunque la noche obscurece
El cielo en que la retratas,
Sus estrellas resplandecen.

LAURENCIA.
Suplico á vuesa merced
No trate de conocerme;
Que no soy la que parezco,
Porque sólo un padre ausente,
Que mañana ha de venir,
Causa ha sido de atreverme
Á ver el Prado; que somos
Codiciosas las mujeres
De ver lo que nos alaban,
Y mucho más las que tienen
Una madre que las riña
Y un padre que las encierre.

DON FILIPE.
Quién sois dice vuestro brío,
Y me obliga á que os respete;
Pero ¡por Dios, que estoy loco
De ver entre dos claveles
La armonía de esa voz,
Que me desmaya y suspende!

LAURENCIA.
¿Sois acaso portugués?
Que sólo á los portugueses,
Para derretirse, amor
Les da término tan breve.
¿Cómo os derretís así?

DON FILIPE.
Pues ¿quién habrá que se acerque
Al sol, que no se derrita,
Y más con alma de nieve?

LAURENCIA.
Que, ¿tenéis tan fría el alma?

DON FILIPE.
Antes, señora, que os viese;
Ya es fuego después que os vi.

LAURENCIA.
¡Que haya un hombre que requiebre
Á obscuras una mujer!
Debéis de haber sido duende.
¡Oh, libertad de los hombres!
Cuanto miran apetecen;
De todo lo nuevo gustan;
Cuanto encuentran, tanto quieren.

DON FILIPE.
Pues yo os prometo que he sido
Tan ingrato algunas veces,
Que no han podido unos ojos
Con sus lágrimas moverme.

LAURENCIA.
Y yo, á obscuras, ¿puedo tanto
Con un dueño tan rebelde?
¡Oh, gran milagro de amor!

DON FILIPE.
Muchas veces acontece
Que un vidrio que sirve un año,
Por irse á sacar se quiebre.
Sin estrellas no hay amor,
Y como ellas se concierten,
Basta el ver, basta el oir.

LAURENCIA.
¿Voluntades diferentes
Conciertan estrellas?

DON FILIPE.
Sí.

LAURENCIA.
¡Qué lucidos alcahuetes!
¿Quién sois?

DON FILIPE.
Mañana en la plaza,
Si gustáis de conocerme,
Me veréis con un rejón.

LAURENCIA.
Qué, ¿sois tan noble y valiente?
¡Ah, quién tuviera ventana!

DON FILIPE.
Por la ventana no quede:
Coche tendréis y ventana.

LAURENCIA.
No querrán que yo lo acepte.

DON FILIPE.
¿Tenéis dueño?

LAURENCIA.
No le he visto;
Y tengo dueño sin verle,
Que ha de venir de Toledo.

DON FILIPE.
Á mí solo solamente
Sucediera esta desdicha.
¡Vive Dios, que me atraviese
Esta daga!

LAURENCIA.
Quedo, quedo;
Que no soy de las que creen
De Magdalenas de amor.

DON FILIPE.
Si yo de vos mereciese
Una mano.....

LAURENCIA.
Hablad sin mano,
Que sois galán de repente.

DON FILIPE.
Yo os daré treinta diamantes
Que aquesta joya guarnecen,
Por esa mano.

GERARDA.
Ya es tarde.
No sé cómo se entretiene
Con ese hidalgo mi hermana.

DON ENRIQUE.
Es hombre que lo merece.
CLARA.
Si tú me dices quién son,
Yo te diré libremente
Calidad, nombres y casa
Destas damas.
MENDOZA.
Pues advierte:
Éste es Marqués de las Navas.
CLARA.
¿Que el de las Navas es éste?
¿Que aquéste es el de las Navas?
MENDOZA.
Te admiras como si fuese
De las Navas de Tolosa.
CLARA.
Es por el nombre que tiene
De gallardo y liberal,
Galán, discreto y valiente.
MENDOZA.
Es su hermano, don Enrique
De Guzmán, el que entretiene
Á esa tu menor señora.
CLARA.
¡Gallardo talle!
MENDOZA.
¡Excelente!
CLARA.
Y aquél, ¿quién es?
MENDOZA.
Don Filipe
De Córdoba, que suspende
La Corte en esta ocasión,
Con gentileza eminente
Á cuantas celebra España:
Y habrás oído mil veces
Que es hijo del gran don Diego
De Córdoba, nuevo Orestes,
Nuevo Atlante de Filipo
Segundo..... Mas tú no entiendes
Antigüedades ni historias.
CLARA.
Ya se van: perdona.
MENDOZA.
Tenme
Por tuyo. ¿Dónde vivís?
Que quiero servirte y verte.
CLARA.
Á Lavapiés, en la calle
De la Cabeza.
LAURENCIA.
Ofendéisme
En querer pasar de aquí.
Vamos, hermana.

Vanse.

DON FILIPE.
¡Que lleguen,
Para no cesar los males,
Para no durar los bienes!

MARQUÉS.
¿No iremos á acompañarlas,
Filipe?
DON FILIPE.
Marqués, no quieren.
MARQUÉS.
Pues adiós.
DON FILIPE.
Mendoza, escucha.

Háblale al oído, y vanse las damas.

MENDOZA.
Tarde, señor, me previenes.
¡Hola, Inés, si eres Inés,
Juana, ó como tú quisieres!
Los nombres me has de decir.
CLARA.
Aunque imposibles emprendes,
La mayor de ellas se llama
Laurencia.
MENDOZA.
Dos mil laureles
Merece su hermoso talle.
CLARA.
Justamente la encareces.
La menor llaman Gerarda.
MENDOZA.
Y jerarquía celeste
Se puede llamar, ¡por Dios!
¿Qué estado?
CLARA.
Doncellas.
MENDOZA.
Mientes.
Por discretas las tenía.
CLARA.
¿Por eso pierden?
MENDOZA.
No pierden;
Pero es mucha cobardía
Andarse guardando siempre.
Tú, ¿cómo te llamas?
CLARA.
Clara.
MENDOZA.
¡Oh, Clara hermosa! Pues eres
Clara, herido me has de amor.
CLARA.
Tu nombre.....
MENDOZA.
Mendoza.
CLARA.
Vete,
Que se alejan nuestras amas.
MENDOZA.
Pues ¿qué importa que se alejen?
CLARA.
Adiós, Mendoza.
MENDOZA.
Adiós, Clara.

¡Qué platera!

CLARA.

¡Qué insolente!

MENDOZA.

¡Qué fregatriz!

CLARA.

¡Qué pajazo!

MENDOZA.

¡Qué socarra!

CLARA.

¡Qué alcahuete!

Vanse.

Salen Leonardo, de camino, y Antonio.

ANTONIO.

Traéis, Leonardo, una valiente empresa.
¿Á casaros venís?

LEONARDO.

Vengo á casarme;
Y aunque vengo á casarme, no me pesa;
Que sólo lo intenté por apartarme
De aquella necedad que habréis oído,
Que no quiere cansarse de cansarme.

ANTONIO.

Nuevo será poner en tal olvido
Tales obligaciones.

LEONARDO.

Feliciana
Con lágrimas y quejas lo ha sentido;
Mas yo, burlando su esperanza vana,
Vengo á Madrid á verme con mi suegro
Y á ver esta divina cortesana.

ANTONIO.

De vuestro bien, si lo ha de ser, me alegro.

LEONARDO.

Aquí querría hacer alguna gala;
Que aunque Toledo á lo mejor se iguala (1),
La Corte no permite competencia;
Y aunque la buena fama siempre exhala
Divino olor en la mayor ausencia,
Antes de efectuar el casamiento,
La calidad dejando de Laurencia (2),
Sería informarme justo pensamiento
De su virtud y partes.

ANTONIO.

Justamente
Procede vuestro amor y entendimiento.
Hoy es día de toros, y un asiento
En la plaza tendréis, que es de Palacio,
Donde falta á los Grandes aposento.
Veréis cifrado el mundo en breve espacio;
Como en sortijas suelen generosas
Estar el amatista y el topacio;
Veréis mil caballeros, mil hermosas
Damas, y que por ellas los rejones
Pretenden intentar suertes dichosas;
Veréis aquel gran Rey que mil naciones
Tiemblan, respetan, aman, y obedecen
Políticas y bárbaras naciones;
Y por dicha verán, si lo merecen,
Vuestros ojos la dama vuestra esposa.

LEONARDO.

Cobardes los recelos me parecen;
Pero yo tengo condición celosa.

Vanse.

Salen Laurencia y Gerarda.

LAURENCIA.

Gerarda, déjame aquí,
Que no puedo responder.

GERARDA.

¿Qué mal puedes tú tener
Para guardarte de mí?

LAURENCIA.

No sé: alguna cosa vi
Que me ha quitado el sosiego;
Que cuando á pensarlo llego,
Me corro en ver que se atreve
Á todo un monte de nieve
Tan poca parte de fuego.
Pienso en lo que estoy callando,
Callo lo que estoy sintiendo,
Siento lo que estoy sufriendo,
Sufro lo que estoy penando;
Y con pensar que dejando
De pensar podré callar,
Me dan más ansias de hablar,
Y es mi rigor tan intenso,
Que pensando en que no pienso,
Nunca acabo de pensar.

GERARDA.

No me ha parecido á mí
Enfermedad de mujer
La que agora llego á ver.

LAURENCIA.

Antes yo pienso que sí.

GERARDA.

Gran descanso tengo en ti.
Yo jurara que era amor;
Pero ¿en tan breve rigor
Tanto mal?

LAURENCIA.

Por eso ha sido.

GERARDA.

Luego ¿quieres?

LAURENCIA.

No he querido
Querer, por querer mejor.
¡Maldiga Dios, ay, Gerarda,
Quien la pólvora inventó,
Con que tal fuerza le dió
Al cañón y á la bombarda!
Antes, con mano gallarda,
Vira, flecha ó pasador

(1) Evidentemente el texto está estragado, puesto que el último verso de este terceto consuena con el segundo, y no con el primero.

(2) Este verso queda suelto, y además falta uno para completar el terceto.

Tiraba amor, que es rigor;
Ya con arcabuces tira,
Que apenas pone la mira,
Cuando ya mata de amor.
Don Filipe (que ya vengo
Á hablar claro y no sentir,
Pues no le puede encubrir
El alma donde le tengo,
Pues le agravio si detengo
Su nombre, y también me agravio,
Porque desde el alma al labio
Sale, como todo es fuego)
Cáusame desasosiego,
Y ¡es tan gentilhombre y sabio!.....
¡Hame venido muy bien,
Para tratar de casarme
Nuestro padre, y es matarme,
Sin haber visto con quién!
No hay remedio que me den
Mis males, sino es morir.

GERARDA.

Si no piensas resistir
Esa inclinación, no seas
Necia en el bien que deseas,
Sino procura vivir.

LAURENCIA.

Hasta ahora no ha llegado
Al matrimonio la fe.

GERARDA.

Háblale.

LAURENCIA.

¿Cómo podré?

GERARDA.

El tiempo ocasión te ha dado.
Escríbele que has pensado
Ir con secreto á la fiesta;
Que te envíe un coche, que ésta
Es la mejor invención,
Para que tome ocasión,
Y se le dé tu respuesta.

LAURENCIA.

Es notable atrevimiento
Para una mujer que está
Como en las vísperas ya
Deste negro casamiento;
Que bien sé yo que tu intento,
De ver la fiesta ha nacido.

GERARDA.

Engáñaste, que no ha sido
Más de la pena de verte.

LAURENCIA.

Ahora bien, yo estoy de suerte,
Que de cuanto soy me olvido.
Clara.....

Sale Clara.

CLARA.

Señora.....

LAURENCIA.

¿Sabrás
Llevar un papel?

CLARA.

¿Á quién?

LAURENCIA.

Tú respondiste muy bien.

CLARA.

Deseo servirte más.

LAURENCIA.

Á buscar un coche vas
Para ver la fiesta.

CLARA.

Creo
Que me has leído el deseo.
¿Es á don Filipe?

LAURENCIA.

Sí.
Pon papel y pluma allí.

CLARA.

Alegre de ojos te veo.

LAURENCIA.

Pero pienso que es locura.
No lo pongas.

CLARA.

¡Cómo no!
Ya está puesto.

LAURENCIA.

Pienso yo
Que es mucha desenvoltura.

CLARA.

Un coche es cosa segura;
Todas le piden por ver.

LAURENCIA.

Yo le pido por querer.

CLARA.

Y tú le puedes honrar;
Que el sol se le puede dar
Á una principal mujer.

LAURENCIA.

¡Ay, don Filipe, que creo
Que me has de tener en poco!
Mira, pensamiento loco,
Que te vas tras el deseo.
Mas tan venturoso empleo
Hace crecer un cuidado,
Disculpado y aun honrado;
Que no puede haber error
En las locuras de amor,
Si es amor bien empleado.

Vanse.

Salen el Marqués, D. Enrique y D. Filipe.

MARQUÉS.

¿En qué caballo entraréis?

DON FILIPE.

Yo he escogido á *Pensamiento*.

MARQUÉS.

¡Bravo! De entrada es el viento;
Entre sus alas iréis.
¿Tú, Enrique?

DON ENRIQUE.

El overo tengo

Por mejor para la entrada,
Y ahora el bayo me enfada.

MARQUÉS.

Braveza á envidiaros vengo.
Y ahora, para el rejón,
¿Qué lleva Filipe?

DON FILIPE.

Llevo
El castaño.

MARQUÉS.

No lo apruebo.

DON FILIPE.

¿Por qué razón?

MARQUÉS.

Gustos son.

DON FILIPE.

Llégase mejor al toro,
Y le hace más adornado
Aquel jaez encarnado,
Mezclado de plata y oro.
No dejó en la Andalucía
Caballos el del Algaba.

DON ENRIQUE.

El de Palma, tiene brava
Cuadrilla.

DON FILIPE.

Buena es la mía.

DON ENRIQUE.

Salen Ásquili y Pastrana,
Que se va el mundo tras ellos.

DON FILIPE.

¿Quién competirá con ellos?

MARQUÉS.

Eso se verá mañana;
Pues ¡por Dios, que el de Maqueda
No admite ventaja al sol!

DON ENRIQUE.

Es un bizarro español.

MARQUÉS.

Pero ¿dónde se nos queda
Aquel Alba, que amanece
Con tan extendidos rayos,
Que al mismo sol da desmayos
Cuando el mismo resplandece?

DON ENRIQUE.

Pienso que sale con él
El Duque de Francavila.

DON FILIPE.

¿Qué hay de Peñafiel?

DON ENRIQUE.

Que afila
Sus rayos Marte para él.

DON FILIPE.

Es don Juan el mismo Marte.
¿Sale el de Prada?

MARQUÉS.

Saldrá,
Aunque ninguno tendrá
En las galas mayor parte.
Tiene el Conde de Melgar,
Como hijo del Almirante,
Al mundo en hombros de Atlante,
Que le sabrá sustentar.

DON ENRIQUE.

¡Qué bizarro caballero!

MARQUÉS.

La fiesta ha de ser famosa.

DON FILIPE.

Si aquella ninfa hermosa,
Por quien desde anoche muero,
Me prestara algún favor,
Yo sé, Marqués, lo que hiciera.

MARQUÉS.

¿Es tan hermosa?

DON FILIPE.

Pudiera
Matar al amor de amor.

MARQUÉS.

¿Queréis que vaya por él?

DON FILIPE.

Estáis preso.

MARQUÉS.

Pues ¿qué importa?

DON FILIPE.

No es la jornada tan corta.
Es muy bella y muy cruel.

MARQUÉS.

¡Cruel, y en el Prado!

DON FILIPE.

Sí;
Que hay mucho de ver y hablar
Á querer y desear.

MARQUÉS.

Mendocilla viene aquí.

Salen Mendoza y Pedro con rejones.

MENDOZA.

Aquí están ya los rejones,
Que no ha de quedar por ellos.
Todos vienen amarillos,
Que á los toros tienen miedo.

MARQUÉS.

Como no le haya en los brazos,
No le habrá, Mendoza, en ellos.

MENDOZA.

Por los brazos, yo lo juro,
Que son de Aquiles y Héctor.

MARQUÉS.

Llegad, Pedro, esos rejones.

DON FILIPE.

Muestra, Mendoza. ¿Son buenos?

MENDOZA.

Tú los has de hacer, señor;
Que ellos son de pino ó fresno.

DON FILIPE.

Pedro, ¿salís vos conmigo?

PEDRO.

Yo salgo; y vos estad cierto
Que no habrá dado en la plaza
De vuestro rejón el hierro,
Cuando las piernas del toro

Midan á palmos el suelo.

MARQUÉS.

¿Cortáis bien?

PEDRO.

¡Cuerpo de tal!

MENDOZA.

Es Pedro un hombre muy diestro;
Aunque en las fiestas pasadas,
Un torillo jarameño
Le asió de unas calzas verdes
Hasta el aforro de lienzo;
Y dicen que por alzar
Las cuchilladas de presto,
Alzó también la camisa,
Y en las ventanas dijeron
Que era muy hombre, que había
Todo su honor satisfecho.

MARQUÉS.

Pedro es valiente, y lo hará
Como de un hombre manchego
Se puede esperar, Mendoza.

Sale Clara con manto.

CLARA.

¡Ce!

MENDOZA.

¡Aquí dama! ¡Aquí ceceos!
Vuesa merced sea servida,
Pues ya está en el aposento,
De aliviar la sobrevaina
Á los azules ó negros.
Saque de la nieve el sol,
Y diga qué quiere.

CLARA.

Vengo
Á buscar á don Filipe.

MENDOZA.

Llamo á don Filipe luego;
Pero dígame quién es,
Que sin saberlo primero,
No me atreveré á llamarle.

CLARA.

¡Buena memoria!

MENDOZA.

No tengo
Buena vista; que memoria
No me falta, si la debo.

CLARA.

¿Con quién hablabas anoche
En el Prado, majadero?

MENDOZA.

¡Válgate Dios, por borrica!
¡Tú en San Martín! ¿Qué hay de nuevo?

CLARA.

Hermano rocín, mi ama,
Por ausencia de su dueño,
Quiere ver aquestas fiestas.

MENDOZA

Voy, como un sacre, derecho
Á decirlo á don Filipe.
Señor, escucha, que pienso
Que dió la zorra en la miel
Por huir de los buñuelos.

DON FILIPE.

¿Cómo?

MARQUÉS.

Clarilla está aquí.

DON FILIPE.

¿Qué Clara?

MARQUÉS.

La de aquel huevo
Que tú sorbías anoche.

DON FILIPE.

Quedo; no más: ya te entiendo.
Clara hermosa.....

CLARA.

Señor mío.....

DON FILIPE.

¿Vos á buscarme? ¿Qué es esto?

CLARA.

Este papel lo dirá.

DON FILIPE.

De cualquier modo, agradezco
Á aquel ángel la memoria.

MENDOZA.

No sé yo si es ángel bueno;
Que ángel que viene de noche
No debe de ser del cielo.

DON FILIPE.

Lee.

«Hoy no viene mi padre, y hemos determinado mi hermana y yo ver á Vueseñoría valiente en la plaza, como galán en el Prado, si tenemos coche y ventana; que las de nuestra casa caen á las tapias, y en el nuestro no podemos ir donde quisiera el deseo.»

Basta, que la letra es linda.

CLARA.

Tales manos la escribieron.
Prometo á Vueseñoría
Que son de cristal los dedos.

MENDOZA.

¡Qué bien sabe la Clarilla
Socorrer con agua el fuego!
No encajara Celestina
Mejor aquellos dos versos.

DON FILIPE.

Marqués, dadme vuestro coche,
Y desde ahora os advierto
Que tenéis dos convidadas.

MARQUÉS.

Pedro, avisad al cochero;
Que yo las pondré en mis ojos.

DON FILIPE.

Clara, decid que yo quedo
De tal manera ocupado
Con galas y caballeros,
Que no puedo responderla
Por papel; mas que le ruego

Que alguna randa me envíe.....
De amor digo, no de precio,
Para que saque esta tarde.

CLARA.

Yo os la traeré; y estad cierto
Que si proseguís la empresa,
Seréis dichoso y muy presto,
Porque está, desde que os vió,
Laurencia con mil deseos,
Con mil ansias, con mil penas,
Todo por volver á veros.
Pero advertid que lo digo
Debajo de aquel secreto
Que debéis á ser quien sois.

DON FILIPE.

Aunque soy mozo, soy cuerdo.

CLARA.

Si de noche vais allá,
Hacer de suerte prometo
Que la podáis ver y hablar.

DON FILIPE.

Con esta sortija puedo
Sólo serviros ahora.

CLARA.

Que no; que no me gobierno
Por interés.

MENDOZA.

¡Y agarróla!
No trae muy malos dedos
Para organista, la dama.

CLARA.

Si vais, como yo deseo,
Llevaos con vos á Mendoza.

MENDOZA.

Encargóme: ya lo entiendo.

DON FILIPE.

Adiós, Clara.

CLARA.

Adiós, señor.

DON FILIPE.

Vamos, Marqués. Hoy tenemos
Enrique y yo buena causa
De dar rejones al viento.

DON ENRIQUE.

¿Tengo mi parte?

DON FILIPE.

Pues ¿no?
Y aun Mendoza, á lo que creo.

MENDOZA.

Más quisiera la sortija.

DON FILIPE.

Que envidioso estás sospecho.
Un vestido tendrás hoy.

MENDOZA.

Pues con eso me consuelo.

DON FILIPE.

Muy aprisa soy dichoso:
Perderé si amor es juego;
Que los que empiezan ganando,
Suelen acabar perdiendo.

ACTO SEGUNDO.

Salen D. Filipe y D. Enrique.

DON ENRIQUE.

Extremada fiesta ha sido.

DON FILIPE.

Yo no la he visto mejor;
Cuanto ha querido el honor,
La esperanza ha conseguido.

DON ENRIQUE.

Bizarra ha estado la plaza.

DON FILIPE.

No la vió con más decoro
Cuanto el sol con rayos de oro
Por los dos polos abraza.
Toda su gala y riqueza
Parece que en ella estaba.

DON ENRIQUE.

Mucho dicen que la alaba
Su Majestad y Su Alteza.

DON FILIPE.

Pueden con mucha razón.
El Marqués pienso que viene.

Salen el Marqués y Mendoza.

MARQUÉS.

¡Brava fiesta!

MENDOZA.

Fama tiene.

MARQUÉS.

Toros y cañas lo son.
Dadme los brazos mil veces.

DON FILIPE.

¿Habemos andado bien?

MARQUÉS.

Ojos de quien quiere bien,
Nunca fueron buenos jueces;
Mas ¡por Dios, que para mí
(Y aun para todos, sospecho),
Maravillas habéis hecho!

DON FILIPE.

¡Qué cuchilladas que dí
Al que sacó de la silla
Á don Juan!

MARQUÉS.

No hay más que hablar:
Los dos os podéis alzar
Con Palacio y con la Villa.

DON FILIPE.

¿Qué te parece, Mendoza?

MENDOZA.

Que en esta ocasión, señor,

La fama de tu valor
Debidos aplausos goza.
Igualó la valentía
Á tu fortuna de modo,
Que la tuvistes en todo.
¡Brava gala y bizarría!
Cuantos os han visto van
Sin ojos y sin enojos;
Que les llevasteis los ojos.

DON ENRIQUE.

Luego ¿sin ojos están?

MENDOZA.

Córdoba y Ávila han sido
Los que hoy la plaza laurea.

DON FILIPE.

¡Cómo lució la librea!

MENDOZA.

Como su dueño ha lucido;
Y lució tanto su dueño
Méritos más que ventura,
Que á más de alguna hermosura
Quitará esta noche el sueño.

DON FILIPE.

¿Los toros?

MENDOZA.

Bravos y fieros;
Pero con nuevas razones
Trujeron toros leones,
Para lucir caballeros.
Y el buen Pedro anduvo bien,
Aunque en calzas desgraciado,
Pues descubrió lo encarnado
De los aforros también.
No le valió resistencias,
Porque le asió por detrás,
Y así, le disculpan más
Los que vieron sus ausencias.
Las dos manos, se me acuerda
Llevó con gracia extremada,
En la derecha la espada,
Y las calzas en la izquierda.
Así discurrió la plaza:
Volvió el toro la tramoya,
Soltólas, y ¡aquí fué Troya!
Y otra vez la plaza en plaza.

DON ENRIQUE.

¿No preguntáis al Marqués
Por las huéspedas que tuvo?

DON FILIPE.

Ya vi cuán galán estuvo,
Puesto que siempre lo es.
Danos parte á mí y á Enrique
De lo que hoy habéis gozado.

MARQUÉS.

¿Tanto me habéis envidiado?

DON FILIPE.

No sé cómo signifique
La que os tuve cuando os vi
Tan ocupado en Laurencia.

MARQUÉS.

Los dos tenéis experiencia
De mi lealtad y de mí.
Pero aseguraros quiero
Que es Laurencia un serafín,
Y que esta noche hasta el fin
Tuve á mis antojos miedo;
Que es mujer que darlos puede.
¡Lindo ingenio y linda traza,
Que lo bueno de la plaza
Y todo lo bueno excede!
Habla bien de don Felipe (1),
Y pienso que habla tan bien,
Que no hay bien de que más bien
Su voluntad participe.
Debéisla notable amor.

DON FILIPE.

Harto mejor me le debe,
Pues en término tan leve
Me trata con tal rigor.

MARQUÉS.

Gerarda no sabe tanto;
Pero es bizarra mujer,
Y que debe de querer,
Si no que se lo levanto,
Á Enrique notablemente.

DON ENRIQUE.

Para el tiempo que ha costado,
Yo me doy por bien pagado
Cuando no quererme intente.

MARQUÉS.

Inquietas están las dos.
Seguid la empresa, que creo
Que tendrá dicha el deseo.

DON FILIPE.

¿Es burla?

MARQUÉS.

Es verdad, ¡por Dios!
No me han dejado alabar
Á caballero que hiciese
Suerte, aunque lo mereciese;
Sólo se había de hablar
En vuestro donaire y talle.

DON FILIPE.

Hachas tomo, ¡vive Dios!
Con que esta noche los dos
Hacemos fiesta á su calle.
Enrique, ¿no iréis conmigo?

DON ENRIQUE.

No estoy tan enamorado.....
. . . . (2).
Si mi esperanza no os digo,
Y serviré, por lo menos,
De platicante con vos.

MARQUÉS.

Yo tengo de ir con los dos.
Mendoza, á poner los frenos
Á los rocines de caza,

(1) *Felipe* dice aquí y en algunos casos más la edición que seguimos; pero casi siempre, antes y después, dice *Filipe*.
(2) Falta un verso.

Porque en aquesta ribera
Veamos esta carrera
Mejor que la de la plaza;
Que tú, con Clara ocupado,
No estuviste muy atento.

MENDOZA.

Socarrón entendimiento,
Desenvuelto y despejado,
Tiene la tal mantellina;
Y á ser mujer principal,
Pudiera ser celestial,
Y quedóse en Celestina.
Dos mil cosas me contó
De sus amas, buenas todas;
Pero aquello de las bodas
Gran pesadumbre me dió.

DON FILIPE.

De nada me maravillo,
Una vez determinado.

MENDOZA.

Dícenme que el desposado
Viene á ser novio, ó novillo;
Si bien á Vueseñoría
Le estará mucho mejor,
Que delante un gastador
Le allane la incierta vía.

DON FILIPE.

No le nombres, que no puedo
Sufrir la imaginación.

MENDOZA.

Él viene á buena ocasión
Para que le quite el miedo.

DON FILIPE.

¿No se puede enamorar
Y descuidarse de mí?

MENDOZA.

Las hachas están aquí,
Que se cansan de aguardar

DON ENRIQUE.

Ahora bien, señores, vamos;
Que este novio no vendrá
Tan presto.

DON FILIPE.

Pena me da.

DON ENRIQUE.

Hoy las bodas celebramos.

MENDOZA.

Pues ha dado vuelta el coche,
Ya está en casa el serafín.

MARQUÉS.

Haz que me den el rocín
Y un ferreruelo de noche

Vanse.

Salen Laurencia y Gerarda.

LAURENCIA.

No hay pasión que se anticipe
Á todas como el querer.

GERARDA.

La vida te ha dado el ver
Las gracias de don Felipe.

LAURENCIA.

Cuando yo no le adorara,
Si hoy en la plaza le viera,
Presumo que no tuviera
Voluntad que le negara.
¿Hase visto caballero
De tal alma, de tal brío?
Justamente, dueño mío,
Como á mis ojos te quiero.
Y no es poco encarecerte,
Puesto que me han dado enojos;
Que quiero bien á mis ojos
Después que supieron verte.
No digan que es menester
Mucho tiempo para amar;
Que el amor que ha de matar,
Del primer golpe ha de ser.
Amor que comienza ingrato,
Y el trato le da valor,
No se ha de llamar amor,
Sino costumbre del trato.
El que vió, quiso y mató,
Ese es amor verdadero;
Y más cuando fué el primero,
Como el que te tengo yo.
Mirar, escribir, hablar
Años un galán ó dama,
Es tener amor con ama,
Que se lo han dado á criar.
Hombre ha de nacer amor,
Luego andar y ser galán;
Que el amor que no es Adán
No puede tener valor.

GERARDA.

Si desta suerte ha de ser,
Menos tendrá que gozar.

LAURENCIA.

¿Sabes tú cómo han de amar
Dos que se llegan á ver?

GERARDA.

¿Cómo?

LAURENCIA.

Á una vela encendida,
¿No llega una muerta?.....

GERARDA.

Sí.

LAURENCIA.

¿No le comunica allí
En un punto luz y vida?
Pues las almas, en partiendo
Á encenderse y á querer,
Aun apenas se han de ver,
Cuando han de quedar ardiendo.

GERARDA.

¡Qué bien disculpas tu error!

LAURENCIA.

Luego ¿tú á Enrique no quieres?

GERARDA.

Como las nobles mujeres,
Quiero con un limpio amor.

No le quiero ver tan hombre
Que me espante de miralle.

Sale Clara.

CLARA.
Ya está la plaza en la calle,
Si se le debe ese nombre.

LAURENCIA.
¿Cómo, Clara?

CLARA.
¿No sentís
Los caballos de las cañas?

LAURENCIA.
¡Bravas finezas, extrañas!

CLARA.
Si á la ventana salís,
Veréis los dos matadores
De los toros y las damas,
Con otros que arrojan llamas
De amor, encendiendo amores.

LAURENCIA.
Vamos, Gerarda, al balcón.
Mas ¡ay, Dios! ¿Qué gente es ésta?

CLARA.
Desconcertóse la fiesta.
Tu padre y Leonardo son.

Salen el padre, Leonardo y Antonio.

LEONARDO.
Por la calle preguntaba,
Que aun apenas sé la calle.

EL PADRE.
Luego que en la calle os vi,
En la persona y el traje
Conocí que érades vos.

LEONARDO.
Sin acabar de apearme,
Siguiendo vine á Laurencia;
No puedo dejar de hablarle.

ANTONIO.
Vos os disculpáis muy bien.

LEONARDO.
Ya estoy en el mar.

ANTONIO.
Pasadle.

PADRE.
Aquí ha venido tu esposo:
Ya no hay de que te recates.

LEONARDO.
Dadme, señora, las manos.

ANTONIO.
Y á mí, por su amigo, dadme
Licencia de que os las bese.

LEONARDO.
Vuesa merced no se espante
De que en aquesta venida
Me turbe, y vergüenza cause.

LAURENCIA.
¡Nunca, Gerarda, viniera! (Aparte á ella.)
Temblando estoy.

LEONARDO.
Excusarme
Quisiera de daros pena.

LAURENCIA.
¡Jesús! Ya no hay mal que aguarde.
Sin duda será mi novio,
Que ha dicho dos necedades.

PADRE.
¡Sillas, hola!

LAURENCIA.
¡No le hundiera
En la calle de Getafe
Algún lodo!

PADRE.
¡Hola, criados!

LAURENCIA.
Señor, no hay en casa nadie,
Que ha sido día de toros.

PADRE.
Pues ¿hasta cuándo han de holgarse?
¿Ya no son los toros muertos?
¿Qué puede haber que les falte,
Si no es hallarse en su entierro?

LEONARDO.
¡Que venga un hombre á casarse,
Antonio, en día de toros!

ANTONIO.
Bravos celos os combaten.
¡Por Dios, que la novia es bella!

LEONARDO.
Confieso que tiene partes
Para un título, y las mías
No las merecen tan grandes.

GENTE.

Dentro.

Aparta, aparta.

PADRE.
¿Qué es esto?

MARQUÉS.

Dentro.

Más que en la tierra, en el aire
Pone los pies *Pensamiento.*

MENDOZA.

Dentro.

¿Quién ha de haber que le alcance?

LAURENCIA.
El Marqués y Mendocilla
Andan, Gerarda, en la calle.

LEONARDO.
¡Qué inquietas están las dos!

ANTONIO.
Mujeres: no hay que espantarse.

LEONARDO.
Más quisieran las ventanas

Que al novio.

LAURENCIA.

¡Que éste llegase
Á quitarnos tanto bien!

GERARDA.

Paciencia.

LAURENCIA.

Estoy por matarme.

GENTE.

Dentro.

Aparta, aparta.

PADRE.

¡Otra vez!
¡Plegue al cielo que te apartes
De aquesta calle mil leguas!

LEONARDO.

No hayáis miedo que se cansen,
Si tienen por quién correr,
Hasta que el rocín les hable
Como la burra á Balaam.

GERARDA.

¡Bravo novio!

LAURENCIA.

Dios le amanse.

GERARDA.

¡Burra aquí!

LAURENCIA.

¿De qué te espantas,
Si le enseñaron sus padres?

GERARDA.

¿No escuchas á don Felipe?

LAURENCIA.

Inquieta estoy de escuchalle.
Ésta no es silla, que es potro
Donde viene á atormentarme
Este verdugo de amor.

LEONARDO.

¡Cascabeles y pretales
Á la puerta de la novia!
Antonio, ¡malas señales!
Si antes de casar me corren,
¿Qué harán después que me case?
Pero pues *aparta* dicen,
No será yerro apartarme.

GERARDA.

Habla con él, no seas necia.

LAURENCIA.

¿Qué cordura habrá que baste,
Pues pienso que está diciendo
Don Filipe: «No le hables»?
Más obligación le corre
Á él, que no á mí, de hablarme.

Sale Mendoza.

MENDOZA.

Perdonad que sin licencia
Á entrar, señores, me alargue.
La necesidad me obliga.

PADRE.

Mirad qué quiere ese paje.

MENDOZA.

Dos caballeros que han sido
De las cañas de esta tarde,
Os piden un jarro de agua.

LAURENCIA.

Y aun habrá donde descansen
Si quieren entrar.

PADRE.

No habrá.
Diles que adelante pasen.
Y tú, Clara, dales agua.

CLARA.

Dame, señora, las llaves,
Sacaré del camarín
Algún búcaro.

LAURENCIA.

Y que saques
El mejor te doy licencia,
Por ser para gente grave;
Y lleva aquella toalla
Que tiene puntas de Flandes.

CLARA.

Venga, hidalgo.

MENDOZA.

Clara, escucha.
Los dos jinetes amantes
Dicen que quieren venir
Á hablar esta noche, y darte
Un verde con dos azules.

CLARA.

Hermano, pues que no salen
Á la reja cuando corren,
Ya debieran acordarse
De que el esperado novio.....

MENDOZA.

¿Vino?

CLARA.

Vino mal y tarde.

MENDOZA.

¿Es aquel descolorido?

CLARA.

El mismo.

MENDOZA.

¡Bellaco talle
Para novio! Aquel color
No muestra dulce la sangre.
¡Viven los cielos, que tiene
Talle el bellacón de darte,
En casándose, mil coces!

CLARA.

Nunca los diablos le casen.

MENDOZA.

Huevo de avestruz parece:
Di á tu ama que se guarde
De mojicones con celos
Y de lisonjas en paces.

PADRE.

¿Qué conversación es ésa,
Clarilla, con ese paje?

CLARA.

Pídeme agua de canela
Ó de jazmines.

PADRE.

Pues dale
Agua, sea de aquel barril
Que de los tejados cae,
En tanto que yo á Valencia
Por los jazmines despache.

MENDOZA.

¡Buen suegro lleva el buen yerno!
¡Cosa, vive Dios, notable,
Que de un diablo como éste
Saliese un rostro de un ángel!

LEONARDO.

Agua, búcaro, canela,
Toalla, jazmines, paje.....
Esto..... ¿Hablan en latín,
Ó yo no entiendo en romance?

ANTONIO.

Calla, que es trato de corte.

LEONARDO.

Pues, Antonio, en ella trate
El que hiciere compañía
Por donde la plata pase
Que viniere de las Indias.

PADRE.

¿Cuándo, Leonardo, llegastes
Á Madrid?

LEONARDO.

Ayer llegué
Cansado; quise alegrarme,
Y hoy me llevaron á ver
Las fiestas.

PADRE.

Fueron notables,
Según me han dicho.

LEONARDO.

Famosas;
De mil títulos y grandes:
Bien anduvo el Duque de Alba.

ANTONIO.

De tan altos cielos nace
Para ser sol de su casa.

LEONARDO.

Y con suertes admirables,
El gran Conde de Melgar,
Sucesor del Almirante.

PADRE.

Pastrana, Príncipe ilustre,
Dicen que á Flandes se parte.

LEONARDO.

Volveráse Marte Adonis.

LAURENCIA.

Podían sus generales
Hacer lugar al mayor.

ANTONIO.

¡Qué bien honró los Guzmanes
El de la Algaba!

LEONARDO.

No hay hombre
Que con el rigor le iguale:
Salió un toro, y la cerviz
Le pasó de parte á parte;
Dobló los pies, y el hocico
Sangre bebe y tierra pace.

LAURENCIA.

¡Qué conversación de novio!

LEONARDO.

Holgárame que esta tarde
Hubiera visto mi esposa
Tales fiestas, suertes tales.

LAURENCIA.

¿Andaba allá don Filipe
De Córdoba?

LEONARDO.

Fué el esmalte
Del corro de aquella fiesta,
Fué envidia de los galanes,
Fué de las damas el blanco,
Y fué español Durandarte.

LAURENCIA.

¡Qué discreto que anda el novio!
No me ha dicho que me agrade
Cosa como ésta.

ANTONIO.

Anduvo
En estas fiestas reales
Don Enrique de Guzmán,
Con aquel valor que sabe
De su gentileza el mundo,
Y de sus heroicas partes.

LEONARDO.

El y don Felipe hicieron
Cosas dignas de sus talles
Y de su valor y fama.

GERARDA.

¡Quién lo viera!

PADRE.

Si se hacen
Otras fiestas, yo os convido.
Y porque parece tarde,
Hijo, adiós, hasta mañana.

LEONARDO.

El cielo, señor, os guarde
Y os dé lo que deseáis.

Vanse Leonardo y Antonio.

PADRE.

Ya no hay para qué te alabe
Á Leonardo, pues le has visto.

LAURENCIA.

Solicita que descanse,
Señor, Gerarda.

GERARDA.

Sí haré.

Vanse Gerarda y su padre.

CLARA.

Dice Mendoza que bajes

Á la puerta, si es posible,
Porque van á desnudarse
Y quieren volverse luego.

LAURENCIA.

Clara, venga, aunque me mate;
Que ya no hay sin don Felipe
Ni vida ni honor que guarde.

Vanse.

Salen Bernardo y Feliciana

BERNARDO.

¡Qué damas y qué fiestas! ¡Qué aposentos
Tan bien aderezados!

FELICIANA.

Ya para mí no hay fiestas ni portentos;
Desdichas sí, y cuidados.
Las damas de Leonardo
Son las que viven en aquesta casa:
Siguiéndolas, Bernardo,
Con la luz de la llama que me abrasa,
Desesperada vengo,
Por ver si en ésta algún remedio tengo.

BERNARDO.

Hablarlas será en vano.

FELICIANA.

Amor me muestra industria: pïadoso
Me quiere dar la mano.
Daca esa daga tú, y el riguroso
Acero ponme al pecho,
Á tantas pruebas de tormentos hecho.

BERNARDO.

¿Qué es lo que hacer pretendes?

FELICIANA.

Decir que aquí Leonardo me mataba.

BERNARDO.

Á tu valor ofendes.

FELICIANA.

Antes, presto verás que no se alaba
De la traición y engaño,
Si aquí de la verdad te desengaño.

BERNARDO.

Saco la daga y digo
(Figura que ha ensayado tu tragedia):

Saca la daga.

¡Tú, infame! ¡Tú conmigo!
¿Piensas que así tu agravio se remedia?

FELICIANA.

Oye, cruel Leonardo.

BERNARDO.

Matarle tengo.

FELICIANA.

¡Ay, Dios! Huye, Bernardo.

BERNARDO.

En la posada espero.

Vase.

FELICIANA.

Dentro.

¿No hay justicia en la corte, no hay justicia
Con tan bárbaro fiero?
Pues defiéndame Dios de su malicia.
¡Piedad, piedad, señores!

Salen Laurencia, Gerarda y su padre.

PADRE.

¿Qué es esto?

FELICIANA.

Una mujer, que mil traidores.....

LAURENCIA.

Aquí no hay nadie.

FELICIANA.

Huyeron,
Y viendo que aquí entraba, me dejaron.

LAURENCIA.

Sin duda pretendieron
Robarla.

FELICIANA.

Antes de ahora me robaron.

GERARDA.

¿Estáis, acaso, herida?

FELICIANA.

Con más peligro estoy, no tengo vida.

PADRE.

Mujer que sola sale,
Cualquier daño merece.

FELICIANA.

Si no fuera
Por disculpa que vale.

PADRE.

Sola, mujer, vendida y forastera,
¿De dónde os ha venido
Tanta desdicha?

FELICIANA.

Desta casa ha sido.

PADRE.

¿Cómo de aquesta casa?

FELICIANA.

Óyeme, pues, señor, atentamente,
Y el fuego que me abrasa
En llamas vivas, respirar intente,
Del tormento que paso.

PADRE.

Ya todos te escuchamos.

LAURENCIA.

¡Triste caso!

FELICIANA.

Entre dos montes de casas
Á quien con grillos estrechos
Calza de cristal el Tajo,
Yace la Imperial Toledo,
Corona ilustre de España,
Donde, por gusto del cielo,
Tuve de padres honrados
Desdichado nacimiento.

Cerca de mi propia casa
Vivió un hidalgo mancebo;
Años que miró mis ojos,
Quizá desengaños fueron.
Díle el alma por la suya;
No fué con ventaja el trueco;
Que aunque se truequen las almas,
Puede estarse el honor quedo.
No dije bien, que no estuvo,
Que tales fueron sus ruegos,
Sus lágrimas y mentiras,
Que á quererle me movieron;
No con liviandad notable,
Sino haciendo juramento
En la presencia de quien
No hay pensamiento encubierto
Sobre tan altas palabras
Y con testigo, que tiemblo
De imaginar cómo tuvo
De romperlo atrevimiento,
Fié mi honor en sus manos,
Mi valor á sus deseos,
Toda mi vida á su amparo,
Todo mi honor á su pecho.
Pasaron tiempos que pasan,
Amándome; avivé el tiempo,
Las horas hurté á la noche,
Los días á los deseos,
Y sin haberle ofendido
Ni aun con sólo el pensamiento,
Sin asomarse á mis ojos
Cosa que le diese celos,
Porque á mí me parecía
Que cuantos hombres nacieron
Se cifraban todos juntos
En aquel mi amor primero,
Dió por su gusto en casarse
(Como lo intenta en efecto,
Sabiendo que no es posible
Por ley del mundo y del cielo),
No sé con cuál de las dos,
Que en esto fuera su intento
Justo, á no haber un agravio
Tan injusto de por medio.
Llegó á Madrid, y seguíle,
Favorecida de un deudo
Que el pleito me aconsejaba,
Aunque ponerle no quiero,
Porque el favor son sus manos,
Y sus pies son los dineros;
Tendré quien me acuda mal
Con pluma y lengua sin ellos,
Y un ignorante letrado
Es puñalada de un pleito.
En aquestas confusiones,
Vuestra casa me dijeron;
Yo vine á ver si le hallaba;
No me engañó el pensamiento.
Salió de aquí; llegué á él
Con lágrimas que movieron
Los lindeles de esta puerta,
Pero no su injusto pecho;
Echéme á sus pies llorando,
Y dije: «De aqueste suelo
No podrás, Leonardo mío,
Alma y vida deste cuerpo,
Levantarme, hasta que digas
Que eres mi marido, y luego
Me la quites si es tu gusto.»
¡Ay, Dios! ¿Cuál áspid soberbio
Así se volvió á la planta
Que le pisó sin saberlo?
Sacó la daga, dí voces,
Entréme aquí, fuése huyendo:
Noble sois, honra tenéis;
Éste es mi triste suceso.

Vase.

PADRE.
Con justa razón se queja,
Y Leonardo ha procedido
Como mancebo atrevido.

LAURENCIA.
¿Cómo es posible que deja
De acudir un hombre honrado
Á tales obligaciones?

GERARDA.
Si conciertan sus razones,
Será Leonardo culpado.

PADRE.
¿Quién duda que lo será?
Ella va desesperada.

LAURENCIA.
¿Qué ha de hacer, desengañada
De que tal pago le da?
Yo, á lo menos, no seré
Mujer de Leonardo ya;
Claro está.

GERARDA.
Pues claro está.

PADRE.
Ni yo, Laurencia, querré:
No hay juramento, Gerarda.
Aunque estas razones son
De primera información,
Y el jüez discreto aguarda
Oir las partes, no quiero
Más partes que esta mujer,
Porque yo no he de tener
Yerno con tan mal agüero.
Y recogeos, que ya es hora,
Y no haya más casamiento.

Vase el viejo.

LAURENCIA.
Dadme albricias, pensamiento;
Llegó mi remedio ahora.
Para el fin de mis desdichas,
Á don Felipe os envío;
Nunca, pensamiento mío,

Pensasteis mayores dichas.
Desbarató mi ventura
La tempestad que venía
Contra mí, cuando no vía
Cosa en el alma segura.
¿Hay tal dicha? Loca estoy.....
Mas no debo de estar loca,
Pues que con muestra tan poca
De mi bien indicios doy.
¿Qué queréis, alma, de mí?
¡Oh! ¡Quién otra alma tuviera,
Que por albricias os diera!
Una tengo, que ya os dí:
Vamos, Gerarda, á saber
Si he de hablar aquel mi dueño,
Que ya no hay tratar de sueño,
Sino de sólo querer:
Enrique también vendrá;
Alegrarte, pues, es justo.

GERARDA.

Tanto lo estoy de su gusto
Como del que á mí me da.

LAURENCIA.

No quieras tan tibiamente;
Que una principal mujer
En su vida ha de querer,
Ó ha de querer locamente.

Vanse.

Salen el Marqués, D. Filipe y D. Enrique.

DON ENRIQUE.

¿Quién fué á avisar?

DON FILIPE.

Fué Mendoza
Á saber cuándo abrirán.

MARQUÉS.

Notable cuidado os dan.

DON FILIPE.

Quien se descuida, no goza.

DON ENRIQUE.

¡Qué libre viene el Marqués!
No hay mujer á quien se aplique.

MARQUÉS.

Sola una vez quise, Enrique,
No he querido más después;
Hasta casarme, estoy cierto
De no volver á querer.

DON FILIPE.

¡Bravo amor!

MARQUÉS.

Así ha de ser,
En siendo amor descubierto.

DON FILIPE.

Qué, ¿aún dura la voluntad?

MARQUÉS.

Mientras que Mendoza viene,
Oid la causa que tiene.

DON FILIPE.

Ya estoy atento.

MARQUÉS.

Escuchad:
Nacen al pie de Guadarrama helado
Las Navas del Marqués (éste es su nombre),
Donde el florido Mayo viste un prado
Que no hay escarcha ó nieve que le asombre;
Mírale enfrente un monte levantado
Sobre sí mismo, donde apenas hombre
Atrevido pisó su centro duro;
Así le defendió su ilustre muro.
En esta parte tan nevada y fría
Vi de Jacinta yo los ojos bellos,
Parte del alma venturosa mía,
Ya que supe morir y arder por ellos.
Sufrí mientras la edad lo prometía,
Sin sentir la prisión de sus cabellos;
Crecieron los deseos y esperanzas,
Esperando en el mar quietas bonanzas.
Salíamos al prado: de sus flores
Ceñí tal vez sus cándidos abriles,
Donde la variedad de las colores
En el cielo de amor fueron perfiles.
Allí tal vez los pájaros cantores
Hacen nidos: ya en red, ya con sutiles
Lazos, prendí tal vez á la pesada
Perdiz, del plomo ardiente descuidada.
Gustaba alguna vez de que en la silla
Del fogoso bridón diese escarceos,
Estampando en la arena de la orilla
Sus pies como en mis ojos mis deseos.
Tal vez corriendo toros en la villa
Ganaba aplausos para dar trofeos,
Cortando las cervices arrugadas,
Más de los años que del sol cifradas.
Pero en aquesta vida generosa,
Cuando pensaba yo que fuese mía,
La casaron sus padres, y fué esposa
De quien mejor que yo la merecía.
Entonces, con el alma lastimosa,
Que las heladas nieves encendía,
Hice locuras, y llamé la muerte.....
Pero jamás á quien la llama advierte.

Sale Mendoza.

MENDOZA.

Bien me podéis dar mil palos
De albricias del mal suceso.

DON FILIPE.

Pues ¿qué tenemos, Mendoza?

MENDOZA.

Tenemos más que queremos.

DON FILIPE.

¿Cómo así?

MENDOZA.

Cuando bajaban
Las sintió su padre viejo,
Y bajando sin sentir,
Tras de la puerta de en medio
Les ha dado muchos palos,
Y encerrado en su aposento.

DON FILIPE.
¿Hay desdicha semejante?
DON ENRIQUE.
Que no importa; volveremos
Otra noche y otras mil.
DON FILIPE.
¿Cómo, si está en casa el dueño,
Y se han de querer casar
La hermosura y el deseo?
MENDOZA.
¡Oh, qué llorones amantes!
Venid, que os aguardan presto,
Á ti, la hermosa Laurencia,
Filipe, Alejandro nuevo,
Que hoy has de ganar el mundo;
Y á ti, Gerarda, que un cielo
Tiene, Enrique, para ti,
De nieve y claveles hecho;
Y á mí la fregante Clara
También me esperará al fresco
Con devantal de verano
Y un zapato del invierno.
¡Ea! ¿Qué me estáis mirando?
DON FILIPE.
¿Burlas ó no, majadero?
MENDOZA.
Quien tardare lo verá.
DON FILIPE.
Marqués, amigo don Pedro,
Aquí os habéis de quedar,
Por si acaso el de Toledo
Viniere á ver á la novia.
MARQUÉS.
Id con Dios, que en este puesto
Sufriré como español
Y estaré como tudesco.
DON ENRIQUE.
Él sabe lo que ha de hacer:
No hay de qué tenerle miedo.
MARQUÉS.
Id con Dios, que ya sabéis
Lo que valgo y lo que puedo.

Vanse D. Filipe, D. Enrique y Mendoza.

Noche, de estrellas vestida,
Cuyo manto obscuro y negro,
Más hurtos que tiene luces
Ha concertado y abierto:
¡Qué bien te pienso llenar
En aquellos dulces versos!
Mas todo es poco, si miro
Tus altos merecimientos.
Tú serás, noche, mi dama;
Á ti te diré requiebros,
Pues no tengo á quién decirlos,
Y tengo ocasión y tiempo.
Pero si la blanca Aurora
Saca el argentado velo
Con las manos de jazmines
Al rey del cuarto elemento,
Perdona, que he de querer
Más su calor que tu hielo,
Más su aljófar que tu escarcha,
Más su luz que tu silencio.
Gente parece que suena.

Salen Leonardo y Antonio.

ANTONIO.
¿Ahora os falta sosiego?
LEONARDO.
No me puedo sosegar.
ANTONIO.
Sin amor, ¿quién tiene celos?
LEONARDO.
No sé ¡por Dios! lo que son;
Mas sé que es honra tenellos:
¿Qué os pareció de Laurencia?
ANTONIO.
Hermosa por todo extremo,
Y para mujer, más linda
De lo que pide un discreto;
Pero si de la belleza
Es la virtud fundamento,
Por el camino real
Se irá su marido al cielo.
LEONARDO.
Aquello de las carreras
Se me ha puesto en el cerebro;
No querría que después.....
ANTONIO.
Callad, que es ruido muy necio.
LEONARDO.
¿Y lo del agua y el paje?
ANTONIO.
¡Qué notable pensamiento!
LEONARDO.
Es la Corte cortesía,
Cortes son con nuevo acero,
Y no querría cortarme.
ANTONIO.
Pues dejad el casamiento,
Que ahora tenéis lugar
LEONARDO.
No sé ¡por Dios! qué me tengo.
ANTONIO.
Llamad al padre del alma;
Por dicha os dará un remedio.
LEONARDO.
Ahora bien, quiero llegar
Á la puerta.
MARQUÉS.
¡Ah, caballeros!
Echen por esotra parte.
LEONARDO.
¿Cómo dijo? ¡Bueno es esto!
Y ¿es esto Corte también?
ANTONIO.
Lo que es malo, yo no puedo

Decir que es bueno, Leonardo.

LEONARDO.

Pues ¿por qué no pasaremos?

MARQUÉS.

Porque estoy por otro aquí,
Y pienso que me dijeron
Que no dejara pasar
La calle: vuélvanse presto,
Ó haré que se vuelvan yo.

LEONARDO.

¡Á entrambos!

MARQUÉS.

Y á otros ciento.

LEONARDO.

Eso quiero yo probar.

MARQUÉS.

Saquen las espadas presto.

Meten mano.

ANTONIO.

¡Hombre terrible!

LEONARDO.

¡Notable!

ANTONIO.

¡Muerto soy!

LEONARDO.

¡Ay, que me ha muerto!

ANTONIO.

Vámonos á la posada.

LEONARDO.

¡Ay, Feliciana, que pienso
Que hieren tus maldiciones
Y me castigan los cielos!

Vanse Leonardo y Antonio.

MARQUÉS.

Por otra parte les dije
Que echaran, y no quisieron;
Y ahora es fuerza rodear,
Si es que han de ir por el barbero.

ACTO TERCERO.

Salen D. Filipe y Mendoza.

MENDOZA.

Con poco gusto viniste.

DON FILIPE.

Ya no le pienso tener.

MENDOZA.

¿Qué cosa dará placer
Á quien gusta de estar triste?

DON FILIPE.

Estoy, Mendoza, cansado.

MENDOZA.

Pues acuéstate si quieres.

DON FILIPE.

Tengo de aquellas mujeres
Lástima, pena y cuidado.

MENDOZA.

Mal hiciste en no volver.

DON FILIPE.

Lo que el Marqués me contó,
La llama de amor templó
Cuando comenzaba á arder;
Porque yo tengo por cierto
Que es el muerto el desposado.

MENDOZA.

Más vale que desdichado.

DON FILIPE.

¿Qué más desdicha que muerto?

MENDOZA.

¡Famosa cuestión!

DON FILIPE.

Los dos,
¡Que llegásemos después!

MENDOZA.

Y más, que dice el Marqués
Que eran muy hombres, ¡par Dios!

DON FILIPE.

¡Bravo valor!

MENDOZA.

¡Espantoso!
Matar uno, y á otro abrir
Los cascos..... no hay que decir:
Él es valiente y dichoso.
¡Quien se le ve mesurado,
Con tan linda cara y talle.....
Para guardar una calle
Nunca fué mejor soldado
Julián Romero ó García
De Paredes.

DON FILIPE.

¡Quién supiera
De Laurencia!

MENDOZA.

Bien pudiera
Entrar de noche otro día;
Pero temo que no entiendan
Los dueños de la cuestión.

DON FILIPE.

Sí; pero será razón
Que del término se ofendan.

MENDOZA.

¿Debéisle algo?

DON FILIPE.

No ¡por Dios!

MENDOZA.

¿Y Enrique?

DON FILIPE.

Menos.

MENDOZA.

¡Qué gente

Para poblar brevemente
Una isla!

DON FILIPE.

Si las dos
Dieron en honra y más honra. ...

MENDOZA.

Perder la buena opinión
Es lo que en toda ocasión
Á las mujeres deshonra.
Guardar la fama, señor,
Es el honor verdadero;
Mas yo en los dos considero
Dos cantimploras de amor.
Yo llevé gentiles gallos.
¡Qué burlarían las dos!
¿Tú eres Córdoba? ¡Por Dios,
Que hay allá buenos caballos!
¡Bien haya un amigo mío,
De quien no se queja Clara!

DON FILIPE.

Para tus locuras, para.

MENDOZA.

No me descontenta el brío.

Salen el Marqués y D. Enrique.

DON ENRIQUE.

Quiere don Felipe ir,
Y le pienso acompañar.

MARQUÉS.

¡Bueno! ¿Me queréis dejar?

DON ENRIQUE.

Acábole de decir
Al Marqués nuestra jornada.

DON FILIPE.

¿Cómo se puede excusar
Servir al Rey, ni faltar
Á la ocasión desta armada?

MARQUÉS.

Ya he sabido que está llena
De prevenciones Lisboa.

DON ENRIQUE.

Aquí no hay fama ni loa
Del fin para que se ordena.
Fuera de la edad y el brío,
Perdido el ser cortesano,
Es el del Carpio su hermano,
Y el de las Navas el mío;
Con salud y edad de quien
Tendrán presto sucesión
Nuestras casas, no es razón
Que dos segundos estén
En la Corte paseando,
Cuando el Rey á Ingalaterra
Intenta jornada.

MARQUÉS.

Es guerra
En que os estoy envidiando.
Esta noche no hay salir.

DON FILIPE.

Entrémonos á acostar;
Que después habrá lugar
De tratar y prevenir
Nuestra partida mejor.

MARQUÉS.

Desnúdame aquí, Mendoza.

MENDOZA.

La jornada me retoza.

MARQUÉS.

¿Vas tú también?

MENDOZA.

Sí, señor.

MARQUÉS.

¡Gran soldado!

MENDOZA.

Soy un Cid.

MARQUÉS.

¡Alto! El salir determina,
Porque tendrán por gallina
Quien se quedare en Madrid.

Vanse.

Sale Leonardo con el rostro difunto.

LEONARDO.

De aquel lugar que tengo
Hasta que llegue de mi bien el día,
En espíritu vengo
Con voluntad de Dios, no con la mía,
Á lo que él es servido,
Porque abrevie el descanso que le pido.
Esto pudo haber hecho
Cuanto en mi muerte ha sido de mi parte,
Porque del fiero estrecho
Que tantas llamas, tanto ardor reparte
En mi mortal sentido,
Salga otra vez al mundo que he perdido.
Este es el templo santo
De San Martín, adonde vive préso
Quien me ha de hacer bien tanto,
Porque la causa fuí de aquel exceso;
Que si no le incitara,
¿Cómo pudiera ser que me matara?
Duerme junto á su cama
Don Filipe de Córdoba, y su hermano,
Que tanto quiere y ama,
La suya tiene á la siniestra mano.
Llamar al Marqués quiero,
De quien remedio en mi tormento espero;
De un señor tan valiente y animoso,
Que aquí podrá escucharme.
¡Cómo le oprime el sueño perezoso!
. . . . (1)
Quitar la colcha quiero.

Éntrase y dice dentro:

Despierta, generoso caballero.

---

(1) Falta un verso.

MARQUÉS.

Dentro.

¡Mendoza! ¡Mendocilla!
¡Ah, Mendoza!

MENDOZA.

Dentro.

¡Señor!

MARQUÉS.

Dentro.

Mira qué es esto.

MENDOZA.

Dentro.

Sueñas; no es maravilla,
Como estás preso y en cuidado puesto.

MARQUÉS.

Dentro.

¿Quién la colcha me esconde?
¿Es burla, don Felipe? No responde.
¡Ah, don Enrique! ¡Ah, hermano!
Levántate, Mendoza.

MENDOZA.

Dentro.

Ya me visto.

Salen el Marqués y Mendoza con las espadas desnudas.

MARQUÉS.
Con la espada en la mano,
Ó sombras ó ladrones, os embisto.
¡Afuera digo, afuera!
Quienquiera que esté aquí, responda ó muera.
¡No responde ninguno!
Pedazos le he de hacer á cuchilladas.

MENDOZA.
Señor, si hubiere alguno,
Con el temor de las que tienes dadas,
Yo sé que respondiera.

MARQUÉS.
Debo de haberle muerto.

MENDOZA.
Un poco espera;
Que es la iglesia, en efeto,
Y hay difuntos aquí.

MARQUÉS.
No será mucho.
Tengámosle respeto.

Sale Leonardo con la colcha.

LEONARDO.
Basta, señor Marqués, basta.

MARQUÉS.
¿Qué escucho?

MENDOZA.
¡Vive Dios, que han hablado!

MARQUÉS.
¿Quién eres?

LEONARDO.
Muerto soy.

MENDOZA.
Yo lo he quedado.
¡Jesús! ¡Santa María!
¡San Blas! ¡San Luis!..... (1) ¡San Antonio!
¡San..... Santa Letanía!.....

MARQUÉS.
Si no son ilusiones del demonio,
Valor tengo tan cierto,
Que os volveré á matar después de muerto.

LEONARDO.
La iglesia derribada
Para la nueva fábrica que han hecho,
Que ya está levantada,
Como lo veis, desde el cimiento al techo,
Dejó un confesonario,
No poco á lo que intento necesario.
Allí podréis oirme.
Tened ánimo.

MARQUÉS.
Nunca me ha faltado.

LEONARDO.
Pues bien podéis seguirme.

MENDOZA.
Ya tengo sin aliento aqueste lado.

MARQUÉS.
¿Sin luz?

LEONARDO.
¿Temor adquieres?

MARQUÉS.
¿Cómo temor? Camina á do quisieres.

LEONARDO.
Pues dame aquesa mano.

Vanse los dos.

MENDOZA.
¡Vive Dios, que se han ido! ¡Qué inhumano
Temor que me acompaña!
Aquésta es del Marqués notable hazaña.

Salen D. Enrique y D. Filipe.

DON FILIPE.
¿Qué es aquesto, Mendoza?

MENDOZA.
Que ha llamado
Un muerto al Marqués.

(1) Faltan tres sílabas de medida.

DON FILIPE.

¿Cómo? ¿En qué ha parado? (1).

MENDOZA.

Una mano de hierro, otra de plomo,
Cuando llegasteis juntos,
Alrededor de mí dos mil difuntos
Andaban con cadenas.

DON FILIPE.

¡Qué lindo miedo gastas!

DON ENRIQUE.

De sus penas,
¿Pueden salir los muertos?

DON FILIPE.

Secretos son de Dios, al hombre inciertos:
Toma una luz, Mendoza,
Y busquemos la iglesia. ¡Extraño caso!
¡Notable valor goza
El Marqués, don Enrique! (2).

MENDOZA.

Sólo un paso,
De miedo dar no puedo.

DON FILIPE.

Saca un hacha, Mendoza.

MENDOZA.

Todo es miedo.

Vanse.

Salen de la mano el Marqués y Leonardo.

LEONARDO.

¿Estáis ya más sosegado?

MARQUÉS.

No me ha quitado el sosiego,
Sólo el sueño me ha quitado
El escucharos y veros.

LEONARDO.

Yo fuí, Marqués generoso,
Un hidalgo de Toledo,
Hijo de padres muy ricos,
Á quien fianzas trajeron
Á quebrar como otros muchos.
Murió: no quedé bien puesto,
Si bien pude sustentarme
Honestamente, aunque haciendo
Algunas trampas y deudas,
Fiando el remedio al tiempo.
Díle palabra á una dama,
Con solemne juramento
Delante del mismo Dios,
Que juzga vivos y muertos,
De ser su marido: en fin,
Neciamente se la quiebro,
Deseoso de casarme
En Madrid, adonde vengo,
Y ella con mil maldiciones
Me siguió.

MARQUÉS.

¡Extraño suceso!

LEONARDO.

Llegué, Marqués, á Madrid;
Hallé, Marqués, á mi suegro;
Tengo celos de unas hachas,
Vuelvo á la calle con celos,
Sale un hombre á mí y á Antonio,
Un noble amigo que tengo;
Sobre pasar, mete mano:
Pasóme su espada el pecho.
Confiésanme en mi posada,
Van por Feliciana luego,
Cásome con ella allí,
El juramento cumpliendo.
Vuelve un criado á la calle
Con una luz; busca el suelo,
Y una cruz de oro, esmaltada
De verde, en un listón negro,
Halla entre la misma sangre.
Enséñanla á los plateros,
Y dice que es del Marqués
De las Navas, uno de ellos,
Porque era hechura del mismo.
Fué de mi muerte consuelo
Ver que á manos tan honradas,
Ya que lo fuí, fuese muerto.

MARQUÉS.

Trabarse á la guarnición
La cinta, fué causa de eso.
La cruz es una esmeralda,
Y que después la eché menos.

LEONARDO.

Hice testamento, en fin,
Y por mi albacea os dejo,
Así por vuestra conciencia,
Marqués, como porque creo
Que acudiréis á mis deudas
Mejor que amigos y deudos.
En poder de Feliciana
Hallaréis mi testamento:
Remediadla, pues podéis,
Generoso caballero,
Que tiene de mí una hija.
Cumplid con ser heredero
Del nombre de Ávila insigne,
En cuya casa os han hecho
Sucesor treinta y seis hombres
De padre á hijo; que el tiempo
Y las memorias lo escriben.
Imitad padres y abuelos
Que han hecho tantos servicios

(1) Distribuído el texto así, falta un verso que consuene con el siguiente; variemos la distribución de esta manera:

MENDOZA.
Que ha llamado
Un muerto al Marqués.
DON FILIPE.
¿Cómo?
¿En qué..... ha parado?

También así falta algo para formar un verso de siete sílabas, y más para un endecasílabo. *(Nota de Hartzenbusch.)*

(2) Parece por estas expresiones que Mendoza ha contado lo que ha pasado con el Marqués; falta un trozo. *(Nota de Hartzenbusch.)*

Con la espada y el consejo
Á la Corona de España.....
Pero esto basta, que os veo
Fatigado: levantaos,
Daraos el aire.

MARQUÉS.

Teneos;
Que no es desmayo, ¡por Dios!
Aunque fatigarme siento;
Y decid cómo venís
De donde Dios os ha puesto.

LEONARDO.

No fué por mi voluntad,
Marqués; por la suya vengo.
Tienen un mismo lugar
El purgatorio é infierno,
Mas con diferentes penas;
Que yo la del daño tengo
Y el sentido temporal;
Y el condenado que el fuego
Mereció por su gran culpa,
Del daño y sentido eterno.
Ese lugar, aunque hay duda,
Tiene de la tierra el centro.

MARQUÉS.

Ya sé que San Agustín
Dijo que al humano ingenio
Era ese lugar oculto.

LEONARDO.

Sí; pero refiere luego
Que hay á quien Dios le revela.
En fin, deste lugar vengo;
Que á San Vicente Ferrer,
No en sueños, sino despierto,
Su hermana se apareció,
Y después de un grave sueño,
Á Santo Tomás la suya
En París, y á un mismo tiempo
La del cardenal Carpasio,
Libre ya del mortal peso,
Al obispo Severino.

MARQUÉS.

Es Dios, y son sus secretos.

LEONARDO.

Esto habéis de hacer por mí.
Mi alma, Marqués, os dejo.
No os descuidéis.

Vase.

MARQUÉS.

Él se fué.
Triste y asombrado quedo.
¿Quién va?

Salen Mendoza, D. Filipe y D. Enrique, con luz.

DON ENRIQUE.

Don Enrique soy.

DON FILIPE.

Pues, don Pedro, ¿qué es aquesto?

MENDOZA.

¿Qué es esto, señor?

MARQUÉS.

El alma
De aquel toledano muerto,
Que me pide ciertas cosas
A que obligado le quedo.

DON FILIPE.

¡Notable caso!

DON ENRIQUE.

¡Admirable!
No hubiera un hombre de acero
Que le pudiera escuchar.

MENDOZA.

¡Cuerpo de tal con el muerto,
Y qué notable hablador!
No dirán los que le vieron
Que no murió con su habla;
Mas de suerte, que sospecho
Que la llevó al otro mundo.

MARQUÉS.

Acostémonos, que temo
Que me dé algún accidente.
Mucho en escucharle he hecho.

MENDOZA.

Y ¿ha de volver otra vez?
Porque ¡vive Dios, que duermo
Con el padre sacristán,
Entre doscientos calderos
De agua bendita y de hisopos!

DON FILIPE.

Triste estáis.

MARQUÉS.

¿Puede ser menos?

Vanse.

Salen Laurencia, Gerarda y su padre.

PADRE.

Cosas de cuidado son
Y de justo sentimiento.

LAURENCIA.

Suspendes mi entendimiento
Con tan nueva relación.

PADRE.

Dos lagos de sangre hallaron
Casi al umbral de la puerta;
Cosa muy clara y muy cierta
De lo que al dueño costaron.
Pero yo, desde aquel día
Que Leonardo estuvo aquí,
Ni le hallé más ni le vi;
Temo la desdicha mía.
Una de dos: ó le han muerto,
Ó él ha muerto á quien dejó
Esa sangre.

LAURENCIA.

No sé yo
Por qué has de tener por cierto
Que un forastero ha tenido,
Que á nadie ha dado ocasión,

Causa de tener cuestión.
Bien puede ser que haya sido
Otra cosa diferente.

PADRE.

Si hay diferencia, es mayor
Peligro para mi honor,
Si he de hablarte claramente.....

LAURENCIA.

¿Para tu honor?

PADRE.

Pues faltando
Leonardo, causa me dió
Para que imagine yo.....

LAURENCIA.

Prosigue. ¿Qué estás dudando?

PADRE.

Que alguno pudo pensar,
Si por dicha te servía
(Que honestamente sería),
Que se viniese á casar.....

LAURENCIA.

Presto lo has dicho.

PADRE.

Tan presto
Como lo pensé.

LAURENCIA.

Pensaste
Mal, si ofensa imaginaste
De mi proceder honesto.
¿Qué has visto en mí, que jamás
De mi honor un punto baje?

PADRE.

Unas carreras y un paje.....
Y no me preguntes más.

Vase.

LAURENCIA.

¡Ay, Gerarda! que sospecho
Que aquella noche volvió
Leonardo con gente, y vió
Mi casamiento deshecho
Con aquella libertad
De entrar don Felipe aquí,
Si bien solamente fuí
Libre de mi voluntad;
Que en lo que toca á mi honor,
Tú sabes mi resistencia.

GERARDA.

Estas tristezas, Laurencia,
Nacen de tu grande amor.

LAURENCIA.

Pues ¿cómo no ha vuelto más?

GERARDA.

Debióse de prometer
Facilidad de mujer
(Como tan rendida estás)
Que de una noche y un día
Le ha mostrado tanto amor.

LAURENCIA.

Luego ¡por ese rigor
Se venga en la ausencia mía!

GERARDA.

Eso es sin duda.

LAURENCIA.

Si él vive,
Que es lo que yo más deseo,
Verás lo que de mi empleo
En muchos años recibe.
Yo presumí que se usaba
Tener amor.

GERARDA.

Pues yo no.

LAURENCIA.

Luego ¿el amor se acabó?

GERARDA.

El tiempo todo lo acaba.

LAURENCIA.

Quiera primero mi honor
Quien á mí me ha de querer,
Porque ofender y querer
No puede llamarse amor.
Mas para saber lo que es
Servirá esta fiesta al fin,
Si vamos á San Martín,
Donde está preso el Marqués;
Que quiero yo que mi honor
Le venga á desengañar,
Que también sabe olvidar
Quien sabe tener amor.

Vanse.

Salen Mendoza y el Marqués.

MENDOZA.

Esta licencia te pido:
La guerra al alma me toca,
Porque la ocasión provoca
Á todo hombre bien nacido;
Y aunque servirte, señor,
Pudiera el alma excusarme,
No quiere el alma dejarme
Por más que lo mande amor.
No hay hombre que se reporte;
Y ¿que no me parta quieres,
Si hacen burla las mujeres
De quien se queda en la Corte?
Todo es galas, todo es plumas,
Todo es ir á Portugal,
Donde la armada real
Lleva innumerables sumas
De naciones diferentes.

MARQUÉS.

No te canses, Mendocilla,
Que no saldrás de Castilla
Por más que la guerra intentes.
Y eres ingrato á mi amor
En dejarme de servir.

MENDOZA.

Sirviendo á tu hermano, es ir
Sirviéndote á ti, señor.

MARQUÉS.

Digo que estás necio ya.

MENDOZA.

Acabóse; ya lo dejo.

MARQUÉS.

Tu provecho te aconsejo.....

MENDOZA.

¿Mi provecho? ¡Bueno está!

MARQUÉS.

Que no quiero que te partas.
Dame luz, tinta y papel;
Que este ordinario cruel
Me obliga á un millón de cartas.

MENDOZA.

Voy por él.

MARQUÉS.

Llégame aquí
Una silla.

Vase Mendoza.

Más quisiera
Salir esta noche fuera,
Aunque es tarde para mí;
Que al fin este templo santo
Es para todo prisión;
Pero es forzosa ocasión,
Puesto que lo siento tanto.

Sale Mendoza.

MENDOZA.

Aquí tienes luz, y tienes
Recado para escribir.
¿Tienes más que me pedir?

MARQUÉS.

¡Qué falso conmigo vienes!
¡Qué metida que tenías
La guerra en el pensamiento!

MENDOZA.

Por los amigos lo siento.

MARQUÉS.

¿Contra mi gusto porfías?

MENDOZA.

Escribe, escribe.

MARQUÉS.

Bien tengo
Que escribir, aunque me canso.

Siéntase á escribir.

Sale Leonardo como antes.

LEONARDO.

Á procurar mi descanso
Otra vez al mundo vengo.
Cuando la gran Majestad
De Dios licencia me dió,
Hablé al Marqués, á quien yo
Supliqué mi libertad.
Descuidado se ha de mí.....
Es mozo....., y hase olvidado
De lo que habemos tratado,
Si bien entonces le vi
Con ánimo de ayudarme,
Aunque negocios han sido
Causa del injusto olvido
Que ha tenido en remediarme.
¡Ah, mortales! Pues podéis,
Como soy testigo yo,
Hacer por quien ya partió
Del mundo, no os descuidéis;
Porque se descuidarán
De vuestras almas también
Aquellos mismos de quien
Encomendadas están.
Pues tenéis tantos testigos,
No nos dejéis padecer;
Mirad que podemos ser
Después muy buenos amigos.

MENDOZA.

El sueño me está brindando:
No será mal alcahuete
Este amigo taburete,
Que tan bien me está llamando;
Que á fe que hay bien que escribir,
Y ya son dadas las dos.
Cabezadas doy, ¡por Dios!
Esto se llama dormir.

Duérmese.

MARQUÉS.

¿No hay más cartas en la lista?
¡Oh inmenso trabajo mío!
Aún falta la de mi tío,
El Conde de Alba de Lista.
Ya me acuerdo, y el concierto
Que en el pleito pretendí.

Sopla las luces Leonardo.

¿Qué es esto? No hay aire aquí,
Y las luces se me han muerto!
¡Mendoza! ¡Mendoza! ¡Hola!

MENDOZA.

¡Señor! ¡Señor!

MARQUÉS.

¿Dónde estás?

MENDOZA.

Aquí estoy.

MARQUÉS.

Llégate más.
Toda la cuadra está sola.

MENDOZA.

¿Dónde estás tú, que te oigo
Hablar, pero no te veo?

MARQUÉS.

¿Adónde tengo de estar,
Sino en el mismo aposento?

MENDOZA.

Pues ¿sin luz?

MARQUÉS.
Sin luz estoy,
Que las velas se me han muerto.
¿Está abierta alguna puerta?
¿No me respondes?

MENDOZA.
Á tiento:
Que he perdido el que tenía.

MARQUÉS.
Llégate acá, majadero.

MENDOZA.
Estaba medio dormido.
¡Jesús! Las manos he puesto
Sobre una cara muy fría.

MARQUÉS.
¿Aún no aciertas?

MENDOZA.
Aún no acierto.

MARQUÉS.
Dame la mano.

MENDOZA.
Eso sí.
¡Cuerpo de tal con el sueño!

MARQUÉS.
Acaba, enciende esas velas.
Los papeles me has revuelto.

MENDOZA.
Yo voy á encender, señor.

MARQUÉS.
Habrás vertido el tintero
Sobre las cartas.

MENDOZA.
¿Qué importa?
No son tan necios sus dueños,
Que no entiendan lo que escribes,
Dos conceptos más ó menos.

Vase.

MARQUÉS.
Sin entender la ocasión
Se me ha erizado el cabello.
¿Cuándo al Marqués de las Navas
Osó acometer el miedo?
¡Vive Dios, que es fuerte cosa
La imaginación!

Sale Mendoza con luz.

MENDOZA.
Ya vengo.

MARQUÉS.
Pon esas velas aquí.

MENDOZA.
¡Jesús! ¡San Blas! ¡San Guillermo!
Verbum caro! Anima Christi!

MARQUÉS.
¿De qué tiemblas?

MENDOZA.
¿De qué tiemblo?
¿Tú no ves ese vecino
Que tienes al lado diestro?

MARQUÉS.
¿Quién eres?

LEONARDO.
Leonardo soy.

MARQUÉS.
¿El muerto Leonardo?

LEONARDO.
El muerto.
Don Pedro de Ávila, escucha.

MENDOZA.
¡Buena plática tenemos!
No se irá hasta la mañana,
Que lo ha tomado de asiento.
No sé por dónde me vaya.
La sangre se me ha revuelto,
De medio abajo, he sentido
Cierto sudor en el cuerpo.....
Pero ¿qué mejor pastilla
Merece un muerto tan necio,
Que se aparece al Marqués?
¿Matóle? Está muy bien hecho.
Mas yo, ¿qué culpa he tenido,
Que se anda tras mí este muerto?

LEONARDO.
¿Cómo os habéis descuidado,
Sabiendo que estaba preso,
En sacarme de la cárcel?

MARQUÉS.
Ocupaciones lo han hecho.
Yo os doy palabra, Leonardo,
Que apenas de rayos bellos
Corone el sol la capilla,
Cuando comience á poneros
En la libertad que es justo,
Para que lleguéis á veros
En la patria deseada.

LEONARDO.
Eso os pido; que padezco,
Marqués, por vuestro descuido
En admirables tormentos;
Que en pago, á Dios rogaré
Que os dé un sucesor tan bueno,
Que iguale en fama y virtud
Los antecesores vuestros,
Aquellos grandes señores
Á quien los reyes tuvieron
En la guerra por caudillos,
Y en la paz por consejeros.
Con esto, quedaos adiós,
Y que miréis os advierto
En hacer bien por las almas
Que deste mundo partieron.

Vase.

MENDOZA.
¿Fuése?

MARQUÉS.
Sí.

MENDOZA.
Míralo bien.

MARQUÉS.
Ya lo tengo bien mirado.
MENDOZA.
¿Cosa que se haya quedado
(Como aquéstos no se ven)
Escondido por ahí?
MARQUÉS.
Ahora bien, quita esa mesa.
De no haber hecho me pesa
Lo que entonces prometí.
Yo haré las restituciones
Si sé venderme.
MENDOZA.
Y si no,
Él volverá; y pienso yo
Que á más peligro te pones,
Porque viendo que por puntos
Te descuidas de él así,
Ha de traer contra ti
Un escuadrón de difuntos.
MARQUÉS.
Lo primero, es menester
Remediar á Feliciana,
La gallarda toledana
Que fué del muerto mujer.
Casarte quiero con ella,
Y darte tres mil ducados.
MENDOZA.
Fueran muy bien empleados
Mis pensamientos en ella;
Mas no me atrevo, señor,
Porque vendrá cada día
Sobre cualquier niñería
Ese difunto hablador
Á romperme los oídos:
Si reñí, si no reñí,
Si los vestidos le dí,
Si no le dí los vestidos.....
Que en enseñándose á andar,
Como si vivo estuviera,
Un muerto por acá fuera,
Dios lo puede remediar.
Yo quiero mujer sin puntos
Y agentes tan afectivos;
Que tenga parientes vivos,
Y no habladores difuntos.
Marido hallará, señor.
MARQUÉS.
Daréle joyas también.
MENDOZA.
Harás en hacerle bien,
Como cristiano, señor,
Porque yo con mi pobreza
Cien misas le he prometido.
MARQUÉS.
¡Extraño suceso ha sido!
Ya la aurora la cabeza
Baña en jazmín y clavel.
MENDOZA.
Ya no hay para qué dormir.
MARQUÉS.
Á misa me quiero ir,
Y rogar á Dios por él.

Vanse.

Salen Laurencia, Gerarda, D. Filipe y D. Enrique.

LAURENCIA.
Hame causado temor,
Si bien mi muerta esperanza
Ha resucitado en veros,
Una historia tan amarga,
Cual no se ha visto ninguna.
DON FILIPE.
Esta es, Laurencia, la causa
De faltar la obligación,
Porque el Marqués nos rogaba
No diésemos ocasión.
LAURENCIA.
En Madrid sólo se habla
Un día en cualquier suceso,
Que unos á otros se hallan.
Con grande pena he vivido
De vuestra ausencia.
DON FILIPE.
No estaba
Menos con la vuestra yo.
DON ENRIQUE.
En fin, señora Gerarda,
¡Á breve amor, breve olvido!
GERARDA.
¿Qué os debe mi confianza,
Que la habéis tratado así,
Pues aun apenas con Clara
Un papel me habéis escrito?
Que si yo libre me hallara
Para entrar con libertad
Día ó noche en vuestra casa,
Muy obligado os tuviera.

Salen el Marqués, Mendoza, Feliciana y Bernardo.

MARQUÉS.
Ya con Mendoza trataba
Vuestro remedio.
FELICIANA.
Señor,
Donde la grandeza es tanta,
Seguro está mi remedio.
LAURENCIA.
Y es razón de Feliciana,
De quien somos servidoras
Y sentimos las desgracias.
MARQUÉS.
Pues en aquesta ocasión
Tales personas se hallan,
Que á guardarme este secreto
Están por fuerza obligadas,
Ya no será necesario
Referirles lo que pasa;

Y así, en presencia de todos,
Escúchenme seis palabras:
Yo dejo depositados,
Para cumplir con el alma
De Leonardo y de sus deudas,
Restituciones y mandas,
Diez mil ducados, que quiero
Que entre todas se repartan;
Si bien confiesa que deja
En joyas, muebles de casa,
Hasta seis mil, y no quiero
Quitarlos á Feliciana.
Ella y su hija los gocen;
Y Mendoza, que rehusaba
Ser su esposo, pues ya quiere
Á persuasión de quien ama,
Goce otros tres mil con ella.

MENDOZA.

Dame tus heroicas plantas,
Ávila ilustre y famoso;
Que á la bella Feliciana
Doy el alma con la mano.

BERNARDO.

Guardad la mano y el alma,
Que desde ayer tiene dueño.

MENDOZA.

¿Cómo dueño?

BERNARDO.

Está casada
Conmigo, que soy su primo;
Y para el efecto, aguarda
Sólo la dispensación.

DON FILIPE.

Está muy bien empleada,
Y me ofrezco á ser padrino.

LAURENCIA.

Y yo madrina, ó mi hermana.

MARQUÉS.

Burlado quedas, Mendoza.

MENDOZA.

De estas burlillas me hagan,
Que más de cuatro quisieran
Que como á mí los burlaran.
Bernardo, ¡buena mujer
Lleváis! Buen provecho os haga:
Allá os lo dirá un difunto
Después de las doce dadas.

BERNARDO.

Durmiendo yo con un ángel,
Ningún temor me acobarda.

MENDOZA.

Angel..... los primeros días.

DON FILIPE.

Y aquí, senado, se acaba
El verdadero suceso
Que al gran *Marqués de las Navas*
Sucedió, preso en Madrid:
Dadnos perdón de las faltas.

LA NUEVA VICTORIA

DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ

TRAGICOMEDIA

LA NUEVA VICTORIA

DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

JORNADA PRIMERA

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN LA PRIMERA JORNADA

Cariadeno.	Un alférez.	Peralta.
Una atalaya.	Fátima.	Cabrera.
Ruzalí.	Dalí.	Beatriz.
Sinán.	Jafer.	Don Pedro.
Selín.	Un pregonero.	Doña Leonor.
Aradín.	*(Todos son turcos.)*	*(Cristianos cautivos.)*

Suene un pito de galera tres veces, respondiendo la chusma con la salva. Disparen tres tiros, que se harán con tres arcabuces, y finjan luego la grita de una desembarcación, saliendo de la tierra á ver lo que es tres turcos, Cariadeno, Ruzalí, Sinán. Esté en alto una Atalaya.

CARIADENO.

¡Ah del castillo!

ATALAYA.

¿Quién es?

CARIADENO.

¿No me conoces? Yo soy.
Dí, Atalaya, lo que vees.

ATALAYA.

Si buenas nuevas te doy,
Bien es que albricias me des;
Si no lo son, no las quiero.
Hoy, Cariadeno, has cumplido
Con tu gobierno.

CARIADENO.

Ya espero
Saber qué bajá ha venido,
Si es plebeyo ó caballero.

ATALAYA.

Aradín oigo en la playa.

CARIADENO.

Aradín venga en buena hora;
Respóndele, y haz que vaya
La bala por donde ahora
Del mar los límites raya.

RUZALÍ.
¿Con bala?
CARIADENO.
Sí, que es grandeza
De un Capitán general.
ATALAYA.
¡Hola! Pon fuego á esa pieza.

Disparen.

RUZALÍ.
Vendrále á Aradín igual
El laurel de la cabeza.
SELÍN.
Yo pienso que el Gran Señor
No envía Gobernador
Porque en tu gobierno faltas,
Porque en empresas más altas
Quiere oponer tu valor.
CARIADENO.
Á quien gobierna, señor,
Nunca faltan enemigos;
Siempre á los príncipes dan
Música falsos testigos,
Siempre murmurando están.
RUZALÍ.
Yo creo que viene aquí
Este Bajá sin sospecha.
CARIADENO.
Bien puede ser, Ruzalí;
Que á toda envidiosa flecha
Habrá resistencia en mí;
Y así, poco me fastidia
Ver que me ofenda en ausencia
La que á tantos buenos lidia,
Porque es la buena conciencia
Diamante contra la envidia.

Desembarque Aradín con acompañamiento.

SELÍN.
Ya de la ciudad te aguarda
Á las puertas Cariadeno.
CARIADENO.
¡Vista y presencia gallarda!
Dame esos pies. ¿Vienes bueno?
SELÍN.
Parece que se acobarda.
ARADÍN.
Bueno á tu servicio vengo.
CARIADENO.
Ya sabes la obligación
Que no de admitirte tengo
Hasta saber la razón.
ARADÍN.
Darte la razón prevengo:
Esta cédula real
Es del Gran Señor.
CARIADENO.
Su firma
Pongo en mi frente: á hombre igual,
Justamente le confirma
Solimán gobierno tal;
Noticia de tu valor
Tengo.
ARADÍN.
Y yo también del tuyo.
CARIADENO.
Gobierno mayor (1)
Mereces.
ARADÍN.
Fué gusto suyo,
Obedezco al Gran Señor.

Lee Cariadeno.

«Selín Sultán Solimán, Emperador otomano, señor del Asia, etc. Á mi servicio ha convenido que Aradín, Bajá, tenga el gobierno de esa isla de Longo, por ser una de las más importantes del Archipiélago, respecto de los continuos daños que esas costas reciben de las galeras de Nápoles y Malta, porque estoy sentido que D. Pedro de Toledo, á petición de D. Francisco de Castro, hijo del Conde de Lemos, haya corrido estos mares hasta Jerusalén. Entregaréisle la ciudad y el castillo, y vendréis con sus galeras la vuelta de Alejandría, para mayor seguridad de mi caravana, que ya se queda aprestando para Constantinopla. Diez y ocho de la Luna de Julio y deste año, etc.»

CARIADENO.
En mi cabeza la pongo;
Por Capitán general
Te acepto, y te entrego á Longo;
Toma este bastón real.
ARADÍN.
Con él entrar me dispongo;
Hazme entregar luego el fuerte.
CARIADENO.
Con salva vienen á verte (2).
ARADÍN.
¿Qué soldados?
CARIADENO.
Cuatrocientos,
Que todos están contentos,
Aradín, de obedecerte.

Salga una escuadra de turcos con arcabuces y una bandera.

ALFÉREZ.
Ésta, capitán famoso,
Se te rinde.
ARADÍN.
Solimán
Os dá, escuadrón generoso,

---

(1) Verso incompleto. Probablemente escribió Lope:
Gobierno mucho mayor.

(2) La edición de Zaragoza (1647) dice equivocadamente: *á leerte.*

Soldado, y no capitán,
Y en serlo vuestro dichoso;
  Que estima vuestro valor
Desde que con tanto honor
Esperábades sin miedo
Al de Castro y de Toledo
Armados de ira (1) y rigor;
  Id á colgar la bandera,
Por mí, en nombre de Selín.

ALFÉREZ.

Entra, que la salva espera:
¡Viva Aradín!

TODOS.

¡Aradín
Viva!

ALFÉREZ.

La ciudad se altera.

RUZALÍ.

Todos se salen á ver.

CARIADENO.

Que las galeras me entregues,
Bajá, será menester.

ARADÍN.

Darántelas cuando llegues;
Que no tengo allí qué hacer.

CARIADENO.

Abrid la puerta, levad
  El puente.

ARADÍN.

Vé al mar; ¿qué esperas?

CARIADENO.

Partiré con brevedad.

ARADÍN.

Yo te entrego las galeras.

CARIADENO.

Yo te entrego la ciudad.

Váyanse Cariadeno, Ruzalí y (2) Sinán, y éntre Fátima, turca.

FÁTIMA.

  Seas, Aradín gentil,
Bien venido.

ARADÍN.

Resplandeces
Como aurora en fresco Abril,
Que poco á poco amaneces
Con pies de rosa y marfil.
  ¿Quién eres?, ó pensaré
Que eres el sol. ¿Dónde vas?,
Que aunque este campo te ve,
Y sobre él los pasos das,
Pones en el alma el pie.
  Si de Mahoma supiera
Que hija alguna dejó,
Por su hechura te creyera,
Ó eres ángel que envió
Alá de su hermosa esfera;
  Si en Chipre desembarcara,
Como en las islas que miras,
Por su Venus te adorara;
Dame esos pies que retiras,
Humillaréme á tu cara.
  Si vienes como la Diosa
En las desdichas de Eneas,
Dame tu mano piadosa:
Mas Dido es mejor que seas,
Siendo mi huéspeda hermosa;
  Que te prometo de ser
Más que el Troyano leal,
Y eternamente volver
Á Italia.

FÁTIMA.

Hospedaje (1) igual,
Bajá, te vengo á ofrecer:
  Alegróme tu venida
Por las nuevas de tu fama.
La casa está apercebida,
Su dueño y huésped te llama;
El alma está defendida.
  Vive en ella si te agrada;
Que al aprestar tu jornada,
Ni me llevarás la honra,
Ni yo por tanta deshonra
Me mataré con tu espada.
  Pero si saber deseas
Quién soy, dame atento oído,
Porque en mi discurso veas
Que ni seré Elisa Dido,
Ni tú lisonjero Eneas.
  Que si el cuento de aquel día
Tantas desdichas apoya,
Antes que tu alevosía
Me diga historias de Troya,
Quiero que sepas la mía.

ARADÍN.

  Enloquécesme de suerte,
Que ya por oirte y verte,
De Eneas me vuelvo Ulises,
Para que hablando me avises
Que eres sirena en mi muerte.
  Di quién eres, que ya en calma
La razón rinde á tu gloria
De sus discursos la palma;
Daré á tu voz la memoria,
Como á tus ojos el alma.

FÁTIMA.

  En la armada de la liga
Que Roma, España y Venecia
Hicieron contra Selín,
Noble agüelo del que hoy reina,
El cielo, Aradín famoso,
Hizo esta liga pequeña
Con mis estrellas contrarias,
Con mis opuestos planetas,
Contra mí, puesto que entonces
Ni los planetas ni estrellas
Mi nacimiento sabían,

---

(1) En la edición de Zaragoza: *y de rigor.*
(2) En la misma: *Buzali.*

(1) En la edición de Zaragoza: *El hospedaje.*

Sino sólo el autor dellas.
Filipo, el que agora llaman
El Prudente, y de quien vuela
Su nombre por toda el Asia,
Tanto, que aun muerto le tiembla,
General hizo á don Juan,
Un mancebo que pudiera
Competir con Alejandro
En desdichas y en grandezas.
Pío quinto, Pastor de Roma,
Que ellos llaman de su Iglesia,
Á Marco Antonio eligió,
Y á Barbarigo Venecia.
Contra aqueste triunvirato,
Gerïón de tres cabezas,
Eligió Selín tres hombres
De igual valor y experiencia.
Era Uchalí, Rey de Argel,
Uno dellos, mas no era
Tan Aquiles como Ulises,
Ni tan Pirro como César.
Pialí Bajá fué el segundo
Justamente, pues no hubiera
Quien al muerto Barbarroja
Mejor igualara en fuerzas.
Pero esta sangre de Carlos,
Como al otro en las riberas
Del mar de Túnez rindió,
Á quien Lepanto desprecia.
Alí, de quien ya la fama
Te ha dicho veces diversas
Los consejos y las manos,
La fortuna y la prudencia,
Fué escogido sobre todos;
Y déste quiero que sepas
Que soy nieta; Aradín fuerte,
Yo soy Fátima, su nieta.
No te quiero referir,
De la batalla sangrienta,
Lo que tú sabrás mejor,
Y hoy canta el Asia en endechas;
No de mi famoso agüelo
Las militares defensas,
Con que tantas veces puso
La victoria en contingencia.
Díganlo Malta y sus cruces,
Y aquella abierta galera,
Donde tantas cruces blancas,
Rojas de sangre se muestran;
Pues desde el estanterol (1)
Hasta la base cureña,
Un filarete no había
Que no tuviese cabezas.
Si como Uchalí cobarde,
Mi agüelo famoso fuera,
Y volviera las espaldas
Con tan vergonzosa afrenta,
Nunca el español don Juan,
En Mesina las banderas
De Selín, vuestro señor,
Arrastrara con vergüenza.
Pero murió como bueno,
Donde para siempre queda
Vivo su nombre en su fama,
Que es vida que nunca cesa.
De don Álvaro Bazán
Tengo desde entonces queja,
Por cuyo consejo osaron
Emprender tan alta empresa.
Que como muerto el que al lado
Del Príncipe á serlo llega,
No hay quien del suelo levante
Su mísera descendencia.
Axá Alí, su mayor hija,
Y su más amada prenda,
No casó con tanto honor
Como en su vida pudiera.
Nací yo de sus desdichas
Heredera, ¡triste herencia!
Donde sólo el referirlas
Es mi nobleza y hacienda.
Después sabrás por qué vivo
En estas islas, y á ellas
Quién me trujo y por qué causa,
Pues no es bien que te detengas.
Ven á mi casa, Aradín,
Para que te sirva en ella
Quien quisiera ser Cleopatra
Porque Marco Antonio fueras.

ARADÍN.

Tanto estimo conocerte,
Que me obliga tu desdicha
A llorar de Alí la muerte,
Aunque he tenido por dicha
Merecer, Fátima, verte.
Tan bella te hizo Alá,
Que á esta gobernación
Vine forzado de allá,
Y hallo que en su posesión
Todo el bien del mundo está.
Cuando el Gran Señor me hiciera
General de todo el mar,
Á Filipo hacer quisiera
Guerra, y me diera el lugar
Que él en su armada tuviera,
Pienso que no le trocara
Por este humilde gobierno.
¡Tanto estimo ver tu cara,
Donde puso el cielo eterno
Tanta luz, beldad tan rara!
Y porque aquéstas no sean
Palabras, como lo son
Las más de los que desean,
Y antes de la ejecución
Mis pensamientos se vean,
Quiero casarme contigo;
Que no tengo, Alá es testigo,
Más de dos mujeres solas,
Diez esclavas españolas
Y tres que vienen conmigo;

(1) En la edición de Zaragoza: *estanterol es.*

Así que serás señora
Dellas y de mí.

FÁTIMA.

Quisiera
Servirte, Aradín, agora,
Si ser casada pudiera,
Así tu talle enamora;
Pero tengo un imposible.

ARADÍN.

¿Como, no siendo casada?
Dímelo, y será posible;
Que en lo que á mi gusto agrada
Soy poderoso y terrible.

FÁTIMA.

No es cosa que hacerla puedes.

ARADÍN.

Fátima, si me concedes
Tu mano, es pequeña hazaña
Ganar otra vez á España,
Para que obligada quedes.
Dime en qué servirte puedo;
Que, atravesando la mar,
Haré que ensanche de miedo
Sus estrechos Gibraltar,
Para llegar á Toledo.
Y si esto es poco, imagina
Que adonde el Ártico Polo
Corre la oriental cortina,
Desnudo este acero solo,
Pondré tu imagen divina.
Que del Danubio al Hidaspe,
Seré en hazañas segundo
Al amador de Campaspe,
Y en las márgenes del mundo
Pondré columnas de jaspe.
De otro monstruo nunca visto
Pienso ser Belorophonte,
Y tú verás que conquisto
Desde el Atlántico monte,
Adonde alumbra Calixto.
Dime, Fátima querida,
El juramento que has hecho.

FÁTIMA.

Del Bajá, toda su vida
Tuvo mi madre en el pecho
La triste historia esculpida;
Pedía venganza al cielo,
Por la muerte de mi agüelo,
De don Álvaro Bazán,
Por cuya cruz santa están
Tantas lunas por el suelo.
Yo, aunque niña, la escuchaba,
Y aquel odio y desamor
Dentro del alma estampaba.
Murió, heredé su (1) rigor,
Que infuso en la sangre estaba;
Y así, sabiendo su muerte,
Después de tantas victorias
En que le ayudó la suerte,
Donde él convirtió sus glorias,
Mi furia el rigor convierte.
Un hijo dicen que tiene
Que así iguala su valor,
Que á ser con hazañas viene
De nuestras lunas terror,
Si no es que el mar le detiene.
Y así, estoy determinada
De no me casar con hombre
Que no traiga ensangrentada
En tres vidas deste nombre
La mano y la turca espada.
Pídenme mil capitanes,
Mas que ha de gozarme advierto,
De los que son más galanes,
Sólo aquel que hubiere muerto
Tres caballeros Bazanes.

ARADÍN.

¡Extraña furia!

FÁTIMA.

Esto intento.

ARADÍN.

¿Y si son de otro apellido?

FÁTIMA.

No hay tratar del casamiento.

ARADÍN.

¿Tres pides?

FÁTIMA.

Tres vidas pido.

ARADÍN.

¡Vengativo pensamiento!
¿Y por fuerza, del linaje
Del Marqués de Santa Cruz?

FÁTIMA.

Esa sangre fué mi ultraje.

ARADÍN.

Pues pide que al sol la luz
En medio del curso ataje;
Pide que un rayo le quite,
Si esto decirse permite;
Pídeme puños de estrellas,
Que haré que llegar á ellas
Mi tierno amor facilite;
Pídeme que tener pueda
De aquella primera rueda
El cristalino edificio,
Que haré estar por tu servicio
Toda su máquina queda;
Pídeme las pomas de oro,
Pídeme el dorado toro
Por donde camina el sol,
Pídeme el ceptro español;
Que desde el mar indio al moro
No hay perla en concha, no hay piedra
En mina, ni ámbar en mar,
Ni coral su centro empiedra (1),

(1) En la edición de Zaragoza: *todo su.*

(1) En la edición de Zaragoza están así estos versos:

No hay perla en concha,
No hay piedra en mina,
No hay ámbar en mar,
Ni coral, su centro en piedras.....

Que no te dé por llegar
Á ser de tus ramas hiedra.
No sólo quiero que saques
Tres Bazanes de partido
Para que la furia aplaques,
Sino á cuantos han traído
Blancos y negros escaques;
Todo el linaje te ofrezco;
Pasaré á España, armaré
Cien galeras.

FÁTIMA.

Si merezco
Tanto favor de tu fe,
Hoy mi esperanza enriquezco:
Ven á descansar, valiente,
Famoso, noble, galán.

SELÍN.

¡Que esto un hombre cuerdo intente!
¿Todo el linaje Bazán
Le ofreces?

ARADÍN.

Y diez, y veinte;
Mas sabes qué es desear,
Déjame tú prometer
Hasta que llegue alcanzar;
Que, ejecutado el placer,
¿Quién se acuerda de pagar?

SELÍN.

Bien dices; estoy corrido
De no te haber entendido.

ARADÍN.

Engañarla quiero allá.

SELÍN.

Luego ¿el Bazán vivirá?

ARADÍN.

Lo que Alá fuere servido.

Éntranse, y salga un pregonero turco y cuatro esclavos cristianos, Peralta, Cabrera, Beatriz y don Pedro.

DON PEDRO.

Baja la voz, pregonero,
Ó no me vendas á mí.

PREGONERO.

¡Tres blancas dan!

DON PEDRO.

Eso sí,
Que agradecértelo espero.

PREGONERO.

¡Tres blancas dan!

DON PEDRO.

No levantes
La voz, ó harásme que pierda
El seso.

CABRERA.

Si se te acuerda
De otros palos semejantes,
¿Cómo, don Pedro, no miras
Los muchos que te han de dar,
Y dejando el porfiar
De tu opinión te retiras?

DON PEDRO.

Porque no me ha de vender
Cariadeno, aunque se vaya,
Ó he de quedar en la playa
Muerto.

PERALTA.

¿Y no hay más que perder?
Ya que desprecias la vida,
Ten del alma algún cuidado.

DON PEDRO.

Porque estoy desesperado,
Soy de mí mismo homicida.
¡Piérdase, perdido el bien,
Alma y vida!

PERALTA.

En un cristiano
Es hecho torpe y liviano.

Entren dos turcos, Jafer y Dalí.

JAFER.

¿Venden la esclava?

DALÍ.

También.

PREGONERO.

¿Quién compra los cuatro esclavos?
¿Hay quién puje? ¿Hay quién dé más?

DON PEDRO.

Peralta, engañado estás:
Si mil cadenas, mil clavos,
Mil hierros, cien mil esposas
Me echase en tantos enojos,
Basta, por gloria á mis ojos,
Ver sus estrellas hermosas.
Muero por ella: ¿qué haré,
Si á Constantinopla quieren
Llevarla?

JAFER.

Si me la dieren
Por lo justo, compraré,
Dalí, la española esclava.

DALÍ.

Llega, y del precio te informa;
Si con el gusto conforma,
Determínate y acaba.

JAFER.

¿Qué piden de la esclavilla?

PREGONERO.

Cómprala con lo que ves,
Que los tres cantan á tres,
Que es única maravilla.

JAFER.

La esclava sólo me agrada.

PREGONERO.

Trescientos cequíes pido.

JAFER.

¡Gran precio!

PREGONERO.

Pequeño ha sido.

JAFER.

¿Por qué?

PREGONERO.

Porque es extremada;
Que canta y hace labor,
Y sabe el turco lenguaje.

JAFER.

Baja del precio.

PREGONERO.

¡Que baje!

JAFER.

Es excesivo rigor.

DALÍ.

Dale á Jafer por doscientos
La esclava, y yo compraré
Ese esclavo.

PREGONERO.

No podré.

JAFER.

Conoce mis pensamientos;
Él me ha visto apasionado.

DALÍ.

¿Cuánto quieres por aquél?

PREGONERO.

¿Cuál?

DON PEDRO.

¡Ah, fortuna cruel!

DALÍ.

Ese español arriscado.

PREGONERO.

Éste mandó Cariadeno
Dar en menos, aunque es hombre
De valor.

DALÍ.

¿Cómo es tu nombre?

DON PEDRO.

Pedro.

DALÍ.

¿Pedro?

DON PEDRO.

[Pedro] el bueno.

DALÍ.

¿Por qué le da en menos precio?
¿Es fugitivo? ¿Es ladrón?

PREGONERO.

Por celos.

DALÍ.

Bastantes son
Para enflaquecer á un necio.
¿De quién los tiene?

PREGONERO.

No sé;
Pienso que es de cierta esclava
Que éste le solicitaba.

JAFER.

Pequeño delito fué.

DALÍ.

Pequeño si la quería.

JAFER.

Nunca fué culpable amor.

DALÍ.

¿Qué piden?

PREGONERO.

Poco valor.

DALÍ.

Pues alto: la prenda es mía;
Dale la esclava á Jafer.

PREGONERO.

En él la esclava remato.

DON PEDRO.

Turco.....

DALÍ.

Esclavo.....

DON PEDRO.

Ese contrato,
Sin mí no se puede hacer.

DALÍ.

¿Cómo?

DON PEDRO.

Quiérote informar
De lo que á tu casa llevas.

DALÍ.

Dame de ti mesmo nuevas.

DON PEDRO.

Soy muy amigo de holgar,
Esto cuanto á lo primero;
Luego, aunque mi amo dé
Voces, no responderé
Palabra en un año entero;
Como por seis, duermo tanto,
Que no despierto en tres días.

DALÍ.

¡Buenas partes!

DON PEDRO.

Como mías.

DALÍ.

De que te escucho me espanto.

DON PEDRO.

Pues estos principios son.....

DALÍ.

Qué, ¿aún tienes más tachas?

DON PEDRO.

Más.
No tendrás mujer jamás
En quien no ponga afición;
Soy tentado por blandura,
Entre otras faltas que tengo,
Y tras todas éstas vengo
Por puntos á tal locura,
Que, desnudando una espada,
Doy tras la casa de suerte,
Que no es más fiera la muerte,
Por un ejército airada:
Son lúcidos intervalos.

DALÍ.

Poner un remedio en medio.

DON PEDRO.

No tiene mi mal remedio.

DALÍ.

Sí tiene.

DON PEDRO.

¿Qué?

DALÍ.

Muchos palos.

DON PEDRO.

Y ¿darásmelos tú á mí?

DALÍ.

¡Perro infame, desviad!
Y ¡mataréle!

DON PEDRO.

Llegad.

JAFER.

¡Mátale y págale!

DON PEDRO.

Ansí.
¡Probad, villanos, á ver!

JAFER.

Cuchillo escondido tiene.

DALÍ.

El nuevo General viene.

JAFER.

Español había de ser.

Aradín éntre con Selín.

ARADÍN.

¿Qué es esto?

DALÍ.

Llega, y sabrás
Quién alborota la tierra.

ARADÍN.

¡Cristianos, canalla perra!

PREGONERO.

Y españoles.

ARADÍN.

¿Eso más?

DALÍ.

Vende, como ya se parte,
Cariadeno sus esclavos,
Ó por tenerlos por bravos,
Ó porque piensa engañarte
Con fingir necesidad,
Habiendo sido tirano.
. . . . (1).
¿Qué miras?

DON PEDRO.

Dile verdad.

DALÍ.

Estando ya concertado,
Dice que no ha de servir,
Y sobre el ir ó no ir,
Aquel cuchillo ha sacado,
Que en el jaleco traía,
Y nos intentó matar.

ARADÍN.

Querrá el perro imitar
El dueño con quien vivía (2):
Ponelde en un palo luego.

(1) Falta un verso.
(2) En la edición de Zaragoza: *vivias*.

DON PEDRO.

Señor, pues por jüez vienes,
Oye á las partes.

ARADÍN.

No tienes
Disculpa.

DON PEDRO.

Escucha, te ruego.

ARADÍN.

¿Qué puedes decir?

DON PEDRO.

Advierte.....

ARADÍN.

¡Cuchillo un esclavo!

DON PEDRO.

Mira
Que dar lugar á la ira
Es de hombres de baja suerte.

ARADÍN.

Ya te escucho.

DON PEDRO.

Si has leído
Divina y humana historia,
Verás que de amor la gloria
Natural disculpa ha sido.
Un Alejandro verás
Por Campaspe loco, y luego
Un Masinisa más ciego,
Que amó á Sophonisba (1) más.
Á un César en el Senado,
Reprendido de Catón;
Aquiles muerto á traición,
Sansón, de Dalila atado.
Aristóteles, que apenas
Hay quien sus grandezas diga,
Por adorar á su amiga
Le desterraron de Atenas.
De vuestro mismo Profeta
Dicen que una hebrea amó;
No soy piedra, hombre soy yo,
El mismo amor me sujeta.
Alma tienen los esclavos,
Alma tengo, esclavo soy.

ARADÍN.

En tu pensamiento estoy,
Tiene amor encuentros bravos;
Digo encuentros, porque es ciego,
Y á cuanto encuentra derriba.

DON PEDRO.

Amo una hermosa cautiva
Que es quinta esencia del fuego,
Es de su elemento puro
Lo más acendrado y raro;
Es el sol, cuanto más claro
Sale del nublado escuro;
Es del mar de amor la carta,
Entre sus olas confusas,
La décima de las Musas,
Y de las Gracias la cuarta.

(1) En la edición de Zaragoza: *Sophenisma*.

Es ángel en mortal velo,
Pintura que sabe hablar,
La Venus de aqueste mar,
Y el lucero de aquel cielo.
Es música en los oídos,
Y regalo en los enojos,
Es gloria para los ojos,
Y es infierno en los sentidos.
Es hechizo que enamora,
Es una Circe que encanta,
Una sirena que canta,
Y un cocodrilo que llora.
Es en desdenes crueles,
Scila, Caribdis y Euripo,
Una Elena de Lisipo,
Y una Andrómeda de Apeles.
Es un campo de traiciones,
Y, finalmente, una fiera,
En sus potencias quimera,
Y Ovidio en transformaciones.
Quiérola bien; tiene celos
Cariadeno de mí, y quiere
Venderme, porque prefiere
Á mi interés sus desvelos.
Y así, es justo que repares
Que sus celos vende en mí;
Mira lo que pasa aquí,
Que hay quien venda sus pesares.
Este compra sus recelos,
Y yo digo que es error:
¡Dichoso aquel amador
Que puede vender sus celos!

ARADÍN.

Hoy, esclavo, la cautiva
Debe de llevar consigo.

DON PEDRO.

Hoy la embarca, y hoy maldigo
Mi suerte y fortuna esquiva;
Véndeme por no llevarme,
Y estos tres vende también
Porque, intentando mi bien,
Trataban de remediarme,
Que como cantan, solían
Ser su regalo.

ARADÍN.

¿Qué historias
Notables cantáis?

DON PEDRO.

Memorias
Del bien que llorar podrían
Los ojos que ya no esperan
Ver un día de placer.

ARADÍN.

Selín.....

SELÍN

Señor.....

ARADÍN.

Yo he de hacer,
Aunque los celos no quieran,
Que esta esclava quede aquí
Y deste cristiano sea.

DON PEDRO.

Justamente el cielo emplea
Esta dignidad en ti.
¡Plegue á Dios que tu fortuna
Á tal lugar te levante,
Que corones el turbante
De los cercos de la luna!
¡Plegue á Dios que en dulces ecos
Tu nombre con el sol rife,
Con más dichas que el Jarife
Que fué señor de Marruecos!
¡Plegue á Dios que á las extrañas
Tierras, que aun el sol enoja,
Llegues, y que á Barbarroja
Venzas en fama y hazañas!
Más que Néstor tengas años,
Más fuerzas que Aquiles griego,
Más que Pompilio sosiego,
Y más que Ulises engaños.
Más tierras ganes que Eneas,
Seas España en poder,
Gran Turco vengas á ser,
Y el mismo Mahoma seas.

SELÍN.

¿Qué te mueve á que éste goce
La esclava?

ARADÍN.

Querer yo bien
Á Fátima, que es por quien
Mi amor al suyo conoce.
Aunque no se hayan tratado
Dos que de una tierra son,
¿No se cobran afición
Si en la extraña se han hallado?
Pues así le doy favor,
Porque si yo quiero bien,
Es de mi patria también
Cualquiera que tiene amor.

SELÍN.

Darás pena á Cariadeno
Y quejarse ha de (1) Selín.

Entre D.ª Leonor, cautiva, y Ruzalí; ella trae un lío de ropa.

RUZALÍ.

De que viniera Aradín
Estaba, Leonor, ajeno,
Pero halo tomado bien,
Pues muestra el papel, en fin,
Que está en gracia de Selín.

LEONOR.

Él lo merece también;
Mas pues sus esclavos vende,
¿Cómo me manda embarcar?

RUZALÍ.

Porque te quiere llevar
Donde regalarte entiende.
Vamos, verás la galera,
Que dicen que es la mejor

---

(1) Falta el *de* en la edicion de Zaragoza.

Que ha tenido el Gran Señor,
Ni vió el mar en su ribera.

LEONOR.

¿No lleva á don Pedro allá?

RUZALÍ.

Mandó á don Pedro vender.

LEONOR.

¿Son celos?

RUZALÍ.

Deben de ser,
Y es bien dejarlos acá.

DON PEDRO.

Aradín.....

ARADÍN.

Cristiano.....

DON PEDRO.

Di,
En lo sereno del cielo,
. . . . (1).
En el mar, en ti y en mí,
En todos los elementos,
En las aves, en la arena,
De granos de aljófar llena,
En los árboles atentos,
En el agua que derriba
Este peñasco de sí,
¿No echas de ver que está aquí
Aquella hermosa cautiva?

ARADÍN.

Tienes, por Alá, razón;
Cierto estaba. ¡Hermosa prenda!
No me espanto que te venda,
Que justos sus celos son.
¡Oh peregrina belleza,
En el todo y cualquier parte,
Asombro eterno del arte,
Luz de la Naturaleza!
¡Oh tabla, oh colores raras,
Oh mármol blanco, oh figura,
Que á no hablar, eras pintura,
Y siendo pintura, hablaras!

DON PEDRO.

¿Cómo es eso?

ARADÍN.

¿Dónde vas?

LEONOR.

Señor, á embarcarme voy,
Que de Cariadeno soy.

ARADÍN.

Eso no lo digas más;
No eres tal, porque en el suelo
Nadie te ha de llamar suya;
Di, cautiva, que eres suya,
Aunque des envidia al cielo.
Y como escribe la gente,
«Dése esta carta á Fulano,
Y en su ausencia, al más cercano
Vecino, amigo ó pariente»,
Diga el cielo en esta calma,
Pues que te escribió también,
Que en su ausencia te me den,
Y daré de porte el alma.

DON PEDRO.

¡Por mi fe, que lo remedias!
No la has visto y ya te admira.

ARADÍN.

Amor no yerra al que tira,
Toda su historia es tragedias;
Ten paciencia, español bravo.

SELÍN.

Razón tiene el español.

ARADÍN.

No tiene, que no es el sol
Para el cristal de un esclavo.
Cuando da el sol en el oro,
Crece el valor celestial,
Mas cuando da en el sayal,
Pierde su lustre y decoro.
Dando aquesta esclava en mí,
Hónrase Naturaleza;
Que es infamar su belleza
Que den sus rayos en ti.

SELÍN.

Flaqueza es amar, señor,
Todo aquello que se vee.

ARADÍN.

Flaqueza hasta verlo fué,
Después yo sé que es valor.
Si un caballo me enseñaras,
Alguna casa ó verjel,
Y me enamorara dél,
Bien fuera que me culparas.
Pero viendo la hermosura
De una mujer como agora,
Ni es mozo el que no la adora,
Ni hombre el que no la procura.
Vosotros, ¿qué hacéis ahí?
Ya no se vende aquí nada.

Todos se van: Jafer, Dalí, el Pregonero, Ruzalí.

JAFER.

Ya nos vamos, pues te agrada.

DALÍ.

¿Y tú también, Ruzalí?

RUZALÍ.

¿Qué le diré á Cariadeno?

ARADÍN.

Que esta esclava quiero yo.

DON PEDRO.

¡Bien la palabra cumplió!
Yo quedo ¡por Dios! muy bueno.

RUZALÍ.

No sé yo si la dará
Por ningún precio.

ARADÍN.

Pues di
Que cuantos he hallado aquí,
Quedan secrestados ya
Por el Gran Señor.

(1) Falta un verso.

RUZALÍ.

Sí haré.

ARADÍN.

Siéntate en esta almohada,
Mujer la más acabada
Que vi del cabello al pie;
Y vosotros prevenid
Los instrumentos; cantad;
Decilde mi voluntad,
Mi pensamiento decid.

LEONOR.

Señor, si mandas, en pie
Podré estar.

ARADÍN.

Siéntate digo,
Porque quiero hablar contigo
Y no es bien que yo lo esté.
Cantad, cantad.

PERALTA.

Ya he templado (1).

DON PEDRO.

Mis destemplanzas espantan;
Yo lloraré mientras cantan.

ARADÍN.

Comenzad.

CABRERA.

Ya comenzamos.

Siéntense los dos y canten los músicos:

Los que soberbios asisten
Sobre las islas Terceras,
Al Marqués de Santa Cruz
Muestran las rebeldes fuerzas.
Mas el famoso Bazán,
Levantando la bandera
Del segundo rey Filipo,
Así dice, así pelea:
«¡Cierra España, cierra, cierra!»
Á la cruz de su apellido
Las confiadas banderas,
No tremolan por el viento,
Mas tremolan porque tiemblan.
Disparó la Capitana,
Responde el mar á las piezas,
Y el Marqués, sobre la popa,
Dice, en la dicha otro César:
«¡Cierra España, cierra, cierra!»

Cariadeno éntre.

CARIADENO.

¡Bien, por Alá! Buen capitán envía
El Gran Señor; bien entra, bien gobierna
Las islas, cuya costa y mar temía,
Si el de Toledo en Nápoles invierna.
¿Eres tú aquel á quien Selín confía
La gente de su ejército moderna,
Para que á sombra tuya, en cuanto emprendan,
La disciplina militar aprendan?
¿Eres tú aquel por quien á mí me quita
El cargo destas islas? ¿Así, infame,
La fama, la opinión se solicita,
Para que con él prives y él te ame?
¡Por el que cuelga en la mayor mezquita,
Que apenas llegue, cuando haré que llame
Tu vil persona, y te condene á fuego!
¡Deja, villano, mis esclavos luego!

ARADÍN.

¿Esto sufrís, lumbreras celestiales,
Las del primero móvil y el segundo,
Sin romper vuestros lúcidos cristales,
Para que caigan rayos sobre el mundo?
¡Villano infame, en tanto que te vales
Del turbulento mar, en lo profundo,
Huyendo mi furor, toma en castigo!

SELÍN.

¡Detente!

ARADÍN.

¿Cómo tente?

SELÍN.

¡Tente digo!
No pongas en un bárbaro la mano.
Llama tu guarda.

ARADÍN.

Bien has dicho. ¡Ah, gente!

Soldados salgan.

SOLDADO.

Si te ofendió, pasarle el pecho.

SELÍN.

¡Tente!
Mejor es que le pruebes, que el tirano
Tuvo estas islas.

CARIADENO.

Aradín valiente,
Cuerpo á cuerpo es mejor, no con enredos.

ARADÍN.

Soy tu jüez.

CARIADENO.

Disfraza bien tus miedos.

ARADÍN.

La comisión del Gran Señor es ésta.
Yo sabré lo que has hecho.

CARIADENO.

Los esclavos
Que me has robado le daré en respuesta.
¿Así proceden capitanes bravos?

ARADÍN.

Llevalde luego. Y tú, Selín, apresta,
Levando ferros, desatando cabos,
Las galeras del puerto; y pues hay viento,
Vuelve á Constantinopla.

SELÍN.

Iré al momento.

Váya[se] Selín.

ARADÍN.

Dirásle al Gran Señor lo que ha pasado,

(1) Tal vez escribiera Lope: *Ya templamos*.

Y como queda Cariadeno preso.

CARIADENO.

La esclava, honor y vida me ha costado.
¿Prendéis al que os rigió? ¡Mudable exceso!
Mire quien juzga que ha de ser juzgado,
Y que el mejor gobierno es un proceso;
Así del mar las olas lo celebran,
Que en las que vienen, las que van se quiebran.

Llevan á Cariadeno preso.

Ya comienzas á costarme,
Esclava, desasosiego.

LEONOR.

Que templéis la furia os ruego,
De castigarle y amarme.
Mirad mi humildad, señor,
Y que tales capitanes,
De Marte han de ser galanes,
No de amor, que es niño amor.

ARADÍN.

¿Cómo fuiste su cautiva?

LEONOR.

Es prolija y larga historia.

ARADÍN.

Tengo el oirte por gloria.
Di, porque entretanto vivo.

LEONOR.

En la ciudad donde Alcides
Puso por límite y margen
Del mundo las dos columnas,
Que el César puso más grandes,
Pues llegaron sus pendones
Á los Antárticos mares,
De donde á España, oro y perlas
Carros marítimos traen,
De nobles padres nací;
Pero quitóme á mis padres
El Conde de Leste, inglés,
Cuando vino sobre Cádiz.
Allí, en tan grande desdicha,
Yo, triste, en los arenales
Del mar, desnuda corría,
Ninfa de fortunas tales,
Cuando en un barco pequeño,
Sin alas pude arrojarme,
Si no es que las tiene el miedo
Que en el peligro le nacen.
Allí anduve con las olas
Fluctuando por mil partes,
Ya mirando los socorros,
Ya mirando los combates;
Pero sólo vi entre todos
Los de galeras y naves,
Un mancebo que sentía
De España el injusto ultraje.
Tenía el rostro encendido
De furia y de roja sangre
Ajena, porque la suya
Daba al corazón embates.
No por esto estaba feo,
Antes con gracia admirable,
Que no por el fuego pintan
Más feo el rostro de un ángel.
Discurriendo la crujía,
Animaba á la cobarde
Chusma, porque á los soldados,
Decir que eran suyos baste.
Deseaba yo saber
Quién fuese, cuando en un cable
Veo subido un piloto,
Que así dice con voz grave:
«Gran Marqués de Santa Cruz,
Vuestra Excelencia se aparte
Que es el puesto peligroso,
Y poco el fruto que hace.»
Yo, viendo que era el Marqués
De Santa Cruz, «¡Dios me guarde!»
Dije, y híceme mil cruces,
Para que amor me dejase,
Porque entre el agua bendita,
Si son benditos los mares,
Y la cruz, andaba suelto
Amor, que es demonio en parte;
Que de verle tan gallardo,
El alma quiso tentarme
Mil veces, porque los ojos
Tienen muy fáciles llaves.
En el discurso del día
Fué su valor tan notable,
Que aunque no rindió al Inglés,
Pudo rendirme y matarme.
Al fin yo quedé cautiva
De la guerra más süave
Que tiene el entendimiento,
Porque es amor muerte y Marte.
Salí del mar como Venus,
Mas no pudo ser que hallase
Remedio por muchos días
Ni á mi amor ni á mis pesares.
Volvió el Marqués á Lisboa;
Yo, con intención de hablarle,
Que es verdad que no la niego,
Por ser la causa tan grave,
En una barca flamenca
Pensé que le diera alcance,
Mas llevaba alas de fuego,
Yo pies de hielos de Flandes.
¡Oh gran señor! ¡De mi entierro
Ir en ataúd de nave,
Cantar el viento, y llevar
La luz y la cruz delante!
Perdí de vista la cruz,
Cierta señal de lugares,
Y así nunca entré en Lisboa,
Que no la vi y era tarde.
Luego tres fuertes navíos
Nos alcanzaron un martes,
Y por la reina Isabel
Mandan que la vela amaine.
Amainan, y entra la gente,
Y como sola me hallasen

Desta nación, á mí sola
Me desnudan por rescate.
Echáronme en unas islas
Solitarias, que el mar bate,
Con pescado y con bizcocho,
Breve vida y larga cárcel.
Mas viniendo á hacer aguada
En ellas Morato Arráez,
Fuí de Morato cautiva,
Y en Argel vendida á Zayde.
Éste fué á Constantinopla
Á negocios importantes,
Y me llevó y me vendió
Al Belerbey Amurates,
De quien el Bajá que hoy prendes
Me compró y trujo.

ARADÍN.

No hables
De más desdichas, cautiva,
Que las entrañas me partes.
¿Cómo es tu nombre?

LEONOR.

Leonor.

ARADÍN.

Pues, Leonor, tu puerto hallaste
Si mi buen celo agradeces
Y lo que mereces sabes.
Tú, Pedro, sólo en la tierra
Adonde la planta estampe,
Quiero que pongas los ojos.
Seguidme.

LEONOR.

El cielo te guarde.

Los dos queden.

DON PEDRO.

¿Vas contenta?

LEONOR.

Yo, ¿qué puedo,
Don Pedro, entre tantos males?
Nací en eclipse del sol,
Tengo las dichas iguales;
Mas primero que Aradín
Me goce, sabré matarme.

DON PEDRO.

¿Cumplirásla?

LEONOR.

Á fe de honrada,
De mujer noble y de amante.

DON PEDRO.

Fírmalo.

LEONOR.

La pluma es pena;
Sea el papel el dolor.

DON PEDRO.

Mirad lo que ordena amor.

LEONOR.

Mirad lo que amor ordena.

DON PEDRO.

Esta arena podrá ser;
Escribe, y en ella quede.

LEONOR.

¿Qué pondré?

DON PEDRO.

Lo que amor puede
Y lo que nos da á entender.

LEONOR.

Pues ya ser tuya me agrada
Y ha de ser hasta morir,
Quiero en la arena escribir:
«Antes muerta que mudada.»

DON PEDRO.

Mejor es no suponer.

LEONOR.

¿Por qué, si me obliga amor?

DON PEDRO.

Porque no tendrán valor
Cosas dichas por mujer.
Vete, que el viento que suena
Borrará cualquier razón,
Si ve que de mujer son,
Y escritas en el arena.

JORNADA SEGUNDA

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN LA SEGUNDA JORNADA

Carpio, *soldado*.
Rosela, *dama*.
El Conde de Benavente.
Villegas, *secretario*.
El Marqués de Santa Cruz.
Don Antonio de Velasco.
El capitán Ginés de Torres.
Zamora. | Lorenzana. | Aguado. | Campuzano. — *Soldados*.
Un maltrapillo.
Don Pedro. | Doña Leonor. — *Cautivos*.
[Fátima.]
Aradín. | Cariadeno. | Selín. | Zaidán. — *Turcos*.
La Religión.
La Victoria.
Una guarda.

Fínjase una desembarcación de galeras, y salgan á tierra Carpio, soldado, y Rosela en hábito de hombre.

CARPIO.
Ésta es Nápoles.

ROSELA.
Es bella.

CARPIO.
¡Qué vista, qué majestad!

ROSELA.
¿Habrá en España ciudad
Que se compare con ella?

CARPIO.
Granada tiene hermosura;
Imperio y valor, Toledo;
Valladolid, lustre; Oviedo,
Fortaleza; Cuenca, altura;
Lisboa tiene riqueza;
Ávila, armas; Salamanca,
Letras; Antequera es franca;
Segovia, trato y limpieza;
León tiene antigüedad;
Toro y Zamora, abundancia;
Soria, haber sido Numancia;
Zaragoza, majestad;
Fuerza y soldados, Pamplona;
Campos, Trujillo y Plasencia;
Nobleza y galas, Valencia;
Gran tesoro, Barcelona;
Córdoba, caballería;
Altos blasones, Baeza;
Los dos Jereces, nobleza;
Mar y defensa, Almería:
Y por no te cansar más
Con referir más ciudades,
Ni de sus antigüedades
Decir lo que ya sabrás,
Sola Sevilla la iguala
En comercio, trato y gente.

ROSELA.
¡Brava máquina!

CARPIO.
¡Excelente!

ROSELA.
Altas grandezas señala;
Deseo ver el cuartel
De los españoles.

CARPIO.
Tiene
La grandeza que conviene
Á los que viven en él;
Mas no es ahora ocasión

ROSELA.
La galera me ha cansado.

CARPIO.
Pues ¡por mi vida! que ha dado

El viento siempre á traición.

ROSELA.

¡Triste vida!

CARPIO.

Es para gentes
De valor.

ROSELA.

¿Fáltame á mí?

CARPIO.

Valor hay, Rosela, en ti.

ROSELA.

¿Es él más que yo valiente?
¿Asienta mejor el pie?
¿Ciñe todo el hierro á un lado
Con más gracia? ¿Es más honrado?

CARPIO.

¿De qué te enojas?

ROSELA.

¿De qué?
De no me tener por tal,
Como al mejor español.

CARPIO.

Si te tengo por mi sol,
Con el sol te juzgo igual;
Desemboza el capotillo,
Que los ojos te reboza.
Así viva quien te goza,
Que ya no puedo sufrillo;
Acaba, pues, y perdona.

ROSELA.

Capotillo, por sus ojos,
Cuando me da estos enojos,
No es sino capa gascona.

CARPIO.

Si lloras será aguadera;
Deja chacotas aparte,
Y antes que el Marqués ó Marte
Desembarque de galera,
Escucha cuatro razones,
Porque te quiero enseñar
Cómo en Italia has de andar,
Que á gran peligro te pones.

ROSELA.

Aprende tu soldadesca,
Bisoño, que ¡libre Dios!
Que yo sé para los dos
Lo que en Italia se pesca;
Y pues desde que salí
De Valencia sólo un hombre
No ha penetrado mi nombre,
¿Qué es lo que temes de mí?

CARPIO.

Mira que hay aquí soldados
Que son linces.

ROSELA.

Yo diamante,
Que no habrá vista bastante,
Para romper sus candados.

CARPIO.

El diamante es transparente.

ROSELA.

Sí, pero de igual dureza,
Y su luz y fortaleza
Imito bastantemente.

CARPIO.

Lo que avisarte quería,
Es que en las conversaciones
No llegues con tus razones
Para defender la mía;
No te entremetas en nada,
Que te podrán conocer.

ROSELA.

Celitos deben de ser,
Y disfrazarlos te agrada.
¡Oh, qué donaire tan bobo!
¿Que de eso estabas con queja?
¡Por tu vida, que, aunque oveja,
Sé dónde me aguarda el lobo!

CARPIO.

¡Yo celos! ¿De qué, de verte
Así, con menos belleza?

ROSELA.

Sin duda que es gran bajeza
Tener celos.

CARPIO.

¿De qué suerte?

ROSELA.

Porque cuantos tienen celos
No los quieren confesar,
Aunque los vean andar
Llenos de locos desvelos.

CARPIO.

Pues ¡por vida del Marqués,
Y así Dios le dé ventura
Con Filipo, á quien procura
Servir del modo que ves (1),
Que no los tengo de ti!

ROSELA.

Deja que el Marqués se goce,
Que ya Filipo conoce
Sus prendas, como yo á ti;
Déjale, pues que le ha dado
De Nápoles las galeras,
Que del Asia las riberas,
Y hasta las del mar helado,
Tiemblen el santo apellido
De su cruz, con que ya sale,
Y que en hazañas iguale
Á su padre esclarecido;
Y no jures cuando mientes
Su vida.

CARPIO.

Yo sé que juro
Verdad.

ROSELA.

Y yo que procuro
Que sólo el amor aumentes.

Disparen.

(1) En la edición de Zaragoza: *veys.*

CARPIO.
¡Grande estruendo!

ROSELA.
El mar se cierra.

CARPIO.
Es que el Marqués desembarca
De la galera á la barca
Y de la barca á la tierra.

ROSELA.
Por ella viene gran gente.

CARPIO.
Es que el Marqués se apercibe
Á salir, y le recibe
El Conde de Benavente.

Harán su salva al Conde, y entrará por una parte el Marqués á hombros de dos turcos de galera, en piernas, con sus grillos al pie, acompañado de Villegas, su secretario, D. Antonio de Velasco y capitán Ginés de Torres, y por otra parte el Conde de Benavente con guarda de alabarderos, tocando á toda la entrada chirimías.

BENAVENTE.
Vuestra Excelencia sea bien venido.

MARQUÉS.
Vuestra Excelencia bien hallado sea.

BENAVENTE.
La gallardía con que sale á tierra,
De preguntar por su salud excusa.

MARQUÉS.
De que vos la tenéis es claro indicio
La merced que me hacéis.

BENAVENTE.
Pienso que ha sido
Próspera la jornada; mas ¿quién duda,
Si tal ángel de guarda os acompaña?
¿Tratóle á mi señora la Marquesa
El mar con aspereza?

MARQUÉS.
No creyera
Que tal comedimiento hubiera usado.

BENAVENTE.
Antes, de ser cortés, era muy cierto
Respeto del que os debe por vos mismo,
Ó en la virtud de vuestro insigne padre;
Que como los antiguos en sus fábulas
Llamaban Rey del mar al dios Neptuno,
Á quien las altas olas se humillaban
Y los monstruos del mar obedecían,
Así al (1) Marqués, en todo el grande Océano,
Y no sólo del agua el movimiento,
Pero las mismas naves y cosarios.

MARQUÉS.
Á los varones de la ilustre casa
De Pimentel, antecesores vuestros,
Viniera justamente esa alabanza,
Pues no sólo la mar, pero la tierra,
Les ha reconocido vasallaje.

BENAVENTE.
Aquí imagino á vuestro padre heroico
En la naval batalla de Lepanto,
Con el consejo y la famosa espada
Teñida hasta la cruz de su apellido,
Hacer hazañas dignas de memoria;
Al lado (1) de aquel joven ilustrísimo,
Hijo de Carlos quinto, César máximo,
Del prudente Filipo hermano, y tío
Del tercero que hoy vive, y viva y reine
Para gloria de España dos mil siglos.

MARQUÉS.
Vuestra Excelencia crea que, en poniendo
Los pies en las arenas desta playa,
Me vino á la memoria, de improviso,
Del Marqués, mi señor, esa jornada,
Y que he sentido el corazón dispuesto
Á toda empresa, aunque imposible sea.

BENAVENTE.
Si de tal ejemplar, si de la esfera
De tan famoso Marte cobráis ánimo,
Y él con sus rayos vuestro pecho anima,
¿Quién duda que emprendáis mayores hechos?
Admírome que España, como Roma
Á Marco Antonio, general del Papa,
Y la sabia Venecia á Barbarigo,
No levantase á vuestro padre estatuas
Sobre piramidales edificios.

MARQUÉS.
¡Tantas mercedes, generoso Conde!

BENAVENTE.
Mas basta el nombre que en el templo eterno
De la inmortalidad dejó sagrado,
Aquella (2) casa que en el Viso tiene
Como altar de la fama, en que se miran
Tantas victorias, triunfos y laureles.

MARQUÉS.
Á lo menos yo sé que, si viviera,
Estimara de vos esas palabras
Más que los triunfos de sus claros hechos.
¡Tanto valor merece el alabanza
De un hombre tan prudente, sabio y justo!

BENAVENTE.
No os doy el parabién de las galeras
De Nápoles, que hallar en vos tal hombre
Ha sido más ventura, que fué vuestra
Llegar al cargo que tan corto os viene;
Y espero que tendréis del gran Filipo
Mercedes sin iguales, porque creo
Que todos cuantos reyes ha tenido
Juntos España, nunca hicieron tantas
Como este soberano y claro Príncipe.

MARQUÉS.
Viniendo yo después de generales
De tan alto valor y nombre insigne,
Y agora de don Pedro de Toledo,
Tan digno del gobierno del mar todo,
¿Qué puedo hacer que alguna estima tenga?
Que así como Aristóteles deshace
El nombre de filósofos tan raros

---

(1) En la edición de Zaragoza: *de*.

(1) En la edición de Zaragoza: *hallada*.
(2) En la misma: [illegible]

Como después vinieron, la grandeza
De tales capitanes desminuye
Cualquier acción de mis deseos y fuerzas.

BENAVENTE.

No es tiempo de tratar desto, ni creo
Que os harán más servicios las lisonjas
Que el descansar del mar: venid conmigo,
Que os aseguro que esta cruz famosa
Hará temblar los términos del Asia
Con las banderas del tercer Filipo.

GINÉS.

Galán anda el Virrey.

CARPIO.

Fué siempre el Conde
Grande honrador de los que tienen méritos.

ANTONIO.

Los suyos son bien grandes, que ellos solos
Suplieran los gobiernos de dos príncipes,
Como fué el de Miranda y el de Lemos,
El uno Presidente de Castilla,
Y el otro ya del cielo Presidente;
Que quien en la presencia de Dios vive,
En el cielo preside.

CARPIO.

Ya se parten.

ANTONIO.

Yo vuelvo á las galeras.

CARPIO.

Yo con ellos.

ANTONIO.

¡Notable fiesta!

CARPIO.

¡Qué contento es vellos!

Éntrense, y digan Carpio y Rosela:

CARPIO.

Los dos príncipes se van
Deste mar y desta tierra.

ROSELA.

¿No es el Marqués muy galán?

CARPIO.

Todas las partes encierra
De un famoso capitán;
Así Alejandro sería,
Así el fuerte Scipïón
Cuando de Africa venía,
Y así sería Catón
Como el Conde.

ROSELA.

Alegre día.

CARPIO.

Ya hay tienda y juego en la playa.

ROSELA.

Ya desembarcan los bravos.

CARPIO.

Ligero el sargento Anaya
Hace armarla á los esclavos.

ROSELA.

Déjame, Carpio, que vaya
Y pruebe la mano allí.

CARPIO.

Déjame llegar á mí,
Que sé el oficio mejor.

ROSELA.

Eso no, porque en rigor,
Quiero acreditarme ansí.

Éntrese Rosela.

CARPIO.

No te conozcan.

ROSELA.

No harán.

Entren D. Antonio y Zamora, soldados.

CARPIO.

¡Oh, mi señor (1) capitán
Don Antonio de Velasco!

ANTONIO.

Vayan Zamora y Añasco,
Pedro de Leiva y Luján,
Y cincuenta moros lleven
Con que ese bizcocho embarquen.

CARPIO.

Menos la galera mueven.

ANTONIO.

Que cuando los fardos marquen,
Les pagarán lo que deben.

CARPIO.

¿Y la ropa del Marqués?

ANTONIO.

Esa sacarán después
Si en la ciudad quiere estar.

CARPIO.

¿Dormirá siempre en la mar?

ANTONIO.

De cuatro noches, las tres:
Los baúles pon en orden,
Y haz que esos barcos aborden
Á la Capitana.

CARPIO.

Voy.

ANTONIO.

Con algún cuidado estoy.

CARPIO.

¿De qué?

ANTONIO.

De que habrá desorden.

ZAMORA.

Desorden hay, no galera (2)
Después del orden que mueve,
Señor, la celeste esfera,
¿Á quién del mundo se debe
Más palma que esta quimera?
¿Hay cosa cual la obediencia
Del cómitre, oyendo el pito,
Y aquella correspondencia
En un número infinito,

---

(1) En la edición de Zaragoza: *el capitán.*
(2) Mejor sentido resultaría leyendo:

¿Desorden en la galera?

Sin mínima diferencia?
  Cuando el bonete sacuden,
El capote ó la cadena,
Cuando quieren que algo muden
Ó hagan cualquiera faena,
¡Con qué diligencia acuden
  En corso de un enemigo!
¿Quién sufre así su molestia?

ANTONIO.

Lo mismo que dices, digo;
Pero reniega de bestia
Que se mueve por castigo.
  Vé y dile á Hamete, de paso,
Que aconche nuestra pinaza.

ZAMORA.

Hoy dió á la chusma Tomaso (1)
Haba y garbanzo.

ANTONIO.

Es varal (2),
Y en las fiestas no es escaso.
  ¡Mísera gente! Agradece

Váyase Zamora.

Un puño de habas y sal
Que con mil gusanos cuece,
Pena, por cierto, infernal
Si en la vida se padece.

CARPIO.

  Entre otros muchos refranes
Que en galera hacen Guzmanes,
Dicen que en estío y invierno
Es de soldados infierno,
Y gloria de capitanes.
  ¿Quién viste, quién come y duerme
Más limpio que un capitán?

ANTONIO.

Yo no puedo detenerme.
¡Hola! Esos moros, ¿no van?
Mas ¡que he de descomponerme!

Váyase D. Antonio.

CARPIO.

  Si él en un banco durmiera
Entre cuatro ó seis remeros,
De otra suerte respondiera.
¿Qué gente es ésta?

Entre Rosela con cuatro soldados, Campuzano, Lorenzana, Aguado y un maltrapillo muy roto.

SOLDADO.

Sin fieros,
Todos somos de galera.
  No me lo pidan ansí.

CAMPUZANO.

Vuarcé, hidalgo, ha ganado;
Que yo le miré.

AGUADO.

Y yo fuí,
Mirándole apasionado.

LORENZANA.

Quizá ganó para (1) mí.

ROSELA.

  Seor Campuzano, yo creo
Que me miró con deseo
De que ganase.

CAMPUZANO.

Es razón
Pagar mi buena intención.

ROSELA.

Ya su buena intención veo;
  Tome ese escudo y perdone.

CAMPUZANO.

Ten tu escudo, Campuzano,
Que setenta escudos pone
Por armas.

ROSELA.

Tenga la mano.
¿Para qué se descompone?

CARPIO.

  Rosela ha ganado; quiero
Ver cómo vuelve por sí.

MALTRAPILLO.

¡Por la fe de caballero,
Que también yo dije allí
«Á pagar de mi dinero»,
  Y vuarcé, seor hidalgo,
Tiró treinta escudos juntos
Y no se comide en algo!

ROSELA.

¡Oh, qué bien! ¿Conmigo en puntos?
¡Váyase á espulgar un galgo!

MALTRAPILLO.

  Yo espulgarme, bien pudiera,
Que en las calzas y la cuera
Aún se aloja infantería,
Que, por ventura, podría
Poblar alguna galera.
  Cuanto á galgo, ¡vive Cristo
Que no soy moro, y que tengo
Mi ejecutoria, y la ha visto
El seor (2) Aguado!

ROSELA.

Yo vengo,
No á ganar, á ser bienquisto.
  Por fieros no hay que tratar,
Pídanlo por cortesía;
Que del pedir al tomar
Hay lo que de noche al día
Y del decir al obrar.
  Todo hombre quede avisado,
Aunque de bravo reviente
Y se pique de taimado,
Que aunque soy barbiponiente,
Tengo el corazón colchado.
  El seor (3) Aguado y amigo

---

(1) En la edición de Zaragoza: *Tomasco.*
(2) Falta la rima.

---

(1) En la edición de Zaragoza: *p*[illegible].
(2) En la misma: [illegible].
(3) En la misma: *señor.*

Se sirva de ocho reales.

AGUADO.

¿Qué me dice?

ROSELA.

Lo que digo.

AGUADO.

Eso hará con sus iguales,
No conmigo.

ROSELA.

Ni conmigo;
Que si los vuelvo á embolsar
Y pongo mano á la boca (1),
No me los podrá quitar
El mundo.

AGUADO.

Calle la boca.

ROSELA.

¿Callar? No quiero callar.
¿Digo bien, seor Lorenzana?

LORENZANA.

Dice bien aqueste hidalgo,
Y parte de lo que gana,
Y yo á defenderle salgo
Con la misma Durindana.
Óyame.

ROSELA.

¿Qué?

LORENZANA.

Bien merezco
Que de ahí me dé un doblón,
Pues á su lado me ofrezco.

ROSELA.

Pues ¿antes de la cuestión?

CARPIO.

De verla hablar me enloquezco.

LORENZANA.

Antes el bien me le dé,
Porque si mato algún hombre
Riñendo, tenga con qué,
Por ser público mi nombre,
Siquiera me vaya á pie.

ROSELA.

¿Piensan ellos que he nacido
En las malvas?

AGUADO.

Calle agora,
Que es mozo y recién venido.

LORENZANA.

¿Sobre cuatro reales llora?

ROSELA.

Ya he dicho lo que he sentido.
¡Vive Cristo, que no es
El barato ni el dinero!

MALTRAPILLO.

¿Es fuero?

ROSELA.

Si el fuero es,
¡Por vida de la que quiero,
Y pinta la del Marqués.....

MALTRAPILLO.

Pues denos en cortesía,
Por vida de aquesa dama,
Y deje la valentía.

ROSELA.

Por su vida y por su fama
Daré hasta la propia mía.
Tome el seor Campuzano
Otro escudo, y un doblón
Lorenzana.

LORENZANA.

¡Heroica mano!

ROSELA.

Estos tres, de á ocho son:
Tome, Aguado, y nada gano.

CAMPUZANO.

Á probar voy mi ventura.

LORENZANA.

Yo la mía.

AGUADO.

Y yo tras vos.

Váyanse Campuzano, Aguado y Lorenzana.

ROSELA.

Quien por esa vida jura,
¿Qué no podrá?

MALTRAPILLO.

¡Bien, por Dios,
Y á muy buena coyuntura!
¿Cómo fué tan limitada
De su señora la vida,
Tan corta, tan malograda,
Tan triste, tan abatida,
Que para mí no hubo nada?
No hace caso, ¡vive Dios!
¡Ah, seor soldado! ¿Qué digo?
¡Seor soldado, oigámonos!
¿Tanta gravedad conmigo?
Finge, escupe y tiene tos.
¡Oigan el descuido hechizo!
¿Echó á los oídos llaves?
¡Oh soberbia! ¿Quién te hizo,
Que en entrando en hombres graves,
Luego les das romadizo?
¡Oh, mozuelos papahigos!
Y tú, que aquí no me sientes,
Calla y tendrás enemigos.
. . . . (1).
¡Ah, seor soldado; ah, señor!
¡Hola! ¿Qué digo?

ROSELA.

¿Quién es?

MALTRAPILLO.

Un soldado pecador,
Que dando barato á tres,
No alcanzó un cuarto de honor;
Si es porque estoy mal ceñido,

(1) Tal vez Lope escribiera *loca*, refiriéndose á la espada.

(1) Faltan dos versos para completar esta quintilla.

El buen talle hace al galán,
Nuevo fué, y hase rompido;
El primer hombre fué Adán,
Y andaba peor vestido.
Estas calzas eran joyas
Para un rey; ya están á tiempo,
Que se vuelven con tramoya;
Si mi calza acabó el tiempo
No es mucho; acabose Troya.
Vuelva á hablarme y vuelva á vellas,
Que puesto que remendadas,
Si no me da para ellas
Le daré más cuchilladas
Que ahora me cuelgan dellas.

ROSELA.

No tengo ¡por Dios! trocado;
Dios, gentilhombre, os provea.

MALTRAPILLO.

¿Cómo es aqueso?

ROSELA.

¡Extremado
Pobre!

MALTRAPILLO.

¡Pese á la librea,
No soy pobre, soy soldado!
Si el verme roto os esfuerza,
De ese propósito os tuerza,
Que quien pide con espada
No quiere limosna dada,
Sino tomada por fuerza.
¡Por vida del General,
Que ya no estimo el barato,
Sino su mal trato!

ROSELA.

¿Cuál?

MALTRAPILLO.

Dejarme así, ¿no es mal trato?
¿Soy, por ventura, hospital?

ROSELA.

Hombre, ¿qué os venís á mí?

MALTRAPILLO.

Hombre soy, que cuando fuí,
Dí más honras que tenéis
Barbas.

ROSELA.

Pocas dado habéis.
¿Veis un real de á ocho ahí?

MALTRAPILLO.

¿Arrojado? ¡Lindo brío!
Este tomo como guante
Que se arroja en desafío;
Saco ahora la tajante.
¿Ríese?

ROSELA.

De vos me río.

MALTRAPILLO.

Meta mano.

ROSELA.

Si entendiera
Que había en vos qué cortar,
Mano á la espada pusiera,
Pero no veo lugar
Ni en las calzas ni en la cuera.
Estáis todo tan cortado,
Que dónde os tirar no sé,
Porque en vos, seor soldado,
¿Qué cuchilladas daré,
Si estáis todo acuchillado?

MALTRAPILLO.

Meted mano.

Meta mano Rosela.

ROSELA.

Meteréla,
Como aguja con que cosa
Tanto remiendo.

CARPIO.

¡Ay, Rosela!

ROSELA.

Hasta la espada es mohosa.

MALTRAPILLO.

Sí, pero en sangre se amuela.

Llega Carpio.

CARPIO.

Paz, señores; paz, soldado;
Mire que es mi camarada.

MALTRAPILLO.

¡Ay, que me han descalabrado!

Don Antonio éntre.

ANTONIO.

¿Qué es aquesto?

CARPIO.

Ya no es nada.

ANTONIO.

El soldado han maltratado.
¡Fuera!

CARPIO.

Señor capitán,
Mire que le voy huyendo.

ANTONIO.

¡Prendedle!

ROSELA.

No prenderán.

ANTONIO.

¿Quién es?

ROSELA.

Yo, que le defiendo.

ANTONIO.

¡Oh, qué gracioso Guzmán!
¡Echalde al remo!

ROSELA.

Aunque pierda
La vida. ¿Y si se le acuerda
Que el huirle es ley? (1).

(1) Verso incompleto.

ANTONIO.

¿Cómo? ¡Por vida del Rey,
Que le dé un trato de cuerda!

Éstos se entran, y sale D. Pedro, cautivo.

DON PEDRO.

Paso mis mejores años
En una obscura prisión
Donde apenas la ocasión
Sabe que lo es de mis daños.
Ya no aprovechan engaños
Para dilatar la vida.
¡Oh escura noche, vestida
De estrellas y de temor,
Gran secretaria de amor
Y en su peligro atrevida!
Después que Aradín cruel
Y Cariadeno quitó
El bien que gozaba yo,
Celoso del sol y dél,
Tú, noche amiga y fïel,
Me traes entre estas rejas,
Donde á la voz de mis quejas
Sale la causa; mas eres
Como sueño en los placeres,
Que al mejor tiempo me dejas.
Mas, pues, sirves, noche amiga,
De descanso al corazón,
¡Oh dulcísima ocasión
De tanta pena y fatiga!
Dame lugar que te diga
El estado de mis males;
Sal como el sol, que si sales,
Darás al alma alegría
Y harás esta noche día
Con tus rayos celestiales.

Doña Leonor en alto.

LEONOR.

¿Es don Pedro?

DON PEDRO.

¡Ah! ¿Quién pudiera,
De cuantos amor rindió,
Ni quejarse como yo,
Ni sufrir pena tan fiera?
¿Quién, sino yo, mi cautiva,
Á tales horas despierta,
Para llorar á tu puerta
El bien de que amor me priva?
¿Quién pudiera, que no fuera
Yo mismo, vivir sin ti?
Ó ¿quién que muriera ansí,
Para tanto mal viviera?
Aquí la noche me tiene
Sin cansarme de esperar,
Entretenido en pensar
Aquel si viene ó no viene.
El viento me está formando
Tu voz; la noche, tu sombra;
Todo pienso que te nombra,
Todo que te está llamando.
Yo, esperando que regale,
Tu sol mis ojos difuntos,
Estoy mirando por puntos
Aquel si sale ó no sale.
En fin, cuando yo te veo,
Acabo con la esperanza,
Que es el mayor mal que alcanza
La ejecución del deseo.

LEONOR.

No digas tal, que si vale
Para aumentar la afición,
Á esa misma dilación
No hay placer que se le iguale
Al que esperanza entretiene;
¿Qué bien tras largo esperar
Se iguala al bien de llegar,
De cuantos el amor tiene?
Y más, que tengo trazado
Que esta noche entres á verme.

DON PEDRO.

Si piensas enloquecerme,
No hay lugar desocupado.
¡Ay, Leonor! ¿Yo entrar á verte?

LEONOR.

Sí, que no viene Aradín;
Es peligro, mas, en fin,
Amor no teme á la muerte.

DON PEDRO.

¿Cómo á la muerte? Si hubiera
Más muertes que en mis cabellos,
Ó fuera cada uno dellos
Una vida que perdiera,
Por gozar de esa beldad
Todas las tuviera en poco;
Que amor, Leonor, que no es loco,
No es amor, sino amistad.

LEONOR.

Aquí tengo un alquicel;

Échale un alquicel.

Toma y póntele, y allega
Sin temor; la noche es ciega;
Ciega las guardas con él;
Diles que eres Aradín,
Que ya las tengo avisadas,
Y al fin están descuidadas
De que pretendo otro fin.

Vístase el alquicel.

DON PEDRO.

Ya le visto.

LEONOR.

Yo también
Bajo á la puerta.

DON PEDRO.

Pues baja;
Cuando sirvas de mortaja,
Alquicel, ¿qué mayor bien?
Á la puerta voy; abrid

Dos guardas con alabarda.

GUARDAS.
¿Quién va?

DON PEDRO.
Vuestro dueño soy.

LEONOR.
Entra, mi bien, que aquí estoy (1).

DON PEDRO.
Guardas, cerrad y dormid.

Éntrese D. Pedro y salga el Marqués de Santa Cruz y Villegas, su secretario.

MARQUÉS.
Dame, Villegas, recado
De escribir, aquí en la popa.

El pito.

VILLEGAS.
Suena el pito fuerarropa,
Y hase (2) la chusma alterado.

El pito.

MARQUÉS.
Pues decid que echen la tienda.

VILLEGAS.
Cómitre, la tienda echad.

Hagan el ruido de la salva de echar la tienda.

MARQUÉS.
Esa cubierta levad.

VILLEGAS.
Puede ser que el viento ofenda
La luz.

MARQUÉS.
No hará, que no es tanto.

CHUSMA.
¡Echa tienda, tienda aprisa!

MARQUÉS.
Que se sosieguen avisa.

VILLEGAS.
De que lo mandes me espanto.
Ya saben que te recoges;
Aquí está tinta y papel.

MARQUÉS.
Poned, Villegas, con él
Uno de aquellos relojes.

VILLEGAS.
¿Para qué, si has de escribir
Y te podría enfadar?

Toma la pluma.

MARQUÉS.
Vos habéis de trasladar;
Que sólo quiero advertir.

VILLEGAS.
Comienza, pues.

MARQUÉS.
¿Qué se ha hecho
El papel que os dí?

VILLEGAS.
Aquí está.

MARQUÉS.
Leedle.

VILLEGAS.
¿Cánsaste ya?

MARQUÉS.
Hoy no estaré de provecho.

Lee.

«No se puede encarecer el alegría que esta corte ha sentido con la venida de Sus Altezas los Príncipes de Saboya, ni otra cosa he visto de mayor grandeza que su entrada, aunque me hizo venir á la memoria el día que entró en Madrid el Marqués de Santa Cruz, padre de Vuestra Excelencia, á besar las manos á Su Majestad del rey Filipe, el Prudente, porque como venía de tantas victorias, se me representó á Julio César cuando triunfando en Roma.....»

¡Cómo! ¿Dícesme que lea
Y duérmeste?

MARQUÉS.
Estoy cansado;
Dejadme y tened cuidado
De que ninguno me vea.

VILLEGAS.
Yo lo haré. ¿Cuándo me mandas
Que vuelva?

MARQUÉS.
Cuando te llame.

Vase el Secretario.

Pues no naces de ocio infame,
Di, sueño, ¿en qué pasos andas?
Ahora bien, te has de vencer;
Basta, que ya sé escribir;
Es salsa para dormir;
Cansancio debe de ser.

Suene una trompeta, y dando vuelta un bofetón, salga por alto la Religión, dentro de un medio castillo, y por la otra parte, en otro, la Victoria sobre una galera pequeña, y cesando la caja, digan:

RELIGIÓN.
Ya, generoso mancebo,
Que el noble pecho te armas
De la cruz de tu apellido
Para gloria de tu patria;
Ya que sales como el sol
Entre los brazos del alba,
Sobre los paternos hechos
Y las heroicas hazañas
De tu esclarecido padre,

(1) En la edición de Zaragoza:

Dentro entra, mi bien,
Que aquí estoy.

(2) En la misma: *hállase*.

Á quien mil templos consagra
La inmortalidad del mundo
En la casa de la fama,
Mueve esas fuertes galeras
Que el invicto Rey de España
Te dió, seguro en tu nombre
Y en la alta sangre heredada,
Parte de Nápoles luego,
Corre las costas del Asia,
Haz que tiemble el Turco fiero
La santa cruz de tu espada.

El Marqués, durmiendo, diga así:

MARQUÉS.

¿Quién eres tú que me animas
Y desde esa torre llamas?

RELIGIÓN.

La Religión soy, Marqués,
Y este castillo es la patria;
Yo soy por quien tu gran padre
Tantas navales batallas
Venció, como ahora muestran
Las paredes de tu casa;
Aquellos cuatro fanales,
De Ingalaterra y de Francia,
África y Asia, te muestran
Señas de victorias altas;
Sobre su famoso entierro
Has visto banderas varias,
Desde el altar á la puerta,
Cubrir la máquina santa;
Como á capitán del mar,
De velas pardas y blancas
Has visto entoldado el techo;
Todo te anima y levanta.

VICTORIA.

Ánimo, valiente joven,
Ánimo; saca la espada,
Vuelve hacia el Asia las proas
De tus galeras gallardas,
Rompe las saladas olas,
Harás sus campos de plata;
El cielo te dará viento,
El mar promete bonanza;
Llevarán sus blancas ninfas,
Aunque les pese á las aguas,
Por aligerar el peso,
Las quillas en las espaldas;
Y después, para que vuelvas
Con las victorias que aguardan,
Te apercibirán coronas
De corales y esmeraldas.

MARQUÉS.

¿Es posible, damas bellas,
Que merezco vuestra gracia?
¿Quién eres tú que me nombras,
Y á quien mi ánima acompañas?

VICTORIA.

Soy la Victoria naval,
Que en esta galera pasa
Los golfos y los estrechos
Cuando se ofrecen batallas.
Yo coroné treinta veces
Á tu padre, que otras tantas
Venció batallas del mar
Por la Religión cristiana;
Y para que más te animes,
Mira esa gallarda estatua
Que de su retrato vive
En los templos de la fama.

Corriéndose una cortina, en medio del teatro se vea una basa de pirámide, y sobre ella el marqués D. Álvaro armado con un bastón, y alrededor muchas banderas, y diga el Marqués:

MARQUÉS.

¡Salve, heroico padre mío!
¡Salve, defensa y muralla
De España y la Religión
De Cristo, honor de tu patria!
Dame esa espada, señor,
Porque si heredo tu espada,
Haré en el Asia mil cosas
Dignas de eterna alabanza.
¡Ah, señor! ¿No me la das?

VICTORIA.

¡Ea, Marqués, ya se tarda!
Tu valor ize á las velas.
¡Toca al arma!

RELIGIÓN.

¡Al Asia!

VICTORIA.

¡Al Asia!

Tocando la trompeta se corra la cortina y se vuelvan los bofetones, y el Marqués despierte alborotado.

MARQUÉS.

¿Qué es esto? ¡Válgame el cielo!
¿Soñaba acaso, ó velaba?
¡Hola, capitán Velasco,
Vera, Villegas, Ayala!
¿No estáis nadie?

Villegas éntre y D. Antonio.

VILLEGAS.

Sí, señor.

MARQUÉS.

¿Aquí no estaba una espada?

ANTONIO.

Sobre esta mesa, ninguna.

MARQUÉS.

¿Ninguna? ¿Luego soñaba?

VILLEGAS.

Pudo ser.

MARQUÉS.

¡Válame Dios!
¡Qué imaginación extraña!
Míralo bien.

VILLEGAS.

No está aquí.

MARQUÉS.
¡Ah, sí, no se me acordaba!
Ya sé dónde la dejé:
Levantadme de mañana,
Que quiero hablar al Virrey.

ANTONIO.
¿Qué tiene?

VILLEGAS.
Sueño.

ANTONIO.
¡Oh, qué gracia!

Váyanse.

Don Pedro y Leonor entren.

LEONOR.
Ya el alba refulgente (1),
Coronando aquellos montes,
Descubre los horizontes,
Ciñe de rosas la frente.
Ya toda cosa distinta
Se ve por el verde suelo,
Y el día, la tierra y cielo
Divide con blanca cinta.
Ya en los valles aparece
La parte más escondida:
Vete, esposo de mi vida,
Vete, y mira que amanece.

DON PEDRO.
¿Así me apartas de ti?
¿Así mi vista te cansa?

LEONOR.
Sabe el amor que descansa
Más el alma en ti que en mí.

DON PEDRO.
Creo que aun piensas.....

LEONOR.
¿En quién?

DON PEDRO.
En aquel tu Marqués.

LEONOR.
¡Calla!
De lo que nunca se halla,
Nunca se da parabién.
Quísele, pero perdí
Tiempo en buscarle: llegué
Á verte, y me despiqué;
Y así, más te quiero á ti.
Rüido suena, y parece
Que en casa se han levantado:
Vete, mi don Pedro amado,
Vete, y mira que amanece.

DON PEDRO.
¿Qué haré de aqueste alquicel?

LEONOR.
Llevártele, por si hubiere
Otra ocasión.

DON PEDRO.
Si amor quiere,
Bien puede cubrirse dél.
¿Tendrás memoria de mí?

LEONOR.
Siempre tengo el alma en vela;
Si fuera mi amor cautela,
No estuvieras, Pedro, aquí.
Mira que amor te enloquece,
Y á los dos nos pone antojos:
Vete, esposo de mis ojos,
Vete, y mira que amanece.

DON PEDRO.
¡Ay, triste, el Bajá ha venido,
Que ya lo siento en la puerta!

LEONOR.
¿Es sin duda? Yo soy muerta.

DON PEDRO.
Mis celos la culpa han sido.

LEONOR.
Desnúdate el alquicel:
Ponte detrás de aquel paño,

Escóndese.

Que quiero hacerle un engaño.
¡Cielos, defendedme dél!

Entre Aradín.

ARADÍN.
¿Tan de mañana?

LEONOR.
He tenido
La noche con mucha pena.

ARADÍN.
¿No estás buena?

LEONOR.
No estoy buena.

ARADÍN.
¿Qué ha sido?

LEONOR.
Celos han sido.

ARADÍN.
¿Finges?

LEONOR.
Quisiera.

ARADÍN.
¿Qué haces
Con ese alquicel?

LEONOR.
Querría
Labrarte uno.

ARADÍN.
Aun sería
Parte para hacer las paces.

LEONOR.
Allá le quise enviar,
Porque si te viene bien,
Pudieses por él también
Hacer que se dé á labrar.

ARADÍN.
¿Quieres que lo pruebe aquí?

(1) La edicion antigua dice *resplandece*, pero la rima exige *refulgente:* de cualquier manera el verso es corto. Quedará bien leyendo *aurora* en vez de *alba*.

LEONOR.
Harásme placer.
ARADÍN.
Pues muestra.
LEONOR.
Viste, y salga en suerte diestra
Tal, el que guardo de ti.

Vaya vistiendo, y como tiene la cabeza cubierta dentro, salga D. Pedro y váyase.

DON PEDRO.
¿Hay tal ingenio?
ARADÍN.
¿Está bien?
LEONOR.
Paréceme que es al justo.
No me has dado mayor gusto
En tu vida.
ARADÍN.
No me den
Otro ninguno hasta tanto
Que me acabes el que emprendes.
LEONOR.
¡Gallardo estás!
ARADÍN.
¿Qué pretendes,
Que me favoreces tanto?
Dente seda, perlas y oro
Para hacer ese alquicel.
LEONOR.
No estarás tan bien con él.
Por el que tienes te adoro.
ARADÍN.
¡Santo Alá! ¡Que este vestido
Tenga tal virtud en sí!
¡La que siempre airada vi,
Tan tierna he visto y oído!
¡Por Mahoma, que han de verme
Los dos que celos me dan,
Á tu lado tan galán!
LEONOR.
Gran merced quieres hacerme.
ARADÍN.
¡Qué envidia que les prometo!
Selín..... Zaydán.....

Salgan Selín y Zaydán.

SELÍN.
Señor.....
ARADÍN.
Corre,
Saca luego de la torre
Á Cariadeno.
SELÍN.
¿Á qué efeto?
ARADÍN.
Traéle con guarda aquí,
No preguntes la ocasión.
Tú, á Pedro de la prisión.

Váyanse.

LEONOR.
¿Á Pedro?
ARADÍN.
Muere (1) por ti.
LEONOR.
¿Qué importa, si le aborrezco?
ARADÍN.
En día que yo te agrado,
Quiero que quien te ha mirado
Conozca lo que merezco.
Llegad esas almohadas:
Siéntate, cristiana, aquí.
Qué, ¿te agrado tanto así?
LEONOR.
Notablemente me agradas.

Siéntense, y éntre Selín y gente con Cariadeno.

SELÍN.
Aquí tienes, señor, á Cariadeno.
CARIADENO.
¿Qué me quieres, Bajá?
ARADÍN.
Que seas testigo
De la gloria que gozo.
CARIADENO.
No condeno
Que de esa libertad uses conmigo;
Que no me puedes dar mayor veneno,
Ni imaginar más áspero castigo.
ARADÍN.
Atadle á esa columna en esa parte.
CARIADENO.
¡Que aunque me pese tengo de mirarte!

Salga Zaydán (2) y gente con D. Pedro.

ZAYDÁN.
El cristiano está aquí.
DON PEDRO.
¿Qué es lo que quieres?
ARADÍN.
Darte envidia no más, favorecido.
Atadle á esa (3) otra parte.
DON PEDRO.
Dueño eres,
Serás de mi humildad obedecido.
ARADÍN.
Diles, Leonor, que á entrambos me prefieres,
Y lo que te agradé con el vestido;
Diles que me dijiste que me adoras;
Diles que de mi talle te enamoras;
Mata, Leonor, de envidia y celos mata
Estos dos enemigos.
LEONOR.
Claramente,
Á lo que ese alquicel en ti retrata

---

(1) En la edición de Zaragoza: *muero.*
(2) En la misma: *Zaydin.*
(3) En la misma: *de esa.*

Digo que adoro, pues está presente,
Y que no me podáis llamar ingrata
Si me tienes amor eternamente,
Ni quien me escucha mudará mi intento,
Más que á las voces de la mar el viento.

Mire de cuando en cuando á D. Pedro.

Aquel concierto que los dos hicimos,
Es el que á toda voluntad prefiere.
Ya sabes la palabra que nos dimos,
Tuya soy y seré mientras viviere,
Y pues tan bien de lo que ves salimos,
Con aqueste alquicel, ¿qué habrá que espere
Un firme amor, que no lo alcance y goce?

DON PEDRO.

¡Qué mal el turco la traición conoce!

ARADÍN.

¿Oís aquesto, amantes envidiosos?
Villanos, ¿no tenéis envidia desto,
No estáis los dos de tanto bien celosos,
No veis en qué lugar Leonor me ha puesto?

CARIADENO.

Da gracias á tus hados venturosos;
Pero los tiempos, que se mudan presto,
Por ventura traerán mayor venganza;
La fortuna es mujer, y ella mudanza.
Subirse Taborlán sobre la frente
De Bayaceto, no fué tanta injuria
Como que goces, cuando estoy presente,
De la que mi valor y el suyo injuria;
Que tú, como tirano é insolente,
Me la robastes con violenta furia;
Ya lo sufrí; mas que ella así te quiera,
La vida acaba, el alma desespera.

ARADÍN.

Y tú, Pedro, ¿qué sientes de mi gloria?

DON PEDRO.

Estoy contento de tu propio gusto,
Trayendo la ocasión á la memoria
Con que salí de mi mortal disgusto;
Tú que saliste con igual victoria,
Paga la deuda de un amor tan justo.

ARADÍN.

Por el consejo, libertad mereces.

DON PEDRO.

Y porque te he engañado tantas veces.

Entre Fátima.

FÁTIMA.

¡Oh famoso Aradín, Bajá valiente!

ARADÍN.

¿Quién es?

FÁTIMA.

Fátima soy; ¿no me conoces?

ARADÍN.

¿Qué quieres en mis baños diligente?

FÁTIMA.

Por muchos años la cautiva goces.
Bien cumples las promesas; bien, pariente,
Á los Bazanes de la cruz feroces
Muestras las lunas de tu azul bandera:
Tres prometistes; dame dos siquiera.

ARADÍN.

Cuando lo prometí, pensé que hallara
Orden para salir en desafío
Si carteles en Nápoles fijara,
En el francés ó turco señorío;
Mas para empresa tan heroica y rara
No tengo de pasar en un navío:
Dame doscientos, y éstos bien armados
De munición, y treinta mil soldados;
Dame diez mil caballos, y con ellos
De oro un millón, porque pasando á España
Yo pueda, conquistándola, prendellos,
Y en tu servicio hacer tan alta hazaña.
Si en estas islas estuvieran ellos,
Fátima, mi valor te desengaña,
Que te diera Bazanes como arena;
Mas al Tajo no llega turca entena.
Si ellos venir quisieran á esta playa,
Aunque el mismo Marqués, Fátima, fuera,
Yo le tuviera cuerpo á cuerpo á raya,
Y al pie de esta cautiva le pusiera.

FÁTIMA.

Pues sabe que me ha dicho una atalaya
Que llegará un Bazán á esta ribera
Antes de un mes.

ARADÍN.

¿De qué lo sabe?

FÁTIMA.

Sabe
Lo que en la tierra y el infierno cabe.

ARADÍN.

¿Sabe de Geomancía?

FÁTIMA.

Yo te digo
Que sabe como en Nápoles se apresta,
Y que de Malta ha de traer consigo
Cruzada gente, á nuestro mal dispuesta.

ARADÍN.

Desata á Cariadeno: hoy por amigo
Quiero tenerte.

CARIADENO.

¿Á mí?

ARADÍN.

Mi mano es ésta;
Dejaré tus agravios si me ayudas.

CARIADENO.

¿Desta ciudad y de su gente dudas?
¿No ves cómo se cierra con dos puertas,
Que tiene foso y puente levadiza?
Todos han de quedar presos ó muertos.
Desde hoy el vencimiento solemniza.

ARADÍN.

Hechos en amistad nuestros conciertos,
Con la fe que en el alma se eterniza,
Podrá ser que te dé la bella esclava.

DON PEDRO.

¡Lo que puede el temor!

SELÍN.

Todo lo acaba.

CARIADENO.

Vamos, y haremos de la gente alarde.

ARADÍN.

Fátima, di que los Bazanes vengan.

FÁTIMA.

Alá te dé victoria.

LEONOR.

Alá te guarde.

DON PEDRO.

¿Será, Leonor, verdad, que intento tengan?

LEONOR.

¡Ay, quiera el cielo que el Marqués no tarde,
Ni los vientos contrarios le detengan!

DON PEDRO.

Celos me has dado.

LEONOR.

Denme eterno lloro
Si no aborrezco al bárbaro y te adoro.

JORNADA TERCERA

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN LA TERCERA JORNADA

El Marqués.
El Conde de Benavente.
Don Antonio de Velasco.
El secretario Villegas.
Un criado.
Los hijos del Conde.
Fátima.
Dalifa.
Aradín.
Cariadeno.
Zaidán.
Selín.
Don Pedro.
El General de (1) Malta.
Don Alonso de Cardona.
Carpio.
Rosela.
Ginés de Torres.
Gonzalo de Vera.
Un maltrapillo.
Un soldado.

Éntre el Marqués de Santa Cruz y el Conde de Benavente, criados, dos hijos del Conde, Villegas y D. Antonio de Velasco.

BENAVENTE.

Á tal determinación
No tengo qué aconsejar.

MARQUÉS.

Hoy tengo resolución,
Señor, de alargarme al mar.

BENAVENTE.

Altos pensamientos son;
Comenzad, noble Marqués,
Á imitar al valeroso
Padre que os dió el cielo.

MARQUÉS.

Él es
Quien me alienta á un hecho honroso
Si pongo en Asia los pies.
Nueva tengo, y es muy cierta,
Que de partirse concierta
Del Turco la caravana
Á Constantinopla.

BENAVENTE.

Es vana
Esa intención, nunca acierta.

MARQUÉS.

Alguna vez podrá ser,
Y ésta lleva un gran tesoro.

BENAVENTE.

Gente será menester;
Que la codicia del oro
Suele por ganar, perder.
Llevánle al Turco su renta,
Eso llaman caravana;
Y pues la partida intenta,
No irá sola.

MARQUÉS.

Es cosa llana;
Mas como acaso no sienta
Que está mal seguro el mar,
No suele llevar defensa,
Y la que suele llevar
No puede hacer mucha ofensa.
En fin, lo pienso intentar;
Que cuando en ella no acierte,
En la costa haré algún daño,
Porque de una ó de otra suerte
Pasa la sazón del año,
Y el mismo tiempo me advierte.
Filipo se ha de servir;
Á esto vine de España:
Hoy, Conde, intento salir.

BENAVENTE.

Parte pretendo en la hazaña,
Y pues yo no puedo ir,
Vayan mis hijos con vos;

(1) En la edición de Zaragoza: *Elguebaras.*

Que don Alonso y don Diego
Pienso que valdrán por dos;
Y que me creáis os ruego
Que los envío por Dios;
Y que los demás los diera
Si en igual edad los viera,
. . . . (1).
De que van á ser soldados
Debajo de tal bandera.
Que yo os tengo en opinión,
Que no les diera más honra
Militar con Scipïón:
Así vuestra cruz nos honra,
Cualquiera español blasón.

MARQUÉS.

Bésoos mil veces las manos,
Señor, por tanto favor;
Que con tales dos hermanos
Seguro va vuestro honor.
De turcos y de africanos.
Notable fruto darán
Para honor del capitán,
Aunque soldados noveles,
Dos pimpollos Pimenteles
En el árbol de un Bazán;
Mas, aunque digo soldados,
Yo lo tengo de ser suyo.

BENAVENTE.

Ellos van con vos honrados.

MARQUÉS.

Ya mis victorias arguyo
De sus brazos esforzados;
No es menester para el mar
Más dicha, ó para la guerra
Más armas; no hay que aguardar,
Hoy me alargo de la tierra.
¡Señores, alto, á embarcar!
¡Toca á leva, y zarpa!

Tiran.

BENAVENTE.

¿Adónde
Iréis desde aquí?

MARQUÉS.

Iré á Malta.

Tiran.

Ya el mar nos llama, y responde;
Sólo, señores, nos falta
Que pidáis licencia al Conde.

DON ALONSO.

Vuestra Excelencia nos dé
Su mano.

BENAVENTE.

Hijos, no tengo
Qué os decir; claro se vee;
Fe y Rey tenéis.

MARQUÉS.

También vengo

(1) Falta un verso para completar esta quintilla.

Por esa mano.

BENAVENTE.

Daré
Todos los brazos con ella.

MARQUÉS.

¡Alto: á embarcar!

VILLEGAS.

Llega.

ANTONIO.

Acosta.

BENAVENTE.

Adiós, hijos.

MARQUÉS.

Clara estrella,
Yo voy del Asia á la costa;
Tuyo soy, vuélveme della.

BENAVENTE.

Desde aquí los quiero ver.

Disparan.

CARPIO.

Disparó la pieza á leva.

Éntrense el Marqués y gente, Villegas, D. Antonio y los hijos del Conde.

BENAVENTE.

¿Hay viento?

CRIADO.

El que es menester.

BENAVENTE.

¡Qué lucida gente lleva!
Dios se la deje volver.

CRIADO.

Lleva tus gallardos hijos,
Y el del Marqués le acompaña
De Guadaleste, famoso
Mancebo.

BENAVENTE.

¿Cómo se llama?

CRIADO.

Don Alonso de Cardona.

BENAVENTE.

¿Quién más?

CRIADO.

Don Diego de Ayala,
Cabo de la Infantería.

BENAVENTE.

¿Qué capitanes?

CRIADO.

De fama:
Juárez y Ginés de Torres,
Y Villalobos, que igualan
Cualquiera de los antiguos,
Y á Camo, famosa espada;
Á don Diego de Alderete,
Digno de toda alabanza;
Á don Luis de Leiva lleva,
Que el noble apellido ensalza;
Lleva á Gonzalo de Vera,

Laurel y honra de las armas;
Don Antonio de Velasco,
En la Patrona levanta
El nombre de capitán,
Con mil trofeos y palmas.
Y sin estos capitanes,
Con igual valor se halla[n]
Don García de Toledo,
Que ser Toledo le basta;
Don Juan de Castro y don Diego
De Vega, de quien no habla
Soldado, que no celebre
Sus valerosas hazañas.
Sin éstos, van otros muchos,
Cuyos nombres celebrara,
Gran señor, si los supiera;
Su fama por ellos habla.

BENAVENTE.

¿Que tantos entretenidos
Y caballeros se embarcan?

CRIADO.

Y, pues va á Malta, no dudes
Que allá otros muchos le aguardan.

Suene dentro ruido de partida.

Dentro:

¡Boga, canalla!

BENAVENTE.

Ya parten.

CRIADO.

Ya se van.

Dentro:

¡Boga, canalla!
Arrolla de avante, presto
El bastardo desamarra.
¡Revilla todos, revilla!

CRIADO.

¡Qué alegre retumba el agua!

BENAVENTE.

Bien parece en el garcés
La banderola de España.

CRIADO.

¡Qué ufana va la Patrona!

BENAVENTE.

¡Qué fuerte la Capitana!

Toquen chirimias con el ruido de la boga, y éntrense el Conde y criados. Entren Fátima y Dalifa, turca hechicera.

FÁTIMA.

¿Eso le has dicho á Aradín?

DALIFA.

Eso le dije, y sospecho
Que los reparos que ha hecho
No ha sido para otro fin.

FÁTIMA.

¿Qué te pide?

DALIFA.

Que en el mar
Una tempestad levante,
Tal, que á todo navegante
Arroje al muerto lugar.

FÁTIMA.

Luego, sin duda, han salido
De Nápoles las galeras.

DALIFA.

Como si salir las vieras,
Lo puedes tener creído.

FÁTIMA.

¿Y viene por general
Ese Bazán que me dices?

DALIFA.

¡Ay, qué fortunas felices
Llenas de suma inmortal,
Y á las de su padre iguales,
Le ofrece el cielo!

FÁTIMA.

¡Ay de mí!
Estorba que llegue aquí,
Pues con Alá tanto vales.

DALIFA.

Fátima, la ciencia mía
Se extiende alterar el mar,
Porque le puede alterar
Quien este favor me envía.
Extiéndese á prevenir,
Por las nuevas que me dan,
Los daños que le podrán
Con el remedio impedir;
Pero no puedo yo hacer
Que trueque su curso el cielo.

FÁTIMA.

¿En qué mayor desconsuelo
Me puede el cielo poner?
Cuando esperaba venganza
Del Marqués de Santa Cruz,
Y vió en las promesas luz
Deste Aradín, mi esperanza,
¿Dices que hallas por tu ciencia
Que á nuestras islas vendrá?

DALIFA.

No digo que viene acá,
Pero que está en contingencia.
Á buscar la caravana
Que trae del Turco el tesoro,
Es su intención, porque el oro,
Mares y montes allana;
Mas no topando con ella,
Por no volverse vacío
Á Nápoles, que su brío
Llega á la mayor estrella,
Querrá intentar algún hecho
De que á España venga honor,
Y no puede ser mayor
Que poner á Longo el pecho,
Que es isla mayor que Rodas,
Y ciudad que en sí contiene
Dos mil turcos.

FÁTIMA.

Si ya viene,

Remedia esas cosas todas
Con tus encantos, Dalifa;
Mueve el húmedo elemento,
Haya entre el mar y el viento
Notable contienda y rifa;
Que yo sé que una hechicera,
Cuando Carlos intentó
Pasar á Argel, levantó
Tal tormenta en su ribera,
Qué dió con él, derrotado,
En Cartagena de España,
Que fué la primera hazaña
En que anduvo desdichado.

DALIFA.

Fátima, si me mandaras
Que á ese Bazán te rindiera,
En llegando á esta ribera,
Porque de su amor gozaras,
Yo lo hiciera fácilmente.

FÁTIMA.

¡Yo amar al de Santa Cruz!
Antes, de su hermosa cruz
Me prive Alá eternamente.
Esto va de nieto á nieto,
Que yo soy nieta de Alí,
Y él de aquel Bazán que allí
Su mujer puso en efeto.

PEDRO.

¡Gran mal la fortuna ordena!
Nunca salgo de cautivo;
Si escapo de aquesta pena,
Piedra soy y en piedra vivo;
No es posible que soy hombre.

LEONOR.

No quiero que éste me vea;
Ven por aquí.

PEDRO (1).

¡Que ésta sea
Vida, que vida se nombre!
¿Cómo que dos enemigos
Se concierten contra mí,
Y que por mi daño, aquí
Estén de manera amigos,
Que Aradín vuelva la esclava
Á Cariadeno? ¿Qué haré,
Pues deste bárbaro sé
Cuán locamente la amaba?
Desta vez pierdo á Leonor;
Pero perderé la vida,
Porque tal prenda perdida,
Ni quiero vida ni honor.
Con dos turcos se la envía:
¡Quién algún arma tuviera,
Para que á entender les diera
Que esta prenda sólo es mía!
¿No hay un árbol que me dé
Una rama? ¡Loco estoy!
Pues llorando humor hoy doy,
Volvedme lo que os presté.
Ya el campo me ofrece piedras,
Las piedras mucho dolor:
Con tantos dueños, Leonor,
Poco ¡por mi vida! medras,
Y menos, y más tu vales
Tanto, que haces gloria el daño.
Ya la llevan, ó me engaño;
Mas nunca me engaño en males,
Siempre son ciertos en mí.

Leonor éntre con Selín y Zaydán.

LEONOR.

Cobarde ha sido el concierto.

SELÍN.

No das, Leonor, en lo cierto.

LEONOR.

Antes, yo pienso que sí.

SELÍN.

Temiendo que el Gran Señor,
Si alguien viene á esta ribera
Y nuestras costas hollara (1)
Con atrevido furor,
Atribuya el desconcierto
Á estar los dos enojados,
Quiere tener separados
Con la paz, el muro y puerto;
Y como entregarte á ti
Es defender la ciudad,
Hace esta paz y amistad.

LEONOR.

Pues ¿quién la defiende así?

SELÍN.

La concordia la defiende,
Y el ser Cariadeno amado;
Que esta gente le ha tratado,
Y le obedece, y le entiende.

ZAYDÁN.

Todos somos conocidos;
El valor de Aradín fuerte,
Pues con amarte y quererte,
Te ha entregado y te ha perdido.

LEONOR.

¿Que siendo dél estimada
Me entrega?

SELÍN.

Piensa, Leonor,
Que, en tocando al Gran Señor,
No hay voluntad reservada;
Si el Gran Señor en Turquía
Dijese á un turco se echase
De una torre, ó se matase,
Sin replicar se echaría;
Y así, Aradín se ha quitado
Su gusto, porque imagina (2)

(1) Es escena distinta, aunque en el texto no está marcada la mutación.

(1) Falta la rima. En la edición de Zaragoza se lee: *hallara*.

(2) En la misma: *imagino*.

Que le sirve.

LEONOR.

¡Hazaña indina!

SELÍN.

De amante, no de soldado;
Y no pisen esta playa
Este verano cristianos,
Que él te volverá á sus manos.

PEDRO.

¿Qué me anima y desmaya?
Amor me anima, y temor
Me desmaya; mas, pues vence
Amor, á mostrar comience
Que es siempre animoso amor;
Suelta el alfanje, villano,

Quítele el alfanje.

Y la cautiva los dos.

ZAYDÁN.

¿Qué es esto, cristiano?

LEONOR.

¡Ay, Dios!

PEDRO.

¡Huid, perros!

ZAYDÁN.

¡Ah, traidor!

SELÍN.

Loco está.

PEDRO.

Dejadla luego.

Pégueles.

ZAYDÁN.

¿Al Bajá, perro?

PEDRO.

Esto es fuego.

SELÍN.

¿Qué dices?

PEDRO.

Esto es amor.

SELÍN.

Vé, Zaydán, y di á Aradín
Que nos quitan la cautiva.

Huyan los turcos.

LEONOR.

¿Qué has hecho?

PEDRO.

El amor me priva
De considerar el fin.

LEONOR.

¡Triste de mí, Pedro mío,
Que me enviaba el Bajá!

PEDRO.

Ya es hecho, y llorarlo ya,
Será, Leonor, desvarío;
Árboles tiene este monte.

LEONOR.

Salgamos de la ciudad.

PEDRO.

Amor es temeridad.
La toca en el rostro ponte,
Que ya, si no es esconderte,
No sé cuál remedio impida
El peligro de tu vida
Y los pasos de mi muerte.

LEONOR.

Guíame, que, en tal fortuna,
Más quiero morir contigo;
Que á volver á mi enemigo
No iguala (1) muerte ninguna.

PEDRO.

¡Qué presto amor se concierta
Á cualquiera desventura!

LEONOR.

Mejor es muerte segura,
Que una vida tan incierta.

Váyanse, y entren, desembarcando con mucho silencio, el Marqués y D. Antonio de Velasco y el General de Malta con la cruz blanca al pecho, y otros de su hábito, y D. Alonso.

MARQUÉS.

Todos se desembarquen con silencio,
Las municiones á la tierra saquen,
Que está la empresa en esto.

GENERAL.

Su Excelencia
Hace una cosa, á lo que yo imagino,
De capitán valiente.

MARQUÉS.

Ya no puedo,
¡Oh General de Malta!, con la gente
Tan valerosa que saqué de Nápoles,
Volver con honra si no emprendo cosa
En qué emplearla, porque me han escrito
Que la jornada que los españoles
Intentaron á Argel, fué murmurada
De muchos que en sus casas ven el mundo,
Y juzgan del peligro de las armas
En espléndidas mesas.

DON ANTONIO.

Informado
De don Urginio Ursino Su Excelencia,
Y de los griegos de San Juan de Pathmos,
Que ya la caravana del Gran Turco
Lleva de Alejandría diez galeras,
Sin otra más de Chipre y Damïata,
Y que de la Sultana juntamente,
Vienen con ella cuatro galeones,
Sin los caramuzales (2) que la esperan,
Dejó la empresa desigual en número,
Pero quiere intentar en esta isla
Algún hecho en que tenga eterna fama.

GENERAL.

Esta isla se llama Longo, y tiene
Fertilidad notable y aun riqueza.

---

(1) En la edición de Zaragoza: *iguale*.
(2) En la misma: *[illegible]*.

DON ANTONIO.
Más tiene la ciudad de dos mil turcos,
Y un castillo fortísimo, que cercan
Famosos baluartes y traveses.
MARQUÉS.
¿No se podrá tomar ese castillo
Con escalada?
GENERAL.
No, que tiene un foso
Tan grande, que en sus aguas se fabrican
Galeras y fragatas.
MARQUÉS.
¿Tiene puente?
DON ANTONIO.
También tiene su puente levadiza.
MARQUÉS.
¿Qué guarnición?
GENERAL.
De cuatrocientos turcos;
Y sin duda, si no es por batería,
Tengo por imposible que se tome.
ALONSO.
La hazaña es grande y digna de esos méritos.
MARQUÉS.
¡Oh fuerte don Alonso de Cardona!
Las grandes cosas, grande peso quieren.
GENERAL.
La ciudad es cercada con dos puertas,
Y tiene un arrabal grande.
MARQUÉS.
Pues quiero,
Si esto le agrada al General de Malta,
Que le embistamos con aquesta orden.
GENERAL.
Diga Vuestra Excelencia.
MARQUÉS.
Dos retardos,
Y de San Juan cincuenta caballeros,
Vayan delante.
GENERAL.
Es poca guarda.
MARQUÉS.
¿Poca?
Pues vayan otros tantos españoles,
Y el capitán Ginés de Torres vaya.
GENERAL.
De esa suerte, señor, irán seguros.
MARQUÉS.
Vaya después el capitán Gonzalo
De Vera con doscientos.
GENERAL.
Tome el paso
Que hay desde la ciudad hasta el castillo,
Para que naide en él éntre ni salga.
MARQUÉS.
Y lleve don Antonio de Velasco,
Que es capitán de los entretenidos
Y los aventajados de galera,
Ciento y cincuenta infantes.
GENERAL.
Acompáñele
También el capitán don Luis de Leiva,
Con otros tantos de su compañía.
MARQUÉS.
Éstos han de romper con las defensas,
Que estarán en las casas y terrados;
Han de entrar la ciudad y saquealla.
GENERAL.
El escuadrón volante, ¿á quién le encarga
Vuestra Excelencia?
MARQUÉS.
De don Juan de Castro
Y don Diego de Vega le confío.
GENERAL.
Y ¿qué tendrá?
MARQUÉS.
Cincuenta arcabuceros
Y otras cincuenta picas; que en el nuestro,
Donde vayan don Diego y don Alonso
De Pimentel, irán los que quedaren,
Y don Diego de Ayala, como cabo
Que es de la infantería.
GENERAL.
¿Y las galeras?
MARQUÉS.
Esas á don García de Toledo
Encomendadas quedarán.
GENERAL.
Y es justo.
MARQUÉS.
¿Qué le parece á Vuestra Señoría?
GENERAL.
Que he conocido su marcial prudencia,
Y que sólo su padre belicoso
Semejante escuadrón pusiera en forma.
Márchese con silencio, que la noche
Nos favorece.
MARQUÉS.
Cuando ría el alba,
Habremos asaltado el fuerte.
GENERAL.
El día
Nos favorece, y téngolo á ventura.
MARQUÉS.
Decís muy bien, que yo salí de Nápoles
Día de Santa Cruz de Mayo, y día
Proprio del apellido de mi casa,
Y asaltaré mañana este castillo,
Del Espíritu Santo día, y Pascua.
GENERAL.
Él nos ayude: váyase formando,
Para marchar, el escuadrón.
MARQUÉS.
¡Oh Espíritu
Santísimo, que das gracia y que puedes
Dármela á mí para tan gran victoria!
En tus manos me pongo, en ellas dejo
La causa de la fe, el honor de España,
De (1) Filipo, mi Rey, la justa gloria;
Dame ayuda, favor, gracia y consuelo;

(1) En la edición de Zaragoza: *De ti.*

Que si tu inmensa gracia me acompaña,
Seguro tiene el fin tan alta hazaña.

[Salen] D. Pedro y D.ª Leonor.

DON PEDRO.
Camina, mi bien, sin miedo.
LEONOR.
No hay miedo donde hay amor;
Y en brazos de tu valor,
¿Qué peligro temer puedo?
DON PEDRO.
Áspera es esta montaña;
Seguros vamos por ella.
LEONOR.
Sí; mas ¿cómo saldrás della
Para dar la vuelta á España?
DON PEDRO.
No soy el primer cautivo
Que algún barco fabricó,
Con que la vida libró
Y llegó á su patria vivo.
Árboles tiene esta sierra,
Jarcias desta junca haré,
Velas deste lienzo, en fe
De que el viento, el mar, la tierra,
Todos me darán favor
Por respeto de que llevo
En ti un simulacro nuevo
Para las aras de amor.
LEONOR.
¡Ay triste, ruido siento!
¿Si son turcos?
DON PEDRO.
Sí serán,
Que ya Selín y Zaydán
Vendrán en mi seguimiento.
Escóndete.

Carpio éntre con Rosela, en su hábito de soldados, y dos arcabuces.

CARPIO.
Aquí he sentido
Turcos; apresta, Rosela,
Cuerda y fuego.
ROSELA.
Centinela
Perdida, sin duda ha sido.
¿Si ha sentido la ciudad
Que echamos la gente en tierra?
CARPIO.
¡Oh, cómo el alma no yerra!
Dispara.
DON PEDRO.
¡Quedo!
LEONOR.
Esperad.
ROSELA.
¿Qué gente?
DON PEDRO.
Cristianos.
ROSELA.
¿Quién?
DON PEDRO.
Cristianos aquí escondidos.
LEONOR.
Cautivos somos huídos.
La cuerda, español, detén.
CARPIO.
¿Cristianos?
DON PEDRO.
Sí; ¿no lo ves?
ROSELA.
¡Notable encuentro!
LEONOR.
¿Hay soldados
En la isla?
ROSELA.
Y muy honrados.
LEONOR.
¿Quién los conduce?
ROSELA.
El Marqués.
LEONOR.
¿Aquí está el de Santa Cruz?
CARPIO.
Y hoy, por Filipo y España,
Ha de intentar una hazaña
Que dé á sus grandezas luz.
ROSELA.
Tanta su padre le ha dado,
Que, como Faetonte al sol,
Puede este sol español
Regir su carro dorado;
Y así, con estas galeras
Abrasa del Asia el mar.
DON PEDRO.
Bien se ha visto en intentar
Los puertos destas riberas.
CARPIO.
¿Estarán bien defendidos?
DON PEDRO.
Por todo extremo lo están.
ROSELA.
Éstos al Marqués dirán
De lo que están advertidos.
Llévalos á su presencia.
CARPIO.
Venid, cautivos.
DON PEDRO.
Oid:
Desde aquí al mar nos decid
Lo que intenta Su Excelencia.
CARPIO.
El Marqués de Santa Cruz,
Día de la Cruz de Mayo,
De Nápoles, con buen tiempo,
Salió animoso y gallardo.
Que como el tercer Filipo
Sale al mundo y no ha gozado
En su tiempo las victorias
Que el hijo del quinto Carlos,

Quiere cualquiera español
Que tiene bastón á cargo,
Hacer que su nombre teman
Desde el aurora al ocaso;
Y el Marqués con más razón,
Por ser alma de aquel brazo
De aquel Capitán del mar,
Divino Jasón cristiano;
De aquel que en el agua fué
Lo que en la tierra Alejandro,
Y más, pues el agua es más,
Y pudo en el agua tanto.
Finalmente, el gran Bazán
Llegó á Malta, y consultando
Su intento, la Religión
Que adora el Bautista santo,
Cinco galeras le ofrece,
Y caballeros cruzados,
Con que alegre hacer aguarda;
Llegó el buen Andrea al cabo.
Desde allí, reconociendo
Á Candia, tan reforzado,
Tuvo un maestral que dió fondo
En la isla del Cristiano.
Salió cuando el alba hermosa
Viene delante del carro
Del sol esparciendo flores,
Y en el mar cristales claros.
Topó una nave cargada
De ropa y menajes varios
De turcos y hebreos, que iban
De la gran Venecia al Cairo,
Y como era de Venecia,
No quiso tomar el casco,
Sino la ropa, en la parte
Que llaman de Policastro.
Que había nuevas en Chipre,
Dijeron los venecianos,
Que de galeras de España
Andaba el mar alterado,
Y que intentar no era bien
La caravana, pues cuando
Saliese de Alejandría,
Era forzoso el cuidado.
Comunicólo el Marqués
Con el de Malta, y hallaron
Que, tomando lengua en Rodas,
Era el camino acertado;
Que travesías y golfos
De aquel mar, son tan extraños,
Que proezas con las galeras
Era imposible trabajo;
Que aunque armadas iban todas
De cinco en cinco por banco,
Eran los forzados nuevos,
Y no hay forzado esforzado.
El Archipiélago entró
El Scipïón castellano,
Haciendo temblar las aguas
Como el vencedor Farsalio,
Mostrando entre blancas cruces
Del Precursor degollado,
La roja del victorioso
Primo de Cristo, Santiago.
Iba en el alto garcés,
La bandera tremolando
Del gran Felipo tercero,
Allanando al golfo el paso.
Las ondas, reconocidas,
Humillábanse, bajando
Las cabezas, y hasta el fondo
De los cristalinos campos.
De navíos de Florencia
Supo el General más claro
Que la caravana iba
Con más de seis mil soldados,
Ya en naves, y ya en galeras,
Ya en caramuzales, dando
Seguras velas al viento,
De los cristianos cosarios.
Con esto el Marqués resuelto,
Ya que era imposible caso
Ofender la caravana,
Por ser el número tanto,
De no se volver á Italia
Sin que el Turco y Otomano
Conociese su valor,
Y de españoles tan bravos,
Y que la persona misma
De aquel Bazán, siempre magno,
Representaba su hijo
En marítimos teatros,
Desembarcó en esta isla,
Con más secreto que aplauso,
Donde pretende mostrar,
Del pecho, del nombre y manos,
Las tres cruces que le adornan:
Del pecho, la de Santiago;
De las manos, la que ciñe;
Del nombre, la de su Estado.
Y saqueando esta tierra,
Dar principio soberano
Á las glorias de Filipo,
Que guarde Dios muchos años.

DON PEDRO.

Á notable tiempo allega:
Día de Espíritu Santo
Es hoy; vencerá sin duda;
Vamos todos al asalto,
Que aún puede ser de provecho.

CARPIO.

¿Eres noble?

DON PEDRO.

Soy hidalgo.

ROSELA.

Á ella digo: ¿es su mujer?

LEONOR.

Serélo, señor soldado,
Si Dios me da libertad
Y saca de tantos daños.

ROSELA.

Dijérale dos requiebros

Si no me hubiera avisado,
Que soy con las damas tierno,
Y con hombres temerario;
Por eso, si vivir quiere,
No se aparte deste brazo.

LEONOR.

Yo lo creo, y así os llevo
Por mi amparo.

ROSELA.

Toque y vamos.

Váyanse, y salgan Aradín y Cariadeno, turcos.

CARIADENO.

En fin, ¿vino el Marqués?

ARADÍN.

Su nombre dice
El mar, la tierra, el viento.

CARIADENO.

¡Extraño caso!

ARADÍN.

¡Que se atreviese á entrar!

CARIADENO.

¡Mozo infelice!

ARADÍN.

Salga una escuadra á defenderle el paso.

CARIADENO.

No habrá cosa que más le atemorice,
Que ver que de sus armas no haces caso.
Toquen en la ciudad, con voces nuevas,
Flautas, cajas, dulzainas y jabebas;
Recíbele con música.

ARADÍN.

Ya creo
Que la música tiene apercebida.

CARIADENO.

Zaydán, tú, en tanto, intenta algún trofeo
Con la gente del muro prevenida.

ARADÍN.

Ver al Bazán de Santa Cruz deseo.

CARIADENO.

Querrás que hoy quede Fátima servida
De tu valor.

ARADÍN.

Hoy quiero que en su cuello
Ponga el pie; yo, el laurel en su cabello.

CARIADENO.

¡Oh, españoles bravatos, fanfarrones,
Qué atrevidos que son!

ARADÍN.

Estos Bazanes
Presumen de sus nombres y blasones
En afrenta de nuestros capitanes;
A Fátima ofrecí tres.

CARIADENO.

No te pones
Á mucha empresa cuando á España allanes,
Que amando todo es poco.

ARADÍN.

¡Bravo estruendo!

CARIADENO.

¡Por Alá, que la gente viene huyendo! (1).

Zaydán y turcos huyendo; Ginés de Torres y soldados, tras ellos.

GINÉS.

¡Caballeros de San Juan,
Á ellos, á ellos; mueran!

CARIADENO.

¡Turcos, no huyan, que esperan!
Haz rostro, y muere, Zaydán.

Peleen y huyan los turcos.

GINÉS.

En la ciudad se han entrado;
La puerta es fuerte, el petardo
Venga.

SOLDADO.

Capitán gallardo,
Ya está el petardo asestado.

Disparan dentro.

GINÉS.

Rompió, mas es poca parte
Para entrar: ¡hachas aquí!

SOLDADO.

¡Ánimo, señor, que allí
Viene airado el mismo Marte!

Entre Gonzalo de Vera con gente.

GINÉS.

¡Señor Gonzalo de Vera,
La muralla resistid!

GONZALO.

¡Ginés de Torres, abrid
La puerta en tanto que muera!

Los unos rompan la puerta con alabardas, y los otros resistan con rodelas la batería del muro, en que habrá también alcancías, á un tiempo todo; y entren el Marqués y D. Antonio y el General de San Juan, y todos los que puedan, con armas, y en rompiendo la puerta, entren todos.

MARQUÉS.

¡Ea, españoles valientes,
Ánimo, que hoy es el día!
Mirad que el nombre nos guía
Para hazañas excelentes.
Hoy el Espíritu Santo
Nos da la dichosa hora
En que á la mayor Señora
Del cielo consoló tanto.
Felipo nos da favor,
La madre España su brío,
Á mí, fuerza el padre mío,
Y á todos, la fe valor.
¡Ea, que nos mira España!
¡Ánimo, leones fuertes,

---

(1) En la edición de Zaragoza aparecen trastrocados todos los versos de esta columna. Se han restablecido en su orden natural.

Que á tan venturosas muertes,
Vida inmortal acompaña!
¡Ea, hijos generosos
De un Conde de Benavente!
¡Ea, General valiente!
¡Ea, soldados famosos!
¡Fuerte don Diego de Ayala,
Y vos, don Diego de Vega,
Que ya la victoria llega,
Á quien ningún bien se iguala!
¡Don Juan de Castro y don Luis
De Leiva (1), romped, derribad,
Y las casas ensalzad,
De cuya sangre venís!
¡Quede Longo por el suelo!
¡Demos á Filipo gloria,
Que si el cielo da victoria,
También la causa es del cielo!

Peleen dentro en entrándose el Marqués, y vayan saliendo con ropas y joyas los soldados, como que saquean la tierra, y cautivando turcos.

DON PEDRO.
¡Camina, perro!

ARADÍN.
Cautivo,
¿Sabes que soy Aradín?

DON PEDRO.
Ya tuvo ese nombre fin,
El Marqués vive y yo vivo.

ARADÍN.
Mira que fuí tu señor,
Mira que soy general.

DON PEDRO.
Cuando me tratabas mal,
¿Mirabas tú mi valor?
¡Camina, perro, á galera!

ARADÍN.
Antes moriré á tu mano,
Que triunfe el Bazán cristiano
De Aradín.

Dentro.

DON PEDRO.
¡Aradín muera!

Rosela con Dalifa.

ROSELA.
¡Pase adelante, perrona!

DALIFA.
Trátame bien, español.

ROSELA.
Mas qué, ¿pide un guardasol
La muy.....

DALIFA.
Detente.

ROSELA.
Perdona,
Que te he de dejar en cueros

DALIFA.
Yo te daré un gran tesoro.

ROSELA.
Mucho me enternece el oro;
Lágrimas trueque á dineros.

DALIFA.
Mira que puedo mostrarte
Con qué mil te querrán bien
Y cuanto quieras te den.

ROSELA.
¿Sabes hechizos?

DALIFA.
Sé el arte
De ablandar un corazón.

ROSELA.
¡Miente la perra perjura,
Que verde edad y hermosura
Los ciertos hechizos son!

DALIFA.
Calla y no seas ingrato,
Aprende esta ciencia y fía.

ROSELA.
En amor, perraza mía,
No hay hechizo como el trato.
Camine y déme dinero,
Venda ese loco engaño
Á las bobillas de hogaño,
Que yo soy perro de herrero.

DALIFA.
Pues ¿qué dirás si te digo
Un secreto?

ROSELA.
Dile, á ver.

DALIFA.
Que eres mujer.

ROSELA.
¿Yo mujer?
¡Camina y serás testigo
De que soy hombre, perraza!
¿Quiéresme?

DALIFA.
¡Pues no!

ROSELA.
¿De veras? (1).
Pues hombre soy.

DALIFA.
Sí, de estraza.

Éntre Galindo, trapillo.

MALTRAPILLO.
¡Que sea tal mi desdicha
Que en todo el saco de Longo
No me dé la tierra un hongo
Que haya nacido por dicha!
¡Que no tope un almaizal,
Ó un alquicel, un bonete!

ROSELA.
Éste es aquel matasiete

(1) En la edición de Zaragoza: *D. Lope*.

(1) Falta un verso para completar la redondilla.

Con quien me llevo tan mal.

MALTRAPILLO.

¡Bien hayan guerras en Flandes!
Que si un lugar se saquea,
Ya que desdichado sea
En hallar tesoros grandes,
Halla un hombre una bodega
Donde se tiende y regala,
Y en pasando de una sala,
Luego á la cocina allega,
En cuyo negro cañón
De chimenea hay colgados
Los chorizos ahumados
Y el chamuscado jamón,
La longaniza y morcilla;
Hasta un obispo, que puede,
Si el Papa se lo concede,
Sentarse á su mesa y silla;
Pero aquí, que cuando más
Halla un hombre pasas y higos,
Y alcuzcuz..... (1) ¿Qué gente?

ROSELA.

Amigos.

MALTRAPILLO.

Bueno; ¿y con sombra detrás?
Suelte la galga, soldado
Barbiponiente, hablador,
Si se acuerda del rumor
En que fuí descalabrado;
Que hoy es día de venganza.

ROSELA.

Pícaro, ¿sabéis quién soy?

MALTRAPILLO.

¡Qué cintarazo le doy!

ROSELA.

¡Fuera!

MALTRAPILLO.

¡Ay, dióme por la panza!

Riñendo se entran, y el Marqués salga con toda la gente. y los turcos atados y el General de Malta.

GENERAL.

Notable ha sido el vencimiento.

MARQUÉS.

Grande.

GENERAL.

Á las casas, señor, de los hebreos,
Que pongan fuego, tu Excelencia mande.

CARPIO.

Los españoles pierden mil empleos
Por reservar los templos de cristianos.

MARQUÉS.

Si están entre ellos, cesen sus deseos.
¿Qué han muerto de los turcos á las manos
De nuestros españoles?

CARPIO.

Cuatrocientos,
Sin los heridos y otros africanos.

MARQUÉS.

¿Y de los nuestros?

CARPIO.

Treinta. Más contentos
De muerte honrosa que de inútil vida.

MARQUÉS.

¿Qué cautivos vendrán?

CARPIO.

Más de trescientos.

GENERAL.

Empresa en estos tiempos preferida
Á cuantas hemos visto, y que hará eterna
Tu fama, por tu cruz esclarecida.

MARQUÉS.

Mucho me pesa el ver en su flor tierna
Difunto á don Alonso de Cardona.
¿Qué hay de Ginés de Torres?

CARPIO.

Una pierna
Le llevó, sin mostrar en su persona
Temor alguno, un gran esmerilazo.

MARQUÉS.

Merece de laurel digna corona.

CARPIO.

Don Antonio está herido de un flechazo.

MARQUÉS.

¿El de Velasco?

CARPIO.

Sí, señor.

MARQUÉS.

¿Promete
Salud?

CARPIO.

Poco detuvo el fuerte brazo.
El capitán don Diego de Alderete
Lo está de una pedrada en la cabeza,
Después de haberla roto á seis ó siete.
Juárez y Villalobos, que en destreza
Exceden [á] otros muchos capitanes,
Estando heridos, muestran más firmeza.
Y á vuestro lado, honor de los Bazanes,
Al Secretario vuestro.

MARQUÉS.

Estoy contento
De que los cortesanos y galanes
Sepan que no van todas por el viento,
Las plumas del papel, cuando la espada
Las lleva por más sólido elemento.

CARPIO.

Laso tiene la cara tan quemada,
Que piensan todos quedará sin vista.

MARQUÉS.

Laso verá á sus pies la envidia helada.

GENERAL.

Así la eterna fama se conquista.
¿Qué rüido es aquel?

Entra un soldado.

SOLDADO.

¡Extraño caso!

(1) En la edición de Zaragoza: *el cuzcuz*.

¿Vuestra Excelencia tanto mal resiste?

MARQUÉS.

¡Hola! ¿Qué es eso?

SOLDADO.

Pontevedra y Laso,
Una nieta de Alí robaron juntos,
Ó estaban juntos esperando al paso;
Y sobre este interés andando en puntos,
La dieron tres ó cuatro puñaladas:
Mira sus ojos ya casi difuntos.

MARQUÉS.

¿Hay tal rigor? Quitadlos las espadas:
Llevadlos presos á galera luego,
Que ¡por vida del Rey.....

GENERAL.

Esas airadas
Voces reporta, y que la excuses ruego.

Meten á Fátima en brazos dos ó tres soldados.

FÁTIMA.

¡Ay, generoso Bazán,
Qué caro que me has costado!

MARQUÉS.

¿Hay remedio?

FÁTIMA.

Es excusado:
No te aflijas, capitán.
Nieta soy del turco Alí,
Á quien tu padre mató,
Y así, deseaba yo
Darte, Bazán, muerte á ti.
¡Mira cómo fué al revés!
Pero consuélome ya
Que me diese vida Alá
Hasta verte, gran Marqués;
Que tu talle y gallardía
De tal manera me agrada,
Que doy por bien empleada
La muerte de Alí y la mía.

MARQUÉS.

Llevadla luego á curar,
Y póngase diligencia.

GENERAL.

Póngala Vuestra Excelencia,
Señor, en irse á embarcar;
Que ya desde las galeras,
Don García de Toledo
Le está llamando.

MARQUÉS.

No puedo
Desamparar las riberas
Hasta que se embarquen todos.

GENERAL.

Toda la presa se embarca.

MARQUÉS.

Siendo así, acosta[d] la barca.
¡Ea, sangre de los godos!
¡Ea, españoles de mar,
Hinchid las manos de oro,
De cautivos, de tesoro,
Pues lo supistes ganar!
Corra la fama parlera
Á España, y diga á Filipo
Que hoy en parte le anticipo
Al galardón que me espera;
Pues después de dar á Dios
Las gracias, la gloria es suya,
Y á ti después.

GENERAL.

De la tuya
Podemos partir los dos.
Haz que pongan las cabezas
De Aradín y Cariadeno
En dos picas.

MARQUÉS.

Hoy enfreno
Al Turco. ¡Disparad piezas!
¡Hundid el mar!

CARPIO.

Eres luz
De España.

GENERAL.

Con esta gloria,
Da fin *La nueva victoria*
Del Marqués de Santa Cruz.

EL BRASIL RESTITUÍDO

(INÉDITA)

EL BRASIL RESTITUÍDO

COMEDIA INÉDITA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PRIMERA JORNADA

PERSONAS.	ACTORES.
Doña Guiomar	*María de Vitoria.*
Don Diego	*El autor.*
Bernardo	*Bernardino.*
Laurencio	*Antonio.*
Leonardo	*Bobadilla.*
El Coronel de Holanda	*Arias, con barba francesa.*
Alberto, *su hijo*	*El Espíritu Santo del auto.*
El Gobernador	*El autor.*
Machado	*Pedro.*
Ongol.	
Darín.	
Soldados.	
La Fama.	
El Brasil	*María de Córdova.*
Monarquía de España.	

J. M. y JOSEF.—ÁNGEL CUSTODIO.

Doña Guiomar y D. Diego.

DIEGO.

¡Injustas quejas!

GUIOMAR.

¿Quién duda
Que lo son, siendo de amor,
Y de un alma, en tu rigor,
De todo favor desnuda?
Luego que un hombre se muda,
Todo le parece injusto;
Que como os obliga el gusto
Á las locuras que hacéis,
Después que no le tenéis,
¿Qué habéis de tener por justo?
Justo fuera que yo hubiera
Mirado más por mi honor,
Pero siendo ciego amor,
Ó no viera, ó no lo fuera;
No siento que no me quiera
Tu gusto, cansado ya,
Que cuando un hombre lo está,
No deja qué persuadir:
Siento el oirte decir

Lo poco que se te da.
En tu palabra fiada,
Todo mi honor empeñé
Á la más fingida fe
Que vió mujer engañada;
Pinta Virgilio la espada
Con que Dido se mató;
Cruel ejemplo dejó,
Pues se fué burlando Eneas;
Y bastan palabras feas
Para que me mate yo.

DIEGO.

No se ha cansado de amarte,
Doña Guiomar, el deseo;
Algunas cosas que veo
Me han retirado de hablarte,
No de amarte y desearte,
Porque no fuera razón;
Ni en cosas de obligación
Puedes, señora, culparme;
Sólo ha sido el retirarme
Consejo de mi opinión.
Está cierta que cumpliera
La palabra prometida
Si fueras mejor nacida
Ó yo Meneses no fuera;
Y cuando amor permitiera
Que mi honor se aventurara
Á manchar sangre tan clara,
Vivís de manera aquí,
Que aun la fe que vive en mí,
Como el honor se agraviara.
No vive un indio gentil
Más idólatra, en razón
Del sol, que otra nación
En su ley en el Brasil.
Pues ¿no fuera cosa vil
Ser á Dios tan desleal
Después de ser desigual?
Luego no es justo también
Querer, si me quieres bien,
Cosa que me esté tan mal.

GUIOMAR.

¡Qué buen remedio has hallado
Para librarte de mí!

DIEGO.

¿Esto no es público aquí?

GUIOMAR.

Mira que te han engañado.

DIEGO.

Bien sabes tú que habéis dado
Al tribunal que sabéis,
Ocasión en que veréis
Castigar la obstinación
Con que en tanta dilación
Esperáis lo que tenéis.
Más he dicho que quisiera;
Tú tienes, Guiomar, la culpa,
Pues te ofende mi disculpa
Más que la culpa pudiera.
Con esto, que mejor fuera
No lo haber dicho en tu cara.
Te dejo, pues si pensara
Morir de no verte, creo
Que rogara á mi deseo
Que mil vidas me quitara.

Vase.

GUIOMAR.

Pues ¿no bastara dejarme,
Cruel, en esta ocasión,
Sino infamarme en razón
De disculparte y matarme?
Pues intentaré vengarme
Aunque me arroje en el mar,
Si tengo que aventurar
Sangre tuya en mi sospecha.

Sale Bernardo, su padre.

BERNARDO.

¿Qué es esto?

GUIOMAR.

Ya no aprovecha
Callar.

BERNARDO.

¿Qué es esto, Guiomar?

GUIOMAR.

Muchas veces te he negado
Lo que ya es fuerza decirte,
Con celo de persuadirte
Á la venganza el cuidado.
De la palabra engañada
De don Diego de Meneses,
Porque en su sangre tuvieses
Parte en Portugal honrada,
Y en toda España también,
Empeñé todo mi honor
Á los engaños de amor,
Dulce mal y amargo bien;
Y agora, para intentar
Retirarse con disculpa,
Á mi nación pone culpa.
Dice que puedo manchar
La sangre ilustre de quien
Desciende, y con deshonor
Suyo, infamando mi amor,
Califica su desdén.
Con ánimo de matarme
Quedé, mas tú puedes ser
Ejecutor, por tener
Más licencia en castigarme;
Que si ya fuí por mi suerte
De ti, Bernardo, nacida,
Como te debo la vida
Quiero deberte la muerte.

BERNARDO.

Deja, Guiomar, de llorar
Puesto que tienes razón;
Que los padres no lo son
Sólo para castigar.

El nombre obliga á tener
Más piedades que asperezas;
Que para sufrir flaquezas
De los hijos, lo han de ser.
El reñir es prevención
Del mal al principio ó medio,
Pero después, el remedio
Es piedad y discreción.
No te aflijas; padre soy,
Hombre soy, mancebo fuí,
Guiomar; que yo no nací
De la manera que estoy.
Tú ya no puedes querer
Más remedio que venganza,
Por la parte que te alcanza
De agraviada y de mujer.
Con esto, como me des
Palabra que has de callar,
Sabrás que te han de vengar
Canas que agraviadas ves.

GUIOMAR.

¿En mi silencio y secreto
Pones duda?

BERNARDO.

Siendo ansí,
Agora sabrás de mí
De tu venganza el efeto.
Temiendo que el Santo Oficio
Envía un visitador,
De cuyo grave rigor
Tenemos bastante indicio,
Los que de nuestra nación
Vivimos en el Brasil,
Que tiene por gente vil
La cristiana Religión,
Por excusar las prisiones,
Los gastos, pleitos y afrentas,
Y ver deste yugo exentas
De tantas obligaciones
Nuestras familias, que ya
Á tal extremo han llegado,
Porque dicen que enojado
Dios con nosotros está,
Habemos escrito á Holanda,
Que con armada se apresta,
De quien tenemos respuesta
Que sobre sus aguas anda,
Juzgando será mejor
Entregarnos á holandeses,
Que sufrir que portugueses
Nos traten con tal rigor.
Esto, Guiomar, en silencio
Hasta ver la ejecución.

GUIOMAR.

Ya sabes mi obligación.

BERNARDO.

Ese es mi amigo Laurencio.

Entra Laurencio.

LAURENCIO.

Á solas quisiera hablarte.

BERNARDO.

Bien puedes, que ya Guiomar
Sabe lo que ha de callar,
Como á quien le alcanza parte.

LAURENCIO.

En forma de mercader
Leonardo Vinch ha llegado
Á la Bahía, que ha dado
Hasta á las piedras placer.
Dice que estará la armada
De las islas brevemente
En el Brasil, con la gente
Más brava y determinada
Que desde la primer nave
Que con Jasón rompió el mar,
Vió su tridente pasar,
Y con General más grave.....
Mas Leonardo viene aquí,
Á él remito lo demás.

Sale Leonardo, holandés.

LEONARDO.

Bien pienso que me darás
Los brazos.

BERNARDO.

Tienes en mí
Un amigo verdadero.

LEONARDO.

Debes, á mi voluntad,
Tratarme con la amistad
Que yo te estimo y te quiero.
Bien sabes de mí que trato
La verdad que yo profeso,
Y si el hablar no es exceso
Y esta dama es tu retrato,
Delante della te digo
Que trae vuestra venganza
Viento en popa más bonanza,
Tiempo alegre y cielo amigo.
Viene el coronel Ricarte
Por General, que pudiera
Regir de Marte la esfera
Cuando se ausentara Marte.
De belicosas naciones
Se ha compuesto de tal modo,
Que es una y un alma todo
Con ser varias religiones.
Naves fuertes y artilladas,
Que en el mar torres parecen,
Á los vientos desvanecen,
De tanto lienzo adornadas.
Sus flámulas de colores,
Gallardetes, banderolas,
Retratándose en las olas,
Parece que siembran flores.
Las sendas que rompe, en suma,
Con deseo de llegar,
Para más secreto el mar,
Las vuelve á cerrar la espuma.

BERNARDO.

Las albricias que te debo

Ven á cobrar.

LEONARDO.

¿Qué mayores
Que verte?

BERNARDO.

Ya vencedores
Os miro.

LEONARDO.

Á decir me atrevo
Que, aunque su gente se loa,
No tuviera á maravilla
Tomar Brisarte á Sevilla,
Á Málaga ó á Lisboa.
Brindemos á la salud
Del coronel; y esta dama
Nos sirva en tanto de fama,
Tenga silencio y quietud;
Que si á su rara hermosura
Conviene su discreción,
La ley de su obligación
Tendrá la vida segura.

GUIOMAR.

Entrad, señor, satisfecho
De que sabemos callar.

LEONARDO.

Decidme el nombre.

GUIOMAR.

Guiomar.
En los ojos, no en el pecho,
Que es fuego cuanto hay en él.

LEONARDO.

Dejad, Guiomar, los enojos
Mientras bebo en vuestros ojos
La salud del coronel.

Machado, soldado, en el muro de un lienzo de ciudad que esté hecho en medio del teatro

MACHADO.

Mar proceloso, de quien
Se han dicho tantas afrentas
Cuantos son los escritores
Que de tus aguas se quejan;
Mar, cuya mucha inconstancia,
Mar, cuya poca firmeza
Tantos conceptos les gastas
Á los mejores poetas;
Con la Luna y la Fortuna
En comparaciones entras
Por instantes en sus plumas,
Por átomos en sus lenguas,
Pues las mujeres en ti
Luego son mar que se altera
Con cualquier viento que corre
Por fácil naturaleza.
Yo, mar, ¿qué diré de ti,
Miserable centinela,
Desvelado en tus espumas,
Lince en tus ondas inciertas?
¡Bien haya aquel venturoso
Que, avaro y rico en la tierra,
Cuenta doblones que guarda,
Y no montañas de arena!
¡Bien haya aquel á quien dieron
Mohatras tan grande hacienda,
Sin que por ella le enojen
Las varas ni las sentencias!
¡Bien haya un cura que vive
Sirviendo á Dios en su aldea,
Con sus diezmos y primicias,
Sus bodigos, vino y cera!
Y ¡bien haya el labrador
Que con su fértil cosecha
No envidia púrpura y oro,
Y sólo el sol le despierta!
Vengan á la guerra un poco
Los qué por allá se quejan,
Sabrán qué es calor y frío,
Cuándo abrasa y cuándo hiela.
¡No aprendiera yo en mi patria
Estas que se llaman letras,
Que se estudian en la cama
Y en los coches se pasean!
¡No viera yo un orinal,
De una calentura señas,
Y no este orinal del cielo,
Donde hay un mundo de arenas!
¿Hay cosa como decir:
«Récipe: *Calipundelas*,
Uncias duas de Sirupi»,
Y agarrábis con la izquierda?
¿Hay cosa como sentado
Escribir: «Párrafo treinta,
Lo dice Gazmio, ley Niflos»,
Aunque los pleitos se pierdan?
¡Que esté yo mirando un mar,
Ó que si voy á la guerra
Y me estropean los brazos
Les agradezca las piernas!
Paciencia, que en fin es honra,
Que justamente se emplean
Laureles en Alejandro
Y triunfos de Roma en César.
Pero ¿qué es lo que descubro
Entre montañas soberbias
De riscos, de mar y espuma?
¡Vive el cielo, que son velas!
¿Armada y por esta parte?
¡Alerta, ciudad, alerta!
¡Armada enemiga, armada!
Una, dos, tres, cuatro, treinta.
¡Pesia tal! Perdidos somos
Si son lo que se sospecha.

Éntre el Gobernador.

GOBERNADOR.

¿De qué das voces, soldado?

MACHADO.

Cuando muchas le parezcan
Al señor Gobernador,
Serán menos que las velas.

Ya con el día se ven
Más claras, y las acerca
El ladrón del viento en popa.

GOBERNADOR.

¿Velas dices?

MACHADO.

¡Linda flema!

GOBERNADOR.

¿Cuántas?

MACHADO.

Cuatrocientas mil.
Si has estado en Madrid, piensa
Una procesión de coches
Que por el Prado pasean.

GOBERNADOR.

¿Tantas son?

MACHADO.

¡Sí, voto á Dios!
Asiéntese y no lo crea,
Y verá lo que le traen
De Holanda ó de Ingalaterra.

GOBERNADOR.

¿De Holanda dices?

MACHADO.

De Holanda,
Puesto que las velas sean
De anjeo.

Bájese Machado.

GOBERNADOR.

Verdad ha sido
Lo que fué fama y sospecha.

Don Diego y algunos soldados y Machado.

DIEGO.

¡Notable fuerza del miedo!

GOBERNADOR.

¿Qué hay, señor don Diego?

DIEGO.

Que entra
La armada del enemigo.

GOBERNADOR.

¿Qué haré, que estoy sin defensa?
¡Ni pólvora, ni soldados,
Ni una bala, ni una cuerda!
¡Extraña desdicha mía!

DIEGO.

Toda la ciudad se altera;
Mujeres y niños sacan;
Lo mejor de sus haciendas
Quieren subir á los montes.

MACHADO.

Bien sé yo los que se quedan.
¡Vive Cristo! Si tostados
Á lento fuego estuvieran
Ciertos hombres que sé yo,
Que tienen su descendencia
De las montañas, no digo
De Asturias, ¡ni Dios lo quiera!
Que allá les dieron principio
Las montañas de Judea,
Que nunca hubieran llegado
Los de Holanda donde llegan.
Advierte que te han vendido.

DIEGO.

Pues no es posible que puedas
Defender esta ciudad
Sin municiones, ¿qué intentas?
Retírate en esos montes
Hasta que de España venga
Socorro.

GOBERNADOR.

¡Oh, qué mal consejo!

DIEGO.

No es consejo, sino fuerza.

GOBERNADOR.

Caballeros, el que cumple
Con su obligación, no queda
Con nota de infamia entre hombres
Que saben lo que es nobleza;
El que lo fuere, conmigo
La espada desnuda mueva,
Defendiendo al Rey su plaza.

DIEGO.

Es generosa respuesta
De un hombre de tu valor.
Mi espada y mi vida sean
Las primeras.

GOBERNADOR.

Sois Meneses.

MACHADO.

Y Machado, ¿es barro? Hoy tenga
Mi vida fin. Entre Holanda.

GOBERNADOR.

¡Portugal!

DIEGO.

¡España!

MACHADO.

¡Cierra!

Suene grande ruido de tiros y desembarcación, cajas y trompetas, viéndose por la parte izquierda del teatro las naves de Holanda, y desembarque el Coronel con su hijo Alberto y soldados holandeses.

CORONEL.

¡Ea, soldados fuertes, que hoy es día
De mostrar vuestra heroica valentía!
Hoy ha de daros tan ilustre hazaña,
Nombre inmortal con el laurel de España.

LEONARDO.

Por esta parte aseguró Bernardo
Fácil la entrada.

CORONEL.

¡Oh, capitán Leonardo,
Á quien deben las islas tanta gloria
Como ha de resultar de esta victoria,
Pues ya famosas como en paz en guerra,
Cuanto obedece el mar tiembla la tierra!

Acometan disparando, y salgan algunas mujeres y otra gente en tropa, con vestidos y ropa, huyendo por una parte y entrando por otra.

MUJER.
¡Míseras de nosotras! ¿Dónde vamos?
Pues por cualquiera parte que salgamos,
Nos espera la muerte en hierro ó fuego.

OTRA.
¿Qué sirve vivir, si habemos de ser luego (1)
Esclavas destos bárbaros?

SOLDADO.
Camina.

MUJER.
¡Señor, á nuestras lágrimas inclina
Tu gran piedad!

OTRA.
¡Misericordia inmensa,
Mira tu sangre, olvidarás la ofensa!

Soldados holandeses sobre el Gobernador y Machado, y D. Diego, las espadas desnudas.

SOLDADO.
¡Date, perro papista, ó ¡vive el cielo,
Que riegues de tu infame sangre el suelo!

GOBERNADOR.
Soldados, yo no veo á quién rendirme,
Y más quiero morir, y que confirme
Mi muerte mi disculpa justamente.

El Coronel y su hijo Alberto.

SOLDADO.
El coronel es éste.

CORONEL.
¡Fuera gente!

ALBERTO.
Éste es el capitán de aquella plaza.

DIEGO.
¡Bravo soldado!

MACHADO.
Es muy gentil coraza.

CORONEL.
¡Date á prisión, portugués!
Ricarte soy.

GOBERNADOR.
Yo pretendo
Morir.

CORONEL.
Y yo te defiendo
Para ponerte á mis pies.

GOBERNADOR.
Que la muerte no me des,
Es dejar en opinión
Mi honrada satisfacción.
Con matarme, honrado quedo;
Que si no muero, no puedo
Cumplir con mi obligación.
Del oficio en que me ves
Vendrás en conocimiento
De quién soy; por eso siento
Que la muerte no me des;
Y basta ser portugués
Para que sepas quién soy.
Y estima, holandés, que estoy
Sin defensa, que es victoria
De que no tienes más gloria
De la que preso te doy.
Bien sé que vendido he sido
De quien podrá ser también
Que en algún árbol le den
El castigo merecido;
Y de haberme á ti vendido,
Poca novedad me hicieron
Los que ingratos me vendieron,
Estando seguro yo
Que este achaque les quedó
Desde que á Cristo vendieron.

CORONEL.
Ahora bien, esto ha de ser.
Prended éstos.

MACHADO.
¿Por qué á mí,
Si yo me voy por aquí?

SOLDADO.
¡Detente!

MACHADO.
Tengo que hacer.

LEONARDO.
Este perro has de poner
En una horca mañana.

MACHADO.
Iré de muy mala gana.

Entren Bernardo y D.ª Guiomar.

BERNARDO.
Llega sin temor, Guiomar.

MACHADO.
¡Oh, quién supiera volar!

GOBERNADOR.
¡Brava fortuna!

DIEGO.
¡Tirana!

Lleven los dos presos.

GUIOMAR.
Vuestra Excelencia me dé
Los pies.

CORONEL.
¿Quién es esta dama?

LEONARDO.
La que á las islas, por fama
De su gentileza fué;
Premio es justo que se dé
Á su padre.

BERNARDO.
El premio ha sido,
Señor, haberte servido.

CORONEL.
Mis brazos os quiero dar.

LEONARDO.
Y yo la mano á Guiomar,
Que quiero ser su marido.

(1) Este verso no consta.

GUIOMAR.
Porque mi dicha lo sea,
El mayor premio me dan.
MACHADO.
¡Lindo casamiento harán
Un hereje y una hebrea!
LEONARDO.
Quien os mira y no os desea,
Poco entendimiento alcanza.
GUIOMAR.
Hoy he de tomar venganza
De don Diego de Meneses.
LEONARDO.
Justo fué, amor, que le dieses
Posesión á mi esperanza.

Éntrense de las manos.

SOLDADO.
Camine, señor soldado.
MACHADO.
¿Soldado yo? ¿De qué paga?
SOLDADO 2.º
Pícale con esa daga.
MACHADO.
Quedo, señor licenciado.
¿No sabe que soy Machado,
Castellano y portugués?
¡Juro á Cristo, de un revés
Le derribe las narices!
SOLDADO.
¿Sabes, bestia, lo que dices?
MACHADO.
Yo se lo diré después.

Salen algunos indios con arcos y aljabas, y el Brasil en figura de dama india, con una rueda de plumas y una flecha dorada como un dardo.

ONGOL.
¿Posible puede ser que en tu belleza
Pueda caber, Brasil, isla famosa,
Contra nuestro valor tanta tristeza?
BRASIL.
Fortuna, en mis desdichas rigurosa,
Corona con laureles mi cabeza.
En tiempo que gentil estaba ociosa
Y en el mar etïópico reinaba,
Que de perlas mis plantas adornaba,
Injusto dueño y sin razón tirano,
De mi valor la posesión tenía
Desde que fué del cielo soberano,
Donde cándida aurora amanecía,
Desterrado á vivir opuesto en vano
En noche eterna al sempiterno día,
Nunca desta verdad desengañada,
Entre las olas de la mar sentada;
Pero aquel portugués, valor del mundo,
Que dió principio á tan notable hazaña,
Sembró de naves este mar profundo,
Que las riberas destas islas baña:
Á Carlos quinto, el Hércules segundo,
Que las columnas excedió de España,
Imitador valiente, que ponía
Las de sus armas donde acaba el día.
Sus portugueses conquistaron fuertes
Mi tierra y mar, con otras que ganaron
Después que con Castilla echaron suertes
Y mis famosos indios sujetaron;
Porque jamás el hijo de Laertes
Y los que su valor acompañaron
Cuando de Troya mísera volvieron,
Tantos peligros y naufragios vieron.
Entonces recibí la fe de Cristo
Y supe que era Dios único y solo;
Con el tirano antiguo me malquisto
Y niego adoración al claro Apolo;
Á los fieros idólatras resisto,
Que ocupan la más parte deste polo,
Y limpia del antiguo barbarismo,
Me baño en las corrientes del bautismo.
Sucede al infernal ídolo de oro,
En soberano pan sacramentado,
Aquel Señor que humildemente adoro,
Y en nuevos templos el altar sagrado;
Del sacrificio el cándido decoro,
Huye el cobarde espíritu, y airado
Desciende á las riberas de Aqueronte
Como cayendo del celeste monte.
Yo, puesto que, aunque bárbara, sabía
Cómo bajando de su empíreo cielo
Á las puras entrañas de María,
Intacto siempre su virgíneo velo,
Con general aplauso y alegría
Nació, y obró la redención del suelo
Desde un madero, que bajó al profundo
Para cuadrar el círculo del mundo,
Mientras más solicita divertirme,
Más firme siempre estoy, cuanto más anda
Estudioso de verme y perseguirme,
Obedeciendo lo que Dios me manda.
Pues viendo que no puede persuadirme,
Ultimamente solicita á Holanda
Por medio de unos bárbaros hebreos
Que le han comunicado sus deseos;
Que por este camino intenta en vano
Introducir su error y apostasía,
Y que le nieguen á Felipe hispano
Estas riberas obediencia mía,
Y sin temer su poderosa mano,
Que rayos como Júpiter envía,
Rompen el mar, y aunque las olas gimen,
Las fuertes proas en su espalda imprimen.
Preso el Gobernador, que sin defensa
Estaba, desta ofensa divertido,
Triunfan á costa de mi injusta ofensa
Los que han llegado y los que me han vendido.
Yo, en tanto, á la piedad del cielo inmensa
Para tan grave mal remedio pido,
Antes que ajena mano se anticipe,
Por medio del católico Felipe.
ONGOL.
Con justa causa, Brasil,

Te quejas de tu desdicha,
Ya que fué tanta tu dicha
Que dejaste el ser gentil;
Pero avisa á Portugal,
Porque en la corte de España
Se sepa la injusta hazaña
Desta gente desleal.

BRASIL.

¿Quién le llevará la nueva,
Siendo la distancia tanta?

ONGOL.

La Fama, que se adelanta
Al mismo sol, ya las lleva.

BRASIL.

¡Quién en sus hermosos rayos
Pudiera escribir, Ongol,
Para que llevara el sol
En sus rayos mis desmayos!
Escribiérale un papel
Al magno Felipe cuarto.

Salga la Fama.

FAMA.

Brasil, á España me parto,
Muy presto estaré con él.

BRASIL.

¿Quién eres, hermosa dama?

FAMA.

¿No te dicen mis despojos
Quién soy, en sus lenguas y ojos,
Y esta voz? Yo soy la Fama.

BRASIL.

Por las alas y el clarín
Te conozco.

FAMA.

Pues yo soy
Quien de polo á polo voy;
Un círculo soy sin fin.
Yo soy la que armas y letras
Celebro.

BRASIL.

Y mi llanto tierno
Dé voz á tu bronce eterno,
Pues cielo y tierra penetras;
Que por tus plumas y manos,
Y de ingenios á tus ruegos,
Viven Alejandros griegos,
Viven Héctores troyanos.
Por ti, cuantos canta Apolo
Serán elogios sucintos
Para alabar Carlos quintos,
No muchos, que es uno solo;
Por ti tendrá eterna vida
Un Fernando aragonés;
Por ti, un Enrique francés,
Gloria que jamás se olvida;
Por ti, en su mayor edad
El gran Felipe, mi Rey,
De la católica ley
Y evangélica verdad
Soberano defensor,
Columna y divino Atlante
De la nave militante
Contra tanto fiero error.
Vuela, Fama, vuela presto
Á la Monarquía de España,
Del mar que á Etïopia baña
Al margen del polo opuesto;
Dile que oprimida estoy
Deste fiero heresïarca.

FAMA.

Presto sabrá su Monarca,
Y á sus pies divinos voy.

El Brasil y los indios se entren, y la Fama suba con música hasta lo alto, y de allí se parta con ella un bofetón hasta la otra parte del teatro. La Monarquía de España con un mundo á los pies y un cetro con tres coronas de oro.

FAMA.

Invicta Monarquía,
Que con la de la frente que te adorna,
Y como el sol al día
Al punto mismo en que comienza torna,
Cuatro coronas tienes,
Tú en Africa y Europa,
En Asia y en América triunfante.
La nave en cuya popa
Sentado asiste el Pescador, bastante
Desde el opuesto suelo
Á abrir el cielo ó á cerrar el cielo,
Agraviado se queja
De que naves de apóstatas, corriendo
El mar, porque se aleja
Tu amparo de aquel polo, estén haciendo
Robos é insultos tales,
Que se ofenden los ojos celestiales.
A ti te toca; advierte
Que consiste el peligro en la tardanza.

MONARQUÍA.

Fama, mi brazo fuerte,
Por tierra y mar adondequiera alcanza.
¿Qué plaza tienen mía?

FAMA.

En el Brasil tomaron á Bahía.

MONARQUÍA.

Parte y di que tan presto
Cuanto pueda pasar el mar mi armada
Verá en el polo opuesto
El Holandés resplandecer mi espada.

FAMA.

Yo parto.

MONARQUÍA.

Vuela en breve.

FAMA.

Por más veloz, haré que el sol me lleve.

Darín, Ongol, otros indios y Machado.

ONGOL.

Justa fortuna tuviste.

DARÍN.
Tú la mereces, Machado.
MACHADO.
De milagro me escapé.
ONGOL.
No dudes que fué milagro.
MACHADO.
¿Conocistes á Guiomar,
La hija de aquel Bernardo
Macabeo en el tocino,
Judas en el falso trato?
ONGOL.
¿Qué hizo?
MACHADO
Mandó matar
Á don Diego.
ONGOL.
¡Caso extraño!
MACHADO.
Dicen que preñada de él
Y casada con Leonardo,
Un capitán de Ricarte
Que necio y enamorado,
Con estar en cinco meses,
Pensará que es suyo el parto.
Con razón dijo un poeta
Que eran caballos troyanos:
Esto á mí, porque vosotros
Poco sabéis de este caso.
Tiróle el fiero holandés
No lejos un mosquetazo
Que le deshizo cual suele
El rayo violento al árbol.
Á nuestro Gobernador,
Preso á Holanda le enviaron
Con ciertos padres que tienen
Gran ocasión de ser santos,
Porque con hambre ó con hierro
Han de morir á sus manos
Si el rescate de algún preso
No pudiere libertarlos.
Es lástima de mirar,
Indios, el notable estrago,
Los robos, los sacrilegios,
Que han hecho en los templos sacros:
Las imágenes, que son,
Como ya sabéis, retratos
En vida y muerte de quien
Obró por nosotros tanto,
Y de aquella Reina hermosa
Que tiene del sol los rayos
Por corona de su frente,
Y la luna por estrado,
Como si apuntasen fieras
Tiran mil arcabuzazos,
Y á las que son de relieve
Cortan caras, rompen manos.
No fué aquel Emperador
De Grecia tan temerario,
Que por dar en perseguirlas,
Ellas mismas le mataron.
Mirándolo estaba yo,
Y con ser, aunque cristiano,
Un soldado no muy tierno,
Que apenas tengo rosario,
Lloré y dije: ¡Quién tuviera
Para mataros, borrachos,
Ó el alfanje de San Pedro
Ó el montante de San Pablo!
¡Oh, gran paciencia de Dios!
Mas la que tantos agravios
Sufre de los hijos propios,
Mejor podrá los extraños.
En fin, quedé aquella noche
Entre dos guardas temblando,
Pesándome de haber sido
Pecador en lo más flaco.
Allí presentes tenía
Las figuras de mi barrio;
Que son arrepentimientos
La sombra de los pecados;
Pero acordándome bien
De un cuero que estaba á un lado
Del aposento, saquéle
Y díjele suspirando:
Por la virtud que en ti puso,
Cuero famoso, el dios Baco,
Que me libres desta gente.
Esto dije, y desatando
Aquella empegada boca,
Salió el ámbar de sus labios;
Cogíle, y con más deseo
Que el agua del mes de Mayo,
Dándome un jarro licencia
Para trasladarle á un vaso,
Comencéles á brindar;
Perdone Felipe cuarto,
Que á saludes de enemigos
Suelen obligar trabajos.
Allí, por el coronel
Y por Mauricio brindamos,
Por Masfelt y el Palatino
Y otros nombres menos claros
Que yo he visto en las boticas.
Para el suceso abreviando,
Cerró el sueño blandamente
Los ojos de los soldados;
Acudo á las faltriqueras,
Llaves y escudos les saco,
Que dicen que todo es uno,
Pues abren tantos candados;
Tomo las de Villadiego,
Y aunque muchos me toparon,
Iban tales, que ninguno
Detuvo mis libres pasos.
Llegué donde estáis, y vi
Por estos desiertos campos
Viejos, niños y mujeres
Que es lástima de mirarlos:
Duélase el cielo de todos,
Que nunca mejor llamaron
Á estas islas del Brasil

Si ha de quedar abrasado.

ONGOL.

Nosotros, Machado, haremos
Con las flechas y los arcos
Bravo estrago en cuantos salen,
Sin que puedan remediarlo
Las piezas que tiene el muro,
Porque en cayendo, entre cuatro
Camina al monte en los hombros.

MACHADO.

Pues qué, ¿vais á sepultarlo?

ONGOL.

Sí, pero es en nuestros pechos
Después que está asado á cuartos.

MACHADO.

¿Hombres coméis?

ONGOL.

¿Qué te admiras?
¿Hay manjar más delicado?

MACHADO.

Y ¿á qué saben? Pero es yerro
Á vosotros preguntarlo.

DARÍN.

Pues ¿á quién?

MACHADO.

Á las mujeres.
Pero gente sale al prado;
Escondeos entre la hierba,
Todo hombre sepulte el arco.

En escondiéndose salgan Leonardo y soldados holandeses.

LEONARDO.

Estoy corrido de ver
Que éstos se hayan atrevido.

SOLDADO.

Como fieras han nacido;
Lo mismo vienen á ser.

LEONARDO.

¡Que nos maten tanta gente!

SOLDADO.

Si dando saltos pelean
Y apenas la flecha emplean,
Cuando van tan velozmente
Como el ave por el viento,
¿Qué velas han de bastar?
Y ¿qué blanco ha de tirar
La vista y el instrumento?

LEONARDO.

¿No hallaremos por aquí
En quién emplear la espada?

SOLDADO.

¡Vive Dios, que hay emboscada!

LEONARDO.

¿Son indios flecheros?

SOLDADO.

Sí.

LEONARDO.

¡Ea, soldados, que agora
Habéis de tomar venganza
De tantos muertos amigos!

SOLDADO.

Flechas tiran.

LEONARDO.

Aquí hay balas.

Vanse subiendo por un montecillo.

MACHADO.

¡Perros, aquí está Machado!

LEONARDO.

¡Tírale!

ONGOL.

Tupalaguaya,
Que viene gran multitud.

Entre el Coronel y su hijo y los que puedan.

CORONEL.

Soldados, tocad al arma.

ALBERTO.

Guárdate, señor, que tiran
Flechas de entre aquellas ramas.

CORONEL.

Ya es tarde ¡cielos! que el pecho
Rayo invisible me pasa.

Acercándose al vestuario, le pongan una flecha en un corcho que traerá en la ropilla.

ALBERTO.

¡Cielos! ¡Á mi padre han muerto!

LEONARDO.

¿Al coronel?

ALBERTO.

¡Qué desgracia
Tan notable! ¡Padre mío!

CORONEL.

Hijo, tan mortales ansias
Muestran veneno en la flecha;
No la saquéis, que al sacarla,
Temo que también con ella
La vida en la punta salga.
Acuérdate, Alberto mío,
Que soy tu padre.

SOLDADO.

Ya el alma
Partió.

LEONARDO.

Retiralde en hombros.

Machado en lo alto.

MACHADO.

¡Qué fin de tanta arrogancia!
Lleve nuevas al infierno
El perro desde esta playa,
De que se tomó el Brasil,
Mientras que le cobra España.

ALBERTO.

Yo prometo, padre mío,
De hacer eterna venganza
En estos fieros papistas.

MACHADO.
¿Para qué prometes nada,
Hijo de esotro borracho?
LEONARDO.
Guarda, que tiran.
SOLDADO.
Guarda.
ALBERTO.
¡Muerto mi padre, Leonardo!
¡Ojalá que me mataran!
Pero no, para que pueda
Vengarme en esta canalla.
MACHADO.
¿Oyen, señores?
LEONARDO.
¿Quién es?
MACHADO.
Un español, que los llama.
LEONARDO.
¿Qué quieres?
MACHADO.
Una palabra.
ALBERTO.
¿Cómo?
MACHADO.
Deseo saber
Si podrá volver á Holanda
Vivo el señor coronel.
LEONARDO.
¡Tírale!
MACHADO.
¡Ah, perros!
LEONARDO.
¡Dispara!

FIN DEL PRIMER ACTO.

JORNADA SEGUNDA

PERSONAS.	ACTORES.
La Religión católica	*Dorotea.*
El Brasil	*La autora.*
Don Manuel de Meneses	*Músico.*
Don Fadrique de Toledo	*Arias.*
Leonardo	*Bobadilla.*
El Coronel [illegible]	*Bernardo.*
Don Enrique de Alagón	*Cintor.*
Don Diego de Espinosa	*Antonio.*
Don Pedro de Santisteban	*Francisco Derri.*
Machado	*Pedro.*
Doña Guiomar	*María de Vitoria.*
Don Juan de Orellana	
Don Diego Ramírez	
Apolo	*Arias.*
La Herejía	*Maria de Vitoria.*
Un soldado	*El niño.*

Aquí comienza la segunda (jornada) viniendo en las dos naves castellanas y portugueses.

PILOTO.

¡Tierra, tierra!

DON FADRIQUE.

Y la mejor
Nueva que en mi vida oí.

PILOTO PORTUGUÉS.

¡Terra, terra!

DON MANUEL.

¡Oh, gran favor!

PILOTO PORTUGUÉS.

Celajes de terra eu vi:
Albiçeras, meu siñor.

DON MANUEL.

No dudes que las tendrás.

PILOTO PORTUGUÉS.

O Brasil é Santa Elena
Vejo, á mais Santo Tomás.

PILOTO CASTELLANO.

Aquello blanco es arena.

DON FADRIQUE.

Mira bien, descubre más.

PILOTO CASTELLANO.

Todo el Brasil descubierto
Se mira.

DON FADRIQUE.

Dichoso el día
Que tome en su playa puerto,
Que allí la esperanza mía
Tiene el suceso por cierto.

DON MANUEL.

Virtuosa emulación
De Castilla, ó fidalguía
De Portugal, con razón
Ha de ganar este día
Nombre, laurel y opinión.

DON FADRIQUE.

Aunque nos recibas mal,
Brasil, espero en tu orilla
Nombre y laurel inmortal.
¡Vivan Felipe y Castilla!

DON MANUEL.

¡Tierra, tierra, Portugal!

La Religión católica en hábito de dama española, y el Brasil de india.

RELIGIÓN.

Alégrame tu alegría,
Brasil, en esta ocasión.

BRASIL.

En la pena que tenía,
Católica religión,
Sucedió á la noche el día,
Volvió el sol del Occidente,
En cuyos celajes veo
Más claro y hermoso Oriente.

RELIGIÓN.

Saber tu dicha deseo.

BRASIL.

Pues óyeme atentamente:
Sabiendo Su Majestad

Del rey Felipe de España
El notable atrevimiento
De los rebeldes de Holanda,
Nombró para General
De mar y tierra, las armas
De un generoso mancebo
Que lo es desta misma armada;
Nuevo Pirro, nuevo Aquiles,
De ilustrísima prosapia
De los Toledos y Osorios,
Á quien don Fadrique llaman,
Hijo de aquel gran don Pedro
Que en Berbería, en Italia
Y en Francia, tantas coronas
Ciñen las ilustres canas.
Prometiéndose el suceso
De las victorias pasadas,
De la bahía de Cádiz,
Salieron rompiendo el agua
Treinta naves de alto bordo
Y la fuerte capitana,
De cuya armada famosa,
Que ya mi ribera aguarda,
Es almirante don Juan,
Que el Fajardo y el Guevara
Tiene puesto en las estrellas
Con tan heroicas hazañas.
Son cinco mil y quinientos
Infantes los que el armada
Conduce, gente escogida
De la mejor de Alemania,
De Flandes y de Milán,
Española, al fin, que basta;
Dos mil y quinientos hombres
De mar, que todos alcanzan
Á número de ocho mil;
Con que la fresca mañana
De un martes dieron al viento
Velas, y á los cielos gracias.
Parte, al fin, la armada ilustre
Por las saladas montañas,
Abre camino en las ondas
Que cierran espumas blancas,
Gime el mar al grave peso
Que le oprime las espaldas,
Y con alegre zaloma,
Lienzo tiende, escotas larga;
Ella selva, ellos jardín,
Pisando campos de plata,
Ciudad portátil del viento,
Fábrica de lienzo y tablas.
Dieron vista á Tenerife
Y á Cabo Verde, y la armada
De Portugal descubrieron
Que la de Castilla aguarda.
La fidalguía y nobleza
Que en esta ocasión se embarca,
Pide portuguesas musas,
Pide envidias castellanas.
Por General della viene
Un caballero que llaman
Don Manuel, de los Meneses
Que dieron gloria á su patria
Es don Francisco de Almeida
Su Almirante, á quien encargan
El uno de los dos tercios,
Porque en el otro señalan
Á Antonio Muñiz Barreto.
Aquí las alegres salvas
Destas dos fuertes naciones,
Que, por nueva unión hermanas,
La emulación de sus glorias
Hace parecer contrarias,
Fué, con notable alegría,
Porque fuera Lusitania
Única, á no haber Castilla,
Por las letras y las armas,
Y si Portugal no hubiera,
Castilla por Fénix rara
Se celebrara en el mundo;
Pero juntándose entrambas,
Ni digo yo mi conquista,
Pero aquella piedra santa
Que fué sepulcro de Cristo,
Fuera victoria de España.
Dos mil y quinientos hombres
Lucidísimos llevaba
Esta armada, que á Castilla
Juntó las quinas sagradas.
Entran los dos en consejo
Sobre la derrota; pasan
Los pareceres que siempre
En negocios de importancia;
Resuelven que á la Bahía
Y no á Fernambuco vayan,
Y con generales vientos
Parten, el agua embarcada;
Que los tuvo detenidos
Algunos días su falta.
Aquí las ninfas del mar
Las duras quillas abrazan
Para aligerar las naves,
Que sobre el marfil levantan
De sus cristalinos cuellos;
Y otras, tejiendo guirnaldas,
Á la victoria previenen
Perlas, corales y nácar.
Entretanto, fué forzoso
Padecer algunas calmas,
Pero refrescando el viento,
Todas quedaron burladas;
Que enamoradas de ver
Tantas riquezas y galas,
Tan lindos talles y bríos,
Fueron rémoras humanas.
Pero al fin, un claro día
Que á Mercurio se consagra,
Del tiempo que nuestra Iglesia
Llama la mayor semana,
Se descubre á barlovento
De la Bahía, la playa
De mi Brasil, que quisiera

Salir de la tierra al agua.
Y aquel celebrado día
Que fué la mayor hazaña
De amor, dándose á sí mismo
El Redentor de las almas,
Con poco viento se acercan,
Y en una chalupa manda
Don Fadrique, que de noche
Á reconocerla vayan.
Volvió un capitán diciendo
Que estaba fortificada
La ciudad, y que tenían
Naves que su armada aguardan
Con artificios de fuego.
Pero el viernes ¡cosa rara!
Que el Capitán de los cielos
Venció á la muerte en campaña,
Al silencio de la noche
Dió fondo alegre á la banda
Del Sur, y alargando ferros
Sin disparar, vino el alba,
Dando perlas á las flores,
Que fué de flores la Pascua.
Avisan los generales,
Y puesta en forma la armada
De media menguante luna,
Ordenan que á tierra salga
De don Pedro Osorio el tercio
Y el portugués, que llevaba
Almeida, mas ya Fajardo
Echa su gente á las playas;
Pero ya los generales
Con sus banderas y cajas
Salen á tierra, y los muros
De mi ciudad amenazan.
Sube á este monte y verás
La fe y el valor de España,
Y que á un mismo tiempo tiene
Felipe cuarto sus armas
En Indias, Italia y Flandes
Para victorias tan altas.

Salgan los soldados portugueses y castellanos, si los hubiere, en la compañía de Andrés de la Vega, D. Fadrique de Toledo y D. Manuel de Meneses, generales, y esté el nuevo Coronel electo en el muro con Lisardo y Alberto.

FADRIQUE.

De esta manera prevenido queda,
Y en el cuidado de don Juan Fajardo.

MENESES.

Espero que tan próspero suceda,
Que en fe de este valor victoria aguardo.

MACHADO.

Bien don Fadrique la grandeza hereda
De don Pedro, su padre. ¡Qué gallardo
Se muestra al enemigo, y qué valiente,
El portugués, de Marte rayo ardiente!
¡Por vida de Machado, que merecen
De César y Alejandro las divisas,
Y que en el campo bélico parecen
Al bravo Cipïón y á Masinisa!

El Coronel en alto.

CORONEL.

¡Qué bizarros, Leonardo, resplandecen
Los generales!

LEONARDO.

Con la misma prisa
Que han venido al Brasil por la campaña
Del mar, huyendo volverán á España.

CORONEL.

¡Notable es la arrogancia portuguesa!

ALBERTO.

¡Terrible la soberbia castellana!

CORONEL.

Los dos emprenden imposible empresa,
Aire sutil de su esperanza vana.

FADRIQUE.

Es esta gente bárbara holandesa
Diestra en el mar.

MENESES.

Á la experiencia cana
Del muerto General ha de echar menos.

FADRIQUE.

Ya le han electo, de arrogancia llenos.
A don Fadrique de Alagón le he dado
Orden para salir.

MENESES.

Su belicosa
Inclinación merece igual cuidado.

FADRIQUE.

Y al capitán don Diego de Espinosa.

MENESES.

El Marqués de Coprani, que ha llegado,
Su gente luego sacará famosa
Por tierra y mar.

FADRIQUE.

Y basta que le sea
Teniente Diego Ruiz de la Correa.
¡Oh empresa, aunque otras muchas he tenido
Con el favor de Dios y en su honra y gloria,
Todas las pongo desde aquí en olvido,
Puesto que han sido dignas de memoria!
¡Benigno cielo, este laurel te pido:
Concede al Rey de España esta victoria,
Porque esta plaza, justamente suya,
Á su primero dueño restituya!

Vanse.

Entren D. Enrique, D. Diego de Espinosa y D. Pedro de Santisteban.

ENRIQUE.

¿Quién no ha de mostrar aceros
En dos tan nobles porfías?

DIEGO.

Traen las tres compañías
Trescientos arcabuceros.

ENRIQUE.

Hoy pienso reconocer
Cómo se han fortificado.

PEDRO.

Será menester cuidado,

Que valor no es menester,
Pues sobra en los tres valor.

ENRIQUE.

Yo voy á todo dispuesto,
En nada reparo ya.

DIEGO.

Cierto monasterio está
Á tiro del foso puesto.
Soldado, ¿sois de la tierra?

MACHADO.

Pensé que había de ser
Del cielo: si hay que saber
De la paz ó de la guerra,
Aquí estoy, de todo entiendo.

ENRIQUE.

¡Buen humor!

MACHADO.

Éste que veis.

ENRIQUE.

Si desta tierra sabéis,
Bien sabréis lo que pretendo.

MACHADO.

Hará tres años, señor,
Á lo que pienso, este Abril,
Que desde España al Brasil
Me trujo el Gobernador,
(Fué mi padre castellano,
Y mi madre portuguesa.)
Cuando esta gente holandesa
Vino con armada mano,
Á su lado me prendieron
Cara á cara, ¡vive Dios!
Que peleamos los dos
Cuando los demás huyeron.
Libróme el santo licor
Que fué del señor divino,
En casa de Arcliteclino,
Primer milagro y favor.
Luego que venir os vi,
De aquestas sierras bajé;
Que en esta esperanza y fe
Entre los indios viví.
No soy de linaje obscuro;
Que, Machado y portugués,
Soy hidalgo, como lo es
Melón bueno y no maduro.

ENRIQUE.

No sé la comparación.....

MACHADO.

Tengo poco que comer;
Que así suele suceder,
Mal maduro, al buen melón.

DIEGO.

¿Dónde cae el monasterio
De San Bento?

MACHADO.

Hacia la banda
Del Norte.

PEDRO.

Hacia allí, de Holanda
Asiste el mayor imperio.

MACHADO.

¿Qué imperio ni calabaza
De Holanda puede durar?
Que me atreviera yo á echar
Estos hombres desta plaza.

PEDRO.

¿Vos?

MACHADO.

Yo.

ENRIQUE.

Luego ¿no hay aquí
Muy grande dificultad
En la mar y en la ciudad?

MACHADO.

Déme el Rey de España á mí,
Para que más te asegures
(Y haré mayores conquistas),
Un escuadrón de arbitristas,
De médicos y tahures,
Y si no matare al diablo,
Cuanto más al Holandés,
Que me rallen el envés,
Y perdonad el vocablo.

ENRIQUE.

Tomemos puesto en lugar
Que nos hallemos seguros.

MACHADO.

Sí, porque suelen los muros.....

ENRIQUE.

¿Qué suelen?

MACHADO.

Estornudar.
Y dirémosles después:
Calvinus tecum, hermano,
Como dijo un cortesano
Estornudando un inglés.

ENRIQUE.

Aquí, de la batería
Del muro, que nunca cesa,
Podremos seguir la empresa,
Aunque por incierta vía.

PEDRO.

Á gran peligro te pones.

MACHADO.

Valor muestra este mancebo.
¿Quién es?

DIEGO.

Es un César nuevo
De los nobles Alagones.

Don Fadrique y dos soldados.

FADRIQUE.

¿Así el ánimo se queja
Del tiempo?

SOLDADO 1.°

La fama espanta,
Que cuanto en ti se adelanta,
Atrás los Césares deja.

ENRIQUE.

Señor, con tal soledad

Y en puesto tan peligroso.....

FADRIQUE.

Es el cuidado forzoso.

MACHADO.

¡Qué presencia y majestad!
Conozca Vuestra Excelencia
Á Machado, que ha bajado
Destas sierras, en que ha estado
Haciendo más penitencia
Que en los desiertos de Tebas,
Porque aquestos indios son
De aquella cruel nación
De quien hay cosas tan nuevas.
Á los indios del Brasil
Llamaron antropofagos,
Que entre estos montes y lagos
Vivieron vida gentil,
Y enseñados á comer
Carne humana, la ocasión
Deste holandés escuadrón
Los ha dado bien que hacer.
Allí los he visto asar;
Allí, en jigote deshechos,
Pechos sepultar en pechos;
Pero no os quiero cansar
Con las venganzas de gente
Bárbara; vos seáis, señor,
Bien venido. Ese valor
Español el cielo aumente,
Para que añada esta hazaña
Á cincuenta, á cien, á mil,
Restituyendo el Brasil
Á los monarcas de España.

FADRIQUE.

Machado, rogaldo á Dios.

MACHADO.

Pues ¿qué capilla me ve
Vuestra Excelencia? Mas sé
Que con la espada, por vos
Rogaré á los holandeses
Que os dejen sus estandartes,
Dándoles por todas partes,
Cuchilladas y reveses.
Sí, ¡voto á Dios!

FADRIQUE.

No haya más,
Que no habéis de jurar tanto.

MACHADO.

Ya me han dicho que sois santo;
No pienso jurar jamás;
Mas, juro á Dios, que si llega
La ocasión de pelear.....

FADRIQUE.

Pues ya volvéis á jurar.

MACHADO.

¡Tanto la cólera ciega!
Beso el suelo, y aquí aguardo
Que penitencia me deis.

FADRIQUE.

Id vos, para que aviséis,
Soldado, á don Juan Fajardo
Que á su armada quiere echar
Fuego el Holandés. Sobrino,
Esta noche determino
Aventurarme á llegar
Con diez soldados al muro.
Por mis ojos pienso ver
Cuándo se puede emprender
El asalto que procuro;
Que no puede el corazón
Hallar quietud en el pecho.

ENRIQUE.

Con tal ejemplo, sospecho,
Aunque es determinación
Del peligro, que sabéis,
Donde hay tantas prevenciones,
Que sabéis volver leones
Los soldados que tenéis;
Yo, por lo menos, de mí
Esto puedo asegurar.

FADRIQUE.

¿Qué puerto queréis tomar?
Que tenéis peligro aquí.

ENRIQUE.

El mismo, por imitar
Á Vuestra Excelencia en esto.

FADRIQUE.

Don Fernando, en este puesto
La fama podéis ganar
Como ocasión se os aplique:
Ocasión es ésta, Enrique,
Para el valor heredado.

Vase.

ENRIQUE.

¿Qué te parece, Machado,
Del valor de don Fadrique?

MACHADO.

Soy yo sujeto muy bajo.

ENRIQUE.

¡Gran Toledo!

MACHADO.

Decir puedo
Que á los pies de tal Toledo
Ha de ser Holanda el tajo.

Doña Guiomar y Leonardo, deteniéndole.

LEONARDO.

¿Tocan arma y me detienes?

GUIOMAR.

Vístete bien, mi señor.

LEONARDO.

Guiomar, no es tiempo de amor:
Ya quiero más tus desdenes.
Advierte que me entretienes,
Y que el nuevo coronel
No me permite que dél
Me aparte sólo un instante.

GUIOMAR.

¡Qué bien pintan de diamante

Armado á Marte cruel!
Tal ha de ser corazón,
Que ha de seguir su gobierno.
¡Bien haya Amor, niño tierno,
Que paces sus guerras son!

Suenan cajas.

LEONARDO.

¿No escuchas, Guiomar, el són
De la caja? ¿No te mueve?

GUIOMAR.

Si á ti, Leonardo, se atreve,
Y en fuego se abrasa y arde,
De tu honor, amor cobarde,
Me convierte el alma en nieve.

LEONARDO.

¡Mira que está pertinaz!

GUIOMAR.

¡Qué necios son mis cuidados!
Gallardos sois los soldados
Para vistos en la paz.

LEONARDO.

Suelta, pues.

GUIOMAR.

Amor, rapaz,
No me deja.

LEONARDO.

Pues ¿qué quieres?
¡Extrañas sois las mujeres! (1).

GUIOMAR.

¿Quién ve un soldado galán
Por la calle dulce y tierno,
Y después, en el gobierno,
Con tan soberbio ademán?
El General capitán
De la gente portuguesa
Es Meneses; ya me pesa
El que hayas muerto á don Diego;
Que arde la sangre sin fuego,
Y hasta vengarse no cesa.

LEONARDO.

¿Celos agora, Guiomar?

GUIOMAR.

Mejor te guarden los cielos;
Que temores y no celos,
Leonardo, se han de llamar.
Darlos de un muerto, no es dar
Celos, pesadumbres sí;
Y no te la diera á ti
Por no acordarme que fué
Hombre, cuya falsa fe
Vive por venganza en mí.

LEONARDO.

Después que te has acordado,
Dices que venganza ha sido.

GUIOMAR.

Nunca yo hubiera tenido
De celos muertos cuidado;
Ser muerto para olvidado,
¿No es parte, si basta ausente?

LEONARDO.

Antes se ve claramente
Que es imposible acabarse;
Que lo que no ha de gozarse
Se quiere como presente.
¡Déjame, que me has cansado!
¡Plegue á Dios que en estos verdes
Campos, muerto yo, te acuerdes
De los dos que te han amado!
Hoy has de ver que un soldado
Español, con bala rasa,
Como una fiera me pasa.
Pero ¿qué pide quien muere
De celos? Pues bien se infiere
Que mayor fuego le abrasa.

Vase.

GUIOMAR.

Castigos del cielo son
Este mi amor extranjero.
Mas ¿qué mejor fin espero
De un casamiento á traición?
De don Diego, sin razón,
Como de sombra se asombra;
Celos á la muerte nombra.
¡Qué notable desconcierto!
¿Que es tener celos de un muerto?
Mirar un hombre su sombra.

Don Fadrique con D. Juan de Orellana y el General portugués D. Manuel de Meneses, y Machado.

FADRIQUE.

Con algunas compañías
De su tercio parta luego.

MENESES.

Bien hace Vuestra Excelencia
En lo que tiene propuesto;
Que en el Maestre de Campo
Don Juan de Orellana, tengo
Debida satisfacción.

ORELLANA.

No quiero yo mayor premio
Que servir al Rey de España.

MENESES.

La fama de vuestros hechos
Confiesan Italia y Flandes.

FADRIQUE.

Á vuestros merecimientos,
Don Juan, son pocos laureles
Cuantos crían Delfo y Delos.
Llevad gente portuguesa.

MENESES.

Vaya Antonio Ruiz Barreto,
Que tiene honrados fidalgos.

FADRIQUE.

Los cuarteles señalemos
Y frente para banderas.
¡Ea, soldados, haciendo
Fagina trabajen todos!

Vanse los generales.

(1) Faltan tres versos á esta décima.

MACHADO.

Andan por aquí rugiendo
Los ruiseñores de plomo.
¡Ea, troncos, dejad presto
Las almas vegetativas!
Al filo destos aceros
Caed, hojosos brasiles,
Que por otros rubios leños
Se llama Brasil la isla
Por cuya causa es el pleito.
¡No diera estas cuchilladas
En dos herejes de aquellos
Que me llamaron papista!
Pero ¿para qué me ofendo
De un nombre de tanto honor?
Pues sepan los majaderos
Que me honro de ser papista,
Y que son vinistas ellos.
Pruébolo: si se deriva
Del Papa, cuyos pies beso,
Mi nombre, el infame suyo,
De Calvino y de Lutero.
Vinistas no sólo son
Por el vino, que añadiendo
Tres letras, son calvinistas.

Caja.

Pero ¿qué es esto que siento?
La vuelta de los cuarteles,
Van holandeses haciendo
Desde una emboscada estrago,
Con peligro de los nuestros.
Á don Enrique le ordena
Don Pedro Osorio, que luego
Salga con su compañía
A la vuelta de San Bento.

Arcabuzazos dentro.

¡Vive Dios, que no repara
El valiente caballero
Que está sin mosquetería,
Y que ha cerrado con ellos!
¡Cuerpo de tal! ¡Con qué furia,
Matando, animando, hiriendo,
Viene don Diego Ramírez!
¡Ea, famoso don Diego;
Que ya Madrid, vuestra patria,
No de olmos blancos y negros
De vuestro soto, os corona,
Sino del árbol de Febo!

Leonardo y holandeses, y sobre ellos D. Enrique, D. Diego Ramírez y los demás que puedan.

LEONARDO.

Aquí veréis el valor
De Holanda.

ENRIQUE.

La que yo veo
Es blanda para mi espada.

DIEGO.

¡Mueran! Aquí está don Diego.

ENRIQUE.

Don Diego Ramírez. ¡Mueran!

Éntrense.

MACHADO.

¡Gallardo valor y esfuerzo
Que muestran los dos leones!
Ya van de su ruina huyendo.
Pero ¿qué es esto que suena?
¿Qué artillería del cielo
La de la tierra acompaña?
Por cuatro partes abierto,
Sobre un monte están las musas,
Y el divino Apolo en medio,
Ceñido el árbol ingrato
De letras y armas el premio;
Para que en verso le escriban,
Contarles quiere el suceso;
El Brasil viene á escucharle;
Escucha, España, sus versos.

Arriba se vea un monte con algunas musas y poetas, y Apolo en medio, laureado.

APOLO.

Á vosotras, dulces musas,
Lo que estoy viendo refiero
Desde mi eclíptica de oro,
Medida eterna del tiempo,
Para que en verso ó historia
Quede en la memoria impreso,
Como en jaspes inmortales
Y en hojas de bronce eterno.

BRASIL.

Refiere, divino Apolo,
Lo que ves en este encuentro,
Para que poetas dulces
Puedan consagrarle al tiempo
De la fama, pues te escuchan
Á tu voz sonora atentos.

APOLO.

Siguiendo los enemigos
Que con grande atrevimiento
Saliendo de la ciudad,

Toquen la caja quedo entre los versos.

Y puestos con el silencio
De la noche en emboscada,
Valientes acometieron
Don Enrique de Alagón,
Viene intrépido, don Diego
Ramírez, de Madrid gloria,
Capitán de arcabuceros,
Don Pedro de Santisteban
Viene también de otro puesto,

Y don Diego de Espinosa
Con algunos mosqueteros
Que van cubriendo los aires,
Entre círculos de fuego,
De nubes, de negras sombras
Que forma el polvo deshecho
Junto al cuartel del Maestre
De Campo, que herido veo
De un mosquetazo en la mano,
Cuando ya los de San Bento
Al enemigo retiran;
Pero casi al mismo tiempo
Una bala naranjera
Le ha roto el muslo siniestro,
Con que le van retirando,
Y queda en el campo muerto.
Á don Enrique también
Lleva de la mano un dedo,
Que como los teme Holanda,
Quiere asegurarse dellos;
Pero no está muy (1) segura,
Pues cuando el fuerte mancebo
Anima su gente más,
Sin echar las manos menos,
La caña del mismo brazo
Por la muñeca rompiendo,
Aún temen, que el corazón
Tiene más brazos que el pecho.
En morrïón y rodela
Deshace el plomo soberbio
La furia, esmaltando el oro
De su aragonés esfuerzo.
¡Qué valeroso le sigue
El animoso don Diego
De Guzmán!; pero también
Le retiran, porque al suelo
Le ha derribado una bala,
Pasándole el muslo diestro.
Gallardo el capitán Mazas,
Parece que lo es de hierro
Con don Francisco Cortés,
En el nombre, y no con ellos.
Dos alféreces bizarros,
Laureles vienen pidiendo,
Franciscos, por ser iguales
En el nombre y el esfuerzo,
Espinosa y Alderete,
Y el capitán Barrionuevo,
Y el alférez Sandoval,
«¡España!», viene diciendo,
Y pretende Rafael
De Cárcamo ilustres hechos.
¡Oh duro sangriento Marte!
¡Ay, musas, entristeceos,
Porque á don Diego Ramírez
Le pasa una bala el pecho!
Notable ha sido la herida;
Pero no querrán los cielos
Que muera, aunque su valor
Viviera en la fama eterno.
Don Pedro de Santibáñez
Cayó de un balazo muerto;
Que como es la calle angosta,
Los asestados pedreros
Derriban gente cual suele
Las hojas secas el cierzo.
Sale cantidad de picas,
Pero hieren á don Diego
De Espinosa, á quien la muerte
Previene lloroso entierro;
Y al capitán don Francisco
Manuel, que gallardo y diestro
La cruz de San Juan honraba,
Y murió con ella al pecho.
Al alférez del Maestre
De Campo también han muerto,
Y don Pedro Torreblanca
Fué blanco del plomo negro,
Con algunos portugueses
Que hasta la muralla fueron,
Cumpliendo á los enemigos
El malicioso deseo
De cogerlos donde fuese
Su valiente atrevimiento
Sepultura de sus vidas,
Mas no de sus claros hechos.
Con el valor del Maestre
De Campo y de su Sargento
Mayor, don Juan de Bitrián,
Á los muros se atrevieron,
Donde llegó don Enrique.
Que aunque del brazo derecho
Le faltó un dedo, no pudo
Volver atrás sólo un dedo;
Con cuya gente el alférez
Damián de Vega, en San Bento
Pelea como español,
Y espera como tudesco.
En fin, los han resistido
Hasta retirarlos dentro
De los muros. ¡Gran valor,
Pero costoso trofeo,
Pues de la gente de España
Cincuenta y seis son los muertos,
Aunque en vuestros versos vivos;
Y los heridos son ciento
Y treinta y cinco. ¡Advertid
Que de los contrarios fueron
Sin número, y que sembraron
El campo holandeses cuerpos!
Pero no siendo el nombrarlos
Honra suya, ni provecho
De España, basta decir
Que en alma y cuerpo murieron.
No os entristezcáis, ¡oh musas!
Veréis la venganza presto;
Que morir con honra es vida
Que vive á pesar del tiempo.
Ya retiran al Maestre

---

(1) Falta el *muy* en la copia de D. Agustín Durán, pero parece necesario suplirla para el verso.

De Campo herido; ya veo
Que la contenta Herejía
Se atreve á la luz del cielo.

Salga la Herejía abriéndose un escotillón, con algunos tiros debajo del teatro, y suba hasta una vara del suelo, diciendo:

HEREJÍA.

Católica Religión,
Y tú que la idolatría
Dejaste, Brasil, el día
De tu injusta sujeción
Á la española nación
En quien estás confiada,
Mira de sangre bañada,
Y por el campo tendida,
Que va dejando la vida
Á los filos de mi espada.
¿Qué pensaba el Español,
Portugués y Castellano?
¿Pensaba asir con la mano
Los mismos rayos del sol?
Pensaba de algún penol
Colgar, en llegando aquí,
Á mi coronel y á mí?
Castellano y Portugués,
Para solo César es
Lo de vine, vi y vencí.
¿No había más de llegar
Y dejar libre la plaza?
¿Quién les dió tan brava traza
Por la tierra y por el mar?
Mucho tiene que pasar,
Si no sabe lo que puedo,
Don Fadrique de Toledo.
Mi poder le desengaña,
Que habéis de volver á España
Sin honra y llenos de miedo.

BRASIL.

Hija del mismo dragón
Que en sus hombros te sustenta,
Mal conoces que me alienta
La verdad y la razón.
Católica religión
Profeso, por cuya gloria
Espero tener victoria
Que imprima con letras de oro,
En jaspe, el triunfo este coro
Sacro, en inmortal historia.
Esto en justa confianza
De la ley del Evangelio,
Que el pastor del monte Celio,
Que tanto del cielo alcanza,
Á mi fe pone esperanza;
Que tú no tienes poder
Que pueda prevalecer
Contra su llave y gobierno;
Que las puertas del infierno,
¿Cómo le pueden temer?
Presto verás el castigo
Que hace Felipe en ti
Y en tus ministros.

HEREJÍA.

¿En mí,
Que la fe más cierta sigo?

BRASIL.

¡Mientes!

HEREJÍA.

Oye lo que digo.

BRASIL.

No puedes decir verdad.

HEREJÍA.

Luego voy á la ciudad,
Y en mi gente revenida,
Hoy te quitaré la vida.

BRASIL.

¡Qué necia temeridad!

Toquen, y todo desaparezca á un tiempo.

S. DEO ET M. V.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

JORNADA TERCERA.

D. Fadrique, D. Enrique y soldados.

FADRIQUE.

Vuestra vida me tenía
Con cuidado.

ENRIQUE.

No tuviera
Vuestra sangre, si viviera
Con menos valor la mía.

FADRIQUE.

Á la misma gloria os llama
De los Scévolas romanos,
Pues queréis subir sin manos
Al alcázar de la Fama;
Pero no será razón
Que sin ella os ofrezcáis.

ENRIQUE.

Vos estas alas nos dais
Con tan justa imitación.
¿Qué trabajo ha perdonado
Vuestra Excelencia? ¿Á qué puesto
No se ha ofrecido y dispuesto,
Y, cual el menor soldado,
Qué peligro, qué lugar
No ha ocupado su valor?
¿Qué César supo mejor
Regir la tierra y el mar?
¿En qué barca más valiente,
Con Amiclas se pasó?
¿Qué Nestor aconsejó
Más circunspecto y prudente?

¿Qué Héctor, qué fuerte Aquiles
Tuvo mayor corazón?

FADRIQUE.

No dan, Enrique, ocasión
De honor, enemigos viles.
Estos que compuestos vienen
De diferentes naciones,
Su interés, sus opiniones,
Por honra y gobierno tienen.
Pelean desesperados
Con tan extraño valor,
Que nos cuesta su rigor,
Ya vidas y ya cuidados.
Hallaron tanta riqueza,
Que el no la desamparar
Les da en la tierra y la mar
Tal porfía y tal firmeza,
En el socorro fiados
Que esperan tan animosos,
Que no he visto tan famosos
Más intrépidos soldados.
Bien ha sido menester
Aquel valor inmortal
De Castilla y Portugal,
Y de Felipe el poder.

ENRIQUE.

¡Qué gallardos, qué valientes
Muestran en esta ocasión
Los portugueses, que son
Dignas de laurel sus frentes!
Don Alonso, honor y gloria
De Noroña y Portugal,
Merece nombre inmortal,
Merece eterna memoria.
Don Alfonso de Alencastro
Y don Martín de Olivera,
Cuya fama y nombre espera
Letras de oro en alabastro,
¿Qué no han hecho en la asistencia
Desta guerra noche y día?

FADRIQUE.

Portuguesa fidalguía,
Á Marte hará competencia.

Entre D. Pedro de Porras.

PEDRO.

Ya, señor, don Juan Fajardo,
Con gente de los navíos
Y con los valientes bríos
De español fuerte y gallardo,
La artillería subió,
Ayudando con iguales
Fuerzas los dos generales.

FADRIQUE.

¿Quién á don Juan ayudó?

PEDRO.

Don Francisco de Acevedo
Y Vallecilla.

FADRIQUE.

Está bien,
Para que á esta gente den
Pesadumbre, si no miedo.
Agradézcoos el cuidado,
Don Pedro de Porras.

PEDRO.

Creo
Que conocéis mi deseo.

FADRIQUE.

¿Qué aventurero ó soldado
Muestra en aquesta ocasión
El valor que vos mostráis?

PEDRO.

Vos honráis y ejemplo dais.

Entre Machado.

MACHADO.

En un lucido escuadrón
Ha llegado el tercio ya
Del Marqués de Torrecusa.

FADRIQUE.

Ni aquí el trabajo se excusa,
Ni el cuidado ocioso está.

ENRIQUE.

¡Qué de elogios peregrinos
Te ofrece el fin de esta guerra!

FADRIQUE.

¡Ea, desmontad la tierra,
Soldados, y abrid caminos!

D. Manuel de Meneses.

MENESES.

Nunca descansa, señor,
Vuestra Excelencia.

FADRIQUE.

Descanso
En lo mismo que me canso,
É imito vuestro valor.
¿Qué siente Vueseñoría
De lo que haciéndose va?

MENESES.

Que bien menester será
Para tan fuerte porfía.
Aquel sitio de Las Palmas
Á la banda del Poniente,
Es bien que ocuparse intente.

MACHADO.

De hierro tienen las palmas
Estos hombres, ¡vive Dios!

FADRIQUE.

Vayan luego mil soldados,
Que unos de otros envidiados,
Porque han de ser de los dos,
Mayor valor mostrarán:
Vaya don Juan de Orellana
Con ellos.

MENESES.

La castellana
Nación ha honrado don Juan.

FADRIQUE.

Yo temo que los navíos
Holandeses se han de ir,
Aunque quieren persuadir

Que tienen fuerzas y bríos;
Haga Fajardo de forma
Que los eche á pique.

MENESES.

Ha sido
Gran cuidado el que ha tenido.

ENRIQUE.

Trincheas y plataformas
Se le han cortado notable.

FADRIQUE.

Juegue nuestra artillería
De hoy más, de noche y de día,
Porque en su lengua les hable;
Vayan postas hacia el foso.

MACHADO.

¿Á mí me miras?

FADRIQUE.

A ti.

MACHADO.

No me mandes ir á mí
Á puesto tan peligroso,
Y donde de noche muera
Sin que me vean morir,
Porque el premio del servir
Es el honor que se espera;
Otro ese lugar ocupe;
Que no me quiero acercar,
Y más de noche, á lugar
Que tantas balas escupe.
Cuentan que jugando estaba
Un señor con su mujer,
Más fea que Lucifer
Y más fea que la Cava,
Y que entrando un cortesano,
«¿Qué juegan?», les preguntó;
Y el marido respondió:
«Besos, señor, mano á mano.»
Viendo, pues, aquel retrato
Tan feo, les replico:
«¿Besos juegan? Voyme yo
Porque no me den barato.»
Así yo, que viendo estoy
Que juega balas el muro,
Porque no me dé á lo obscuro
Tan mal barato, me voy.

FADRIQUE.

Nunca tienen más valor
Los que profesan donaire.

PEDRO.

Todo ese valor es aire.

FADRIQUE.

Mostró cobarde temor.
No cese la artillería;
Acerquemos las trincheas.

ENRIQUE.

¡Quiera Dios que presto veas
De nuestra victoria el día!

La Religión y el Brasil.

RELIGIÓN.

La fama de César calla
Con don Fadrique.

BRASIL.

Es mayor.

RELIGIÓN.

¡Con qué notable valor
Se acercan á la muralla!

BRASIL.

Ya la van desmantelando,
Si bien á su ardiente ofensa
Nunca les falta defensa.

RELIGIÓN.

Pienso que van desmayando.

BRASIL.

Las piezas por todas partes
Juegan de noche y de día,
Rompiendo la artillería
De los fuertes baluartes
Que á la parte de la tierra
Miran.

RELIGIÓN.

No puedo negar
La defensa del lugar
Y estratagemas de guerra.

BRASIL.

¡Ingenio y valor extraño!
Son cuerpos solos sin almas.

RELIGIÓN.

Desde el cuartel de Las Palmas
Reciben notable daño;
Que con seis medios cañones
Rompen, derriban, deshacen
Cuanto encuentran.

BRASIL.

Puesto que hacen
Tantas fortificaciones,
Al fin al valor de España
Se han de rendir, que ya el miedo
Del generoso Toledo
Los previene y desengaña.
No descansa del trabajo
Un punto de ningún modo,
Acudiendo siempre á todo
Como el soldado más bajo.
Una bala le llevó,
Frecuentando las trincheas,
El sombrero, porque veas
Á qué peligro llegó:
Sin ésta, muchas han dado
En su mismo alojamiento.

Salen D. Pedro y Machado.

PEDRO.

Como su amigo lo siento.

MACHADO.

Pues ¡por vida de Machado,
Que hoy ha de ver Su Excelencia
Si fué miedo el no llegar!

BRASIL.

Desde aquí puedes mirar,
Que es la más alta eminencia,

Religión, la batería.

RELIGIÓN.

Ven, y rogaréle al cielo
Que libre su fértil suelo
Desta infame apostasía.

MACHADO.

¿Es decirme cosa de aire
Un General, gran señor?
¿Nunca tienen más valor
Los que profesan donaire?
¡Por el agua de la mar,
Que he dado más cuchilladas
Antes que sus dos armadas
Intentasen navegar,
Que hay en Portugal pebetes,
Que hay en Castilla poetas,
Que hay en su corte estafetas
Y que hay en Roma bonetes!
¿Yo sin valor?

Leonardo en el muro con una banderilla de color.

LEONARDO.

Castellanos
Y portugueses, oid.

PEDRO.

Esto que dice advertid,
Una bandera en las manos,
Machado, aquel holandés.
. . . . (1)

MACHADO.

Conmigo hablaba, que soy
Castellano y portugués;
Pero es terrible osadía
Estarse en el muro firme.

LEONARDO.

Para burlarme y reirme
De vuestra vil batería
Pongo esta bandera aquí.

MACHADO.

Engañado el necio está;
Venir á ponerla acá
Era el peligro, y no allí.
Ocasión se me ha ofrecido
De llegar al muro yo,
Si alguien de mí pensó
Que temor cobarde ha sido.

PEDRO.

¿Dónde vais? ¿Estáis en vos?

MACHADO.

Voy por aquella bandera;
Que sólo á Machado espera
Esta empresa, ¡vive Dios!

PEDRO.

Mirad que os han de matar,
Y que trepar no podéis
El muro.

MACHADO.

¿Vos no sabéis
Que el valor sabe volar;
Que de volar á valor
Hay una letra no más?

PEDRO.

¿De quién se contó jamás
Atrevimiento mayor?

Al subir al muro disparan dentro.

MACHADO.

¡Vive Dios, que he de quitalla
Aunque estuviera en la esfera
Del sol, y su cielo fuera
La cerca desta muralla!
¡Victoria, victoria!

PEDRO.

Advierte
Que por ti tocan al arma.

MACHADO.

Si todo el mundo se arma,
No temo herida ni muerte.

Salen D. Fadrique y D. Enrique.

FADRIQUE.

¿Qué es esto?

ENRIQUE.

Un soldado es
Que por el muro trepó,
Que lo desigual le dió
En qué pusiese los pies.

PEDRO.

Advierta Vuestra Excelencia
En tan venturosa hazaña.

Machado con la bandera.

MACHADO.

Da los pies, valor de España,
Toledo por justa herencia,
Á quien ofrece á tu gloria
Esta bandera enemiga,
La primera que te obliga
Á pensar en la victoria.
Recibe mi atrevimiento,
¡Oh Príncipe generoso!
Por ser agüero dichoso
De su breve rendimiento,
Y no digas por desaire
Á lo que llaman humor:
«Nunca tienen más valor
Los que profesan donaire»,
Que con el valor que ves,
Si allí entonces estuviera,
Como traigo la bandera
Trajera al mismo holandés.

PEDRO.

Admirado estoy de ver
La honra y valor que tienes;
Con las mismas armas vienes
Que de hoy más puedes tener.

(1) Falta un verso.

Si tiene bandera alguna
En su quinta esfera Marte,
No está su sagrada parte
Segura de tu fortuna;
Que quien entre tantas balas
Tan libre llegó y subió,
Ó fué Mercurio, ó llevó
El claro escudo de Palas.
Esta cadena te doy,
Y ocho escudos de ventaja.

MACHADO.

¡Plega á los cielos que veas,
Pues en las galeras andas,
Las de Biserta á tus pies,
Y cuantas surquen las playas
De Argel, y por la canal
De Constantinopla pasan!
En los bancos de las tuyas,
Corsarios al remo traigas
De los que más atrevidos
Corren las costas de Italia.
Tiemble de tu nombre el Turco
En la torre de su alcázar;
Hagan tendal á tu popa
Los brocados de su cama.
Pueblen sus banderas verdes
Tus giraldetes y bandas,
Y la lámpara de Meca,
Que dicen que arde con ámbar,
De humilde fanal te sirva;
Las demás de oro y de plata,
De vajilla de tu mesa,
Aunque era mejor mohatra
El venderlas con el premio,
Que ciento por ciento gana.

FADRIQUE.

Esta bandera enemiga,
Aunque de poca importancia,
Es, finalmente, bandera
Y de los muros quitada.
¡Buen principio! Alegre estoy.

ENRIQUE.

Señor, advierte que bajan
Del muro algunos soldados,
Las cuerdas haciendo escalas:
Hacia nosotros caminan.

Descuélguese del muro por una cuerda Arnaldo, holandés.

¡Ánimo, que ya desmayan!
Señales son de rendirse.

ARNALDO.

Gran Toledo, honor de España,
Prosigue en la batería,
Que ya las naciones varias
Que esta fuerte plaza ocupan,
De las islas, de Alemania,
De Francia y de Ingalaterra,
Llegan á tomar las armas
Sobre rendirse á los tuyos
O defenderte la plaza;
Que como ven el valor
Con que á la margen del agua
Del foso arrimas trincheas
Sin que ya de sus murallas
La ofensa y defensa temas,
Rendirse á partido tratan;
Pero los que no le admiten,
Nuevos caballeros trazan,
Cortan calles, terraplenan
Traveses, adonde tratan
Retirarse cuando llegue
La fortuna á tal desgracia.
Procede tanta porfía
De ser la riqueza tanta,
Que quieren perder las vidas
Antes que á España entregarla.

FADRIQUE.

El aviso os agradezco.

ENRIQUE.

Bravamente fué la causa
Don Juan Fajardo en la mar
De derribar su arrogancia.

FADRIQUE.

Desde aquella plataforma
Le han temblado sus murallas:
Debajo dellas tenemos
Las trincheas arrimadas:
Si no se rinden el día
Que nuestra Iglesia consagra
Á San Felipe y Santiago,
¡Doy Santiago, y cierra España!

Entren Leonardo, el Coronel, Alberto, el hijo del muerto, y Bernardo, portugués.

CORONEL.

Ya no es tiempo de consejos,
Sino de rendirse ya;
Tan cerca el peligro está,
Cuanto el socorro está lejos.
Como en dos claros espejos
Del tiempo y de la razón
Se ve nuestra perdición:
Si no rendimos la plaza,
Con el cabello amenaza
La fugitiva ocasión.
No se ve en la mar farol
De nave en socorro nuestro:
Fadrique es valiente y diestro
Y tiene honor de español;
No volverá donde el sol
Se pone agora, sin gloria
De más eterna memoria.
Por España se declara
El cielo; pues si él la ampara,
Él le dará la victoria.

LEONARDO.

El ánimo belicoso
Del joven Felipe es tal,
Que desde el pecho real,

De su valor poderoso,
Un espíritu animoso
Pone en su gente, de suerte,
Como le miran tan fuerte
Para emprender toda hazaña,
Que no volverán á España
Sin la victoria ó la muerte.
Es aqueste don Fadrique
Hijo de aquel gran don Pedro
Que no hay laurel, palma ó cedro,
Que la guerra no le aplique:
Las naves echan á pique;
Por la tierra, el muro tiene
Sin la fuerza que conviene.
Agora tenéis lugar;
Que es de discretos tomar
La fortuna como viene.

ALBERTO.

Señores, del padre mío
Justa venganza tomé;
De los muertos, al mar fué
De sangre corriendo un río.
No rendirse es desvarío,
Por más que se contradiga;
Que el que más razones diga,
Aún no debe de saber
El peligro que es tener
Á España por enemiga.
Mozo soy; no es por vivir,
Que donde un indio cruel
Dió la muerte al coronel
Mi padre, sabré morir.
Esto sólo es por decir
La verdad de lo que siento,
Porque en este rendimiento
No sé qué honor os engaña,
Pues rendirse un hombre á España
Es darse merecimiento.

BERNARDO.

¡Cómo habláis los que tenéis
Tan segura la piedad,
Sin mirar con la crueldad
Que contra mí procedéis!
Si os rendís, ¿cómo no veis
Que no he de alcanzar perdón
De haber sido la ocasión?
¿Cómo este pago me dais?
¿Cómo en Oriente os quitáis
Esperanza y posesión?
¿Á cuál parte llegaréis
Que, viendo el premio que alcanza,
Os rindan en confianza
Los puestos que pretendéis?
Si la plaza defendéis,
El socorro vendrá presto,
Ó el calor, á España opuesto,
Con alguna enfermedad,
Libertando á la ciudad,
Los echará de su puesto.
No me dejéis en sus manos;
Y tú, que á Guiomar las diste,
Mira qué llorosa y triste
La entregas á castellanos;
Mas son pensamientos vanos
El persuadir tu rigor;
Ni tienes amor ni honor
Dándola á gente enemiga;
Que á quien el honor no obliga,
Menos obliga el amor.

CORONEL.

Bernardo, si tú vendiste
Por tu temor esta plaza,
De tu interés fué la traza,
Y para entralla nos diste;
Conténtate que tuviste
Tal venganza en tantos muertos,
Ya de sepultura inciertos;
Que más queremos las vidas
Que riquezas adquiridas
Con sangre en ajenos puertos.

LEONARDO.

¡Á mí me tratas de honor!
¿Quién me lo puede quitar?
¿Piensas tú que de Guiomar
Hará cuenta el vencedor?
Vaya luego un atambor
Al muro, y esto refiera
Con una blanca bandera
Un soldado.

BERNARDO.

¡Qué crueldad!

LEONARDO.

¿Parécete más piedad
Que toda esta gente muera?

ALBERTO.

Escribe las condiciones
Del partido.

CORONEL.

Si tú vas,
Las que quisieres dirás,
Con justas satisfacciones
De nuestro honor y opiniones.

BERNARDO.

¡Qué temeraria sentencia!

LEONARDO.

Aquí es bien que la paciencia
Al suceso se anticipe;
Que á banderas de Felipe,
¿Quién ha de hacer resistencia?

Doña Guiomar con sombrero y espada.

GUIOMAR.

Donde el católico alarde
Muestra su invicto poder,
Vengo, rendida mujer,
Huyendo un hombre cobarde.
¡Bárbaro, en fin, holandés,
Á quien no mueve mi ruego!
Erré en matar á don Diego,
Noble, en fin, y portugués.
Que se rindan aconseja

Á don Fadrique, el villano
Leonardo, y en el tirano
Poder de España me deja.
Mal casamiento intenté;
Pero en su ley y la mía,
¿Qué fe ni verdad tendría
Donde no hay fuerza ni fe?
Voy donde quiere mi suerte
Á ser mi propia homicida;
Que en poco estima la vida
Quien viene á buscar la muerte.

Éntre Machado con unos dados.

MACHADO.

¡Tanto diablo, tanto azar!
¿Este es dado ó es quitado?
¡Machado yo! Machacado
¡Vive Cristo! había de estar.
¿De qué huesos de algún pu-
Os hicisteis, ¡vive Cri-
Que quien desta suerte pi-
Había de ser un Bu-?
La cadena que me dió
Don Fadrique, me ha quitado
Un hueso de un ahorcado
Para que lo quede yo.
¿Quién fué el bellaco primero
Que inventó siete y llevar,
Y por qué se ha de llamar
Dado el que quita el dinero?
Pero pues al otro da
Lo que me ha quitado el dado,
Para mí será quitado,
Y para él dado será.
¡Buen encuentro! ¡Ya que vi
Tantos azares, no os vais;
Si de vos segura estáis,
También lo estaréis de mí!
Dicen que un hombre enojado,
En poniéndole delante
Un espejo, que semblante
Muda, mirándose airado.
Ansí, la cólera dejo
Luego, señora, que os vi,
Que habéis sido para mí
Claro y cristalino espejo.
Pensé desde estas orillas
Echarme á más no poder;
Pero en viendo una mujer,
Mil diablos me hacen cosquillas.
¿Dónde vais?

GUIOMAR.

Salí á mirar
Escaramuzar un hombre,
Si ya merece este nombre.
No pude volver á entrar,
Y al monte quisiera huir,
Mas indios y negros temo.

MACHADO.

Yo escaramuzo en extremo
Si de mí os queréis servir;
Que con la que veis al lado
Eché de sólo un revés,
La cabeza de un inglés
Desde el campo en un tejado;
Y creyendo que era bala
Por la gente que pasó,
Toda en la tierra cayó.

GUIOMAR.

¡Bravo revés!

MACHADO.

No le iguala
El amigo más fingido;
Que deste revés es cierto
Que, más que de tajo, han muerto
Los que no los han temido.

GUIOMAR.

Vos tenéis grande valor
Y quiero de vos fiarme.

MACHADO.

¿Hay algún oro que darme?

GUIOMAR.

Luego ¿no tratáis de amor?

MACHADO.

He perdido, y yo he pensado
Siempre que el hombre, el que juega,
La más linda mujer niega
Si pierde y anda picado;
Que aunque no se quita amor,
Mientras lo picado dura,
Perdóneme la hermosura,
Que tiene fuerza mayor.

GUIOMAR.

Vos sois muy bien entendido.

MACHADO.

Muy vuestro á lo menos soy,
Pero si picado estoy,
De ser vuestro me despido
Y de cuantas hay hermosas;
Y si os tengo de guardar,
Habéismelo de pagar,
Que el tiempo vende las cosas.

GUIOMAR.

Yo tengo muchos escudos
Que os dar porque me guardéis.

MACHADO.

Si vos escudos tenéis,
¿Qué más defensa que escudos?
Apartaos un poco allí,
Que viene el bravo Toledo.

GUIOMAR.

Tengo miedo.

MACHADO.

Estad sin miedo,
Que está todo el mundo en mí.

GUIOMAR.

¿Cómo os llamáis?

MACHADO.

Machado;
Y si es que lleva la silla
Todo caballo en Castilla,

De portugués tengo un lado.
Los tres castellanos son.

D. Fadrique, D. Manuel de Meneses, D. Enrique y todos.

FADRIQUE.

No cese la batería,
Que se va acercando el día
De mi determinación.
¡Por vida del Rey de España,
Que no ha de quedar inglés,
Alemán, belga, holandés,
Que no degüelle en campaña!

MACHADO.

Eso sí, ¡cuerpo de tal!
Y jure Vuestra Excelencia
Sobre mi propia conciencia,
Que su palabra real
Yo solo basto á cumplilla.

FADRIQUE.

¿Fiaisme vos?

MACHADO.

Sí, ¡por Dios!
Porque fiándoos á vos
Me abona el Rey de Castilla.

Una caja toque en la muralla, y un soldado holandés con una bandera blanca.

MENESES.

Caja tocan en el muro.

ENRIQUE.

En él un soldado veo
Con una bandera blanca.

FADRIQUE.

No disparéis, deteneos.

SOLDADO.

Oye, General de España;
Oye, español.

MACHADO.

Habla recio,
Como en las comedias dicen
Los que escuchan desde lejos.

SOLDADO.

Da licencia que te hablen.

FADRIQUE.

Ya la doy si venís luego.

MACHADO.

Embajador vizcaíno,
Fué poco, y díjolo presto.

FADRIQUE.

No disparen los cuarteles
Mientras que me hablaren éstos.

ENRIQUE.

¡Hola! Pase la palabra.

MENESES.

No disparéis, artilleros.

Dentro digan:

UNO.

Que no dispare ninguno
De eminencia ni de puesto.

OTRO.

Que nadie dispare mandan.

Voz á lo lejos.

OTRO.

Pues yo con ésta lo dejo.

Dispara.

Entre Leonardo.

LEONARDO.

De parte del coronel
Monsieur Armelingues vengo,
¡Oh General español!
¡Oh generoso Toledo!
De esta plaza que tenía,
Deste mar y deste puesto,
Por las islas á ofrecerte
Salud, paz y rendimiento,
Con aquestas condiciones,
Que ha firmado su Consejo
En este papel.

FADRIQUE.

Mostrad.

Le rasga.

LEONARDO.

¿Por qué le rasgas?

FADRIQUE.

No pienso
Admitir yo condiciones
De paz ni de otros conciertos
En hacienda de mi Rey,
Porque tanto atrevimiento
Me ha enviado á castigar,
Que no para usar con ellos
La piedad que no merecen.
Mas porque conozco el pecho
De aquel divino Monarca,
Que cuanto es jüez severo
Sabrá ser padre piadoso
Reconociendo su imperio,
Desde aquí le quiero hablar,
Y porque en mi tienda tengo
Su retrato, mientras le hablo
Pon la rodilla en el suelo.

Descúbrese el retrato de S. M. Felipe IV, que Dios guarde, amén.

Magno Felipe, esta gente
Pide perdón de sus yerros;
¿Quiere Vuestra Majestad
Que esta vez los perdonemos?
Parece que dijo sí.

Ciérrese.

Pues el perdón les concedo,
Dejando cuanto han hurtado
Y solamente saliendo
Con los vestidos que tienen,
Tres meses de bastimento
Y embarcación á sus tierras,
Sin que lleven sólo un verso,
Pólvora ni munición.
Esto en su nombre os concedo,
Y si queréis otra cosa,
Holandeses, defendeos;
Que solamente tres horas
Daros de término puedo,
Porque mañana han de estar
En vuestras murallas puestos
Los estandartes de España.

LEONARDO.

Las condiciones acepto.

MENESES.

¡Qué triste se fué, por Dios!
Pero no puede ser menos,
Que me cuestan mucha sangre
Los portugueses que han muerto.
Don Alfonso de Alencastro
Y Martín Alfonso fueron
Gran pérdida á Portugal.

FADRIQUE.

Señor don Manuel, yo veo
Que murieron bien vengados.
Vueseñoría esté cierto,
Si desea la venganza,
Que han muerto por uno ciento.
Ellos estaban detrás
Del muro, en campo los nuestros;
Cuando han salido, bien sabe
De la manera que han vuelto.

ENRIQUE.

Las puertas abren, señor,
Asegurando primero
Que no hay mina ó traición:
Victorioso entrarás dentro.

MACHADO.

Ellos salen sin espadas,
¡Vive Cristo, que me huelgo!
Pero en pasando judíos,
Que, en fin, los traidores fueron,
Advierte que los conozco.

FADRIQUE.

Luego mandaré prenderlos,
Que tengo de castigarlos.

MACHADO.

Si te he servido, te ruego
Que cierta mujer perdones.

FADRIQUE.

¿Dónde está?

MACHADO.

Cerca la tengo:
Llega á sus pies.

GUIOMAR.

Aquí estoy.

FADRIQUE.

Alzad, señora, del suelo,
Y agradeced á Machado
El perdón.

GUIOMAR.

Yo le agradezco.

MACHADO.

¿Qué escudos tenéis ahí?

GUIOMAR.

Mil en doblones.

MACHADO.

¡San Pedro!
Yo soy Marqués del Brasil
Por librarte del brasero.
Pero los rendidos salen;
Luego en el oro hablaremos.

Aquí el Coronel, y Alberto, y Leonardo, y todos los holandeses de dentro y fuera de casa, sin espuelas, cruzados de brazos, y Bernardo.

CORONEL.

Á tus pies, señor, estoy.

FADRIQUE.

Coronel, á muy buen tiempo
Os rendisteis.

MACHADO.

¡Vive Cristo,
Que es este pícaro hebreo
El que te vendió!

BERNARDO.

Señor,
Infórmate bien.

FADRIQUE.

No puedo
Dejaros de castigar;
Pero decidme si puedo
Entrar seguro.

LEONARDO.

Bien puedes
Donde en oro y plata pienso,
Sin otras mercaderías,
Que hay tres millones y medio.

FADRIQUE.

Advertid que cumpláis bien
Lo prometido, creyendo
Que no le importa á mi Rey
Que os rebeléis, porque es cierto
Que tener más enemigos
Será gloria de su pecho,
Los unos que castigar
Para mayor escarmiento,
Para perdonar los otros.

CORONEL.

Pierde ese injusto recelo.

FADRIQUE.

¿Qué es aquello?

ENRIQUE.

Que el Brasil

Tocan.

Y la Religión te han hecho
Salva.

El Brasil y la Religión.

BRASIL.

Con este laurel
¡Oh generoso Toledo!
Corona tus dignas sienes
Por tantos gloriosos hechos
De *El Brasil restituído*,
Principio de los deseos
De serviros, aunque fin
De tan heroico suceso.

Poniéndole el laurel, toquen cajas y chirimías, y se entren.

Loado sea el Santísimo Sacramento del altar y la pura Concepción de María Virgen, nuestra Señora, sin pecado original.

En Madrid á 23 de Octubre de 1625.

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

Véala Pedro Vargas Machuca.

«Esta gloria de las armas de España en la restitución del Brasil, que es asunto de esta comedia, la ha escrito Lope de Vega Carpio, muy ajustado y conforme á la mejor relación que de este suceso tenemos, calificada de un testigo instrumental que se halló en esta guerra y trajo de ella honrosas señas en sus heridas. En la comedia se habla de él y de otros muchos caballeros con la honra y alabanza que se les debe y acostumbra Lope de Vega en sus escritos, que la hidalguía de su pluma no sólo no defrauda la gloria de los que en armas y letras la consiguen, pero tiene en universal empeño los que las profesan, haciendo continuamente honrosa y noble memoria de propios y extranjeros en toda ocasión de alabanzas; las que aquí se dan á las personas introducidas son cuanto de vidas ejemplares á la juventud de Madrid, que ha de ver representar acciones de los que conocieron y tratan en la paz, lucidas en el valor militar sirviendo su Rey en defensa de su religión; por todo, se puede representar.

»Madrid, 29 de Octubre de 1625.

»PEDRO DE VARGAS MACHUCA.»

Nota del copiante.—Se advierte que en algunas testaciones y enmiendas de otra mano que del autor, hay empeño en llamar D. Fernando al que el autor llama D. Enrique. Acaso será porque el dicho se equivocó en el nombre, ó porque el testador tenía interés por otro sujeto ó por la familia de otro que asistió á dicha jornada, y cuyo elogio omitió Lope.

LA NUEVA VICTORIA

DE DON GONZALO DE CÓRDOVA

LA NUEVA VICTORIA

DE DON GONZALO DE CÓRDOVA (a)

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

ACTO PRIMERO

PERSONAS DEL PRIMER ACTO

Lisarda, *dama*	*La señora Manuela.*
Fulgencia, *criada*	*La señora Ana.*
Don Juan Ramirez	*Fadrique.*
Bernabé, [illegible]	*Coronel.*
El Capitan Medrano	*Cosme.*
Esteban, *criado*	*Jusepe.*
El Bastardo de Mansfelt	*Juan Gómez.*
El Obispo de Olstad	*Vargas.*
El Duque de Bullón	*Jusepe.*
Don Gonzalo de Córdova	*Juan Bautista.*
Don Francisco de Ibarra	*Manuel.*
El Barón de Tilli	*Narváez.*
Los músicos (*b*).	

Salen Lisarda, dama, y Fulgencia, criada.

LISARDA.

No ha de quedar un galán,
En Nápoles, español;
Soldados nacen de sol (1),
Y así (2) con el sol se van.
Quedará el cuartel sin hombres.

FULGENCIA.

En tan honrosa ocasión,
Del que se queda es razón
Que más te admires y asombres;
Que te juro que si ven
Las damas algún cobarde
Que se quede ó que se tarde,
Si es mozo y hombre de bien,
Que le ponen en rigores
De suerte, que el desdichado
Se reviste de soldado,
Porque le salen colores.

---

(1) *Del Sol*, en las dos ediciones.
(2) *Y si*, en la *Vega del Parnaso*, donde se suprime el punto después de van.

(*a*) Este es el titulo en el original autógrafo. En la *Vega del Parnaso* se titula *La Mayor Victoria de Alemania.* En la Parte 24: *Don Gonzalo de Córdoba.*
(*b*) En las ediciones se omiten los nombres de los actores, y se ponen los de los personajes por otro orden que parece inútil reproducir.

LISARDA.

Los que hay en esta ciudad,
Segura estoy de que fueran,
Así por lo que quisieran
Servir á Su Majestad,
Como por la buena fama
Del famoso don Gonzalo
De Córdova, que ya (1) igualo
Á cuantos celebra y llama
La antigüedad este nombre.
Pero ¿quién tendrá paciencia
Para sufrir esta ausencia
Sin que el olvido la nombre?
¡No se me fuera mi bien,
Y el reino se despoblara!

FULGENCIA.

Señora, en tu honor repara;
Que hay quien murmure también
En Italia, donde estamos,
Como en España, de quien
Venimos.

LISARDA.

Llorar es bien,
Que en tal soledad quedamos.

FULGENCIA.

Lleva en paciencia su ausencia;
Tráigale Dios con vitoria.

LISARDA.

¿Quién hará que la memoria
Tenga en su ausencia paciencia?
No era tanta mi pasión
Por don Juan, aunque le amaba,
Cuando segura gozaba
De sus brazos mi afición.
Bien me pareció presente,
Bien, Fulgencia, me agradó,
Mas nunca me pareció
Como en vísperas de ausente;
Esto ya sé de qué nace
Porque en nuestra condición
Es sola la privación
La que estos milagros hace (2).
Quien quisiere conquistar
Una mujer fácilmente,
Della por un mes se ausente,
Vuelva gallardo al lugar;
Que gozará la victoria
Con mil abrazos después;
Pero no pase de un mes,
Porque no hallará memoria.

FULGENCIA.

¿Un mes dijiste?

LISARDA.

¿Y un mes
Es poco? ¿Ó piensas que ignoro
La letra de Lucidoro,
Rodamonte aragonés?

(1) *Le*, en las dos ediciones.
(2) Esta redondilla falta en las dos ediciones.

FULGENCIA.

¿Qué dices?

LISARDA.

Que á la mujer
No hay mudanza que la iguale,
Pues con cada sol que sale
Mudamos de parecer.

FULGENCIA.

Siendo tan recién venido
De España, tanto le quieres,
Que confirmo en las mujeres
La voluntad y el olvido;
Pero en Nápoles hay tantos,
Que luego le olvidarás.

Don Juan, galán, de camino, botas y plumas: Bernabé de soldado gracioso (1).

DON JUAN.

Bernabé, no puedo más.

BERNABÉ.

Pues ¿en cuatro días?

DON JUAN.

¿Cuántos?

BERNABÉ.

Cuatro.

DON JUAN.

Calla, que el amor,
Si tarda en matar, no es bueno;
Que ha de ser como el veneno
En el violento rigor.

BERNABÉ.

Pues lo que en Madrid dejaste,
¿Ya lo olvidaste?

DON JUAN.

¡Qué quieres!
Aprendí de las mujeres.

BERNABÉ.

¿Como mujer olvidaste?

DON JUAN.

¿Piensas tú que pienso yo
Que llora en Madrid por mí
Isabel? Pues no salí,
Cuando mis favores dió
Al viento con mi cuidado,
Si no los tuvo primero
Guedejoso caballero
Déstos de pelo rizado (2).

BERNABÉ.

Quedo, que está aquí Lisarda.

LISARDA.

¿Es don Juan?

DON JUAN.

¡Señora mía!

LISARDA.

¡Que llegó tan triste día!

(1) En las dos ediciones esta acotación se reduce á lo siguiente: *Sale D. Juan Ramirez, y Bernabé, su criado.*
(2) *Enrizado*, en las dos ediciones.

DON JUAN.

Mirad, mi bien, que me aguarda
Todo un escuadrón de amigos;
No hagáis lágrimas tan bellas
Rémoras, pues son estrellas.

LISARDA.

Todos son mis enemigos,
Pues que por ellos os vais.

DON JUAN.

Por las luces de esos ojos,
Con que dais gloria y enojos,
Con que dais vida y matáis;
Que sólo servir al Rey
Felipe (1), que el cielo guarde,
Me lleva; mirad que es tarde.

LISARDA.

Soldados, hombres sin ley,
Valientes para matarme.

DON JUAN.

No me puedo detener,
Ni ya, mi bien, puede ser,
Ni partirme, ni quedarme;
Quedarme, porque es forzoso
Partirme, y no me partir,
Porque partirme y vivir
También parece dudoso;
Pero, pues he de probar
Á partirme y á quedarme,
La licencia habéis de darme
De partirme y de quedar;
Que llevo esperanza en Dios
Que con salud me veréis.

LISARDA.

¿Vaisos, mi bien, y queréis
Hallar vida, que sois vos?
Mas si os partís y sois vida,
Cuando volváis me daréis
Lo que agora, como veis,
Os lleváis en la partida.

DON JUAN.

Sabe Dios si lo escusara,
Señora, si yo pudiera.
Vase don Luis de Ribera
Y don Baltasar de Lara;
Sale don Juan de Guzmán,
Galán como el mismo sol,
Aunque es proverbio español
Decir que es el sol galán;
Sale don Martín de Prado
Y don Pedro de la Cueva,
Que de todo el cuartel lleva
En (2) las plumas el cuidado;
Don Fadrique (3) de Mendoza
Y don Carlos Pimentel;
El capitán Espinel,
Aquiles de Zaragoza.
Mira en las telas bordadas
Nápoles mil invenciones,
Y el sol, en las guarniciones,
El oro de las espadas.
El viento, de ciento en ciento
Así las plumas enreda,
Que parece que no queda
Para este verano viento.
Á no partirse el Manrique,
Yo me quedara también,
Pero no es justo, mi bien,
Que esta disculpa os aplique.
Siéndolo tanto mi honor,
Sólo os pido que os preciéis
De firme, pues que sabéis
La obligación de mi amor.
Mientras allá peleare,
Pelead también acá;
Que ya sé, mi bien, que habrá
Guerra que en mi daño pare.
Resistid á la conquista
De tantos competidores
Con desdenes, con rigores,
El muro de vuestra vista;
Que en pago desta firmeza
Seré vuestro eternamente.

LISARDA.

¡Plega á los cielos, mi ausente,
Que si de más aspereza
Se vistiere una montaña
De nieve ó de peñas vivas,
Ó las que en ondas altivas
El mar arrogante baña,
No cumpla jamás el cielo
Deseos que al cielo pida!
Lágrimas serán mi vida,
Luto, pena y desconsuelo (1).
Vestiré bayeta vil,
Paño pardo, tocas gruesas
De un alfiler sólo presas,
No seda ó velo sutil.
En iglesia, en campo, en fiesta,
Jamás me verá la cara
Quien más curioso repara
En la más noble y honesta;
Que es curioso el mismo sol,
Tanto, que diga la gente:
«Veis allí la triste ausente
Del alférez español.»
¿Pues qué será mi comida?
¿Cuáles mis noches serán? (2).

FULGENCIA.

Y él ¿no me dice, galán,
Algo en aquesta partida?

---

(1) Las ediciones dicen *Felipo*.

(2) Las ediciones, *de*.

(3) En las ediciones, *Enrique*, y parece cambio intencionado.

(1) En las ediciones se lee así este verso:

Luto y pena mi [illegible].

(2) Estos dos versos están enteramente cambiados en las dos ediciones:

S[illegible] que á a[illegible] mi vida.
Aquestas [illegible] se van.

BERNABÉ.

¿Qué te puedo yo decir,
Siendo cosa tan forzosa,
Fulgencia, más lastimosa
Que la que acabas de oir?
Yo no he podido excusarme,
Que, en fin, me lleva mi amo:
Ya sabes lo que te amo,
Y que quisiera quedarme;
Pero hase partido ya
Cosme, el lacayo gallego;
El comprador de don Diego,
Antes de un hora se va;
Ya se fué Bartolomé,
Que no ha servido á señor
Mozo de tanto valor;
También Hernando se fué
Con tener obligación
Á Inés, que adoraba en él;
Antiyer (1) se fué Miguel,
Y hoy, al alba, Mondragón.
El domingo, en cas de Juana,
Hubo llanto con merienda
Entre Lorenzo y su prenda;
Dióle unas medias de lana,
Y ella le dió dos lenzuelos
Y un paño con deshilados;
Todos van, como soldados,
Llenos de amor y de celos (2).
Sólo te pido, Fulgencia,
Que estés firme, y que resista
Tanta lacayil conquista
Tu pensamiento en mi ausencia;
Que en pago desta firmeza
Seré tuyo eternamente.

FULGENCIA.

No tengas pena, mi ausente,
Que enternezcan mi dureza
Sus requiebros, sus favores,
Sus bailes, sus castañuelas,
Sus botines de tres suelas.
Y sus cintas de colores.
Y ¡plega á Dios que si fuere
Ingrata á tu amor y fe,
Mi querido Bernabé,
Ni otro en tu ausencia quisiere,
Todo te suceda mal
Y te maten con dos balas!
Desde hoy más, dejo las galas
Y me visto de sayal;
Una toca solamente
Me dará un punto en la cara;
Cinta negra de una vara
Partirá el sol de mi frente;
Mi delantal guarnecido
Siempre se estará doblado;
Ramplón será mi calzado,
Que no zapato pulido

(1) *Anteayer*, en las dos ediciones.
(2) En las dos ediciones: *llenos de amores y celos.*

Que me reviente en el pie,
Tanto, que diga la gente:
«Veis allí la triste ausente
Del lacayo Bernabé.»

DON JUAN.

Con este abrazo, te queda
Con todo el cielo, mi bien.

FULGENCIA.

Y él ¿no me abraza?

BERNABÉ.

También.

LISARDA.

¡Que esto mi desdicha pueda!

DON JUAN.

¿Desdicha? Mira que fué
Mi honor (1), si lo consideras.

LISARDA.

Tráeme, amores, mil banderas
De enemigos de la fe.

FULGENCIA.

Y él ¿qué ha de traerme á mí?

BERNABÉ.

Seis pares de luteranos
Que, besándote las manos,
Digan que yo les vencí.

Vanse los dos.

LISARDA.

Mira, Fulgencia, quién son
Los que van con mi don Juan.

FULGENCIA.

Voy á ver tanto galán,
Tanta cadena y jubón.

Vase.

LISARDA.

Pártese el sol por el umbral dorado
Del Occidente entre mil nubes de oro,
Dejan las fuentes el cantar sonoro,
El monte se entristece, llora el prado.
El aire (2) queda en confusión bañado,
Pierde su (3) vista el mar, su azul decoro,
Y cubre en negra nube y triste lloro (4)
La cara de la tierra (5) luto helado (6).
Así se parte mi soldado amante
Á su jornada de la vista mía,
Y yo quedo á la tierra (7) semejante.
Mas como vuelve (8) el sol, y de alegría
Se viste (9) el mundo, esperaré constante
En esta (10) noche tan alegre día.

(1) *Amor*, en las ediciones.
(2) En las ediciones, el *mundo*.
(3) En las ediciones, en vez de *su*, dice *la*.
(4) En las ediciones:

Y baña negra noche y triste lloro.

(5) En las ediciones, *sierra*.
(6) Las ediciones dicen: *en luto helado*.
(7) En las ediciones, *noche*.
(8) *Sale*.
(9) *Baña*.
(10) *Triste*.

Sale Fulgencia.

FULGENCIA.

Al tiempo que viendo estaba
Tomar la posta á don Juan,
Tan lucido, tan galán (1),
Que á todo el mundo obligaba (2)
Á echarte (3) mil bendiciones,
Aquel capitán que posa
Enfrente, aquel de la rosa
De diamantes, que en botones
De oro y cadena, las fiestas
Saca cuatro mil ducados,
Y aquel á cuyos criados
Das tan airadas respuestas,
Me dijo que te pidiese
Licencia.

LISARDA.

Pues ¿á qué efeto?

FULGENCIA.

De verte (4).

LISARDA.

¿No es más discreto?

FULGENCIA.

Díjome que te dijese
Que tenía un coche.

LISARDA.

¿Qué?

FULGENCIA.

Y no sé qué de merienda.

LISARDA.

¡Mataréte! ¡Ay, dulce prenda!

FULGENCIA.

Dulce ó agria, ya se fué.
Un bolso lleno de escudos
Me dejó aquel soldadillo
Del cintillo.....

LISARDA.

¿Qué cintillo?

FULGENCIA.

Con escudos, hablan mudos.
Está en esto.

LISARDA.

¡Vive amor,
Que te haga mil pedazos,
Pues aún tengo de sus brazos
Aquel divino calor!

FULGENCIA.

¡Qué divina necedad!
Ahora bien, no hablemos desto,
Pues en ser boba te has puesto.

LISARDA.

Conozco tu voluntad;
Mas yo no estoy para gustos,
Tengo mucho que llorar.

FULGENCIA.

El procurarse alegrar
Es para cuando hay disgustos;
Que en el tiempo (1) del placer
No es necesario buscar
Lo que es forzoso al pesar.

LISARDA.

Fulgencia, no puede ser,
Que estoy por extremo triste;
Quiero escribir á mi ausente.

FULGENCIA.

Yo callaré.

LISARDA.

¡Impertinente!
¿Qué era (2) aquello que dijiste
Del coche (3) del capitán?

FULGENCIA.

Que es el capitán Medrano
Muy galán.

LISARDA.

Es muy temprano,
Y me ha dejado don Juan
Notable melancolía;
Pero no sé qué dijiste
De escudos: estoy muy triste.

FULGENCIA.

El oro causa alegría;
Guantes de ámbar y un bolsillo
Con (4) cien escudos.

LISARDA.

¡Qué cosa
Tan cansada y enfadosa
Antes de dallo decillo!
Cierto que estoy enojada:
Ve y dile que para mí
No es ése el término, y dí.....
Pero no le digas nada (5).
¿Parécete que lloremos
Un poco por los ausentes?

FULGENCIA.

No por cierto, más que intentes
Holgarte.

LISARDA.

¿Cómo podremos?

FULGENCIA.

Haciendo el coche llegar
Á la puerta, y tú, cubierta,
Hacer alzar la compuerta
Y por el estribo entrar;
Ir al campo, y merendando
Muy bien, tomar el dinero,
Porque esotro majadero
Irá su rocín picando,
Hasta que hecho mil pedazos
Al Palatinado llegue,
Donde un ciego honor le ciegue
Y le den dos (6) mosquetazos.

(1) *Y tan galán.*
(2) *Animaba.*
(3) *Y echaba.*
(4) *De hablarte.*

(1) *En el día.*
(2) *Es.*
(3) *De escudos.*
(4) *De.*
(5) Falta esta redondilla en las ediciones.
(6) En las ediciones, *Y le dè de mosquetazos.*

LISARDA.

Creo que tienes razón.
¿De qué sirve entristecerme?
¿No es mejor entretenerme,
Pues hay tan buena ocasión?
¿Para qué es bueno llorar?
¿Qué padre ó madre he perdido?
Coche quiero, coche pido;
Triste estoy, quiérome holgar.
Parte y dile que al momento
Llegue á nuestra puerta el coche,
Que para de aquí á la noche
No es mal entretenimiento.
¿Téngome yo de morir?

FULGENCIA.

Ahora te he confirmado
Por discreta.

LISARDA.

El mi soldado
Por allá sabrá vivir.
Algún sentimiento tienen
Los hombres cuando se van,
Mas dondequiera que están,
Lindamente se entretienen.

Salen D. Juan Ramírez y Bern[abé].

DON JUAN.

No quiero pasar de aquí.

BERNABÉ.

Pues ¿á dos leguas te paras?

DON JUAN.

¡Ay, Bernabé! Si reparas
En que estoy fuera de mí,
¿Cómo te espantas así?

BERNABÉ.

Pues ¿no quieres que me espante?

DON JUAN.

No, que en pena semejante
Como la que viendo estás,
Celos me vuelven atrás,
Porque va el amor delante.

BERNABÉ.

Pues ¿de qué es ahora el miedo?

DON JUAN.

De que Lisarda no siente
Verme de su vista ausente,
Y que en su pecho no quedo:
Si ver esta noche puedo
Su sentimiento y dolor,
Irá seguro su amor.
Armas de España, esperad,
Que vuelve mi voluntad
A asegurar su temor.
Porque yo dos horas tarde
De proseguir el camino,
No ha de ser el Palatino
Más valiente ó más cobarde (1).
Campo español en alarde,
Aguardad estas dos horas;
Y tú, Marte, que enamoras
Á Venus, cese el marchar,
Haz alto, y manda doblar
Las banderas vencedoras (1).
Aguardad; que mis suspiros
Os sirvan, pues lo consiento,
A las plumas para viento,
Y para fuego á los tiros:
Tiempo queda de partiros,
No os vais sin mí, que segundo
Marte he de ser, y en mí fundo
Que os den vitoria los cielos;
Que un hombre ausente y con celos,
Basta á revolver el (2) mundo.

BERNABÉ.

Con notable exclamación,
Al principio del camino
Das al conde Palatino
Pesadumbre sin razón.
El español escuadrón
Que don Gonzalo gobierna,
Se detenga á tu voz tierna
Mientras que ves á Lisarda,
Pues con tus celos aguarda,
Como dices, fama eterna.
Pero si agora volvemos
Por la posta (3), ¿qué dirán
Los que salir tan galán
Te vieron haciendo extremos?

DON JUAN.

Á Nápoles llegaremos (4),
Donde orillas de su río
Mi necio amor, al fin mío,
Aguarde á que el negro coche
Saque la turbada noche
Envuelta en su manto frío.
Con ella á ver entraré
Aquel ángel de Lisarda,
Que como verme no aguarda,
Gran contento le daré:
Y cuando la noche esté
Más coronada de estrellas,
Dejaré las suyas bellas,
Volveré á tomar la posta,
Hasta que llegue á la costa
Adonde muera sin ellas.
Ea, pues, vuelve á sacar
Esos caballos, y vamos.

BERNABÉ.

He pensado que no erramos
En volvernos al lugar;
Que no se puede ausentar
Agora un hombre de bien,
Sin que mil causas le den

---

(1) En las ediciones:

¿Ha de ser el Palatino
Más valiente ó más cobarde?

(1) *Españolas.*
(2) *Un.*
(3) *Á Nápoles.*
(4) *Volveremos.*

De infamia y de deshonor;
Que el vulgo, en cosas de honor
Pocas veces habla bien.

Váyanse, y entren Lisarda y Fulgencia de rebocinos y sombreros de plumas, el capitán Medrano, Esteban, criado, y dos músicos cantando así: (1)

Dulce pensamiento mío,
Si en una empresa tan alta
Desmayas siendo quien eres (2),
Tú matarás mi esperanza.

CAPITÁN.
¡Qué agradable está la mar!

LISARDA.
Con las arenas mojadas
Parece, entrando y saliendo,
Que está retozando el agua.

CAPITÁN.
Hierba piden para alfombra
Los manteles y toallas.
Proseguid vuestro romance,
Que os escucha mi Lisarda.

MÚSICOS.
De quien eres degeneras,
Si en el cielo te desmayas,
Pues viste la cara al sol
Sin abrasarte las alas (3).

ESTEBAN.
Y ella, señora Fulgencia,
¿No me favorece en nada
Con su regalada boca? (4).

FULGENCIA.
¿Por qué no, Esteban del alma?

CAPITÁN.
Con tu licencia me siento
Al ribete de tus faldas,
Brújula de mis deseos,
Que tan dulce suerte aguardan.

Cantan.

La fuerza de mis suspiros.....

CAPITÁN.
No suspire quien alcanza
La dicha que yo he tenido.

Salen D. Juan y Bernabé.

DON JUAN.
¿Dónde las dejas atadas?

BERNABÉ.
En los álamos que el río
En puro cristal retrata.

DON JUAN.
¿Con qué podré entretenerme
Mientras que la noche baja
Vistiendo velos de sombras
Con guarniciones de plata?

BERNABÉ.
Mientras Thetis miente estrellas,
Bebe (1) engaños, miedos calza,
Emula al sol, sombra afecta,
Y oprime el candor del alba
En la jerigonza nueva,
Esos (2) galanes y damas,
Que ya quieren merendar,
Darán materia á tus ansias.

DON JUAN.
Dichoso tú que á la sombra
Destos árboles que baña
El apacible Sebeto,
En el regazo descansas
De la que quieres y adoras,
Sin que trompetas y cajas
De Mansfelt y el Palatino
Te toquen ¡al arma! ¡al arma!

BERNABÉ.
Y dichoso aquel criado
Que al delantal de su daifa
Reclina la frente, y mira
En tan corto espacio el mapa:
¡Mísero yo, que á Malinas
Me llevan honra y fanfarria
De un amo que á legua y media
Vuelve á llorar con (3) su mama!

DON JUAN.
Espera un poco.

BERNABÉ.
¿Qué miras? (4).
¿Andan sueltas las fantasmas
En este sueño de amor?

DON JUAN.
Mil cosas mira quien ama,
Como siempre las ideas
En su espejo se retratan,
Que imitan su pensamiento.

BERNABÉ.
En el mismo estoy, aguarda:
¿Dirás que en esta mujer
Lisarda está retratada,
Y su criada Fulgencia?

DON JUAN.
No es cosa en el mundo rara.
¡Oh fuerte imaginación!

BERNABÉ.
Si concuerda acaso el habla

---

(1) En las ediciones, esta acotación dice así: *Salen músicos, y el capitán Medrano muy galán, y Esteban su criado y Lisarda y Fulgencia con mantos.*

(2) *Me subes hasta los cielos.*

(3) Estos seis versos que se hallan en el original, fueron omitidos en las dos ediciones.

(4) En las ediciones varian enteramente estos tres versos:

ESTEBAN.
¿Y á mi no me das licencia,
Fulgencia, pues que tu ama
Se la ha dado á mi señor?

(1) En las ediciones, *vive.*

(2) *Estos.*

(3) *Por.*

(4) *¿Qué tienes?*

Con las (1) caras, no es engaño,
Porque aquéllas son sus caras.

DON JUAN.

Bernabé, ¡viven los cielos,
Que son Fulgencia y Lisarda!

BERNABÉ.

No es posible.

DON JUAN.

Sí es posible.

BERNABÉ.

¡Brava cosa!

DON JUAN.

¡Cosa extraña!

BERNABÉ.

Aquel es Medrano.

DON JUAN.

¿Quién?

BERNABÉ.

El capitán cuya casa
Está de Lisarda enfrente.

DON JUAN.

¡Bravo amor!

BERNABÉ.

Brava desgracia (2).

BERNABÉ.

Fulgencia está con Esteban.

DON JUAN.

¿Estas eran las palabras,
Las lágrimas, las promesas? (3).
¡Oh traidoras!

BERNABÉ.

¡Oh picañas!

DON JUAN.

¡Oh falsas!

BERNABÉ.

¡Oh garipundias!

DON JUAN.

¡Oh aleves!

BERNABÉ.

¡Oh trinquintanias!

DON JUAN.

¡Oh mujeres!

BERNABÉ.

No hay *plus ultra*.

DON JUAN.

¡Oh mudables!

BERNABÉ.

¡Oh mudanzas!

DON JUAN.

«Pondréme una toca gruesa,
Nadie me verá la cara
En iglesia, en campo, en fiesta.»

BERNABÉ.

Pues la fregatriz bellaca:
«No verá mi pie chinela,
Ni mi delantal con randas
Cubrirá mi triste cuerpo.»

DON JUAN.

Remítase á las espadas:
Infames, ¿desta manera
La fe y palabra se guarda?

LISARDA.

¡Ay, Jesús!

DON JUAN.

Yo soy don Juan.

BERNABÉ.

Y yo Bernabé, piltraca.

LISARDA.

¿No ves que estoy con mi primo?

DON JUAN.

La disculpa de las damas.

CAPITÁN.

Caballero, yo ¿qué os debo,
Qué amistad ó qué palabra?

DON JUAN.

Celos no aguardan respuesta.

CAPITÁN.

Ni yo la doy.

LISARDA.

¡Que se matan!

Acuchillándose se entren, y salga el bastardo de Mansfelt, el Obispo con sotana morada, peto y espaldar, y un sombrero morado y sus armas (1).

BASTARDO.

Nuevas cartas me escriben, dirigidas
Á que les dé el socorro que les debo.

OBISPO.

Las esperanzas, que lloré perdidas,
Hallan en tu valor aliento nuevo;
Que si deste español Córdova olvidas
Daños, que apenas referir me atrevo,
Yo, sólo por venganza de tu afrenta,
Conduciré el ejército á mi cuenta.

BASTARDO.

No fué la envidia de las dos vitorias
Que el Córdova español nos ha ganado,
Tan fácil de sufrir, ni de sus glorias
Tan corto en nuestras penas el cuidado,
Que obscurezca el olvido las memorias
Que á la venganza tienen obligado
Cuanto valor que encarecerte puedo,
Del conde de Mansfelt, mi padre, heredo (2).
En el confín francés pondré animoso
Deciseis (3) mil soldados, pues me llaman,
Que perder la ocasión será forzoso,
Si por no socorrerlos se derraman:
Tú verás con qué pecho valeroso
Cuantos á España y á su ley desaman,
Como si suyas las ofensas fueran,

(1) *Sus.*

(2) Este y los dos versos anteriores faltan en las ediciones.

(3) *Firmezas.*

(1) En las ediciones es mucho más breve esta acotación: *Éntranse acuchillando. Salen el bastardo Mansfelt y el Obispo de Olstad*

(2) En las ediciones:

Cuanto valor encarecerte puedo.
Que del Conde Masfelt mi padre heredo.

(3) *Diez y seis.*

Las perdidas banderas recuperan.
Por la tierra del Duque de Lorena
Tan ligero he pasado con mi gente,
Que sus armas apenas me dan pena,
Y ya no importa que salir intente.
La gente que el Barón de Tilli ordena,
Y la que anima el Español valiente,
Dicen que me han seguido, mas ya es tarde.

OBISPO.

Para la vuelta el Español te aguarde.

BASTARDO.

Dicen que socorremos los herejes,
Que así nos llaman ellos, que en desgracia
Del Rey de Francia están.

OBISPO.

Que no te quejes
De las cosas que yo tengo por gracia.
Por ahora te importa que te alejes
De Lucemburg, en que (1) su campo espacia,
De sus buenos sucesos arrogante,
Y que pase tu ejército adelante (2).
Hablan de mí, porque á Lutero sigo,
Masfelt, estos papistas españoles,
Como de aquel don Oppas, que á Rodrigo
Quitó las dos Españas en diez (3) soles;
Pero yo les daré justo castigo
Luego que las banderas enarboles
Con las de Francia (4) á vista de las suyas,
Y en el perdido honor me restituyas.

BASTARDO.

El Duque de Niveres ha salido
Con ejército grande, Obispo, al paso,
Que el Rey de Francia pienso que ha sentido
Ver que á juntarme á sus rebeldes paso:
Por eso el Duque de Bullón es ido
Á saber la ocasión, y si es acaso
Para impedir mi intento, y está en medio,
Para pasar á Francia no hay remedio.

Éntre (5) el Duque de Bullón.

DUQUE.

Mal lance habemos echado:
Dice el Duque de Niveres
Que á qué efecto pasar quieres
Á Francia determinado.
Por respuesta se le ha dado
Que servir al Rey pretendes;
Responde que antes le ofendes,
Y que á vencer ó morir
Te puedes apercibir,
Pues los herejes defiendes.

BASTARDO.

¿Qué dice Vueseñoría?

DUQUE.

Que esto ha dado por respuesta,
Y con la gente que apresta
Previene la artillería.

BASTARDO.

Si en resistirme porfía,
Será imposible pasar.

OBISPO.

Volvámosle á suplicar
Que mire bien lo que intenta,
Y servir al Rey (1) consienta.

DUQUE.

Olstad, el Duque responde
Con las armas, no se esconde,
Pues la batalla presenta.
Dice que el Rey le ha enviado
Á detenerte; ya ves
Que es católico el Francés,
Y del de España cuñado:
Volveros es acertado,
Porque atajaros ordena
Los pasos el de Lorena,
Y don Gonzalo también,
Que por lo pasado es bien
Que pueda causaros pena.
Mil y quinientas corazas
De socorro os puedo dar;
Ni hay que tratar de pasar,
Ni del (2) buscar nuevas trazas,
Porque si pasos y plazas
Ocupan sin dejar una,
No habrá resistencia alguna.
Esto aconsejaros debo,
Porque este español mancebo
Lleva en popa la fortuna.

BASTARDO.

Señor Duque de Bullón,
Servir á vuestro sobrino
El gran conde Palatino
Nos trujo en esta ocasión:
Si con tan fuerte escuadrón
Niveres el paso impide,
Nuestros intentos divide;
Y volver también es pena,
Si en Lucemburque Lorena
Con su ejército reside:
Y por su parte también
El español don Gonzalo,
Que á un nuevo Aquiles igualo,
Si honrarle mi agravio es bien.

DUQUE.

No habrá cuidado que os den
Como vais por el país
De Enao; que si conducís
El ejército á cautela,
Por Tiraza y por Chapela
Seguramente partís.

BASTARDO.

Bien decís; marche la gente,
Pues no queda qué esperar (3).

(1) *Donde.*
(2) *Porque no pase tu ejército adelante.*
(3) *Dos.*
(4) *Con su ejército.*
(5) *Sale.*

(1) *[illegible]*
(2) *[illegible]*
(3) *Aguardar.*

OBISPO.

¡Vive Dios, que he de buscar
Este Español insolente!

DUQUE.

Cuando á su tiempo se intente,
No será pequeña hazaña.

OBISPO.

¿A quién no da pena extraña,
Que deste nuevo Felipe
Con tal gloria se anticipe
La reputación de España?

Vanse.

Salen D. Gonzalo de Córdova, leyendo una carta, y el Barón de Tilli, del hábito de San Juan, y D. Francisco de Ibarra y soldados.

FRANCISCO.

Seguro pasará con tanta gente,
Que no le emprenderá Vusiñoría (1).

GONZALO.

Pues no vaya seguro, aunque lo intente,
Con tanta desigual caballería.

BARÓN.

El Obispo de Olstad, que tan valiente
Como rebelde apóstata porfía,
Así al bastardo de Mansfelt levanta
Que ni armas teme, ni poder le espanta (2).

GONZALO.

Notables robos dicen, y es muy cierto,
Barón, que haciendo van por donde pasan,
Que como si no hubiera campo abierto,
Los labradores míseros abrasan,
Sin orden militar, con desconcierto,
Que los cielos con lágrimas traspasan:
Trigos, viñas, frutales, campos, prados;
Bárbaramente dejan agostados.

Allí lloran las míseras villanas,
Los desnudos muchachos á los pechos,
Allí los viejos las nevadas canas
Bañan en llanto, de dolor deshechos;
Ya por el aire en las regiones vanas
En fuego suben los quemados techos,
Escribiéndole al cielo sus querellas
En papel de humo letras de centellas.

Propias hazañas de hombres que al fin viven
Sin fe, sin ley, sin Dios, que desde el suelo
Al fuego del infierno se aperciben,
Y piensan, locos, que le dan al cielo.
Cosas me cuentan y de Enao me escriben,
Que tanto animan (3) mi cristiano celo,
Que aunque con gente desigual, querría
Probar tercera vez su valentía.

Esto, señor Barón, si pareciere
Bien á Vusiñoría y al gallardo
Don Francisco de Ibarra, que refiere
La multitud de gente del Bastardo;
Que aunque la sangre y la razón me altere,
Con humildad vuestro consejo aguardo;
Que nunca fué de capitán prudente (1)
Que sólo un paso sin consejo intente.

FRANCISCO.

Señor, pasando cerca el enemigo,
Parece que nos piden los caballos
Las armas con relinchos; soy testigo
Que los pesebres rompen con los callos.
Parece que tenemos por testigo (2)
El poderoso Rey de quien vasallos
Nacimos, y que mira sus primeras
Dichas en nuestras armas y banderas.

Todo lo que resulte en gloria suya,
Después de la de Dios, cuya fe santa
Nos trae á que el hereje se destruya,
Y que le pise su divina planta,
Será de mi opinión, sin que rehuya (3)
Pena, peligro (4) ó muerte, porque tanta
Honra tendré muriendo como vivo,
Si tanta gloria en el morir recibo.

Españoles tenéis como leones
Que vienen de mil partes cada día,
Que como piedra imán, vuestras acciones
Los conduce á serviros á porfía;
Y aunque tan desiguales escuadrones
Con el socorro que Bullón le envía,
Que ya de siete mil caballos pasa,
Con que la hierba á la campaña abrasa,

Y vos tenéis dos mil; que si nos lleva
Cinco mil de ventaja, es muy lucida
La infantería que tenéis, y á prueba
De españoles bizarros por la vida.
Si el cielo os mueve, vuestro campo mueva
Las armas, pues la fama (5) no se olvida
De las pasadas glorias, pues tenemos
Por capitán la fe que defendemos.

BARÓN.

El Maestre de campo que en persona
Os habla, generoso descendiente
De la casa de Córdova y Cardona,
Os muestra su laurel resplandeciente,
Y pues con su valor la empresa abona,
Puesto que sea desigual en gente,
No perdáis la ocasión; mirad que os llama
Para tercera gloria vuestra fama (6).

---

(1) *Vueseñoria.*

(2) Estos versos son enteramente diversos en las ediciones:

> Él se fía en su esfuerzo tan valiente,
> Y en la obstinada y bárbara porfía
> De los herejes que con fuerza tanta
> Su loca ceguedad al mundo espanta.

(3) *Alientan.*

(1) *Valiente.*

(2) *Ánimo, pues tenemos por amigo.*

(3) *Sin que me arguya.*

(4) *Castigo.*

(5) *Que la sangre.*

(6) Esta octava es enteramente diversa en los impresos:

> El blasón de los Córdovas famoso,
> Excelente señor, nos ha dispuesto
> Al ánimo español y valeroso,
> Que la victoria espero ya muy presto;
> Y aunque Mansfelt, sediento y orgulloso,
> Con multitud de herejes está opuesto,
> Ha de ver nuestra gente, que aunque poca,
> Castiga su arrogancia necia y loca.

Al cristiano valor de ese talento,
Mi consejo, señor, es excusado;
Que obedeceros siempre fué mi intento,
No aconsejaros, pues el cielo ha dado,
Mirando vuestro honrado pensamiento,
Las victorias pasadas, y fiado
Estoy en vuestra próspera fortuna,
Que el cielo nunca os negará ninguna (1).

GONZALO.

Barón de Tilli, el valeroso pecho
Del señor don Francisco me ha mostrado
Que consta del peligro más estrecho
La victoriosa fama (2) del soldado.
De nuestros españoles satisfecho,
Y de vuestro valor acompañado,
Daré á la Iglesia honor, á mí memoria,
Á España fama, y á Felipe gloria.

Sale D. Juan Ramírez con una carta, y Bernabé.

DON JUAN.

Á buena ocasión venimos.

BERNABÉ.

Tratando están de la empresa.

DON JUAN.

Déme Vuestra Señoría
Los pies.

GONZALO.

¿Qué humildad es ésa?
Álcese vuesa merced,
Cubra luego su cabeza,
Y sea muy bien venido.

DON JUAN.

Como á serviros lo sea,
No puedo venir mejor;
Lo mismo es razón que ofrezca
Al señor Maestre (3) de campo
Y al señor Barón, que llega
Su fama á España y al polo
Donde el sol alcanza apenas.

FRANCISCO.

Por mi parte, os doy los brazos.

BARÓN.

No hay pecho que no merezca
Vuestra gallarda persona (4).

GONZALO.

Valor el soldado muestra.

DON JUAN.

Ésta, señor don Gonzalo,

Dale una carta, y léela D. Gonzalo para sí.

Que pedí al Duque de Sesa,
Vuestro hermano, de quién soy
Os dará mejores nuevas.

GONZALO.

Vos las dais, y después desto,
Ya por la carta son buenas.
¿Está el Duque, mi señor,
Con salud?

DON JUAN.

Con ella queda.

GONZALO.

Días ha que se escribió,
Porque es de Mayo la fecha.

DON JUAN.

En Nápoles me detuve,
Aunque excusallo pudiera;
Mas como á aquella ciudad
Dieron nombre las sirenas,
Pienso que en su hermosa playa
Ha quedado alguna dellas.

GONZALO.

Lee.

«Don Juan Ramírez, caballero de los Vargas de esta corte, quiere servir á Su Majestad en esas empresas que con tanto lucimiento, en honra de nuestra Casa, vais prosiguiendo. No encarezco lo que él merece, así porque su persona lo dice, como porque lo dirán sus hechos, en cuya confianza os suplico le hagáis merced.»

Por cierto, señor don Juan,
Que es vuestra buena presencia
Mayor recomendación,
Que no hay más que os encarezca,
Siendo carta de mi hermano;
Y así, la primer bandera
Será vuestra.

DON JUAN.

Dios os guarde
Y aumente vuestras empresas,
Para que otra vez España
Á Gonzalo Hernández vea.

GONZALO.

¿Quién es ese caballero?

DON JUAN.

Un soldado de mi tierra
Que viene en mi compañía,

GONZALO.

Y vuesa merced, ¿no llega
Á que le demos los brazos?

BERNABÉ.

Soy tan bisoño en la guerra,
Que no sé las ceremonias,
Y para que no desmienta
La opinión de quien me honra,
No llegaba con vergüenza;
Que no ha llegado mi ropa
Por venir á la ligera.

GONZALO.

¿De dónde es vuesa merced?

---

(1) Esta octava no se halla en el original, pero sí en las ediciones.

(2) *Prima.*

(3) *Maese.*

(4) También estos dos versos están cambiados en las ediciones:

Yo los doy también, y sea
Vuesa merced bien venido.

BERNABÉ.

Soy de una pequeña aldea
Media legua de Madrid,
Que fuera mejor seis leguas,
Porque si soy caballero,
Pudiera serlo de Illescas.

GONZALO.

¿Cómo se llama el lugar?

BERNABÉ.

Con perdón y reverencia,
Se llama Caramanchel.

FRANCISCO.

De buen lugar está cerca.

GONZALO.

¡Extraño nombre!

BERNABÉ.

Allí dicen
Que, merendando una reina
Espárragos, la servía
Una dama, y en la mesa
Tropezando, con el caldo
Le manchó una saya nueva;
Cogió doña Urraca el plato
Y rompióle la cabeza,
Y respondiendo (1) la dama:
«Cara la mancha me cuesta.»
La Reina dijo al lugar:
«Pues ese tu nombre sea.»
Caramancha se llamaba,
Y por ser nombre de dueña
Se llamó Caramanchel:
Así (2) las cosas se truecan.

GONZALO.

No es de mal humor el hombre.

BERNABÉ.

Enseñóme algunas letras
Mi padre, un honrado hidalgo
Que llevó en aquella iglesia,
Por oposición.....

GONZALO.

¿Curato?

BERNABÉ.

No, señor; casado era.

GONZALO.

¿Qué llevó?

BERNABÉ.

La sacristía.

GONZALO.

Será muy gentil prebenda.

BERNABÉ.

Allí, señor, me crié
Con roscas y vinajeras;
Tocaba el órgano.....

GONZALO.

Y ¿bien?

BERNABÉ.

No tocaba yo la tecla,
Sino los fuelles de atrás.

(1) *Y respondióla.*
(2) *Que asi.*

GONZALO.

¡Buena gracia!

BERNABÉ.

Era tan buena,
Que por eso, y por dejar
En *puribus* las higueras,
Del lugar me desterraron,
Y al fin me vengo á la guerra.

GONZALO.

¿Sentiréis la patria?

BERNABÉ.

Mucho.

GONZALO.

¿El nombre?

BERNABÉ.

Según mi cuenta,
El del mayor día del año.

GONZALO.

¿Bernabé?

BERNABÉ.

De Somosierra.

GONZALO.

Seremos amigos grandes.

BERNABÉ.

Toca, Príncipe, y no temas.
Si quieres vencer, envía
A Bernabé por la tierra
De esos herejes, verás
Que en dos semanas y media
Me he comido cuanto pan,
Cuantos nabos, cuantas peras,
Uvas (1), higos, tiene el campo,
Y bebido hasta las cepas;
Por hambre los cogerás.

GONZALO.

No poca ventura fuera.
Ahora bien, ¿qué hay en Madrid?

BERNABÉ.

Lo de siempre.

GONZALO.

¿Cosas nuevas?

BERNABÉ.

Tres mil tiendas añadidas,
Que todo se ha vuelto tiendas,
Como aduares de Orán,
Y una procesión eterna
De coches, yente y viniente.

GONZALO.

¿Tantos hay?

BERNABÉ.

De mil maneras;
Aunque ya, de puro miedo,
Andan algunos en venta
Como cajas de boticas,
Con rétulos las cubiertas.

GONZALO.

Por dicha, por alcahuetes
Los sacan á la vergüenza.

(1) *Habas.*

BERNABÉ.

Han hecho la mejor cosa
Del mundo.

GONZALO.

¿De qué manera?

BERNABÉ.

Han desterrado las calzas;
Y porque la soldadesca
Quede más introducida,
Quieren que las plumas vuelvan,
Que es la gala más bizarra.

GONZALO.

Bien hacen, que tanto alientan
Las plumas como las cajas.
¿No hay otra cosa?

BERNABÉ.

No seas
Terrible.

GONZALO.

Tienes razón;
Ahora bien, esto se queda
Para tiempo de más gusto.
Vamos á ver lo que ordenan
El Bastardo de Mansfelt
Y el de Olstad.

FRANCISCO.

Pasar intentan
Con atrevimiento injusto
Á la vista de Bruselas.

Vanse, y quedan D. Juan y Bernabé.

DON JUAN.

Ya, Bernabé, felizmente
Damos principio á la guerra.

BERNABÉ.

¡Vive Dios, que estoy contento
Después que vi la llaneza
Deste ilustre capitán!

DON JUAN.

¡Ay, Dios! Mi Lisarda bella,
¿Qué hará en Nápoles agora?
Dime, ¿sentirá mi ausencia?

BERNABÉ.

¿Agora tenemos eso?

DON JUAN.

¿Qué quieres, si no me dejan
Aquellos dulces amores,
Que hasta el alma me penetran?

BERNABÉ.

Ten, ¡por tu vida! si quieres,
De tales cosas vergüenza,
Pues es mejor que tu agravio
Y su mal término sientas.

DON JUAN.

Mira, Bernabé: el amor,
Por descansar de sus penas,
Suele disculpar agravios,
Aunque verdaderos sean.
No es amor algún villano;
La antigüedad fué discreta
En hacelle hijo de dioses,
Para perdonar ofensas.
Si yo volviera á su casa,
Razón, Bernabé, tuvieras.
Déjame amar su hermosura,
Pues no estoy en su presencia.
Mil cosas tiene Lisarda
Por donde yo la aborrezca.
Déjame amar ésta sola.

BERNABÉ.

Ama, don Juan, norabuena.

DON JUAN.

Pues dime: amigo (1), ¿qué hará?

BERNABÉ.

Trazar alguna merienda
Con el capitán Medrano.

DON JUAN.

¿Qué dices? ¡Maldito seas!

BERNABÉ.

Luego (2), ¿no digo verdad?

DON JUAN.

Vuélvete, necio, á tu aldea;
Que quien no sabe de amor,
Mejor vivirá con bestias.

BERNABÉ.

Pues ¿ya no vivo contigo?

DON JUAN.

¡Qué mal mis penas consuelas!

BERNABÉ.

Ea, digo que es un ángel.

DON JUAN.

Ahora sí que me contentas;
Seis plumas te mando.

BERNABÉ.

Aceto,
Como del ángel no sean.

DON JUAN.

Luego ¿no es ángel Lisarda?

BERNABÉ.

Nunca buen concepto tengas
De ángel que puede caer
Y que donde quiere vuela.

(1) *Ahora.*
(2) *¿Pues qué?*

ACTO SEGUNDO

PERSONAS DESTE SEGUNDO ACTO

MADAMA LAURETA.
JAQUES. } *criados.*
MARÍN. }
EL BASTARDO.
EL OBISPO.
DON JUAN.
BERNABÉ.
DON GONZALO.
LISARDA.
MEDRANO.
IBARRA.
TILLI.
VULPÍN.
SABINA.
VILLANOS.

Salen Madama Laureta en hábito de flamenca, y Jaques y Marín, criados.

MADAMA.

Apenas baje el aurora
Las altas cumbres del cielo
Vestida de blanco velo,
Que el sol con sus rayos dora,
Cuando en viéndola reir
Y llorar entre las flores,
Habéis de ser ruiseñores.

JAQUES.

Todo esto (1) quiere decir
Que esté á punto al alba el coche,
Y á ese mismo le tendrás.

ROBERTO (2).

En esta aldea podrás
Alojarte aquesta noche,
Aunque en tierra de enemigos
Nunca yo me asegurara.

JAQUES.

Ni yo menos, si llevara
Dama ó mujer, entre amigos,
De quien se han de guardar más,
Y aun esconderlas primero.

MADAMA.

Si el amigo es verdadero,
Jaques, engañado estás.
¿Marcha ya muy cerca el Conde?

ROBERTO.

Cerca viene, y no sin pena,
Que piensa que el de Lorena
Por esos bosques se esconde.
Yo tuviera más temor
Al español don Gonzalo.

JAQUES.

Tratemos de tu regalo.

LAURETA (1).

Con pena me lleva amor.

MADAMA.

¿Qué pena, con diez mil hombres,
Si don Gonzalo no tiene
Tres mil?

JAQUES.

Si á buscarle viene,
No es milagro que te asombres
De su fortuna y valor,
Después de vitorias tales.

MADAMA.

En cosas tan desiguales
No doy lugar al temor.

LAURETA.

Mal hicimos en salir
Sin diez ó doce soldados.

JAQUES.

Si aquí estamos alojados,
¿Qué mal nos puede venir?

---

(1) *Eso.*
(2) Este *Roberto* debe de ser el mismo que en la lista de los personajes se llama *Marin.*

(1) *Laureta* y *Madama* son un mismo personaje, pero sin duda Lope se olvidó de ello, y en este diálogo las hace hablar como si fueran distintas.

Porque apenas legua y media
Estará Mansfelt de aquí.

ROBERTO.

¿Llamo á los huéspedes?

MADAMA.

Sí.

Entren (1) D. Juan y Bernabé.

DON JUAN.

Si mi mal no se remedia,
Por lo menos se entretiene
Con el militar rüido.

BERNABÉ.

Gusano de seda has sido.

MADAMA.

Gente á los casares viene (2).

DON JUAN.

Entre trompetas y cajas
No suena tanto el rigor
De los suspiros de amor.

BERNABÉ.

Hácenle muchas ventajas.

JAQUES.

¡Vive Dios, que no está lejos
El de Córdova de aquí!

MADAMA.

Pues ¿son españoles?

JAQUES.

Sí;
No eran malos mis consejos.

DON JUAN.

Aquí me quiero alojar,
Que baja la noche aprisa.

BERNABÉ.

Pues el día está en camisa,
Ya se debe de acostar;
Pero detente, que aquí
Se aloja enemiga gente.

DON JUAN.

¿Qué quieres decir «detente»?
Huye tú, y déjame á mí.

BERNABÉ.

¿Yo? ¿Qué dices?

DON JUAN.

Esto intenta.

BERNABÉ.

Por todo el campo Mansfelt,
Mi patria, Caramanchel,
No he de poner en afrenta.
¡Lindo (3) es eso para mí
Y para estas fuertes manos,
Que un cesto de luteranos
Á Fulgencia prometí!
¿Quién va?

ROBERTO.

Dos criados son
Desta flamenca madama.

DON JUAN.

¿Quién es, y cómo se llama?

JAQUES.

¡El español fanfarrón!

DON JUAN.

Digan quién son.

BERNABÉ.

Si ha de ser
Después, pícaros, sea ahora.

Acuchíllanse, y huyen los dos criados.

MADAMA.

¡Ay Dios!

BERNABÉ.

No temáis, señora.

DON JUAN.

Guárdame tú la (1) mujer.

Vase.

BERNABÉ.

No temáis, que sólo quiero
Esta cadena y retrato.

MADAMA.

¡Qué buen trato!

BERNABÉ.

Y ¿es mal trato?

MADAMA.

¿Quién sois?

BERNABÉ.

Un gran caballero.

MADAMA.

¿Qué casa?

BERNABÉ.

Casa lacaya
De lo bueno (2) de Castilla.

MADAMA.

Vuestra voz me maravilla,
Vüestro (3) rigor me desmaya.
¿Esto hacen los caballeros?

BERNABÉ.

La guerra está disculpada:
Conde soy de la cebada,
Y Marqués de los arneros.

MADAMA.

Pues ¿cómo Vueseñoría
Me ha quitado mi cadena?

BERNABÉ.

Porque me parece buena
Para cierta prenda mía.

MADAMA.

Vuélvame sólo el retrato;
Mire que es del General
Del Palatino.

BERNABÉ.

¡Oh, qué mal
Sabe de la guerra el trato!

(1) *Salen.*
(2) *Parece que gente viene.*
(3) *Bueno.*

(1) *Aquesa.*
(2) *Mejor.*
(3) *Y ese.*

Éntre D. Juan envainando (1).

DON JUAN.
Mejor van descalabrados
De lo que yo presumí.

BERNABÉ.
Escóndase por ahí,
Que van viniendo soldados.

MADAMA.
Yo me voy, español fiero;
Que algún día me darás
Mi retrato.

Vase.

BERNABÉ.
¿Adónde vas?

DON JUAN.
Á buscarte, majadero.

BERNABÉ.
Apenas los dos herejes
Seguiste, cuando vinieron
Seis ó siete, que me dieron,
Porque otra vez no me dejes (2),
Mil cuchilladas aquí,
Y la mujer me quitaron
Y á ese bosque la llevaron.

DON JUAN.
¡Diérasme voces á mí!

BERNABÉ.
Yo me huelgo, que eres tierno,
Y esta mujer luterana,
Que suele, aun con ser cristiana,
Llevar un hombre al infierno.

DON JUAN.
¡Ah de casa!

Salen Bulpín (3), villano, armado graciosamente, y Sabina, villana.

BULPÍN.
¿Quién va allá?

DON JUAN.
Un español.

BULPÍN.
¡Eso sí!
¿Dónde, señor, por aquí
El señor Gonzalo está?
Que le (4) deseamos (5) ver,
Que (6) este Masfelt no ha dejado
Casar, barbecho (7), ganado,
Carro, bestia ni mujer.

SABINA.
Si habéis de alojar aquí,
Mucha merced nos haréis,
Que dél nos defenderéis.

DON JUAN.
¿Aquí llegan?

SABINA.
Señor, sí;
Y queman (1) cuantas aldeas
Por este contorno están.

DON JUAN.
¿Qué hay que cenar?

BULPÍN.
Vin y pan.

BERNABÉ.
No son las villanas feas
Por este país de Enao.
Si se acuesta el villanchón,
¡Vive Dios, que es ocasión
Para un poco de sarao!

DON JUAN.
¿Sólo tenéis pan y vino?

BULPÍN.
Vitela y butiro habrá.

BERNABÉ.
¡Oh, santa España, en que está
Rodando siempre el tocino!

BULPÍN.
Entre vu por lo maisón.

DON JUAN.
Vamos.

BERNABÉ.
Oye.

SABINA.
Dite vu.

BERNABÉ.
Esta noche voy con tú.

SABINA.
Nani.

BERNABÉ.
¿Qué?

SABINA.
Niti fistón.

Vanse todos.

Entre el capitán Medrano y Lisarda en hábito de soldado, plumas, espada y daga (2).

LISARDA.
Siempre en tu mucho valor
Tuve aquesta confianza.

CAPITÁN.
Necia ha sido mi esperanza,
Como efeto de mi amor:
Á la guerra te he traído,
Adonde está tu soldado,
Aumentando mi cuidado
Con el rigor de tu olvido.
La palabra que te dí

(1) *Sale D. Juan con la espada desnuda.*
(2) *Sin que á mí* [illegible].
(3) Aquí escribe Lope con *B* el mismo nombre que antes había escrito con *V*.
(4) [illegible]
(5) *Disiamos.*
(6) *Qui.*
(7) [illegible]

(1) *Roban.*
(2) *Sale Lisarda, de hombre, muy bizarra de soldado, y el capitán Medrano.*

De ser contigo cortés,
Bella Lisarda, después
Que tu afición entendí (1)
Por el gallardo don Juan,
Hidalgamente he cumplido.

LISARDA.

Otro Scipïón has sido,
Valeroso capitán.
¡Bien hayan hombres de guerra,
Que nadie cumple mejor
La palabra!

CAPITÁN.

Cuanto honor
La nobleza hidalga encierra,
Se alista con el soldado
Debajo de la bandera
De la verdad, que no fuera
Soldado, á no ser honrado.
El hábito en que has venido
Más seguro me parece,
No para mi amor, que crece
Todo de plumas vestido,
Como pintan á la Fama,
Porque á sus alas has dado
Plumas, y á Marte un soldado.
Sol, pues soldado te llama,
El tuyo hallaremos presto,
Y yo mi muerte.

LISARDA.

No harás,
Pues desengañado estás
De mi pensamiento honesto;
Que aunque es verdad que fué error (2)
De una mujer española,
En Nápoles, pobre (3) y sola,
Ofender tan justo amor (4)
Pienso obligar á don Juan
Con este arrepentimiento;
Que los celos, sentimiento
Más que los amores dan.

CAPITÁN.

Eso conozco por mí;
Y en dejándote con él,
Haré una cosa por él;
Mal dije, haréla por ti:
Que es irme desesperado
Donde el Tudesco primero
Honre en mi cuello su acero.

LISARDA.

Ahora bien, pues ha llegado
La noche y nuestro camino
Á un mismo tiempo á esta aldea,
Descansemos, y no sea
Tan loco (5) tu desatino;
Que bien sé yo que los hombres
Sentís menos que decís.

CAPITÁN.

¡Vosotras sí que sentís
Y tenéis más firmes nombres!
¡Ah del casar!

Sale Bulpín.

BULPÍN.

¿Á estas horas?

CAPITÁN.

Con armas, huésped.

BULPÍN.

¿Quién es?

CAPITÁN.

Un español, ¿no me ves?

BULPÍN.

Esas manos vencedoras
Me dad, y no os espantéis,
Españoles generosos,
De que estemos recelosos
Y con las armas (1) que veis;
Que los (2) soldados de Arnesto
Y este Obispo endemoniado,
Diez lugares han quemado,
Y hasta las iglesias puesto
Por tierra, y hecho pedazos
Las imágenes sagradas
Á villanas cuchilladas
Y á fieros arcabuzazos;
Aunque ya los del contorno
Valiente de Dampilleres (3)
Hasta las propias mujeres,
Cuyo femenil adorno
Trocaron á las espadas,
Tan fuerte venganza han hecho,
Que los han roto y deshecho
Por incultas emboscadas.
Entrad y descansaréis,
Que aquí hay otros alojados.

CAPITÁN.

Entra, Lisardo.

BULPÍN.

Criados
De lindo talle tenéis.

LISARDA.

¿Parézcoos bien?

BULPÍN.

Sí, á la he,
Con ese brío español.
¿Sois soldado?

CAPITÁN.

Sí, y aun sol,
Sino que es sol que se fué.

Vanse.

(1) *Conocí.*
(2) *Que aunque ha sido liviandad.*
(3) *De hombre.*
(4) *Venir con tal libertad.*
(5) *Tan grande.*

(1) *Y de la suerte que veis.*
(2) *Dos.*
(3) En *la Vega del Parnaso:* «*le dan pilleras*». La Parte 24 está bien.

Salen el Bastardo Mansfelt y el Obispo.

BASTARDO.

¿Que tiene el español atrevimiento
Para seguirme, viendo las ventajas?

OBISPO.

Tan cerca viene ya en tu seguimiento,
Que las trompetas se oyen y las cajas.
Codicia del pasado vencimiento,
Cada día mayor, si no la atajas,
Le mueve (1) desigual á acometerte.

BASTARDO.

¿Siempre ha de estar en su favor la suerte?

OBISPO.

Hombre que á Federico Palatino,
Cuando entró por las tierras de Lantgraves,
Y al Marqués de Tourlac salió al camino,
Y degolló la gente que tú sabes,
De quien la infantería huyendo vino
Cual de águila real tímidas aves,
Que dejando las armas de las manos (2)
Mataron por los bosques los villanos;
Quien á mi hermano el Duque, y que traía
Setenta y seis cornetas valerosas,
Y de la más gentil caballería (3),
Que siguieron banderas (4) belicosas,
Y también de lucida infantería (5),
Pues fué de las naciones más famosas,
Seis regimientos, cuando al fuerte lado
De Frideburg (6) se hallaba acuartelado.
En las riberas del corriente Meno,
Acometió pasando (7) las trincheras,
Y ganando el reducto, de agua lleno,
Retiró batallones y banderas,
Donde en el agua y en el hondo cieno
Poblaron degollados las (8) riberas
Tantos soldados nuestros, que sus peces
Bebieron sangre, y aun caliente á veces,
¿Qué te espanta que tenga atrevimiento
De acometernos con dos mil caballos?

BASTARDO.

Que envíe á España las banderas siento,
Mas esta vez yo pienso castigallos;
Quemad esos casares, dad al viento
Las casas (9) destos bárbaros vasallos
De Filipe español.

OBISPO.

Ya con manojos
Del fuego son cenizas y despojos.

BASTARDO.

¡Páguenme (10) los villanos la matanza
Que han hecho en nuestra gente!

Dentro:

¡Fuego, fuego!

BASTARDO.

Mejor es que de sangre la venganza.

Álcense algunas llamas y salga medio desnudo Bernabé.

BERNABÉ.

¡Á qué mal tiempo á ver mi dama llego!
Fuego anda allí: si á nuestra casa alcanzo
Dejo el amor y me deslizo luego.

Éntrese Bernabé.

MANSFELD.

Ya los villanos andan alterados.

OBISPO.

¡Oh, quién los viera á todos abrasados!

Éntrese y suene el ruido del fuego.

¡Fuego, fuego, que viene el enemigo!
¡Armas, armas, que huyen los cobardes! (1).

Sale el capitán Medrano medio desnudo
y con la espada desnuda.

CAPITÁN.

Aunque me han de matar, las tropas sigo;
Tú, Lisardo, levántate, no tardes;
¡Á qué temeridad el pecho obligo!
Fl fuego crece, mira que no aguardes;
Que luego volveré, si tengo vida,
En tu defensa y por mi honor perdida.

Vase.

Sale Bernabé con Sabina, villana, en los brazos.

BERNABÉ.

Ven, Sabina, por aquí.

SABINA.

Muestra, español, tu blasón.

BERNABÉ.

¿No dices niti fistón?

SABINA.

Sí, digo ya, sí (2).

BERNABÉ.

Eso sí.

Vase con ella en los brazos.

---

(1) *Obliga.*
(2) *Pues con* [illegible]
(3) *Y de la más lucida infantería.*
(4) *Escuadras.*
(5) *Y de la más gentil caballería.*
(6) *Dastrideburg.*
(7) *Gallardo.*
(8) *Sus.*
(9) *Vidas.*
(10) *Páguennos.*

(1) Todo este pasaje está modificado en las ediciones, de esta manera:

Dentro:

¡Que se quema el casar, remedio luego!

BASTARDO.

Ya los villanos andan alterados,
Ansí me vengaré de [illegible].

Dentro:

Del cielo os venga, infames, el castigo,
Luteranos, apóstatas, cobardes.

(2) *Ya digo que sí.*

Sale D. Juan con Lisarda en los brazos.

LISARDA.

Si darme vida deseas,
Al mismo Anquises (1) prefieres.

DON JUAN.

No sé, mancebo, quién eres,
Mas basta que español seas.

LISARDA.

Y tú castellano Eneas,
Pues del fuego huyendo voy.
¿Qué es esto que viendo estoy?

DON JUAN.

¿Qué es lo que mis ojos ven?
¿Es Lisarda?

LISARDA.

Sí, mi bien.
¿Es don Juan?

DON JUAN.

Mi mal, yo soy.

LISARDA.

En fin, tú habías de ser
El que la vida me diese.

DON JUAN.

Ya me pesa.

LISARDA.

No te pese;
Que yo la sabré perder.

DON JUAN.

Pero basta ser mujer
Para haberte defendido,
Aunque me hayas ofendido,
Cual se suelen ayudar,
Cuando se ven maltratar,
Los amigos que han reñido.
¿Posible es que á verte llego,
Cruel Lisarda, en tal parte?
Mas ¿dónde pudiera hallarte
Mejor que en el mismo fuego?
¿Estoy soñando? ¿Estoy ciego?
¿Tú en Flandes? ¿Tú aquí soldado?
¿Tú en fuego? Pero he pensado
Que, como fénix, te apura
De traiciones y hermosura
Ó que en salamandra has dado.
Con tu poca injusta fe
En el fuego me pusiste
De los celos que me diste;
Y tal mi fortuna fué,
Que del fuego te saqué
De los herejes; bien digo,
Que allí estabas por castigo
De tu mudanza y rigor,
Pues contra la fe de amor
Fué el tuyo hereje conmigo.
¡Ay, Lisarda, qué me cuestas,
Por tan variados caminos,
De amorosos desatinos
Y congojas descompuestas!

(1) *Nuevo Aquiles.*

Dí, ¿qué mudanzas son éstas?
¿Qué locas transformaciones?
¿Qué armas y plumas te pones,
Y todas bien excusadas,
Pues son tus ojos espadas,
Y son plumas tus razones?
¿Dónde vas entre soldados
Por los flamencos países,
Contra las rosas y lises
Destos hombres desdichados,
Ya de nuestra Iglesia echados,
Que esperan nuestros castigos?
Mas vas contra tus amigos:
Vuelve, y mira que error fué,
Que los que no tienen fe
No pueden ser enemigos.

LISARDA.

Ya sabía yo, mi bien,
Que me habías de tratar
Tan mal, pues vengo á buscar
Con mi amor tanto desdén:
Que satisfacción te den
Mis ojos, será excusado,
Donde el haberte buscado
Es mayor satisfacción,
Porque es la mayor acción
De un sentido enamorado.
Nuestras lágrimas, don Juan,
De su crédito han faltado,
Pues ya decís que han quebrado
Y que sin valor están,
Pues crédito no les dan;
Tanto, que en casos de amores,
En firmezas y favores,
En pesares ó en placeres,
Los ojos de las mujeres
Hacen pleito de acreedores.
Finalmente, sin llorar,
Te digo, dulce bien mío,
Que mi propio desvarío
Me pudiera acreditar,
Porque venirte á buscar
Sin amor es grande error (1):
Si me le tienes, señor,
Mira que no te ofendí,
Y estoy por llorar aquí,
Que es propio efeto de amor.
Una villana criada
Fué, sin entenderlo yo,
La sierpe (2) que me engañó,
De su interés engañada (3):
Deja ya la vista airada,
Y muévate á compasión
Mi llanto y satisfacción;
Que donde no hay casamiento,
Un grande arrepentimiento
Bien puede alcanzar perdón.

(1) *No pude sin grande amor.*
(2) *Circe.*
(3) *Obligada.*

DON JUAN.

Loco fuera si creyera
Lo que me dices, señora,
Y en no lo creer agora,
Pienso que más loco fuera.
¡Ay, Lisarda! ¡Quién pudiera,
Creerte y no te creer!
Pero no pudiendo hacer
Que te crea, sin creerte,
Aborrecerte y quererte
Habrá por fuerza de ser.
De manera, que no creo
Y quiero (1), de tu hermosura
Obligado, que procura
Satisfacer el (2) deseo
Al gusto con que te veo.
Dame los brazos, y piensa
Que no perdono la ofensa,
Sino que llego abrazarte
Por mi amor, que fué la parte
Donde no tuve defensa.

LISARDA.

Como tú me des los brazos,
Sea ó no sea razón.

DON JUAN.

Puesto que traidores son,
Ya me atrevo á sus abrazos.

LISARDA.

Ya te han cogido sus lazos
Para que perdón me des,
No me repliques (3) después.

DON JUAN.

Como en disculpa confirmes
Que es imposible ser firmes
Trayendo corcho en los pies;
Pero pues somos amigos,
Y no habiendo casamiento,
Como dices, fuera intento
Cruel quedar enemigos,
No habiendo aquí más testigos
Que los dos. ¿Con quién, señora,
Viniste á Flandes ahora?

LISARDA.

Con el capitán Medrano,
Hidalgo tan cortesano,
Que me acompaña y me adora.

DON JUAN.

¡Malditos sean los brazos,
Áspid cruel, que te dí!
¡No hubiera un villano aquí
Que los hiciera pedazos!
Rompa la amistad los lazos,
Las palabras y la fe,
Pues que toda traición fué,
Pues que á despertar su olvido
Con sus celos has venido
Para que yo se los dé.

(1) *Creo.*
(2) *Mi.*
(3) *No te arrepientas.*

LISARDA.

Oye, escucha.

DON JUAN.

¿Qué he de oir?
Di, veneno en vaso de oro.

LISARDA.

Mira, don Juan, que te adoro.

DON JUAN.

Ya es tarde para mentir (1).

LISARDA.

Yo te tengo de seguir.

DON JUAN.

Serán vanos tus recelos.

LISARDA.

¿Tú eres caballero? ¡Ay, cielos!

DON JUAN.

Tú mereces mi rigor.

LISARDA.

¿Cómo olvidas tanto amor?

DON JUAN.

Pregúntaselo á mis celos.

Vanse.

Salen D. Gonzalo, D. Francisco de Ibarra, el Barón de Tilli y soldados.

GONZALO.

Después de escribir á España
Todo el pasado suceso,
Con el Marqués de Abadén
Quise del segundo encuentro
Hacer nueva relación.

FRANCISCO.

¿Fué sucinta ó por extenso?

GONZALO.

En la primera escribí
Cómo ocupamos los puestos (2)
Las escuadras de Baviera
Y los españoles nuestros
Por las espaldas de un bosque,
Desde el cual (3) aviso tengo
Que viene puesto en batalla
El enemigo soberbio;
Cómo hizo su cuartel;
Cómo la emboscada temo,
Y planto la artillería,
Que hizo gran daño en ellos;
Cómo en (4) fin se retiraron,
Y junto á un arroyo hicieron
Alto, cerrando (5) las fuentes
De unos carretones nuevos,
Atravesando barretas
Con puntas de picas, y ellos
Cargados de algunos tiros,
Que á manera de pedreros,
Gruesos cartuchos de dados

(1) *Fingir.*
(2) *El puesto.*
(3) [illegible]
(4) *Al.*
(5) [illegible]

Disparaban por el viento;
. . . . (1).
Poniendo al lado derecho
Su fuerte caballería
Con los cinco regimientos
De infantería, y que en todos
Sería el número cierto
De once á doce mil hombres (2);
Cómo juntamos consejo
De pelear en dos fuertes
Ejércitos, y el primero
Del Duque de Bransuic (3),
Que esperábamos con ellos;
Escribí cómo sacamos
Los batallones con esto
Y los de su Majestad
Que mil años guarde el cielo,
Al diestro lado, y de frente
Siempre al enemigo opuestos (4);
Finalmente (5), cuantas cosas,
Noble Barón, sucedieron
Hasta darles (6) la batalla,
Ocupando bien dos pliegos
La gente que degollamos,
Las banderas que perdieron,
Que algunas dellas envío.

FRANCISCO.

Y del segundo suceso,
¿Qué escribe Vueseñoría?

GONZALO.

Todos los valientes hechos
Que hicieron en su servicio
Españoles y flamencos;
Cómo quedó degollada
La infantería entre fuego
Y agua, la margen del río.

BARÓN.

Si hubiera para los vuestros
Un castellano Virgilio,
Un nuevo español Homero,
Bien tenía que escribir (7).

GONZALO.

Mejor latinos y griegos
Los vuestros, Barón de Tilli,
Celebrarán en sus (8) versos.

FRANCISCO.

¿Quieren Vuestras Señorías
Que me ponga de por medio?

GONZALO.

Bien dice: por su virtud
Pudiera hacernos extremo;
Que don Francisco de Ibarra
Con su valeroso tercio
Nos ha dado estas vitorias.

FRANCISCO.

Que está corrido os confieso,
Oyendo vuestra alabanza,
Mi corto merecimiento.

GONZALO.

Ahora bien, para decir
Cuanto en el alma deseo,
Cuanto intento (1), cuanto sigo,
Cuanto busco, (2) cuanto emprendo (3),
Es el venir (4) á las manos
Con este Mansfelt soberbio,
Y este fiero intruso obispo
Cristán de Olstad, porque pienso
Que con el favor de Dios
Habemos de hacer en ellos
Un estrago que dé á España
Nombre y fama, y ponga freno
Á los herejes que inquietan
Las Águilas del Imperio (5).
Corren con felicidad
Las cosas, al nuevo reino
De Filipe; que en Milán
Celebra Italia el gobierno
Del Duque de Feria, en quien
Tantas partes concurrieron,
Cuantas á un gobernador
Ilustre dan nombre eterno.
Y en el África, en la plaza
De Orán, tan heroico (6) vemos
Al Cárdenas generoso,
Los bárbaros oprimiendo,
Que le tiemblan desde Túnez
Á Tarudante y Marruecos.
El Príncipe de la mar,
El heroico Filiberto,
Cumple bien la obligación
De ser de Filipo nieto;
Y el Marqués de Santa Cruz
Asombra el Asia corriendo
Con sus galeras la costa,
Con su fama, tierra y cielo.
Dícese que viene el de Alba
Á Nápoles, con que tengo
Por cierta la buena dicha,
Paz y quietud de aquel reino.

---

(1) Aquí falta un verso que debe ser:
Cómo hizo sus batallones.

(2) El orden de estos versos se halla alterado en las ediciones, de este modo:
Cómo hizo sus batallones
En los cinco regimientos.
De infantería, que en todos
Sería el número cierto
De once á doce mil hombres,
Poniendo al lado derecho
Su fuerte caballería.

(3) *Bransuy.*
(4) Faltan estos seis versos en las ediciones.
(5) *Al fin.*
(6) *Dalles.*
(7) Bien pudiérais vuestros hechos,
Señor, también escribir.

(8) En vez de *en sus versos*, dicen las ediciones *vuestros versos.*

(1) *Busco.*
(2) *Animo.*
(3) *Intento.*
(4) *Llegar.*
(5) Este y los cuatro versos anteriores faltan en las ediciones.
(6) *Tenido.*

Á este paso lo demás;
De suerte, que si ponemos
Este freno á Federico,
Quedan en lugar supremo
Las armas del Rey de España.

BARÓN.

Plega á Dios que el santo celo,
Generoso don Gonzalo,
De ese valeroso esfuerzo,
Logre tales esperanzas,
Goce tan justos deseos (1).

FRANCISCO.

Algún alboroto suena.

Tocan cajas.

GONZALO.

¿De qué se inquietan (2) los tercios?

BARÓN.

Nuevas hay del enemigo (3).

FRANCISCO.

Que le has de alcanzar espero.

Salen D. Juan Ramírez y Bernabé.

DON JUAN.

Viniendo, generales valerosos,
Silva alojando su española (4) gente
Entre (5) estos bosques de álamos frondosos,
Aldeas del contorno de su frente,
Los ejércitos llegan poderosos
Del Bastardo Mansfelt y el insolente
Olstad feroz, cuyos soldados luego
Á sus casas y campos ponen fuego.
La escura (6) noche transformada en día,
Fugitivas las sombras de las llamas (7),
El aire ambiente del contorno ardía (8)
Casas, barbechos, árboles y ramas;
Medio abrasado sale el que dormía,
Volando el alquitrán mesas y camas,
Sonando cuerpos en arroyos de agua,
Cual suele el hierro al lado de la fragua.
Allí se arrojan unos, y otros miran
Por dónde huyendo van los luteranos,
Que con los escarmientos se retiran
Del pasado escuadrón de los villanos.
Á discurrir por la campaña aspiran,
Sin llegar con las armas á las manos;
Que yo he visto el ejército y la salva,
Á cuyas cajas hoy despierta el alba.

GONZALO.

Llegada es la ocasión, ó yo me engaño,
En que se ha de cumplir (1) nuestro deseo,
Y que el hereje ha de pagar el daño
Que en la campaña y su contorno veo.
Ya por nuestro país, como el extraño,
Pasa el Bastardo y el Obispo ateo,
Glorioso de hacer mal, no victorioso,
Como toro que al campo huyó (2) del coso.
No suele nave de la fuerte amarra
Agitada del viento estar inquieta,
Como está nuestra gente, que bizarra
Se está moviendo al són de la trompeta.
¡Oh, Barón generoso (3), oh, ilustre (4) Ibarra,
Agora es tiempo, agora, que acometa
Nuestro ejército un hecho relevante,
Que en gloria de la Iglesia España cante!
¿Cuánto estarán de aquí?

DON JUAN.

De aquí á Sesarte,
Que no estarán seis (5) leguas de Bruselas.

GONZALO.

Pues marche nuestra gente al són de Marte;
Que aquesta vez no le valdrán cautelas.

BARÓN.

Parte, español valiente, que no hay parte
Donde se libre si en su alcance vuelas (6).

FRANCISCO.

Parte, gran General.

GONZALO.

En Dios espero
Rendir á España este gigante fiero.

Vanse todos, y quedan D. Juan y Bernabé solos.

DON JUAN.

Ya se ha llegado ocasión
En que probemos las armas
Que trajimos de la corte.

BERNABÉ.

Tú verás cómo te llaman
El Aquiles de Madrid,
Y á mí, por dos mil hazañas,
Hétor (7) de Caramanchel.

DON JUAN.

Cuando á un hombre no obligara
Su propio honor, Bernabé,
Sólo el ejemplo bastara
Deste valiente mancebo,

---

(1) Estos versos se hallan enteramente alterados en las ediciones:

Señor, confío en el cielo
Que hemos de vencer también,
Y lograrse mis deseos.

(2) *Se alteran.*

(3) Yo pienso que los soldados
Deben de haber descubierto
El campo del enemigo.

(4) *Lucida.*
(5) *Por.*
(6) *Obscura.*
(7) *Ramas.*
(8) *Ya mostraba que encendía.*

(1) *Lograr.*
(2) *Huir.*
(3) *Valeroso.*
(4) *Fuerte.*
(5) *Tres.*
(6) Yo, gran señor, me atrevo á asegurarte
La victoria en el nombre con que vuelas
(7) *Héctor.*

Honor y gloria de España.
¡Qué bien entiende la guerra!
¡Qué cuidadoso que anda
Á todo cuanto se ofrece!
¡Con qué amor, con qué palabras,
Con qué dulce cortesía
Al más vil soldado trata!
¡Cómo los socorre á todos,
Viste, ayuda, parte, gasta
Cuanto tiene, cuanto pide,
Cuanto gana, cuanto alcanza!
Es hijo, al fin, de la guerra,
Pues pienso que con la espada
Nació en ella.

BERNABÉ.

¡Qué bien dices!
Esa sí que es la crianza (1)
De los hombres principales,
Y no.....

DON JUAN.

Majadero, ¡calla!
Que cualquiera hará lo mismo,
Y aun (2) más si el Rey se lo manda.
Pero ¿cómo no celebras
La necedad de Lisarda?

BERNABÉ.

Qué ¿en fin la viste?

DON JUAN.

Pues ¿no?

BERNABÉ.

Yo he pensado que soñabas.

DON JUAN.

¿Cómo soñar? Oigo voces
Entre las confusas llamas,
Y llego á sacar en brazos
Un mozo que se quejaba;
Llévole hasta el campo en ellos,
Y en mirándonos las caras,
Él halla á don Juan Ramírez,
Y yo, Bernabé, á Lisarda.
Hice con ella amistad
Obligado de sus ansias,
Y en sabiendo que venía
Con el que mis celos causa,
No huye del áspid fiero
El labrador que buscaba
El nido del ruiseñor
Entre las hojas y ramas,
Como yo, por más que intenta
Con lágrimas y palabras.....

BERNABÉ.

Peor (3) te fué á ti que á mí,
Que buscando la villana,
Mientras á nuestros caballos
El huésped daba cebada,
Al asirla (4) de los brazos,

(1) *Riqueza.*
(2) Falta el *aun* en las ediciones.
(3) *Mejor.*
(4) *Á la silla.*

Siento el jergón y la paja,
Como si yo fuera hereje,
Cercarme todo de llamas.
Sácola en brazos, y llevo (1)
Á un arroyo, en cuya plata,
Como dicen los poetas,
La dejo, y vuelvo con ansias
De hallarte.

DON JUAN.

Y ¿qué daño es ése?

BERNABÉ.

¿No es daño, si la villana
Me anduvo en las faltriqueras
Cuando en brazos la llevaba,

Tocan cajas.

Y en (2) fin me sacó la bolsa?
¡Vive Dios, que si la hallara,
Que había de volver al fuego!

DON JUAN.

Vamos, que tocan y marchan.

BERNABÉ.

Ya marcharé más ligero.

DON JUAN.

¿Cómo?

BERNABÉ.

Que no llevo blanca.

Vanse, y salen el Bastardo, madama Laureta, Roberto y Jaques, criados.

BASTARDO.

En mucho tengo (3), madama,
La fineza.

MADAMA.

En tanto amor,
Más obligación, señor,
Que no fineza, se llama.
Los trabajos que he pasado
Buscándoos entre enemigos,
De que son buenos testigos
Los que me han acompañado,
Me podéis agradecer.

JAQUES.

Buenas heridas nos cuesta
De un español, vuestra fiesta.

BASTARDO.

Español había de ser.

ROBERTO.

Y á un demonio parecía,
Porque á puras cuchilladas,
Martillo en nuestras espadas
Sobre yunque parecía (4).
¡Vive Dios, que era gallardo!

BASTARDO.

Ya presto lo pagarán,

(1) *Voy.*
(2) *Al.*
(3) *Estimo.*
(4) *Como sobre yunque hacía.*

Y entonces quién es verán
El que ellos llaman Bastardo.

MADAMA.

Dicen que á grandes jornadas
Viene en vuestro seguimiento.

BASTARDO.

Que digan que huyo siento
Con armas aventajadas.
Acérquense los papistas,
Que yo los castigaré.

MADAMA.

Su dicha la causa fué,
Difícil gente conquistas;
Mas pues has de pelear
Con este fuerte mancebo,
Perdóname que le debo,
Aunque enemigo, alabar;
Que pues tú le has de vencer,
Cuanto le hiciere mayor,
Será mayor tu valor.
Por mí, Masfelt, has de hacer
Tres cosas.

BASTARDO.

Celos me has dado.

MADAMA.

Las damas de nuestra tierra
Aficiónanse en la guerra
Del brazo, y no del soldado.
Ya sabes como salimos
En carrozas á campaña,
Y más cuando contra España
Á veros vencer venimos;
Que si allá guerras tuvieran
Las mujeres españolas,
No fueran en Flandes solas
Las que á ver los campos fueran.

BASTARDO.

Si pelea con tus celos
El español don Gonzalo,
Competir con quien no igualo
Fueran muy necios desvelos;
Yo me rindo desde aquí
Á sus armas valerosas;
Pero dime, ¿qué tres cosas
Me mandas hacer por ti?

MADAMA.

Sea por asegurarte
Su cabeza, la primera,
Que no sé de otra manera
Más satisfacción que darte;
Que cuando tantos desvelos
No te diera su porfía,
Ya la muerte merecía
Por haberte dado celos.
La segunda que te pido
Es traerme desta hazaña
El guión del Rey de España,
Que tanto os ha perseguido;
Que aunque le parezca injusto
Mi deseo, pienso hacer
Trofeos de una mujer
Su estandarte, siempre augusto.
Es la tercera cobrarme
Un retrato suyo, un sol,
Que un caballero español
Pudo, por mujer, quitarme.

BASTARDO.

De las tres que me has pedido,
La que más pena me ha dado
Es la tercera.

MADAMA.

Y yo he estado
Por él perdiendo (1) el sentido.
En muertos ó prisioneros,
¿No puede ser que no esté?

BASTARDO.

Dime el nombre.

MADAMA.

Bernabé,
Que es Marqués de los harneros,
Y Conde de la cebada.

BASTARDO.

¿Qué casa?

MADAMA.

Lacaya dijo.

BASTARDO.

Haré del bastón que rijo,
Á su infame pecho espada,
Que es justo que sea de palo:
Yo mismo le mataré,
Y te doy palabra y fe
De traer de don Gonzalo
La cabeza por trofeo,

Tocan cajas.

Y el guión del Rey de España.

JAQUES.

Rumor hay en la campaña.

BASTARDO.

Saber la causa deseo.

Sale el Obispo.

OBISPO.

Prosiguiendo su loco atrevimiento,
Arnesto de Mansfelt, viene furioso
Don Gonzalo de Córdova, que el (2) viento
Excede en el veloz curso animoso;
Y no ha puesto en su gente el pensamiento,
Sino en haberse hallado (3) vitorioso (4),
Como si no faltase vez alguna (5)
El mudable favor de la fortuna.
Entre Gost y La Fert (6) está alojado;
Pasará los confines de Brabante
Por el río Mosa, al fin (7) determinado

---

(1) *Perdido.*
(2) *Al.*
(3) *Haber salido.*
(4) *Victorioso.*
(5) *Ninguna.*
(6) *[illegible]r.*
(7) *Mosa, determinado.*

Á que no pase tu escuadrón delante:
Deja á Namur hacia el siniestro lado
Moviendo (1) el villanaje circunstante,
Porque por Pondelóu, en Meli y Floro
Se aloje el campo.

BASTARDO.

La salida ignoro.
Venga esta vez, que por los ojos juro
De madama Laureta, que ni sólo
Un hombre de la vida esté seguro,
Ni en su altura mayor el mismo Apolo:
Aquí todas las fuerzas aventuro,
Y ojalá fueran las de polo á polo,
Las del Turco, y del Persa, y cuantos Reyes
Políticos hoy dan al mundo leyes.
¿Siempre han de ser dichosos los papistas?
¿Siempre nuestras banderas desdichadas,
Honrando las naciones nuestras listas,
Que en toda Europa son más estimadas?
Pues apenas tendré sus armas vistas,
Sus trompetas y cajas escuchadas,
Cristán de Olstad, cuando acometa fiero,
Y probemos los dos el blanco acero;
Que ya pluguiera á Dios en desafío
Saliéramos los dos, español bravo,
Córdova conociera el valor mío;
Bien sabes tú que con razón me alabo:
Pero en la sangre de Mansfelt confío,
Y en Madama también, traerle (2) esclavo;
Que basta que lo quieran sus deseos,
Á mayores victorias y trofeos.

MADAMA.

Yo deseo tu honor; parte animoso;
Si has menester buscalle, no le esperes.

BASTARDO.

Tú verás á mis pies el valeroso
Córdova, que tan bárbaro refieres;
De su buena fortuna estoy celoso (3),
Que suele ser valor en las mujeres.
Toca á marchar.

MADAMA.

Ayúdente los cielos.

BASTARDO.

Esta victoria deberé á los (4) celos.

ACTO TERCERO.

Salen D. Juan, Lisarda y Bernabé.

DON JUAN.

Mira que te han de matar,
Lisarda, en esta ocasión.

LISARDA.

Pues don Juan, resolución:
Ó quererme, ó pelear.

DON JUAN.

¿Una mujer?

LISARDA.

Pues ¡qué quieres!
¿Seré la primera yo?
También el cielo les dió
Corazón á las mujeres.

DON JUAN.

Sí, mas no para morir,
Como tú, desesperadas.

LISARDA.

En viéndose despreciadas
También las cansa el vivir.

BERNABÉ.

Un medio podéis tomar,
Ya que estoy yo de por medio.

LISARDA.

Bernabé, ya no hay remedio:
Ó quererme, ó pelear.

BERNABÉ.

Pues ¿es justo que te arrojes
Á morir?

LISARDA.

¿Qué te va á ti,
Si para don Juan nací?
De que muera no te enojes.

DON JUAN.

No fíes en tu hermosura,
Lisarda, así Dios te guarde;
Que en ti es gracia el ser cobarde,
Y ser valiente, locura.
No has hecho justo conceto
De gente de aquesta suerte,
Si piensas que han de tenerte,
Por ser imagen, respeto,
Pues que por blanco las ponen
De sus tiros y arcabuces.

LISARDA.

Si á mi bien no te reduces,
No quiero que me perdonen:
¿Qué más muerte que morir
En tu desgracia?

DON JUAN.

No digas
Disparates, que me obligas.....

LISARDA.

Acábalo de decir;
Que bien á tu parte están
Mis desdichas inclinadas.

DON JUAN.

Á darle mil cuchilladas,
Lisarda, á tu capitán.

LISARDA.

¿Mío? Trátame siquiera
Como merece mi amor;
Que no fué tan grande error
Que á la mar, don Juan, me fuera
Más á llorar aquel día

---

(1) *Con todo.*
(2) *Traelle.*
(3) *Medroso.*
(4) *Tus.*

Tu ausencia, que no á reir,
Si no es que quieres decir
Que en mis (1) ojos la tenía:
Y ya tú me perdonaste
Conociendo mi disculpa,
Pues también tuviste culpa
En que sola me dejaste.

DON JUAN.

Pues ¿á mí me culpas ya?

LISARDA.

No dejando á una mujer
Todo lo que há menester,
¿Qué presume el que se va?

BERNABÉ.

¡Qué celestial (2) aforismo!

DON JUAN.

Sí, pero la misma noche,
Capitán, merienda y coche,
Y que lo viese yo mismo.

LISARDA.

¿Qué mayor seguridad?
Que la mar no era aposento,
Ni ofende un falso contento
Una (3) amorosa verdad,
Y más á los que no dan.

DON JUAN.

¡Qué extraña bachillería!

BERNABÉ.

Sufra ó mantenga, decía
Aquel divino Liñán;
Que en igual ocasión Menga
Dijo esto mismo á Pelayo.

DON JUAN.

¿Qué dijo, señor lacayo?

BERNABÉ.

Seor amo, sufra ó mantenga.

DON JUAN.

Vete, gallina, al bagaje,
Allá con los vivanderos.

BERNABÉ.

En tratando de dineros
Sabe todo á mal lenguaje:
Por no dar los hombres ya,
Buscan con afeites viles
Los adornos mujeriles
De que el mundo lleno está.
¿Quién dijera que se usara
Molde y espejo en los hombres?

DON JUAN.

Mientes, bestia; no los nombres,
Que en ser políticos para
Esa gala y ese aseo,
Y no como antiguamente
Aquella rústica gente,
Que hoy en sus retratos veo.
Dime, cuantos hoy soldados
Con las banderas de España

(1) *Los.*
(2) *Cortesano.*
(3) *A una.*

Están en esta campaña
De valor y acero armados,
Y dos batallas vencido (1),
¿No son gallardos?

BERNABÉ.

Confieso:
Hablo sólo del exceso
De cabellos y vestido.

DON JUAN.

Vete á Sayago, villano.

LISARDA.

Y yo, ¿dónde?

DON JUAN.

¿Qué sé yo?
¡Tanto camino pasó
Un hombre sin una mano!
No puedo desengañar
Mis celos con tu afición.

LISARDA.

Pues don Juan, resolución:
Ó quererme, ó pelear.

DON JUAN.

Vete, que será mejor
Que aquí mueras, que no verte
Del capitán.

LISARDA.

Desa suerte,
Ya no me tienes amor.

DON JUAN.

Bien te quisiera engañar,
Pero es perdernos los dos.

LISARDA.

¿Cierto?

DON JUAN.

Cierto.

LISARDA.

Pues adiós,
Que me voy á pelear.

BERNABÉ.

¡Qué crueldad!

DON JUAN.

Déjame aquí (2),
Que éste no es día de amores.

LISARDA.

¿Voyme, en efecto, señores?

DON JUAN.

Digo mil veces que sí.

LISARDA.

No digas que no te aviso.

Vase.

BERNABÉ.

¿Hablo con el rey don Sancho?

DON JUAN.

Tengo el corazón muy ancho.

BERNABÉ.

Yo te conocí Narciso.
¡Pobre mujer!

(1) *Ven[illegible]des.*
(2) *Déjala ir.*

DON JUAN.

No tratemos,
Por si habemos de morir,
Más que de Dios, si vivir
En la otra vida queremos.

BERNABÉ.

¡Oh, qué devoto que estás!

DON JUAN.

Quien ve diez mil hombres juntos,
Que al arma esperan por puntos,
¿Qué es lo que le importa más?

BERNABÉ.

¡Qué brava fiesta, señor,
Para verla (1) una mañana
En Madrid, á la ventana,
Desde la calle Mayor!
Pero ¡vive Dios! que aquí
Aunque sea el corazón
De piedra, tiembla en razón
De lo que ha de ser de sí (2).
No me pesara que fueras
Hoy en tu caballo al Prado,
Y yo delante, elevado
En las bizarras tenderas;
Pero ya.....

DON JUAN.

No hay pero ya,
Aquí (3) con honra morir.

BERNABÉ.

Pues eso quiere decir
Quien hoy á tu lado está.

DON JUAN.

Ya se previene el cuartel;
Don Gonzalo viene aquí.

BERNABÉ.

¿Sacamos la espada?

DON JUAN.

Sí.

¡España!

BERNABÉ.

¡Caramanchel!

Vanse.

Salen D. Gonzalo de Córdova, D. Francisco de Ibarra, el Barón de Tilli y soldados, uno con un pendón, en la una parte un Cristo crucificado, y en la otra la imagen de la Concepción de Nuestra Señora (4).

FRANCISCO.

Ya, señor, no hay que esperallos,
Pues á las manos se vienen.

BARÓN.

Nueve mil infantes tienen
Y bien siete mil caballos,
Porque el Duque de Bullón
Que es tío de Federico,
Como interesado y rico
Les dió gente y munición (1).

GONZALO.

Ése el inventor ha sido
Destos tratos y maldades,
Engañando las ciudades,
Que injustamente han rendido (2),
Y están á su devoción.
Aquí ya no hay que esperar,
Sino en batalla ordenar
Nuestro valiente escuadrón;
Que pues habemos dormido
Un cuarto de legua dellos,
Arrogancia he visto en ellos,
Con que no nos han temido:
Y parece que es razón,
Siendo la ventaja tanta (3),
Que al mismo contrario espanta
El ver mi resolución.
Ya sale por los cabellos
Del alba más presto el sol
Á ver el campo español
Y á dar mayor lustre en ellos
Con la reverberación
De nuestras armas, y es justo
Disponer con pecho augusto
Á vencer el corazón,
De mil Hétores (4) retrato:
Tocad cajas y trompetas;
Mas decid que se estén (5) quietas,
Y dadme silencio un rato (6).
Españoles valientes, y naciones
Generosas y nobles, que venistes (7)
Á seguir de Filipe los pendones,
Cuyos amigos ó (8) vasallos fuistes (9),
Haber probado en tantas ocasiones
Los ánimos valientes que tuvistes (10),
Me pudiera excusar, pero no creo
Que os ofende con esto mi deseo.
Estos mismos que veis, habéis vencido;
No son otros soldados ni otra gente;
Los mismos capitanes han tenido,
Ninguno es más feroz ni más valiente;

(1) *Vella.*
(2) Esta redondilla falta en las ediciones.
(3) *Sino.*
(4) En el original es mucho más breve esta acotación: *Don Gonzalo, soldados, cajas, Medrano, el Barón de Tilli, Ibarra.*

(1) Estos seis versos son enteramente distintos de los que aparecen en las ediciones:

Siguiendo al Bastardo vienen
Sus infantes y caballos,
Haciendo tal destrucción
Por donde quiera que pasa,
Que hasta las piedras abrasa
Su polvora y municion.

(2) *Que descompuesto ha vencido.*
(3) *Viéndose con gente tanta.*
(4) *Héctores.*
(5) *Decidles que estén.*
(6) Aquí hay en el original la siguiente acotación, suprimida en los impresos: *Toquen, y en parando las cajas, diga:*
(7) *Vinisteis.*
(8) *y.*
(9) *Fuisteis.*
(10) *Tuvisteis.*

Que los que de refresco ha conducido
El Duque de Bullón, hereje ausente,
Serán nuestra vitoria y su rüina,
Porque bisoños son sin disciplina.
Nosotros, á vencer hechas las manos,
¿Qué podemos temer? La fe nos guía,
Y á estos bárbaros viles luteranos,
La codicia, ambición y la herejía:
Pretenden el imperio estos tiranos,
Viniendo la cesárea monarquía
Tan justamente á quien (1) la tiene ahora,
Que al santo sucesor de Pedro adora.
Quitóle Federico Palatino
El reino de Bohemia á Ferdinando,
Mas Filipe tercero, ya divino,
Pues muerto vive donde está reinando,
No pudiendo sufrir su desatino,
La Casa de Austria como suya honrando,
Con justas armas á volver le apremia
Á Seleucia (2), á Moravia y á Bohemia.
La guerra que prosigue su Bastardo
Con Cristán de Olstad, Obispo intruso,
Favorecida con valor gallardo,
Filipe cuarto deshacer dispuso;
Filipe, por quien hoy la palma aguardo,
Pues en mis manos su estandarte puso;
Filipe, como sol (3) que va saliendo (4),
Y estos nublados viles esparciendo.
Que como suele aparecer (5) la aurora
Por nubes revestida de oro y grana,
Saliendo de la noche vencedora,
En fe del sol, la cándida mañana,
Filipe celestial sus reinos dora,
Huye la noche (6) de la luz tirana;
Pues si al nacer le (7) huye la herejía,
Sus rayos, ¿qué podrán al mediodía?
El cielo, que nos dió las dos vitorias,
También nos ha de honrar con la tercera;
La misma causa obliga (8) sus memorias,
Nuestra justicia el mismo fin espera:
En nuestro vencimiento están sus glorias,
Pues nuestra fe tan firme persevera
Por defender, vertiendo en tanta copia,
Su Iglesia á Cristo con la sangre propia (9).
Vos, divino Pontífice supremo,
Que en esa cruz tenéis la silla santa,
Juzgad, juzgad la causa del blasfemo
Que contra vuestra sangre se levanta:
Con vos, Señor, ningunas armas temo,
Ni me admira Mansfelt, ni Olstad me espanta;
Miradme el corazón, abrid los ojos,
Que yo quiero vengar vuestros enojos.

Vuelven ahora la imagen de Nuestra Señora (1).

Y vos, divina Virgen, mi abogada,
Mansa paloma, celestial María,
Pues vuestra limpia Concepción sagrada
Fué desde que nací devoción mía:
Guiad vos este brazo y esta espada,
Luna que en vos y en vuestro sol confía
Vencer estos apóstatas, que fieros
Mellan en vuestra imagen los aceros.
Con esto, ¿quién no queda satisfecho
De que ha de ser esta vitoria nuestra,
Y que el hereje ha de quedar deshecho,
Que tan blasfemas arrogancias muestra?
Vos, Patrón, cuya espada traigo al pecho,
Dadnos vuestro favor, tomad la vuestra.
¡Al arma, al arma!

BARÓN.

Tu valor admira.

GONZALO.

¡Ea, españoles, que Felipe os mira!

Tocan al arma, dase la batalla, y luego sale D. Francisco de Ibarra herido.

FRANCISCO.

¡Ea, soldados fuertes, que aun herido
Os tengo de animar, hasta que el alma
Deje el pecho animoso en que ha vivido!
¡Jesús, Jesús, la sangre me desalma!
Con mis obligaciones he cumplido,
Y la mayor vitoria, lauro y palma,
Es morir un honrado caballero
Sirviendo á Dios y al Rey. ¡Jesús, yo muero!
La causa de la Iglesia y el servicio
De Filipe merecen justamente
La vida que les doy en sacrificio.
¡A ellos! ¡Mueran! ¡Ay, valor, detente!
El brazo sólo falta al ejercicio
De las armas, no el ánimo valiente:
Hoy en Flandes seréis, campos extraños,
Fama y sepulcro de mis verdes años.

Cae muerto.

Sale el Bastardo con una rodela, y la espada desnuda (2)

BASTARDO.

¡Ea, mis valerosos alemanes,
Honrad la patria, la amistad, el celo
De vuestros (3) siempre amigos capitanes,
Que vuestra causa favorece el cielo!
Los españoles solo (4) son galanes,

---

(1) *Al que.*
(2) Asi en el original; en la Parte 24 dice, al parecer mejor, *Silesia.*
(3) *El sol.*
(4) *Naciendo.*
(5) *Al parecer.*
(6) *Sombra.*
(7) *Los.*
(8) *Anima.*
(9) Aqui hay en el original esta acotación suprimida en los impresos: *Tome el estandarte y prosiga de rodillas.*

(1) Falta esta acotación en el autógrafo.
(2) En el original, dice así esta acotación: *Toquen las cajas y disparen dentro algunos tiros fingiéndose la guerra, y salga el Bastardo.*
(3) *Nuestros.*
(4) *Siempre.*

No se han criado en el rigor del hielo
Donde nacistes, que en efeto encierra
Todas las condiciones de la guerra.
Venced, solicitad que os anticipe
La fama al griego Aquiles valeroso,
Pues vais contra las armas de Filipe
Rey entre cuantos viven, poderoso:
Haced que por vosotros participe
El conde Palatino generoso
Del imperio Alemán, pues peleando,
El mundo quitaréis á Ferdinando (1).
No piensen los papistas que está hecho
Por las vitorias que nos han ganado,
Que aún vive el corazón dentro del pecho
Con los deseos de quedar vengado.
Ya huye el fiero ejército deshecho,
Que ya el Obispo le ha desbaratado
Con la caballería; mas ¿qué digo?
Que ya vuelve sobre él el enemigo.
El ánimo de Córdova famoso,
Los españoles á la guerra anima;
Ya cobra lo perdido, y receloso,
Ni el fuego teme ni la vida estima.
Tercera vez le temo vitorioso,
Que apenas hay valor que le reprima.
¿Qué es esto? ¡Cielos! ¿Sin mudanza alguna
Puede estar en la guerra la fortuna?

Sale el Obispo herido en una mano.

OBISPO.
¡Pese á (2) la guerra y el primer infame
Que la inventó!

BASTARDO.
¿Qué es esto, Olstad amigo?

OBISPO.
Herido estoy.

BASTARDO.
¿Queréis que gente llame?

OBISPO.
Un brazo me ha pasado el enemigo.

BASTARDO.
Pues antes que la sangre se derrame
En mayor cantidad, venid conmigo.
¿Paréceos que hay peligro? ¿Es (3) grande herida?

OBISPO.
Bastante fué para perder la vida.

BASTARDO.
¡Pesia la bala y al papista fiero
Que tuvo tal destreza en acertaros!

OBISPO.
De mi fortuna lo aprendió primero;
¿Mas quién á su rigor pondrá reparos? (4).

BASTARDO.
Haced como valiente caballero,
Que tengo de morir ó he de vengaros.

(1) Esta octava falta en los impresos.
(2) *¡Pesia!*
(3) *[illegible]*
(4) *Que á sus mudanzas, ¿quién pondrá reparos?*

OBISPO.
Parece que nos vencen.

BASTARDO.
Pues perdida (1)
Quede con el honor también la vida.

Vanse.

Éntre Bernabé rindiendo un soldado en hábito gracioso flamenco (2).

BERNABÉ.
¿Á mi brazo te resistes?
¡Ríndete, diablo, borracho!

PIERRES.
Pues ¿qué le demande vu?

BERNABÉ.
Yo no entiendo esos vocablos;
Daca (3) el dinero.

PIERRES.
¿El argén?

BERNABÉ.
Los escudos, luterano.

PIERRES.
Je vudrie donarli pres (4).

BERNABÉ.
Saca, ó el alma te saco.

PIERRES.
Ya pur tirer (5) de traball,
Ne vul fayre (6).

BERNABÉ.
No te aguardo,
Y sacúdote en la testa.

PIERRES.
¡Ay me!

BERNABÉ.
¡Por Dios, que trae casco!

PIERRES.
El bugre español me ha mort.

BERNABÉ.
Bugre ó mugre, con los diablos
Cenarás aquesta noche.

Sale D. Juan Ramírez con la espada desnuda.

DON JUAN.
Ya nos van dejando el campo.
¿Qué es aquesto, Bernabé?

BERNABÉ.
Andar á caza, sin galgos,
De la plata de esta gente,
Que vamos ya degollando.

Dentro:

¡Vitoria (7), España, Filipe! (8).

(1) *Vencida.*
(2) En las ediciones es distinta esta acotación: *Sale Bernabé, y Pierres, villano, huyendo de él.*
(3) *Venga.*
(4) *Li pudie donarli prest.*
(5) *Purtireis.*
(6) *No buli fayre.*
(7) En los impresos se lee constantemente *victoria.*
(8) En los impresos, generalmente, *Filipo*, y algunas veces, *Felipe.*

¡Vitoria por don Gonzalo!

DON JUAN.

¡Qué voz de tanto contento!
Pero mucho le ha templado
De don Francisco de Ibarra
La muerte, que peleando
Como un Aquiles, dió el alma
Al cielo, á la fama el brazo,
Á su patria honor y gloria,
La vida al Rey.

BERNABÉ.

¡Triste caso!

Sale Lisarda con la espada desnuda, como que viene herida.

LISARDA.

¡Válgame el cielo, y qué fin
Á mis desdichas he dado!
¿Quién me trujo á tanto mal?
¡Oh, amor (1), causa de mis daños,
Dime si ya estás contento!

DON JUAN.

¿Qué estoy oyendo y mirando?
¿No es Lisarda quien se queja?

BERNABÉ.

La misma.

DON JUAN.

El alma me ha dado
Sospechas de que está herida.
¿Es Lisarda?

LISARDA.

Soy, ingrato,
Una mujer desdichada,
Á quien por quererte tanto
Hoy han quitado la vida.

DON JUAN.

Tenla, Bernabé, en los brazos
Mientras me quito (2) la mía.

LISARDA.

¿Agora, traidor?

DON JUAN.

Pues ¿cuándo
Con más razón? ¿Qué locura,
Con pecho desesperado
Te llevó á morir, mi bien?
¿Cuál fué el bárbaro villano
Que quitó á la tierra el sol,
Escureciendo (3) los rayos
Con que esos divinos ojos (4)
Le estuvieron alumbrando?
¡Ay de mí, qué necios celos
Á dejarte me obligaron!
Mas ¿cuándo fueron discretos,
Si piensan que son agravios?
¡Oh, quién te hubiera creído! (5).
Que el dejarte fué pensando
Que no habías de atreverte,
Sino esconderte en el campo;
Que si imaginara yo
Que amor te obligara á tanto,
Antes perdiera mil vidas
Que dejarte de mi lado;
Antes sufriera mil celos,
Con ser el mayor cuidado
Que ha dado el cielo á los hombres,
Y mayor cuanto más sabios.
Aquí se acabó mi vida,
Y aquí también se acabaron
Mis esperanzas, que, en tí (1),
Cayeron hechas pedazos.
No quiero volver á España,
Ni, como tuve pensado,
Llevar la bandera negra
Que quité con estas manos
A un alférez alemán,
Á Madrid, mi patria, honrando
La capilla de los Vargas.
Tú, si entre tantos soldados,
Bernabé, mi cuerpo hallares,
Envuélveme en ella, y dando
Sepultura á mis desdichas,
Di que fuí desesperado
A morir entre vencidos,
Por ser á un ángel ingrato.

LISARDA.

Tente, detente, don Juan;
Que cuanto he dicho es engaño
Para conocer tu amor.

DON JUAN.

¿Engaño?

LISARDA.

¿Qué estás dudando?
No estoy herida, ni soy
Tan loca (2); que me he guardado
De los peligros muy bien.

BERNABÉ.

¿Hay embuste más extraño?

DON JUAN.

Corrido estoy, ¡vive Dios!

BERNABÉ.

Pienso que ha resucitado,
Porque todas las mujeres
Tienen almas como (3) gatos.

LISARDA.

Pues ¿pensabas tú que había
De ponerme á los balazos
De un tudesco, por tus celos
Ni por tu amor? ¡Malos años!
Y perro (4), si me querías
Como ahora lo has mostrado,
¿Por qué por causa tan leve

(1) Falta el *oh*, en los impresos.
(2) [illegible]
(3) *Oscureciendo.*
(4) [illegible]
(5) Este y los cuatro versos anteriores faltan en las ediciones.

(1) *Fin.*
(2) [illegible]
(3) [illegible]
(4) *Falso.*

Me hiciste (1) desprecios tantos?
¿Así tanto me queréis?
Pues agora que de falso
Sé que envidáis libertades
Y descartáis desengaños,
Yo os haré que me soñéis.

DON JUAN.

Vive tú, y esté soñando
Estos desatinos (2) yo
Con este amoroso abrazo.

LISARDA.

Quita allá, que las mujeres
Sufren desprecios amando,
Y siendo amadas se vengan
De los pasados agravios.
No me quisiste en salud,
Y cuando me estoy quejando
De que me muero, me dices
Requiebros enamorados.
¿Qué tenemos las mujeres,
Que muertas os agradamos?
¿Cuál hombre no llora entonces?

BERNABÉ.

Bien dice; y es caso extraño,
Después de muchas pendencias,
Ver un vïudo barbado (3)
Llorar por una mujer,
Y rebuznar como un macho,
Diciendo que ha de meterse
Mañana fraile descalzo,
Por una mujer á quien
Por horas mataba á palos.

DON JUAN.

Basta, Lisarda, que has hecho
Conmigo.....

LISARDA.

Escúchame un rato:
«No quiero volver á España,
Ni, como tuve pensado,
Llevar la bandera negra
Que quité con estas manos
Á un alférez alemán,
Á Madrid, mi patria, honrando
La capilla de los Vargas.»

BERNABÉ.

¡Por Dios, que se está burlando
De tu justo sentimiento!

LISARDA.

«Tú, si entre tantos soldados,
Bernabé, mi cuerpo hallares,
Envuélveme en ella, y dando
Sepultura á mis desdichas,
Di que fuí desesperado
Á morir entre vencidos,
Por ser á un ángel ingrato.»

DON JUAN.

Tu venganza, por mi bien
Me alegra, Lisarda, tanto
Viendo que vives, que estoy
En tus burlas descansando
De la pena que tenía;
Y pues sabes que te amo,
Vuelve á tu primera forma;
Que pues, vencido el contrario,
No ha de haber guerra este invierno,
Cuando á la patria no vamos,
Á Nápoles volveremos.

BERNABÉ.

Para camino tan largo,
Mejor es no mudar traje,
Demás de (1) ser tan bizarro
Éste que llevas (2) ahora;
Que las mujeres han dado,
Digo algunas, en querer
Vestirse por modo extraño;
Han hecho hacer de algodón,
Como las flamencas, aros,
El talle por las rodillas (3),
El chapín de vara de alto,
Con que cuando se desnudan,
De más cáscaras y trapos
Que un palmito de Valencia,
Sale un espíritu flaco.
Pues en llegando á molleras,
Quitando el cabello falso,
La mitad del justo precio
Se puede llamar á engaño (4);
Por la mayor parte son
Estos cabellos rizados
De mujeres ya difuntas;
Y así, dos casados calvos
Rezaban todas las noches
Á sus dueñas dos rosarios,
Y las hacían decir
Responsos por Todos Santos.

DON JUAN.

Siguiendo van el alcance:
Si en pláticas nos estamos,
Mira que podrán decir
Que no habemos peleado.
Sígueme, Lisarda mía;
Que pues los van degollando,
No hay de qué tengas temor.

LISARDA.

¿Temor, y más á tu lado?
Gocemos de los despojos,
Tú de los que irás matando,
Y yo de haberte vencido.

DON JUAN.

Ser vencido de tus manos
Tengo por mayor vitoria
Que las que tuvo Alejandro.

---

(1) En las ediciones, *hicistes*, y falta el *me*.
(2) *Disparates.*
(3) *Mas bravo.*

(1) *Fuera de.*
(2) *Tenéis.*
(3) *La rodilla.*
(4) *Engaños.*

Salen D. Gonzalo de Córdova, con la espada desnuda, y el Barón de Tilli.

GONZALO.
¡Ea, españoles valientes,
No quede vida en el campo!
¡Vengad los muertos amigos,
Y el mayor que me ha faltado
En don Francisco de Ibarra!

BARÓN.
Generoso don Gonzalo,
Al país de Liexa, dicen,
Que el Obispo y el Bastardo
Marcha huyendo, y á Bleda
Quieren tomar por sagrado.

GONZALO.
No importa, que en emboscada
Se ha puesto el conde Nasao
Y el que gobierna á Bolduque.
¡Á los despojos, soldados!
¡No se nos lleven bandera!

TODOS.
¡Vitoria por don Gonzalo! (1).

Vanse.

Salen madama Laureta y Jaques.

MADAMA.
Esta cadena te doy
Por las nuevas.

JAQUES.
Dios te guarde:
No me vine de cobarde,
Que ya sabes tú quién soy,
Sino porque en embistiendo
La fuerte caballería
Del Obispo, que á porfía
Los hizo volver huyendo,
No quise que en darte aviso
Me ganasen por la mano.

MADAMA.
Siempre lo tuve por llano:
Perderse el Córdova quiso;
Muchas vitorias quería;
Necio anduvo, que en alguna,
Á la mudable fortuna
Temer discreto podía.
Mas en la prosperidad,
¿Cuál hombre discreto ha sido?
En fin, ya estará (2) vencido.

JAQUES.
Es infalible verdad
Que salieron con el sol
Las banderas vencedoras,
Yo (1) apostaré que á estas horas
No queda vivo español.

MADAMA.
Altamente se han vengado
De las pasadas afrentas;
Pero ¿cómo no me cuentas
De mi valiente soldado?

JAQUES.
Si tú sabes su valor,
¿Qué tengo que encarecerte?
Fué rayo, fué espada y muerte
Del católico valor (2).
Bien puede ponerse España
Luto, y afligirse Roma.

MADAMA.
Si Mansfelt las armas toma
Y el Obispo le acompaña,
Hago cuenta que ya están
Roma y España vencidas.

Sale el Bastardo con la espada desnuda y herido.

BASTARDO.
Murieras de las heridas,
¡Valeroso (3) capitán!
Y no de haberte curado,
Pues fuera gloriosa muerte,
Y más venturosa suerte
Morir en campaña armado;
Pero no quiso igualar
El cielo con tu valor
Tu dicha.

MADAMA.
¡Qué gran temor!

JAQUES.
¿Temor?

MADAMA.
Pues ¿puede llegar
Desta suerte un vitorioso?
¿Conde?

BASTARDO.
¡Señora!

MADAMA.
¿Qué es esto?
¿Cómo venís descompuesto,
Humilde, triste y quejoso?

BASTARDO.
Yo vengo, madama hermosa,
Como los vencidos vienen,
Que sólo el quejarse tienen
Por consuelo.

MADAMA.
¡Extraña cosa!

---

(1) Todo esto se halla cambiado en las ediciones del modo siguiente:

BERNABÉ.
Huyendo van los herejes
Al monte como á sagrado.
GONZALO.
¡Huyan los herejes viles!
¡Á los despojos, soldados,
No se nos lleven bandera!
TODOS.
¡Vitoria por don Gonzalo!

(2) *Ya pienso que habrán venci[illegible].*

(1) Y.
(2) *Furor.*
(3) *¡Oh, [illegible]*

Luego ¿no habéis vos vencido,
Y este necio me ha engañado?

BASTARDO.

Volvió la fortuna el dado;
Lo que ganaba he perdido.
Que al principio fuí dichoso,
Como suele suceder (1).

JAQUES.

Yo vi, señora, vencer;
Mas ya sabes que es forzoso
Que al fin se cante la gloria.

MADAMA.

Luego ¿no habrá para mí
Las tres cosas que os pedí,
Si es de España la vitoria?

BASTARDO.

Otras tres traigo por ellas
Desta suerte.

MADAMA.

Ya os escucho,
Que es fuerza que valgan mucho
Si han de competir con ellas.

BASTARDO.

Por la cabeza que había
De traeros por regalo,
Del valiente don Gonzalo,
Rompida os traigo la mía.
Por la bandera de España,
Dejo entre sus manos fieras
Cautivas siete banderas,
Y rotas por la campaña.
Por la cadena y retrato
Traigo en mí, sin honra alguna,
Un retrato de fortuna
Y de su mudable trato.
De suerte que os traigo aquí
En un sujeto presentes
Tres cosas bien diferentes
De las tres que os prometí.
El ánimo fué mayor
De lo que debía ser;
De suerte que el prometer
Pudo estar en mi valor,
En que, sin falta ninguna,
Madama, os pensé servir;
Pero el poderlo cumplir,
En manos de la fortuna.

MADAMA.

Como vos vengáis con vida,
Triunfe el Español, no importa.

BASTARDO.

Fué mi fortuna (2) tan corta,
Que ella sola es la vencida.
No blasone de ninguna
Vitoria el Córdova aquí;
Que no me ha vencido á mí,
Sino á mi adversa fortuna.

MADAMA.

Ya que he sabido de vos,
Aunque no como quisiera,
¿Qué hay de Olstad?

BASTARDO.

La muerte espera,
De que me pesa ¡por Dios!
Más que de (1) haberme perdido;
Que era el Obispo excelente
Capitán, y el más valiente
Soldado que he conocido.
Herido salió en un brazo,
Y hánselo cortado ya,
De que, ó luego (2) morirá,
Ó no será largo el plazo.
Murió el Barón de Rolín
Y don Alejandro, Martes
De la guerra; ocho estandartes
Dejo perdidos, en fin,
Sin infinitos despojos,
Bagaje y artillería,
Y entre la caballería
(Para doblar mis enojos)
Al fuerte Duque sajón
De la Casa de Beymar.

MADAMA.

¿Cuándo podréis restaurar
Tan notable perdición?

BASTARDO.

Tarde ó nunca; en mal estado
Desde hoy quedan (3) nuestros nombres;
Que más de cuatro mil hombres
Ha el Español degollado.
Vamos, que no estoy seguro,
Aunque tres leguas de Bleda,
Si hay muro alguno que pueda
Ser á mis desdichas muro.

MADAMA.

El cielo te dé el consuelo
Que yo le pido llorando.

BASTARDO.

No querrá, que voy pensando
Que tengo ofendido al cielo.

Vanse.

Salgan marchando, el Barón, los soldados, don Juan, Bernabé, Lisarda y traigan ocho estandartes del enemigo; detrás don Gonzalo con vestido diferente y sola la gola (4).

GONZALO.

Después de haber al cielo gracias dado
Por el suceso desta gran victoria,
Donde parece que él ha peleado,
Pues que sólo se debe á Dios la gloria,
Toca premiar á todo buen soldado,

(1) [illegible]
(2) *Ventura.*

(1) *El.*
(2) *Presto.*
(3) *Quedan de hoy más.*
(4) *Salen D. Gonzalo de Córdova, el Barón y soldados, cada uno con un estandarte, como los va nombrando don Gonzalo, y D. Juan, Bernabé y Lisarda.*

Y que su nombre tenga la memoria
Que ha merecido tan heroica hazaña,
Con la del Rey católico de España.
Llegado habemos de Bruselas cerca,
Pues la señora Infanta, fénix rara,
Nos quiere honrar, y el escuadrón se acerca (1)
La divina Isabel Eugenia Clara.
Advertid que en saliendo de la cerca (2)
Pues ya su viva luz el sol dispara,
Dispare nuestra salva (3) de tal modo
Que vuelva á confusión el mundo todo.

BARÓN.

También han concertado en su presencia
Imitar la batalla que han tenido,
Y con igual destreza y diligencia,
Cuál ser el vencedor, cuál el vencido (4).

GONZALO.

Será famosa fiesta, y diligencia
Justa imitar, Barón, lo sucedido
En esta empresa (5).

DON JUAN.

Ya Su Alteza llega

GONZALO.

Toca y dispara.

BARÓN.

El aire atruena y ciega (6).

Sale la señora Infanta.

INFANTA.

¡Qué ejército tan lucido!

GONZALO.

Déme los pies Vuestra Alteza.

INFANTA.

¡Oh, valiente don Gonzalo,
Tan digno de fama eterna!

GONZALO.

Desa merced soy indigno;
Que las alabanzas vuestras
Un César, un Alejandro,
Sólo pueden merecerlas.

INFANTA.

Vos sois cristiano Alejandro,
Y vos sois español César.

GONZALO.

El sacro laurel de Roma (1),
Si fuera César, pusiera
Á esos pies; y si Alejandro,
El mundo, parte pequeña
Del estrado que pisáis;
Mas pues no tengo qué ofrezca
Cosa en mí digna de vos,
Desta victoria lo sean
Aquestos ocho estandartes:
Estos cuatro con empresas;
Éste naranjado tiene
Tres rosas; dice la letra:
ENTRE ESPINAS; significa,
Por dicha, el premio en la guerra.
Éste con la mano armada,
Que esta espada blanca muestra,
Es del Bastardo Mansfelt;
Dice la letra, bien necia:
POR LA LIBERTAD, y viene
Contra el Imperio y la Iglesia.
Éste dice: POR LA PATRIA;
Tiene en un ara sangrienta
Un cordero degollado,
Volviendo jaspe la piedra;
Dicen (2) que fué del Obispo,
Que pienso (3) que muerto queda.
Éste con el Minotauro,
CON ESPERANZA Y PACIENCIA,
Que fué del Duque sajón;
Pero no es justo que tenga
Entretenido tan mal
Tanto tiempo á Vuestra Alteza.

INFANTA.

¡Generoso (4) capitán,
Que de la Casa de Sessa
Sois otro nuevo Gonzalo,
Honra suya y gloria vuestra! (5).
Yo huelgo de conoceros,
Y así, es muy justo que venga
Á daros el parabién;
Que si el contrario venciera,
Estando, como lo veis,
Entre Lovaina y Bruselas,
Perdiéranse estos Estados,
Y así, es muy justo (6) que os deban
No menos que su remedio.
Y así yo soy (7) la primera
Que os quiero dar de mi mano
Esta bandera, y en (8) ella
Las armas de España, en tanto
Que el Rey, mi sobrino, os premia,
Y que el Pontífice sacro

---

(1) *Saliendo de la cerca.*
(2) *Mirando que está cerca.*
(3) *Gente.*
(4) La gente con curiosa diligencia
Quiere fingir su ejército vencido.
(5) *Guerra.*
(6) En las ediciones está simplificado de la manera siguiente:

BARÓN.

Puesta en la presencia
De Su Alteza, será bien recibido
El celo con que á verla el campo llega.

GONZALO.

Toca y dispara.

Disparan.

BARÓN.

El aire y polvo ciega.

---

(1) [illegible]
(2) [illegible]
(3) [illegible]
(4) *Valeroso.*
(5) *Nuestra.*
(6) [illegible]
(7) [illegible]
(8) *Con.*

Que hoy la defiende y gobierna,
Os dá (1) la rosa y la espada
Por capitán de la Iglesia.
Al Barón le quiero dar
Una joya, y le quisiera
Dar un reino. Á los demás
Capitanes desta empresa
Quieren dar en sus festines
Estas señoras flamencas,
Después de muchos favores,
Plumas, bandas y cadenas.

GONZALO.

Vuelvo á besar vuestros pies;
Pero vuelva Vuestra Alteza,
Á ver (2) la misma batalla.

Disparan dentro.

DON JUAN.

Lisarda, si aquí peleas,
No digas que te han herido.

LISARDA.

No haré, que ya se me acuerda,
Para que vayas á honrar,
Don Juan, con bandera negra
La capilla de los Vargas.

BERNABÉ.

Á Su Alteza hablar quisiera
Para que me diesen algo.

DON JUAN.

Tiempo, Bernabé, te queda
Para pedir tus servicios.
Y aquí la victoria cesa,
Aunque no cesan jamás
En la gran Casa de Sessa
Las bien heredadas armas,
Que dieron, con dicha eterna,
Reinos al Rey de Castilla
Y agora victorias nuevas (1).

(1) *De.*
(2) *Verá.*

(1) Al fin de esta comedia autógrafa dice:

«Loado sea el Santísimo Sacramento y la Virgen nuestra Señora.

»En Madrid, 8 de Octubre de 1622.

»LOPE DE VEGA CARPIO.»

(Rúbrica.)

En la hoja siguiente:

«Vea esta comedia Pedro de Vargas Machuca.

»No tiene esta comedia, que intitula su autor Lope de Vega Carpio, *La Nueva vitoria de Don Gonzalo de Córdova* cosa en que poder repararse, y así se podrá representar, reservando, etc.

»Madrid, 21 de Octubre de 1622.

»PEDRO DE VARGAS MACHUCA.»

DIÁLOGO MILITAR

DIÁLOGO MILITAR

Á HONOR DEL EXCELENTÍSIMO MARQUÉS ESPÍNOLA

HABLAN EN ÉL LAS PERSONAS SIGUIENTES

Marbela. } *Ninfas.*
Gerarda. }
Amarilis, *ninfa.*
Julio, *soldado.*

Sale Marbela, ninfa.

MARBELA.

¡Oh pacífica diosa!
¡Oh paz divina y santa
Hija del puro cielo,
Madre de la abundancia,
Descanso de la vida,
Esfera de las armas,
Aumento de las letras,
Verde laurel de entrambas!
Tú, sabia coronista
De las hazañas claras,
Poeta de los siglos,
Que las edades cantas;
Maestra de las artes,
Fabricadora sabia
De templos y palacios
Y de ciudades altas;
Tú, por quien estos campos
Cubren las tiernas cañas
Del verde trigo en surcos,
Y en granos de oro en parvas;
Las fértiles riberas
De frutas sazonadas,
Las selvas de ganados,
De caza las montañas;
Por ti son las guedejas
De la cándida lana
Escobas de los prados
Y nieve de las zarzas;
Por ti dorados toros
Exceden al que baña,
Por el Abril florido,
El délfico Monarca;
Por ti segura goza
El labrador su casa,
Sin ver del fiero Marte
La intrépida arrogancia;
Las domésticas aves
No vuelvan las espaldas
De los marciales ecos
Del pífano y la caja.
Yo soy, Paz, una ninfa
Destas selvas sagradas;
Un río, siempre humilde,
Hija suya me llama;
Con lauros cristalinos
De un alta sierra baja
Á besar los palacios
Del claro sol de España.
Por alguna belleza,
Entendimiento y gracia,
Pastores destas selvas
Con lisonjas me cansan;
Ya me componen versos,

Ya mis puertas enraman
De murtas olorosas
Y de mosquetas blancas.
Ya mi nombre y el suyo
Escriben por las hayas,
Y viendo mis desprecios,
Dafne cruel me llaman.
Hablan al padre mío,
Y me importuna y mata
Que elija el más hermoso,
Si el más rico no basta.
Yo aborrezco los hombres
De suerte, que me espanta
La sombra de sus cuerpos,
La forma de sus almas.
Querría, Paz divina,
Consagrar á Diana,
Para vivir contigo,
La vida que me falta.
Allá por las ciudades
Nacen para casadas
Las doncellas discretas,
Las bien vestidas damas;
Aquí no conocemos
Sus galas ni sus cartas;
Nuestras correspondencias
Son el arco y la aljaba.
En esta paz divina
El corazón descansa:
Amor se llama guerra,
Traición sus esperanzas.
Pues si le basta el nombre,
¿Qué más razón y causa
Para que le aborrezca
Quien libre vida pasa?

Sale Julio, con muchas plumas, banda roja, y botas y espuelas de camino.

JULIO.

Notable descuido ha sido
Haberme quedado atrás:
No puedo perderme más
De lo que ya voy perdido,
En pensar entretenido
Los negocios á que voy;
Lejos de poblado estoy:
Tanto puede un pensamiento
Si le da el entendimiento
Todo el lugar que le doy.
Culpo también, verdes prados,
Vuestros floridos despojos,
Que habéis llevado mis ojos
Divertidos y engañados,
Pues parece que adornados
De flores y plantas bellas,
En ese campo de estrellas
Aguardáis su lumbre pura,
Que en número y hermosura
Queréis competir con ellas.
Alargando el sol el paso,
Previenen á su decoro
Arcos de púrpura y oro
Los reflejos del ocaso.
Si de aquestas selvas paso,
En medio de su espesura
Robará la noche obscura
La luz al día, y no es bien
Que sus peñascos me den
Cama tan sola y tan dura.
Entre confusión tan grave,
¿Qué medio podré elegir,
Pues ni á quedar ni á partir
Me dan señas fiera ni ave?
Ya cesa el canto suave
De Filomena amorosa;
Mas una pastora hermosa
Aurora clara amanece:
¡Bien haya sol que anochece
En campos de nieve y rosa!
¡Ah, ninfa, oh serrana, á quien
Dé amor próspera ventura!
¿Voy bien? Mas vuestra hermosura
Ya me dice que voy bien:
Voy á la corte del sol,
Y perdí la compañía.

MARBELA.

¿Sois español?

JULIO.

Reina mía,
Un jirón tengo español,
Fuera de haberle servido
Y haber nacido en España.
Ya no por esta montaña,
Por el cielo voy perdido;
Y no os debéis espantar,
Pues hay errantes estrellas,
Que á los movimientos dellas
Llaman propiamente errar.
Yo erré con tan buena dicha,
Que por vuestro cielo erré.

MARBELA.

Yo erré más, pues os hallé.

JULIO.

¿Eso tenéis por desdicha?

MARBELA.

¿No os parece que lo es,
Si aborrezco los soldados?

JULIO.

Espantan imaginados,
Mas no tratados después;
Antes bien, la inclinación
De Venus fué siempre á Marte,
Porque de la guerra el arte
Y la amorosa afición
Se gobiernan de una suerte;
Y así, el amante milita,
Que conquistar solicita
Rebelde amor, desdén fuerte,
Hasta ganar la ciudad
De una voluntad esquiva;
Que también es ciudad viva

Del alma la voluntad.
  Bien es verdad que no son
Golpes de aceros bruñidos,
Sino guerra en los sentidos
De dulce imaginación.
  Y así dijo en docta suma
Un poeta á su rigor,
Que á las batallas de amor
Se deben campos de pluma.

MARBELA.

  Las guedejas de un león
Me parecieran las vuestras,
Á no haberme dado muestras
De blandura y discreción,
  Porque pluma no tenéis,
Que no fuera de saeta.

JULIO.

Vos sois hermosa y discreta,
Y juzgáis como sabéis.
  Soldado soy, no de aquellos
Sangrientos que imagináis,
Que con razón os quejáis
De su atrevimiento y dellos.
  Vengo de Flandes; halléme
En el sitio de Bredá,
Adonde el Marqués está,
Que ningún contrario teme;
  Porque habiendo su constancia
Ganado tan gran blasón,
Le tiembla la obstinación
De la rebelde arrogancia.

MARBELA.

  ¿Qué Marqués?

JULIO.

              Disculpa es
Vivir estos verdes prados;
Que en hablando los soldados,
Basta decir *el Marqués;*
  Porque es fuerza que se entienda
Ambrosio Spínola, á quien
España conoce bien,
Pues que su honor le encomienda.

MARBELA.

  Aunque ninfa deste río
Y verde selva, que á veces
Entre arenas de oro y peces
De plata en su centro frío
  Tengo casa de cristal,
Y á veces de blanca piedra,
Que de tapices de hiedra
Cubre arquitectura igual,
  Hablar del Marqués oí,
Y de los servicios grandes
Que ha hecho á Felipe en Flandes.

JULIO.

Testigo de todo fuí,
  Aunque en esta edad me veis.

MARBELA.

Debéis de iros al Jordán,
Pues de tan gran capitán
Las hazañas visto habéis.
  Por acá más fácilmente
Se remozan las edades,
Aunque destas mocedades
Hace burla el tiempo ausente;
  Mas, pues vuestra cortesía
Me obliga á daros posada,
Mirando que ya es pasada
La mayor parte del día,
  Venid conmigo, que aquí
Podréis la noche pasar.

JULIO.

¿Cómo os podré yo pagar,
Si vos me tratáis ansí?

MARBELA.

  La paga de vuestra parte
Es lo que vos merecéis.

JULIO.

Como á Venus parecéis,
Será exaltación de Marte.
  ¿Vuestro nombre?

MARBELA.

                Yo me llamo
Marbela.

JULIO.

          En tan bello mar
El alma quiero embarcar,
Que ya la tierra desamo.

MARBELA.

  Ya os dije que era este río
Mi padre, cuyo caudal
Muestra el alma por cristal,
Y porque es espejo mío;
  Mi madre una ninfa es
De tanta gracia y belleza,
Que admiró naturaleza
Su misma estampa, después
  Que vió perfección tan rara.

JULIO.

Ángel será, no mujer.

MARBELA.

Tengo un hermano que, á ser
Menos parte, le alabara;
  Estudia con gran cuidado
La lengua latina ahora.

JULIO.

La relación me enamora
De vuestra casa y estado.
  ¿El nombre?

MARBELA.

            Julio.

JULIO.

                Es el mío.

MARBELA.

Tengo también dos hermanas,
Que no hay mejores serranas
Riberas de aqueste río.

JULIO.

  ¿Cómo se llaman?

MARBELA.

                Gerarda
Y Amarilis.

JULIO.
¡Quién las viera!
MARBELA.
Sí veréis: es la primera
Por todo extremo gallarda,
Y la imita la segunda,
Como en donaire, en valor;
Y así, mi padre su amor
En quererla mucho funda,
Pero mi madre le ha puesto
En Gerarda con razón.
JULIO.
Alabo la discreción
De vuestro recato honesto.
Pienso que habemos llegado.
MARBELA.
Aguardad, y llamaré.
JULIO.
Perdíme, pero diré
Que nunca mejor ganado.

Salen Amarilis y Gerarda, serranas.

AMARILIS.
¿Quién llama con tanta prisa?
MARBELA.
¡Oh hermanas mías! Yo soy,
Que con el cuidado estoy
Que este soldado os avisa;
Que desde la dulce risa
Del alba perdió su gente,
Y quiere que le aposente.
GERARDA.
Efectos, Marbela, son
De tu dulce condición,
Si está de su patria ausente.
AMARILIS.
¿Soldado? Eso no, Marbela;
No pondrá en casa los pies.
MARBELA.
¿Por qué, Amarilis?
AMARILIS.
¿No ves
Que es gente que se desvela
En hacer una cautela
Para pagar la posada?
¿Qué doncella retirada,
De soldado está segura?
Promete, enamora y jura,
Y después no cumple nada.
Esas plumas, esas galas,
Son anzuelos de pescar
Aves simples, hasta dar
Entre su liga las alas;
Como en la guerra con balas,
Matan en paz con razones
Tiernas, para hacer traiciones;
Yo á lo menos no le oiré,
Porque nunca me pagué
De soldados fanfarrones.
GERARDA.
Su talle y rostro no son
Indicios de esos engaños.
AMARILIS.
De soldados y ermitaños
No tengo satisfacción,
Porque en viendo la ocasión,
No hay pena que los espante.
JULIO.
¡Qué ninfa tan arrogante!
AMARILIS.
Oye, soldado.
JULIO.
¿Señora?
AMARILIS.
Aquí no hay posada ahora;
Pique otra venta adelante.
JULIO.
Contrarios efectos son,
Ángel con alma tan dura,
Porque crueldad y hermosura
Implican contradicción;
Cumplid con la obligación
De vuestra fisonomía;
Mirad que se pasa el día,
Y dos soles me quitáis.
AMARILIS.
¿Para mí desenvaináis
La discreta cortesía?
Ya os conozco; no conmigo.
JULIO.
Quien tanto parece á amor,
¿Recibe con tal rigor
Á tan pacífico amigo?
GERARDA.
Amarilis, yo me obligo
Á la culpa deste daño;
No le trates como á extraño.
AMARILIS.
¡Qué presto os parece bien!
No venciera mi desdén
Si me contestara un año.
JULIO.
Ahora bien, yo quiero daros
Satisfacción de quién soy,
De quién vengo y á quién voy,
Para poder obligaros,
Y con esto aseguraros
Del engaño; que yo sé
Que tan gran contento os dé,
Que no me dejéis partir.
AMARILIS.
Sí; mas no habéis de mentir.
JULIO.
Aunque quiera no podré;
Que aunque es el suceso raro,
Menos claro el sol camina
Que la excelencia divina
De un príncipe heroico y claro.
Sobre mármoles de Paro,
Á la eternidad atentas,
Letras de diamante, exentas
Del olvido, escriben ya

Sus hazañas.

GERARDA.

¿Quién será
Á quien tanta fama intentas?

JULIO.

Aquella ciudad famosa,
Cuya república excelsa
Tales varones produce
En las armas y en las letras;
Aquella que tantos siglos
Regia majestad conserva,
Aunque á ninguna corona
Su antigua cerviz sujeta;
Génova la bella digo,
Á quien el mar los pies besa,
Viendo que otro mundo cifra
Tan poca parte de tierra,
Entre mil hombres insignes
Produjo dos, que pudieran
Ser uno en Grecia, Alejandro,
Y el otro en Italia, César.
Era el Marqués de Benafio
Su padre, en cuya ascendencia
Hicieron varones claros
Su patria y su fama eterna.
Felipe Spínola, pues,
Destinados á la guerra
Dió á Federico y Ambrosio;
Mas con fortuna diversa
Sirvió Federico en Flandes
Ocho años, con más cierta
Satisfacción del valor
Que Homero de Aquiles cuenta.
Fué el primero que corrió,
Á pesar de sus arenas,
El mar de aquellos Estados,
General de sus galeras.
Cuatro veces Febo Apolo
Doró las rubias guedejas
Del vellocino de Colcos,
Y rizó la plata tersa
De las escamas australes,
En tanto que las soberbias
Naves de herejes y turcos
Postra á la romana Iglesia;
Pero asaltado de siete
Naves de gente holandesa,
Peleando como un Héctor,
De un tiro á los cielos vuela,
En cuya bala la envidia
De su virtud vino envuelta;
Que la envidia, siempre infame,
Adonde más yerra, acierta.
Lloró Italia, lloró el mar,
Lloraron sus ninfas bellas,
Porque hubiese en el de Flandes,
Como en el de Oriente, perlas.
Lo que perdió España en él,
Tres Felipes lo confiesan,
Encareciendo sus obras,
Sus palabras, de honor llenas.
Ambrosio, entonces, sacando
De su muerte, en vez de pena,
Una emulación gloriosa,
Una imitación opuesta,
Nueve mil infantes junta
Por toda Italia, y los lleva
Á Flandes al Archiduque
Contra la enemiga ofensa,
Que entrando ya por Brabante,
Si su socorro no llega,
Pusiera aquellas provincias
De perderse en contingencia.
Encargáronle la villa
De Ostende, que entonces era
Por el sitio inexpugnable,
Como lo fué Troya á Grecia,
Y por los muchos canales,
Socorros y diligencias,
Con que el valiente enemigo
Con agua y fuego la cierra;
Pero después de dos años
La rindió, y entró por ella,
Cuyo valor y servicio
Felipe segundo premia,
Con que el gobierno de todos
Los ejércitos le entrega.
Aquí concurrieron juntos
El ánimo y la experiencia,
Cuando en el dique de Cabo
Impidió con tal destreza
El ponerse sobre Amberes
La contraria diligencia.
Y habiendo pasado el Rhin
Después de tantas refriegas,
En la provincia de Frisa
Ganó las villas, por fuerza,
De Linglen y de Oldentel,
Craco y Batendeve.

GERARDA.

Cuentas
Cosas, que apenas de Alcides
Las fábulas se atrevieran.

JULIO.

Pues acometiendo en Bruch
La Caballería nuestra,
Fué con tan alto valor
Del Marqués la resistencia,
Que matándole la gente,
Dejó vidas y banderas;
Ganó á Riberghe y á Grol,
Aunque imposible parezca,
Contra cinco mil soldados,
Presidio que estaba en ella;
Esto á vista de Mauricio,
Que viniendo á socorrerla
Con más fuertes municiones
Y doblada soldadesca,
Vió que en veintinueve días
Á sus pies rindió sus fuerzas;
Y sitiándola después
Para cobrarla en su ausencia,

Con menos soldados hizo
Que se levantase della.

GERARDA.

¿Qué le dió el Rey por servicios
Tan grandes en paz y en guerra?

JULIO.

El Tusón de oro, ganado
Con más valor en la guerra
Que en Colcos Jasón, pues fué
Su propia virtud Medea;
Y del Consejo de Estado
Le hizo.

GERARDA.

Mejor pudiera
Que el griego Néstor servirle,
Por valor, cuidado y ciencia.

JULIO.

Hízole Grande también.

AMARILIS.

Eso permitid que sepa:
¿Crecen los hombres los reyes
Más que la naturaleza?

JULIO.

Cubrirle es hacerle Grande;
Que la grandeza se muestra
En crecer la autoridad,
Que no porque el cuerpo crezca.
Imitar la jerarquía
Inferior á la suprema,
Ese tiene más valor
Que del Rey está más cerca.
Dióle dos títulos más:
Uno que en Nápoles tenga,
Y otro que elija en España;
Mas primero que le dieran
Las mercedes que refiero,
Con que ya su casa queda
Igual con la que es mayor,
Creció los méritos della.

GERARDA.

¿Cómo?

JULIO.

Con servir en Flandes
Diez años más.

GERARDA.

Alta prueba
De su valor.

JULIO.

Fué admirable
La de su mayor grandeza
En la embajada que hizo,
Y de confianza extrema,
Al emperador Matías,
Dándole la norabuena
De la corona imperial,
Á cuyo lustre no llegan
Cuantas grandezas se dieron
Á Pontífice ni á César;
Encarece el mismo Rey
El adorno y la riqueza
Desta famosa embajada,
Con que me excusa y me enseña.

GERARDA.

También fué grande en la paz.

JULIO.

Después, en las diferencias
De que fué la muerte causa,
Y que la codicia intenta
Del Duque de Cleves, fué
Notable la diligencia
Con que, ejércitos formando,
Ocupó villas y tierras
En nombre del Rey de España,
Y á Vesel, gran plaza entre ellas.
Á la ciudad imperial
De Aquisgrana, donde al César
Corona el laurel sagrado
De las dos águilas negras,
Rebelada entonces, hizo
Que viniese á su obediencia,
Arruinando á Mulén, villa
Que de los herejes fuera
Propugnáculo en Colonia
Para su rebelde ofensa.
Últimamente nombrado,
Elección justa y discreta,
Por Capitán general
Para socorro y defensa
Del gran César Ferdinando,
Derribando la soberbia
Del Palatino, ganó
La más parte de su tierra.
Con esto puso á los pies
De Ferdinando á Bohemia,
Ganándole junto á Praga
La victoria que celebra
La fama por la mayor
Que en Alemania se cuenta,
Ocupando eternos bronces,
Plumas, historias y lenguas.
Los príncipes protestantes,
Sus ánimos y armas fieras
Rindieron por él entonces
Á la católica Iglesia.
Débele la Casa de Austria
La conservación que espera,
Duración de eternos siglos
Derribadas sus cabezas.

AMARILIS.

¿Tanto pudo hacer un hombre?
Cosas, soldado, nos cuentas,
Que parecen imposibles.

JULIO.

Éstas y muchas que deja
Mi ignorancia en el silencio,
Con palabras de más fuerza,
Con más exageraciones
É hipérboles, con más nuevas
Honras, con más alabanzas,
Aunque debidas, supremas,
Confirma el cuarto Felipe,
El sol de la cuarta esfera,

En el título perpetuo
Con que lo que tiene aumenta
Y engrandece su apellido,
Donde cualquiera que vea
Las hazañas deste Marte
Firmar el mayor planeta,
Dirá que Pirro ni Aquiles,
Héctor ni Alejandro, llegan
Á un átomo de sus glorias
Del sol de sus excelencias.
¡Oh Venusino famoso,
Oh Virgilio, si vivieras
Para escribir la victoria
Que le ha de dar fama eterna
Con el sitio de Bredá;
La constancia y fortaleza
Con que, ganando su plaza,
Su ilustrísima cabeza
Ciñe obsidional corona,
De muros dorados hecha!
Allí, admirándose Francia,
Temblaron Ingalaterra
Y las islas, cuyo mar
Estremeció sus riberas.
Dos años le hallaron siempre
El aurora y las estrellas
Vestido de acero el cuerpo,
Y el alma de honrosa tema;
Ejemplo de sus soldados,
Venerable á las fronteras,
Envidia á la edad pasada,
Gloria á la dichosa nuestra.

AMARILIS.

¿Que nunca se desnudó?
Á la fe, que yo no era,
Si tales ejemplos daba,
Para su soldado buena.

JULIO.

Pues ¿qué os diré de su dicha
En su feliz descendencia,
Que don Felipe los cielos
Le han dado que le suceda?
De los hombres de armas, hoy
Gobernando el cargo queda,
De Milán en el Estado,
Con tal valor y prudencia,
Que no le verá ninguno
Sin decir que no pudiera
Ser efecto de otra causa
Ni rayo de otro planeta.
Con esperanzas tan altas
Ya su patria le contempla,
Que, á ser posible, pensara
Que su original venciera.
Pues de un Agustín Augusto,
Que de la púrpura esfera
Del gran cónclave romano
Tiene la roja eminencia,
¿Qué os dirá mi atrevimiento,
Si su virtud y sus letras
Con su antigua sangre ilustre
Presumieron competencia?
Rindo mi ingenio cobarde,
Dejando al tiempo, que vuela,
El premio, porque Felipe
Fué Paris de esta contienda,
Pues no con manzana de oro,
Pero con granada, premia
La diosa de su virtud,
Digna de más altas prendas;
No es lisonja la verdad,
Ni es justo que gracias deba
La virtud de la alabanza,
Que siendo justicia, es fuerza;
Mas ya desde el gran palacio
Una dama de la Reina,
Hermana suya, me llama.

GERARDA.

Ya nos tenía con queja
La naturaleza, Julio,
Viendo que para honra nuestra
No nos daba una mujer,
Una Venus, una estrella
De su ilustrísima sangre.

JULIO.

Pues ya doña Policena
Sale á honrar vuestro apellido,
Que de los reyes espera
Felicísimo himeneo.

GERARDA.

Plega á los cielos que sea
Tan próspero, que sus dichas
Á las de su padre venzan.

MARBELA.

Por escuchar con más gusto
Y atención, no quise hablaros
Hasta la ocasión de daros
Gracias de lo que es tan justo;
Y para admirar también
Tanta valerosa hazaña,
Gloria á Italia, honor á España.

JULIO.

De no referirlas bien
Pido, que es justa razón,
Perdón á este gran soldado.

MARBELA.

Basta el haberlas cifrado
Con prudencia y discreción.

JULIO.

Destas guerras que refiero,
Vengo á la corte.

GERARDA.

Hacéis bien,
Por que en ella premio os den.

JULIO.

De Su Majestad le espero.

AMARILIS.

¿Que, en fin, os habéis hallado
En tantas guerras?

JULIO.

Y he sido,
De los muchos que ha tenido

El Marqués, un gran soldado.

AMARILIS.

¿Que vos habéis visto á Flandes?
En algún mapa sería.

JULIO.

Sin verlas, ¿cómo podía
Saber yo cosas tan grandes?

AMARILIS.

Si vos habéis visto á Holanda,
En camisas pudo ser.

JULIO.

Juzgué, cuando os vine á ver,
Otra condición más blanda:
Vuestras hermanas me han dado
Más acogida que vos.

GERARDA.

Fué desengaño en las dos
Este gallardo soldado,
Y por lo que ha referido,
Que á nuestros padres será
De tanto gusto.

JULIO.

Pues ya
Fué dicha haberme perdido.
¿Qué queréis hacer de mí?

GERARDA.

Á nuestros padres llevaros,
Que holgarán de aposentaros.

JULIO.

¿Habrá cama y cena?

GERARDA.

Sí.

JULIO.

¡Qué bien juntáis los extremos
De hermosura y discreción!

GERARDA.

Por esta noche, es razón
Que cena y posada os demos.

AMARILIS.

¡Qué poco Gerarda sabe
De peligro tan notorio!
Yo, hermana, en un escritorio
Me pienso cerrar con llave;
Que no duermo yo segura
Donde soldados están.

JULIO.

Cuando es amor capitán
Es soldado la hermosura.
Esta noche habéis de ser
Soldado en mi compañía.

AMARILIS.

Si viene de tierra fría,
Busque este invierno mujer;
Que yo no quiero soldados.

JULIO.

Por lo menos, me debéis
Los brazos.

AMARILIS.

No os alleguéis.

JULIO.

Á los huéspedes honrados,
Nunca los brazos se niegan.

MARBELA.

Ea, no seas esquiva.

JULIO.

No sea; que, ansí yo viva,
Que otras más lindas me ruegan.

AMARILIS.

Ahora bien, porque ha contado
Las hazañas del Marqués,
Que con tanto extremo es
De nuestros padres amado,
Mis brazos le quiero dar.

JULIO.

Dichoso quien los merece.

GERARDA.

El ocaso resplandece,
Dando á la noche lugar;
Que ya sus caballos ata,
Y por el celeste muro
El campo del sueño obscuro
Siembra de flores de plata.
Vamos, y el huésped descanse.

MARBELA.

Mi pecho, á la guerra ingrato,
Hoy muestra que con el trato
No hay rigor que no se amanse.
¡Oh, cuánto contento y gloria
Á nuestros padres daremos
Cuando juntos celebremos
Del Marqués la dulce historia!
¡Qué gustosas les serán
De provincias tan extrañas
Las victorias, las hazañas
Del genovés capitán,
Á quien ya la fama nombra
Ambrosio el Magno!

GERARDA.

Y la planta
Que deste árbol se levanta.
¿Qué mar, qué tierra no asombra
Aquel valiente Felipe,
Cuya esperanza no hay gloria
De toda la antigua historia,
Que no venza y anticipe?

AMARILIS.

Y de aquel nuevo Agustín
En ingenio y santidad,
¿Qué dirá la voluntad,
Que mira tan alto fin?

JULIO.

De la ilustre Policena
Pienso hacer un epigrama.

AMARILIS.

Aunque la ocasión os llama,
También os llama la cena.
Venid, soldado, que es justo
Que descanséis.

JULIO.

Si tuviera
Mil lenguas, no recibiera
Desta alabanza disgusto;

Pero vamos, que algún día,
En lira más bien templada,
La voz, al canto obligada,
Hará más dulce armonía;
Que esto entretener ha sido
Las musas un breve rato;
Que más culpa es ser ingrato
Que el errar agradecido;
Que aunque de aqueste apellido
De Spínolas la memoria
Conserva tan alta historia,
Las deste gran capitán,
Ambrosio el Magno, serán
De Italia y España gloria.

FIN.

COMEDIAS NOVELESCAS

PRIMERA SECCION.


LOS PALACIOS DE GALIANA

LOS PALACIOS DE GALIANA

COMEDIA FAMOSA

DE

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

ACTO PRIMERO

PERSONAS QUE HABLAN EN ESTE ACTO

CARLOS, *Delfín.*
EL CONDE ARNALDO.
NEMORO.
GESOLFO.
ARMELINA, *dama.*
AUDALA, *hijo del Rey de Zaragoza* (1).
RAMÓN, *su criado.*
ACOMPAÑAMIENTO DE MOROS.
GALIANA.
ZELIMA.
NIZARDO, *cautivo.*
EL REY GALAFRE DE TOLEDO.

Salen Carlos, Delfín de Francia; el conde Arnaldo, Nemoro, Gesolfo, y Armelina en hábito de hombre.

CARLOS.

Esta es la gran Zaragoza,
Primera Iglesia de España,
Que el bárbaro infame goza;
Ebro sus riberas baña,
Zelín sus campos destroza.
Aquí la Reina del cielo,
Sobre un pilar, cuyo velo
Fueron los rayos del sol,
Habló al Patrón español,
Y dejó sagrado el suelo.
Lastimoso caso es
Que á su gobierno sujeto
Esté el cielo de sus pies;
Pisémosla con respeto,
Y besémosla después.

NEMORO.

Bien pareces descendiente
De Francia y de abuelos santos.

CARLOS.

¡Ah, España!

GESOLFO.

El castigo siente
Justo por pecados tantos
De su Rey y de su gente.

CARLOS.

La que á Roma no temía,
Hoy es de un alarbe esclava.

CONDE.

Acabóla toda un día
Una Cava.

(1) Algunas veces, en el texto de la comedia, *Audalla*.

CARLOS.

¡Qué no acaba
Una mujer si porfía!

ARMELINA.

Hablad paso de mujer,
Si no es que el hábito de hombre
Mi ser convierta en su sér.

CARLOS.

Pudo el hábito y el nombre
La memoria suspender.

ARMELINA.

Tienes tan poca de mí,
Porque soy mujer que vengo,
Delfín de Francia, tras ti,
Que quieres el sér que tengo,
Y niegas el sér que fuí.
¡Dichosa yo, que he sabido,
Sólo mudando el vestido,
No enfadar tu pensamiento!

CARLOS.

Estando en él, mucho siento
Que no le hayas conocido.
Bien sabes tú que te adoro,
Y que por tu causa dejo
Mi patria y Real decoro,
Que de mi padre me alejo
Y vengo á servir á un moro.
Verdad es que me ha tratado
Tan mal, que hasta parte ha sido
De haberle este enojo dado;
Mas poco en todo he perdido,
Pues tu hermosura he ganado.
Esta noche, si tú quieres,
Armelina, ser mi esposa,
Verás que no me prefieres
En amor ni en otra cosa
De cuantas hacer pudieres;
Que reino, padre, quietud,
Descanso, vida y salud,
Siempre á tus pies han de estar.

ARMELINA.

Esos quiero yo besar.

CARLOS.

Esa humildad no es virtud;
Que no se ha de agradecer,
Armelina, al que recibe
El bien.

ARMELINA.

Esa vengo á ser,
Hoy por ti mi honra vive;
De esclava subo á mujer.

CARLOS.

¿Esclava, cómo, si fuiste
De mi libertad el dueño?

CONDE.

Aquí mi muerte consiste:
Ojos, despertad del sueño,
Que os aguarda un llanto triste;
Pero no asistáis á ver
Vuestro tormento y castigo,
Siquiera por no ofender
La lealtad de un rey amigo,
Deseando á su mujer.
¡Ay de mí, que ya no puedo
Hacerle más compañía,
Pues más de quien soy excedo
Si quedo á ver este día!
¡Cuán sin esperanza quedo!
¡Qué bien temí que en llegando
Al primer lugar de moros
Se casaran, olvidando
Reino, rey, patria y tesoros,
Sólo el amor estimando!
¡Ay, cuánto puedes, amor!

CARLOS.

¿No me dais el parabién,
Conde Arnaldo?

CONDE.

Sí, señor;
Aunque á mí de vuestro bien
Me le podéis dar mejor.
Y pues estáis en España,
Libre del Rey, con la hermosa
Prenda que ya os acompaña,
Dormid vos con vuestra esposa,
Yo dormiré en la montaña.
Con vuestra licencia iré
Á Jaca, y luego, de allí
Á Biarne partiré:
Mirad qué mandáis, que en mí
Jamás se parte la fe.
¿Qué diré al Rey si de vos
Me preguntare el intento?

CARLOS.

¿Qué decís, Conde?

CONDE.

¡Por Dios,
Señor, que en extremo siento
Que nos partamos los dos;
Que bien sé que un corazón
Solo en dos pechos vivía!

CARLOS.

Estoy con tal confusión,
Que responderos querría,
Y apenas hallo razón;
Que siento tales enojos
De ver que razones tienen
De satisfacer antojos,
Que hechas lágrimas se vienen
Á responder por los ojos.
De los que habemos salido
De Francia, ¿quién, Conde, ha sido
El que enojo os ha causado?

CONDE.

Nadie, señor, me ha enojado,
Todos me han obedecido;
Tengo que hacer en París,
No me voy por otra cosa.

CARLOS.

Conde, si no me decís
Desto la causa forzosa,
En mi desgracia os partís.

¿Esto es amor, esto es
Poner por Carlos la vida?
¿Vos sois, Arnaldo, francés?

CONDE.

La forzosa es mi partida,
La justa es darme esos pies.

CARLOS.

Desviaos; no me pidáis
Que en mi vida, Conde, os hable.

CONDE.

¡Señor!

CARLOS.

Idos ya; ¿no os vais?

NEMORO.

Bravo amor!

GESOLFO.

¡Prueba notable!

ARMELINA.

¡Jesús, señor! ¿Vos lloráis?

CARLOS.

Sí, Armelina, que un amigo
Como el Conde, es gran tesoro.

CONDE.

Si así me obligáis, me obligo
Á perderos el decoro:
Oid, que la causa os digo.

CARLOS.

Decid.

CONDE.

Bien sabe Armelina
Que antes que vos la adoré,
Y que su beldad divina
Una vez os enseñé
Por única y peregrina.
No os dije mi pretensión;
Vos, señor, desde aquel día
La cobrastes afición,
Y yo, encubriendo la mía,
Os dejé la posesión.
Dicen que allá en el infierno
Lleva Igïón una rueda,
Sísifo un peñasco eterno,
Y que á Tántalo se veda
La fruta de un árbol tierno;
Que á Prometeo en el pecho
Hace un águila su nido;
Y yo, de todos sospecho
Que las penas he sufrido,
Agraviado y satisfecho.
Callando, en fin, os hablastes
Hasta que al Rey enojastes,
Y él se os mostró tan cruel;
Quisistes vengaros dél,
Y á los moros os pasastes.
Á sacar os ayudé
De en casa del duque Astolfo
Su hija entonces, que fué
Á este mar de amor el golfo
En que mi vida anegué.
Con ella vine hasta aquí;
Ya que veo que os casáis,
Cosa que nunca creí,
Me voy, porque vos creáis
Que para honrado nací.
Que no estoy seguro, os digo,
De mi deseo, aunque siento
Ver que os dejo y que no os sigo,
Porque sólo el pensamiento
No ha de ofender al amigo.
Y como el pensar es cosa
Que no está en manos del hombre,
Tengo por cosa afrentosa
Perder del amigo el nombre
Donde es la culpa forzosa.

CARLOS.

Conde, vos la habéis tenido;
Y más me habéis agraviado
En el mal que habéis sufrido,
Que si después de casado
Me hubiérades ofendido.
Si os vais porque solamente
El pensamiento no intente
Mi ofensa estando conmigo,
Más pensaréis, Conde amigo,
Si estáis de Armelina ausente.
Pero este día murió
Armelina para mí:
Aquí mi amor se acabó:
Vuestra es, Conde, desde aquí.

CONDE.

¡Jesús, señor, eso no!

CARLOS.

Conde, no hay que replicar;
Yo os vuelvo lo que me distes:
Vos no os habéis de ausentar;
Lo que pedir no supistes,
Quiero yo saberos dar:
Armelina será vuestra.

CONDE.

Armelina no será.

CARLOS.

Muestra esa mano.

ARMELINA.

¿Qué es muestra?

CARLOS.

Creo que conoces ya
La inmortal amistad nuestra:
Dale la mano.

CONDE.

Señor,
Hacedme, por Dios, favor
De que no le hagáis violencia.

ARMELINA.

No hará, que darme licencia
Pienso que será mejor;
Porque ansí seré del Conde,
Como del moro más vil
Que el campo de Orán esconde.

NEMORO.

Á su mujer varonil
Y á su sangre corresponde.

ARMELINA.

No porque el bajar de un Rey
Á un Conde tengo por cosa,
Para quien soy, afrentosa,
Sino por guardar la ley
De honrada, y de ser tu esposa.
¡Extraña fué mi subida!
Llegué á tu cetro, y estaba
Á tan poco amor asida,
Que en un instante se acaba,
Y comienza mi caída.
Cometa tu amor parece,
Que se va cuando se ofrece;
Y esta mi ventura ciega
Parece sol de Noruega,
Que amaneciendo anochece.
Sueño fué mi pretensión,
Falso me salió el diamante,
Mal profeta el corazón,
Viento la lealtad constante,
Y el alma, camaleón.
Y lo que es peor, sospecho
Que lo que el Delfín ha hecho,
Ni es amor que al Conde tiene;
Cansado del suyo viene,
Y del mío satisfecho.
De los dos concierto ha sido,
Para escaparse de mí
El que me ha puesto en olvido,
Irse el Conde, porque así
No sea el Rey mi marido.
Todo lo entiendo, señores:
Cuando el Rey no se casara,
Para secretos amores,
Si amor tuviera, buscara
Otros enredos mejores.
Pero ¿qué me canso en vano?
Vuélveme á París. ¡Ay, triste!
¡Ah, Rey! ¡Ah, mozo liviano!
¡La mano apenas me diste,
Cuando ya me das de mano!
Vestido mal hecho he sido,
Que antes de haberme vestido
Me das al paje privado;
Mas pierda el Conde cuidado,
Que su amor rompa mi olvido.

CARLOS.

¡Tenelda! ¡Partid tras ella!

CONDE.

Vayan Gesolfo y Nemoro,
Que yo no quiero ofendella.

CARLOS.

¡Por Dios, Conde, que la adoro
Y que pienso aborrecella!

CONDE.

Gran gente va de camino.

CARLOS.

¿Son cristianos?

CONDE.

Moros son.

CARLOS.

Saber lo que es determino.

CONDE.

Tras un armado escuadrón
Pasa un galán sarracino.

Acompañamiento de moros, y detrás Audala, hijo del Rey de Zaragoza, y Ramón, criado.

AUDALA.

No me espanto que el Rey mi padre sienta
Esta partida, siendo sin su gusto
Mi casamiento, que estorbar intenta;
Pero si olvida el odio y el disgusto
Que tiene con Galafre el de Toledo,
Verá cómo á los dos nos viene al justo.
¡Hermosa Galïana, á quien no puedo
Nombrar sin un suspiro tan profundo,
Que en él parece que sin alma quedo!
Quisiera agora ser dueño del mundo,
Ó, para conquistar de polo á polo,
Ser en la dicha Macedón segundo.
Hijo soy de Aliatar, único y solo,
Rey es de Zaragoza, que no mira
Mejor ciudad en cuanto corre, Apolo.
Y no pienses que es fábula ó mentira
Que aquí le rinden parias: rige y doma
A Denia, Oliva, Játiba y á Elvira (1).
Es infalible sangre de Mahoma,
No como algún almoraví bastardo,
Que sin ser de su casa el nombre toma.
Á ser tu esposo voy; gozarte aguardo:
Ricas aljubas llevo de colores,
De plata y oro, naranjado y pardo.
Los caballos más lindos y mejores
Llevo para servirte, que han pacido
Del cristalino Betis hierba y flores.
De un bayo que, de perlas guarnecido
Todo el jaez, la India tiene en poco,
Verás su ijar de mi acicate herido,
Ya con juego de cañas en el Zoco,
Ya contra los cristianos en campaña,
Y el rey Fruela, su asturiano loco.
Un escuadrón hermoso me acompaña,
De pardo y naranjado, color tuya,
Y de gente mejor que tiene España.
Aguárdame, que voy, y Alá concluya
El justo matrimonio concertado;
Que todo viene de la mano suya.

Vase Audala.

CONDE.

¡Gallardo moro!

CARLOS.

Y fuerte. ¡Ah! Moro honrado,
¿Quién es aqueste caballero?

RAMÓN.

Audalla,

(1) *Écija* dice la primera edición, pero es errata evidente.

Hijo del Rey de Zaragoza amado.

CARLOS.

¿Va á dar, por dicha, alguna gran batalla?

RAMÓN.

Si es batalla, cristiano, el casamiento,
Ó lo va á recibir, ó parte á dalla.

CARLOS.

¿Con quién se casa?

RAMON.

Con igual contento
Le espera el rey Galafre de Toledo,
Del español corona y fundamento.
Tiene una hija, que decirte puedo
Que se contempla el sol en su hermosura,
Y que no la miró mortal sin miedo.
Yo soy á quien Audala, por ventura,
Agora fía más sus pensamientos,
Y me ha dado á guardar esta pintura.

Saca un retrato en un naipe.

Estad, cristianos, á su rostro atentos:
Mirad si aquestos ojos adornaran
Como estrellas de amor sus firmamentos.
Viendo esta boca, los corales paran,
Ríndense los granates y rubíes.

CARLOS.

Ellos más que tu lengua lo declaran.
¿Qué quieres porque un hora le confíes
Á un gran pintor que con nosotros viene?

RAMÓN.

Eso no me lo pidas ni porfíes;
Que bien ves que ni Audala se detiene,
Ni es justo que le copien á su esposa:
Guárdeos Alá con el poder que tiene.

Vase.

CARLOS.

No vi en mi vida hembra más hermosa.
Á Zelín, á Aliatar servir querría
En aquesta ciudad tan populosa;
Mas por ser cerca de la patria mía,
Y por ver esta mora, quiero, Conde,
Que á Toledo partamos este día.

CONDE.

Si la vista al retrato corresponde,
Ella es hermosa por divino extremo.

CARLOS.

Iremos, si Armelina no se esconde.

CONDE.

Que se querrá volver á Francia temo.

Galiana, mora, y Zelima.

GALIANA.

Habiendo de ser mi esposo,
Deseo, Zelima amiga,
Que la fama dél me diga
Que es gentilhombre y hermoso.
Mi padre tiene este gusto,
Y pues el mío ha de ser,
Querríale obedecer
En lo que fuese mi gusto.

ZELIMA.

Sin causa te desvaneces,
Aunque quiero disculparte;
Que en materia de casarte,
Mucho á quien eres pareces.
En llegando á tratar desto,
No hay mujer que no se pierda,
Por más que parezca cuerda
Y de pensamiento honesto.
Créeme, que no ha de ser
Tu esposo Audala, aunque viene;
Que el cielo ordenado tiene
Darte á un francés por mujer.

GALIANA.

Cosas me dices, Zelima,
Que si no te conociera,
Por fábulas las tuviera.

ZELIMA.

Á lo que digo te anima;
Que un astrólogo alfaquí
Tu nacimiento miró,
Y este papel me dejó.

GALIANA.

¡Ah! Veamos.

ZELIMA.

Dice así:
«Casaráse Galïana
Con un gallardo francés,
Y por quien vendrá después
Á ser en Francia cristiana.
Pasará muchas fortunas,
Mas será madre de reyes
Que, dando cristianas leyes,
Vencerán alarbes lunas.»

GALIANA.

Cosa notable parece,
Fabulosa, porque ya
Dicen que muy cerca está
Á quien mi padre me ofrece;
Y éste es mozo aragonés,
Y del África desciende.

ZELIMA.

Si el cielo darte pretende
Á tan gallardo francés,
Él sabrá con dilaciones
Impedir al de Aragón
La cercana posesión.

GALIANA.

Larga esperanza me pones;
Pero mira si es posible
Saber quién es el de Francia.

ZELIMA.

Sola aquesta circunstancia
Es agora inteligible;
Pero ¡por Alá! que agora
Del alcázar el jardín
Cultiva un hombre, que al fin
Mil veces por Francia llora,
Y apostaré que es francés.

GALIANA.

Ése ya llega á esa fuente.

Sale Nizardo, cautivo.

NIZARDO.

La soledad de un ausente,
Pena del infierno es,
Y si otra tienen allá
Que désta traslado sea,
Ningún nacido se vea
Donde tal pena se da.
Aquí, triste, ausente lloro;
Aquí ha seis años que vivo,
Donde, llorando, cultivo
Estos jardines de un moro.
Las penas, con esperanza
De salir dellas un día,
No son penas; mas la mía
Sí, porque ninguna alcanza.
¡Oh, cómo me he descuidado!

GALIANA.

Nizardo.....

NIZARDO.

Bella señora.....
¿Queréis, por ventura, agora
De vuestro rostro un traslado?
¿Queréis algún ramillete
De claveles y azucenas,
Que ya el alba, á manos llenas,
Las que ha pintado promete?

GALIANA.

Tú, ¿no eres francés?

NIZARDO.

Sí soy:
Yo soy francés por la vida.

GALIANA.

Una apuesta, aunque perdida,
Hice con Zelima hoy;
Que alabando muchos talles
De los toledanos moros,
Que, cubiertos de tesoros,
Cubren las plazas y calles,
Zelima dice que son
Más gallardos los cristianos,
Mayormente castellanos.

NIZARDO.

No vió los de mi nación.

GALIANA.

Yo apuesto que si dijera
Alguno, que, en la distancia
Que hay desde España hasta Francia,
Otra nación los prefiera,
Perderé un rico vestido
Contra una toca no más.

NIZARDO.

Pues, señora, perderás,
Sin duda, y perdón te pido.
De Francia vine á Castilla,
Donde en Madrid cautivé,
Y hombres en ella noté
Gallardos á maravilla.
Eslo mucho el rey Fruela,
Rey de Asturias y León,
Que reina en esta sazón,
Y en las armas se desvela;
Jimén de Estúñiga es hombre,
Aunque moreno, galán;
Rui Vela y don Sancho Illán,
Tienen justamente nombre;
Álvaro, Manrique y Lara,
Y don Pedro de Mendoza.....

GALIANA.

Y Audala, de Zaragoza,
¿No es bizarro en talle y cara?

NIZARDO.

No le he visto.

GALIANA.

¿Qué más bellos
Que Mudarra y Ardaín?

NIZARDO.

Si hablara en Francia, el Delfín
Puede ser fénix entre ellos;
Que aunque es verdad que es gallardo
El almirante Alarico,
El gran condestable Eurico,
El conde Arnaldo y Ricardo,
El Delfín es alabado
Más por ángel que por hombre.

GALIANA.

¿Es ése su nombre?

NIZARDO.

Es nombre
Que toma del Delfinado,
Que es de Francia cierta parte
Que al hijo mayor del Rey
Le toca por justa ley.
Éste es un Adonis Marte,
Que la hermosura en la paz
Iguala en fuerza en la guerra;
No ha nacido hombre en su tierra
De más grandezas capaz.
El nombre de su bautismo
Es Carlos; Blanca es su madre,
Y Clodoveo su padre,
Caudillo del cristianismo.

GALIANA.

¡Ay, Zelima, si éste fuese!

NIZARDO.

Á ratos, la ociosidad
En aquesta soledad,
Como principios tuviese,
Me ha enseñado á ser pintor;
Y un rasguño de un papel
Sacando, y mirando en él,
Quise imitar de color:
Este naipe se parece
Á Carlos.

GALIANA.

Muestra (1).

ZELIMA.

No miente.

---

(1) En la edición antigua *muestra, Nizardo,* pero sobra el *Nizardo* evidentemente.

GALIANA.
¡Qué grave rostro!
ZELIMA.
¡Excelente!
Premio el cautivo merece.
GALIANA.
Unas ferias quiero hacer
Contigo.
NIZARDO.
Ya el naipe es tuyo.
GALIANA.
Ya mi corazón es suyo;
Basta, que hay amor sin ver:
Hizo á la fama aposento
Por el oído el recato,
Y cuando llegó el retrato
Quedóse el huésped de asiento:
Estas sortijas te doy.
NIZARDO.
Tus pies beso.
ZELIMA.
Gente viene.
GALIANA.
Ya el alma Francia me tiene.
ZELIMA.
¿Tan presto?
GALIANA.
De Carlos soy.

Salen el rey Galafre y Audala.

REY.
¡Quédense todos atrás!
¡Cerrad la puerta al jardín!
ZELIMA.
El Rey te busca.
GALIANA.
¿Á qué fin?
ZELIMA.
Agora dél lo sabrás.
AUDALA.
Ansí podré, sin que me turbe, hablalla,
Con el padrino de la gracia tuya;
Llega, señor, y di que traigo joyas,
Y en el alma los fuegos de mil Troyas (1).
REY.
Con Reduán, criado de tu esposo,
Nuevas de su salud, hija, te envía.
AUDALA.
Tus años guarde el cielo poderoso
En vida de tu alegre compañía.
Audala, descendiente generoso
Del gran Profeta, á quien la monarquía
Espera de Aragón, en cuanto el rayo
Del sol baña las fuerzas (2) del Moncayo,
Salud te envía, y queda á tu servicio
Entre los altos montes de Toledo;
Pide licencia para verte, indicio
Del grande amor que encarecerte puedo;
Y en prendas de tan rico beneficio,
Aunque con humildad, respeto y miedo,
Te envía lo que aquí refiero; escucha;
Corto es el dón, la voluntad es mucha:
Cien alfombras, cuyo oro al sol se atreve,
Los rapacejos con aljófar todos;
Diez aljubas bordadas, en que lleve
Sus piedras el despojo de los godos;
Doscientas alcandoras que la nieve
No excede su blancura, de mil modos
Gayadas á colores y matices;
Tres palafrenes, sillas y terlices
(Los dos de Frisia son,
Y el otro de Francia) (1),
Aliñadas las crines y los rizos
Con sus andillas, cuya tabla y banco
Es oro, hasta los mástiles macizos,
Con limpias fundas de encerado blanco;
Dos pabellones de campaña, hechizos,
De tela azul, con mesas de marfiles
Y guarniciones de ébano sutiles;
Seis arcas de ciprés limpio, oloroso,
Y dos camas bordadas sobre gasa,
Con muchas joyas de valor precioso,
Adonde el arte de sí mismo pasa:
Esto te envía, y queda deseoso
De besar los umbrales de tu casa;
Mira qué le respondes; da licencia
Que venga, y goce tu Real presencia.
GALIANA.
Decid á Audala, noble mensajero,
Que en todo al Rey mi voluntad remito;
Ley es su gusto; lo que quiere, quiero;
Sólo agradarle estimo, como es justo (2).
Recibo el dón: ¿cuándo os iréis?
AUDALA.
Primero
Veré Toledo, cuyo gran distrito
El Tajo baña en forma de herradura,
Viéndose en él su inexpugnable altura;
Veré sus torres y notables cosas,
Aunque sospecho que excusarlo puedo
Habiendo visto en vos las más hermosas
Que el cielo hizo ni crió Toledo.
Las estrellas de Audala son dichosas,
Y de las vuestras tan contento quedo,
Que le pienso decir que Galïana
Más es Diana (3) que criatura humana.
Con esto, y con besar en nombre vuestro
La tierra que ennoblecen esas plantas,
Me voy: guárdeos Alá y el señor nuestro.

Vase.

---

(1) Parece que faltan versos antes de estos cuatro, que deben de ser el final de una octava.
(2) Parece que debe decir *sierras*.

(1) El texto está evidentemente estragado. Estas dos líneas, que no son versos, parece que deben formar un solo verso que diga:

Los dos de Frisia son, y el otro Franco.

y así queda la octava perfecta.
(2) Falta la rima.
(3) Acaso debe leerse *divina*.

¡Oh sirena de amor, que hablando encantas!

REY.

¿No muestras más placer?

GALIANA.

Basta el que muestro.

REY.

Poco en favorecelle te adelantas;
Pues mira que es Audala el que se parte,
Que esto fingió por verte y por hablarte.

GALIANA.

¿Que éste es Audala?

REY.

El que ha de ser tu esposo
Es el que viste, y de Aliatar es hijo:
Tu tristeza me deja receloso;
Quisiera que mostraras regocijo.

GALIANA.

No habiendo visto á un hombre, fué forzoso,
Después de haberle oído (1) lo que dijo,
Estar compuesta y grave, que no es justo
Mostrar tan presto regocijo y gusto;
Esté algún tiempo en la ciudad, y el trato
Me obligará al amor, que no le tengo;
Que éste vence el silencio y el recato,
Con quien agora su valor detengo.

REY.

Sólo por darte gusto lo dilato;
Mas ¿qué podré decirle?

GALIANA.

Que prevengo
Lo que pienso llevar en mi partida.

REY.

Tú sola puedes aumentar mi vida.

Entra un moro.

MORO.

Aquí están, gran señor, unos franceses
Que vienen, según dicen, á servirte,
Y porque de besar tus pies les dieses
Licencia, esto me envían á decirte.

REY.

Espántome que albricias no pidieses.

MORO.

Á tiempo estoy agora de pedirte
Que me hagas merced.

REY.

Es esta gente,
De Europa la más noble y excelente.
¿Son hombres principales?

MORO.

Sonlo tanto,
Que todos tienen títulos famosos.

REY.

Ellos serán del Castellano espanto.

GALIANA.

Qué, ¿son por tanto extremo belicosos?

REY.

Si verlos quieres, echa al rostro el manto,

(1) En la edición antigua *atento*, pero sobra esta palabra para el verso.

Que algunos hay notablemente airosos.
Di que entren.

MORO.

Aquí están.

REY.

¡Qué hermosa gente!

GALIANA.

Un no sé qué, Zelima, el alma siente.

Entran Carlos, el conde Arnaldo, Nemoro, Gesolfo y Armelina.

CARLOS.

¡Prospere tu vida el cielo!

CONDE.

¡Guarde Alá tu Majestad,
Gran señor de la ciudad
Más bella que tiene el suelo!
La fama de tus grandezas,
La guerra de tus contrarios,
Que por discursos tan varios
Cuenta el mundo en tus proezas,
Y el saber el galardón
Que á los que te sirven das,
Por quien hasta en Francia estás
Rico de noble opinión,
Della á servirte contentos
Nos trae, por varias tierras,
Entre las armas y guerras
De tan varios movimientos.
Sueldo queremos ganar,
Pero es de tu gracia sola,
En tanto que en tu española
Tierra nos le quieras dar.

REY.

Nobles franceses, estoy
Tan contento de teneros
En mi casa, que de veros
En ella, á Alá gracias doy.
El debe de haber movido
Vuestros esforzados pechos,
Tan dignos de heroicos hechos,
Por algo en que le he servido.
Gozará por esta empresa,
En que mi remedio trata,
Una lámpara de plata
La mezquita cordobesa.
Enviaré, por ver que toma
Á cargo el mal, que en bien trueca,
Hasta la casa de Meca
Satisfacción á Mahoma.
Preguntar si habéis nacido
Nobles, excusa el miraros,
Pero no de preguntaros
Vuestro francés apellido.

CONDE.

Todos lo somos, señor,
Aunque no todos iguales,
Pero en el serte leales.....
. . . . (1).

(1) Falta un verso.

Este gallardo es Rugero,
Y á mí me llaman Ricardo.

GALIANA.

¡Bello es Rugero!

ZELIMA.

¡Gallardo!

REY.

De todos grande honra espero;
Con vosotros solamente
Pienso hacer al Asturiano
Temblar el cetro en la mano
Y la corona en la frente.
Dentro de mi casa quiero
Aposentaros á todos:
Veréis de los nobles godos
Su fuerte asiento primero.

Hablen el Rey y el Conde quedo.

NEMORO.

Divertido estás.

CARLOS.

Estoy,
Nemoro, viendo la mora.

NEMORO.

Desde el ocaso á la aurora,
De bella el nombre la doy;
Razón Audala tenía.

CARLOS.

Tenía tanta razón,
Que en viendo su perfección,
Perdí, Nemoro, la mía.

Armelina y Gesolfo aparte.

ARMELINA.

Ya, Gesolfo, se ha cumplido
De Carlos el gran deseo.

GESOLFO.

Todo en sus ojos lo veo,
Dándole al alma el sentido;
Debe, gallarda Armelina,
De procurar olvidarte.

ARMELINA.

¡Que ha de ser el Conde parte!

GESOLFO.

La amistad es ley divina;
No dudes de que serás
Del Conde.

ARMELINA.

¡Seré su fin!

GESOLFO.

Está cierta que el Delfín
No quiere quererte más.

Galiana y Zelima aparte.

GALIANA.

Si ya no es que hace efeto
Aquí la imaginación,
Las señas de Carlos son,
Éste es su rostro perfeto.

ZELIMA.

¿Posible es que éste se llame
Rugero, y Carlos no sea?

ARMELINA.

¡Que en este punto me vea,
Cielos, por el Conde infame!
Estoy por dar voces.

GESOLFO.

Calla,
Y espera un dichoso día.

CARLOS.

Con justa causa venía (Aparte.)
Tan enamorado Audalla.
¡Ay, mora, con qué donaire
Quitas y pones el velo
Y cortina dese cielo!

NEMORO.

¡Ojalá viniese un aire
Que de la cabeza hermosa
Se le quitase, Delfín!

REY.

Que á Galïana el jardín
Dejemos, es justa cosa.
Venid y descansaréis.

Vanse el Rey, Carlos, el Conde, Gesolfo y Nemoro.

CONDE.

Vamos, señor, á servirte.
¿Qué hay?

CARLOS.

Mil cosas que decirte.

GALIANA.

¡Hola, paje!

ARMELINA.

¿Qué queréis?

CONDE.

¿Qué te ha parecido?

CARLOS.

Un cielo.

CONDE.

Allá hablaremos de espacio.

REY.

¿Qué decís?

CARLOS.

Que es el palacio
De los mejores del suelo.

Quédase Armelina con Galiana.

GALIANA.

Dime, paje, qué, ¿es, sin duda,
Este mancebo Rugero?

ARMELINA.

Éste es, Reina, un caballero
Que en lo que quiere se muda;
No tiene en cosa firmeza,
Es por extremo inconstante.

GALIANA.

No era bueno para amante;

Pero, en fin, tiene nobleza.

ARMELINA.

No hay dos hombres en París
Que tengan nobleza igual;
Mas no le pidáis leal,
Que un imposible pedís.

GALIANA.

Para servir á un extraño,
Mucho importa la lealtad.

ARMELINA.

De que no trata verdad
Con ninguno, os desengaño;
Bien puede ser que esto tenga
Excepción con sus amigos.

GALIANA.

Pues en tiempo de enemigos
No es bueno que otro nos venga.
¡Lástima es que deso falte
Á lo que el talle declara!

ARMELINA.

Son del oro de su cara
Las falsedades esmalte.
Verdad es que con mujeres
Usa de aquestos enredos,
Y no tiene en mil Toledos
Para mudar pareceres.
Hombre es que, por un amigo,
Dejó una dama tan noble
Como él, y en lealtad al doble;
Mas Dios le dará el castigo.

GALIANA.

No muestras comer su pan.

ARMELINA.

Sus carnes comer quisiera.

GALIANA.

¿De rabia?

ARMELINA.

¡De rabia fiera!

GALIANA.

¡Notable paje!

ZELIMA.

¡Galán!

GALIANA.

¿Qué te ha hecho?

ARMELINA.

Hame engañado.

GALIANA.

¿Cómo?

ARMELINA.

Quitándome un bien.

ZELIMA.

Mas qué, ¿está el paje también,
Galïana, enamorado?

GALIANA.

Con celos debes de hablar.

ARMELINA.

Notables los tengo dél.

GALIANA.

¿Privas, por dicha, con él?

ARMELINA.

Solía un tiempo privar,
Y dejóme por Ricardo.

GALIANA.

¿Qué Ricardo?

ARMELINA.

Ése su amigo.

GALIANA.

Á todos nos da castigo
Ése tu francés gallardo:
Hame parecido bien.

ARMELINA.

Eso tiene de ventura,
Pues aunque mi mal procura,
Me lo parece también.

GALIANA.

¿Conocerás un retrato
Si te le muestro?

ARMELINA.

Sí haré
Si es de París, porque fué
Con lo principal mi trato.

GALIANA.

De París es.

ARMELINA.

Muestra.

GALIANA.

Toma.

ARMELINA.

Carlos es éste, Delfín
De Francia.

GALIANA.

En este jardín
Hoy ha estado, ¡por Mahoma!
Quiera ó no quiera Rugero,
Que yo sé que Carlos es.

ARMELINA.

No es este Carlos francés,
Pero es tan buen caballero
Y en extremo parecido,
Tanto, que mil se engañaban
Que por el Delfín le hablaban,
Siendo por Carlos tenido.

GALIANA.

Que sea Carlos, ó no,
Pues es tan bueno, éste sea
El que me goce y posea;
Que el cielo ansí lo ordenó.
¿Cómo es tu nombre?

ARMELINA.

Armelín.

GALIANA.

Pues Armelín, tú has de ser
Hoy mi remedio, hasta ver
Desta mi esperanza el fin.
Habla á Carlos de mi parte;
Que la cristiana que pierdes,
Porque della no te acuerdes,
Quiero á una mora trocarte:
Á Zelima te prometo,
Si le dices mi pasión.

ZELIMA.

Éntrate á ver mi afición,

Del alma á lo más secreto.
¡Por tu vida, que le adoro
Á Armelín, si tú á Rugero!

ARMELINA.

Si aquí no me desespero,
No es mucho volverme moro.
¡Buenas las galgas están!
Ved en lo que amor me mete,
Que una me hace su alcahuete,
Y la otra su galán.

GALIANA.

¿Qué estás pensando, Armelín?

ARMELINA.

Que tu amor remedio tenga.

GALIANA.

Dile que esta noche venga
Á hablarme por el jardín;
Y podrás venir con él
Porque Zelima te goce.

ARMELINA.

¿Á qué hora?

GALIANA.

Venga á las doce.
¿Querrás tú?

ZELIMA.

Muero por él.

GALIANA.

Adiós, Armelín gallardo.

ZELIMA.

Hermoso cristiano, adiós.

ARMELINA.

Mahoma os guarde á las dos
De que gocéis lo que guardo.
Que eternamente las cuarenta y nueve
Pretendan agotar el lago Averno;
Que Tántalo, del agua y árbol tierno
Nunca el cristal ni las manzanas pruebe;
Que sufra el curso, que los exes (1) mueve,
De su rueda Igïón por tiempo eterno;
Que Sísifo, llorando en el infierno,
El duro canto por el monte lleve;
Que pague Prometeo el loco aviso
De ser ladrón de la divina llama,
En el Caucaso que sus miembros liga,
Terribles penas son; mas de improviso
Ver su amante en los brazos de otra dama,
Si son mayores, quien lo vió lo diga.

Vanse.

Salen Audala y Ramón.

AUDALA.

Un mes me manda agora este Rey bárbaro,
Que Galïana le pidió de término,
Ramón, que se dilate mi propósito
Para que sea mi mujer legítima.
Hasta que dél lo supe, estaba incrédulo;
Que como estuve de mi bien tan próximo,
Tan larga dilación tuve por fábula.
¿De qué sirvió mi caminar solícito,
De qué el hablarla con tan largo prólogo,
De qué el buscar en los cristales húmedos
Del ancho mar las perlas en sus nácares,
La perla y blanca plata, el oro lúcido
Entre los indios bárbaros y etíopes,
Hasta debajo de la zona tórrida,
Cosas más raras que la fénix única?

RAMÓN.

Adonde falta del amor el vínculo,
No es necesario consultar oráculos
Para ser de su mal un hombre astrólogo.
No ha un hora, Rey, que á mí me dijo Fátima,
Que antes esta mujer tomará tósigo,
Que se entregue á tu amor en lazo intrínseco,
Porque es juntar un áspid y una tórtola;
Y yo sé que es, señor, testigo auténtico.

AUDALA.

Si esto es verdad, no sé si estos alcázares,
Más que los muros del Troyano célebres,
Pueden estar seguros de mi cólera.
¿Ves estas puertas y edificios góticos?
Pues haz cuenta que son sus mismas cárceles,
Y que estoy en su pecho como víbora.
Mas ¿qué es la causa de que más se espera
Que si naciera por los campos líbicos,
Siendo criada en las floridas márgenes
Del claro Tajo, por sus campos fértiles?

RAMÓN.

Tenerte de mi pecho en lo más íntimo,
Me esfuerza á que te diga el duro opósito
Que contrastó tus esperanzas félices:
¿No has visto este francés que del ejército
Del Rey es General?

AUDALA.

Sé que es un Príncipe,
Según dicen, cristiano y muy fantástico.

RAMÓN.

Pues ése pienso, Audala, que fué pólvora
Para tu incendio, y de tu daño estímulo;
Que déste pienso que es Galiana idólatra.
Hoy, levantado al sol, como otro Dédalo,
Queriendo hacer sus pensamientos Ícaros,
Salió picando un andaluz de Córdoba,
Haciendo en él mil escarceos y círculos,
Dando mil plumas á los vientos fáciles.
Viendo el bridón los moros y genízaros,
Entre ellos nuevo, con aplauso espléndido
Le llamaban cristiano Marte armígero;
Y Galïana, de los blancos mármoles
De su balcón, después de un gran diálogo,
Le echó una rama de olorosos tréboles.

AUDALA.

No digas más; que ya, cual de otro Líparo,
Arroja el alma de mi pecho mísero
Cometas de suspiros y relámpagos;
En él los celos, como duros áspides,
Ponzoña siembran y abrasado arsénico.
Pero ¿has visto, Ramón, rota el alcándora,

(1) *Ojos*, dice la antigua edición. En las *Rimas Humanas*, donde Lope de Vega insertó también este soneto, se lee *exes*, y es mejor lección.

Partir el alcotán para los árboles,
Y alborotar el escuadrón de pájaros?
Pues yo, con curso más veloz y rápido,
Pienso matar ese francés, ó esguízaro,
Y no como alcotán, sino como águila.
¿Quién duda que el terrero muy doméstico
Ronda de noche?

RAMÓN.

Piensa que es un Hércules,
Y que puede quitar más vidas que Atropos.

AUDALA.

Ansí, Ramón, pues yo seré tu túmulo,
Porque apenas saldrá la luna errática
Con sus luceros, y la bella Andrómeda,
Cuando, si no es acaso nigromántico,
Vierta sangre á mis pies, en vez del tálamo,
Y Galïana por su rostro aljófares.

RAMÓN.

Mira que intentas una grande máquina;
Pero ¿es que estás agora melancólico?

AUDALA.

Presto verás el fin de aquesta fábrica.

RAMÓN.

El Rey viene con él.

AUDALA.

Vengarme espero.

RAMÓN.

Retírate, señor.

AUDALA.

¡De celos muero!

Retíranse.

Salen el Rey y Carlos.

REY.

Del amor que te he cobrado
Te quiero dar un testigo,
Rugero, el más abonado,
Que en viéndote fuiste amigo,
Y en tratándote, privado;
Y en mi guerra, General
Eres con guión Real,
Y en la paz, mi secretario;
Bien verás que es necesario
Pagarme con ser leal.
Hoy sabrás un pensamiento,
Y de muy pocos le fío;
¿Quién duda que ya tu intento
Juzga el pensamiento mío
Conforme á mi entendimiento?
Dirás que quiero salir
Á conquistar á Castilla;
Dirás que quiero pedir
Socorro al Rey de Sevilla,
Y hasta las Asturias ir;
Dirás que en aquesta edad,
Conforme á mi calidad
Es tratar cosas tan grandes.

CARLOS.

No diré, como me mandes
Que te diga la verdad;
Antes es tan diferente
Lo que tengo imaginado,
Que cuando decirlo intente,
Has de quedar admirado
Que tal piense y que tal cuente.

REY.

Licencia te doy que digas
Lo que sientes de mi pecho.

CARLOS.

Pues á decirlo me obligas,
Sabe, señor, que sospecho.....

REY.

Ya te aguardo que prosigas.

CARLOS.

Que quieres bien.

REY.

Verdad es;
Mira si con causa estimo
Tu ingenio, galán francés;
Esto á fiarte me animo,
Y toda el alma después.
Conmigo esta noche irás
Donde á Zelima verás,
Que es alma del pecho mío,
Es la ley del albedrío,
Y es mi Mahoma, que es más:
Música habemos de dalle.

CARLOS.

¿No es dama en Palacio?

REY.

Sí.

CARLOS.

Ayer vi su cara y talle.

REY.

Yo ha seis meses que le vi,
Y tres que intento gozalle:
Lleva á Ricardo contigo.

CARLOS.

Iréme á armar.

REY.

Juntos vamos.

Vanse.

RAMÓN.

¿Haslo oído?

AUDALA.

Este enemigo
Viento, sonando estos ramos,
No quiso hacerme testigo:
Parecióme que decía
Que con extremo le amaba.

RAMÓN.

Y á mí, que darle quería
Su hija, y con él pensaba
Conquistar la Andalucía.

AUDALA.

¡Esto es hecho: yo soy muerto!
¡Mísero de mí, que estoy
Anegándome en el puerto!
¡De un peligro en otro voy,
Adonde el mayor es cierto!

Mas ¡ojalá que la muerte,
De tanto mal me descanse!
Mas ¿qué es esto, pecho fuerte?
Daño puede haber que amanse
El fuego que el alma vierte?
¿Soy yo Audala? ¿Soy aquel
Que fuí, por lo menos, nieto
Del valiente Bravonel?
¿Soy el que tuvo sujeto
Al Rey de Alcirá en Teruel?
¿Soy aquel que hizo batalla
Con Íñigo de Mendoza,
Y me deja sólo Audalla
De mi sangre tan fogosa (1),
Y me dió un guante de malla?
¿Soy yo á quien la gente mora
Por su caudillo ha tenido?
Mas ¿qué importa serlo agora,
Pues que soy aborrecido,
De una mujer que á otro adora?
Mas crea Galafre fiero
Que he de vengarme.

RAMÓN.

Aquí viene
Otro francés caballero.

El Conde y Armelina con espadas.

CONDE.

Salir, como digo, tiene
El Rey, señor, al terrero.

ARMELINA.

Habla bajo, que hay aquí
Gentes que sabrán de ti
Cosas de tanta importancia.

AUDALA.

Presto, Ramón, verá Francia
Otro Rodamonte en mí.

Vanse los dos.

CONDE.

Ya se van: dame licencia
Que te hable sin el velo,
Que nadie (2) con tal violencia,
Como cortina del cielo,
Ese sol de tu presencia.

ARMELINA.

Conde, diamante es mi oído;
Si has visto el mar atrevido,
Haz cuenta que hablas con él,
Ó con un toro cruel
Que corre al agua corrido.
Haz cuenta que á un áspid ruegas,
Haz cuenta que á Libia llegas,
Y entre sus áspides vives;
Haz cuenta que á los caribes
Por huésped la vida entregas.

Por tu causa estoy perdida,
De Carlos aborrecida,
Y de mí misma también.

CONDE.

Justifica tu desdén
Para quitarme la vida.
¡Ay, Armelina, no adviertes
Que primero me quisiste!

ARMELINA.

Ya se trocaron las suertes.

Carlos y el Rey y los músicos, de noche.

CARLOS.

Estando, señor, tan triste,
Justamente te diviertes.

REY.

¿Quién va?

CARLOS.

Los amigos son.

REY.

Mira si acaso al balcón
Del cielo de esa ventana
Quiere salir mi Dïana
Para ver á Endïmión.

En lo alto Galiana y Zelima.

CARLOS.

Señor, tu hija ha salido.

REY.

Dile que se vaya presto,
Que por Zelima he venido,
Pues no es bien que escuche aquesto
En víspera de marido.

CARLOS.

Retírate, pues, allí
Mientras la hablo.

REY.

Sí haré.

Retírase el Rey.

GALIANA.

¿Es Ruger?

CARLOS.

Señora, sí;
Pero hablarte no podré,
Que viene tu padre aquí,
Y que te vayas te manda,
Que quiere hablar con Zelima.

ZELIMA.

Hoy es amor de mi banda:
Ponte aquí detrás, y arrima
Los pechos á la baranda;
Irásme diciendo quedo
Lo que á Rugero diré,
Pues hablar con el Rey puedo.

CARLOS.

Lo mismo concertaré
Con el Rey.

GALIANA.

¡Notable enredo!

(1) Rima falsa.
(2) Así dice el texto que seguimos, pero no hace sentido. Probablemente Lope escribiría *cubre* ó *encubre*.

Dilo.

CARLOS.

Ya se fué de allí
Tu hija, señor.

REY.

Pues llego.

CARLOS.

Díjome Zelima á mí
Que los rayos de tu fuego
Pasen, cual vidrio, por mí.

REY.

¿Cómo?

CARLOS.

Que de tus fatigas
Le diga lo que tú digas,
Porque hay damas que pasean
El corredor, y no vean
Cuánto á servirla te obligas.

REY.

Bien dices: parte, y detrás
De ti diré lo que quiero,
Y tú á Zelima dirás;
Ella nos habla primero.

Galiana detrás de Zelima, y el Rey detrás de Carlos.

ZELIMA.

¡Ce! ¿Quién es?

CARLOS.

El Rey no más

REY.

Di que la adoro.

CARLOS.

Señora,
Yo os adoro.

GALIANA.

Di que yo
El alma le doy agora.

ZELIMA.

El alma os doy.

REY.

¿Qué me dió?

CARLOS.

El alma.

REY.

¿Tanto me adora?
Di que desde que la vi
Estoy perdido.

CARLOS.

Perdí
La vida cuando os miré.

GALIANA.

Di que rendida quedé.

ZELIMA.

Digo que á vos me rendí.

REY.

Agora di que es más bella
Que una estrella.

CARLOS.

Más hermosa
Sois, señora, que una estrella.

GALIANA.

Di que he sido muy dichosa
De haber nacido con ella.

ZELIMA.

Con buena estrella he nacido
En haberos merecido.

REY.

Di que será mi mujer.

CARLOS.

Mi mujer habéis de ser.

GALIANA.

Di que será mi marido.

ZELIMA.

Vos mi marido, señor.

REY.

¡Ay, quiéralo el santo Alá!
Dile que á su gran valor
Rindiendo el mundo se está,
Y del mundo el Rey mayor.

CARLOS.

El mundo se rinde á vos,
Y el mayor Rey.

GALIANA.

Di, Zelima,
Que, pues lo ha querido Dios,
Lo que le estimo y me estima
Juremos aquí los dos.

ZELIMA.

Bien es que este amor juréis.

REY.

Di que por Dios lo aseguro
Que la adoro.

CARLOS.

Bien sabéis
Que os adoro, y por Dios juro
Que os quiero más que os queréis.

REY.

Di que ella jure.

CARLOS.

Jurad
Lo que me queréis á mí.

GALIANA.

Por su ley y mi verdad,
Que estoy sin alma le di,
Y es del alma la mitad.

ZELIMA.

Por vuestra ley, que sois ya
La mitad del alma mía.

REY.

Dile que en mi alma está.

CARLOS.

En mi alma estáis: el día
Del cielo saliendo va.

Salen Audala y Ramón, con moros.

RAMÓN.

El rostro asoma, sin duda.

AUDALA.

Quedaos, que no es menester,
Moros, que me deis ayuda,

Ya que para amanecer
El horizonte se muda.

REY.

Cantad algo.

MÚSICOS.

Ya queremos.

RAMÓN.

Cantar quieren. Comencemos
Con las armas á hacer són.

CARLOS.

¿Qué es esto?

REY.

¡Traición, traición
Al Rey!

AUDALA.

Á ése obedecemos;
Perdona, que Audala soy,
Que con celos de mi esposa
Tan desatinado voy.

REY.

¡Por Alá, disculpa hermosa!

AUDALA.

¡Señor!

REY.

Enojado estoy.

Vase.

ARMELINA.

Vámonos todos con él.

CONDE.

Oye, Armelina.

ARMELINA.

Es forzoso,
Conde, que vaya tras él.

AUDALA.

Quien comienza á ser celoso,
Corre tormenta cruel.

ACTO SEGUNDO

DE

LOS PALACIOS DE GALIANA

PERSONAS QUE HABLAN EN ÉL

Rey Galafre de Toledo.
Audala.
Ramón, *su criado.*
Carlos, *Delfín.*
El conde Arnaldo.
Armelina.
Galiana.
Zelima.
Tarfe, *Alcaide.*

Salen el rey Galafre, Audala, el Conde, Carlos y Armelina.

REY.

La disculpa que me das
Es por consejos ajenos,
Y pienso creerte menos
Cuanto te disculpes más.
Mas ya que amor en tu abono
Jure que celos han sido,
Que celos hayas tenido
Es lo que no te perdono.
¡Tú estabas en el terrero!
¡Tú celos de Galïana!
¡Ella, honesta, en la ventana,
Y tú en la calle tan fiero!
Eso no; y has de saber
Que hallaré yo muchos yernos
De tu sangre y tus gobiernos,
Y tú no mejor mujer.

AUDALA.

Y aun de haber imaginado
Que puede serlo el francés,
Porque no venga después
Audala á heredar tu estado,
(Que él en Francia reinos tiene,
Y yo por fuerza querría
Tu tierra, porque á la mía
Juntarla en una conviene),
Esas alas te han nacido,
Con que tan alto has volado,
Que antes de haberme casado
Me tratas como á marido.
Pues advierte que aún no soy
Tu yerno, que si lo fuera,
Sólo por eso perdiera
Del punto en que agora estoy.
Celos tuve con razón,
Si la puede haber en celos;
Que aun hay celos en los cielos
Si azules los cielos son.
La honra de Galïana,
Celos engendra mejor;
Que celos donde hay honor,
Es proposición muy llana.
No porque la vi perdida
Quise venir á cobrar;
Pero quísela criar
Antes que fuese nacida.
Si antes de la posesión
Tuve tal desconfianza,
Fué querer que aún mi esperanza

No tenga mala opinion.
Pero si ellos la señalan,
Y la ha de haber en mi bien,
Ellos la tendrán también
Si en el mar de amor me igualan.
Y ¡por vida del francés,
Que no presumas tan loco
Querer estimar tan poco
Audala, Rey aragonés! (1).
Que á no tener más respeto
Á quien soy, que tengo al Rey,
Á la usanza de su ley
Me atreviera á hacerle un reto.
Aun diera de mejor gana
La muerte, mas tengo miedo
De enriquecer á Toledo
Con prendas de Galïana.

CARLOS.

Moro, nunca los cristianos,
Mayormente los franceses,
Que, en efecto, son corteses,
Son tan soberbios y vanos.
Si al Rey no tienes respeto,
No me espanto, porque es ley
De bárbaros, donde el Rey
Vive al súbdito sujeto.
Dices que al Rey aconsejo
Lo que te ha reñido aquí,
Y es cosa que nunca vi
Que aconseje el mozo al viejo.
No le he dicho ¡por Dios! nada,
Demás que él se halló presente
Cuando temerariamente
Vimos tu cobarde espada.
Donde porque conoció
Que el Rey en la calle estaba,
Salió tan furiosa y brava,
Y tan necia se envainó,
Que á estar sólo en el terrero
Una sombra de un francés,,
Tú le mostraras más pies
Que al aire un ciervo ligero.
Los celos de Galïana
Antes que fueses casado,
Muéstrante necio y no honrado,
Y de condición liviana.
Decir que el Rey me la da,
Confirma bien tu locura,
Porque ni el Rey lo procura,
Ni en mi pensamiento está.
Pero cuando me la diera,
Fuera de un cristiano honrada;
Que es de diamante su espada,
Y su condición de cera.
No soy Delfín, porque, en fin,
La tierra pienso habitar;
Mas si alborotas la mar,
Seré Delfín de tu fin.
En la gana de matarme
Poca ventaja me llevas,
Aunque ¡por Dios! que si pruebas,
Que no has de hallar en qué darme.
Y esas perlas que por mí
Dices que han de enriquecer
Á Toledo, podrá ser
Que te empobrezcan á ti.
Pero por resolución
De lo que has dicho y pensado,
En que me hayas agraviado
Y ofendido su opinión,
Sin ser esposo ni amante,
Delante de los presentes
Digo mil veces que mientes
Y que tomes ese guante.

AUDALA.

¡Que haya de estar tan sujeto!

REY.

¿Mano metes?

AUDALA.

¡Fuera digo!

REY.

¡Prendedme aqueste enemigo!

AUDALA.

¡Oh, pese á tanto respeto!

CONDE.

¡Tente, Audala!

AUDALA.

Yo tendré
La espada, que no haré poco;
Pero cumple, francés loco,
El guante, palabra y fe;
Que si sales, vil cristiano,
Te pienso matar feroz,
No más de con una coz;
Que no he menester la mano.

CONDE.

¡Qué fuerza!

CARLOS.

Á Alcides imita.

AUDALA.

No lo tengáis por donaire;
Que has de pasar por el aire
Las torres de la mezquita,
Y á las mismas luces bellas
Has de llegar.

CARLOS.

¡Brazo fuerte!

AUDALA.

Tan alto, que pienso hacerte
Pedazos en las estrellas.

REY.

Vete luego de mi tierra.

AUDALA.

Iréme luego á la mía,
Donde verás algún día
El valor que Audala encierra.
Que bien saben los franceses
Que en tiempo de Carlomano
No fueron á Francia en vano
Los moros aragoneses.

(1) No es verso.

Y si allá todos no hicieron,
Con ser tantos, resistencia,
Dos que están en tu presencia,
¿Qué valor te prometieron?
Y tú, pues el Rey me niega
Que vengue el guante arrojado,
Ven si te precias de honrado;
Que aquí te aguardo en la vega.

Vase Audala.

CARLOS.

Suplícoos me deis licencia,
Señor.....

REY.

Detente, Rugero;
Que aun para holgarte no quiero
Que faltes de mi presencia.

CARLOS.

Mucho holgara que tu yerno,
Antes que conmigo diera
En las estrellas, le hiciera
Pedazos en el infierno.
Yo no soy tan arrogante
Francés, mas dígame el moro
Si de Francia algún tesoro
Á España trujo Agramante.
Todos murieron sin fruto,
Bravonel, Marsilio, Almonte,
Mandricardo, Rodamonte,
Maniloro y Ferraguto.
Y si allá fueron soldados
Los franceses de valor,
Acá lo serán mejor,
Que crecen más trasplantados.
Que aunque traiga de su casa
Todo lo mejor del suelo,
Páseme un rayo del cielo
Si él la de Alcántara pasa.

REY.

Rugero, yo te he cobrado
Tanta afición y amor tierno,
Que te quiero hacer mi yerno
En afrenta del pasado.
Dame palabra que ya
De España no has de salir;
Que para en ella vivir,
Yo te haré Rey de Alcalá.
Allí, mientras que me heredes
Vivirás con Galïana,
Cuya beldad soberana
Gozar regalado puedes.
Cuando el cristiano Fruela
Con escuadrón asturiano
Hasta el muro toledano
Ponga al caballo la espuela,
Vendrás, pues será razón,
Á servirme y defenderme.

CARLOS.

De nuevo quieres ponerme
En mayor obligación.
Por darme las suyas bellas,
Beso tus manos, y digo
Que mejor que mi enemigo
Das conmigo en las estrellas:
Sobre ellas, señor, me pones.

REY.

Téngase aquesto secreto
Hasta que llegue el efeto
En mejores ocasiones,
Y venid los dos conmigo.

Vase.

CARLOS.

Arnaldo, ¿qué te parece?

CONDE.

Que el cielo te favorece
Á costa de tu enemigo.
Si á Galïana deseas,
Cásate aquí; que después
Verás que es grande interés
Que Rey de Toledo seas.

Vanse.

Queda Armelina sola.

ARMELINA.

¿Á qué más puede llevarme
Desdicha tan importuna?
Ya no podrá la fortuna,
De donde estoy derribarme.
¡Con qué rigor tan cruel
Carlos se casa! Y el Conde,
¡Tan mal á quién es responde,
Más villano que fïel!
¡Siempre tiene de Maganza!
. . . . (1).
Mal me está su flor de lis
Con una hazaña tan fea;
No quiera Dios que lo vea:
Quiero volverme á París.
Codicia le pone el Conde
De que será Rey de España,
Por cuanto aquí el Tajo baña,
Hasta que en el mar se esconde.
Y el Delfín, desvanecido
Por la hermosura africana,
Á ser medio moro allana
Su católico apellido.
Mas no lo verán mis ojos,
Que no podrán llorar tanto,
Que me anegue en triste llanto
Como mar de mis enojos.
Audala es éste: hoy me alcanza,
Por la parte de mujer,
Un gran deseo de hacer
En mi enemigo venganza.

Entran Audala y Ramón.

RAMÓN.

¿Que te trató Galafre desa suerte?

(1) Faltan versos.

AUDALA.

¡Por Mahoma, Ramón, que vengo loco
De ver que con sus alas el cristiano
Me desmintiese y arrojase un guante!
¡Ah, pobres muros, que otro tiempo fuisteis
Corona de la fuerza de los godos,
Cómo os veo temblar de verme airado,
Para no resistirme cuando vuelva!
¡Ah, claro Tajo, cuán veloz y presto
Trocarás en coral esos cristales,
Corriendo sangre en vez de blancas ondas!
Pésame que la beban mis caballos;
Mas bien será para que estén feroces.

RAMÓN.

Aquí está un francesillo.

AUDALA.

Pues ¿qué haces
Que no le das de puñaladas? ¡Muera!

ARMELINA.

Deten el brazo, Audala, que te importa.

AUDALA.

¿Que me importa, villano? ¿De qué suerte?

ARMELINA.

Yo me vengo á amparar del favor tuyo
Y á ponerte en las manos la venganza
Del cristiano francés que te ha ofendido;
Pero hasme de llevar á Zaragoza,
Para que desde allí por las montañas
Me pase á Francia, y á París me vuelva.

AUDALA.

¿Qué secreto del cielo es éste?

ARMELINA.

Escucha,
Y verás de qué suerte á tu venganza
Pone espuelas la parte que me alcanza.
Yo soy, Audala bizarro,
Por tus hazañas famoso,
Desde la cuna del Alba
Hasta el sepulcro de Apolo,
Una mujer desdichada
Que en París el duque Astolfo
Tuvo por hija, y el mundo
Agora tiene por monstruo.
Servíame el conde Arnaldo,
Uno de aquellos furiosos
Que te querían matar,
Pienso que por verte solo.
Era Arnaldo en nuestra tierra
Hablador y alabancioso,
Y de mi favor contento,
Comunicábale á todos.
Por arrogancia, una tarde,
Á aquel generoso mozo,
Que es el Delfín de París,
Me enseñó vanaglorioso.
No tengo por hombre cuerdo
Quien su dama enseña á otro;
Que los gustos del amigo
Hacen muchos envidiosos.
Carlos, contento de verme,
Aunque temblando le nombro,
Puso los ojos en mí,
Y yo puse en él los ojos.
Calló el Conde, no queriendo
Poner á su amor estorbo,
Y el Delfín siguió su gusto
Á costa de sus enojos.
Las crueldades de su padre
Dispusieron sus negocios
De suerte, que el ausentarse
De París le fué forzoso.
Trató de llevarme á España,
Y ayudando el Conde loco,
Rompió la casa del Duque,
Y sacóme della en hombros.
Dejamos el Sena y Marne,
Y con curso presuroso,
Por la Angedeo (1) y Tolosa,
Huyendo á la mar el golfo,
Pasamos los Pirineos,
Viendo el sitio victorioso
De la insigne Zaragoza
Por los romanos y godos.
Quiso el Delfín desposarse;
Y cuando ya me desposo,
Volvió el rostro al conde Arnaldo
Y vióle mudado el rostro.
Quiso despedirse dél,
Y él, bañado en tierno lloro,
Le preguntó la ocasión,
Y él se la dijo celoso.
Juró entonces no casarse,
Disculpando el desposorio
Con que si amor no sabía,
Que le guardara el decoro.
Quedamos con esta afrenta
De los dos tenida en poco,
Y el Delfín quiso servir
Á tu padre generoso.
Mas viendo el bello retrato,
Un día en poder de un moro,
De Galïana, y de quien
Venías á ser su esposo,
Vino, enamorado della,
Adonde ella y sus tesoros
Hoy le promete Galafre.
¡Que el llanto apenas reporto!
Yo, por no ver, noble Audala,
El bastardo matrimonio,
Pretendo que en la venganza
Todos cantemos á coro.
Mujer soy, ilustre Audala;
Y como mujer, me pongo
En tus manos, esperando
Que pongas mi honor en cobro.

AUDALA.

Traza es aquésta de Alá.
Á llevarla me dispongo:
¿Qué te parece, Ramón?

---

(1) Querrá decir *Languedoc*.

RAMÓN.
Que es hecha de perlas y oro,
Y que en llevarla te vengas.

AUDALA.
Mi honor en llevarla cobro:
¿Cómo es tu nombre?

ARMELINA.
Armelina.

AUDALA.
Pues, Ramón, ponla en el potro
Con que ayer, por Galïana,
Entré gallardo en el Zoco,
Y hasta Aragón me parece
El ancho camino angosto.

RAMÓN.
Á mí, si la has de gozar,
El más largo fuera corto,
Que tengo de oirla y hablar
Mil amorosos antojos:
Vamos, hermosa Armelina.

ARMELINA.
Noble rama de aquel tronco
Famoso en el mundo, vamos.

AUDALA.
Hoy, por lo menos, la gozo.

Vanse.

Entran Galiana, Carlos y Zelima.

GALIANA.
Si al Rey has aficionado,
Carlos, discúlpame á mí,
Que tengo el alma por ti
Llena de amor y cuidado.
Dos mil abrazos te doy
Por nueva en que tanto gana
Esta esclava.

CARLOS.
Galïana,
Mirad que Rugero soy;
No me llaméis, mi señora,
Carlos, que buscáis mi fin.

GALIANA.
Si esto me niegas, Delfín,
Sin duda engáñasme ahora:
Tú eres Carlos, yo lo sé;
Si piensas ser mi marido,
Quien hasta el nombre ha fingido,
Mejor fingirá la fe.

CARLOS.
Por ser forzoso á mi vida,
Este secreto callaba,
Que por vos segura estaba,
Ó á lo menos bien perdida;
Mas pues ya soy vuestro esposo,
Y por lo que el alma estima,
Ved que fiáis de Zelima
Nuestro secreto amoroso:
Á las dos digo que soy
Carlos, el Delfín de Francia.

GALIANA.
¿En qué fundáis la importancia,
Ya que la palabra os doy
De callar el nombre vuestro?

CARLOS.
Porque mi padre no tenga
De mí esta noticia, y venga
Á impedir el amor nuestro;
Que si metiese en España
Los armados escuadrones
De sus franceses leones,
Sería posible hazaña.

ZELIMA.
Yo, por mi parte, agradezco
Al Delfín este favor.

GALIANA.
Yo, por interés mayor,
Á besar sus pies me ofrezco.

CARLOS.
Dejad, gallarda africana,
Esa humildad; que yo soy
El que en el alma que os doy
Tanto bien y gloria gana;
Y dad prisa al padre vuestro
Para que se determine.

GALIANA.
Cuando á mi bien no se incline,
Veréis el amor que os muestro;
Robaréle sus tesoros
Y con vos á Francia iré,
Donde me deis vuestra fe
Á despecho de sus moros;
Que nací para cristiana
Y para ser de un francés.

CARLOS.
Bese mi boca esos pies,
Generosa Galïana:
Ya, de oir razones tales,
Aquestas fuentes serenas
Vierten sus blancas arenas
Por sus helados cristales.
Parece que con su risa
No murmuran, sino dan
Gracias á los que se van
Á Francia con tanta prisa.
Inclínanse aquestos ramos
Á cubrir sus rizos bellos,
Y el aire que suena entre ellos
Dice que á Francia nos vamos.
No hay flor entre aquestas plantas
Que ir (1) hasta París no quiera,
Y, como á la primavera,
Se te pongan á tus plantas.
No quiero que á Francia lleves
Más que tu fe y hermosura;
Con esto solo procura
Pagarme lo que me debes;
Que hasta heredar, te tendré
En la Rochela, un lugar
Tan fuerte por tierra y mar,
Como quisiera tu fe.

(1) *Ya*, en la edición antigua.

GALIANA.

Confía, Carlos gallardo,
Que lo será eternamente.

CARLOS.

De tu valor excelente
No menos, señora, aguardo.

Entra el Conde.

CONDE.

Basta, que Audala, que sin duda queda
En la vega aguardándote furioso,
Con un alarbe este papel te envía.

CARLOS.

¿Haslo leído?

CONDE.

No, que por respeto
No quise al sello despegar la nema;
Pero ¿qué pueden ser, sino arrogancias
Hijas del pecho más robusto y bárbaro
Que ha criado la Scitia rigurosa?

CARLOS.

Leerle quiero con licencia vuestra.

GALIANA.

Como me deis palabra, Carlos mío,
De no salir á aqueste desafío.

CARLOS.

Ya os la doy.

GALIANA.

Pues leelde.

CONDE.

Toma.

CARLOS.

Muestra.

Lee.

«Para vengarme de ti,
Carlos, y del Conde fiero,
No de Ricardo y Rugero,
Á Armelina llevo aquí.
Á Zaragoza nos vamos,
. . . . (1).
Y de que será mi esposa
Los dos el papel firmamos»

CARLOS.

Audala dice aquí.

CONDE.

Y aquí Armelina.
¡Jesús! Su letra es ésta.

GALIANA.

¿De qué suerte
Audala se la lleva, ó dónde estaba?

CARLOS.

Ese paje, señora, que traía
Consigo el Conde, era mujer.

ZELIMA.

¡Ay, cielo!
¿Que Armelín es mujer?

CONDE.

Mujer, y mía;

(1) Falta un verso en esta redondilla.

Á lo menos, pensaba que lo fuera.

ZELIMA.

¡Ah, qué mal empleado amor fué el mío!

CONDE.

El mío lo fué más.

GALIANA.

Pues ¿qué es la causa
Porque se va con él?

CONDE.

Irá á despecho
De que el Delfín se casa, que le adora,
Y él la quiso de suerte, que estuviera
Con él casada, á no saber mi gusto;
No le quiere dejar por causa mía.
¡Ah, moro, que me llevas honra y alma!
Mas no la gozarás si vida tengo;
No sé si tras Angélica, Medoro
Pudo partir con más locura obrando;
Si el anillo encantado no los lleva
Por el aire invencibles, estos brazos
Á Audala matarán.

CARLOS.

Espera, Conde;
Que esa empresa, aunque es digna de tu es- [fuerzo,
Ha menester el de tu amigo Carlos.

CONDE.

Señor, yo basto solo.

CARLOS.

No me afrentes.

Vase.

GALIANA.

Detente, Carlos; vaya solo el Conde,
Que pensaré que el interés es tuyo;
Y sí debe de ser.

CARLOS.

¡Suéltame el brazo!

GALIANA.

¡Ah, traidor engañoso; ah, francés falso!
¡Adoras á Armelina!

CARLOS.

¡Por Dios vivo,
Que es negocio del Conde! Advierte, esposa,
Que soy su amigo.

GALIANA.

¡Mira que me matas
De celos della y de temor del moro!

CARLOS.

Señora, ¿qué dirá, si aquí me quedo,
Un amigo que ha puesto por la mía
Tantas veces su vida?

GALIANA.

¡Vete, infame;
Que ya sé que tu dama es Armelina
Y que engañarme querías!

CARLOS.

Presto (1)

(1) No consta este verso.

Verás cómo los celos te engañaron.

Vase.

GALIANA.

¡Ay, triste, que engañada de un cristiano,
Me he puesto en tan obscuro laberinto!
¡Mira, Zelima, cómo no es cordura
Fiar de amigos de contrarias leyes!
¿En qué pensaba yo cuando dí el alma
Á un extranjero que se va con ella?

ZELIMA.

Darte quiero un remedio.

GALIANA.

Dile presto.

ZELIMA.

Quiero esconderme, y tú decirle puedes
Al Rey, que los franceses me llevaron:
Como me quiere bien, irá tras ellos;
Y cuando aquí los vuelva, fácilmente
Podrás tomar venganza.

Escóndese Zelima.

GALIANA.

Bien has dicho:
Y ¡á qué buena ocasión Alá se ofrece!

Salen el rey Galafre y moros.

REY.

¿De quién son estas voces? ¿Quién te ha dado
Tan grande enojo que te obligue á darlas?

GALIANA.

¿No tomo yo tus cosas como hija,
Que soy el alma de tu mismo pecho?
Y ansí me he descompuesto á tales voces.
Los franceses villanos, los franceses
Y el Conde que á Zelima amaba agora,
Por el jardín la sacan del alcázar,
Y á toda prisa por la puente llevan.
¿Esto se ha de sufrir?

REY.

¿Qué es esto, cielos?
¿Los franceses cristianos me engañaron?
¿Cómo Rugero no estimó á mi hija,
Y el Conde de Zelima va pagado?
No es esto amor: mi afrenta pretendieron;
Mas no se alabarán de afrenta mía.
¡Apercibid caballos! ¡Salgan luego
Doscientos moros que la vega corran,
Y del Tajo las márgenes ocupen,
Hasta contar las peñas y los árboles!

GALIANA.

¡Favorézcate el cielo!

REY.

¡Alá me guíe!

GALIANA.

¡Oh rara industria! Ya, Zelima, puedes
Salir, que van furiosos en tu busca.

ZELIMA.

Desta suerte verás que Carlos vuelve.

GALIANA.

¡Qué presto me verás vengar de Carlos!

ZELIMA.

Será venganza de mujer rendida.

GALIANA.

¡Á su Armelina haré quitar la vida!

Vanse.

Salen Audala, Ramón y Armelina.

AUDALA.

¿Si le habrán dado el papel?

RAMÓN.

¿Quién duda que ya le alcanza
La injuria de tu venganza,
Habiéndola visto en él?

ARMELINA.

¡Qué arrepentida me siento!
Que trae en toda ocasión
Breve de ser (1) mi nación
Cercano arrepentimiento.
¿Posible es que ver casar
Á Carlos con tal furor,
Cegase mi loco amor,
Que en esto viniese á andar?
¿No fuera mejor matarme
Que entregarme á este cruel?
¿Qué cuchillo ni cordel
Como en su infierno arrojarme?
¿Qué no intenta una mujer
Cuando pierde lo que quiere?

RAMÓN.

No hay esperanza en que espere,
Más que esperar padecer.
Muero por esta cristiana:
Si Audala gozarla intenta
Por venganza ó por afrenta
De Carlos y Galïana,
Ya la pierdo, y pierdo el seso;
Mas si mis consejos toma
Como leyes de Mahoma,
Que temo el fin del suceso,
Yo le pienso hacer enredo
Con que yo goce á Armelina.

AUDALA.

¡Con qué violencia camina
Tajo, furioso, á Toledo!
Pues yo sé que saldrá dél
Alguna vez tan sangriento,
Que vayan de ciento en ciento
Nadando cuerpos en él.
Que si de aquellos villanos
Con llevar esta mujer
Me vengo, no vengo á hacer
Cosas dignas de mis manos.

RAMÓN.

Aquí ha de entrar mi invención.

---

(1) No hace sentido. Acaso Lope escribió *de ser leve* (esto es, ligera ó liviana) *mi nación*.

Señor, bien te vengas dellos
En asir de los cabellos
Esta primera ocasión;
  Pero cosas sin grandeza
No las debes intentar,
Porque, en fin, has de imitar
De tus padres la nobleza.
  En llevar aquesta joya,
Pobre y sola en tierra extraña,
¿Qué Cava quitas á España?
¿Qué Elena llevas á Troya?
  Esta es mujer desechada
Del francés, que antes le ahorras
De costa en que la socorras,
Haciéndola á su jornada.
  Yo apostaré que se están
Riendo de ti en Toledo,
Porque furioso das miedo
Lo que le quitas galán.
  El volver es lo que importa
Con tu invencible poder:
Que llevar esta mujer,
Mucho de tu fama acorta.

AUDALA.

  Pues, Ramón, ¿no me animabas
Cuando de allá la saqué?

RAMÓN.

Entonces no imaginé
Más del peligro en que estabas;
  Y porque salieses dél,
Traella te persuadí,
Por poder sacarte ansí
De su furioso tropel.

ANDALA.

  Verdad dices. ¡Por Alá,
Que es afrenta de mi sér
Llevarme aquesta mujer,
Pues ella misma se va!
  Si por fuerza la sacara,
Ó por cierto se supiera
Que lo que ella dice fuera,
Justa venganza tomara.
  ¿Qué me aconsejas?

RAMÓN.

Aquí
La puedes dejar, Audalla,
Ó á un árbol destos atalla
Para que perezca ansí.
  Y no vamos como viles
Con carga que es tan liviana,
En cambio de Galïana,
Siendo tú Pirro y yo Aquiles.
  Esperan en Zaragoza
La flor de España, y podrás
Llevar por ella.....

AUDALA.

No más:
Mi victoria el francés goza.
  Más vale solo volver,
Que no con aquesta ingrata:
Á un árbol las manos ata.

RAMÓN.

Muestra esas manos, mujer.

ARMELINA.

  ¿Cómo que muestre las manos?

RAMÓN.

Es porque atártelas quiero.

ARMELINA.

¡Hecho de bárbaro fiero!

AUDALA.

Sois muy santos los cristianos.
  Átala presto.

ARMELINA.

¿Á qué efeto
Usas conmigo este trato?

AUDALA.

Por pagar tu pecho ingrato
La amistad de aquel secreto.

ARMELINA.

  ¡Qué justo castigo es!
¡Qué tarde mis culpas lloro!

AUDALA.

¿Quieres tú que estime un moro
Lo que desecha un francés?
  Espéranme con mil fiestas
En Zaragoza, y ¿querías
Enturbiar sus alegrías
Llevando tu infamia á cuestas?
  ¿Está bien atada?

RAMÓN.

Sí.

AUDALA.

Pues vamos.

RAMÓN.

Esto he trazado
Para volver con cuidado
De aquí á un hora por aquí;
  Donde la pienso llevar
Por camino diferente,
Dejando á Audala y su gente,
Que á Orán me pienso pasar.
  Irme he desde aquí con ella
Á Cartagena, es mejor,
Y embarcarme. ¡Alá, favor!
¡Goce yo mujer tan bella!

Déjanla atada, y vanse.

ARMELINA.

  Atada á un risco Andrómeda lloraba,
De las ajenas culpas inocente,
Y el mar, con blanca espuma, diligente,
Quebrándose en las peñas, le ayudaba.
  Entre sus hondas cuevas voz formaba,
Con que los dos al cielo tristemente
Favor pedían, cuyo mal presente
Por los ojos del sol mirando estaba.
  Bajó Perseo con igual deseo,
Batiéndole las alas á Pegaso,
Y dióla libertad con presto vuelo.
  Mas yo ¡cuitada! no hallaré á Perseo,
Que me pueda sacar del mal que paso,
Porque enojado amor y airado el cielo.

Salen Carlos y el Conde, en hábito de moros.

CONDE.

No es posible que va lejos
El fiero moro español;
Que de mi transpuesto sol
Dan en el alma reflejos.
Ansí de moros vestidos
Vamos mejor disfrazados,
Sin ver que vamos armados
Y por no ser conocidos.
¡Quien le diera al pensamiento,
Pues todo lo alcanza y pasa,
Este fuego que me abrasa,
Mayor que el cuarto elemento!
Con él, sin llegar á él,
Carlos, abrasara al moro.

CARLOS.

¡Qué ufano irá del tesoro,
Qué arrogante y qué cruel!
¡Ah, claras aguas del Tajo,
Salid del margen cubriendo
Las vegas que vais vistiendo
Por esas peñas abajo!
Detened este enemigo
Que al Conde su gloria lleva.

ARMELINA.

El alma á quejarse prueba:
. . . . (1).
¡Triste! ¿Qué tengo de hacer?
¡Cielos, lastimaos de mí!

CONDE.

No sé quién se queja aquí.

CARLOS.

Parece voz de mujer.

ARMELINA.

Sospecho que me han sentido.

CONDE.

Parece que es voz divina,
Y es que yo traigo á Armelina
En la vista y el oído.

CARLOS.

¡Por Dios, Arnaldo, que es ella,
Y que está á un árbol atada!

ARMELINA.

¿Hay mujer más desdichada,
Ni nacida en peor estrella?
Moros, dadme aquí la muerte,
No me quitéis el honor.

CONDE.

Matarte será mejor,
Pues sin honor vengo á verte.
Habránte acaso gozado
Y desta manera puesto.

ARMELINA.

Divinos cielos, ¿qué es esto?
¡Carlos noble, Conde amado!

CONDE.

¿Agora soy Conde amado?
Desamado dirás bien,
Y aun deshonrado también,
Que ya me habrás deshonrado.
¿Hate quitado el honor
Ese bárbaro?

ARMELINA.

No creas
Que para hazañas tan feas
Me diera el cielo valor.
Por fuerza aquí me trujeron
Contra tu honor y decoro,
Porque allá, de cierto moro,
Que era yo mujer supieron.
Y si firmé aquel papel
Que te han dado, fué que, en suma,
Una daga y una pluma
Me pusieron junto á él.
Haré, como arrepentida,
Lo que me obliga tu amor.

CARLOS.

Vuelve, amiga, por tu honor,
Y vuelve al Conde la vida.
Mira que no hay caballero
En todo el mundo su igual,
Y que si le tratas mal,
Tratas mal cuanto bien quiero.
Débesle lo que tú sabes,
Y sabes que yo no puedo
Ser tuyo, que ya Toledo
Me está ofreciendo sus llaves;
Pero dél y de París
Serás reina como yo
Si al Conde.....

Dentro Tarfe y el Rey.

TARFE.

¿No hay gente?

REY.

No.
¿Cómo estas voces no oís?
Mirad que sin duda es
Audala el que vuelve aquí.

CARLOS.

Hoy pienso morir por ti
A guisa de buen francés.

TARFE.

Aquí suena alguna gente.

CARLOS.

Sin duda, Conde, ellos son.

REY.

Entre ese armado escuadrón,
Y el otro quede en la puente.

Dan tras ellos.

TARFE.

Hoy, traidores, moriréis.

CONDE.

Á Galafre he conocido.

REY.

No importa mudar vestido,

(1) Falta un verso.

Ni el bosque de que os valéis.

CONDE.

Rey, escucha.

REY.

Si os rendís.....

CARLOS.

Por fuerza, imposible fuera,
Que está en esta espada fiera
Todo el valor de París;
Pero á ti, por amistad,
Armas y pechos rendimos;
Mas, señor, ¿en qué ofendimos
Tu amor y nuestra lealtad?

REY.

¿Es poco, franceses viles,
Que á Zelima me llevéis?
Del amor, ¿ya no sabéis
Que son sus alas sutiles,
Y que os alcanzó volando?

CARLOS.

Si tal engaño te han hecho,
Ya estoy tu enojo y despecho
Con mi injuria disculpando.
Nosotros somos venidos
En hábito disfrazado,
Siguiendo al bárbaro airado
En tus ojos desmentido.
Porque este paje francés
Es mujer, del Conde dama,
Que atada en aquesta rama
La dejó como la ves.
Que pensándose vengar,
Por hacerme afrenta y daño,
La trujo así por engaño,
Y la ha querido matar.

REY.

¿Que no sabes de Zelima?

CONDE.

¿Quién te dijo esa traición?

REY.

Galïana.

CARLOS.

Celos son,
Por lo que á Rugero estima;
Que como tiene creído,
Y es fama en todo el lugar,
Que has comenzado á tratar
De dársele por marido,
Viendo que sigue al traidor
Que se llevaba á Armelina,
Con engañarte imagina
Poder cobrarle mejor.

REY.

Pues fácil es de inferir
Si Galïana me engaña.

CARLOS.

No habemos venido á España
Á engañar, sino á servir;
Y el sueldo que he pretendido
No es dinero, ni es Zelima;
Que á tu hija sólo estima
Mi enamorado sentido.
Desde Zaragoza aquí,
Más que un retrato, su fama,
Que otra Angélica la llama,
Me trujo á servirte aquí.
Porque viendo mis sentidos
Tan ricos de sus despojos,
Pretendí ver con los ojos
Lo que vi con los oídos.
Vamos, Galafre, á Toledo,
Y si no está en él Zelima,
Tu hierro mis pies oprima.

REY.

Satisfecho, amigos, quedo;
Mas vamos á la ciudad;
Que si Zelima está en ella,
Dará el fin de mi querella
Principio á vuestra verdad.

Éntranse, y salen Zelima y Galiana.

ZELIMA.

De ninguna torre puedo
Descubrir los escuadrones.

GALIANA.

Es que á mirarlos te pones
Faltando el sol de Toledo.

ZELIMA.

¿Dirás que si Carlos falta,
El hemisferio español
Está sin sol?

GALIANA.

Es el sol
Que da luz, á España esmalta;
Míralo por lo que llueven
Mis ojos cuando se pone.

ZELIMA.

No hallo razón que le abone;
Todas á su honor se atreven:
Si era dama de su amigo,
¿Por qué más que á ti le estima?

GALIANA.

Dejóla por él, Zelima,
Y hace lo mismo conmigo:
Sin duda que es santa cosa
La amistad entre cristianos.

ZELIMA.

Entre los más inhumanos
Es estimada y preciosa.
No hay bárbaro tan cruel,
Que no estime al buen amigo,
Ni hay traición más de enemigo,
Que el hacerla contra él.

GALIANA.

Prometes no disculpar
Á Carlos, y no lo haces.

ZELIMA.

Si desto te satisfaces,
Deja el temer y el llorar;
Que sin duda fué razón
Que á su amigo acompañase.

GALIANA.
¡Oh Alá, si el Rey le alcanzase!
ZELIMA.
No lo dudes, éstos son.

Salen el Rey, Armelina, Tarfe, Carlos y el Conde, de moros.

CONDE.
Lo primero que hallamos es Zelima.
CARLOS.
Luego ya no es Zelima la que falta.
REY.
¡Hija!
GALIANA.
¡Señor!
REY.
¡Que ansí el amor te oprima!
¡Que ya Carlos te haga tanta falta!
¡Que ansí en la cera de tu amor se imprima
El sol de su valor, hazaña es alta!
¡Á un padre, á un Rey hacer aqueste engaño
Por celos de un francés, un hombre extraño!
¿Qué te parece si le hubiera muerto?
ARMELINA.
Yo sospecho que hubieras acertado;
Que entre los tres han hecho un vil concierto,
Porque al fin contra ti se han conjurado.
CARLOS.
¿Qué dices, Armelina?
ARMELINA.
Esto es lo cierto,
Y toda la razón de haberme atado
En aquel árbol, fué porque callase
Y esta fiera traición no te contase.
No me ataron Audala ni sus moros;
Carlos me ató, que es el Delfín de Francia,
Que llevando tu hija y tus tesoros,
Quiere hacerte una burla de importancia.
Vénganse en mí como furiosos toros
Porque no quiero parte en la ganancia;
Si no llegaras, ya me daban muerte:
Á matar me llevaron desta suerte.
REY.
¿Que éste es Carlos?
CARLOS.
¡Señor, mirad que es loca!
REY.
Quitaldes luego al punto las espadas
CONDE.
¡Que es furiosa, señor!
REY.
¡Cierra la boca,
Ó harétela cerrar á puñaladas!
CARLOS.
¡Que á tal maldad la furia te provoca!
ARMELINA.
Galïana y Zelima son culpadas;
Hazlas prender y dar tormento alguno,
Verás que no hay lealtad ni fe en ninguno.
REY.
Alcaide, lleven luego á los Palacios
De Galïana, en medio de la huerta,
Las que pensé cubrir de oro y topacios:
Mujer la una, la otra hija incierta,
No serán de su vida los espacios
Más de cuanto su muerte se concierta.
GALIANA.
Tan helada la voz sale del pecho,
Que no te puede hablar.
REY.
Muy bien has hecho:
¡En hábitos de moros disfrazados
Iban á dar la muerte á la francesa,
Y la que yo engendré por mis pecados,
Cómplice é inventora desta empresa!
CARLOS.
Mira que aquestos son celos causados
De lo que aquesta vil mujer le pesa
De que me case con tu hija.
REY.
¡Calla!
CARLOS.
Porque ¡por Dios! que la llevaba Audalla.
CONDE.
¡Por la cruz en que puso sus espaldas
El Dios de nuestra ley, Galafre noble,
Que no ha hecho el cielo perlas ni esmeraldas
Por donde yo te hiciese trato doble!
Entre esas alamedas y guirnaldas
Del claro Tajo, en una oliva ó roble,
Que no me acuerdo ya, la hallamos sola
Aquesta desleal Circe española,
Que no es posible que en París naciese
Cosa tan mala; y cuando tú viniste
La dimos vida, porque ansí nos diese
La muerte que á los tres nos prometiste.
Mas cuando de nosotros se creyese
La fábula engañosa que la oiste,
¿Por qué castigas á tu hija?
REY.
Digo
Que soy, en vez de padre, su enemigo.
TARFE.
No los escuches más.
REY.
Tira con ellos.
GALIANA.
Señor, ¿á mí me prendes?
ZELIMA.
¡Cosa extraña!
TARFE.
¿Adónde mandas que los lleve á ellos?
REY.
Al castillo que el Tajo los pies baña:
Echa hierro en los suyos, que por ellos
Los que vinieren á servir á España
Ejemplo tomarán de ser leales:
Más que mis reinos, Armelina, vales.
ARMELINA.
Deséote servir.
REY.
En tu cabeza

Pondré de España la leal corona,
Digna de tu piedad y tu belleza,
Honrando y defendiendo mi persona.

ARMELINA.

Famoso Rey, tu singular grandeza,
Que desde aquesta á la abrasada zona
Merece nombre y tiene tanta fama,
Que de los nueve décimo te llama,
Á lo que ves, contra mi patria y gente,
Me obliga, por lealtad y haber nacido
De linaje tan noble y excelente.

REY.

Yo sé que Alá tu inspiración ha sido;
Ven donde pueda coronar tu frente,
No sólo de laurel verde y florido,
Mas de cuanta riqueza el mundo alcanza.

ARMELINA.

Esta fué de mujer propia venganza.

ACTO TERCERO

DE

LOS PALACIOS DE GALIANA

PERSONAS QUE HABLAN EN ÉL

Nemoro.	Tarfe, *Alcaide.*	Dudón.
Gesolfo.	Audala.	Galiana.
El conde Arnaldo.	Ramón, *su criado.*	Zelima.
Carlos, *Delfín.*	Balduíno.	Olbante.
Armelina.	Astolfo.	Ricardeto.

Salen Nemoro y Gesolfo.

GESOLFO.

Después que á Francia partiste,
Nemoro, á saber del Rey,
Amor, á quien no resiste
Divina ni humana ley,
Nos trujo á estado tan triste.
Dió la cruel Armelina
En esta espantosa hazaña,
Con que ya se determina
Segunda Cava en España,
Y de Roma Mesalina.

NEMORO.

¿Que están presos el Delfín
Y el conde Arnaldo, Gesolfo?

GESOLFO.

¡Qué bien dijo en el jardín
Audala, que aqueste golfo
Pronosticaba su fin!
De celos de Galïana
Hizo Armelina este enredo.

NEMORO.

Es la mayor fuerza humana.

GESOLFO.

Ya la llama de Toledo
Reina, la gente africana.

NEMORO.

En fin, ¿Carlos está preso?

GESOLFO.

Por este triste suceso
En este castillo está,
Adonde su llanto ya
Se ve en las piedras impreso.

NEMORO.

De mirar me maravillo
Estos muros.

GESOLFO.

Son diamantes.

NEMORO.

¿Cómo llaman el castillo?

GESOLFO.

Los cristianos, Sancervantes
Desde la cava al portillo,
Y los moros, Alijar.

NEMORO.

¡Que á nadie dejan llegar!

GESOLFO.

Si no es moro, no hay remedio.

NEMORO.

¿Y Galïana?

GESOLFO.

Este medio
Cerca el Tajo, vuelto en mar.

El palacio que se llama
De su nombre, es su prisión,
Cubierto de hierba y rama,
Por donde el Tajo, á traición,
Dos caños de agua derrama.
Allí la tiene con guardas;
Y si bien á verlo aguardas,
Donde mil plantas florecen,
Verás que árboles parecen
Las cuchillas y alabardas.

NEMORO.

Aunque me duele la mora,
Respecto deste suceso,
Más el alma á Carlos llora.
¡Que agora estuviese preso!
¡Que esto sucediese agora!
¡Ah, fiera mujer vengada,
Mueras de mala estocada!
¡Mal moro te tire un dardo,
Ó mal villano bastardo
Que nunca ha ceñido espada!

GESOLFO.

Siendo, como es, tan forzoso
Hablar al Rey, me parece
Un engaño provechoso.....

NEMORO.

Lo que algún provecho ofrece,
Nunca fué dificultoso.

GESOLFO.

Paréceme á mí, Nemoro,
Que tomemos traje moro,
Pues la lengua hablamos bien,
Porque la puerta nos den
Tarfe, Zaide y Maniloro.
Hablarle podrás, y dar
Un remedio que he pensado,
Con que se pueda escapar.

NEMORO.

Ya el sol, del calor cansado,
Desciende á bañarse al mar.
Ven á vestirte, y verás
Que al valor echo el compás.

GESOLFO.

¡Bien es morir como buenos!

NEMORO.

Ni Carlos merece menos,
Ni tengo que darle más.

Entrense.

Salgan con dos cadenas Carlos y el Conde.

CARLOS.

No tiene Libia en su arena,
Como tu pecho, Armelina,
Aspid de ponzoña llena,
Ni tiene el mar de Mesina
Tan engañosa sirena.
Menos furioso parece
Cuando el mar se ensoberbece
Y de sus límites sale;
Que no hay cosa que se iguale
Á la mujer que aborrece.

CONDE.

No tiene más fuerte y fiero
León la oriental Albania,
Ni, hurtado el hijo primero,
Más rabiosa tigre Hircania,
Tras el cazador ligero.
De la orilla que florece
Jarama y Tajo guarnece,
Menos fuerte el toro sale;
Que no hay cosa que se iguale
Á la mujer que aborrece.

CARLOS.

No han hecho tanto disgusto
Circe, Medea y Medusa,
Ni el tirano en reino justo,
Más la guerra, tan confusa,
Y el casamiento á disgusto.
La envidia, que viendo crece
El bien que al otro enriquece,
Menos para ofensas vale;
Que no hay cosa que se iguale
Á una mujer que aborrece.
Conde.....

CONDE.

Señor.....

CARLOS.

¿Cómo va?

CONDE.

Ya veis, cual preso entre moros,
Adonde con vos está
Mi alma, llorando á coros
La pena que el hierro os da.

CARLOS.

¡Qué notable atrevimiento
Fué, Conde, el de una mujer!

CONDE.

Él fué extraño pensamiento,
Mas digno de agradecer
Por ser amoroso intento;
Que siendo noble Armelina,
No es pensamiento traidor
El que á tanto amor la inclina,
Sino gran fuerza de amor
Que la rinde y desatina;
Es vivo amor, que al más cuerdo
Hace delirar ansí.

CARLOS.

Arnaldo, vuelve en tu acuerdo,
Porque disculparla aquí
Es no sentir lo que pierdo.
Es amor abonador
De los delitos más feos;
Como la tienes amor,
Oblígante sus deseos
Á que disculpes su error.
Quien ama, no ha de querer
El daño de lo que ama.

CONDE.

Luego ¿yo lo debo hacer?
Ya no miro que es mi dama.

CARLOS.
Pues ¿qué miras?
CONDE.
Que es mujer.
CARLOS.
Mal en eso te condenas,
Aunque á los nobles te igualas,
Que llaman glorias sus penas,
Porque alabando á las malas,
Haces agravio á las buenas;
Y más si este Rey cruel
Nos determina matar.
CONDE.
Gente viene de tropel
Donde nadie suele entrar.
CARLOS.
Forzado me has que lo crea;
Dos moros vienen aquí.

Salen Nemoro y Gesolfo, en hábito de moros.

NEMORO.
¡Alá en vuestra guarda sea!
CARLOS.
¿Para qué me habláis ansí?
Dejad que mi muerte vea;
Si ésta, moros, me traéis,
Suplícoos que os descubráis
Y los rostros nos mostréis.
NEMORO.
El Rey manda que hoy muráis
Y á salir al punto estéis,
Que pues que no perdonó,
Con ser hija, á Galïana,
Que hoy á sus manos murió,
Contra la piedad humana
Y la sangre que la dió,
Si allí faltó la piedad,
Que la esperen no es razón
Los que han hecho tal maldad.
CARLOS.
Hoy nos sacan de prisión
Para eterna libertad.
Moros, ¿habemos de ir luego?
GESOLFO.
Eso aguardamos no más.
CARLOS.
Que me abracéis, Conde, os ruego.
CONDE.
¡Ay, señor, que á morir vas!
NEMORO.
Ya estoy de lágrimas ciego:
No has de morir, ni soy moro.

Descúbrense.

Señor, deja esa tristeza.
CARLOS.
¿Quién es?
GESOLFO.
Gesolfo y Nemoro.
NEMORO.
Alza, señor, la cabeza
Y dame los pies que adoro.
CARLOS.
¡Nemoro!
NEMORO.
¡Rey, mi señor!
CARLOS.
¿Cómo entraste?
NEMORO.
Desta suerte
Vencí de Zaide el rigor.
CARLOS.
¿Qué hay de Francia?
NEMORO.
Una gran muerte
De la cabeza mejor.
CARLOS.
¿Murió mi padre?
NEMORO.
Ya es muerto;
Y por tu ausencia, París
Está de guerras cubierto;
Que si luego no os partís,
Será su sosiego incierto.
Tal dice que muerto eres,
Tal que al Soldán pasar quieres,
Tal que de cautivo sales;
Que son en número iguales
Cabezas y pareceres.
Otros afirman también
Que vas á Jerusalén,
Otros que con Armelina
Quieres pedir en la China
Que su corona te den.
De tu parte, el Almirante
Guarda el palacio con gente
Á defenderle bastante,
Y el Condestable valiente,
Que el pueblo no se levante.
Ea, señor, ¿de qué estás
Triste? Rey de Francia eres.
¿Cómo á París no te vas?
¿Qué reino, señor, prefieres?
¿Qué quieres del tiempo más?
CONDE.
Ya tu padre está en el cielo:
Señor, bien dice Nemoro,
¡Si algún remedio en el suelo,
Para engañar á este moro,
Valiese á tu justo celo!
¡Ah, Dios, quién pájaro fuera,
Que hoy á ver á Francia entrara!
CARLOS.
¡Ah, Conde! ¿De qué manera,
Si el cielo me desampara,
Saldré desta cárcel fiera?
Buen padre en el Rey perdí:
Ya es hecho: Francia se pierde
Si yo no salgo de aquí.

CONDE.
Haz que el valor se te acuerde
Con que naciste y nací,
Y veráslo fácil todo.
NEMORO.
Gesolfo trae escondido,
Para escaparos, el modo.
CARLOS.
¿Hay cuerda?
GESOLFO.
Cuerda he traído;
Cuerda que al cuerpo acomodo;
Revuelta la traigo.
CARLOS.
¿Es fuerte?
GESOLFO.
Y tiene un peso excesivo (1).
CARLOS.
¿Y este hierro?
GESOLFO.
¿Qué cautivo
No ha sabido salir dél? (2).
Pero aquí traigo una lima
Sorda como un áspid.
CARLOS.
Creo
Que el cielo á salir me anima.
GESOLFO.
Ésta puede aprovechar (3),
Quitar el hierro de encima.
CARLOS.
Pues, Conde, entremos los dos
Donde los hierros limemos,
Vos á mí, yo luego á vos,
Y del castillo bajemos
Con el ayuda de Dios;
Pero advertid que no tengo
De partir sin Galïana.
CONDE.
Ya, Rey, el cómo prevengo,
Aunque es esperanza vana.
NEMORO.
Á las doce al muro vengo.
CARLOS.
Pues, Conde, ¿cumpliréisme la palabra?
CONDE.
Carlos, yo soy, aunque vasallo vuestro,
Vuestra sangre, vuestra alma y vuestro padre.
Viendo que á Francia no queréis partiros
Sin Galïana, cuánto importa agora
Al servicio de Dios y vuestro reino
Que en breve tiempo entréis, señor, en Francia,
Palabra os dí, que cumpliré sin duda,
De no salir de aquí sin Galïana,
Y ansí la vuelvo á dar; partid contento
Con Nemoro, y dejadme aquí á Gesolfo;
Que yo la sacaré de los palacios
De aquesta huerta, ó perderé la vida.
CARLOS.
Conde amigo, la mía está en cobrarla:
Fiado en vos me parto á ver mi reino,
Lleno de tan confusas divisiones,
Como miembros que viven sin cabeza.
Si la sacáis, si la traéis, Arnaldo,
No la mitad del reino será vuestro,
Serálo el Rey, la sangre, la honra, el alma.
Mas ¿qué me canso en esto? yo os conozco;
Dadme esos brazos y ¡por estas lágrimas,
Que os acordéis de mí!
CONDE.
Señor, partíos
Antes que el alba con las suyas tiernas
Nos traiga cartas de que viene el día;
Que yo quiero meterme entre los árboles
De aquesta huerta, con villano traje,
Hasta que, hablando á Galïana, pueda
Sacarla de Palacio.
CARLOS.
Adiós.
CONDE.
El cielo
Os dé tan buen viaje como espero.
CARLOS.
No ha nacido más noble caballero.

Vanse.

Salen Armelina y Tarfe.

TARFE.
Prósperamente sucede
Á quien sin mudanza alguna
Se confía en su fortuna,
Que se esté firme, ó que ruede.
¡Qué bien nos ha sucedido!
Lejos de Toledo estamos.
ARMELINA.
La vida y el sol, los ramos
Nos han, Tarfe, defendido.
TARFE.
El seguir siempre la orilla
Del Tajo, fué justo acuerdo
ARMELINA.
Ya del camino me acuerdo
Cuando entramos en Castilla.
TARFE.
¡Qué bueno estará aguardando
El Rey, allá en su jardín,
Dar á su esperanza fin,
Cuando le voy comenzando!
No le nombres, que en la palma
El alma traigo de miedo;
Pero nómbrame á Toledo,
Que es adonde tengo el alma.
ARMELINA.
¡Ay de mí, qué ejemplo he dado
De cruel, hermosos cielos!
Mas ¿para qué hiciste celos
Si no era amor excusado?

(1) *Puede téner*, dice la primera edición.
(2) Falta la rima.
(3) Falta la rima.

¿Quién duda que mi traición
Le cueste á Carlos la vida?
¡Del Conde he sido homicida!
¡Qué buenas hazañas son!

TARFE.

Ésta viene maginando.
¿Si se viene arrepintiendo?
¡Oh! Lo que por mí estoy viendo,
Estoy por ella pensando.
No me espanto que la duela
El reino y Rey que ha perdido
Por un capitán vencido
Seis veces del rey Fruela.
Pues si viene arrepentida,
Crea que yo lo estoy más,
Y me vuelve mucho atrás
Tanta privanza perdida.
¿Qué haré? Gozalla es mejor,
Y no pasar adelante;
Pero vuelta al Rey su amante,
Le dirá mi loco amor.
Ahora bien: matarla luego
Me parece más cordura;
Déla el Tajo sepultura,
Á falta de tierra y fuego.
Quiérola hablar.

ARMELINA.

Ya podremos
Los caballos desatar,
Que es hora de caminar.

TARFE.

Mas antes, no caminemos;
Durmamos la siesta (1), esposa,
Debajo de aquestos chopos;
La hierba, con verdes copos,
Extiende su alfombra hermosa.
Serviránnos de almohada
Los cogollos destas flores,
Y el agua y los ruiseñores
De música regalada.
Mira cómo aquestas ruedas
Con ronco son se convidan.

ARMELINA.

¡Que eso tus palabras pidan,
Y ansí de mi honor excedas!
Pues ¿cómo, sin que primero
Lleguemos, Tarfe, á Aragón,
Pones en ejecución
Tus gustos?

TARFE.

Cumplirle espero;
Yo estoy resuelto.

ARMELINA.

No pienses
Que son menos estas manos
Que de valientes romanos
Y de pechos atenienses:
Antes perderé mil vidas.
¡Favor! ¡Ay, cielo! ¡Favor!

Salen Nemoro y Carlos.

NEMORO.

Voces son éstas, señor.

TARFE.

¿Qué importa que favor pidas?

CARLOS.

¡Un moro mata á un cristiano!

NEMORO.

¡Llega y dale!

CARLOS.

¡Por quien soy,
Que ha de morir!

TARFE.

Ya lo estoy.
¡Ah, traidora!

ARMELINA.

¡Ah, vil tirano!

CARLOS.

¡Arrójale en ese río!

NEMORO.

Presto le llevo de aquí.

Lleva el moro Tarfe.

CARLOS.

¿Eres Armelina?

ARMELINA.

Sí.
¿Eres tú, Carlos, bien mío?

CARLOS.

Carlos soy. ¡Detente allá,
Vil infamia de mujeres!

ARMELINA.

Qué, ¿libre estás?

NEMORO.

Qué, ¿viva eres?

ARMELINA.

Señor, la muerte me da,
Vesme aquí echada á tus pies.

CARLOS.

Fuiste, cruel, mi homicida,
Y díte, en cambio, la vida;
Mas mi valor es quien es.
En mi fe y tu trato doble,
Los dos hicimos, tirana:
Tú, como mujer liviana;
Yo, como príncipe noble.
No de mi justo castigo
Te librara el ser mujer,
Pero halo podido hacer
El ser mujer de un amigo,
Por el cual aquesta daga
Deja de pasar tu pecho;
Que el agravio que me has hecho
Sólo la muerte le paga.
Quiere el Conde tu desdén,
Y por lo que le parezco,
Al tiempo que te aborrezco,
Pienso que te quiero bien.
No quiero dejarte aquí;

(1) *Tierra*, en la primera edición.

Que si vuelves á Toledo,
Harás otro nuevo enredo
Para que vengan tras mí.
Fuera de que no le pago
Al Conde lo que le debo,
Si conmigo no te llevo
Y este sacrificio hago.
Que no le siento mayor
Para mi alma, que el verte;
Que va en tu lengua mi muerte,
Y en tus enredos mi honor.

ARMELINA.

Señor, si haberte querido;
Señor, si haberte casado;
Si haber mi fe despreciado
Y mi amor puesto en olvido,
No bastan para disculpa,
Sirva mi arrepentimiento;
Que más que el matarme siento
Que me digas tú mi culpa.
Si en tantas desdichas pones
Una mujer, ¿qué me quieres?
¿Piensas que son las mujeres
Aquiles ó Salomones?
Quitásteme tú el sentido,
Con que entonces te ofendí,
¿Y quieres echarme á mí
La culpa que tú has tenido?
Si tanto, á quien fué tu hiedra,
De tus muros arrojabas,
¿Que era mujer ignorabas,
Ó pensabas que era piedra?
No se sufre en tanta mengua
Poner las mujeres, no,
Porque el cielo no las dió
Más espada que su lengua.
Deja de estar ofendido,
Pues que vivo y libre estás;
Que ya al Conde querré más
Que tú me has puesto en olvido,
Si deste arrepentimiento
Quisiere satisfacción.

CARLOS.

Bien conoce su afición,
Tirana, tu atrevimiento.
No es menester que le abone
Tu arrepentido favor;
Que bien sabes que el amor
No hay cosa que no perdone.
Ven conmigo, y del suceso
De los dos sabrás el caso.

ARMELINA.

Dios te me guarde.

CARLOS.

Habla paso.

ARMELINA.

¿Está libre, ó queda preso?

CARLOS.

Libre está. ¿Qué haré, Nemoro?

NEMORO.

Que la lleves te conjuro,
Si quieres estar seguro.

CARLOS.

Camina.

ARMELINA.

Esos pies adoro.

Vanse.

Entran, vestidos de villanos, el Conde y Gesolfo con sus azadones.

GESOLFO.

De Galïana son estos palacios,
Donde el sol transponiéndose relumbra.

CONDE.

Aquí, Gesolfo amigo, vive presa
La vida, por lo menos, del rey Carlos.

GESOLFO.

¡El cielo quiera que limarla puedas!

CONDE.

Ya se cierra la noche presurosa
Y va saliendo de su puerta el día,
Ya se miran sus clavos de diamantes,
Sirviendo de candado á la gran luna.

GESOLFO.

Fuera mejor que sus azules puertas
Sin cerradura y clavos se mostraran,
Porque la obscuridad es capa y muro
De la seguridad de extraños casos.

CONDE.

Aquí vienen dos moros: cavar quiero.

Salen Zaide y Lime con alabardas.

ZAIDE.

¿Quién va?

CONDE.

Gente de paz; cautivos somos
Que trabajamos en aquesta huerta.

LIME.

¿Cuyos sois?

CONDE.

De Aliatar.

ZAIDE.

No lleguéis tanto
Al muro de esta torre.

CONDE.

Más querríamos
Á la puerta llegar de nuestras casas,
Para rendir nuestro trabajo al sueño.

LIME.

Mirad que está aquí presa Galïana.

CONDE.

¿Qué Galïana?

ZAIDE.

La que allí se asoma.

CONDE.

¿Es la Infanta, por dicha?

ZAIDE.

Por desdicha
Es, hortelanos, nuestra Infanta aquélla.

Galiana y Zelima se asoman al palacio.

CONDE.
Aunque sea, señor, descortesía,
Que me digáis la causa os pido y ruego.
GALIANA.
¿Con Zaide y con Alime dos cristianos?
ZELIMA.
Sí, señora, y parecen hortelanos.
GALIANA.
Por lo que adoro en ellos, me consuelan.
ZELIMA.
Hablando están las guardas, que es milagro.
GALIANA.
No se recelan de tan pobres hombres.
Mas ¡ay de mí, que el conde Arnaldo es éste!
ZELIMA.
¿En qué le has conocido?
GALIANA.
En talle y rostro,
Aunque la luz del cielo va faltando.
ZELIMA.
Sin duda que á sacarte de aquí viene.
GALIANA.
Oye lo que le dice.
ZELIMA.
¿En sus palabras
Conocerás la industria?
CONDE.
Moros nobles,
Holgado me he de oir sucesos tales.
¿Que Galïana y esos dos franceses
Se conjuraron contra el rey Galafre?
LIME.
Así se dice.
CONDE.
Puede ser mentira,
Y por eso contaros quiero un cuento,
Si le queréis oir.
ZAIDE.
Yo escucho atento.
CONDE.
En la tierra que nací,
Cierto rey presos tenía
Á un hijo de su contrario
Y á un conde, en prisión esquiva,
Y era por un testimonio
Como aquéste de Armelina,
Diciendo que la robaban
Y que al rey matar querían.
Y estando en un gran castillo
Como aquése, que en la orilla
Del claro Tajo los godos
Sancervantes apellidan,
Dos criados disfrazados
Pudieron entrar un día,
Que escondidos los llevaron
Dos cordeles y dos limas.
ZELIMA.
¿Oyes lo que dice el Conde?
GALIANA.
Todo lo entiendo, Zelima;
Gesolfo y Nemoro son
Los que al castillo entrarían.
CONDE.
Los presos, cuando la noche
Con negros caballos iba
Rondando el aire en su carro,
Que luto negro entapiza,
Liman las fuertes prisiones,
Al muro las cuerdas ligan,
Y en un momento descienden;
Que es el peligro osadía.
Fuése el rey, porque era muerto
Su padre.
GALIANA.
¡Ay, fuerte desdicha!
¿No escuchas que es ido Carlos?
CONDE.
Y al partir, los dos suspiran.
Encomiéndale que lleve
De su contrario la hija,
Aquel amigo de quien
Mayores hazañas fía.
Él, disfrazando el vestido,
Adonde estaba cautiva,
Que era una casa como ésta.....
GALIANA.
Bien dice que es ella misma.
CONDE.
Vino, y por un caño de agua
Que del palacio salía,
La sacó y llevó á su amigo.
GALIANA.
De la ventana te quita;
Que en eso que dice el Conde
Quiere que luego, atrevida,
Por los caños de agua salga.
ZELIMA.
¿Podrás?
GALIANA.
El amor me anima.
ZELIMA.
Llévame contigo.
GALIANA.
Vamos.

Quítanse de la ventana.

LIME.
Si esa historia no es mentira,
Es la cosa más notable
Que ha sido vista ni escrita;
Pero recogeos, cristianos;
Que se va el sol á las Indias
Y es hora de irnos.
CONDE.
Adiós.
LIME.
El os guarde.
CONDE
¡Oh grande dicha!
Galïana me ha escuchado;
Échate á la hierba, y mira

Cuándo por los caños sale.
¡Aquí favor, noche amiga!

Vanse.

Salen el Duque Astolfo, Dudón, Balduino, Olivante y el rey Carlos, muy galán, de camino, y Armelina de paje, y el más acompañamiento que se pudiere.

ASTOLFO.

Toda Francia, señor, te ha recibido
Como á Rey natural, en cuyo nombre
Te doy, aunque menor, el bien venido,
Puesto que á todos, como es justo, asombre
Que reciba París á tu grandeza
Como á deidad, y más que mortal hombre,
Y que muestres señales de tristeza.

DUDÓN.

¿No vienes bueno, ó no te agrada Francia
Ni esta ciudad, tu patria, y su cabeza?
Si de tu muerto padre la arrogancia
Con que te desterró te causa enojos,
Ya no es el sentimiento de importancia.

BALDUÍNO.

Si tienes enemigos á los ojos,
Que en vida de tu padre le sirvieron,
Ya todos de tus pies somos antojos.
No creas, pues no es justo, que lo fueron
Porque á tu padre entonces agradaron,
Porque siempre en el alma te tuvieron.

OLIVANTE.

Á sospechar nos das que te obligaron
Á más amor los moros de Toledo,
Pues los Pares de Francia te cansaron;
Allá estabas cautivo, y con el miedo
De la muerte sirviendo á un vil tirano,
Sin otros daños que decirte puedo,
Y aquí tienes ¡oh Príncipe! en la mano
La espada con que tiembla Francia agora
Y desde el Rubicón al Oceano.

DUDÓN.

Si te entristece aquella hermosa mora
Que te tuvo olvidado como á Ulises,
Vamos por ella al Tajo, donde mora;
Que ya otra vez las Lunas y las Lises,
La hermana de Reinaldos Bradamante,
De más valor que el sucesor de Anquises,
Juntó con aquel bárbaro arrogante
Á quien tu abuelo en nuestra mesa puso
Con título de Duque y Almirante.

CARLOS.

No estoy, como pensáis todos, confuso,
Señores caballeros, por su ausencia,
Que en lo demás mi muerto padre excuso;
Porque dejé la vida en contingencia
Del conde Arnaldo, es este sentimiento.

DUDÓN.

Pues haráse en buscarle diligencia.
Si está preso, señor, rompan el viento
Tus blancos estandartes, con las flores
Temor del Moro, y del Francés aliento;
Publiquen las trompetas y atambores
Guerra contra Toledo, y tiemble España
Los Carlos, para siempre vencedores.

CARLOS.

Bien fuera de mi pecho digna hazaña;
Mas no es razón que Francia se lamente,
Que ayer llegué, y hoy salgo á la campaña.

ASTOLFO.

Al Conde irá á buscar alguna gente.
Tú, en tanto, á ver las fiestas te apercibe,
Como piadoso Príncipe excelente,
Con que París tu majestad recibe;
Y á la usanza de Francia, que deseo
Tiene de ver el alma que en ti veo (1),
Entra en alguna, por mayor trofeo
De tu valor.

CARLOS.

¿Qué fiestas se han trazado?

ASTOLFO.

Una justa famosa y un torneo.

CARLOS.

Saldré al torneo, porque dél me agrado;
Manténgale Dudón.

DUDÓN.

Tus manos beso,
Por un aventurero tan honrado;
Pero para tener mejor suceso,
Le mantendré por honra de tu dama.

CARLOS.

Haréisme, primo, gran placer en eso.

DUDÓN.

Pero decid, señor, ¿cómo se llama? (2).

CARLOS.

Armelina, sin deudo, y sangre tuya
(No sé cómo la diga ni la nombre),
Saben que te robé; la ofensa es suya.
Descubrirte no puedo sin el Conde
Hasta que el casamiento se concluya,
Y aunque tu padre no pregunte adónde
Te he dejado, Dios sabe lo que siente (3)
Y el odio fiero que en su pecho esconde.

ARMELINA.

Pues si en tanto que el Conde vive ausente
Quieres disimular, di el nombre mío
Para que nadie ofensa tuya intente.

CARLOS.

Bien dices; que nombrándote, confío
Que templarán su enojo, imaginando
Que eres mi esposa.

OLIVANTE.

Una palabra, tío:
¿Qué está el Rey con su paje fabricando?

ASTOLFO.

No hablará de mi hija el Rey perjuro,
Cuyo perdido honor estoy llorando.

OLIVANTE.

De la venganza, Astolfo, te aseguro
Si él entra, como dice, en el torneo,

---

(1) Interrúmpese aquí la cadena de los tercetos con tres versos seguidos en la misma rima, ó escribió Lope *vive* en vez de *veo*.
(2) Faltan seguramente dos versos.
(3) Nueva interrupción en los tercetos.

Porque á dalle la muerte me aventuro.

ASTOLFO.

Pierde, sobrino, aquese mal deseo;
Que aunque á mi hija Carlos me ha robado,
Y tan sin honra como veis me veo,
Es mi Rey natural; soy obligado,
Por el derecho humano y ley divina,
Á mirar por su vida y por su Estado.

OLIVANTE.

¿Eso dices?

BALDUÍNO.

¿Qué tarda, qué imagina
El Rey?

DUDÓN.

Dime, señor, ¿quién es la dama?

CARLOS.

¿Ya todos no sabéis que es Armelina?

ASTOLFO.

¿Armelina, señor?

CARLOS.

Así se llama.

ASTOLFO.

Pues ¿dónde está?

CARLOS.

Traerála presto el Conde.
Ésta es el centro de mi honesta llama,
Ésta es mi esposa.

ASTOLFO.

Á su valor responde.

OLIVANTE.

¿Cómo responde? Mira que te engaña,
Que la ha dejado y que no sabe adónde.

CARLOS.

En tanto que Armelina está en España,
Háganse fiestas por su nombre, amigos.

BALDUÍNO.

¿Qué mayores si el Rey nos acompaña?

CARLOS.

Vamos, Dudón.

ARMELINA.

Entre estos enemigos
Quiero quedarme, á ver cómo han tomado
Venir Carlos sin mí.

OLIVANTE.

Ya no hay testigos.
Escucha, Balduíno.

Carlos, Dudón y Astolfo se vayan; queden Olivante y Balduíno.

BALDUÍNO.

Si has pensado
Lo mismo que imagino, ya deseo
Verme de Carlos á morir vengado.

OLIVANTE.

Matarle pienso.

BALDUÍNO.

¿Cómo?

OLIVANTE.

En el torneo,
Poniendo gente de secreto armada.
¿Si nos han escuchado?

BALDUÍNO.

Un paje veo.

OLIVANTE.

Matarle será bien.

BALDUÍNO.

Detén la espada;
Que está, á lo que parece, divertido,
Y, como es español, no entiende nada.
Háblale á ver.

OLIVANTE.

¡Ah, paje! ¿Habéis venido
De España con el Rey?

ARMELINA.

Habrá dos años
Que mi padre murió.

OLIVANTE.

No lo ha entendido.

BALDUÍNO.

¿Trae á Armelina el Rey, ó son engaños?

ARMELINA.

Galïana, señor, está en Toledo
Labrando para Audala ricos paños.

BALDUÍNO.

No ha entendido palabra.

OLIVANTE.

Alegre quedo:
¿Queréis saber, español, la fiesta? (1).

ARMELINA.

Acabé de comer. ¡Por Dios, no puedo!

BALDUÍNO.

Que le convidan piensa.

OLIVANTE.

Ya mejora
Mi pensamiento de tan mal recelo.
Adiós, adiós.

ARMELINA.

¿Llegamos á buen hora?

BALDUÍNO.

No entiende cosa.

ARMELINA.

Ved por dónde el cielo
Quiere que libre á Carlos de la muerte
Para satisfacción de mi buen celo:
Si antes de tiempo desto se le advierte,
Ha de decir que ha sido traición mía:
Mejor es aguardar al trance fuerte.
Armarme quiero del torneo el día,
Y con mi espada hacer un desengaño
Que espante la francesa valentía,
Y al Rey defienda del presente engaño.

Sale el conde Arnaldo, y Galiana en hábito de moro.

GALIANA.

Si desde lejos espanta,
De cerca debe de ser
Un jardín que el alma encanta.

CONDE.

Media legua puede haber

(1) No es verso.

De aquí á París, bella Infanta.

GALIANA.

Agradecerte no puedo
La industria de aqueste traje
Para salir de Toledo.

CONDE.

No hay cosa que más ataje,
Que en los peligros el miedo;
Aunque él mismo suele hallar
Puerta para salir dellos.

GALIANA.

¿Piensas en París entrar?

CONDE.

Tiéneme por los cabellos
Lo que he visto murmurar;
Porque no hay posada adonde
No digan que el Rey se casa.

GALIANA.

Pues ¿qué es lo que piensas, Conde?

CONDE.

Que quien á otras tierras pasa,
Á sus costumbres responde.
Aquí, con el natural,
Pretenderá, como Rey,
Mujer á su ley igual;
Porque mujer de otra ley,
Le dirán que le está mal.
¿Cómo que consienta fiestas
Sin ti, señora, y sin mí?
¡Grandes mudanzas son éstas!

GALIANA.

¿Recelos caben en ti?
Poca amistad manifiestas:
Harálas Francia en su entrada.
Y pues cristiana he de ser,
Porque le estoy obligada,
Buena soy para mujer,
Que no me aventaja en nada.
Reyes cristianos de Asturias,
Sus hijas dieron á moros.
¿De qué te admiras é injurias?

CONDE.

Fué codicia en sus tesoros,
Si no fué miedo en sus furias;
Mas, pues el Rey me mandó
Sacarte, y en fin se fué,
Sin duda se arrepintió.

GALIANA.

Del Rey la nobleza sé;
Segura, Conde, estoy yo.

CONDE.

Aquí viene un caballero,
Y un escudero con él.

Salen Ricardeto y un criado.

RICARDETO.

Llegar á buen tiempo espero,
Si ayer se fijó el cartel.

CONDE.

Hablarle, señora, quiero.
¡Ah, caballero!

RICARDETO.

¿Quién llama?

CONDE.

¿Qué fiestas hay en París?

RICARDETO.

¿Qué fiestas? Fiestas de fama;
Que hoy dicen que en San Dionís
Dió el Rey la mano á una dama;
Y mañana hay un torneo.

CONDE.

¿El Rey está desposado?

RICARDETO.

No lo sé cierto; mas creo
Que la palabra la ha dado.

CONDE.

Saber su nombre deseo.

RICARDETO.

Armelina dicen que es,
La hija del duque Astolfo.

CONDE.

¡Cielo santo!

RICARDETO.

Y que después
De haber corrido en el golfo
De amor dos años ó tres,
Se quiere casar con ella.

CONDE.

Será nueva fabulosa.

RICARDETO.

Esto puedo afirmar della,
Ni hay en París otra cosa.

CONDE.

Es Armelina muy bella,
Y tiénela obligación.
¿Quién mantiene ese torneo?

RICARDETO.

Dicen que el marqués Dudón.

CONDE.

Lo que imaginaba, creo;
Nunca miente el corazón.
¿Vos habéis de tornear?

RICARDETO.

Es mi oficio diferente:
Plumas les voy á llevar.

CONDE.

¿Al Rey?

RICARDETO.

Al Rey, ó á su gente.

CONDE.

Bien lo podéis excusar.

RICARDETO.

Traigo una caja extremada:
Las plumas de toda ley.

CONDE.

Con el Rey es excusada;
Que todo es plumas el Rey,
Todo es viento, y todo es nada;
Traiciones son sus verdades,
Sus firmezas, fingimientos,
Sus palabras y amistades.

Sus obras, sus pensamientos,
Son plumas y liviandades.
Idos con Dios.

RICARDETO.

Él os guarde.

CONDE.

¿Qué te parece?

GALIANA.

Que estoy
Aun para hablarte cobarde.

CONDE.

¡Bien paga, á fe de quien soy,
El Rey, ya que paga tarde!

GALIANA.

¡Que se ha casado! ¡Ay de mí!

CONDE.

¡Que mi dama me ha quitado!
¡Como que el dejarme allí
Fué con industria y cuidado,
Cielos, de engañarme ansí!
Sin duda, que ya tenía
Con Armelina hecho el trato.
¡No lo sufráis, honra mía;
Que un amigo que es ingrato
Deja la sangre muy fría!
¡Para eso de sus palacios
Á Galïana saqué,
Y truje en cortos espacios
Donde cubrirme pensé
De diamantes y topacios!
¡Pluguiera á Dios, pues me alcanza
Tal premio, que por venganza,
Las aguas de sus acequias
Fueran últimas obsequias
De tu muerte y mi esperanza!

GALIANA.

¡Sola el alma te responde
Por los ojos, con el llanto!

CONDE.

¡Qué buen premio tiene el Conde!

Torindo y Lambina, villanos, de camino.

TORINDO.

Anda.

LAMBINA.

No puedo andar tanto.

TORINDO.

Ya se ve París.

LAMBINA.

¿Adónde?

TORINDO.

¿No le ves en esos llanos?

CONDE.

¿Dónde bueno vais, villanos?

TORINDO.

Á las fiestas de París;
Que Armelina, en San Dionís,
Y el Rey, se han dado las manos.

CONDE.

¿Quién os lo ha dicho?

TORINDO.

Un correo
Que ayer pasó en nuestra aldea;
Y dicen que hay un torneo.

CONDE.

¡Oh, maldito el punto sea
Que en ti puse mi deseo!

LAMBINA.

¿En mí, señor? Pues ¿por qué?

GALINA.

¿Ésta es verdad? ¿Ésta es fe?

CONDE.

¡Salid, villanos, de aquí,
Que sale fuego de mí,
Con que abrasaros podré!

TORINDO.

¡Oxte, puto!

LAMBINA.

¡Si está loco!

TORINDO.

¡Huye!

LAMBINA.

¡Corre!

GALIANA.

¿Que esto escucho?

CONDE.

¡Á gran furia me provoco!
Que donde el amor es mucho,
Siempre el sufrimiento es poco.
Mi vida, importa llegar
Al paso de mi deseo,
Para poderme hallar
En este fuego ó torneo
Por quien me ves abrasar.
Y con quien señalaré,
Galïana, te vendrás;
Y ansí mi fe mostraré,
Y á quien no ofendí jamás,
Aquí no ofende mi fe.
Iré al torneo, y en él,
Sin ventura aventurero,
Y mostraré un pecho fiel
Á un amigo lisonjero,
Por una mujer cruel.

Vase.

GALIANA.

Por no creer, importunada,	*Nada,*
Viene á faltarme, en tal despecho,	*Pecho;*
La vida llega á tan estrecho	*Trecho,*
Que vive el alma encarcelada,	*Helada.*
Ya está la cuenta rematada,	*Atada;*
Me tiene amor pagando el pecho,	*Pecho;*
Gran hierro ha sido, y sin provecho	*Hecho,*
Pues he de verme, desamada,	*Amada.*
Tarde el remedio, aunque divino,	*Vino,*
Pues en mi cárcel la atadura	*Dura,*
Y la sentencia que consiento,	*Siento.*
Porque si busco á un desatino	*Tino,*
Y digo que hay en mi locura	*Cura,*
Y en mis engaños escarmiento,	*Miento.*

Entren Audala y Ramón.

RAMÓN.

Como agraviado caminas.

AUDALA.

Mejor dirás como amante.

RAMÓN.

Deja, si entrar imaginas,
Que ponga al pecho de Atlante
Tetis sus negras cortinas.

AUDALA.

Ya Febo en su carroza (1)
La mitad del cielo goza,
Estando en igual distancia.

RAMÓN.

¡Qué poco espantan á Francia
Los moros de Zaragoza!

AUDALA.

Marsilio y sus escuadrones,
Tantas veces en sus muros
Tremolaron sus pendones,
Que nos miran mal seguros
De las mismas ocasiones.
Pero, en fin, cuando otra tierra
Que fertilidad encierra,
No puede estar sin la paz,
Francia no es tierra capaz
De poder estar sin guerra.

RAMÓN.

¡Brava cosa, por Alá!
Sin ser de tu compañía,
Á París un moro va.

AUDALA.

¿Si es de aquella ingrata mía?

RAMÓN.

¿Quién duda que lo será?

AUDALA.

¡Ah, moro, que Alá mantenga!
¿Vienes tú con Galïana?

GALIANA.

¿Qué te importa, cuando venga?

AUDALA.

Que ésta mi esperanza vana,
Consuelo en tus ojos tenga:
Audala soy.

GALIANA.

Gran señor,
¿Adónde vas desta suerte?

AUDALA.

Ciego de mi loco amor,
Voy á verla, ó ver mi muerte,
Que es el remedio mayor.
Supe tarde que la había
Robado el Delfín de Francia,
Por donde el agua salía,
Y que, con justa arrogancia,
Dentro en París la tenía;
Que á saberlo en ocasión,
Yo le atajara los pasos.

(1) No es verso.

GALIANA.

Y ¿qué es ya tu pretensión?

AUDALA.

Dar en tan diversos pasos
Algún medio á mi pasión.

GALIANA.

Con ella vengo, y deseo
Tu bien, si su amor te inclina
Al peligro en que te veo.

Tocan cajas.

AUDALA.

¿Qué tocan?

GALIANA.

Por Armelina
Sustenta el Rey un torneo,
Porque sin duda olvidó
Á Galïana el cobarde.

AUDALA.

¡Qué albricias te diera yo!

GALIANA.

Para hablar en esto es tarde.

AUDALA.

Para mis desdichas, no.

RAMÓN.

París se alborota á ver
El torneo; ya la gente
Corre donde se ha de hacer.

AUDALA.

¿Quieres que una hazaña intente
Por esta ingrata mujer?

GALIANA.

¿Cómo?

AUDALA.

Entrar en el torneo.

GALIANA.

Pues ¿siendo moro?

AUDALA.

No importa;
Enseñaráme el deseo,
Aunque espada que no corta,
En vano en el Rey la empleo.
Ahora bien, vente conmigo.

GALIANA.

Armas no te han de faltar.
¡Ah, Carlos, fiero enemigo,
Hoy pienso que te han de dar
Los cielos justo castigo!

Vanse.

Entren D.ª Alda y el Duque á un balcón.

ASTOLFO.

Mandáronme acompañar
Cuando me hicieron jüez,
Y quiero que aquesta vez
Vos me ayudéis á juzgar.
Aunque sola, sois bastante;
Que en las armas y la gala
Vuestro valor sólo iguala
Á Marfisa y Bradamante.

ALDA.
Entre tantos caballeros,
¿Escogéis una mujer?
ASTOLFO.
Vos, doña Alda, podéis ser
Espejo de sus aceros;
Que basta ser sucesora
De aquel famoso Roldán:
Entrar quieren.
ALDA.
Bien podrán.
ASTOLFO.
El Mariscal entra ahora,
Que es el Maestre de campo.
ALDA.
Débele de recorrer.
ASTOLFO.
Valla y lanzas quiere ver
Y asegurarles el campo.

Sale el Maestre de campo reconociendo la valla, con la caja, y echa un pregón.

Bando.

«El Mariscal de Francia, Maese de campo deste torneo, manda por bando, pena de la vida, que ningún caballero sea osado á traer en estas fiestas lanza fuerte, espada de filo, ni palabras de encantamento.»

Entre un padrino y caja, y una peña detrás, que, llegada al puesto, se abra en cuatro partes, y quede Dudón debajo, tañéndose chirimías.

PADRINO.
¡Hola! Publica el cartel,
Para que se entienda en él
De quién mantiene el valor.

Lea.

«El caballero encantado
En la peña del deseo,
Sustenta en este torneo,
Que nadie está enamorado,
Sino es él, en todo el mundo,
Y que una dama extranjera
No tiene en valor primera,
Ni él en las armas segundo:
Esto, en aquesta estacada
Mantiene, afirma y publica,
Sólo á tres botes de pica
Y cinco golpes de espada.»

Un aventurado éntre.

ASTOLFO.
Leer del mantenedor
Quiero la letra.
ALDA.
Es de amor.

ASTOLFO.
Ese más dice que tiene.

Lee.

«Si con industria de un hombre
Las peñas vemos romper,
Resistirse una mujer,
¿Á quién habrá que no asombre?»

Tras un padrino traigan un carro, dos leones y una silla, sentado Carlos, y una mujer detrás, que le llevaba asido en una cadena.

ASTOLFO.
¡Qué gentil aventurero!
ALDA.
El Rey es.
ASTOLFO.
Letra me han dado
De su invención y cuidado.
ALDA.
Leelda.
ASTOLFO.
Leerla quiero.

Letra.

«Leones pude vencer,
Y vencióme una mujer.»

Levántase de la silla y danle pica de manga; entra y tornea.

ASTOLFO.
¡Gallardamente lo han hecho!
Pero no se ha de juzgar
Hasta el fin.
PADRINO.
Haced lugar.
ASTOLFO.
Que entra tu hermano sospecho.

Entra el conde Arnaldo, cuyo padrino traiga un vestido todo lleno de máscaras.

Letra.

«Si un amigo tantas caras
Me muestra en su proceder,
¿Cómo le he de conocer?»

Torneen, y éntre Audala, apadrinándole Galiana con un rebozo.

Letra.

«Donde no me vi me veo;
Lo que no entiendo ejercito;
Lo que nunca he sido imito,
Y lo imposible deseo.»

Torneen, y éntre Armelina con un padrino en figura de los celos; tornee, y diga luego el Duque:

Letra.

«Por celos fuí desleal;
Mas no tuve culpa yo,
Sino quien celos me dió.»

ASTOLFO.

Gran copia de aventureros
Parece que viene entrando.

ARMELINA.

Rey, caballeros, jueces, oid (1).

CARLOS.

¿Quién es?

ARMELINA.

Yo, que os hablo.
No dejéis que esas cuadrillas
Entren aquí ni en Palacio,
Que quieren matar al Rey;
Y entre los que han torneado
Está el que lo ordena.

CARLOS.

¿Quién?

ARMELINA.

Olivante.

CARLOS.

¡Ay, cielo santo!
Descubrid todos los rostros.

CONDE.

¡Miente el hidalgo ó villano
Que dijere que yo soy!

CARLOS.

Pues ¿quién es?

CONDE.

El conde Arnaldo.

CARLOS.

Conde amigo.....

CONDE.

¡Aparta, Rey,
Quita los traidores brazos
Con que gozas de Armelina!

CARLOS.

Mira que te han engañado;
Que por cumplir con Astolfo,
Digo en Francia que me caso,
Hasta verte, y que él te tenga
Por yerno.

ASTOLFO.

¡Suceso extraño!
Pues, señor, ¿qué es de mi hija?

ARMELINA.

Yo soy.

CONDE.

¿Cómo?

ARMELINA.

Pudo tanto
El amor del Rey y tuyo
Por enmendar lo pasado,
Que vengo como me veis.

CARLOS.

Conde, no le des la mano
Hasta que me des mi esposa.

(1) No es verso. Lo sería suprimiendo la palabra *jueces*.

CONDE.

Carlos, donde me contaron
Que gozabas de Armelina,
La dejé.

CARLOS.

¿Dónde?

CONDE.

En un campo.

CARLOS.

¡Ay, mi perdido tesoro!
¡Muerto soy!

GALIANA.

Detén el paso.
Galïana soy.

CARLOS.

¿Qué dices?

GALIANA.

Y Audala el que está á mi lado;
Y pues que yo le apadrino,
No reciba en Francia daño,
Que al fin, amor le ha traído.

CARLOS.

Tras este dichoso abrazo,
Perdono á Audala y le doy
De amigo la fe y la mano.

AUDALA.

Amor pudo lo que ves,
Y aunque la pierdo, la gano
En que la goce y posea
Rey y Príncipe tan alto;
Que hasta que vi tu grandeza,
Carlos, estuve engañado.

CARLOS.

¿Dónde está Olivante?

ASTOLFO.

Huyóse;
Mas que fué causa un agravio
Tan grande, templa el castigo.

CARLOS.

Hoy, Duque, en nada reparo;
Armelina tiene dueño
Que vuestro honor hace salvo,
Y Galïana es mi esposa.

GALIANA.

Que me den bautismo aguardo.

AUDALA.

Eso pido yo también.

DUDÓN.

Pues si te vuelves cristiano,
Te daré una hermana mía
Y de Alta Flor el condado.

CARLOS.

Vamos á Palacio así.

CONDE.

Aquí acaba *Los Palacios*
De la bella Galïana.

CARLOS.

Y los amores de Carlos.



LA MOCEDAD DE ROLDÁN

LA MOCEDAD DE ROLDÁN

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

á D. Francisco Diego de Zayas.

La honra y favor que recibí de Vm. con la dirección de su Castalia, *me ha puesto en obligación tan grande, que á no haberse repartido entre tantos ingenios como Vm. celebra en ella, quedara con vergüenza el corto mío; sólo diré, en satisfacción de mi cuidado (aunque jamás dejaré de tenerle), que atribuyo sus alabanzas al conocimiento que tiene de mi afición á su valor y letras, y el preferirme en ésta á tantos de tan diferentes méritos, saber la limpieza con que miro los estudios ajenos y la fuerza que tiene la verdad en mi condición, pues ni á los enemigos la he negado, á diferencia de algunos, que aun á los amigos no la confiesan. Es aquel poema de lo más puro y elegante que sufre la imitación de la antigüedad en nuestra lengua, las figuras y locuciones tales, que, hablando por sí mesmas, me dan la excusa de encarecellas, y me dejan la envidia para imitallas. Así ha parecido á cuantos con cándidos oídos y limpios ojos le han dado la mejor atención destos dos sentidos; porque se la he resistido á los que por acá tenemos por malcontentos, que ellos se llaman críticos, días peligrosos á la salud de los entendimientos, por quien pienso que dijo D. Mateo López Bravo, jurisconsulto doctísimo, en su libro* II De regendi ratione: Ridendi vero et Romanuli, et Græculi nostri, qui Grammaticorum infantia superbi, et omnium rerum quantum garruli, ignari, triplici lingua stulti a doctis noscuntur, etc. *No he querido gastar con Vm. hipérboles, que más parecieran comentos á su fábula, que alabanzas á su pluma, sino mostrar por ahora mi agradecimiento en dedicarle* Las mocedades de Roldán, *comedia que, en las mías, escribí á devoción del gallardo talle, en hábito de hombre, de la única representante, Jusepa Vaca, digna desta memoria, por lo que ha honrado las comedias con la gracia de su acción y la singularidad de su ejemplo. Vuestra merced la reciba, en tanto que en el* Laurel de Apolo *le dan las musas de Castilla el que merece por honra y gloria de los de Aragón. Y á quien Dios guarde muchos años, como deseo.*

Su capellán y coronista,
LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

LA MOCEDAD DE ROLDÁN

FIGURAS DE LA COMEDIA

El Príncipe de Hungría.
Urgel.
Merlán.
Dardín.
Borbón, *Almirante.*
El Emperador.
La Infanta.
Carlos, *Delfín.*
Carloto, *su hijo.*
El conde Arnaldo.
Celio, *criado.*
Dos alguaciles.
Unos presos.
Feliciano (1).
Mauricio.
Donato.
Eufrasio.
Belardo (2).
Tirso.
Servando.
Cardenio.
Peloro.
Celestio.
Hilario.
Merencio.
Roldán.
Guardas.
Negociantes.
Una mujer.
Un viejo.
Un truhán.
Embajador de España.
Doñalda (3).
Un pobre.
Los músicos.
Un soldado.

ACTO PRIMERO

Salen el Príncipe de Hungría, D. Urgel, y acompañamiento.

URGEL.

Aquí saldrá, gran Príncipe de Hungría,
Tu suegro y nuestro Rey á recibirte.

PRÍNCIPE.

¡Gracias á Dios, Urgel, que llegó el día!
No sé cómo pudiese yo decirte,
Ni solamente hablando exagerarte,
Por más que me cansase en persuadirte,
De mi placer la más pequeña parte,
Viendo que gozo ya de la pintura,
Donde naturaleza vence al arte;
Que aunque es verdad que fué tan gran ven- [tura
Emparentar con Príncipe tan alto,
Mayor lo fué gozar tanta hermosura.
Con la de Francia mi corona esmalto,
Que de la tierra al cielo me levanta,
Lleno de glorias y de prendas falto.
Pero gozar de la divina Infanta
Excede á todo el bien que el mundo tiene:
Tanta es su fama, y su hermosura tanta.

URGEL.

Pues ya el Emperador, Príncipe, viene,
Y su hijo Carlos, de la Infanta hermano.

PRÍNCIPE.

¡Que tal favor á mi humildad conviene!

Sale el Emperador, y Carlos, su hijo, y el conde Arnaldo, y acompañamiento.

Dadme, señor, la poderosa mano
De que ha temblado el valeroso Cita,
El gallardo Español y el Africano.
Pero la lengua al alma se remita;
Que quien alaba lo que tanto vale,
Aunque muestra la fe, valor le quita.

(1) *Felicio*, dice la comedia.
(2) *Belariso*, en la comedia.
(3) *Doñalda y D.ª Alda*, en la comedia.

EMPERADOR.

Hijo, si el alma á recibiros sale,
Conocelda en mis ojos y en mis brazos,
Que no hay tesoro que á su pecho iguale.
Vos sois mi hijo, que con estos lazos
Hoy lo confirma mi obligado pecho,
Sirviendo de mil firmas mis abrazos.
Estoy de vuestras prendas satisfecho,
Y aunque perdone Carlos, vuestro hermano,
Que á mi mayor amor tiene derecho,
Os quiero más por el valor que gano;
Yo os doy la mejor prenda con su hermana
De las que debo al cielo soberano.

CARLOS.

Vuestra grandeza á mi favor se humana;
Que el Príncipe merece el amor vuestro,
Y fuera mi igualdad soberbia vana.

PRÍNCIPE.

Dadme, Carlos, los brazos, pues el vuestro
Hoy queda para siempre confirmado.

CARLOS.

En ellos, el amor del alma os muestro;
Más por hermano os tengo que cuñado,
Pues el Rey, mi señor, por hijo os tiene.

PRÍNCIPE.

Eternamente quedaré obligado.

CARLOS.

Las grandes fiestas que París previene
Será bien que gocéis.

PRÍNCIPE.

La mayor mía,
Del claro cielo de mi esposa viene.

EMPERADOR.

Pues vamos, y veréisla.

PRÍNCIPE.

En este día,
No sé cuál es mayor: el verla ó veros.

EMPERADOR.

¡Buen talle!

CARLOS.

¡Buena lengua y cortesía

EMPERADOR.

En medio vaya.

GUARDAS.

¡Plaza, caballeros!

Vanse todos, y queda solo el Conde

ARNALDO.

Á ¿cuál hombre la fortuna,
De los que ha querido alzar
Sobre el cerco de la luna,
Puede tan presto humillar
Sin esperanza ninguna?
No es mi mal sólo perder
La Infanta, que ha de tener
Marido tan generoso,
Sino que ha de ser forzoso
Perder mi propia mujer.
Del francés Emperador
Es el poder sin segundo,
Pero es mayor el de amor,
Que le reconoce el mundo
Por soberano señor.
Éste la rindió de suerte
Á mi amor, que, sin temer
El peligro de la muerte,
Juró de ser mi mujer
Con lazo inviolable y fuerte.
Y es el lazo de manera,
Aunque el encubrillo es harto
Con una y otra quimera,
Que no está lejos del parto
Que por momentos espera.
Pues ¿cómo se ha de casar?
¿Ó podrá, de no lo hacer,
La obligación excusar?
¿Qué remedio puede haber?
¿Qué la puede remediar?
Mañana será la boda,
Que ya todo se acomoda;
De suerte, que no hay razón
Para poner dilación;
Fortuna deshecha es toda.
Pues huir yo, ¿cómo puedo,
Siendo quien soy? Pues estar,
¿Cómo puedo estar sin miedo?
Todo es morir y acabar,
Si me voy, ó si me quedo.
El irme es guardar la vida,
Mas con deshonra notoria
De mi lealtad ofendida;
El quedarme es vanagloria
Y ser mi propio homicida.
Mi confusión es notable,
Mi desdicha irremediable,
Mi remedio inaccesible,
Mi pensamiento insufrible,
Y mi muerte inevitable.
¡Extraña temeridad
Fué la de mi pensamiento!

Sale Celio.

CELIO.

De la confusa ciudad
El nuevo recibimiento
Que han hecho á Su Majestad,
Apenas te descubría,
Que desde hoy á medio día
Te busca aqueste papel.

ARNALDO.

¡Quién duda, cielo, que en él
Se cifre la muerte mía!
Dame, Celio, la sentencia
Deste mi pleito de amor;
Ya que no me dan audiencia,
Veamos si su rigor
Me ha condenado á su ausencia.
Ya sé que es fuerza morir,
Ya sé que no hay replicar.

CELIO.

Muy bien tienes que sentir.

ARNALDO.

Tanto, que el mayor pesar
Es ver que dure el vivir.
Si á partir voy condenado,
Sea mi muerte la partida,
De tanto bien apartado,
Porque es una larga vida
Castigo de un desdichado.
¡Ay, papel! ¡Ay, letras tristes!
¡Cómo se ve que venistes
Con más lágrimas que letras!

CELIO.

Su pensamiento penetras,
Tu desventura resistes;
Todo es mal cuanto te envía.

ARNALDO.

Que adivine sus cuidados
No ha sido discreción mía;
Que en males tan declarados
No es menester profecía.

Lea.

«Conde amigo, yo estoy muerta.....»
Muerta me escribe que está,
Mira si mi muerte es cierta.

Lea.

«El Príncipe llegó ya;
Esta noche se concierta.....»
¿Qué se concierta? ¡Ay de mí!
Mira bien si dice ansí:
«La boda.»

CELIO.

No, señor.

ARNALDO.

¿No?
Pues ¿cómo lo entiendo yo?
Torna á ver.

CELIO.

Pienso que sí.

ARNALDO.

¡Triste y amargo concierto:
Vos estáis muerta, yo muerto;
Vos casada, yo perdido;
Cierto el daño, amor vencido;
Fiero el mar, lejos el puerto!

CELIO.

Lee más.

ARNALDO.

Ya leo:
«Á mi padre le pedí
Esta mañana: hay trofeo (1)
De gloria; viví, vencí,
Victoria por mi deseo.»
Haced, ojos afligidos,
Fiestas en esta ocasión,
Porque en bienes ya perdidos,
Una hora de dilación
Es gloria de los sentidos,
¿Á cuál condenado á muerte,
Con un día de esperanza,
La esperanza no le advierte
Que en un día de mudanza
Se puede trocar la suerte?
No deis, ojos, más tributo
Mientras el bien no se pierde:
¿Quién creyera que en tal luto
Viniera este ramo verde,
De mis esperanzas fruto?
Ahora bien, Celio, pensemos
Qué mudanza hará mi mal
De hoy á mañana, y daremos
Consuelo al tormento igual
Si hay medio en tales extremos.
De hoy á mañana podría
Morirse este Rey de Hungría
Y quedar viva la Infanta;
Que algún vivo se levanta
Que no llega al fin del día.
Y también podría ser
Que el francés Emperador
Mudase de parecer;
Que la firmeza mayor
La suele un aire torcer.
Podría en París acaso
Haber sedición y guerra
Por algún notable caso,
Y á poner en paz su tierra
Alargar Carlos el paso.
¿Qué dices? ¿No puede ser?

CELIO.

Harto mejor es leer
La resolución que escribe,
Que estar si vive ó no vive.

ARNALDO.

¡Ay, Celio! Amar es temer.

CELIO.

Teme, y ama y lee.

ARNALDO.

Espera.

Lee.

«Si tienes, Conde, valor,
Mi peligro considera;
Que hoy tengo un grave dolor,
Y que es del parto me altera.
Saldré esta noche al jardín,
Donde me sueles hablar,
Y podrás llevarme, en fin.....»
Sin duda dice llevar.

Lee.

«Que en la pared de jazmín
Podrá escondido tener
Celio un caballo.....» ¡Oh mujer
De valor y amor profundo,
Celebre tu pecho el mundo!
Esto es hecho, esto ha de ser.

---

(1) No hace sentido. Acaso el poeta escribió:
Esta mañana, un trofeo.

La Infanta, con el dolor,
Tiene en peligro la vida;
No hay peligro para amor;
Hoy verás, prenda querida,
La fuerza de mi valor.
Dejarte fuera crueldad
En tal peligro, y morir
Por darte vida es piedad.

CELIO.

Si has de hacer como decir,
¿Qué mayor temeridad?

ARNALDO.

No me aconsejes, villano;
Que amor no quiere consejo.
¿Qué caso más inhumano
Que dejarla, pues la dejo
En un peligro tan llano?
Si pierde por mí la vida,
¿No soy infame homicida
Suyo y del ángel que espero?
Soy quien soy; soy caballero.
¿No basta que ella me pida
Que la saque desta suerte,
Aunque la causa no fuera
Yo mismo de mal tan fuerte,
Para que defensa hiciera
Aquesta vida á su muerte?
¡Ah, cobarde, mal nacido!

CELIO.

Perdón, mi señor, te pido,
Que sólo tu bien miraba.

ARNALDO.

¡Oh sol, tu carrera acaba,
Cubre tu rostro de olvido!
¡Oh noche, alarga tu paso,
Saca tu cabeza negra
Por las nubes del ocaso!
Ya tu obscuridad me alegra,
Y en la luz del sol me abraso.
Borda tu manto de estrellas,
Salgan mis luces entre ellas,
Aunque temo que sería
Hacer tus tinieblas día
Y descubrirse por ellas.
Vamos, Celio.

CELIO.

En tu valor
Cobra fuerzas mi temor.

ARNALDO.

¡Oh luna, tus rayos tapa!
¡Oh noche, famosa capa
Sobre los hurtos de amor!

Vanse.

Salen Carlos y la Infanta, su hermana.

CARLOS.

Á daros el parabién
Deste desposorio vengo,
Y vos, del hijo que tengo
Me lo podéis dar también.
Dichosa será esta boda,
Pues cuando hacerse previno,
Tiene la novia un sobrino
Que la regocija toda.
Parió la Princesa, hermana,
Un infante como un sol,
En lo robusto, español,
Por mi bella Galïana,
Y en lo albo y rojo, francés;
Está tan loco su abuelo,
Que dice que muestra el cielo
Que tiene en Francia interés.
Famoso será este día,
Dando á Francia un generoso
Heredero, y á ti esposo
Como el Príncipe de Hungría,
De cuya parte también
Te traigo un grande recado.

INFANTA.

Carlos, con razón me has dado
De mi boda el parabién;
Mas, pues hay con qué pagarte,
Del sobrino te le doy,
Y del gusto con que estoy,
Mi amor puede asegurarte;
Que bien creerás, como hermano,
Que tengo más regocijo,
Carlos, de que tengas hijo,
Que de dar al Rey la mano:
Y con tu licencia quiero
Ir á ver á Galïana.

CARLOS.

Honra nuestro gusto, hermana,
Y de Francia el heredero;
Que pues te casas, y creo
Que cuando abrazos le des,
Te dé envidia, que después
Venga á parir un deseo.

INFANTA.

Sólo le tengo en tu gusto,
Y lo demás sabe Dios.

CARLOS.

Del justo amor de los dos
Todo lo tengo por justo:
Vete en buen hora, y abraza
Desta suerte la parida.

INFANTA.

Y ¿querrás que otro le pida?

CARLOS.

Su cuello nevado enlaza,
Que no habrás visto en tu vida.....
Callo, porque no te asombres.

INFANTA.

Siempre enamora á los hombres
La propia mujer parida.

CARLOS.

¡Oh, qué bien mi amor abonas!

INFANTA.

Es muy llana esta pregunta,
Porque el hijo es el que junta

La sangre de dos personas;
Y como se viene á hacer
Una carne de los dos,
Ámanse en él.

CARLOS.

Bien, ¡por Dios!
No menos te pienso ver.

INFANTA.

Voyme.

CARLOS.

Dile allá mil cosas
De mí y del Rey mi señor.

INFANTA.

Sin hijo, prendas de amor
Lejos están de dichosas.

Vase.

CARLOS.

Gozarse dos en dulce casamiento,
Seguro lecho de amistad durable,
Ser propio el mal, y el bien comunicable,
Beberse el alma con un mismo aliento;
Partir con los trabajos el sustento,
Hacer el trato lo insufrible amable,
No ser la voluntad interesable,
Ni esconderse á la vista el pensamiento;
Es trato incierto, es cédula sin firma,
Fiar del loco mar, servir á ingrato,
Prestar sin prenda, y gusto sin efeto.
Mas cuando con los hijos se confirma,
Es entre los casados cierto el trato,
La paz segura, y el amor perfeto.

Salen Merián, Urgel, Dardín y Borbón, Almirante.

MERIÁN.

Dígaselo el Almirante.

ALMIRANTE.

Siempre me ponéis delante.

URGEL.

Pues ¿quién como vos, Borbón?
Aunque para esta ocasión
No es la cordura importante.

ALMIRANTE.

¡Oh, gran Delfín!

CARLOS.

Primos caros,
Dadme otra vez parabién,
Que otra vez quiero abrazaros.

DARDÍN.

Si vos nos pagáis tan bien,
Poco hacemos en amaros.
¿Á qué pensáis que venimos?

CARLOS.

Mas qué, ¿habéis pensado, primos,
Alguna fiesta?

MERIÁN.

Es verdad:
Sólo á alegrar la ciudad
Aquesta noche salimos.

CARLOS.

Será máscara.

URGEL.

Extremada,
Delfín, si sales en ella.

CARLOS.

Acompañaros me agrada.
¿Quién toma los puestos della?
Salvo mi color leonada.

DARDÍN.

Vos y los cuatro que veis.

URGEL.

Cinco seremos de á seis.
Vos, en fin, ¿tomáis leonado?

CARLOS.

De moro iré disfrazado
Por amor de quien sabéis;
Que aunque es tan bella cristiana
Mi querida Galïana,
Al fin olvidar no puedo
Los palacios de Toledo
Y la hermosura africana.

ALMIRANTE.

Ya tiene traje el Delfín;
Yo quiero salir de blanco.

DARDÍN.

Eso no, que es de Dardín:
Borbón, ó la espada arranco,
Que amo á madama Jazmín,
Y el nombre me da el color.

ALMIRANTE.

¿Qué disfraz?

DARDÍN.

Seis ninfas bellas.

ALMIRANTE.

¡Casto color!

DARDÍN.

¡Casto amor!

ALMIRANTE.

De mí estén seguras ellas
Que no les pida favor;
Ahora bien, escojo el hijo
De amor.

DARDÍN.

¿Quién?

ALMIRANTE.

Celos ó cielos,
Porque pienso que me dijo
Mi dama que tenía celos,
Y así, su color elijo.

MERIÁN.

¿Qué invención?

ALMIRANTE.

Á lo romano:
César, Numa, Octavïano,
Claudio, Nerón y Pompeyo.

CARLOS.

No será el traje plebeyo,
Ni le tomaréis en vano;
Mas no metáis á Nerón.

ALMIRANTE.
¿Por qué?
CARLOS.
Porque sin razón
Quemó á Roma.
ALMIRANTE.
Antes querría
Mostrar que es la vista mía
Nerón de mi corazón;
Que mis ojos han causado,
Con haber visto otros ojos,
Que esté mi pecho abrasado.
CARLOS.
¿Qué lleva Urgel?
URGEL.
Mis enojos
Quisieran llevar leonado,
Pero, pues es del Delfín,
Y lleva el blanco Dardín
Por el jazmín de su dama,
Quien ingratitudes ama,
Vestiráse negro en fin.
MERIÁN.
¡Negro! Y ¿qué disfraz?
URGEL.
Seis sayos
De muertes de plata llenos.
MERIÁN.
De oirlo me dan desmayos.
URGEL.
No os espantéis de los truenos,
Que aún no habéis visto los rayos.
MERIÁN.
Sangraréisos en salud:
Yo vivo con más quietud;
Y pues el color no pierde
Mi esperanza, escojo el verde,
Hablando en propia virtud.
URGEL.
¿Con qué traje?
MERIÁN.
Esta color
Me manda que me disfrace
Con traje de cazador,
Para que cace y enlace
Todas las aves de amor,
Aunque algunas van tan altas,
Que hasta el mismo pensamiento
Hace, siguiéndolas, faltas.
CARLOS.
Por amor, con fundamento,
La fe de esperanza esmaltas.
Cuando yo en Toledo amé
Y al rey Galafre serví,
Por el valor de mi fe
Desta color me vestí,
Esta esperanza saqué.
ALMIRANTE.
¿Hay caballos?
URGEL.
Españoles.
MERIÁN.
Ya el sol, con sus arreboles,
Á que salgamos nos llama.
CARLOS.
Galïana está en la cama,
Que si no, hubiera dos soles.
Mas, pues la noche desciende
De los montes á los valles,
¡Hola, máscaras, y enciende!
Desempedremos las calles,
Que es lo que París pretende.
¿Dónde quedaba el de Hungría?
MERIÁN.
Pienso que le pesaría
Que pariese la Princesa.
CARLOS.
Pues, Merïán, si le pesa,
No le dé Dios alegría.
MERIÁN.
Dígolo, porque ha estorbado
Su boda esta noche.
URGEL.
Ha estado
Muy triste.
ALMIRANTE.
Y tiene razón;
Mas ¡por vida de Borbón,
Que crece el bien dilatado!
DARDÍN.
Largo es el año.
CARLOS.
Y recelo
Que se podrá desquitar.
¡Á mi hijo guarde el cielo!
ALMIRANTE.
¿Cómo le piensas llamar?
CARLOS.
Carloto, dice su abuelo.

Vanse.

Salen Arnaldo y Celio.

ARNALDO.
¿Cómo el caballo has dejado?
CELIO.
Cuatro sombreros he atado
Á los pies, porque si pisa
Recio, ya sabes que avisa
Más que un trompeta al soldado.
ARNALDO.
Y ¿no le pusiste antojos?
CELIO.
Harto le quise poner
Los que traes en los ojos,
Que fuera imposible ver.
ARNALDO.
¡Dame, por tu vida, enojos!
Á la determinación
Nunca le muestres el daño,
Porque es poca discreción
Enseñar el desengaño

Á quien está en la ocasión.
  Al que está riñendo, es tarde
Decir que le han de matar,
Que se esconda ó que se guarde,
Pues sólo puede causar
Que muera como cobarde.
  Ya estoy en el mismo caso;
No he de dar atrás un paso
Por montes de inconvenientes.

CELIO.

No digo que no lo intentes.

ARNALDO.

Pues ¿qué dices? y habla paso.

CELIO.

  Digo que otra noche fuera
Más secreto y más seguro.
Toda la ciudad se altera
Con fiestas; la luz del muro,
En el campo reverbera;
  Arden en la Flor de Lis
Y torres de San Dionís
Tantas hachas, que recelo
Que las estrellas del cielo
Se han trasladado á París.
  Y pues no hacen diferencia
Y son tantas, que á sus lumbres
Quieren hacer competencia,
Porque ya valles y cumbres
No sienten del sol la ausencia,
  Claro está que te han de ver.

ARNALDO.

Y si mañana le dan
Á la Infanta por mujer,
¿Cómo, Celio, quedarán
Mi pesar y mi placer?
  Quedaré en mortal destierro,
Muerto con mi propio yerro,
Y aunque sin honra después,
Todas las luces que ves
Serán hachas de mi entierro.
  Haya máscara, haya fiestas,
Haya más luces compuestas,
Las del sol cubren el manto
De la noche, que otro tanto
Te quiero, como me cuestas.
  ¿Relinchó el caballo?

CELIO.

Sí.

ARNALDO.

Sácale de la ciudad,
Que no está bien, Celio, ahí.

CELIO.

Viendo tu temeridad,
Ha murmurado de ti;
  Que, aunque animal, sabe dar
Tal respuesta á tus preguntas.

ARNALDO.

Más débete de llamar,
Porque estéis dos bestias juntas
Y deis á mi bien lugar.
  Vete, Celio, á estar con él,
Y, pues te entiende y le entiendes,
No me enfades más.

CELIO.

Si dél
Y de mí tanto te ofendes,
Allá me voy.

ARNALDO.

Vé por él;
  Que ya he sentido la puerta
De toda mi gloria abierta.
Dulce señora, ¿sois vos?

Sale la Infanta.

INFANTA.

Yo soy, Arnaldo, y ¡por Dios,
Que desciendo casi muerta!

ARNALDO.

  ¡Oh, quién pudiera esconderos
En el alma, porque el veros
No me diera estos enojos!
Mas viéranse por mis ojos
Esos divinos luceros;
  Que, como llevan la palma
Á los del cielo más bellos,
Póneme el temor en calma,
Que se asomarán á ellos
Como á ventanas del alma.

INFANTA.

  De mil dolores voy llena.

ARNALDO.

Desa manera, señora,
Dos partos os causan pena:
Partir de la propia agora,
Y parir en tierra ajena.
  ¿Hay desdicha como aquésta?
Hacia acá viene la fiesta;
Rebozaos; parad aquí.

INFANTA.

¡Ay, Conde, triste de mí!
¿Esto es amor, y esto cuesta?

Suenan atabales de fiesta y pretales.

Dentro:

  ¡Aparta, aparta!

OTRO.

¿Quién es?

Dentro:

Dardín Dardenia.

OTRO.

¡Gallardo!

Dentro:

¡Fuerte bridón!

OTRO.

¡Lindos pies!

INFANTA.
Mucho, Arnaldo, me acobardo
De oir el ruido que ves.
¡Muriendo estoy de temor!
ARNALDO.
¡Ay, señora de mi vida!
¿Qué es esto?
INFANTA.
Un grave dolor.

Dentro:

¡Aparta, aparta!
ARNALDO.
Perdida
Tenéis, mi bien, la color.

Dentro:

¡Brava carrera!
OTRO.
¡Extremada!
ARNALDO.
Con las hachas y con vos,
Mi bien, no reparo en nada,
Si hemos de morir los dos.

Dentro:

¡Gentil librea!
OTRO.
¡Preciada!

Dentro:

¡Lindos saltos!
OTRO.
¡Bien, por Dios!

Dentro:

¡Aparta, aparta!
OTRO.
El Delfín
Va bizarro con extremo.
INFANTA.
¡Hoy será, Conde, mi fin!
ARNALDO.
¿Qué teméis, mi gloria?
INFANTA.
Temo
Que no pasaré el jardín.

Dentro:

¡Aparta, aparta!
OTRO.
¡Notable
Va el Almirante!
OTRO.
¡Es galán!

INFANTA.
¡Ay, dolor irremediable!

Dentro:

¡Lucido va Merïán!

Dentro:

¡Es la invención admirable!
INFANTA.
Dame esos brazos, esposo.
ARNALDO.
Mi vida, descansa en ellos.

Dentro:

¡Hao! ¡Hao!
ARNALDO.
¡Prodigio espantoso!

Dentro:

¡Viva el Rey!
ARNALDO.
¡Ay, ojos bellos!
INFANTA.
¿Qué es esto?
ARNALDO.
Estoy temeroso.

Dentro:

¡Viva el Rey, que nos ha dado
Libertad!
INFANTA.
¿Qué gente es ésta?
ARNALDO.
Los presos son, que han soltado
Por más honra de la fiesta.
No os dé, mi vida, cuidado.

Salen presos sueltos, en tropa, con ropa.

PRESOS.
¡Vivan Carlos y Pepín,
Que nos dieron libertad,
Y viva el nuevo Delfín!
ALGUACIL.
Sálganse de la ciudad.
PRESO 1.°
¡De la ciudad! ¿Á qué fin?
ALGUACIL.
La que es gente de la vida
Es la que digo que salga,
Y la razón no la pida;
No hablo con la gente hidalga,
Conocida y bien nacida.
PRESO 1.°
Pues mala se la dé Dios:
¿Como sabe el feo mandicho

Que no lo somos los dos?

ALGUACIL.

¡Ea, ya baste lo dicho,
Que os llevaré preso á vos!

PRESO 2.°

¡Mal año al que se fiase
De otra vez para Su Alteza!

ALGUACIL.

¡Vaya la canalla, y pase!

PRESO 1.°

Romperéle la cabeza
Si los esbirros me echase.

ALGUACIL.

La corte desembarace
Todo ladrón.

PRESO 2.°

Que nos place;
Que al fin, á los que ha prendido
Un alguacil mal nacido,
Hoy libra un Rey que bien nace.
¡Viva Carlos!

TODOS.

¡Carlos viva!

ALGUACIL.

¿Qué gente está allí embozada?
¡Ah del muro!

ARNALDO.

Más arriba.

ALGUACIL.

Diga quién va.

ARNALDO.

Gente honrada
Que á ver estas fiestas iba,
Y ha sucedido un pesar.

ALGUACIL.

¿Cómo?

ARNALDO.

Quiere mi mujer
Parir.

ALGUACIL.

Pesar suele dar;
Mas dicen que dió placer.

ARNALDO.

Dejémonos de burlar,
Y doléos, señor, de mí.

ALGUACIL.

¿Qué es menester?

ARNALDO.

La comadre.

ALGUACIL.

Pues ¿ha de parir aquí?
¡Cuerpo de Dios con su padre!
¿Sois oficial?

ARNALDO.

Señor, sí.

ALGUACIL.

¿Qué oficio?

ARNALDO.

Soy escultor.

ALGUACIL.

Á fe que esculpiste bien;
No pudo hacerse mejor.

ARNALDO.

Si tenéis que hacer, también
Me podéis llevar, señor.

ALGUACIL.

Allá podéis esculpir
En el rollo que os estire.

INFANTA.

¡Aquí tengo de morir!

ARNALDO.

Vuestra piedad, señor, mire.
Que es imposible vivir.

Sale otro alguacil.

ALGUACIL 2.°

Basta, que aquí junto estaba
Con un caballo un lacayo,
Y como vió que llegaba,
Subió y partió como un rayo,
Que atrás el viento dejaba:
No sé lo que pudo ser.

ALGUACIL 1.°

Toda esta noche va ansí;
Porque allí está una mujer
Que quiere parir allí.

ALGUACIL 2.°

¿De veras?

ALGUACIL 1.°

Llegaldo á ver.

ALGUACIL 2.°

En tales noches como éstas,
Notables cosas se ven.

ALGUACIL 1.°

Por eso se llaman fiestas.

ALGUACIL 2.°

¿Quién va allá?

ARNALDO.

Ya he dicho quién;
Hombre, ¿por qué me molestas?

ALGUACIL 2.°

La dama está desmayada;
Yo soy casado y piadoso:
¿Mandáis algo, dueña honrada?

INFANTA.

Que os vais.

ALGUACIL 2.°

¡Caso lastimoso!
Mas cerca está mi posada;
Animaos, iréis á ella.

INFANTA.

Id en buen hora, señor;
No es cosa que puedo hacella,
Y ya me deja el dolor.

ALGUACIL 2.°

Quisiéraos servir en ella.

INFANTA.

Guárdeos Dios.

ALGUACIL 2.°

Vamos de aquí.

ARNALDO.

Mi vida, animaos, por Dios,

Que hay grande mal.

INFANTA.

¿Cómo ansí?

ARNALDO.

Que huyendo de aquestos dos
Es ido Celio de allí,
Y el caballo se ha llevado:
¿Podréis caminar á pie?

INFANTA.

¡Aun esto más, cielo airado!

ARNALDO.

Gran gente, mi bien, se ve;
No penséis que es acabado.

INFANTA.

¿Hay más, fortuna?

ARNALDO.

Señora,
Si escapáis la vida agora,
Llamad al cielo piadoso.
Vuestro hermano y vuestro esposo,
Que uno os ama, otro os adora,
Pasan con hachas y á pie.

INFANTA.

Huid, Conde.

ARNALDO.

No podré
Dejaros, mi vida.

INFANTA.

¡Ay, Conde,
Escondéos!

ARNALDO.

No se esconde
Quien ama con tanta fe.

INFANTA.

¡Muerta soy!

Salen Carlos y el Príncipe vestidos de máscara, con muchas plumas y hachas y criados.

PRÍNCIPE.

Yo bien corriera
Con vos, hermano, hasta el alba,
Como á mi Sol visto hubiera.

CARLOS.

Bastante disculpa os salva.

PRÍNCIPE.

Faltaba centro á mi esfera;
Faltaba el norte á mi nave;
Faltaba á mis ojos luz.

CARLOS.

Por hoy la fiesta se acabe.
¡Bien lo ha hecho el andaluz!

PRÍNCIPE.

Vuela ¡por Dios! como un ave.
¿Qué gente es ésa? Llegad
Las hachas.

ARNALDO.

No las lleguéis;
Que no hay necesidad (1).

(1) Verso incompleto.

CARLOS.

¿Quién es?

ARNALDO.

Yo soy; ¿no me veis?

CARLOS.

Conde, á los dos abrazad.

ARNALDO.

Galanes ¡por Dios! venís,
Flores de la Flor de Lis.

PRÍNCIPE.

¿Qué os habéis hecho esta noche?

ARNALDO.

Con una dama, en un coche,
He dado vuelta á París;
Apartéla de su gente,
Y llevéla á mi posada.

PRÍNCIPE.

Y ¿cuál es?

ARNALDO.

La que está enfrente.

PRÍNCIPE.

¿Es hermosa?

ARNALDO.

Y desposada,
Sino que no lo consiente.

PRÍNCIPE.

¡Bien, á fe! Ventura ha sido:
Yo apostaré que el marido
Anda en la fiesta ocupado.

ARNALDO.

Él está bien descuidado
De lo que le ha sucedido.

PRÍNCIPE.

Más dicha tuvisteis vos;
Que yo no he visto á mi esposa.

ARNALDO.

Pues yo la he visto ¡por Dios!
Harto gallarda y hermosa.

PRÍNCIPE.

Ciegos íbamos los dos.
¿Adónde estaba?

ARNALDO.

Un balcón
De esas torres hizo oriente.

PRÍNCIPE.

Allá vuelvo.

ARNALDO.

Y es razón.

PRÍNCIPE.

¿Queréis hachas? ¿Queréis gente?

ARNALDO.

Amores secretos son,
Que no los podéis saber:
Un caballo he menester
Para llevar esta dama.

PRÍNCIPE.

Ya la estimo por su fama.
El mío os quiero ofrecer;
Llevalda, Conde, en el mío,
Que ya estoy aficionado
Á su gentileza y brío;

Que mujer que os ha estimado,
Prendas tiene, yo la fío.

ARNALDO.

En fin, ¿vos me la fiáis?
Guárdeme Dios, Rey de Hungría,
De que esta mujer veáis.

PRÍNCIPE.

¿Por qué?

ARNALDO.

Porque ser podría
Quitármela.

PRÍNCIPE.

¿En eso estáis?
Mal mi amistad conocéis.

ARNALDO.

Dadme un paje, que ya es tarde.

PRÍNCIPE.

Allí el caballo tenéis,
Y aquí amigos.

ARNALDO.

Dios os guarde.
Vamos, mi bien, si queréis.

INFANTA.

Que me conozcan recelo.

Vanse los dos.

PRÍNCIPE.

¡Bravo talle!

CARLOS.

Si es la cara
Tan buena, es ángel del cielo.
Nunca el Conde en menos pára,
Siempre trae por alto el vuelo.

PRÍNCIPE.

¡Por mi vida, que es galán!

CARLOS.

Es un famoso alemán,
Que sirve al Emperador;
Mostró en la guerra valor,
Es un fuerte Capitán.
La primera vez que echó
Mi padre de Francia al Moro,
Notable valor mostró,
Que en nuestras Lises de oro
Lunas de plata arrastró;
Es bienquisto, y es discreto,
Y acertaréis, os prometo,
Si hacéis con él amistad.

PRÍNCIPE.

Ya le tengo voluntad;
Es un gallardo sujeto.
Pero yo lo estoy de suerte
Al amor, al lazo fuerte
De mi esposa, que deseo
Verla ya, porque no veo
Vida sin ella en mi muerte.
Entremos, y pediremos
Á vuestro padre licencia,
Y así, juntos la veremos.

CARLOS.

Amor no tiene paciencia
Ni medio, todo es extremos.

Sale el Almirante.

ALMIRANTE.

Será gallarda invención.

PRÍNCIPE.

De Palacio sale gente
Y el almirante Borbón.
¿Adónde bueno, pariente?

ALMIRANTE.

¿Quién es?

CARLOS.

Vuestros primos son.

ALMIRANTE.

Hubiérades tenido á gran ventura
Los dos ¡por Dios eterno! haber llegado
Á Palacio en aquesta coyuntura.

CARLOS.

¿No nos diréis, Borbón, lo que ha pasado?

ALMIRANTE.

Las damas, y aquel sol de la hermosura,
Que, como á sus estrellas, les ha dado
La luz que tienen, viendo nuestras fiestas,
Á hacernos competencia están dispuestas.
En fin, de nuestra máscara envidiosas,
Máscara ordenan de otras seis cuadrillas;
Vanse á vestir para salir hermosas
Las seis, que fueron siete maravillas;
Salen, en fin, como esparciendo rosas
Blancas, azules, rojas y amarillas,
El alba suele por los verdes prados,
Ya de aljófar del alba matizados.
Estaba la parida, por quien era
La fiesta, haciendo un cielo y paraíso
La cama, á quien el niño fué en su esfera
Un claro sol, y en su cristal Narciso.
Pensamos que la Infanta la primera
Saliera en esta máscara, y no quiso:
Y así, con mucha música en la sala,
De madama Jazmín entró la gala.
Eran seis amazonas que traían
Sus petos y espaldares acerados;
A los diamantes con la luz vencían
Morrïones de plumas adornados;
Las espadas y dagas que tenían,
Mostraban que eran del amor soldados,
Encubriendo basquiñas de oro y tela
Lo que á los hombres de armas la escarcela.
Florida, de encarnado, con seis ninfas
Formó una fuente con los pies y brazos,
Vertiendo en vez del agua y claras linfas,
Perlas y aljófar de los bellos lazos;
Pudieran ser del cielo paraninfas
Cuando, dando á un Cupido mil abrazos,
Le hicieron el remate de la fuente
Con una flecha de oro transparente.
Lucinda, que entre todas es Lucinda

Como el sol con las luces de los cielos,
Sacó una escuadra de serranas linda,
De grana las basquiñas y sayuelos;
Hicieron á este amor que se les rinda,
Él se rindió á sus pies, yo tuve celos;
Pero en danzando ninfas y serranas,
Entraron seis gallardas africanas.
Madama de Tristán era la guía,
Con mil velos de plata y de bengalas;
La morisca danzó, que dar podía
Al amor alas y á la corte galas.
Doñalda, con notable bizarría,
A seis Famas vistió de trompas y alas,
Y dijo en una letra, que á madama
Aún eran pocas para darse fama.
Esperaban aquí, viendo la quinta,
Que mostrase la Infanta sus dos soles,
Pues sale el sol cuando el aurora pinta
Las nubes de dorados arreboles;
Mas por decirlo en relación sucinta,
Por sacar ciertos trajes españoles
Dicen que se detiene, y no ha salido,
Y entretanto á buscaros he venido.

PRÍNCIPE.

Vamos, Carlos, á verla; que esta fiesta
No puedo yo decir que ha comenzado,
Pues no ha salido mi querida esposa,
Que no era bien decir que salió el día
Porque se viese el alba coronada,
Hasta que el sol se muestre con sus rayos.

CARLOS.

¿Vió mi padre la fiesta?

ALMIRANTE.

Y esperando
Está el Emperador con gran contento
Que la Infanta remate alegremente
Tan celebrada fiesta y regocijo.

PRÍNCIPE.

Rüido es éste, y dentro de Palacio.

CARLOS.

Deben de ser algunos caballeros
Que habrá echado la guarda de la sala,
Por venir con rebozo, ó por galanes.

PRÍNCIPE.

Mayor parece, Carlos, el rüido.

CARLOS.

Mi padre sale. ¿Qué puede ser esto?

PRÍNCIPE.

Y no poco alterado y descompuesto.

Sale el Emperador.

EMPERADOR.

Faltar mi hija, ¿es cosa que la puedo
Disimular, Dardín?

CARLOS.

Señor, ¿qué dices?
¿Mi hermana falta?

PRÍNCIPE.

Gran señor, ¿qué es esto?
¿Mi esposa falta?

EMPERADOR.

Príncipe de Hungría,
Tu esposa falta; Carlos, hijo mío,
Tu hermana no parece, ni es posible
Saber por dónde ó cómo, si la tierra
No la esconde en su centro.

CARLOS.

¡Extraño caso,
Y extraña desventura!

EMPERADOR.

¿En qué se fían
Los hombres poderosos de la tierra?
¡Esto sucede á un Rey!

PRÍNCIPE.

Señor, no aflijas
Tu entendimiento; yo he caído agora
En el suceso. ¡Ah, fiero conde Arnaldo!
¡Ah, traidor alemán! ¡Viven los cielos,
Que la mujer que rebozada lleva,
Para que me pidió el caballo agora,
Era la Infanta!

CARLOS.

No es posible menos.
¡Ah, desleal! No hiciera tal engaño
El griego Ulises.

EMPERADOR.

Pues ¿de qué manera
Á vuestros ojos la llevó?

PRÍNCIPE.

Decía
Que era una dama que sacó de un coche
Para gozarla de su gente lejos,
Que andaba en otras fiestas disfrazada.

EMPERADOR.

¿Cuál otro fin jamás tuvieron fiestas?
¡Dichosos los que nunca están alegres,
Que tan lejos están de verse tristes!

CARLOS.

La dilación, señor, dañarnos puede:
Partan mil hombres, tomen los caminos,
Échense bandos, córrase la tierra,
En los puertos de mar se ponga aviso.

PRÍNCIPE.

¡Qué fin ha dado amor á mi esperanza!

EMPERADOR.

¡Ay, cruel hija!

CARLOS.

¡Ay, fementida hermana!

PRÍNCIPE.

¡Ay, desleal esposa, cuanto hermosa!
Mas ¡no mereces que te llame esposa!

Vanse.

Sale Celio.

CELIO.

Todo este monte he corrido
Hasta matar el caballo;
Al conde Arnaldo no hallo;
Ó está muerto, ó preso ha sido.
Sin duda que le prendieron.

¡Oh, temerario amador!
Mas cuantos siguen amor,
¿Qué más dulce fin tuvieron?
Fiero castigo del mundo,
Mejor te llamaran muerte,
Pues que no hay furia tan fuerte
En cuantas tiene el profundo.
Quien muerte del mundo fué,
¿Por qué le llaman amor?

Sale el conde Arnaldo.

ARNALDO.
¿Si he de hallar algún pastor
Que algún sustento me dé?
Ya la claridad del día
Nos muestra un blanco celaje;
Podrá ser que alguno baje
De aquesta montaña fría.
Mas ¡ay, Dios! ¿No es hombre aquél?

CELIO.
Un hombre he sentido allí.

ARNALDO.
¡Aho! ¿Hay gente allá?

CELIO.
Sí.

ARNALDO.
¿Qué es esto, cielo cruel?
No es pastor, que ya se acerca,
En buen traje y de buen talle.

CELIO.
Entrarme quiero en el valle;
Que visto el hombre más cerca,
De Palacio me parece.

ARNALDO.
¡Ánimo, vil corazón!
Mirad qué armado escuadrón
Precisamente os ofrece.
¿Quién va allá?

CELIO.
Detén la espada.

ARNALDO.
Conozco tu voz.

CELIO.
Yo á ti.

ARNALDO.
¿Eres Celio?

CELIO.
Señor, sí.
¿Qué hay de mi señora amada?

ARNALDO.
Luego que por el temor
De la justicia, volando
Dejaste, Celio, la huerta,
Y me llevaste el caballo,
Primislao, Rey de Hungría,
Y el Delfín de Francia, Carlos,
Uno de la Infanta esposo,
Y otro de la Infanta hermano,
Cansados ya de la fiesta,
Con mil hachas y criados,
Y dos moriscas libreas,
Adonde estaba llegaron.
Conociéronme en efeto,
Y haciéndoles un engaño
Como el de Sinón en Troya,
Cuando el caballo preñado,
Dióme el Rey de Hungría el suyo,
Y con dolores de parto,
Partí con mi esposa, Celio,
Partida el alma á pedazos.
Como nos llevaba amor,
Que dicen que vuela tanto,
En alas y ligereza
Era el caballo un Pegaso.
En lo espeso deste monte
Llegó el tiempo limitado
De parir la Infanta triste;
Bajéla, Celio, llorando.
Era el sitio, de una cuesta,
Aunque breve, lo más alto;
Toméla por las espaldas,
Y ceñida con mis brazos,
Parió con mayor dolor
Que ha sentido pecho humano;
Y dando el niño en la yerba,
Fué por la cuesta rodando.
Dejé á la Infanta, y corrí
Donde lloraba el muchacho,
Que era el margen de un arroyo,
Ya de mis ojos formado.
¿No has visto, Celio, entre juncos
Estar las ranas cantando?
Pues lo mismo parecía
Del muchacho el triste llanto.
Toméle en brazos, y estuve
Suspenso de verle un rato,
Porque ya me parecía
Lo que otros muchos de un año.
Subíle á mi pobre esposa,
Que entonces abrió los brazos
Por abrigarle en su pecho,
Que estaba todo temblando.
Yo la dije: «Prenda mía,
Si le llevo á bautizarlo
Á cualquier pequeña aldea,
Se ha de saber este caso.»
«No nos conviene, me dijo,
Y morirse está muy claro;
Mejor es que vos le deis
Agua de Espíritu Santo.»
Voy al manso arroyo, y cojo
Agua con entrambas manos,
Y en nombre de tres Personas
Y sólo un Dios, fué cristiano.
Y como *rouler* en Francia
Es rodar, y fué rodando,
Luego que nació, Roldán
Nos pareció bien llamarlo.
Roldán, en fin, queda agora,
No en rica holanda empañado,
No con mantillas de grana

Y cubiertas de oro y raso,
Sino en mi solo herreruelo,
Y en tres ó cuatro pedazos
Que corté de mi camisa.
Mas ¿qué me detengo? Vamos
Á buscar algún pastor
Que nos dé pan, vino ó algo
Que anime mi muerta vida,
Que pienso que está expirando.

CELIO.

Y luego, ¿qué harás, señor?

ARNALDO.

Aquí, de pieles y ramos
Pienso hacer una cabaña
Entre estos mudos peñascos,
Donde, hasta pasar la furia
Al Emperador airado,
Viva con mi amada esposa
Y con mi Roldán.

CELIO.

Pues vamos;
Que yo he visto unos vaqueros
Entre aquellos robles altos,
Y me muero por tener
Á mi Roldán en los brazos.

ARNALDO.

Que ha de ser, espero en Dios,
Destrucción del Africano,
Gloria del francés Imperio,
Fin del nombre de Alejandro.

ACTO SEGUNDO.

Salen Roldán, muchacho, y Felicio, viejo, con una cayada tras él, deteniéndole Mauricio.

FELICIO.

No me tengáis ¡vive Dios!
De rompelle la cabeza.

MAURICIO.

Teneos.

FELICIO.

¡Qué buena pieza!

ROLDÁN.

Dejalde, tío. ¡Ay de vos!

FELICIO.

¡Que aún el bellaco responda!

ROLDÁN.

Pues ¿cómo que no se arriedra?
Guarde que ponga una piedra
En el lazo de la honda;
Y si con ella le mido
Los cascos por pasatiempo,
Han de salir casi á un tiempo
El alma y el estallido.

MAURICIO.

Muchacho, ¿estás en tu seso?

ROLDÁN.

Dejalde, tío.

MAURICIO.

¿Hay tal cosa?

FELICIO.

¡De madre tan vergonzosa
Salió un mozo tan travieso!
Déjamele menear
Una á una las costillas.

ROLDÁN.

¡Mas que heis de ver maravillas
Si le dejades llegar!

MAURICIO.

¡Roldanico!

ROLDÁN.

¡Guardaos dende!

MAURICIO.

¡Ah, rapaz, qué desvarío!

FELICIO.

¡Afuera!

ROLDÁN.

Dejalde, tío;
Que ya sé lo que pretende.

FELICIO.

¿Qué puedo yo pretender?

ROLDÁN.

Que os abra un jeme de casco,
Y que me suba á un peñasco
Donde no me podáis ver.

FELICIO.

¿Decís que sufra, Mauricio,
Una desvergüenza igual?

MAURICIO.

Si os ha hecho el mozo mal,
Querellaos dél en jüicio.

FELICIO.

¿No veis que casi me ha muerto
Un hijo á palos y á coces?

ROLDÁN.

Feliso, dejaos de voces;
Que no fué nada, por cierto;
Que su lengua disoluta
Eso, y aun más, mereció.

MAURICIO.

¿Qué te hizo?

ROLDÁN.

Me llamó.....

MAURICIO.

¿Cómo?

ROLDÁN.

Hijo de la puta;
Y mi madre es muy honrada,
Si padre no conocí,
Que hasta nacer, yo no fuí
Culpado, si fué culpada.
Dios el alma me infundió,
Que yo no me la tomé,
Pues yo, hermanos, ¿qué saqué,
Sino lo que Dios me dió?

Si después que fuí nacido
He hecho cosa en que tenga
Culpa, el castigo me venga
De mi culpa merecido.
De mis padres no me enojan
Los daños, si es que hubo alguno
De culpar, pues cada uno
Nace por donde le arrojan.
La esmeralda y el diamante
Nacen de una misma tierra;
En éste acierta, aquél yerra
En ser blando, ó ser constante.
El mejor rey descendió
De un hombre, sin saber cuál:
El bueno ó mal natural,
Con la virtud se venció.
Y si nací sin nobleza,
Por mí mismo soy tan bueno,
Que estoy de nobleza lleno
Contra mi naturaleza.
El que de buenos nació,
Si es ruin, ése solo es ruin,
Pues como ruín perdió, en fin,
La nobleza que heredó.
Mi madre es de buena gente,
Y por sí muy virtuosa,
Y á quien dijere otra cosa,
Digo tres veces que miente.
La primera, porque es santa
En sufrir tanta pobreza,
Porque con tanta belleza
Es mucho pobreza tanta;
La segunda, porque ha sido
Penélope en los engaños
De amor, por más de veinte años
De ausencia de su marido;
La tercera, las iguala
Con que yo su hijo fuí,
Porque quien me hizo á mí
No pudo ser cosa mala.

MAURICIO.

Él tiene gran discreción.
Pues, Felicio, ¿qué decís?

FELICIO.

Que en mi vida vi mentís
Con tanta definición;
No hay zorra con tantas artes.

MAURICIO.

Es un ángel Roldanico.

FELICIO.

¡Que un mentís de hombre tan chico
Se repartiese en tres partes!
Pero quiero responder,
Para que á todos tres cuadre,
Que mienten tu padre y madre,
Y tú en hablar y en nacer.

ROLDÁN.

¿Mi padre, mi madre y yo?
¡Fuera villanos!

MAURICIO.

Felicio,
Huid.

FELICIO.

Tenedle, Mauricio.

ROLDÁN.

¡Perros!

FELICIO.

¡Ay!

MAURICIO.

¿Qué?

FELICIO.

Aquí me dió.

Sale la Infanta, y vanse los labradores.

INFANTA.

¿Adónde vas desta suerte?

ROLDÁN.

Á vengar mi honor perdido.

INFANTA.

¿Perdido?

ROLDÁN.

Basta ofendido,
Para vengarme en su muerte.

INFANTA.

¿Tienes seso?

ROLDÁN.

Tengo honor.

INFANTA.

Rapaz.....

ROLDÁN.

Ya no soy rapaz.

INFANTA.

Vive en paz.

ROLDÁN.

No quiero paz.

INFANTA.

Pues ¿qué?

ROLDÁN.

La guerra es mejor.

INFANTA.

¿Deso gustas?

ROLDÁN.

¡Dulce nombre!

INFANTA.

Mataránte.

ROLDÁN.

No hayas miedo.

INFANTA.

Estáte quedo.

ROLDÁN.

No puedo.

INFANTA.

¿Por qué?

ROLDÁN.

Porque soy muy hombre.

INFANTA.

¡Hombre! ¿Qué dices?

ROLDÁN.

Pues ¿quién?

INFANTA.

¿Quién te ha ofendido?

ROLDÁN.
Un villano.
INFANTA.
Y ¿dístele?
ROLDÁN.
Con la mano.
INFANTA.
¿Y con un palo?
ROLDÁN.
También.
INFANTA.
Fué mal hecho.
ROLDÁN.
Fué bien hecho.
INFANTA.
¿De quién dijo mal?
ROLDÁN.
De vos.
INFANTA.
Súfrelo tú.
ROLDÁN.
¡Bien, por Dios!
INFANTA.
¿Qué dijo?
ROLDÁN.
Acá está en el pecho.
INFANTA.
Luego ¿no lo sabré?
ROLDÁN.
No.
INFANTA.
¿Y andando el tiempo?
ROLDÁN.
No sé.
INFANTA.
¿Por qué?
ROLDÁN.
Yo me sé el por qué.
INFANTA.
¿Quién eres tú?
ROLDÁN.
Yo, soy yo.
INFANTA.
¿No eres mi hijo?
ROLDÁN.
Sí, madre.
INFANTA.
¿De qué prendas?
ROLDÁN.
De ser hombre.
INFANTA.
¿Cómo?
ROLDÁN.
Roldán es mi nombre.
INFANTA.
Y ¿no más?
ROLDÁN.
Dios es mi padre;
Que á quien el padre faltó,
Dios es padre general;
Y si de vos hablan mal,
Seré vuestro padre yo.
Mil veces os he rogado
Me digáis de qué manera
Nací.
INFANTA.
Si yo lo supiera,
Ya te lo hubiera contado.
ROLDÁN.
Pues qué, ¿pudísteme hacer
Sin sentir lo que pasó?
Que estoy por decir que yo
Me sentí hacer y nacer.
INFANTA.
Si fué tu padre algún hombre
Que por aquí pasó incierto,
¿Cómo podré yo de cierto
Saber sus prendas y nombre?
ROLDÁN.
Luego, madre, aquel rapaz
Que me llamó mal nacido,
No mintió.
INFANTA.
Desdicha ha sido.
Haz, hijo, con éstos paz;
No seas soberbio, y advierte
Que en esta pequeña aldea
No es bien que nadie te vea
Presumir de noble y fuerte.
Humíllate, y querrá Dios
Que te ensalcen; que si das
En soberbio, no darás
Buena cuenta de los dos.
Nunca se logra el altivo,
Nunca el cruel se engrandece,
Nunca el arrogante crece,
Ni se goza el vengativo.
Más podrás con mansedumbre;
Gran cosa es la cortesía;
En los hombres, la porfía
Es una infame costumbre.
Sujeto, sujetarás;
Humilde, tendrás amigos;
Causa el imperio enemigos;
Pero la soberbia, más.
ROLDÁN.
¡Par Dios, gentiles razones
Tras estar desengañado
De que no es mi padre honrado!
Dejaos, madre, de sermones,
Y tomaldos para vos;
Que si no fuiste muy santa,
Ni el muchacho os lo levanta,
Ni aun aquí lo sois, ¡par Dios!;
Engañóme la humildad
Con que os vía proceder:
¡Ah, madre, que sois mujer!
INFANTA.
Mujer soy, hijo; es verdad.
ROLDÁN.
Pues ya que tanto lo fuiste,
¿Fuera mucho que con quién

Supiérades?

INFANTA.

Fuera bien;
Mas no pude.

ROLDÁN.

¿No pudiste?
¡Gran señal de mujer mala!
Perdonadme aqueste nombre.
¡Aún no conocer el hombre
Que á su mismo pecho iguala!
No puede á mujer ponelle
Su sér en más bajo caso,
Como en conocer acaso
Un hombre sin conocelle.
Á lo menos, si se hereda
El valor, como lo veis,
Eso que vos no sabéis
Pienso qué deciros pueda.
Esperad, haré un retrato,
Si soy el que me engendró,
Donde veréis, como yo,
Su misma persona y trato:
Él era un hombre galán,
Fuerte, robusto, bizarro,
Con un español desgarro,
Con un francés ademán;
Con un ingenio italiano,
Con ligereza de inglés,
Con tesón aragonés,
Con pecho y valor romano;
Con flamenca cortesía,
Con prudencia veneciana,
Con firmeza castellana
Y con troyana hidalguía;
Con alemán pensamiento,
Con dulzura portuguesa,
Con industria genovesa
Y tudesco sufrimiento.
Y este hombre que veis aquí,
Fué, sin duda, original,
De quien soy retrato igual,
Y efecto de quien nací.
Y pues que por parte vuestra
Tanto he venido á perder,
Que sois mujer, y mujer
Siempre fué desdicha nuestra,
Quedaos con Dios, que no quiero
Vivir un punto con vos.

INFANTA.

¡Hijo, hijo!.....

ROLDÁN.

Madre, adiós.

INFANTA.

¡Oye, escucha, espera!....

ROLDÁN.

Espero;
¿Qué me habéis ya de decir?

INFANTA.

Quiérote decir quién eres.

ROLDÁN.

Tras ser ruines las mujeres,
¿Qué sabrán, sino mentir?

INFANTA.

Oye, y sabrás lo que pasa.

ROLDÁN.

Las buenas tratan verdad;
Pero tras la liviandad
Está la mentira en casa;
Que como es fuerza encubrir
La fealdad de la flaqueza,
Sírvense de la certeza
De engañar y de mentir.
Y por eso es bien, en fin,
Con no querer escucharos,
Excusarme y excusaros
De que mintáis tras ser ruin.
Porque si sólo un mentís
Es lo que al hombre deshonra,
No perdáis, madre, más honra
Mintiendo en lo que decís.

Vase.

INFANTA.

Hijo, tanta crueldad, ¿cómo es posible?
¿En mi defensa quieres que no hable?
¿Aún no permites que tu vida entable
En la edad que ya tienes convenible?
Huyóse de mis ojos insufrible,
Temerario rapaz. ¡Rigor notable!
¡Oh mozo, más que el mar inexorable,
Y que los montes áspero y terrible!
¿Qué haré? que tú me dabas el sustento
Con que vivía en esta pobre aldea:
Dime si he de perderte ó esperarte.
¡Oh, plega al cielo que tras este intento,
Igual á la del sol tu ausencia sea,
Que vuelve siempre con más luz que parte!

Salen cuatro villanos mozos, Servando, Tirso, Merencio é Hilario.

SERVANDO.

No ha de quedar sólo un hombre
En Villaflor, ¡voto al sol!

TIRSO.

Muestras coraje español;
Ni quede piedra, ni nombre.
No va mozo del aldea
Que no le den por regalo
Mucha coz y mucho palo,
Si saben que della sea;
Y esto no es uno por uno,
Que ciento por uno son.

MERENCIO.

Ya sé yo su condición,
Y que no hay mozo ninguno
Que cuerpo á cuerpo riñese,
Ni con honda ni con palo,
Con el más vil, que le igualo
Á mí propio, si allá fuese.

HILARIO.

El formar este escuadrón

Que Servando os aconseja,
En una duda me deja,
Si la venganza es razón;
  Y es que vais sin capitán,
Y ejército sin cabeza,
No tiene más fortaleza
Que á un cuerpo sin ella dan.
  Nombrad de nosotros uno
Que gobierne esta milicia,
Y hagamos dellos justicia,
Sin que se escape ninguno.
  Ellos pellizcan las mozas
Si las cogen en el prado;
Hasta Inés, la del trenzado,
Merencio, que tú retozas,
  Se me quejó el otro día;
Ellos las huertas nos entran,
Y derriban cuanto encuentran,
Sea de noche, sea de día.
  En fin, nos tratan de modo,
Que ya se puede pensar,
Ó que abrasen el lugar,
Ó que se lo gocen todo.

TIRSO.

  Bien dice Hilario; Servando
Puede ser el capitán.

SERVANDO.

Honrado oficio me dan.
Pero yo estaba aguardando
  Que le diesen á Merencio.

MERENCIO.

Yo no; Tirso lo ha de ser.

TIRSO.

No sé á quién podéis hacer,
Porque no le diferencio
  Á un romano capitán
En el hacer y el decir.

SERVANDO.

Lejos irás de mentir
Si nombras, Tirso, á Roldán.

TIRSO.

  Pues ¿hay, Servando, zagal
Como Roldán en la aldea?

SERVANDO.

Yo, por mí, digo que sea.

MERENCIO.

No tiene mancebo igual
  Toda aquesta serranía.

HILARIO.

Es demonio.

TIRSO.

Es muy valiente,
Tiembla dél toda la gente;
Es Roberto en Normandía.
  Si lucha, derriba al suelo
Al mancebo más robusto;
Si tira al blanco, es tan justo,
Que mata un ave en el cielo;
  Si tira al canto ó la barra,
Pasa al que mejor, diez pies;
Si esgrime, parece que es
La destreza más bizarra;
  Si habla, no es labrador,
Sino galán cortesano;
Si enojado, un tigre hircano
Lleno de rabia y furor.
  Él es pobre, si esto es falta
En el que es hombre de bien;
Mas no conozco de quién
Se sepa virtud tan alta.

Sale la Infanta.

HILARIO.

  ¡Hola! Su madre está aquí:
Preguntémosla por él.

MERENCIO.

¿Si nos querrá decir dél
Si esto sabe?

TIRSO.

Creo que sí.

SERVANDO.

  Flérida, ¿dónde has dejado
Á tu Roldán?

INFANTA.

Ha reñido
Conmigo, y pienso que es ido
Hacia el arroyo del prado.
  Si le topáis por allá,
Decid que con pena estoy.

SERVANDO.

¿Vas á buscarle?

INFANTA.

Á eso voy.

Vase.

SERVANDO.

Dice que á buscarle va.

MERENCIO.

  ¿Para qué día os parece
Que esta batalla se ordene?

SERVANDO.

Para el domingo que viene.

TIRSO.

¡Voto al sol! Roldán se ofrece.

Sale Roldán.

  ¿Adónde vas tan marchito?

ROLDÁN.

¡Par Dios, no sé dónde voy!
Reñido en mi casa estoy:
Ya para gallo repito,
  Ni me puedo sujetar.
Andaba con cierta moza
Que de gozarme se goza
Y no se deja gozar,
  Y mi madre, por lo tanto,
Hame reñido muy bien.

TIRSO.

En que te muestre desdén,

De su cordura me espanto.

ROLDÁN.

¿Qué hacéis tan juntos aquí?

TIRSO.

Ha dado aquella aldegüela
En mearnos la pajuela,
Para que lo diga ansí;
Porque en cogiendo el zagal,
Le dan mucho palo y coz;
Y ansí, todos á una voz,
De nuestra Villarreal
Vamos contra Villaflor
En escuadrón ordenado,
Y aun habemos concertado,
Para gobierno mejor,
Que seas el capitán.

ROLDÁN.

Dádome habéis gran contento;
Pero el verme pobre siento
Para el cargo que me dan.
Yo he de vestirme y tener
Que gastar á ley de honrado;
Bueno soy para soldado.

TIRSO.

El capitán has de ser;
No te pienses excusar.

ROLDÁN.

Tan pobre, fuera mal hecho;
Si soldado os aprovecho,
Así me podéis llevar.

MERENCIO.

¿Qué has menester?

ROLDÁN.

Dos vestidos,
Armas y algunos ducados,
Para que vais más honrados
De buen capitán regidos.

MERENCIO.

¡Par Dios, que tiene razón!
Á nuestros padres pidamos
Algo con que le vistamos,
Que es honra del escuadrón.

ROLDÁN.

Hurtarles algo podréis;
Que el soldado, aunque más grave,
No medra si hurtar no sabe:
Hurtad para que medréis.
Sea la lección primera
De mi soldadesca honrada
Hurtar y vestir la espada.

SERVANDO.

Di la segunda y tercera.

ROLDÁN.

La segunda, obedecer,
Porque el soldado obediente,
Fuera de ser más valiente,
Está cerca de vencer.

SERVANDO.

¿La tercera?

ROLDÁN.

La tercera,
Es mirar más al honor
Que al interés.

TIRSO.

¿Qué mejor
Alejandro lo dijera?
¿Quién te ha enseñado, Roldán,
Estas cosas?

ROLDÁN.

¿Qué sé yo?
Cuando yo nací, nació
Conmigo el ser capitán.
Creedme que lo he soñado
Mil noches, y que rompía
Ejércitos, y salía
Y entraba entre ellos armado.
Muchas veces desperté,
¡Al arma, al arma! diciendo,
Y de aquel continuo estruendo
Aprendí lo que soñé.

HILARIO.

Ahora bien, Roldán, haz cuenta
Que tienes ricos vestidos,
Para soldado, escogidos,
Pues el hurtar no es afrenta.
¿Cuándo quieres ordenar
El campo?

ROLDÁN.

Esta misma tarde
Haré en el valle un alarde,
Y os enseñaré á marchar.

HILARIO.

Marchar y alarde..... ¿Qué es eso?

ROLDÁN.

Esta tarde lo sabréis,
Y algún dinero traeréis,
Pues la pobreza os confieso.
Que en no siendo el capitán
Liberal y gastador,
Y haciendo plato, es mejor
Que le llaméis ganapán.
Tened de todo secreto,
Y enviemos centinelas,
Que son escuchas y velas
Del otro campo: en efeto,
No digáis de aquesto nada;
Que ahorcaré, pues me toca,
Al que despliegue la boca.

MERENCIO.

¡Brava arrogancia!

HILARIO.

¡Extremada!

SERVANDO.

¿Dónde hallaremos bandera?

TIRSO.

En mi casa hay dos cortinas.

ROLDÁN.

Bizarramente imaginas:
Cosida, es bandera entera.
No te las vean hurtar.
Caja habremos menester
Pero ya la sabré hacer,

Si hay quien la sepa tocar.

HILARIO.

Eso, yo la tocaré.

ROLDÁN.

Pues yo te enseñaré el són
Con que marcha el escuadrón,
Moviendo á compás el pie.

TIRSO.

¡Qué diestros, qué doctrinados
Nos ha de dejar Roldán!

MERENCIO.

Vaya, señor capitán.

ROLDÁN.

Pasá adelante, soldados.

Vanse.

Salen Felicio y Donato, Alcalde villano, y Siraldo, alguacil.

FELICIO.

Digo que me querello y que me quejo
Ante vos una vez, y dos, y cuatro,
De Roldanillo, y que justicia pido,
Que me ha descalabrado mi muchacho,
Y que á mí me ha tirado muchas piedras
Con una honda.

ALCALDE.

¿Á vos con una honda?

FELICIO.

Á mí con una honda.

ALCALDE.

¿No teníades
Manos para un rapaz?

FELICIO.

Roberto el Diablo
No fué travieso en competencia déste;
Sentencialde á ahorcar, que tiene el pueblo
Alborotado y lleno de mil quejas.

ALCALDE.

¡Par Dios, que creo que es demonio el mozo!
Vaya Siraldo, y préndale.

SIRALDO.

Yo os juro
De no prenderle en no me dando gente.

ALCALDE.

¿Gente para un muchacho Roldanico,
Que ayer andaba apenas?

SIRALDO.

Es demonio;
No creeréis el zagal que ya se ha hecho:
Trae dos ó tres hondas: una ciñe
En vez de la pretina, y en las piernas
De otras dos hace ligas; siempre trae
Las faltriqueras llenas de cuchillos
Si lleva al campo algún gabán; va llena
De piedras de un arroyo la capilla;
Tiene descalabrados mil muchachos;
Mil mozas requebradas. Finalmente,
No me atrevo á prenderle sin ayuda:
Es ligero, es robusto, es fuerte, es diestro,
Y no guarda respeto al más amigo.

FELICIO.

Id vos, Alcalde, y hágaos buen provecho.

ALCALDE.

Sois para poco vos, que ésta es la causa;
Dejadme á mí, veréis si no le pongo
Que apenas le conozcan en la aldea;
Yo amansaré los bríos al bellaco:
¡Roldanico conmigo!

FELICIO.

Ésa es su madre.

Sale la Infanta.

INFANTA.

¿Qué tratáis de Roldán?

ALCALDE.

Á la fe, Flérida,
Vos paristes un niño como un ángel;
No se topa cabeza que no quiebra,
Moza que no pellizque, ni hombre honrado
Á quien no le dispare con la honda
Una salutación, cual sea su vida.
¿Ésto se ha de sufrir?

INFANTA.

Á mí me pesa,
Señores míos, de que sea tan malo;
Sabe Dios que le riño y le castigo.

FELICIO.

Vinistes á este pueblo, destos montes,
Con este medio diablo entre los brazos;
Diéronnos acogida alegremente,
Con cristiana piedad, y habéis vivido
De la labor costosa desas manos;
Manos que labran cosas que se llevan
Á vender á París por peregrinas:
Y labrando en holanda tan bien, Flérida,
Labráis tan mal en carne, que habéis hecho
Al cielo un monstruo y á la tierra un diablo.
Pues aguardad, que vamos á prendelle.

INFANTA.

Yo me huelgo, señores, y es muy justo,
Para que asiente, que le deis castigo.
Mas no digáis que no os aviso á tiempo:
Guardaos si se defiende.

ALCALDE.

¿Qué es defensa?
Yo le traeré á la cárcel: ven, Felicio.

FELICIO.

Déjame tú con él.

ALCALDE.

Vamos.

Vanse.

INFANTA.

¡Ay, triste;
De cuántas desventuras me ha cercado
La fortuna cruel!

Sale Roldán.

ROLDÁN.

¿Dónde van, madre,

Todos estos villanos en cuadrilla?

INFANTA.

¡Ay, Roldán, á prenderte!

ROLDÁN.

Tomad, madre,
Ese lienzo de reales que me han dado
Ciertos soldados de mi compañía,
Y no quedéis con pena que me prendan;
Comed y regalaos, y adiós.

INFANTA.

Aguarda;
Oye hijo. ¿Qué es esto? No hay remedio.
¿Un lienzo, y todo lleno de dinero?
¡Triste de mí! Sin duda que lo ha hurtado.
Él ha dado en ladrón. ¡Fuerte desdicha!
¡Ah, vil necesidad! Pues ¿cómo á un nieto
De un Rey y Emperador, á un hijo mío
Y de Arnaldo, el más noble de Alemania,
Tales costumbres muestras? ¡Quién creyera
Que aquesta desventura me faltaba!
Mas ¿qué aguardo, ¡ay de mí! que por los mon-
[tes
Más altos desta tierra no le sigo?
¿Si se me ha de ausentar? ¿Si han de prenderle?
¡Oh peñas altas! ¡Oh testigos mudos
De mi parto cruel! Pues que le visteis
Nacer al pie de aqueste manso arroyo,
Y le veis desde entonces cada día,
Decidme dónde está la prenda mía.

Salen cuatro villanos del lugar contrario, con hondas, Celestio, Peloro, Cardenio y Eufrasio.

CELESTIO.

Qué ¿nos quieren hacer guerra?

PELORO.

Bien entendéis lo que pasa;
Hasta en nuestra propia casa,
Que no sólo en nuestra tierra,
Escuadrones han formado,
Y en la orilla de ese río
Nos hizo un gran desafío
Tirso, de soberbia armado.

CARDENIO.

Deja, Peloro, ese miedo;
Todos son unos cobardes.

EUFRASIO.

De que van haciendo alardes,
Daros un testigo puedo.
No cumple estar descuidados;
Palos y hondas prevenid,
Y antes que salgan, salid
Á robar huertas y prados.
No quede fruta ni viña,
Ni cabrito ni cordero,
Que no le gocéis primero,
En monte, valle y campiña.
No quede moza ó serrana
Que salga á esta clara fuente,
Que no nos sirva ó contente
De buena ó de mala gana.
Anden, Celestio, las hondas,
Que unos maten y otros tumben,
Y á su estallido retumben
Valles y cavernas hondas.
Conozcan que son gallinas.

CARDENIO.

Presto lo han de conocer.

CELESTIO.

Allí viene una mujer.

PELORO.

¿Quién eres? ¿Dónde caminas?

CARDENIO.

No la tiréis, que no es hombre.

Sale la Infanta.

INFANTA.

¿Qué furor desatinado
Es éste?

CELESTIO.

Hablar excusado:
Dinos tu estado y tu nombre.

INFANTA.

¿Qué es lo que queréis hacer?

EUFRASIO.

Cautivarte.

INFANTA.

¿Aquí, en mi tierra?

PELORO.

¿Tú no sabes ya la guerra
Que se trata desde ayer?

INFANTA.

¿Qué guerra?

PELORO.

¿Hay descuido igual?
Guerra por todo rigor,
Los mozos de Villaflor
Con los de Villareal.

INFANTA.

Pues ¿cómo te persüades,
Ya que ser tan loco quieres,
Que hemos de estar las mujeres
En vuestras parcialidades?
Dejadme ir donde voy.

CELESTIO.

Digo que seas cautiva.

INFANTA.

¿Cautiva?

CARDENIO.

Y pues quedas viva.....

INFANTA.

Villanos, ¿sabéis quién soy?

CARDENIO.

¿No eres de Villarreal?

INFANTA.

Sí, y este monte es mi padre;
Pero soy de Roldán madre,
Y podraos suceder mal.

EUFRASIO.

¿De Roldanillo, Cardenio?
No le hagamos pesadumbre.

CELESTIO.
Mozo honrado.
CARDENIO.
Está en la cumbre
De buena fuerza y de ingenio;
Pero es ya tan arrogante
Porque nos gana á tirar,
Correr, esgrimir, saltar,
Que no hay mozo que no espante.
Y si aquésta no prendemos,
Es mujer, y hará un enredo,
Diciendo ella que de miedo,
Con que afrentados quedemos.
CELESTIO.
Bien dice; cautiva sea.
EUFRASIO.
Mirad que es mozo Roldán,
Que si este enojo le dan
Pondrá fuego á nuestra aldea.
CARDENIO.
Quita allá, que es un rapaz:
Tirad con ella.
INFANTA.
¿Esto hacéis?
CARDENIO.
Ó batalláis, ó teméis,
Ó hacéis guerra, ó tratáis paz.

Salen Tirso, Hilario, Servando, Merencio, con bandera y caja, y Roldán, bien vestido, con jineta, gobernándolos, y los más que puedan.

ROLDÁN.
Esperad, que no vais bien;
No habéis de caminar más
De como el són da el compás,
Que así habéis de andar también.
Toca tú, y miradme á mí.
TIRSO.
Pasea, Roldán, á ver.
ROLDÁN.
De aquesta suerte ha de ser.

Toquen la caja, y pasee al són.

TIRSO.
Ya lo entiendo.
ROLDÁN.
Haceldo así.
TIRSO.
Toca, y pasearéme yo.
ROLDÁN.
¡Qué desairado que vas!
¡Toma bien, necio, el compás,
Pesar de quien te parió!
TIRSO.
No te enojes, que sí haré.
ROLDÁN.
¡Romperéte en la cabeza
La jineta!
MERENCIO.
¡Bien empieza!

SERVANDO.
¿Jineta viniendo á pie?
ROLDÁN.
Ésta se llama jineta,
Insignia de capitán.
SERVANDO.
¿Quién te lo dijo, Roldán?
ROLDÁN.
Yo leí cierto poeta
Que de la guerra trataba,
Y aficionado á su historia,
Tomé, casi de memoria,
Lo que á una empresa tocaba.
No me llaméis capitán
Desde hoy.
TIRSO.
Pues ¿por qué razón?
ROLDÁN.
Porque con este bastón
Soy el general Roldán.
Esta es cabeza y gobierno
De un ejército formado,
Que da el Rey á un gran soldado,
No bisoño ni moderno.
TIRSO.
Pues ¿qué importa ser bisojo?
ROLDÁN.
¡Bisoño digo, ignorante!
TIRSO.
Pasa, Roldán, adelante,
Y no recibas enojo.
ROLDÁN.
Éste nombra capitanes,
Alféreces y sargentos,
Oficiales, é instrumentos
Fuertes, cuerdos y galanes.
Hay un Maesè de campo,
Oficio de más valor;
Hay un Sargento mayor,
Que ordena á su tiempo el campo.
Marchan de muchas maneras:
Va delante la vanguardia,
Va detrás la retaguardia,
Van en medio las banderas.
Llaman bagajes las cargas
De armas, ropas y sustento;
Posar es alojamiento
Después de jornadas largas.
Cuando yo os diga haced alto,
Es que allí habéis de parar;
Por la falta del lugar,
Quedo en muchas cosas falto.
Maese de campo sea
Hilario; sea capitán
Tirso, que es fuerte y galán,
Y los domingos campea;
Merencio, alférez; Servando,
Sea Sargento mayor:
Toca despacio, atambor,
Y vayan todos marchando.
Y no salga de la orden

Ninguno, porque, ¡por vida
Del Rey, que el bastón le mida!
Porque en marchar con desorden
Está el perder una empresa.

Sale Belariso, villano.

BELARISO.

¿Qué haces tan descuidado,
Roldán? que un campo formado,
Del valle al soto atraviesa.
Cien mozos de Villaflor,
Con menos orden que estruendo,
Van los campos destruyendo,
Sin perdonar fruto y flor.
Cárganse, que es compasión,
De almendras verdes y duras,
De las uvas mal maduras
Y las peras sin sazón;
Del membrillo sin provecho,
Que apenas el vello arroja,
La guinda y cereza roja
Entre la linde y barbecho.
Lo que á su hambre conforma,
Pepino y cohombro son,
Porque en su cama el melón
Apenas pepitas forma.
Comen racimos aprisa,
Haciendo en las viñas parvas;
Corre el mosto por las barbas,
Manchando pecho y camisa.
Y ya de comer contentos,
Como es costumbre de amor,
Para mayor deshonor
Buscan entretenimientos.
Á tu madre han cautivado,
Con otras cuatro serranas
De las que por las mañanas
Llevaban gansos al prado.

TIRSO.

Si esto sufres.....

ROLDÁN.

Tente, espera.
¿Presa mi madre?

PELORO.

Yo digo
Que la vi, yo soy testigo.

ROLDÁN.

¡Muera la canalla fiera!
Agora es tiempo, soldados,
De acometer esta gente
Vil, grosera, inobediente,
De vino y sueño cargados.
Agora es tiempo.....

TIRSO.

No hay tiempo;
Cierre luego el escuadrón.

ROLDÁN.

Esperad, que es oración
Que se dice en este tiempo

TIRSO.

Que no hay ya qué nos decir.
¡Acomete!

ROLDÁN.

Acometer,
Con cierto nombre ha de ser.

SERVANDO.

Pues ¿de qué puede servir?

ROLDÁN.

¡Qué graciosa necedad!
De ánimo y grande favor.

MERENCIO.

Nómbrale.

ROLDÁN.

¿Cuál es mejor?
Ea, San Dionís tomad;
Y hago juramento al cielo,
Si vengo á ser de otras guerras
Entre hombres, sobre honra ó tierras,
Común ambición del suelo,
De no nombrar otro nombre:
Veamos cómo decís
San Dionís hoy.

TODOS.

¡San Dionís!

ROLDÁN.

Yo haré que mi nombre asombre;
Hoy conocerá mis bríos
El mundo.

TIRSO.

Cuanto promete
Ha de hacer.

ROLDÁN.

Toca, acomete:
¡San Dionís, soldados míos!

Fínjase una batalla, y salgan unos villanos con otros peleando con hondas que respondan bien, haciendo que tiran piedras y que se bajan á tomallas, y salgan Donato, Felicio, Mauricio y otros viejos, con lanzones, á ponerse en medio.

DONATO.

Deteneos, ¿Estáis locos? ¿Qué es aquesto?

MAURICIO.

¿Por qué os matáis, traidores, deste modo?

FELICIO.

Este Roldán en esto los ha puesto.

DONATO.

¿Quién duda que es Roldán culpa de todo?
Dad palos, no temáis ayuda presto;
Todos quedamos hoy puestos de lodo.

FELICIO.

Y aun de sangre diréis: llamad sus madres,
Pues no respetan á sus viejos padres.

DONATO.

¿Hay tal bellaquería? Roldanillo
Ha muerto dos ó tres; allá va huyendo.

MAURICIO.

Dejó las hondas, y sacó un cuchillo;
Llamad justicia, y vámosle siguiendo.

FELICIO.
Allí, en las verdes yerbas, amarillo,
Eufrasio queda, confesión diciendo.
DONATO.
Vamos, que si se mete por la sierra,
No le podréis prender.
MAURICIO.
¡Extraña guerra!

Vanse.

Salen Roldán y su madre.

INFANTA.
¡Suelta el cuchillo!
ROLDÁN.
Y si acaso
Me viniesen á prender,
¿Con qué me he de defender?
INFANTA.
¡Suelta!
ROLDÁN.
¡Paso, madre, paso,
Que no estoy tan bien con vos!
INFANTA.
¿Qué has de hacer? ¡Tres mozos muertos!
ROLDÁN.
Irme por esos desiertos
Donde me llevare Dios.
INFANTA.
Temo que te has de perder.
ROLDÁN.
Madre, culpa habéis tenido,
Porque un hombre mal nacido,
Como ha nacido ha de hacer.
INFANTA.
Ya tú no puedes estar
En la aldea.
ROLDÁN.
Iré á la corte;
Que esto pienso que mi importe
Mejor que arar y cavar.
No faltará á quién servir.
INFANTA.
Llévame contigo allá.
ROLDÁN.
Pienso que mejor será
Que entre villanos morir.
Y pues tan malquisto quedo,
Con vos se querrán vengar.
Madre, ¿podréis caminar?
INFANTA.
Con amor todo lo puedo.
Y pues á la corte vas,
Porque veas que te pones
En grandes obligaciones,
Oye quién eres no más.
ROLDÁN.
¡Gracias á Dios, madre mía,
Que ya me mostráis amor!
INFANTA.
Oye y camina.
ROLDÁN.
El rigor
Templáis que con vos tenía.
INFANTA.
Un caballero alemán
De antigua y clara nobleza
Sirvió á mi padre en París,
Que era gran señor en ella.
Era gallardo, era fuerte,
Con tal gracia y gentileza,
Que poniendo en mí los ojos,
No pude hacer resistencia.
Casámonos en secreto
Porque en público no fuera
La voluntad de mi padre,
Que luego casarme intenta.
Estando cerca del parto,
El nuevo marido llega
Á París, con grande aplauso,
Con mil géneros de fiestas.
Pero quiso la fortuna
Que hallando lugar en ellas,
Me trujo por estos montes,
Que están de París tres leguas.
Y aunque fuimos tan buscados
Por la mar y por la tierra,
No nos pudieron hallar;
La razón fué estar tan cerca.
Apenas llegué, Roldán,
Á la falda destas peñas,
Cuando en brazos de mi esposo,
Y en lo alto destas cuestas,
Te parí, que porque entonces
Fuiste rodando por ellas,
Te llamé en francés Roldán;
Mira qué apellido heredas.
Hicimos el mismo día
Una cabaña pequeña,
Donde estuvimos tres años,
Que apenas salimos della;
Porque un paje, el más leal
Que en las historias se cuenta,
Traía del campo y río
Caza, fruta, leche y pesca.
Vino á verse, en fin, tu padre
En tan notable tristeza
De ver mi necesidad,
Hambre, desnudez y pena,
Que, en efecto, concertamos
Que él y su paje á la guerra
Se fuesen, por ver si acaso
Algo medrasen en ella;
Y que yo, Roldán, contigo
Me viniese á aquesta aldea,
Donde labrando he vivido
Tú sabes con qué pobreza;
Porque como no tenía
Oro, holanda, plata ó seda,
No podía hacer labores
Del precio que yo quisiera.
Pasados eran dos años,

Cuando me trujeron nuevas
Que era cautivo tu padre
De los moros de Biserta.
¿Qué me dirás, hijo mío,
De aquellas lágrimas tiernas
Qué lloré entonces por él?
Mas, pues viví, pocas eran.
Haste criado villano;
Mas sabe Dios tu nobleza.
Si me llevas á París,
Hijo, con secreto sea.
Tenme en una pobre casa
Que esté de la villa fuera,
No me conozca algún hombre
Que me vió en tanta riqueza.

ROLDÁN.

¿Es posible, madre mía,
Que sois tan noble y tan buena?
Echarme quiero á esos pies.

INFANTA.

Camina, y no te detengas.

ROLDÁN.

¿Que está cautivo mi padre?

INFANTA.

Si es vivo, él vive en cadenas.

ROLDÁN.

¿En cadenas, y yo libre?
¡No quiera Dios que eso sea!
Yo pediré su rescate;
Yo iré por él á Biserta.

INFANTA.

Mucho prometes, Roldán.

ROLDÁN.

¡Si no lo cumpliere, muera!

INFANTA.

Cuando salí de París,
Que ya estoy viendo la puerta,
Con más carga caminaba,
Aunque salí más contenta.
Sacábate en mis entrañas,
Y vuélvote fuera dellas.
¡Ay París, ay patria mía,
Cuántas lágrimas me cuestas!

ROLDÁN.

Entrad, madre de mi alma;
Que vos viviréis en ella,
Y yo libraré á mi padre,
Ó no habrá sangre en mis venas.

Vanse.

Salen el almirante Borbón y Urgel.

ALMIRANTE.

Pienso, Urgel, que el Delfín trata en España
Desposar á Carloto.

URGEL.

Aún es muy tierno.

ALMIRANTE.

Harto el Emperador le desengaña.
Ramiro le pretende hacer su yerno.

URGEL.

Los reyes de León y la Montaña
Tienen muy oprimido su gobierno.

ALMIRANTE.

Eso sólo está libre, y por la raya
De Francia, con Navarra está Vizcaya.

URGEL.

Cada vez que me tratan de Carloto,
De aquella noche en que nació me acuerdo,
Que fué de más tragedia y alboroto
Que ha visto el mundo, ó la memoria pierdo.
¿En qué lugar tan áspero y remoto
El conde Arnaldo, tan dichoso y cuerdo,
Se sepultó con la robada Infanta?

ALMIRANTE.

Ese milagro á todo el mundo espanta.

URGEL.

Caso extraño que no hayan parecido
Muertos ni vivos, ni se sepan nuevas.
El mar, sin duda, su sepulcro ha sido,
Y aun hay desta verdad bastantes pruebas.
El Príncipe de Hungría no ha querido
Casarse.

ALMIRANTE.

¡Bravo honor!

URGEL.

Si tú lo apruebas;
Que yo, Borbón, nunca pensé que había
Perdido honor, aunque él lo presumía.

ALMIRANTE.

¿Qué honor pudo perder por el concierto?
Que nunca le dió el Príncipe la mano.

URGEL.

Es Primislao muy hijo de Roberto,
Agravio formará del viento vano.
Sale el Emperador.

ALMIRANTE.

Tengo por cierto
Que viene de escribir al Rey hispano.

URGEL.

De la guarda parece ese alboroto.

ALMIRANTE.

Á misa va con Carlos y Carloto.

Salen guardas, al Emperador, el Delfín y Carloto, su hijo mancebo, á la traza de Roldán.

EMPERADOR.

Después podréis responder
Estas capitulaciones.

CARLOS.

¿Pondré también las razones,
Señor, que dijiste ayer?
Paréceme que es mejor
La que habemos acordado.

Va saliendo gente con memoriales.

UN SOLDADO.

Duélase deste soldado
Vuestra Majestad, señor.

EMPERADOR.
¿Dónde has servido?
SOLDADO.
En Bayona,
Contra el Inglés.

Sale una mujer.

MUJER.
Mi marido
Está preso, y no he podido,
Por ser mujer, y persona
De pocos deudos y pobre,
Hacer que el pleito se vea.

Sale un truhán.

TRUHÁN.
Yo pido alguna librea
Cuando en vuestra casa sobre;
Que soy loco, y aunque loco,
Parezco en lo pobre cuerdo;
No me hagáis loco, si pierdo,
Ni cuerdo, si gano poco.

Sale un viejo.

VIEJO.
Por éste y mil memoriales
Verá Vuestra Majestad,
Fuera de mi voluntad,
Dos arbitrios que son tales,
Que le valdrán un millón.

Sale Roldán.

ROLDÁN.
Creo que tarde he llegado;
Pero no, que está parado
Y oyendo: ¡oh, buena ocasión!
Señor Rey, pues que los reyes
. . . . (1).
Beneficio y gracia á todos,
Por justas y santas leyes,
Y á vos os ha puesto Dios
En el más alto lugar
Que á príncipe pudo dar,
Y vos hacéis como vos,
Doleos deste soldado
Pobre, perdido á remate,
Y dadme con qué rescate
Un padre que tengo honrado;
Que pues trocó por servir
La libertad en prisión,
Ya veis vos que no es razón
Que á otro lo vaya á pedir.
EMPERADOR.
¿Hay mayor atrevimiento?

(1) Falta un verso.

CARLOS.
¡Qué gracia tiene en hablar!
ROLDÁN.
Ea, ¿qué me mandáis dar?
EMPERADOR.
Recibo en verle contento.
CARLOS.
Notablemente el rapaz
Con sólo verle aficiona.
ROLDÁN.
Así Dios vuestra persona,
Gran señor, conserve en paz;
Y si aquesto puede ser,
Que á Dios no hay nada imposible,
Porque es incomprehensible
Su soberano poder,
Veáis nietos de Carloto,
Que es ahora vuestro nieto,
Y para tan justo efeto
No falte en el mundo un voto,
Que me deis, no como á mí,
Mas como vos podéis dar,
Porque no ande en el lugar
Un hombre de bien ansí.
EMPERADOR.
¿Hay donaire semejante?
No he visto rapaz mejor.
CARLOS.
Quédese en casa, señor,
Aunque mi afición espante,
Por ser la cosa primera
Que os pido.
ROLDÁN.
Bésoos los pies.
EMPERADOR.
Sea, pues tu gusto es;
Mas saber quién es quisiera.
¿Quién eres?
ROLDÁN.
No sé, ¡par Dios!
En una aldea nací,
No sé quien soy; cuanto á mí,
Soy tan bueno como vos.
CARLOS.
¡Gracia notable!
EMPERADOR.
¿Dijiste
Que eras soldado?
ROLDÁN.
Sí he sido.
EMPERADOR.
¿De qué y adónde has servido?
ROLDÁN.
Yo fuí general.
EMPERADOR.
¿Qué fuiste?
ROLDÁN.
General: ¿de eso te espantas?
EMPERADOR.
¿No me tengo de espantar?

ROLDÁN.
No, señor, que en mi lugar
También hay guerras, y tantas,
Que sólo yo las pudiera
Poner en paz, porque un día
Vencí con mi infantería
Una batalla harto fiera.

CARLOS.
¿Batalla?

ROLDÁN.
De hondas feroces;
Mas yo, cual noble caudillo,
Saqué ¡par Dios! un cuchillo,
Y dejándome de voces,
Á tres dellos espeté,
Y heme acogido á sagrado.

EMPERADOR.
El villano es extremado;
Cuanto pida se le dé.
Sirva á Carloto.

ROLDÁN,
Eso no,
Á lo menos de mi voto:
¿Es mejor que vos Carloto?

EMPERADOR.
No, porque mejor soy yo.

ROLDÁN.
Pues de esta razón fundado,
Que os sirva, mi fe os empeño;
Que si sois el mejor dueño,
Yo soy el mejor criado.

CARLOS.
Mira que hay aquí delante
Muchos muy buenos.

ROLDÁN.
¿Quién son?

CARLOS.
El duque Urgel y Borbón,
Que es de Francia el Almirante.

ROLDÁN.
Ellos me confesarán
Que soy mejor.

ALMIRANTE.
¡Qué atrevido!

ROLDÁN.
Porque general he sido,
Cargo que á reyes le dan.

CARLOS.
¿Tu nombre?

ROLDÁN.
Roldán me llamo,
Porque rodando nací.

EMPERADOR.
Voy á misa.

ROLDÁN.
Voy tras ti.

EMPERADOR.
Ven, Roldán; mucho te amo.

ALMIRANTE.
Con la mano en la cabeza
Te lleva el Rey á su lado.

EMPERADOR.
Roldán.....

ROLDÁN.
Señcr.....

EMPERADOR.
Hombre honrado
Pareces.

ROLDÁN.
Soy rica pieza.

EMPERADOR.
¿Quién duda que rodarás
Siendo ya amigos los dos?

ROLDÁN.
Pues he rodado hasta vos,
Ya no quiero rodar más.

ACTO TERCERO.

Salen el Embajador de España y el almirante Borbón.

ALMIRANTE.
Aquí podéis aguardar
Que salga el Emperador,
Que á cualquier Embajador
Suele en esa sala hablar.

EMBAJADOR.
Acompañado de vos,
Dondequiera estoy muy bien.

ALMIRANTE.
¿Queréis que una silla os den?

EMBAJADOR.
No.

ALMIRANTE.
Tomadla.

EMBAJADOR.
No, ¡por Dios!

ALMIRANTE.
Yo soy muy aficionado
Á la nación española,
Y no es ésta la vez sola
Que os he servido y hablado;
Que me acuerdo haberos visto
En León.

EMBAJADOR.
Merced me hacéis.

ALMIRANTE.
Que os sirvamos merecéis
Por un español bienquisto;
Que pocos lo suelen ser
Fuera de su natural.

EMBAJADOR.
Favor y merced igual
Os quisiera agradecer,
Si estuviera donde puedo
Seros de alguna importancia.

Salen el Emperador y Roldán.

ROLDÁN.
El Almirante de Francia
Está con él.

EMPERADOR.
Habla quedo.

ALMIRANTE.
Ya sale Su Majestad.

EMBAJADOR.
Dadme, señor, esos pies.

EMPERADOR.
Los brazos más justo es,
Que os tengo gran voluntad;
Soy yo muy aficionado
Á la Casa de Guzmán.

EMBAJADOR.
Por los que en España están,
Señor, me muestro obligado,
Y os beso, en nombre de todos,
Los pies.

EMPERADOR.
Es gente, Borbón,
De muy alta condición,
Son alemanes y godos.
Dad una silla á don Juan.

ALMIRANTE.
Merece todo favor,
Porque basta ser, señor,
De sangre y casta Guzmán.

Siéntanse el Emperador y el Embajador.

EMPERADOR.
Agora podéis decir
Lo que me pide Ramiro.

Roldán tira una silla, y siéntase junto á los dos.

EMPERADOR.
¿Qué miráis?

EMBAJADOR.
Mi señor, miro.

ROLDÁN.
¿Qué? Bien podéis proseguir.

EMBAJADOR.
Miro el que silla ha tomado
Con vos, para conocelle
Y la reverencia hacelle,
Que es justo, y soy obligado.
¿Es, por ventura, Carloto?
Déme Su Alteza los pies.

EMPERADOR.
¡Paso! Tened, que no es.

ROLDÁN.
No soy sino Carlos roto:
Carlos soy por presunción,
Y roto por nacimiento.

EMBAJADOR.
La razón es argumento
De que le falta razón:
No le había conocido.
¡Bien, bien, hombre de placer!

ROLDÁN.
De pesar pudiera ser
Que os hubiera parecido,
Á decirme esas razones
Donde responder pudiera;
Pero saldréis allá fuera.

EMBAJADOR.
Decidme las condiciones,
Señor, deste caballero,
Antes que palabra os hable.

EMPERADOR.
Es un hombre inestimable,
Por lo que le estimo y quiero;
Nació en una pobre aldea,
Y por su ingenio, que estimo,
Es mi báculo y arrimo.

EMBAJADOR.
Todo eso es justo que sea.

EMPERADOR.
Es un hombre muy valiente,
Allí donde le miráis.

EMBAJADOR.
Por las señas que me dais
Le pediré cortésmente
Perdón de lo mal hablado.

ROLDÁN.
Contra mí nadie habla mal,
Porque del que es desigual
No puedo ser afrentado.

EMBAJADOR.
Pues ¿yo soy desigual vuestro?

ROLDÁN.
¿Qué sois vos más de Guzmán?
Yo soy don Roldán.

EMBAJADOR.
¿Roldán?

ROLDÁN.
Roldán soy. Pues ¿no lo muestro?

EMBAJADOR.
Sí mostráis.

EMPERADOR.
Tiene valor:
De mi nieto es grande amigo.

EMBAJADOR.
Desde esta pendencia digo
Que lo soy suyo, señor.
Dadme, don Roldán, la mano.

EMPERADOR.
Dadle la mano.

ROLDÁN.
Sí haré,
Aunque.....

EMBAJADOR.
Haced que me la dé,
Ya que por padrino os gano.

EMPERADOR.
Ea, volved á sentar.

EMBAJADOR.
Allá tenemos, señor,
Un rapaz deste valor,

De quien pudiera contar
Mil espantosas hazañas.

ROLDÁN.

¿Soy yo rapaz?

EMBAJADOR.

Sois muy hombre;
Al otro doy este nombre.
Cuéntanse cosas extrañas
De Bernardo.

EMPERADOR.

Pues ¿quién es
Bernardo?

EMBAJADOR.

El Carpio se llama,
Que presto sabréis su fama,
Y su desgracia después.
Tenía Alfonso una hermana
Que un vasallo le gozó,
De quien Bernardo nació.

EMPERADOR.

¡Ay, hija infame y liviana,
No quisiera haber oído
Ejemplo de tu maldad!

EMBAJADOR.

El Rey, con seguridad,
Del noble Conde ofendido,
Le tiene en dura prisión,
Lamentando su fortuna,
En el castillo de Luna,
Y á la Infanta en religión.
Por hijo del Rey se cría
Bernardo, de esto ignorante,
Y á Roldán tan semejante,
Que imaginé que le vía.
Será de su misma edad;
Pero es valiente y travieso.

EMPERADOR.

No lleva ventaja en eso
Á Roldán.

EMBAJADOR.

Su Majestad
Se deleitara de ver
Tal rapaz como es Bernardo,
Airoso, fuerte, gallardo,
De extremado parecer;
Bravo con hombres, y blando
Con mujeres por extremo.

ROLDÁN.

¡De envidia y rabia me quemo;
De coraje estoy temblando!
¿Quién es ese Bernardillo
Que conmigo comparáis?
Español, ¿sabéis que habláis
Con Roldán?

EMPERADOR.

¡Ah, rapacillo!
Salíos al punto allá fuera.

ROLDÁN.

Yo callaré. ¡Vive Dios!.....

EMBAJADOR.

¿Hemos de reñir los dos?

ROLDÁN.

¡Que así un español me altera!

EMPERADOR.

Decidme lo que Ramiro
De Navarra intenta.

EMBAJADOR.

Creo
Que conocéis su deseo.

EMPERADOR.

El blanco á que mira, miro,
Que es nuestra paz y amistad;
Pero es muy rapaz Carloto,
Y no sé si tengo el voto
De su padre.

ROLDÁN.

Oid.

EMBAJADOR.

Hablad.

ROLDÁN.

Decidle á ese Bernardillo
Que pase al margen de Andaya,
Y se venga hasta la raya
De Navarra.

EMPERADOR.

¡Ah, rapacillo!

ROLDÁN.

Yo callaré.

EMPERADOR.

¿Qué es aquesto?

ROLDÁN.

Y que allí podremos ver
Cuál es más hombre.

EMBAJADOR.

Iré á hacer
Lo que me decís muy presto;
Que es hombre el otro que á ti
No te tendrá mucho miedo.

ROLDÁN.

¿Posible es que sufrir puedo
Que esto se diga de mí?
Desde aquí le desafío,
Y pido al Emperador
Campo.

EMBAJADOR.

¡Gracioso favor!

EMPERADOR.

Gusto de su enojo y brío.
Calla, Roldán, que me enfado.

ROLDÁN.

Yo callaré. Llevad vos
Un papel, y entre los dos
Quedará el campo aplazado.

EMPERADOR.

Ahora bien, venid conmigo,
Que os quiero en secreto hablar.

Vase el Embajador con el Emperador.

ALMIRANTE.

Hoy te mandan azotar.

ROLDÁN.

Es muy niño ese castigo.
Pero ¿seréis hombre vos
Para darme esos azotes?

ALMIRANTE.

No empuñes, no te alborotes;
Tú y yo, Roldán, á otros dos.

Vase el Almirante, y queda Roldán solo.

ROLDÁN.

¡Cuán diferente vida
Es la del cortesano,
De la que siendo labrador tenía!
¡Ay, aldea querida,
Ay, mi traje villano,
Donde seguro deste mal vivía!
Cuando el alba salía,
Campos llenos de flores
Eran primero objeto
De mi vista, en efeto.
Mis oídos, en dulces ruiseñores,
Estaban ocupados,
Por blancos olmos de los verdes prados.
Aquí que la mentira,
La lisonja y engaño,
Tienen menor lugar, pues con vergüenza
La virtud se retira,
Por uno y otro daño,
Temiendo siempre que el poder la venza,
Parece que comienza
Mi vida edad extraña,
Pues para más despecho,
Amor entró en mi pecho,
Que sólo fuera del amor hazaña;
Y tanto en él se apoya,
Que él parece Sinón, y yo soy Troya.
Doñalda de mis años,
Doñalda, que sin duda
Nació en mi estrella, cautivó mi vida,
Mis libres desengaños
En sujeciones muda,
Prendióme el alma, de su cebo asida.
Dulcísima homicida,
¿Qué no podrán tus ojos?
Mi madre era mi dama;
Ya el libre teme, y ama
Quien triunfaba de amor con mil despojos:
Bien dicen que se cría
En ocio amor, y en dulce fantasía.

Sale Carloto.

CARLOTO.

Entré buscando, perdido,
Más de una hora á Roldán.

ROLDÁN.

Los perdidos me hallarán
Después, Delfín, que lo he sido;
No sé cómo no me hallaste.
¿Qué hay de nuevo?

CARLOTO.

Un gran favor.

ROLDÁN.

Tú, Carloto, con tu amor
Á ese favor obligaste:
¡Triste de mí, que queriendo
Cuanto se puede querer,
No he de poder merecer
El favor que estoy pidiendo!

CARLOTO.

¿Á quién amas? ¡Por mi vida.....

ROLDÁN.

Hanme mandado callar.
Deja ¡por Dios! de jurar
Cosa de mí tan querida,
Sino dime tu favor;
Que toda la envidia mía
No deshará la alegría
De tu contento, señor.
Eres mi dueño, mi rey,
Soy tu hechura, tu criado,
Vivo por tu causa honrado,
Siendo yo espada sin ley;
Que aunque es verdad que mi acero
Dos limpios filos abarca,
Parece que sin la marca
No parece caballero.

CARLOTO.

Hame dicho cierta dama,
(Que, pues me niegas la tuya,
Cada cual guarde la suya
Por lo que importa á su fama),
Que aquesta noche le dé
Música por el terrero.

ROLDÁN.

¡Gran favor!

CARLOTO.

Hablarla espero
Cuando á las rejas esté:
Quiero, pues, Roldán amigo,
Pues tengo de ir embozado,
Llevar tu espada á mi lado,
Y otros dos hombres conmigo,
Porque se puede ofrecer
Desvanecida cuestión.

ROLDÁN.

Sí; mas di, ¿para qué son
Esos hombres menester?
¿Han de tañer ó cantar?
¿Han de llevar instrumentos?
Ó ¿qué son tus pensamientos
Si á mí me quieres llevar?

CARLOTO.

Porque tú con estos dos
Saldréis bien de cualquier caso.

ROLDÁN.

No daré contigo un paso.

CARLOTO.

¿Por qué?

ROLDÁN.

Porque no, ¡por Dios!

Donde llevas á Roldán,
Cuando ejércitos viniesen
Contra los dos, y trujesen
Á César por capitán,
¿Hay más armas, ni concierto,
Más defensa, más espada,
Que dar yo aquesta patada,
Para que se caigan muertos?

CARLOTO.

Satisfecho estoy de ti;
Pero es más seguridad.

ROLDÁN.

Esto que digo es verdad;
Yo lo dije, y será ansí.

CARLOTO.

Digo ¡por Dios! que lo creo.

ROLDÁN.

Acabemos, que me enojo,
Porque donde yo me arrojo,
No he de salir sin trofeo.

CARLOTO.

Pues vamos, y te armarás;
Que bastaremos los dos.

ROLDÁN.

Esto sí, que ¡vive Dios,
Que ha de haber lindo zis, zas!

Vanse.

Salen el conde Arnaldo y Celio, de cautivos.

ARNALDO.

Tras tantos años, Celio, no imagines
Que seremos de nadie conocidos.

CELIO.

Cuando á entrar en París te determines,
Mucho nos aseguran los vestidos.

ARNALDO.

¿En qué confías?

CELIO.

En que son tan ruines,
Más que en los años y el estar perdidos
En tierra y mar, con tanto cautiverio.

ARNALDO.

Esta es la corte del francés Imperio:
¿Cuál, si te acuerdas bien, era el aldea
Donde quedó la Infanta?

CELIO.

El tiempo largo,
Que por los breves años se pasea,
Dulce á la infancia, á la vejez amargo,
Hace á mis ojos que imposible sea,
Por más que lo que dices les encargo,
Hallar entre estas peñas el camino.

ARNALDO.

¡Oh, cuán dulce es la patria al peregrino!
¡Dichoso aquel que en el invierno al fuego,
Cercado de sus hijos y su esposa,
Cuenta el camino, y los abraza luego,
Vertiendo el alma, de placer llorosa!
Yo me contemplo como Ulises griego,
Si vive acaso mi mujer hermosa,
Contándole á Telémaco mi historia
En brazos de Penélope, mi gloria.
Si no me acuerdo mal, estos peñascos,
Estas sombrosas hayas, estos tejos,
Fueron nuestros doseles y damascos;
Y estas fuentes, que al sol daban reflejos,
Estas cortezas me ofrecieron frascos,
Mientras que los de plata estaban lejos,
Donde, sin aromáticos licores,
Cogí cristal en márgenes de flores.
De aquí me acuerdo que á Roldán hicimos,
Esas son las mimbreras, una cuna
Que en cuatro varas de peral tejimos,
Primera nave de su vil fortuna;
Aquí, de yedras, hojas y racimos,
Que aún me parece que hay reliquia alguna,
Estaba una cubierta suficiente,
No para Enero, para Julio ardiente;
Mas ¡ay! que allí atraviesa un pastorcillo,

Sale Belariso.

Detente un poco, ¡por tu vida! hermano.
¿Cuánto está de París aquel castillo?

BELARISO.

Seis millas cortas y camino llano;
Dejaréis la vereda del sotillo,
Y tomaréis el prado hacia esta mano.

ARNALDO.

¿Es Villarreal acaso aquesta aldea?

BELARISO.

La misma, si os importa que lo sea.

ARNALDO.

¿Qué se hizo una mujer que aquí vivía
Con un muchacho hermoso entre los brazos,
Que mil labores en holanda hacía?

BELARISO.

¿Roldanillo?

ARNALDO.

Daréte mil abrazos,
Que Roldán el muchacho se decía.
¡Llegaron de mi bien los largos plazos!
¿Es ella viva?

BELARISO.

Sí.

ARNALDO.

Y ¿está en la aldea?

BELARISO.

No, que ya por las cortes se pasea.
Salió travieso el buen Roldán, y tanto,
Que no dejó mancebo en esta tierra,
A quien con palo, puño, espada ó canto,
No hiciese en pecho ó frente mortal guerra.
Era de suerte desta tierra espanto,
Que su misma braveza le destierra
Della para mil años, de tal suerte,
Que le sentencian en ausencia á muerte.
Pero él tomó á su madre de la mano
Y la llevó á París, donde, sin duda,

Vivirá con oficio cortesano,
Si no, le servirá de mala ayuda.

ARNALDO.

No prosigas, ¡oh, rústico villano!
Que nunca el bien en tanto mal se muda.
¡Oh, mensajero necio!

BELARISO.

¿Eso merezco
Por responder? Adiós.

ARNALDO.

Á Dios me ofrezco.
¡Ay, cielo! ¿Qué es aquesto?

CELIO.

¿Tú imaginas
Que éste dice verdad?

ARNALDO.

Luego ¿éste miente?

CELIO.

¿Duda pones en prendas tan divinas?

ARNALDO.

Ven á París, porque buscarle intente.
Dejé mi esposa entre álamos y encinas,
Dos casas, cuatro peñas y una fuente,
Y hállola en cortes, donde por ventura
Le ha dado vil riqueza su hermosura.
¡Muerto soy, Celio; tornaréme loco!
¡Oh, mal fundadas esperanzas mías!
¡Púselas en mujer!

CELIO.

No era tan poco
El fundamento que en su pecho hacías;
Á reñirte, si puedo, me provoco,
Creyendo que de un ángel desconfías.
¡Da crédito á los ojos!

ARNALDO.

¿Qué aprovecha?
Ojos tiene también cualquier sospecha.
Iré á buscarla, y si Roldán ha sido
La causa de su infame perdimiento,
En el primero abrazo irá escondido,
Aunque mi sangre, este puñal sangriento.

CELIO.

Cuando tal cosa hubiere sucedido,
Desquiciado verás el firmamento.

ARNALDO.

¡Ay, que se juntan en mi desventura
Mujer, pobreza, ausencia y hermosura!

Salen Roldán y Carloto, de noche, y músicos.

ROLDÁN.

Di que empiecen á cantar,
Y aquí me deja esconder.

CARLOTO.

¿Quién es aquella mujer
Donde me hiciste esperar?

ROLDÁN.

Mujer que me cose y lava,
Hace labor y almidona.

CARLOTO.

No tiene mala persona.
Di verdad.

ROLDÁN.

Déjame.

CARLOTO.

Acaba.

ROLDÁN.

¡Una pobre lavandera
Que vive en el arrabal!

CARLOTO.

Aunque el traje no era tal,
¡Por Dios, que el rostro lo era!
No vi más bella mujer.

ROLDÁN.

¿Qué dices?

CARLOTO.

Esto que digo;
Y á no ser prenda de amigo,
Yo sé lo que había de hacer.

ROLDÁN.

Repórtate en estas cosas,
Porque eres más antojado,
Que con el primer preñado
Las mujeres melindrosas.
Si es mía, ó si no, la hembra,
¿Qué te va, Carloto, á ti?
Aquella tierra está allí,
Y ha días que no se siembra.
Anda ausente el labrador,
Que sólo un fruto ha cogido,
Porque pagar no ha podido
Los censos á su señor.
Y aunque no se siembra en él,
Para cuando dé provecho
Doy en guardar el barbecho,
Que no entren bestias por él.

CARLOTO.

Hablas con dos mil sentidos;
Pero la mujer me agrada.

ROLDÁN.

Á mí tu gusto me enfada,
Pájaro de tantos nidos.

CARLOTO.

Mañana voy en un coche
Á ver si la puedo ver.

ROLDÁN.

Cántese, si es que ha de ser
Esta música esta noche,
Y dejemos esa historia,
Que aún no la imprime su autor.

CARLOTO.

Cantad, cantad.

ROLDÁN.

De tu amor
Has hecho una pepitoria;
Y hay muchos hombres ansí,
Que el plato de la mujer
Así le quieren comer,
Como te sucede á ti:
Cabeza de una que es roja,
Pescuezo de una que es blanca,
De alguna que es gorda, un anca;

Y cuál flaca se le antoja;
Tal, de morena un alón;
Tal, de quien baila unos pies;
Porque amor de muchas, es
Pepitoria de afición.

CARLOTO.

¡Vive Dios, que eres demonio!
Cantad.

MÚSICO.

¿Qué mandas cantar?

CARLOTO.

Ahí podréis levantar
Á Porcia algún testimonio.

En cantando algo, diga D.ª Alda, á la ventana:

ALDA.

¿Es Roldán?

CARLOTO.

No, sino yo.

ALDA.

¿Quién?

CARLOTO.

Carloto, ¡pesia mí!

ROLDÁN.

¿Cómo?

CARLOTO.

Que te llama á ti.

ROLDÁN.

Míralo bien.

CARLOTO.

¿Cómo no?

ROLDÁN.

¿Soy yo quien llamáis?

ALDA.

No sé.

ROLDÁN.

Yo, mi señora, ignoraba.....

ALDA.

¿Qué?

ROLDÁN.

Que Carloto os hablaba
En ausencia de mi fe.

ALDA.

Bien sabe el señor Delfín
Que agradecida estoy yo,
Pero enamorada no.

CARLOTO.

Luego ¿soy Delfín del fin?
¡Por Dios, á buen rato llego!
¿Desa suerte me pagáis?

ALDA.

Yo os amo, si vos me amáis.

ROLDÁN.

¡Qué gentil constancia! ¡Fuego!

ALDA.

Pero díceme Roldán
No sé qué ternuras suyas.

ROLDÁN.

No diré yo de las tuyas,
Que tan de levante están.
Si amáis al Delfín, á mí,
¿Qué me podéis ya querer?

ALDA.

Mucho.

ROLDÁN.

¡Oh, qué propia mujer!

CARLOTO.

¿Cómo?

ROLDÁN.

Quiere á mí y á ti.

CARLOTO.

¡Lanzones!

ROLDÁN.

¡Pedrada!

CARLOTO.

¡Ripio!

ROLDÁN.

Si á los dos queréis, en fin,
Quered al Delfín por fin,
Y á Roldán para principio.

ALDA.

No me dejo entender bien.

ROLDÁN.

Somos mozos en amor,
Y no entendemos la flor
Hasta que el fruto nos den.

ALDA.

Amo á Carloto por dueño.

ROLDÁN.

Pues si ya dueño tenéis,
¿Qué parte darme queréis
Por tanto quitarme el sueño?

ALDA.

Á vos, por marido os amo.

ROLDÁN.

¡Arrojóse!

CARLOTO.

No me pesa,
Que tengo mejor empresa.

ROLDÁN.

Reparo en que eres mi amo,
Y súfrote disparates.

CARLOTO.

Hablemos en paz los dos;
Que no falta ya, ¡por Dios!
Roldán, sino que me mates.

Salen Borbón, Almirante; Merián y Dardín, embozados.

ALMIRANTE.

Ha traído, como os digo,
Carloto por su matante
Á Roldán.

MERIÁN.

Pasa adelante.

ALMIRANTE.

Que es gran privado y amigo,
Y habémosle de probar.
Veamos qué aceros tiene.

CARLOTO.
¿Qué gente es ésta que viene?
ROLDÁN.
Bien te puedes embozar.
Yo basto, porque son tres.
DARDÍN.
¿Quién va?
ROLDÁN.
Un hombre que es muy hombre.
DARDÍN.
¿No sabremos cómo ha nombre,
Qué hace en Palacio y quién es?
ROLDÁN.
¿Para qué quiere saber
Quién soy, señor majadero?
ALMIRANTE.
¡Mentís!
ROLDÁN.
¡Afuera!
CARLOTO.
¿Qué espero?
MERIÁN.
Demonio debe de ser.
DARDÍN.
Miedo tengo que nos hieran.
ALMIRANTE.
Mira que somos amigos.
ROLDÁN.
Seréis de quién soy testigos.
¡No hay amigos! ¡Mueran!
CARLOTO.
¡Mueran!

Vanse á cuchilladas, y salen Celio y el conde Arnaldo.

ARNALDO.
Es en las cortes de los Reyes, Celio,
Su alcázar y palacio el cierto archivo
Donde se halla lo que buscan todos.
Aquí sabrás la nueva, aunque no haya
Sucedido en el mundo eternamente;
Aquí, por estas losas se pasean
Muchos que, no teniendo oficio alguno,
Proveen los oficios de los Reyes:
Ellos dan dignidades, y gobiernan,
Y aquello que imaginan lo publican,
De suerte que, hasta ver el desengaño,
Pasan como verdades sus mentiras.
Tan gran lugar como París, bien veo
Que no me diera señas de mi esposa;
Pero si de mi hijo hubiere algunas,
No dudes que se sepan en Palacio.
CELIO.
¿De un labrador criado en una aldea
Desde la cuna hasta el primero bozo,
Conde, en Palacio quieres hallar nuevas?
Lo mismo es eso que en lugar humilde
Preguntar por el Rey.
ARNALDO.
¡Ay, Celio, advierte
Que si él trata en infamias de su madre,
No estará menos que en concursos nobles
De gente ociosa, como lo es aquésta!
¡Ay, ventanas, que un tiempo honradas fuisteis
De aquel mi claro sol!
CELIO.
Este terrero,
De otra suerte, señor, le paseabas
Con el rico galán francés vestido;
Aquí, picando el español caballo,
Llevaste alguna vez algunos ojos.
ARNALDO.
Como eso el tiempo muda, ¡á Dios pluguiera
Mudara en muerte mi confusa vida,
Pues vengo á ver al cabo destos años,
Mi honor infamia, y mi valor pobreza!
CELIO.
Señor, advierte que esta gente es noble;
Desvíate, ó escóndete.
ARNALDO.
No temas,
Que es imposible conocerme alguno,
Ni habrá de aquellos tiempos ya ninguno.

Salen Merián, Dardín, el Almirante, un paje y Roldán.

ALMIRANTE.
La afición que te tenía
Has aumentado, ¡por Dios!
ROLDÁN.
Ya confesaréis los dos,
Borbón, la nobleza mía.
MERIÁN.
No quisimos ofenderte.
ROLDÁN.
Buena disculpa os tenéis,
Después que huyendo os habéis
Escapado de la muerte.
DARDÍN.
Pues viniéndote á probar,
Y estando Carloto allí,
Que en efecto vive en ti,
¿Te habíamos de matar?
ROLDÁN.
Yo no sé más de que el puesto
Dejasteis con gran deshonra.
ALMIRANTE.
¡Qué bien los amigos honra!
ROLDÁN.
¿Qué amigos, llegando á esto?
Los que son buenos amigos,
Nunca del amigo prueban
La honra, y si prueban, llevan
Lo que es de los enemigos.
ARNALDO.
¡Ah, hidalgo! hacedme merced
De oirme.
PAJE.
¿Qué me mandáis?
ARNALDO.
¿Quién son ésos con quien vais?

Y aquí un poco os detened.

PAJE.

El almirante Borbón
Es aquél; podéis miralle
Despacio.

ARNALDO.

¡Bizarro talle!

PAJE.

Es un francés Cipïón.
Esotro es Dardín Dardeña,
Que Urgel, de la fuerza grande,
Le casó con Alemande,
Su hermana, famosa dueña.
Es el otro Merïán,
Gran soldado y caballero.

ARNALDO.

¿Y aquel mozo?

PAJE.

Es forastero.

ARNALDO.

¿Cómo le llaman?

PAJE.

Roldán.

ARNALDO.

¡Roldán! ¿Hay otro hombre aquí
Que se llame de ese nombre?

PAJE.

No hay en toda Francia un hombre
Que se haya llamado ansí.

ARNALDO.

¿De dónde vino?

PAJE.

No sé;
Pienso que es medio truhán.
Perdonadme, que se van.

ARNALDO.

¡Muerto soy, Celio! ¿Qué haré?
Pero espera, que se queda;
Deja los otros entrar.

ALMIRANTE.

Carloto te debe amar.

MERIÁN.

Grande bien te hará si hereda.

DARDÍN.

Por vos entra tan seguro
Hasta el pecho de su dama.

ARNALDO.

Mirad cuál anda mi fama.
¿Qué espero ya, qué procuro?

ALMIRANTE.

Adiós, Roldán.

ROLDÁN.

Id con Dios.

CELIO.

Llega agora.

ARNALDO.

Agora llego.

ROLDÁN.

¿Qué queréis, hombre? ¿Estáis ciego?
Hablad: ¿buscáis algo?

ARNALDO.

Á vos.

ROLDÁN.

¿Á mí? Pues ¿qué me queréis,
Que así os me ponéis delante?

ARNALDO.

No os espantéis que os espante
Si sois lo que parecéis;
Que tal vez al sol más alto
Una nube se le opone.

ROLDÁN.

¿Qué es lo que suspenso os pone?
¿Qué queréis, de qué estáis falto?

ARNALDO.

Miro en vos lo que no vi,
Porque es más lo que se ve,
Y vos en mí lo que fué,
Para tener ser de mí.
Y así, no mostréis enojos
De que en aquesta ocasión,
Por tener al corazón,
Estén suspensos los ojos.

ROLDÁN.

Si lo decís, hombre honrado,
Porque me he visto en pobreza,
Y veis acaso en riqueza
Y la suerte se ha trocado,
No me juzguéis arrogante,
Que con los bravos lo soy,
Porque entre humildes estoy
Como en ganado elefante.
¿Sois, por ventura, cautivo?
Digo si lo habéis estado.

ARNALDO.

Á este punto he llegado,
Con sólo el bien de estar vivo,
De una bien larga prisión;
Y así, señor, os suplico,
Pues que ya vivís tan rico,
Que cosas del mundo son,
Para ayuda de pagar
Mi rescate á un mercader
Que me sacó del poder
De un moro, me mandéis dar
Alguna limosna.

ROLDÁN.

¿Adónde
Cautivastes?

ARNALDO.

En Biserta.

ROLDÁN.

Dadme esos brazos.

CELIO.

No acierta
Á hablar, de contento, el Conde.

ROLDÁN.

Tomad aquesta cadena,
Y perdonadme, cautivo;
Que aunque entre príncipes vivo,
Soy menos de lo que suena.
Y creed que ese lugar

Que agora me habéis nombrado,
Á hombre que nunca ha llorado
Casi ha obligado á llorar.

ARNALDO.

Pésame de que por mí
Hayáis recibido pena.

ROLDÁN.

Tengo á mi padre en cadena.

ARNALDO.

¿En Biserta?

ROLDÁN.

Amigo, sí.
Y á fe que, si quiere Dios,
Que no pasen muchos días
Sin verle.

ARNALDO.

Verle podrías (Aparte.)
Pues ¿habéis de ir allá vos?

ROLDÁN.

Piénsole ir á rescatar;
Que sólo aguardo á tener
Oro que lo pueda hacer.

ARNALDO.

No hay hombre en aquel lugar,
Digo, francés de nación,
Que no le haya conocido,
Y más, siendo bien nacido.

ROLDÁN.

Franceses, todos lo son.
Pero no le conocí,
Y casi no sé quién es.

ARNALDO.

Allá un cautivo francés
Ó alemán, pienso que vi,
Que decía que tenía
Un hijo y mujer acá,
De cuyas nuevas allá
Desesperado vivía.
Que la dejó en una aldea
Que llaman Villarreal;
Y aunque ella era principal,
Hizo una cosa muy fea;
Que del mal hijo guiada,
Cortesana se volvió,
É infame oficio tomó,
Aunque ella está disculpada,
Por su gran necesidad;
Pero el hijo, mal nacido,
Le han dicho que se ha metido,
Por bajeza y liviandad,
Á privar con los señores
Á costa del propio honor,
Siendo á su padre traidor;
Que hay muchos hijos traidores.

ROLDÁN.

No prosigas, ¡vive Dios!
¡Si no mirara tu cara,
En quien el alma repara
Algo que hay entre los dos,
Que te cortara la lengua!

ARNALDO.

Yo, señor, ¿qué os ofendí?

ROLDÁN.

¡Salte, villano, de aquí,
Venido para mi mengua!
¡Salte luego!

ARNALDO.

Escucha.

ROLDÁN.

¡Salte!
¡Oh, vive aquel engañado
Padre, harto menos honrado
Que yo! ¡Aunque el mundo me falte,
Que te haga mil pedazos!

CELIO.

Señor, salte de la sala.

ROLDÁN.

¿Cuál furia á mi enojo iguala?

ARNALDO.

¡Quién le diera mil abrazos!

ROLDÁN.

¡Mi madre vil, y yo vivo!
¿Yo tercero en su bajeza?

Vanse Arnaldo y Celio, y sale el Almirante.

ALMIRANTE.

¿Con quién es esta braveza?

ROLDÁN.

Con un villano cautivo
Que se espantó de mi furia.
¿Cómo le dejé la vida?

ALMIRANTE.

Toda afrenta recibida,
Pesa el valor del que injuria:
Si tiene poco valor,
La afrenta es de poco peso.

ROLDÁN.

¡Ay, Borbón, que pierdo el seso!

ALMIRANTE.

Ya quiere el Emperador
Comer, y á llamarte envía.

ROLDÁN.

Bien me quisiera excusar.

ALMIRANTE.

Las mesas quieren sacar.

ROLDÁN.

Seré en las mesas arpía.

ALMIRANTE.

¿No se podría saber
Lo que te pudo decir?

ROLDÁN.

Mejor es para encubrir.

ALMIRANTE.

¿Cómo?

ROLDÁN.

Es honra de mujer.

ALMIRANTE.

Si el Emperador te ve
Triste, comerá con pena:

Fériame aquella cadena
Que ayer te dió.

ROLDÁN.

No podré.

ALMIRANTE.

¿Por qué?

ROLDÁN.

Porque ya la he dado
En albricias de una afrenta.

ALMIRANTE.

Ya el Emperador se sienta.

ROLDÁN.

Estoy con mortal cuidado.

Sale el Emperador lavándose, y siéntese: salga la música tañendo y cantando: sirvan Merián, Dardín, Urgel y Borbón.

EMPERADOR.

Roldán.....

ROLDÁN.

Señor.....

EMPERADOR.

Muy perdido
Andáis.

ROLDÁN.

Desde que nací.

EMPERADOR.

Ya no me veis.

ROLDÁN.

Ni aun á mí;
Perdíme sin ser nacido.
¡Par Dios, señor, el que nace
Para desdichas, no había
De nacer; y así, la mía
Iguales efectos hace!

EMPERADOR.

¿Qiuén ha enojado á Roldán?
Sentaos, comeréis conmigo.

ROLDÁN.

¿Roldán con vos?

EMPERADOR.

Sentaos digo.

ROLDÁN.

Carlos y Carloto están,
Siendo uno hijo, otro nieto,
Sirviéndoos, ¿y yo, señor,
Me he de sentar?

EMPERADOR.

El amor,
Á nadie guarda respeto:
Sentaos.

ROLDÁN.

Yo me sentaré,
Seré como águila al sol;
En un refrán español,
Pienso que os satisfaré:
«Haz lo que tu amo manda,
Y sentaráste á su mesa.»

EMPERADOR.

Toma.

ROLDÁN.

Gran merced es ésa.

ALMIRANTE.

¡Bravo rapaz!

URGEL.

¡Bueno anda!

Canten, y prosiga la comida, en la cual Roldán tome un plato y un panecillo, envuelto en una toalla, y diga levantándose:

ROLDÁN.

Habéisme de perdonar,
Que me ha dado un pensamiento,
Y aunque sea atrevimiento,
Le tengo de ejecutar.

EMPERADOR.

¿Dónde vas de esa manera?

ROLDÁN.

Llevo estos platos, señor.

EMPERADOR.

Un paje, ¿no irá mejor?

ROLDÁN.

No, señor.

EMPERADOR.

Tenedle; espera.

ROLDÁN.

Es secreto donde voy,
Y esta humildad quise hacer
Por ver que está sin comer
Quizá algún ser por quien soy,
Y yo muy desvanecido,
De vuestra grandeza honrado.

ALMIRANTE.

¡Brava locura le ha dado!

EMPERADOR.

Esto, misterio ha tenido.
Yo ando con cierto miedo
Que me dice el corazón;
Tengo al rapaz afición,
Lleno de cuidado quedo.
Quitad esa mesa allá.

CARLOTO.

Señor, ¿qué es esto?

EMPERADOR.

No sé;
Seguilde: ¿por dónde fué?

CARLOTO.

Solo por la calle va.

EMPERADOR.

Vayan luego.

CARLOTO.

Ya la guarda
Le sigue.

EMPERADOR.

Dime, Carloto.....
¡Hola! ¿Qué es ese alboroto?

URGEL.

La pobre gente que aguarda
Lo que se alza de tu mesa,
Como se lo mandas dar.

Salen un criado y un pobre.

CRIADO.
¿Adónde queréis entrar?
POBRE.
Dejadme.
CRIADO.
¡Graciosa empresa!
POBRE.
Importa al Emperador
Que le hable.
EMPERADOR.
¡Hola! ¿Qué es eso?
CRIADO.
Un pobre de poco seso,
Que quiere hablarte, señor.
EMPERADOR.
Dejadle llegar á mí.
POBRE.
Ejemplo de cristiandad,
No espante á tu Majestad
Que me atreva á hablarte ansí:
Entre los pobres á quien
Se reparte tu comida,
Hay una espía escondida
Con talle de hombre de bien.
Conocíle, en que al tomar
Un plato, se le cayó
Una cadena, que yo
Le vi de presto ocultar.
Mándale traer aquí,
É infórmate de quién es.
EMPERADOR.
¿Es extranjero?
POBRE.
En francés
Habla.
EMPERADOR.
¿Es éste?
POBRE.
Señor, sí.

Salen el Conde y Celio.

EMPERADOR.
¿Quién eres?
ARNALDO.
Soy un cautivo.
EMPERADOR.
¿De qué nación?
ARNALDO.
Alemán.
EMPERADOR.
¿Quién te dió ese oro?
ARNALDO.
Roldán,
Que en limosna le recibo
Para ayuda á mi rescate.
EMPERADOR.
Es verdad; yo se la dí
Á Roldán.

Sale uno de la guarda.

GUARDA.
Tras Roldán fuí
Casi al último remate
Del arrabal de la villa,
De suerte que no me vió,
Y vi que de prisa entró
En una pobre casilla,
Donde dando á una mujer
Harto pobre la comida,
Volvió á salir.
EMPERADOR.
En mi vida,
Hijos, me he visto temer
Como agora un mal suceso:
Esa mujer me traed.
CARLOTO.
Que será mujer, creed,
De su gusto, que es travieso.
EMPERADOR.
No sé, hijos.
CARLOTO.
Esa casa
Frecuenta Roldán, señor.
EMPERADOR.
¿Sábeslo tú?
CARLOTO.
Y del amor
De aquella mujer se abrasa;
Que una noche me llevó
Y me hizo esperar allí,
Y aunque la encubrió, la vi,
Y harto bien me pareció.
Pero porque se lo dije,
Me pensó matar, de celos.
EMPERADOR.
¡Oh gran Autor de los cielos,
Que aquesta máquina rige!
¿Qué será aqueste suceso?
ARNALDO.
¿Mandas, señor, otra cosa?
Celio, el alma, temerosa,
Me figura muerto ó preso.
EMPERADOR.
¿No conoces á Roldán
Más que de haberle pedido
Limosna?
ARNALDO.
De ayer venido,
Pobre, extranjero, alemán,
¿Que le puedo conocer?

Sale Roldán.

CARLOTO.
Roldán viene.
EMPERADOR.
¿Dónde fuiste
Tan loco, que interrumpiste

Mi comida y mi placer?
Que todos cuantos me han dado
No igualan á este pesar.

ROLDÁN.

No lo he podido excusar,
Por la fe de hidalgo honrado:
Porque no es razón comer
El que lo tiene, señor,
Cuando alguno que es mejor
Suele de hambre perecer.
Y si vos nos dais ejemplo,
Príncipe heroico y cristiano,
Luz del Imperio romano
Y columna de su templo,
Dando á pobres la comida
Que os sobra, ¿no es bien que así
Dé lo que me sobra á mí,
Á quien limosna me pida?

EMPERADOR.

¿No pudieras aguardar?

ROLDÁN.

No, que pasaba la hora;
Que desespera el que llora
De hambre, haciéndole esperar.

EMPERADOR.

Tu piedad he conocido,
Pues también has dado aquí
La cadena que te dí.

ROLDÁN.

Señor, en limosna ha sido;
Que no dirás que á mujer.

EMPERADOR.

Basta, que tienes valor.

ROLDÁN.

Cristianísimo señor,
De ti quisiera aprender.

EMPERADOR.

¿Conoces este cautivo?

ROLDÁN.

Libre le conozco ya,
Que viene donde lo está
Por quien soy y por quien vivo.

EMPERADOR.

Luego ¿sabes nuevas dél?

ROLDÁN.

Bien malas me las ha dado,
Siendo Telémaco honrado
De Penélope fiel.

Traigan la Infanta.

INFANTA.

¡Sin duda, á la muerte vengo!
Sólo el no ser conocida
Será reparo á mi vida.

GUARDA.

Entrad.

INFANTA.

¡Qué vergüenza tengo!

EMPERADOR.

¿Es aquésta?

GUARDA.

Señor, sí.
Ésta la mujer ha sido.

ROLDÁN.

¿Qué es esto? ¿Quién ha traído
Aquesta mujer aquí?

EMPERADOR.

Yo, que yo la quise ver.

ROLDÁN.

Sólo tú hacerlo pudieras,
Porque como tú no fueras,
Nadie tuviera poder.
¿Qué la quieres?

EMPERADOR.

Preguntalla
Qué tiene contigo.

INFANTA.

¡Ay, cielo,
Toda me ha cubierto un hielo!

EMPERADOR.

¡Temblando estoy de miralla!
¿De dónde eres?

INFANTA.

De aquí soy.

EMPERADOR.

¿Tu nombre?

INFANTA.

Háseme olvidado.

EMPERADOR.

¿Tantos males has pasado?

ARNALDO.

¿Qué es esto que viendo estoy?

INFANTA.

Tantos, que es monstruo, señor,
Vivir en naturaleza
Quien vive en tanta pobreza,
Si ha tenido algún valor.

EMPERADOR.

Conozco tu habla y cara.
¡Oh infame hija, oh traidora,
Por mi mal hallada agora!
¡Matarte tengo!

CARLOS.

Repara
En lo que dices, señor.

EMPERADOR.

Carlos, aquésta es tu hermana:
¡Mirad, tras ser tan liviana,
Á quién ha tenido amor!
¡Mirad en lo que ha parado;
Mirad cómo habrá vivido,
Que al fin de Roldán ha sido!

INFANTA.

¡Señor!

EMPERADOR.

¡Tu muerte ha llegado!

ROLDÁN.

Quedo, que estoy aquí yo,
Y esa mujer es honrada.

EMPERADOR.
¿Para mí empuñas la espada?
ROLDÁN.
Por mi madre, ¿por qué no?
EMPERADOR.
¿Tu madre?
ROLDÁN.
Mi madre, pues;
Que en tenella por infanta
Os engañáis.
ARNALDO.
Gloria tanta,
Para mi ventura es.
ROLDÁN.
Quien dijere que mi madre
No es honrada, y leal ha sido,
Más que cuantas han nacido,
En ausencia de mi padre,
Del Emperador abajo,
¡Miente!
INFANTA.
¡Hijo de mi vida!
Escucha.
ROLDÁN.
Madre querida,
¿Aún te falta este trabajo?
EMPERADOR.
Roldán, que es mi hija advierte.
CARLOS.
Roldán, que es hermana mía.
CARLOTO.
Roldán, mira que es mi tía.
ROLDÁN.
Pues ¿qué soy yo desa suerte?
EMPERADOR.
Tú, mi nieto.
CARLOS.
Y mi sobrino.
CARLOTO.
Y mi primo.
ROLDÁN.
¡Extraño enredo!
INFANTA.
Dime si besarte puedo
Los pies.
EMPERADOR.
¡Ay, cielo divino!
¿Qué no debo perdonar
Día que me das tal nieto?
ROLDÁN.
¿Que soy tu nieto?
ARNALDO.
¿Qué efeto
Desto puede resultar?
CELIO.
¡Degollaros á los dos!
EMPERADOR.
Hija, el Conde, ¿qué se hizo?
Sin duda que satisfizo
Su amor y deseo con vos,
Y luego os dejó perdida.
INFANTA.
Tres años, señor, vivimos
En un monte, donde hicimos
Triste y solitaria vida.
Viendo nuestra desnudez
Y que ya Roldán crecía,
Con Celio, su paje, un día,
Para acabar de una vez
Ó poderme remediar,
Fué á serviros á la guerra,
Donde en la mar ó en la tierra
Le pudieron cautivar.
Yo viví de mi labor
Hasta agora en esa aldea.
EMPERADOR.
Pésame que el Conde sea
Cautivo; téngole amor.
Y si le viera, no hay duda
De que aquí le perdonara;
Todo mi poder le ampara;
Un Rey de Francia le ayuda.
Al Moro enviaré por él;
Id vos por él, Almirante;
Ya es mi yerno, y no os espante
Que hable desta suerte dél,
Pues que me ha dado tal nieto.
ARNALDO.
¿Qué aguardo? Quiero llegar.
Dame licencia de hablar.
EMPERADOR.
Habla, cautivo.
ARNALDO.
¿En efeto
Está el Conde perdonado?
EMPERADOR.
¿Eso dudas?
ARNALDO.
Pues ¡yo soy!
EMPERADOR.
¡Perdón y brazos te doy!
INFANTA.
¡Dulce esposo!
ROLDÁN.
¡Padre amado!
ARNALDO.
Con el temor me encubría,
Celio, de quien soy.
CELIO.
Señor,
El Conde, que en tu valor
Y Real piedad confía.....
EMPERADOR.
Sea mil veces norabuena.
Duque de Orliens sea desde hoy;
Y á Celio los brazos doy
Y el Alcaidía de Lorena,
Y en oro cien mil ducados.
ALMIRANTE.
Dadnos los brazos á todos.
ARNALDO.
Ved por qué notables modos

Hicieron fin mis cuidados.

EMPERADOR.

Á Carloto casaré
Con la hija de Ramiro,
Y á mi nieto, en quien me miro,
Á Doñalda le daré.
Haya fiestas y alegrías;
Carlos, tu cuñado honremos.

CARLOS.

Tú verás en mis extremos,
Heroico señor, las mías.

EMPERADOR.

¡Gran bien los cielos me dan
Con un nieto tan honrado!
Aquí se acaba, senado,
La mocedad de Roldán.

LAS POBREZAS DE REINALDOS

COMEDIA FAMOSA

DE

LAS POBREZAS DE REINALDOS

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Reinaldos.
Claricia.
Delio, *niño.*
Malgesí.
Alberio.
Un mercader.
Armelinda, *mora.*
Roldán.
Carlos, *Rey.*
Florante.
Valdovinos.
Oliveros.
Celindo, *moro.*
El Rey de Marruecos.
Galalón.
Lucinda, *villana.*
Belardo, *villano.*
Dudón.
Zaquiel, *diablo.*

ACTO PRIMERO.

Salen Reinaldos, Claricia y Delio, niño.

CLARICIA.

Cese la injusta tristeza,
Alzad los ojos, alzaldos;
Que es principio de bajeza,
Los caballeros, Reinaldos,
Como vos, mostrar flaqueza.
Mirad, mi bien, que desdora
El claro arnés donde agora
Hace su espejo la fama,
Y de cuya ardiente llama
El sol sus cabellos dora.
Si es por la necesidad
Que ha días que padecéis,
Estas dos prendas mirad,
Y pues juntas las tenéis,
¿Qué os puede hacer soledad?
Si á Belisario contemplo,
No le dan tanta grandeza
Sus hechos, dignos de un templo,
Cuanto el ver que en su pobreza
Dió de su paciencia ejemplo.
No dió más gloria á Pompeyo
Triunfar de Afamio y Petreyo,
Que el ver con cuánto valor
Dió el cuello al fiero rigor
De un vil cuchillo plebeyo.
La adversidad y pobreza,
El venir al mal del bien,
Y á la humildad la grandeza,
Es piedra toque con quien

Se quilata la nobleza.
Razón es que el mundo afrente
Á un noble cuando la frente
Igual por trabajos muda,
Y teniendo quien le ayuda
A sufrir el mal que siente.

REINALDOS.

¡Ay, Claricia!

CLARICIA.

No os quejéis;
Que si al árbol parecéis
Que está de fruto cargado,
Ya tenéis á cada lado
En qué el peso sustentéis.
Trabajos cargan en vos;
Pero el peso del pesar
Con que nos castiga Dios,
Debéis de considerar
Que se sustenta en los dos.

REINALDOS.

¿Fruto al trabajo llamáis?

CLARICIA.

Sí, mi bien; que dél sacáis
Gran cosecha de paciencia,
Pues que con su resistencia,
Al cielo á premio obligáis.

REINALDOS.

No siento ya el deshonor
Con que Carlos me destierra
De París con tal rigor,
Ni el ver que soy de mi tierra,
Para comer, salteador;
Que no es pequeño castigo
Ver que aquí, con mis hermanos,
Los peregrinos persigo,
Ni el ver que mis propias manos
Á tanta bajeza obligo;
Sino ver que Carlos trate,
Para postrero remate
De mis desdichas, señora,
Mi persona por traidora,
Y el que quisiere, me mate,
Dice con bando sangriento.

CLARICIA.

Mi señor, ¿qué me decís?

REINALDOS.

No es vano mi sentimiento:
Ayer pregonó en París
Que nadie me dé sustento;
Y esto, pena de la vida,
Por consejo, y por traición
De aquel cobarde homicida.

CLARICIA.

¡Que esto pueda Galalón!
Qué, ¿no hay castigo que impida
Las envidias, los enredos,
Los agravios, que hace tantos?

REINALDOS.

Todos los doce están quedos,
Visten femeniles mantos,
Sustentan cobardes miedos.
Ya no se intenta ni emprende
El ir á la Casa Santa;
La honra y lealtad se ofende,
La mentira se levanta,
Y la adulación se extiende.
Galalón quiere aumentar
Su linaje, y á Florante,
Su vil hermano, abonar,
Porque Carlos le levante
Y le ponga en mi lugar.
Y como yo no he sufrido
Que con él priven traidores,
Descomponerme ha podido,
Porque todos los señores
Son fáciles del oído.
Carlos, mi bien, me aborrece,
Porque cosa no acontece
De que no me den la culpa,
Sin admitir la disculpa
Que mi inocencia le ofrece.
Ha hecho de mis amigos,
Con los embustes que traza,
Tan airados enemigos,
Que el más noble me amenaza
Con más injustos castigos.
No sé qué tengo de hacer.

CLARICIA.

Sufrir, con las esperanzas
De que el cielo ha de traer,
En una de sus mudanzas,
La que el remedio ha de ser.
Armaos; que es tarde, señor,
Y tardan vuestros hermanos.

REINALDOS.

Cual rústico labrador,
Como de mis propias manos,
Y bebo de mi sudor.

CLARICIA.

No hay en todo Montalván
Sola una onza de pan.

REINALDOS.

Por este niño me pesa.
¡Ah, cuántos hoy á la mesa
Del Emperador están,
Á quien sobra injustamente!
Pero seré en dar mi sangre,
Pelícano.

DELIO.

¡Ay, padre, tente!

REINALDOS.

Deja, mi bien, que me sangre,
Bebe el alma en esta fuente;
Que no tengo qué te dar.

DELIO.

¿Eso dices?

REINALDOS.

Pero temo
Que te pudiese matar;
Que es un fuego en que me quemo,
De cólera y de pesar,
Y darte veneno fuera.

DELIO.
Tomad y ceñíos la espada,
Que á fe que si la ciñera,
Que á vos y á mi madre amada
Sustento agora trujera;
Y aun fuera á quitar el pan
Á algunos de los que están
Hoy en la mesa redonda.

REINALDOS.
Eso el alma te responda,
Y estos brazos, que te dan
El parabién del valor
Que ya como oriente sale
En el alba de mi honor.

CLARICIA.
Bien es que luego os iguale,
Siendo vos el sol, señor.

REINALDOS.
Mejor la hará el mediodía,
Que ahora, como en cristal
Pequeño, mi sol le envía
Un rayo piramidal
Que abrasa con fuerza mía;
Finalmente, dél espero
Que será gran caballero.

DELIO.
Si os parezco, está muy llano.

CLARICIA.
Gente suena.

REINALDOS.
¿Si es mi hermano?

CLARICIA.
No, señor.

DELIO.
¡Qué hombre tan fiero!

Sale Malgesí.

MALGESÍ.
Vengo muy desconocido.

REINALDOS.
Por la voz, mi hermano es,
Pero no por el vestido.

MALGESÍ.
Dadme los brazos los tres.

REINALDOS.
Malgesí, ¿vienes herido?

MALGESÍ.
No, Reinaldos.

REINALDOS.
Pues ¿qué es esto?

DELIO.
¡Ay, tío! ¿Quién os ha puesto
Esa sangre y esa ropa?

MALGESÍ.
La fortuna corre en popa.

CLARICIA.
Cuenta el paso, dilo presto.

MALGESÍ.
Habiendo discurrido todo el monte
Sin hallar qué robar, y habiendo vuelto
Al Antípoda el carro de Faetonte,
En sangre y oro el lleno rostro envuelto,
Cuando callaba todo el horizonte,
El dulce sueño, de su cárcel suelto,
Mi hermano Alberio y yo nos recoqueamos,
Que una murta nos dió cama en sus ramos.
Atados los caballos, cuyos frenos
Pendían del arzón, yerba pacían,
De que los prados se mostraban llenos,
Que pintados de flores se ofrecían;
Por sus ojos de estrellas más serenos,
Los claros cielos á la tierra vían,
Suspensa en un silencio dulcemente,
Cuando sentimos un tropel de gente.
Metimos más adentro los caballos,
Que eran de esos mal domados potros
Que suelen responderse como gallos,
Con los relinchos, cuando sienten otros;
Y por guardarlos y mejor mirallos,
Que eran muchos, en fin, y dos nosotros,
Trepando un pino, y no por miedo creas,
Balcon (1) hicimos sus ñudosas teas.
Vimos pasar, en fin, formado un campo,
Sin que dél un soldado se desmiembre,
Cuyo marchar en la memoria estampo,
Por otra vez, que tales campos siembre;
Las blancas tocas, por el austro, el ampo
De la nieve imitaban en Diciembre,
Cuando los copos cuelgan de los troncos;
Iban, en fin, los atambores roncos.
Pasadas, pues, las picas de las guardas,
Que otro monte de pinos parecían,
Las banderas también entre alabardas,
Cuyas puntas sin luz resplandecían,
Y los bagajes entre nubes pardas
De polvo, que los aires ofendían,
Los carros, municiones y las tiendas,
Bajamos de los pinos á las sendas.
Ya se reía por el cielo el alba,
Y mostraba los dientes de jazmines
Á cuantas aves le prometen salva
Con picos más sonoros que clarines;
Retozaba el cabrito en verde rama,
En agua clara el pez, y los confines
De Montalván se vían bien dos leguas,
Cuando vimos dos hombres en dos yeguas.
Moros en traje, aunque gallardos moros,
El uno joven tierno, el otro anciano,
Mostrando su nobleza en sus decoros,
Adarga de ante al hombro, lanza en mano;
Metimos las espadas (2), y en sus poros
Hielos de miedo fugitivo en vano,
Que apenas les quedó del fresno un trozo,
Cayendo muerto el viejo y preso el mozo.
Toméle este vestido, y caminando
Con el morillo á Montalván, oímos
La voz de un mercader que iba cantando,
En quien también su miedo conocimos,
Á quien sustento y lo demás quitando

(1) En la Parte 7.ª, por errata, *balcones*.
(2) *La espada*, en la Parte 7.ª

Que de valor entre sus cargas vimos,
Alberio trae preso con el moro;
Comed el pan y repartid el oro.

REINALDOS.

¿Quién, sino tú, Malgesí,
Esta hazaña hacer pudiera?
¿Hay aquí pan?

CLARICIA.

Señor, sí.

REINALDOS.

Toma, hijo.

DELIO.

Padre, espera:
Á mi madre antes que á mí.

CLARICIA.

¡Oh, mi bien, comeldo vos;
Que los niños sufren mal
La hambre!

DELIO.

No haré, ¡por Dios!
Partámoslo por igual,
Que harto habrá para los dos.

CLARICIA.

Ya, mi bien, está partido.

DELIO.

¿Es ésta la mitad, madre?

CLARICIA.

Sí, mi bien, tan bien nacido.

DELIO.

Pues ésta doy á mi padre:
Comelda, si sois servido;
Que es justo, pues no me dan
Licencia que me desangre
Los que en tal pobreza están,
Que á quien me dió tanta sangre,
Le dé yo un poco de pan.

REINALDOS.

Enternécesme de suerte,
Que con ese pan me das
Agua y pan, regalo y muerte;
Pan que quitándote estás,
Y agua que mi llanto vierte.

CLARICIA.

Come, amores, que algún día
Querrá Dios que tengas algo
Con ese pan que hoy te envía.

DELIO.

Esto basta á un pobre hidalgo;
Vos sois mujer, madre mía.
El regalo y el vestido,
Para mujer se crió;
Hombre soy, hombre he nacido;
Para que lo busque yo,
Que me deis licencia os pido.

CLARICIA.

No, mi bien; que si se alejan
Tus ojos, moriré.

DELIO.

En suma,
De vos mis brazos se quejan;
Que á un ave, en teniendo pluma,
Luego sus padres la dejan;
Ya tengo pluma: bien puedo
Volar y dejar el nido.

CLARICIA.

Tengo á mis desdichas miedo.

MALGESÍ.

¡Ah, sobrino bien nacido!

DELIO.

Mira al sol, que es luz que heredo.
Tío, ¿no tengo razón?
¡Ah, cobarde Galalón,
Que en tanto mal nos has puesto!

Sale Alberio, hermano de Reinaldos, un mercader y Armelinda, mora, en hábito de hombre.

ALBERIO.

¡Hincaos de rodillas presto!

MALGESÍ.

Los presos y Alberio son.

MERCADER.

Aquí, gran Reinaldos, tienes
Este pobre mercader.

REINALDOS.

Con temor, sin causa, vienes,
Porque debes de temer
Que pretendo yo tus bienes.
¿De dónde eres?

MERCADER.

De París.

REINALDOS.

Y ¿vas allá?

MERCADER.

Sí, señor.

REINALDOS.

¡Qué descansado vivís
Después que el Emperador
Ni se acuerda en San Dionís
De las banderas que han puesto
Los hombres que ha descompuesto
La envidia.....

MERCADER.

Su engaño es llano:
Es en su trato inhumano,
Y leal tu celo honesto.
La vida, señor, te pido.

REINALDOS.

No quito las vidas yo
De los que no han ofendido
Á Dios, al Rey ni á mí, no;
No soy el que habéis creído.
Vivir pretendo no más:
Quitóme Carlos mi hacienda.

MERCADER.

La mía, señor, tendrás.

REINALDOS.

Esto quiero que se entienda:
En efecto, ¿á París vas?

MERCADER.

Sí, señor, y estoy contento
De llegar á esta ocasión;
Esta caja te presento:

Joyas y diamantes son.

REINALDOS.

Más he menester sustento.

MERCADER.

En otra hallarás dinero.

REINALDOS.

Sólo, amigo, me has de dar
Lo que pueda un día entero
Á mi casa sustentar;
Lo demás volverte quiero.

MERCADER.

Señor, sírvete de mí:
De mi voluntad lo doy.

REINALDOS.

Y yo lo recibo ansí;
Pero, por fe de quien soy,
De no tomar más de ti.

MERCADER.

Sea como tú quisieres.

REINALDOS.

Cuenta, pues mercader eres.

MERCADER.

La gente es bien que me nombres.

REINALDOS.

En mi servicio hay tres hombres;
De mi mujer, dos mujeres.

MERCADER.

Cinco son: muy solo estás.

REINALDOS.

Mis dos hermanos y yo,
Claricia y Delio.

MERCADER.

¿No hay más?

REINALDOS.

Ese moro que llegó,
Pues se queda, y tú te vas.

MERCADER.

Once por todos conté.

REINALDOS.

Ansí también me olvidé
Tres caballos y dos perros.

MERCADER.

No son muy grandes los yerros.
¿Qué habéis menester?

REINALDOS.

No sé:
Da un escudo á cada uno.

MERCADER.

Aquí suman diez y seis:
Toma ciento.

REINALDOS.

¡Qué importuno!
Los de París, ¿no sabéis
Quién soy?

MERCADER.

¿Ignóralo alguno?
Este es, señor, el dinero;
Y á vos, mi señora, quiero
Daros esta joya.

REINALDOS.

Espera.

MERCADER.

Sea á este niño siquiera,
Que veáis gran caballero.

REINALDOS.

Tampoco.

MERCADER.

Pues Dios os guarde.

REINALDOS.

Vete, buen hombre, que es tarde.

MERCADER.

Dios te vuelva á tu valor.

REINALDOS.

Pues, moro, ¿tienes temor?

ALBERIO.

Está, de verte, cobarde.

REINALDOS.

Desátale. ¡Hermoso es!

ALBERIO.

Besa á Reinaldos los pies.

REINALDOS.

Este ejército secreto,
¿Cúyo es y para qué efeto?

ARMELINDA.

No sé; sabréislo después.

REINALDOS.

¿Cómo no? ¡Venga un tormento!

ARMELINDA.

¡Señora, doleos de mí!

CLARICIA.

Pues di verdad al momento.

ARMELINDA.

Sí haré.

REINALDOS.

Pues comienza.

CLARICIA.

Di.

ARMELINDA.

Oye.

CLARICIA.

Prosigue.

ARMELINDA.

Está atento,
Reinaldos de Montalván,
Por tu nombre conocido
Del Moro en las dos Arabias,
Y en las dos Javas del Indio;
Á quien vió Jerusalén
Poner banderas de Cristo
Á los pies de su sepulcro,
Más altas que el monte Olimpo:
Yo soy mujer; no soy hombre
Más que en vestido y en brío;
Hija soy del Rey de Fez,
Armelinda es mi apellido.
Pidió Carlos á mi padre
Parias, y él que de infinitos
Reinos las tiene, y las cobra
Desde el Mutacén al Nilo,
Corrido y aconsejado,
No contento por escrito,
De mil injurias, por obra

Poner la venganza quiso.
Junta una famosa armada,
Que desde Jerjes no ha visto
Sobre sus hombros el mar
Tan espantoso edificio;
Y en doscientas fuertes naves,
Sin otros patajes, hizo
Lista de ochenta mil hombres,
Moros, turcos y fenisos,
Sin el marinaje y chusma,
Con que á salvamento vino
Á las Pomas de Marsella,
Rompiendo el salado vidrio.
Obedecióle la mar
De suerte, que no ha perdido
Una filacoja sola
En todo el naval camino.
Estaba yo concertada
De casarme con Celindo,
Noble Príncipe del Cairo,
De Angélica reino antiguo.
Ofrecióse en esta empresa,
Que estaba en la corte él mismo,
Enamorando mis ojos
Con galas y con suspiros.
Aceptóle el Rey, mi padre,
Y una noche, cuando el frío
Silencio, hermano del sueño,
Suspende el común sentido,
Apartóse de mis brazos,
Y tales cosas me dijo
(Que amor que á los brazos llega,
Tiene regalos de niño),
Que vencida de un furor
Á quien llaman desatino
Los que no saben la fuerza
De aqueste dios atrevido,
Tomé este traje que ves,
Y con un Alcaide mío
Me embarqué en una faluca
Y fuí siguiendo á Celindo;
Que yo no supe tener
La resistencia de Dido,
Porque quien se va forzado
No puede ser fugitivo.
No quise yo que la espada
Abriera al alma camino,
Siendo el de la mar tan ancho,
Y amor tan grande navío.
Dióme la esperanza velas,
Árbol mi deseo altivo,
Y porque le hiriese el viento,
Popa el corazón herido;
Fué la confianza proa
Con que rompió el temor tibio;
Fueron piloto mis ojos,
Norte, los que adoro y sigo;
Mesanas, entenas, gavias,
En que va el lienzo tendido,
Trinquetes y masteleros,
Amor de sus flechas hizo,
Que en mi pecho atravesadas,
Formaban este edificio,
Porque con ser ciego amor,
No ha errado tiro conmigo;
Fueron jarcias pensamientos,
Y mis suspiros los tiros,
Á quien da fuego del alma
El artillero apetito.
No bien me desembarqué,
Cuando supo el padre mío
El delito de mi amor,
Si fuera el amor delito.
Reprendióme como padre;
Riñóme como marido;
Excusóme como amante,
Y abrazóme como hijo.
Quise esta noche apartarme
Del campo, y ver á Celindo,
Y antes que llegase al puesto,
Lo que ves me ha sucedido.
Él me busca; yo estoy presa;
Aunque tengo por alivio
Ser del cristiano mejor
Que tuvo moro cautivo.

REINALDOS.

No prosigas, mora hermosa;
Que hoy te llevaré yo mismo
Al Rey, tu padre, y tu esposo.

ARMELINDA.

Á tus nobles pies me inclino:
Mi remedio está en tu mano.

REINALDOS.

Gran contento he recibido
De que haya moros en Francia.

MALGESÍ.

Reviento de regocijo,
Reinaldos, del buen suceso.

ALBERIO.

De mi parte, yo te digo
Que conozca presto Carlos
Los consejos, los arbitrios
De su amigo Galalón
Y de Florante, su amigo.
Vengan moros ¡pesia tal!
Contra esos franceses lindos.
Veamos cómo pelean
Con los jinetes moriscos
Los que á su lado, en frisones,
Le regalan los oídos;
Veamos si el guante de ámbar
Aprieta mejor el pino,
Que los que destierra Carlos
Á los deste monte.

REINALDOS.

El niño
Y Claricia se recojan,
Si te parece, al castillo.
Yo, vestido en traje moro,
Iré más desconocido,
Y Armelinda llevaré
Al Rey, porque si le sirvo

En esta fuerte ocasión
Con un presente tan rico,
No dudo que importe mucho
Para lo que intento.

ARMELINDA.

Afirmo
Que le puedes pedir reinos.

REINALDOS.

Deseo hacerle servicio,
Por lo que sabrás después.

MALGESÍ.

Yo y Alberio, á ver el sitio
Que toma el campo en el monte
Y á buscar algo, partimos.

REINALDOS.

Claricia, adiós; Delio, adiós.

CLARICIA.

Adiós, dulce esposo mío.

DELIO.

Padre, una palabra aparte.

REINALDOS.

¿Qué quieres?

DELIO.

Oid qué os digo:
Si vais á hablar con el Moro,
Puesto que os haya ofendido
Carlos, no le hagáis traición
Ni animéis su pecho.

REINALDOS.

¡Ay, hijo,
Que mejor dijera padre,
Qué consejo! ¡Sea bendito
El día que te engendré!

DELIO.

Padre, adiós.

CLARICIA.

¿Qué es lo que os dijo?

REINALDOS.

Que volviese presto.

CLARICIA.

Haceldo,
Mi señor; lo mismo os pido.

REINALDOS.

Ven, Armelinda.

ARMELINDA.

Mi honor
Llevas, Reinaldos, contigo.

Vanse.

Salen Roldán, Carlos, Florante, Valdovinos y Oliveros.

CARLOS.

¿Moros en Francia? ¡Extraño atrevimiento!

FLORANTE.

¿Moros en Francia? ¡Extraña desventura!

VALDOVINOS.

Ya están tan cerca, que sus pasos siento.

OLIVEROS.

Dicen que entrar hasta París procura.

CARLOS.

¿No os alteráis, Roldán?

ROLDÁN.

Mi pensamiento,
¿Cómo puede mostrar descompostura
Con lo que más se alegra? En Francia moros,
Es venirse á mi casa los tesoros.
Quien tuviera que hablar con un amigo,
Más que buscarle, á cortesía tuviera
Que el otro le buscara; yo esto digo.
Si el Moro viene, cuando á verle fuera,
Si me viene á buscar el enemigo,
Antes me regocija que me altera.
Todas las naves que hoy echaron cabos,
Han venido á traerme estos esclavos.
Hago cuenta que tengo allá en Marruecos,
En Fez, en Tafilete, en Tarudante,
Y hasta en los montes de la Libia secos,
Más segura la renta que en Anglante.

FLORANTE.

Cuando se escuchan de su voz los ecos,
Paladín, ¿eso dices?

ROLDÁN.

Sí, Florante,
Yo digo lo que creo y lo que puedo.
Ya muestra aquél de Magancés el miedo.
Hermano, al fin, de Galalón cobarde,
Por quien Reinaldos desterrado vive:
Más de sus malas lenguas Dios me guarde,
Que del daño que el Moro me apercibe.

CARLOS.

Hagamos luego de la gente alarde.

FLORANTE.

La que por lista Galalón escribe,
¿No son trece mil hombres?

ROLDÁN.

No son pocos.

FLORANTE.

Si todos, como tú, fuéramos locos.

CARLOS.

El Real estandarte quiero darte,
Florante amigo.

FLORANTE.

Escoge un caballero
Digno de esta merced.

CARLOS.

Yo debo honrarte,
Y que le lleves á esta empresa quiero.

ROLDÁN.

¿Á Florante le das?

CARLOS.

Pues ¿en qué parte
Le puedo yo emplear?

ROLDÁN.

Sí, que yo espero
Que le defenderá con valentía.
(Él le ha dado á la misma cobardía.)

FLORANTE.

Temblando estoy de imaginar que Carlos
Me entregue su estandarte; no quisiera
Ver los moros ¡por Dios! ni imaginarlos:

Mejor fuera que al Conde se le diera.

CARLOS.

Traed el estandarte.

ROLDÁN.

Debe honrarlos
Á los deste linaje, que si fuera
Al del señor de Montalván, yo juro
Que él le diera el lugar más vil y obscuro.
¡Mozuelo Magancés, cobarde prueba,
Con el guión de Francia! ¡Ah, pobres lises,
Bien podéis blasonar de que os lleva
El fuerte hijo del troyano Anquises!
No sé ¡por Dios! por qué sufrirlo deba.

CARLOS.

Con éste espero que los cuellos pises
Del Africano vil: pon las rodillas
En tierra.

ROLDÁN.

Hoy hace Carlos maravillas.

CARLOS.

Este estandarte pongo en esa mano,
Florante valeroso, cuya insignia
Muestra el autor del nombre de cristiano,
Que el hombre puso en cruz por ignominia;
Que á ser de nuestra ley aquel troyano
Que á Turno dió la muerte por Lavinia,
No se le diera con mayor conceto.
¿Prometes defenderle?

FLORANTE.

Sí prometo.

CARLOS.

¿Prometes antes de perder el asta
Perder la vida?

FLORANTE.

Sí, señor.

CARLOS.

¿Prometes
Vivo no le entregar?

FLORANTE.

Sí, señor.

ROLDÁN.

Basta
Que tú le entregues y que tú le acetes.

Sale Galalón.

GALALÓN.

¡Qué bien ¡oh Carlos! tu valor contrasta
Los africanos, bárbaros jinetes,
Si ya cubren los campos por la posta,
Como el trigo las nubes de langosta!
¡Gran desvergüenza, gran locura ha sido!

CARLOS.

¡Oh, Galalón!

GALALÓN.

Pero ¿qué culpa tienen,
Si Reinaldos los llama, y atrevido,
Y por su industria de Marruecos vienen?
Meterlos en París ha prometido
En todo un mes, si no es que le detienen.

CARLOS.

¿Qué dices, Galalón?

GALALÓN.

Esto que digo.

ROLDÁN.

Blanda la mano, Galalón amigo.

GALALÓN.

Roldán, nunca contigo yo me pongo
En materia de crédito; que gustas
De aniquilarme, y dices que compongo,
Contra quien quiero mal, cosas injustas:
Si no fuere verdad lo que propongo,
Aunque por ser Reinaldos te disgustas,
Perder quiero la vida.

ROLDÁN.

¿De qué suerte?
¿Lo sabes tú?

GALALÓN.

Sí sé.

ROLDÁN.

Pues dilo.

GALALÓN.

Advierte:
Malgesí, ¿de Reinaldos no es hermano?

ROLDÁN.

Sí, Galalón.

GALALÓN.

Pues hoy ha acometido
Á mis criados, fiero é inhumano,
De alarbe aljuba y alquicel vestido,
Pues anda Malgesí como africano;
Y aun Reinaldos me dicen quien ha sido
El que metió los moros.

ROLDÁN.

¡Caso extraño!
Venganza le ha incitado á tanto daño.
¡Por vida de Doñalda, que quisiera
Ver al traidor en esta coyuntura!
El noble que quien es no considera,
Aunque se queje con razón segura,
Es villano, ¡por Dios!

CARLOS.

Desa manera,
Vengar Reinaldos sin razón procura
Aquel justo castigo que merece.
¿Qué dice el Conde agora?

ROLDÁN.

Que enmudece
Y que juró de ser, de aquí adelante,
Su mortal enemigo de mi primo,
Si ya merece nombre semejante.

GALALÓN.

Esa palabra, Paladín, estimo;
Acábese Reinaldos arrogante.

ROLDÁN.

Á destruirle desde aquí me animo.

CARLOS.

Que vaya Galalón con gente, quiero,
Á Montalván.

OLIVEROS.

Infórmate primero.

CARLOS.
¿Qué tengo de informarme? Por la tierra
Echad á Montalván; prended al punto
Su hijo y su mujer.

GALALÓN.
Yo le haré guerra
Como á moro, pues anda con él junto.

CARLOS.
Del mundo para siempre le destierra.

ROLDÁN.
Si hoy harás el alarde te pregunto.

CARLOS.
Sí, que conviene defendernos luego.

ROLDÁN.
Y que abrase á Reinaldos vivo fuego.

Vanse.

Salen luchando Malgesí y Celindo, moro.

CELINDO.
Ya el pecho y brazo se cansa,
Cansados los dos nos vemos.

MALGESÍ.
Tu furia, africano, amansa.

Sale Reinaldos, de moro, y Armelinda.

REINALDOS.
No vayas haciendo extremos.

ARMELINDA.
Luego ¿ya mi amor te cansa?

REINALDOS.
Dos moros son, que á batalla
Se aperciben: oye y calla.

CELINDO.
Ya, villano, vuelvo á ti.

MALGESÍ.
Si no es acabarme á mí,
Es imposible acaballa.

ARMELINDA.
Reinaldos, mi esposo es;
Ríndele, Reinaldos fuerte.

REINALDOS.
Rinde, villano, á los pies
La espada.

MALGESÍ.
Mas tú á la muerte,
Aunque soy uno, y sois tres.

REINALDOS.
¿Sabes tú quién soy?

MALGESÍ.
Yo, no;
Ni tú sabes quién soy yo.

REINALDOS.
Yo soy Reinaldos, villano.

MALGESÍ.
Yo Malgesí.

REINALDOS.
¡Hermano!

MALGESÍ.
¡Hermano!

REINALDOS.
El vestido me engañó.

MALGESÍ.
Lo mismo á mí.

REINALDOS.
¿Estás herido?

MALGESÍ.
No, Reinaldos.

REINALDOS.
Dicha ha sido.

ARMELINDA.
¿Y tú no me hablas?

CELINDO.
¡Mi bien!

MALGESÍ.
Mas qué, ¿es tu esposo?

ARMELINDA.
También.

REINALDOS.
Hallaste tu bien perdido.

CELINDO.
Luego ¿no son moros?

ARMELINDA.
No,
Sino dos nobles cristianos
De quien soy cautiva yo:
Rinde á Reinaldos las manos,
Y á quien el mundo rindió.

CELINDO.
Armelinda, Paladín,
Es de aqueste cuerpo el alma,
Tú de los dos dueño; en fin,
Eres deste mar en calma,
Nuestro piadoso Delfín:
Ya espero salir á puerto.

REINALDOS.
Tu sosiego ten por cierto;
Abraza al hermano mío,
Pues nació este desafío
De haber tu nombre encubierto.

MALGESÍ.
Es sin duda que se fué
La ocasión de tanto daño.

CELINDO.
Que era moro imaginé.

MALGESÍ.
Líbrome con ese engaño.

ARMELINDA.
¿Estás herido?

CELINDO.
No sé;
Pero sé que estoy cansado.

MALGESÍ.
Quiero llevarte al castillo,
Príncipe, que has peleado
Tanto, que me maravillo
De verte tan alentado;
Que yo estaba sin aliento.

CELINDO.
Siendo tanto tu valor,
Tenerle fué loco intento;

Que á conocerte, señor,
No tuviera atrevimiento;
A quien con la cortesía
Rinde como con la espada,
Yo me rindo.

MALGESÍ.

Y yo querría
No más de ver obligada
Vuestra nobleza á la mía.

CELINDO.

No en balde en Africa era
Vuestro nombre celebrado.

MALGESÍ.

Allá sí, que á la ribera
De su mar habrá llegado
Nombre que su tierra altera;
Pero acá falta la fama,
Por envidia de traidores.

CELINDO.

Siempre á la virtud disfama.

REINALDOS.

Las cortesías, señores,
Son agravios desta dama:
Mejor es que á Montalván
Caminéis, donde os darán
En qué los dos descanséis,
Y adonde también sabréis
Si lejos ó cerca están
El Rey y vuestros soldados,
Y podréis de Malgesí
Ir después acompañados,
Que es lo mismo que de mí.

CELINDO.

Ponéisme en nuevos cuidados
Del rescate de los dos.

REINALDOS.

Yo le iré á pedir al Rey
En cierta ocasión: adiós.

CELINDO.

No ha nacido en vuestra ley
Otro francés como vos.

Vanse, y queda sólo Reinaldos.

REINALDOS.

Soledad de París y de mi fama,
Escura lumbre que mis hechos cierra,
¿Qué envidia escureció tan alta fama?
Sólo me falta ya faltarme tierra
En que pueda poner los pies cansados.....
Mas ¿dónde suena un atambor de guerra?
Detrás de aquellos cerros levantados,
Parece que oigo cajas y trompetas,
Y de polvo los aires alterados;
Oigo acentos de voces imperfetas,
Cual de abejuelas escuadrón confuso,
Rompido el corcho donde están quïetas.
Allí corre un caballo; ya transpuso
Suelto: ¡mala señal! Allí va un hombre,
Que por dicha su furia descompuso.
Si esto no es guerra, ¿quién tendrá su nom-[bre?
¡Cómo corren allí cuatro jinetes!
No hay gavilán que así pájaro asombre;
Una tropa va allí de coseletes;
Creciendo va el furor; esto es batalla;
Tal huyen del halcón los martinetes.
Si acaso es Carlos el que vino á dalla,
Déle victoria el cielo. ¡Oh viento amigo!
Dime, ¿quién vence? Pero el viento calla.
¡Oh, quién se hallara allí para castigo
Del Moro infame! ¿Qué francés es éste?
Sin duda que éste huyó del enemigo.

Sale Florante, huyendo, con el estandarte.

FLORANTE.

Cuando el viento veloz alas me preste,
No me parece que librarme puedo.
¿Esto es honor? ¡Que tanto á un hombre cueste!
Aconsejarme quiero con el miedo,
Que es el mayor amigo de la vida,
Pues ya en las manos de la muerte quedo:
Sospecho que va Carlos de vencida.
Si pierdo el estandarte, y quedo vivo,
¿Quién duda que es deshonra conocida?
¿Qué haré, temor, pues por valiente privo (1)
Con Carlos? Esconder el estandarte
Real, que de su mano Real recibo;
Entre estos olmos, que este arroyo parte,
Quedará más seguro que en mi mano.
Perdona, gran señor, que he de dejarte;
Vida y honor me obligan.

REINALDOS.

¡Oh villano!
¡Ved dónde pone la bandera santa
Que fué terror del bárbaro Africano!
¿No se corre la tierra, no se espanta
De ver entre sus plantas su adorno,
De la cristiana fe la mayor planta?

FLORANTE.

Así quedará bien: mañana torno
Y le saco de aquí, cuando ninguno
Deste espeso pinar parezca en torno.
Si hartos moros habrá muertos, de alguno
Ó de muchos cortaré los cuellos (2),
Si me parece que no basta uno.
Revueltos á la mano los cabellos,
Y el guión levantado, iré triunfando,
Glorioso de libralle y de vencellos.
Esto es saber, que mal podré, forzando
Mi inclinación, por fuerza ser valiente.
Un moro he visto allí: ¡yo estoy temblando!
¿Si huiré? Mejor será.

REINALDOS.

¡Cristiano, tente!

FLORANTE.

¿Qué me quieres? No soy francés, soldado.

REINALDOS.

Pues ¿quién?

FLORANTE.

Un caminante diligente.

---

(1) *Precio*, dice por errata la edición antigua.
(2) Verso corto.

REINALDOS.

Con harta diligencia has caminado;
Á fe, que tienes harta ligereza
Si huyendo subes donde yo he bajado:
Basta, que tienes toda la destreza
En la lengua y los pies; no sé si agora
Te ha de valer; á defenderte empieza.

FLORANTE.

Moro español, por la gallarda mora
Que ha merecido ser tu hermoso dueño,
Que no me mates, si tu amor le adora.

REINALDOS.

No es hazaña ni valor pequeño
Perdonarte, francés.

FLORANTE.

Será nobleza,
Y á la satisfacción mi fe te empeño.

REINALDOS.

Soy noble, en fin, y es corta gentileza
Infamar el acero en sangre franca,
Ni volarte del cuello la cabeza;
Dame un trofeo, y por el monte arranca,
Liebre veloz de casta magancesa.

FLORANTE.

¿Qué prenda quieres?

REINALDOS.

Esa banda blanca.

FLORANTE.

No, por Dios, que entre toda la francesa
Gente la traigo por marcial divisa.

REINALDOS.

Si es afrentosa en ti, ¿por qué te pesa?

FLORANTE.

Pide otra cosa.

REINALDOS.

Quítatela aprisa.

FLORANTE.

Ya me la quito.

REINALDOS.

No lo sientas tanto,
Pues otra dejas que los cielos pisa;
Agradece la vida, deja el manto;
Haz cuenta que soy toro, pues me corres.

FLORANTE.

De que eso entiendas, español, me espanto.

REINALDOS.

Pues hoy de mi nobleza te socorres,
Vete, y déjame aquí.

FLORANTE.

Guárdete el cielo.

Vase.

REINALDOS.

Sobre los vientos fabricabas torres.
¡Oh, gran Señor, que ya con mortal velo
Otra vez sepultado os vió la tierra,
Entre las piedras de su indigno suelo!
Pero si un noble entonces os encierra
En su sepulcro nuevo, á quien cobarde,
Que huiré de que vos venzáis la guerra (1).
Resucitad, Señor; Señor, no tarde
Vuestra defensa en causa que es tan justa,
Haced de vuestros ángeles alarde.
Y pues vuestra piedad divina gusta
Que Reinaldos padezca tantos daños
Por los pecados de su vida injusta,
Dadme paciencia en males tan extraños,
Y no de mi pobreza, de mi honra,
Á Carlos algún tiempo desengaños.
Consuélome, Señor, que esta deshonra
Que aquí os han hecho, para ejemplo mío,
Aquellos por quien Carlos no me honra,
Resultará después, y yo lo fío,
En honra de Reinaldos; mas ¿qué hago,
Si de ocasión tan justa me desvío?
Creciendo va el rumor y el fiero estrago;
Todo es armas y voces; ya parecen
Los cuerpos montes, la campaña lago;
Menguan las vidas, y los montes crecen;
Pues no han de pelear sin estandarte
Los que también vencer por él merecen.
La aljuba dejaré en alguna parte;
Que en hábito cristiano, Carlos fiero,
Sólo por quien yo soy quiero ayudarte.
Vos, excelso Señor, que en un madero
Vencisteis á la muerte, dadme ayuda;
Que yo no soy cobarde caballero,
Ni lo que vos podéis he puesto en duda.

Vase.

Sale una tropa de moros huyendo de Roldán.

ROLDÁN.

Aguardad, cobarde gente,
No huyáis, no, que soy Roldán;
Volved á un francés la frente:
Como heridos ciervos van
Al agua de arroyo ó fuente.
Pues que lleváis lo mejor,
¿Para qué de un hombre huís?
Á un cruel Emperador
Hiciera alarde en París
De tanto francés traidor.
Nunca tuve buen conceto
Desta Casa de Maganza,
¡Ah, Carlos, poco discreto,
Ni en la pluma, ni en la lanza,
Hubo jamás buen concepto!
¡Ah, franceses! ¿Dónde huís?
¡Tened el paso, no huyáis,
Nadie tras vosotros viene!
¿Quién el estandarte tiene?
¿No hay capitán que sigáis?
Real alférez Florante,
¿Dónde estás con el guión
En ocasión semejante?

---

(1) No está claro el sentido de estos versos. Acaso escribiera el poeta:

¿Habrá cobarde
Que huya de que vos venzáis la guerra?

¡Levanta en alto el pendón!
¡Pon esas lises delante!
Aquí viene un caballero
Más sangriento que yo estoy.

Sale Carlos con la espada desnuda.

CARLOS.
Morir sin deshonra quiero,
Franceses, vuestro Rey soy;
Esperad como yo espero.
Las africanas banderas,
Que tantas veces vencistes
Cuando vistes sus riberas,
Las mismas son á quien distes
Hoy vuestras plantas ligeras.
¿Quién va?

ROLDÁN.
El Conde, cansado
De matar y de temer;
Aguardo desperado
La muerte.

CARLOS.
Hoy vengo á perder
Todo el honor conquistado.

ROLDÁN.
Y lo mereces, pues pones
Los militares oficios,
Cargos, banderas, pendones,
En hombres cuyos oficios,
Ó son chismes ó traiciones;
Los caballeros destierras;
Pensando que aciertas, yerras.

CARLOS.
¡Á qué buen tiempo me animas!
Cuando tú me desanimas,
Fuerte amparo de mis guerras!
Perdamos los dos la vida,
Que ya reprenderme es tarde.

ROLDÁN.
Si la honra está perdida,
Sin duda puso el cobarde
Tus pendones en huída.

CARLOS.
Causa de mi infamia es.

ROLDÁN.
Carlos, á tu gente llama.

Sale Oliveros.

OLIVEROS.
¡Oh, valeroso francés,
Ponga en su templo la fama
Á toda Roma á tus pies!

CARLOS.
¡Oliveros!

OLIVEROS.
¡Gran señor!

CARLOS.
¿Qué tienes?

OLIVEROS.
Vengo admirado.

CARLOS.
¿De qué?

OLIVEROS.
De ver el valor
De un caballero esforzado
Que ha vuelto por nuestro honor;
Que en la izquierda el estandarte
De Francia, y en la derecha
La misma espada de Marte,
Que de ser pone sospecha
Ángel que viene á ayudarte.
¡San Dionís! diciendo á voces,
¡Francia, Francia, Carlos, Carlos!
Ha hecho entre los feroces
Moros, con desbaratarlos,
Que tan gran victoria goces.
Á las voces que levanta,
Animados los franceses,
Vuelven con furia que espanta;
Y él, con tajos y reveses,
Rompe, derriba, quebranta.
Adonde ven el guión
Que las lises de oro lleva,
Sigue el francés escuadrón,
Porque él hasta el cielo eleva
La imagen de aquel pendón.
Los moros, apenas ven
El Cordero que en tres clavos
Está en cruz por nuestro bien,
Cuando huyen, que á los brazos
Hace que espaldas le den.
Unos caen, otros lloran,
Éstos á Mahoma imploran,
Aquéllos piden piedad,
Y los nuestros, por deidad,
Este caballero adoran.
Ven, gran señor, porque veas
Tan espantosas hazañas.

CARLOS.
¡Ah, Roldán! Para que creas
La envidia de tus entrañas
Con que á la virtud afeas,
Permite Dios que Florante,
Á quien dí el francés pendón,
Sea de mi honor Atlante,
Sin encantado blasón
Y sin espada arrogante.
¿Fundo yo mal mi esperanza
En la Casa de Maganza?
¿Detuvieras tú la gente
Con valor más excelente?
¿Hizo más tu espada y lanza?
Ven, reconoce á quien debo
La vida.

ROLDÁN.
Si tal valor
Cupo en tan tierno mancebo,
Reconoceré, señor,
En Florante un Héctor nuevo.
Y todas mis pretensiones
En materia de traiciones

Y magancés cobardía
Se tornarán este día
En levantados blasones.
  No la envidia de su gloria
Me ha de obligar á su ofensa;
Viva eterna su memoria,
Pues fué de tu honor defensa,
Y el dueño desta vitoria.
  Dale el francés estandarte
Para más, que en toda parte
Que celebralle presumas,
Lo dirán el timbre y plumas
Con más blasones que Marte.
  Y haz diligencia, señor,
De que se prenda el traidor
De Reinaldos, pues está
Entre los moros, si ya
No huye de tu rigor;
  Que pues de servir te ordena,
Mientras honras á Florante
Le has de colgar de una almena.

CARLOS.

Sí, que traición semejante
Es digna de mayor pena:
  Á vos, por más confianza,
Su prisión os doy, y apruebo
El consejo y la venganza.
Notable contento llevo:
¡Vivan Florante y Maganza!

ACTO SEGUNDO.

Salen el Rey de Marruecos y Reinaldos, acuchillándose.

REY.

¡No me mates!

REINALDOS.

Di quién eres.

REY.

Un moro.

REINALDOS.

¡Gentil razón!

REY.

El Rey soy.

REINALDOS.

¡Date á prisión!

REY.

Tu esclavo soy.

REINALDOS.

¿Vivir quieres?
  Dame la espada.

REY.

Soy Rey.
No sé quién eres.

REINALDOS.

Yo soy
Un caballero que estoy
En buen crédito en mi ley.

REY.

  ¿Procedes de reyes?

REINALDOS.

Sí;
Sangre de rey tengo.

REY.

Toma;
Que sólo á ti ó á Mahoma
Rindiera mi espada aquí.

REINALDOS.

  Agora que la has rendido,
Señor, te la vuelvo á dar,
Por si quisieses probar
Á ser dos veces vencido.

REY.

  No; que si una vez rendí
Con mi palabra la espada,
No va bien que, de ti dada,
La volviese contra ti.
  Esto es guerra; y bien se ha visto
En mí rendir sus fortunas,
Tantas victoriosas lunas
Á las banderas de Cristo;
  Que como tú no llegaras
Con aquel rojo guión,
Y al fugitivo escuadrón
Con tanta fuerza animaras,
  Viera con igual afrenta
Vuestra flor de lises de oro,
Á los pies del pendón moro,
Besar la tierra sangrienta.
  Deseo saber tu nombre;
Que te he cobrado afición,
Viendo que en esta ocasión
Tanto pueda sólo un hombre.
  ¿Eres Roldán?

REINALDOS.

No, ¡por Dios!

REY.

Di verdad.

REINALDOS.

Esto es verdad,
Aunque harto más que amistad,
Tenemos sangre los dos.

REY.

  Pues Durandarte el honrado,
No serás.....

REINALDOS.

Es bien nacido.

REY.

Que allá más fama ha tenido
De amante que de soldado.
  ¿Eres Valdovinos?

REINALDOS.

No.

REY.

¿Ni Oliveros?

REINALDOS.

No soy tanto.

REY.

¿Montesinos?

REINALDOS.

Ya me espanto
Que no aciertes quién soy yo,
Y aun estoy casi corrido:
Poca fama tengo allá,
Porque quien sin honra está,
Habrá la fama perdido.

REY.

No me digas más; tú eres
Reinaldos de Montalván,
Que á Urgel, Carloto y Roldán,
Y Montesinos, prefieres.
Quiero abrazarte, contento
De venir á tu poder.

REINALDOS.

Aquel mi ser, que no ser,
De hoy más por ti le acreciento:
Dame palabra, Armelín,
Que no dirás quién soy.

REY.

Digo
Que la doy, y soy tu amigo;
Mas declárame á qué fin
No quieres que tu valor
Se sepa con esta hazaña.

REINALDOS.

Á Carlos, mi Rey, engaña
Galalón.

REY.

¿Quién?

REINALDOS.

Un traidor,
Que porque yo no sufría
Dél y Florante, su hermano,
Maldades que hacer en vano
Contra los doce quería,
Dijo á Carlos que yo era
De su reino pretensor,
Á su corona traidor,
Y autor de su muerte fiera.
Persiguióme el Rey con esto;
Retireme á Montalván,
Donde mis prendas están
Y la envidia las ha puesto.
Es Montalván un castillo
Que sobre ese monte yace,
Que mira el sol cuando nace,
Contento de descubrillo.
Allí vivo desterrado,
Donde tal me vengo á ver,
Que robo para comer.

REY.

¡Gran dolor, ladrón honrado,
Que has venido á tal pobreza!

REINALDOS.

En tan gran pobreza estoy.

REY.

Pues escucha lo que doy
A tu valor y nobleza:
Vente á Africa conmigo,
Haréte Rey de Azamor,
Serás mi Gobernador,
Mi consejero, mi amigo,
Mi Capitán general,
Para la mar y la tierra,
Sin que haya, ni en paz ni en guerra,
Mayor para ti ni igual.
Daréte una hija mía,
Que el sol la mira envidioso,
Que el Príncipe poderoso
Del Cairo, me la pedía;
Y aun pienso que la ofrecí;
Mas no importa, si la quieres.

REINALDOS.

Tengo mujer.

REY.

¿Dos mujeres
Son muchas?

REINALDOS.

En mi ley sí,
Porque sólo una consiente.

REY.

Pues acepta lo demás:
Verás, si al África vas,
Que te adora nuestra gente.

REINALDOS.

Profeso tanta lealtad
En medio de mis pobrezas,
Que desprecio tus riquezas
Y estimo tu voluntad.
Tengo á Galalón tal miedo,
Que, contra la fe que adoro,
Dirá á Carlos que soy moro,
Y perder crédito puedo.
Demás desto, yo nací
Con tantas obligaciones,
Que en medio de sus traiciones
Hago lo que ves aquí.
Vi su gente de vencida,
Quité á la tuya la gloria,
Dile á Carlos la victoria,
Aventurando mi vida.
Él me puede maltratar;
Pero yo le he de servir,
Porque tiempo ha de venir
En que Carlos me ha de honrar;
Que la verdad escondida,
Sacará el tiempo en los brazos,
Desenredando los lazos
Que éstos ponen á mi vida.

REY.

Pues ya que aquesto no sea,
Razón será que se trate,
Reinaldos, de mi rescate;
Satisfacerte desea
Mi voluntad de su amor.
Pobre estás; pide: ¿qué aguardas?
Rey soy: ¿de qué te acobardas?
Pídeme un reino, el mayor;
Pídeme parias, caballos,

Oro, plata, piedras, perlas,
Que haré á puñados cogerlas
Á mis deudos y vasallos.

REINALDOS.

Dos cosas, señor, no más,
Has de hacer aquí por mí;
Que otras dos te daré á ti,
Si estas dos á mí me das.
Las que has de hacer son alzar
El campo de Francia luego,
Y porque yo te lo ruego,
Volver tu gente á la mar:
Que aunque de haber guerra en Francia
Mi venganza se seguía,
Vence la venganza mía
Del bien común la ganancia.
Has de ir á Carlos primero,
Y decir que este partido
Te ha obligado el haber sido
Cautivo de un caballero;
Cuyo nombre no dirás,
Pena de serme traidor,
Cuando á saber su valor,
Carlos te forzase más.
Es la otra, que has de darme,
En fe de aquesta prisión,
Tu anillo Real, si es razón
De tan justa prenda honrarme;
Que los anillos hicieron
Los romanos, en señal
De prisión, y prenda igual
Reconocimiento dieron.
Por estas dos cosas, Rey,
Te daré otras dos, que son
Tu hija y yerno, que en prisión
Tengo.

REY.

¡Oh, gloria de tu ley!
Si importa á tus pretensiones
Que alce el campo, y que me vaya,
Presto mirarán la playa
Del mar mis blancos pendones.
Este es mi sello Real,
Y éstos mis brazos: quisiera
Ser el mundo, á quien pudiera
Ofrecerle á valor tal.
¿Que tienes mis hijos?

REINALDOS.

Sí,
En libertad, no en prisión;
Y aun espera, que éstos son,
Con mi hermano Malgesí.

Salen Celindo y Armelinda, moros, y Malgesí.

MALGESÍ.

Tarda Reinaldos, y quiero
Que le vamos á buscar,
Y tú me has de acompañar,
Generoso caballero,
Porque pueda yo seguro
Entrar por el campo moro.

CELINDO.

Por las dos luces que adoro
Del sol que contemplas, juro
De perder, si está en prisión,
Mil vidas por rescatalle.

ARMELINDA.

No temas, como se halle
Reinaldos, muerte ó traición
Mi padre me le dará,
Ó mi padre no ha de ser.

REY.

Bien cerca le podéis ver,
Que con Reinaldos está:
Dadme, hijos, vuestros brazos.

ARMELINDA.

¿Qué ven mis ojos?

REY.

Yo soy..

CELINDO.

¡Gran señor!

REY.

Cautivo estoy;
Mas para tales abrazos
Dará Reinaldos licencia,
Y porque, juntos los tres,
Vea su hacienda á sus pies,
Y nosotros su clemencia.

CELINDO.

¿Eres suyo?

REY.

Pues ¿de quién?
Y sé que lo sois los dos.

REINALDOS.

Avísalos, Rey, ¡por Dios!
De que han de callar también.

REY.

Hijos, de Reinaldos soy,
Aunque libertad me ha dado,
Mas como estoy obligado,
En mayor prisión estoy.
Que me vuelva me ha pedido,
Al África con mi gente,
Que el daño de Francia siente,
Y yo se lo he prometido.
Puesto que tengo jurado
No decir quién me obligó,
Haced lo mismo que yo;
Que oro y plata ha despreciado
Sólo porque á Francia deje,
Á quien destruye la guerra.
Primero que de su tierra
Al mar mi ejército aleje,
Á Carlos tengo de hablar
De paz, y decir que quiero
Irme por un caballero
Que me lo pudo mandar,
Encubriendo siempre el nombre.
Besemos todos sus pies,
Maldiciendo al Rey francés,
Que aparta de sí tal hombre;

Que si conmigo quisiera
Ir al África, confío
Que fuera hasta el Ganjes mío,
Y del Tanais la ribera.

CELINDO.

En tantas obligaciones,
Reinaldos, ¿quién no enmudece?

ARMELINDA.

¿Cómo Carlos te aborrece,
Gran Paladín, por traiciones?
Y ¿cómo sufres vivir
Retirado en Montalván,
Cuando los cielos te dan
Con qué puedas perseguir
Los que tanto han perseguido
Tu valor y tu inocencia?
Vuelve en furia la paciencia,
Y ofende siendo ofendido.
Toma este campo famoso
De mi padre, entra en París,
Arrastra la flor de lis,
¡Oh capitán generoso!
Persigue á quien te persigue·
Que á ser leal á tal Rey,
¿Qué humana y divina ley
Puedes hallar que te obligue?
Aprovecha la ocasión
Que te da el cielo.

REINALDOS

Armelinda,
No quiera el mismo que rinda
Su engaño mi obligación;
Que si menos que engañado
De traidores, me pusiera
En tanto mal, yo me hubiera
De toda Francia ausentado.
Viva Carlos, y Dios quiera
Que, sin que nadie le dañe,
El tiempo le desengañe.

CELINDO.

Mejor con las armas fuera;
Pero pues en tu verdad
Justa confianza tienes,
Y nuestra fuerza detienes
Con tu cristiana piedad,
Ven, Reinaldos, á las tiendas
Del Rey de Fez, ó á las mías,
Porque veas que confías
De buen crédito tus prendas;
Que en plata y oro luciente
Verás, y en piedras extrañas,
Abiertas nuestras entrañas
Y las del rosado Oriente.

REINALDOS.

Celindo, el precio que pido
Por la libertad que os doy,
Es que, sin saber quién soy,
Digáis á Carlos que ha sido
Un caballero francés,
Sin nombre, el que os ha quitado
Esta victoria, y rogado,
Habiendo preso á los tres,
Que alzando de Francia luego
El ejército arrogante,
Deis la vuelta á Tarudante:
Esto os pido, y esto os ruego.
Ni joyas he de tomar,
Ni otro rescate pedir,
Y con esto os podéis ir,
Y en París de paz entrar;
Que yo quiero dar la vuelta
Á Montalván, que me aguarda
Claricia.

REY.

¡Hazaña gallarda
De tu voluntad resuelta!
No te quiero porfiar,
Pero vuelvo á Fez; perdona,
Que ya que de mi corona
No quieres participar,
Todos los años, por parias,
Te conoceré por dueño.

Vanse, y quedan Reinaldos y Malgesí.

REINALDOS.

Pues bien, ¿qué capote y ceño,
En cosas tan necesarias
Á mi honor y obligación,
Es, amigo Malgesí,
El que me pones aquí?
¿No tengo en esto razón?

MALGESÍ.

¡Par Dios, Reinaldos, yo no sé quién gusta
De acompañar tu soledad y pena!
Carlos, traidor te llama, y por injusta
Sentencia, á dura muerte te condena.
Los doce, como ven que se disgusta,
Siguen también lo que el mayor ordena,
Y tú, preciado de leal, muy loco,
Tienes tu vida, por servirle, en poco.
Mas ya que darle la victoria ha sido
Hazaña, en fin, de príncipe cristiano,
Levantando el pendón azul, teñido
En la sangre del bárbaro Africano,
No porque está de lises guarnecido,
Mas por la cruz del Serafín humano,
Que es bien que triunfe, y que sus alas santas
Pisen el sol y eclipsen lunas tantas,
¿Por qué ha de ser razón que, cautivando
Á un príncipe del Cairo y de Marruecos,
Desprecies su rescate y joyas, dando
Por vanagloria sus preciosos truecos?
Alejandro, las Indias conquistando,
Donde oyó su atambor remotos ecos,
Oro y plata tomó, que en la victoria
Los despojos aumentan fama y gloria.
¡Ándeme yo á verter sangre en tu ayuda,
Y tú, hermano, también, para este efeto!
Quédate á Dios.

REINALDOS.

Escucha, hermano.

MALGESÍ.

En duda
Pones mi pecho de tu buen conceto.

REINALDOS.

¿No ves que mi verdad está desnuda?

MALGESÍ.

Y desnuda de suerte, te prometo,
Que apenas tu mujer tiene un vestido,
Y es la verdad, que de tu amor lo ha sido.
¡Pesar de Carlos, de Roldán, de Francia,
De esos doce, ó docena de traidores!
En la primer batalla de importancia
Les pisa el Moro las doradas flores.
Y entras tú derribando su arrogancia,
Y quedan por tu espada vencedores,
Y sueltas los cautivos enemigos,
Porque de tu valor no haya testigos.
¿Quién duda que á sus damas den esclavos
Todos esos franceses boquirrojos,
Que al viento dieron á contar los clavos,
Huyendo sueltos, y esperando flojos?
La sala de Borbón, llena de bravos,
¿Qué les dará de mandas y despojos?
Y ellas, ¡con qué de cintas y cabellos
En oro falso pagarán como ellos!
Contemplo á Durandarte, que á Belerma
Ofrece el moro que temblar le hizo,
Y que ella, con la voz de tierna enferma,
Le ensalza y honra en un listón pajizo,
Pues ¿es razón que el otro coma y duerma,
Por dicha magancés advenedizo,
Del Rey pagado, y de su dama honrado,
Y tú vivas, Reinaldos, desterrado?
No más, no más, que cansa la pobreza
En hombres que no intentan remedialla.
Adiós, Reinaldos.

REINALDOS.

¿Qué mayor riqueza,
Malgesí, que tenella y desprecialla?
Oye, sabrás mi intento.

MALGESÍ.

Esta maleza
Te escuche agora, pues el viento calla.

REINALDOS.

Mira que eres mi sangre y tú la mía,
Mas la hambre es cruel filosofía.

Vanse.

Salen Galalón y soldados.

GALALÓN.

Por esta parte podréis
Batir el fuerte mejor.

SOLDADO 1.°

Todo se intenta, señor.

GALALÓN.

¿Cómo no subís? ¿Qué hacéis?

SOLDADO 2.°

Ya la escala se le arrima:
Ten ¡por tu vida! paciencia,
Porque el no haber resistencia
Parece que desanima.

GALALÓN.

No está Reinaldos dormido,
Algo debe de trazar.

Dentro:

Por aquí quieren entrar.

UN NIÑO.

Licencia, señora, os pido.

Asómase el niño en lo alto, con espada y rodela.

SOLDADO 1.°

Un niño, señor, se ha puesto
Á la defensa del fuerte.

GALALÓN.

¡Quedo; no le deis la muerte!
Sin duda hay misterio en esto,
Ó no hay gente en Montalván;
Que ni relumbran arneses,
Ni cajas oigo.

NIÑO.

¡Ah, franceses!
¿Quién es vuestro capitán?

GALALÓN.

Yo soy, niño, el que ha traído
De Carlos esta bandera
Contra Reinaldos.

NIÑO.

Quisiera
Que antes hubieras venido
Para que á su dueño hallaras.
Por franceses os tenía;
Culpad la ignorancia mía.

GALALÓN.

Francés soy; ¿en qué reparas?

NIÑO.

No, porque si tú lo fueras,
No siendo vil magancés,
Contra tan noble francés
No es posible que vinieras.
Y no habiendo intento alguno
Para hacer esta traición,
Ó eres moro, ó Galalón,
Que todo pienso que es uno.

GALALÓN.

Niño, sola tu inocencia
Dijera tan grande error;
Cuando es un hombre traidor,
Castiga el Rey su insolencia.
Fuélo Reinaldos, y yo
Vengo con esta bandera
Á quemar la ladronera
Donde el traidor se metió.

NIÑO.

Hombre, aunque niño, hombre soy,
Y si igualarte me falta,
Ser tan pequeño no es falta;
Mas alto soy, pues lo estoy.

Y así, te digo que mientes,
Que Reinaldos es leal,
Y á estar tú conmigo igual,
Te echara en tierra esos dientes.

GALALÓN.

Buen rapaz, ¿quién eres? di.

NIÑO.

Soy el niño de Numancia,
Que envidiando á España Francia,
Quiso que le hubiese aquí.
Y así, pienso yo como él,
Que dél no me maravillo,
Arrojarme del castillo
Sin daros las llaves dél.

GALALÓN.

Niño bachiller, que seas
Francés ó no, poco importa;
Para jornada tan corta,
Más por Numancia rodeas.
¿Está Reinaldos ahí?

NIÑO.

Sí, que está en mí, que soy él,
Porque tomando ser dél,
Está Reinaldos en mí.
No soy el original,
Mas soy el mismo traslado.

GALALÓN.

Y estáis tan bien estampado,
Que eres á la furia igual.
Y así, Reinaldos pequeño,
Acertaré, si te mato,
Como quien rompe el retrato
En afrenta de su dueño.
¡Ved á quién dejó el castillo!

NIÑO.

¿Parézcote poco?

GALALÓN.

Y nada.

NIÑO.

Pues tienta, infame, la espada,
Ó yo te abriré un portillo,
Y en aquesta plaza de armas
Haremos campo los dos.

GALALÓN.

¡Subid, trepad!

NIÑO.

Bien, ¡por Dios!
¡Á honrada empresa te armas!
¿No te afrentas?

GALALÓN.

Yo, ¿por qué?

NIÑO.

Subid, soldados, subid,
Y á Francia vueltos, decid
Que esta guerra no lo fué.
Y esta escala, en el castillo
No digáis que la arrimastes,
Sino que un nido alcanzastes,
Donde estaba un pajarillo.
Subid, y el nido alcanzad,
Soldados de infame guerra.

GALALÓN.

¡Poned el fuerte por tierra!

NIÑO.

¡Subid, franceses, llegad!

Aparece, junto al niño, Claricia, con espada desnuda.

CLARICIA.

Labrando estaba Claricia
Una sobreveste blanca,
Para Reinaldos, su esposo,
Que andaba en el monte á caza.
Y como se la ponía
Sobre las doradas armas,
Las batallas que ha vencido
Bordaba de sedas varias.
Echó menos á su hijo,
Que entretanto que ella labra,
Le devanaba la seda
Sobre unas dobladas cartas.
Saltos le da el corazón,
Y sospechas le da el alma;
Picóla el dedo la aguja,
Cubrió de sangre la holanda.
Dióle voces, no responde;
Dejó la labor, turbada;
Al salir al corredor,
Pisó la falda á la saya.
Cuando entre este mal agüero
Oye que tocan al arma,
El niño estaba en el muro,
Galalón en la campaña.
Por la empresa le conoce,
Y desta suerte le habla:
«Mal hubiese el caballero
De la Casa de Maganza
Que puso mal con el Rey
Á quien le honraba su casa.
Reinaldos de Montalván
Venció cuarenta batallas;
Ayudó al conde Godofre
Á ganar la Casa Santa.
Galalón, cobarde siempre,
Cuando Carlos fué á Bretaña,
Se escondió en una arboleda
En escuchando las cajas.
Siempre aconsejan los nobles
Que con el Rey privan y hablan,
Que galardone á los buenos,
Cuyas virtudes ensalzan.
Los traidores y envidiosos,
Á los honrados apartan,
Porque nunca posan juntas
La humildad y la arrogancia.
Un día de San Dionís,
Que á la mesa se sentaban
De Carlos, su Emperador,
Todos los Grandes de Francia,
Díjoles que el que más moros
Hubiese muerto en batalla,
Tomase á su lado silla;

Fué Galalón á tomarla.
Reinaldos le desvió
Diciéndole: «Infame, aparta;
»Que Roldán, Dudón y Urgel,
»Pudiendo tomalla, callan;
»Tras ellos, Reinaldos solo
»Merece silla tan alta.»
Replicóle que mentía,
Puso la mano en su cara;
Enojóse Carlos desto,
Desterróle de su casa;
Crecieron los testimonios,
Retiróse á la montaña.
¿Qué le quieres, Galalón?
Reinaldos es ido á caza.
Vuelve á París, y di al Rey
Que mal sus servicios paga.»

GALALÓN.

Claricia, tu mala lengua
Y de Reinaldos la infamia,
Con que mete en Francia moros,
Estas novedades causan.
Yo pondré por tierra el fuerte,
Y con esas tocas blancas
Ataré el cuello á tu hijo
Y le colgaré de una haya.
¡Subid, franceses, al muro!

NIÑO.

Sube, magancés de casta,
Alcanza aquesta paloma,
Rompe el nido, el hijo mata
Y el águila del Imperio
De Carlos, las uñas pardas;
Honra aquesta sangre humilde
Con los filos de tu espada.

GALALÓN.

Si se defiende, ¡matalde!

Suben los soldados por el muro arriba, y Claricia y el niño se van defendiendo todo lo que pueden, hasta que los prenden.

Salen Florante y Roldán.

ROLDÁN.

El parabién os doy con mucho gusto
En nombre de los doce.

FLORANTE.

Señor Conde,
Que vos me honréis, por quien vos sois, es [justo.

ROLDÁN.

Muy bien á vuestra sangre corresponde
El valor que en la guerra habéis mostrado.

FLORANTE.

Las otras callan, la humildad responde.

ROLDÁN.

Esa os levanta más, porque el soldado
Con lengua humilde y con soberbia espada,
Es del amigo y enemigo honrado.
Está toda la corte alborotada
Con sólo referir hazañas vuestras
En la vitoria al bárbaro quitada.

FLORANTE.

Si he dado de quien soy algunas muestras,
Cuando me alaba Francia, á vos lo debo.

ROLDÁN.

Confírmense hoy las amistades nuestras;
Que Francia verá en vos un Héctor nuevo,
Á pesar de Reinaldos y del mundo,
¡Oh generoso y ínclito mancebo!
Porque en tan altas esperanzas fundo
La heroica protección del reino franco,
Temblando el Asia del Roldán segundo.
Yo os vi, Florante, el pecho armado en blan-
Discurrir por los moros de tal suerte, [co,
Con el rojo guión y el manto blanco,
Que nunca labrador robusto y fuerte
Con la hoz derribó tiernas espigas
Cual vos cabezas que trilló la muerte;
Las ya menguantes lunas enemigas
Yo las vi por los pies de los caballos.

FLORANTE.

Afréntasme, señor, aunque me obligas.
Yo sé que tienes deudos y aun vasallos
Que mostraron mejor en esta empresa
Cuánto en los buenos puede el animallos.
De que tú me levantes no me pesa;
Que la virtud se esfuerza en su alabanza,
Y sin el premio, desmayada cesa.

ROLDÁN.

Tenga yo vuestra espada y vuestra lanza
Á mi lado, Florante, y venga el Moro.

Salen el Emperador, Valdovinos y Oliveros.

CARLOS.

Será de Francia gloria y esperanza.

VALDOVINOS.

Volvió por nuestro honor y tu decoro.

OLIVEROS.

Roldán está con él.

CARLOS.

¡Oh mozo ilustre,
Famoso amparo de los lirios de oro!
La heroica hazaña, de tus obras lustre,
Inmortal ha de ser; no tengas miedo
Que con envidia ó tiempo se deslustre.

FLORANTE.

Si os he servido, y adelante puedo,
De vos procede, generoso Carlos.

CARLOS.

Muy obligado á tu servicio quedo,
Y si á los buenos es razón premiarlos,
Y en el mismo lugar parece justo
Á los malos é indignos castigarlos,
Que ocupes desde hoy más, Florante, gusto
El asiento que tuvo entre los doce
Reinaldos desleal, traidor é injusto:
¿Paréceos, paladines, que le goce?

ROLDÁN.

Yo, señor, por mi parte, diera el mío
Á quien el mundo sin igual conoce.

VALDOVINOS.

Que le defenderá mejor confío,

Que Reinaldos lo ha hecho.

OLIVEROS.

¿Quién lo duda?
Pues Par de Francia hoy á Florante cría.

CARLOS

Hoy á la mesa de los doce acuda,
Coma con ellos y conmigo coma;
Pon á Florante, y á Reinaldos muda
De la lista, Roldán; tu amigo toma
La espada y manto de los doce Pares
Con tantas gracias del Pastor de Roma.

OLIVEROS

¿Abrirán la capilla?

CARLOS.

En sus altares
Le ceñiré la espada y daré el manto.

ROLDÁN.

Bien es que así le ensalces y le ampares,
Porque tanta virtud merece tanto.

Corren una cortina, y descúbrese una capilla con un altar, imágenes y luces.

Sale Dudón.

DUDÓN.

Dos moros quieren hablarte.

CARLOS.

Aunque ésta no es ocasión,
Para que vean honrarte
Di que entren.

DUDÓN.

De Armelín son.

Salen Celindo y Armelinda.

CELINDO.

Guarde Alá, cristiano Marte,
Por largos años tu vida.

CARLOS.

¿Qué es, moros, lo que queréis?

CELINDO.

Pesado me ha que se impida
Lo que en vuestra ley hacéis,
Cristiano, con mi venida.

CARLOS.

No hará, si lo quieres ver,
Porque esto sólo es hacer
Un caballero que goce
Privilegio entre los doce
Que debéis de conocer.
Falta del número, y quiero,
Porque sólo hay veintitrés,
Que le ocupe y quede entero.

CELINDO.

Pues yo te hablaré después:
Haz, Carlos, tu caballero.
Aunque yo sólo quería
Pedir por mi Rey licencia
Para hablarte.

CARLOS.

En cortesía,
Viera á tu Rey la presencia
Si él quisiera ver la mía,
Cuanto más si es de importancia.

CELINDO.

Yo pienso que importa á Francia.
Prosigue, y luego hablaremos,
Para que allá lo contemos.

ROLDÁN.

El moro tiene arrogancia.

CARLOS.

Este manto militar
Pongo en tus hombros, Florante,
Rica insignia de los doce
Que en Francia llamamos Pares,
Por la imitación de aquellos
Que al Hijo del alto Padre
Sirvieron y acompañaron,
Viviendo en el mundo en carne;
Y en tu cuello esta cadena,
De quien es tusón la imagen
Del ángel que echó del cielo
La furia del mayor Ángel.
Mi espada misma te ciño
Para que mejor la guardes,
La fe cristiana defiendas
Y el nombre de Cristo ensalces;
Tu Rey y tu patria aumentes,
Tus amigos acompañes,
Las mujeres favorezcas
Y los pequeños levantes.
De la lista de los doce
Quito al traidor, al cobarde
Reinaldos de Montalván,
Que el mismo daño nos hace
Que hizo Sinón á Troya
Con el caballo, pues trae
Moros, como el otro griego,
Que dentro de París salen.
Las preeminencias le quito
Y hasta el valor de mi sangre;
Que no es justo que un traidor
Afrente al Real linaje.
Éste pongo en su lugar,
Y así, quiero que le llame
Francia el de la buena suerte.

FLORANTE.

El cielo tus años guarde;
Que quien como tú, señor,
Sabe premiar los leales
Y castigar los traidores,
Vencerá en fama á Alejandre.

ARMELINDA.

Celindo, rabiando estoy.

CELINDO.

Calla, señora, y no hables;
Que estamos solos.

ARMELINDA.

No puedo
Sufrir que á Reinaldos traten
Desta manera sus deudos.

CELINDO.

Pues tú, ¿qué has de hacer?

ARMELINDA.

Vengarle.

CELINDO.

¿Cómo?

ARMELINDA.

Volviendo por él.
Rey Carlos, Conde de Anglante,
Valdovinos, Oliveros
Y cuantos os llamáis Pares,
Porque estáis á par del Rey,
Ó porque en números tales
Incitáis los santos vuestros,
Oid.

CARLOS.

¿Qué quieres, alarbe?

ARMELINDA.

Volver por Reinaldos quiero,
Y aunque tan mozo os espante
Que este atrevimiento tenga
Entre personas iguales,
Basta un niño, un flaco, un mudo,
Para defender verdades,
Como lo son que Reinaldos
Más que todos juntos vale;
Que es leal, noble, valiente,
Seguro, firme, constante,
Honrado, inocente, justo,
Fuerte, valeroso, amable;
Que injustamente padece,
Porque entre moros se sabe
Que envidiosos maganceses
Piden al Rey que le mate.
Éstos le quitan la honra
Porque no consiente infames
Que á los lados de los reyes
Son aventadores de aire,
Ó como puntas de hierro,
Que suelen tener la margen
De alguna guardada fuente
Para que no beba nadie.
Y así, digo que del Rey
Abajo, aunque entren Roldanes
Más que tiene el mar arenas
Y estrellas sustenta Atlante,
Miente cualquiera que diga
Que Reinaldos es cobarde,
Que es traidor y desleal
É indigno de ser tu sangre.
Ése que en su lugar pones,
¡Triste dél si ha de ocuparle!
Haz cuenta que el manto ha sido
Para que en él le amortajen.
Esa espada que le ciñes
Le pasas de parte á parte,
Que es basilisco Reinaldos,
Y en viéndole, ha de matarle,
Aunque yo lo haré más presto.
Sal, nuevo electo, Florante;
Sal, magancés alevoso;
Mide esa espada á este alfanje;
Que ese manto no es arnés
Que te defienda ni guarde
De mi venganza y justicia.

FLORANTE.

Dadme licencia.

CARLOS.

¡Matalde!

ROLDÁN.

Si no te viera tan mozo,
Morillo vil, arrogante,
Que fuera afrenta en Roldán
Manchar su acero en tu sangre,
¡Por vida del Rey.....

CELINDO.

Detente.

ROLDÁN.

¿Qué quieres? ¿Quién es no sabes..... (1).

CARLOS.

¿Quién es?

CELINDO.

Hija de mi Rey.

ROLDÁN.

¡Mujer!

CELINDO.

Y mujer notable.

ARMELINDA.

Hombre soy, no soy mujer,
Y hombre que sabré matarme
Con el hombre que es más hombre.

ROLDÁN.

Es fuerte.

VALDOVINOS.

Es hermosa.

OLIVEROS.

Es grave.

FLORANTE.

Si has de matar con los ojos,
Yo me rindo, no me mates.

ARMELINDA.

Florante, la cobardía,
Con amor no la disfraces;
Aquí en el campo te espero.

CARLOS.

Moro, di á tu Rey señale
Lugar donde nos veamos.

CELINDO.

Éste, y trataréis las paces.

Vanse todos y ciérrase la apariencia.

Salen Lucinda y Belardo, villanos.

BELARDO.

Echa por acá el ganado.
¡Pesar de la guerra, amén!

LUCINDA

Las cajas le han alterado.

BELARDO.

Aunque más silbos le den,
No quiere volver al prado;

(1) Falta el *quién es*, en la Parte 7.ª, pero es necesario para el sentido.

Verá el manso cuál los guía.

LUCINDA.

Hasta la nevada y fría
Punta de aquel olmo blanco
No pararán.

BELARDO.

Pues si arranco
La honda.....

LUCINDA.

Tente.

BELARDO.

Desvía.

LUCINDA.

Espántaste tú de ver,
Belardo, un hombre á caballo,
¿Y el ganado ha de pacer?

BELARDO.

Si no vienen á matallo,
¿Dónde se quiere esconder?
Una pequeñuela abeja,
Del que la colmena toca
Se defiende, y no la deja.

LUCINDA.

Tiene la espada en la boca.

BELARDO.

Todo se esparce y se aleja.

LUCINDA.

¿Qué se te da que se esparza?

BELARDO.

¡Mala cambronera y zarza
Os trabe por el vellón!
No huye más del halcón
La parda y cobarde garza.
Ataja, Locinda, allí.

LUCINDA.

¡Ay, triste!

BELARDO.

¿Qué hay?

LUCINDA.

Un soldado,
Viene con su espada aquí.

BELARDO.

Huye.

Sale Reinaldos.

REINALDOS.

Basta, que he llegado
Á que se espanten de mí.
Tenéos, ó ¡vive Dios,
Que os despedace á los dos!

BELARDO.

Tente, Locinda.

LUCINDA.

Á la fe,
Que creo que os vi y hablé
Otra vez por aquí á vos.
¿No sos Reinaldos?

REINALDOS.

Solía.

LUCINDA.

¿El señor de Montalván?

REINALDOS.

Sí, que ese nombre tenía.

LUCINDA.

Pues sabed que un capitán
Hoy llegó, al nacer el día,
Con gente en vueso castillo,
Y juró de destruillo.

REINALDOS.

Ya se habrá desengañado
Que es mío, y le habrá dejado,
Que el nombre tiemblan de oillo.
¿Tenéis algo que comer?

BELARDO.

Sólo pan en el zurrón.

REINALDOS.

Ved en qué me vengo á ver:
Mostrad.

BELARDO.

Es como un turrón.

LUCINDA.

Dientes habréis menester.

REINALDOS.

La hambre le hará bien tierno.
¿Si habrá otro tanto en mi casa,
Cielo piadoso y eterno?

LUCINDA.

Gente por el monte pasa:
No comáis tan de gobierno;
Que si allá en casa tenéis
Prendas que os puedan robar,
Sin duda las perderéis,
Que diz que os van á matar.

REINALDOS.

¿Á mí? ¿De quién lo sabéis?

LUCINDA.

¡Bueno es eso! Un soldadillo
Dijo que era Galalón
Quien cerca vueso castillo;
Que el Rey en esta ocasión
Le hace contra vos caudillo.
Si hay hijos dentro, guardaldos,
Que vos los han de prender,
Y si podéis, amparaldos.

REINALDOS.

Dejad, dejad de comer,
Desventurado Reinaldos.
Fuentes mansas y tardías,
Ya no os piden mis enojos
Con sed esas aguas frías;
Bañen este pan mis ojos
Con turbias lágrimas mías.
Este bocado, pedido
De limosna á estos pastores,
Aun sin lágrimas no ha sido.
¡Oh, quien, pues come dolores,
Bebiera fuentes de olvido!
Pensé que al que come enojos
Agua las fuentes le daban,
Tuve de su curso antojos,
Quise beber, pero estaban
Más cerca las de mis ojos.

Quedará bien tierno el pan,
Porque cuando piedra sea,
Enternecelle podrán.
¿Cómo Galalón se emplea
En cercarme á Montalván?
¿Qué Galalón ha venido
Á prenderme ó á matarme?
¿Qué haré? Mudaré el vestido,
Porque ansí podré acercarme
Ó entrarme desconocido.
Dame, amigo, ese gabán;
Que pues conoces quién soy,
Acudiendo á Montalván,
Donde con mi casa estoy,
Otro mejor te darán.

Desnúdase el gabán Belardo, y vístesele Reinaldos.

BELARDO.

Cuando una ciudad valiera,
No dudéis de que os le diera
Con la misma voluntad.

REINALDOS.

Hallo en un pastor piedad,
Y en un Rey la muerte fiera.

LUCINDA.

¿Mandáis otra cosa?

REINALDOS.

El cielo
Os pague este bien.

BELARDO.

Adiós.

Vase.

REINALDOS.

¡Ah, infamia del francés suelo!
¿Cuándo, Galalón, los dos
Probaremos nuestro celo?
Quiero esconder bien la espada,
Que se esconde de afrentada
De que vive hombre tan vil.

Sale Galalón con los soldados, y traen presos á Claricia, mujer de Reinaldos, y á su hijo.

GALALÓN.

No eres mujer varonil,
Sino mujer enojada.

CLARICIA.

Soy mujer, y quiero ser,
Para afrentar tu victoria,
La más vil de nuestro ser,
Porque aun no recibas gloria
De que soy noble mujer.
Reprehendió el pueblo romano,
Porque á Zenobia traía
En sus triunfos, Aureliano;
Matóse Cleopatra un día
Por no honrar á Octavïano.
Lo mismo quisiera hacer
Á no saber yo que el alma
En más fe debe tener.

NIÑO.

Por cierto ¡famosa palma
De un niño y una mujer!
Entra por París, francés,
Con los gloriosos despojos
Desta victoria á los pies.

REINALDOS.

¿Qué es esto que ven mis ojos?
¿Si es éste el traidor? Él es.
Mi esposa y mi hijo son,
Que dando asalto al castillo,
Lleva el infame en prisión.

CLARICIA.

¡Por Dios, que me maravillo
De tu famoso blasón!
Tan mujer vienes á ser
En triunfar de una mujer.

NIÑO.

Lo que en él prenderme gana
No lo debe de saber.

GALALÓN.

Di, ¿qué he ganado?

NIÑO.

Haber sido
Contra mi cuello inocente
Nuevo Herodes.

REINALDOS.

No ha sentido
Parida tigre impaciente
Herir el piadoso oído
De la voz del hijo hurtado,
Que á la nave el ladrón lleva,
Con más dolor que me ha dado
El ver sacar de mi cueva
Mi esposa y mi hijo amado.
¿Qué haré, que me hiela amor?
¡Cuánto me enciende el furor!

GALALÓN.

Yo me vengaré, Claricia,
De ti en tu hijo.

REINALDOS.

Justicia
Del cielo en tal vil traidor.

GALALÓN.

Soldados, de aquella rama
Este rapaz colgad luego.

REINALDOS.

¡Ah, cielo!

CLARICIA.

¡Hazaña de fama!

GALALÓN.

Tú, mientras encienden fuego,
Claricia, á Reinaldos llama,
Di que te venga á librar.

SOLDADO.

Señor, esta escuadra es noble,
No mandes ejecutar
Tan vil oficio; que el roble,
De afrentado quiere hablar.
Aquel temblar de las hojas
Es que las quiere hacer lenguas,

Porque de honor le despojas.

GALALÓN.

No hay en la guerra esas menguas.
¡Vive Dios.....

SOLDADO.

¿De qué te enojas?

GALALÓN.

Cuando matáis, ¿no sería
La misma infamia y deshonra?

SOLDADO.

No, señor; por aquel día,
Matar con la espada es honra,
Y deshonra á sangre fría.

GALALÓN.

Allí he visto un labrador,
Ese se puede ahorrar.
¡Hola! ¿Á quién digo? ¡Ah, pastor!

CLARICIA.

¡Hijo mío!

REINALDOS.

¿Podré hablar?

CLARICIA.

Ahora importa el valor;
Ten ánimo, y considera
Que eres de Reinaldos alma,
Que no es posible que muera;
. . . .
Muestra tu sangre este día.

NIÑO.

Madre, cuando en la hambre tanta,
Que pusiésedes pedía
Una espada á mi garganta
Por daros la sangre mía,
No me faltase valor,
¿De qué ahora estáis dudosa?
Pues Reinaldos mi señor,
Desta mi ofrenda piadosa
Halló remedio mejor,
Que su caballo sangró,
Y de su sangre cocida
Sustento aquel día nos dió.

GALALÓN.

Abreviad la despedida.
¡Ah, pastor!

REINALDOS.

Pastor soy yo,
Tú el lobo, que te sangrientas
Matando el cordero mío.
¿Llama, señor?

GALALÓN.

Sí.

REINALDOS.

Qué, ¿intentas
Tan notable desvarío
Para aumentar tus afrentas?

GALALÓN.

Pastor, en aquella rama
Cuelga este rapaz, que es hijo
De aquel que á Carlos disfama,
Si ser Reinaldos te dijo
Por estos montes la fama;
Harásle un servicio á él,
Y á mí un gran placer, pastor.

REINALDOS.

¿Tenéis, por dicha, cordel?

GALALÓN.

El que ves.

REINALDOS.

¿No era mejor
Emplearle en vos que en él?

GALALÓN.

¿En mí? ¿Qué dices, villano?

REINALDOS.

Pues ¿quién sois vos?

GALALÓN.

Galalón,
Del rey Carlos primo hermano.

REINALDOS.

Contó vuestra sucesión
Aquí un hombre este verano,
Y desta suerte la dijo:
Que un hombre que se desdijo
En público, os engendró
En mujer que nunca habló
Verdad: ¿destos dos sois hijo?
Dijo que fué vuestro abuelo
El testimonio afrentado
Del limpio y honesto celo,
Con la mentira casado,
Siempre odiosa á tierra y cielo.
Hermanos de Galalón
Dijo que eran, la traición,
Su infamia, la novedad,
La injuria, la deslealtad
Y la perjura pasión.
Que casastes la arrogancia
Con vuestro tío el enredo,
Y vos en la exorbitancia;
Que parió de vos el miedo,
Judío abatido en Francia.
Dicen que sois muy honrado
Entre deshonradas gentes,
Entre ignorantes letrado,
Cobarde entre los valientes,
Y entre mujeres soldado.
Que sois satírico al rey,
Herodes en la crueldad,
Sierpe en lengua, en ocio buey,
República en libertad,
Y Constantinopla en ley;
Anfesibena al amigo,
Que es áspid de dos cabezas,
Al preso, falso testigo,
Lisonjero á las riquezas,
Y á la pobreza enemigo.
Esto y mucho más contó;
Y ¡maldito sea el juez
Que tal comisión os dió!
No seréis vos esta vez
Mejor verdugo que yo;
Que si yo serlo pudiera,
En vuestro cuello pusiera

La cosa que me mandáis
Poner á un ángel que dais
Muerte tan injusta y fiera.

GALALÓN.

¿Esto sufro?

REINALDOS.

Mucho es esto.

GALALÓN.

¡Ea, soldados, mataldos,
Con este villano, presto!

REINALDOS.

¡Infames, yo soy Reinaldos,
En tantas miserias puesto!
Vuestro Rey me ha desterrado,
Mis hermanos me han dejado;
Tierra me falta en que viva,
Mi esposa lleváis cautiva,
Mi inocente hijo atado.
Aunque falto de sustento,
El cielo me dará aliento.

GALALÓN.

¡Prendelde!

REINALDOS.

¿Cómo prender?

NIÑO.

Padre, agora habéis de ver
Mi animoso pensamiento.

CLARICIA.

¡Malgesí, Alberio!

REINALDOS.

No llames
Á nadie.

GALALÓN.

Cortad sus cuellos.

SOLDADO.

¡Que así tu vida desames!

REINALDOS.

¡Hijo, á ellos!

NIÑO.

¡Padre, á ellos!

REINALDOS.

¡Á ellos, que son infames!

Mételos á cuchilladas adentro á todos, con que se da fin al segundo acto.

ACTO TERCERO.

Salen Carlos, Galalón, Roldán y Florante.

CARLOS.

Vaya ejército formado
Si no basta un escuadrón.

GALALÓN.

Si el verme tan maltratado
No te mueve á compasión,
Ni te da tu honor cuidado,
Triunfe Reinaldos de mí,
De toda Francia, de ti;
Saltee, robe, destruya,
Sepan que la culpa es tuya,
Sepan que en tu nombre fuí;
Sepan que no te obedece,
Sepan que en un vil castillo
Un hombre se fortalece
Contra quien, tiemblo en decillo,
África tributo ofrece.
Su hijo y mujer traía;
Colgar de un árbol querría
El fruto de hombre tan malo,
Que hasta de afrentado, el palo
La verde rama encubría,
Cuando, no hallando soldado
Que ser verdugo quisiese,
Hallé un pastor disfrazado,
Á quien rogué que lo fuese,
Y le dí el muchacho atado.
Pero en moviendo mi afrenta,
La vil lengua á voces cuenta
Tantas infamias de mí,
Que mandé matarle allí.
Mas un traidor, ¿qué no intenta?
Que al decir estas razones,
Para mayores asombros
De tus fuertes escuadrones,
Quitó á un gabán los botones
Y arrojóle de los hombros.
Resplandeció el blanco arnés
Que debajo dél traía,
Diciendo: «Vil magancés,
Reinaldos soy.» Lo que haría,
Por el suceso lo ves;
Que él y el niño y mujer fiera,
Granizando sin escampo
Piedra que aun aquí me altera,
Me hicieron dejar el campo,
Seis vidas y una bandera.

CARLOS.

¿Sufrís, Roldán, este fiero,
Este salteador?

ROLDÁN.

Señor,
Que es mi sangre considero;
Que supuesto que es traidor,
Fué nuestro deudo primero.
Llámale Francia mi primo,
Sabe que es sobrino vuestro;
Cuando á prendelle me animo,
Miro el parentesco nuestro,
Y por sus padres le estimo.
Florante es gran caballero,
Y de Galalón hermano;
Vengando su agravio espero.

CARLOS.

Qué, ¿podrán prenderle?

ROLDÁN.

Es llano
Que lo podrá hacer.

FLORANTE.

Hoy muero.
Hoy doy en manos del hombre
Que sólo temo, señor,
Puesto que á todos asombre
Prender ese salteador
Que fué Reinaldos su nombre.
Aunque de bravo blasona,
Yo me prefiero á traer
Su cabeza ó su persona.

CARLOS.

Podrás entonces poner
En la tuya mi corona.
Lleva gente, armas, defensa;
Roldán, la vuestra le dad.

ROLDÁN.

Con ella no tema ofensa;
Que es gente que en calidad
Y obras igualarme piensa.

FLORANTE.

Conocerle bien quisiera
Para que no me engañara.

GALALÓN.

Pues si yo le conociera
Luego que le vi la cara,
¿Piensas tú que se me fuera?
Está, señor, tan mudado,
Del viento y del sol quemado,
Como en la campaña habita,
Que en las maldades imita
Sólo al Reinaldos pasado.
Esto y los años le han hecho
Tan diferente y robusto,
Que te puede hablar, sospecho,
Sin conocerle.

CARLOS.

El injusto
Mudó el rostro con el pecho.
Id, Galalón, con Florante,
Pues le conocéis, y vos
Por gente, Conde de Anglante.

FLORANTE.

Yo le traeré.

ROLDÁN.

¡Plegue á Dios
Que se prenda ó que se espante!

FLORANTE.

Luego ¿no basto yo solo?

GALALÓN.

Si alguien puede, vos seréis,
Porque ya de polo á polo
Más claro resplandecéis
Que en su medio curso Apolo.

FLORANTE.

¿Qué es Reinaldos para mí,
Que, como sabéis, vencí
La batalla más perdida?

ROLDÁN.

Fuera de aquéste, en mi vida
Magancés valiente vi.

Vanse Roldán, Florante y Galalón.

Sale Dudón.

DUDÓN.

Otro mensajero envía
El Rey de Fez.

CARLOS.

¿Qué me quiere,
Que así me cansa y porfía?
Pues tantas cosas requiere
Su paz, que ya es guerra mía,
Di que éntre.

DUDÓN.

Es de calidad.

CARLOS.

Sillas á los dos nos dad.

Sale Reinaldos, de moro.

REINALDOS.

Hablarte á solas quisiera.

CARLOS.

Dudón.....

DUDÓN.

Señor.....

CARLOS.

Salte fuera.

Vase.

REINALDOS.

¡Qué extraña temeridad!
Pero estoy desconocido;
Años ha que no me ve
Carlos.

CARLOS.

Moro, ¿á qué has venido?

REINALDOS.

Gran defensor de tu fe,
Dame un rato atento oído.
En el cerco de París
Saliste, famoso Carlos,
Contra el de Fez en campaña
Con tus deudos y vasallos.
Aunque al ímpetu primero
Los franceses pelearon
Como quien ha dado al mundo
Su fama tan largos años,
Sabes que la grande copia
De los africanos bravos,
Conducidos de Armelín
Desde Tarudante al Cairo,
Sujetó su fiero orgullo,
Y que, gritando en su campo
«¡Victoria!», tus lirios de oro
Marchitó el sol africano,
Y que Roldán el primero,
Que acá llamáis encantado,
Dió espaldas á su enemigo,
A sus amigos llamando;
Que Urgel, Carloto, Oliveros,
Valdovinos y Grimaldos,
Y otros de los doce, huyeron

Por más tierra que heredaron;
Que se quitaban algunos
Sobrevestes y penachos
Para no ser conocidos
Si fuesen, por dicha, esclavos;
Y que tú, junto á una cruz,
Alta la espada en la mano,
Procurabas detener
La furia de los caballos;
Y que á este tiempo un francés,
Tu estandarte levantando,
Entró por medio de todos
Dando voces: «¡Viva Carlos!»;
Y que, cual con la guadaña
Rapa la yerba el villano,
Así derribaba moros
Con los reveses y tajos.
Tuvo tan grande ventura,
Que, de su voz animados,
Los mismos que la perdieron,
La victoria te ganaron.
Prendió este mismo á Armelinda,
Al Rey de Fez y al del Cairo;
Y dándole mil tesoros,
Despreció tesoros tantos,
Diciendo: «No quiera el cielo
Que, el bien común despreciando,
Yo procure sólo el mío.»
Y así, los dos concertaron
Que el Rey de Fez y su gente
Vuelvan á Marsella, y dando
Velas al viento, no puedan
Volver á Francia en diez años.
Para confirmar agora
Estas paces, me ha enviado
Armelín con poder suyo.....
¿No me escuchas? ¿Duermes, Carlos?
Cansado le traen negocios.
Puesta en el rostro la mano
Se me ha dormido; es costumbre,
Siempre que el discurso es largo.
Muy bien parecen los reyes
Faltos de sueño y descanso,
Mas no con los enemigos
Dormidos y descuidados.
Esta es permisión del cielo
Para la ocasión que aguardo:
Quiero tomarle una prenda.
¡Ah, pobre Rey engañado,
Cercado de lisonjeros,
Como está el buho en el campo
De las aves, que á sus ojos
Acuden desde los ramos!
¡Oh blanco de pretensores!
¡Oh panal de miel en plato,
Á quien las moscas afean
De importunos cortesanos,
Dulce prisión de sus alas,
Adonde se anegan tantos!
¿Por qué destierras los buenos?
¿Por qué escuchas á los malos?
Agora, ¿qué diferencias
De un labrador, de un vasallo?
No eres nada mientras duermes;
Pero sí, que eres retrato
De ti mismo, y una imagen
De un rey, de un ángel, de un santo,
Con no tener alma, obliga
Á honrarla por quien la honramos.
Si es imagen de la muerte
El sueño, al rey enterrado
Honra el pueblo en el sepulcro;
Por lo mismo te honro, Carlos.
Quiero quitarle el tusón:
Advierte, jüez airado,
Que aunque estoy desconocido,
Soy tu sobrino Reinaldos.

Vase.

CARLOS.

Vencióme el sueño; apenas he entendido
Cosa alguna ¡por Dios! de tu embajada;
Vuélvela á referir. ¿Qué es esto? ¿Es ido?
Fuése el morillo, y no me dijo nada.
Dudón.....

DUDÓN.

Señor.....

CARLOS.

Qué ¿tanto habré dormido?

DUDÓN.

Una hora, y más.

CARLOS.

¿Una hora es ya pasada?
¿Y el moro?

DUDÓN.

Fuése, y dijo levantando
El antepuerta.....

CARLOS.

Iría murmurando.

DUDÓN.

Á Rey que duerme, Embajador que hurta.

CARLOS.

Pues ¿por qué lo diría?

DUDÓN.

No lo entiendo.

CARLOS.

No hay cama, no hay jardín, no hay verde [murta,
Como el cansancio, y descuidé durmiendo.
Soy como nave que en el puerto surta,
Ato las velas que en el golfo tiendo;
Mas mira no haya hurtado alguna cosa,
Que es condición de moros codiciosa (1).

DUDÓN.

Aquí no echo de ver que nada falte;
Mira, señor, en tu persona.

CARLOS.

Creo.....

DUDÓN.

¿Qué puede haber que así te sobresalte?

(1) En la Parte 7.ª, por errata, *codi*[illegible].

CARLOS.
La imagen del tusón.....
DUDÓN.
Yo no la veo.
CARLOS.
Cególe la labor, piedras y esmalte;
Esta vez, cual si fuera el ángel feo,
Mi San Miguel al fuego dará el moro.
DUDÓN.
¿Cómo?
CARLOS.
En crisol, para sacarle el oro.
DUDÓN.
Bien dices, que él la imagen no la estima;
Mas mira si es posible que se cobre.
CARLOS.
Á no lo confesar, honor le anima;
Ni por pobre la hurtó, ni yo soy pobre.
¡Gracioso Embajador! La silla arrima;
Silla le he dado.
DUDÓN.
Como ocasión sobre,
Nunca falta ladrón.
CARLOS.
Éste lo ha sido
Para decir después que oigo dormido.

Vanse.

Salen Florante, Galalón, y gente con vestidos de villanos; Lucinda y Belardo.

LUCINDA.
¿Habéis de quemar la choza?
BELARDO.
¿No basta robar el hato?
FLORANTE.
Estaos quedo, mentecato.
LUCINDA.
¡Arre allá!
BELARDO.
Dejad la moza;
Que ¡voto al sol! si toviera
Otro asador, como vos.....
FLORANTE.
Oidme atentos los dos.
BELARDO.
¿Qué han de oir?
LUCINDA.
Belardo, espera;
Que diz que es gente de bien,
Y que el hato es el disfraz.
GALALÓN.
Escuchad, buen hombre, en paz.
BELARDO.
¿Qué han de escuchar? ¿Vos también?
GALALÓN.
Mirad que somos justicia
De la ciudad.
BELARDO.
Mejor fuera
Justiciados.
FLORANTE.
Ved qué fiera,
Y qué importuna malicia.
GALALÓN.
Del caballo y del hidalgo
Bien llevados, bien se aguarda;
Villano, y bestia de albarda,
Buen palo si queréis algo.
Dejadme con él á mí.
BELARDO.
Señor, no vos alteréis,
Son decid lo que queréis,
Que no son bestias aquí.
GALALÓN.
Pues oid enhoramala,
Bestia, ¡mal os haga Dios!
BELARDO.
Y ¿truje yo para vos,
Por ventura, esta zagala?
Hablad, que aquí os serviremos.
FLORANTE.
Para poner en prisión
Deste camino un ladrón,
Tomado este traje habemos,
Que dicen que á esta cabaña
Viene por leche y por pan.
LUCINDA.
Señor, sólo Montalván
Hay en toda esta campaña,
Porque no hay villa ni aldea
Tres leguas alrededor;
Pero ese tal salteador
No caemos en quién sea;
Que sólo ha venido aquí
Reinaldos, y no es ladrón;
Que el traidor de Galalón
Dicen que le tiene así,
Que es un cierto cortesano
Gran chocarrero del Rey,
Hombre, aunque de baja ley,
De toda Francia tirano.
Levántale que trae moros
Y que mete en Francia guerras,
Por alzarse con sus tierras
Y roballe sus tesoros.
Éste, y otro que allá un día
Oí llamarle Florante,
Más falso que cuera de ante
Á quien su pecho le fía,
Le tienen, con su mujer
Y un niño, en tanta pobreza,
Que, siendo tal mi bajeza,
Los suelo dar de comer.
Un caballo que tenía
Reinaldos, sangró seis veces,
Y con menos altiveces
Aquella sangre cogía
Dentro de una caldera,
Y comían, ¡qué dolor!
Por este infame y traidor,

Que Dios.....

GALALÓN.

Tente.

LUCINDA.

¿Qué os altera?

GALALÓN.

Dejaos deso, y encended
Lumbre en ese campo luego.

BELARDO.

¿Ya no veis ardiendo el fuego?

FLORANTE.

Pues alto: en ella poned
La leche que os dije.

LUCINDA.

Voy.
¿Habéis luego de cenar?

GALALÓN.

Sí; bien nos podéis llamar.
Confuso, Florante, estoy;
No sé si ha de salir bien
La traza.

FLORANTE.

La noche obscura
Nos ayuda.

GALALÓN.

Pues procura
Que todos á punto estén
Y que hablen como villanos;
Que Reinaldos, viendo el fuego,
Á la choza vendrá luego.

FLORANTE.

Tened la cuerda en las manos,
Y en ese suelo os echad;
Que yo y mi hermano estaremos
Adonde con él hablemos.

GALALÓN.

Ruido siento.

FLORANTE.

Callad.

Sale Reinaldos en su hábito.

REINALDOS.

Con ánimo diferente
Del que después tuve allá,
Fuí donde Carlos está
Entre tanta armada gente.
Y con ser la guarda tanta,
Entré solo y desarmado;
Que á un pecho desesperado
Ninguna cosa le espanta.
Al revés me sucedió
De lo que pensé que fuera;
Mas ¿no es ésta la ribera
Donde Claricia quedó?
Sí, que conozco este manso
Fugitivo arroyo frío,
Á quien doy el manto mío
Cuando en su imagen descanso.
Cerca la cueva ha de estar
Donde la escondí y cerré
Con las ramas que corté
Deste arenoso pinar.
¿Cosa que yerre la boca
Con la grande obscuridad?
¡Cielo, hasta en vos crueldad!
Si ¡pues me dais luz tan poca!
Sus luces se han encerrado
Entre sus azules velos;
Que hasta de luz son los cielos
Escasos á un desdichado.
Pero allí se alza una llama
Entre el humo denso y ciego;
Pastores son, que hacen fuego;
Allí encenderé una rama.
Dádmela vos, si queréis,
Pino, sentid mi pesar;
Pero por no me la dar,
Ninguna al tronco tenéis.
Tomaré un tizón allí.
¡Ah, pastores!

FLORANTE.

¿Quién va allá?

REINALDOS.

Vuestro huésped es, que va
Al fuerte.

GALALÓN.

Echad por aquí.

REINALDOS.

¿Conocéisme?

FLORANTE.

Sí, señor;
¿No sois Reinaldos?

REINALDOS.

Sí, amigos,
Muerto de dos enemigos,
Un cobarde y un traidor.
Dejé en una obscura cueva
Mi mujer é hijo encerrados,
Que entre esos bosques quemados
Su riscosa frente eleva;
No acierto á la boca bien:
Dadme una tea encendida,
Y si os sobra la comida,
Algún sustento también;
Que según anda el villano
De Galalón contra mí,
No podré salir de allí.

FLORANTE.

Es un fiero.

GALALÓN.

Es un tirano.

FLORANTE.

¡Par Dios, si yo le cogiera,
Que vuestro agravio vengara!

GALALÓN.

¡Voto al sol, que le quemara
Si él á este monte viniera!

REINALDOS.

¿Qué os diré de aquestos dos,
Cada cual falso testigo,
Sino que por mi castigo
Debió de formarlos Dios?

FLORANTE.

Callad, que tiempo vendrá
En que dellos os venguéis.

GALALÓN.

Descansad, que bien podéis.

REINALDOS.

Eso es imposible ya.

FLORANTE.

Leche tenemos al fuego;
Que os sentéis un poco os pido,
Que esto os llevaréis conmigo,
Y todos iremos luego
Con teas, para que halléis
Vuestra esposa y el zagal.

REINALDOS.

Siéntome, porque estoy tal,
Que descanso en que me habléis.
No quiero sustento alguno;
Que sin mi hijo y mujer,
No podré, amigos, comer;
Santo es mi amor; á él ayuno:
Mañana cae su fiesta;
Guardemos hoy su vigilia;
Que si ayuna mi familia
Y como yo, ¿de qué presta?

FLORANTE.

Llevaremos la caldera
Á la cueva, á vueso hijo
Y mujer.

REINALDOS.

¡Qué regocijo!
Daros mis brazos quisiera;
Siempre estimó Dios los dones
De pastores inocentes.

Sácale uno la espada, otro le abraza, y los demás le echan sogas.

FLORANTE.

¡Agora es tiempo que cuentes,
Reinaldos, nuestras traiciones!

REINALDOS.

¡Ay de mí!

GALALÓN.

¡Asilde muy bien!

REINALDOS.

¡Sin espada estoy! ¡Traición!
¡Estaba aquí Galalón!

FLORANTE.

¡Pues no! Y Florante también.

REINALDOS.

¡Ea, perros, vendido en fin!

GALALÓN.

¡Tirad con él!

REINALDOS.

¡Muerto soy!

FLORANTE.

Por atravesarle estoy.

Salen los pastores.

BELARDO.

¡Par Dios, que sos gente ruin!
La leche mandáis cocer
Para cenar, y venís
Á robar.

FLORANTE.

¡Vaya á París!

REINALDOS.

¡Adiós, hijo; adiós, mujer!

LUCINDA.

¡Eh, hi deputa, bellacones!

REINALDOS.

¡Obras tuyas, Galalón!

LUCINDA.

¡Vienen á prender ladrón,
Y son ellos los ladrones!
¡Ved con qué remifasol
Fingieron querer cenar!

REINALDOS.

¡Acabadme de matar!

Llévanle y vanse.

BELARDO.

Reinaldos es (1), ¡voto al sol!

LUCINDA.

Reinaldos, ¡triste de mí,
Que pensará que hemos sido
Los que le habemos vendido,
Habiéndole preso aquí!
Esta vez nuestra cabaña
Es cifra de Troya en fuego.

BELARDO.

Ya el tropel confuso y ciego
Le saca de la montaña;
Ved con qué furia camina.

Sale Malgesí.

MALGESÍ.

De gran gente el rumor ronco
He sentido desde el tronco
De aquella acopada encina,
Donde, hasta verle pasar,
De ser visto me guardé,
Que de Montalván erré
La senda en este pinar,
Donde, con la noche obscura,
Vengo á avisar á mi hermano
De lo que este Rey tirano
En su deshonra procura;
Que ya estoy arrepentido
De haberle solo dejado.

BELARDO.

Un hombre deciende al prado.

MALGESÍ.

Voces de gente he sentido.
¿Quién va?

LUCINDA.

Dos pastores son.

MALGESÍ.

¿Está lejos Montalván?

(1) Falta el *es* en la Parte 7.ª

BELARDO.
Más los que llevan, lo están,
Á su señor en prisión;
Si vais allá, ya vais tarde;
Volved con tan triste nueva,
Porque ya á Reinaldos lleva
Preso Galalón cobarde.

MALGESÍ.
¡Ay de mí! Luego ¿esta gente
Es la que aquí le prendió?

LUCINDA.
Aquí sentado le halló
En los juncos desta fuente,
. . . .
Le engañó, prendió y llevó.

MALGESÍ.
¡Triste, que el dejarle yo
Causó la muerte á mi hermano!

BELARDO.
¿Es vuestro hermano?

MALGESÍ.
Es mi primo,
Primo hermano, y en amor,
Más que hermano. ¡Ah, qué furor!
Hoy contra Francia me animo.
¡Vive Dios, que he de tornar
Á mi diabólica ciencia,
Que el rigor de mi conciencia
No me la dejaba usar!
. . . .
¡Ángel condenado á llanto,
Que no tiemble al fuerte encanto!
Sus puertas de bronce eterno
Romperé con mis conjuros.

BELARDO.
¿Quién sois, señor?

MALGESÍ.
Soy un hombre
Que temblaban de mi nombre
Los espíritus obscuros;
Soy, amigos, Malgesí.

LUCINDA.
¡Malgesí! Temblando estoy.

BELARDO.
¡Huye, Lucinda!

LUCINDA.
¡Yo soy
Muerta!

BELARDO.
¡Corre!

LUCINDA.
Voy tras ti.

Vanse los villanos.

MALGESÍ.
¡Reinaldos preso y yo con vida, cielos!
¡Tenebroso Plutón, apercibíos!
Los rayos del señor de Delfo y Delos
Han de tocar vuestros umbrales fríos.
Almas, que amor, venganza, envidia y celos
Os hizo navegar los negros ríos,
Suspended vuestras penas entretanto
Que os liga de mi voz el fuerte encanto.
Gran tiempo os he dejado, sombras fieras,
Cansado de tratar vuestros engaños,
Mas ya que de Reinaldos tan de veras
Procura Carlos sus injustos daños,
Volveré con fantasmas y quimeras,
Olvidadas de mí por tantos años,
Á impedir el peligro en que le ha puesto
La envidia.

Dentro Claricia.

CLARICIA.
¡Ay de mí, triste!

MALGESÍ.
¿Qué es aquesto?
Una voz lastimosa entre estos riscos
Oigo, ó me engaño.

CLARICIA.
¡Ay, Dios!

MALGESÍ.
Mujer parece.
Fuego puedo tomar destos apriscos,
Que sobre aquellas peñas resplandece:
Ya suena entre estas murtas y lentiscos,
Ya se queja más cerca, ya se ofrece.
¿Quién eres? ¿Dónde estás?

CLARICIA.
En esta cueva.

MALGESÍ.
¿Si llegaré? No es justo que me atreva.

CLARICIA.
Amigo, ¿eres pastor ó caballero?

MALGESÍ.
Un caballero soy.

CLARICIA.
Á vos os toca,
Por ser mujer; valedme, que ya muero.

MALGESÍ.
Si no me engaña, á lástima provoca.
Di, ¿cómo podré entrar?

CLARICIA.
Quitad primero
Esos cortados pinos de la boca.

MALGESÍ.
¿No puedes tú salir?

CLARICIA.
Sí.

MALGESÍ.
Di, ¿quién eres?

Sale Claricia.

CLARICIA.
La más triste de todas las mujeres.
Tres días ha que mi olvidado esposo,
Con un pequeño niño me ha dejado
Desta cueva en el centro temeroso,
Dios sabe qué hambre y qué dolor pasado;
Por mí, yo resistiera, si es forzoso,
Más tiempo, pero el niño, desmayado,

Muriendo se me queda.

MALGESÍ.

¿En tanto olvido,
Señora, te ha dejado tu marido?

CLARICIA.

Honrado es mi marido, caballero;
Preso debe de estar.

MALGESÍ.

¡Ay, cielo santo!
¿Si es Reinaldos?

CLARICIA.

El mismo, que aquel fiero
Florante y Galalón persiguen tanto.
¿Conocéisle, señor?

MALGESÍ.

¡Triste! ¿Qué espero?
Claricia hermosa, convertido en llanto,
Su hermano soy.

CLARICIA.

¡Ay, dulce hermano mío!

MALGESÍ.

Prendió á Reinaldos Galalón impío.
No te puedo decir en el estado
Que queda el más leal hombre del suelo,
Hasta ver si á ese niño desdichado
Le puede dar mi vista algún consuelo;
Demás, que los pastores deste prado
Algún sustento nos darán.

CLARICIA.

El cielo
Te trujo aquí.

MALGESÍ.

Hermana, en él confío.

CLARICIA.

¡Ay, mi Reinaldos!

MALGESÍ.

¡Ay, sobrino mío!

Vanse.

Salen Carlos, Galalón y Florante.

CARLOS.

No he tenido en mi vida mejor nueva.
¡Reinaldos preso!

FLORANTE.

En esa fuerte torre,
Queda en una mazmorra aprisionado.

CARLOS.

¿Sabéis muy bien que es él?

GALALÓN.

Invicto Carlos,
Esta vez hizo fin el enemigo
Común de nuestra patria; él es, sin duda,
Que, como te he contado, á una cabaña
De pastores venía por sustento,
Y con hábito igual, favorecidos
De las tinieblas de la obscura noche,
Sentado entre nosotros le prendimos.

CARLOS.

Háganse fiestas en París; pregónese
Que está preso Reinaldos, mi enemigo,
El que quiso matarme y coronarse
Por rey de Francia; el que de Fez y el Cairo
Metió moros en ella; el que procura
Desolar á su patria; el asesino
De peregrinos desarmados, siempre.
Mas ¿de qué sirve que esto se publique?
Fórmese luego un alto cadahalso;
Allí le vea el pueblo; allí le mire
En las manos infames del verdugo.
Preguntalde si quiere confesarse;
Que hombre tan malo no querrá, pues creo
Que aun no conoce á Dios.

Entra Roldán.

ROLDÁN.

Reinaldos, preso,
Te suplica, señor, humildemente,
Que ya que ha de morir, vea tu rostro,
Que morirá con esto consolado;
Y, por último bien, sólo te pide
Permitas que te (1) hable dos palabras.

CARLOS.

Roldán, los delincuentes, los traidores,
Los reos condenados á la muerte,
No es justo vean el rostro de los príncipes;
Yo no he de verle hasta después de muerto,
Ni él ha de verme hasta que en otra vida
Dios nos juzgue á los dos.

ROLDÁN.

Movióme á lástima
Verle con tantos hierros y prisiones,
Que al más loco le suelen hacer cuerdo.
Esto te pido de mi parte, y esto
Te suplica Doñalda, y en su nombre
Tus hijos y los Grandes de tus reinos.

CARLOS.

Roldán, por vos lo hiciera, y perdonalde,
Si fuera cosa lícita y honesta.
Los reyes no han de ver los delincuentes,
Porque siéndoles propia la clemencia,
Ya sabéis que es forzoso el perdonallos.

ROLDÁN.

Señor, yo hago en éste lo que debo.

Sale Dudón.

DUDÓN.

Aquí, Carlos invicto, están dos padres
Ermitaños del monte Cisalpino,
Donde está aquel devoto monasterio
Que tiene tantos de tan santa vida.

CARLOS.

Entren, y digan lo que quieren.

DUDÓN.

Padres,
Su Alteza da licencia que le vean.

Salen Malgesí y un compañero, de ermitaños.

MALGESÍ.

Guarden los cielos, poderoso Príncipe,

(1) Falta el *te* en la Parte 7.ª

Tu vida esclarecida, para aumento
De nuestra fe.

CARLOS.

Bien sean venidos, padres.
¿Qué se ofrece? ¿Qué quieren?

MALGESÍ.

Á Reinaldos
Dicen que tienes preso.

CARLOS.

Si es pedirme
Que le vea, no traten, padres, desto,
Porque no lo he de hacer.

MALGESÍ.

Su Alteza escuche;
Que yo vengo á negocio diferente.

CARLOS.

¿Qué es lo que quiere?

MALGESÍ.

Habrá, señor, diez días,
Que este traidor, cruel ladrón sacrílego,
Con otro como él, y seis soldados,
Pienso que Malgesí tenía por nombre,
Hombre astuto y sagaz, de tal manera,
Que estará hablando con Su Alteza agora,
Y pensará que habla con un santo,
Entraron nuestro antiguo monasterio,
Rompiendo la quietud de nuestras celdas,
Alterando el silencio profesado,
É interrumpiendo la oración que hacemos
Por Vuestra Alteza, á quien el cielo guarde;
Y después que nos dieron muchos palos,
Que en esto bien sé yo que les debemos
Amor, por lo que entonces merecimos,
No hallándonos dinero, al altar fueron,
Donde los candeleros, vinajeras,
Los cálices, patenas y hostiarios,
Y otras cosas, robaron más crueles,
Que de Jerusalén cuenta la historia,
Cuando el rey Baltasar hizo el convite.
Bien sabe aquesto el padre.

COMPAÑERO.

Sí por cierto,
Que á mi cocina fueron, y mandándome
Que llevase la olla al refitorio,
La devoraron toda, y en el caldo
Me lavaron las barbas, y pusieron
La olla en la cabeza por celada,
Donde me dieron infinitos golpes.

CARLOS.

¿Hay tal maldad, Roldán, hay tal locura?
¡Oh, sacrílego mozo!

ROLDÁN.

Vuestra Alteza
Hará muy bien en acabar la vida
Déste, que sólo para infamia nuestra
Y de Francia, nació.

GALALÓN.

Si no castigas
Esta maldad como cristiano Príncipe,
No te llames amparo de la Iglesia.

FLORANTE.

Señor, muera Reinaldos. ¿Á qué aguardas?

CARLOS.

Vayan presto, y derriben de sus hombros
Su cabeza cruel.

MALGESÍ.

Á Vuestra Alteza
Suplico, gran señor, que porque el alma
No se pierda de un hombre al fin cristiano,
Ni nosotros la plata, dé licencia
Para que yo le hable; por ventura,
Me dirá dónde está, viendo que muere.

CARLOS.

Dice muy bien. Florante.....

FLORANTE.

Señor.....

CARLOS.

Parte,
Y ábreles la prisión; busquen, que es justo,
La plata que les falta. Roldán, vamos,
Y Galalón escriba la sentencia,
Que la quiero firmar.

ROLDÁN.

¡Pobre Reinaldos!

Vánse; quedan Malgesí, el compañero y Florante.

FLORANTE.

Esta es la torre; esperad.

MALGESÍ.

Abrid, señor, y llamad
Ese infame caballero.
Zaquiel.....

COMPAÑERO.

Señor.....

MALGESÍ.

Quiero
Echar de ver tu amistad.
Por familiar te he tenido,
Días ha que te he dejado,
Años ha que me has servido.

COMPAÑERO.

De tu servicio el cuidado,
Del infierno me ha traído.
Déjame, y de mí te vale.

MALGESÍ.

Oye, que Reinaldos sale.

Sale Reinaldos con cadenas.

REINALDOS.

¿Acércase ya mi muerte?

FLORANTE.

Estos padres quieren verte.

REINALDOS.

¡Que con un ladrón me iguale!
¡Que Carlos me intente dar
Muerte como á un vil ladrón!
¿Viénesme tú á confesar?

MALGESÍ.

Hijo, en aquesta ocasión
El valor se ha de mostrar;

Advierte que eres cristiano,
Y que Dios murió por ti.
Entre ladrones.

REINALDOS.

Hermano,
Padre ó quien sois, yo nací
Noble, aunque mortal y humano.
No contradigo mi muerte;
La infamia della me obliga
Á quejarme desta suerte.

MALGESÍ.

Eso, San Pablo os lo diga,
Que también, hijo, lo advierte.
Precióse de predicar
Un Señor que murió en cruz

REINALDOS.

Rabiando estoy de pesar.

MALGESÍ.

Hijo, Dios te dé su luz;
Mucho tenemos que hablar.
Dejadnos solos, señor,
Y cerrad la puerta.

FLORANTE.

El cielo
Le convierta y dé favor.

MALGESÍ.

Reinaldos, tomad consuelo;
Mostrad agora el valor,
Mirad que yo estoy aquí.

REINALDOS.

Padre, ¿qué habemos de hacer?

MALGESÍ.

Zaquiel.....

COMPAÑERO.

Señor.....

MALGESÍ.

¿Fuése?

COMPAÑERO.

Sí.

MALGESÍ.

Los hierros has de romper.

REINALDOS.

¡Ay, Dios! ¿Quién es?

MALGESÍ.

Malgesí.

REINALDOS.

¿Malgesí?

MALGESÍ.

Calla la boca.

COMPAÑERO.

Ya los hierros le he quitado.

REINALDOS.

Déjame abrazarte.

MALGESÍ.

Es poca
Paga de mi gran cuidado.
Haz presto lo que te toca.

COMPAÑERO.

Ya estoy desnudo.

MALGESÍ.

Pues viste
Su ropa de presto.

REINALDOS.

¡Ay, Dios!
¿Quién es éste que trujiste
Contigo?

MALGESÍ.

Somos los dos
Muy amigos.

REINALDOS.

Bien hiciste.

MALGESÍ.

Es persona que de un vuelo
Vió la distancia que había
Hasta el centro desde el cielo.

REINALDOS.

Vestido estoy.

MALGESÍ.

Pues confía
De su lealtad y mi celo.
Quédate aquí, y tú conmigo
Sal por la puerta sin miedo.

REINALDOS.

Reinaldos soy, voy contigo.

Vanse los dos.

COMPAÑERO.

Preso por Reinaldos quedo,
Mas no temo su castigo.
Vengan agora á ponerme
Del verdugo en la vil mano,
Pues no podrán ofenderme;
Que soy espíritu vano
Y sabré desvanecerme.
Guardas vienen ya por mí,
Como se fué Malgesí.

Salen Galalón, Florante y guardas.

FLORANTE.

Abrid esas puertas luego.

GALALÓN.

Contento, Florante, llego;
La sentencia traigo aquí.

FLORANTE.

Allí está solo.

GALALÓN.

Yo quiero
Notificársela: infame,
Vil traidor, mal caballero,
Para que más no disfame
Al Rey tu cobarde acero,
Tus costumbres y tu vida,
Oye la justa sentencia
Decretada y definida.

FLORANTE.

Agora muestra paciencia
La fiera en sangre teñida.

SENTENCIA:

Carlos primero, Rey de Francia, Bretaña y Borgoña; Emperador de Alemania, y señor de la Casa Santa de Jerusalén, por la divina

gracia. Á todos los Príncipes cristianos y á todos mis vasallos, salud. Por ser pública voz que Reinaldos de Montalván fué traidor á mi corona, metió moros en Francia, salteó caminos y robó iglesias, sin otra información le condeno á muerte. La cual quiero que sea ejecutada en un cadalso delante de mi Real palacio.—Dada en París á 18 de Junio del año de nuestra salvación de 1030.—*Carlos primero.*

FLORANTE.

No replica.

GALALÓN.

Asilde luego.

FLORANTE.

Las espaldas nos volvió.

GALALÓN.

Tente.

GUARDA.

¡Ay, triste, que estoy ciego!

FLORANTE.

¡En humo se convirtió!
¡La torre se abrasa en fuego!

Salen tres demonios, que los apalean.

GALALÓN.

¡Fuego, fuego!

FLORANTE.

¡Ay de mí, triste,
Que me matan!

GALALÓN.

¡Carlos, gente!
Roldán.....

FLORANTE.

El infierno embiste
Con nosotros.

GALALÓN.

¡Huye!

Sale Roldán.

ROLDÁN.

Tente.
¿Qué es esto?

GALALÓN.

Qué, ¿no lo viste?

ROLDÁN.

¿Qué tengo de ver?

GALALÓN.

¿No ves
Mil legiones de demonios
Que nos matan?

ROLDÁN.

Si no es
Que os levantáis testimonios,
Caerán seis mil á mis pies.
Tajos y reveses tiro;
Nada topo, nada veo.

FLORANTE.

Son de viento; no me admiro.

ROLDÁN.

Saber lo que fué deseo.

GALALÓN.

Malgesí nos hizo el tiro.
No es posible que otro sea.

Salen Carlos, Dudón, Oliveros y Valdovinos.

CARLOS.

¿Qué es esto? ¿De qué dais voces?

FLORANTE.

Oiga Vuestra Alteza, y crea,
Si ver delitos atroces
Del vil Reinaldos desea,
Lo que ha sucedido aquí.

GALALÓN.

La sentencia le leí
Á Reinaldos, y al llegar
Para quererle sacar,
Ha trazado Malgesí
Que él se convirtiese en fuego,
Y que un ejército luego
Saliese de ángeles malos,
Que nos han molido á palos.

CARLOS.

Ved al extremo que llego.
¡Que no tenga yo poder
Contra Reinaldos! ¿Qué es esto?

Entra Reinaldos.

REINALDOS.

Si no he dado á conocer
Mi lealtad y celo honesto,
Agora lo podéis ver.
Confiesas, Emperador,
Que no tienes contra mí
Poder, fuerza ni valor,
Y es que los tengo yo en ti
Con mi inocencia, señor.
Pues agora que rendido
Te muestras á lo que puedo,
Vesme aquí á tus pies vencido
Cuando victorioso quedo,
Para que entiendas que he sido
Leal, á pesar de aquellos
Que te obligan á matarme
Porque te libraba dellos.

CARLOS.

Tú no vienes á obligarme,
Que te traen de los cabellos
Tus pecados, vil traidor,
Sacrílego salteador.
¡Asilde, matalde, muera!

REINALDOS.

Nadie llega. ¿Qué os altera?

CARLOS.

¿No vais, Roldán?

ROLDÁN.

Sí, señor.

GALALÓN.
No lleguéis, creedme á mí;
Guarda, que ésta es invención
Del traidor de Malgesí,
Y si envía otra legión,
No ha de parar hombre aquí.

ROLDÁN.
Dadme, primo, vuestra espada.

REINALDOS.
Roldán, veisla aquí envainada;
Que á vos ó á Carlos, mi tío,
La rindiera.

ROLDÁN.
Primo mío,
Todos saben que es honrada.
No se excusa vuestra muerte;
Mostrad que sois caballero.

Dentro:

¡Fuera, fuera!

CARLOS.
Rumor fuerte.

GALALÓN.
¿Qué es esto?

ROLDÁN.
Saberlo quiero.

Dentro:

¡No ha de morir!

DUDÓN.
Oye.

VALDOVINOS.
Advierte.

FLORANTE.
Mas, que viene Malgesí.
Basta, que viene, señor,
Todo el pueblo contra ti.

CARLOS.
¡Bravo vulgo, gran furor!

Dentro:

¡Salga Reinaldos aquí,
Dadnos á Reinaldos vivo!

DUDON.
Á Reinaldos piden, Rey.

CARLOS.
Extraña pena recibo.

ROLDÁN.
Con tanto vulgo, no hay ley,
Que, alterado, es vengativo;
Armas traen. ¿Qué has de hacer?

CARLOS.
Reinaldos, yo te perdono;
Á Malgesí, á tu mujer,
Á tus amigos, abono,
Mas desta suerte ha de ser:
Que no te han de volver nada
De tus tierras, ni tus rentas;
Ven á París si te agrada.

REINALDOS.
Vil paz, tras tantas afrentas.

ROLDÁN.
Tomad, Reinaldos, la espada;
Salid fuera, que os vea
París, que veros desea:
Sosegalde.

REINALDOS.
Yo lo haré,
Y á serviros volveré,
Porque mi lealtad se crea.

Vase.

CARLOS.
Basta, que por fuerza he dado
Á un vil salteador perdón;
Que viva, quedo afrentado,
Contra ley, contra razón,
En mi corte, y á mi lado.
¿Á mi mesa he de sentar
Cosa que tanto aborrezco?

GALALÓN.
Si dél te quieres vengar,
Mayor ocasión te ofrezco:
Agora tienes lugar.

CARLOS.
¿Cómo?

GALALÓN.
Cuando venga aquí
El Rey de Fez y su gente,
Á tus doce, señor, di
Que cada cual diga y cuente
Lo que puede hacer por ti;
Qué vasallos, villas, tierras,
Qué rentas tiene, qué nombres
Para que vea que encierras
Dentro en tu casa veinte hombres
Que le harán veinte mil guerras.
Reinaldos, pobre y desnudo,
No tendrá qué te ofrecer;
Quedará suspenso y mudo.

CARLOS.
Alta venganza ha de ser;
Ninguna afrenta le pudo,
Según tiene él arrogancia,
Como ésta, viendo que en Francia
Es vil y pobre escudero.
Que el Rey venga luego quiero.

FLORANTE.
Será infamia de importancia,
Por ser acto de nobleza,
En que muestras tu grandeza
Y en tanta publicidad,
Y para que esta ciudad
Vea su infamia y pobreza.

ROLDÁN.
Yo pienso que se ha trazado,
Si conviene á tu gobierno,
Como lo has imaginado,
Porque Armelín y su yerno

Llegan cerca ó han llegado,
Que este alboroto eso es.

Salen el Rey de Marruecos, Celindo y Armelinda.

MARRUECO.
Dame, Carlos, esas manos.

CELINDO.
Y á nosotros esos pies.

CARLOS.
¡Oh, Príncipes africanos!

ARMELINDA.
¡Oh, generoso francés,
Conoce una esclava tuya!

CELINDO.
Hija del Rey mi señor.

CARLOS.
Si es mi esclava, Francia es suya.

ROLDÁN.
¡Qué hermosura!

DUDÓN.
Su valor,
De sus hazañas se arguya.

CARLOS.
Sentaos.

MARRUECO.
Estos caballeros,
¿Quién son?

CARLOS.
Son mis doce Pares.

MARRUECO.
Ya conozco sus aceros,
Que han hecho temblar los mares
Del Asia y África, fieros;
Ya sé que á Jerusalén
Han llegado sus banderas.
¿No se sientan?

CARLOS.
Sí, también.

Siéntanse los Reyes en sillas, y los demás en bancos.

MARRUECO.
¡Oh, qué buenas dos hileras!
Marcharás con ellas bien.
Si estos caudillos llevara,
Como Alejandro, juntara
Los extremos de la tierra
Á mi Imperio, con la guerra.

Sale Reinaldos.

REINALDOS.
Ya el pueblo la furia para,
Y las armas ha dejado.

CARLOS.
Siéntate.

REINALDOS.
Apenas hay dónde:
Solíame dar su lado
Carlos, y honrábase el Conde
De verme al suyo sentado;
Ya, como en pobreza estoy,
Ninguno me da lugar.
Mas ¿cómo á sentarme voy
Donde un traidor veo sentar?
Dondequiera soy quien soy;
Sobre mi capa me asiento,
Que donde hay sola la capa,
No es la capa mal asiento,
Pues de traidores me escapa
Si con traidores me asiento.
¡Vive Dios! Si esto supiera,
Que de Montalván trujera
De tierra una espuerta aquí,
Para no sentarme así
En tierra que del Rey fuera.

FLORANTE.
Ved adónde se ha sentado.

GALALÓN.
Él está donde merece.

REINALDOS.
¡Oh, lo que éstos se han holgado!
Que estoy muerto les parece
Como me ven enterrado;
Pues vivo estoy, Galalón,
Que ya vendrá la ocasión.

MARRUECO.
Qué, ¿son tus doce tan grandes?

CARLOS.
Veráslo cuando les mandes,
Rey, que te digan quién son:
Di, Roldán, tu estado aquí,
Sepa el Rey qué hombres mantengo.

ROLDÁN.
Comienzas por poco en mí:
Trescientas villas que tengo,
Las ciento tengo por ti,
Las ducientas he ganado;
Anglante es noble condado,
Soy cuatro veces Marqués,
Puédote dar en un mes
Mil hombres como un soldado.

MARRUECO.
Huelgo de ver á Roldán.

CELINDO.
¡Gran caballero!

MARRUECO.
Y galán
Cuanto fuerte en la ocasión.

CARLOS.
Diga quién es Galalón,
De los buenos que aquí están.

GALALÓN.
Soy de Francia Condestable,
Marqués y Duque; mis villas
Son seiscientas.

REINALDOS.
¡Que esto hable
Con mi hacienda!

MARRUECO.
Maravillas

Me cuentan dél.

CARLOS.

Es notable.
Diga Dudón.

DUDÓN.

Seis ciudades
Y treinta villas poseo,
Sin castillos y heredades;
Soy gran señor, y deseo
Serlo de las voluntades.

CARLOS.

Diga mi deudo Florante.

REINALDOS.

¡Deudo le llama! ¿Hay tal cosa?

FLORANTE.

De Francia soy Almirante,
Y soy Duque de Joyosa.

CARLOS.

Es á Roldán semejante:
Mirad bien este mancebo,
Que es un gallardo soldado
Á quien mil victorias debo.

REINALDOS.

¡Si hablaran olmos de un prado,
Y aquel estandarte nuevo!

CARLOS.

Diga Oliveros.

OLIVEROS.

Yo he sido
Gran Mariscal de Avirón;
Por merced tuya elegido,
Tengo la banda y tusón.

CARLOS.

Es altamente nacido.
Valdovinos, ¿no decís
Vuestro valor?

VALDOVINOS.

De París
Soy, por vos, Gobernador.

CARLOS.

¿Tú no hablas?

REINALDOS.

Yo, señor,
¿Para qué, si no me oís?

CARLOS.

Todos te oirán; di quién eres.

REINALDOS.

Lo que tengo y lo que soy
Está aquí, si verlo quieres.

CARLOS.

Entre.

FLORANTE.

¡Que vengado estoy!

CARLOS.

Veamos qué nos refieres.

Salen Claricia y el niño, y Malgesí con un baulillo viejo.

REINALDOS.

Esta es mi hacienda, no hay más.

CARLOS.

¿Qué gente es esa, y qué hacienda?

REINALDOS.

Pues tan ignorante estás,
Oye, y todo el mundo entienda
Á quién quitas y á quién das:
Carlos primero de Francia,
Armelín, Rey africano,
Caballeros de los doce
(Digo los que sois honrados),
Noble princesa Armelinda,
Príncipe noble del Cairo,
Reinaldos de Montalván
Me llaman; yo soy Reinaldos.
Hijo soy de quien sabéis,
Y sobrino del rey Carlos,
Á quien en paces y en guerras
Serví en la flor de mis años.
Sobre tomar una silla,
Puse en el rostro la mano
De Galalón, el que veis
Que está sentado á su lado.
Desterróme el Rey por esto,
Cuando apenas en mis labios
Había señal de bozo;
Fuíme y viví desterrado.
Galalón, con sus embustes,
Me levantó que á un criado
De la cámara del Rey
Persuadí, con mis engaños,
Á que le diese veneno,
Y confesó atormentado
Lo que jamás vió ni oyó,
Que era cobarde y villano.
También dijo que yo os truje,
Con ejército formado,
Valerosos marroquíes
Á Francia, y que quise daros
Á París con mis amigos,
Y que salteé los campos,
Que robé los monasterios
Y vendí los relicarios.
Quitóme Carlos mis villas,
Mis castillos, mis vasallos;
Sólo Montalván, que es fuerte,
Defendí diez años largos.
Con estas persecuciones
Padecí tantos trabajos,
Tanta pobreza y desdichas,
Que muchas veces pasaron
Tres días sin que los tres
Comiésemos un bocado,
Hasta llegar á comer
La sangre de mi caballo.
No soy Duque; Duque fuí,
Fuí Almirante; ya mi estado
El Rey á Florante dió,
Ese mancebo gallardo.
Tampoco soy de los doce;
Fuí dellos: si está bien dado
Mi lugar á quien le tiene,

Ya lo veis, y él por su daño.
Diez mil hombres de pelea
Saqué por Carlos al campo;
Cien mil doblas fué mi renta;
Lo que ya tengo, escuchaldo.
Ésta, señor, es Claricia,
Que á todo el valor romano
Hace ventaja en virtud;
Rica hacienda, dote honrado.
Este muchacho es mi hijo,
Que tiene por mayorazgo,
Si no hereda mis desdichas,
El ser hijo de Reinaldos.
El que veis es Malgesí,
Mi hermano y mi primo hermano,
Gran tesoro, que un amigo,
No hay oro que valga tanto.
En lo que toca á mis bienes,
Tengo este cofre, y es harto,
Que, según me han perseguido,
No sé cómo le he guardado.
Ábrole, pues, porque todos
Veáis la hacienda que saco:
Primeramente, esta banda
Blanca, de Florante el bravo,
Que en el campo me la dió,
Con mil infamias llorando,
Para que no le matase,
Pensando que era africano.
Saco también el guión,
Que aquí le tengo doblado,
Que el día de la batalla
Metió entre unos olmos altos;
Que sacándole de allí,
Y levantando en mis manos,
Vencí la vitoria solo,
De que le habéis dado el lauro.
Divino Señor, que estáis
En esa cruz enclavado,
Vos sabéis que esto es ansí,
Á vos digo, con vos hablo:
Vivís vos porque os ensalcé,
Y que dí la muerte á tantos,
Que fuí afrenta de Roldán
Y honra de Carlos ingrato.
Este anillo me dió el Rey
De Fez cuando fué mi esclavo;
Por él y por sus dos hijos
Todos me estáis escuchando.
Yo fuí quien dejó el tesoro
Que me disteis, africanos,
Porque de Francia en seis días
Levantásedes el campo.

MARRUECO.

Verdad es lo que te ha dicho,
De Reinaldos soy vasallo;
Él me ha vencido, y por él
Alcé de París mi campo.
Mira qué vasallo tienes,
Pues el de Fez y el del Cairo,
Siendo poderosos reyes,
Por él son tus tributarios.

REINALDOS.

Este tusón, Carlos, oye,
Te quité del pecho estando
Dormido y yo en traje moro;
Pudiera matarte, Carlos.
Bien pudiera, y no lo hice,
Pues ¿cómo me levantaron
Que te quise dar la muerte?
¿Ves como estás engañado?
Tras esto, yo no me vi
Libre de tus fuertes brazos,
Y á tus pies ofrecí el cuello,
Luego soy leal. ¿Qué aguardo?
¿Qué digo? ¿Qué estoy al viento
Quejas y palabras dando?
No formo queja del Rey
Que aquesta afrenta me ha dado,
Que en mi capa me senté
Porque no te debo, Carlos,
Tanto, que no deba más
Á esta capa que me ha honrado;
Ni de esos cobardes viles
Maganceses, que temblando
Están de verme este día,
Que es afrenta de mis brazos.
¡Manchar yo mi sangre en ellos!
Á Roldán el encantado,
Llamo, y reto, y desafío:
¡Sal, infame; aquí te aguardo!

ROLDÁN.

Afrentado estoy de haber
Creído á infames, Reinaldos;
Engañado de traiciones,
Hablé mal de un primo hermano.
Tu primo y hermano soy;
Si á éstos quieres castigarlos,
Mi espada á tu lado tienes.

CARLOS.

Primos, parientes, vasallos,
Mirad que soy vuestro Rey.

MALGESÍ.

Siempre obedientes estamos
Á nuestro Rey.

CARLOS.

Malgesí,
Templa á Reinaldos.

MALGESÍ.

Hermano,
Mira que no es tiempo desto.

CARLOS.

Maganceses afrentados,
Salid de mi sala luego,
De mi pecho y mi palacio,
De mi corte para siempre,
Como infames desterrados;
Tenga Reinaldos desde hoy
Sus villas, tierras y cargos.

GALALÓN.

Confieso que más merezco.

FLORANTE.

Y yo, que apenas os pago
Con la vida.

REINALDOS.

¡Huid, traidores!

CARLOS.

Dame, Reinaldos, tus brazos.

REINALDOS.

Señor, abraza á Claricia.

CLARICIA.

Carlos, á tus pies estamos.

CARLOS.

Gran Príncipe de Bretaña,
Alzaos.

CLARICIA.

Yo os beso las manos.

CARLOS.

Vos, niño, seréis desde hoy
Duque de Orliens.

NIÑO.

Tu vasallo
Y tu hechura soy, señor.

MARRUECO.

También estoy obligado
A dar á Reinaldos parias.

CELINDO.

Yo te ofrezco cien caballos
Todos los años.

ARMELINDA.

Y yo,
Á Claricia veinte esclavos.

CARLOS.

Doy á Malgesí diez villas.

MALGESÍ.

Vivas, Príncipe, mil años.

REINALDOS.

Aquí, senado, se acaba
La pobreza de Reinaldos.

FIN DE LA COMEDIA DE «LAS POBREZAS DE REINALDOS».

EL MARQUÉS DE MANTUA

TRAGICOMEDIA FAMOSA

DE

EL MARQUÉS DE MANTUA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

REINALDOS.
ROLDÁN.
OLIVEROS.
DURANDARTE.
CARLOTO.
RODULFO.
VALDOVINOS.
EMPERADOR CARLOS.
MARQUÉS DE MANTUA.
SEVILLA, *Infanta*.
DON ALDA (1).
BELERMA.
SEIS MOROS. *(Los dos hablan.)*
GALALÓN.
MARCELO.
LIBEO.
TIMBRIO.
MONTUOSO. } *Cazadores.*
RISELO. } *Cazadores.*
CARDENIO, *pastor*.
UN ERMITAÑO.
CELIO, *paje*.
CONDE DIRLOS.
DUQUE DE ALANSÓN.
MONTESINOS.
LEONARDO. } *Guardas.*
PLÁCIDO. } *Guardas.*
EL CONDESTABLE.
UN NUNCIO.

ACTO PRIMERO.

Salen Reinaldos y Roldán, Oliveros y Durandarte, Carloto y Rodulfo, Valdovinos y el Emperador.

EMPERADOR.
¿Tan cerca viene de aquí?
VALDOVINOS.
Ya, señor, dicen que llega.
REINALDOS.
Qué, ¿es tan bella?
RODULFO.
Siempre oí
Que no fué Elena la griega
Más bella.
REINALDOS.
Créolo ansí;
Que es discreto el desposado,
Y pudiera haber hallado
Dama su igual y cristiana.
OLIVEROS.
Es, en linaje, africana.
DURANDARTE.
¡Buen casamiento!
OLIVEROS.
¡Acertado!
CARLOTO.
¡Que un hijo del Rey de Dacia
Se case con una mora!
RODULFO.
¿Eso te espanta y desgracia,
Si Valdovinos la adora
Por su hermoso talle y gracia?
CARLOTO.
Deseo ver su hermosura.
RODULFO.
Dicen que es sin par criatura,
En cuya rara belleza
Mostró la naturaleza

(1) *Sic*, por «Doña Alda.»

Que imitar á Dios procura.

CARLOTO.

Siendo moro, ¿decís vos
Que á Dios imita?

RODULFO.

Es mostrar
Que fué concierto en los dos
Que á Dios viniese á imitar
Quien ha de seguir á Dios.

CARLOTO.

¿Viene impuesta en nuestra fe?

RODULFO.

Razón será que lo esté
En todo su catecismo,
Pues hoy le dan el bautismo
Porque hoy la mano le dé.

REINALDOS.

Tracemos alguna fiesta.

ROLDÁN.

Eso imaginando estaba,
Pues hay mocedad dispuesta.

CARLOTO.

Pues, primos, ¿qué se trataba?

ROLDÁN.

Fiestas.

CARLOTO.

Hiciera una apuesta.
¿Es torneo?

ROLDÁN.

No; más breve,
Y que menos gasto lleve.

CARLOTO.

Llamad á Oliveros.

ROLDÁN.

¡Hola!

OLIVEROS.

¿Qué hay de fiestas?

ROLDÁN.

Una sola,
Por lo que al deudo se debe.

RODULFO.

¿No tendremos todos parte?

REINALDOS.

Y ¿permitís que se duerma
En las fiestas Durandarte?

ROLDÁN.

Pensando estará en Belerma.

DURANDARTE.

Solo me dejáis y aparte.
¿Sois, por dicha, el desposado,
Ó habéisme, acaso, dejado
Á solas, por sospechoso,
Deste murmurar sabroso?

ROLDÁN.

No, sino por elevado.
¿Qué fiesta, Delfín, te agrada?

CARLOTO.

No siendo justa ó torneo,
Haced una encamisada.

ROLDÁN.

Ya esta noche la deseo.

OLIVEROS.

Tras el sarao, extremada.

ROLDÁN.

Seamos los cuadrilleros
Los cuatro, amigo Oliveros.

OLIVEROS.

Y ¿bastan por esta vez
Cuatro cuadrillas de á diez
Y cuarenta caballeros?

CARLOTO.

No; todos seis lo seamos,
Y ansí, sesenta seremos.

DURANDARTE.

Bien dice.

ROLDÁN.

Pues escojamos.

REINALDOS.

Primero lugar os demos.

ROLDÁN.

Yo escojo.....

REINALDOS.

Decid, veamos.

ROLDÁN.

Ricardo, Dudón, Urgel,
Merïán y Pinavel,
Montesinos y Borbón,
Duque Astolfo y Galalón.

CARLOTO.

¡Buen fin!

ROLDÁN.

Todos como él.

OLIVEROS.

Carloto escoja.

CARLOTO.

Á Guarinos,
Al de Mantua, á Valdovinos,
Á Brandimarte, á Grimaldo,
Y con Florisel y Arnaldo
Al Duque de Aste y Celinos.

DURANDARTE.

¡Buenos son!

RODULFO.

Yo escojo Alberto,
Bebïano, Dagoberto,
Á Reinero y á Dardín,
A don Beltrán y Armelín,
Y con Ardenio á Roberto.

REINALDOS.

¿Á quién escoge Oliveros?

OLIVEROS.

Á Enrique, á León, á Gaiferos,
Al de Orliens, al de Lení,
Narbón, Anger, Malgesí.

REINALDOS.

¡Extremados caballeros!

DURANDARTE.

¿Y Reinaldos?

REINALDOS.

Á Bruneto,
Floridante, Sansoneto,
Al conde Dirlos, á Almonte,

Al señor de Bracamonte,
Tibalte, Naimo y Turqueto.

DURANDARTE.

¡Bravos hombres!

REINALDOS.

¡Arrogantes!

DURANDARTE.

Yo al conde de Foix, á Orbantes,
Al padrino de las bodas,
Á Orfel, al Maestre de Rodas
Y cuatro hermanos gigantes.

ROLDÁN.

¿Qué colores?

REINALDOS.

De mi voto,
Lleve encarnado Carloto.

CARLOTO.

Con blanco será de fama;
Que es casta y cruel mi dama.

ROLDÁN.

Pues yo blanco y negro acoto,
Que es la color de don Alda.

DURANDARTE.

Yo, por Belerma, lo verde.

ROLDÁN.

¡Buena librea! Sacalda,
Y, por si lo verde pierde,
En tela de oro aforralda.

OLIVEROS.

Yo azul y nácar aceto.

ROLDÁN.

¿Hay celos?

OLIVEROS.

Hasta el efeto
Casi estoy desesperado.

RODULFO.

Yo quiero sacar morado
Con blanco.

DURANDARTE.

Amador perfeto.

REINALDOS.

Yo con leonado y pajizo
Iré, pues todos lo dejan

ROLDÁN.

Elección discreta hizo.

REINALDOS.

Congojas y ansias me aquejan,
De un ángel divino hechizo.

DURANDARTE.

Sacar la seda se ordene.

VALDOVINOS.

Ya, señor, mi esposa viene.

EMPERADOR.

Bien es que un Emperador
Vaya á dar debido honor
Á quien tal esposo tiene.

Salen seis moros con seis lanzas, adargas, borceguíes y acicates, y detrás Sevilla, mora, que traiga de la mano el Marqués de Mantua.

Dadme, Sevilla, los brazos.

SEVILLA.

De vuestros pies no soy dina,
Cuanto más de esos (1) brazos.

Salen D. Alda y Belerma.

VALDOVINOS.

Aquí viene la madrina.

REINALDOS.

Roldán.....

ROLDÁN.

¿Qué?

REINALDOS.

¡Bravos morazos!

ROLDÁN.

Comiéndome estoy las manos.

ALDA.

¡Oh, Infanta!

VALDOVINOS.

Tío, enseñalda.

MARQUÉS.

Dalde esos brazos humanos
Á la señora don Alda,
Que entre moros y cristianos
Es famosa por Roldán.

SEVILLA.

Con razón tal nombre os dan.

MARQUÉS.

Belerma viene con ella.

SEVILLA.

Abrazadme, prima bella.

MORO 1.°

Suspenso estoy, Otomán.

MORO 2.°

¡Es de ver á Roldán!

MORO 1.°

Sí.

ROLDÁN.

¡Que se vengan estos galgos
Con estas lanzas aquí!....

MORO 2.°

¿Qué dice?

MORO 1.°

Llámaos hidalgos.

SEVILLA.

¿Quién son éstos?

MARQUÉS.

Oye.

SEVILLA.

Di.

MARQUÉS.

Roldán es aquél.

SEVILLA.

Es Marte.

MARQUÉS.

Carloto, el de aquella parte,
Hijo del Emperador.

SEVILLA.

Bien lo muestra su valor.

---

(1) Para que el verso conste debe leerse *aquesos* en vez de *esos*.

¿Y aquel galán?

MARQUÉS.

Durandarte.
Rodulfo es aquél.

SEVILLA.

¿Quién es?

MARQUÉS.

De Carloto hermano, Infante,
Y éste Reinaldos, Marqués
De Montalván, arrogante
De ver moros á sus pies.
Aquel mozo es Oliveros.

EMPERADOR.

No hay que aguardar, caballeros,
Partamos á San Dionís.

MARQUÉS.

Vamos.

REINALDOS.

Roldán, ¿no venís?

ROLDÁN.

¡Que estos perros me hagan fieros!

CARLOTO.

Quédate, Rodulfo, aquí.

SEVILLA.

¿Téngome de desnudar?

VALDOVINOS.

En echándoos agua allí,
Mi traje habéis de tomar.

SEVILLA.

Y ¿hay vestido?

VALDOVINOS.

Infanta, sí;
Que vuestro esposo ha tenido
Cuidado.

EMPERADOR.

Á vuestro marido
Le dad, Sevilla, la mano.

SEVILLA.

¿Cómo estáis?

VALDOVINOS.

Agora sano,
Y antes, desta mano herido.

Váyanse, y queden Carloto y Rodulfo.

RODULFO.

¿Qué me quieres?

CARLOTO.

Que me escuches.

RODULFO.

Habla.

CARLOTO.

Con amor peleo,
Y un deseo que no creo.....

RODULFO.

Y ¿he de aguardar á que luches
Con tu amor y tu deseo?

CARLOTO.

Venceránme presto agora,
Que uno pena y otro adora.

RODULFO.

¿Qué quieres?

CARLOTO.

¡Oh amor tirano!

RODULFO.

Habla presto.

CARLOTO.

Dime, hermano,
¿Sevilla es ángel ó es mora?

RODULFO.

Ángel de Mahoma es.

CARLOTO.

Mas antes ángel de Dios;
Que bautizada, bien ves
Que, sin pecado los dos,
Es como un ángel después.
¿No dicen que es poco menos
El hombre que un ángel?

RODULFO.

Sí,
Cuando son los hombres buenos;
Mas no te está bien á ti
Querer ángeles ajenos.

CARLOTO.

¿Quién sois?

RODULFO.

Príncipe de Francia.

CARLOTO.

Hasta el Rey, ¿hay gran distancia?

RODULFO.

Poca, que todo es ser Rey.

CARLOTO.

¿No puede un Rey hacer ley?

RODULFO.

Puede, del reino á su instancia.

CARLOTO.

Hago ley que ésta sea mía.

RODULFO.

Esa no es ley, aunque es gusto,
Sino injusta tiranía.

CARLOTO.

¿Qué es ser Rey?

RODULFO.

¿El Rey? Ser justo.

CARLOTO.

Justo, Rodulfo, sería;
Que al Rey es mucha justicia
Darle aquello que codicia.

RODULFO.

Cuando codicia lo injusto,
No es justicia hacer lo justo,
Sino pecado y malicia.

CARLOTO.

¿Pecado?

RODULFO.

Pecado digo.

CARLOTO.

¡Qué teólogo revuelvo!
¿Confiésome yo contigo?

RODULFO.

Pues por eso no te absuelvo.

CARLOTO.
No haces oficio de amigo.
¿Para quién es lo mejor
De un reino?
RODULFO.
Para el Señor.
CARLOTO.
Luego no es gran maravilla
Que sea del Rey Sevilla.
RODULFO.
No es del reino.
CARLOTO.
Es, en rigor.
RODULFO.
No es, que nació en Sansueña,
Y es hija de un moro.
CARLOTO.
¡Oh moro,
Que el cielo sin fe me enseña,
Engendrando este tesoro,
Como quien tesoros sueña!
¡Oh moro, que en este día,
Por lo que yo pierdo y gana
Tu venturosa porfía,
Has hecho un alma cristiana
Y has hecho mora la mía!
Cuando yo me transformé
En Sevilla, mora fué;
Luego moro, en ella moro;
Que con fe una mora adoro
Que aun con Dios no tiene fe.
RODULFO.
Siempre te tuve por loco,
Pero no por loco necio.
Di, loco, ¿en tiempo tan poco
Amas tanto?
CARLOTO.
En tanto precio
El bien que en el alma toco.
¿No da el mal del corazón
En un punto?
RODULFO.
Sí.
CARLOTO.
Pregunto:
¿No es suya aquesta pasión?
RODULFO.
Sí.
CARLOTO.
Pues también da en un punto
Que priva de la razón.
¿No hace el basilisco efeto
Con una vista?
RODULFO.
¿Quién duda?
CARLOTO.
Él me ha muerto; él, que es discreto,
Sólo con remedio acuda,
Que ya consejos no aceto.
¡Oh, hermano, celos me dan!
RODULFO.
Son las ciciones de amor.
Y ¿de quién?
CARLOTO.
De don Roldán,
Que hablaba de su valor.
RODULFO.
En balde en tu pecho están;
Que de quien fueran más dinos
Es de.....
CARLOTO.
Dilo.
RODULFO.
Valdovinos,
Que esta noche.....
CARLOTO.
No prosigas;
Pero bien es que lo digas.
RODULFO.
Goza sus ojos divinos.
CARLOTO.
¿Que los goza? ¡Mataréme!
RODULFO.
Pues ¿eso dudas agora?
CARLOTO.
Duda el alma lo que teme.

Salen Roldán y Reinaldos.

ROLDÁN.
¡Que Carloto falte agora!
REINALDOS.
¿De eso estás triste?
ROLDÁN.
Enojéme
Porque se ha echado de ver.
CARLOTO.
¿Qué hay, primo?
ROLDÁN.
Has querido hacer
Á Valdovinos ultraje,
Pues sangre es de tu linaje,
Aunque no lo es su mujer.
CARLOTO.
Ésa lo es más, ¡vive Dios!
Mas quedámonos los dos
A trazar cierto disfraz.
Los novios.....
ROLDÁN.
Ya, en haz y en paz,
Que así lo estuviérais vos,
De la Iglesia, están contentos.
CARLOTO.
Contadme sus casamientos.
ROLDÁN.
Dilo, Reinaldos.
REINALDOS.
Yo no;
Roldán lo diga.
ROLDÁN.
Pues yo

Digo ansí.

CARLOTO.

Di.

ROLDÁN.

Estadme atentos.
Llegaron á San Dionís
Con música, fiesta y galas,
Carlos y los doce Pares,
La Infanta, madrina y damas,
En cuya puerta el Obispo,
De pontifical estaba,
Con su guión y grimial,
Alba, mitra, estola y capa:
Un capellán de una parte,
Con una alcorza dorada,
En que estaban esculpidas
De Valdovinos las armas;
Otros con la sal y olores,
Velo de oro y velas blancas,
Y otros con aguamaniles
Y con fuentes de oro y plata.
Entraron, y dió licencia
Á los moros de su guarda,
Que por miedo del perrero
Lejos de la puerta estaban,
Para que entrasen también;
Y ellos, bajando las lanzas,
Imitaran á Longinos
Si hubiera cruz, sangre y agua.
Hechas ya las oraciones,
Llegan á la pila santa,
Donde, por una alcandora
Labrada de plata y nácar,
Descubre un hombro Sevilla
Con una vergüenza casta,
Por quien yo diera, á ser mía,
Á Sevilla la de España.
Recibió el agua y el olio,
Respondiendo con más gracia,
Y con el capillo y vela
Pareció un ángel su cara.
Quedando, pues, ángel bello
Sevilla, en cuerpo y en alma.
En mi capilla y sepulcro
Se entró á vestir con don Alda;
De donde salió tan bella
Como el sol por la mañana.
Y ansí, en medio de la iglesia,
Alegre y acompañada,
Requerida por tres veces,
Dijo aquella gran palabra
Que con dos letras encierra
La sujeción de dos almas.
Sonó música á este tiempo,
Y de la iglesia á la sala
Del palacio, entre un palenque,
Fueron, y quedan y aguardan,
No digo á ti, que á la noche
Pienso, que con ruegos cansan,
Según los tiene el deseo
De darse la paz de Francia.

CARLOTO.

¡Ay de mí!

REINALDOS.

¿De qué suspiras?
Vamos, y traza la fiesta.

CARLOTO.

Aquí enredos y mentiras;
Que el alma se manifiesta,
Y crecen del mal las iras.
Roldán, oye aparte.

ROLDÁN.

Di.

CARLOTO.

Lleva esta gente de aquí,
Que quiero hacer un disfraz.

ROLDÁN.

No hagas cosas de rapaz,
Y á todo llévame á mí.

CARLOTO.

Tengo una rica invención,
Que sólo me importa hacella.

Salen Oliveros, Durandarte, Valdovinos y el Marqués.

ROLDÁN.

¿Cómo?

CARLOTO.

Escucha.

OLIVEROS.

Es ocasión
De gran fiesta, porque en ella
Cobramos grande opinión.

DURANDARTE.

¿Díceslo por estos moros?

OLIVEROS.

Sí; que es justo que en Sansueña,
Adonde, para sus toros,
Crin y brazo el Moro alheña,
Se cuenten nuestros tesoros.

MARQUÉS.

Yo y Valdovinos saldremos
Con un disfraz extremado.

ROLDÁN.

Aquí viene el desposado.

CARLOTO.

Llévalos de aquí, é iremos,
Roldán, á lo concertado.

ROLDÁN.

¡Oh, Valdovinos! ¿Tan presto
El estrado descompuesto
Dejáis, de vuestra mujer?

VALDOVINOS.

Siéntolo; mas ¿qué he de hacer,
Si en la fiesta me habéis puesto?

MARQUÉS.

Que no es tan afeminado
Mi sobrino; salga y juegue.

VALDOVINOS.

¿Qué hace el Infante apartado?

ROLDÁN.

Paso, nadie á hablarle llegue.

OLIVEROS.
¿No está bueno?
DURANDARTE.
¿Está enojado?
ROLDÁN.
No; sino quiere salir
Con una brava invención;
Todos nos podemos ir.
VALDOVINOS.
Débole mucha afición.
Señores, alto: á vestir.
DURANDARTE.
Vamos.
MARQUÉS.
¿Qué caballos tienes?
VALDOVINOS.
Aquel que ayer mal hacía
Con la silla de borrenes.
MARQUÉS.
¿De España?
VALDOVINOS.
Y de Andalucía:
Blanco de anca, pies y sienes;
Un alazán y dos bayos
De cabos negros, dos rayos.
MARQUÉS.
¿Quieres aquel mi morcillo?
VALDOVINOS.
No, que aún me queda el tordillo.
MARQUÉS.
¿Vistes pajes?
VALDOVINOS.
Y lacayos.

Váyanse todos, y quede Carloto.

CARLOTO.
¡Oh vivo imaginar de un hombre muerto!
¡Oh muerto desear de un hombre vivo!
¡Oh amor, que ansí te pintan niño y ciego,
Y excedes á los linces en la vista!
Solía yo ser cuerdo; ya soy loco.
Mas ¿qué mayor locura que ser cuerdo?
Antes que yo te viese estaba cuerdo,
Y agora que te vi, si no estoy muerto,
Que fuera menos lástima, estoy loco:
Con vanas esperanzas muero y vivo.
Mas ¿quién me culpará, si de una vista
Sevilla me dejó rendido y ciego?
Yo intento gran maldad; mas estoy ciego,
Con la razón y entendimiento cuerdo,
Quitando al alma la divina vista.
Rey soy; pues es mejor que el Rey sea muerto
Si tanto importa al reino su Rey vivo;
Luego en buscar mi vida no estoy loco.

Salen D. Alda y Belerma.

ALDA.
Quien deja tanto bien, ó estaba loco,
Ó para verte, bella Infanta, ciego.
CARLOTO.
¡Oh, mi don Alda!
ALDA.
¡Oh Príncipe!
CARLOTO.
Si vivo
Y alcanzo á ver.....; mas esto no es de cuerdo.
¿Entiendes?
ALDA.
¡Qué color tienes tan muerto!
¡Qué turbado el hablar, triste la vista!
CARLOTO.
¡Oh mi hermana don Alda! Si en la vista
Se puede conocer un hombre loco,
Ó en que ya no la tiene, que está muerto,
Mírame muerto, vivo, loco y ciego,
Atrevido, cobarde, necio y cuerdo:
Tales son los extremos en que vivo.
ALDA.
Guárdete el cielo, cuerdo, alegre y vivo.
¿Qué tienes, gran señor?
CARLOTO.
Sola una vista,
Don Alda, me mató; ya no soy cuerdo;
Por Sevilla estoy loco.
ALDA.
¿Qué?
CARLOTO.
Estoy loco;
Por Sevilla estoy muerto.
ALDA.
¿Qué?
CARLOTO.
Estoy muerto;
Por Sevilla estoy ciego.
ALDA.
¿Qué?
CARLOTO.
Estoy ciego;
Ciego estoy, mi don Alda; estoy sin vista;
Muerto estoy, mi don Alda, muerto y vivo:
Ya no soy cuerdo; amor me vuelve loco.
ALDA.
Confusa, señor, me tienes,
Y si no me acreditara
Tu lengua, tu triste cara,
De la burla con que vienes,
Regocijada quedara.
¿Desde cuándo estás ansí?
CARLOTO.
Desde que á Sevilla vi
Y me mató su hermosura.
ALDA.
¿Sabes qué es esto locura?
CARLOTO.
Sí, amiga; mil veces sí.
ALDA.
Pues ¿qué quieres?
CARLOTO.
Sólo vella;

Sólo hablalla; sólo estar
Donde la pueda adorar,
Pues no pude merecella.

ALDA.

Paso, que agora hay lugar;
Pero palabra has de darme,
Pena, señor, de enojarme
Y que no la verás más,
De que compuesto estarás.

CARLOTO.

Palabra doy de matarme.
Prima, mis ojos, mi bien.
¡Por vida de tu Roldán,
Que te duela el triste afán
En que estos ojos se ven,
En que estos brazos están!
Prima mía, dulce prima,
Don Alda, amores; si el verme,
Prima, morir, te lastima.....

ALDA.

No me hagas tanto prima
Si quieres tercera hacerme.

CARLOTO.

Pues, mi prima ó mi tercera,
No me permitas que muera;
Vea yo aquel ángel santo,
Que estándolo agora tanto,
Piedad en él mi alma espera.
¡Ea, mi prima de oro,
Don Alda.....

ALDA.

Belerma.....

BELERMA.

Di.

ALDA.

Di, amiga, que espero aquí
Á Sevilla.

BELERMA.

Voy.

CARLOTO.

¡Que un moro
Me haya vuelto moro á mí!

ALDA.

Mira que es tu condición
Muy atrevida.

CARLOTO.

¿Es razón
Que esto presumas de mí?
No hablaré más de no ó sí;
Y sí y no, ¿qué agravios son?

ALDA.

Presumo que si la ves
Otra vez, menos perdido
Que agora lo estás, estés;
Que suele el primer sentido
Desengañarse después.

CARLOTO.

Podrá ser, don Alda mía;
Pero aquí me has de dejar.

ALDA.

¿Solo?

CARLOTO.

Solo.

ALDA.

No querría
Que el lugar te dé lugar
Á alguna descortesía.

CARLOTO.

¡Plega á Dios que si la hiciere,
De remedio desespere,
Y que me trague la tierra,
Y que no muera en la guerra
Si con espada muriere,
Sino que un villano.....

ALDA.

¡Oh falso,
Que finges el juramento!

CARLOTO.

¿Piensas que juro de falso?
Yo muera en un cadahalso,
Por justicia, si te miento:
¡Mi propio padre me mate!

ALDA.

Basta: yo quiero creerte.
Ya viene: sufre el combate.

CARLOTO.

En ella viene mi muerte,
Y de mi vida el rescate.

Salen Belerma y Sevilla.

SEVILLA.

¿Qué es, señora, lo que quieres?

ALDA.

Que hables al Príncipe quiero.

SEVILLA.

¿Quién es?

ALDA.

Este caballero.

SEVILLA.

Mi Rey y mi señor eres.

CARLOTO.

Tu esclavo soy: por ti muero.
Vete, don Alda.

ALDA.

¿Has de hacer
Lo dicho?

CARLOTO.

Como pudiere.

ALDA.

¿Qué dices?

CARLOTO.

Que ansí ha de ser:
No fíes de quien bien quiere,
Á solas una mujer.

ALDA.

Salgamos al corredor.

BELERMA.

¿Por qué la dejas ansí?

Vanse las dos.

ALDA.
Acá lo sabrás mejor.
SEVILLA.
¿En qué te sirves de mí?
CARLOTO.
Ya me parece mejor:
  Ya fué tu esperanza vana,
Don Alda, y mi muerte es llana.
¡Oh cielos, yo muero agora,
Que si mora me enamora,
Cristiana me descristiana!
  ¿No soy Rey? ¿Que estoy pensando?
¡Oh, quimeras del amor!
Sin duda me está aguardando
Crecimiento de calor,
Pues de frío estoy temblando.
SEVILLA.
  Si no hablas porque entiendes
Que no sé tu lengua bien,
Mucho á lo que quiero ofendes.
CARLOTO.
Y ¿tú, no entiendes también
Que me hielas y me enciendes?
SEVILLA.
  Tengo en el alma un cristiano
Que mueve lengua y sentidos.
CARLOTO.
Mejor dirás un tirano
De los que tengo perdidos.
SEVILLA.
Habla, y no llegues la mano.
CARLOTO.
  Antes, me quiero quejar
Que no has querido abrazarme,
Ni la paz que se usa dar.
SEVILLA.
La paz puedes perdonarme,
Que aún no he llegado al altar;
  Cuando me la den á mí,
Prometo dártela á ti.
CARLOTO.
Y ¿es della alguno capaz?
SEVILLA.
Sí; la imagen de la paz.
CARLOTO.
¿Es tu esposo?
SEVILLA.
Señor, sí.
CARLOTO.
  Con reverencia lo dices,
Y ya de imágenes sabes;
Pero mira que desdices
Nuestras imágenes graves.
SEVILLA.
Paso: no te escandalices.
CARLOTO.
  ¿Qué imagen es, si es demonio?
Y en la paz, la cruz ha sido
Siempre de paz testimonio.
SEVILLA.
Pues cruz es quien es marido,
Si es cruz la del matrimonio.
CARLOTO.
¡Mal haya quien te enseñó!
  ¿Há mucho?
SEVILLA.
Cristiana vivo
Desde que estaba cautivo
Valdovinos, que me dió
La fe y amor que recibo.
  De aquella cautividad,
Juntos llevamos la palma,
Aunque él en más cantidad;
Yo dí al cuerpo libertad,
Y él á mí luz en el alma.
  Y aunque trocamos, en él
Hubo agravio, aunque los dos
Quedamos contentos dél;
Que yo le dí á Francia á él,
Y él me dió á mí cielo y Dios.
  Deste nuestro amor primero
Fué el tercero el mismo Dios,
Y aunque á Valdovinos quiero,
Viendo que el tercero es Dios,
Alcéme con el tercero.
  Mi esposo, para que pueda
Pagar á Dios, me hace dos,
Por dalle buena moneda;
Que le da mi alma á Dios,
Y con el cuerpo se queda.
CARLOTO.
  Luego ¿tú sin alma estás?
SEVILLA.
Sin duda.
CARLOTO.
¿Quieres la mía?
SEVILLA.
Daréla, si me la das,
Á Dios, que dar aquel día
Una, fué no tener más.
  Y así, no es bien que me pese
De que nadie me la diese;
Porque propuse aquel día,
Que mil almas le daría
Como mil almas tuviese.
CARLOTO.
  Pues no, que si ésta te doy,
En cierto trueco ha de ser.
SEVILLA.
¿Tengo yo qué?
CARLOTO.
Tienes hoy
Una joya en tu poder,
Por quien yo perdido estoy.
SEVILLA.
  Y ¿quién es?
CARLOTO.
La voluntad.
SEVILLA.
¿No es del alma esa potencia?
CARLOTO.
Que es del alma, es gran verdad,

Y en poco se diferencia
De su misma libertad.

SEVILLA.

Pues si no la diferencias,
Son grandes impertinencias
Pedírmela.

CARLOTO.

¿Cómo ansí?

SEVILLA.

Que cuando el alma á Dios dí,
La dí con sus tres potencias.

CARLOTO.

Ahora bien, dame en paz un beso.

SEVILLA.

¿Un beso?

CARLOTO.

Ésta es la paz de Francia.

SEVILLA.

Está trocada.

CARLOTO.

Tomaréla forzada.

SEVILLA.

¿Paz forzada?

CARLOTO.

Sí, que puedo y soy Rey.

SEVILLA.

¿Estás sin seso?

CARLOTO.

¿Qué harás en darme paz?

SEVILLA.

Un grande exceso.

CARLOTO.

¿No te merezco yo?

SEVILLA.

Ya estoy casada.

CARLOTO.

¡Haréte yo matar!

SEVILLA.

Morir me agrada.

CARLOTO.

¿Eres Lucrecia tú?

SEVILLA.

Serélo en eso.

CARLOTO.

¿Quién te puede librar?

SEVILLA.

Dios poderoso.

CARLOTO.

¿No te duele mi amor?

SEVILLA.

Son desatinos.

CARLOTO.

¿Qué obliga á tu rigor?

SEVILLA.

Mi honor me esfuerza.

CARLOTO.

¿Quién estorba mi bien?

SEVILLA.

Dios y mi esposo.

CARLOTO.

¡Forzaréte!

SEVILLA.

¡Don Alda, Valdovinos!

CARLOTO.

¡Bárbara, calla!

SEVILLA.

¡El Príncipe me fuerza!

Valdovinos, dentro.

VALDOVINOS.

Mucho perderán las fiestas
Sin galán tan poderoso.

SEVILLA.

¿No le escuchas?

CARLOTO.

¿Quién?

SEVILLA.

Mi esposo.

CARLOTO.

Basta: mis dichas son éstas.

SEVILLA.

Vete.

CARLOTO.

Voyme. ¡Ah, cielo santo,
Que es el matrimonio ley
Contra quien no puede un Rey!

Dentro, Valdovinos.

VALDOVINOS.

Tío, ¿cómo tardas tanto?

Sale el Marqués.

MARQUÉS.

Por el Príncipe pregunto.

VALDOVINOS.

¡Hachas, hola!

SEVILLA.

Vete, pues.

CARLOTO.

¿Qué es esto, cobardes pies?
Parece que estoy difunto.
¡Mataré aqueste villano!

SEVILLA.

¡Vete, por Dios!

CARLOTO.

Voyme. ¡Oh cielos,
Que voy muriendo de celos
De que te dejo en su mano!
Mas no seré yo Carloto
Si no te gozo algún día.

Vase Carloto, y salga Valdovinos con hábito de encamisada.

VALDOVINOS.

¿Qué es esto, señora mía?

SEVILLA.
¡Ay!
VALDOVINOS.
¿De qué es el alboroto?
SEVILLA.
De veros en ese traje.
VALDOVINOS.
¿Desconocísteme?
SEVILLA.
Sí;
Mas luego os conocí en mí.

Roldán, dentro.

ROLDÁN.
Cálzame esa espuela, paje.
VALDOVINOS.
Tenéis, señora, razón;
Que como vos sois mi espejo,
En vos me veis cuando os dejo,
Y yo en vos mi corazón.
¡Qué hermosa que estáis cristiana,
Aunque algo estáis descompuesta!
SEVILLA.
Por salir á ver la fiesta
Al balcón desta ventana;
Y como es el traje nuevo,
Desasosiégame un poco.
VALDOVINOS.
Ó celos me han vuelto loco,
Ó malas sospechas llevo.
¿Quién daba voces aquí?
SEVILLA.
Un caballero sería
Que su librea pedía.
VALDOVINOS.
Y ¿conocístele?
SEVILLA.
Sí;
De don Alda era pariente.
VALDOVINOS.
¡Ah, cielos! ¿Si era Carloto?
Que no en balde este alboroto
El alma confusa siente;
Que este mancebo arrogante,
Á todo mal pensamiento,
Da rienda á su atrevimiento
Sin Rey ni Dios que le espante.
Mal os han puesto el cabello;
Mejor denantes estaba.
SEVILLA.
Era porque os enlazaba
Y estábades vos cabe ello.
VALDOVINOS.
¿Un caballero pedía
Librea? Pero ¿qué dudo,
Si era por amor desnudo,
Que menester la tendría?
Y como hacemos agora
De moros la encamisada,
Quizá os pediría prestada
Por ropa africana y mora.
SEVILLA.
¿Á mí
VALDOVINOS.
No, á vuestro vestido;
Que en el que tenéis cristiano
Habéis dado á Dios la mano
De ser de vuestro marido.
SEVILLA.
Mora sin fe, vuestra fué
El alma que su fe os muestra;
Mirad qué haré siendo vuestra
Agora que tengo fe.
No dudéis, porque fuí mora,
Desta fe tan clara y llana,
Que tengo un alma cristiana
Que es de Dios y vuestra agora;
Mas que se admira si os ve
Perderme tanto el decoro;
Que, como ya venís moro,
Ponéis duda en cualquier fe.
Quitaos, señor, el vestido,
Miradme como cristiano,
Y veréis que esta fe y mano
Son de Dios y mi marido.
Por vos á Dios conocí,
Y así, ofenderos á vos
Es cerrar la puerta á Dios,
Por cuya puerta á Dios vi.
Dulce norte de mi cielo,
Mirad que soy vuestro imán;
¿Cuáles sospechas os dan
De mis lealtades recelo?
¿Esas eran las caricias
Que en mis bodas esperaba?
VALDOVINOS.
Del alma que muerta estaba
Me puedes pedir albricias.
Quita, aunque te he dado enojos,
Esa mano celestial,
Que puesto que es de cristal,
Eclipsa el sol de tus ojos.
No llores, mi propia vida,
Por esas claras estrellas;
Que entre sus lágrimas bellas
Se saldrá el alma afligida.
Celos son hijos de amor,
Ser bastardos te confieso;
Pero perdona este exceso
Á su forzoso rigor.
Recelé, creí, temí,
Dudé, pregunté, pensé,
Turbéme, atrevíme, hablé,
Y luego me arrepentí.
Tú eres mi bien; vuelve á verme.
SEVILLA.
Tú, mi esposo, eres mi bien.
VALDOVINOS.
Mirando estoy si nos ven
Para poder atreverme.
Pero ¿qué dudo abrazarte

Si mi propia mujer eres?
Que con las propias mujeres
Todo es bueno en toda parte.

Roldán, dentro.

ROLDÁN.
¿No bajan ese pretal?

Durandarte, dentro.

DURANDARTE.
Ponle ese caparazón
Verde á este bayo.

VALDOVINOS.
Éstos son
Los correos de mi mal.

ROLDÁN.
¿No toma el Marqués espuelas?

MARQUÉS.
Ya subo.

ROLDÁN.
Vamos de aquí.

Reinaldos, dentro.

REINALDOS.
Debajo del borceguí
Me pon unas esquinelas.

VALDOVINOS.
Ya todo el tropel arranca:
Mi bien, voyme; ponte á vello.

Oliveros, dentro.

OLIVEROS.
Átale esa toca al cuello
Y ponle esa pluma blanca.

SEVILLA.
Á verte ponerme quiero
Sobre esa reja dorada.

Rodulfo, dentro.

RODULFO.
Esa mochila encarnada
Pasa, lacayo, al overo.

Roldán, dentro.

ROLDÁN.
¿Habemos de entrar por ti?

VALDOVINOS.
¡Ea, adiós!

SEVILLA.
Mi bien, adiós.

ROLDÁN.
Que tiempo tendréis los dos.

VALDOVINOS.
Señora.....

ROLDÁN.
Vamos de aquí.

Toquen atabales y música, y salgan Carloto y Galalón vestidos de encamisada.

CARLOTO.
Como á mi padre y mi tío
Te lo cuento, Galalón.

GALALÓN.
Sobrino, en esta ocasión
Tu desasosiego es mío.
¡Vive Dios, que has de gozalla
Si lo estorba el mundo todo,
Por uno ó por otro modo,
Con servilla ó con forzalla!
Aunque pienso que servilla
Es escándalo notable.

CARLOTO.
Es dura é inexorable
Por todo extremo Sevilla;
Pues forzalla es imposible,
Porque no ha de haber lugar.

GALALÓN.
Eso es saber negociar,
Lo imposible hacer posible;
Fíame que tú la goces,
Posible sea ó no sea.

CARLOTO.
¿Quién ha de haber que tal crea?

GALALÓN.
Mal á Galalón conoces;
Mañana tuya ha de ser.

CARLOTO.
¡Tío mío, padre amado!

GALALÓN.
¿Qué haces arrodillado?
Levanta, y toma placer;
Que á Sevilla gozarás.

CARLOTO.
Señor tío, amado tío,
Tuyo sera el reino mío
Si esta mujer.....

GALALÓN.
No hables más.
¿No eres Rey?

CARLOTO.
Sí que soy Rey.

GALALÓN.
Y ¿quién te estorba ese gusto?

CARLOTO.
Un hombre.

GALALÓN.
Y ¿á un Rey es justo?

CARLOTO.
Paréceme injusta ley.

GALALÓN.
Mátale.

CARLOTO.
Será mal hecho.

GALALÓN.
¿Un Rey no lo puede hacer,

Si no tiene á quién temer?

CARLOTO.

Que se enoje el Rey sospecho.

GALALÓN.

Eres su hijo, no hará;
Sois una sangre los dos.

CARLOTO.

Si á los Reyes juzga Dios,
También Dios se enojará.

GALALÓN.

Aplacalle, como han hecho
Otros reyes que han errado;
Y tu padre está obligado
Sólo á tu bien y provecho.
Por lo que un médico dijo,
Que á un enfermo vino á ver,
Dió Seleuco á su mujer
Á su enamorado hijo.

CARLOTO.

También con su propria mano
Virginio su hija mató,
Y porque un bando quebró,
Mató á su hijo un romano;
Otro, por quebrar su ley,
Un ojo se sacó á sí,
Y otro á su hijo.

GALALÓN.

Es así.
Digo que eres justo Rey:
Vamos á esta encamisada.

CARLOTO.

Padre, ¿enojado te has?
Eso te dije no más
De porque esto importa nada,
Llegado á que yo me muero,
Y porque tú me respondas.

GALALÓN.

Pues respondo que le escondas
Dentro del alma ese acero;
Que si no es estando muerto
Valdovinos, no hay lugar
De que la puedas gozar
Por fuerza ni por concierto.

CARLOTO.

Pues ¿cómo le mataré?

GALALÓN.

Auséntale de París.

CARLOTO.

Cielos, que esto veis y oís,
¿Mataréle ó moriré?
¿Cómo viviré si él vive?
Por vivir quiero matalle.

GALALÓN.

Di que tienes en el valle
Que el agua del Po recibe,
Una forzosa aventura
En que él te puede ayudar,
Y allí le podrás matar,
Que hay soledad y espesura.

CARLOTO.

¿Cómo?

GALALÓN.

Cuando en él estés,
Vendremos, placiendo á Dios,
Con lanzas yo y otros dos,
Que bastaremos los tres.

CARLOTO.

Bien has dicho: quiero darte
Mis brazos.

GALALÓN.

La gente suena.

CARLOTO.

Ponte, tío, esta cadena,
Y después yo vendré á hablarte:
León es tuyo si heredo.

GALALÓN.

Eres tú como un león,
¡Oh discreto Galalón!
Igualarme á Ulises puedo.

Torne á sonar música, y salgan D. Alda, Belerma y Sevilla.

ALDA.

Por todo extremo han corrido.

SEVILLA.

¿Quién os pareció mejor?

BELERMA.

No juzga, que es ciego, amor,
De colores ni vestido;
Que también está desnudo.

ALDA.

Á mí, Roldán me agradó.

SEVILLA.

De mi esposo diré yo
Que sólo agradarme pudo.

BELERMA.

Muy galán es Durandarte.

SEVILLA.

Siempre ese nombre le dan,
Pero no es poco galán
Valdovinos.

ALDA.

Eres parte;
Mas no te engaña afición.

SEVILLA.

Pues ¡por mi vida, que aún es
Galán mi tío, el Marqués!

BELERMA.

¡Bien gallardas canas son!

ALDA.

Bien está un viejo á caballo
Cuando tiene buen despejo.

SEVILLA.

Y ¿qué lugar no honra un viejo
Cuando es viejo para honrallo?

ALDA.

Oye aparte, prima mía:
¿En qué paró el alboroto
De Carloto?

SEVILLA.

¿Éste es Carloto?

ALDA.
¿No te habló con cortesía?
Porque á las damas, los reyes
Tratan con mucha humildad;
Ser mujer, es calidad
Que favorecen las leyes;
Quien con la mujer no es
Cortés y afable, es tirano.

SEVILLA.
Quísome tomar la mano:
¡Mira tú si es Rey cortés!
Y tienes culpa, en rigor,
Señora, si lo sabías,
Porque tales cortesías
Se atreven mucho al honor.

BELERMA.
¿Cómo en tan breve distancia?

SEVILLA.
Y aun pasar quiso adelante.

ALDA.
Calla, que estás ignorante
De lo que es la paz de Francia.

SEVILLA.
Eso debió de querer:
Quiero consolarme ansí.

ALDA.
Y ¿eso le negastes?

SEVILLA.
Sí;
Que es hombre, y yo soy mujer.

ALDA.
Ya suena grande alboroto.

BELERMA.
Apéanse.

ALDA.
Ya han subido.

Salen todos con libreas: Oliveros, Roldán, Reinaldos, Durandarte, Marqués de Mantua, Carloto, Rodulfo, Valdovinos y el Emperador.

ROLDÁN.
¡Por mi vida, que han corrido
Por todo extremo, Carloto!

EMPERADOR.
Holgado me he, buen Marqués,
De veros vestido ansí.

MARQUÉS.
Ya, señor, no es para mí
Lo que destos mozos es;
Esto desdice á mis años.

VALDOVINOS.
¡Oh mi esposa!

SEVILLA.
¡Oh mi señor!

ALDA.
Con gran razón, tu valor
Suena entre propios y extraños.
¡Roldán mío!

ROLDÁN.
¡Oh mi don Alda!

DURANDARTE.
Bien, mi Belerma, ha lucido
Vuestra empresa.

BELERMA.
En fin, ha sido
Prenda de amor: estimalda.

MARQUÉS.
Para dos cosas, soberano Príncipe,
Quiero pedirte, humilde por el suelo,
Licencia.

EMPERADOR.
Alzaos, Marqués; que no habrá cosa
Que yo niegue al mejor de mis vasallos.

MARQUÉS.
Es la primera, que pues esta noche
Queda casado mi sobrino amado,
Y Sevilla cristiana, y en tu corte,
Me des licencia que me parta á Mantua,
De donde mis vasallos me importunan,
Y donde ha días que les hago falta.

EMPERADOR.
Pues ¿no será razón, Danés famoso,
Que celebremos todos estas fiestas,
Y que aguardéis siquiera que se acaben,
Honrando en esto los sobrinos vuestros?

MARQUÉS.
Harto, señor, con vos están honrados;
Yo no puedo excusar partirme luego,
Pero la vuelta breve os aseguro.

EMPERADOR.
No quiero replicaros, primo amado;
Que en mí le queda padre á Valdovinos,
Y á Sevilla le queda esposo y padre.
¿Qué es lo segundo en que pedís licencia?

MARQUÉS.
Ya sabéis, gran señor, que mis dos hijos,
Carlos y Urgel, murieron en la guerra,
Dando su sangre á vos, y á Dios sus almas;
Ha sido Valdovinos el consuelo
Desta desdicha, y de mi vida el báculo,
Y pues tan cerca estoy del fin, querría
Que me heredase con licencia vuestra;
Y así, renuncio en él desde este punto
Los Estados de Mantua que poseo.

EMPERADOR.
Béseos las manos luego Valdovinos;
Que yo por mí le añado otras seis villas
Que están en vuestra tierra con mi nombre.

MARQUÉS.
Mejor es que él y yo los pies besemos
De Príncipe tan noble, invicto y justo.

VALDOVINOS.
Bésoos, señor, los pies, y á mi buen tío
Pido la mano y bendición.

MARQUÉS.
El cielo
Te dé la suya con piadosa mano.

EMPERADOR.
Con esto, entrar podemos en la sala,
Porque abreviando las confusas fiestas,
Gocéis, sobrino, vuestra amada esposa.

VALDOVINOS.

En mí tenéis, señor.....

EMPERADOR.

Basta, sobrino;
Que os quiero bien.

ROLDÁN.

Entremos, caballeros.

CARLOTO.

¡Ah, Valdovinos!

VALDOVINOS.

¿Qué me mandas?

CARLOTO.

Oye:
Después de cena quiero hablarte á solas;
Que hemos de hacer los dos una jornada.

VALDOVINOS.

Ya sabes que yo soy tu humilde hechura.

CARLOTO.

Pues yo te desharé, tirano injusto,
De la hermosura que en el alma adoro.

VALDOVINOS.

¿Qué dices?

CARLOTO.

Que te quiero con el alma.

VALDOVINOS.

Eres mi Rey.

CARLOTO.

Tu muerte ser querría.

VALDOVINOS.

Vamos, señor.

CARLOTO.

Perdido voy de celos.
¡Matarle tengo! ¡Perdonadme, cielos!

ACTO SEGUNDO.

Salen Valdovinos y Sevilla.

SEVILLA.

¡Que no puedo deteneros!

VALDOVINOS.

Partirme es fuerza, señora;
Pero el alma, que os adora,
Me volverá presto á veros;
Que el Príncipe me ha pedido
Que á esta caza le acompañe.

SEVILLA.

¡Plega al cielo que no os dañe
Haber su ruego admitido!

VALDOVINOS.

¿Qué me puede á mí dañar
Servir al Rey, si es forzoso?

SEVILLA.

El sol, mi bien y mi esposo,
Y ser desierto el lugar.
Alguna maldad recelo;
No me atrevo á descubrilla.

VALDOVINOS.

Es el dejaros, Sevilla,
El mayor rigor del cielo.
Vuestra ausencia es lo que temo;
Que habrá gran comodidad
Si está el sol en la mitad
Del uno y del otro extremo.
Esto para la salud;
Que en el alma no hay consuelo
Ausente de vos, mi cielo.

SEVILLA.

¡Oh temerosa inquietud!
No en balde el alma se altera
De aquesta triste jornada.

VALDOVINOS.

¿Qué decís, esposa amada?

SEVILLA.

Que ir con vos, mi bien, quisiera.
¡Notable desdicha mía,
Para aumento de mis daños,
Que un deseo de seis años
Apenas os goce un día!
Cuando pensé verme asida
Entre mil estrechos lazos,
Gozo vuestros dulces brazos
Y lloro vuestra partida.
Mejor fuera no admitirse
Dos que pretenden amarse;
Que entiendo que es el gozarse
Víspera de arrepentirse.
Si lo que llaman amor,
Sin pensamiento rüin,
Tiene el gozarse por fin,
El no gozarse es mejor.
¡Ay, Valdovinos, mi bien,
Deseo tan grande y justo,
Murió con tan poco gusto!

VALDOVINOS.

Matadme y llorad también.
Eso sí, enseñad los ojos
Á cualquiera niñería;
No haya más, señora mía,
Que me dais sin culpa enojos;
Que no porque mi deseo
Mi casamiento amplió,
Sin fuerza el amor dejó
Como bien que ya poseo.
Gozar mi gusto, no es justo
Que deshaga mi afición,
Porque en mí la posesión
Hace que desdoble el gusto;
Que aunque entretiene también
Este gusto la esperanza,
En el que este bien alcanza,
Siempre va creciendo el bien.
Si el miedo conserva amor,
Es bien tan perfeto y puro
Tener este bien seguro,

Que suele hacerle mayor.
Y ansí, no se queda atrás
Amor, cumplido el deseo;
Que mientras más os poseo,
Siempre os voy queriendo más.
No agravéis, señora mía,
Mi entendimiento y razón
Con decir que mi afición
Pudo acabarse en un día;
Que falta de entendimiento
Es gozar vuestra hermosura
Sin el alma, de quien dura
Eterno el merecimiento;
Que si el cuerpo suele dar
Sólo un bien que no entretiene,
Lo que es alma, siempre tiene
Novedades que gozar.

SEVILLA.

¿Para qué me encareceis
Lo que de ese amor sentís,
Pues de este alma y de París
Hoy ausentaros podéis?
Que en lo que es mi voluntad,
Mi bien, si ausentaros viera
Desta casa, lo sintiera,
Cuanto más de la ciudad;
Que estos ojos, enseñados
Al bien de vuestra presencia,
Estarán en vuestra ausencia
En tinieblas sepultados.
Mis suspiros siempre irán
Á vuestra alma de mi boca,
Y mis brazos, como loca,
Vuestra sombra abrazarán.
Y para aplacar después
Del pensamiento la guerra,
Besaré siempre esta tierra
En que pusiste los pies.

VALDOVINOS.

Menos será menester,
Querida señora mía,
Que podrá ser en un día
Ir á esta caza y volver.
Del amor que me tenéis
No me hagáis ostentación;
Que crecéis mi obligación,
Pero mi amor no crecéis.
Yo soy, en esta partida,
De un amigo y Rey forzado,
Á cada cual obligado
Á ofrecelle sangre y vida;
Y ansí, me perdonaréis.

SEVILLA.

Mal os podéis excusar,
Porque vos no podéis dar
Aquello que no tenéis;
Que vuestra vida, algún día
Me llamó vuestro cuidado,
Y ansí, quedáis excusado
De dar vos prenda que es mía.
Mas, pues palabra le distes,
Razón es que la cumpláis,
Y presto á alegrar volváis
Los ojos que veis tan tristes.
¿Daisme palabra, señor,
De que presto volveréis?

VALDOVINOS.

Fianzas de mí tenéis,
Señora, en vuestro valor.
Yo juro á esos ojos bellos,
(Que es jurar á las estrellas
Del cielo, pues toman ellas
La luz que yo adoro en ellos),
Que en acabando la caza,
Un punto no me detenga
Si con rayos, cuando venga,
El sol del cielo amenaza;
Que ¡vive Dios, que me muero
En apartarme de vos!

SEVILLA.

¿Volveréis?

VALDOVINOS.

Sí.

SEVILLA.

¡Plega á Dios
Que con el bien que os espero!

VALDOVINOS.

Pues bien puedes abrazarme,
Esposa mía.

SEVILLA.

¿Tan presto
Me dejas?

VALDOVINOS.

Llegando á esto,
El detenerme es matarme.

SEVILLA.

Espera, mis ojos; ponte,
Si por ventura te agrada
Ser de mis manos labrada,
Sola una aljuba de monte;
Que irás con ella mejor
Y llevarás prenda mía.

VALDOVINOS.

Iré con más bizarría
Que el tebano cazador;
Que mejor, de ti labrada,
Parecerá por el suelo,
Que el mozo Arcadio en el cielo
Con la piel de osa estrellada.

Sale Marcelo, criado.

SEVILLA.

¡Hola!

MARCELO.

Señora.....

SEVILLA.

Traed
La aljuba que ayer labraba,
De la manera que estaba,
Y aquella banda de red.

VALDOVINOS.
Que vaya bizarro quieres,
Galán y favorecido.
SEVILLA.
Porque te acuerde el vestido
Del dueño de quien lo eres.
VALDOVINOS.
El alma es cosa más llana,
Y que yo iré más gallardo
Que Céfalo con el dardo
Que le dió en premio Diana.

Meta la aljuba en una fuente.

MARCELO.
Ya tienes la aljuba aquí.
VALDOVINOS.
¡Hola! Aquesta ropa ten.
SEVILLA.
Yo te la pondré muy bien.
VALDOVINOS.
¿Eso más?
SEVILLA.
Póntela ansí.
VALDOVINOS.
Marcelo, dame la espada.
SEVILLA.
Ponte la banda primero.
VALDOVINOS.
¡Por la fe de caballero,
Que es el aljuba extremada!
MARCELO.
Cíñete la espada.
VALDOVINOS.
¿Estoy
Bueno ansí?
SEVILLA.
¿La espada besas?
VALDOVINOS.
Sí, que en todas mis empresas,
Por mil causas se le doy:
La primera, porque es cruz,
Y muestro que soy cristiano,
Que tomándola en la mano,
Desto y quien soy me da luz;
Bésola, porque es defensa
De mi fe, Rey y mi honor,
Y que con ella, en rigor,
Nadie puede hacerme ofensa.
SEVILLA.
¡Bravo estás, por vida mía!
No me canso de mirarte;
Dios te me guarde y te aparte
De traidora compañía.
Quiérote dar mil abrazos.
VALDOVINOS.
Éntrate, amor, en buen hora.
SEVILLA.
¡Que me he de ir!
VALDOVINOS.
Adiós, señora.
SEVILLA.
Pues dame otra vez tus brazos.
VALDOVINOS.
¡Ea, mi bien!
SEVILLA.
Ya me voy:
Adiós, y guárdete el cielo.
VALDOVINOS.
¿Fuése?
MARCELO.
Ya se fué.
VALDOVINOS.
Marcelo.....
MARCELO.
Señor.....
SEVILLA.
Por pedirte estoy.....
VALDOVINOS.
¿Aún no eres ida?
SEVILLA.
Que vayas
Por París de tal manera.....
VALDOVINOS.
Iré, amores, de cualquiera
Manera que por bien hayas.
SEVILLA.
Yo sé que á verte saldrán
Á la ventana mil damas;
No las mires si me amas;
Que vas bizarro y galán.
VALDOVINOS.
Pierde cuidado, señora;
Vete en paz.
SEVILLA.
¡Ay, no te engañen!
¡Los ángeles te acompañen!
VALDOVINOS.
Y tú de mi guarda agora.
Marcelo, armarme conviene
Sin que lo entienda mi esposa.
MARCELO.
Si es jornada peligrosa,
Que remedio en armas tiene,
Lleva buena compañía.
VALDOVINOS.
Conmigo no más irás;
Pero ¿cómo sacarás
Mis armas, que es medio día?
MARCELO.
Cubiertas las sacaré;
Que estará á verte salir
Mi señora.
VALDOVINOS.
¿Podrás ir
Siguiendo el caballo á pie?
MARCELO.
Correré á una cerda asido.
VALDOVINOS.
Las espuelas me apareja:
Sevilla estará en la reja.

MARCELO.
Y su hierro enternecido.
VALDOVINOS.
Vamos.
MARCELO.
¿Qué es eso?
VALDOVINOS.
Caí,
Y en el umbral tropecé.
MARCELO.
¿Hicístete mal?
VALDOVINOS.
No sé;
Toda la banda rompí.
MARCELO.
Ten.
VALDOVINOS.
Cayóseme la espada.
¡Jesús! ¿Qué es aquesto agora?
MARCELO.
¡Por vida de mi señora,
Que dejes esta jornada!
Que ensillándote el caballo,
Casi un lacayo mató,
Y un espejo se quebró
Solamente de mirallo;
Ahorcado hallé un azor
Del alcándara, hoy al alba,
Y un cuervo nos hizo salva
Sobre el mismo corredor;
Un perro dió anoche aullidos
En esa puerta, feroz,
Que por no escuchar su voz
Me tapaba los oídos;
Riñeron tus escuderos,
Y á la espada echaron mano.....
VALDOVINOS.
No tengo por buen cristiano
Hombre que mira en agüeros:
Saca el bayo, porque suba
Donde Sevilla me vea;
Que no habrá mal que lo sea,
Con reliquias desta aljuba.

Sale Cardenio, pastor.

CARDENIO.
Sierras de Ardenia frías,
Por donde el Po discurre, y cuyo viento,
Con esperanzas mías
Entretiene su fácil movimiento,
No me mostréis las frentes
Con la nieve que el sol convierte en fuentes;
Que de los celestiales
Ojos de Alcida, en quien tener desean
Fin dulce tantos males,
Haré que estos ausentes su luz vean
Primero que el Noviembre
Coja estas flores y su escarcha siembre.
Envíanme despechos
Aquestas sierras, donde helarme veo;
La nieve de tus pechos
Es el invierno que sufrir deseo;
Allá quiero llevarme,
Por ver si puedo entre su nieve hallarme.
Vívase el rico Albano
Estas montañas, de aspereza llenas,
Llevando por la mano
Al dueño de sus glorias y sus penas;
Que con mi prenda cara,
La Libia más estéril habitara.

Salen dos cazadores, Riselo y Montuoso.

MONTUOSO.
Es el perro extremado,
De linda casta y talle.
RISELO.
Estos braquetes,
Si con algún cuidado
Los enseñamos, dan lo que prometes.
MONTUOSO.
No como sin dar hueso
Al buen Melampo.
RISELO.
Es un gentil sabueso.
CARDENIO.
Corte á la parra hojosa
El pendiente racimo del sarmiento,
Albano, y dé á su esposa,
Ó esparza el vuelo del halcón al viento,
Y á la perdiz pintada
Detenga el curso, de temor helada.
Tire la echada liebre
Que el cazador le enseñe, y si la acierta,
Su gente le celebre;
Cuelgue despojos á su antigua puerta,
La frente, el cuerno, el ramo,
De la cabra montés, del toro y gamo;
Que yo, mi Alcida cara,
Por cuyo amor tan justamente muero,
Por esa hermosa cara
Dejar las sierras y el ganado quiero,
Porque sois más hermosa
Que el jazmín blanco y la encarnada rosa.
MONTUOSO.
¡Ah, labrador amigo!
¿Hay aquí algunas bandas de perdices?
CARDENIO.
¡Hay el diablo, que os digo!
No piséis los sembrados.
MONTUOSO.
¿Qué nos dices?
CARDENIO.
Que echéis por acá fuera.
¿No os sobra harto lugar por la lindera?
¡Dios, que si la desato.....
RISELO.
Entre estas zarzas ¿andan francolines?
Responde, mentecato,

Y pues eres pastor, no te amohines.

CARDENIO.

¿Queréis andar á pullas?

MONTUOSO.

¿Hay caza aquí?

CARDENIO.

Muy poca.

RISELO.

Y ¿qué son?

CARDENIO.

Grullas,
Y algunas vivotardas,
Con cuernos que te saquen los dos ojos,
Entre estas peñas pardas.

RISELO.

Eso sí, ¡pesia tal! y deja enojos;
Andaremos á ellas.

CARDENIO.

¿Queréis dos garzas?

MONTUOSO.

Sí.

CARDENIO.

Pues no sé dellas.
Aunque unos asisones
Pasaron por aquí habrá tres semanas.

RISELO.

¡Qué avisos!

MONTUOSO.

¡Qué razones!

CARDENIO.

Si preguntaran bestias más cercanas,
Y con menos molestias,
Se las mostrara.

RISELO.

¿Adónde?

CARDENIO.

Esas dos bestias.

RISELO.

Pues á fe, que no ignora
Que del Marqués los cazadores somos.

CARDENIO.

Querría más agora
De un buen conejo los tostados lomos.
Y ¿dónde agora queda?

MONTUOSO.

Á la sombra quedó desta arboleda;
Que al pie de aquella fuente
Merienda con algunos caballeros.

CARDENIO.

Y ¿viene mucha gente?

RISELO.

Mucha de cazadores y monteros,
Buhos, sacres, neblíes,
Azores, gerifaltes, baharíes;
Trescientos perros vienen.

CARDENIO.

Y ¿dónde va con tanta perrería?

RISELO.

Todos su oficio tienen,
Que es vuelo, caza, guerra y montería;
Hay lebreles polacos,
Galgos ventores y sabuesos bracos.
Pero él viene.

Cuantos cazadores puedan, salgan con perros y aves; dos caballeros, Timbrio y Libeo, y el Marqués de Mantua.

TIMBRIO.

Esta tarde
Podras correr el monte, que ya Febo
Menos furioso arde.

MARQUÉS.

¡Bien lo hizo el gavilán, para ser nuevo!
Mas pues el monte entramos,
Matemos, si os parece, un par de gamos.
¿Sabe alguien esta tierra?

MONTUOSO.

Aquí está un pastorcillo.

MARQUÉS.

¡Hola, buen hombre!
¿Vives en esta sierra?

CARDENIO.

Sí, señor.

MARQUÉS.

¿Cúya es, y cuál su nombre?

CARDENIO.

Vuestra, señor, y vuestro
Cuanto por todo su horizonte os muestro.
El Po baja á este valle
Á dar al mar su censo eternamente,
Abriendo una gran calle
Por la halda de ese monte su corriente.

MARQUÉS.

Si aquí esta noche quedo,
¿Dónde yo solo aposentarme puedo?

CARDENIO.

Mi mayoral Albano
Tiene una casa.

MARQUÉS.

¿Es cerca y habitada?

CARDENIO.

Habrá por este llano
Seis leguas poco más.

LIBEO.

¡Gentil posada!

CARDENIO.

No hay más cerca poblado;
Mas por San Juan el campo es regalado.
Sobre esa verde juncia,
Olorosos junquillos y retamas,
Hasta que el alba anuncia
El claro día, ofrece Julio camas
Á todo caminante.

MARQUÉS.

¿Hay caza aquí?

CARDENIO.

De caza es abundante:
Hay jabalí cerdoso,
El espín erizado, el suelto pardo,
Peludo lobo, y oso,
Liebre medrosa, y vil ciervo gallardo,
La zorra mortecina,

Toro salvaje, y cabra montesina.

LIBEO.

Por esa cuesta arriba
Camina un ciervo.

MARQUÉS.

¿Adónde?

LIBEO.

Allí.

MARQUÉS.

Partamos.

TIMBRIO.

Ya pasa aquella oliva
Á cuyo pie denantes merendamos.

RISELO.

¡To, to!

TIMBRIO.

Camina, corre.

LIBEO.

Mucho el espeso monte le socorre.

CARDENIO.

¡Ah, locura del mundo!
¡Que tantas bestias van tras una bestia!
¿Tiene este error segundo?
Mas qué, ¿su vanidad me da molestia?
El caballero cace,
Y el que es pastor, su ganadillo abrace.

Vase.

Salen Carloto, Valdovinos, Marcelo y Celio, paje.

VALDOVINOS.

Mucho habemos caminado,
Señor, en tan pocos días;
Pero voy maravillado,
Que aun más caminar porfías,
Y siempre por despoblado;
Ya es larga aquesta aventura.

CARLOTO.

Hoy será tu desventura.
Digo, amigo Valdovinos,
Que el fin de tantos caminos,
Mi buena dicha asegura.
Ya estamos en el lugar
Donde sabrás mi intención.
Atrás os podéis quedar,
Pajes; que en ésta ocasión
Solos habemos de estar.

VALDOVINOS.

Vete, y aguarda, Marcelo.

CARLOTO.

Tú, Celio, también.

MARCELO.

¡Oh cielo!
¡Cuánto me pesa el dejarte
Solo, señor, en tal parte!

Vanse los criados.

VALDOVINOS.

¿Qué es tu cuidado?

CARLOTO.

Diréló:
Sabrás, famoso Valdovinos caro,
Paladín famoso y fuerte,
Como entre griegos Aquiles,
Caudillo de los franceses,
Que un amigo que yo tuve,
Haciendo guerra á infieles,
Fué cautivo de un Rey moro
Dos años y cuatro meses.
Estando en esta prisión
Sirviendo en unos verjeles,
Por ser noble, de hortelano,
Que este oficio lo fué siempre,
Una hija del Rey moro,
Viéndole entre unos laureles
Lamentar sus desventuras,
Creciendo el agua á una fuente,
Se enamoró dél, y al padre
Le supo engañar de suerte,
Que negoció su rescate,
Dejando el alma en rehenes.
Á la partida de Francia,
El cristiano la promete
Ser su esposo y su marido
Si ella cristiana se vuelve.
Tratado aquesto por cartas,
El moro se lo consiente,
Y á París su hija envía
Con cuatrocientos jinetes.
Yo la vi; que á Dios pluguiera
No la viera, por no verme
Tal, que al más deudo y amigo
La debida fe le quiebre.
Bautizóse y desposóse,
Y creciendo mi accidente,
Quise forzalla una noche,
Pero entró su esposo, y fuése.
Pedí consejo á un amigo
Más discreto que valiente,
Y díjome que matase
Al marido, si pudiese.
Tomé el consejo, aunque malo,
Como hombre que se resuelve
Á tomar la purga amarga
Porque la salud aumente.
Salimos, pues, los dos juntos,
Y vengo á dalle la muerte,
Aunque primero pretendo
Que lo mejor me aconsejes.

VALDOVINOS.

Si no fueras, señor, quien eres, creo
Que ser esta mi historia imaginara;
Pero no cabe en ti tan mal deseo
Contra las leyes de amistad tan rara.
Eres Rey, y en un Rey caso tan feo,
Mayor infamia de maldad dejara
Que de un Cómodo, un Nero, un Ecelino,
Y de no te ayudar me determino.
¡Mal haya ese villano caballero
Que con su mal consejo te ha engañado!
¡Cielos, vendido estoy, sin duda hoy muero!

CARLOTO.

Quien me aconseja es hombre que ha estudiado;

No me dijo de Cómodo y de Nero,
Sino de un rey David, santo y sagrado,
Que por gozar á Betsabé dos días,
Mató en la guerra á su marido Urías.

VALDOVINOS.

Y ¿no te dijo que su mismo lecho
Bañó mil veces de su llanto, haciendo
Penitencia cruel?

CARLOTO.

Pues esto hecho,
Hacer la misma penitencia entiendo.

VALDOVINOS.

Urías no era amigo tan estrecho
Del Rey, ni era su deudo.

CARLOTO.

¿Yo pretendo
Saber si era su deudo, ó igualalle?

VALDOVINOS.

Al santo, en lo que es bueno has de imitalle.
Luego ¿imitar á Pablo sería bueno
Cuando era matador de los cristianos,
Ó cuando de elección fué vaso lleno,
Y dió su sangre á Dios, atrás las manos?
Mas á ese basilisco, á ese veneno
Que dió á tu mal consejos inhumanos,
¿Qué le movió?

CARLOTO.

Que un deudo del marido
Un bofetón le dió.

VALDOVINOS.

Y ¿fué desmentido?

CARLOTO.

Fué desmentido.

VALDOVINOS.

Galalón es ése,
Y yo, Príncipe, soy el engañado.
¡Que tal consejo el magancés te diese!
Príncipe, vuelve en ti.

CARLOTO.

Ya es excusado.

Salen Galalón y dos caballeros, todos tres embozados y con lanzas.

GALALÓN.

Déjame que aquel pecho le atraviese.

CARLOTO.

¡Matalde!

VALDOVINOS.

¡Oh, mozo mal aconsejado!
¿Á tu deudo, á tu sangre, á Valdovinos?

CARLOTO.

Amor nunca repara en desatinos.

VALDOVINOS.

¡Oh, qué poco valéis, famosa espada!

GALALÓN.

Cayó, rindióse.

CARLOTO.

Basta: muerto es, cierto.

VALDOVINOS.

Vuelve, y darás al muerto gran lanzada.

GALALÓN.

De veintidós heridas queda muerto;
Ansí mi afrenta quedará vengada.

Vanse.

CARLOTO.

Tomemos los caballos.

VALDOVINOS.

¡Qué concierto
De un Rey para matar su sangre y primo!
Yo me muero, sin duda. ¿Qué me animo?
¡Oh, mal Carloto, Cómodo segundo,
De Aurelio no, mas hijo de Faustina,
De hoy más te llamarán monstruo del mundo,
Por esta crueldad, que al cielo indina!
¡Virgen, en quien mis esperanzas fundo;
Virgen, sin par nacida; Virgen dina
De ser Madre de Dios, mirad que muero,
Y la vida del alma en Vos espero!

Sale Marcelo.

MARCELO.

Á la bajada deste obscuro valle,
Con un pedazo de asta, á partes roto,
Y con tres caballeros de buen talle,
Corriendo he visto al príncipe Carloto.
No me atreví, de miedo, á preguntalle,
Por verle tanta sangre y alboroto.
¡Válame Dios! ¿Dó queda Valdovinos?

VALDOVINOS.

¡Vuelve tus ojos claros y divinos,
Ay, que muero, Señora!

MARCELO.

¿Quién se queja?

VALDOVINOS.

¡Reina del cielo!

MARCELO.

¡Oh cielo, en quien confío!
Que esta sospecha, ¿no es de quien me deja
El cuerpo todo de calor vacío?
Mas ya del alma este temor se aleja.
¡Valdovinos, señor! ¡Ah, señor mío!
¡Ah, mi señor!

VALDOVINOS.

¿Qué es esto, santo cielo?

MARCELO.

Yo soy, señor.

VALDOVINOS.

¿Marcelo?

MARCELO.

Sí, Marcelo.

VALDOVINOS.

Llámame un confesor.

MARCELO.

¿Estás herido
De muerte?

VALDOVINOS.

Luego un confesor me llama.

MARCELO.

¡Oh, Carloto cruel!

VALDOVINOS.

¿Aún no eres ido?
Quien ama el cuerpo, ¿el alma aquí desama?

MARCELO.

Voy, en mi propio llanto convertido,
Que el alma por los ojos se derrama.
¡Triste de mí, que han muerto al señor mío!

VALDOVINOS.

¡Jesús, nombre piadoso, en Vos confío!
Quiero sentarme aquí por animarme,
Aunque desmaya la mortal flaqueza,
Y al cielo, que me escucha, confesarme.

Sale el Marqués.

MARQUÉS.

¡Oh, escuro monte, de áspera maleza!
¡Que el caballo viniese aquí á faltarme,
Y se cerrase con tan gran tristeza,
Con tan fieros relámpagos y truenos,
La noche, aborrecida de los buenos!
¡Oh, presuroso ciervo! ¡Oh, gente loca,
Que tras el viento á más correr camina!
¿Adónde voy de en una en otra roca,
De un risco en otro, y de una en otra encina?
Ya no sirve ponérmela en la boca,
Para llamar mi gente, la bocina,
Y la del cielo apriesa centellea.

VALDOVINOS.

¡Ay!

MARQUÉS.

¡Triste voz! Mas lo que fuere, sea.

VALDOVINOS.

¡Que ya de mi voz mortal
No se ablanda, cual solía,
Tu hermoso pecho y leal!
¿Dónde estás, señora mía,
Que no te duele mi mal?
Cuando fueron nuestras vidas
Una sola, y un lugar
El alma pudo ocupar,
De mis pequeñas heridas
Gran pasión solías tomar,
Y de solas las señales
Te vi mil veces llorar
Lágrimas á sangre iguales;
Agora, de las mortales
No tienes ningún pesar.
Pero si de tanta herida
No le vienes á mostrar,
Por no poderme escuchar,
No te doy culpa, mi vida;
Que descanso con hablar.

MARQUÉS.

¡Oh afligido corazón,
De una voz estáis temblando!
¡Qué tristes agüeros son!
Un hombre se está quejando,
Que no bramando un león.
¡Salid, espada enseñada
Á ser destas canas nobles
Valerosamente honrada!
Aquí, al pie de aquellos robles
Suena esta voz lastimada;
Aquí cerca he visto un bulto;
Con la noche, dificulto
Ver lo que es.

VALDOVINOS.

¡Ay, triste; muero!

MARQUÉS.

Aquí yace un caballero
Por algún traidor insulto.

VALDOVINOS.

Ya de nuestra eterna ausencia
No te debo á ti culpar,
Que me hiciste resistencia;
Yo te pedí la licencia
Para mi muerte buscar.
Pues yo, señora, la hallé,
¿Á quién la culpa daré?
No á ti, que me lo estorbaste,
Y entre mis brazos lloraste
Cuando de ti me aparté.
Ya, señora, no me esperes,
Aunque te lo prometí.

MARQUÉS.

¿Qué escucho? ¡Triste de mí,
Que no conozco quién eres
Y el alma dice que sí!

VALDOVINOS.

Si viviendo me quisiste,
Muriendo, lo has de mostrar,
No en extremos, ni en llorar
El cuerpo difunto y triste,
Mas por el alma rogar.
¡Oh mi primo Montesinos,
Deshecha es la compañía
De los dos en este día!

MARQUÉS.

¡Mueve los robles y pinos,
Cuanto más el alma mía!

VALDOVINOS.

¡Oh buen paladín Roldán!
¡Oh Durandarte el galán!
¡Oh Reinaldos! ¡Oh Oliveros!
¿Cómo ignoráis, caballeros,
Que á traición muerto me han?
¡Oh Emperador noble y fuerte!
¿Cómo vengarás mi muerte?
¡Oh Carloto, que me has muerto
Por traición y en un desierto!

MARQUÉS.

Alma fatigada, advierte
Que sin duda este pesar
Que te mueve como á padre,
Bien te debe de tocar.

VALDOVINOS.

¡Oh triste Reina mi madre,
Dios te quiera consolar!
El espejo de tus ojos

Se quebró; ya mis deseos
No te causarán enojos,
Ni en las fiestas y torneos
Lamentarás mis despojos.
Solíasme aconsejar,
Y en viéndome de esa suerte,
Recelar algún pesar;
Agora, ¡triste! en la muerte
Aun no me puedes hablar.

MARQUÉS.

Ojos, ya, por edad larga,
Como antigua fuente enjutos,
Mar de pena tan amarga,
Merece grandes tributos;
Llorad, que el dolor se alarga;
Que este afecto natural
Pronostica un grande mal
Y una desdichada suerte.

VALDOVINOS.

No me pesa de mi muerte,
Pues es cosa natural,
Mas por morir inocente,
Y en lugar donde jamás
Sabrá mi muerte la gente.
¡Oh buen Marqués! ¿Dónde estás?
¡Quién te tuviera presente!
¡Qué nueva tan dolorosa
De mi muerte y mi desdicha
Te dieran, á ser famosa!
Pero no saberla, es dicha
Tuya y de mi triste esposa.
Hicísteme tu heredero;
Mas ya que primero muero,
Por fuerza habrás de heredarme.

MARQUÉS.

Hablarle quiero y llegarme.
¿Qué mal tenéis, caballero?
¿Son heridas, ú otro mal?
Poned aquí la cabeza.

VALDOVINOS.

¡Oh mi criado leal,
Aliviado has la tristeza
De mi congoja mortal!
¿Tráesme acaso confesor?

MARQUÉS.

Yo no soy vuestro criado;
Pero soy un cazador
Que por este despoblado
Vine buscando un azor.
Decidme el mal que tenéis.

VALDOVINOS.

Ya el mal con la vida lucha.

MARQUÉS.

Habladme, no os desmayéis.

VALDOVINOS.

¡Oh buen caballero, escucha!

MARQUÉS.

En mis brazos hablaréis.

VALDOVINOS.

Muchas mercedes, amigo,
Por el amor que me muestras:
Mi mal es mortal; la causa,
Es de otro Abel la inocencia.
Veintidós heridas tengo,
Cada cual mortal y fiera,
Y el mayor dolor que paso
Es morir en esta selva,
Donde parece imposible
Que mi desdicha se sepa,
Porque me han muerto á traición
Unas manos y una lengua:
La lengua, con el consejo;
Las manos, con la soberbia.
Á lo demás que decís,
Os quiero dar por respuesta
Que á mí llaman Valdovinos,
El franco en la paz y guerra.
Hijo soy del Rey de Dacia,
De Carlos deudo muy cerca,
Y uno de los doce Pares
Que comen pan á su mesa.
La reina doña Ermelina
Fué mi madre, de quien era
Hermano el Marqués de Mantua,
Que yo heredé y él me hereda.
Sevilla fué mi mujer,
Hija del Rey de Sansueña.
Carloto, Delfín de Francia,
Me dió la muerte por ella.
Si á París vais, caballero,
Llevad á Carlos la nueva;
Y si no, á Mantua, que en Mantua
Habrá quien os lo agradezca.

MARQUÉS.

¿Es aquesto verdad? ¿Son desatinos
De la imaginación? Con este paño,
Limpiarle quiero el rostro á Valdovinos.
¡De mi muerte y la tuya desengaño!
¡Ay, ojos de otro Abel, de llorar dinos,
De un viejo Adán, cual yo, que de un extraño
Caín tenéis las luces eclipsadas!
¡Ay, dulces prendas, por mi mal halladas!
¡Canas desventuradas, que vivistes
Para llegar á tanta desventura,
Salid, salid, que de mis ojos tristes
El agua os riega para dar blandura!
¡Quien mucho vive, como ya supistes,
Á mucho mal se obliga y aventura!
¡Limpiad su sangre, canas desdichadas!
¡Ay, dulces prendas, por mi mal halladas!

VALDOVINOS.

¿Quién sois, señor, que ansí lloráis mi muerte?

MARQUÉS.

Soy el Marqués de Mantua.

VALDOVINOS.

¡Oh, mi buen tío,
Déjame alzar el rostro para verte!

MARQUÉS.

¡Ya no me podrás ver, verás un río!

VALDOVINOS.

¡Dame esas manos, tenme desta suerte!
¡Tenme, tócame, abrázame!

MARQUÉS.

¡Hijo mío,
Ya de mis canas tanta parte baja
Sobre ti, que te sirven de mortaja!

VALDOVINOS.

¡Ponme las manos sobre aquesta boca,
Que su olor me podrá dar nuevo aliento;
Y el alma, que ya sale, si las toca,
Se volverá á vivir en su aposento!
¡Esa mortaja, tío, sea más poca;
Que ya en aquel llorado apartamiento
Me dió mi esposa, en esta aljuba triste,
Mortaja que mi muerto cuerpo viste!
¡No llores! ¡Por tu vida, háblame agora;
Que, como hijo de leona muerto,
Vivo al bramido de tu voz sonora!

MARQUÉS.

Ahogarte pienso en lágrimas cubierto:
La romana costumbre se mejora,
Que de leña cubriendo el cuerpo yerto,
Por honra extrema le quemaban luego,
Y aquí son canas y agua, leña y fuego.

VALDOVINOS

Encomiéndoos, señor, mi amada esposa,
Que no poder hablarla es lo que siento;
Que aunque me quiso bien, es moza hermosa,
Y cenizas de muerto danse al viento.
No la goce Carloto.

MARQUÉS.

¡Oh indigna cosa
De un amoroso y noble pensamiento!
¡Carloto morirá; que si en el suelo
Falta justicia, rayos tiene el cielo!
Si oyera un muerto, de mi estruendo bélico
Presto oyeras el són; mas de mi ánimo
Oirás la fama sobre el coro angélico;
Que no soy, aunque viejo, pusilánimo.
Dame desde tu asiento favor célico
Para que supla el corazón magnánimo
Las fuerzas del espíritu decrépito,
Entre las armas y el confuso estrépito.

Salen el ermitaño y Marcelo.

ERMITAÑO.

¿Aquí decís que quedó?

MARCELO.

Aquí palpitando estaba.

MARQUÉS.

Ya el buen confesor llegó.

VALDOVINOS.

Bien muere el que en Dios acaba;
Ya muero contento yo.
¡Padre! ¡Ah, padre!

ERMITAÑO.

¡Hijo mío!

VALDOVINOS.

Dadme lugar, señor tío,
Y oidme vos.

ERMITAÑO.

Sí haré.

VALDOVINOS.

Poco ha que me confesé.

ERMITAÑO.

¡Brava fe, cristiano brío!

MARCELO.

Era un ángel.

MARQUÉS.

¡Ay, Marcelo!

Déle un crucifijo.

ERMITAÑO.

Tomad, señor, en las manos
Este Dios-Hombre que al cielo
Subió los hombros humanos,
Por su Pasión, desde el suelo.
Aquesta cruz fué la escala
De Jacob, y éste, más puro
Que el ángel, pues no le iguala,
Hizo el camino seguro.

MARQUÉS.

¡Cómo en la cruz se regala!

MARCELO.

Tiene extraña devoción.

ERMITAÑO.

Esta escala es confianza
De su sangre y su Pasión;
Que por darnos esperanza
Subió por ella un ladrón.
Decid con ternura aquí
Vuestras culpas.

VALDOVINOS.

Padre, oí.

MARQUÉS.

¿Qué sabes desto, Marcelo?

MARCELO.

Oye, señor, y dirélo
Mientras se confiesa.

MARQUÉS.

Di.

MARCELO.

Estando dentro en París,
De Carlos famosa corte,
Don Carloto á Valdovinos
Envió á llamar una noche.
Hablaron en gran secreto
Al tiempo que el sol se pone
En el ocaso, cubierto
De nubes y de arreboles.
Se armaron de todas armas,
Espaldar y peto doble,
Manoplas y guardabrazos,
Escarcelas y quijotes.
Con espadas de á caballo,
Y caballos españoles
Con riendas y sillas de ante,
Y acerados los arzones,
Salieron por San Francisco,
Entre las diez y las once,
Llenos de malos agüeros
Y no buenas intenciones.

Cantaban funestos buhos
De San Dionís en las torres,
Y los caballos, sin causa,
Daban relinchos y coces.
Cayósele una loriga
Á Valdovinos entonces,
Sin verlo, porque llevaba
Puesto una aljuba de monte.
Al salir de la ciudad,
Junto á la puerta de Londres,
Desatinado el caballo,
Dió con la frente en un poste.
Salimos al fin, mostrando
De sucesos tan enormes
Alegres los rostros, tristes
Y falsos los corazones.
Caminamos quince días,
No perezosos ni torpes,
Hasta que ayer allegamos
Á la entrada deste bosque.
Carloto llevaba un paje,
Pienso que era Celio el nombre;
Valdovinos á mí solo,
Solo, desarmado y pobre.
Hicieron que me quedase,
Dejélos ir y pesóme;
Que ya el alma se temía
Del autor destas traiciones.
Estando rendido al sueño
Sentí pasar unos hombres,
El uno sobre una yegua,
Y los dos en dos frisones.
El cuarto, que era Carloto,
Lleno de sangre y disforme,
Conocíle por las armas,
Harto más que el dueño nobles.
Busqué luego á Valdovinos,
Y al eco de tristes voces,
Le vi tendido en la yerba
Entre estos pinos y robles.
Fuí á llamar un confesor
Por el peligro que corre
El alma en esta jornada;
Dios á una ermita inclinóme.
Hallé en ella un hombre santo,
Y, como ves, sacerdote;
Trájele, y halléte aquí
Para que su muerte llores.

ERMITAÑO.

Ánimo, señor.

MARQUÉS.

¡Ya expira!

ERMITAÑO.

¡Jesús mil veces, señor!

MARQUÉS.

¡Hijo!

VALDOVINOS.

¡Tío!

MARQUÉS.

Aquí el valor
De quien eres muestra y mira.

VALDOVINOS.

Á mi madre os encomiendo,
Y á mi esposa consolalda,
Y á don Roldán y á don Alda
Diréis.....

MARQUÉS.

Basta; ya lo entiendo.

VALDOVINOS.

Adiós, adiós, mi buen tío;
Dadme vuestra bendición,
Que el alma, desta prisión.....

MARQUÉS.

Dios te bendiga, hijo mío.
¡Ay, padre, que me desmayo!

ERMITAÑO.

Ánimo, señor. ¿Qué es esto?

MARQUÉS.

¡Sobre quien así te ha puesto,
Descienda del cielo un rayo!

VALDOVINOS.

Ponedme bien esa cruz.
Tío, adiós; Marcelo, adiós;
Padre, adiós.

ERMITAÑO.

Vaya con vos.

VALDOVINOS.

¡Buen Jesús!

ERMITAÑO.

Él sea tu luz.

VALDOVINOS.

¡Virgen, el alma os entrego!
¡María, valedme agora!
¡Jesús, divina Señora!

ERMITAÑO.

¡Expiró!

MARCELO.

¡Muerto es!

MARQUÉS.

¡Yo ciego!
¡Reviente mi corazón,
Salga el alma dando aullidos,
Haciendo en esta ocasión
Todos los cinco sentidos
Consonancia á mi pasión!
Menos de morir se salva
El lirio que nace al alba,
Que el roble caduco y viejo;
Quebróse, mozo, tu espejo,
Y quedó mi barba y calva.
¡Pagarme, canas, tenéis
El haber vivido tanto!

ERMITAÑO.

Paso, señor: ¿eso hacéis
Vos, señor, que sabéis tanto?
¿Tanto al Señor ofendéis?

MARQUÉS.

Si muriera en una lid,
Bien fuera, padre, razón;
Pero á traición, á traición.....

ERMITAÑO.

¿No trajeron á David,

Muerto á su hijo Absalón?

MARQUÉS.

Y él, ¿no lloró?

ERMITAÑO.

Sí, mas fué
Con un valiente sufrir,
No como el que en vos se ve.

MARQUÉS.

Pues dejadme maldecir
Los montes de Gelboé.

ERMITAÑO.

Á Jacob, ¿no le trajeron
De Joseph sangre y camisa
Hermanos que le vendieron?

MARQUÉS.

Pues ese ejemplo me avisa
Á hacer lo que ellos hicieron.

ERMITAÑO.

Di lo que Jacob decía.

MARQUÉS.

Digo que una vil serpiente
Me ha devorado este día
Aquel Joseph inocente
Que es sangre del alma mía.
¡Oh Abel, que mis ojos, dinos
Son de tu muerte cruel,
Pues llorar son desatinos,
Joseph, Absalón y Abel,
Hijo, sangre y Valdovinos!
¿Qué tierra es ésta?

ERMITAÑO.

Es, señor,
La floresta sin ventura,
Nombre conforme al rigor;
Hasta Mantua, esta espesura
Apenas tiene un pastor.
Pero este cuerpo podremos
Llevar á mi ermita.

MARQUÉS.

Vamos.

ERMITAÑO.

Desde allí le llevaremos.
Á Milán.

MARQUÉS.

Tenelde, entramos.

ERMITAÑO.

No hagáis, viejo noble, extremos.

MARQUÉS.

No le llevo porque, junto
Mi cuerpo al suyo, difunto,
Haré que caiga con él.

ERMITAÑO.

Pues, señor, desviaos dél,
Si es que os desmayáis, al punto.

MARQUÉS.

Que yo te llevara creas,
Honor de francesas lises,
Mas fueran hazañas feas;
Que eres mozo para Anquises,
Y soy viejo para Eneas.
Mas yo hago juramento
Á los Evangelios cuatro
Que de Dios-Hombre escribieron
Juan y Lucas, Mateo y Marcos,
De no comer á la mesa
Pan sobre manteles blancos,
Dormir en cama desnuda,
Ni entrar jamás en poblado,
Desnudar armas, y luto,
Cortarme el cabello largo,
Desceñirme aquesta espada,
Ni salir jamás al campo,
Ora cubra el frío Enero
Ó los principios de Marzo,
De nieve los altos montes,
De escarcha los verdes llanos,
Ora el abrasado Julio
Despida del cielo rayos,
Volviendo en seca ceniza
Las aristas de los prados,
Hasta vengar, Valdovinos,
La muerte que lloro tanto,
Ó por justicia, ó por armas
Si falta justicia en Carlos.
Doy esta palabra al cielo,
Á tu sangre, á tus abrazos,
Á tu madre y á tu esposa,
Amigos, deudos, vasallos,
Y de no dar sepultura
Á tu cuerpo desdichado
Hasta vengar en Caín
La sangre de Abel tan santo.

ACTO TERCERO.

Salen el Emperador, D. Roldán, Carloto, Rodulfo, Durandarte, Oliveros y Galalón.

EMPERADOR.

Sea venido en buen hora,
Y el Duque también.

ROLDÁN.

Sospecho
Que no es de mucho provecho
Su buena venida agora.

EMPERADOR.

Días ha que no venía
El de Irlos á nuestra corte.

ROLDÁN.

Yo aseguro que no importe
Lo que otras veces solía.

EMPERADOR.

Sospechas, Conde, me dais
De que hay algún mal suceso.

ROLDÁN.

No sabré decir en eso

Si la verdad sospecháis.

EMPERADOR.

¿Qué es esto que á mis espaldas
Todos murmuran?

ROLDÁN.

No sé.

EMPERADOR.

¿Por qué lo encubrís, por qué?
Si son malas nuevas, daldas;
Que no es nuevo para mí
Resistir á la fortuna.

ROLDÁN.

No sé yo nueva ninguna:
Tus hijos están aquí;
Carloto y Rodulfo, tienen
Salud.

EMPERADOR.

¿Qué es esto? ¿He perdido
Alguna tierra? ¿Han surgido
Naves, que de África vienen,
En alguna playa mía,
En algún puerto francés,
En la Rochela ó Calés?
¿Qué hay de España? ¿Qué hay de Hungría?
De color estáis mudados:
¿No me diréis la razón?
¿Hay alguna rebelión
En mis provincias y Estados?
¿Qué suspensión es aquésta?
Sin duda, el suceso es grave.

CARLOTO.

Ninguno, señor, lo sabe,
Pues nadie te da respuesta;
Sin duda, no es de importancia.

EMPERADOR.

Pues ¿hicieran sentimiento
Con más encarecimiento
Si hubiera perdido á Francia?
Roldán amigo, Oliveros,
Decidme lo que hay.

OLIVEROS.

Señor,
Verdad es que anda rumor
Entre algunos caballeros,
Mas nadie dice lo que es.

Sale un paje.

PAJE.

El de Irlos y el de Alansón
Piden licencia.

ROLDÁN.

Es razón
Que esta licencia les des;
Que ellos sabrán el suceso
Ó le vienen á contar.

EMPERADOR.

La puerta les puedes dar.

CARLOTO.

Que me arrepiento confieso
De haber muerto á Valdovinos.

ROLDÁN.

¿Qué estás temiendo, Carloto?

CARLOTO.

La causa deste alboroto,
Que ha de causar desatinos.
Tú verás en lo que pára.

ROLDÁN.

¿Qué ha de parar? Aquí estoy.

CARLOTO.

¡Oh primo, tu sangre soy,
Mis desatinos repara!

ROLDÁN.

¡Qué triste está Galalón!

CARLOTO.

Pues ¿no quieres que lo esté,
Si él, como lo es siempre, fué
El autor desta traición?

GALALÓN.

El de Irlos viene á la corte;
No me agrada su venida.

ROLDÁN.

Segura tienes la vida;
¿Qué has de perder que te importe?
Destierro ó prisión no es nada.

PAJE.

Duque y Conde están aquí.

Salen el Conde de Irlos y el Duque de Alansón, con luto.

CONDE.

Danos tus pies.

EMPERADOR.

¡Ay de mí!
¿Luto, Conde? No me agrada.

DUQUE.

Danos, gran señor, las manos.

EMPERADOR.

Alzaos del suelo primero.

CONDE.

¡Oh Rey noble y justiciero,
Sangre y valor de romanos,
Como un Clodoveo santo,
Tu divino antecesor!

EMPERADOR.

¿Mi justicia y mi valor,
Conde, agora ensalzáis tanto?
Por algo debe de ser.
¿Dónde, amigo, habéis estado?

CARLOTO.

El color se me ha mudado,
Roldán.

ROLDÁN.

Calla y deja hacer.

EMPERADOR.

¿Venís del mar, por ventura,
Como otras veces soléis?
¿Qué conquista agora hacéis?

CONDE.

Todo es, señor, paz segura,
Y aun en la segura paz

Se temen falsos amigos,
Más que en África enemigos.

ROLDÁN.

Por ti lo dice, rapaz.

CONDE.

En Italia hemos estado,
Y en Mantua, con el Marqués,
Y dél la embajada es,
Que para ti nos la ha dado;
Manda que se salgan fuera,
Sólo aquí quede Roldán.

EMPERADOR.

Cuantos en la sala están
Se salgan.

ROLDÁN.

Carloto, espera;
Que en mí tienes un francés.

CARLOTO.

En el corredor aguardo.
¡Ah, Galalón, vil bastardo;
En efeto, magancés!

GALALÓN.

¡Embajada, y sin jüeces!
En mal andáis, Galalón;
Mas yo os pondré corazón
En los pies, como otras veces.

EMPERADOR.

Cerrad esa puerta.

ROLDÁN.

Harélo.

EMPERADOR.

Quedemos los cuatro solos.

CONDE.

Como en sus ejes y polos
Se afirma y sustenta el cielo,
Ansí, en justicia y verdad,
El reino y valor de un Rey.

DUQUE.

Común ha de ser la ley.

CONDE

Señor, licencia me dad:
Vasallo, señor, soy vuestro,
De Francia soy natural;
No os enojéis si hablo mal,
Que sois Rey y amparo nuestro,

EMPERADOR.

Decid, Conde, qué queréis;
Que al amigo y enemigo,
Á escuchar igual me obligo:
Hablad, y no os receléis;
Que por amistad guardar,
Al amigo siempre escucho,
Y al enemigo, por mucho
Que dél me puedo avisar.

CONDE.

Seguro en esa palabra,
Sabed, gran señor, que vengo
Sólo á demandar justicia
De Carloto, el hijo vuestro,
Que al infante Valdovinos,
Con engañoso concierto,
Mató en las sierras de Ardenia
Con otros dos caballeros,
Por casarse con su esposa,
Que no por agravios hechos;
Que si por agravios fuera,
Justamente fuera muerto.
Deste delito se quejan,
Con lágrimas y con ruegos,
Muchos hombres de linaje,
Que son sus padres y deudos.
El Marqués Danés de Urgel,
Señor, se queja el primero,
Que es de la reina Ermelina
Hermano, y tío del muerto.
Hallóle en un bosque herido,
En cuyos brazos, muriendo,
Le contó la triste historia
Y lamentable suceso.
También el Maestre de Rodas,
Del Marqués primo, á los cielos
Y á vos se queja, buen Carlos,
De ese valor satisfecho.
También de Baviera el Duque,
De Valdovinos abuelo,
Porque es padre de su madre,
Justicia os está pidiendo.
El Rey de Sansueña, Zaro,
Noble, aunque alarbe soberbio,
Por ser padre de Sevilla,
Y Valdovinos su yerno.
Sin éstos, invicto Carlos,
Otros muchos caballeros,
Los unos por amistad,
Los otros por parentesco.
Sobre todos, Ermelina,
Su madre, y todos diciendo
Que se partirán de Francia
Y pasarán á otros reinos,
Si no les guardas justicia
Conforme á ley y derecho,
Amparándolos en ella
Como cabeza y gobierno.
Él es caso abominable;
Pero mira al Padre inmenso
Que no perdonó á su Hijo,
Siendo inocente Cordero,
Y el tuyo es hombre culpado
Por el más notable yerro
Que han escrito y visto agora
Los antiguos y modernos.
Acuérdate de Trajano
Y del castigo estupendo
Que hizo en el hijo propio,
Para dejarnos ejemplo.
Guarda no te culpe el mundo,
De quien eres claro espejo;
Que por eso al Rey le dan
Una espada con el cetro.
Respóndenos, gran señor,
Y partiremos con esto
Adonde el Marqués aguarda

Triste, afligido y suspenso.

ROLDÁN.

¡Qué suspenso que ha escuchado,
La mano en la barba asida!
Temo, Príncipe, tu vida,
Pero moriré á tu lado.

EMPERADOR.

Si lo que habéis dicho, Conde,
Es verdad, yo más quisiera
Que mi hijo el muerto fuera,
Y á mayor piedad responde.
El morir es una cosa
Natural al que es mortal,
Mas la memoria del mal
Hace la muerte afrentosa.
Del que muere con afrenta,
La muerte, muerte se llama;
Que el muerto con buena fama,
La vida pasada aumenta.
Decidle, Conde, al Marqués
Y á cuantos con él están,
Que en mi justicia verán
Si es Carlos padre y Rey es;
Que yo dejaré un ejemplo
De quien soy, que al mundo espante,
Y que á Trajano adelante
Y á cuantos con él contemplo.
Venga á hacer esto verdad,
Forme querella á su instancia,
Como es costumbre de Francia,
Usada de antigüedad;
Que haré justicia sin daño,
Así al pobre como al rico,
Así al grande como al chico,
Al propio como al extraño.
Yo dejaré tal memoria,
Puesto que mi hijo sea,
Que escrita en sangre se lea
En largos siglos mi historia.

DUQUE.

Dadnos, señor, esas manos,
Ó los pies, que es más razón.

EMPERADOR.

Esto, Duque de Alansón,
Hacen los Reyes cristianos.

DUQUE.

Siempre, señor, se ha tenido
De tu valor confianza,
Que por mantener justicia,
Tu sangre no perdonaras.
El caso es grave, y no es justo
Que juzgues tu propia causa,
Aunque tan cristiano Rey,
Mayor justicia guardara.
Y ansí, el Marqués te suplica
Que, porque él juró en un ara
Que no ha de entrar en poblado
Mientras justicia no alcanza.
Y porque él mismo ha de ser
Quien en el campo, y no en salas,
Proponga la acusación
Desta querella y demanda,
No quieras estar presente
Á la sentencia; que basta
Nombrar caballeros nobles,
Según costumbre de Francia,
Y que los que tú nombrares,
Firme juramento hagan
Que administrarán justicia
Guardando verdad sin falta;
Y que en el campo señales
Dónde las partes entrambas,
Por ejecución final,
Respondan y satisfagan;
Y porque el Marqués trae gente
Para su defensa y guarda,
Y entre ellos viene Reinaldos,
Que ofende el Conde de Brava,
Pide que le des seguro;
Que ya han partido de Mantua,
Y de París vienen cerca,
Fiados en tu palabra.

EMPERADOR.

Esa doy, y el Marqués venga
De guerra ó paz, á su gusto;
Que mi amparo en esto, es justo
Que desde agora le tenga.
Este anillo os doy en fe;
Nombrad vosotros jüeces.

ROLDÁN.

Á mucho, señor, te ofreces.

EMPERADOR.

Todo esto y más cumpliré.

ROLDÁN.

Señor.....

EMPERADOR.

No me digáis nada.

ROLDÁN.

Oye.

EMPERADOR.

No me repliquéis.

Sevilla, dentro.

SEVILLA.

¿Á mi justicia tenéis,
Señor, la puerta cerrada?

EMPERADOR.

¿Qué es eso?

CONDE.

Sevilla es.

EMPERADOR.

Abrid.

CONDE.

Entrad sin temor.

Sale Sevilla, de viuda.

SEVILLA.

Dadme vuestros pies, señor.

EMPERADOR.

Dejad, Infanta, mis pies.

SEVILLA.

Invicto Emperador, que mil naciones
Llaman con justa causa Carlomano,
No porque de tus lises los pendones
Ha visto el fiero bárbaro Africano;
No porque en la ciudad santa los pones,
Donde el sepulcro está de Dios humano,
Sino por la grandeza de tu pecho,
Á quien el ancho mundo viene estrecho:
Si porque yo soy bárbara y nacida
De padre moro, ¿es justo que me quiten
Á Valdovinos á traición la vida,
Porque mi fama y honra soliciten?
Esa ley tan cruel y aborrecida,
¿Qué bárbaros, qué moros la permiten?
Y si se sufre cosa tan tirana,
¿Qué dirá quien me vió volver cristiana?
Si aquí puede quedar su autor bienquisto,
¿En que difieren el que nombre toma
De la ley, Evangelio y fe de Cristo,
Al que sigue los pasos de Mahoma?
¿En qué Egipto, en que Scitia el mundo ha visto,
Adonde el indio carne humana coma,
Que un hombre, sea el que fuere, hombre atre- [vido,
Por gozar la mujer mate al marido?
Aquí te aguarda el mundo, en confianza;
Del justo peso, nunca falso ó roto:
Valdovinos ocupa una balanza,
Y otra tu hijo el príncipe Carloto;
Su sangre pide á Dios y á ti venganza,
Y desde Francia al Indio más remoto
Te piden que castigues su malicia:
¡Justicia, gran señor; señor, justicia!

EMPERADOR.

¡Que esto tengo de ver y escuchar esto!
¡Oh mal hijo, cruel! Conde, llevalda;
Que yo le nombraré jüeces presto.

CONDE.

Vamos, señora.

EMPERADOR.

Duque, consolalda.

SEVILLA.

Señor.....

EMPERADOR.

Basta, no más; ya estoy dispuesto
Á hacer justicia.

ROLDÁN.

Conde, con don Alda
Podéis llevarla.

EMPERADOR.

Vamos.

SEVILLA.

Si en el suelo
Justicia falta, Dios está en el cielo.

Vanse Sevilla, el Conde y el Duque.

EMPERADOR.

¿Que os parece, Roldán?

ROLDÁN.

Cuando esto sea,
Prender basta á Carloto.

EMPERADOR.

¡Bueno es eso!
Nadie, si es cierto, en mi clemencia crea
Que me he de contentar con verle preso.

Carloto, dentro.

CARLOTO.

¿Á eso vino el Conde?

EMPERADOR.

Haré que vea
Lo más noble de Francia su proceso.

CARLOTO.

Dejadme entrar; que hablarle me conviene.

ROLDÁN.

Carloto es éste.

EMPERADOR.

Y ¿cómo á hablarme viene?

CARLOTO.

Si de tu cara es digno el que engendraste,
Y de tus ojos á quien sangre diste,
Y de tu voz el hijo que formaste,
Y de tus pies el que á tu forma hiciste;
Si de tus manos..... ¡Cómo, señor! ¿Vaste?

Vuelva las espaldas.

¡Cómo, señor! ¿La espalda me volviste?
Pues para mí, señor, como el dios Jano,
Todo eres padre, y todo Carlomano.
¿No me oirás, señor?

ROLDÁN.

Carloto amigo,
El Rey no es tu jüez, y es padre airado;
Á nombrallos se parte, y yo querría
Ser uno dellos, que te importa.

CARLOTO.

Parte,
Y haz de suerte que en esa grave junta,
Por lo menos, presidas.

ROLDÁN.

Si eso puedo,
Á todo pierde el miedo, todo es nada,
Y á todo tienes de Roldán la espada.

Vase.

CARLOTO.

¡Amor fiero, inventor de desventuras,
Buen fin has dado á tantos desatinos!
¿Quién entre dioses altos y divinos
Puso tu nombre, hazañas y locuras?
¡Oh frágiles y humanas hermosuras!
Por unos ojos bárbaros é indinos
Maté como traidor á Valdovinos,
Bañando en sangre mis entrañas duras.
¡Oh amor, cubierto con fingida capa,
Qué amargo acíbar, qué lloroso infierno
Tu primero deleite cubre y tapa!
¡Oh gustos de la tierra, sin gobierno,

Que dais al alma, cuando el cuerpo escapa,
La gloria breve y el tormento eterno!

Salen Oliveros, Durandarte, Montesinos
y gente de criados.

OLIVEROS.
Vengan á lo que vinieren
El de Irlos y el de Alansón.

CARLOTO.
Éstos no muestran pasión.

MONTESINOS.
Juzgar cierto pleito quieren.

OLIVEROS.
¡Carloto!

CARLOTO.
¡Amigo Oliveros!
¿De qué el mundo se alborota?

OLIVEROS.
De jugar á la pelota
Yo y aquestos caballeros.

CARLOTO.
¿Á la pelota?

OLIVEROS.
¡Pues no!
Á hacer venimos partido,

CARLOTO.
Pues todo aquese rüido
¿En qué paró?

OLIVEROS.
¿Qué sé yo?
Si es negocio contra ti,
Todos nos reímos dél.

CARLOTO.
¡Oh amigo sabio y fïel,
Consolado me has ansí!
De miedo estaba perdido,
Sin tener de sangre gota.

OLIVEROS.
¿Quieres jugar la pelota?
Haremos nuevo partido.

CARLOTO.
¡Por Dios, que estoy por jugar,
Que esto es negocio de risa!

MONTESINOS.
Ponte, Príncipe, en camisa;
Que nadie te ha de agraviar.

CARLOTO.
¿Qué partido jugaremos?

DURANDARTE.
Yo y Carloto, á Montesinos
Y á Oliveros.

MONTESINOS.
¿Qué padrinos
Para ayudar tomaremos?

DURANDARTE.
Basta ahora dos á dos.

OLIVEROS.
Traigan pelotas y palas,
Y retumben esas salas
Con los golpes.

CARLOTO.
¡Bien, por Dios!
Los brazos te quiero dar.

OLIVEROS.
Desnúdate.

CARLOTO.
Ya comienzo.
Dios sabe lo que me venzo
Por poder disimular. (Aparte.)

OLIVEROS.
Muestra la capa y la espada,
Y la ropilla te quita.

DURANDARTE.
Ya por ganaros me incita
La mano, á la pala usada.

MONTESINOS.
¿Quién saca?

OLIVEROS.
Yo y Durandarte.

DURANDARTE.
Yo, mejor vuelvo que saco;
Siempre de puñada saco
En calle y en cualquier parte;
Probaré en el corredor.
¿Qué es el tanto?

MONTESINOS.
Diez escudos.

CARLOTO.
Ea, ya estamos desnudos:
Pelotas.

OLIVEROS.
Paso, señor.

CARLOTO.
¿Cómo paso?

OLIVEROS.
Date preso;
Que así á tu padre le agrada.

CARLOTO.
Y ¿quitásteme la espada,
Oliveros, para eso?

OLIVEROS.
Temí tu cólera fiera,
Y agora pido perdón.

CARLOTO.
Oliveros, no es razón
Prenderme desta manera.

OLIVEROS.
Denle al Príncipe una capa,
Y vamos luego de aquí.

CARLOTO.
¡Prenderme, prenderme á mí!

OLIVEROS.
Nadie de prisión se escapa
Como tenga superior,
Y el que no, tiene enemigo.

CARLOTO.
Basta, Oliveros amigo;
Que eres á tu Rey traidor.

OLIVEROS.
Fïel soy al Rey que tengo,
Y amigo tuyo, ¡por Dios!

CARLOTO.
Vámonos juntos los dos.

OLIVEROS.
Vé, señor.

CARLOTO.
Ven, pues.

OLIVEROS.
Ya vengo.
¡Ah de la guarda!

DURANDARTE.
Aquí están
Prevenidos cien soldados.

CARLOTO.
¡Amigos tengo extremados!
Paje, dile esto á Roldán.

Vanse.

Salen Reinaldos y dos criados, con una tienda negra.

REINALDOS.
En las riberas deste fresco río,
Pues en poblado no es posible que éntre,
Respeto del solene juramento,
Pienso que podrá bien aposentarse.
Fijad aquesa tienda negra y triste,
En que de Valdovinos esté el cuerpo;
Que ya suenan los roncos atambores,
Y del noble Marqués la gente viene.

Toquen cajas, y salgan con luto, y un hombre con una bandera negra arrastrando, y en el medio el ataúd de Valdovinos, armado, y el Marqués detrás.

MARQUÉS.
Meted ese ataúd en esa tienda;
Que vos, amado hijo don Reinaldos,
Sabed que hemos tenido buenas nuevas
De la justicia que promete Carlos.

REINALDOS.
¿Qué menos se esperó de tan gran Príncipe?

MARQUÉS.
Las cajas suenan, y el de Irlos viene.

REINALDOS.
Con él viene, señor, de tu sobrino
La triste esposa.

MARQUÉS.
¡Oh lastimoso caso!

REINALDOS.
Ya llegan; bien podrás salir al paso.

Salen el Conde y Sevilla.

SEVILLA.
Á los pies que deseo
Han llegado mis brazos,
Padre del alma mía.

MARQUÉS.
¡Tristes ojos,
Esto sólo os faltaba!
Hija y sobrina mía,
Alzaos del suelo ó pisaréis mis lágrimas;
Y aunque mis canas diga,
Puede ser que no mienta.
¡Echaos en estos brazos!

CONDE.
¡Y desmayóse en ellos!

MARQUÉS.
¡Oh retrato del muerto Valdovinos!
Aquél muerto, éste vivo,
No sé de cuál mayor dolor recibo.
Entonces tuve el cuerpo,
Agora tengo el alma,
Que sé yo que lo fué del cuerpo suyo;
Aquél, de hierro herido;
Ésta, de pena fiera,
Que más duele una pena que una herida.

SEVILLA.
¿Adónde está mi esposo?

CONDE.
En sí volvió.

SEVILLA.
¡Que estuvo
En estos brazos muerto,
Y que yo en ellos viva!
Decir puede que soy bárbara en todo;
Que á quien tal desventura
No mata, no es mujer, es piedra dura.
Señor, yo sé que el cuerpo
De aquel alma dichosa,
Cuya inocencia las estrellas pisa,
Viene con vos agora,
Conforme al juramento;
Dejadme, si es posible, que le vea.
Caigan sobre su sangre
Estas piadosas lágrimas,
Vuelva yo á ver su rostro,
Llegue á su boca el mío,
No se me niegue su postrer abrazo;
Que es bien que me despida
En muerte de quien fuí la media vida.

MARQUÉS.
Aunque es hecho inhumano,
Negároslo no es justo.

SEVILLA.
¡Oh verdadero padre y señor mío!
¡Oh cama regalada
Donde murió mi vida!
¡Oh brazos desde donde salió el alma
Que me llevó la mía!
Decidme, noble padre,
¿Qué dijo de su esposa?
¿Acordábase della?

MARQUÉS.
Ese fué su dolor, que no su muerte;
Esa su pena fiera,
Su testamento y voluntad postrera.
Arrancándose el alma
De la prisión del cuerpo,
Mil veces repitiendo el nombre tuyo,
Me encomendó tu vida,
Y que no te gozase
El matador de la inocente suya.
Y allí, los ojos puestos

En el difunto Cristo,
En una cruz clavado,
Rindió el postrero aliento;
Mas ésas no son cosas que permiten
Vida ni sufrimiento.

SEVILLA.

Antes detiene el alma un gran tormento.

MARQUÉS.

Reinaldos valeroso,
Llevalda á nuestra tienda
Y haced de suerte que no vea el cuerpo.

REINALDOS.

Vamos, hermosa Infanta,
Descansaréis un poco.

SEVILLA.

Vamos; que si es morir, descansaremos.

Váyanse Sevilla y Reinaldos.

MARQUÉS.

Decid, Conde, ¿qué dice
De mi desdicha Carlos?

CONDE.

Ha hecho como Príncipe
Magnánimo y cristiano,
Y con notable ejemplo te promete
De su hijo venganza.

MARQUÉS.

Cumplió, como quien era, mi esperanza.

CONDE.

Nombráronse jüeces,
Y estáse viendo el pleito
En medio un campo, como tú pediste.

MARQUÉS.

Y ¿quién son los nombrados
Para acusar al reo?

CONDE.

Quedaba el Duque solo con lo escrito
De las probanzas hechas.
Era el jüez primero
Dardín Dardeña, noble,
Con el Conde de Flandes,
El Duque de Borgoña y don Grimalte,
Don Beltrán, el más viejo,
Y Galalón, el que le dió el consejo;
Borbón, el Duque de Aste,
El de Foix y Reinero,
De Agramonte, y Saboya, y de Ferrara,
Condestable y Guarinos,
Sin otros caballeros.

MARQUÉS.

Razón es que me acerque, pues me importa,
Hacia sus tiendas, Conde.

CONDE.

El cetro les ha dado
Carlos, de todo punto,
Para que se administre
Justicia contra el reo, aunque es su hijo.

MARQUÉS.

Ya desde aquí la fama,
Carlos el Magno para siempre llama.

Sale Oliveros con dos guardas, Leonardo y Plácido.

OLIVEROS.

¿Con tan buen semblante está?

LEONARDO.

Poco dicen que lo siente,
Que se ve el proceso ya.

OLIVEROS.

Y ¿no la sangre inocente,
Que al cielo suspiros da?

PLÁCIDO.

Es heredero; ¿qué importa?

OLIVEROS.

La justicia, en todo corta,
Que por eso así se llama.

LEONARDO.

Que le destierran es fama,
Y que el Marqués se reporta.

OLIVEROS.

¡Plega á Dios que sea ansí!
Mas Carlos es justiciero.

PLÁCIDO.

Nunca su muerte temí.

OLIVEROS.

Yo sí, que su limpio acero
Desnudo en sus ojos vi.

LEONARDO.

Dicen que llegó el Marqués.

OLIVEROS.

Desde ayer público es,
Y que viene con gran luto.

PLÁCIDO.

Aún no trae el rostro enjuto;
Ó es piedad ó es interés.

OLIVEROS.

Sea lo que fuere, estad
Alerta, y guardad la torre.

LEONARDO.

Si con milagro ó piedad
El cielo no le socorre,
Ya ni hay fuerza ni amistad.

Sale Carloto.

CARLOTO.

Pues, Oliveros amigo,
¿Qué hay de nuevo?

OLIVEROS.

Yo me obligo
Que lo sabes como yo.

CARLOTO.

Ya sé que el Marqués llegó,
Y Reinaldos, mi enemigo.

OLIVEROS.

Ninguno, señor, lo es;
Que es por deudo y cumplimiento
Todo lo que agora ves.

CARLOTO.

Vendrá muy lleno de viento,
Digo, de luto, el Marqués.
¡Oh, lo que dirá de mí!

OLIVEROS.
Dejemos de hablar en eso.
CARLOTO.
¿Date pesadumbre á ti?
OLIVEROS.
Que no me huelgo confieso.
CARLOTO.
¿Es tu deudo?
OLIVEROS.
Señor, sí;
Y juguemos ¡por tu vida!
Algún juego que esto impida.
CARLOTO.
No, Oliveros, no haré;
Que una vez con vos jugué,
Y fué traición conocida;
Y si vuelvo desta suerte,
Por aceptar vuestro ruego,
Á que el juego se concierte,
En siendo segundo juego,
Será traición de mi muerte.
OLIVEROS.
¿Ansí mis juegos temiste?
CARLOTO.
Tal lance conmigo hiciste,
Que perdí mi libertad.

Sale el Condestable.

CONDESTABLE.
Todos afuera os quedad.
OLIVEROS.
¿Quién viene?
CARLOTO.
¿Qué es esto? ¡Ay, triste!
CONDESTABLE.
Príncipe, como el valor
Sea para grandes pechos
Como es el tuyo, señor,
Y en los pequeños y estrechos
Halle aposento el temor,
Con ejemplos no es razón
Que te cante, pues que tienes
Tal valor y discreción.
CARLOTO.
Di, Condestable, ¿á qué vienes?
¿Qué es eso?
CONDESTABLE.
Lágrimas son.
CARLOTO.
Lágrimas en ti, ¿á qué efeto?
¿Qué ha salido del decreto
De los del Consejo?
CONDESTABLE.
Advierte.....
OLIVEROS.
¡Cielos, ya temo su muerte!
CONDESTABLE.
Que no puedo te prometo,
Porque un nudo á la garganta,
La voz detiene y espanta.
CARLOTO.
Léelo, ó dámelo á mí.
CONDESTABLE.
Escúchame atento.
CARLOTO.
Di;
Que no es mi flaqueza tanta.

CONDESTABLE.

Lee.

«En el nombre de Dios vivo,
Hacedor de cielo y tierra,
Y de la Virgen, su Madre,
Más limpia que las estrellas,
Nosotros, en voz de Carlos,
Nuestro Rey, Dardín Dardeña,
Reyner y el Conde de Flandes,
Que siempre verdad profesa,
El de Borgoña y Saboya,
Y los demás que á la mesa
Que llaman Redonda en Francia,
Por sangre y armas se asientan,
Todos juntos en Consejo,
Visto el proceso que prueba
El noble Marqués de Mantua,
Que es parte desta querella,
Y del príncipe Carloto
Las excusas y respuestas,
Examinado muy bien,
Sin que el derecho se pierda,
Por desigualdad en unos,
Y en los otros por grandeza,
Á Dios teniendo presente,
Y visto que es manifiesta
Ley del cielo, que el que mata
Con hierro, con hierro muera,
Y que á traición don Carloto,
En el valle de una selva,
Al infante Valdovinos
Dió, sin culpa, muerte fiera,
Según que parece claro
Por lo que él mismo confiesa,
Que le saquen, ordenamos,
De la torre, hasta la puerta
Del palacio, en cuya plaza
Está labrada una piedra,
Para tales caballeros
Y tales delitos hecha,
Donde le sea quitada
De los hombros la cabeza,
Para que á él sea castigo,
Y al mundo escarmiento sea.»
CARLOTO.
¿Es posible, Condestable?
CONDESTABLE.
Esto me mandan, señor,
Y perdonad, que el dolor
No me permite que os hable:
Un confesor os aguarda.

CARLOTO.
¿Qué es esto, padre cruel?
Mas dadme tinta y papel.
OLIVEROS.
¡Hola! Pedildo á la guarda.
CARLOTO.
¿Hay tal cosa? ¡Yo morir!
¡Que esto mi padre consienta!
Pues ¿cómo muerte y afrenta?
OLIVEROS.
Vesla aquí, si has de escribir.
CARLOTO.
Escribiré en breve suma.
OLIVEROS.
Vuelve la pluma primero;
Que mojas en el tintero
Con el cabo de la pluma.
CARLOTO.
Tienes razón; no lo vía.
CONDESTABLE.
Oliveros, ¿qué haremos?
OLIVEROS.
Para mil siglos tenemos
Ejemplo en tan triste día.
¿Que piensan ejecutar
En Carloto esta sentencia?
CONDESTABLE.
No hagas dél diferencia
Á un hombre particular.
CARLOTO.
Ya escribí, primo Oliveros;
Dad vos esto á don Roldán.
CONDESTABLE.
Ven, que esperándote están
Cuatro ancianos caballeros
Y el confesor que te digo.
CARLOTO.
¡Jesús! ¡Qué! Luego ¿es verdad?
CONDESTABLE.
No sé si ha de haber piedad
En tu padre.
CARLOTO.
Es mi enemigo;
No es mi padre; es tigre airado;
Pero no es sino piadoso,
Pues mata un hijo alevoso
Y venga un vasallo honrado.
¿Que en efecto moriré?
CONDESTABLE.
No lo dudes.
CARLOTO.
¡No es posible!
Mi padre, ¿es monte invencible?
¿No le podré hablar?
CONDESTABLE.
No sé.
CARLOTO.
¡Bien hace; déme la muerte!
Es un gran Príncipe, es Rey,
Y ejecutar esta ley
En su sangre, es hecho fuerte.
Pero ¡que me ha de matar!
¡Que, en fin, tengo de morir!
¡Que ya me mandan salir,
Y que me he de confesar!
¡Oh padre injusto, oh tirano!
CONDESTABLE.
Vamos, señor.
CARLOTO.
Mas no injusto,
Sino padre noble y justo,
Sólo en esto Carlomagno.
¿Qué grandeza fué mayor
Que matarme? Mas no creo
Que me engendró.
OLIVEROS.
Ya te veo
Que vas perdiendo el valor.
CARLOTO.
¿Si sospechó de mi madre
Que de otro padre nací,
Y se venga en esto en mí?
¡Pues, padre, tú eres mi padre!
OLIVEROS.
Templaránse sus enojos.
CARLOTO.
Tenedme todos mancilla.
OLIVEROS.
Vamos, señor.
CARLOTO.
¡Oh Sevilla,
Nunca te vieran mis ojos!

Sale D. Roldán.

ROLDÁN.
¿Esto se sufre entre cristianos reyes?
¿Esto es valor de justiciero pecho?
¿Qué villano camina tras los bueyes,
Con quien mayor crueldad se hubiera hecho?
¡Con quien hace la ley se entienden leyes,
Y de guardallas queda satisfecho
Con el hijo mayor! ¡Que desta suerte
Consienta que le den infame muerte!
¿En qué tierra Albarima, en qué Etiopia,
En qué Peloponeso ó Trapobana,
Donde comen y beben sangre propia,
Se guarda ley tan bárbara y tirana?
Quéjese el Reino, y en confusa copia
Pidan la muerte injusta é inhumana
De su heredero Rey, de su heredero;
Que yo seré su capitán primero.
Todos, deudos y amigos los jüeces,
Cobardes todos, que las santas cruces
De las banderas blancas, por mil veces
Dejaron entre moros andaluces;
Enseñados á galas y jaeces,
Encamisadas y correr con luces,
Quieren quitar á Francia un Rey valiente,
Que sus Estados y Corona aumente.
¡Villanos son, porque el que hizo el cielo,
Más hembras que dos mil Sardanapalos,

Que si rompo una lanza en este suelo,
Los echaré de su palacio á palos!

Sale Oliveros.

OLIVEROS.

Es con tanta razón tu desconsuelo,
Enseñado á privanzas y á regalos
Del Príncipe afligido, que esto es poco.

ROLDÁN.

Estoy, de pena y de coraje, loco.
¿Qué hace esa canalla vil é infame,
Que sin temblar jamás ha visto moro,
Que quiere que la sangre se derrame
De un Rey, de un mozo ilustre como un oro?
¿Quiere este nuevo Falaris que brame,
Para no le escuchar dentro del toro,
Y á Francia se nos vuelve otro Agrijento?

OLIVEROS.

Este papel me dió.

ROLDÁN.

¡Que tal consiento!

OLIVEROS.

Léele agora.

ROLDÁN.

Lea.

«Primo mío, que estimo:
Hermano, padre, amigo, amigo caro.....»
Dos veces dice amigo y una primo.
«Agora es tiempo que me des tu amparo,
No porque de mi muerte me lastimo,
Mas por la afrenta vil en que reparo.»
¿Qué leo más? Si al mundo pesa, en peso
Le sacaré de donde queda preso.

OLIVEROS.

Pienso que es tarde ya.

ROLDÁN.

Quien fuere amigo,
Ó mi vasallo en Brava y en Anglante,
Ármese como yo, siga á quien sigo;
Que á cualquiera peligro voy delante.
Y cuando nadie quiera entrar conmigo,
Yo seré desta cárcel otro Atlante,
Otro Samsón, que con su techo en brazos
Haré su fuerte máquina pedazos.
¡Sal de la vaina, fuerte Durindana,
Que agora, pues lo quiere ansí mi estrella,
Más loco estoy que por la bella indiana,
Que la amistad me pareció más bella!
¡Francesa gente que á la más cristiana
Empresa fuisteis, y á morir en ella,
Después de aquel sepulcro de Dios-Hombre,
Ésta os dará perpetua fama y nombre!
¿Así sufrís que á vuestro Rey den muerte?

Salen el Emperador, Rodulfo y gente.

EMPERADOR.

¿Qué es esto, don Roldán?

ROLDÁN.

Una injusticia.

EMPERADOR.

¿La justicia se llama desa suerte?

ROLDÁN.

¿Matar tu hijo puede ser justicia?

EMPERADOR.

Ese es valor magnánimo.

ROLDÁN.

Más fuerte
Fué de tus enemigos la malicia.
Dios te lo ha de pedir.

EMPERADOR.

Dél premio espero.

ROLDÁN.

¿Y el Reino, á quien le quitas su heredero?

EMPERADOR.

Yo hago en esto lo que al cetro debo.

ROLDÁN.

Esa es hazaña de un gentil romano.

EMPERADOR.

Pues más me toca, si ese ejemplo llevo,
Hacer justicia siendo Rey cristiano.

ROLDÁN.

¿Tan grande fué el delito de un mancebo
Ciego de amor, por quien de algún anciano
Escrito hallamos mayor mal nosotros?

EMPERADOR.

Éste me tocá á mí; Dios juzgue á esotros.

ROLDÁN.

Amigos tiene el Príncipe.

EMPERADOR.

¿Qué es esto?
¡Salíos luego de París al punto,
Y en seis años no entréis en él!

ROLDÁN.

Y es presto;
Si no me traen á París difunto,
Á no verte en mi vida voy dispuesto,
Y al escuadrón de medios hombres junto,
Y déjame á Reinaldos el villano.

EMPERADOR.

Camina luego.

ROLDÁN.

¡Ah, Rey!

EMPERADOR.

¿Qué Rey?

ROLDÁN.

¡Tirano!

Vase Roldán, dado al diablo.

EMPERADOR.

¡Por mi corona!

RODULFO.

¿Ya no le conoces?
Déjale ir.

EMPERADOR.

Á mi capilla me entro;
Que el corazón me pide algunas voces,
Y los ojos el agua que está dentro.

Vase Carlos.

RODULFO.

¿Quién ha visto sucesos tan atroces?
¡Notable de fortuna vario encuentro!
Éste ¿no es el Marqués? Él y su gente.

Salen el Marqués, Reinaldos, el de Irlos, Sevilla y gente.

MARQUÉS.

Hoy ha vengado el cielo su inocente.

REINALDOS.

Don Rodulfo está aquí.

RODULFO.

¡Oh Marqués famoso!

MARQUÉS.

¿Podré hablar, gran señor, al padre vuestro?

RODULFO.

En su capilla está triste y piadoso.

Sale un nuncio.

NUNCIO.

¡Oh gran dolor! ¡Oh triste ejemplo nuestro!

REINALDOS.

¿Qué es eso, amigo?

NUNCIO.

Un caso lastimoso,
Cual en mis ojos, hechos fuentes, muestro.

RODULFO.

¿Murió Carloto?

NUNCIO.

Oid su muerte triste.

RODULFO.

¿Qué corazón de mármol la resiste?

NUNCIO.

Convencido de su culpa
Carloto, porque no supo
Decir más de que el consejo
Fué de Galalón injusto,
Á quien buscaron las guardas,
Y quien, huyendo de algunos,
De un corredor despeñado,
Queda en un patio difunto,
Salió de esa fuerte torre,
Cubierto de negro luto,
Un crucifijo en las manos,
Que hasta agora en ellas tuvo,
Á su lado el Condestable
Y un venerable cartujo,
Docto y piadoso cristiano,
De la Orden de San Bruno,
Y aquel ermitaño mismo
En cuyos brazos estuvo
Valdovinos expirando,
Que gran ánimo le puso,
Porque desde Ardenia á Francia,
Sin otro intento ninguno,
Milagrosamente vino,
Que de otra suerte no pudo.
Iban diciendo los salmos,
Y aquel que David compuso
Cuando á Urías dió la muerte,
Que este caso todo es uno.
Llegan al fin á la puerta,
Donde un rato se detuvo,
Hasta subir en la piedra
De la muerte carro y triunfo,
Donde, hincando las rodillas,
Con alegre rostro y gusto
Se despidió de los Grandes
Y á la muerte se dispuso.
Cuando el cuello le bajaban,
Que en repetillo me turbo,
Ayudando al camarero,
Dijo: «¡Oh vanidad del mundo!
Rey nací; yo vi mis pies
Pisando á otros cuellos muchos,
Y agora sujeto el mío
Á un villano acero agudo.
¡Oh padre animoso y sabio,
De mi muerte te disculpo!
Da al cuerpo perdón, que al alma
En otra parte le busco.
Con mi deuda y tu justicia,
En darte mi sangre cumplo.
¡Adiós, padre! ¡Adiós, amigos!
¡Adiós, hermano Rodulfo!»
Dijo, y atada la venda
Sobre los ojos enjutos,
Halló el cuchillo la mano
Del siempre odioso verdugo.
Y como la espiga cae
Madura en el mes de Julio,
Que la hoz del segador
Lleva en sus dientes menudos,
Diciendo Jesús tres veces,
Como otro Pablo segundo,
De quien él era devoto,
Pagó á la muerte el tributo.
Luego, entonces, hasta el cielo
El alborotado vulgo
Levantó con un ¡ay! triste
Un alarido confuso.
Y vióse en el mismo instante
Que todos quedaron mudos;
Que la misma admiración
Los dejó como difuntos.
Echáronle un paño negro
(No sé cómo el llanto sufro)
Con armas atravesadas,
De un lambeo azul obscuro,
Señal de Príncipe muerto
Sin heredar, y en un punto,
En los hombros de los Grandes
Sobre un túmulo se puso.

RODULFO.

¡Oh ilustre hermano!

REINALDOS.

¿Agora es tiempo deso?

MARQUÉS.

Ya se cumplió, Sevilla, tu esperanza.
El Emperador viene.

RODULFO.

Estoy sin seso.

MARQUÉS.

¡Oh, venturoso el que esos pies alcanza!

EMPERADOR.

Ya, conforme á la leyes y el proceso,
Hice justicia y vos tenéis venganza;
Rodulfo me heredó, y éste, en concierto
Daré á Sevilla por su esposo muerto;
  Esto será cumplido el año; agora;
Volved los ojos á Carloto muerto,

Enséñenle el cuerpo.

Que quiero presentárosle, señora,
De aquella sangre que le dí cubierto.

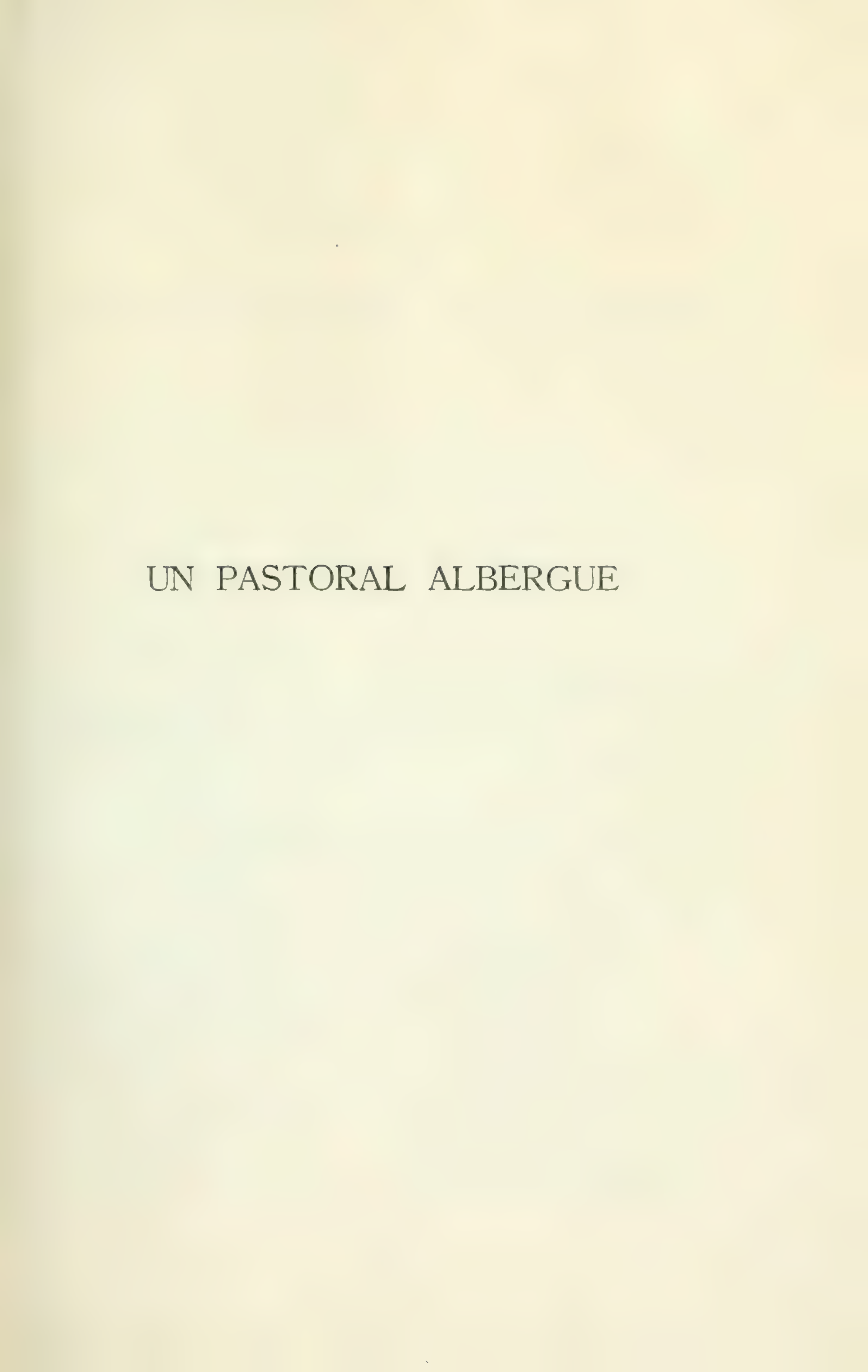
SEVILLA.

No en balde el mundo vuestro nombre adora.

MARQUÉS.

Aquí el suceso verdadero y cierto
De Valdovinos y Carloto acaba,
De cuyo ejemplo Francia hasta hoy se alaba.

FIN DE LA COMEDIA «DEL MARQUÉS DE MANTUA».



UN PASTORAL ALBERGUE

UN PASTORAL ALBERGUE

PERSONAS

ROLDÁN.	ARDILÁN. } *Moros.*	FLOR DE LIS.
REINALDO.	OSMIR. }	DOÑALDA.
CARLO MAGNO.	PEYRÓN. } *Villanos.*	MARTINELA, *labradora.*
ATALANTE. }	GUARINO. }	MEDORO, *moro.*
BRUNELO. } *Moros.*	OTROS DOS VILLANOS.	ASTOLFO.
ANACARINO. }	ANGÉLICA, *mora.*	

ACTO PRIMERO.

Toquen chirimías y trompetas, y aparezca una nave que venga navegando al teatro, y en lo alto de un monte Ardilán y Osmir.

ARDILÁN.
En poco tiene el mar.

OSMIR.
Pavón la nave,
Círculos de zafir hace ligera.

ARDILÁN.
Ya las alas batió la veloz ave,
Que altiva fué lisonja de la esfera.

OSMIR.
Depósito es de Abril, adonde cabe
Á pedazos la verde primavera,
Ó pirámide hermosa de colores,
Que ofrece al sol repúblicas de flores.

ARDILÁN.
Ya da ferros al mar, y salta de ella,
De multitud de gente venerada,
Una dama gentil.

OSMIR.
Será la estrella,
Otra vez en las ondas engendrada.

ARDILÁN.
Ya los hombros le dan.

OSMIR.
Deciendo á vella.

ARDILÁN.
Con salva la recibe nuestra armada.

OSMIR.
¿Quién será esta mujer?

ARDILÁN.
Signo del Mayo.

Dentro:

¡Viva la hermosa Reina del Catayo!

Salga Angélica en los hombros de los moros, y todos cantando.

Canten.

Guárdese el francés
De los lirios de oro,
Que arrogante pisa
Soberanos solios.
Témala Roldán
Y los Pares todos,
Y Reinaldos huya
Del sol de su rostro;
Que amor en sus ojos
Tantas flechas clava,
Que de muerte tan bella
Nadie se escapa.

ANACARINO.
Ya pisas, hermosísima señora,
Las márgenes de Francia, cuya arena,
De Júpiter la lluvia finge agora,

Burlando á Ofir, en su amarilla vena;
La gente ha de pensar que eres la aurora,
Que en Francia nace de fragancias llena.

ANGÉLICA.

Antes ha de pensar que soy la muerte,
Que vengo disfrazada de esta suerte.
Cuando desprecie el campo de Agramante,
Derrotándole al mar infamemente:
Yo sola, Anacarino, soy bastante
Á atropellar su vencedora gente;
No he de embrazar de Palas el diamante,
Espejo de los cielos transparente,
Porque amor es deidad que en mi hermosura
Sus inmortales triunfos asegura.
Fiada en mi belleza y en mi anillo,
Rayo pretendo ser que oprima á Francia;
Mi esfuerzo está en querello ó en decillo,
Que me ha dado el amor esta arrogancia;
Yo, de todos desprecio, al mundo humillo,
Que ésta es la más gloriosa circunstancia,
Pues rendida jamás, por varios modos
Almas son de mi ley los hombres todos.
Esos Pares veréis dándome á pares
Por despojos las almas y las vidas,
Penetrando por mí en incultos mares,
Las provincias del sol no conocidas.
Su Dios me han de aclamar, y en mis altares
Á los cielos darán gomas ardidas,
Serpientes holocaustos, siendo entre ellas,
Pastilla el sol, pebete las estrellas.
Sepa, soldados, Francia, que ha llegado
La circe del Catay á sus riberas,
Y el fuego en las espumas engendrado,
Que traduce el cristal en llamas fieras;
Al monte os atreved, medid el prado,
Huésped de estas corrientes lisonjeras,
Y traedme un francés que, en miedo y llanto,
Si no muere de amor, muera de espanto.

BRUNELO.

Siguiendo este arroyuelo cristalino,
Vulgo de agua, que al mar se precipita
Por peñas, sin aviso y sin camino,
Moros subieron ya, que el sitio incita.

ANGÉLICA.

Matar con mi hermosura determino,
Gallardía de amor jamás escrita;
Que con mis ojos más vencer espero
Que Agramante, Gradaso ni Rugero.

Salga un moro con Peyrón, atado.

MORO.

Sin despertar al militar estruendo,
Este francés dormía entre las peñas,
Donde estaba una fuente, aunque riendo,
Con muda voz llamándole por señas.

PEYRÓN.

En tanta confusión, morir entiendo.

ANGÉLICA.

Vigilante desde hoy á ser te enseña.

PEYRÓN.

Juro de no dormirme eternamente;
Arbitrista he de ser. ¡Extraña gente!

ANGÉLICA.

¿Quién eres?

PEYRÓN.

Preceptor de cien ovejas,
Tan rudas, que la *b* sólo han sabido
En dos años y más.

ANGÉLICA.

¡Buenas las dejas!

PEYRÓN.

Soldados son de capitán dormido.
¡Ay, mis ovejas! ¡Ay!

ANGÉLICA.

¿De quién te quejas,
Si tu prisión por tu descuido ha sido?

PEYRÓN.

Sólo tengo esta falta, entre otras muchas,
Que todas las diré si aquí me escuchas:
So necio, so reortido y poridiado (1).

ANGÉLICA.

Falta es cruel.

PEYRÓN.

Mayor te la prevengo.

ANGÉLICA.

¿Mayor?

PEYRÓN.

Mayor.

ANGÉLICA.

¿Qué falta?

PEYRÓN.

So casado;
Y aun tengo otra mayor.

ANGÉLICA.

¿Qué?

PEYRÓN.

Suegra tengo
Que es inmortal.

ANGÉLICA.

¿Has sido enamorado?

PEYRÓN.

Jamás en circunstancias me detengo,
So corto de razones.

ANGÉLICA

¿Qué mujeres
Á ti te agradan más?

PEYRÓN.

Matarme quieres:
Á la fraca aborrezco, por la vida,
Aguja de ensalmar que cose al hombre;
La gorda, por mujer descomedida,
Humana tempestad que es bien que asombre;
La larga, por jornada mal medida,
Lengua infernal, y cuádrale este nombre,
Donde el alma es correo eternamente,
Descendiendo á los pies desde la frente;
Es la chica verruga de la tierra;
La blanca, es nieve en paja conservada;
La morena es bochorno, en quien se encierra

(1) *Sic* estas palabras que parecen estropeadas de intento para simular la pronunciación rústica.

El estío y canícula abrasada;
Áspid es la bermeja y común guerra.

ANGÉLICA.

¿Y la hermosa?

PEYRÓN.

Serpiente disfrazada.

ANGÉLICA.

Basta, no digas más; calla, villano.

PEYRÓN.

Antes por decir mal soy cortesano.

ANGÉLICA.

¡Que no haya reparado en mi hermosura!
¡Corrida estoy, villano! ¿Si eres hombre?

PEYRÓN.

Mi mujer lo dirá, y será ventura
Que pueda mi mujer darme ese nombre;
Por hombre me juntó con ella el cura:
No sé si ya lo soy, y no os asombre;
Que suele haber transformación en esto:
Mirad en el peligro en que estoy puesto.

ANGÉLICA.

Echalde al mar.

PEYRÓN.

¿Al mar?

ANGÉLICA.

Sí.

PEYRÓN.

Nado poco,
Y me podré ahogar.

BRUNELO.

¡Gentil simpleza!

ANGÉLICA.

Tirad con él.

PEYRÓN.

Podré decir que toco
Mayor crueldad en la mayor belleza.

ANGÉLICA.

¿Bella soy? Aguardad.

PEYRÓN.

Tornarás loco
Al más libre de amor; naturaleza
Tan soberana en ti se satisfizo,
Que haciendo una mujer, un ángel hizo.

ANGÉLICA.

Eso vida te da.

PEYRÓN.

Diré, señora,
Pues hoy con tu piedad me lo aconsejas,
Bien de toda mujer cristiana y mora;
Coronista desde hoy soy de las viejas,
Concetos son las flacas desde agora
Del ingenio más culto, y las bermejas
Oloroso azafrán, las gordas lecho
Que para el apetito amor ha hecho.

ANGÉLICA.

Basta, pues vivo estás.

PEYRÓN.

Los pies te beso.

ANGÉLICA.

Aguarda: ese vestido le desnuda,
Y ese tuyo le da.

PEYRÓN.

¿Qué haces en eso?

ANGÉLICA.

No repliques.

PEYRÓN.

Hoy moro soy, sin duda;
De pena, mi mujer perderá el seso.

ANGÉLICA.

Mi copia lleva así, para que muda
Dé á Francia admiración y vea en ella
Que la viene á cercar muerte tan bella;
En París á los Pares la presenta,
Generosa ocasión de mi venida,
Que por la relación amor se aumenta,
Siendo de las potencias homicida,
Y si no habla el pincel, mis partes cuenta,
No dejando á tu voz francés con vida.

BRUNELO.

Si es de la vista objeto la belleza,
¿Quién tendrá en tu retrato fortaleza?

ATALANTE.

Ya viene todo el campo á recibirte,
Alternando dulzainas y anacoras.

ANGÉLICA.

Desnuda ese francés para vestirte,
Y mándale adornar de galas moras;
Libre, cristiano, así podrás partirte.

PEYRÓN.

Cuentes eternidades en vez de horas.

ANGÉLICA.

Vete en paz.

PEYRÓN.

¿Quién diré, señora, que eres?

ANGÉLICA.

La venganza de todas las mujeres.

Váyanse, tocando.

Doñalda y Flor de Lis.

DOÑALDA.

Ya, prima, llegó el día
De la ventura mía;
Ya soy rica y dichosa,
De don Roldán esposa,
Pues hoy lograrse veo
En vínculo dichoso mi himeneo.

FLOR.

Mérito es tu hermosura
De tan alta ventura,
Aunque tal vez en ella
Obra infeliz estrella,
Pensión siempre tirana
Que paga al tiempo la hermosura humana.

DOÑALDA.

Hoy flor de lis he sido;
Pues tal suerte he tenido
En la ventura fea,
Siempre en amor lo sea,
Si para ser dichosa,
Tanto vale con él no ser hermosa.
La priesa y el cuidado

Poco lugar me han dado.

FLOR.

Danle á cuanto te pones
Tus divinas acciones
Tal agrado y belleza,
Que es ya el descuido en ti naturaleza.

Astolfo.

ASTOLFO.

Ya el Emperador, Doñalda,
Acompañando á tu esposo,
Sube con todos los Grandes.

DOÑALDA.

¡Perdida soy, duque Astolfo!

ASTOLFO.

Perdida ¿de qué?

FLOR.

Las rosas
Que dando púrpura al rostro
Se deshojan en él, dicen
Que es efecto vergonzoso.

DOÑALDA.

Aunque me alegro, el recato
En tal acción es forzoso;
Y así, si en mi amor me animo,
En mi honestidad me encojo.

FLOR.

Tal belleza, merecía
Tal valor.

ASTOLFO.

Ya el rumor oigo
De la guarda.

DOÑALDA.

¡Estoy perdida!

FLOR.

No te pierdas por tan poco.

Carlos y Roldán.

ROLDÁN.

¿Es posible, amor, que soy
Contigo una vez dichoso?
No lo creo, ¡vive Dios!
Aunque lo veo y lo toco.

FLOR.

Llega á mi padre.

DOÑALDA.

¡Ay, amiga!
Mil necedades propongo,
Turbada.

FLOR.

Las necedades
Puedes dejar para el novio.

DOÑALDA.

Déme Vuestra Majestad
Su mano.

CARLOS.

Serán forzosos
Los celos en vuestro primo
Si os doy la mano.

ROLDÁN.

Hoy mejoro
Mi fortuna, y hoy, amigos,
Gustos y esperanzas logro.
¡Dichosas penas de amor!

CARLOS.

En tan digno matrimonio
Estriba, Doñalda bella,
La paz de mi reino todo,
Pues se sosiegan en él
Los tumultos y alborotos
Que han alterado estos días
Mi quietud y mi reposo;
Gozaos los años del ave
Que en holocausto oloroso,
Como la flor se renueva,
Bañada de nácar y oro.

DOÑALDA.

Y vos dilatéis, señor,
Á los climas más remotos
Vuestro imperio soberano.

ROLDÁN.

Pues vuestro desde hoy me nombro,
Yo cumpliré esa palabra,
Por vos haciendo los golfos
No conocidos, alfombras
De sus pies, y á sus heroicos
Renombres dando inmortales
Láminas, del tiempo oprobio,
Para que conozca el mundo
Con admiración y asombro,
Que es por vos el Magno Carlos,
El señor más poderoso.

CARLOS.

Basta teneros á vos
Por mi Atlante, en cuyos hombros
Estriba mi monarquía.

DOÑALDA.

Los dos vuestra hechura somos.

CARLOS.

Daos las manos.

DOÑALDA.

Don Turpín
Falta.

ROLDÁN.

No faltan estorbos
Jamás en mi bien.

CARLOS.

Llamaldo;
Conde, ¿no os juzgáis dichoso
Con tal premio?

ROLDÁN.

Es el ingenio
Para encarecerle corto,
Que como es acción del alma,
Y el alma donde la copio
Es materia celestial,
Por incomprensibles modos,
Decirlo sin ofendella
Será tan dificultoso,

Cuanta distancia hay del alma
Al cuerpo grosero y tosco.

Reinaldos.

REINALDOS.
¿En Francia tanto descuido
En peligro tan notorio?
¡Aparta!

CARLOS.
¿Quién habla así?

REINALDOS.
De veros ansí me corro;
¡Agora saraos y fiestas,
Hijas de la infamia y ocio;
Agora galas y plumas,
Del aire civil adorno;
Agora bodas, agora.....

ROLDÁN.
¿Vienes, don Reinaldos, loco?
Aquí está Su Majestad
Y estoy yo.

REINALDOS.
Ya te conozco.

ROLDÁN.
¿Sabes que soy don Roldán?

REINALDOS.
Ya, Conde, lo sé.

ROLDÁN.
Pues ¿cómo
Tan locos atrevimientos
Hablas cuando me desposo?
Yo con galas y con plumas
Más al Imperio le importo,
Que tú con planchas de acero,
Todo orgullo y miedo todo.
Estas plumas que á los aires
En piramidal estorbo,
Tal vez son lisonjas suyas,
Y tal vez rayos de Apolo,
De las alas de la fama
Para el sombrero las corto;
Que yo sólo le doy plumas,
Y así mis plumas le tomo.

REINALDOS.
Serán de las que desecho.

CARLOS.
¿Así se pierde el decoro
Á mi majestad?

REINALDOS.
Señor.....

ROLDÁN.
Señor.....

CARLOS.
Basta, que me enojo;
¿Á vos os parecen mal
Galas y bodas?

REINALDOS.
Los roncos
Ecos de trompas y cajas
Os respondan, y los moros
Que las riberas ocupan
Del Rhin, que en abismos hondos
Les dió, por montes de plata,
Pasadizos luminosos.
Ya pisa á Francia Agramante,
Que, como Jasón en Colcos,
Piensa atropellar en ella
Los dragones y los toros.
Cien mil soldados ocupan
Ya sus montañas y sotos,
Que parecen á la vista,
Entre los laureles y olmos,
Erizos que, coronados
De los silvestres madroños,
Sacuden por la campaña
Pedazos de coral rotos.
Yo los he visto, y pensé,
Con los colores vistosos,
Que eran escuadrón de abejas,
Cuando en los piquillos corvos,
De diamante y de rubí
Desperdicios olorosos,
En escuadrones volantes,
Dan á los preñados corchos.
Muchos reyes le acompañan,
Que en el paganismo todo
No ha quedado hombre valiente
Ni príncipe poderoso;
También mujeres le siguen,
Que en alfanas, como copos
De argentada y blanca espuma,
Ninfas parecen en rostros
De mármol, á quien dió el arte
Espíritu generoso;
Y en la mayor hermosura
Que se vió en humano rostro,
Viene el desdén más ingrato
Que pudo engendrar el odio;
El milagro del Oriente,
Donde amor, jamás piadoso,
Leyes promulga en los labios,
Rayos divulga en los ojos,
La sirena del Catay,
Y el angélico tesoro
De sus Javas perlas hace
Cuanto sirte y cuanto escollo;
Que es, si perla en hermosura,
En crueldad peñasco sordo.
Amor y Marte nos cercan:
Cuando en sabrosos coloquios
Roldán está entretenido,
Y en discursos amorosos,
Opresa está Francia, Carlos;
Evidente testimonio
Del ocio en que nos sepultas.
El peligro te propongo
Para que al paso le salgas;
Que cuando me lleves solo,
Yo les haré que al mar vuelvan
Con paso tan presuroso,
Que se maten y se aneguen,
Unos tropezando en otros.

ROLDÁN.

No coloquios del tálamo afeminan
Mi corazón gentil, mi heroico pecho;
Que estos ojos son montes que fulminan
Rayos de horror que en mi furor se han hecho;
Y aunque en los de Doñalda se iluminan,
Y en ellos vivo alegre y satisfecho,
No aniquilan mi ser sus ojos bellos,
Que antes me ofrece espíritus en ellos.

Y si tú, don Reinaldos, bastas solo
Para oprimir la bárbara arrogancia,
Como del cielo es la deidad Apolo,
Ya sabes que soy yo el valor de Francia;
Á mi voz gime el mar y tiembla el polo,
Y esto en Roldán no es bárbara arrogancia,
Pues ya visto me habéis en paz y en guerra
Echar de un puntapié hasta el sol la tierra.

Y así, para que el campo de Agramante,
Desbaratado al mar en tropas vuelva,
Una voz mía sobra, que es bastante,
Para que en polvo y nada se resuelva;
Yo haré que ese bellísimo diamante,
Que hoy con sus pinos se traduce en selva,
Desatado en las leyes de su orilla,
Átomos le dé al sol, astilla á astilla.

Y esto todo ha de ser con tanta priesa,
Que deshecho y vencido el Africano,
Sin que el tálamo deje la Condesa,
He de volver á merecer su mano;
Éste es valor y cólera francesa,
Éste esfuerzo gentil y honor cristiano,
Ésta es lealtad que á las demás contrasta,
Y ésta es acción de don Roldán, que basta.

Perdonad, dulce esposa, que ya vuelvo,
Que sólo voy á echar de Francia al Moro,
Que á empresa tan gloriosa me resuelvo
Sólo porque os estimo y os adoro;
En vuestras perlas mi valor envuelvo,
Que esfuerzo le infundís con vuestro lloro,
Y una lágrima sólo hará en mi pecho
Más que la sangre ni el furor han hecho.

Vos, supremo señor, pues me adelanto,
Puesto que don Reinaldos tanto vale,
Dulce y tranquila paz gozad en tanto
Que en mí todo el poder de Francia sale;
Que porque como el sol después del llanto,
Doñalda entre mis brazos se regale,
Voy de presto á expulsar sus gentes todas
Para volver á celebrar mis bodas.

CARLOS.

Conde, aguardad.

ROLDÁN.

Señor, decir haciendo
Sabe el Conde no más.

REINALDOS.

¡Loca arrogancia!

ROLDÁN.

Temeridades son cuantas emprendo,
Y así, por temerario me honra Francia;
Quédese el reportado previniendo
Juntas la libertad con la ganancia.

REINALDOS.

Reinaldos soy.

ROLDÁN.

Yo don Roldán.

CARLOS.

¿Qué es esto?

REINALDOS.

¡Tú impides mi furor!

ROLDÁN.

¡Tú ley me has puesto!

REINALDOS.

Yo te sabré buscar.

ROLDÁN.

Y yo aguardarte.

REINALDOS.

Quién eres veré allí.

ROLDÁN.

Y veré quién eres.

REINALDOS.

Decírtelo sabré.

ROLDÁN.

Y sabré matarte.

REINALDOS.

Y yo hacerte pedazos.

ROLDÁN.

Si pudieres.

REINALDOS.

Francés Júpiter soy.

ROLDÁN.

Yo francés Marte.

REINALDOS.

Pues espérame.

ROLDÁN.

Mira, que me esperes.

REINALDOS.

Ya te voy á buscar.

ROLDÁN.

Pues ven.

CARLOS.

¿Qué es esto?

REINALDOS.

¡Tú impides mi furor!

ROLDÁN.

¡Tú ley me has puesto!

CARLOS.

Dejaldo y quedaos conmigo;
Mirad que me enojaré.

REINALDOS.

Siempre ocasionado fué
Don Roldán.

CARLOS.

Es vuestro amigo.

DOÑALDA.

Siempre, Flor de Lis, temí
En mi amor este suceso;
Poco siento, pues el seso
No vengo á perder aquí.
¡Que á estorbar mi casamiento
Viniese el Moro!

CARLOS.

Ofendido

Estoy de que haya tenido
Tan bárbaro atrevimiento.
¡Á mí Agramante se atreve!
¿No sabe que Carlos soy,
Aunque coronado estoy
De rica y peinada nieve?
Tiemble á Carlo Magno el Moro;
Sean por los aires claros
Mis soberanos labaros,
Pensiles de lilios de oro;
Salga en soberbio escuadrón
La franca caballería,
Dándole espejos al día,
Y al bárbaro confusión.

ASTOLFO.

Vil sacrificio han de ser
De los peces, con notable
Afrenta y triunfo admirable
De tu invencible poder.

CARLOS.

Toda Francia se convoque
Y mi majestad se vea.

REINALDOS.

Tu fortuna en ti pelea
Cuando el Moro te provoque.

CARLOS.

Hoy he de salir de aquí.

ASTOLFO.

Y hoy te espera la victoria.

CARLOS.

Todo triunfo y toda gloria
Á Dios se debe, y no á mí.

DOÑALDA.

¿Qué he de hacer yo?

FLOR.

Consolarte.

DOÑALDA.

Morir dijeras mejor.

CARLOS.

Doñalda, lo que fué amor
Ya se ha convertido en Marte;
Todo es guerra.

DOÑALDA.

Y todo es lloro,

REINALDOS.

Sin causa ese sol se esconde;
Ya vuelve, Doñalda, el Conde,
Que fué á castigar al Moro.

DOÑALDA.

Como lo dice lo hará.

REINALDOS.

Si lo hace como lo dice,
El llanto se contradice.

DOÑALDA.

Don Reinaldos, bueno está
Si es envidia.

CARLOS.

Al Moro espante
Mi poder en su arrogancia.

REINALDOS.

¡Viva Carlos!

TODOS.

¡Viva Francia!

CARLOS.

¡Dios viva!

TODOS.

Y ¡muera Agramante!

Váyanse.

Martinela y villanos, armados.

VILLANO 1.°

Venimos bien.

VILLANO 2.°

Quedo, paso;
Que nos podría sentir.

VILLANO 3.°

¿Moro?

VILLANO 1.°

Yo le vi venir
Por el monte.

VILLANO 2.°

¡Extraño caso!

VILLANO 3.°

¿Moro de la morería?

MARTINELA.

Y se metió en la cabaña;
Cuya catadura extraña,
Espanto y miedo ponía.

VILLANO 3.°

¿Moro amorado?

VILLANO 1.°

Tan moro
Como mi rocín.

VILLANO 2.°

Muy ruin,
Si es como vuestro rocín,
Será el moro.

VILLANO 1.°

Con decoro
Dél hablad, que aunque está flaco,
Fué el rocín gran corredor.

VILLANO 2.°

Si no es el moro mejor
Que el rocín, es muy bellaco.

VILLANO 3.°

¿Cómo son los moros?

VILLANO 2.°

Son
Como alimañas.

VILLANO 1.°

¿Y en pie
Se tienen y andan?

VILLANO 3.°

Á fe.

VILLANO 2.°

Dijo el cura en un sermón,
Que los moros no creían
En Dios, ni que eran cristianos.

VILLANO 3.°

¡Oh ladrones luterianos!

VILLANO 2.º

Y dijo que no comían
Tocino.

VILLANO 1.º

¡Qué desatino!
Yo por eso los quemara;
Y ¿cómo tienen la cara?

VILLANO 2.º

De hombres que no beben vino.

VILLANO 3.º

¿Que vino no beben?

VILLANO 2.º

No;
Agua piden que les den.

VILLANO 3.º

No puede un hombre de bien
Ser moro.

VILLANO 1.º

Á lo menos yo
No lo fuera, aunque me hicieran
Rey.

MARTINELA.

¿No vamos á matar
Al moro?

VILLANO 3.º

Y ¿quién ha de entrar
Primero?

VILLANO 2.º

Yo; mas ¿si fueran
Dos los moros?

VILLANO 1.º

¿Temes ya?

VILLANO 2.º

Tener el moro presente,
Espanta.

VILLANO 3.º

Siempre es valiente
El que lejos de él está.
¡Cuántos matamoros son
En su patria, lejos de ellos,
Que si llegaran á vellos,
Fueran de tu condición!

VILLANO 2.º

Lleguemos en tropa así.

VILLANO 3.º

Dice bien; todos lleguemos.

VILLANO 2.º

¡Ay!

VILLANO 1.º

¡Ay!

VILLANO 3.º

¡Ay! Dos moros vemos.

VILLANO 2.º

Yo más de ochenta vi.

VILLANO 1.º

Toca á rebato, Guarino.

VILLANO 3.º

Lo peor es el temelle.
¡Voto al soto, que he de velle,
Ya que el moro á Francia vino!
Entrad callando tras mí;
Tened el resuello más.

VILLANO 2.º

Poneos, Guarino, detrás
Si habemos de entrar así.

MARTINELA.

Llegad, que durmiendo está.

VILLANO 1.º

Pues el moro está dormido,
Echémosle el lazo y muera.

VILLANO 2.º

Ya está en el lazo.

MARTINELA.

Guarino,
Tiremos agora.

Tiren, y saquen á Peyrón, arrastrando, de moro.

PEYRÓN.

¡Cielos!
¿Qué es esto?

VILLANO 3.º

Vuestro castigo.

PEYRÓN.

¿Por qué delito?

VILLANO 2.º

¿Os parece
Ser moro poco delito?

PEYRÓN.

No soy moro, Peyrón soy.

VILLANO 3.º

¡Oh hi de puta! Peyrón dijo.

MARTINELA.

Apretalde.

PEYRÓN.

Martinela,
¿No me conoces?

VILLANO 2.º

¡Qué hocico
Tiene el bellaco!

PEYRÓN.

Que soy
Peyrón, ¡vive Jesucristo!

VILLANO 1.º

Tened, que dice verdad.

VILLANO 2.º

Peyrón es; Peyrón amigo.

VILLANO 3.º

Que lo quise decir yo.

PEYRÓN.

Á tardaros en decillo
Algo más, ya mi pescuezo
Un palmo hubiera crecido.
¿Por qué me dabas la muerte?

MARTINELA.

Por moro.

PEYRÓN.

¿Y á tu marido,
Perra, apretabas así
Conociéndole?

MARTINELA.

Es lo mismo

Ser marido que ser moro.

PEYRÓN.

Mucho me he holgado de oillo;
Y así, yo os cautivaré
Y os daré el mismo castigo.

VILLANO 1.°

Peyrón, ¿quién te vistió así?

VILLANO 3.°

¡Par Dios, que es el traje rico!

PEYRÓN.

No me parece muy bien.

VILLANO 1.°

Estás muy galán.

PEYRÓN.

Judío
Parezco de la Pasión.

MARTINELA.

Tienes cara de un Longinos.

PEYRÓN.

Con un moro, que durmiendo
Está entre aquellos alisos,
Estos hábitos troqué,
Y él se puso mi vestido;
Que así encubierto, á París
Camina con un hechizo
Del mundo, con una mora,
Un milagro y un prodigio
De los hombres, que en un lienzo,
Sin alma parece vivo;
Al fin es una mujer
Que habla sin hablar, que ha sido
La primer mujer del mundo
Que hablando callando he visto.

VILLANO 1.°

No se parece á la mía,
Porque habla por veinticinco.

PEYRÓN.

Ni á la mía, que habla siempre,
Y hablando, siempre habla á gritos.

MARTINELA.

¿Vos queríades que fuera
Muda yo para sufriros?
¡Malos años y mal mes!
Basta que os regalo y sirvo.

PEYRÓN.

Este es su quedo, que así
Habla cuando habla pasito.

VILLANO 2.°

Y ¿adónde ese mostro lleva?

PEYRÓN.

De hermosura, bien has dicho:
Á cazar con él los hombres,
Y ha sido muy necio arbitrio;
Que á ser médico, pudiera
Matar con menos peligro
Y con más certeza.

Brunelo, con un retrato.

BRUNELO.

Aquí,
Por la hermosura del sitio
Y lo espeso de los olmos,
Del valle penachos ricos,
El retrato he de poner,
Pues marchar el campo miro
De Carlos y de Agramante.

PEYRÓN.

Éste es el moro que digo,
Y aquel lienzo es la mujer.

VILLANO 3.°

Gran bien fuera si contino
Estuvieran las mujeres
Así arrolladas.

PEYRÓN.

Los siglos
Andan tales, que lo están
Después que han dado en ser lindos
Los hombres, poniendo sólo
Todo el amor en sí mismos.

VILLANO 2.°

Yo los quemara, ¡por Dios!

PEYRÓN.

Lleguemos á recibillo.

BRUNELO.

¡Oh amigo, huelgo de hallarte;
Que el estruendo y el rüido
De los campos, me despiertan!

PEYRÓN.

Aquí, en cimientos pajizos
Está mi edificio pobre,
Riendo los edificios
De pórfidos y alabastros,
Donde entre toscos pellicos
Tendréis quietud y sosiego;
Y agora, amigo, os suplico
Que nos enseñéis á todos
Ese milagro.

BRUNELO.

Serviros
Quiero, y para que os espante,
En este tronco le fijo.

VILLANO 3.°

¡Válgame Dios!

VILLANO 1.°

Hinca en tierra
Las rodillas.

VILLANO 3.°

Ya las hinco.

PEYRÓN.

Daos en los pechos.

VILLANO 2.°

¿Es santo?

VILLANO 3.°

Siempre has de hablar desatinos;
Santo es, pues está pintado.

MARTINELA.

¿También hay santos moriscos?

VILLANO 3.°

Pues ¿no?

PEYRÓN.

¿No veis que es mujer,

Mentecatos?

VILLANO 2.°

So un pollino.

VILLANO 3.°

Que lo quise decir yo.

Medoro, galán, y dos moros.

MORO 1.°

Él es rostro peregrino.

MEDORO.

Soberbio el campo de Carlos,
Dando al sol cruces y lilios,
Atemoriza y espanta,
Y la rüina colijo
De Agramante; al mar me vuelvo
Por este incierto camino;
Que el peligro es manifiesto.

MORO 1.°

Los dos también te seguimos,
Que locos y temerarios
Solicitan los peligros;
Pero ¿qué deidad es ésta
Que absortos y sin jüicio
Éstos están venerando?

PEYRÓN.

Moros son; yo soy perdido.

VILLANO 1.°

Y yo.

VILLANO 2.°

Huyamos.

MARTINELA.

Peyrón.....

PEYRÓN.

Corre.

MARTINELA.

¿Ese es amor?

PEYRÓN.

Es lo mismo
Ser marido que ser moro,
Y así, á los moros os fío.

Váyanse.

MEDORO.

¿Dejáronnos los villanos?

MORO 2.°

El temor alas les hizo;
Uno se quedó.

MEDORO.

Será
Del retrato el paraninfo.

MORO 2.°

Lleguemos, Medoro, á vello.

MEDORO.

Pararnos es desatino
Á admirar lisonjas, cuando
De tan gran peligro huímos.

MORO 1.°

Llega: ¡belleza admirable!

MEDORO.

¿Quién es esta mora?

BRUNELO.

Escrito
En su deidad tiene el nombre.

MEDORO.

Los pinceles y los libros
Encarecen lo que quieren.

MORO 2.°

¡Rara belleza, excesivo
Valor de pincel notable!

MEDORO.

Pues á mí me ha parecido
Más arrogante que bella.

MORO 1.°

Eres, Medoro, un Narciso,
Y sólo en ti te contentas.

BRUNELO.

Mal gusto tiene el que altivo
Esta admiración desprecia.

MEDORO.

Quede por mal gusto el mío.
¿Quién es ésta?

BRUNELO.

Este epitafio,
Ya que su aspecto divino
No os lo dice, os lo dirá;
Que éste es sol á quien los indios
En sus dos Javas veneran.

MEDORO.

Indios al fin.

BRUNELO.

Oye.

MEDORO.

Dilo.

BRUNELO.

Lee.

«La bella Angélica soy,
Reina del Catay nací,
Amor no triunfa de mí,
Y de amor triunfando estoy.»

Roldán, armado.

ROLDÁN.

Al africano escuadrón,
Para no ser conocido,
Me acerco de aquesta suerte.

MEDORO.

Miren si con causa digo
Mal de esta arrogancia hermosa:
De amor dice que es martirio
Y que ella no le conoce.

ROLDÁN.

Sin duda es el Paraíso
Este valle, pues sus plantas
Dan ángeles.

MEDORO.

Di, ¿qué quiso

Esta bárbara cataya
Decir en esto?

ROLDÁN.

Escondido
En estos árboles, quiero,
Pues los moros no me han visto,
Admirar esta belleza.

BRUNELO.

Quiso decir á los riscos,
Á las plantas, á las fieras
Y á los hombres, el aviso
Y estudio particular,
Excediéndose á sí mismo,
Que puso en tan alta forma
El cielo, para advertirnos,
En su belleza inefable,
Su omnipotencia.

MEDORO.

Maldigo
La soberbia y el retrato,
Y el original, que ha sido
Ocasión de detenernos;
Probaré el alfanje limpio
En ella, pues el retrato
Dices que es tan parecido.

MORO 1.°

Tente.

MEDORO.

Compasión no tengas
De esta arrogante.

ROLDÁN.

Sufrillo
No puedo. Bárbaro moro,
Vil, cobarde, mal nacido
(Que noble no puede ser,
Ni valiente, el que por vicio
Emprende locas empresas),
Di ¿qué ocasión te ha movido
Á profanar la belleza
Que le da espíritu altivo?
¿Para una mujer pintada
El alfanje empuñas?

MEDORO.

¿Vino
Este francés de las nubes?
Huyamos.

MORO 2.°

Ha de seguirnos.

MEDORO.

¡Muerto soy!

ROLDÁN.

Vete, cobarde;
Que enojado no te miro,
Y no te mato esta vez
Por no estrenarme contigo,
Que fuera á mi vencimiento
Darle cobarde principio;
Vete, y déjame el alfanje,
Vil acción del sacrificio
Que á tu inadvertencia hacías.

MEDORO.

Á tus pies, francés, le rindo.

ROLDÁN.

¿Cómo es tu nombre?

MEDORO.

Medoro.

ROLDÁN.

¿Medoro?

MEDORO.

Medoro.

ROLDÁN.

Escribo
En la memoria el Medoro
Para afear el delito.
¿Eres soldado?

MEDORO.

Del campo
De Agramante entretenido.

ROLDÁN.

Si son tales los soldados,
Victorioso le imagino.
No te quiero preguntar
La calidad, que ya has dicho
Quién eres; que de la sangre
Son las obras los testigos.
Vete, Medoro adamado,
Y á Agramante le da aviso,
Y á Gradaso y Rodamonte,
De que has estado conmigo.

MEDORO.

¿Con quién diré?

ROLDÁN.

Con Orlando.

MORO 2.°

¿Orlando? ¡Somos perdidos!

ROLDÁN.

Vete, y mira que te acuerdes,
Moro, de este beneficio.

MEDORO.

Sepultaréme en las naves.

ROLDÁN.

Id sin temor, que no os sigo.

Váyanse.

BRUNELO.

¿Por qué no le diste muerte
Al bárbaro presumido?

ROLDÁN.

Soy como el rayo, que doy
En los sacros obeliscos,
Y las cabañas perdono.

BRUNELO.

Es para el intento mío
Esta famosa ocasión;
Que si á este francés incito,
Y se le dejo, será
Un hermoso basilisco
De los Pares.

ROLDÁN.

¿Dónde llevas

Esa copia?

BRUNELO.

Peregrino,
Aunque vengo disfrazado,
Soy en el pincel, y elijo
Bellezas en que excederme.

ROLDÁN.

¿Vives de eso?

BRUNELO.

De esto vivo.

ROLDÁN.

Desdicha tienes, que ya,
El ser ingenio es castigo.
¿De quién es este retrato?

BRUNELO.

De la tirana Calipso
De Oriente, de la mujer
Que trae, señor, perdidos
Seis reyes.

ROLDÁN.

Buen gusto tienen.
Toma para ella este anillo,
Cárcel de aqueste diamante,
Piedra rica, y que la estimo
Por ser prenda de una dama
Á quien las potencias rindo.

BRUNELO.

Y ¿á quién diré que lo dejo,
Que así mi nombre acredito?

ROLDÁN.

Á Orlando, señor de Anglante.

BRUNELO.

Ya por el nombre te admiro.

ROLDÁN.

Vete en paz.

BRUNELO.

¡Bien negocié!

Vase.

ROLDÁN.

¡Que haya en mi pecho infundido
Un lienzo tan grande fuego!
Mas de la camisa se hizo
Del Centauro, pues me abrasa
Tan infernal apetito.
La bella Angélica soy,
Del ángel de mi albeldrío;
Reina del Catay nací,
Y por mi mal has nacido;
Amor no triunfa de mí,
¿Cómo ha de triunfar, si el niño
Por ti es soberano Dios
En los rayos del Olimpo?
Y de amor triunfando estoy:
No es mucho, pues has podido
Sacar del pecho á Doñalda,
Y ocupar su lugar mismo.
Rara y divina belleza,
En ti ciego, y muerto en él,
No sé si admire el pincel,
Ó admire á naturaleza,
Porque es tanta la grandeza
Que llega á perfeccionarte,
Que imagino que copiarte
Tan valiente no pudiera,
Si gentil no se valiera
Naturaleza del arte.
Mas si admiración igual
Causa en mí la estampa propia,
Que me detengo en la copia
Sin ver el original,
Angélica celestial,
El alma, en tu esencia pura,
Satisfacerse procura,
Constante, amorosa y fiel,
Viendo en ti si es del pincel
Ó del cielo esta hermosura.

Atalante, viejo, y Angélica.

ATALANTE.

Ya los dos escuadrones
Iris al sol le dan en sus pendones,
Y plantados se miran
Con tanta majestad, que al mundo admiran.

ANGÉLICA.

Miserable cristiano,
Hoy perderás el nombre soberano;
Que no hay valor bastante
Que á Angélica resista ni á Atalante.

ATALANTE.

La victoria asegura
Africa en mí, y el triunfo en tu hermosura;
Yo, alterando los vientos,
Por ellos sembraré monstruos sangrientos,
Y en esos horizontes
Haré juntar ejércitos de montes.

ANGÉLICA.

Tu poder, Atalante,
El mundo reconoce.

ATALANTE.

No te espante
Cosa que veas.

ANGÉLICA.

Digo
Que segura, Atalante, estoy contigo,
Pues tu conjuro eterno,
Ley es del mar, y cetro del infierno.

ATALANTE.

Más puede tu belleza,
Pues contigo gentil naturaleza,
Con poder tan profundo
Quiso formar la confusión del mundo;
Y puesto que me excedes,
Y en tu figura vas, desde aquí puedes
Registrar reclinada
El campo del cristiano, cuya espada
Tiembla al alfanje moro;
Que en prueba que te estimo y que te adoro,
Mi encantado castillo
Aquí he de fabricarte sin decillo.

Pero mira el cometa,
Que en la media región se hace planeta,
Que del cristiano ciego
Dice la confusión con voz de fuego.

Aparece una serpiente.

ANGÉLICA.

Parece que se abrasa
El aire con sus rayos; mas ¿qué casa
De dórica hermosura
Levanta al sol gigante arquitectura?
¡Atalante! ¡Atalante!
Piedras son. ¿Quién vió encanto semejante?
No es imagen del viento,
Ni liviana ilusión del pensamiento;
Puerta es ésta, y aquéllas
Ventanas, en que el sol ve las estrellas:
Quiero aquí reclinarme,
Pues puede este castillo asegurarme.

Duérmase.

Roldán.

ROLDÁN.

Después que buscando voy
Al bárbaro Rodamonte,
De todo aqueste horizonte
Lince impenetrable soy;
Monstruo arrogante, aquí estoy
Acreditando tu fama:
Ven, y sabrás quién te llama,
Un francés soy; mas ¿qué es esto?
¿Cuando le espero, en el puesto
Por él se ofrece una dama?
El ángel debe de ser
De este soberbio castillo;
Mas ¿quién podrá combatillo
Si le sale á defender?
Pero ¿no es esta mujer
El objeto celestial
De mi bien y de mi mal?
Mostrarme el cielo ha querido
Que humana la copia ha sido,
Y suyo el original.
No quieras, mujer, mayor
Arrogancia en tu hermosura,
Pues matas de amor, pintura,
Y muerta, matas de amor;
Mas si morir es mejor,
De una vez dame el veneno
Con que á morir me condeno;
Que es morir de desdichado,
Beber en vaso penado
Que está de tósigo lleno.
Despierta.

ANGÉLICA.

¡Ay de mí! ¿Quién eres?

ROLDÁN.

Soy, escucha y no te asombres,
El planeta de los hombres,
Si tú el sol de las mujeres;
Y esto, si advertirlo quieres,
Por ti en mí lo puedes ver,
Pues como el cielo en tu ser
Se agradó y se satisfizo,
Hacer en mí otro ser quiso,
Que te pueda merecer.

ANGÉLICA.

¡Hombre merecerme á mí!
Más arrogante es mi estrella,
Porque desde que soy bella,
Ingrata y soberbia fuí:
Suelta.

ROLDÁN.

Es imposible; aquí
Si el cielo con su poder
Iguales nos pudo hacer,
Y pues somos un sér ya,
El dividirnos será
Partir la esencia del sér.

ANGÉLICA.

¿Sabes quién soy?

ROLDÁN.

Sin sabello
Lo sé, porque el inclinarme
Á ti, pudo declararme
Lo que yo dudaba en ello.
Yo el más fuerte, y tú el más bello
Objeto que el cielo hacer
Pudo, venimos á ser,
Y así, en lazo superior
Nos quiso juntar amor
Para dárnoslo á entender.

ANGÉLICA.

¿Quién eres?

ROLDÁN.

El que atropella
El mundo.

ANGÉLICA.

Corrida estoy:
¿Sabes que Angélica soy,
Que llama el mundo la bella?

ROLDÁN.

Sé que eres deidad y estrella,
Mas sabe.....

ANGÉLICA.

Ya estoy temblando.

ROLDÁN.

Que yo soy el conde Orlando.

ANGÉLICA.

¡Ay de mí!

ROLDÁN.

¿Qué hay que te espante?
Tu esclavo soy.

ANGÉLICA.

¡Atalante!

Saque el brazo y arrebátela, y escóndese.

ATALANTE.

Contigo estoy.

Váyanse.

ROLDÁN.
¿Cómo ó cuándo
De mis brazos se escapó?
¿Por dónde, Amor, se me fué?
El castillo postraré,
Si en el castillo se entró.
Corintias molduras, yo
Soy el alma de la bella,
Perdonad que entro por ella,
Sin respeto y sin decoro
Á los artesones de oro.

Dentro.

Francés loco, no has de vella.

ROLDÁN.
¿Cómo, si no están seguros
Los muros de mi furor?
Orlando soy con amor,
Postraré diamantes duros;
Mas ¡ay de mí! que los muros
Se desvanecen, y veo
Un abismo horrible y feo;
Mas, pues en esta ocasión
No logré la posesión,
Acabe con el deseo.

ACTO SEGUNDO.

Tocan chirimías, y salgan Reinaldos, con espada y rodela, armado, y después Roldán.

Dentro.

¡Vitoria, Francia, vitoria!

REINALDOS.
¿Así os retiráis, cobardes?
¿Para huir rompéis abismos
De cristal, surcando mares
No conocidos? Salid,
Y cuerpo á cuerpo se acabe,
En vuestra soberbia loca,
Empresa tan arrogante.
Rey de España, Ferraguto,
Si el Betis te dió en su margen
El valor con que sus hijos
Nacen fuego y rayos nacen,
Sal á batalla conmigo,
Y ansí la deidad no agravies
Española; pero tienes
Más que de español, de alarbe.
Sal, tigre con alma, monstruo
De la Libia inhabitable,
Que felpas de brutos vistes,
Y conchas de peces traes.
Á ti, Mandricardo, digo,
Á ti, membrudo gigante,
Rey de Sarza, Rodamonte,
Á ti, Gradaso, que sabes
Forjar rayos de los fresnos,
De los abetos y sauces;
Reinaldos soy; salí, moros.
Nadie espera, nadie sale,
Nadie á Reinaldos se atreve,
Nadie viene, no oye nadie:
¿No hay quién se mate conmigo?

ROLDÁN.
Habrá, al menos, quien te mate.

REINALDOS.
¿Quién?

ROLDÁN.
Yo.

REINALDOS.
¿Tú?

ROLDÁN.
Yo, que te busco
Todo hoy; mas no te hallo tarde,
Pues darte, Reinaldos, muerte
Para mí es cosa tan fácil;
Y ya á morir te apercibe,
Que no quiero que me aguarden
Los moros que matar pienso;
Que soy cortés y agradable.
Déjate luego morir
Para que pase adelante;
Que cuando tal prisa tengo,
No es justo que en ti repare.
Muérete luego.

REINALDOS.
¿Quién puede,
Si aun el cielo no es bastante,
Matarme á mí?

ROLDÁN.
Roldán solo.

REINALDOS.
¿Cómo?

ROLDÁN.
Con sólo mirarte.

REINALDOS.
¿Eres basilisco?

ROLDÁN.
Infierno
Soy cuando llego á enojarme.

REINALDOS.
Ya me miras, y estoy vivo.

ROLDÁN.
Es la compasión tan grande
Que te tengo, que me obliga,
De lástima, á perdonarte;
Que si con rigor la vista
Desatara de la cárcel
De los ojos, ya te hubiera
Traducido en tantas partes,
Cuantos átomos el sol
Hace lisonja del aire.

REINALDOS.
Yo la amistad te agradezco,

Pero ya, arrogante, sabes
Que puedo con una voz,
Si me enojo, hacer que bajes
Al infierno.

ROLDÁN.

¿Son tus voces
Como pecados mortales?

REINALDOS.

Bueno está; que éste no es tiempo
De locuras y donaires.

ROLDÁN.

¿Yo donaires? ¡Vive Dios,
Que de un revés te levante
Tan alto, que cuando vuelvas,
Tan trocado el mundo halles,
Que no viendo en él memoria,
Reinaldos, de tu linaje,
Halles nueva gente en él!

REINALDOS.

¿Tan alto has de levantarme?

ROLDÁN.

Tan alto, que descendiendo
Como un rayo, un siglo tardes.

REINALDOS.

Eso lo harás porque cuando
Descienda no pueda hallarte
Ni matarte; que tu miedo
Busca arbitrio semejante.

ROLDÁN.

Pues en el campo nos vemos,
Solos los aceros hablen.

Salga Angélica, huyendo.

ANGÉLICA.

Del victorioso Francés,
Desbaratado Agramante,
Se retira infamemente:
¿Quién vió afrenta más notable?
Al Catay quiero volverme,
Sembrando en los Pares antes
Civil confusión.

ROLDÁN.

¿No es ésta
(¿Aún vives?) la hermosa imagen
Del cielo?

REINALDOS.

Mucho, Roldán,
Te detienes en matarme.

ROLDÁN.

Qué, ¿aún vives? ¿No es éste el sol
Que por lucientes celajes,
De rosas y minutisas,
Rayos de púrpura esparce?

REINALDOS.

¡Muere, arrogante!

ROLDÁN.

Si tengo
Entre las manos el ángel
De mis potencias, ¿qué espero?

ANGÉLICA.

Deste hombre quiero escaparme,
Que es el que más aborrezco:
Dame tu ayuda, Atalante.

REINALDOS.

¿Ya te retiras?

ROLDÁN.

Reinaldos,
Cese por hoy el combate;
Que amor, para defenderte,
Desta hermosura se vale.
Si esta beldad te defiende,
¿Qué triunfo habrá que no alcances?
¿Qué imposible que no venzas?
¿Qué encanto que no contrastes?
Como delincuente has sido,
Que en la torre te retraes
Con un niño, porque así
Por su inocencia te ampare.
Matarte quise soberbio,
Mas pusísteme delante
Este espejo en que me viera
Y la cólera templase.
Angélica hermosa y bella,
Aguarda.

REINALDOS.

Con semejantes
Mentiras el miedo encubres.

ROLDÁN.

Reinaldos, perdone Marte;
Que amor es más poderoso
Cuando se atreven deidades.

REINALDOS.

¿Por qué la espalda me vuelves?

ROLDÁN.

Por amor.

REINALDOS.

Di por cobarde.

ROLDÁN.

En irme sin responderte,
Puedes ver que soy amante.

Vase.

REINALDOS.

¡Qué sean deste dios niño
Los efectos tan notables,
Que en los invencibles pechos
Causan mudanza tan grande!

Dan voces, y salen Carlos, Astolfo, Flor de Lis
y Doñalda, de corto.

Dentro, á voces:

¡Viva el Magno Carlos, viva!

CARLOS.

Á Dios la gloria ha de darse;
Que, pues de Dios la recibo,
Es bien que á Dios se le pague.

REINALDOS.

Hoy al David vencedor,
Elogios Micol le cante,
Pues ha librado á Israel

De la servidumbre grave
En que se juzgaba opresa,
Y sean sus estandartes
Láminas en San Dionís.

CARLOS.

Reinaldos, el cielo os guarde,
Pues en la victoria de hoy,
Tenéis vos la mayor parte.

REINALDOS.

Amigos de este valor
Han podido acreditarme,
Porque en los soldados siempre
Se admiran los capitanes.

DOÑALDA.

Cosas don Roldán ha hecho
Tan famosas y admirables,
Que es agravio encarecellas.

CARLOS.

Amor lisonjero es grande;
Hoy con la victoria pueden
Vuestras bodas celebrarse;
Que como Marte en las guerras,
Triunfa Cupido en las paces.

REINALDOS.

Mucho ha tardado en volver
El Conde al tálamo.

DOÑALDA.

Antes,
Si quisiera, hubiera vuelto,
Porque el Conde dice y hace;
Que en sus triunfos y en sus glorias
Están las dificultades,
Hasta llegar á emprendellas,
Pero emprendidas, son tales
Sus hazañas y sus hechos,
Que no hay defensa que baste.

REINALDOS.

Con todo, ha tardado mucho.

FLOR.

Hace siglos los instantes
Amor, y habrán con él sido
Las horas eternidades.

REINALDOS.

No hay amor donde hay descuido.

DOÑALDA.

El amor puro y constante
No aspira á correspondencias,
Porque en sí se satisface;
Y el amor que pide amor,
No es justo que amor se llame,
Sino villano apetito,
Hijo de bárbaros padres.
Yo amo en mí al Conde, y no pido,
Reinaldos, que el Conde me ame,
Porque en sí mismo mi amor
Se contenta.

Roldán.

ROLDÁN.

Como el áspid
Se resolvió entre las flores
Aquel desdén arrogante,
Risa del mundo y desprecio
De imperios y majestades;
Pero sólo con saber
Que no la merece nadie,
Me consuelo; pero ¡cielos!
Si hombre mortal la gozase,
¿Qué fuera del mundo?

CARLOS.

Conde.....

ROLDÁN.

Gran señor.....

CARLOS.

Luego se trate
De vuestras bodas.

DOÑALDA.

Esposo,
Señor.....

ROLDÁN.

¡Que á mi voz se ablanden
Los montes, y que una fiera
Más se endurezca y se encante!
¡Bárbaras leyes de amor,
Donde la razón no vale!

CARLOS.

Venga luego el Arzobispo.

DOÑALDA.

Plega á Dios que no se tarde,
Porque divertido veo
Al Conde.

FLOR.

Llega á abrazarle;
No quieras que su tibieza
Algunos recelos cause.

DOÑALDA.

Aquí la resolución,
Flor de Lis, es importante;
El decoro me perdone.
Dejad, mi bien, que os abrace.

ROLDÁN.

¿Quién sois?

DOÑALDA.

¿Tan desconocida
Estoy?

ROLDÁN.

¡Que se me escapase
De los brazos! Prima hermosa.....

DOÑALDA.

¿No me abrazáis?

ROLDÁN.

Perdonadme;
Que vengo fiero y sangriento,
Y os mancharéis con la sangre.

CARLOS.

¿Dónde vais, Conde?

ROLDÁN.

Señor,
Si es que tengo de casarme,
Á traer el alma voy,
Que la tengo en otra parte.

DOÑALDA.
Corrida estoy.
ROLDÁN.
Bella ingrata,
Aunque pensamientos calces,
Te he de seguir invencible,
Burlando montes y mares.
CARLOS.
¿Qué es esto, ha perdido el seso
El Conde?
FLOR.
Por no casarse
Ha fingido estos extremos.
DOÑALDA.
Todas las dificultades
En un punto han consistido,
Si le dejan que se pase;
Pasóse el punto aquel día
Que vi en el tálamo grave
Malograrse mis deseos,
Y mis glorias malograrse;
Corrida estoy, Flor de Lis,
De que así mi amor se agravie.
¡Ay, hombres! ¿Vuestra fe es ésta?
FLOR.
Fementidos, inconstantes
Son todos.
REINALDOS.
Condena aquellos,
Flor de Lis, que son mudables.
FLOR.
El mejor maldigo.
CARLOS.
Yo
Haré que os cumpla y que os guarde
La palabra, pues la mía
Es imposible que falte:
Préndanle luego.
ASTOLFO.
Señor,
Si es mío el honor aquí
De mi hermana, hoy, en rigor,
Volviendo por ella en mí,
Vuelvo en ella por mi honor.
Y pues en Doñalda bella
Me aniquila y atropella,
Y al justo furor me obligo,
Ha de matarse conmigo,
Ó ha de casarse con ella.

Vase.

CARLOS.
Reinaldos, haced prender
Al Conde para evitar
Lo que puede suceder,
Ya que ha querido causar
Tal disgusto en tal placer.
REINALDOS.
Es temerario.
CARLOS.
Prudente
Le hará el rigor, y obediente;
Haced que le prendan hoy;
Que si es valiente, rey soy,
Y mi cetro es más valiente.

Vase.

REINALDOS.
Doñalda, para que veas
La inconstancia de los hombres,
Á quien obligar deseas,
Escúchame y no te asombres,
Y en mí el primero no creas.
Sabrás..... Mas no quiero agora
Afligirte más.
DOÑALDA.
Detente.
REINALDOS.
Llora este desprecio, y llora
Á amor que te engaña y miente,
Y un loco imposible adora.
DOÑALDA.
Con la suspensión me das
Más muerte.
REINALDOS.
Buscando vas
Para tu pecho el veneno.
DOÑALDA.
Tanta suspensión condeno;
Muera luego, y habla más.
REINALDOS.
El Conde, Doñalda, adora
Á una Circe.
DOÑALDA.
Este exceso,
¿Quién le duda y quién le ignora?
REINALDOS.
Sin valor, sin honra y seso
Sirve.....
DOÑALDA.
¿Á quién?
REINALDOS.
Sirve á una mora.
DOÑALDA.
¿Qué dices?
REINALDOS.
Que ésta es violencia
De amor en tan breve ausencia,
Y aunque es bárbaro el rigor,
Lo que te niega el amor
Lo restaura la paciencia.
DOÑALDA.
¿Paciencia en celos pides?
¿Leyes pones al mar, y al viento mides?
¡Ay, perdida esperanza,
Quién creyera en tal fe tan gran mudanza!
Mas no hay de qué me asombre
Si desdichada soy y el Conde es hombre.
¿Si es esta mora aquella
Que tiraniza el título de bella?
Ella será, sin duda,

Que es mora del Catay, que formas muda.
¡Oh cruel furia tirana,
Arrogancia inmortal, deidad humana!
Fueras en el Leampo
Cándida perla, espíritu del campo,
Siempre líquida y neta,
Y en el Cerdán pedazo de planeta,
Y á Francia no vinieras,
Rayo de las antárticas riberas,
Á ser mujer hermosa,
Que es la perla y la prenda más hermosa.
Pero ¿qué me detengo?
¿Cómo alivio á mis celos no prevengo?
Pues el rigor me obliga,
Buscaré por el campo esta enemiga:
Perdóneme el decoro;
Que un hombre me aborrece y yo le adoro.

Vanse.

Claridano y Medoro.

CLARIDANO.
Necia es tanta piedad.

MEDORO.
¿Quién no es piadoso
En tan justa ocasión? ¡Ay, Claridano!
Darle á mi Rey depósito es forzoso,
Es digna obligación de un pecho humano.

CLARIDANO.
El hallarle ha de ser dificultoso,
Que este, que valle fué profundo y llano,
Es pirámide ya de cuerpos muertos,
De las sombras apenas descubiertos.
Afecto es de tu amor; mas ¿cómo ó dónde
Le podemos hallar en cuerpos tantos,
Y más cuando la luna el rostro esconde
En abismos de horrores y de espantos?

MEDORO.
Á mi amor este exceso corresponde;
Cuerpo á cuerpo he de ver, hermano, cuantos
De púrpura ó coral la muerte viste;
Que en esto sola mi piedad consiste.
Prosigue tu camino con secreto,
Para que al rosicler del alba hermosa
Pueda tener nuestra intención efeto,
Distinguiendo la luz dificultosa.

CLARIDANO.
¿Cuándo, Medoro, fué el amor secreto?
¿Cuándo tuvo razón?

MEDORO.
Surto reposa
El francés escuadrón; llega callando.

CLARIDANO.
Ya voy, en cuerpos muertos tropezando.
¡Válgame Alá!

MEDORO.
¿Qué ha sido?

CLARIDANO.
Pisé un hombre.

Dentro.

¡Arma! ¡Traición!

CLARIDANO.
Si ha sido centinela,
Sentidos somos ya.

MEDORO.
¿Sabes el nombre?
Nos podría ayudar tan gran cautela.

CLARIDANO.
Siempre temí este daño.

MEDORO.
No te asombre.

Cerbris y soldados.

CERBRIS.
Perdóname, hermosísima Isabela;
Que he de ver si es Rugero ó Rodamonte.

CLARIDANO.
Esta selva me ampare.

MEDORO.
Á mí este monte.

CERBRIS.
No te podrá amparar, bárbaro moro;
Que cien soldados cercan la campaña.

SOLDADO 1.º
¡Matalde!

MEDORO.
Si las lágrimas que lloro
Suelen vencer la furia más extraña,
Suspended el rigor, porque el decoro
Que procuro á mi Rey, diga esta hazaña
Tan llena de piedad y de clemencia;
Que luego yo me ofrezco á la sentencia.
No es mi intento vivir, sólo es mi intento,
De este monte de cuerpos africanos
Darle á mi Rey glorioso monumento.
Á quien malogran cenotafios vanos.
Honrarle solicito, y sólo siento,
Sin hacerlo, morir á vuestras manos;
Dejadme ser, francés, agradecido,
Y hecha tan tierna acción, la muerte os pido.

CERBRIS.
Tened, no le ofendáis: dime quién eres,
Y dime la ocasión que á esto te incita.

MEDORO.
Un moro humilde soy, de quien ponderes
Noble piedad, de bárbaro no escrita;
Si mi nombre y mi patria saber quieres,
Él es Medoro, y ella es Tolomita;
Que entre muchos dejé mi patrio suelo,
Siguiendo al Rey de Almonte, Dardinelo.
Mi hermano, que en la caza le servía.
Al elegir yo el monte y él la selva,
Que deshace el temor la compañía
Si no hay pecho ó valor que se resuelva,
Conmigo solo á sepultar venía,
En obelisco de menuda yerba,
Su mal lograda edad, cuando saliste,
Y acto tan generoso suspendiste.
Y así, ilustre francés, pues siempre todos
Os preciáis de piadosos, te suplico

Que al que le decía al monte en sacros co-
Pirámide inmortal, soberbio y rico, [dos (1)
Sin los ritos alarbes, ni los moros (2),
Con que la heroica majestad publico,
Me des lugar que ocaso le dé agora,
Pues ya me da sus lágrimas la aurora.

CERBRIS.

Después del tierno llanto, el real decoro
Que á tu Rey solicitas me suspende,
Y tu rostro gentil, que en ríos de oro,
Por bruñido marfil sierpes extiende.

SOLDADO 1.°

¿Á un bárbaro piedad?

SOLDADO 2.°

¿Clemencia á un moro
Que afeminado y vil, Cerbris, pretende
Parecernos mujer?

SOLDADO 1.°

¡Muera!

CERBRIS.

¿Qué has hecho?

SOLDADO 1.°

La punta, por la espalda saqué al pecho.

MEDORO.

¡Ay, villano francés!

CERBRIS.

¡Por Isabela,
Que te he de hacer pedazos!

MEDORO.

Claridano.....

CLARIDANO.

De Medoro es la voz.

Entra Claridano.

MEDORO.

Ven y consuela
En tan tierna ocasión tu muerto hermano.

CLARIDANO.

No en vano el corazón el mal recela;
Mas vengaré su muerte en el cristiano.

CERBRIS.

Escapóle el caballo, mas yo juro
Que en Francia no ha de estar de mí seguro.
Corrido, moro, estoy.

CLARIDANO.

Y yo dispuesto
Á matar y á morir.

CERBRIS.

¿Quién eres, loco?

CLARIDANO.

Quien con la vida dejará este puesto,
Que sin mi hermano ya la estimo en poco.

CERBRIS.

No le mates.

CLARIDANO.

¡Matadme!

SOLDADO 2.°

Mucho es esto.

(1) Parece que ha de ser *coros*.
(2) Falta la rima.

CERBRIS.

¡Detente!

CLARIDANO.

Esto es morir.

CERBRIS.

Ya me provoco
Á cólera y furor. ¡Muera el villano!

CLARIDANO.

Pues Medoro murió, ¡muera su hermano!

Llévanlo á cuchilladas.

MEDORO.

Recibe, generoso Dardinelo,
Mi tierna voluntad, pues no he podido
Darle, con religión y limpio celo,
Á tu cuerpo el depósito debido.

Angélica.

ANGÉLICA.

Esta verde melena, que del cielo
Tiene este hermoso sitio redimido,
Clausura es de esta ninfa transparente,
Que se cuaja en cristal por no ser fuente.
Pisando estoy los campos de la aurora,
Alma del sol y aliento de las flores,
Vituperio de amor; parezco agora
La diosa celestial de los amores;
Todo el mundo me estima y me decora,
Á quien pago desdenes y favores.
¡Dichosa yo, que en dos opuestas leyes
Desprecio soy de príncipes y reyes!
Mas ¿hay hombre mortal que me merezca?

MEDORO.

Medoro solamente hacer podía
Tan generosa acción.

ANGÉLICA.

De amor padezca
La gente toda en la tibieza mía.

MEDORO.

No tu brío gentil te desvanezca,
Pues ya llegó de tu castigo el día.

ANGÉLICA.

¿Quién á cuanto repito me responde?

MEDORO.

Tu muerte á tu piedad no corresponde.
¡Ay, Medoro infeliz!

ANGÉLICA.

Allí está un moro
Trasladando corales á la yerba:
¡Qué gallardo y gentil!

MEDORO.

Triunfe Medoro
Desta cruel que á nadie no reserva,
Hoy con la eternidad.

ANGÉLICA.

Perfiles de oro
Que en orbes de jazmín, al sol conserva
En su rostro gentil, hace el cabello,
¿Quién osó malograr Abril tan bello?

Púrpura edad le baña las mejillas
En blanca flor y en soñolienta rosa,
Que procura la mente traducillas,
Cárdeno lirio y viola amorosa;
Grande son del amor las maravillas.
Compasiva le miro, y amorosa,
En mí el rigor ser ya piedad desea;
Pero si Venus soy, Adonis sea.
¿Qué monstruo calidonio ingrato pudo
Atreverse á su vida, cuando apenas
Si eres deidad ó si eres mortal dudo,
Aunque el prado rubís, roba azucenas?

MEDORO.

Haga amor de los dos inmortal nudo,
Para glorioso alivio de mis penas.
¡Ay, Claridano mío! ¡Ay, dulce hermano!

ANGÉLICA.

Estos lazos le debo al Claridano.

MEDORO.

Mas ¡ay de mí! ¿Quién eres?

ANGÉLICA.

Quien previene
Reparo á tus heridas peligrosas,
Puesto que á mis cristales Amor tiene
Libradas sus saetas ponzoñosas;
Yerbas te aplicaré cuantas contiene
Esta selva en sus fuentes sonorosas;
Que tal vez consulté la medicina
En la Java del alba más vecina;
Y podrás alabarte de haber sido
El primero del mundo que has hallado
Piedad en mí, que aquí la has merecido,
Si por tu estrella no, por desdichado.

MEDORO.

Que me dejes morir, antes te pido;
Que no quiero ponerte en tal cuidado.
Vete con Dios, mujer.

ANGÉLICA.

También en eso,
Que tú has sido el primero te confieso;
El primero desprecio es el que agora
He visto en ti; tú solo, entre los hombres,
Como el fénix has sido.

MEDORO.

Vete, mora,
Y aquí con arrogancia no me asombres.

ANGÉLICA.

¡Que esto puede un desdén! ¡Que ansí enamora
Un rigor! Pero aquí, sus mismos nombres
Me dan claro á entender que en nieve fría
Tiene fundado Amor su monarquía.
Sangriento y solo estás, deja curarte,
Que todo con la vida se restaura;
Aquí está un palafrén en que llevarte
Donde puedas bañarte en vital aura;
Varias yerbas conozco que aplicarte,
Desde la celidonia á la centaura:
Dame la mano y ven.

MEDORO.

No podré hacello.

ANGÉLICA.

Llégate á mí, suspéndete en mi cuello.
¿Qué es esto, loco amor? ¿Este castigo
Previenes á mi bárbara arrogancia?

MEDORO.

Imposible ha de ser el ir contigo,
Y así, la prevención no es de importancia.

ANGÉLICA.

Allí viene un pastor: amigo, amigo,
Si el cielo la piedad reduce á Francia,
Corta á la yegua el paso presuroso
Y muéstrala en peligro tan forzoso.

PEYRÓN.

¿Sois mujer?

ANGÉLICA.

Mujer soy.

PEYRÓN.

Pues ya me apeo.
¡Ay de mí! Moros son.

ANGÉLICA.

Espera, aguarda.

PEYRÓN.

Espere Bercebú.

ANGÉLICA.

Mostrar deseo
En mi llanto, que el miedo te acobarda.
Moros somos de paz.

PEYRÓN.

¿No es la que veo
La reina del Catay, bella y gallarda?
¿Sois Angélica?

ANGÉLICA.

Sí.

PEYRÓN.

Señora mía,
Perdonad, que Peyrón no os conocía.

ANGÉLICA.

¡Oh amigo! En esta ocasión,
El cielo aquí te ha traído;
Deste joven malferido
Te mueva la compasión.

PEYRÓN.

¡Oh, qué lástima, porque es
El morico como un oro!
¿Quién le hirió?

ANGÉLICA.

La causa ignoro.

MEDORO.

De mí la sabréis después.

ANGÉLICA.

¿Hay por aquí en qué se albergue?

PEYRÓN.

Cerca de aquí, al Rey igual,
Tendrá un alcázar Real
En un pastoral albergue;
Mi yegua, más bien que un coche,
Le llevará.

ANGÉLICA.

Peyrón, guía;
Mira, aquí tiene mi día
Los ojos con mucha noche,

Aunque desto no te asombres:
Camina.

MEDORO.

Apenas podré.

ANGÉLICA.

Y esto muestra lo que fué
Vida y muerte de los hombres.

Vanse.

Roldán y Doñalda, de mora, bizarra con espada, de corto.

ROLDÁN.

Ya, Angélica, es imposible
Escaparte.

DOÑALDA.

Si el vestido,
Conde, la ocasión ha sido
Desta mudanza increible,
Amoroso y apacible,
Bien puedes, amante fiel,
Favorecerme por él;
Y pues en su traje estoy,
Pensar que Angélica soy
Más amante y menos cruel.
Yo soy tu Angélica hermosa,
Que amor quiso que lo fuera
Para que en el mundo hubiera
Una Angélica piadosa;
Ya apacible y amorosa
Aquí tu Angélica tienes,
Mas como della previenes
Siempre bárbaros rigores,
Desestima los favores
Porque esperabas desdenes.

ROLDÁN.

No sé cómo responderte,
Porque confuso he quedado,
En el traje tan burlado,
Como ofendido de verte.
¡Tú, vestida de esta suerte,
Angélica te has fingido!
Nuevo arbitrio has elegido
Aquí para ser la bella,
Porque adoro el alma en ella
Como aborrezco el vestido.
Efecto más soberano
En mis potencias hicieras
Si el alma mora tuvieras
En el hábito cristiano:
Salióte el intento en vano,
Sólo el alma le enamoro,
Y el traje infamo y desdoro;
Mas, como ignorante estás,
Lo que aborrezco me das,
Y me niegas lo que adoro.
Alma fuiste en tiempo en mí,
Cristiana, pero ocupar
Pudo tu mismo lugar
La mora deidad que vi;
Y pues la fe la rendí
Y la fe que te guardé
En el alma, mora, ve
Que me anima y me enamora,
Y pues tengo el alma mora,
No hagas caso de mi fe.

DOÑALDA.

¿Siguiendo á una mora vas?

ROLDÁN.

Tan loco imposible adoro.

DOÑALDA.

¿Eres moro?

ROLDÁN.

En ella moro;
Digno apellido me das.

DOÑALDA.

Oye.

ROLDÁN.

No me apures más;
Que amor me enciende y me enfría.

DOÑALDA.

¿Hay tan vil descortesía?
¿Por qué me vuelves la espalda?

ROLDÁN.

Porque te alcancé, Doñalda,
Y á Angélica la seguía.

Deténele Astolfo.

ASTOLFO.

Detente.

ROLDÁN.

Si aquí contigo
Más ejércitos vinieran
Que en pirámides se vieran
Lágrimas del rubio trigo;
Corto he andado, poco digo:
Si vinieran á tu lado
Cuantos el cielo ha formado
Ni ha imaginado el poder,
No pudieran detener
El camino comenzado;
Que es querer encarcelar
Del sol los rayos eternos,
Y en montes de vidrios tiernos
Querer los ríos parar,
Atar el viento y atar
El fuego preso en su abismo,
Y al mar que en su crematismo
Soberbio sale de sí,
Querer detenerme á mí,
Porque vengo á ser lo mismo.

ASTOLFO.

Pues yo, culpando mi suerte,
Quisiera dejar de ser
Lo que soy, que es mucho ser
Mi ser para detenerte;
Cuanto has dicho en mí lo advierte,
Y porque en tal desatino
Tu perdición imagino,
Te detengo el paso así
Porque vuelvas por allí,

Que es el más cierto camino.

ROLDÁN.

Éste eligen mis antojos
Y el que me ofrecen condeno,
Que éste está de flores lleno,
Y ése está lleno de abrojos,
Y en sólo volver los ojos,
Espanto y temor me da,
Aunque al parecer, está
Fingiendo un deleite eterno (1).

ASTOLFO.

Sofístico estás.

ROLDÁN.

Tú estás
Cansado.

ASTOLFO.

Vamos al caso
Yo así te defiendo el paso (2).

ROLDÁN.

Y yo así doy paso atrás;
Duque, guardándome vas
Por detenerme cruel.

DOÑALDA.

Ten lástima de mí y dél.

ROLDÁN.

Mujer, no vengas tras mí,
Porque por huir de ti
Tengo de correr tras él.

DOÑALDA.

Bárbaro enemigo
Que en tal error estribas,
Aborrecido vivas
Que es el mayor castigo;
Mas cuando te maldigo,
Bendiciones te doy, pues gusto tienes
En el fiero rigor de los desdenes.
Dejaréte ofendido
Aunque de mí te alejes,
Porque á mi hermano dejes
Sin que pierda la vida.
Ya, sangriento homicida,
Te dejo y no te sigo; que ansí gano,
Muriendo yo, la vida de un hermano.

Vanse.

Angélica.

ANGÉLICA.

Yo sola venturosa,
Amor, llamarme puedo en tus engaños,
Pues de Medoro esposa,
Logro mi juventud, medro mis años,
Tan dulces desengaños,
Tan bien ganados y tan mal perdidos,
Que entran por la amistad de los sentidos.
Padeceré inmortales,
Para un bien que me das, eternos males.
¡Qué engañada vivía
Cuando tus generosos desconciertos,
Amor, no conocía!
Viva, tenía los sentidos muertos,
Y en errores tan ciertos,
Desvanecida, loca y arrogante,
En el mundo viví sin semejante,
Cuando no vive cosa
Que en él no tenga semejanza hermosa:
Mas él es el que viene;
Que amor epitalamios le previene.

Medoro, con un báculo y un cuchillo, escribiendo en los árboles, y pastores cantando.

MEDORO.

Ya porque mis glorias
Lisonjeros cuenten,
Sus cortezas hago
Láminas silvestres.

ANGÉLICA.

Dulce dueño mío,
Locas estas fuentes,
Perlas me tiraban
Con risa de verte:
¿Qué escribes?

MEDORO.

Escribo
Los gustos presentes,
Porque al paso crezcan
Que estos olmos crecen;
Eternos ansí
Nuestros nombres queden,
Que para callada
No es tan alta suerte;
Álamo ninguno
De decirla deje;
Sepan que Medoro
Tu deidad merece.

ANGÉLICA.

¿Cómo dice?

MEDORO.

Todos
Hablan de esta suerte,
Formando una firma
Las *aes* y *emes*.

ANGÉLICA.

La M y la A
Que en un lazo tienes,
¿Qué dicen?

MEDORO.

Sentidos
Les doy diferentes:
La M por sí
Mi nombre refiere,
Y el tuyo la A,

(1) Décima incompleta.

(2) Restablezco así estos versos que en el manuscrito y en la edición están alterados de la manera siguiente:

ASTOLFO.

Sofístico estás.

ROLDÁN.

Tú estás cansado.

ASTOLFO.

Vamos al caso, yo así
Te defiendo el caso.

Y juntas se entienden,
Nuestros nombres juntos
Hicieron dos veces.
En la A dirá
Ama, se advierte
También por los dos,
Pues tan dulcemente
Ama cada cual.

ANGÉLICA.

Deja que celebre
Tu ingenio en mis brazos.

MEDORO.

Y que yo te bese
Las estrellas, si hay
Estrellas de nieve,
Pues tus blancas manos
Dos copos desmienten.

PEYRÓN.

En la M ya
También decir puede
Marta, manta, mona,
Maliciosamente,
Maldita, malhayas,
Martinela.....

MARTINELA.

Siempre
Has de ser en todo,
Peyrón, maldiciente.

ANGÉLICA.

Y abajo, ¿qué dicen?

MEDORO.

Más dejo entenderme:
Gozó aquí Medoro.....

ANGÉLICA.

¿Quién mis glorias cree?

MEDORO.

Su Angélica; envidian
Su triunfo los reyes,
Y denle los hombres
Dulces parabienes.
Mi exceso perdona.

ANGÉLICA.

Mi soberana corona,
Ciudad hace vuestra frente,
Porque es símbolo del muro.

MÉDORO.

Aunque la cerques, confieso
Que en sus murallas el seso
Por ti no ha de estar seguro.

ANGÉLICA.

Repartir las prendas quiero
De tantos locos amantes;
Que en acciones semejantes,
Medoro, vencerte espero:
Este brazalete de oro,
Que fué de Orlando, te doy
Por el hospedaje.

GUARINO.

Soy
Tu esclavo.

MEDORO.

Tu gusto adoro,
Porque á este Orlando aborrezco.

ANGÉLICA.

Suyo es también este anillo;
Toma, y este cabestrillo
Tú.

PEYRÓN.

¿Yo cabestro merezco?
Confirmado en bestia estoy,
Mas, pues me has hecho borrico,
Ya estó en vísperas de rico.

ANGÉLICA.

Aquí á vosotros os doy
Esta caja, repartid
Las joyas que en ella van;
Que hay lisonjas del Ceilán.

PASTOR 1.°

Danos esos pies.

PEYRÓN.

Vivid
Más años que un campanario.

MEDORO.

Partirnos luego, es forzoso,
Á las naos.

ANGÉLICA.

Ven, dulce esposo.

PEYRÓN.

Él vendrá á ser herbolario
Si un año vive con vos.

MEDORO.

¿Quién, si el mismo amor no fuera,
Tal milagro hacer pudiera?

ANGÉLICA.

Es niño.

MEDORO.

Es ciego.

ANGÉLICA.

Y es Dios.

GUARINO.

Hasta que al valle salgáis,
Acompañaros queremos
Cantando y haciendo extremos.

PEYRÓN.

Pues ¿cómo no comenzáis?

Éntranse cantando.

Roldán.

ROLDÁN.

Todo aquello que Angélica no sea,
Da muerte al pensamiento, al gusto enojos,
Que amor hace en mis ojos
Divino objeto y celestial idea;
En todo quiere el alma que la vea,
Y engañando el deseo,
En todo la imagino y no la veo.
Esta hermosa y bellísima alameda,
Arrogancia soberbia deste valle,
Que en alfombrada calle

Con los rayos del sol hojas enreda,
Treguas á mis sentidos les conceda,

Siéntese.

Si puede haber sosiego
Cuando es amor espíritu de fuego.
Que nadie te merezca, ingrata bella,
Está puesto en razón, y es justa cosa
Que á mujer tan hermosa
Hombre mortal no puede merecella;
Sólo yo puedo amalla, yo querella,
Y ella á mí amarme puede,
Sin que excedido amor en los dos quede.
¿Dónde está la verdad, plantas hermosas?
¿Dónde la ingratitud? ¿Dónde el agravio?
¿Qué hizo la madre eterna de las cosas?
Mas la selva, en cadencias sonorosas
Diciendo que la esconde,
En mis dudas parece que responde.

Cantan dentro:

Con aquellas blancas manos
Que quitaron tantas vidas,
Curando Angélica estaba
De Medoro las heridas.

ROLDÁN.

¡Válgame Dios! Acordadas
Voces, y voces que digan:
«Curando Angélica estaba
De Medoro las heridas.»
¿Qué puede ser? ¿Qué será?
¿Angélica enternecida?
«Curando Angélica estaba
De Medoro las heridas.»
¡En Angélica piedad!
Pero será fantasía
En voces imaginarias,
Si en todo amor la imagina.
Curando Angélica estaba,
Dice, con sus manos mismas,
Las heridas de Medoro.
¡De Medoro! ¿Hay tal desdicha?
Medoro..... ¿Quién es Medoro?
Del nombre tengo noticia:
Medoro..... Sí, ya me acuerdo;
Este es un moro que un día
Pienso que en este lugar
La copia hermosa y divina
De Angélica profanaba,
Y á quien yo con bizarría
Maltraté y quité el alfanje,
Y es bajeza que se diga
Esto de un moro tan vil,
Ni que della se colija
Tal liviandad, si no es
Que amor soberbio castiga.
Mas ¡Angélica piadosa!
¡Angélica agradecida!
¡Cielos! ¡Las canciones mienten!
¡Mienten las voces malditas!
Mas pastores son que bajan,
En lisonjera capilla,
Del monte; dellos sabré
Si ésta es del amor envidia.

Descienden pastores por dos partes, cantando los unos y los otros.

PEYRÓN.

En un pastoral albergue
Que la guerra entre unos robles
Le dejó por escondido,
Ó le perdonó por pobre,
Do la paz viste pellico,
Y conducen tres pastores
Ovejas del monte al llano
Y cabras del llano al monte,
Mal herido y bien curado
Se alberga un hermoso joven,
Que sin tirarle amor flechas,
Le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche,
Le halló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.
Del palafrén se derriba,
No porque al moro conoce,
Sino por ver que á la yerba
Tanta sangre pasa en flores.
Yerbas aplica á las llagas,
Que si no sanan entonces,
En virtud de tales manos
Lisonjean los colores.

Vanse.

Roldán.

ROLDÁN.

No prosigáis, callad.

PEYRÓN.

¡Ay!

PASTOR 1.°

¡Ay!

PASTOR 2.°

¡Ay!

PEYRÓN.

Martinela, corre.

ROLDÁN.

Aguardad, que amigo soy,
Y no hay en mí qué os asombre.

PEYRÓN.

No, si una vez nos derriba.

ROLDÁN.

No es mucho, si vuestras voces
Á mí me han muerto también.

PEYRÓN.

Cantan como ruinseñores
Estos dos; porque son ruines,
Su ignorancia los abone.

ROLDÁN.

Esta letra y la primera

Son en el caso conformes.

GUARINO.

Sí, señor, y verdaderas.

PEYRÓN.

Y ¿cómo?

ROLDÁN.

¡Bueno me ponen!

PEYRÓN.

La primera por Belardo,
Que habló al uso de corte
Porque se ha criado en ella,
Y con dulzura compone
Divinidades, y hay tantas,
Que en volúmenes no cogen;
La segunda hizo Lisardo,
Tan levantado y tan noble
Espíritu, que la gente
Por deidad le reconoce:
Estos dos, pues, compusieron
Al tálamo más conforme
Que han celebrado jamás
Mármol blanco y rubio bronce,
Estas letras, porque fueron
Testigos de sus amores.
Halló Angélica la bella,
Como Venus halló á Adonis,
Á Medoro mal herido.

ROLDÁN.

¡Medoro! ¿Qué dices, hombre?

GUARINO.

Medoro, sí, muy bien dice.

ROLDÁN.

¿Qué dices?

PASTOR I.°

Su propio nombre
Es Medoro.

PEYRÓN.

Y es ¡por Dios!
Muy principal, aunque es pobre.

MARTINELA.

Como es pobre, ella quiere
Que en el Catay le coronen.

PEYRÓN.

¡Pardiez! Puede el Medorillo
Ser señor de los dos orbes.

PASTOR I.°

Ellos se juntarán bien.

GUARINO.

En mi cabaña diez noches
Han estado, que los días
Estos álamos sin orden
Los hurtaban.

PEYRÓN.

Y aun si hablaran.....

ROLDÁN.

¡Que éstos así me provoquen!
¡Diez noches!

GUARINO.

Y en las seis ella
Tanta diligencia pone
En curarle con las yerbas
Cuyo secreto conoce,
Que se levantó el Medoro
Sano y fuerte como un roble.

PEYRÓN.

¡Tal priesa tenía ella
Por lograllo!

GUARINO.

Desposóse
Con él á la usanza suya.

PASTOR 2.°

¡Hola, las uñas se come!

PASTOR I.°

¡Si es poeta!

ROLDÁN.

Y luego, ¿qué hubo?

PEYRÓN.

A los discretos lectores
Eso en silencio se deja.

GUARINO.

Transportines y colchones
De plumas desestimando,
Y á los bálsamos y olores,
Hicieron el heno campo
De batalla.

PEYRÓN.

Y á las doce
Se levantaron.

GUARINO.

Al fin
Hoy se han despedido.

ROLDÁN.

Y ¿dónde
Agora están?

GUARINO.

En las naves.

ROLDÁN.

Y ¿no os regalaron?

GUARINO.

Dióme
Ella aqueste brazalete,
Que dijo que era del conde
Don Roldán, y él.....

ROLDÁN.

¿Quién?

GUARINO.

Medoro.
Con él enojado entonces,
Le dijo que me le diera.

ROLDÁN.

¡Basta ya, villanos torpes;
Que desata en vuestras lenguas
El infierno sus rigores!
Idos luego. Mas ¿no os vais?
Si aquí no queréis que corte
Las voces por la garganta.

PEYRÓN.

Por esa parte se come.

VILLANO.

Guarda la gola.

PEYRÓN.

¡Oxte, puto!

ROLDÁN.

¡Oh cabaña vil, oh bosque,
De mis agravios testigos!
¡Oh viles encubridores
De mis celos, oh villanos!

PEYRÓN.

¡San Gil!

MARTINELA.

¡San Braulio!

GUARINO.

¡San Cosme!

ROLDÁN.

Pero no puedo creer
Que tal beldad se malogre
Con moro tan vil; mas siempre
Son tales las elecciones
De las mujeres. ¡Oh monstruo,
Como la luna biforme!

PEYRÓN.

Yo me escurro.

ROLDÁN.

¡Infame, espera!

MARTINELA.

Tras el álamo te esconde.

PEYRÓN.

Él me ampare.

ROLDÁN.

Mas ¿qué es esto?
En las cortezas, los nombres
De Angélica y de Medoro
Están dando mudas voces:
Aquí Medoro gozó.....

GUARINO.

Ramas quiebra y troncos rompe.

ROLDÁN.

A su Angélica: los reyes
Les envidien, y los hombres
Les den parabién. Ya
Los celos me descomponen;
No ha de quedar en el valle
Álamo que no destronque,
Ni hombre que no mate.

PASTOR 2.°

Huyamos.

PEYRÓN.

Yo aquí, por más que se enoje,
Estoy seguro; que el tronco
En su pecho me socorre.

Escóndese en el hueco de un árbol, donde está un dominguillo como Peyrón.

TODOS.

¡Guarda el loco!

ROLDÁN.

No ha de haber
Rayo que ceniza os torne,
Tan fiero como mi espada;
Caed, tálamos enormes

Da cuchilladas á los robles.

De tórtolas y palomas;
Pero cuando aquí os despoje
Del verdor que os enloquece,
Abril volverá que os borde.
Arrancaros con los brazos
Quiero, ¡oh vil! ¿Aquí te pones
Para apurar mi paciencia?
Estrellaréte en los montes.

Arranca el árbol y topa el dominguillo; pensando era Peyrón, le echa en el tablado.

PEYRÓN.

¡Ay, que me ha descalabrado!
De veras fué; levantóme
Como testimonio. ¡Ay, ay!
¿No hay quien la sangre me tome?

ROLDÁN.

¡Oh villano, aún estás vivo!
Aguarda; que de otro bote
Te he de echar á las estrellas.

PEYRÓN.

¡Ay, ay!

Toquen, y salen Medoro y Angélica.

MEDORO.

Los aires rompen
Los clarines, y las naves
Los blandos linos descosen;
Mas ¡ay triste!

ROLDÁN.

La venganza
Dios en la manos me pone.
¡Vil mujer, beldad tirana,
Que elegiste el más vil hombre
Del mundo, aquí, entre mis brazos.....

MEDORO.

Del anillo te socorre.

ROLDÁN.

¡Habéis de morir!

ANGÉLICA.

No temas, dame la mano.

Vuelan de las manos.

ROLDÁN.

Veloces
Pensamientos sean deshechos
Entre las manos. ¡Oh enormes
Encantos! Mas no ha de haber
Quien la venganza me estorbe.

Vase.

PEYRÓN.

¡Ay, ay, ay, que mis gregüescos
Toda la sangre recogen!
¡Ay, ay! Y pues huelo mal,
Sin duda que se corrompe.

ACTO TERCERO.

Carlos, Doñalda, Flor de Lis, Astolfo, Reinaldos.

CARLOS.
¡Infelice suceso!
REINALDOS.
Tanto pudo
Un loco amor en él.
FLOR DE LIS.
¿Traerá esa mora
Espejos del Oriente?
CARLOS.
No lo dudo;
Que consulta las yerbas de la aurora.
REINALDOS.
Sin humana razón, solo y desnudo,
Las grutas vive y los desiertos mora;
Que así en la soledad hallar procura,
Filósofo de amor, mental locura.
Vió esta mora beldad, dando alma hermosa
Á un rubio palafrén, que parecía
Espuma con espíritu ó vistosa
Garza, que opuesta al sol puntas hacía;
Sus clines eran nieve, que en copiosa
Y blanca inundación se derretía,
Y la cola, torrentes de cristales,
Que se quebraba en ondas desiguales.
Á la ley de la rienda el cuello embebe,
En quien la testa se termina apenas,
Donde por ojos dos jacintos mueve,
Anegados en limpias azucenas.
En este monstruo, en fin, mosqueta ó nieve,
Que, gentil, vientos calza y burla arenas,
Venía este prodigio de amor luego,
Que quiso con la nieve unir el fuego.
Acompañaba á la cruel el moro
Que eligió por esposo, en una alfana,
Que bañada en marfil, ébano y oro,
Crepúsculo dió al sol y á la mañana.
El Dios me pareció metido en toro,
Bello ladrón de Europa soberana,
Que anegado en su espuma el mar rompía,
¡Tales corvetas por la yerba hacía!
Y como alarbe tigre que en su cueva
Los hijuelos no halló, ó como leona
Cuando el cachorro el cazador le lleva,
Que á las fieras que encuentra no perdona,
Dando de su pesar bastante prueba,
Tras ellos va sin perdonar persona,
Ora sea cristiano, ó moro sea,
Hija sólo de amor acción tan fea.
Quedárase en el mar á nó ofrecerle,
Piadoso un pescador, vida en su astilla,
Breve concha, que pudo socorrerle,
Sacándole en sus brazos á la orilla;
Así muerto en la arena llegué á verle,
Donde fiero me embiste y me acuchilla,
Y así, teniendo al mar y al mundo en poco,
Por los montes se entró desnudo y loco.
CARLOS.
¡Grave desdicha!
DOÑALDA.
Afecto miserable
De mi poca ventura.
CARLOS.
Yo, sobrina,
Al Conde os ofrecí cuerdo y afable,
Mas es mayor la voluntad divina.
DOÑALDA.
Permitid que se busque y que se entable,
Si quiere obedecer la medicina,
Su salud; que aunque amor causó este exceso,
El mismo es poderoso á darle el seso.
CARLOS.
Si es el Conde, Doñalda, vuestro esposo,
Bien le podéis buscar.
REINALDOS.
Y acompañaros
Me toca á mí, en peligro tan forzoso;
Que fuera descortés aquí en dejaros.
ASTOLFO.
Yo, César soberano y poderoso,
No pienso perdonar los vientos claros,
Las turbias aguas, los soberbios montes,
Desmintiendo la sierra en horizontes.
CARLOS.
Malograr la victoria de Agramante
Este suceso solamente pudo.
REINALDOS.
Yo le traeré á París, aunque arrogante
Se quiera defender, loco y desnudo.
DOÑALDA.
Tu amparo y tu favor será bastante
Para triunfar del Conde, no lo dudo;
Que es Reinaldos, en caso de importancia,
La gloria de París y el sol de Francia.

Váyanse.

Guarino, Martinela y villanos.

VILLANO 1.º
¡Soberbio moro!
MARTINELA.
¡Arrogante!
VILLANO 1.º
Temiéndole estoy aquí.
GUARINO.
¿Éste es Rodamonte?
VILLANO 2.º
Sí.
MARTINELA.
Bien lo publica el semblante.
GUARINO.
Francia está de locos llena;
Si el mundo es jaula de locos,
En él los cuerdos son pocos,

Y á éstos también los condena.

VILLANO 3.°

¿Qué os mueve á defender
Este paso?

GUARINO.

La cautela
De la muerte de Isabela.

MARTINELA.

Ella fué honrada mujer.

GUARINO.

Después que le dió á Cerbrín,
Joven valiente y gallardo,
El bárbaro Mandricardo
Tan triste y mísero fin,
Su esposa tiranizó
Este bárbaro, y quería
Burlar su honor, mas un día
Que la violencia intentó,
Ella le engañó pidiendo
Ciertas yerbas que le dieron
Vida inmortal, pues le hicieron
Triunfar del rigor, muriendo.

MARTINELA.

¿Matóse con ellas?

GUARINO.

Sí.

MARTINELA.

Ella fué mujer honrada.

VILLANO 1.°

Venganza fué muy pesada.

MARTINELA.

Triunfó del tirano así.

GUARINO.

Sepultóla enternecido
Donde esta puente fundó,
Cuyo tránsito juró
Tener siempre defendido;
Y así, arrogante pelea
Con cuantos pasan por él.

MARTINELA.

Él es soberbio y cruel.

VILLANO 1.°

Hasta que el Conde lo vea
Tiene de vida.

MARTINELA.

Es verdad;
Esa verdad os confieso.

GUARINO.

Á estar el Conde con seso,
Su loca temeridad
Ha de postrar tu arrogancia.

MARTINELA.

¡Que el seso venga á perder
Por una mala mujer
El mejor hombre de Francia!

GUARINO.

¡Lástima grande!

Peyrón.

PEYRÓN.

Durmiendo
Le he de hallar.

GUARINO.

¡Peyrón!

PEYRÓN.

¡Guarino!

GUARINO.

¿Qué es eso?

PEYRÓN.

Ser imagino
Rico.

MARTINELA.

¿Rico?

PEYRÓN.

Sí, prendiendo
Al Conde.

MARTINELA.

¿Tú al Conde?

PEYRÓN.

Sí.

VILLANO 1.°

Y ¿para eso te has armado?

GUARINO.

En París han pregonado
Está el Conde por aquí.

VILLANO 1.°

Pues ¿cómo le has de prender
Si le temes?

PEYRÓN.

¿Yo temello?
¡Voto á san, que he de prendello,
Pero durmiendo ha de ser!
Que han pregonado en París
Que mil doblas le darán
Al que prenda á don Roldán,
Y si vosotros venís
Conmigo, le prenderemos.

VILLANO 2.°

¿Cómo?

PEYRÓN.

Hallándole dormido;
Que sin estruendo y rüido
Echarle un lazo podemos.

MARTINELA.

No me parece acertado.

PEYRÓN.

¿No me enlazasteis ansí
Vos, mala mujer, á mí?

MARTINELA.

No eres tú tan esforzado
Como el Conde.

PEYRÓN.

Y más, ¡par Dios!

MARTINELA.

¿Más?

PEYRÓN.

Más temerario anduve.

MARTINELA.

¿Tú?

PEYRÓN.

Yo, pues ánimos tuve

Para casarme con vos.

MARTINELA.

¿Valentía es ser mi esposo?

PEYRÓN.

Y muy grande.....

MARTINELA.

¿Hay tal traición?

PEYRÓN.

Heroicidad.

VILLANO 2.°

Con todo, Peyrón,
No sois vos tan valeroso
Como el Conde.

PEYRÓN.

Eso es verdad;
Mas..... ¿en qué iba?

GUARINO.

En tener miedo.

PEYRÓN.

Y ¿ser valiente no puedo
Con él?

VILLANO 3.°

Con dificultad.

PEYRÓN.

Pues ¿cómo conozco yo
Muchos que espantan las gentes
Y tienen miedo?

VILLANO 2.°

Valientes
Son de mentira, que halló
En su desvergüenza el miedo
Disculpas.

PEYRÓN.

Que son diré
Ésos, valientes por fe,
Y en su número estar puedo;
Mas ¿cómo ganar podemos
Las doblas?

GUARINO.

Eso ha de ser
Vistiéndote de mujer,

PEYRÓN.

¿Yo mujer?

GUARINO.

No hagas extremos.

PEYRÓN.

¿Mujer?

GUARINO.

Prenderse podría
Así, aunque fiero y terrible;
Pues vencer es imposible,
Como hombre, su valentía.

PEYRÓN.

¿Como mujer yo? ¡Oxte, puto!

VILLANO 2.°

Su prisión así está clara.

PEYRÓN.

¡Mujer yo, y que me estrupara,
Riguroso y presoluto!
Guarda la gamba, eso no;
No quiero doblas.

GUARINO.

Aguarda;
Que desta industria gallarda
Nos valemos.

PEYRÓN.

¿Mujer yo?

GUARINO.

El Conde, sin alma y seso,
Sigue á Angélica la bella,
Y tú, fingiendo ser ella.....

PEYRÓN.

No me habléis, Guarino, en eso;
Que aunque vuestro yerno soy,
Perderé á la sogrería
El respeto y cortesía.

GUARINO.

Con la industria que te doy,
Sin peligro prenderás
Á Roldán, y ganaremos
Las doblas.

PEYRÓN.

¿Cómo podemos?

GUARINO.

Escúchame y lo sabrás:
Tú has de vestirte de mora.

PEYRÓN.

¿Yo de mora?

MARTINELA.

Industria es rara.

PEYRÓN.

¿De mora y con esta cara?

GUARINO.

El Conde á Angélica adora,
Y fingiendo su beldad
Vestido así.....

PEYRÓN.

Estáis sin seso.

VILLANO 1.°

¿Qué puedes perder en eso?

PEYRÓN.

Mi honor y virginidad;
Que es temerario un antojo
De un loco.

GUARINO.

Estando contigo,
¿Qué temes?

PEYRÓN.

Guarino amigo,
Temo morir de mal de ojo.

GUARINO.

Como Angélica vestido,
Todos, Peyrón, le diremos
Que á Angélica le traemos
Del Catay, donde se ha ido,
Y cuando á darte los brazos
Llegue el loco, por detrás
Echarle un lazo verás
Que le dé más fuertes lazos,
Y prendiéndole ganamos
Las mil doblas.

PEYRÓN.

No quisiera
Que algún disparate hiciera
Conmigo.

VILLANO 2.°

¿Cómo, si estamos
Contigo?

PEYRÓN.

Suele jugar
Á la pelota con todos,
Y saca de tales modos,
Que de un voleo, parar
Sobre un monte me habéis visto.

GUARINO.

Atado, ¿qué hay que temer?

PEYRÓN.

Si ello es fuerza que he de ser
Angélica, yo me visto;
Mas ¿qué dirá si me ve
Tan vellosa y tan barbada?

VILLANO 3.°

No hay que reparar en nada;
Que está loco.

PEYRÓN.

Ya lo sé;
Mas podría.....

MARTINELA.

El loco viene.

PEYRÓN.

Ya tiemblo.

GUARINO.

Vete á vestir.

PEYRÓN.

Hoy Peyrón ha de morir
De Angélica.

Vase.

Roldán.

ROLDÁN.

¡Hola! ¿Quién tiene
Mis alas? ¡Hola!

MARTINELA.

Recelo
Que aquí nos ha de estrujar.

ROLDÁN.

Mi aderezo de volar
Me dad, veré si en el cielo
Está la hermosura infiel
Que desta suerte me trata;
Mas si es hermosura ingrata,
No puede caber en él,
No es bien que el cielo la albergue;
Pero en vano me desvelo
Si halla gloria y halla cielo
En un pastoral albergue.
¿Quién está aquí?

GUARINO.

Almas del rico
Cielo que á Angélica encierra.

ROLDÁN.

¿Cómo puede estar la guerra
Do la paz viste el pellico?

VILLANO 1.°

Con Medoro está.

ROLDÁN.

¡Oh, villanos!
¿Con Medoro?

GUARINO.

Yo soy muerto.

ROLDÁN.

¿Con Angélica Medoro?
¿Un moro vil en el cielo?
¿Angélica en gloria, y yo
Por su ocasión padeciendo?

VILLANO 2.°

Antes está condenada
Por tan bárbaro desprecio,
Al infierno; que el amor
Esta maravilla ha hecho
En su ingratitud, por dar
Tan soberano escarmiento.

ROLDÁN.

¿Qué decís?

GUARINO.

Lo que es verdad.
Aquí á Angélica tenemos
Llorando sus sinrazones
Y culpando sus deseos.

ROLDÁN.

Y vosotros, ¿quién sois?

VILLANO 1.°

Somos.....
Almas en pena que en estos
Cóncavos tristes estamos
Penando.

ROLDÁN.

¿Luego el infierno
Es este valle?

GUARINO.

¿No ves
Aquellos álamos negros?
Pues del humo están así.

ROLDÁN.

¿Luego yo en alma y en cuerpo
Estoy en él?

VILLANO 2.°

Sí.

ROLDÁN.

¿Por qué?

VILLANO 2.°

¿Por qué? Por amante necio.

ROLDÁN.

¿Luego es ser constante y firme
Necedad?

MARTINELA.

En estos tiempos,
Tan grande, que así se paga
Con pena y tormento eterno.

ROLDÁN.

¿Quién hizo ley tan infame?

VILLANO 3.°

El uso.

ROLDÁN.

¿Luego uso nuevo
Hay en amor, concordancia
Del mundo, cuyo alimento
Son espíritus que informan
Por los ojos, en los pechos,
Otra vida y otro ser?

GUARINO.

Templado estáis á lo viejo;
Que lo que fué puro amor,
Es ya engaño y fingimiento.

ROLDÁN.

Mentís, almas maliciosas;
Mas sin duda estáis, por serlo,
En este lugar. ¿Fingidas
Pueden, en ángeles bellos,
Ser las lágrimas que salen
Formando en el rostro espejos
Donde las almas se miran
Con recíprocos alientos?

VILLANO 2.°

¿Ves los átomos divinos
De cristal, que lisonjeros
Diluvios rizan al alma
Garzotas de cristal tierno?
¿Ves la angélica hermosura
Y la púrpura atreviendo,
Descompuestas manos que hacen
Rayos de marfil los dedos?
Pues todo es mentido y falso;
Que amor vive de embelecos.

GUARINO.

Hasta que venga Peyrón
Importa así entretenerlo.

VILLANO 2.°

Si las mil doblas ganamos,
Guarino, ¿á cómo cabemos?

GUARINO.

Después haremos la cuenta.

VILLANO 2.°

Rico con mi parte quedo.

ROLDÁN.

Pues en el infierno estoy,
Ver aquella ingrata quiero.
¿Cuál es su cuarto?

MARTINELA.

El que está
Cerca del de Judas.

Peyrón, de mora.

PEYRÓN.

¿Vengo
Bueno?

MARTINELA.

Sí.

PEYRÓN.

Ved con cuidado
Si á Angélica me parezco.

GUARINO.

Pareces la misma mora.

PEYRÓN.

¿Tengo buen rostro? ¿Qué es esto?

VILLANO 2.°

El loco; aquí te retira,
Y sal cuando te llamemos.

PEYRÓN.

Talle tiene de estruparme;
Mi arrabal os encomiendo.

Vase.

ROLDÁN.

¡Oh moro vil! ¿Á mis ojos?

GUARINO.

¿Qué ves?

ROLDÁN.

Á Medoro veo,
Con mi Angélica abrazado
En nudo y vínculo estrecho
En un pastoral albergue,
Campo de envidias y celos.

GUARINO.

Repórtate; que en tus manos
Á Angélica te pondremos.

ROLDÁN.

¡Oh almas santas!

VILLANO 2.°

Congregados
Dirás, pues lo parecemos
Cuando en el infierno estamos;
Pero ya llegado habemos
Al cuarto donde te aguarda
Angélica.

ROLDÁN.

Entremos dentro.

VILLANO 1.°

No; mejor será llamarla,
Que hace gran bochorno y fuego
Allá.

ROLDÁN.

Angélica, señora.....

PEYRÓN.

¿Quién me llama?

ROLDÁN.

El que siguiendo
Va tu ingratitud, el conde
Orlando.

PEYRÓN.

Ya me arrepiento
Del rigor que os he mostrado,
Y el amor os agradezco.

ROLDÁN.

¿Hay tal suerte, hay tal ventura?
¿Dónde estáis?

PEYRÓN.

Aquí.

ROLDÁN.

No os veo.

PEYRÓN.

Aquí estoy.

ROLDÁN.
¿Dónde?
PEYRÓN.
Aquí.
ROLDÁN.
¿Dónde?
PEYRÓN.
Aquí, aquí.
ROLDÁN.
Salid.
PEYRÓN.
No puedo
Sin licencia.
ROLDÁN.
¿Qué es licencia,
Sabiendo que yo la tengo
En cualquier parte? La mano,
Que en el alma reverencio,
Me dad.
PEYRÓN.
Veisla aquí.
ROLDÁN.
¡Oh cristal
Limpio, transparente y terso!
¡Oh jazmín, que en cinco puntas
Estrella del firmamento
Te finges! ¡Oh nieve en copos!
¡Oh algodón en los maternos
Brazos de su planta hermosa,
Cuyos bellísimos crespos,
Desperdiciando vedijos,
Garzas son peinando vientos,
Y cisnes remando espumas;
Dejen mis labios impresos
En vuestro marfil corales,
Y en los corales extremos!
¿Cómo está tan percudida?
PEYRÓN.
Ha dos años que la llevo
Sin guantes y jabatillos,
Y esta Cuaresma la hicieron
Mano de matar candelas,
Y el carnal mano de puerco,
Y hoy es mano de almirez:
Soltad.
ROLDÁN.
Dejaré primero
La vida.
PEYRÓN.
Soltad la mano;
No seais tan deshonesto
Y libidinoso.
GUARINO.
Agora
Le abraza porque le echemos
El lazo.
PEYRÓN.
Soltad mi mano.
ROLDÁN.
Antes con ella pretendo,
Á pesar de sus ministros,
Redimiros del infierno.
PEYRÓN.
¡Ay, que me ha arrancado el brazo!
Vil caballero, ¿qué has hecho?
ROLDÁN.
De abrazar á tu Medoro
Estaba manido y tierno;
No tengo la culpa yo.
PEYRÓN.
¡Ay Dios, que me fino!
¡Ay Dios, que me muero!
¿Cómo no tocan y tañen á fuego?
ROLDÁN.
¡Angélica de mi vida!
Pero, villanos, ¿qué es esto?
¿Una Angélica con barbas
Me dais? Vuestro atrevimiento
Pagaréis.
PEYRÓN.
¡Ay de mi brazo!
ROLDÁN.
Con él aquí pienso haceros
Mil pedazos.
PEYRÓN.
¡Desbrazado
De mí!
MARTINELA.
Escaparme pretendo.
GUARINO.
Y yo.

Vanse.

ROLDÁN.
Villanos cobardes,
Escondidos en el centro
No estáis seguros de mí;
Todos morid, pues yo muero
En un pastoral albergue,
Que ha de ser troyano incendio.

Vase.

PEYRÓN.
¡Ay, que me lleva mi brazo!
Pobre y desbrazado quedo.
Con mi brazo les va dando
Á todos su pan de perro;
En la puente se ha parado.
¡Ay Dios, que le arrojó en medio
Del río, y el moro agora
Sale atrevido y soberbio
Para defenderle el paso!
¡Oh, qué puñetes tan recios
Se están pegando los dos!
Mas á los brazos viniendo,
Como son valientes ambos,
En medio el río cayeron.
Á ser bribón me acomodo
Con el traje soldadesco,
Diciendo que de un revés
Me le cortó un moro izquierdo.

¿Quién me metió á ser curioso?
¿Quién en procurar dineros,
Si un desdichado al contallos
Se ha de hallar el brazo menos?
Buscar quiero quien me ensalme
Y quien me dé algún remedio;
Que va corriendo de mí
Mas sangre que de un torrezno.
¡Ay Dios, que me fino!
¡Ay Dios, que me muero!
¿Cómo no tocan y tañen á fuego?

Vanse.

Reinaldos y Doñalda.

REINALDOS.

En tanto que los caballos,
Desperdiciando colores,
Beben viento y pacen flores
De que podemos pensallos,
En esta ribera verde,
En quien soberbia é ingrata
Se despeña tanta plata,
Y tanto cristal se pierde,
Doñalda, engañar podemos
El sol.

DOÑALDA.

Del calor terrible
Nos salva el sitio apacible,
Diciendo que descansemos
En sus verdes laberintos,
Cuyos álamos traviesos
Con grillos tiene Abril presos
De esmeraldas y jacintos.

REINALDOS.

Voy á hacer que los criados
Se recojan, que hoy perdidos
Buscan, del sol ofendidos,
Los arroyos despeñados
Que á dar tributo á este río
Descienden con tanta prisa,
Mostrando en su eterna risa
Su inocente desvarío.

DOÑALDA.

Yo, don Reinaldos, en tanto,
Entretenida en mis penas,
Mares haré estas arenas
Mezclando la risa al llanto.

Dentro.

ROLDÁN.

Acabe el agua mi fuego.

DOÑALDA.

Voces en el río suenan.

ROLDÁN.

Hoy al agua te condenan
Mis celos, Medoro fiero.

DOÑALDA.

Luchando en el río están
Dos hombres. ¿Hay tal locura?

ROLDÁN.

Aquí tendrás sepultura,
Y mis celos la tendrán.

DOÑALDA.

El uno al fondo se fué,
Y el otro nadando sale.

Roldán sale mojado.

ROLDÁN.

Sin Angélica ¿qué vale
La vida? Pero mi fe,
Sin ella, tiene el valor
Que no tendrá semejante
Jamás en mortal amante,
Porque es inmortal mi amor.

DOÑALDA.

Expiró, sin duda, y quiero
Verle el rostro.

ROLDÁN.

Ingrata bella.

DOÑALDA.

No está muerto.

ROLDÁN.

¿Sois aquella
Por quien vivo y por quien muero?

DOÑALDA.

El Conde es.

ROLDÁN.

¿Sois vos la ingrata?

DOÑALDA.

¿Hay tal suerte, hay tal ventura?

ROLDÁN.

¿Sois vos la fiera hermosura
Que me da vida y me mata?
¿Sois vos la que en el infierno
Padeciendo me tenéis?
Y ¿sois la que padecéis
Conmigo un tormento eterno?
¿Sois quien me tenéis aquí?
¿Sois Angélica?

DOÑALDA.

Sí soy.

ROLDÁN.

Con vos condenado estoy,
Con vos precito, y así,
En el infierno los dos,
Gloria habemos de tener,
Vos en verme padecer,
Y yo en saber que es por vos.

DOÑALDA.

Conde de mis ojos,
Dueño de mi vida,
Á quien huí halagos
Y negué caricias;
Juventud con quien
Amor se eterniza,
Pues tal vencimiento
Su imperio acredita;
Ya cesó el rigor
Coronado de iras,

Armado de celos,
Calzado de envidias;
Ya murió Medoro;
Que amor facilita
Imposibles tales
Con fuerzas divinas.
Ya salió del pecho
Para que en él vivas,
Expirando el cuerpo
Como el alma misma;
Ya amor quiere al fin
Que á tus pies se rinda
La que fué del orbe
Mayor tiranía.
Ven á mis imperios,
Donde te aperciban
Vasallos sus Javas,
Tesoros sus minas;
Lograremos dulces
Horas mal perdidas,
Ya en sabrosas paces,
Ya en honestas riñas;
Que en paces y en guerras
Tierno amor se cría,
Pues de los halagos
Los disgustos libran.
Así al fin seremos
Dos almas unidas,
Palomas constantes,
Castas tortolillas.
Ven, porque mis moros,
Conde, te reciban
Por alma que pone
Leyes en la mía.

ROLDÁN.

Circe del Oriente,
Belleza que imita
Al sol en los rayos,
Y al cielo en la vista,
Dame ese alabastro,
Donde el alma imprima
Clavos de rubíes
Que mi nombre digan;
Dulce esclavitud,
Donde desestiman
Libertad las almas
Por vivir cautivas,
Luego me desposen,
De moro me vistan;
Que si es mora el alma,
El traje lo diga.
Tráiganme una aljuba
De púrpura tiria,
Y de finas hojas,
Un monte me ciñan;
Dadme un corvo alfanje,
Y aunque su cuchilla
De damasco sea,
De coral se finja.
Ya es Orlando moro,
Lloren su rüina
Cruzados pendones,
Cristianas provincias.

Reinaldos y villanos.

REINALDOS.

Estos labradores
Darte solicitan,
Émulas del sol,
Soberbias pajizas,
Que en robles y fresnos
Al cielo obeliscan,
De juncos y cañas
Fábricas egipcias,
Cuyas rubias pajas
Mármoles no envidian,
Aunque hay vientos locos
Que las desperdician.

ROLDÁN.

Mi escuadrón se junte,
Y al Francés embista:
Toca al arma, toca,
Tierra y viento giman,
Crucen los jinetes
Y la infantería:
¡Muera Carlos, muera,
Y Angélica viva!

REINALDOS.

¿Qué es esto?

DOÑALDA.

Reinaldos,
Celebra mis dichas,
Y deja que al Conde
Gane con mentiras.

GUARINO.

Con el loco dimos.

PEYRÓN.

Aquí me destripa,
Pues me ha desbrazado.

DOÑALDA.

Á esa gente anima.

REINALDOS.

¿Quién le trujo?

DOÑALDA.

El cielo
Para darme vida:
Finge como yo,
Que en mi engaño estriba
Llevarle á París,
Y aquéstos le sigan
El humor también.

REINALDOS.

Traza es peregrina.

ROLDÁN.

De escucharme sólo,
Carlos se retira;
Sigan el alcance,
Pues se atemoriza.
¿Quién sois vos?

DOÑALDA.

El moro

De quien más se fía
Mi padre, el Gran Can:
Postra las rodillas
Á tu nuevo dueño.

REINALDOS.

Dame esas invictas
Y Reales manos.

ROLDÁN.

Levantad.

REINALDOS.

Rendidas
Del Catayo tienes
Ya las monarquías.

ROLDÁN.

¡Buen talle de moro!
Mis legiones rija:
Pues de San Dionís
Estamos dos millas,
Guiemos allá.

REINALDOS.

Ya, con alegrías,
Va marchando el campo.

ROLDÁN.

Pues decid que vivan
Orlando y la bella,
Reyes de la India.

REINALDOS.

Viva el rey Orlando,
Todo el campo grita.

PEYRÓN.

Y el loco mayor
De la loquería.

Váyanse.

Carlos y Flor de Lis.

CARLOS.

Las banderas africanas,
Antes de entrar en París,
Se ofrezcan á San Dionís
En sus aras soberanas.
Láminas del triunfo sean
Sus tafetanes vencidos,
Que, afrentados y corridos,
Apenas al viento ondean.

FLOR DE LIS.

En bronce, y no en tafetán,
Guardará el tiempo tus glorias;
Que tan célebres victorias
Asiento á los siglos dan.

Pasa volando Astolfo con la redoma.

Pero ¿qué cometa impreso
Se ve en la media región?

CARLOS.

Prodigios del aire son.

ASTOLFO.

Ya traigo á Roldán el seso.

FLOR DE LIS.

Astolfo en un monstruo alado
Y una ampolla de cristal,
Pasó con presteza igual.

CARLOS.

El seso sin duda ha hallado
Del Conde su primo.

FLOR DE LIS.

¿Dónde
Vió medicina tan sabia,
Que, como el Fénix de Arabia,
De los mortales se esconde?
Que si se pudiera hallar,
Menos locuras hubiera,
Y el mundo en paz estuviera.

Reinaldos.

REINALDOS.

Vengan, señor, á escuchar
El caso más peregrino
Que en el mundo sucedió:
Astolfo á tiempo llegó
Por el viento cristalino,
Que con engaño había entrado
Don Roldán en San Dionís.

FLOR DE LIS.

¿Qué dices?

REINALDOS.

Ya, Flor de Lis,
El Conde el seso ha cobrado.

CARLOS.

¿Cómo vino y cómo fué?

REINALDOS.

Trujímosle por engaño,
Cuya industria y modo extraño
Después, señor, te diré;
Llegó Astolfo á esta ocasión,
Que en un ampolla traía
Del monte en que siempre hay día,
La más alta confección,
Y en boca y narices puesta,
Oler quiso y beber quiso,
Y aprehendiendo de improviso
Materia tan bien dispuesta,
Cayó en tierra medio muerto,
Y á tu cuarto le llevamos,
Donde volviendo pensamos
Que será el remedio cierto;
Y olvidado de la mora
Y de todo lo pasado,
Confuso y avergonzado,
Dirá que á Doñalda adora.

FLOR DE LIS.

Vamos á ver el suceso
De su próspera fortuna.

REINALDOS.

Ya del monte de la Luna
Astolfo le trujo el seso.

Vanse.

Roldán, desnudo.

ROLDÁN.

¿Qué es esto? ¡Válgame Dios!

¿Qué torres y capiteles
Son éstas, que en obeliscos
Gigantes al sol se atreven?
¿Qué cuarto es éste en que el arte,
Inmortal como valiente,
Se excede en molduras de oro,
Anáglifos y relieves?
¿Son brocados los que admiro?
¿Son las que toco paredes?
Paredes son y brocados,
Que en más dudas me suspenden.
¡Cielos! ¿Quién me trujo aquí
Desnudo y de aquesta suerte?
¡Yo, tan descompuesto y pobre!
¡Yo, en traje tan indecente!
¡Yo, sin saber dónde estoy!
¡Yo, roto y entre doseles!
No lo entiendo, ¡vive Dios!
Ni aun el alma en mí se entiende.
¿Dónde mis armas están?
¿Dónde el invencible temple
De aquel diamante forjado
De sí mismo, como el fénix?
Todo está callado y surto,
Rumor ninguno se siente.
Si no es del silencio cuarto,
Cuarto encantado parece;
Quiero pedir de vestir,
Y echaré de ver si hay gente.
¡Hola! De vestir me dad.

Tres criados.

CRIADO 1.º
Aquí los vestidos tienes.

ROLDÁN.
¿Por dónde entrastes?

CRIADO 2.º
¿Por dónde?
Por la puerta.

ROLDÁN.
Dos mil veces
Me santiguo. ¿Sois demonios?
Porque, si lo sois, no teme
Roldán demonios ni encantos.
Apenas dije: traedme
De vestir, cuando os vi á todos
Con los vestidos presentes.
Teneos y decid quién sois.

CRIADO 3.º
Franceses somos.

ROLDÁN.
¿Franceses?

CRIADO 2.º
Y camareros de Carlos.

ROLDÁN.
Si es ansí, preso me tiene
En París.

Astolfo

ASTOLFO.
En San Dionís
Estás.

ROLDÁN.
¿Astolfo no es éste?
¿Él tan gallardo y yo así?
Carlos quiere que me afrenten:
Corrido estoy y ofendido.
¿Este honor guardan los reyes?
Di que si ésta ha sido burla,
Ha sido burla solemne.
Mas ¡vive Dios!.....

ASTOLFO.
Lejos fueron,
Conde, las que ya aborreces.

ROLDÁN.
¿Quién me ha puesto así?

ASTOLFO.
Tú propio;
Y ya que saberlo quieres,
De Angélica los encantos
En tal bajeza te tienen;
Hoy contigo se desposa,
Burlando bárbaros reyes,
Y en el tálamo te aguarda,
Donde las bodas celebres.

ROLDÁN.
¿Yo conozco aquesa mora?
¿Á mí á decirme te atreves
Tal bajeza? ¿Á mí me casas
Con una ramera aleve,
Como lo dice la fama,
Si no es que la fama miente?
¿Á mí, sabiendo que soy
Roldán? ¿Á mí?

ASTOLFO.
No te alteres.

ROLDÁN.
Mas por quitarme á Doñalda,
Aquí á Angélica me ofreces.

DOÑALDA.
No hace tal; que á ser tu esclava,
Conde, me tienes presente.

ROLDÁN.
Avergonzado y confuso
Estoy, señora, de verme
Tan descompuesto en tus ojos.

DOÑALDA.
De la suerte que estás eres
Mi dueño.

Reinaldos.

REINALDOS.
Pues bien, ¿qué falta?

ROLDÁN.
Falta que no te avergüences,
Reinaldos, de verme así.

REINALDOS.
El llegar, Roldán, á verte,
Agradécelo á tu esposa,
Y á Astolfo se lo agradece.

ROLDÁN.
¿Cómo desta suerte estoy?

REINALDOS.
Escucha.....; mas que lo cuente
No quiere el Emperador.
ROLDÁN.
Porque así á verme no llegue,
Cubridme.

Carlos y Flor de Lis.

CARLOS.
¡Conde!
ROLDÁN.
¡Señor!
CARLOS.
¿Qué es eso, y qué traje es ése?
ROLDÁN.
No sabré, señor, decillo.
CARLOS.
Tan afrentoso fin tienen
Siempre los principios viles,
Para que el mundo escarmiente.
ROLDÁN.
No os entiendo, ¡vive Dios!
CARLOS.
Entended sin entenderme.
FLOR DE LIS.
Angélica os tiene así,
Vil hechizo del Oriente.
ROLDÁN.
Sólo es Doñalda mi hechizo,
Que vive en el alma siempre.
FLOR DE LIS.
¡Portentosa maravilla!
CARLOS.
Pues tanta afición se premie
Con su mano: tarde el Conde
Vuelve del campo.
DOÑALDA.
Pues vuelve,
Es milagro.
ROLDÁN.
Esta es mi mano.
CARLOS.
Saraos y fiestas se ordenen;
Que en ellos quiero asistir,
Y en ellas ser juntamente
El padrino, pues ya el Moro
Al mar las banderas vuelve,
Acobardado y vencido.

VILLANO 1.º
Dejadme entrar.

Entran los villanos.

PEYRÓN.
Dejad que éntre.
MARTINELA.
Y á mí también.
CARLOS.
Hoy la entrada
Á ninguno se le niege.
GUARINO.
Dadnos los pies.
PEYRÓN.
Y á mí, y todo,
Rey del cántaro.
ROLDÁN.
¿Qué quieren
Estos rústicos?
PEYRÓN.
Yo un brazo,
Que en conciencia me le debe,
Que no le parió mi madre
Para ser carne de peces;
De plata me le mandó.
DOÑALDA.
Un brazo de plata tienes.
ROLDÁN.
No entiendo esta confusión.
PEYRÓN.
Un escritorio he de hacerle,
Que si le llevo conmigo,
Llevo en el brazo mi muerte.
GUARINO.
Y á nosotros, ¿qué nos mandan
Por ayudar á traerle?
CARLOS.
Las mil doblas prometidas.
MARTINELA.
Más años que hay necios cuentes.
CARLOS.
Vamos, y el Conde se vista,
Porque en sus bodas comience
Su sosiego, y tenga en ellas
Fin el *Pastoral albergue.*

FIN.

Esta comedia se hizo diez y ocho días en Sevilla.—Hay una rúbrica.

LOS CELOS DE RODAMONTE

COMEDIA FAMOSA

DE

LOS CELOS DE RODAMONTE

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

FIGURAS

MANDRICARDO.	DORALICE.	FERRAGUT.
CANDRIMANDO.	ESTORDILÁN, *rey*.	BRADAMANTE.
CELAURA.	BOACÉN.	RUGERO.
LAURIMO.	MOHAMAT.	BELARDO.
RODAMONTE.	ALÍ.	ARDAÍN.
GRADASO.	LISDANO.	DURANDARTE.
AGRAMANTE.	FEBOSILA, *mágica*.	

ACTO PRIMERO.

Salen Celaura, Mandricardo y Candrimando, hermanos.

CELAURA.

Tente, hermano Mandricardo;
Déjame hacer esta suerte.

MANDRICARDO.

¿Piensas tú que me acobardo?

CANDRIMANDO.

¿Ó yo que temo la muerte
Y (1) de su rostro me guardo?

CELAURA.

Pues desta suerte, en mis brazos,
Los huesos le haré pedazos.

(1) En la edición de Tortosa (1638), *Ni*.

MANDRICARDO.

¿Cómo, que afrentarme (1) quieres?

CANDRIMANDO.

Envídiente las mujeres
Esos honestos abrazos.

Derríbase la cabeza Laurimo (2), tío de todos tres, y es de león la cabeza, y ha de salir muy viejo Laurimo.

LAURIMO.

No más, Celaura, no más;
Del valor que te gobierna
Bastantes indicios das,
Pues dejas la fama eterna
De muchos buenos, atrás.

(1) *Afrentarnos*. (T.)
(2) En la edición de Tortosa, constantemente *Laureno*.

Yo soy Laurimo, el hermano
De vuestro padre Agricano (1),
Y vuestro tío y tutor (2).

MANDRICARDO.

Rasga este pecho, señor,
Con las uñas desa mano;
Perdona el atrevimiento
De la ofensa de los tres;
Que, á tener conocimiento,
No moviéramos los pies,
Laurimo, en tu seguimiento.
Si sangre te hemos costado (3),
Quede este campo bañado
Con la que vertieres nuestra.

LAURIMO.

Sobrinos, la mía es vuestra;
Sólo me costáis cuidado.
Que vuestro templado acero,
De aquesta piel de león
Rompió solamente el cuero;
Que estaba en esta ficción (4)
Seguro lo verdadero.
Hoy vuestra vida reformo,
Y con mi mágica formo (5)
Más que el inventor Ardanio
Aqueste león de Albanio (6),
Y en su cuerpo me transformo,
Y sólo para acusaros (7)
Del descuido que tenéis.
De Agricán sois hijos claros,
Cuya sangre obscurecéis (8),
Y de sus abuelos claros,
¿Cómo, sobrinos amados,
Los miembros despedazados
Goza el cristiano en París,
Y en vuestra tierra vivís
En el ocio sepultados?
¡Ah, Mandricardo valiente!
¡Ah, Candrimando dichoso!
¡Ah, Celaura! Ilustre gente,
De aquel Agricán famoso
Sangre y valor descendiente,
¿Cómo, que esté por los suelos (9)
Vuestro nombre, que á los cielos
Es justo que levantéis,
Y que así degeneréis
De vuestros nobles abuelos?
¿Cómo, que estéis descansando
Y durmiendo al pie de un roble (10),
Mientras un cristiano Orlando
Está vuestro padre noble (11)

(1) *Africano.* (T.)
(2) *De su sangre y su valor.* (T.)
(3) *Sacado.* (T.)
(4) *Ocasión.* (T.)
(5) *Con esta imagen que formo.* (T.)
(6) *Con este león Albano.*
(7) *Avisaros.* (T.)
(8) *Escurecéis.* (T.)
(9) *Con desvelos.* (T.)
(10) *Y tan gran peligro os cuadre.* (T.)
(11) *Noble padre.* (T.)

Hiriendo y despedazando?
¿Qué dolor habrá que exceda (1)
Á pedir (2) que le conceda
El agua de su bautismo,
Y que le bautice él mismo
Y muerto y cristiano queda?
Murió mi famoso hermano,
Y vuestro padre acabó (3)
Á las manos de un cristiano;
Por quien cristiano murió,
Dos muertes en una mano (4).
Esto siento, y lo sintieron
Los dioses que le pusieron
Corona y cetro de rey;
Que al fin no murió en la ley
Que nuestros padres murieron.
¡Hijos, su muerte os alcanza,
Que no ha de tocar á otros!
¡Salga cierta la esperanza
Que cupo siempre en vosotros
En procurar su venganza!
¡Partid á Francia, sobrinos;
Cubran montes y caminos
Vuestros tártaros vasallos,
Carros, armas y caballos;
Relumbren aceros finos!
Y tú, Celaura valiente,
Que sabes hacer pedazos
De un león la boca y frente,
Levanta los fuertes brazos,
Honra y gloria (5) del Oriente;
Que si en descubierta plaza
Tu mano le despedaza,
¿Cómo vive desta suerte
Quien á tu padre dió muerte
Y á vuestro imperio amenaza?
Contra el campo de Agramante
Sobre Arle peleando (6)
Está el soberbio arrogante,
Aquese temido Orlando
Desde Poniente á Levante.
¡Ea, sobrinos famosos
Que con hechos valerosos
Vuestro padre muerto os llama,
Volved el rostro á la fama
Y volveréis victoriosos!

Deja caer Laurimo la cabeza de león, y vase.

MANDRICARDO.

¿Cómo, que mi padre es muerto?

CANDRIMANDO.

¿Cómo, que murió mi padre?

(1) *Que pueda.* (T.)
(2) *Pedir.* (T.)
(3) *Murió.* (T.)
(4) Esto siento, y siento yo
Dos muertes en una mano. (T.)
(5) *Gloria y honor del Oriente.* (T.)
(6) *Fuertemente peleando.* (T.)

CELAURA.

Que murió mi padre, ¿es cierto?

MANDRICARDO.

¡Adiós, patria amada, madre!

CANDRIMANDO.

¡Adiós, monte; adiós, desierto!

CELAURA.

¡Adiós, infame ejercicio
De la paz, ocioso vicio!
¡Adiós, casa y libertad!

CANDRIMANDO.

¡Adiós, montes y cïudad! (1).

MANDRICARDO.

¡Adiós, plebeyo bullicio!
¡Adiós, tártaro gobierno;
Que, ¡por Alá soberano!
Hago juramento eterno
De matar (2) á este cristiano
Aunque se baje al infierno!
¡Padre Agricán, vivo estoy,
Tu hijo y tu sangre soy,
El primero y sin segundo!
¡Tiemble Francia y tiemble el mundo;
Que á vengar tu muerte voy!

Vase.

CANDRIMANDO.

Padre, si el cristiano Orlando
Fué la cristiana vitoria
Con su sangre publicando,
Viva queda la memoria
En tu hijo Candrimando.
Con juramento solemne,
Por la luz que agora tiene
El sol que adora (3) Tartaria,
Que contra Francia contraria
Un rayo del cielo viene.
Ya las lágrimas enjugo
De tu muerte irreparable;
Seré su azote y verdugo,
Que su cerviz indomable
Sujete al bárbaro yugo.
Remotas son y distintas
Las tierras; mas tú me pintas
Las armas y lises de oro
De color de muerte y lloro,
En tu misma (4) sangre tintas.
Aguarde el cristiano y mate
Al hijo, si al padre ha muerto;
Á pie me parto al combate;
Que para llegar al puerto
No he de calzar acicate.

Vase.

CELAURA.

No lágrimas de dolor
Por la parte que me alcanza,
Como mujer sin valor (1),
Padre, ofrezco á tu venganza,
Sino varonil furor (2).
¿Soy menos que Candrimando
Para matarte, Orlando,
Ó que Mandricardo menos? (3).
Si tus dos hijos son buenos,
Sus pasos voy imitando.
Hechura soy de tus manos,
De tu valor se me acuerda:
¡Mueran aquesos cristianos!
¿Qué importa que yo me pierda,
Si pierdo padre y hermanos?
Agora el despojo goce
Francia, que no me conoce;
Que si allá pongo los pies,
Bañaré el muro francés
Con la sangre de los doce.

Vase.

Sale Mandricardo.

MANDRICARDO.

Aquí verás de la suerte,
Padre, que á tus hijos armas
De furor rabioso y fuerte (4),
Pues á pie, solo y sin armas,
Me parto á vengar tu muerte;
Que basta sólo mi nombre
Para que Francia se asombre,
Y contra Francia no voy;
De un hombre ofendido estoy,
Para un hombre basta un hombre.
¿De qué sirviera (5) sacar
Grueso ejército por tierra,
Grande (6) armada por la mar?
Que (7) á sólo un hombre que yerra
Puede un hombre castigar,
Y más el que á Francia parte;
Que sé yo, que en toda parte
Donde Marte vive hoy,
Dicen que su hijo soy,
Y aun no tomaré ser Marte (8).
¡Ah, cristiano, un poco espera;
Que si probaste el furor
De quien diste muerte fiera,
Verás si de su valor
Mandricardo degenera,
Y prueba tus fuerzas viles
Con los brazos juveniles! (9).

---

(1) *Adiós campo, adiós ciudad.* (T.)
(2) *De buscar.* (T.)
(3) *Que alumbra á.* (T.)
(4) *En tu roxa sangre.* (T.)

---

(1) *Sin honor.* (T.)
(2) *Valor.* (T.)
(3) Y que Mandricardo menos
Para matar este Orlando. (T.)
(4) *De furor airada suerte.* (T.)
(5) *Servirá.* (T.)
(6) *Gruesa.* (T.)
(7) *Si.* (T.)
(8) *Aun no lo merece Marte.* (T.)
(9) *Con mis brazos invencibles.* (T.)

Quizá mudarás consejo;
Que matar un padre viejo (1)
No son hazañas de Aquiles.

Mira Mandricardo las armas que están en el monte.

Armas son éstas sin falta,
Y de valor peregrino;
Sola una cosa les falta,
Que entonces su temple es fino
Cuando sangre las esmalta (2).
¡Armas en aqueste monte!
¿Quién en todo su horizonte,
Tales se las pone al pecho?
Parece que las han hecho

Echa la mano á la peña.

En Etna, Esterope y Bronte (3):
Quiero alcanzar la celada.
¡Ah, dura peña; ah, encantada!
¡Fácil engañoso caso!
¡Vive el cielo, que me abraso!
¡La mano tengo abrasada,
Todo me enciendo en su fuego!
¡Oh duro desasosiego!
¡Que me abraso, que me quemo!
Laurimo, de ti blasfemo
Si no me socorres luego.
¿Éste es fuego ó es furor?
Por aquí suena una fuente:
Echarme será mejor,
Recíbame su corriente
Y temple el furioso ardor.

Métese entre el monte como que se va á echar en la fuente, y sale por otra parte la mágica encantadora.

MÁGICA (4).

Mandricardo valiente, ya se llega
El tiempo que de el centro del olvido
Renombre á la divina fama entrega.
Ese furor colérico encendido (5),
Que de Agricán te lleva la venganza (6),
Será de la fortuna reprimido (7);
Mas si tu mano poderosa alcanza
Las que en tu fuego te encendieron armas (8),
En ellas te aseguro tu esperanza.
Aquellas piezas del troyano fueron,
Que el griego Aquiles arrastró por Troya
Cuando las puertas al caballo abrieron,
Y en ellas solas tu esperanza apoya;
Que no conoce el mundo, ni lo creas,
En sus tesoros tan preciosa joya.
Éstas llevó después á Italia Eneas,
Donde, por uno y otro descendiente,
Han venido á lugar que tú las veas (1).
La fuerte espada falta solamente;
Que aquésta vino á su poder de Almonte,
Y agora tiene el paladín valiente (2).
Puso estas armas en aqueste monte
La ciencia de una sabia que gobierna
Á las dañadas nubes de Aqueronte (3).
¿Viste de un árbol en la rama tierna,
El espaldar, celada, peto y gola,
Bastantes á dejar tu fama eterna?
Pues alto, sean de tu mano sola;
Entra conmigo, y en su viva llama
El valor de tus hechos acrisola.
Aquí te llama la divina fama:
Cobra estas armas, Madricardo fuerte,
Del tronco de Agricán ilustre rama,
Y de tu padre vengarás la muerte.

Torna á salir Mandricardo.

MANDRICARDO.

Bastarán (4) palabras pocas,
Dama por extremo bella,
Y en la materia que tocas;
Si es roca, entraré por ella,
Que no me resisten rocas.
Esta aventura es pequeña;
Señora, el lugar me enseña,
Mientras un árbol destronco;
Que quiero, con sólo el tronco,
Hacer pedazos la peña.

MÁGICA.

¿Hiciera el tebano Alcides
Más de lo menos que haces?
¿Ansí los troncos divides?

MANDRICARDO.

Poco mi honor (5) satisfaces
Si con el suyo le mides.

MÁGICA.

Entra por este padrón,
Haciendo buen corazón.

MANDRICARDO.

No hayas miedo que peligre;
Que sé deshacer un tigre,
Y sé matar un león.

Vase.

Sale Candrimando.

CANDRIMANDO.

Aunque, faltando mi hermano,

---

(1) *Que matar á un pobre viejo.* (T.)

(2) Sangre; que es su temple fino
Cuando sangre las esmalta. (T.)

(3) Falta este verso en la edición de Tortosa.
(4) En la edición de Tortosa *Febolisa, mágica.*
(5) *Ese furor ardiente y encendido.* (T.)
(6) *Que de Agrimante incita á la venganza.* (T.)
(7) *Entretenido.* (T.)
(8) *Las armas que en su fuego te encendieron.*

(1) *Han venido á que hoy tú las poseas.* (T.)
(2) *Y agora tiene espada de valiente.* (T.)
(3) *En las bañadas faldas de aquel monte.* (T.)
(4) *Bastaban.* (T.)
(5) *Mal mi valor.* (T.)

Sujeto el tártaro imperio,
Si no te venga mi mano,
Hago el reino captiverio (1),
Divino padre Agricano.
Nuevo blasón, procurando,
Salvó con tu muerte Orlando:
Orla tu muerte le da,
Que campo verde será
Del sangriento Candrimando.
Á Francia parto á buscarle;
Que he sabido que se halla
Sobre los muros de Arle,
Adonde, en campal batalla,
Pretendo desafiarle.
Y mataréle, no dudo;
Que si él á mi padre pudo,
Fué por la vejez cansada.....
¿Qué es esto? Á tener espada,
Ya no me faltara escudo.
Ciego estoy: ¡oh resplandor (2)
Que me ha quitado la vista!
¡Helado estoy de temor!
No hay águila que resista
Tanta luz ni tanto ardor (3).
Encima he visto un cartel;
Ciego estuve, pues que dél
Pude informarme primero:
Ahora bien, leerle quiero,
Veré lo que dice en él.

Lee el cartel.

«El caballero que llevar quisiere
De aqueste escudo el mágico tesoro,
Rompa por esta peña si pudiere,
Y venza el fuerte Arcildo y Tremedoro (4);
Y en un campo nevado (5) donde viere
Un verde trigo con espigas de oro,
Hallará una doncella que se obliga
Al premio y galardón de su fatiga.»
Esa no me puede dar
Ninguna cosa que toque
Á la honra militar
Que el galardón me provoque:
Laurimo, venme ayudar.
Agora, famoso tío,
La vida y el honor mío
Cuelga de tus manos santas
Si aquesta peña quebrantas,
Como yo de ti confío.
Probar quiero á hacer plaza
Con esta nudosa maza:
Es combatir un diamante.
¡No fuera el señor de Anglante
Con su encantada coraza!
Muy poco ó nada remedio:
Sin duda debe de estar
Todo aqueste monte en medio:
El tronco me ha de faltar,
Y he de quedar sin remedio.
Muy poco en la empresa medras:
Rumor siento entre estas yedras:
Eso sí, cuando me asombres,
Envíame destos hombres;
Que no me entiendo con piedras.

Salen de entre la arboleda dos salvajes, y mételos dentro Candrimando, á palos, con el bastón, y sale Celaura, y dice:

CELAURA.

Mis fuerzas, padre, pretenden
Vencer á los que te ofenden;
Venganza estoy esperando;
Tu sangre me está llamando,
Que ella y la mía se entienden.
Si tu sangre han derramado,
Ha sido (1) con esperanza
De que has de ser bien (2) vengado,
Y que ha de ser la venganza
De color del agraviado (3).
Buscar quiero en esta playa
Navío (4) que á Europa vaya.
Basta, que al paso se ofrece;
Gente de la mar parece,
Y permita Dios que la haya.

Suena ruido dentro de desembarcación, y salen Alí y Mahomat.

MAHOMAT.

¿Qué tierra es ésta, Alí, donde el gobierno
Del implacable Alá (5) nos ha traído
Por el Diciembre del furioso (6) invierno
Con la lluvia (7) del austro embravecido?

ALÍ.

Los polos miro, y de su curso eterno
El camino que Febo (8) he conocido
Señala en la provincia de Salmacia,
Por donde el carro suyo más se espacia (9).
Tiene de aquesta parte á Libia tierra
Que agora la llamamos Rosaría,
Y del Caucaso la empinada sierra,
Y el imperio cruel de Tartaría,
Donde aquel Agricán que Francia encierra,
Tuvo el imperio, cetro y monarquía,
Que pasando á París con Agramante,
Murió á las manos del señor de Anglante.

---

(1) *Hago al reino vituperio.* (T.)
(2) *Terrible honor.* (T.)
(3) *Tanta luz y resplandor.* (T.)
(4) *Y venza el fuerte Orlando con decoro.* (T.)
(5) *Y en un prado donde.* (T.)

(1) *Á* [illegible]. (T.)
(2) [illegible]. (T.)
(3) *De lo sembrado.* (T.)
(4) *Una nao.* (T.)
(5) *Del indomable mar.* (T.)
(6) *Lluvioso.* (T.)
(7) *Con las olas.* (T.)
(8) *El camino de allá.* (T.)

(9) Señala la provincia de la Maya,
Por donde el mar en [illegible] mente explaya. (T.)

Éste tuvo tres hijos: el primero
Llamaron Mandricardo, el valeroso (1),
Bravo, robusto, y entre fieras, fiero,
Y en darles muerte, fuerte y venturoso (2),
El cual, sin armas de templado acero,
Mostrándose soberbio y animoso,
Sino con propia fuerza, es cosa clara
Que las quebranta, rompe y desquijara.
Llamando aqueste bárbaro el segundo,
Candrimando, feroz. Y la tercera,
Una hija que fué milagro al mundo,
Celaura, bella, aunque robusta y fiera;
Y así, cuando Agricán bajó al profundo
Por las manos de Orlando, dijo: «Espera,
Espera, conde, y Francia apercibida;
Que aún tengo (3) sangre que mi muerte impi-
[da» (4).

CELAURA.

Y ¡como si la tiene! Espere un poco,
Que van tres rayos sobre Francia: espere.

MAHOMAT.

Y ¿dónde tiene el reino aquese loco,
Que ya imagino que matarme quiere?

ALÍ.

Sospecho, Mahomat, que piso y toco
Su tierra.

MAHOMAT.

Pisa quedo, no se altere.
¿Tan cruel es aquéste?

ALÍ.

Es un demonio;
Parece brasa en mano de Erictonio (5).

MAHOMAT.

¡Paso, por Dios!

ALÍ.

¿Es hombre ó hembra aquélla?

MAHOMAT.

Mujer se muestra, y tártara parece.
¡Cómo es gallarda (6) y por extremo bella!

ALÍ.

Quiérola hablar, pues que ocasión se ofrece;
Temblando estoy ya de sólo vella (7).

CELAURA.

El Dios que aquí os gobierna y favorece,
Vuestra derrota en su gobierno tenga.

ALÍ.

Y el mismo, hermosa dama, con vos venga.

CELAURA.

¿Cúyo es este navío?

ALÍ.

Aquéste roto
Viene, arrojado de furiosas olas
De una áspera (8) tormenta y terremoto,
Desde las dos colunas españolas;
Éste es el capitán, y yo el piloto.

CELAURA.

¿Qué viene dentro?

ALÍ.

Las personas solas
Que en la nave están, y algunas dellas
Las goza el mar y lloran las estrellas (1).

CELAURA.

Huélgome que el navío sea de España;
Fiad de mí que intento su pasaje,
Que aunque os parezco de otra tierra extra-
Tengo el origen de español linaje; [ña (2),
Decidme quién lo rije y acompaña:
Bética soy, aunque en sarmacio traje.

ALÍ.

Pues podemos hablar seguramente,
Bien es que la verdad de todo os cuente:
¿Has oído decir de cierta Angélica
Por quien Orlando anduvo malencólico?
¿Y de Reinaldos la contienda bélica,
Y aquel huir del Malgesí diabólico?
¿Supiste que era peregrina y célica
Como otra que cantó el furor argólico (3),
Aquella Elena, cuyas fuerzas débiles
Á Troya vuelven en cenizas flébiles? (4).
Pues ésta fué la causa del escándalo
Que has visto entre el cristiano y mahomético.
Víbora ha sido entre violeta y sándalo
Para el claro español del suelo bético.
Es Ferragut, que tiene el cetro vándalo.
No sé por qué el espíritu profético
Fué incitado á seguilla con propósito
De hallar el alma que le dió en depósito.
Pasaba á Francia por la mar atlántica,
Queriendo hacerla su mujer legítima,
Mas es tan hechicera y nigromántica,
Que todos son de sus altares víctima,
Porque en forma de sierpe y elefántica (5)
Hace volver en saludable pítima,
Incitando el saber de aquella mágica
De la navegación de Ulises (6) trágica.
Pasaba, en fin, su ejército belígero;
Mas por ser nuevo en la marina práctica,
Perdió la estrella, el signo, el curso austríge-
Poco diestro en la aguja matemática, [ro (7).
Sin estrella, sin círculo signífero,
Sospecho que pisamos la sarmática,
Provincia grande, bárbara y contraria,
Dividida en Olibia y en Tartaria (8);

(1) *El belicoso.* (T.)
(2) *Diestro y valeroso.* (T.)
(3) *Que aún queda.* (T.)
(4) *Pida.* (T.)
(5) *Parece ser Bracmano ó Sagudonio.* (T.)
(6) *Es agradable, y por extremo bella.* (T.)
(7) *Bueno será llegarnos más á ella.* (T.)
(8) *Espesa*, en el manuscrito.

(1) Vienen en él no más de tres personas solas
Y el señor que nos tiene por vasallos,
Con armas suficientes y caballos. (T).

(2) En el manuscrito: *Que aunque parezco desta tierra extraña.*
(3) *Más que del fuerte Menelao argólico.*
(4) En el manuscrito: *Vuelven en Troya las cenizas flébiles.* (T.)
(5) *Porque en forma de sierpe y con su prática.* (T.)
(6) *Jasón.* (T.)
(7) *Artifero*, en el manuscrito.
(8) *Con peligro de vida y suerte varia.* (T.)

Mas la Tartaria es esta tierra misma,
Un tiempo de Agricán, su rey supremo.

MAHOMAT.

De aquése la cristiana y la morisma
Temblaba vivo y muerto; aquí le temo.
¿Habrá poblado aquí?

CELAURA.

Por la marisma
Hay cinco millas, y ocho por el remo;
Mas no aconsejo á Ferragut que vaya
Á ver de su ciudad la hermosa playa;
Que por la muerte de Agricán se viste
El pueblo todo de tristeza y luto,
Y Mandricardo, por extremo triste,
Á nadie muestra el grave rostro enjuto.

MAHOMAT.

Poco el temor al ánimo resiste;
Avisemos de aquesto á Ferraguto:
Ya sale del navío y viene á tiempo.

Sale Ferragut, capitán.

FERRAGUT.

Pues, capitanes, qué, ¿miráis el tiempo?

ALÍ.

El tiempo y esta dama.

FERRAGUT.

¡Bien se emplea!
Pienso que el tiempo nunca vió (1) tal dama;
Parte de todos, si os parece, sea.

CELAURA.

Al serlo vuestra, la ocasión me llama.

FERRAGUT.

Vuestro seré, supuesto que desea
El alma á quien.....

CELAURA.

Conózcola por fama;
No detengáis el nombre ni la gloria
Que os causará traella á la memoria.

FERRAGUT.

De suerte estoy después que vi unos ojos
Que me miraron süaves y atrevidos,
Que va cobrando el alma los despojos
Que un tiempo tuvo sin razón perdidos.

CELAURA.

Ya sé quién son los celos, los enojos
Por la divina indiana padecidos.
No conmigo lisonjas, que á los hombres
Mejor les sé las almas que los nombres.

FERRAGUT.

¡Oh, qué extremada gracia! (2). Alá es testigo
Que entiendo que esa mágica hechicera
En forma vuestra se burló conmigo
Allí por donde vino á la ribera.

ALÍ.

Dice que aunque es del tártaro enemigo
De su linaje la ocasión primera,
Fué de llevar á España su viaje
Por conocer en ella su linaje.

(1) *Pienso que el tiempo me encubrió tal dama.* (T.)
(2) *Quedo, que no es agravio.* (T.)

FERRAGUT.

Si esto es ansí (1), bien puedo asiguraros,
Hermosa dama, aquesta nave mía,
En que me ofrezco á España de llevaros,
Si queréis acetar mi compañía,
Que haré lo que pudiere en regalaros,
Aunque, para mi mal, la mar porfía
De hacerme ultraje; mas iré seguro
Llevando en ella tan divino muro.
No quisiera dejar aqueste afable
Puerto, á dó vi la hermosura vuestra;
Pero mándame alzar (2) áncora y cable,
No trueque la fortuna ya su diestra (3).
Mandricardo es un bárbaro intratable,
Gran enemigo de la tierra nuestra:
Aunque no le he temor en parte alguna (4),
He de tener temor á la fortuna.
Que viéndome perdido como vengo,
Sin gente alguna y en su tierra y costa,
Podrá ofenderme, y á esta causa vengo,
Y la carrera me parece angosta (5);
Y para no esperar á tal contrario,
Será el huir honesto y necesario.

CELAURA.

Tenéis razón, señor, que mil crueldades
Pienso contaros dél en el viaje;
Tártara soy; pero, á decir verdades,
Confieso nuestro bárbaro linaje:
Tiemblan dél sus vasallos y ciudades;
Otro Diomedes es en hospedaje:
Si á la vela se puede hacer la nave (6),
Será nuestro peligro menos grave.

FERRAGUT.

Bien dices; demos á los vientos velas
Como pudiere ser, que es de importancia;
Que en el mayor peligro las cautelas
Sirvieron mucho más que la arrogancia.

CELAURA.

Vamos, y tú, piloto, apresta velas.

FERRAGUT.

Ansí llevemos la derrota á Francia;
Que no es la presa mala.

CELAURA.

Amor, ¿qué has hecho
Que el español (7) me va rompiendo el pecho?

Vanse.

Sale Candrimando.

CANDRIMANDO.

Ya de la áspera contienda
Salgo libre y con victoria,

(1) *Siendo eso ansí.* (T.)
(2) *Comenzad á alzar*, en el manuscrito.
(3) *No se tuerza fortuna que es siniestra.* (T.)
(4) *Que aunque yo no le temo en parte alguna.* (T.)
(5) Puede ofenderme, aunque ya prevengo
Mandar apercibir mi nave á posta. (T.)
(6) *Si agora damos vela á nuestra nave.* (T.)
(7) *Que este español.* (T.)

Que no hay peligro que ofenda (1),
Ni menos que de mi gloria
Quitarme el lauro pretenda.
He ganado el fuerte escudo,
Por donde vencer no dudo
Al paladín arrogante,
Que dicen señor de Anglante;
¿Quién de mí fiarse pudo? (2).
Morirás, cristiano Conde,
Si el cielo me pone adonde
Con muy poca pesadumbre
Sea tu muerte la lumbre
Que agora la vida esconde.

Salen Febosila, mágica, y Mandricardo con unas armas.

MANDRICARDO.
Tan obligado te quedo,
Febosila bella y sabia,
Que mostraré lo que puedo
Vengado de quien me agravia,
Si no me lo estorba el miedo.
Y desto voy satisfecho,
Que está de valor el pecho
De que me vistes y armas,
Pues son de Héctor estas armas
Y de Mandricardo el pecho.

MÁGICA.
Sangre del fuerte Agricán,
Gloria y honor de Tartaria,
Pues como buen capitán,
Vences su ventura varia,
Por galardón se te dan.
Sólo á tu valor convienen
Y de derecho te vienen,
Tanto, que menos valieron
Por el dueño que tuvieron
Que por el que agora tienen.
Y tal se muestra con ellas
Ese valor soberano,
Más alto que las estrellas,
Que dan más gloria al Troyano
Que tú lo recibes dellas.
Resta que cobres la espada
Que es por su nombre llamada
Durindaina, y será cuando
La deje su dueño Orlando
En el campo abandonada.

MANDRICARDO.
Gente suena: un poco espera.

CANDRIMANDO.
Soy Candrimando, tu hermano,
Que en verte desta manera
Con las armas del Troyano,
El corazón se me altera:
Dame de nuevo tus brazos.

MANDRICARDO.
Con uno y con mil abrazos.

CANDRIMANDO.
¡Tate! No me aprietes tanto,
Que temo ¡por Alá santo!
No me los hagas pedazos.

MANDRICARDO.
Pues si á la sangre que á ellos
Debo no amanso los bríos
Que cobré viéndote en ellos,
¿Salvaras tú de los míos
Sin dejar la vida en ellos?

CANDRIMANDO.
De tu esfuerzo no lo dudo.

MANDRICARDO.
¿Quién te ha dado aqueste escudo?

CANDRIMANDO.
La que á ti las armas fuertes (1).

FEBOSILA.
Hoy habéis echado suertes
Que nadie en el mundo pudo;
Que este pecho descubierto,
Á cualquiera que lo mire
Deja desmayado ó muerto.

MANDRICARDO.
¿Á quién habrá que no admire?
Tenlo ¡por Alá! cubierto.

CANDRIMANDO.
Burléme, que no lo muestro;
Pero si no lo estorbara
La sangre y el trato nuestro,
¿La vida no te quitara
Mejor que tu abrazo (2) diestro?

MANDRICARDO.
Basta, que vengarte sabes;
Pero miremos qué naves
Habrá en el puerto, señora,
Si nos dais licencia ahora
Y aquesos brazos süaves.

FEBOSILA.
Vos tenéis esa licencia,
Y nave no es menester
Adonde sobra mi ciencia;
Que presto os puedo poner
De Agramante en su presencia.
¿Adónde queréis partir?

MANDRICARDO.
De Ardenia á la selva y sierra,
Pues allí se oyó decir (3)
Que aquel paladín se encierra
Que vamos á combatir.

FEBOSILA.
Pues alto: entrad en mi cueva,
Veréis una fácil prueba
De mi poderoso ingenio;

---

(1) *No hay peligro que me ofenda.* (T.)
(2) En el manuscrito:

Y daréle castigo á Atlante
Como el de Medusa pudo.

---

(1) *Quien á ti las armas fuertes.* (T.)
(2) *Brazo.* (T.)
(3) *Pues ayer te oí decir.* (T.)

Desta vez, al campo ardenio
Algún demonio me lleva (1).

Vanse.

Salen Estordilano, rey; Doralice, su hija, y Rodamonte.

ESTORDILANO.

¿Al fin la ciudad te agrada,
Y su vistoso Albaicín?

RODAMONTE.

Es por extremo, y en fin,
Es la española Granada.
¡Qué bien que se mira el sol
En esta torre más alta! (2).
Digo que sólo me falta
Ser granadino español.
No sé si le llame cielo
Aquesta tierra que piso;
Si esto bajo es paraíso,
¿Qué será el Alhambra, cielo?
Los granos de tu granada
Son perlas, rubíes, topacios,
Y digo que en tus palacios
El sol puede hacer morada.
Tienes el manso Genil,
Que tu vega baña y riega;
Si Genil está en la vega,
¿Qué importa que falte Abril?
¡Qué riquezas de linajes
Gozas! Tienes los Zegríes,
Los Tarfes y Almoravíes,
Los Muzas (3) y Bencerrajes.
¡Qué bellas moras te dan
Ricas aljubas (4) de seda!
Y aunque esto envidiar no pueda,
Algunos reyes podrán.
Darro que á sueltas riendas
Tu reino da en perseguillo:
Viene de medio amarillo
Á ti porque lo defiendas (5);
Y los frutos de la tierra,
Por darte regalo y gusto (6),
Por nacer antes del justo
Tiempo, tienen siempre guerra;
Y como no tienen ley,
Que no les es natural,
Procurará cada cual
Ser de la boca del Rey.
¡Oh, Rey poderoso, ponte
Sobre el cuerno de la luna!

ESTORDILANO.

Toda esa gloria y fortuna
Es para ti, Rodamonte.
Reinarás de cuanto reino,
Nadie te lo contradice;
Que quien te dió á Doralice,
Mejor te dará su reino.

RODAMONTE.

Más vale que tu ciudad,
Y que el mundo vale más.
¡Bien sobra (1) lo que me das,
Mas falta su voluntad!
Tiene el triste corazón
Escrito en el rostro hermoso,
Y en el hablar desdeñoso
Una forzada afición.
¿No es esto ansí?

DORALICE.

Por fingiros,
Rodamonte, enamorado,
Hacéis risa mi cuidado,
Y de la vuestra suspiros;
Yo tengo el que á mujer debo
De un príncipe como vos.

RODAMONTE.

¡Gracias, Doralice, á Dios
Por un milagro tan nuevo!
Siempre en compañía os veo
Con muestras de voluntad,
Pero estando en soledad,
Bien lo paga mi deseo.
Dejar me importa á Granada,
Donde sola quedaréis.

ESTORDILANO.

Rodamonte, ¿no diréis
Adónde hacéis la jornada?

RODAMONTE.

Agramante, sobre Arle,
Á Carlos cercado tiene
Y hame escrito que conviene
Que parta luego ayudarle.
Por fuerza habré de partir,
Aunque el dejar á mi esposa
Me será muerte enojosa,
Ó vida triste el vivir.
Escribiréla, sin duda,
Y si por dicha á Agramante
Le fuera muy importante
Por algún tiempo mi ayuda,
Á su ejército me envía
Á mi Doralice bella,
Y podrá partir con ella
Buena guarda y compañía.

ESTORDILANO.

Pues lo que pides es justo,
Yo lo pondré por la obra,
Y para cumplirlo sobra
Ser, Rodamonte, tu gusto.

---

(1) En la edición de Tortosa, estos dos últimos versos están en boca de Mandricardo.
(2) *De aquella torre más alta.* (T.)
(3) *Moros.* (T.)
(4) *Alfombras.* (T.)
(5) Y el otro que á sueltas riendas
De tu gente es perseguido,
Viene de miedo [illegible]
Á tí porque le defiendas. (T.)
(6) *Donde es el regalo y gusto.* (T.)

(1) *Basta.* (T.)

Y aunque tu valor te abona,
Que es en el mundo temido,
Por lo que importa te pido
Que mires por tu persona.

RODAMONTE.

¿Qué tienes que recelar?
¿De quién tengo que guardarme?
Nadie se atreve á mirarme:
¿Por quién tengo de mirar?

ESTORDILANO.

Sé lo que tu espada corta,
Pero temo mi ventura.

DORALICE.

Ya su vida me asegura
Saber lo mucho que importa;
Pues, por lo menos á ti,
Y también le importa á él
Y á tu Granada y su Argel (1),
Y, después de todo, á mí.

RODAMONTE.

¡Oh, palabra nunca oída!
¿Mi vida os importa á vos?
Pues fiad, si es de los dos,
Que será bien defendida;
Que yo sabré defendella
Del mundo, que es poco Francia,
Más porque os es de importancia
Que porque vivo yo en ella (2).
Estad cierta que en batalla,
Mi vida, siendo de vos,
Que ha de pelear con dos
Quien me probare la malla.
Y otro medio es necesario (3)
Que diga agora quien soy (4),
Pues en el mundo, hasta hoy,
No me ha vencido contrario.

DORALICE.

Tenéis valor tan profundo,
Que al mundo vencéis en él.

RODAMONTE.

Vos merecéis el laurel
Por vencedora del mundo.
Si alguna deidad no muda
Mi fuerza por mi arrogancia,
Creo que de toda Francia
Tendréis el cetro, sin duda.
¿De Francia dije? ¡Estoy loco!
Del mundo y de cuanto encierra,
Que sois mi cielo, y la tierra
Para vuestros pies es poco.
Si un gigante llegó al cielo
Con un monte y otro monte,
¿Qué no podrá Rodamonte
Entre las cosas del suelo?
Á tal furor me provoca,
Que el mismo cielo os prometo,
Que la tierra que sujeto,
Para vuestros pies es poca.

DORALICE.

Destas arrogancias vengo
Á tanto enfado y temor,
Que no le he cobrado amor
Por el miedo que le tengo;
Que el hombre que ha de querer,
No ha de ser tan arrogante;
Que la humildad es diamante
Contra el pecho de mujer.

RODAMONTE.

De mi partida se trate.

Sale un criado de Rodamonte con un acicate en la mano.

CRIADO.

Caballos te aguardan ya.

RODAMONTE.

Pues si todo á punto está,
Cálzame aquese acicate.

ESTORDILANO.

Hija, ponlo de tu mano,
Que será muy buen agüero.

DORALICE.

Mostrad.

RODAMONTE.

¡Eso no! Primero.....

DORALICE.

¡Que sí!

RODAMONTE.

Digo que es en vano;
Mi vida á la vuestra ofrezco,
Y el cielo del suelo se alce:
¡Muy bueno es que á mí me calce
Quien descalzar no merezco!
Para tales embarazos,
Quien me sirve mejor es.....
¿Prendas vuestras en los pies?
Mejor están en los brazos.
Cálzame tú.

DORALICE.

¿Qué sabéis
Si calzároslos quería?
Como grillos os ponía
De la prisión que tenéis.

RODAMONTE.

No, que en aquesa prisión
Si es de amor lo que señalas,
Las espuelas sirven de alas (1),
Y los grillos de afición.
Ya estoy calzado, y podréis
Poner en aquestos brazos,
Con los vuestros, otros lazos,
Si verme libre queréis.
Yo me parto, Estordilano,

(1) *Y á tu Granada fiel.* (T.)
(2) *Que porque vivo sin ella.* (T.)
(3) *Yo, por mí, es necesario,* en el manuscrito.
(4) *Que diga el hombre que soy.* (T.)

(1) En el manuscrito:

Es la de amor que señala,
La espuela sube de ala.

No se me niegue este bien.

ESTORDILANO.

Dale los brazos también,
Pues que le diste la mano.

DORALICE.

Ésta es prenda que os defiende
Del no me guardar lealtad.

RODAMONTE.

Prendado desa beldad,
¿Qué prenda habrá que me prende?
Y no dejando de amarte
Por tu hermosura y valor,
Á quién será medio amor (1)
Voy á dar socorro, á Marte.

ESTORDILANO.

Todos quedamos en calma.

DORALICE.

En gloria y contento estoy.

RODAMONTE.

¡Oh santo Alá! ¿Dónde voy?
¿Cómo me parto sin alma?

Vanse.

Sale Rugero.

RUGERO.

Cansado salgo del francés ejército (2),
De las furiosas armas y su escándalo;
Cansado del prolijo estruendo bélico,
A sólo contemplar memorias míseras;
Á do no sean del cansado espíritu,
Dulces testigos los combates hórridos,
Sino estas fuentes, que entre verdes céspedes
Corriendo van con apacible música;
Escúchenme las peñas y los árboles:
Y de mi soledad las viudas tórtolas
Ejemplo tomen por los secos árboles.
¿Cómo ¡ah Rugero! qué enemiga furia
Tu pecho incita con ardientes áspides
Á que en el campo del francés católico
Salgas furioso con ardiente cólera,
Acrecentando de la muerte el número,
Y á Bradamante engañes con su crédito (3),
Quebrando la palabra como bárbaro,
Que fué, según su ley (4), perfecta y sólida,
Y la doctrina santa y evangélica?
Vuelve, Rugero, tu esforzado ánimo,
Y di con voz salida de lo íntimo:
Es Bradamante mi mujer legítima,
Y yo, cristiano, firme en mi propósito,
En Cristo creo; que esos dioses varios
Los he de perseguir como á contrarios.

Salen Mandricardo y Candrimando, hermanos.

CANDRIMANDO.

¿Cuál viento nos ha traído
Por tantos mares y tierra,
Hermano, á la Ardenia sierra,
Adonde habemos venido?
¿Cómo pudo ó cómo fué
Haber tanto caminado,
Que no la planta he mojado,
No he puesto en la tierra el pie?

MANDRICARDO.

Febosila pudo en breve
Traernos por este modo;
La ciencia lo puede todo,
Todo á la ciencia se debe.
Allí veo un caballero;
Dél te puedes informar
Desta provincia y lugar.

CANDRIMANDO.

¡Qué galán, qué bravo y fiero!
Á no verle en traje moro,
Por el Conde le juzgara,
Y por el talle y la cara
Parece el bello Medoro.
¡Que por un medio mujer
Dió en que Angélica le deja
Á todo el mundo con queja!
Y aquéste debe de ser.

RUGERO.

Pensando en mi Bradamante,
Los que me siguen no vía:
¡Qué braveza y bizarría!
¡Qué espectáculo arrogante!
El uno y otro es gallardo,
¿Tiene más presencia un monte?
Ó es el fuerte Rodamonte,
Ó el famoso Mandricardo.
Mas éste no vino á Francia,
Que en Tartaria se quedó.

MANDRICARDO.

¿Quieres que le hable yo?

CANDRIMANDO.

Como temples la arrogancia..... (1).

MANDRICARDO.

No sé qué tierra es aquésta.

RUGERO.

¡Brava soberbia de hombre!

MANDRICARDO.

¿No respondes?

RUGERO.

Es su nombre
La Ardenia selva y floresta.
Pero tú que lo preguntas,
Tan soberbio como loco,
¿Quién eres?

MANDRICARDO.

Soy harto poco,
Pues que conmigo te apuntas.

RUGERO.

Éste es de bárbara ley:
¿De qué te engríes y armas?
Que no han de manchar mis armas

---

(1) *Yo á quien rindió tu amor.*
(2) *Huyendo del franc*[illegible] (T.)
(3) *Á Bradamante que engañó tu crédito.* (T.)
(4) *Fe*, en el manuscrito.

(1) [illegible]
No templa aquesta arrogancia? (T.)

Menos que sangre de rey.

MANDRICARDO.

Moro, no te quiero más
Que preguntar.

RUGERO.

Está bien.
Si me conocieses bien ....

MANDRICARDO.

Quiero saber dónde vas.

RUGERO.

Voy donde voy, ¿á qué efeto
Lo quieres saber de mí?

MANDRICARDO.

Ten más lástima de ti:
Que me enojas te prometo.
Que por agora no sé
Lo que de ti saber quiero;
No te doy muerte primero,
Mas luego te mataré.

RUGERO.

Si acabado de entender
El punto, matarme quieres,
Pregunta lo que quisieres,
Que tengo un poco que hacer (1).
¿Qué quieres saber de mí,
Que con tanta priesa vienes?

MANDRICARDO.

Mayor de morir la tienes.

RUGERO.

Está concertado ansí.

MANDRICARDO.

Por esa buena intención,
Estoy porque sea primero.

RUGERO.

Como quisieres; ya espero,
Haciendo buen corazón.

MANDRICARDO.

Tiempo queda; ya es mejor
Saber lo que es importante:
¿Adónde queda Agramante?

RUGERO.

Ese es mi rey y señor;
Yo le sirvo de escudero,
Y le dejé peleando
En Arlés.

MANDRICARDO.

¿Y al conde Orlando
Conoces?

RUGERO.

Como á Rugero.

MANDRICARDO.

¿Queda allí?

RUGERO.

Cual muro firme.
¿Tienes más que preguntar?

MANDRICARDO.

No.

RUGERO.

Pues mándame matar;
Que tengo gana de irme.

MANDRICARDO.

Donaire tiene, ¡por Dios!
Cumplirle quiero el deseo.

RUGERO.

Corrido con dos me veo,
Que tengo poco con dos (1).

MANDRICARDO.

Acaba ya.

RUGERO.

¡Muerto soy!
¡Perdí la vista, caí!

MANDRICARDO.

Candrimando, estoy aquí.
Por hombre ó por nadie estoy;
Quita allá tu hechicería.

CANDRIMANDO.

Yo no te quise ayudar;
Sólo pretendo probar
Lo que mi escudo podía.
¿Por eso sólo te enojas?

RUGERO.

Si ansí vences, no deseo
Tener envidia al trofeo
De los hombres que despojas.
Y tú, cobarde, si eres
Hombre, que de ti (2) lo dudo,
Deja el encantado escudo,
Defensa para mujeres,
Y venme á probar sin él.

CANDRIMANDO.

¡Oh, santo Alá! ¿Tal escucho?

RUGERO.

Para una mujer, no es mucho
Que se defienda con él.

CANDRIMANDO.

¿Vesle aquí dejado en tierra? (3).
Quisiera hacelle pedazos;
Que no han menester mis brazos
Escudo para tu guerra.

RUGERO.

Otro te he de parecer
Agora, del que solía.

CANDRIMANDO.

De lo poco que temía,
Menos tengo que temer.

MANDRICARDO.

¿Cómo es esto, Candrimando?
¿Cuerpo á cuerpo puede un hombre
Hacerte huir?

RUGERO.

Tengo el nombre
Más arrogante que Orlando.

MANDRICARDO.

Huyéndole vas, cobarde (4).

CANDRIMANDO.

¡Oh, santo Alá, que me ha muerto!

(1) *Más luego te mataré.* (T.)

(1) *Que tengo pocos en dos,* en el manuscrito.
(2) *Serlo.* (T.)
(3) *Veslo ahi arrojado en tierra.* (T.)
(4) *¿Huyendo te vas cobarde?* (T.)

MANDRICARDO.

¿Cómo que murió?

RUGERO.

Por cierto:
Tú vienes bien, pero tarde.

MANDRICARDO.

¿Tarde dices, enemigo,
Habiendo muerto á un hermano
De la sangre de Agricano?

RUGERO.

Y mataré dos contigo.

MANDRICARDO.

¿Qué fuego es éste que puede
Estorbar que no te mate?

RUGERO.

Eso más, que tu combate
Hace que suspenso quede;
Cuantas veces voy á ti,
Tantas más me vuelvo ciego.

MANDRICARDO.

Y cuantas á ti me allego,
Tantas te apartas de mí.
Abrazarte me conviene;
¿Eres hijo de la tierra,
Que en sus entrañas te encierra
Por el miedo que me tiene?

Aquí han de acuchillarse Rugero y Mandricardo; en medio del tablado hay un redondo, y debajo echan lumbre, y no pueden llegar uno á otro; métase Rugero con el escudo cuando Mandricardo le va á abrazar, y queda solo.

MANDRICARDO.

¿Qué es aquesto, Alá enojado?
¿Qué es aquesto, Alá cruel?
¿Por dónde se fué, qué es dél?
¿Qué es esto, Laurimo amado?
¿De aquesta manera vengo
En Francia á mi padre muerto,
Pues dejo en este desierto
Muerto un hermano que tengo?
¡Oh, falso tío Laurimo! (1).
¿Aquesta fué la importancia
De hacernos pasar á Francia?
Tu aviso y favor estimo (2).
¡Que rindieses tus despojos,
Hermano, á manos de un hombre
De quien no supiste el nombre,
Y que lo viesen mis ojos!
¿Qué dirá el mundo de mí
Viendo que el alma rendiste
Adonde vivo me viste
Y adonde morir te vi?
Mas ¿qué me detengo en vano?
Ya determinado estaba;
Si padre sólo vengaba,
Vengaré padre y hermano.
La tierra ayudarte pudo,
Y á mí quitarme la empresa;
Él se fué, y sólo me pesa
Que se llevase el escudo (1).
Al cuerpo de Candrimando,
Cavando la tierra dura,
Quiero dar la sepultura
Que pensaba dar á Orlando.
¡Con buen agüero, Laurimo,
Entro en Francia! ¡Oh falso viejo!
¡Maldito sea tu consejo!
Pero á vengarte me animo (2).
Susténteme la esperanza;
Que si acaso vengo á verte,
Será tu violenta muerte
Los postres (3) de mi venganza.

(1) *Oh falso tio Laurino.* (T.)
(2) *Tu aviso y favor malino.* (T.)

FIN DE LA PRIMERA JORNADA DE «LOS CELOS DE RODAMONTE».

ACTO SEGUNDO.

Salen Ardaín y Doralice, y acompañamiento.

ARDAÍN.

Perded, Reina de Granada,
El cuidado que tenéis,
Pues hoy al fin llegaréis
De la postrera jornada;
Que ya del Pó las orillas
Pisaréis de aquí adelante,
Y del campo de Agramante
No estamos sino seis millas.
Gracias á Alá que acompaña
Vuestra beldad y hermosura,
Que á Francia lleguéis segura
Desde la bética España.
¿Qué os parece desta tierra?

DORALICE.

Si verdad digo, Ardaín,
Harto mejor mi Albaicín
Y aquella nevada sierra.
Cuando menos agua lleves,
Con mis ojos te reparo,
¡Oh Genil famoso y claro!
¡Qué de lágrimas me debes!
Turbio en mi ausencia te vi;
Que si agora lloro yo
Sobre las aguas del Pó,

(1) Él se fué, y sólo me pesa
Que se llevase el escudo,
Pues mi ventura no pudo
Que saliese con su empresa. (T.)

(2) Falta esta redondilla en la edición de Tortosa.
(3) *Los pasos.* (3).

No se dolerán de mí (1).
¿Qué casamiento es aqueste
Con hombre extraño, ¡ay de mí!
Y en tierra extraña y sin ti?
Padre, ¿qué rigor es éste?
¿Y por fuerza había de ser
Un Rodamonte feroz,
Todo cuerpo, todo voz,
Todo matar y vencer,
Y un hombre á quien tengo miedo?
Si es Rey de Argel, ¿qué importaba?
¿De Córdoba no bastaba,
De Sevilla ó de Toledo?
Si lo hiciste porque en guerra
Te diera ayuda y favor,
¿No te lo dieran mejor
Los vecinos de tu tierra?
Voy á un extraño á servir,
Un fiero me ha de mandar (2);
Tú me envías á casar,
Pero yo voy á morir.
Boacén, ¿no descansaremos?

BOACÉN.

Muy bien puedes descansar;
Que tiempo hay para llegar
Aunque agora reposemos.
¡Hola! Armad aquesa tienda
Porque Doralice bella
Descanse á la sombra della
Sin que el vivo sol (3) la ofenda;
Aunque si duermen sus ojos,
Él buscará por dó entrar,
Para poderlas hurtar
El de sus cabellos rojos (4).

DORALICE.

Tienda, haced cuenta que muero,
Y enterradme antes que muera:
Sed vos la cama postrera
Del casamiento primero;
Y pues que ya la hora incierta,
La muerte en su libro escrita
Tiene, por mi bien permita
Que éntre viva y salga muerta.

BOACÉN.

Bien puedes, señora, entrar.

DORALICE.

Entraré para morir.

BOACÉN.

Segura puedes dormir.

DORALICE.

Y no segura velar.

Éntrase Doralice, y en tanto los dos criados llevan un arco.

BOACÉN.

¿En qué nos entretendremos
Mientras duerme?

ARDAÍN.

En lo que quieras.

BOACÉN.

¡Oh, si el ajedrez trujeras.....

ARDAÍN.

En otra cosa podremos.

BOACÉN.

Pues tiremos con el arco.

ARDAÍN.

Al fin, de amor instrumento.

BOACÉN.

Navego en su mar sin viento (1).

ARDAÍN.

Y ¿es aquella tienda barco?

BOACÉN.

Pues si navegara allí,
¿Pudiérame yo anegar?
No, que por tan poco mar (2)
En mi vida me perdí.

ARDAÍN.

Ahora bien, el arco toma,
Y el tiro será aquel blanco
De aquel alamillo blanco
Que detrás desotro asoma;
Y aquel que más cerca diere
De aquesta señal que hice,
Ese goce á Doralice,
Y la pierda el que perdiere.

BOACÉN.

No tires hasta que entienda
Que rumor es éste.

ARDAÍN.

¡Alerta,
Soldados, y plaza abierta
Alrededor desta tienda!
Poned esas alabardas
Que no os entren diez caballos,
Y sabed desbaratallos.

BOACÉN.

De un solo hombre la guardas;
Pero no por eso quede
Menos la guarda en cuidado;
Que es feroz y bien armado (3);
Á un monte en la vista excede.

Entra Mandricardo diciendo:

MANDRICARDO.

Talando voy, cual rayo, al francés suelo
Después que mi querido Candrimando
Rindió el cuerpo á la tierra, el alma al cielo.
Como la muerte voy ejecutando,
En cuantos hallo (4), mi furor, haciendo
Principio al fin del esperado Orlando.
¡Que se me fuese aquel traidor huyendo!

---

(1) *No te acordarás de mí.* (T.)
(2) *Matar*, en el manuscrito.
(3) *Sin que viento ó sol la ofenda.* (T.)
(4) Falta esta redondilla en la edición de Tortosa.

(1) *Sin tiento.* (T.)
(2) *No, porque en tan poca mar.* (T.)
En la edición de Tortosa, este verso y el que le sigue están puestos en boca de Ardaín.
(3) *Que este feroz viene armado.* (T.)
(4) *Topo.* (T.)

Huyendo dije, que la tierra propia
Me le escondió, su duro seno abriendo;
   Pero por él he muerto tanta copia
Como en sus campos tiene Libia arena
Y fieros basiliscos Etïopia.
   Gente, sin duda, por el monte suena;
Veo hacia allí (1) una tienda armada,
Y la campaña de soldados llena.
   Huélgome, que podrá mi fuerza airada
Entretener un rato aqueste tronco
Mientras me falta la troyana espada;
   Y ya saben algunos que destronco
Un árbol si me falta el de las manos.
¡Hola, hola! ¿Queréis volverme ronco?
   ¿No respondéis?

BOACÉN.

¿Qué dioses soberanos
Vienes nombrando (2), ó qué salud nos dices
Para mostrarnos á tu voz humanos?
   Por más que lo compongas y autorices.
Eres un hombre: bien, ¿qué es lo que quieres?

MANDRICARDO.

Por eso es bien que no te escandalices (3).
   Un hombre solamente soy.

BOACÉN.

Si eres
Uno ó ninguno, pasa tu camino,
Y no de cierto (4) un escuadrón alteres.

MANDRICARDO.

¿No puedo preguntar?

BOACÉN.

El peregrino,
Con humildad bien puede.

MANDRICARDO.

Yo la tengo.
Dime, ¿eres moro?

BOACÉN.

Moro y granadino.
   Soy español, y con la Reina vengo
De Granada, llamada Doralice.
Bien ves que te respondo y entretengo.

MANDRICARDO.

¿Quién es su padre?

BOACÉN.

Estordilán se dice.

MANDRICARDO.

Digo de los que estáis aquí.

BOACÉN.

Ninguno.

MANDRICARDO.

Eso es injusto y á su honor desdice.
   Pues ¿dó la envía?

BOACÉN.

Á que la goce alguno
Por sus dineros. ¿Qué nos quieres, hombre?
Que para pobre sobras de importuno.

(1) *Vela hay allí.* (T.)
(2) *Invocando*, en el manuscrito.
(3) Falta este terceto en el manuscrito, pero se halla en la edición de Tortosa.
(4) *Ciento*, en el manuscrito.

MANDRICARDO.

¿Por qué te espantas de que yo me asombre
De ver una Princesa sin su padre?

BOACÉN.

Si va á su esposo.....

MANDRICARDO.

Bien: dime su nombre.

BOACÉN.

Es espantoso.

MANDRICARDO.

¿Cómo?

BOACÉN.

Fué su madre
La montaña de Carza y Angelina (1),
Que no hay Caribdis que así brame y ladre!
   Su padre fué la roca diamantina.

MANDRICARDO.

¡Válgame Alá!

BOACÉN.

Crióse en este monte,
En las montañas de una gruesa encina;
   Las espaldas de un cruel rinoceronte
Eran su cama.

MANDRICARDO.

¡Prodigiosa cama!
¿Llámase, al fin.....

BOACÉN.

El rayo Rodamonte.

MANDRICARDO.

¿Con tantas erres se pronuncia y llama?

BOACÉN.

Es rabia y rayo, y rastro de cometa
Que muerte anuncia.

MANDRICARDO.

Ya lo sé por fama.
Y aquesta boda, ¿se ha de hacer secreta?

BOACÉN.

No entiendo (2) que el secreto es de impor-[tancia,
Que el padre se la envía por su gusto,
Porque la pide por mayor instancia.

MANDRICARDO.

Desa manera, no tendrá disgusto
Que (3) aquestas bodas todo el mundo entienda.

BOACÉN.

Antes parece necesario y justo.

MANDRICARDO.

Y ¿duerme Doralice en esta tienda?

BOACÉN.

En ella duerme.

MANDRICARDO.

¡Oh cielo, ¿Cómo tardo
En conquistar la granadina prenda?
   Moro, yo soy el fuerte Mandricardo,
Rey de Tartaria, y de Agricán soy hijo,
Más fuerte que el de Argel y más gallardo;
   Mejores reinos, gente y brazos rijo;

(1) *La cólera, ira y fuerza más ferina.* (T.)
(2) *No creo.* (T.)
(3) *Que aquesta fiesta.* (T.)

Mejor merezco aquesta mora bella.
¡Quitaos delante!

BOACÉN.

¿Oiste lo que dijo?
Agora su locura afirma y sella.
Desvíate, Ardaín, si te parece;
Goce su prenda y véngase por ella.

ARDAÍN.

Extremada ocasión se nos ofrece
Para pasar la siesta.

BOACÉN.

¡Gentil loco!
Dejémosle gozar lo que merece.
Llegue, señor soldado, llegue un poco.

ARDAÍN.

¡Goce su prenda, fanfarrón gallardo!

MANDRICARDO.

Ya la paciencia y sufrimiento apoco;
Ansí conoceréis á Mandricardo.

Aquí va tras ellos.

BOACÉN.

¡Con qué fuerza el tronco exprime,
Santo Alá!

MANDRICARDO.

¡Huye, canalla;
Que quien rompe una muralla
No ha de haber fuerza que estime! (1).

Aquí los mete á palos á Boacén y Ardaín, y saca á Doralice de la tienda, ó sale ella, y vase marchando.

DORALICE.

¡Oh triste y pesado sueño!
¿Viénese abajo algún monte?
Tanto temo á Rodamonte,
Que el eco del nombre sueño (2).
¿Quién es aquel bravo y fiero
Que con la nudosa maza
Rompe, mata y despedaza
Todo mi (3) escuadrón entero?
¡Ay, desdichado Ardaín!
¡Ay, mísero Boacén!
¡Cómo, aunque os defendéis bien,
Habéis de morir al fin!
¡Qué bravo los desbarata!
¡Gallardo, á fe de quien soy!
Sin querellos mal, estoy
Mirando cómo los trata (4).
Acabóse la contienda;
Él viene. ¿Por dónde iré?
¿Adónde me esconderé?
Quiérome entrar en la tienda.

Éntrase, y sale Mandricardo.

MANDRICARDO.

Algo me han entretenido.

(1) Falta esta redondilla en la edición de Tortosa.
(2) *Que ser algún monte sueño.* (T.)
(3) *Todo un.* (T.)
(4) *Los mata.* (T.)

¡Por Alá, que estoy cansado!
Algunos se han escapado,
Pero (1) no los he seguido,
Porque entretanto pudiera
Huirse quien ha de ser
El premio que he de tener
De aquesta contienda fiera.
¿Si dormirá todavía?
Pues no ha salido, ¿quién duda?
¡Qué es esto! ¡El color me muda!
¿Dónde está la fuerza mía?
¡Que haya muerto un escuadrón
De hombres en la contienda,
Y que en llegar á la tienda
Se me hiele el corazón!
Misterio debe de haber.
¿En mi pecho cabe miedo?
¡Mil hombres temer no puedo,
Y tiemblo de una mujer!
Yo entro.

DORALICE.

¡Señor, detente!
¿Qué me quieres? Vesme aquí.
Acaba en matarme á mí,
Pues comenzaste en mi gente.
¡Por tus dioses soberanos,
Que si habrá de ser después,
Muera yo agora á tus pies
Antes que á mis propias manos!

MANDRICARDO.

Suspenso estoy, ¡por Alá!
Nunca vi (2) cosa tan bella;
Ó el mismo sol viene en ella,
Ó por él (3) alumbra acá.
Alzad, señora, del suelo,
Gloria del suelo español;
Que mi ley adora el sol,
Y sois vos el de mi cielo.
Y pues la tengo ofendida
Porque tu gente maté,
De rodillas pediré
Pena que es tan merecida.
Veisme aquí, sol bello y puro,
Y tened por cierto que es
El que tenéis á los pies
Un monte de mármol duro;
Que si yo, como gigante,
Al cielo pude atreverme,
Podéis la pena ponerme
Á delito semejante (4).

DORALICE.

Alzad del suelo, señor;
Yo sola al cielo ofendí,
Pues que me castiga á mí

(1) *Porque.*
(2) *No he visto.* (T.)
(3) *Ó por ella.* (T.)
(4) En el manuscrito:

Podéis un Etna ponerme
Al de Sísifo semejante

Con tan áspero rigor.
Mas ya que así me tenéis,
Huélgome que vos seáis,
Porque en lo exterior mostráis,
Que hombre noble parecéis.

MANDRICARDO.

Señora, aqueso os consuele,
Y sabed que lo soy tanto,
Que os dará mi nombre espanto,
Como en otras partes suele.
Soy el hijo de Agricano,
El Rey de Tartaria.

DORALICE.

Aguardo.
Vuestro nombre.

MANDRICARDO.

Mandricardo,
Hombre soberbio y humano,
Que en estos extremos ando
Por tan diferentes nombres,
Que soy fiero con los hombres,
Y con las mujeres blando.
Pasé á Francia por vengar
La muerte del padre mío,
Porque á Orlando en desafío,
Si puedo, quiero (1) matar.
Y bien pienso que podré;
Que no son malos testigos
Estos tendidos (2) amigos
Que á vuestros ojos maté.
Viniendo por este monte,
Supe de los que os llevaban
Á las fiestas, que esperaban
Agramante y Rodamonte;
Pero el sol de luz más pura
Que el sol apenas fué huído,
Cuando por él al sentido
Entró vuestra hermosura;
Y tanta envidia con ella
Del casamiento dichoso,
Que luego me fué forzoso
Salir el alma por ella.
Mi sol, viéndoos á los dos,
Para eclipsaros me puse;
La tierra fuí, que me opuse
Entre Rodamonte y vos.
Eclipsada estáis agora;
Busque el de Argel su fortuna;
No daréis luz á su luna,
Sí al alma que os adora.
¡Ay, que os debo de cansar!

DORALICE.

Por cierto, Rey, que no hacéis.
Por esclava me tenéis,
Y bien me podéis mandar (3).

MANDRICARDO.

Yo soy el esclavo indigno.
Y ¡pluguiera á Dios que fuera
Tan noble, que mereciera
Ser de aquesas plantas digno!
Y los dioses soberanos
Sólo me den este bien.

DORALICE.

Harto mejor es que os den.....

MANDRICARDO.

¿Qué, mi señora?

DORALICE.

Las manos.

MANDRICARDO.

Pues si aquésas mereciera,
¿Ya no estuviera á mis pies
Todo lo que tierra es,
Y yo en el cielo estuviera?
Sin falta os burláis conmigo.

DORALICE.

Pues, decidme, ¿qué he de hacer,
Sola, cautiva y mujer,
Y en manos de mi enemigo?
Aseguradme de suerte
Que cumpláis lo prometido;
Que más os quiero marido,
Que no enemigo tan fuerte.

MANDRICARDO.

¿Es posible tanto bien,
Señora? En el rostro os muestro
La fe con que vivo vuestro,
Y la del alma también.
Dadme aquesa mano hermosa;
Que ¡por el sol y mi ley!
Os doy palabra de rey
Que sois y seréis mi esposa.

DORALICE.

Yo soy la que en ello gano,
Y dello palabra os doy.

MANDRICARDO.

Yo soy vuestro.

DORALICE.

Vuestra soy.

MANDRICARDO.

Sea la firma aquesta mano,
Y vámonos á buscar
Dónde regalaros pueda.
¡Oh sol, qué envidia te queda
De verme en otro adorar! (1).

Sale Rugero.

RUGERO.

Como de un sueño profundo,
Hoy salgo á aqueste hemisferio,
En el cual soy sin segundo,
Pues no sin causa y misterio

---

(1) *Pienso.* (T.)
(2) *Rendidos.* (T.)
(3) Por cierto, Rey, que me haceis,
Muy gran merced, y me podeis
Como á una esclava mandar. (T.)

(1) Sea la firma esa mano
Con que yo llevaros pueda;
¡Ah sol! ¡qué envidia te queda
Deste cielo soberano! (T.)

Dos veces renazco al mundo.
Y tanto su amor mostró (1)
La madre que sér me dió,
Que en sus entrañas me encierra,
Porque ninguno en la tierra
Diga que de mí triunfó.
Aquel varón cuyo nombre
Sólo conviene á los dos,
Por ser digno dese nombre,
Sin duda que era algún Dios,
Y si no Dios, más que hombre.
Mas yo siento de mis brazos,
Que en dándole dos abrazos,
Cien mil vidas le quitaran;
Luego, si no me encerraran,
¿No le hiciera mil pedazos?
Empero, ¿en qué he reparado
Que fuera Dios ó no fuera?
Que en sólo mirar airado,
Treinta dioses me comiera,
Y así quedara endiosado.
Siendo más que un monte (2) firme,
¿Quién se pone á resistirme,
Pues que mi madre, la tierra,
De su vientre me destierra
Porque no puede sufrirme?
Sin duda, nazco el primero (3)
Ó los hombres se encerraron:
¿Huyen de mi rostro fiero? (4).
Sin duda que adivinaron
Que sale al mundo Rugero.
Porque mi gente se embarca,
Mi navío desembarca,
Caso que á una piedra asombre:
¡Ni en toda la playa hay hombre,
Ni en toda el agua una barca!
Por aquí suena una voz,
Y de femeniles quejas:
¿Si llora algún caso atroz?
Más me ofende las orejas,
Que voz de un hombre feroz.
Ya se acerca. ¡Ah, cielo santo,
Con qué lástima y espanto
Sus tiernos pies apresura!
¡Cómo es mayor la hermosura
Cuando la acompaña el llanto!

Sale Celaura por una parte del tablado.

CELAURA.

Espérame mar, detente,
No pases más adelante,
Detén tu curso y corriente;
Que yo haré que tu menguante
Con mis lágrimas creciente.

RUGERO.

¡Oh, más que Diana hermosa!
¿Con quién te podré igualar?

CELAURA.

Sosiégate, mar, reposa.

RUGERO.

Quien manda que pare el mar,
¿Qué puede ser sino Diosa?

CELAURA.

Mar soberbio, airado y fuerte,
Recíbeme.

RUGERO.

¡Oh, mala suerte!
Detente. ¿Dó vas perdida?
Quien puede al mundo dar vida,
¿Así se entrega á la muerte?
No hagas hecho tan injusto.

CELAURA.

¡Oh, qué aborrecible nombre!
Hombre, nombre de disgusto;
No puede ser sino hombre
Quien me privó de mi gusto (1).

RUGERO.

Pues si la mar se sorbiera,
¿Piensas que bastante fuera
Para poderte usurpar?
Yo me bebiera la mar,
Y así te sacara fuera.
Sosiega, pues, que te hallas
Con quien no temas te enoje,
Pues me rindes y avasallas;
Y esas lágrimas recoge,
Que no es bien desperdiciallas.
Y dime, ¿de adónde cobras
Tal pena que al mundo asombras,
Que apenas la boca abras,
Cuando al pie (2) de tus palabras
Pongo por suma (3) mis obras?

CELAURA.

De la tormenta y zozobra,
Algún tanto salgo afuera,
Y mi habla (4) aliento cobra;
Cien mil palabras le diera
Á quien hiciera una obra.
Al que con la fuerza suya
La vida quite y destruya
Del que robó la honra mía,
Palabra y mano daría
Si me vengase la suya.

RUGERO.

¿Son uno ó dos, di, los nombres?

CELAURA.

¿El nombre saberle quieres?
Es Ferragut, no te asombres,
Engaño de las mujeres
Y desengaño de hombres.
Éste, cuya vida agrada

(1) *Y tanto amor me mostró.* (T.)
(2) *Marte.* (T.)
(3) *Sin duda no es el primero.* (T.)
(4) *Temiendo mi rostro fiero.* (T.)

(1) ¿Quién pudo ser sino hombre
Quien estorbase mi gusto? (T.)

(2) *Cuando al fin.* (T.)
(3) *Ponga por firma.* (T.)
(4) *Alma.* (T.)

Aun en lo exterior mirada,
Que al más advertido engaña,
Queriendo pasar á España,
En su nave me dió entrada.
  Este bruto, aquesta fiera,
Tanto de mí se pagara,
Que mil palabras me diera:
En sierpe me transformara
Para que de mí huyera.
  Del puerto se fué alabando
Que iba á España publicando,
Rota de Francia siguiendo,
Velas de su nao tendiendo,
Y las de mi honra arrastrando.
  Fingió el cruel (1) que me amaba:
¿Que fingió dije? Es ansí,
Pues con palabras mostraba,
Que, acordándose de mí,
De Angélica se olvidaba.
  Hizo voto de dejalla
Y por mi causa olvidalla;
Mas por no irla olvidando,
Iba razones formando (2)
En que era fuerza nombralla.
  Era su malicia tanta,
Que anudaba en mí sus brazos
Con una afición que espanta,
De cuyos nudos y lazos
Lasta agora mi garganta.
  Y acabada la jornada
Con ella fuera acabada (3);
Luego que en Francia surgió (4),
La palabra me quebró,
Y así me dejó burlada.
  Pues como la ley ordena,
Según que parece escrito,
Que en esta forma condena,
Si en el mar hace delito (5),
En el mar pague la pena.
  Y pues mi tormento crece
Y el mar menguante se ofrece,
Justo será que me arroje.

RUGERO.

Vuelve, que aun el mar se encoge
Por ver que no te merece;
  Y ven, daré muerte fiera
Á quien te dejó perdida (6).

CELAURA.

¡Detente, señor, detente,
No le prives de la vida!

RUGERO.

Sígueme.

CELAURA.

No vayáis.

RUGERO.

¡Muera!

CELAURA.

Espera, señor.

RUGERO.

Ya espero.

CELAURA.

Envaina, envaina primero.

RUGERO.

¿Qué quieres?

CELAURA.

Entretenerte
Porque no le des la muerte,
Que más que al vivir le quiero.
  Sólo lo que os ruego y pido
Es, señor, que me sigáis,
Por lo cual seréis servido (1),
Y que de tal suerte hagáis
Que cumpla lo prometido.

RUGERO.

  Si de mí no te desvías,
Ya no gozarás sus días,
Porque mientras tú le vales,
Y tus manos, pues son tales,
Más fuerza tendrán las mías (2).
  Dicen que te tiene en calma
Y que goza el alma tuya,
Y de tu flor llevó palma (3):
Quisiera por ver la suya
Mil veces sacalle el alma.
  Vamos de aquí porque vea
Lo que tu gusto desea,
Y desde aquí te apercibe,
Que si á un ángel no recibe,
Que del infierno lo sea (4).
  Mueve ya la hermosa planta
Que el suelo no mereció,
Y los pasos adelanta;
Que no ha de pasar el no
Arriba de su garganta.

CELAURA.

  Viendo el valor que en vos sobra,
Sin duda que luego abra;
Vamos, que mi honor se cobra,
Y matarlo he de palabra,

---

(1) *El traidor*. (T.)
(2) *Razones iba buscando*. (T.)

(3) Y al cabo desta jornada
Que en ella fué ya acabada. (T.)

(4) *Luego en Fran*[illegible], en el manuscrito.
(5) *Hace el delito*. (T.)
(6) *Ofendida*. (T.)

(1) *Pues que dello sois servido*. (T.)

(2) Si de mí no te desvías,
Ya n[illegible]
[illegible]
Y [illegible],
Más fuer[illegible]

(3) Dices que te tiene en calma,
Y quejosa el alma tuya,
Y de infiel lleva la palma. (T.)

(4) Vamos y haré que se vea
L[illegible].
Á un[illegible].
Que si Angel no le recibe,
Que le echo al infierno creas. (T.)

Y no le matéis de obra (1).

RUGERO.

De mi espada los aceros,
Sus pensamientos ligeros
Cortarán de aquesta vez;
Que mi espada es como diez,
Los hombres que mata, ceros.

Éntranse Rugero y Celaura, y entra Rodamonte y los suyos.

RODAMONTE.

Bien será dar el asalto
Por esta parte del muro,
Que es lugar menos seguro
Y está de socorro falto;
Que si de Marsilio el voto
Que dé viene á contentarle,
Primero que tomen á Arle
Será el ejército roto (2).
¡Ay, mi bella Doralice,
Que la palabra me quiebras,
Que ajenas bodas celebras!
El alma ausente me dice
Que me rompiste la fe.
Y tú, rey Estordilano,
Si ya me diste la mano,
¿Cómo me has dado del pie?
Temores, ansias, recelos,
Bella Doralice, espero;
Que tengo por mal agüero
Haber entrado en mí celos.

Entra Boacén solo, y dice con la espada en la mano, y sangriento brazos y manos, y cabeza alborotada:

BOACÉN.

¡Oh capitanes, gente valerosa!
Por lo que importa, me decid adónde
Asiste el rey de Garza, Rodamonte.

ARIDANTE.

Vedlo, aquí está.

RODAMONTE.

Detente, espera, aguarda;
¿Qué nueva es la que traes?

BOACÉN.

Es la más triste
Que pudiera venir á tus oídos.

RODAMONTE.

Di, que llegar no puede á lo que pienso.

BOACÉN.

Con aquel aparato y bizarría
Que se le debe á tu valor y estado,
Tu bella Doralice te traía.
Haciendo siesta en un hermoso prado,
Mandricardo allegó haciendo plaza,
Cual si fuera un león determinado.
Esgrime en torno una ñudosa maza
Con la velocidad de un suelto pardo,
Y á los nuestros los mata y despedaza.
Cualquiera golpe nuestro llega tardo;
Que su velocidad y mucha fuerza,
Burlada deja á la saeta ó dardo.
Éste, menos de grado y más por fuerza,
Tu bella Doralice procurando,
En nuestro daño, su valor esfuerza.
Hombre se halló allí que caminando
Iba cuarenta noches con sus días,
Deste bruto feroz, y recelando.
Volviéronse pesar sus alegrías,
Y tu esperanza la llevó al contrario,
Mal acordado dónde la ponías.
En su poder la lleva el temerario,
Ella lanzando temerosos gritos;
Pero quejarse allí no es necesario.
Llevóla al fin, señor, y entre infinitos,
Quiso Alá que escapara y que viniese,
Por entre aquestos robles y palmitos,
Á que las nuevas trágicas te diese:
Alá sabe, señor, cuánto me pesa
Que entre el amigo campo no muriese.

RODAMONTE.

¡Oh Mahoma cruel! ¿En esta empresa
Tan descuidado estabas, que hacías
Mi esposa de un cruel tártaro presa?
¡Oh perro, apostaré que te dormías
Y nadie entonces gobernaba el cielo,
Y que al licor de Baco te ofrecías!
¿Para eso se te da cargo del suelo? (1).
¿De esta manera á Rodamonte quita
Su vida y honra un tártaro mozuelo?
No ha de quedar altar en tus mezquitas,
He de quemar tu imagen y cualquiera
Libro que tenga tu Alcorán escrito.
Y las cenizas de tu estatua fiera
Pisaré, porque ordene la ley mía,
Que de tus huesos la ceniza muera.
¿Qué es esto que me enciende, que porfía
Sacarme el alma por el pecho abierto?
¿Qué es de aquél que la nueva me traía?

BOACÉN.

Aquí me tienes.

RODAMONTE.

¡Oh, Boacén! Por cierto
Que me olvidé de darte las albricias.

Aquí le da un porrazo que le mata (2), y cae Boacén, y dice Rodamonte:

Tómalas, pues.

BOACÉN.

¡Ay, cielo, que me ha muerto! (3).

---

(1) Y mataldo de palabra,
No me le matéis de obra. (T.)

(2) Que si de Marsilio el voto
Que no le dé más tal es,
Primero que tome arnés
Será el ejército roto. (T.)

(1) *¿Para eso te dió Alà cargo del suelo?* (T.)

(2) En la edición de Tortosa la acotación es diversa: *Ahógale en los brazos.*

(3) *Que soy muerto.* (T.)

RODAMONTE.

¡Quitádmelo de ahí luego! ¿Así te envicias,
Mahoma ingrato, en maltratar tu gente?
¿Dí, qué tesoro ó posesión codicias?
¡Oh, santo Alá! ¿No estaba aquí presente
Agora Doralice, dime, moro,
El bello sol del granadino Oriente? (1).

CRIADO.

¿Qué me pides, señor?

RODAMONTE.

¡Que tal tesoro
Pueda encubrirme una pequeña nube,
Formada de las lágrimas que lloro!
Pero es del humo que á la frente sube.

CRIADO.

¡Por Alá, que te temo!

RODAMONTE.

¡Mandricardo,
Hombre que yo por mi vasallo tuve,
Hombre que viste de una tigre ó pardo
Una piel desollada, ¿el bien que estimo
Me quita á mí? ¡Oh santo Alá! ¿Qué aguardo?
Un monstruo más extraño que Laurimo,
Lleva mi gloria. ¡Oh Mahoma ingrato,
Ya contra él y contra ti me animo!
¡Santo Alá, si le cojo y arrebato,
Entre mis brazos le deshago el pecho,
Los huesos le quebranto y desbarato,
Y entre mis dientes mil pedazos hecho,
Sus carnes como y de su sangre bebo,
Del mundo que lo estorbe á su despecho.
¿Quieres ver, Aridante, cómo pruebo?
Haz cuenta que eres Mandricardo fuerte.

CRIADO.

¡Buen galardón de mis servicios llevo!
Pues ¿cómo, di, señor, de aquesa suerte,
Cogiéndole sin armas, desarmado,
Le quieres dar á Mandricardo muerte,
Que el otro no estará tan descuidado?
Si me quieres matar, deja que arme
De un peto el pecho, y matarásme armado.

RODAMONTE.

Bien dices, Aridante; que avisarme
Sólo pudiera aquese ingenio agudo.

CRIADO.

Pues yo me voy. ¿Dó quieres aguardarme?

RODAMONTE.

Aquí te aguardo, y trae con el escudo
Un tronco semejante al del contrario.

CRIADO.

¡Gracias al cielo que librarme pudo!
Allá te queda, loco temerario;
Que no me volverás á ver si puedo.

RODAMONTE.

Que pruebe aquesta espada es necesario.
¡Qué bien la esgrimo, qué brioso y ledo
Me queda el brazo; soy el mismo fuego:
No soy el mismo, digo que le excedo!
Á tomar la venganza parto luego,
¡Oh, bella Doralice, del que amas,
Dese atrevido infame, dese ciego.
En secos troncos y en las verdes ramas
Tal fuego esparciré por todo el suelo,
Que consuman las suyas vuestras llamas.
Y cuando sea que os subáis al cielo,
En el aire hallaréis mis pensamientos,
Juntos todos que estorben vuestro vuelo.
Apréstense de hoy más los elementos,
Porque el mundo pequeño se apercibe
Á deshacer del grande los cimientos.
Todo aquello que en él asiste y vive,
Hasta que encuentre al bruto Mandricardo,
Disminución de su valor recibe.
El fuego os voy á echar en que me ardo:
Huid, que va á buscaros Rodamonte
Con sueltas manos, aunque paso tardo.
¡Oh, Mahoma cruel, en cobro ponte;
Lleva al noveno cielo tus riquezas,
Que alcanzo si las pones en un monte,
Y no se escaparán de mis fierezas!

Sale Ferragut.

FERRAGUT.

No vengo á mala ocasión
Á socorrer á Agramante;
Antes le seré importante
En su justa redención (1).
Aquí, aquí me quiero ver;
En batalla hallarme (2) quiero,
Donde destemple un acero (3)
Y no temple á una mujer.
Aquí quiero estar despierto (4),
Adonde tengo advertido (5)
Enemigo conocido,
Y no enemigo cubierto (6).
Medoro te busque y cobre,
Angélica, porque lloro
Que eres un falso tesoro;
Tú lo volverás en cobre (7).
Mas no permitan los cielos
Que te vea más presente;
Que el estarlo es accidente
De pestilencia de celos.

Salen Celaura y Rugero.

CELAURA.

En oportuno lugar

---

(1) ¡Oh santo Alá, que no esté aquí presente
Mi bella Doralice! Dame moro
El bello sol del granadino Oriente. (T.)

(1) *Á su justa pretensión.* (T.)
(2) *En batallas verme quiero.* (T.)
(3) *El acero.* (T.)
(4) *Dispuesto.* (T.)
(5) *Donde me terná advertido.* (T.)
(6) *Encubierto.* (T.)
(7) Y Medoro pierda ó cobre
Á Angélica, que es su oro,
Diese su falso tesoro,
Este lo volverá en cobre. (T.)

Y á buena ocasión llegamos,
Pues que solo le hallamos:
Él es, y podéis llegar.
Usad de términos buenos
Al punto que habléis con él,
Que es mal sufrido y cruel;
Fuélo para mí á lo menos.

RUGERO.

No debéis de conocerme;
Pues hermano habéis tenido
Que, porque me ha conocido,
Seguro en la tierra duerme.

CELAURA.

El cielo guarde á los dos,
Pero á Ferragut primero.

RUGERO.

Alá os guarde, caballero.

FERRAGUT.

Él venga, señor, con vos.
¿Qué es lo que de mí buscáis?
Porque me será importante
Llegar donde está Agramante.

RUGERO.

De nombre, ¿cómo os llamáis?

FERRAGUT.

Ferragut: está cumplida,
Señor, vuestra voluntad.

CELAURA.

Ésta es la primer verdad
Que dijo en toda su vida.

RUGERO.

El preguntar nunca daña;
De vos, señor, he sabido
Que de Francia habéis surgido,
Trayendo rota de España.

FERRAGUT.

Sí, señor; yo vine á ella
Con el temporal siniestro.

RUGERO.

¿Vino en el navío vuestro
Celaura, noble doncella (1),
De lindos ojos y cejas?

FERRAGUT.

¿Celaura?

RUGERO.

¿De qué te elevas?

CELAURA.

¡Cómo se hace de nuevas,
Pues no es amigo de viejas!

RUGERO.

Ella es blanca.

FERRAGUT.

Puede ser.

CELAURA.

Este traidor me tiñó.

RUGERO.

Qué, ¿tan mal os pareció,
Que no la quisisteis ver?
¿No la visteis, y el engaste
Del pecho divino y blanco?

CELAURA.

¿Las señas le vas negando?
Pues despacio me miraste.

RUGERO.

Finalmente, ¿pasa ansí
Que no la visteis?

FERRAGUT.

No, digo.

CELAURA.

Desconocido enemigo,
¿Conócesme agora, di?
¡Muere, falsario! ¿Qué esperas?

FERRAGUT.

Señora, un poco más blando.

CELAURA.

Matábale de burlando;
Que muero por él de veras.

RUGERO.

Celaura, estad sosegada
En la presente ocasión;
Que hasta que sobre razón,
Nunca empuñé yo mi espada.
Caballero, yo he sabido
Que á aquesta dama hermosa
Le habéis dado fe de esposa
Y palabra de marido.
Pues lo que pediros quiero
Es, si ya no lo negáis,
La palabra le cumpláis
Á ley de buen caballero.
Ella es cosa que me toca
Por deudo ó por parentesco;
Esto pido, si merezco
Por mí un sí de vuestra boca.

FERRAGUT.

Digo que nunca le dí
Tal palabra.

RUGERO.

¡Oh, burlador
De casto y perfecto amor!
¿Tu burla pagas ansí? (1).

FERRAGUT.

Ciego estoy, no hay que dudar;
De vista y de luz carezco.

CELAURA.

Hasta en esto te parezco;
Bien nos podemos casar.

FERRAGUT.

Con encanto me deribas;
¿Tan poco tu vida (2) pudo?

RUGERO.

¡Afuera, encantado escudo,
Que de mi gloria me privas!
¡Afuera, escudo hechicero,
Que mancho con tu deshonra

---

(1) *Celaura, una dama bella.* (T.)

(1) ..... Á tu despecho
Por la traición que le has hecho
Pagarás la culpa ansí. (T.)

(2) *Tu fuerza.* (T.)

Todo el valor, fuerza y honra
Del valeroso Rugero!
Y porque en tiempo ninguno
Nadie de ti se aproveche,
Es bien que en el pozo te eche,
Pues se me ofrece oportuno.
Allana ya tu virtud (1)
Y tu vano encantamiento,
Porque en estos brazos siento
Sobrada (2) fuerza y salud.

FERRAGUT.

Pues agora ven conmigo
Á aquella parte que muestra
El monte á la mano diestra;
Que quiero luchar contigo;
Y verás si te entretengo.

RUGERO.

Tienes valor, no lo dudo,
Pero á fe que hay otro escudo
Entre estos brazos que tengo;
Y si acaso te venciere,
¿Querrásla por tu mujer?

FERRAGUT.

Del que me pueda vencer,
Haré lo que me pidiere.

RUGERO.

Vamos, que de mi valor
Siento que vencerte pueda.
Aquí, Celaura, te queda
Esperando el vencedor (3).

CELAURA.

Por vos mi remedio espero,
Aunque con algún temor.
¡Ah, señor, señor, señor.....

RUGERO.

¿Qué quieres?

CELAURA.

Pediros quiero
Que, en la fuerza de luchar,
No os mostréis con él furioso,
Porque si fuere mi esposo
No tenga yo que curar.
¡Ah, señor!

RUGERO.

No seáis molesta;
Que mientras más me llamáis,
Haced cuenta que tiráis
La cuerda de la ballesta.

Aquí se entran y queda Celaura.

CELAURA.

¡Oh, disparate de amor! (4).
¡Que á quien busco por marido
Lo desee ser vencido,
Y al contrario vencedor! (1).

RUGERO.

Rugero, mucho te esfuerza
Para huir de sus abrazos,
Y no te cierre en sus brazos;
Que tiene en ellos gran fuerza.
Sin duda que se atropella:
El concierto fué ninguno:
Pelean dos contra uno,
Soy él y Angélica bella (2).
En ella está transformado,
Y ansí, recelo, señor,
Que en lugar de traerme amor,
No vengáis enamorado.
Pero con tu fuerza entera
Su persona sea apretada,
Que viéndose congojada;
Angélica saldrá fuera (3).

Entra Rodamonte y dice, yéndose por el tablado adelante:

RODAMONTE.

No me responden los cielos,
Ni el infierno quiere oirme;
Á todos causo recelos,
Nadie quiere recibirme,
Porque voy con mal de celos.
Usa, infierno, de virtud;
Recíbeme en la inquietud
Desos tus tormentos luego;
Pero negarásme el fuego
Porque no tengo salud.
Toda la tierra abrasada
Deja el fuego en que me ardo,
Y de mí no ha sido hallada;
Más tiénela Mandricardo,
Y Mandricardo no es nada.

CELAURA.

Vosotros estáis luchando (4)
Y amor me va sustentando (5)
Con temores y recelos;
Mas estos rabiosos celos
Me están el alma abrasando.

RODAMONTE.

¿Quién se queja ¡oh santo cielo!
De celos y su furor?

CELAURA.

La que más tiene en el suelo;

---

(1) *Allá vaya tu inquietud.* (T.)
(2) *Doblada.* (T.)
(3) Y vamos que mi valor
Siente que te ha de vencer.
Aquí os podéis detener
Esperando al vencedor. (T.)
(4) *¡Ah desventurado amor!* (T.)

(1) Le deseo ver vencido,
Y al contrario vencedor. (T.)
(2) Sin duda se ha atropellado:
Fué el concierto grande error;
Que en vez de olvidar amor,
Vendrá más enamorado. (T.)
(3) Será su cuerpo apresado,
Y viéndose congojado,
Angélica saldrá fuera. (T.)
(4) *Me estáis burlando.* (T.)
(5) *Provocando.* (T.)

Yo me quejaba, señor.

RODAMONTE.

Y ¿sientes algún consuelo?

CELAURA.

No, señor, más penas siento,
Mayor congoja y tormento;
Son mis penas más feroces.
¿Qué hará sino dar voces
El que está puesto en tormento?

RODAMONTE.

Dejadme ya sosegar,
Celos rabiosos, malditos,
Ó vamos á pelear;
Empero sois infinitos,
Que no hay número que os dar.

CELAURA.

¿Cuáles son de mí los celos?

RODAMONTE.

Míralos, vélos allí.

CELAURA.

Pues ¿los celos en los cielos?

RODAMONTE.

Pues se atrevieron á mí,
Colige tú qué son celos,
De dónde nacen y vienen
Los celos que te entretienen.

CELAURA.

Cáusalos mi desventura
De un extremo de hermosura (1)
(Mira si remedio tienen),
De una Angélica que alcanza
La beldad que se desea,
Digna de toda alabanza (2);
Que si fuera necia ó fea
Tuviera alguna esperanza.

RODAMONTE.

No reparo en ser mejor
La persona ó ser peor;
Que los celos en que ardo
Me los causa Mandricardo,
Hombre de poco valor.

CELAURA.

Ése es mi hermano.

RODAMONTE.

¡Tu hermano!
Esparce en el aire vano
Leña que cause (3) mi llama,
No quede tronco ni rama,
¡Muera hermana de un villano!
Celos rabiosos, prometo
En dar muerte no hacer pausa
Hasta que ponga en aprieto (4),
Y que ha de morir la causa
Para que muera el efeto.
Cada cual busque barrera
Do huya la muerte fiera,
Porque han de hacer mis hazañas
Abrir las vivas entrañas
Hasta echar los celos fuera.
La vida es ida á los cielos,
Y la muerte allá al profundo,
Y quedará sin recelos
Rodamonte acá en el mundo,
Á tomar cuenta á los celos.

Vase Rodamonte dándola mucho porrazo, que la deja casi muerta, y Celaura queda muriéndose.

CELAURA.

Mis llantos, quejas, gemidos,
Hoy han sido concluídos;
La muerte recela entrar;
Parca, acaba de llegar,
Que los celos ya son idos.

Aquí entran Rugero y Ferragut como que no la ven.

FERRAGUT.

Hoy mi vida se restaura
Con el prometido (1) feudo,
Y vos me tened por deudo,
Y por marido, Celaura.

CELAURA.

¡Ay!

FERRAGUT.

¿Qué es esto (2), cielo santo?
¿Es Celaura?

CELAURA.

Sí, ella es.

FERRAGUT.

Torpes y pesados pies,
¿Cómo os detuvisteis tanto?
¡Celaura, Celaura mía!
¿Qué es vuestro tormento fuerte?

CELAURA.

El mayor es de la muerte.

FERRAGUT.

¿Quién privó de luz al día?
Esposa, mi pena es fuerte,
Y mi dolor es agudo.

CELAURA.

¡Ay! ¡Agora atas el ñudo
Que lo desata la muerte!
¿Sabes qué saco de aquí
Al tiempo de mi partir?
Que fué menester morir
Para que dieses el sí.

RUGERO.

¿Quién de vida os ha privado,
Celaura?

CELAURA.

Fuerte Rugero,
Un hombre feroz, severo (3),

(1) *Y un extremo de locura.* (T.)
(2) *Sujeta á humana mudanza.* (T.)
(3) *Enciende.* (T.)
(4) *Perdiendo siempre el respeto.* (T.)

(1) *Conocido.* (T.)
(2) *¿Quién se queja, cielo santo?* (T.)
(3) *Un hombre robusto y fiero* (T.)

Celoso y desesparado.

RUGERO.

Conózcole por las señas.

FERRAGUT.

¿Quién, Rugero?

RUGERO.

Rodamonte.

FERRAGUT.

Pues ¿cómo de aqueste monte
No voy rompiendo las peñas?
¡Por Alá, que si en el cielo
No se esconde el africano,
Que le ha de sacar mi mano
De las entrañas del suelo!

CELAURA.

Español, dame los brazos,
Que ya siento despedirme;
Que fué menester partirme
Para gozar tus abrazos.

FERRAGUT.

De voluntad se te dan,
Celaura: partirme quiero;
Que puesto que soy acero (1),
Tu hermosura es piedra imán.
El cuerpo dejas en calma,
Hecho sombra deleitosa;
Ferragut de hoy más reposa
Á la sombra de tu alma (2).
Delicados miembros tuyos
Se esparcieron por despojos (3),
¡Y que cerrasen tus ojos
Para abrir el sol los suyos!

RUGERO.

Á lágrimas me provocas;
El cuerpo de aquí llevemos
Á aquellos riscos que vemos
Junto á las marinas rocas,
Donde á sus fuertes heridas
Aplicaremos remedio.

FERRAGUT.

Vamos, y busquemos medio
Para restaurar dos vidas.
¡Oh, gran fuerza reina en ella!
Ó no puede levantalla,
Ó la tierra, por gozalla,
Parece que tira della.

Llévanla.

FIN DEL ACTO SEGUNDO DE «LOS CELOS DE RODAMONTE».

(1) *Que puesto que fui de acero.* (T.)

(2) El cuerpo dejas con alma,
Hecho sombra de la tierra,
Ferragut de hoy más te aferra
Á la sombra de tu alma. (T.)

(3) *Que esperaba por despojos.* (T.)

ACTO TERCERO.

Salen Belardo, Lisdano y Melisa, villanos.

BELARDO.

Qué, ¿no se ha levantado aún nuestro huésped? (1).

LISDANO.

¿Quieres que se levante, si reposa
Á sueño suelto con su esposa bella,
Á quien apenas suelta de los brazos?
Y más.....

MELISA.

Que tiene dos heridas malas:
Una de amor, y ésta es sin remedio (2),
Y otra que le dió ayer un su contrario.

BELARDO.

Ya lo he sabido. Tú, Lisdano amigo (3),
Á hacer leña te recoge al monte;
Y tú, Melisa, para los pastores
Aplica al fuego la ordinaria olla.

LISDANO.

Yo voy volando (4).

MELISO.

La comida apresto.

BELARDO.

¡Oh soledad dichosa!
¡Dichoso el que te tiene
Apartado del tráfago y bullicio
Donde alegre reposa,
Alegre se entretiene,
Ocupado en su rústico ejercicio!
Esto tienes por vicio;
Reposa sin cuidado,
Y aunque de pompa falto,
En el lugar más alto
Se halla, sin pensar, entronizado,
Sujetando la tierra,
Y es rey en paz quien no lo fuera en guerra.
No el ver á Mandricardo
Con esta mora bella
Celebrar su dichoso casamiento,
El alma de Belardo
Puede mover, y en ella
Causar un envidioso pensamiento.
Él goce su contento,
Que mi labranza y bueyes
No envidian su fortuna,
Pues no hay ventaja alguna
De mi cayado al cetro de los reyes;
Que mi azadón y pala,
Al alto monte con el valle iguala.

(1) En la edición de Tortosa falta el *aún*.
(2) [illegible] (T.)
(3) *¿Ya lo has sabido tú, Lisdano amigo?* (T.)
(4) *Ya voy, Belardo.* (T.)

Salen Mandricardo y Doralice.

MANDRICARDO.

El sol ha salido ya;
Hora será de partir.

BELARDO.

Mas después que os vió salir,
Dama, obscurecido va;
Que vuestros soles son dos.
Y con éste escurecido,
Tres diremos que han salido
Si sale á veros á vos.

DORALICE.

Basta, que el huésped, señor,
Ha dado en burlar mis ojos.

MANDRICARDO.

No podrá, porque en despojos
Rinde los suyos amor.
El sol alumbra después
Que vuestros ojos salieron,
Porque los rayos le dieron,
Y ansí los soles son tres.

BELARDO.

¿Quién habrá que se resista?
Y ¡cómo que lo abrasáis
Por dondequiera que vais,
Con los rayos desa vista! (1).

DORALICE.

Á fe, Belardo, que hacéis
Muy cortesano pastor.

BELARDO.

Ya he sido esclavo de amor,
Por rústico que me veis;
Que en un tiempo fuí querido,
Fe mantuve y tuve fe,
Olvidóme y olvidé,
Aborrezco aborrecido (2).
Y ansí, con aquella gloria,
Digo á veces mi razón;
Que aunque perdí la ocasión,
No he perdido la memoria.

MANDRICARDO.

Todo sabe á amor, señora,
Adondequiera que estoy,
Que como amante al fin voy,
Adonde amor vive y mora.

BELARDO.

Á fe, que me habéis costado
Más dolor del que pensáis,
Y presentes renováis
Memorias de lo pasado (3);
Que como juntos coméis,
Juntos andáis y dormís
Y en sólo un cuerpo vivís,
Y sólo un alma tenéis,
Y como siempre en los brazos
Tenéis, señor, vuestra esposa,
Y ella os responde amorosa
Con alguno y más abrazos (1),
Mil memorias de mi gloria
Me habéis hecho recordar,
Y mil veces repasar
Todo el libro de memoria (2);
Que yo, como vos, me vi
Á medida del deseo,
Y ya, como veis, me veo (3)
Llorar el bien que perdí.

MANDRICARDO.

No más, huésped, que os prometo
Que si en tal punto me hallara,
Sólo el morir deseara,
Y lo pusiera en efeto.
Si de la gloria que tengo
Me viese falto algún día,
¡Pobre de la vida mía!

BELARDO.

Ésa, muriendo, entretengo.

DORALICE.

Todos los hombres decís
Que tenéis ese deseo,
Y á ninguno morir veo,
Antes más sanos vivís;
Que por un gusto perdido,
Otros cien mil se os ofrecen,
Y apenas os aborrecen,
Cuando habéis aborrecido.

MANDRICARDO.

Y ¿no ha de haber diferencia?

DORALICE.

Todos sois de una color;
Para principio de amor
Ya es esa mucha licencia (4).

BELARDO.

Muy poco basta, señor,
Donde mil ejemplos sobran.

MANDRICARDO.

¡Cuántos mala fama cobran
Por uno que fué traidor!

Entra Lisdano alborotado.

LISDANO.

¡Guárdeme el cielo de tu airada mano,
Que igualo al viento, y me parece poco!

BELARDO.

¿Qué furia es ésa? ¿Dónde vas, Lisdano?

LISDANO.

Socorredme de una ira del infierno (5),
Puesto que en forma y en espíritu humano (6)

(1) En la edición de Tortosa estos tres versos están en boca de Mandricardo.

(2) Olvidáronme, olvidé;
Aborrecí, aborrecido. (T.)

(3) Después que en mi casa estáis.
Aunque poco os ha cuadrado. (T.)

(1) *Con recíprocos abrazos.* (T.)
(2) *De mi historia.* (T.)
(3) *Cual solo me veo.* (T.)
(4) En la edición de Tortosa estos dos versos los dice Mandricardo.
(5) *Huyendo de una furia del infierno.* (T.)
(6) *En forma de hombre y en la mano un leño.* (T.)

No ha visto el siglo antiguo ni el moderno
  Ejemplo como aquéste de la fuerza
De aquel amor gigante y niño tierno.

BELARDO.

Acaba ya de hablar.

LISDANO.

Temo que tuerza
  El camino que lleva, y de la suerte
Que ha muerto algunos, que en matar se esfuerza,
Mostrándose feroz, airado y fuerte,
  Dejando el suyo, siga mi camino,
Y hallándome aquí me de la muerte (1).

MANDRICARDO.

  ¿No dices quién?

LISDANO.

Orlando paladino,
Que hecho loco, por el monte y selva,
Sigue el furor de su fatal destino.

MANDRICARDO.

  Ya todo mi contento se resuelva
En pena amarga, pues tendré tan poco,
Hasta que á su primer sentido vuelva.
  ¿Yo tengo de matar un hombre loco?
Mas sospecho que finge su locura
Sabiendo que á las armas le provoco.
  Por no poner la vida en aventura,
Si aceta el desafío que le pido,
Con ese ardid librárseme procura.
  Sabed, mi Doralice, que ése ha sido
El que mató á mi padre, y por quien dejo
Todo mi reino tártaro perdido.
  Por éste vine á Francia, y dél me alejo;
Ved de qué gran furor venganza aguardo;
Del tuyo, cielo, con razón me quejo (2).

LISDANO.

  Que no, señor, que es fuerte y es gallardo,
Cuanto Francia ha tenido caballero;
Mejor su historia os contará Belardo;
  Que no furor de algún mortal guerrero
Hacelle andar tan abatido pudo,
Que es otro Alcides, tan robusto y fiero.
  Que agora, como veis, que anda desnudo,
Entre las armas de villana gente,
Entra furioso, el pecho por escudo.
  Es locura de amor el accidente,
Que de una ingrata Angélica le ha dado,
De celoso rigor, cometa ardiente.
  Ayer me dicen que por este prado
Bajaba el pecho libre y pensamiento,
De todas piezas, á caballo, armado,
  Con banda roja y con penacho al viento,
Con jarretera (3) verde, espuela de oro,
Faldeta azul, señal de su tormento.
  Y que en ciertos laureles vió á Medoro,
Retratado en los brazos de la bella,
Que es un dichoso cuanto humilde moro,
  Pues sin merecimientos goza della.
Dicen que vió al primero y al segundo,
Con él ella abrazada, y él con ella.
  ¡Qué envidiado será de todo el mundo!
Sacó la espada y fué talando el monte,
Frenético, celoso é iracundo (1).
  La espada que primero fué de Almonte
Quiso quebrar; no pudo, y arrojóla (2).

MANDRICARDO.

Esfuerza, brazo; corazón, disponte:
  ¿Está en aquel lugar?

LISDANO.

Señor, tomóla
Cervín, un caballero, de una rama,
Como prenda que fué de Orlando sola,
  Colgó todas las armas que derrama
El loco Paladino, por el suelo.
Tan digno por el suelo de honra y fama.

MANDRICARDO.

  ¿Ese Cervín qué hizo mas?

LISDANO.

Dirélo.
Á defender las armas se dispuso,
Como es cristiano y con amigo celo;
  Encima dellas un letrero puso
Con que tomar las armas se defiende,
Que el dueño á cuantos vienen así puso.

MANDRICARDO.

  ¿Esa aventura defender pretende?
¿No sabe que la espada del Troyano
En otra mano su valor defiende?
  Sé que la tuvo el paladín cristiano;
Mas yo, de su aventura y paso estrecho
Gané estas armas de Héctor por mi mano.
  Durindaina me viene de derecho,
Y bien sabrá cobralla aquesta diestra,
Que no la rige temeroso pecho.
  Vente conmigo, y el lugar me muestra
Donde quedaba aquesta centinela.

LISDANO.

Sólo aventuraréis la vida vuestra;
  Que por las señas le hallaréis en vela,
Sentado junto á un olmo, en una fuente,
Con su dama, que llaman Isabela;
  Porque endenantes fué ligeramente
Á cortar deste monte alguna leña,
Cuando el rumor de fugitiva gente,
  Desnudo al loco paladín me enseña,
Del monte, como el otro Polifemo,
Arrojando una peña y otra peña.
  Apenas huyo que las peñas temo,
Cuando corrió tras mí sin darme tregua
Al miedo; que corría por extremo.
  Alcanzóme, y asióme de la yegua,
La diestra mano; no es hablar de burlas,
Dió con ella y conmigo media legua.

---

(1) *Y nos condena á miserable muerte*, en el manuscrito.
(2) *Del proprio cielo con razón me quejo.* (T.)
(3) *Con sobrevista verde.* (T.)

(1) *Como león rabioso y furibundo.* (T.)
(2) Ó [illegible] fuerte y [illegible]
[illegible]
La espada que primero fué de Almonte. [illegible]

BELARDO.

¿Burlas, Lisdano?

LISDANO.

No lo tenga á burlas.
¡No le guiaré, por Dios! (1).

MANDRICARDO.

Ahora bien, vamos;
Que aunque ello puede ser, pienso que burlas.
Mi esposa va conmigo.

LISDANO.

Pues partamos;
Que no ha de ser más flaco ni cobarde,
Pero permita el cielo que volvamos.

MANDRICARDO.

Belardo, guárdeos Dios.

BELARDO.

El cielo os guarde.

Vanse, y queda Belardo.

BELARDO.

Soberbio es aqueste moro,
Puesto que famoso y fuerte.
¡Pobre Orlando, de qué suerte
Un vil esclavo, Medoro,
Te va llevando á la muerte! (2).
¿Qué Angélica ha sido aquésta,
Tan infame y deshonesta?
¡Llámela el cielo demonio,
Como darán testimonio
Las vidas y honor que cuesta!
Guarda, cristiano Cervino;
Deja las armas y vete:
No te cause el paladino
La muerte, que te promete
El tártaro sarracino.
Que desde que aquí posaste (3)
Cuando esta mora sacaste
Te he cobrado tanto amor,
Cuanto fué el mucho valor,
Con que mi casa obligaste.

Entra Rodamonte.

RODAMONTE.

Yo soy el mismo infierno,
Ó se conjuran contra mí los cielos,
Cuyo rigor eterno
Me da tormento con rabiosos celos;
Que soy un monte fuerte
Á quien no puede contrastar la muerte.
¡Hola, pastor dichoso,
Que destas cabras sigues las pisadas
Ni triste ni celoso,
Llevándolas por sierras excusadas (4)
Á do te llevan ellas,
Bebiendo siempre el polvo de sus huellas!

(1) *¡No le mates, por Dios!* (T.)
(2) *Te viene á causar la muerte.* (T.)
(3) *Paraste.* (T.)
(4) *Guiándolas por sierras levantadas.* (T.)

¿Tendrás posada, acaso,
Para el más desdichado peregrino
Que en ellas puso el paso,
Ni de otras tierras á la tuya vino?
¿Tendrás un aposento
Bien descubierto y combatido al viento,
Para que el vivo fuego (1)
De mis entrañas temple y desbarate,
Y movido á mi ruego,
Mil infinitas lágrimas dilate? (2).
Esto te ruego y pido
Si á compasión alguna te he movido.

BELARDO.

Tengo, fuerte guerrero,
Una que os daré, aunque humilde y pobre
Pastor bajo y grosero,
Pero tal voluntad, que siempre os sobre;
Podrás entrar en ésta,
Que al huésped no hacemos otra fiesta.
Cenaréis de un cabrito,
Y para postre, que hay de fruta falta,
Tendréis algún palmito
Y lo que nunca entre pastores falta,
Leche cándida y bella,
Y el queso blanco en la tejida encella.
Tendréis este aposento,
Albergue de un amigo y otro amigo,
Adonde con contento
Se alojan de ordinario, y es testigo
De sus alegres bodas,
Porque éste solo las celebra todas.

RODAMONTE.

No me lo deis, os ruego,
Pues no puede servir para las mías (3);
Que mi pecho de fuego
Querrá dormir entre paredes frías,
Adonde habrán vivido,
Los que lloran cual yo del bien perdido.
Dame una peña fría
Adonde arrime el cuerpo mientras pasa
Hoy la calor del día,
Aunque la mucha que mi pecho abrasa
Será contraria della;
Que ansí lo ordena mi fatal estrella.

BELARDO.

¡Que no, por vida vuestra!
Tomad este aposento venturoso,
Que al rico gozo muestra,
Y al desdichado enseña á ser dichoso;
Entrad con muy buen gusto,
Que nadie tuvo en él pena ó disgusto;
Que porque en él hay fama
Que celebra infinitos desposorios,
El tálamo se llama:
Ya sé que ha habido algunos tan notorios
Como el que agora lloro
De aquesa bella Angélica y Medoro.

(1) *Adonde el vivo fuego.* (T.)
(2) *Mis infinitas lágrimas quilate.* (T.)
(3) *Pues que no es tanto bien para las mías.* (T.)

La pastora Belarda,
Dióle su casa encima de la fuente,
Y dióle una esmeralda
Sin otras cosas á su casa y gente;
Pero bien se lo llora,
Pues es ceniza, como Troya agora;
Que un diablo de Orlando
Dicen que ha puesto á las paredes fuego,
Y que lo va asolando (1),
Y que á las gentes no les vale ruego,
Porque mata infinitos
Por no sé qué epitafios que halló escritos.
Yo he sido más dichoso,
Que en cuatro días solos que he tenido
Un tártaro famoso,
De otra mujer que Angélica marido,
Me ha dado aquesta joya,
Sin ver en casa destrucción de Troya.

RODAMONTE.

¡Oh, Alá supremo y santo!

BELARDO.

¡Válgate Barrabás! Y ¿qué te toma?

RODAMONTE.

¡Oh, causa de mi llanto!
¡Oh, blasfemo y reniego de Mahoma!

BELARDO.

¡Ése te valga y lleve!

RODAMONTE.

¿Qué furia es ésta que mi pecho mueve?
Ven acá y dime, hombre,
De aquese huésped su persona y señas.

BELARDO.

Á fe, que es gentilhombre
Y de fuerza; que tengo allí dos peñas,
Que de un cordel colgando,
Mejor las alza que si fuera Orlando.
Ayer mover quería
Mi gente de labranza un grande carro
Que cargado venía
Y estaba detenido en este barro
De aquese arroyo, y todos
No pudieron sacarle por mil modos;
Pero llega el membrudo,
Y puesto el brazo sobre el hombro diestro,
Así moverle pudo,
Que no pudiera tanto el poder nuestro,
Alzólo al fin del suelo
Como se pinta en el tebano el cielo (2).
El hombre es bien hablado,
Y aunque soberbio, humilde por extremo,
Y también regalado,
De aquella dama, que su vida temo,
Porque con mil abrazos
Jamás se quita de sus bellos brazos.
Llámase Mandricardo
Y tiene.....

RODAMONTE.

¡Calla, infame, aquesa boca!

(1) *Y que se está abrasando*, en el manuscrito.
(2) *Como le pintan el Tebano el cielo.* (T.)

Ya mi remedio es tarde
Y la paciencia por extremo es poca;
De mil tormentos pena:
¡Oh fiera casa, de demonios llena!
Desde el cimiento al techo
Serás, por el cimiento derribada.

BELARDO.

No me mate, esto es hecho:
Otro loco tenemos.

RODAMONTE.

Esta espada,
¿De qué me sirve al lado?
Pero mi pensamiento vaya armado.
¡Oh fuego sin segundo,
Que me abrasas, me quemas y atormentas!
Si eres común al mundo,
¿Por qué razón conmigo te contentas?
Venid presto que me ardo;
Sal de mi pecho, busca á Mandricardo (1).
¡Oh malditas paredes,
Alcahuetas famosas, que nacisteis
Para ganar mercedes
Del dueño infame de quien hechas fuisteis,
De aquella mi enemiga
Por cuya causa el cielo me fatiga! (2).
¿Por qué cuando escribía
En vosotras su gusto y mi deshonra,
Paredes, no os dolía
De un hombre noble el daño de su honra,
Y cayendo sobre ella
Me defendisteis y librásteis de ella?
Pero, pues no lo hicisteis,
Entonces, por mi mano caed ahora.
¡Ah puerta que resistes (3),
Muera el infame dueño que en tí mora!

BELARDO.

¡Aquí, pastores! ¡Hola! ¡Hola!

RODAMONTE.

Basta para cien mil mi mano sola.
¡Que se hayan atrevido á Rodamonte!

BELARDO.

¿Aquéste es Rodamonte?
Socorro al cielo pido.
¡Hola, pastores! ¡Hao! ¡Al monte, al monte!

RODAMONTE.

Aunque os vais al infierno,
Os seguiré con mi tormento eterno.

Vanse.

Salen Bradamante, Oliveros y Durandarte.

BRADAMANTE.

Entre el aire fresco y blando,
Por un no sé qué que tiene (4),
Siento que Rugero viene

(1) Falta esta lira en la edición de Tortosa.
(2) *Por quien agora el cielo me castiga.* (T.)
(3) Faltan estos dos versos en el manuscrito.

(4) Por el aire fresco y blando.
Y por un no sé que tiene. (T.)

Y que á mí se va acercando.
Por la posta viene el viento,
Hecho su aposentador:
Ven presto, ven ya, señor (1),
Hecho está el acogimiento;
Fuerza y valor más que humano
Hay en mí para serviros (2).

DURANDARTE.

¡No fueran esos suspiros
Por un guerrero cristiano!

BRADAMANTE.

Yo quiero bien á Rugero:
Díle mi palabra y mano.

DURANDARTE.

Faltaba un hombre cristiano;
Agora un bárbaro fiero.

BRADAMANTE.

Paso, señor Durandarte,
Que no es Rugero de risa,
Pues la cristiana divisa
Defiende en cualquiera parte.

Salen Rugero y Ferragut.

RUGERO.

No pases más adelante;
Ferragut, detente, espera,
Que ya he llegado á mi esfera
Y he visto á mi Bradamante.

BRADAMANTE.

¿En qué aquí nos detenemos?
Salgamos de la floresta.
Esperad: ¿qué gente es ésta?

RUGERO.

Conviene que reparemos:
Ferragut, ¿no es extremada
La belleza de mi dama?
¿No es dichoso quien la ama?
¡Qué bien la asienta la espada!

FERRAGUT.

Ella es hermosa criatura,
Y dudo que la hay tan bella (3);
¿Sabéis que es la espada en ella?
Visorrey de su hermosura.
Su belleza, á los más fuertes
Privó de vida, y ausente,
Su espada es lugarteniente
En las ordinarias muertes.

BRADAMANTE.

Durandarte, ¿qué esperamos?

DURANDARTE.

Á saber qué gente es.

BRADAMANTE.

Si nosotros somos tres
Y ellos son dos, ¿qué esperamos?

FERRAGUT.

Rugero, quiero llegar,
Y con alguna ocasión
Trabaré conversación
Donde los pueda nombrar (1):
Haré que quede picada.

RUGERO.

Paréceme que es muy justo
Que le deis aqueste gusto.

FERRAGUT.

Finalmente, ¿que os agrada?
Esperad, que he de engañarlos:
Pasaremos adelante.

BRADAMANTE.

¡Si dijereis que Agramante
Es vasallo del rey Carlos!

RUGERO.

Ferragut, de nuestras vidas (2)
En esta refriega dudo;
Que aquel brazo siempre pudo
Causar mortales heridas:
Está más fuerte que roca.

BRADAMANTE.

Acaso, si de amor te armas,
Entra por aquestas armas.

RUGERO.

Por las de medio me toca.

FERRAGUT.

Decid, locos temerarios,
Siendo Carlos vuestro Rey,
Rey sin justicia y sin ley,
De caballeros falsarios,
De las damas robador,
Que á todos quiero igualallos,
De Rey de tales vasallos,
¿Vasallo ha de ser traidor?

BRADAMANTE.

Pues ¿cómo ansí os atrevéis?
¿Tan valientes sois y osados?
Á muerte estáis condenados,
Pero luego moriréis.
Decidme, ¿qué caballeros
Han robado damas bellas?

FERRAGUT.

Robado y burlado dellas,
Y pienso satisfaceros:
Mirad si es razón bastante
Para haberlos injuriado,
Pues que Rugero ha dejado
Por otra su Bradamante.

BRADAMANTE.

¿Qué es aquesto que oigo, cielo?
Envainá presto, envainá;
Amigo, llégate acá,
Pierde el temor y recelo;
Dime: ¿casóse Rugero?

FERRAGUT.

Muy á su gusto y contento.

BRADAMANTE.

Con nueva de tal tormento

---

(1) *Venid más presto, señor.* (T.)
(2) *¿No os obligan á veniros?* (T.)
(3) *Y dudo que la haya más bella.* (T.)

(1) *Adonde os pueda nombrar.* (T.)
(2) Este y los veinticinco versos siguientes faltan en la edición de Tortosa.

¿Qué vida tener espero?
  ¿Vístelo tú?

FERRAGUT.

Vilo yo
Y aquel mozo (1) que está allí,
De quien tened cierto el sí,
Que nunca dirá de no (2).

BRADAMANTE.

  Pues dél me quiero informar;
Esperadme en esta parte.

RUGERO.

¿Quién ha de dejar de amarte,
Si no hay más que desear?

BRADAMANTE.

  ¿Sabes nuestra lengua?

RUGERO.

Sí.

BRADAMANTE.

Descubre el rostro.

RUGERO.

No quiero.

BRADAMANTE.

Di, ¿conoces á Rugero?

RUGERO.

Conózcole como á mí.

BRADAMANTE.

  ¿Y vístele tú casar?

RUGERO.

Á todo estuve delante

BRADAMANTE.

Y ¿con quién?

RUGERO.

Con Bradamante;
Que con otra no hay lugar.

BRADAMANTE.

  ¡Ah, mi Rugero! ¿Qué has hecho,
Que cuasi el vivir concluyo?
Aplícale calor tuyo
Aqueste mi helado pecho (3).

RUGERO.

  ¿Qué parasismo te ha dado,
Bradamante, esposa mía?
¿Tanta ha sido el alegría,
Que el corazón te ha anegado?

BRADAMANTE.

  Faltásteme tú, y faltóme
Mi vida, y aunque acabó,
En el humo que quedó,
Llegó tu luz, y encendióme.

RUGERO.

  Esfuérzate, Bradamante,
Arrímate aquí á este roble,
Que no hay fuerza que le doble,
Ni viento que le quebrante.
  Los brazos de tu persona
Ciñan (1) esta dura piedra
Cual ciñe al olmo la yedra,
Y con ellos me corona.
  ¡Oh Durandarte, Oliveros!
Perdonadme en no hablaros
Y esta merced regraciaros,
Digna de tales guerreros;
  Que la vista de mi esposa
Me trujo á tales extremos.

DURANDARTE.

Rugero, ya conocemos
Tu voluntad generosa (2).

BRADAMANTE.

  Á fe, que puede ganar
Ferragut plaza de espía:
¡Bien finge, por vida mía!
¡Bien sabe disimular!

FERRAGUT.

  Bien: pues el dolor que siento,
También lo tapo y encubro,
Y con voces no descubro
Mi pena excesiva al viento.

BRADAMANTE.

  ¿Quién causa ese dolor fuerte
Y esa pena desigual?

FERRAGUT.

¿Quién? Una furia infernal,
Una sombra de la muerte,
  Un Rodamonte, una sierra (3),
Que á mi Celaura hermosa,
Mi Celaura, dulce esposa (4),
De la vida me destierra (5).
  Id á vuestro casamiento,
Porque es prolija mi historia;
Dad principio á vuestra gloria,
Que será el de mi tormento.

Entra Lisdano alborotado.

LISDANO.

  Si entre vosotros hay algún cristiano
Que la cristiana ley siga y defienda,
Venga á tomar venganza de un pagano,
  De una bestia feroz que, á suelta rienda,
Todo lo va talando y destruyendo,
Sin haber quién le enoje y le defienda.

RUGERO.

  Sosiégate, pastor.

LISDANO.

Venid corriendo.

DURANDARTE.

El pagano, ¿quién es?

LISDANO.

Un Mandricardo
Que el cielo envía por castigo horrendo;
  Aligerad los pies y el paso tardo,

(1) *Moro.* (T.)
(2) *Porque presente se hall.* (T.)
(3) Aplica ese calor tuyo
Con el de mi helado pecho. (T.)

(1) *Aman,* en el manuscrito.
(2) *Amorosa.* (T.)
(3) *Fiera,* en el manuscrito.
(4) *Mi amada y querida esposa.* (T.)
(5) *De la vida deshereda,* en el manuscrito.

Que á Cervino le queda dando muerte
El Tártaro feliz, fiero y gallardo (1).

RUGERO.

¿Por qué razón le trata desa suerte?

LISDANO.

Por la encantada espada Durindana,
La cual traía el paladino fuerte.

RUGERO.

¡Muera la gente bárbara y pagana!
Mandricardo, si esperas á Rugero,
Tu muerte es cierta y su victoria llana.

FERRAGUT.

Aunque de ley contraria, seguir quiero,
¡Oh valiente Rugero! tus pisadas.

RUGERO.

Pastor, ¿adónde queda el monstruo fiero?

LISDANO.

¿Veis desde aquí las hojas plateadas
De aquellos blancos álamos?

RUGERO.

Sí vemos.

LISDANO.

Pues allí está.

RUGERO.

Desnudas las espadas (2),
Á vengar á Cervino caminemos.

DURANDARTE.

Nosotros, que es á quien la ley no obliga,
Por la mucha amistad te seguiremos.

FERRAGUT.

Rugero, cada cual es bien te siga,
Por ese mucho esfuerzo que en ti mora (3),
Y porque esta venganza se consiga.

RUGERO.

Vamos, que nuestra suerte se mejora;
Venid corriendo á mí (4), que apenas toco
La dura tierra: sígueme, señora.

LISDANO.

Llegad muy presto, no tengáis en poco
La fiereza del bárbaro gallardo.

Entra Belardo alborotado, vanse todos, y queda Lisdano.

BELARDO.

Lisdano amigo, ¿has visto acaso el loco?

LISDANO.

¿Por qué loco preguntas? di, Belardo.

BELARDO.

Por el temido y bravo Rodamonte,
De quien la muerte sin pensar aguardo.
Sabes que es hombre, que si acaso un monte
En la hercúlea cerviz pone y levanta,
No dudo que lo asiente y lo transmonte (5).
La tierra pisa apenas con la planta,
Cuando causa un temor, un terremoto,
Que al cielo admira y al infierno espanta.
No deja sierra, valle, prado ó soto
Que todo no lo queme y lo destruya
Con infernal estruendo y alboroto.
Tal es la fuerza y ligereza suya,
Que á los leones mata con la vista,
Y al viento alcanza cuando más le huya.
Éste es, en fin, que no hay quien le resista:
Cuenta tú de tu loco diferente,
Que por locos la tierra se conquista.

LISDANO.

Es aquel Mandricardo rayo ardiente,
Digo, furia infernal; pero no hay nombre
Que á sus obras les sea conveniente.

BELARDO.

¿Que Mandricardo es ese bravo hombre.....

LISDANO.

No es deste nombre por sus obras dino,
Que si me escuchas pienso que te asombre:
Ya sabes cómo en busca de Cervino
De aquí fuimos los dos por el espada
De aquel que el mundo tuvo por divino.
Llegamos, pues, al fin de la jornada,
Donde el fuerte Cervino está esperando
Á cualquiera guerrero en la estacada.
Mandricardo, feroz temor causando,
Que su diestra (1) es ministro de la muerte,
Moviendo el paso y fiera voz alzando,
Á Cervino le dice (2) desta suerte:
«¿Has oído decir en este mundo
De un Mandricardo, más que el mundo fuerte,
De quien se teme el cielo y el profundo,
De quien apenas fiera le defiende,
De quien es en esfuerzo sin segundo?» (3).
Esto diciendo, del padrón desciende
Á Durindaina, sin ningún recelo
Del guerrero que el paso le defiende;
Pero Cervino, con cristiano celo,
El paso mueve contra Mandricardo.
¡Tanto montara conquistar el cielo! (4).

BELARDO.

De la fuerte aventura el fin aguardo.

LISDANO.

Encuéntranse los dos bravos guerreros,
El pensamiento en su presencia es tardo;
Tientan de las espadas los aceros,
Y llaman á las puertas de la vida
Con desiguales golpes y severos.
Mas Mandricardo, fiera embravecida,
Como burlando se entretiene un tanto,

---

(1) En el manuscrito:

DURANDARTE.
En solo oirte de coraje ardo.

(2) *Pues desnudad las bárbaras espadas.* (T.)
(3) *Por el valor y esfuerzo que en ti mora.* (T.)
(4) *Benid, seguidme á mí.* (T.)
(5) *Le arroje y le trasmonte.* (T.)

(1) *Vista*, en el manuscrito.
(2) *Presenta.* (T.)

(3) De quien tiembla el león porque le hiende,
Y quien es en el mundo sin segundo. (T.)

(4) BELARDO.
¿Qué más sucedió?
LISDANO.
Luego diréla. (T.)

Por no ser de Cervin el homicida;
Pero vuelto el furor, fuera de espanto (1),
Cual el nervoso toro que en la plaza
En vez del hombre despedaza el manto,
De aquesa mesma suerte desembraza (2)
Los golpes Mandricardo en el cristiano,
Que en mil golpes le rompe y despedaza.
No contento con esto, el inhumano
En pedazos menudos le divide,
Que buscarlos la vista será en vano.
En ese tiempo á Isabela vide
Llorar el tierno y verdadero amante:
Y tras él con suspiros se despide.
¡Mira qué sentiría en el instante,
Que viendo á su Cervino hecho pedazos,
Y siendo en armas muy fuerte y constante,
Cuando quisiera darle dos abrazos,
El cuerpo que en la vida había querido,
En vano echaba los nudosos brazos!
En tantas partes era dividido,
Que cuando con el brazo le abrazaba,
Mil gemidos salieron de un gemido.
El corazón, de estrecho se quejaba;
No hubiera miembro allí que no quisiera
Que en premio de sus obras le llorara.
Estaba aquel lugar cual sementera:
Los miembros de Cervino por semilla,
De que Isabela la cosecha espera.
Y cual si de una y otra partecilla
Hubiera de nacer su amante al suelo,
La tierra empieza con furor abrilla.
Hechos los ojos nubes de su cielo,
Llueve sobre los miembros, de frío helados,
Y á tanto llega su amoroso celo.
Y adonde quedan, van encaminados
Aquellos caballeros que aquí viste,
Por quien entiendo que serán vengados.

BELARDO.

Con esa nueva me has dejado triste;
Es nueva de dolor y pena fuerte,
Y de bronce será quien la resiste.
De aquesas malas, por la peor suerte,
Tengo, á mi parecer, la de Isabela,
Que es fuerte amor así como la muerte,
Ninguna cosa su dolor consuela (3).

Salen Mandricardo y Doralice.

MANDRICARDO.

Á vuestro ruego le dejo,
Que no hay hombre que me duela;
De toda piedad me alejo.

DORALICE.

Yo, señor, por Isabela,
De vuestro rigor me quejo.

BELARDO.

¡Oh valiente Mandricardo!
Vos seáis muy bien venido.

MANDRICARDO.

Alzad del suelo, Belardo,
Á ser tan bien recibido.

BELARDO.

Aquesos brazos aguardo,
Y á la bella Doralice
Besar mil veces los pies.

DORALICE.

Alzaos, Belardo.

MANDRICARDO.

Lo que hice
Por la espada de este arnés,
¿Lisdano no te lo dice?
Yo te contaré después
Como á mí me satisfice (1).

BELARDO.

Ya he sabido cómo al fin
Diste la muerte á Cervin,
Y para vuestra arrogancia
No tiene España ni Francia
Alcides (2) ni paladín.

LISDANO.

Todo, señor, lo he contado,
Y con el fuerte valor
Que habéis la espada cobrado.

MANDRICARDO.

¡Oh espada, al fin la mejor
Que tiene príncipe al lado,
Al fin nombrada y gloriosa,
Envidiada y no envidiosa,
Por Héctor y Orlando estás
Y agora por mí no más (3).
Que espero hacerte famosa,
Y esto cumplirélo ansí,
Pues dice el mundo de ti
Que tú les diste valor;
Pero en mi brazo, mejor
Tú lo recibes de mí!

LISDANO.

¡Qué brava arrogancia tiene!

BELARDO.

Quisiera, señor, contaros
Una cosa que os conviene;
Pero temiendo enojaros,
La voz me turba y detiene.

MANDRICARDO.

¿Qué puede haber sucedido,
Que ansí te turba el sentido
Que para mí tanto monte?

BELARDO.

Pues sabed que un Rodamonte
En busca vuestra ha venido.
Vino á parar á esta casa,
Y como yo no sabía
Lo que entre vosotros pasa,

(1) *Empero vuelto en [illegible] de espanto.* (T.)
(2) *Se embaraza*, en el manuscrito.
(3) Falta este verso en el manuscrito.

(1) Faltan estos dos versos en el manuscrito.
(2) *Alcaide.* (T.)
(3) Faltan también en el manuscrito estos dos versos.

Con mis manos, en su fría
Ceniza busquéle brasa.
Díjele del casamiento,
Pensando dalle contento.
¡Nunca yo se lo contara,
Que por poco la abrasara
Desde el extremo al cimiento!
Por encima de la fuente
Le lleva su desatino,
Con el furioso accidente;
Él os busca, y de camino
Va destruyendo la gente.

MANDRICARDO.

No más; que aquesta ocasión
Ha de darme la intención
Que pide la espada mía.

DORALICE.

Y la que siempre temía
Mi burlado corazón.

MANDRICARDO.

Pues ¿soy yo menos, señora,
Que ese villano de Argel? (1).
¿Qué, te me pones delante?
¿Habrá Alcides semejante
Si Doralice robada,
Y robada aquesta espada,
Y loco el señor de Aglante,
Á Rodamonte doy muerte?

DORALICE.

¿Tú no ves que de otra suerte
No es de hidalgo caballero
Matar con tan fuerte acero,
Menos que un hombre tan fuerte?
Dejo que el cielo le pruebe,
Que es soberbio y descortés;
Al blanco tuyo se atreve
Porque mi espada y tus pies
Sobre su fiereza lleve.

Entra Rodamonte.

RODAMONTE.

Mientras que me esconde el cielo
Aqueste infame villano,
Causa de mi ardiente celo,
Ejercitando la mano
He de buscalle en el suelo.
Aquí le vengo á buscar;
Que este es el sitio y lugar
Adonde suele acudir.

DORALICE.

Señor, si te puedes ir,
No te obligues á esperar.

LISDANO.

Topado se han los dos fieros.

DORALICE.

¡Señor!

BELARDO.

¡Qué bravos guerreros!

(1) Dos versos aislados entre dos quintillas.

DORALICE.

¡Ah, señor!

MANDRICARDO.

Dejadme, agora.

DORALICE.

¡Señor!

MANDRICARDO.

Dejadme, en mal hora.

RODAMONTE.

Id, pensamientos, ligeros,
Que no me bastan mis celos.

DORALICE.

¿Queréisme este bien hacer?

RODAMONTE.

¿Quién hablaba agora, cielos?
¿No es esta voz de mujer?
Ya me acompañan recelos.
¡Oh santo Alá! ¿Es esto sueño?
Sin duda al alma le enseño
Á engañar la fantasía.
¿Mandricardo no traía
Por armas un corto leño?
¿Cómo trae agora espada?
Pero no debe ser él,
Aunque tiene vista airada.
Mas al fin viene con él
Aquesa hermosa granada
Que sólo quitar me toca.
¡Ah, granada verde y loca,
Verde y agria te cogí,
Y agora te veo allí
Dulce y madura en su boca!
Su divino resplandor
Hace que mi intento tuerza,
Ó al menos temple el furor.
No hay bárbaro cuya fuerza
No vence fuerza de amor.

BELARDO.

Vuelve los ojos, y velos
Como novillo con celos,
Que dilatando la guerra
Están pisando la tierra
Y alzando el polvo á los cielos.
¿Qué diera Francia por ver
Lo que ver agora aguardo?
¿Quién dices que ha de vencer?

RODAMONTE.

Dime, ¿eres tú Mandricardo?

MANDRICARDO.

¿Quién, si no yo, puede ser?
¿Hay hombre que me parezca,
Que asida al lado merezca
La prenda que al mío ves?

RODAMONTE.

Diráslo cuando á mis pies
Tu triste vida fenezca (1).
¡Oh Mahoma, muera el perro!

MANDRICARDO.

Diráslo cuando probares

(1) *Primero la vida ofrezcas*, en el manuscrito.

El duro encantado hierro.

RODAMONTE.

¿Qué importa que te repares,
Si deste golpe me encierro? (1).

Entran Gradaso y un moro.

GRADASO.

¡Paso, guerreros! Respetad siquiera
El rostro de un amigo.

DORALICE.

Caballero;
Tened el brazo al fuerte Rodamonte,
Mientras el de mi esposo Mandricardo
Con amorosas lágrimas detengo.

GRADASO.

¡Ah, noble Rodamonte! ¿Desconoces
De tu Gradaso el rostro?

RODAMONTE.

Bien te veo;
Mas ¿cómo á Doralice no conoces
Aquella ingrata que cobrar deseo?
Mandricardo es aquél, de cuyas voces
Menos esfuerzo que he temido creo,
Si puedo yo temer: dejadme un poco,
Que estoy de celos y de rabia loco.

GRADASO.

¿Qué cosa es que estando en este punto
La guerra y Agramante en tanto aprieto,
Que todo su poder tuviese junto
Al Rey cristiano, para aqueste efeto,
Vengas á perder tanto de tu punto,
Que sólo aceptes desafío y reto (2)
Y dejes á Agramante entre enemigos,
Siendo para este tiempo los amigos?
Vuelve, vuelve los ojos á tu fama,
Y aqueste moro que contigo viene,
El cual de parte de su Rey te llama,
Que su defensa en esas manos tiene.
Y vos, gran Mandricardo, ilustre dama,
Mirad lo que á Agramante le conviene
La ayuda de los dos; deja esta tierra,
Que tiempo habrá después para la guerra.

MANDRICARDO.

Yo digo de mi parte que la dejo,
Queriendo Rodamonte; que me es fuerza
Volver á la defensa de Agramante.

RODAMONTE.

Y yo también lo digo; pero mira
Que en acabando esta batalla, tengo
De volver á cobrar á Doralice.

MANDRICARDO.

Lo mismo digo: cóbrala si puedes;
Que yo por tu soberbia y arrogancia
Sin otro intento sé que te buscara.

GRADASO.

Caballos hay, que bastan hasta el campo,
Y si no los hubiere, aquesta gente
Dará los que tuviere de labranza.

BELARDO.

Vamos, que yo daré los que tuviere.

GRADASO.

Id, Rodamonte, vos siempre delante.

RODAMONTE.

¡Oh cuánto bien me quitas, Agramante!

Vanse.

Salen Rugero, Bradamante, Oliveros y Ferragut.

RUGERO.

En gran regocijo y gloria
Dentro de Arlés están,
Pues que los soldados van
Publicando la victoria.
Agramante va vencido,
Y Carlos es vencedor;
Victoria de tanto honor,
Digna de Carlos ha sido.

OLIVEROS.

El que vimos ir huyendo,
Era el tercio de Brancardo (1).

FERRAGUT.

¡Poderoso Alá! ¿qué aguardo,
Tal desvergüenza sufriendo?
¿Cómo mi valor constante
Me tiene suspenso ansí?
¿Cómo no salgo de aquí
Para vengar (2) Agramante,
Ó derreniego de amigos?
¡Amistad, que á tanto llegas!

RUGERO.

¿De tus amigos reniegas?
¿Qué harás de tus enemigos?

FERRAGUT.

¡Oh santo Alá, tú me entiendes!

RUGERO.

Y yo sé tu voluntad.

FERRAGUT.

¿Ansí pagas la amistad?
¿La ley cristiana defiendes?
Aquésa á tu cargo toma,
Defiéndela con tu mano,
Pues ya te vuelves cristiano;
Que yo defiendo á Mahoma.

RUGERO.

Si entiendes mi corazón:
¿Para qué hablas ansí?

FERRAGUT.

Tú me conoces á mí,
Y yo tu mala intención;
Mi ley, que es razón, defiendo,
Y vendrá tiempo, Rugero,
En el cual hacer espero
Que.....

RUGERO.

No más, que ya te entiendo:

---

(1) Como tú muchos millares,
De aqueste mundo destierro. (T.)

(2) *Ineto*, en el manuscrito.

---

(1) *Bradamante, no era* [illegible]? (T.)

(2) *A socorrer á Agramante.* (T.)

Matarásme, jactancioso.
Anda, que yo soy Rugero,
Y darte respuesta espero
En tiempo (1) más peligroso.

OLIVEROS.

Airado parte el morillo;
Mucho presume de bravo.

RUGERO.

Que son palabras, al cabo,
De bravo, me maravillo;
Su secta persigo, al fin,
Y si á Mandricardo hallara,
Cierto estoy que me pagara
Su muerte, la de Cervín;
Empero, pienso vengarle.

BRADAMANTE.

Tu ira y pasión reporta;
Hagamos esto, que importa,
Que es el entrar hoy en Arle.

RUGERO.

Tú me quitas y desvelas
La pasión que me avasalla.

BRADAMANTE.

Lleguemos á la muralla;
Que la avisen centinelas (2).

Vanse.

Salen Agramante, Marsilio, Mandricardo, Doralice, Gradaso y Rodamonte.

AGRAMANTE.

¡Por el divino Alá, que justamente
Con Rodamonte aqueste enojo tengo,
Pues me ha dejado en la ocasión presente!
¿No es bueno que por él huyendo vengo,

(1) *En lugar.* (T.)

(2) Llegar quiero á la muralla
Y avisar las centinelas. (T.)

En esta misma edición se añaden los versos siguientes, que no están en el manuscrito:

BRADAMANTE.

¡Hola del muro! ¿Hay quien abra?

UN CENTINELA.

Camarada, la ballesta
En un pensamiento apresta.
¿Quién va?

BRADAMANTE.

Amigos (*sic*).

UN CENTINELA.

¿Quién sois?

BRADAMANTE.

Cristianos guerreros.

CENTINELA 2.°

Advierte que de esta parte
Me parece Durandarte,
Y de la otra Oliveros.

BRADAMANTE.

¡Que estamos llamando en vano!
¡Ah del moro! ¡Ah buen varón!

CENTINELA 1.°

Quien nos rindió el corazón,
Que se abra el paso está llano.
Podéis entrar: esperad.

BRADAMANTE.

La guarda está enamorada.

RUGERO.

¿Á quién la beldad no agrada?

CENTINELA 2.°

Por aquesta puerta entrad.

Dejando el cerco y el intento en vano,
Que apenas á hacer alto me detengo?
Y el cruel Rugero, que es medio cristiano,
¿Piensa que no ha de ser aqueste agravio
Vengado justamente por mi mano?
¿Cómo, famoso Rey valiente y sabio,
Entre enemigos á tu amigo dejas?

RODAMONTE.

Nunca por mi razón (1), señor, te agravio.
De Rodamonte sin razón te quejas;
De todos los demás, con justa causa,
Juntas con todas hallarás tus quejas;
Que la culpa que tengo, no la causa
Un Agricán (2), por armas de Rugero,
Que á tu vida y ayuda pone pausa.
Ni ya la espada ni el Frontino quiero,
Ni todo lo demás, que la discordia
Ha sido agora de tu campo fiero.
Procura en tales casos la concordia,
Justicia haciendo, dando premio al bueno,
Y al malo, con rigor, misericordia.
Yo vengo mi honor, Rey, y no el ajeno:
Á Doralice pido.

MANDRICARDO.

Yo defiendo
Á Doralice.

AGRAMANTE.

Y yo á todos refreno,

GRADASO.

Yo la justicia de los dos defiendo,
Y hasta verla muy bien, nadie condeno.
Y lo que fuera justo en todo haciendo.

AGRAMANTE.

No quiero aventurar guerreros tales.
¿Tú la pretendes?

RODAMONTE.

Yo la pretendo.

AGRAMANTE.

Pues para que los dos quedéis iguales,
Jurad que pasaréis por lo que hiciere,
Sobre las manos de Marsilio, reales;
Porque si Doralice á uno escogiere,
La voluntad no puede ser forzada,
La lleve de los dos el que quisiere.

MARSILIO.

¿Juráis que aquesta ley será guardada?

RODAMONTE.

Sí juro, digo.

MARSILIO.

Allega, Mandricardo.

MANDRICARDO.

Yo pasaré por la sentencia dada (3).

AGRAMANTE.

Pues, Doralice, sólo agora aguardo
Que te declares escogiendo al uno.

DORALICE.

Con la mucha vergüenza me acobardo,

(1) *Nunca por ocasión.* (T.)
(2) *Águila.* (T.)
(3) *Yo apruebo aquesa ley por ti ordenada.* (T.)

Y si pudiese no escoger ninguno,
Lo hiciera; pero tengo, al fin, esposo,
Y entre los dos abrazo sólo al uno.
El uno de los dos es vitorioso,
Y el uno de los dos el que aborrezco.
¿Qué dudo, por un sí tan vergonzoso?
Pues alma y vida á Mandricardo ofrezco.

RODAMONTE.

¡Á un Rodamonte atropellas!
¡Á un Mandricardo señalas!
¡Por la luz de las estrellas,
Que sois las mujeres malas,
Y tú, más que todas ellas!
¡Ira de Dios te destruya!
Sentencia es aquesta tuya,
Tuya es aquesta sentencia:
Quien me ofende en mi presencia,
Quede ofendido en la suya.
¡Oh, fuego de Dios descienda
Sobre tanto sufrimiento!
Pero juré en la contienda,
Y es bastante juramento
Para que yo no te ofenda.
No hubo en hombres poder
Para poderme vencer,
Y ha permitido Mahoma
Que se diga que me doma
El gusto de una mujer (1).
¡Ingrata, ofendido me has! (2).
Y ofensa es que vengaré
En mujeres, cual verás:
Tú, porque yo lo juré,
Libre de pena serás;
Pero morirán las otras,
Buenas, malas, unas y otras.....
¿Que me detengo, qué hablo?
¡Ah, mujeres, lleve el diablo
Á la mejor de vosotras!
¡Dura sentencia y fiera,
Que de mi muerte trata,
Pues me manda que muera,
Yo moriré por mi enemiga ingrata!
¡Oh duras homicidas
Mujeres, para nuestro mal nacidas!
Sois la misma mudanza,
Mudables más que el viento (3);
Sois la desconfianza,
Y si alguna ha de haber, es de tormento:
¡Oh duras homicidas
Mujeres, para nuestro mal nacidas!
Dicen que es amor tierno,
Y frágiles vosotras y que excede
Su dureza al infierno;
Vuestra dureza, ¿quién quebralla puede?
¡Oh duras homicidas
Mujeres, para nuestro mal nacidas!
Yo parto donde pienso
Gastar la triste vida que me dieres,
Alá divino, inmenso,
En sólo decir mal de las mujeres;
Y ¡el que esto no dijere,
Puede hacer cuenta que en mis manos muere!

Vase.

MANDRICARDO.

Vete con tu locura,
Pues dices mal del bien mayor que ha dado
Á mortal criatura
El que todas las cosas ha criado:
¡Oh, siempre agradecidas
Mujeres, para nuestro bien nacidas!
Alivio de la pena,
Ó compañía del trabajo nuestro,
De mil regalos llena,
Cualquiera mal descansa el placer vuestro (1).
¡Seréis de mí queridas,
Mujeres, para nuestro bien nacidas!
¡Ocio de los castigos,
De la blandura madres amorosas,
Concordia de enemigos,
Más que el hombre en las ciencias ingeniosas:
Mas fuertes y atrevidas,
Mujeres, para nuestro bien nacidas!
¡Oh reinas de crianza,
Mansas, humildes, francas, liberales!
¡Oh puertos de bonanza,
Siempre del hombre con engaños tales
Gozadas y ofendidas,
Mujeres, para nuestro bien nacidas!
Hablara eternamente,
Si tuviera las lenguas de la fama,
Lo que mi alma siente,
Que es bárbaro sin ley quien os disfama:
¡Y el que esto no dijere,
Puede hacer cuenta que en mis manos muere!

Entra Ferragut.

FERRAGUT.

¡Alá, señor, te guarde en paz dichosa!

AGRAMANTE.

¡Oh honor de España! ¿Cómo vienes tarde?

FERRAGUT.

Porque fortuna vence, el tiempo engaña.
Tu desgracia he sabido.

AGRAMANTE.

Y ¿puedo ser de ti favorecido?

FERRAGUT.

Sabed que con Rugero
Á los muros de Arles he llegado,
De quien tomar espero
Venganza cierta por lo que ha intentado;
Pues negando á Mahoma,
La ley cristiana, á pesar nuestro, toma,
Allá, señor, le dejo,

---

(1) Falta esta quintilla en la edición de Tortosa.
(2) *¡Mujer, ofendido me has!* (T.)
(3) *O más mudables que veleta al viento.* (T.)

(1) *Que en cualquier mal hallamos solaz vuestro.* (T.)

Que ante Carlos se ofrece y se presenta
Aquel infame viejo
Que entre los doce de su ley le asienta.
Árdese en fiestas Arle,
Que á la iglesia le lleva á bautizarle.

AGRAMANTE.

No será, si yo puedo.
¡Ea, famosos Reyes, á estorballo!
Ya fuera injusto miedo;
Salgan los que pudieren á caballo;
Vamos, que están seguros,
Por el bautismo dejarán los muros (1).

Salen al bautismo, Rugero, Carlos, Bradamante, un sacerdote, un sacristán, dos niños con velas blancas, otros dos con fuentes, el padrino y la madrina, y los demás que pudieren salir al acompañar: ha de haber un altar muy bien aderezado, y Rugero ha de ir vestido de blanco; ponen en el altar velas y fuentes.

UN NIÑO.

Cierto que vengo molido:
Pascualico, ¿cómo vienes?

OTRO.

Tal, que me duelen las sienes,
Y el brazo traigo entomido.

OTRO.

Pongamos aquí estas fuentes
Mientras llega el bautizado.

OTRO.

Está aquí todo el recado,
El agua y los adherentes.

OTRO.

Plega á Dios que no sea en vano,
Y no, señor, vuelva en lloro
La fiesta; que de buen moro
Nunca salió buen cristiano.

Llegue el Bautismo.

CARLOS.

Ya, Rugero famoso, se ha llegado
El venturoso día cuando el cielo
Os recibe por hijo regalado.

BRADAMANTE.

Cual águila real, con veloz vuelo
Rompe las nubes, y en el cielo santo
Hacéis la presa para mi consuelo.
Mi corazón recibe gozo tanto
En veros, señor mío, en ese punto,
Adornado con ese blanco manto,
Que si de Francia y aun del mundo junto
Tuviera el cetro, sé que deseara
Ser, cual veis que ya soy, vuestro trasunto.

RUGERO.

Á la hermosura vuestra, bella y rara,
De mi victoria el principal trofeo
Se debe atribuir, esposa cara.
Por vuestra causa en Jesucristo creo,
Á quien, con razón y afecto ardiente,
Como á mi sumo bien servir deseo.

SACERDOTE.

Inclinad las rodillas, de excelente
Hecho de aquella poderosa mano,
Ya puestas en la ocasión presente:
Dime, Rugero, ¿quieres ser cristiano?

RUGERO.

Ya una vez te dije que lo era,
¿Para qué me repites lo que es llano?

SACERDOTE.

Pues no te enojes: venga esa crismera;
Aquesta agua te limpie del pecado
Y restituya en la bondad primera.
Digan todos amén.

MADRINA.

¡Cuán deseado
Ha sido á todos tan deseado día!
Ya, pues, Rugero, que estáis bautizado,
Causa de nuestro gozo y alegría;
Conviene que sepáis la ley cristiana,
Ya no habéis de hablar más algarabía;
Habéis de andar muy á la pata llana,
Y no hay ragcá, ragcá, que es cosa indina;

---

(1) Desde aquí difiere enteramente el texto de la edición de Tortosa, que dice así:

Vanse: salen al bautismo los Doce Pares con fuentes y toallas: el Emperador, Rugero y Bradamante á la postre.

EMPERADOR.

Digo que no podré al vivo,
Rugero, manifestaros,
Ni con palabras mostraros,
El contento que recibo.
Mi persona se os ofrece,
Y en ella tendréis favor,
Pues vuestro mucho valor
No menos honra merece.
Junto con el que ha mostrado
Vuestra amada y bella esposa,
Que cristiana, más hermosa,
Me tendrá más obligado.
Adonde asiste la Reina,
A dalle noticia vamos.

DORALICE.

Nosotros participamos
Del contento que en ti reina.

RUGERO.

En aquel dichoso día
Que á tu Alteza soberana
Vi, escogí tu ley cristiana
Por mejor que no la mía.
Por el interés que gano,
Y la loa que granjeo,
Fuí siempre y tuve deseo
De ser, como fuí, cristiano.
Dame á besar esas manos
Que tantos bienes me han hecho.

EMPERADOR.

¡Por mi vida, que sospecho
Que han sido cuentos livianos!
Da á mi sobrina la mano
De que serás su marido.

RUGERO.

¿Tanto bien ha merecido
Fe de pensamiento humano?
Vos queréis que pierda el seso:
La mano doy temerosa.

BRADAMANTE.

La que os doy será de esposa.

RUGERO.

Por esclavo me confieso.
Señor, que con la sangre que así llueve
De tus manos, lavaste mi desgracia,
Y más blanco y más puro que la nieve,
Dejas con el bautismo, agua de gracia.
El alma, que conoce lo que debe,
Agradecida, la merced regracia,
Pues que por ella me prometes gloria,
Dando con esto fin á nuestra historia.

Obediente seréis á la romana
Iglesia, y sabréis Salve, Regina,
Pater noster y el *Credo*, y todo aquesto
Os lo he de enseñar como madrina (1).

RUGERO.

Á obedecerte en todo estoy dispuesto.

MADRINA.

Y al señor padrino, que es muy justo.

PADRINO.

Si aguarda tu grandeza en este puesto,
Una cosa veréis de mucho gusto.

CARLOS.

En ocasión de regocijo tanto,
Hagan fiestas y ruegos, que es muy justo,
Por el bautismo y desposorio santo.
Sentémonos aquí.

MADRINA.

Recoge el manto.

Sale la máscara, y acabada, diga Rugero:

RUGERO.

Por las mercedes que hoy he recibido
De aquesta santa y poderosa mano,
Por las cuales me veo enriquecido,
Como de hijo vuestro y de cristiano,
Ofrezco un puro corazón rendido,
Que en darle á tan buen dueño tanto gano,
Que la paga y el premio será la gloria;
Y con esto doy fin á nuestra historia.

Vanse por su orden.

FINIS. LAUS DEO.

FIN DE LA COMEDIA DE «LOS CELOS DE RODAMONTE»

(1) Si este final es de Lope (lo cual dudo muchísimo), debe de estar horriblemente corrompido por los cómicos ó por los copistas.

ANGÉLICA EN EL CATAY

COMEDIA FAMOSA

DE

ANGÉLICA EN EL CATAY

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Reinaldos.	Ferraguto.	Belardo.
Roldán.	Celindo.	Rufino y Alfeo.
Carlos.	Sacripante.	Mandricardo y Doralice.
Brandimarte.	Isabela.	Lucinda, *villana.*
Oliveros.	Cervín.	Pinardo, *pastor.*
Angélica.	Armindo.	Dos villanos.
Agramante.	Medoro y Astolfo.	Un correo.
Rodamonte.	Cloridano y su padre.	Unos indios.

ACTO PRIMERO.

Salen Reinaldos y Roldán.

REINALDOS.

¿Tú me amenazas á mí?

ROLDÁN.

Harto necio fuera yo
Si te amenazara á ti.

REINALDOS.

¿Hablas como primo?

ROLDÁN.

No.

REINALDOS.

¿Y como enemigo?

ROLDÁN.

Sí.

REINALDOS.

Pues qué; ¿no soy hombre en quien
Cabrá tu amenaza bien?

ROLDÁN.

No, porque no hay en un hombre
Donde, aunque éste el mundo asombre,
Mis amenazas estén.

REINALDOS.

Qué, ¿aún no vale un hombre honrado,
Por lo menos caballero,
Para ser amenazado,
Trayendo otro tanto acero
Como agora traes al lado?

ROLDÁN.

Pues desa suerte, bien fundo
Que han de caber en mi nombre
Si he de ser mundo segundo;
Que, en efeto, cualquier hombre
Se llama pequeño mundo.

REINALDOS.

El preciarte de discreto
Haciendo lances en mí,
Aunque de pequeño efeto,
Me ha obligado á que de ti
No tenga tan buen conceto.

Echas mi cólera en risa
Con tu reto; ¡risa vana!
Y quien en el mal te avisa
La paciencia cortesana
Con la soldadesca frisa.
Si mundo pequeño, es llano
Que es hoy tu persona sola;
Serás como el que en la mano,
Á la hechura de una bola
Suele traerla á la mano.
Éste, en su coronación
Le vi una vez, y si quieres
Ser de aquesta condición,
Guárdate de que me alteres.

REINALDOS.

¿No me dirás la razón?

ROLDÁN.

Si siendo mundo eres bola,
Con la punta del pie sola
Te haré que vayas apriesa,
Desde esta margen francesa,
Hasta la playa española.
Y tanto podrás rodar,
Que si el mundo es circular,
En llegando al canto dél,
Caigas al otro por él,
Si no te detiene el mar.

REINALDOS.

¡Notables puntapiés son!
Bien decían estos días,
Hablando de tu opinión,
Que tienes tus valentías
Allá en tu imaginación.
Si lo que imaginas fueras,
Tan furioso é iracundo,
Y tan lleno de quimeras,
Como otro Nerón, quisieras
Cortar la cabeza al mundo.
El pequeño que en la mano
Ponen al Emperador,
Es la cifra del mayor,
El nombre de soberano
Y de absoluto señor.
Y eso mismo soy cifrado,
Por quien Carlos se ha llamado
Soberano y absoluto;
Que á mí me debe el tributo
Del mundo que yo le he dado.

ROLDÁN.

¿De tu mano le tomó,
Y eres el mundo?

REINALDOS.

Esto dice
Quien ve que el mundo soy yo.

ROLDÁN.

Mira que se contradice
Ser el mundo y quien le dió.
Mas si el mundo todo eres,
Déjame aquesta mujer
Que impedirme gozar quieres;
Que en ti podrás escoger
Entre otras tantas mujeres.

REINALDOS.

No, que aquésta no es el mundo,
Porque bien lo dice el nombre,
En quien ser del cielo fundo;
Y si es digna de algún hombre,
Es de mí, y de ti el segundo.
Angélica no es del suelo,
Que es su nombre celestial:
Bien nos muestra que es del cielo;
Y de gozar prenda igual
Tan sólo es digno mi celo.

ROLDÁN.

Bien has dicho, porque amor,
Un infierno de disgusto
Ha puesto en mí con su ardor,
Y el que es infierno, no es justo
Goce del cielo el valor.
Mas, pues el cielo conoces,
De que has dado testimonio
Con tantos fieros y voces,
Haré oficio de demonio
Para que tú no le goces.

REINALDOS.

Yo le gozaré, y permito
Que pase esa libertad
Mientras que le solicito.

ROLDÁN.

¡Reinaldos!.....

REINALDOS.

¡Roldán!.....

ROLDÁN.

Pasito;
Que tiene necesidad
Carlos de dos hombres más.

REINALDOS.

Yo quedaré, que soy mil.

ROLDÁN.

Muy desatinado estás.
¿Á cuál hombre infame y vil
Esto se ha dicho jamás?
¡Piérdanse mil Carlomanos!
¡Piérdase París! No quiero
Respetar primos ni hermanos;
Saquemos el blanco acero,
No hablemos como villanos.

REINALDOS.

Presto verás quién lo es.

ROLDÁN.

Yo te haré, Reinaldos loco,
Que lo digas á mis pies.

REINALDOS.

Tus palabras tengo en poco;
Tus obras tendré después.

Riñen, y tocan al arma dentro.

¡Arma, arma! ¡Al arma, al arma!

CARLOS.

¡Ah, Roldán! ¿Así me dejas?

ROLDÁN.

Aunque mi furia se arma

Contra ti, al son de mis quejas,
Ya mi lealtad la desarma;
Suspende el brazo, Reinaldos.

Salen Carlos, Brandimarte y Oliveros.

CARLOS.
¿Que no parecen decís?

BRANDIMARTE.
No, gran señor.

CARLOS.
Pues buscaldos,
Y de que viene á París
Toda el África avisaldos.

OLIVEROS.
Aquí batallando están.

CARLOS.
¿Los dos?

OLIVEROS.
Sí, señor.

CARLOS.
Roldán,
Reinaldos, sobrinos.....

ROLDÁN.
Hoy
No quiero ser lo que soy,
Si así mis desdichas van.

CARLOS.
¿Es justo que dos nobles caballeros,
La flor de Francia y el valor del mundo,
Cada cual el mejor de los primeros,
Sin conocer en su valor segundo,
Esgriman los católicos aceros
Contra sus pechos con rigor profundo,
Cuando á París se acerca Rodamonte,
De plumas y asta fabricando un monte?
¿Es justo que dos primos, que dos hombres
Que á los Horacios, Decios y Torcatos
Borrar han hecho los famosos nombres,
Se muestren á su sangre y patria ingratos?
¡Que no veas, Roldán, que no te asombre,
Reinaldos, de mirar que los retratos
De un Pirro, de un Aquiles, que así os llama
El mundo, hoy quite de su altar la fama!
Pensaba yo ganar la Casa santa
Y el gran sepulcro libertar de Cristo,
Poniendo mis banderas y mi planta
Debajo de la estrella de Calixto,
Y que por la ciudad que David canta,
Donde un nuevo Heliodoro, que ahora he visto,
Á quien los mismos ángeles flagelen,
Las flor de lises tremolando vuelen.
Pensaba yo que el bárbaro Africano
Echara de su casa en Berbería,
Con el valor de alguna heroica mano,
¡Y viene él mismo á echarme de la mía!
Si las columnas del valor cristiano,
Como las de Sansón, juntas un día,
Quiere la ira derribar por tierra,
Ríndame el Moro, acábese la guerra.

ROLDÁN.
Parece que me miras, y diriges
Tus enojos á mí, más que á este fiero.

CARLOS.
Tú, Roldán, me atormentas, tú me afliges.

ROLDÁN.
¡Siempre he de tener yo la culpa! hoy quiero
Que á los postreros límites que riges
Me arrojes, como infame caballero,
Si no tiene Reinaldos mayor culpa.

REINALDOS.
Pues dile que te diga la disculpa.

CARLOS.
¿En qué fundasteis la cuestión? ¿Ha sido
Sobre despojos del vencido Moro,
Sobre cuál de los dos ha merecido
Que su nombre mejor se imprima en oro?
¿Es sobre algún caballo que ha bebido
El agua al Betis, cordobés tesoro?
¿Es sobre entrar primero en la batalla?
¿Cómo no habláis?

OLIVEROS.
El uno y otro calla.

BRANDIMARTE.
Suspensos, quieren que otra lengua diga
La causa principal de su querella.

CARLOS.
¿Sábeslo tú?

BRANDIMARTE.
Yo sí.

CARLOS.
Pues ¿qué te obliga
Á no me lo decir?

BRANDIMARTE.
Ellos y ella.

CARLOS.
Yo te lo mando. ¿Quieres que prosiga?

ROLDÁN.
Di que no importa.

BRANDIMARTE.
Angélica la bella,
Que así la llama el África y la Europa,
Va por el mar de amor con viento en popa.
No hay ojos que la vean, que en despojos
El alma no le den; vino á las manos
De Roldán y Reinaldos, cuyos ojos
Son leña de los suyos soberanos.
De esta ocasión proceden sus enojos.

CARLOS.
¡Rica empresa de príncipes cristianos!
¡Ved qué Jerusalén, qué Casa santa,
Del que vertió por ella sangre tanta!
¿Una mora africana peregrina?
¿Una virgen doncella entre soldados?
¿Una hechicera, de nombrarla indina,
Rémora de varones esforzados,
Tal, que invisible dicen que camina,
Y que tiene los campos abrasados
De veneno y conjuros? ¡Qué vergüenza,
Que una mujer á tales hombres venza!
Tráiganla luego.

REINALDOS.
De tu enojo solo,

Que amor, señor, no es culpa, sino estrella.

CARLOS.

No lo había de ser de nuestro polo.

Salen Brandimarte y Angélica.

BRANDIMARTE.

Ésta es, señor, Angélica la bella.

REINALDOS.

No es más hermoso en el Oriente Apolo.

ROLDÁN.

Venus es fea cuando el alba sale;
Que no hay lucero que á su luz iguale.

CARLOS.

Dime, mujer para mi mal nacida
Entre las yerbas frías de Tesalia,
Adelfa vil, veneno de mi vida,
De España destrucción, furia de Italia,
¿Fuiste acaso del bárbaro traída
Á mi cristiano Imperio, á nuestra Galia,
Para que el Moro gane más despojos
Que con sus armas, con tus bellos ojos?
¿Fué industria de Agramante que tu hechizo
Mis paladines como Ulises lleve?

ANGÉLICA.

Siniestra información, Carlos, te hizo
Quien á infamar mi honor tu lengua mueve.
Si tu vil escuadrón, antojadizo,
Con tu lealtad no cumple lo que debe,
No es culpa mía, mas flaqueza suya,
Á quien es más razón que se atribuya.
No son para la guerra aquestos hombres.
Dejen las armas; vístanse las galas;
Sirvan mujeres de famosos nombres,
Buenas de talles, de opiniones malas,
Hagan, porque de verlos no te asombres,
Justas en plazas y saraos en salas;
Que ricen el cabello los advierte,
En vez del yelmo y la celada fuerte.
Yo soy hija del Rey, y por mí agora,
Digna de serlo tuya, y no he venido
Con Agramante á ser encantadora,
Pues armas y no hechizos he traído.
Es el Catay mi patria, mi ley mora;
Y aunque lo soy, ningún mortal nacido
Se alabará que amor le tuve ó tengo.
Hoy, á afrentarlos por tu lengua vengo.

CARLOS.

No hables más, que ya sabrán con esto
Cuál es tu empresa. Lleva, Brandimarte,
Esa mora á la tienda, al duque Hornesto;
Esté con guardas en segura parte.
Agora, si el amor está dispuesto
En vuestros pechos, cada cual es Marte.
Al que mejor lo muestre, darla quiero.

BRANDIMARTE.

Así lo haré.

CARLOS.

Pues en mi tienda espero.

ROLDÁN.

Angélica, si amor pudiera tanto,
Yo seré, por gozarte, Aquiles griego,
Hércules en el reino del espanto,
Que con el mío templaré su fuego.
Ninguno como yo del laurel santo
Adornará sus sienes; sólo ruego
Á tu piedad, que mires su flaqueza,
Rendida de Roldán la fortaleza.

REINALDOS.

Angélica, si amor es fuego, hoy quiero
Ser estrago del mundo en tu servicio;
Su máquina reduzco al caos primero,
Y los ejes esféricos desquicio.
Romperé las gargantas al Cerbero,
Y antes que veas el primer solsticio,
Verá el mundo que ha sido tu belleza
Quien ha dado á Reinaldos fortaleza.

ROLDÁN.

Reinaldos, como soy un sol tan claro,
No me espanto que sirvas de mi sombra;
Pero si lo que formo desamparo,
Verás que, aun sombra, el mundo no te nombra

REINALDOS.

Luego ¿pensabas ser único y raro?

BRANDIMARTE.

Vuestro desdén y libertad me asombra.
Mirad que ya se acerca el enemigo.

REINALDOS.

Yo haré bueno, Roldán, lo que aquí digo.

ROLDÁN.

Voyme á ayudar mi Rey; que no me curo
De locuras como ésas.

REINALDOS.

Si no curas
Destas locuras, yo también procuro,
Desde hoy más, no curar de tus locuras.

BRANDIMARTE.

Dejaldo ya.

ROLDÁN.

Pues ¿cuál diamante duro
Se resistiera más?

BRANDIMARTE.

¿Tú lo procuras,
Angélica, encender?

ANGÉLICA.

Bien sabe el cielo
Que soy hielo.

BRANDIMARTE.

Al amor enciende el hielo.

Vanse.

Salen Agramante, Rodamonte y Ferraguto.

AGRAMANTE.

Por esta parte es mejor
Que asaltemos la ciudad.

RODAMONTE.

Por la más flaca, señor,
Tendrá más seguridad
Tu pensamiento y mi honor,
Y ésta no me lo parece.

AGRAMANTE.

Donde tu brazo se ofrece,
Hagan las almenas montes.

RODAMONTE.

Á ser todos Rodamontes,
Montes hasta el cielo crece.

AGRAMANTE.

Yo pienso, llegando el plazo,
Gozar desta empresa el fruto,
No por máquinas que trazo,
Mas por ver á Ferraguto,
Con el valor de tu brazo.
Que con los dos, el cristiano
Vendrá á rendirse á mis pies;
Porque vea Carlomano
Sobre su alcázar francés
Nuestro pendón africano.
Veamos esos Roldanes,
Reinaldos y Paladines,
Si son tales capitanes,
Salidos de sus confines,
Como en Palacio galanes.

RODAMONTE.

Por muestra de mi valor,
Aunque de mi fortaleza
No es la victoria mayor,
Yo te prometo, señor,
Dese Orlando la cabeza.

FERRAGUTO.

Pues al Conde no merezco
Matar con mis manos hoy,
Poco mi esfuerzo encarezco,
Lo que más puedo te doy,
La de Reinaldos te ofrezco.

AGRAMANTE.

Yo las acepto, y os juro
Que derribáis las más buenas,
Con que está Carlos seguro,
Pues faltando esas almenas,
Podremos entrar el muro.

Sale Celindo, moro.

CELINDO.

¿Está Rodamonte aquí?

RODAMONTE.

Á mirar el mundo ponte,
Y verásme luego á mí.

CELINDO.

¡Oh, famoso Rodamonte!
Oye lo que pasa.

RODAMONTE.

Di.

CELINDO.

De la Granada española,
Que Genil y Darro riegan
De la corona á las ramas,
Para tu servicio abierta,
La hija hermosa del Rey,
Doralice, la más bella
Que vieron ojos humanos
En cuanto España gobierna,
Desde Cádiz ó Colibre,
De Almería á Finisterra,
De Gibraltar á Bayona,
Y de Setubal á Denia,
Para ser tu amada esposa,
Entraba en Francia contenta
Por Mompelier á León,
Desembarcada en Marsella,
Con seis Alcaides de guarda,
Tarife, Zaydán, Zulema,
Marbezo, Romiro, Abraydo,
Y diez ó doce doncellas.
Gente de á pie mal armada,
Porque al desposorio y fiestas,
En vez de jacos de malla,
Llevaban ropas de seda.
Dorados alfanjes ciñen
Sobre labradas correas,
Que no teñidos en sangre,
Como las cuchillas vuestras.
Todos marlotas de grana,
De bruñida plata llenas,
Con alquiceles de raso
Y rapacejos de perlas.
Borceguíes de Marruecos,
Y en los talones las piezas
Que llama el moro acicates,
Y los cristianos espuelas.
En yeguas como palomas,
Que al pasar de algunas sierras
No conocían los ojos
Si era la nieve ó las yeguas.
Con ricos turbantes puestos,
No apretadas las cabezas,
Pero dejando el cabello
Y las frentes descubiertas.
Dellos ceñidos detrás,
Y dellos hechos con ellas,
Con más lazos que un botón,
Y que un laberinto vueltas.
Plumas entre las bengalas,
De mil colores diversas,
Y más altas que las lanzas,
Pues fueron más flojas que ellas.
Para abreviar, iban todos
Sin pensamiento de guerra,
Cuando un tártaro soberbio,
De quien el África tiembla,
Llegó desnudo de honra
Y vestido de fiereza,
Al desarmado escuadrón,
Cuya malla era cadenas,
Cuyas armas eran voces,
Tamboriles y jabebas,
Y dando en ellas, nos quita
La hermosa y divina prenda.
No de otra suerte el halcón
Entre los pájaros entra;
No de otra manera Bóreas
Derriba las hojas secas;

No de otra suerte el villano
Las rubias espigas siega:
Á cuál saca de la silla,
Á cuál de á pie desjarreta.
No sé si le has injuriado
Ó si es amor quien le fuerza.
Sin que á Rodamonte el bravo,
Señor de Zarza y de Ceuta,
Sin que tema al grande Alá,
Y sin que tu brazo tema,
La divina Doralice
Hoy Mandricardo te lleva.

RODAMONTE.

¡Espántome de mi furia!
¡Que haya paciencia tenido
Para escucharte mi injuria!
¿Cómo Mandricardo ha sido
Quien me agravia y quien me injuria?
¿El Rey tártaro al de Argel
Tal atrevimiento tuvo?
¿Tal hazaña cupo en él?
¿Adónde Mahoma estuvo,
Que no me vengara dél?
¿Á Doralice me lleva?
¡Á mi esposa, á mi mujer!
¡Que así un villano se atreva!

FERRAGUTO.

Que amor tenga este poder,
No es para amor cosa nueva.

RODAMONTE.

Qué, ¿es amor como un descalzo?
¿Pone ojos y alma atrevida
Adonde yo los ensalzo?
Aquello tendrá de vida,
Que el acicate me calzo.
Perdona, fuerte Agramante;
Que mi honra sola fuera,
Para dejarte, bastante;
Que sólo el honor pudiera
Ser sangre de este diamante.
¡Ah, París, cómo has tenido
Ventura! Tu ruego ha sido.
¿Oyele, sin duda, el cielo?

AGRAMANTE.

¡Tente, ó verás por el suelo
Todo mi valor rendido!
¡Rodamonte, por Alá,
Que no me dejes agora!

RODAMONTE.

¿Y si entretanto se va
Aquel traidor?

AGRAMANTE.

No podrá
Ser la noche desta aurora.
Presto verás tu enemigo,
Que no se podrá esconder,
Pues que lleva el Sol consigo.

RODAMONTE.

¿En esto me quieres ver,
Siendo en mi infamia testigo?
¡Oh, Agramante, mira!

AGRAMANTE.

Espera.
Ayúdame en este asalto,
Y vete luego.

RODAMONTE.

¡Que quiera
El Rey que hombre de honor falto,
Honre esta vez su bandera!
Pues acomete; que juro
De vengar en los cristianos
Mi furor.

AGRAMANTE.

Eso procuro.

RODAMONTE.

Hoy ensangriento las manos;
Hoy saco el acero obscuro;
Hoy soy alma de diamante;
Hoy soy fuego del infierno;
Hoy, á un león semejante,
Ya no soy amante tierno,
Ya soy robusto gigante.

AGRAMANTE.

¡Ea, Ferraguto fuerte!

FERRAGUTO

Sola la señal aguardo.

RODAMONTE.

Si por dicha acierto á verte,
Yo te daré á Mandricardo
Entre estos brazos la muerte.
Águila tengo de ser,
Y á ti, por altas montañas,
Ticio te presumo hacer,
Y comer de tus entrañas.
Tu sangre pienso beber.

Váyanse, y salga, tocando batalla dentro, Roldán tras moros.

ROLDÁN.

¡Huid, canalla, de mí,
Si sabéis que soy Roldán!
Huyendo de verme van.
¡Qué bravo espanto les dí!
¡Ea, Agramante hablador,
Echa hacia acá tus alardes!
¿Dónde vais, garzas cobardes?
Pero ¿habéis visto el azor?
¿Qué se han hecho esos valientes?
¿No hay uno para Roldán?

Sale Rodamonte.

RODAMONTE.

¡Qué priesa celos me dan
En tantos inconvenientes,
Porque ya el alma me dice,
Viendo lo mucho que tardo,
Que en brazos de Mandricardo
Está alegre Doralice!
¡Cielos! ¿Si le quieren bien?
¡Oh tormentos inhumanos!

¡Vengaréme en los cristianos!

ROLDÁN.

¡Hola! Los pasos detén.

RODAMONTE.

¿Quién eres tú que me impides?

ROLDÁN.

¿No me ves? ¿Quién puede ser
Sino yo?

RODAMONTE.

¡Buen responder!

ROLDÁN.

Yo soy Héctor.

RODAMONTE.

Y yo Alcides.

ROLDÁN.

Yo soy sierra.

RODAMONTE.

Yo soy monte.

ROLDÁN.

César soy.

RODAMONTE.

Yo Marco Antonio.

ROLDÁN.

Yo infierno.

RODAMONTE.

Yo soy demonio.

ROLDÁN.

Yo Roldán.

RODAMONTE.

Yo Rodamonte.

ROLDÁN.

¡Ah, sí! ¿Qué tú eres.....

RODAMONTE.

Yo.

ROLDÁN.

Huélgome de haberte hallado.

RODAMONTE.

Y yo, á fe de moro honrado.

ROLDÁN.

¿De moro honrado? Eso no.

RODAMONTE.

Pues siendo rey, ¿no lo he sido
Por mi sangre ó mi poder?

ROLDÁN.

¿Qué honra puedes tener
Mientras que no te he vencido?

RODAMONTE.

Para lo que yo te ofrezco,
Á Agramante hablaste bien.

ROLDÁN.

Dirás lo mismo también,
Porque es lo que yo merezco.

RODAMONTE.

Antes le tengo mandado
De tu cuerpo cierta pieza.

ROLDÁN.

¿Pluma ó banda?

RODAMONTE.

Tu cabeza.

ROLDÁN.

¿Y no te tienen atado?

RODAMONTE.

¿Por qué?

ROLDÁN.

Por esa locura.

RODAMONTE.

Quien promete poco, es loco.

ROLDÁN.

Moro, ¿mi cabeza es poco?

RODAMONTE.

Poco, lo que poco dura.

ROLDÁN.

Qué, ¿tan poco ha de durar?

RODAMONTE.

Esto que tardo en cortalla.

Sale Agramante.

AGRAMANTE.

¡Que así rompiese la malla!
¡Fuerza y brazo singular!
No era acero, fué diamante.

RODAMONTE.

Herido va por allí
Agramante; espera aquí
Mientras socorro á Agramante.

Vase Rodamonte tras Agramante.

ROLDÁN.

¿Adónde vas? ¡Oh, qué bien!
¡Gentil achaque has hallado!
Vuelve, vuelve, moro honrado,
Á que la empresa te den;
Vuelve, y la cabeza toma.
¿Para qué te vas sin ella?
Toma, y podrás ofrecella
Á Agramante y á Mahoma;
Que si le quieres vengar,
¿Cómo mejor que en matarme?
Morillo, vuelve á buscarme;
Vuelve, moro, á pelear.
¡Ah, bárbaro fanfarrón!
¡Ah, rey de Zarza! ¡Hola, monte,
Demonio, Héctor, Rodamonte!
Eso es poca discreción;
Llamar y no responder,
Es villana cortesía;
Mas tiene el miedo voz fría
Y no se puede mover.
¿Qué es de aquella fortaleza?
¿No vuelves? Cansado estoy;
Pues aguarda, que allá voy
Á llevarte mi cabeza,

Vase, y sale Angélica.

ANGÉLICA.

Entre el confuso concurso
Que en la guerra siembra Aleto,
Puse mi vida en efeto,
Y en este monte el discurso.

¡Qué gran dicha fué escapar
De las manos del francés!
¡Qué alas me pone en los pies
El miedo para volar!
Con más razón le pintaran
Con ellas, que no al amor,
Pues es mayor su rigor
Si en ninguna cosa paran.
Que más deben de servir;
Pues, en efecto, en amar,
Las alas han de alcanzar,
Y en el temor han de huir.
¡Qué galán el Paladín
Me busca, y qué antojadizo
Reinaldos, y que es hechizo
Dice el rey Carlos en fin!
No hay más hechizo que amor
Y conformidad de estrellas;
Pero ¿cómo todas ellas
No me influyen ese amor?
¿No dicen que no perdona
Amor á ningún amado
Y que jamás se ha librado
De sus heridas persona?
Pues ¿cómo no está corrido
Que Angélica se le vaya
Por pies, y en el mundo haya
Quien diga que le ha vencido?
¿Quién á Hércules forzó
Que hilase para mujer,
No puede agora vencer
Una mujer como yo?
¿Qué es esto? ¿Hay falta de hombres
De buenos talles? ¿No tiene
Francia muchos de quien viene
La fama á ensalzar sus nombres?
¿Ya, por lo bravo y famoso,
Es indigno don Roldán;
Ya Reinaldos por galán,
Y Oliveros por brioso,
Sansoneto y Brandimarte,
Valdovinos y Carloto,
Ni tiene entre amantes voto
Lo tierno de Durandarte?
Pues entre africanos fieros
Y entre moros españoles
También hay Lunas y Soles
De gallardos caballeros.
¡Oh fuerza con que nací!
¡Oh naturaleza fiera!
¡Que amor haga piedra cera,
Y me haga piedra á mí!
La noche, á falta de luna,
Se vale de sus estrellas;
Quiero, mientras velan ellas,
Descansar en parte alguna.
Al pie de aquestas retamas
Pienso que estaré mejor;
Mal duerme quien tiene amor;
Perdona, amor, si me infamas;
Que yo, que tan libre estoy
Dormiré de cualquier suerte
Hasta que el sol me despierte,
Que es el galán con quien voy.

Échase á dormir.

Sale Sacripante.

SACRIPANTE.

Si llamando tu nombre, dulce Angélica
Tan tierno llego á la provincia gálica,
Que las estrellas de la esfera célica
Muevo á dolor desde la tierra itálica,
Mejor espero en controversia bélica
Contra el que manda la región vandálica,
Y contra el bravo Paladín católico,
Hacer Troya á París si es Pirro argólico.
Ha movido mi cántico elegíaco
Las peñas de la tierra y mar Atlántico;
Cual si fuera en certamen olimpíaco,
Corona Apolo de laurel mi cántico.
Dos veces corrió el sol por su Zodíaco
Mientras amor, Ovidio nigromántico,
En cera vuelve mi acerada túnica,
Por la que es en el mundo fénix única.
¿Qué entrañas de volcán, qué nieve scítica
No se doliera de mi historia trágica,
Qué jaspe de pirámide menfítica,
Qué Medea cruel, qué Circe mágica?
Si como eres hermosa eres política,
Famosa en el América y el África,
No dudes que te ablandes á este título;
Te pondré de mis quejas en capítulo.
Dejé por Gibraltar la playa ibérica,
Y vine á Francia, de tu bien depósito;
Si dieras otra vez la vuelta á América,
Al Catay me volviera mi propósito;
Pues aunque con desdén huyas colérica,
Y sea de mi amor Roldán opósito,
Te tengo de gozar en dulce tálamo.
Quiérome recostar al pie deste álamo.

ANGÉLICA.

¡Triste de mí, que he llegado
Á la cueva del león
Como cordero engañado!
Donde buscaba sagrado
Estaba mi perdición!
¿Por adónde podré huir?
Que aquéste me ha de sentir
Sólo en moviendo las ramas
Destas frágiles retamas:
Menor mal fuera morir.

SACRIPANTE.

¿Quién habla en esta arboleda?

ANGÉLICA.

Un moro que duerme aquí:
Ten la espada ociosa y queda
Sin recelarte de mí.

SACRIPANTE.

¿No hay qué recelarme pueda?

ANGÉLICA.

No, porque soy un mozuelo

Del bagaje, y despeado,
Hallé esta cama en el suelo.

SACRIPANTE.

Estáte seguro echado
Y duerme tú, pues yo velo;
Que te juro que ha mil días
Que no se cierran mis ojos,
Hechos de mi muerte espías.

ANGÉLICA.

¿De qué nacen tus enojos?

SACRIPANTE.

De ciertas melancolías.

ANGÉLICA.

Qué, ¿no duermes?

SACRIPANTE.

El cuidado
Me despierta á lo mejor.

ANGÉLICA.

Dos cosas te han obligado.

SACRIPANTE.

¿Cómo?

ANGÉLICA.

Á ti te han agraviado,
Ó estás herido de amor.

SACRIPANTE.

Entrambas son, ¡por Alá!

ANGÉLICA.

¿De qué suerte?

SACRIPANTE.

Quiero bien.

ANGÉLICA.

La una confiesas ya;
¿Qué es el agravio?

SACRIPANTE.

El desdén
Con que tratándome está.
Dos vueltas he dado al suelo
En busca desta enemiga;
Mas, como es ángel, recelo
Que teme que esto le diga,
Y se me ha subido al cielo.
Mientras yo en la de Exión,
El Sol, de su rueda en torno,
Dos veces desde el León
Ha corrido el Capricornio,
Del Aries al Escorpión.
Desde que la solicito,
¿Qué India, qué Trapobana,
Qué Circasía, qué Egito,
Qué China, qué Siracana,
Dejó mi amor infinito?
Y puesto que viento alcanza
Quien por el viento se pierde,
Corrí en esta confianza
Desde la montaña verde
Hasta la Buena Esperanza;
Mas como ésta llaman Cabo,
Mi esperanza acaba en él.

ANGÉLICA.

Tu firmeza, moro, alabo:
¿Quién eres?

SACRIPANTE.

Un rey que en él
No hay diferencia á un esclavo.

ANGÉLICA.

¿Á quién amas?

SACRIPANTE.

Á una piedra,
Á un monte, á un tigre, á un desdén,
Á un olmo ó pared sin yedra,
Á un rey tirano, con quien
Jamás quien le sirve medra;
Á una roca de la mar,
Á una furia de la guerra,
Á un jaspe, á un bronce, á una tierra
Donde se coge el pesar
Y todo el bien se destierra;
Á un áspid que en yerba y rama
Suele al dormido morder,
Á un fuego que el alma inflama;
Finalmente, á una mujer
Hermosa y de mala fama.

ANGÉLICA.

Pues ¿qué es lo que dicen della?

SACRIPANTE.

Que anda en la guerra su nombre
Y toda la guerra es ella.

ANGÉLICA.

Conózcola por el nombre.

SACRIPANTE.

¿Quién?

ANGÉLICA.

Angélica la Bella.

SACRIPANTE.

Esa cruel me castiga,
Ésa, sin culpa me ha muerto,
Ésa, que el cielo maldiga.

ANGÉLICA.

Y ¿tienes, moro, por cierto
Que alguno entre tantos siga?

SACRIPANTE.

No sé; mas sé que es mujer:
Juzga tú lo que quisieres.

ANGÉLICA.

Yo no quiero defender
Que pueda con honra ser
Peregrinar las mujeres;
Pero de Angélica sé
Que á los hombres aborrece
Y á ninguno tiene fe.

SACRIPANTE.

¿Porque nadie la merece?

ANGÉLICA.

No sabré decir por qué.

SACRIPANTE.

Pues si se pasa la flor
De sus años, ¿qué ha de hacer?

ANGÉLICA.

Vivir entonces mejor.

SACRIPANTE.

El hombre es su vida y ser,
Es su regalo y su honor;

Llorará viendo al espejo
Trocarse en breve distancia.

ANGÉLICA.

Romperle es mejor consejo,
Porque da al mozo arrogancia
Y desengaños al viejo.

SACRIPANTE.

Sospechas tengo de ti
Que eres mujer, por la habla
Y lo que afirmas aquí.

ANGÉLICA.

Ya mi desdicha se entabla.

SACRIPANTE.

¿Eres mujer? Habla.

ANGÉLICA.

Sí.

SACRIPANTE.

¿Quién eres?

ANGÉLICA.

No sé quién soy;
Mas sé que perdida voy.

SACRIPANTE.

¡Cielos! Angélica es:
Dame tus hermosos pies.

ANGÉLICA.

Antes mis brazos te doy.

SACRIPANTE.

¿Hase visto igual ventura?

ANGÉLICA.

No la ha sido para mí.

SACRIPANTE.

¿Dónde vas?

ANGÉLICA.

La cárcel dura,
Prisión de Carlos, rompí
Con la guerra y noche obscura:
Por encontrarse Roldán
Á Reinaldos, me prendió.

SACRIPANTE.

¿Los moros?

ANGÉLICA.

Cercando están
Á París.

SACRIPANTE.

¡Que goce yo
Lo que ellos buscando van!
Loco me vuelve el placer.

ANGÉLICA.

Antes pienso que matarme
Podrás, que mi amor vencer.

SACRIPANTE.

No te disgustes de hablarme,
Piedra en forma de mujer.

ANGÉLICA.

Pues ¿quién eres?

SACRIPANTE.

Sacripante,
El más verdadero amante:
Todos me guardan decoro,
Del alto y sagrado coro,
Por el más leal amante.
Vente conmigo; que juro
Por Alá, de no ofenderte.

ANGÉLICA.

¿Dasme esa fe?

SACRIPANTE.

Y la procuro
Guardar firme.

ANGÉLICA.

De esa suerte,
Á seguirte me aventuro.

SACRIPANTE.

Pues deja esta dura cama;
Que otra hallarás.

ANGÉLICA.

Hoy confía
Mi honra en tu fe su fama.

SACRIPANTE.

Necia es la mujer que fía
En palabra de hombre que ama.

Vanse.

Salen Roldán é Isabela.

ROLDÁN.

Huelgo en extremo, Isabela,
De haber sabido tu historia.

ISABELA.

Perdí con esta cautela,
Famoso Conde, la gloria,
Cuya ausencia me desvela.

ROLDÁN.

Hasta hallar á tu Cervino,
Tanto de tu amor buscado,
Y á cuya amistad me inclino,
Seré escudero á tu lado
Y guarda de tu camino.

ISABELA.

Con tal amparo, señor,
Irá Isabela segura;
Que á sombra de tu valor
No tengo á mucha ventura
Cobrar mi perdido honor.

ROLDÁN.

Ya que de la obscura cueva
Te libré, quiero ampararte.

ISABELA.

Hará de quién eres prueba;
Que el cielo, como á otro Marte,
Te apercibe esfera nueva.

ROLDÁN.

Oye, que siento rumor.

ISABELA.

Pregón parece, señor.

ROLDÁN.

Aguarda en esta montaña
Que este humilde arroyo baña,
Y no te ofenda el temor.
Mas, pues que se acercan ya,
Aquí te sube y espera.

ISABELA.

Diciendo el alma me está

Cómo el corazón me altera
El dudar lo que será.

Sale Cervín atado con una soga al cuello; verdugo, guardas y Armindo.

CERVÍN.

No siento ¡oh muerte! que á mi espalda vie- [nes,
Que es el morir común á los mortales,
El límite más cierto de los males,
Y el principio más cierto de los bienes;
Mas siento ¡oh vida! que quedarte tienes
Con la luz de unos ojos celestiales,
Á aquellos con que mira el cielo iguales,
De quien tan larga ausencia me previenes.
Una mujer me dió vida, y hoy muero
Por otra ingrata, injusta y mentirosa,
Que es animal de conocer tan fuerte,
Que ya regala á quien burló primero,
Y ya es cruel para quien fué piadosa,
Que está en su mano nuestra vida y muerte.

ROLDÁN.

Si con vuestra licencia, caballeros,
Puedo hablar este preso, os lo suplico.

ARMINDO.

Llegad, señor, si acaso os mueve á lástima
Ó le tenéis algún conocimiento.

ROLDÁN.

¿Quién eres, caballero desdichado?
Que el hábito que llevas y esta gente,
Me enseñan que á la muerte te conducen.

CERVÍN.

Sería larga de decir mi historia,
Generoso señor, y aunque la vida
Contándola alargara, el ir tan cerca
De la muerte, el lugar y el bien me quita.

ROLDÁN.

Tu presencia gentil, tu honesto rostro,
Me obliga á preguntallo.

CERVÍN.

Lo que puedo
Decir de mí en tal caso y en tal punto
Oiréis, si me escucháis.

ROLDÁN.

Ya estoy atento,
La atención igualando al sentimiento.

CERVÍN.

Habiendo en la mar perdido
Mi esposa y divina prenda,
Que hasta que reinó en mi alma
Era de Galicia reina,
Mil aventuras extrañas
Por ciudades y por selvas
Me sucedieron, buscando
La adorada causa dellas.
No fué menor, entre muchas,
Que una mañana serena,
Al tiempo que el sol sacaba
De la mar sus rubias trenzas,
Vi un caballero gallardo,
Cuya dama entonces era
Una imagen de la muerte,
Una fea é inútil vieja.
Hundidos los tristes ojos
En dos crueles cavernas;
La nariz sobre la boca,
Que llegaba á las orejas.
No tenía más colmillos
Un jabalí, que se muestran
En las encías, que guardan
La más mentirosa lengua.
Las quijadas se juntaban
Con mil arrugas y quiebras;
Que con ser la nariz grande,
Pudiera esconderse en ellas.
Chica y vellosa la frente,
Con unas bestiales cerdas,
Para mayor fealdad,
Á trechos blancas y negras.
Burléme del caballero,
Y sintiólo de manera,
Que hubimos de hacer batalla,
Satisfacción de su afrenta.
Vencióme, y siendo vencido,
Se descubrió la cabeza,
En que vi un rostro de un ángel,
Cubierto de rubias hebras.
Supe como era Marfisa,
Consolando la vergüenza
De ser de mujer vencido,
Que de Marfisa no es mengua.
Llevar la vieja me manda;
Yo, para mi mal, llevéla
Donde en largas aventuras
Supe su historia y sus quejas;
Que decirte su principio,
Sus maldades y quimeras,
Era, dejando mi historia,
Ocuparme en las ajenas.
Allegando á un monte un día,
Oyendo mil voces tiernas,
Nos apeamos, y vimos
El que las daba en la tierra.
Contóme que Bradamante
Le dió muerte; fuí tras ella,
Dejando en guarda aquel ángel,
Visión de su muerte fiera.
No la hallé; volví al difunto,
A quien, robando la vieja,
Volvió conmigo al camino,
Del hurto y joyas contenta.
Apenas la obscura noche
Se coronaba de estrellas,
Cuando entré por el castillo
De Altariva, á legua y media.
Acostéme descuidado,
Y oyendo la vil Medea
Pregonar que el duque Anselmo,
Que era señor de la tierra,
Daba cantidad de oro
Por la vida ó la cabeza

Del matador de su hijo,
Que hallamos muerto en la arena,
Le fué á decir que era yo,
Codiciosa y avarienta,
El que mató á Pinabelo;
Y el Duque vengarse intenta.
Entró el pueblo todo armado
Donde estaba mi inocencia
Soñando en mi bien perdido;
Que los tristes el bien sueñan.
Prendiéronme, y conducido
Al duque Anselmo en cadenas,
Fuí á la muerte sentenciado;
Aquestas guardas me llevan.

ROLDÁN.

No llevarán si yo puedo.
¡Afuera, canalla, afuera!
¡Roldán soy: dejad el preso!

ARMINDO.

¡Oh, traidor! ¿Quitarle intentas?

GUARDA.

¡Ay, que me ha muerto!

ARMINDO.

¡Oh, traidor!

ROLDÁN.

¡Espera, canalla, espera!
Huyendo van.

CERVÍN.

¡Oh, buen Conde!
Vesme aquí echado en la tierra.
¿Quién, sino tú, diera vida
Á quien ya estaba sin ella?

ROLDÁN.

Espera, hidalgo; que quiero,
Antes que esa gente venga,
Llamar una hermosa dama
Que dejé entre aquestas peñas;
Pero ya baja: sin duda
Que ha visto el fin de la guerra.

CERVÍN.

¿Qué es, señor, lo que decís?
Que ésta es mi esposa Isabela.

ISABELA.

¡Cervín mío!

CERVÍN.

¡Esposa amada!
Las manos al Conde besa,
Que me libró de la muerte.

ISABELA.

¿Quién como el Conde pudiera
Darme á mí y á ti la vida?

ROLDÁN.

Quien bien sirve, bien acierta.
¿Posible es que eres Cervino?

CERVÍN.

De Escocia vine á la guerra
De París, cuando Reinaldos
Fué por gente á Ingalaterra.
Lo que pasé por mi esposa
Sabrás después; ahora deja,
Gran Paladín, que la abrace,
Que la he llorado por muerta

ROLDÁN.

Vamos donde descanséis.

CERVÍN.

¿Cómo vienes?

ISABELA.

Ya estoy buena,
Cervín, pues te ven mis ojos.

ROLDÁN.

No os digáis cosas tan tiernas.
¡Ah, cielo! ¿Cuándo á Roldán
Le dirá cosas como éstas
Aquella bella cruel,
Que es tan cruel como bella?

Vanse.

ACTO SEGUNDO.

Salen Angélica y Sacripante.

ANGÉLICA.

¿Esta es la fe que me diste?

SACRIPANTE.

No guarda palabra amor.

ANGÉLICA.

Y más si en pecho traidor
Ó de algún villano asiste.
Suelta, Sacripante fiero,
Las manos.

SACRIPANTE.

Suéltame el alma,
Que tiene otro lazo en calma
De ese desdén por quien muero.
No te parezca locura,
Bella Angélica, esta fuerza;
De mi parte, amor me esfuerza;
De la tuya, tu hermosura:
Las dos causas son mayores
Que ha visto disculpa humana.

ANGÉLICA.

En fin, lealtad africana.
¿Dónde nacisteis, traidores?

SACRIPANTE.

Duélete de mí.

ANGÉLICA.

¿Por qué?

SACRIPANTE.

Por quererte.

ANGÉLICA.

Dios te mira

SACRIPANTE.

Ése temo.

ANGÉLICA.

¿No te admira?

SACRIPANTE.
Ingrata eres.
ANGÉLICA.
Ya lo sé.
SACRIPANTE.
¡Brava piedra!
ANGÉLICA.
Así nací.
SACRIPANTE.
¡Bella y dura!
ANGÉLICA.
Esa soy yo.
SACRIPANTE.
¿Quiéresme bien?
ANGÉLICA.
Eso no.
SACRIPANTE.
¡Dame la muerte!
ANGÉLICA.
Eso sí.

Sale Reinaldos.

REINALDOS.
Entre las armas del sangriento Marte,
Entre los tafetanes que enarbola,
De la gente francesa y española,
Entre el cristiano y bárbaro estandarte;
Entre las lanzas de una y otra parte,
Cuyo acero, de sangre se arrebola,
Angélica, tu voz pudiera sola
Hacer que de París mi espada parte.
Sigo tu luz, aunque por más distancia;
Mas cuando á ti, cual mariposa, llego,
No me dan premio de mi amor tus cielos.
Y así, más enojado vuelvo á Francia,
Porque es mirarse en un espejo un ciego,
Seguir desdenes y obligar con celos.
ANGÉLICA.
¡Ah, caballero!
REINALDOS.
¿Quién llama?
ANGÉLICA.
Una mujer.
REINALDOS.
¡Ay de mí!
¿Eres Angélica?
ANGÉLICA.
Sí,
Y la que este moro infama.
REINALDOS.
¡Que no te robó en la tienda
Del duque Namo Roldán!
ANGÉLICA.
¿Quién eres tú, capitán?
REINALDOS.
Quien hará que no te ofenda
El mundo, si junto viene
Contra Reinaldos.
ANGÉLICA.
¡Ay, Dios!
Uno temía, y de dos
Librarme agora conviene.
SACRIPANTE.
¿Reinaldos tú?
REINALDOS.
Sí, yo soy.
SACRIPANTE.
¡Pobre, Reinaldos, de ti,
Que á parar viniste en mí!
Pide, que albricias te doy.
REINALDOS.
¿De qué, moro?
SACRIPANTE.
De que hallé
Tu persona en tal lugar,
Que el valor que oí contar,
Por experiencia sabré.
REINALDOS.
Pues si quieres que las pida
De aquesta nueva por ella,
Dame á Angélica la Bella,
Y después della, tu vida.
SACRIPANTE.
No hablaras tan arrogante,
Reinaldos, si conocieras
Con quién hablas.
REINALDOS.
Aunque fueras
Rodamonte ó Sacripante.
SACRIPANTE.
Ese soy.
REINALDOS.
Pues mete mano;
Llevarás nueva al infierno
De que hoy, por tu mal gobierno,
El ángel que pierdes gano.
SACRIPANTE.
¡Oh, loco, prueba el acero
Del hombre más valeroso
Del mundo!
ANGÉLICA.
¡Cielo piadoso,
Hoy en tu clemencia espero;
Aqueste monte me valga!

Vase Angélica.

SACRIPANTE.
¿Agrádate el fuerte pecho?
REINALDOS.
No, moro, hasta que deshecho
De su centro el alma salga.
SACRIPANTE.
Tente, que Angélica huye
Y por el monte se esconde.
REINALDOS.
¿Vístela entrar?
SACRIPANTE.
Sí, y por dónde.
REINALDOS.
La vida te restituye

SACRIPANTE.
Antes la tuya le debes.
REINALDOS.
¡Espera, Angélica, espera!
SACRIPANTE.
¿Dónde vas, hermosa fiera?
REINALDOS.
Ya que á seguirla te atreves,
Seamos los dos amigos
Para buscarla.
SACRIPANTE.
Seamos.
REINALDOS.
Mas, mira que si la hallamos
Hemos de ser enemigos.
SACRIPANTE.
Claro está, pues lo merezco
Por moro y sangre real.
REINALDOS.
¡Por Dios, que te quiero mal!
SACRIPANTE.
¡Por Alá, que te aborrezco!

Vanse, y salga, después de haber tocado al arma, Cloridano, moro, abrazado á su padre.

CLORIDANO.
¡Animo, padre querido!
PADRE.
¡Ay, Cloridano, es mortal
La herida!
CLORIDANO.
Yo vengo herido
De la piedad natural
Del haber por vos nacido;
La herida de vuestro pecho,
En mis entrañas se ha hecho:
¡Allá el hierro, aquí el amor!
PADRE.
Ya el cristiano Emperador
Nos ha rompido y deshecho.
¡Ah, nunca, rey Agramante,
Pasaras á Francia!
CLORIDANO.
Creo
Que el huir es importante,
Por no dar mayor trofeo
Al de Montalván y Anglante.
PADRE.
Ese Reinaldos me ha muerto.
CLORIDANO.
Qué, ¿él te hirió?
PADRE.
Sin duda es cierto;
En la sobrevista vi
Sus armas.
CLORIDANO.
Falté de allí
Por seguir al conde Alberto,
Que iba siguiendo á Medoro,
Apretado de otros dos,
Y aunque era justo decoro
Ayudaros, padre, á vos,
Ya veis que á Medoro adoro
Y es un mismo yo conmigo;
De nuestro amor soy testigo,
No debe mi amor culparse,
Si un padre puede dejarse
Por ocasión de un amigo.
Cajas suenan; gente viene.

Salen Oliveros y gente de guerra.

OLIVEROS.
Que les sigamos conviene,
Pues vuelve roto y vencido.
¿Quién va allá?
CLORIDANO.
Un anciano herido,
Que un hijo en brazos le tiene.
OLIVEROS.
¡Matalde!
CLORIDANO.
¡Ah, cielo enemigo!
¿No me vale este sagrado
Siendo padre?
OLIVEROS.
¡Muera, digo!

Huye Cloridano y van tras él, y sale Medoro.

MEDORO.
¿Dónde, Cloridano amado,
Podrá Medoro, tu amigo,
Hallarte entre tanta gente
Tan extraña y diferente,
Que venciendo tan feroz?
PADRE.
¡Ay!
MEDORO.
Aquí siento una voz
Que se queja tiernamente.
PADRE.
¿Eres Cloridano? dí.
MEDORO.
Aunque soy Medoro yo,
Vive Cloridano en mí.
PADRE.
¿Y tú eres Medoro?
MEDORO.
No.
PADRE.
Pues ¿quién, Cloridano?
MEDORO.
Sí.
Que el alma de Cloridano
Está en Medoro.
PADRE.
¡Ay, Medoro!
Que eres Cloridano es llano,
En alma y piadoso lloro.
MEDORO.
En fin, ¿te ha muerto el cristiano?

PADRE.
Y tras Cloridano es ido,
Que sin duda estará muerto.
MEDORO.
Perdona, padre querido;
Que voy á saber si es cierto.

Vase.

Sale Cloridano, herido.

CLORIDANO.
Ya vengo de muerte herido.
Padre, ¿dónde estás?
PADRE.
Aquí.
CLORIDANO.
¿Has visto á Medoro?
PADRE.
Sí,
Que á buscarte fué.
CLORIDANO.
Ya es tarde;
El cielo su vida guarde.
PADRE.
¡Ay, hijo, llégate á mí!
¡Que en fin me guardase el cielo
Para que tu muerte viese!
CLORIDANO.
Antes fué piadoso celo,
Porque, roto el tronco, diese
El árbol junto en el suelo;
Que quedar viva la rama
No era justo, padre mío.

Sale Medoro, herido.

MEDORO.
¡Ah, Cloridano!
CLORIDANO.
¿Quién llama
Á un hombre ya helado y frío,
Que tiene el suelo por cama?
¿Es Medoro?
MEDORO.
Sí, yo soy,
Que herido de muerte voy.
CLORIDANO.
Si lo estás, muere conmigo,
Porque muera yo contigo.
MEDORO.
Alegre muriendo estoy;
Que tener vida sin ti,
Fuera traidora amistad.
PADRE.
¡Hijo, adiós!
CLORIDANO.
¡Triste de mí!
¡Padre, ah, señor, esperad!
¡Ya murió por quien nací!
Medoro, el dolor me acaba;
Quédate adiós.
MEDORO.
¡Cloridano!
¡Ah, Cloridano!

Sale Angélica.

ANGÉLICA.
Pensaba
El bárbaro y el cristiano
Que era Angélica su esclava.
Pues mejor dirán agora,
Que á sus ojos me perdí,
Que es la bella encantadora.
Grandes voces siento aquí,
De gente cristiana y mora.

Dicen dentro:

¡Vitoria, vitoria! ¡Viva
El rey (1) Carlos, viva Francia!
ANGÉLICA.
Hoy el cristiano derriba
Del bárbaro la arrogancia,
Rompe, atropella y cautiva.
¡Triste de mí! ¿Dónde voy
Por entre los cuerpos muertos?
MEDORO.
¿Posible es que vivo estoy,
Viendo helados, fríos y yertos,
Miembros de quien alma soy?
¿Cómo te fuiste sin mí?
ANGÉLICA.
¡Qué triste voz siento aquí!
Llegar quiero y no me atrevo.
¿Qué haces, triste mancebo?
MEDORO.
Lloro el alma que perdí.
ANGÉLICA.
Pues ¿no estás vivo?
MEDORO.
No sé
Si soy el que está conmigo,
Ó si aquel que fuí, se fué;
Que lloro este muerto amigo,
Por quien sin alma quedé.
ANGÉLICA.
¡Qué rostro, qué dulces quejas,
Qué sangre, qué boca hermosa!
MEDORO.
¡Cloridano, pues te alejas
Desta tu sombra amorosa,
Y en noche eterna me dejas,
Acuérdate allá de mí!

Salen Belardo, Rufino y Alfeo, villanos.

BELARDO.
Qué ¿no la habéis visto?

(1) Suplo estas dos palabras, que faltan en la edición antigua, pero que son necesarias para la integridad del verso.

RUFINO.

No.

ALFEO.

¿Cuánto habrá que se perdió
La yegua?

BELARDO.

Digo que aquí,
No ha un hora que se quedó.
Yo venía de la villa,
Y en quitándole la silla,
Se me huyó, dando corcovos.

RUFINO.

Mas que se la coman lobos:
¿Es la rucia?

BELARDO.

Es la tordilla.

ANGÉLICA.

Labradores, ¿un placer
Me habéis de hacer?

BELARDO.

¿Qué mandáis?

ANGÉLICA.

Que los dos, si puede ser,
Y si de mí os confiáis
Que os sabré satisfacer,
Llevéis estos cuerpos muertos
Donde sean enterrados.

BELARDO.

Que nos place; y estén ciertos
Esos ojos, que hacen prados
Estos barbechos desiertos,
Que merecéis ser servida.
Ea, Rufino y Alfeo.....

ALFEO.

¡Cómo pesa!

ANGÉLICA.

Estoy perdida
De piedad y amor: deseo
Dar á este mozo la vida.

Llevan á Cloridano y á su padre.

BELARDO.

Qué, ¿aquéste no está morido?

ANGÉLICA.

¿No le ves que está sentado?

BELARDO.

¡Pardiez, el mozo es polido!
¿Qué diabro os hizo soldado? (1).

ANGÉLICA.

Ya va cobrando el sentido.

MEDORO.

¿Quién eres, señora mía,
Que en mi tristeza y dolor
Me das gloria y alegría?

ANGÉLICA.

Quien tiene entrañas de amor,
Y diamante ser solía;
Una mujer que te vió
Quejar, y de amor se queja.

BELARDO.

¿No os podéis tener bien?

MEDORO.

No.

BELARDO.

¡Qué buenos la guerra os deja!

ANGÉLICA.

No es posible que soy yo.
¿Puede ser que me ha movido
Hombre humano, habiendo sido
Una fiera, un monte, un tigre?

BELARDO.

Temo que el mozo peligre;
Que está mortalmente herido.

ANGÉLICA.

¡Pluguiera á Dios que estuviera
Como él la que aquí le mira,
Que presto remedio hubiera!

MEDORO.

¡Señora, tu amor me admira!

ANGÉLICA.

Hoy mata amor una fiera.
No temas; que yo sé bien
Cómo curarte, y tan bien,
Que sanarás en dos días,
Porque á las heridas mías,
Remedio tus manos den.

MEDORO.

Pues ¿estás herida?

ANGÉLICA.

Sí.

MEDORO.

¿Peleabas?

ANGÉLICA.

Defendíme.

MEDORO.

¿De quién, señora?

ANGÉLICA.

De mí.

MEDORO.

Y ¿no has vencido?

ANGÉLICA.

Rendíme.

MEDORO.

¿Á quién te has rendido?

ANGÉLICA.

Á ti.

MEDORO.

¿Ese es el mal?

ANGÉLICA.

Y mal nuevo
Para quien libre se llama,
Pues á decille me atrevo.

BELARDO.

Á la fe, que está la dama
Perdida por el mancebo;
Mas si va á decir verdad,
Bien se merecen los dos.

ANGÉLICA.

Buen hombre, tened piedad

(1) En la 1.ª edición:

Que el diabro os hizo soldado.

De aqueste herido.

BELARDO.

Y aun vos
Lo estáis de la voluntad;
Mas ¡par Dios! tenéis razón,
Que es el mozo como un oro.

ANGÉLICA.

¿Cómo es tu nombre?

MEDORO.

Medoro.
Mis padres de África son;
Mas dime el tuyo, que adoro.

ANGÉLICA.

Angélica es mi apellido.

BELARDO.

¡Cuerpo de tal, que sois vos
Por quien hay tanto rüido!

ANGÉLICA.

Yo soy.

BELARDO.

¡Voto al sol de Dios,
Que huelgo de haberos vido,
Porque sois tan ruin mujer,
Que á nadie queréis querer!
¿Pensáisos quedar machorra?

MEDORO.

Que así un ángel me socorra,
Milagro debe de ser:
Dame aquesa mano hermosa.

BELARDO.

¡Par Dios, que en mi aldea ociosa,
Si á ello queréis poneros,
Entrasen á cuarto á veros,
Como á comedia famosa!
Qué, ¿sos Angélica?

ANGÉLICA.

Ayer
Fuí Angélica.

MEDORO.

De los dos
Quiere amor un cuerpo hacer.

BELARDO.

De alcorza debéis de ser,
Que andan mil moscas tras vos.
Hay para un sábado sesos
En los que estimáis en poco;
Pero entre tantos traviesos,
No es posible que algún loco
No os estrujase los huesos.
Ahora bien, allí relincha
Mi yegua; en ella pongamos,
Si no se me eriza é hincha,
Este herido entre dos ramos,
Haciendo mi cinto cincha;
Que cerca está mi cabaña,
Porque no vivo en la aldea.

ANGÉLICA.

¡Ventura, Medoro, extraña!

MEDORO.

¿Qué milagro que lo sea,
Si Angélica me acompaña?
Mi muerte vences y domas.

ANGÉLICA.

Tú mi vida en brazos tomas.

MEDORO.

¡Ya te adoro!

ANGÉLICA.

¡Amor me abrasa!

BELARDO.

Mas ¿que viene á ser mi casa
El nido destas palomas?

Vanse.

Salen Roldán, Cervín é Isabela.

ISABELA.

Mucho siento, señor, tu pena grave,
Y mi Cervín en todo extremo siente
Ver que apenas de Angélica se sabe.

CERVÍN.

¡Que no haya caballero que nos cuente,
Pastor ó caminante peregrino,
Si ha visto amanecer tu sol ausente!

ROLDÁN.

Agora en el principio del camino
Estoy, Duque famoso, que el deseo
Á ser igual del pensamiento vino.
Ora pasase Angélica el Leteo,
Ya los Elíseos Campos habitase,
Que ella sería Eurídice y yo Orfeo;
Ora la helada Scitia caminase,
Ó el Equinoccio ardiente discurriese,
Y á la tierra no vista paso hallase,
Que allá no dudes que á buscarla fuese,
Porque me abrasa un fiero amor el alma,
Y me obliga á buscarla aunque me pese.
Vosotros, que de amor gozáis en calma,
Tras los trabajos de la mar y tierra,
El debido laurel, la honrosa palma,
Dejadme á mí buscar en paz ó en guerra
La causa original, el desvarío
Que del Francés al Indio me destierra;
Del Ocaso abrasado al Norte frío
Alcanzará mi curso, y si no llega,
Llegarán los suspiros que la envío.

CERVÍN.

Un moro mide la campaña y vega
Con una mora, y con soberbios pasos,
Con plumas y arrogancia al cielo llega.

ROLDÁN.

Nunca desas dos cosas son escasos.

Salen Mandricardo y Doralice.

MANDRICARDO.

Montañas me parecen hasta verte,
¡Oh gallardo francés!, los campos rasos.

ROLDÁN.

Luego ¿síguesme á mí?

MANDRICARDO.

Quiero ofrecerte,
Con la vida de Alcindo y Manilardo,
Otra, que entregues á la dura muerte;

No porque de mirarte me acobardo;
Que bien saben en Francia y en España
Quién es el fuerte moro Mandricardo.
Diez días he corrido la campaña,
Hasta que por las armas y el vestido
Te conocí al bajar desta montaña.

ROLDÁN.

No se puede negar, moro, que ha sido
Indicio de tu grave pensamiento,
Cual sombra mía haber mi sol seguido;
Que no cupiera tanto atrevimiento
En corazón humilde, porque abraza
Desde la tierra al alto firmamento.
Mas dime: sin espada, ¿con qué traza
Quieres de la batalla hacer concierto?

MANDRICARDO.

¿Parécete ligera aquesta maza?
Pues yo te digo que con ella he muerto
Algunos más valientes y esforzados.

ROLDÁN.

De tu valor estoy seguro y cierto.

MANDRICARDO.

Tus aceros, francés, limpios y agudos,
No sé yo si de golpe habrán dejado
Tantos alguna vez sordos y mudos.
Pero porque el saber te da cuidado
La razón por qué yo no ciño espada,
Escúchame.

ROLDÁN.

Prosigue, moro honrado.

MANDRICARDO.

Troya, del fiero Aquiles abrasada,
Las armas de Héctor reservó que fueron
Prenda de mil varones estimada;
Á mis manos, francés galán, vinieron,
Mas faltaba la espada Durindana,
Que de su antiguo arnés hurtar pudieron.
Yo, por la tierra bárbara y cristiana
Hice buscar la espada, y he sabido,
Cuando juzgaba mi esperanza vana,
Que á las francesas manos ha venido
De Roldán Paladín, Conde de Anglante,
Valiente, si la fama no ha mentido.
Juré desde aquel punto, aunque te espante,
Por no saber quién soy, esta arrogancia,
No tomar la de Marte de diamante,
Sino pasar por Durindana á Francia
Y con aquesta maza defenderme,
Que en peligros me ha sido de importancia.
Deseo, pues, con este Roldán verme,
Así por ver la espada en esta mano,
Como porque es razón satisfacerme
De haberme muerto como vil tirano,
Á traición, á Agricán, el padre mío.

ROLDÁN.

Moro, no creas eso de un cristiano:
Lo que toca á buscar á Roldán, fío
Que te ha venido á suerte, y que hoy le puedes
Rostro á rostro decir el desafío;
Y porque desto más contento quedes,
Yo soy Roldán; hoy ha llegado el día
En que la espada del troyano heredes;
Y aunque la espada, justamente mía,
Quiero que agora de ninguno sea,
Diga aqueste árbol, que estas hojas cría:
Quien de los dos venciere la pelea,
Ese goce la espada.

MANDRICARDO.

¿Que tú eres
Aquel que hallar mi corazón desea?
¿Que tú en valor ¡oh Paladín! prefieres
Á aquellos doce Pares con que espantan
En África á los niños las mujeres?

ROLDÁN.

Ya, moro, tus palabras se adelantan;
Mas bien haces de hablar lo que te queda.

MANDRICARDO.

¿Que tantas cosas de tus hechos cantan?
No puede ser verdad que un hombre pueda
Lo que dicen de ti; pero ¡dichoso
El que te hiciere deshacer la rueda!
Si salgo desta empresa vitorioso,
Por vencedor del fuerte Paladino,
Que fué en Europa y África famoso,
Me llamarán el fuerte sarracino,
Y aunque es corto atributo, pon la espada,
Roldán, en esta rama deste pino.

CERVÍN.

Sentada á las orillas desta fuente,
Parecida á las fuentes de Granada,
Se rinde al sueño, al son de su corriente:
Ven tras de mí, que entre sus hojas blancas
Parece que se ríe blandamente.

ISABELA.

El corazón de su lugar le arrancas
Cada vez que te miro alzar la mano
Contra las rojas flor de lises francas;
Mas no, que de valor está muy llano
El vencimiento.

CERVÍN.

Vamos, Isabela;
Que va furioso el capitán cristiano.

ISABELA.

La arrogancia del moro le desvela;
Que cuando así Roldán suspenso calla,
La ira pone al corazón la espuela.

CERVÍN.

Él hablará después de la batalla.

Vanse.

Salen Rufino y Alfeo, villanos.

RUFINO.

Mas que nunca acá vinieran.

ALFEO.

Yo te juro que me enfadan
Al paso que ellos se agradan.

RUFINO.

¿Qué es lo que en el monte esperan?
¿Por qué no se van de aquí?
¿Han de agostar la cabaña?

ALFEO.

El moro á Belardo engaña,
La mora me engaña á mí.

RUFINO.

Harto peor estoy yo;
Que Lucinda ha echado el ojo
A Medoro.

ALFEO.

Eso es antojo.

RUFINO.

El ojo digo.

ALFEO.

Eso no;
Que es tu esposa y es mi hermana
Y de buenos padres hija.

RUFINO.

Cuando le dió la sortija,
Que fué ayer por la mañana,
La mano al moro besó.

ALFEO.

Y eso ¿es amor, por ventura?

RUFINO.

Pues ¿hiciera más el cura?
¡Pesar de quien me parió!
Ved si de malicia peca,
Pues oí que le decía
Que más blanda le tenía
Que si huera de manteca.
Tras eso, ¿quién sufrirá
Verlos dormir y comer,
Cuando el viejo puede ver
Cuanto en la cabaña está?
Descuelgan de ahumados techos
Las uvas en los espartos,
De que apenas se ven hartos
Jamás sus moriscos pechos.
Los peros en los cestillos,
Con otras mil secas frutas,
Las granadas casi enjutas
Y los pálidos membrillos.
La castaña en el erizo,
Y en sus conchas el piñón,
Y el rubio melocotón
Con el melón invernizo.
Apenas quieren que tomen
Nuestros galgos el conejo,
Cuando nos dan el pellejo,
Y ellos la carne se comen.
Cay el nuevo perdigón
Que, tras su madre saltando,
Le engañó el otro cantando,
Y para Angélica son.
Tray del campo el faisán,
Ó la polla del aldea,
Y aunque sábado no sea,
Pies y cabezas nos dan.
Comen la trucha y saboga,
Y el barbo frito en harina,
Y déjannos una espina
Que las agallas ahoga.
Viene el cabrito de leche,
Y dice el viejo á Medoro:
Mas que le derribe un toro.....

ALFEO.

Mas que nunca le aproveche.
Mas ya que con Satanás
Se comen cuanto tenemos,
¿Cómo, di, Rufino, haremos
Que no se besasen más?
¿Hay tórtolas, hay palomas
Que se hagan tantos excesos?
Yo pienso ¡por Dios! que á besos,
De aguileños se hallen romos.
Todo es decirse dulzuras
Y enamorar con requiebros,
Hasta las aguas y enebros,
Y aun hasta las piedras duras.
Salen las fuentes de sí
Por llegar adonde están,
Tras ellos las plantas van
Y hasta yo salgo de mí;
Que el otro día acechaba
Lo que no quisiera ver.

RUFINO.

Si él habla con mi mujer,
¿Cuánto va que no se alaba?
¿Cuánto va que si un garrote
Voy á una encina á pedir,
Que le tengo de medir
Lo que hay desde el pie al cogote?
Pues si le tomo á lo largo,
Á lo ancho agravio haría.

ALFEO.

Yo te serviré de espía,
De averiguarlo me encargo.

RUFINO.

¡Hételos aquí, par Dios!

ALFEO.

El monte querrán arder
Con tanto decir y hacer.

RUFINO.

Sospecho que destos dos
Nacerá otra vez Cupido;
Que dicen que le mató
El interés, y enterró
La codicia en el olvido.
Nazca ó no, yo estoy celoso (1).

Salen Medoro y Angélica.

MEDORO.

¡Angélica, dulce esposa!

ANGÉLICA.

¡Medoro, querido esposo!

MEDORO.

Esta regalada vida
No era para mí bajeza
Si del alma la riqueza
No estuviese agradecida.

ANGÉLICA.

Pues, mi bien, ¿qué quiero en vos

(1) Falta un verso.

Sino los méritos vuestros?

RUFINO.

Como en amores tan diestros,
Son dos jilgueros los dos.
Vámonos, que me amohino
De escuchar sus necedades.

ALFEO

Amor tiene por verdades
Su locura y desatino;
De sus gustos hace leyes,
Que es muy propio de tiranos.

RUFINO.

¿Qué diremos los villanos
Si esto pasa entre los reyes?

Vanse los villanos.

ANGÉLICA.

Escribe aquí, por tu vida,
Alguna cosa, mi bien.

MEDORO.

Diré mi dicha.

ANGÉLICA.

Y también
Que estoy por tu amor perdida.
Di cómo te quiero más
Que tú me quieres á mí.

MEDORO.

No, que es mentira, y aquí
Que lo firmase dirás.
Demás que, como se mira
Crecer en tan breve pieza
La letra por la corteza,
Crecerá más la mentira.

ANGÉLICA.

Si lo pones, yo sé bien
Que crecerá mi verdad,
La letra y la voluntad.

MEDORO.

Y mi obligación también.
Ya voy, señora, labrando
En este olmo, que es papel,
Mil cosas, y amor por él
El cuchillo va guiando.
Cual maestro de escribir
Que al discípulo le lleva
La mano porque la mueva
Sin errar y sin mentir,
Así lleva amor mi mano
Sobre esta corteza tierna
Para escribir la fe eterna
Que borrara el tiempo en vano (1).

ANGÉLICA.

Para historia del desdén
Con que desprecié mil reyes,
Ensalza de amor las leyes
Con este triunfo también.
Di que fuí un monte de mármol,
Que tuve un alma de hielo;
Di que fuí rayo del cielo
Sin perdonar lauro ni árbol;
Di que tuve el gran tesoro
Del mundo puesto á mis pies,
Y que á los tuyos después
Rendida estuve, Medoro.

MEDORO.

Ya no pasaré adelante;
Que temo en esta ocasión
Que se ensanche el corazón
Y me mate de arrogante.
Hermosos, divinos ojos,
Dulce Angélica, mi bien,
Por más que humildes estén
Soy su hechura y sus despojos.
No me levantéis al cielo,
Puesto que con vos le pase;
Que temo que el sol me abrase
Y dé conmigo en el suelo.
Para ser esclavo vuestro
Nació en el mundo Medoro.

ANGÉLICA.

Más para ser rey, que adoro,
É inmortal el amor nuestro.
¡Loca de mí, que ignoraba
Tanto bien como era amor!
Dulce fuego, limpio ardor,
Luz que ardiendo no se acaba;
¡Divina conformidad,
Regalo de los sentidos,
Cuerpos con un alma unidos,
Indivisible amistad;
Nueva sangre que se cría
De un mismo gusto y sustento,
Claro y templado instrumento
De celestial armonía;
Desasosiego agradable,
Gustosa imaginación,
Ciencia que por infusión
Ha de ser comunicable!
¡Oh amor, perdona mi error!
Tuya soy, mi rostro sella.

MEDORO.

¡Quién pudiera, esposa bella,
Hacer sangre deste amor,
Que como es grande, sospecho
Que á la tuya me igualara,
Para que á tu gusto echara
Otro lazo más estrecho!
No sé si me has entendido.

ANGÉLICA.

¿Quien como tú me ha gozado,
Teme que no me ha igualado,
Medoro, para marido?
La primera vez es esta
Que tu entendimiento erró
En cosa que viese yo
Que no pareciese honesta.
¿No te he llamado mi esposo?
Para burlas ya estás fuerte.
Tú te verás, por tu suerte,

(1) En las dos ediciones de la *Parte* 8.ª:

Que borran el tiempo en vano.

Del Catay rey poderoso.
¡Oh, qué graciosa humildad!
¿Estás cansado de mí?

MEDORO.

Que entendieras entendí
Mi sencilla voluntad.
Soy hombre humilde, y temía
Que tus vasallos temieras.

ANGÉLICA.

Mujer que quiere de veras,
Toda se entrega en un día.
Si fuera el Catay el mundo,
Para tus pies era poco;
Que es liberal, como es loco,
Amor, y en amor me fundo.
¡Ah, buen huésped!

Sale Belardo.

BELARDO.

De mañana
Andáis por el campo ya,
Y él agradecido está,
Se viste de verde y grana.
Que entre la yerba menuda
Se levantan rosas tantas,
Que ser desas bellas plantas
Ó del alba, pongo en duda.

ANGÉLICA.

¿Dónde está Lucinda?

BELARDO.

Aquí,
Con mi hijo y con su esposo.
¡Ah, Rufino!

Salen Rufino, Alfeo y Lucinda, villanos.

RUFINO.

Estoy celoso.

LUCINDA.

¿Celos de mí?

RUFINO.

Sí, de ti.

ALFEO.

Acaba, no seas pesado.

LUCINDA.

¿Quién te da celos?

RUFINO.

Medoro.

LUCINDA.

¿De un moro celos?

RUFINO.

De un moro.

LUCINDA.

¿Estás loco?

RUFINO.

Estoy casado.
Demás, que amor, si es amor,
Ha de tener siempre celos,
Que celos es honra.

LUCINDA.

¡Ay, cielos!

RUFINO.

Infiernos dirás mejor.
Yo quiero celos tener
De la luna y las estrellas,
Del campo y las flores bellas,
De mí, y aun de otra mujer.
¿Quién te mete en celos míos?

LUCINDA.

Los celos, ¿pueden ser honra?

RUFINO.

Sí, que el temer la deshonra
Ya es honra.

LUCINDA.

Y aun desvaríos.

BELARDO.

Hijos, llegaos acá;
Que me dicen vuestros amos
Que se van.

MEDORO.

Sí, ya nos vamos.

LUCINDA.

Huelgo que se vayan ya.
¿Pídesme celos agora?

RUFINO.

Hoy se acaba mi dolor.

ALFEO.

Qué, ¿os vais, gallardo señor?

LUCINDA.

Qué, ¿os vais, hermosa señora?

ANGÉLICA.

Sí, Lucinda. Este diamante
Toma. Tú, Alfeo, este anillo.

LUCINDA.

Quiero de vos recibillo
Porque es á vos semejante.

MEDORO.

Vos, Belardo, esta cadena,
Y esta sortija, Rufino.

BELARDO.

Á vuestras plantas me inclino,
De interés el alma ajena.
Perdonad la rustiqueza
Con que os habemos servido;
Que en esta pobreza ha sido
La voluntad la riqueza.
¡Ojalá fuera un palacio
Esta pajiza cabaña!

MEDORO.

Salgamos de la montaña,
Que habrá menester espacio,
Porque es áspera en extremo.

RUFINO.

Los dos iremos con vos.

ANGÉLICA.

Alto, huéspedes. Adiós.

BELARDO.

Que erréis el camino temo.
Dejadlos ir.

ANGÉLICA.

Vayan pues;
Que luego se volverán.

MEDORO.

¿Está á punto el alazán?

BELARDO.

Y con los herrados pies
Está llamando en el suelo,
Y sólo el eco responde.

RUFINO.

Si el sol esta nube esconde,
Llevaréis templado el cielo.

BELARDO.

Sí, que estas nubes son blancas.

ANGÉLICA.

Tomad la silla, y adiós.

ALFEO.

Venga, que nosotros dos
La pondremos en las ancas.

Vanse.

Sale Roldán.

ROLDÁN.

Quitóse el freno del caballo al moro,
Iba desatinado entre esos árboles;
Pero aunque va á peligro de perderse,
Creo que escapa de mayor peligro.
¡Qué ventura has tenido ¡oh Mandricardo!
En que al caballo le faltase el freno,
Para que le tuviese mi venganza!
No me ha enfadado moro como éste.
¿Seguirle? Pero en vano, que le ayuda
La furia del caballo y mi desdicha.
Bueno será tomar algún descanso
Al pie de aquestos árboles umbrosos,
Que sus ramas parece que convidan.
No es esta soledad desierta en todo,
Alguno ocioso la ha visto despacio,
Pues con buril de algún sutil cuchillo,
De sus blandas cortezas hizo láminas.
¿Quién duda que este ocioso fuese amante,
Y que habrá puesto aquí sus pensamientos?
¡Oh, cuánto alegra el agua al que está enfermo;
La libertad al preso; al desterrado
La patria; al pobre el oro; al peregrino
La posada, y al que ama, ajenas penas,
Porque el ajeno mal descansa el propio!
Leerlos quiero, que parecen versos.
¡Oh, qué efetos de amor! Pero tal vengo,
Que lástima ¡por Dios! al dueño tengo.

Lea.

«Fuentes, aguas y yerbas deste soto,
De amor testigos, cueva y sombra helada,
Aquí gozó de Angélica Medoro,
Hija de Galafión, en vano amada;
Aquí desnuda, entre sus hebras de oro,
La tuvo tierna, alegre y regalada.
Pobre Medoro soy, solo en loaros,
Podré de aqueste amor recompensaros.
Ruego á cualquier señor, cualquier amante,
Sin que pueda exceptar persona alguna,
Ó del propio país ó caminante,
Que aquí le traiga el gusto ó la fortuna,
Que á yerba y fuente, y cuanto ve delante,
Diga: El cielo, la tierra, el sol, la luna,
Os aumente, y aquí jamás ganado
Enturbie el agua ó pazca yerba al prado.»
¡Válgame Dios! ¿Qué es esto? ¿Si por dicha
Alguno por burlarme, aquí lo ha puesto,
Ó si ha gozado alguno, por desdicha,
De Angélica cruel el rostro honesto?
Historia es ésta nunca en Francia dicha,
Algún portento se ha encerrado en esto,
Mas no es posible que volviese en cera
Tan presto amor el alma de una fiera.
Quiero apartarme del maldito tronco;
Caiga fuego sobre él; pierda las ramas
Si primero no llego y le destronco;
Mas tente, brazo, que á Roldán infamas.
¡Oh blando arroyo, que sonoro y ronco,
Por mi nombre parece que me llamas,
En ti estaré mejor! Pero aquí veo
Otro olmo escrito; lo que dice leo.

Lea.

«Aquí á Medoro dijo que era, Angélica,
Su esclava, y lo firmó, y mujer legítima.»
¡Oh loba, en escoger fiera y famélica,
Que te ofreciste á un hombre bajo en víctima!
Á Francia pones en contienda bélica,
Desde París al África marítima,
Y te llamas esclava. ¡Gran corónica
Se espera de tu vida babilónica!
Mas ¿qué locura á presumir me incita
Que esto merezca della ningún hombre
Que en vestido mortal la tierra habita?
¿Si lo ha dicho por mí, mudando el nombre?
Por ventura, ¿llamarme solicita,
Para que á los que van tras ella asombre?
¡Maldito arroyo, huir de ti deseo,
Que eres espejo, y me has mostrado feo!
Esta peña es mejor para descanso
De mi afligido espíritu; aquí corre,
Tañendo en estas hojas, viento manso,
Cuyo rüido la memoria borre.
Mas ¿qué en huir de mi dolor me canso?
¡Todo me sigue, y nadie me socorre!
Otro rótulo es éste: ¡cielo, oilde!

Lea.

«Perdió Roldán; ganó Medoro humilde.»
¡Oh encantada aventura! ¡Oh cueva! ¡Oh fuente!
¡Oh arroyo! ¡Oh peña! ¡Oh tierra! ¡Oh cielo airado!
¿No hay lugar en el mundo en que se asiente
Un desdichado, por dormir un hora?
Cabaña es ésta. ¡Hola, pastores, gente!

Sale Belardo.

BELARDO.

¡Oh caballero! ¿Dónde vais errado?

ROLDÁN.

Voy tan errado, que aun de mí no acierto
Si estoy del todo vivo ó todo muerto.
¿Habrá, por dicha, qué cenar?

BELARDO.

No falta.

ROLDÁN.

¿Qué tendréis?

BELARDO.

Un cabrito y dos pichones.

ROLDÁN.

¿Y cama?

BELARDO.

Cama habrá.

ROLDÁN.

¿Está baja ó alta?

BELARDO.

Alta.

ROLDÁN.

¿Tiene colchones?

BELARDO.

Tres colchones.

ROLDÁN.

¿Hay sábanas?

BELARDO.

No sé si el alba esmalta
Con tales perlas lo que á ver te pones.

ROLDÁN.

¿Almohadas tendréis?

BELARDO.

De azul labradas.

ROLDÁN.

¿Y alfombra?

BELARDO.

Esteras tengo harto delgadas.

ROLDÁN.

Tomad aquesta banda y esta cuera.

BELARDO.

Pues ¿desnudáisos sin cenar?

ROLDÁN.

No importa.
Á la cama entraré.

BELARDO.

¿Pena os altera?

ROLDÁN.

No poca, os juro, que el valor reporta.

Vase.

BELARDO.

¡Hola, Rufino! ¡Ah, gente, salid fuera!

Salen Rufino, Alfeo y Lucinda.

RUFINO.

¿Qué mandas?

BELARDO.

Leña al punto corta (1).
Tú desuella el cabrito, y tú le asa.

LUCINDA.

Mas qué, ¿tenemos huéspedes en casa?

BELARDO.

Débeos de ir mal con huéspedes: camina.

RUFINO.

Yo por la leña voy.

ALFEO.

Y yo desuello
El cabrito.

BELARDO.

Haced lumbre en la cocina.

LUCINDA.

¿Hase todo de asar, ó parte dello?

BELARDO.

Ásale todo entero. ¡Qué mohina!

LUCINDA.

Pues sin saberlo, ¿tengo yo de hacello?
¿Es gigante ese hombre, que un cabrito
Se ha de meter entero en el garlito?

Vanse Lucinda, Alfeo y Rufino.

BELARDO.

¿Quién te mete á ti en eso? Vé, que aguardo
Sólo á poner la mesa. El peregrino
Tiene hermosa presencia y es gallardo.
Sacarle tengo de diez años vino.

Vuelve Lucinda.

LUCINDA.

¿Cómo se puede asar esto sin lardo?
Mándame dar la llave del tocino.

BELARDO.

¿Á qué vuelves?

LUCINDA.

¿En esto ya se peca?

BELARDO.

Lárdale con manteca.

LUCINDA.

¿Con manteca?

Sale Roldán.

ROLDÁN.

¡Pesar de los villanos y la casa!
¿Qué rótulos son éstos? ¡Que me quemo!
¡Fuego, fuego, que el alma se me abrasa!

BELARDO.

¿Fuego dónde, señor?

ROLDÁN.

¡Fuego en extremo!

Salen los villanos.

RUFINO.

Traigo agora la leña, y aun escasa;
Que no ha de haber para el cabrito temo.
¿Y apenas el hogar tiene ceniza,
Y con fuego la casa escandaliza?

(1) Verso incompleto.

LUCINDA.
¿Soñábades acaso, caballero?
ROLDÁN.
¡No sé, por Dios! Mil rótulos escritos
Con carbón y con yeso, he visto.
BELARDO.
Hoy quiero,
Si vos gustáis, mostraros infinitos.
ROLDÁN.
¿Quién los ha puesto, amigo?
BELARDO.
Si os refiero
Ese suceso tierno y los delitos
Que hizo el dueño, por sin duda creo
Que os ponga el gusto envidia, amor deseo.
ROLDÁN.
¡Decid, por Dios!
BELARDO.
Aquí llegó una tarde
Una mujer hermosa con un moro,
Herido de Agramante en el alarde;
Llamábase ella Angélica, él Medoro:
Animóle, curándole al cobarde,
Limpiando á veces con sus hebras de oro,
La sangre, las heridas.
ROLDÁN.
¿Qué me dices?
BELARDO.
Y aun besaba después las cicatrices.
Convalecido el moro, se casaron,
Y en esa cama, donde no dormistes,
El amor con gozarse confirmaron.
ROLDÁN.
¿Que, en efecto, abrazándose los vistes?
BELARDO.
Jamás con olmos yedras se enlazaron,
Ni en las torres, después de lluvias tristes,
Se besaron los pájaros los picos,
Tórtolas, tordos, mirlas, jilguericos,
Como estos dos amantes, cuyas vidas
Enamoraban estas selvas todas,
Escribiendo en las tablas extendidas
De aquestos troncos sus alegres bodas,
Siempre las manos por el campo asidas.
ROLDÁN.
¡Qué bien mis desventuras acomodas!
¡Calla, villano!
BELARDO.
¿Yo? Pues ¿qué os ofende?
ROLDÁN.
¡Fuego, fuego, que amor el alma enciende!
RUFINO.
¡Oh, pesia mi linaje! ¿Si es su esposo?
ROLDÁN.
¡Hoy, perros, á Roldán tenéis delante!
ALFEO.
Roldán dijo.
ROLDÁN.
¡Que el cielo poderoso
Pueda sufrir delito semejante!
BELARDO.
Que traiga su lanzón le di á Frondoso.
ROLDÁN.
¡Que preferiste al Paladín de Anglante
Un moro vil!
BELARDO.
Buen huésped, no te enojes.
ROLDÁN.
Eres mujer, y lo peor escoges.
¡Oh villanos, aquí moriréis luego!
ALFEO.
¡Tente, señor, por Dios!
ROLDÁN.
¡Oh vil casilla,
Alcahuete cruel!
LUCINDA.
Él está ciego.
Todo lo rompe, rasga y aportilla.
ROLDÁN.
¡Fuego en la casa, y en el monte fuego!
¡Fuego en las peñas y en la infame villa!
BELARDO.
¿Así destruyes donde te recoges?
ROLDÁN.
Eres mujer, y lo peor escoges.
¡Ay, Angélica bella!
BELARDO.
Yo, ¿qué hice?
Está borracho.
ROLDÁN.
Deja ese Medoro,
Mira que á tu valor Real desdice.
BELARDO.
Bueno, ¡par Dios! mas que le tome un toro.
ROLDÁN.
¿Qué ofensa, ingrata, en adorarte hice?
BELARDO.
Que no soy yo, señor.
ROLDÁN.
Si yo te adoro,
No es bien que dese bárbaro te antojes.
Eres mujer, y lo peor escoges.
ALFEO.
¡Ay, muerto soy!
ROLDÁN.
¡Oh fieras alamedas!
¡Oh rótulos infames y malditos!
¡Oh fuentes, á mirar sus gustos quedas,
Testigos de sus besos y delitos!
¡Oh yedra vil, que olmo verde enredas!
¡Oh troncos, de libelos míos escritos,
Todos os rasgaré con estas manos!
¡Aquí fué Troya! ¿Qué miráis, villanos?
BELARDO.
¡Huye, Lucinda! ¡Súbete en el monte!
RUFINO.
¡Par Dios, que está perdido! Ven, Alfeo,
En tanto que del puesto se remonte.
ROLDÁN.
Ya no quiero vivir; morir deseo.
Del todo está cerrado el horizonte.

Sobre la luna, Angélica, te veo.
Espera. Mal salté. Soy muy pesado.
Mas ¡por Dios, que el vestido lo ha causado!

Desnúdase.

¡Afuera, mi querida Durindana!
¡Afuera, ropa; ropa, fuera digo!
Espera. ¿Dónde vas, hermosa indiana?
Desnudo, como espíritu, te sigo.
Mas ¡ay, que por aquella sierra cana
Camina con el moro, mi enemigo!
¿Ese, Angélica, en ese pecho acoges?
Eres mujer, y lo peor escoges.

ACTO TERCERO.

Salen Cervín é Isabela con la espada de Roldán.

CERVÍN.

Sin duda ha perdido el seso;
Que ser razón no podría,
Que si el Conde la tenía,
Hiciese tan loco exceso.
¡Ay, Isabela, ya creo
Estos rótulos han sido
Causa de haberme perdido!

ISABELA.

En el estrago lo veo.
Y danme ciertas sospechas,
De ver las ramas quebradas,
Las letras acuchilladas,
Y las cortezas deshechas.
Si sangre, Cervín, hubiera,
Que era muerto imaginara.

CERVÍN.

¿Quién de Angélica pensara
Que tal desatino hiciera?
Los celos del moro hermoso,
De Angélica las mercedes,
Que estos troncos y paredes
Le están llamando su esposo,
Le ha obligado á desarmarse
Hasta romper el vestido,
Y despreciado el sentido,
Furiosamente matarse.
Esta fuerte Durindana
Hallé entre las ramas yo,
Que al mejor lado se vió
Que tuvo espada cristiana.
Y aunque ceñirla pudiera
Por ser de Roldán, no quiero
Atreverme al limpio acero,
Digno de la quinta esfera.
Aquí quiero, en este pino,
Colgarla con estas letras.

ISABELA.

Y con el dolor penetras
Á tu Isabela, Cervino,
Que acordándome del Conde,
Tiernas lágrimas derramo.

CERVÍN.

Colgada en aqueste ramo,
Hoy por sí misma responde.
Bien quedará desta suerte;
Que á la espada de Roldán
Justo respeto tendrán
Los que lloraren su muerte.
Ni pienso que habrá pagano
Que se la pueda poner.

Salen Mandricardo y Doralice.

MANDRICARDO.

No le puede detener
El caballo en todo el llano;
Porque corrió tan furioso,
Desamparado del freno,
De espuma y de sangre lleno,
Hasta el monte peñascoso.
Cuando le pude cobrar,
Ya Roldán no parecía,

DORALICE.

Del suceso de aquel día
Nadie te puede culpar.

CERVÍN.

Ya en vano por verle aguardo.
Pero ¿qué gente es aquésta?
La mora robada es ésta,
Y éste el fuerte Mandricardo.

MANDRICARDO.

¿Podremos pasar, cristiano?
¿Qué haré si no respondéis?

CERVÍN.

Pasad, señor, si queréis;
Que el paso á todos es llano.

MANDRICARDO.

¿Qué bella espada está aquí
De aquesta rama colgada?
¡Oh, qué cuchilla extremada!
Ésta es buena para mí.

CERVÍN.

Las letras te lo dirán.

MANDRICARDO.

Dicen en lengua cristiana:

Lea.

«Soy la espada Durindana,
Que fuí del conde Roldán.»
Enhorabuena yo os vea,
Que en nadie en el mundo todo,
Mejor que en mí deste modo
Tan fuerte espada se emplea.

CERVÍN.

Déjala estar.

MANDRICARDO.

¡Alá santo!
¿Tú dices déjala estar?

CERVÍN.

Pues ¿puédesla tú llevar,
Ni llega tu fuerza á tanto?
¿Sabes que es del Paladín,
Honra de Francia y del mundo,
Que ni ha tenido segundo,
Ni tendrá su nombre fin,
Y quieres ceñirla al lado,
Que no hubiera caballero
De quien no fuera su acero
Como es razón respetado?

MANDRICARDO.

¿Que no puede Mandricardo
Ceñirse espada, aunque fuera
Del que está en la quinta esfera,
Á quien quitársela aguardo?
¿Qué espada del fiero Aquiles,
De César, Pirro, Alejandro,
De Ayaz, del hijo de Evandro,
Para mí no fueran viles?
Deja, desvía las manos;
Que aunque éstos sean tesoros,
Yo soy Roldán entre moros,
Si él lo ha sido entre cristianos.
No soy hombre, soy demonio,
Soy rayo, furia é incendio.

CERVÍN.

Haz de tus hechos compendio,
Para prueba y testimonio,
Sólo en quitármela á mí.

MANDRICARDO.

Suelta.

CERVÍN.

Suelta tú.

MANDRICARDO.

No quiero.

CERVÍN.

¿Tú ceñir el noble acero
De Roldán?

MANDRICARDO.

Yo, pues.

CERVÍN.

¿Tú?

MANDRICARDO.

Sí.

CERVÍN.

Remítase á las espadas,
Y el que venciere la lleve.

MANDRICARDO.

¡Que éste á mi valor se atreve!

CERVÍN.

Las voces son excusadas.
Obras importan aquí.

ISABELA.

Oid, señores, por Dios:
No lo averigüéis los dos
Con vuestras armas aquí.

MANDRICARDO.

Muerto es ya.

ISABELA.

¡Oh moro cruel,
Que la mejor vida quitas
Que tiene el mundo!

MANDRICARDO.

¿Aún me incitas
Á que te mate con él?

DORALICE.

Airado estás; no es razón
Mostrarlo en una mujer.

ISABELA.

¡Cielos! ¿Qué tengo de hacer
En tal desesperación?
¡Ah, esposo del alma mía!

CERVÍN.

¡Ay, mi querida Isabela!

DORALICE.

¿Á quién habrá que no duela
La tragedia deste día?

MANDRICARDO.

Á mí, que en mi vida tuve
Pesar de daños ajenos.

ISABELA.

¡Ojos de lágrimas llenos,
Pues se va el sol, seréis nube!

CERVÍN.

Ya se acerca, esposa amada,
Mi triste y lloroso fin;
Ya se le arranca á Cervín
Aquel alma enamorada.

Sale Pinardo, villano.

PINARDO.

Vuestra voz me trujo á ver
Desde estas altas montañas,
Huéspedes de mis cabañas,
Si algo me habéis menester.
¿Qué es esto, dama? ¿Es acaso
Vuestro esposo?

ISABELA.

El mismo es.

PINARDO.

¿Quién os le ha muerto?

ISABELA.

Después
Sabrás el lloroso caso.
¿Vive, pastor, en la ermita
Desde monte alguno?

PINARDO.

Un santo.
Sobre un corcho y duro canto
Duerme, y su aspereza habita.
Traelde si no ha expirado;
Que es sacerdote y confiesa
Los dueños desta dehesa
Y pastores de este prado.

ISALELA.

Ayúdame.

PINARDO.

Que me place.

CERVÍN.

¡Ay, esposa!

ISABELA.
¡Ay, señor mío!

Vanse.

DORALICE.
¡Qué extremos de desvarío
La dama en sus brazos hace!

MANDRICARDO.
Está afligida y turbada;
Que parte el alma recela,
Donde tuvo á su Isabela,
Mientras vivió, aposentada.
¡Por Alá, que yo no hiciera
Guerra contra el bien ajeno!
Llegué al bosque bueno á bueno;
Darme la espada pudiera
Si era muerto su señor.
¿Quién como el Rey de Tartaria,
De nación propia y contraria,
Puede ceñirla mejor?

DORALICE.
Escúchate; que en la selva
Siento algún rumor.

MANDRICARDO.
Detente;
Que puede ser que la gente
De Cervín contra mí vuelva.

DORALICE.
Mandricardo, á punto ponte;
Que en armas, talle y vestido,
No menos he conocido
Que al Rey de Argel, Rodamonte.

MANDRICARDO.
Á buen tiempo habrá llegado
¡Por Mahoma! el Rey de Argel!
Probaré la espada en él
Del Paladín encantado.

Sale Rodamonte.

RODAMONTE.
Dejando el campo de Agramante, vengo
Siguiendo á mi enemigo Mandricardo;
Como albano león, cual tigre ó pardo,
En el sustento apenas me detengo.
En estas esperanzas entretengo
La honra que cobrar tan presto aguardo,
Aunque parezca al mundo que me tardo,
Viendo el agravio y el valor que tengo.
No debe ser culpado quien no alcanza,
Si parece remiso en el castigo,
Cuando le huye el enemigo airado;
Pero sepa quien culpa mi tardanza,
Que sólo con buscar al enemigo
Cumple su obligación el agraviado.

MANDRICARDO.
Hablaréle; mas quisiera
Dejarle bien, ¡por Alá!

RODAMONTE.
Gente hay aquí: ¿quién va allá?

MANDRICARDO.
¿Quién es quien saberlo espera?

RODAMONTE.
Un hombre.

MANDRICARDO.
Yo otro hombre soy:
¿Qué hay más que saber de mí?

RODAMONTE.
Yo soy hombre y fiera.

MANDRICARDO.
Así
Yo, el que á fieras y hombres doy
La muerte cuando me enojan.

RODAMONTE.
Yo, el que á fieras y á enojados
Suelo comer á bocados
Si juntos me los arrojan.

MANDRICARDO.
Me los arrojan..... León
Debes, por dicha, de ser.

RODAMONTE.
¿Llevabas tú una mujer?

MANDRICARDO.
Sí.

RODAMONTE.
¿Qué nombre ó condición?

MANDRICARDO.
Mujer, que basta.

RODAMONTE.
No basta,
Que hay mucho en mujer.

MANDRICARDO.
No hay cosa
Que no sea buena y hermosa,
Si algún ruin no la contrasta.

RODAMONTE.
¿Dónde la llevas?

MANDRICARDO.
Conmigo.

RODAMONTE.
Di dónde.

MANDRICARDO.
Conmigo va.

RODAMONTE.
Verla quiero.

MANDRICARDO.
¡Oh santo Alá!

RODAMONTE.
¿Qué le pides?

MANDRICARDO.
Tu castigo.

RODAMONTE.
Ando en busca de una dama
Que perdí, y toda mujer,
Moro, me conviene ver.

MANDRICARDO.
La tuya, ¿cómo se llama?

RODAMONTE.
Doralice, hija cruel
Del Rey de Granada.

MANDRICARDO.
Creo
Que has hallado tu deseo,

Arrogante Rey de Argel.

RODAMONTE.

¿Cómo?

MANDRICARDO.

Yo soy Mandricardo:
Allí tengo á Doralice.

RODAMONTE.

¡Cielo! ¿Qué víctima os hice?
Cobrarla y matarte aguardo.
¡Muere, infame!

Acuchillanse.

MANDRICARDO.

Aquí verás
Cuál de los dos la merece.

Salen Sacripante, Ferraguto y gente.

SACRIPANTE.

Á Mandricardo parece.

FERRAGUTO.

Y éste á Rodamonte más.

SACRIPANTE.

Teneos, moros.

RODAMONTE.

¿Agora
Me detienes, Sacripante?

MANDRICARDO.

¿Tú te me pones delante?

FERRAGUTO.

Llegad, señora (1),
Y á Mandricardo tened.

SACRIPANTE.

Agramante nos envía.

RODAMONTE.

Moros, Doralice es mía.

SACRIPANTE

Las espadas suspended;
Allá podréis concertaros;
Que el Francés nos ha vencido,
Y sólo habemos venido
Con esta gente á buscaros.
Ayudalde, y acabada
La guerra, definiréis
La causa por que hoy habéis
Metido mano á la espada.
Esto os pide, esto os advierte.

MANDRICARDO.

Yo lo concedo por mí.

RODAMONTE.

Y yo, porque pienso allí
Vengar mi honor con tu muerte.

SACRIPANTE.

Pues volvamos al real.

MANDRICARDO.

Caminad.

FERRAGUTO.

Ven, Rey de Argel.

RODAMONTE.

¡Ah, Doralice cruel,
Causa de mi eterno mal!

Vanse.

Salen Angélica y Medoro.

ANGÉLICA.

Voy tan contenta de ti,
Luz de mis ojos, y vida
Donde el alma vive asida
Por vivir la tuya en mí,
Que no hay encarecimiento
Ni comparación que pueda
Subir á tanto, aunque exceda
Las alas del pensamiento.
Mírate, Medoro, en mí;
Verás en mis ojos, tuyos,
La causa de no ser suyos,
Porque te verás á ti.
Disculparás mis locuras,
Mis atrevidas razones,
Mis celos, mis pretensiones,
Si es que el culparme procuras
De tenerte tanto amor.

MEDORO.

Detén, mi vida, esa furia,
Que aunque á mí me honra, injuria
La gloria de tu valor.
Mira tú en estos retratos
De tu hermosura en mis ojos,
Los que, dando al mundo enojos,
Fueron al amor ingratos.
Mira que, rindiendo en Francia
Tantas almas, van sujetos;
Que el errar de los discretos
Es la mayor ignorancia.
Esos ojos mira, y precia
En esta divina joya:
Verás las llamas de Troya
Y los agravios de Grecia.
Y no rindas á las manos,
Aunque lo hacen de corteses,
Pues has hecho en los franceses
Lo que Elena en los troyanos.
Tuyo soy, tu hechura soy;
Tú eres mi reina: ¿qué celos
Pueden tener esos cielos
Desta alma que ya les doy?
Camina alegre, y no creas
Que habrá en esta fe mudanza.

ANGÉLICA.

Animando mi esperanza,
Muestras que mi bien deseas.
Pisa esas flores en tanto
Que en el Catay pisas perlas;
Que yo haré á tus pies ponerlas,
Si lo quiere el cielo santo.
Duerme en esta humilde yerba
Mientras en bordadas camas
Me dices lo que me amas

(1) Verso incompleto.

Y á soledad se reserva.
Bebe en fuentes cristalinas
En tanto que mi tesoro
Te ofrezca en tazas de oro
Vino de aromas divinas.
Mas ¡ay de mí! Voces siento.

MEDORO.

No tengas pena; que son
Villanos.

Sale Roldán, loco, y unos villanos huyendo.

VILLANO 1.°

¿Por qué razón
Me ha de matar mi jumento?
¿No ve que con él trabajo?

ROLDÁN.

Pues ¿adónde está mi ingrata?

VILLANO 2.°

¿Cómo le asió?

VILLANO 1.°

De una pata,
Y echóle de un monte abajo.

ANGÉLICA.

Roldán es éste, ¡ay de mí!

MEDORO.

Sin duda que loco está,
¿No ves que desnudo va?

VILLANO 2.°

Lidio, vámonos de aquí.

ROLDÁN.

¿Es posible que de un moro
Se haya Angélica pagado?

ANGÉLICA.

Sin duda que le han contado
Nuestros amores, Medoro.

VILLANO 1.°

¿Quién este moro será?

VILLANO 2.°

Digámosle que es aquél.

ROLDÁN.

¿Dónde está el moro cruel?

VILLANO 1.°

Señor, el moro allí está.

ROLDÁN.

¡Por Dios, que tienes razón!
¡Vil moro, Angélica loca!

MEDORO.

Ponte el anillo en la boca.

ANGÉLICA.

¡Huyamos!

VILLANO 1.°

¡Brava invención!

Huyen abrazados con una tramoya.

Juntos se han desparecido.

ROLDÁN.

¿Cómo es aquesto, villanos?
¿No veis que los dos tiranos
De los ojos se me han ido?
Dadme luego cuenta dellos.
¡Presto! ¡Presto!

VILLANO 2.°

¿Dellos? ¿Cómo?

ROLDÁN.

¿Cómo, infame? Si te tomo
De esos robustos cabellos.....

VILLANO 2.°

¡Huye, Lidio!

VILLANO 1.°

¡Ay, triste yo!
Todo me ha desgobernado.

Vanse los villanos.

ROLDÁN.

¡Que de Angélica abrazado
Viniese el moro! Eso no.
¡Afuera, robles y encinas!
¡Afuera, estrellas del cielo;
Que quiero dar con el suelo
En vuestras luces divinas!
Sorberme quiero la mar.
¿Quién habla dentro de mí?
¿Roldán, que soy yo? No. Sí.
¡Plaza! ¿Á quién? Al Rey. ¡Lugar!
Hagamos esta batalla.
Tente, Reinaldos. Cayó.
¡Qué poco le aprovechó
Á Sacripante la malla!
¡Buena va Angélica, á fe,
En el sardesco á París!
¡Ah! ¿De allá dentro no oís?
¿Quién es? Nadie; ya se fué.
Tener quiero aquel nublado:
El sol me mira y se ríe;
Querrá que le desafíe,
Que está de nubes armado.
¡Jesús! ¡Que el Emperador
Anduviese tan travieso!
¡Que Angélica diese un beso,
Sin decírselo al doctor!
Desafíole en campaña.
Tente, viejo. Muerto es ya:
Ved el alma dónde va,
En un caballo de caña.
¿Qué digo? ¿Hay tan gran desastre?
¿No es bueno que halló á Medoro
Con una fregona un moro,
Y á Angélica con un sastre?
Eso no. ¡Tente, villano!

Sale un correo.

CORREO.

Mal deja el sol caminar;
Pero cerca está el lugar.

ROLDÁN.

¿Dónde bueno vais, hermano?

CORREO.

Harto mejor yo podría
Preguntaros eso á vos.

ROLDÁN.

¿Dónde vais?

CORREO.

¡Loco es, por Dios!
El Emperador me envía
Con estas cartas.

ROLDÁN.

Mostrad
Digo.

CORREO.

¿Qué es mostrad?

ROLDÁN.

Mostrad.
¡Las letras maldigo!

CORREO.

Tomad.

ROLDÁN.

Si era invención.....

CORREO.

Es verdad (1).

ROLDÁN.

Porque letras has traído
Te he de cortar la cabeza.

CORREO.

¿Luego?

ROLDÁN.

Luego.

CORREO.

¡Qué fiereza!
¡Muerto soy! ¡Yo soy perdido!
Señor, á tu brazo fuerte,
Cortar una es gran bajeza;
Que yo corto una cabeza
Y camino desta suerte.
¿Quieres que vaya á llamar
Los compañeros que tengo?

ROLDÁN.

Bien dices.

CORREO.

Pues luego vengo.

ROLDÁN.

Esas dos quiero cortar.

CORREO.

¡Bercebú que acá volviera!
No me cogeréis vos más.

Vase el correo.

ROLDÁN.

¡Ah, bellaco, que te vas!
Espera, Medoro, espera.

Vase.

Salen Agramante, Mandricardo, Doralice y Rodamonte, moros.

AGRAMANTE.

Acabada, en efeto, la batalla,
Aunque he perdido en ella tanta gente,
Vengo á dar fin á vuestra competencia,
Si la traza os contenta.

MANDRICARDO.

Yo, Agramante,
Digo que te obedezco y soy contento;
Que de los dos escoja Doralice
El que le agrade más.

RODAMONTE.

Lo mismo digo;
Que en mí justa confianza tengo.

AGRAMANTE.

Pues informalda cuál quiere de entrambos,
Y dará en mi presencia la sentencia,
Con que podrá cesar la competencia.

MANDRICARDO.

Doralice famosa, yo soy hijo
Del valiente Agricán, Rey de Tartaria;
De mis hazañas y la historia varia
No quiero en referirla ser prolijo;
Dellas has visto, y de otras mil te dijo
La fama en ésta y la nación contraria,
Ya larga relación, y ya sumaria;
Tras ser quien soy, cien mil caballos rijo.
Con los doce de Francia me he probado,
Y de la gente bárbara africana
Sacado siempre fama victoriosa.
Maté á Cervín, tuve á Roldán cansado;
Mas ¿qué me canso? Aquésta es Durindana,
Mandricardo mi nombre, y tú mi esposa.

RODAMONTE.

No es menester, gallarda Doralice,
Que con vana retórica me extreme,
Que á Grecia humille ni que á Troya queme,
Para ver lo que soy y lo que hice;
Pero pues éste sus hazañas dice,
Aunque en decirlas de mi honor blasfeme,
Yo solo soy á quien el mundo teme,
Y que la fama de Hércules deshice.
Del mundo he sido Júpiter, que sólo
Para mí forjan Esterope y Bronte
Rayos en Etna y pólvora espantosa.
Mi fama llegará de polo á polo;
Mas ¿qué me canso? Yo soy Rodamonte,
Esta es mi espada, y tú eres mi esposa.

DORALICE.

Amor, que nunca mira lo que es justo;
Amor, que siempre sigue su albedrío;
Amor, que es tierna cera y mármol frío
Y que tiene por ley su propio gusto;
Amor, que suele ser jüez injusto,

(1) Redondilla estropeada: tres versos consonantes, y el tercero no consta; el autor debió escribirla así:

Con estas cartas.
ROLDÁN.
Mostrad.
CORREO.
¿Qué es mostrad?
ROLDÁN.
Mostrad os digo.
CORREO.
Tomad; ¡las letras maldigo!
ROLDÁN.
Si era invención.....
CORREO.
Es verdad.

De este modo, con las mismas palabras resulta la redondilla.

Puesto que de sus yerros me desvío,
Visto el proceso del suceso mío,
Testigos de mi gloria y de mi gusto,
Con acuerdo de todos mis sentidos,
Fallo que debo ser de un hombre solo,
Á quien teniendo amor, respeto guardo,
Los méritos del cual son conocidos,
Que es Marte en guerra, y es en paz Apolo.

RODAMONTE.

Di el nombre.

DORALICE.

¿Eso queréis?

MANDRICARDO.

Sí.

DORALICE.

Mandricardo.

RODAMONTE.

¡Oh sentencia cruel y rigurosa!

MANDRICARDO.

¡Dame esa mano, amada Doralice!

DORALICE.

¡Siempre fuí tuya!

AGRAMANTE.

¡Bien lo confirmaron
Tus palabras, tu amor y tu sentencia!
Vamos, donde en mi tienda aquesta noche
Se hagan fiestas, aunque me ha pesado
De ver con tanta pena á Rodamonte.

MANDRICARDO.

No tengas pena; que un aborrecido
Mejor puede olvidar que el que es querido.

Vanse, y queda Rodamonte.

RODAMONTE.

¡Oh ingenio femenino,
Fácilmente mudado,
Contrario objeto de la fe debida!
No el ser yo de ti indino,
O Mandricardo amado,
Te dió ocasión para acabar mi vida;
No el ser de aquél servida,
No el talle, el señorío,
Las armas, la fortuna,
Ni otra razón alguna
Para menospreciar el amor mío,
Sino que en tal venganza,
Eres mujer; diré mejor mudanza.
Si la naturaleza
Te hubiera producido
Con el cuidado humano, como hace
De la rama y corteza
El árbol, ¡qué extendido
Se viera el mundo, que su amor deshace!
De aquí la guerra nace
Y las enemistades;
De aquí el desdén, la ira,
La muerte, la mentira,
Y todo lo que cabe en tus maldades,
Hoy, sin razón, me alcanza:
Eres mujer; diré mejor mudanza.
Troya viviera agora
Si Elena no naciera.
¡Cuán otra fuera España sin la Cava!
Hoy Roma, vencedora,
Leyes al mundo diera,
La gran Jerusalén no fuera esclava.
Si las buenas alaba
El mundo en este abismo,
Las malas vitupero,
Decir mal dellas quiero,
Y désta, que me quita á un tiempo mismo
Posesión y esperanza,
Eres mujer; diré mejor mudanza.

Salen Isabela y Pinardo.

PINARDO.

Aquí, señora, quedó
Con el cuerpo el ermitaño,
Cubriéndole un negro paño
Que de dos bandas juntó.
Arden dos velas, y arde
Vuestra memoria y amor.

ISABELA.

Esas arderán mejor
Y se acabarán más tarde.
Primero el curso del cielo
De moverse dejará,
Y el sustento negará
Á cuanto cría en el suelo;
Primero podrá pasarse
Á pie el mar hasta su fin,
Que de su amado Cervín
Pueda Isabela olvidarse.

RODAMONTE.

Pensé de mujer huir
Y he dado presto en mujer;
Lo que pensaba ofender,
Ya lo imagino seguir.
¡Oh, loco el que las infama,
Que apenas la que os da pena
Dejáis, cuando de otra buena
Os enamora la fama!
¡Hola, mujer! Di quién eres,
Tu calidad y tu nombre.

ISABELA.

¿Por qué á ti?

RODAMONTE.

Porque soy hombre
Que aborrezco las mujeres.

ISABELA.

¿Guardas aqueste lugar?

RODAMONTE.

Aqueste lugar defiendo.

ISABELA.

Pues ¿qué pretendes?

RODAMONTE.

Pretendo
Cuantas hallare afrentar.
Y aunque es pensamiento vil
Y que á mi valor repuna,
Quiero el agravio de una

Satisfacer entre mil.

ISABELA.

¿Quién eres?

RODAMONTE.

Soy Rodamonte.

PINARDO.

Señora, no os defendáis;
Que en grande peligro estáis.
Adiós, que me subo al monte.

ISABELA.

No me dejes.

PINARDO.

Tanto os quiero,
Que quiero morir con vos.

RODAMONTE.

Bella es la mujer, ¡por Dios!
Vengarme en gozarla espero.

ISABELA.

Rodamonte, de tu fama,
Francia y España está llena,
Y Granada, por tu pena,
Á Doralice disfama.
Yo me huelgo de servirte,
Y en fe de lo que te quiero,
Daré un secreto primero
Con que no puedan herirte;
Que éste presumo tenía
Roldán, y así se llamaba
Encantado.

RODAMONTE.

¡Industria brava!
Por ella el mundo daría.
¿Cómo es tu nombre?

ISABELA.

Isabela.

RODAMONTE.

Dame, Isabela, el secreto,
Que es la cosa, te prometo,
Que más me aflige y desvela.
De Roldán oí contar
Que estaba libre de ser
Herido.

ISABELA.

Fué por tener
Remedio tan singular.
Unas yerbas coger quiero
Y lavarme toda aquí,
Para que pruebes en mí
La fuerza del blanco acero;
Y si vieres que no corta,
Mi amor reconocerás.

RODAMONTE.

Mil vidas juntas me das,
Mira si el secreto importa.

ISABELA.

Pues vamos.

PINARDO.

Yo aquí me quedo
Si no mandas otra cosa.

ISABELA.

Pinardo, adiós.

PINARDO.

Dama hermosa,
Adiós.

ISABELA.

Amor vence el miedo.
He fingido esta cautela
Por dar á mi vida fin.
¡Viva el honor de Cervín!
¡Muera la casta Isabela!

Vanse, y queda el pastor.

PINARDO.

No tiene ferocidad
Cual la deste Rey de Argel,
El tigre, el león cruel.
¡Cielos, moveos á piedad!
¡Pobre dama! ¿No bastaba
La muerte de su marido?
¡Á qué manos ha venido!

Salen Belardo, Rufino, Alfeo y otros villanos, con chuzos, á prender á Roldan.

BELARDO.

Por aquí dicen que andaba.
¡Hola, pastor, que Dios guarde!
¿Has visto andar por aquí
Un loco?

PINARDO.

Antiyer le vi
Á estas horas ó más tarde,
Mas desde entonces acá
Nunca más acerté á velle.
¿Qué es lo que queréis?

BELARDO.

Prendelle,
Si es que por el monte está.

PINARDO.

¿Qué os ha hecho?

RUFINO.

Ha destruído
Las chozas, gente y ganado;
No hay árbol en todo el prado,
Ni aun queda pájaro en nido.
¿Qué langosta por los panes
Tan notable estrago hiciera?

PINARDO.

Y ser Roldán, ¿no os altera?

ALFEO.

Y aunque fuera mil Roldanes.

Dentro:

¡Guarda el loco, guarda el loco!

BELARDO.

Hétele acá, ¡voto al sol!

ALFEO.

Ten ánimo de español.

Sale Roldán.

ROLDÁN.

No vengas tan poco á poco,
Muerte alegre, al desdichado

Cuanto al venturoso triste;
Que mal tu encuentro resiste
Corazón tan agraviado.
Si Angélica se casó,
Porque della aborrecida,
¿Para qué la quiero yo?
Á mí me deja sin vida.

BELARDO.

Asilde todos á un tiempo.

ROLDÁN.

Ya estarán en el Catay.
¡Ay de mis lágrimas, ay,
Que no han de llegar á tiempo!
¿Qué es esto que aquí me cerca,
Es la muerte?

ALFEO.

Y aun peor.

RUFINO.

De cabeza, de un traidor,
Habéis de entrar en alberca.

ROLDÁN.

¡Oh enemigos!

RUFINO.

¡Muerto soy!

BELARDO.

Tente; dile que se tenga.

ALFEO.

¡Ay, ay, ay, que me derrienga!

PINARDO.

¡Par Dios, estrujado estoy!

ROLDÁN.

¿Á Roldán, sombras infames?

RUFINO.

Que me ha dejado, recelo,
La cara como un buñuelo.

ROLDÁN.

¡Traidor, aunque al mundo llames!
¿Esta gente vil me envías?

ALFEO.

¡Huid todos!

BELARDO.

No hay remedio
De poder cogerle en medio.

Vanse.

ROLDÁN.

¿Qué queréis? ¡Dejadme, arpías!
Herí, maté, rompí, quebré, quité,
Gente, armas, casas, todo cuanto vi,
Y aunque quité, quebré, maté y rompí,
Nunca el amor vencí ni derribé.
Acometí, llegué, subí, escalé,
Muros, torres y almenas que batí,
Y aunque llegué, escalé y acometí,
Siempre este fiero amor se queda en pie.
Ninguno en todo el mundo me venció,
Amor de mi valor triunfando va,
Y de mis sienes el laurel pisó.
No digas que venciste, Alcides, ya;
Di, amor, pues que lo digo también yo,
Que Roldán á tus pies rendido está.

Salen Rodamonte y Pinardo.

RODAMONTE.

¡Qué me engañase, cielos, Isabela,
Y que creyese yo su falso engaño!

PINARDO.

Señor, su castidad le dió la industria,
Querrá aquel cuerpo de Cervín su esposo.

RODAMONTE.

¡Que dijese que el agua de las yerbas
Era contra el acero de las armas,
Que se lavase el cuello, y que yo, loco,
La prueba hiciese en ella, y le cortase
Derramando su sangre con mi mano!
¡Ah, mano infame!

PINARDO.

Celebrarse debe
La castidad desta señora ilustre,
Entre las más famosas que en su templo,
Á la fama inmortal consagra el mundo.

RODAMONTE.

Yo juro por Mahoma, y por los huesos
Que en Meca penden en el aire sólo,
De no apartarme desta pobre ermita,
Labralles un sepulcro á estos amantes,
Y en esta puente no dejar que hombre
Pase, sin que les deje por despojos
Alguna pieza de vestido ó armas.

PINARDO.

Esa no quitaréis, á lo que pienso,
Á aquel que agora vuestra puente pasa.

RODAMONTE.

¡Hola! ¿Tú allá vas? Detén el paso.

Sale Roldán.

ROLDÁN.

Detenle tú; que yo, pues que pies tengo,
Bien puedo andar por donde yo quisiere.

RODAMONTE.

Quitaréte la vida.

ROLDÁN.

Llega y prueba.

RODAMONTE.

No quiero aprovecharme de la espada,
Pues no la traes, que sería bajeza;
Mas deshacerte el cuerpo entre mis brazos.

PINARDO.

¡Qué brava fuerza de hombre!

ROLDÁN.

Espera un poco.

Entranse luchando.

PINARDO.

Los dos cayeron de la puente abajo;
Nadando va Roldán ligeramente,
El moro, zabullido, apenas sale.
¡Válame Dios! ¡Si el peso de las armas
Le ha detenido en la profunda arena,
Que apenas se parece pluma ó toca!
¡Oh, si el traidor pagase con su muerte
La que dió á la castísima Isabela,

Cuya sangre en la tierra está pidiendo
Venganza á Dios! ¡Ay, cielos, que ya llega

Sale Roldán mojado.

Á la orilla Roldán!

ROLDÁN.

¿Dónde estás, bárbaro?
Vuelve, vuelve, enemigo.

PINARDO.

Roldán, detente,
Que no soy yo.

ROLDÁN.

Pues, ¿dónde está Medoro?

PINARDO.

Entiendo que llevaba agora á Angélica
Á caza, por los cerros destos montes.

ROLDÁN.

Tienes razón; que aquí los perros siento.

PINARDO.

Si moros van con él, perros son todos:
¿Quieres que haga lumbre y que te enjugues?

ROLDÁN.

¿No te parece que me sobra fuego?
Ensíllame un caballo.

PINARDO.

¿Yo caballo?

ROLDÁN.

Acaba presto.

PINARDO.

Ya, señor le ensillo.
¿Ha de ser rucio ó alazán?

ROLDÁN.

El rucio.

PINARDO.

¡Jo aquí, válate Dios!

ROLDÁN.

Está rijoso;
No me espanto, que ha mucho que no sale.

PINARDO.

¿Quieres caparazón?

ROLDÁN.

Ponle uno verde,
Aunque mejor será amarillo todo;
Que estoy desesperado de la vida,
Y si tengo esperanza, es de la muerte.

PINARDO.

Ya está ensillado.

ROLDÁN.

Llégale.

PINARDO.

¡Jo, digo!
Pon el pie en la estribera.

ROLDÁN.

Ya le pongo,
Ya estoy en él.

PINARDO.

Pues alto: ponle espuelas.

ROLDÁN.

Y corre bien.

PINARDO.

No corres, sino vuelas.

Salen Astolfo, Oliveros, Reinaldos y gente con sogas.

ASTOLFO.

Aquí dicen que estaba el pobre Conde.
¡Asilde todos, no se vaya!

OLIVEROS.

¿Adónde,
Sin armas, sin espada y sin escudo?

ASTOLFO.

¡Date á prisión!

ROLDÁN.

Angélica, responde;
Que bien sabes que estoy suspenso y mudo.

REINALDOS.

Del mar de amor se anega en medio el golfo.

ASTOLFO.

¿No me conoces?

ROLDÁN.

¿Quién me prende?

REINALDOS.

Astolfo.

ROLDÁN.

¡Astolfo, afuera!

REINALDOS.

Primo, ya no puedes
Escaparte de aquí; tus deudos somos.

ROLDÁN.

¿De vosotros espero estas mercedes?
¿Soy bestia, que me aprietas por los lomos?
Pero por más, Astolfo, que me enredes,
Del nido he de arrojar los dos palomos.

ASTOLFO.

¿Qué palomos?

ROLDÁN.

Angélica y Medoro.

ASTOLFO.

Cobra tu seso, y buscarás al moro.

Vanse.

Salen Angélica y Medoro.

ANGÉLICA.

Tras tantas varias fortunas,
Al Catay, Medoro, llegas;
Ya las torres destas vegas
Te muestran sus blancas lunas.
Este es el Ganges famoso,
Que del Paraíso nace,
En cuyas márgenes pace
Nuestro ganado abundoso.
Méjico cae hacia allí,
Tangut al Septentrión;
Estas las dos Indias son,
Y aquí en medio está Manglí.
Está la China á esta mano,
La Florida á aquella punta;
Llámase el mar que las junta,
Occidental Oceano.
De todo aquesto que ves
Y deste alma, eres señor.

MEDORO.
Esa es riqueza mayor,
Aunque mil mundos me des.
Gracias al benigno cielo,
Que, ya libres de Roldán,
Pisando mis plantas van,
De tu tierra el rico suelo.
No del Gange arena de oro,
No la plata destas minas,
No las sedas milaninas,
No de Tangut el tesoro,
Se igualan, aunque yo fuera
Aquí un pobre labrador,
Al tesoro de tu amor,
Por quien mil tesoros diera.
¿Saben ya nuestros vasallos
Que vienes á la ciudad,
Y aprecian tu calidad?

ANGÉLICA.
Ya siento aquí los caballos:
Aquel hombre que envié,
Iba de contento loco.

Dentro:

Vayan todos poco á poco.

ANGÉLICA.
Ya el bello escuadrón se ve.

MEDORO.
Hombres, niños y mujeres
Te salen á recibir.

ANGÉLICA.
Sus cantares has de oir,
Como rey, que su rey eres.

MEDORO.
¡Bizarros los indios son,
Bravos vienen de vestidos,
De más plumas guarnecidos
Que el más vistoso pavón!
Unas andas veo allí.

ANGÉLICA.
Así llevan á sus Reyes
Cuando entran ó les dan leyes;
Esas serán para ti.

Salga toda la compañía de indios muy bien aderezados, con unas andas en que puedan ir dos personas, y los músicos digan:

MÚSICOS.
Pues que ya nos trujo á ver
Nuestros Reyes la fortuna,
Escóndase el sol y luna,
Que no serán menester:
Allá en el celeste coro
Los podremos ver después;
Que en la tierra es sol Medoro,
Y luna Angélica es;
Y pues los podemos ver
Tras tanta nube importuna,
Escóndase el sol y luna,
Que ya no son menester.

Vanse los músicos.

TARIMANTE.
Dad los pies, galán Medoro,
Á vuestros vasallos.

MEDORO.
Daros
Quiero los brazos, y honraros
Con igual punto y decoro:
Por mí, ya sé, caballeros,
Que este honor no merecía.

ANGÉLICA.
De toda esta tierra mía
Sois rey, mi rey quiero haceros;
Hoy vuestra mano, el tesoro
De mi tributo reciba:
Decid, que Medoro viva,
Vasallos.

TODOS.
¡Viva Medoro!

ANGÉLICA.
Esto hace una mujer
Que llega á tener amor:
Á quien llora su rigor
Se le puede responder
Que se queje de su estrella.
¡Hola, estas andas tomad
Y vamos á la ciudad!

TARIMANTE.
Está por extremo bella;
Bravos regocijos hay,
La fiesta ha sido extremada,
Y esta es, senado, la entrada
De Angélica en el Catay.

FIN DE LA COMEDIA «ANGÉLICA EN EL CATAY».



EL PREMIO DE LA HERMOSURA

EL PREMIO DE LA HERMOSURA

TRAGICOMEDIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

al Excmo. Sr. D. Gaspar de Guzmán,

CONDE DE OLIVARES, SUMILLER DE CORPS DE SU MAJESTAD

La Reina, nuestra señora, que Dios tiene, me mando escribir esta tragicomedia. La traza fue de las señoras damas, ajustada á su hábito, decencia y propósito; el Cupido y la Aurora, las dos mejores personas del mundo, en sus tiernos años; las demás figuras, la Hermosura de España, en los más floridos, y el aparato, digno de la grandeza de sus dueños: causas que me persuaden, saliendo á luz, á ofrecerla á V. Excelencia de justicia, y como en ella no hay lisonja, sabrá V. Excelencia que es amor, y sabrá quien la leyere que, como otros buscan un príncipe porque ampare, yo porque entiende.

Dios guarde á V. Excelencia.

Su capellán,

Lope de Vega Carpio.

EL PREMIO DE LA HERMOSURA

LAS PERSONAS DE LA TRAGICOMEDIA

CARDILORO.
MANDRICARDO, *en visión.*
EL SABIO ARDANO.
LEURIDEMO, *Príncipe de Numidia.*
LIRIODORO DE GRECIA.
ROLANDO DE HUNGRÍA.
UN CIUDADANO.
ROSELIDA.
TISBE.
LINDABELLA.
MITILENE.
DOS JUECES.
EL AMOR.
LA NINFA AURORA.
GOSFOROSTRO, BRAMARANTE, SOLMARINO, *Salvajes.*
LA MÁGICA CIRSEA.
CELIO.
FABIO, *jardinero.*
BELISA.

ACTO PRIMERO.

Cardiloro, Príncipe de Tánger.

CARDILORO.

Si tu vida me servía
De vida que me animaba,
Y en lugar del alma estaba
Después que te dí la mía,
¿Cómo vivo desde el día
De tu muerte lastimosa,
Bella Clorinarda hermosa,
Ó qué me anima sin ti?
Pues no habiendo vida en mí,
Era mi muerte forzosa.
Espérame ya partiendo
Si alguna culpa me pones,
Pues ya todas mis acciones
Van poco á poco muriendo;
Si con la vida te ofendo,
Porque me estorba el mirarte,
Aguarda el alma que parte,
Y partirse no es vivir,
Pues ya comienza á morir
Quien solicita buscarte.
Aguarda, señora, aguarda,
Conocerás mi firmeza,
Que es morir por tu belleza
Lo menos que me acobarda;
Si es posible, Clorinarda,
Que quien parte de esta vida
Se detenga en la partida (1),
Espera, y juntos iremos
Sin que la muerte lo impida.
Dame en tus arenas de oro
Sepultura, claro río,
Pues el difunto bien mío
Las engendró de su lloro.

Una visión se le ponga delante al quererse precipitar.

VISIÓN.

¿Qué es aquesto, Cardiloro?
¿Cómo un Príncipe tan fuerte
Se precipita á la muerte?

CARDILORO.

Sombra, pues que ya te veo,
Parece que mi deseo,
De que estoy muerto me advierte.
Quién eres, visión, me di,
Y también si muerto estoy?

---

(1) Falta un verso.

VISIÓN.

Hijo, Mandricardo soy,
Aquel que tu padre fuí.
Vencido de amor, salí
Á detenerte y guardarte;
Que el querer precipitarte
No es acto de fortaleza,
Antes parece flaqueza,
Por no sufrirte, matarte.
¿Así afeas mis hazañas,
Con que te he dado el ejemplo?
¿Así de la fama el templo,
De las tuyas acompañas?
Mira que en pensar te engañas,
Que así la fama se adquiere;
Que si vive con quien muere,
Es porque viviendo obró
Lo que muriendo vivió,
Mientras su nombre viviere.

CARDILORO.

¡Ay, padre del alma mía,
Si supieses la ocasión,
Qué diferente opinión
Tu pecho de mí tendría!
Antes pienso que daría
Ánimo igual al valor
De ser tu hijo, en rigor
De tormentos tan extraños.

VISIÓN.

Dímela, pues, que tus años
Ya me dicen que es de amor.

CARDILORO.

Sabrás, generoso padre,
Cuyas heroicas hazañas
Dieron materia á las plumas
De Francia, España é Italia,
Que el Rey de Fez, Maniloro,
Tuvo una hija, á quien llama
Monstruo de belleza el mundo,
Y Clorinarda su patria.
Los dos nos criamos juntos,
Y si las cosas contrarias
Con el trato y amistad
Suelen hallar semejanza,
Donde con igual estrella
La de los dos era tanta,
¿Qué podía proceder
Sino amor y fe tan rara?
Retratábame en sus ojos,
Y ella en mí se retrataba,
Que donde reina el respeto,
Ellos solamente hablan;
Bien es verdad que escribía
El pensamiento sus cartas
Con ellos, que bastan señas
Donde se entienden las almas.
Andaban por el decoro
Que á la grandeza se guarda,
De rebozo los deseos,
De disfraz las esperanzas;
Pero, en fin, tan entendidos,
Que solamente faltaba
Nuestro alegre casamiento,
Cuando la fortuna varia
Quiso que el Emperador
De Oriente, en una batalla
Venciese, por mi desdicha,
Al padre de Clorinarda.
Cautivos fueron en ella,
De la nobleza africana,
Muchos príncipes ilustres,
Entre los cuales, Abdalla,
Un bellísimo retrato
De Clorinarda llevaba,
Porque adoraba pintado
Lo que yo vivo adoraba.
Mostróle al Emperador
Un día que en cierta caza
Fué sujeto la hermosura
De esta bellísima Infanta.
Admirado de mirar
El Emperador la causa
De mi muerte y de la suya,
Dió por la pintura el alma.
Pasados algunos días
Que sus deseos andaban
Concertando mis desdichas,
Entre los dos Reyes tratan
La paz, que ha sido mi guerra,
Pues quedaron confirmadas
Casando al Emperador
Con la bella Clorinarda.
El Rey de Fez se lo dijo;
Mas ella, que no pensaba
Que amor que entre dos se cría,
En casa ajena descansa,
Dió en llorar y en afligirse
Tanto..... ¡Ay Dios! ¿Cómo me bastan
Para tragedia tan triste
Los ojos y las palabras?
¿Diréló? Sí..... Que difunta
Amaneció una mañana,
¡Noche de mi triste vida!
Mira, padre, quién pensara
Que viera mañana el mundo
En cuyos brazos el alba
Me trajera muerto al Sol,
Y mira que con la espada,
Cuando compitió contigo
Rodamonte, Rey de Sarza,
Á mi madre Doralice
Le quitaste, que fué causa
De que yo naciese al mundo.
Para que mi vida larga
Culpes, ya sabes la muerte
De quien tiene muerta el alma.

VISIÓN.

Hijo, los ánimos fuertes
Se hicieron para fortunas
Grandes, si historias adviertes,
Pues hallarás en algunas
Menos venturosas muertes.

¿No es, Cardiloro, mejor,
Que á Clorinarda que adoras
La pierda el Emperador?
¿Con celos su muerte lloras?
No tienes perfecto amor.
Ahora bien, muestra á los cielos
Cuán agradecido estás.

CARDILORO.

¿Tú me das tales consuelos?

VISIÓN.

Por encarecerte más
La condición de los celos.

CARDILORO.

Pues ¿eso me está mejor?

VISIÓN.

Sí, que aunque muerto me ves,
Tengo á Doralice amor,
Y si viviera después,
Fuera mi pena mayor.
En aquella cueva obscura
Vive agora el sabio Ardano:
Allí remedio procura.

Desaparécese, y él queda suspenso.

CARDILORO.

¡Oh sueño ligero y vano!
¿Eres verdad ó pintura?
¿Estoy muerto ó estoy vivo?
Mas si Clorinarda es muerta,
¿De qué luz vida recibo?

El sabio Ardano éntre.

ARDANO.

De Ardano estás á la puerta;
Deja ese llanto excesivo,
Hijo del gran Mandricardo;
Que darte remedio aguardo
Por la virtud de mi ciencia.

CARDILORO.

Del alma lloro la ausencia,
Porque de seguirla tardo.
¿Qué remedio dará medio,
Ardano, á mal tan extraño?
Que de mis penas en medio,
Más quiero el gusto del daño
Que el provecho del remedio.

ARDANO.

Sabe, mancebo animoso,
Que el Emperador de Oriente,
Ya de Clorinarda esposo,
Murió de un vivo accidente,
Basta decir amoroso.
Viéndose, pues, ya cercano
Á la muerte, y que moría
Por aquella hermosa mano,
Cuya hermosura excedía
Todo pensamiento humano,
Quiso que el reino heredase
La mujer que más hermosa
En todo el mundo se hallase,
Para que más á su esposa
Pareciese é imitase.
Que Clorinarda heredaba,
Presumió su loco amor,
Puesto que difunta estaba,
Si la hermosura mayor
De aquel imperio gozaba,
Para lo cual se previenen
De provincias diferentes,
Que acción al imperio tienen,
Mil hermosas pretendientes
Que con arrogancia vienen;
Porque como es la hermosura
De sí misma gloriosa,
Cualquiera dellas procura
Parecer la más hermosa,
De sus méritos segura.
Pero porque te ha de dar
Verlas notable pesar,
En esta cueva que ves
Quiero que encantado estés
Hasta su tiempo y lugar.

Aquí se ha de abrir un lienzo y verse una cueva, con dos salvajes que la guarden, con sus mazas al hombro.

CARDILORO.

Si pudiera haber consuelo
Para mi mal, sabio Ardano,
Sólo fuera el de tu mano,
Entre cuantos tiene el suelo.
Ponme en esta obscuridad,
Pues sin Clorinarda bella
Perdí mi luz y mi estrella,
Mi sol y mi claridad.
Dése el reino á la belleza,
Pues la mayor le perdió
Que para ejemplo crió
La hermosa naturaleza,
De su poder celestial;
Que no quiero ver persona
Que suceda en su corona,
Para que aumente mi mal.

Duérmese Cardiloro.

ARDANO.

Suspende ¡oh, tú, somnífero Morfeo!
Sus tristes ojos con tu ebúrnea vara,
Y duerma entretenido su deseo;
Huye, dorado Apolo, de su cara,
No le despierte el rayo de la tuya,
Ni goce en tanto de la lumbre clara:
Que aqueste encantamiento se concluya,
Y bañe Amor sus alas en olvido,
Templando con la edad la pena suya.
Yo, mientras yace el Príncipe dormido,
Quiero por estas mudas soledades,
De estas bárbaras selvas divertido,
El confuso rumor de las ciudades

Sacudir de los hombros, y á las fuentes
Decir mis pensamientos y verdades,
Seguros de mortales accidentes.

Vase.

Sale Liriodoro, Príncipe de Grecia.

LIRIODORO.

Á ver la más alta prueba
Que la hermosura ha tenido,
Vengo de Grecia, ofendido
De que otra nación se atreva;
Que mi patria el premio lleva
De hermosura; y lo segundo
En que mi justicia fundo,
Es, porque á Grecia se dé,
Que la reina Elena fué
La más hermosa del mundo.

Sale Rolando, Príncipe de Hungría.

ROLANDO.

Quien su reino y patria deja,
Y al Oriente, desde Hungría,
Viene á ver la monarquía
Que la muerte al amor deja,
Si con su edad se aconseja,
Verá hermosuras tan bellas,
Que de sí se pierda en ellas
Y se rinda á imperio ajeno,
Porque está el Oriente lleno
De nuevos soles y estrellas.

Sale Leuridemo, Príncipe de Numidia.

LEURIDEMO.

De Numidia vengo á ver
El más celebrado día
Que la hermosura podía
Fuera del cielo tener.
¡Oh, quién pudiera romper,
Para excusar sus enojos,
Á los deseos antojos,
Y tener con libertad,
Los ojos sin voluntad,
Y la voluntad sin ojos!

Sale un ciudadano.

CIUDADANO.

Valerosos caballeros
Los que venís á esta empresa
De tan remotas provincias
Y de tan extrañas tierras,
Solicitados del gusto
De ver el cielo en la tierra,
Pues parece que á sus campos
Se trasladan sus estrellas:
Sabed que ya los jüeces
Á dar el premio se asientan
Á la mayor hermosura,
Á la más digna belleza
Que el cielo, para milagro,
Hizo con su mano eterna.
Son tantas las que han venido,
Que no sé cómo os refiera
Su peregrina hermosura
La cortedad de mi lengua.
Aquí veréis que no está
La belleza más perfecta
En las facciones hermosas,
Si entre sí se desconciertan,
Sino en hacer armonía
Y dulce correspondencia
Entre sí mismas, que iguales,
Perfecta hermosura engendran.
Aquí veréis que no tiene
La beldad leyes, ni fuerza,
Líneas, medidas, color,
Estampa, ejemplo ó firmeza;
Aquí lo moreno y blanco,
La desigual diferencia
De la color de los ojos,
De rubias ó negras trenzas,
Si en debida proporción
Con las demás partes muestra
Una consonancia igual,
Que es música la belleza,
Hacen perfecta hermosura;
Mas puesto que muchas sean
Las que este premio merecen,
Cuatro la ventaja llevan,
Que le pusieran á Paris
El jüicio en contingencia,
Con más beldad que vió en Troya,
En Venus, Juno y Minerva;
Tanto, que teme el Oriente
Más nuevas armas y guerras,
Y la justicia, indecisa,
Se remite y no sentencia,
Porque como son los ojos,
Que con la beldad se ciegan,
Presidentes de esta Sala,
Y oidores de pocas letras
Los sentidos, engañados
De sus pasiones secretas,
Temen las llamas de Troya
Y las banderas de Grecia.
Es la Infanta de Tartaria,
Lindabella, la primera,
Hermosa como su nombre,
Y dos veces linda y bella;
Tisbe, la Reina de Epiro,
Pudiera hacer competencia
Á la que dejó en el mundo
Tan lastimosa tragedia;
Y la hermosa Mitilene,
De Argenes, es la tercera,
Preciada de este lugar
Por el tercero planeta;
La última, y no en valor,
Es Roselida, de Persia,

Á quien lo galán del traje
No poca hermosura aumenta.
Pero porque vuestros ojos
Quiten á mi corta lengua
El agravio que les hace,
Volved los ojos á verla;
Que como los jueces salen
Á hacer en aquesta selva
Sacrificio al dios de amor
Para que él juzgue cuál de ellas
Le parece más hermosa,
Como se quite la venda,
Si no teme que en mirarlas
Más desgracia le suceda
Que la que lloró por Siques,
Aunque se casó con ella.

Salen Roselida, Tisbe, Lindabella, Mitilene y dos jueces, con música de chirimías.

JUEZ 1.°

Para poder juzgar de la belleza
Con distinción, donde se iguala tanto,
Que se admira de sí naturaleza,
No puede nuestra vista alcanzar cuanto,
Bellísimas señoras, es de esencia
Y en vuestros rostros puso el cielo santo;
Y para que mejor la competencia
Quede en paz, sin agravio, decretamos
Que el dios de amor publique la sentencia.

JUEZ 2.°

Ya que en su templo celebrado estamos,
De músicos, poetas y de amantes,
Donde del suelo al techo le miramos
Lleno de las empresas circunstantes
De canciones, engaños, esperanzas,
De grillos y prisiones de diamantes,
Donde están las mentiras, las mudanzas
Y las lisonjas viles por despojos,
Con las aborrecidas confianzas,
Mire el Amor con sus divinos ojos
Vuestra hermosura, y juzgue á quien se debe,
Para excusar la guerra y los enojos,
Porque quien más le agrade, el premio lleve.

ROSELIDA.

Haga el poderoso Amor
Lo que más quisiere, ya
Que, siendo dios, claro está
Que el interés ó el favor
No le turben el sentido.

TISBE.

Antes amor y afición
Turban mejor la razón,
Pues sabemos que Cupido
Iba á herir cierta hermosura,
Y de ella se enamoró.

MITILENE.

El ser dios, presumo yo
Que la justicia asegura,
Y por lo menos es bien
Que no os quejéis de hombre humano.

LINDABELLA.

Cupido es dios soberano,
Y aunque es dios, ciego también;
Pero puesto que es mejor
Que el mismo Amor nos condene,
La que á ser premiada viene,
Sabrá que enamora á Amor.

ROSELIDA.

Dice muy bien Lindabella,
Juzgue Amor, pues es razón
Que la que le dé pasión,
Ella venga á ser más bella.

ROLANDO.

¿Hay tan divina hermosura?
Si yo hubiera de juzgar,
Ya del primero lugar
Lindabella está segura,
Porque tanta perfección
No consiente competencia.

LIRIODORO.

Si Amor ha de dar sentencia
Con la igualdad que es razón,
¿Quién de cuantas han nacido,
Á Tisbe puede quitar
El premio?

LEURIDEMO.

Si ha de juzgar
Como dios y rey Cupido,
De Lindabella ha de ser
El laurel de la belleza,
Que es en quien naturaleza
Cifró su inmenso poder.

Aquí se han de poner de rodillas los jueces, descubriéndose el templo del Amor.

JUEZ 1.°

Este es el templo santo
De Amor, invictos príncipes, adonde,
Importunado tanto,
Á las humanas lágrimas responde;
Ésta el ara sangrienta
Donde quien ama, el corazón presenta:
Pidámosle que diga
Cuál de los generosos pretendientes,
Sin que le contradiga
La envidia y ambición de los presentes,
Merece coronarse.

LEURIDEMO.

¡Qué cerca está el Amor de enamorarse!

JUEZ 2.°

¡Oh tú, divino hijo
De Venus y del cielo, Amor honesto,
Paz, gloria y regocijo
De quien su vida en tu firmeza ha puesto;
Amor, por quien las cosas
Se aumentan y conservan amorosas!
¡Oh balanza dorada,
Que en peso igual tienes el cielo y tierra,
De quien está colgada
La máquina del mundo, y cuanto encierra

Del uno al otro polo,
Con lazo eterno, inseparable y solo!
Tú que el agua y el fuego,
La tierra, el aire, en su mortal contienda
Conservas en sosiego,
Dime á qué celestial hermosa prenda,
De las que juntas tienes,
Verde laurel coronará las sienes;
Cuál quedará por reina
Del rojo Oriente, y la madeja hermosa,
Donde la suya peina
El claro sol alegre, y victoriosa
Ceñirá, de amarantos,
Flor que dura inmortal por siglos tantos.

Abriráse en lo alto una nube, de donde baja el Amor sentado en un trono de resplandor, con su arco y flechas.

CUPIDO.

De vuestro justo celo
Movido con razón, bajo á la tierra
De mi tercero cielo,
Viendo la pena y confusión que encierra
El estar tan remotos
De la verdad por diferentes votos;
No sólo á revelaros
Á quién daréis el premio juntamente,
Mas también á mostraros
La que ha de ser emperatriz de Oriente;
Que la tengo en mi cielo
Para que como sol dé luz al suelo.
Sal, pues, divina Aurora,
Hija del sacro Júpiter que reina
En cuanto Febo dora;
Sal para ser emperatriz y reina
Del luminoso Oriente,
Donde corone el sol tu hermosa frente.

De otra nube la ninfa Aurora en un trono, muy rica, y luego Amor prosiga, señalándola:

Ésta que veis es dina
Del premio de hermosura y gentileza,
Tan perfecta y divina,
Que luego que formó naturaleza
Su rostro, se detuvo,
Rompió la estampa y admirada estuvo.
Ésta, del soberano
Júpiter hija, y de aquel Sol aurora,
Que es su divino hermano,
Es la que juzgo que merece agora
El premio de hermosura
Que vuestras diferencias asegura.

JUEZ 1.°

Seguramente puedes,
¡Oh Amor! no ciego ya, sino con lumbre
Pura, en que al sol excedes
En la mitad de su dorada cumbre,
Decir que el premio demos
Á sus raros y angélicos extremos.
No sólo del Oriente
Merece el lauro su hermosura rara,
Mas hasta el Occidente,
Si este imperio á sus límites llegara,
El laurel mereciera,
Y contigo reinar sobre tu esfera.
Tome el Real asiento
Y dale de tu mano la corona.

CUPIDO.

Ya coronar intento
De Aurora bella la Real persona:
Dad aplauso, mortales,
Á la luz de sus ojos celestiales.

Aquí, puesta en el asiento Aurora, la coronará el Amor de una corona de flores y de diamantes, diciendo así:

Esta corona es digna
De tu divina frente.

AURORA.

Amor, yo te agradezco
El honor que me ofreces.

CUPIDO.

Si á otras frentes honran
Los lauros siempre verdes,
Tú, soberana Aurora,
Das honra á los laureles.

AURORA.

Por tu merced, Amor,
Que es propio de quien eres
Hacer á quien te sirve
Generosas mercedes.

JUEZ 1.°

¡Oh, hija del gran Júpiter,
Plega al cielo que bese
Tu pie la tierra toda,
Desde Oriente á Occidente,
Y que las más remotas
Provincias que el sol tiene,
Sus más preciosas joyas
Intenten ofrecerte!
Tiro te ofrezca granas
De los purpúreos peces
Que cría el mar Fenicio,
Como adivina Fenis;
De sus preciosas minas,
En sus venas lucientes,
El oro crespo y rojo
Te ofrezca Arabia féliz.

JUEZ 2.°

Ceilán te dé rubíes,
Y el Sur perlas que crecen
Á la lluvia del nombre
Que como Aurora tienes;
Sabá de sus olores
El pavimento siembre
De los ricos estrados
Adonde sol pareces;
Persia sus varias sedas,
Que tu hermosura alegren;
La China sus labores
En joyas diferentes.

Góceste largos años
Con el Sol que mereces,
Y el gran Júpiter vea
Tus claros descendientes,
Que á mil reinos é imperios
Darán reinas y reyes
De quien el mundo sea
Vasallo para siempre.

Con esto se levanten con música, en las nubes, Cupido y Aurora; los jueces se entren, y los príncipes y reinas que allí se han estado mirando á solas, digan así:

ROLANDO.

Ó ha sido por la ocasión
De haber el Amor venido,
Que adonde asiste Cupido
Ha de reinar su pasión,
Ó los bellos ojos son
De Lindabella tan bellos,
Que voy muriendo por ellos:
Si la puedo acompañar,
Acabaré de abrasar
Mis pensamientos en ellos.

TISBE.

Ya que el premio justamente
Se ha dado á la bella Aurora,
Y de su corona agora
Queda más rico el Oriente,
Nuestra partida se intente,
Bellísima Roselida.

ROSELIDA.

El ser tan bien merecida
De Aurora, me da consuelo;
Vamos, y guárdela el cielo
Cual merece su hermosura.

LIRIODORO.

Bonanza el mar asegura,
Y sus olas cuaja en hielo,
Que, como á sus ninfas bellas,
Hace sendas de cristal,
Con árboles de coral,
Para que paséis por ellas;
Y aunque podéis ser estrellas
Y nortes de vuestras naves,
Para peligros más graves
Dadme licencia que vaya
Hasta la persiana playa,
Que os quiero hacer compañía.

TISBE.

El amor me da osadía (Aparte.)
Mas el temor me desmaya;
Pero quiero aventurarme
Y decir á Liriodoro
Que, con debido decoro,
Puede á Epiro acompañarme.
Pues queréis, señor, honrarme.
Doy á vuestra cortesía
Licencia.

ROSELIDA.

En tal compañía,
Segura navegarás.

LIRIODORO.

Y yo lo iré mucho más,
Pues tal estrella me guía.

Váyanse Roselida, Tisbe y Liriodoro.

LEURIDEMO.

Quiero en la corte de Aurora
Quedarme por Lindabella,
Que no vivirá sin ella
Quien en sus ojos adora.
Ya que del alma, señora,
Por reina la coroné,
Bien es que asista y esté
Donde el cielo de su vista
Prometa dulce conquista
Para mi firmeza y fe.

MITILENE.

Bien pudieras excusar
Estas hazañas, Amor;
Pero ¿cuándo tu furor
Á la razón dió lugar?
Si Leuridemo ha de estar
En la corte, y por ventura
Ciego de alguna hermosura
De las que han venido aquí,
Partirme será mi fin (1),
Quedarme será locura.
Pienso, pues que son los ojos
Claros testigos de amor,
Donde nunca el amador
Supo encubrir sus enojos,
Que le vi rendir despojos
A la belleza y victoria
De Lindabella, su gloria.
Pues, ¿qué fin mi amor alcanza,
Pues quedo sin mi esperanza,
Ó me voy sin su memoria?
Quedarme á ver que es ajeno,
Es insufrible experiencia,
Y el irme á morir de ausencia,
¿Para qué puede ser bueno?
Entrambas cosas condeno:
Si es fuerza determinarme,
Ni sea irme ni quedarme;
Pero, sin quedarme ó irme,
Si amor se quiere estar firme,
¿Cómo podré remediarme?
Pero bien será probar
Á quedarme donde vea
Si á Lindabella desea,
Que amor me dará lugar;
Y si me quiere matar,
Mejor es ver el veneno,
Que llevando el pecho lleno
Entretener el dolor;
Que pocas veces amor
Cura con remedio ajeno.

(1) Falta la rima.

ACTO SEGUNDO.

Sale Leuridemo.

LEURIDEMO.

Mucho os debo, pensamiento,
Por la gloria que me dais
Cada vez que imagináis
La causa de mi tormento.
Y es tanta la obligación
En que de esto me ponéis,
Que os suplico que me deis
Nuevo tormento y pasión;
Que cuanto mayor me dais
Por la causa el sentimiento,
Á más agradecimiento
Mi corazón obligáis.
No me deis males pequeños,
Que la causa agraviaréis;
Que de ellos basta que deis
Aquellos ojos por dueños.
Y no me deis esperanza,
Que ofenderéis su valor;
Dadme respeto y temor
De que la vista os alcanza;
Porque donde vos pensáis
Que es imposible conquista,
Llegue temiendo la vista,
Puesto que vos la lleváis;
Que de vos mil veces temo
Que me habéis de despeñar.

Sale Rolando.

ROLANDO.

Siempre en aqueste lugar,
¡Oh famoso Leuridemo!

LEURIDEMO.

Rolando, en esos balcones
Hay, como en el cielo, estrellas.

ROLANDO.

Y vos miraréis por ellas
Las altas inclinaciones
Que por vuestro nacimiento
Vuestro pensamiento cría.

LEURIDEMO.

No sabe de astrología,
Rolando, mi pensamiento;
Aunque hay estrellas aquí
Que los infunden tan altos,
Que vienen á quedar faltos
Mis pensamientos en mí.
Subió al sol un atrevido
Mozo, y en la mar cayó,
Y de aquellos ecos yo
Temo el sol y no he subido.

ROLANDO.

Si fiárades de mí
Lo que yo de vos fiara,
Al sol os acompañara.

LEURIDEMO.

Mi alma es dédalo en mí;
Pero de plumas de cera
No me quiero confiar;
Que el sol se puede enojar
De que yo suba á su esfera.
Y esto baste para ser
Vos y yo grandes amigos.

Sale Mitilene.

MITILENE.

¿Para qué busco testigos
Más abonados que el ver,
Si Leuridemo no sale
De los palacios de Aurora?
Lindabella le enamora,
Poco el secreto le vale.
¡Oh, qué mal se encubre amor!
¿Dónde habrá discreto pecho
Que en llegando á darle lecho
No diga que es su señor?
Este asistir á mirar
Y este mirar siempre firme,
¿Qué no podrán persuadirme
Y qué no podrán matar?
¡Qué falsos están aquí
Estos dos competidores,
Encubriendo sus temores,
Descubiertos para mí!
Los celos sirven de espías,
Aunque de ordinario ven
Lo que no les está bien:
Tales son las penas mías.
Ya me falta la paciencia,
Porque amar sin esperanza,
En otros pone mudanza,
Y en mí solicita ausencia.

LEURIDEMO.

Tengo, Rolando, que hacer;
Si otra cosa no mandáis.....

ROLANDO.

¿Por qué el terrero dejáis?

LEURIDEMO.

Por ver le dejo y no ver.

ROLANDO.

¿Ver y no ver? ¿De qué modo?

LEURIDEMO.

Si veo lo que no quiero
Y no veo lo que espero,
¿Puede ser?

ROLANDO.

Posible es todo.

LEURIDEMO.

Guárdeos el cielo.

ROLANDO.

Y os dé
La dicha que deseáis.

Váyase Leuridemo.

MITILENE.

Ojos, ya sin luz quedáis,
Que con vuestro sol se fué.

ROLANDO.

Señales trae de favor
Leuridemo, ó yo me engaño;
Que siempre del propio daño
Es astrólogo el temor.
¡Ay, celos, sombra que sigue
Al amor! ¡Qué bien os nombra
Mi temor! ¡Del amor sombra
Que siempre al dueño persigue!
Pues si cuando el sol es menos,
Entonces la sombra es más,
¡Cuán lejos, amor, estás
De aquellos ojos serenos!
Tanto mayores serán
Mis celos, y si los temo
Del favor de Leuridemo,
Bien hacen si tras él van.
Quiero ser su sombra, en fin;
Que pienso que Lindabella
Saldrá con Aurora bella
Al campo deste jardín.
Allí quiero ver si es cierto
Este mi nuevo temor.

Váyase Rolando.

MITILENE.

¿Qué navegas, loco amor,
Á donde es la muerte el puerto?
Leuridemo sirve aquí
Á Lindabella. ¿Qué espero?
¿No te afrentas de que quiero
Á quien no me quiere á mí?
No son éstas las victorias
De que te debes honrar,
Que antes pueden afrentar
La majestad de tus glorias.
Pero si yo hija soy
De la gran sabia Cirsea,
Y del bien que me desea
Como madre, cierta estoy,
¿Por qué no voy á pedir
Remedio para mis daños,
Pues ya de mis desengaños
No le puedo conseguir?
Su ciencia es rara en el mundo;
Tiembla de su nombre el suelo,
Y desde el octavo cielo
Hasta el abismo profundo,
No hay espíritu en su centro
Que su imperio no obedezca,
Temiendo que resplandezca
El sol luminoso dentro.
Tesalia y sus hechiceras
Le rinden parias. ¿Qué aguardo?
¿Por qué en partir me acobardo
Á las obscuras riberas
Del mar, en cuya montaña
Cirsea, mi madre, habita,
Pues el amor facilita
La más peligrosa hazaña?
Vamos donde muerta quede
Mi pena, ó del alma salga,
Para que la industria valga
Donde la fuerza no puede.

Váyase.

Entre Gosforostro, salvaje, con otros dos capitanes suyos, Bramarante y Solmarino.

GOSFOROSTRO.

La paz deseo en este imperio mío,
Famosos capitanes, admitiendo
Que no de la extranjera me desvío,
Porque sólo en mi tierra la pretendo:
En todo mi remoto señorío,
Quiero que vais los dos reconociendo
Si pacíficos vienen mis vasallos,
Que quiero blandamente gobernallos.
Á ninguno consiento, aunque más grande,
Que mate al que tuviere menos brío,
Sino que á caza por los montes ande,
Ó que pesque en la margen de ese río.
Matar las aves y los peces mande
En tierra y mar, que aqueste es gusto mío,
Mas no los hombres, que aunque somos fieros,
Sólo quiero que coman extranjeros.
Si el monte y mar trajere alguna nave,
Con su virtud repártase la gente;
Déseme á mí la parte que me cabe,
Y del resto la plebe se contente.

BRAMARANTE.

Ya, Gosforostro invicto, el reino sabe
Que tu grandeza heroica no consiente
Que se puedan comer unos á otros.

GOSFOROSTRO.

Esto que digo ejecutad vosotros;
Castíguense en mi reino los que hicieren
Agravios, sinrazones, malos tratos,
Y los que hacienda ajena entretuvieren,
Con los que son al beneficio ingratos,
Los que á la voluntad correspondieren
Con deslealtad de fe, siendo retratos
De las víboras fieras, y no haya
Quien con temor por estos montes vaya;
Todos anden seguros y contentos,
Sin queja, sin envidia y sin disgusto.

SOLMARINO.

Son de príncipe heroico tus intentos.

BRAMARANTE.

Del pueblo tienes el aplauso y gusto.

SOLMARINO.

Todos están á obedecerte atentos.

BRAMARANTE.

Cuando es el que gobierna igual y justo,
Obliga á ser amado y ser temido.

GOSFOROSTRO.

Á la parte del mar siento rüido.

BRAMARANTE.
Detrás de aquellas peñas que están solas
Dentro del agua, suenan voces graves.
SOLMARINO.
Con algunas tormentas y ventolas,
Allí se rompen extranjeras naves.
GOSFOROSTRO.
Tal se muestra en la furia de las olas.
BRAMARANTE.
Presto verás que como hambrientas aves
Acuden los que vieren su rüina
Á los que arroje el agua á la marina.

Dentro se descubra una media nave, con sus velas, y en ella Tisbe, Roselida y Liriodoro.

LIRIODORO.
¡Amaina, amaina! Pero ya, ¿qué importa?
Mísera nave, con la peña embiste.
¡Corta esos cables, esas jarcias corta!
ROSELIDA.
Ningún remedio humano la resiste.
LIRIODORO.
Tisbe mía, las lágrimas reporta.
TISBE.
Perdidos somos, Liriodoro.
LIRIODORO.
¡Ay, triste;
Que las ninfas del mar, de envidia tuya,
Quieren que nuestra nave se destruya!
ROSELIDA.
Ya se rompe. ¡Ay de mí!
TISBE.
Ya se va á pique.
¡Cielos, favor!
LIRIODORO.
No siento ya mi muerte,
Pues no hay remedio que á la tuya aplique.
TISBE.
Ni yo perderme á mí, sino perderte.

Vuélvase á cubrir la nave, como que se pierde.

GOSFOROSTRO.
No os espantéis que el gozo signifique
De ver que el fiero mar sus cuerpos vierte.
Ten cuenta, Bramarante, con los vivos.
BRAMARANTE.
Hoy tendrás, gran señor, bellos cautivos.

Sale Tisbe huyendo.

TISBE.
Poblada está la ribera
De fieros monstruos salvajes,
Que ya en sus bárbaros trajes
Amenazan muerte fiera.
¿Por dónde me esconderé?
Pero allí he visto una cueva.
¡Cielos, á piedad os mueva
Mi vida! En ella estaré
Hasta ver si vive ó muere
Liriodoro.

Salen con Liriodoro y Roselida cautivos.

SOLMARINO.
No temáis,
Cautivos; conmigo vais.
LIRIODORO.
¿Qué habrá que tema ó que espere
Quien en tanto mal se mira?
SOLMARINO.
¿Qué buscas? ¿Qué estás mirando?
LIRIODORO.
El alma que va faltando
De este pecho que ya expira.
¡Ay, Tisbe! ¿Dónde te fuiste?
¿Eres muerta, por ventura?
¿Fué la mar tu sepultura,
Y en sus ondas te pusiste?
¿Qué Oriente vas á alumbrar?
¿Qué sol de tan alta esfera
Transponerse no pudiera
Menos que en tan alta mar?
ROSELIDA.
No te aflijas, Liriodoro,
Que pienso que se escondió.
LIRIODORO.
Ella viva y muera yo,
Que sola su muerte lloro.
BRAMARANTE.
Poderoso Gosforostro,
Aquí en tu presencia están
Este mancebo galán,
De noble y hermoso rostro,
Y esta dama que á la luna
Hace ventaja en belleza;
Dignos son de tu grandeza
É indignos de su fortuna;
Mas justamente se emplean
En tu valor generoso.
GOSFOROSTRO.
Bramarante belicoso,
Los dos bien venidos sean;
Que la dama podrá ser
Mi esposa, y él será el plato
De nuestra boda.
LIRIODORO.
¿Este trato,
Bárbaros, soléis hacer
Á los pobres extranjeros
Perdidos en vuestra playa?
Pero como libre vaya
De vuestros intentos fieros
Aquella hermosa señora,
Tomad venganza en mi vida,
Á su belleza ofrecida
Por el alma que la adora.
GOSFOROSTRO.
¿De dónde eres?
LIRIODORO.
Yo solía

Ser de Grecia, hasta que fuí
Del dueño que vive en mí
Para tanta dicha mía.

GOSFOROSTRO.

¿Cómo es tu nombre?

LIRIODORO.

No sé;
Liriodoro me llamaba
Cuando aquel sol sustentaba
Entre sus rayos mi fe.

GOSFOROSTRO.

Y tú, ¿quién eres?

ROSELIDA.

Persiana
Soy de nación.

GOSFOROSTRO.

¿Y tu nombre?

ROSELIDA.

Roselida.

GOSFOROSTRO.

Luego el hombre
Se sacrifique á Diana,
Como en estas soledades
Ya por costumbre tenemos
Todos los años.

SOLMARINO.

Juntemos
Tus vasallos y ciudades
Para que se sacrifique
Este mancebo en el templo
De Diana, para ejemplo
Que en el mundo se publique,
Causando justo temor
Y escarmiento á los extraños.

GOSFOROSTRO.

Como en los pasados años,
Se guarde el mismo rigor.
Poned en cárcel obscura
Los presos, y haced juntar
La gente al templo y altar
De la diosa casta y pura,
Á quien haremos después
Un solemne sacrificio.

SOLMARINO.

Tendrás su favor propicio
Como la muerte le des
Sobre sus cándidas aras.

GOSFOROSTRO.

Yo haré que su mármol vuelva
Jaspe su humor.

LIRIODORO.

Verde selva
Que mi bella Tisbe amparas,
Si es que en tus árboles vive,
Defiéndela de estos fieros.
Y tú, esposa, los postreros
Espíritus míos recibe,
Envueltos en este llanto.

ROSELIDA.

¡Ay, Liriodoro! Si dejas
Que me desmayen tus quejas,
No dure mi vida tanto.

LIRIODORO.

Pues ¿podrá darte consuelo
Un triste que va á morir?

ROSELIDA.

Lo mismo quiero pedir
Á la inclemencia del cielo:
Muera sin Tisbe y sin ti.

LIRIODORO.

Tisbe, después que yo muera,
Mi fe pura y verdadera
Quedará por alma en mí.

Ellos entren, y Tisbe salga.

TISBE.

¡Ah, qué mal hice en huir
De la muerte y del cuchillo
Que amenazaba mi cuello,
Ya de más tormentos digno!
¡Oh, qué arrepentida estoy
De haber los pasos seguido
De aquel natural temor
Á que sujetas nacimos!
Más puesto en razón estaba
Haber al esposo mío
Acompañado en la muerte,
Que no vivir como vivo.
¿Adónde voy? ¿Qué intento? ¿En qué confío,
Que ni la vida ni la muerte sigo?
Turbadas ondas del mar,
En cuyos salados vidrios
Fían su vida los hombres,
Siendo tan cierto el peligro;
Si fundé mis esperanzas,
Antes que os hubiese visto,
En vosotras y en el viento,
Injustas quejas os digo.
Pero ya que á tantos disteis
Puerto ó muerte, ¿cómo he sido
Tan desdichada, que aun esto
No he merecido pediros?
¿Adónde voy? ¿Qué intento? ¿En qué confío,
Que ni la vida ni la muerte sigo?
Ásperos montes, que estáis,
Tanto como el tiempo, antiguos,
Contemplando eternamente
Desiguales edificios,
¿Qué tengo de hacer, viviendo
Vuestros cóncavos y riscos,
Adonde el eco responde
Para doblar mis suspiros?
¿Qué vida será la mía
Entre estas hayas y pinos,
Donde solas fuentes hay,
Y son de los ojos míos?
¿Adónde voy? ¿Qué intento? ¿En qué confío,
Que ni la vida ni la muerte sigo?
Pero quiero entretener
La vida, por ver si es vivo
Mi esposo; que el vivir yo,

De que él vive es claro indicio.
Saldré de noche á estos campos:
Por ventura, á mis oídos
Traerá su voz el silencio
Desde aquel roto navío,
Ó ya puede ser también
Que tenga él cuidado mismo,
Y nos hallemos los dos.
Mas todos son desatinos;
Que un triste, con los bienes que ha fingido,
Pasa los males con algún alivio.

Vase.

Salen Lindabella y Aurora.

AURORA.

Mucho me alegro de oir
Las alabanzas de amor.

LINDABELLA.

El recato, en su favor,
No me las deja decir,
Aunque en estas soledades
Bien puede la voluntad
Hacer á amor amistad,
Que es alma de voluntades.

AURORA.

No dudo que amor honesto,
Hijo legítimo y santo,
Del cielo merezca tanto.

LINDABELLA.

Plega á Júpiter que presto
Veas, bellísima Aurora,
Con merecimiento igual
Lograr el bien celestial
Que esa hermosura atesora.

AURORA.

Y yo, Lindabella, á ti,
Con el contento que esperas.

Sale Leuridemo, siguiéndolas.

LEURIDEMO.

¿Dónde está, verdes riberas,
Aquel sol que vive en mí?
Si os pisa, dichosas flores,
Presto la senda veré,
Que yo aseguro que esté
Con diferentes colores.
¡Mostrádmela, claras fuentes;
Que sus rayos celestiales
Harán en vuestros cristales
Espejos resplandecientes!
Aves sonoras que hacéis
Á su venida la salva
Con más contento que al alba,
Pues que por sol la tenéis,
Decidme en vuestras canciones
Dónde Lindabella está;
Así viváis libres ya
De lazos y de traiciones.
Riberas, flores y fuentes,
Aves, ¿dónde está? ¡Ay de mí!
¿No es aquella fuente? Sí,
Pues ríen vuestras corrientes.
Flores, pues de vuestras hojas
Olor divino espiráis;
Riberas, pues os bordáis
De mil clavellinas rojas;
Aves, pues cantáis al son
Del agua .... Mas ¿quién está?
Aunque ¿quién será (1)
Con tan alta perfección,
Sino es la divina Aurora?
Esconderme quiero aquí.
Árboles, ¡doléos de mí!
Ramas, ¡encubridme agora;
Que os prometo de escribir
Mi amor en vuestras cortezas,
Porque os hagan sus firmezas
Eternamente vivir!

Escóndase Leuridemo.

AURORA.

Prosigue tu historia.

LINDABELLA.

Luego,
Bella Aurora, que yo vi
Á Leuridemo.....

LEURIDEMO.

De mí
Hablan. ¡Ay, céfiro, ruego
Á tu viento favorable,
Padre y autor de las flores,
Que me traiga los favores
Que de mis firmezas hable;
No pierda palabra alguna,
Que me va la vida en ellas!

LINDABELLA.

Ó fué por nuestras estrellas
Mirarse en igual fortuna,
Ó accidente que causó
Su gentileza, aunque temo
Decirlo, que Leuridemo
El corazón me llevó.
No sé si digo verdad,
Pues lo que se da no es bien
Decir que se lleva.

LEURIDEMO.

¿Á quién
Mostró amor tanta piedad?

LINDABELLA.

En fin, yo quedé sin él,
Que esto sé yo que es muy cierto.

LEURIDEMO.

¡Dichoso yo!

LINDABELLA.

En fin, no acierto
Á saber si estoy con él.
Parece que le ha tocado
Amor con su piedra imán:
Tras él mis ojos se van,

(1) Verso corto.

Y tras ellos mi cuidado;
Tras el cuidado la vida,
Tras la vida la esperanza.

AURORA.

Quien tanta victoria alcanza,
Ya la tendrá merecida.

LINDABELLA.

No sé yo, querida Aurora,
Si él me paga.

LEURIDEMO.

¡Oh, quién saliera,
Y atrevido la dijera
Si la paga quien la adora!
¡Pensaldo bien, pensamiento,
Porque en tanta honestidad
Se ofende la voluntad
Del mismo agradecimiento!
¡Callad vos, y agradecido,
Os baste á solas saber
Que, aun queriendo agradecer,
No habéis de ser atrevido!
¡Bástele al alma que sepa
De esta suerte su victoria,
Que será corta la gloria,
Como en sus límites quepa!
Que aunque es el alma infinita,
En publicando el favor,
Parece que del valor
Alguna parte se quita.

AURORA.

Prosiguiendo tu deseo,
Por la margen de esta fuente
Iremos más fácilmente
Á aquellos prados que veo,
Llenos de hermosas colores,
En cuya esmaltada falda
Quiero hacer una guirnalda.

LINDABELLA.

Vamos, que entre tantas flores,
Narcisos te dan aviso
De cómo te has de mirar.

AURORA.

Segura estoy de llorar
La presunción de Narciso.

Vanse las dos, y Leuridemo diga:

LEURIDEMO.

Jardines, que á los hibleos
Y celebrados pensiles
Hacéis notoria ventaja,
¿Adónde mejor que en Chipre
Pudiera coger Amor
Azucenas y jazmines,
Violetas, claveles, rosas,
Minutisas y alhelíes?
Campos fértiles y alegres,
Á cuyos arroyos libres
Hacen los lirios doseles,
Del sol caluroso eclipse,
Cantad mis dichas, que en vosotros vine
Á ser fénix de amor cuando era cisne.
Pensaba yo que cantaba
De mi amor trágicos fines,
Y renací como fénix
En Arabias más felices,
Pues de los más bellos labios
Que el cielo en púrpura tiñe,
Oigo palabras tan dulces,
Que me abrasan y me rinden.
Árboles, ríos y fuentes,
Cuantas tiene y cuantas ciñe
Este dichoso horizonte;
Campos de verdes matices,
Cantad mis dichas, que en vosotros vine
Á ser fénix de amor cuando era cisne.
¡Oh, plega á Dios, Lindabella,
Que en las palabras que dices
Estés firme, que no importa
Ser linda si no eres firme;
Y sí serás, pues es cierto
Que sabrá Amor persuadirte,
Que á una cosa tan perfecta
La inconstancia contradice.
Vamos, dulce pensamiento,
Donde su vista confirme
Este favor; y vosotros,
Campos que su voz oisteis,
Cantad mis dichas; que en vosotros vine
Á ser fénix de amor cuando era cisne.

Vase.

Sale Mitilene.

MITILENE.

Si en la memoria mía
No faltan las pasadas,
Este es el monte y la espantosa cueva.
Aquí vivir solía,
Y entre estas coronadas
Peñas de nieve, á quien el austro prueba
Hacer con fuerza nueva
Á las nubes iguales,
Y que más bajas que ellas
Parezcan las estrellas,
Y que en sus pavimentos celestiales
Toquen sus blancas puntas,
Ellas y el sol resplandeciendo juntas;
Aquí mi madre amada,
Á quien teme el abismo,
Y entre las turbias aguas de Aqueronte,
En eterna morada,
Castigo de sí mismo,
Aquel gigante, aquel feroz Tifonte,
Que de uno en otro monte
Pensó llegar al cielo;
Aquí con sus conjuros
Rompe los fuertes muros
Donde, llorando Orfeo,
Suspendió las corrientes del Leteo.
¡Ay, Dios! ¿Seré atrevida

Para llamarla agora
Y contarle la causa de mis males,
La súbita venida
Desde el reino en que Aurora
Corre al sol las cortinas orientales?
Mas en penas iguales,
¿Qué duda mi deseo,
Si aquel músico amante
Las puertas de diamante
Abrió con menos llanto, pues me veo,
Por tan nuevo accidente,
Como Aretusa, convertida en fuente?
¡Oh tú, querida madre!
¡Oh gran sabia Cirsea!
Si no han borrado los ligeros años
El amor de mi padre,
Ya que á Circe y Medea
Vencen en el imperio tus engaños,
Á reparar mis daños
Sal de esa cueva obscura;
Duélete, madre mía,
De la dulce porfía
Con que el tirano Amor vencer procura
Las fuerzas del sentido
Que á pedirte remedio me ha traído.

Sale la mágica Cirsea vestida de velos de plata negros, con una vara de plata.

CIRSEA.

¿Quién es el arrogante
Que donde el sol apenas
Osa llegar con su licencia eterna,
Ni la luna inconstante,
Con plantas de luz llenas,
Á la sombra fatal de mi caverna,
Cuando veloz gobierna
Su plateado carro,
Que ha llegado á mis puertas,
Á sólo Amor abiertas?
¿Qué César, qué Alejandro tan bizarro?
Porque sin duda es loco
Quien su vida y mi ciencia tiene en poco.

MITILENE.

Querida madre mía,
¿Es posible que puede
Borrar de tu memoria el tiempo injusto
Á aquella que solía
(Si tanto amor concede)
Ser el espejo de tu mismo gusto?
¿Parécete que es justo
El haberme olvidado?

CIRSEA.

¡Oh amable Mitilene!
¿Es posible que viene
Á mis obscuras peñas tu cuidado?
¿Con qué pasos subiste
Adonde al sol la entrada se resiste?
¿Qué causa tan urgente
Movió tu débil planta
Á tan nuevo aunque justo atrevimiento?

MITILENE.

¡Ay, madre! Un accidente
Pudo con fuerza tanta,
Turbado mi seguro entendimiento,
Mover mi pensamiento.

CIRSEA.

Pues si sabes la mía,
¿Qué dudas de decirle?

MITILENE.

Quisiera yo encubrirle,
Mas cuanto más resisto, más porfía:
Escucha, pues, si quieres.

CIRSEA.

¿Cuánto va que es amor?

MITILENE.

¡Qué sabia eres!
Sabrás, querida Cirsea,
Que en una manda amorosa
Del testamento de Lido,
Que muerto el Oriente llora,
Mandó, por morir de amor,
Que á la mujer más hermosa
Del mundo, en oposición,
Diesen la oriental corona.
Acudieron al laurel
De aquesta gloria, ambiciosas,
Muchas gallardas princesas
De todas las cinco zonas,
Hasta de la Arabia féliz
Y de la China remota,
Viendo otra vez el Oriente
Ejércitos de amazonas.
No se olvidaron los hombres
De la empresa generosa,
Porque la curiosidad
Cubrió los mares de flotas
Y los caminos de gente
En escuadras belicosas,
Que juntas hicieran breves
Los muros de Babilonia.
Llevóme también á mí
Aquella luz engañosa
De los espejos, que han hecho
Más que retratos lisonjas;
No porque yo confiase
Que fuera en el mundo sola,
Pero por ver y ser vista,
Que ha costado tantas honras.
Vi divinas hermosuras
En mil damas y señoras
Que con diversos pinceles,
Por testigos de sus obras,
Hizo el Apeles del cielo,
Y que diferentes todas,
Blancas, morenas, trigueñas,
Con jazmines ó con rosas,
Con ojos garzos ó azules,
Con trenzas negras ó rojas,
Por sus caminos tenían
Hermosura milagrosa.
Admirados los jüeces

É indecisa la victoria,
Con sacrificios á Amor
Piden la más digna escoja.
Rompe Amor las claras nubes,
Y de donde el sol las borda,
La bella Aurora desciende,
Y da Amor el premio á Aurora.
Es hija Aurora divina,
De Júpiter, tan heroica,
Que honró con su hermosa frente
La envidiada laureola.
No le replicó ninguna;
Ninguna, madre, se enoja;
Que á la verdad invencible,
Toda pretensión se postra.
Mas ¿para qué te rodeo
Con tantas distintas cosas,
Madre, mi mal, si es mi mal
El que á las dos nos importa?
Ya es tiempo ¡oh madre! que el alba
El justo silencio rompa,
Y te diga..... ¡ay Dios, que tiembla
De trasladarle á la boca!
Entre aquellas hermosuras
De príncipes, la persona
De Leuridemo.....

CIRSEA.

¿Qué tardas,
Y el hilo á la historia cortas?
¿Tú no ves que hablas conmigo?

MITILENE.

Digo, madre, que aprisiona
Leuridemo mis sentidos;
Quiero decir, me enamora.
¡Ay, si le vieras, qué presto
Disculparas mis congojas,
Mis ansias y mis suspiros!

CIRSEA.

Dime que te agrada, y sobra
Para ser único al mundo;
Que aquello que se conforma
Con el gusto, Mitilene,
Lo más hermoso se nombra.
Pero bien: ¿hay más que amarle?

MITILENE.

¡Ay, madre, que fueran pocas
Mis penas si sólo amara!

CIRSEA.

¿Cosa que vengas celosa?

MITILENE.

Si amor es sol, claro está
Que serán los celos sombra.

CIRSEA.

¡Gran mal tienes!

MITILENE.

Y mayor
De lo que piensas agora,
Porque tiene el pensamiento,
Leuridemo, puesto en otra.
Dígolo así, porque temo
Nombrarla. Pero ¿qué importa?
Á Lindabella, Cirsea,
El Rey de Numidia adora,
Y aunque no se han declarado,
Y la honestidad reporta
Sus pensamientos, los ojos,
Como libros de memoria,
Van apuntando deseos,
Pretensiones amorosas,
Sentimientos y esperanzas;
Tanto, que si tú no cobras
Mi seso, perdido en celos,
Mi muerte será notoria.

CIRSEA.

Suspende el llanto, que agravias
Mi ciencia y amor, dos cosas
Que sólo igualarse pueden.
Poned mis dragones ¡hola!
Al carro negro, en que espanto
Las celestiales antorchas;
Que habemos de ir yo y mi hija
Al Oriente, donde á solas
Hablemos á Leuridemo.

MITILENE.

Como tú la mano pongas
En mi remedio, estoy cierta
Que la más rebelde roca
Volverás en blanda cera.

CIRSEA.

Deja que los aires corra;
Que yo pondré en Leuridemo,
Con mi ciencia poderosa,
Olvido de Lindabella,
Y de tu gusto memoria.

ACTO TERCERO.

Salen Rolando y Celio, criado suyo.

ROLANDO.

Si á tanta desdicha llego,
Bien puedo decir que alcanza
Más de viento mi esperanza
Que tiene mi amor de fuego;
Porque el fuego que sentí
Desde el primero accidente,
Y el que ahora el alma siente,
Aunque es grande, cabe en mí.
Pero mi loca esperanza,
Como tiene fundamento
Sobre las alas del viento,
Toda su región alcanza.
¡Ay de mí! Celio, ¿qué haré?

CELIO.

Mucho siento tu dolor,
Y más de ver sin favor

Crecer tu firmeza y fe;
Que como las plantas crecen
Con la lluvia celestial,
Es al amor natural,
Con el favor que le ofrecen
Crecer su verde esperanza,
En que la firmeza estriba;
Que no es posible que viva
Con desdén y sin mudanza.
Mas tú, que monstruo de amor
Quieres por blasón tener,
Hacer pretendes crecer
La esperanza sin favor.

ROLANDO.

Aun ese mal, Celio amigo,
No hace al que sufre necio,
Si no trajera el desprecio
Más enemigos consigo.
Celos, Celio, que dijera
Mejor infiernos de amor,
Me han puesto en tanto rigor.

CELIO.

Pues dime, señor, ¿qué espera
Un amante despreciado,
Celoso y mal admitido?

ROLANDO.

Ver en qué para su olvido,
Pues no para mi cuidado.
Hay, Celio, algunos caminos
De perderse, tan extraños,
Que estima un hombre los daños
Como remedios divinos.
La beldad de Lindabella,
. . . . (1).
Que no estimo el mal que viene,
Padeciéndole por ella.
Antes me pesa aquel día,
Celio, que me va más bien,
Porque su mismo desdén
Es prueba de mi porfía.
Con ser mis males mortales
Voy con ellos tan igual,
Que sólo tengo por mal
Ver que se acaben mis males.
Y mis penas, que aun apenas
Tengo las que voy buscando,
Las voy despacio penando
Porque no me falten penas.
Que si tiene Leuridemo
El estar favorecido,
Yo estimo el estar perdido,
Y del bien me guardo y temo.

CELIO.

Si Lindabella, señor,
Escuchara esas finezas,
Estimara las firmezas
De tan bien fundado amor.
Siempre fueron los oídos
Puertas de amor.

ROLANDO.

No he llamado
Más que con haber callado,
Oficio de desvalidos;
Que harto pide, Celio amigo,
Quien calla y sirve.

CELIO.

¡Qué tarde
Alcanza el bien un cobarde!

ROLANDO.

Yo soy mi propio enemigo.
No quieras más de que fuí
Al jardín el otro día,
Y en la fuente que corría
Para murmurar de mí,
Vi, Celio, que en su cristal
Lindabella echaba flores,
Dándole al agua colores
Contra su ser natural.
Á la mano agradecida
El agua, en perlas bañaba
Las flores, y las llevaba
Juntas, con veloz corrida.
Luego vi que Leuridemo
Al fin del arroyo estaba,
Donde las flores juntaba:
¡Mira qué sutil extremo,
De escribille los favores
En agua su celestial
Mano! ¿Quién vió de cristal
Papel, y letras de flores?

CELIO.

Pues ¿con flores le decía
Su sentimiento?

ROLANDO.

Mostraba,
Cuando el lirio azul echaba,
Los celos que de él tenía;
Cuando la violeta, amor;
El mirto, cuando esperanza,
Que dicen que sin mudanza
Conserva eterno verdor;
Con maravillas, en fin,
Desesperación cruel;
Congojas con el clavel;
Castidad con el jazmín.
Finalmente, de esta suerte
Escribió un papel allí,
Donde desde lejos vi
La sentencia de mi muerte.
Después, hecho un ramillete,
Leuridemo le leyó,
Que le vi en sus manos yo.

CELIO.

¡Nuevo y extraño billete!
Pero hablemos con recato;
Que hay gente.

ROLANDO.

Extranjeras damas
Parecen.

(1) Falta un verso.

Salen Mitilene y Cirsea.

MITILENE.
Si tú le llamas,
No será Rolando ingrato
¡Oh madre! á tal beneficio
Como de tu mano espera.

CIRSEA.
Yo hiciera que te quisiera,
(Que es, en fin, mi propio oficio),
Leuridemo, fácilmente,
Si tú me dieras lugar.

MITILENE.
No, madre; quien me ha de amar,
Me ha de querer libremente;
No quiero el gusto forzado,
Ni ser, por tener el mío,
Tirana de su albedrío.

CIRSEA.
Por eso traigo pensado
Que Rolando aborrecido
Sea de esta bella Europa
Júpiter.

MITILENE.
Pues viento en popa:
Del Austro habemos venido;
No perdamos la ocasión.

CIRSEA.
¿Éste es de Aurora el palacio?

MITILENE.
Los celos no dan espacio,
Ni sufre amor dilación:
Éste es Rolando.

CIRSEA.
Decid,
Caballero, ¿conocéis.....

MITILENE.
Cielos, si favorecéis
De mi madre el diestro ardid,
Os mando unos celos de oro,
Y celos son tan pesados,
Que pesarán, de él labrados,
Un infinito tesoro.

CIRSEA.
Digo, en fin, si conocéis
Á Rolando, Rey de Hungría.

ROLANDO.
Á Rolando conocía
Diferente del que veis;
Ya no, que cual veis estoy.

CIRSEA.
Ya sé que lloráis desprecios;

ROLANDO.
Dicen que es manjar de necios;
Amo, y despreciado soy.
Mas ¿quién sois vos y la dama
Que os acompaña, señora,
Pues os doy cuidado agora?

CIRSEA.
¿Nunca os ha dicho la fama
De la gran sabia Cirsea?

ROLANDO.
¿Sois vos?

CIRSEA.
Esa misma soy.

ROLANDO.
Pues á vuestros pies estoy,
¡Oh nueva Circe y Medea!
Que he tenido en pensamiento
Buscar en la parte austral,
Para remediar mi mal,
Vuestro obscuro alojamiento.
Vos seáis muy bien venida.

CIRSEA.
Si vos buscarme pensáis,
Por el peligro en que estáis
De vuestro remedio y vida,
No menos yo, cuidadosa,
Con mi hija Mitilene
Os busco.

ROLANDO.
Pues ¿qué mal tiene?

CIRSEA.
Está, como vos, celosa:
Vos á Lindabella amáis,
Que por Leuridemo os deja,
Y Mitilene se queja
De lo mismo que os quejáis,
Pues Leuridemo, su amante,
La olvida por Lindabella.

ROLANDO.
Huélgome de ver que en ella
Haya un amor tan constante.

MITILENE.
¡Ah, Rolando, si en el mal
Puede causar alegría
Tener igual compañía,
Ya en mí la tenéis igual!
Á mi gran madre he traído,
Que nos remedie á los dos.

ROLANDO.
Amor, poderoso dios,
No padece edad ni olvido;
Si yerbas me han de curar,
Desconfío del remedio.

MITILENE.
Mas se ha de poner en medio.....

ROLANDO.
¿Cómo?

MITILENE.
La tierra y la mar.

CIRSEA.
Dejadme trazar á mí
La industria que puede haber.
De mi ciencia y mi poder,
¿No estáis satisfechos?

ROLANDO.
Sí.

CIRSEA.
Pues yo quiero hacer fingida
Una nave tan hermosa,
Que la del cielo, envidiosa,

Aunque de estrellas vestida,
Entre sus luces se muestre,
De quien ha de ser el mismo
Rey del siempre obscuro abismo,
Contrapiloto y maestre.
Está en la marina puesta
Con grande música agora;
Á Lindabella y Aurora,
Con su fábrica y su fiesta,
Á entrar en ella provoque;
Que convidadas de ti,
Fía, Rolando, de mí,
Que apenas las aguas toque,
Porque yo alzaré las velas,
Y tú, robando el tesoro,
Como otro fenicio Toro,
Harás de su jarcia espuelas.
Isla tengo en que podrás
Regalar á Lindabella,
Y el ir Aurora con ella
Ha de remediarte más:
Porque Amor, que en ella adora
Por su padre soberano,
Viéndote dulce tirano
De Lindabella y Aurora,
Te ha de dar tanto favor,
Que ablandes su esquivo pecho.

ROLANDO.

De tu ciencia satisfecho
Y del poderoso Amor,
Me pongo, sabia Cirsea,
En tus manos desde aquí.

MITILENE.

Robada la bella ansí
Que á Leuridemo desea,
Será fácil la conquista
De su voluntad con él;
Que el serme agora cruel
Nace de su hermosa vista.
¡Ánimo, Rolando fuerte,
Muestra tu valor agora!

ROLANDO.

Amor me tiene, señora,
Entre la vida y la muerte.
No digo con tu favor
Intentar robar mi bien,
Cosa que me está tan bien
Para no morir de amor;
Mas porque vieran los cielos
Otra ambición tan tirana,
Quemando el templo á Diana,
Fuera Erostrato de celos.
Puesto un monte en otro monte,
Tanto este robo me alegra;
Fuera otro Encelado en Flegra,
Y en Sicilia otro Tifonte.
Fuera otro Paris de Elena,
Aunque se abrasara Troya,
Por esta preciosa joya,
Dulce ocasión de mi pena.
Tú verás que soy Jasón
De la hermosa Lindabella
En otra nave más bella.

MITILENE.

Coge á tan alta ocasión
El cabello de la frente,
Húngaro fuerte, y camina
Con la nueva Proserpina
Al contrapuesto Occidente;
Que entretanto yo sabré
Conquistar mi Leuridemo.

CIRSEA.

Mientras del agua en lo extremo
La dorada nave esté,
Haz publicar que ha venido
De tu tierra algún criado,
Que hoy con la nueva ha llegado
De que la nave ha surgido.

ROLANDO.

Celio.....

CELIO.

Señor.....

ROLANDO.

Oye aparte.

MITILENE.

¡Madre, bien se traza ansí!

CIRSEA.

Si Lindabella de aquí
Con el Rey húngaro parte,
Y en mis islas detenida
Se ausenta de Leuridemo,
No temas.

MITILENE.

¡Madre, no temo
Ni la muerte ni la vida!

CELIO.

Todo lo tengo entendido.

ROLANDO.

Pues vamos, sabia Cirsea,
Donde por tu ciencia sea
Mi amado desdén vencido.

Vanse.

Salen Lindabella y Aurora.

LINDABELLA.

Ya es tiempo, dulce Aurora,
Que trates de tu alegre casamiento;
Que si al cielo enamora
Tu hermosura y divino entendimiento,
En él elegir puedes
Donde en eterno lazo de amor quedes;
Inteligencias bellas,
Planetas tiene su estrellado manto;
Luces tiene que en ellas,
Puesto que sólo el Sol merezca tanto,
Hallará tu deseo
Dorado yugo y próspero himeneo;
Y si porque amaneces,
Aurora, por sus arcos orientales,
Más la tierra apeteces
Y quieres dar honor á los mortales,

Mira, de cuanto encierra,
Lo que te agrada más sobre la tierrra.

AURORA.

Amiga Lindabella,
Siendo forzoso el matrimonio mío,
No planeta, no estrella,
Mientras que de sus luces me desvío
Y vivo entre mortales,
Pidamos á los orbes celestiales;
La tierra tiene flores:
¿Cuál te parece á ti que elegiremos?

LINDABELLA.

Todas tienen colores,
Todas divino olor, todas extremos,
Todas virtudes, todas
Dignas serán de tus felices bodas;
Mira el bello narciso.

AURORA.

No me agrada su loco pensamiento.

LINDABELLA.

Él tuvo poco aviso;
Mira el jazmín, que con su casto intento
Á su amor te provoca;
Mira el clavel, espejo de tu boca;
Mira el pense amoroso,
Mira la flor de lis.

AURORA.

¡Detente, para!
El lirio azul hermoso,
Vino del cielo.

LINDABELLA.

Tiene virtud rara.

AURORA.

Aquí viene Belisa.

LINDABELLA.

¿Adónde bueno vas con tanta prisa?

Sale Belisa, dama.

BELISA.

Á darte vengo un recado
Y á la emperatriz Aurora,
De parte del Rey de Hungría.

LINDABELLA.

¿Qué dice el Rey?

BELISA.

Que te pongas
Sobre ese balcón á ver
Una nave tan hermosa,
Que no la ha visto la mar
Tan rica sobre sus ondas
Desde que en Argos Jasón
Hurtó con mano alevosa
Las hespéridas manzanas,
Dando á sus toros ponzoña;
Y si entrar en ella quieres,
Que en la margen arenosa
Para que pongan la plancha,
Casi los costados toca,
Verás su fábrica insigne,
Porque es de cristal la popa,
Con mil pinturas diversas
Que sus paredes adornan;
Es oro, plata y marfil
Desde la popa á la proa:
Gavias, mesanas, trinquetes,
Obencaduras, coronas,
Chafaldetes, aflechates,
Baupreses, trizas, escotas,
Aferravelas y jarcias,
Hasta motones y trozas,
De cuyos árboles altos,
Que por mil partes la entoldan,
Penden varios gallardetes,
Frámulas y banderolas;
Todos con diversas armas
Al claro viento tremolan,
Con cuyas puntas parece
Que sus cristales azota.
Las riquezas que trae dentro
No las vió Gaza ni Troya,
Ni aquel rey que convertía
En oro todas las cosas:
Esto me mandó decirte.

LINDABELLA.

Aurora, tan linda joya,
Á que la entremos á ver
Con su hermosura provoca,
Porque desde estos balcones
No podrá gozarse toda.

AURORA

Si tú gustas, Lindabella,
Vamos á verla.

BELISA.

Señora,
Por esta parte vas bien,
Que está detrás de esta roca.

LINDABELLA.

Donde Aurora los pies pone,
La arena se vuelve rosas.

Vanse.

Salen Leuridemo y Fabio, jardinero.

LEURIDEMO.

Conozco la obligación
Que os tengo, Fabio; que en fin
Cultiváis este jardín,
De mi ventura ocasión,
Porque en él á Lindabella
Desde estos árboles miro.

FABIO.

Á la fe, que no me admiro
De veros morir por ella,
Porque es la más bella dama
Que ha visto el sol en su Oriente,
Tanto, que en su hermosa frente
Á competencia le llama;
Y huélgome de que estéis
Á mi amor agradecido,
Y así, por merced os pido,
Pues tan humilde me veis
Pasar la vida entre flores,
Digáis al Emperador

Que mi talento, señor,
Ocupe en cosas mayores;
Que, aunque como labrador
Y de esta huerta hortelano,
Gasto mi música en vano
Sólo en canciones de amor,
También sabría cantar
Las grandezas de sus glorias
En elegantes historias.

LEURIDEMO.

Fabio, en habiendo lugar,
Á Aurora se lo diré.

FABIO.

Ventura quieren las cosas;
Yo he visto más venturosas
Menos letras que yo sé.
Canté desde que nací
De Júpiter español
Las grandezas, y hasta el sol
Mi humilde plectro subí,
Y no he merecido ser
Su coronista siquiera,
Y de la tierra extranjera
Otros me vienen á ver.

LEURIDEMO.

Hacedme con invención,
Fabio, un ramillete agora
Para la divina Aurora,
Con una hermosa canción;
Que dándosela, yo haré
Oficio de protector.

FABIO.

Mil años viváis, señor.

Sale Belisa.

BELISA.

¿Cómo llorando podré
Significar tanto mal?

LEURIDEMO.

¿Qué es esto, Belisa hermosa?

BELISA.

La tragedia más llorosa,
Y con la de Troya igual,
Que desde entonces se ha visto.

LEURIDEMO.

¿Cómo?

BELISA.

Un húngaro..... (1).

LEURIDEMO.

¿Rolando?

BELISA.

El mismo, señor,
Que no sé cómo resisto
Tanto dolor.

LEURIDEMO.

¡Ay, Belisa,
Di lo demás!

BELISA.

Á Palacio.....

LEURIDEMO.

No te vayas tan despacio;
Mátame, Belisa, aprisa.

BELISA.

Trajo una nueva fingida.....

LEURIDEMO.

Mira que mi muerte causas,
Porque me sangras á pausas
Y se desmaya la vida.

BELISA.

De que una famosa nave,
Para que se fuese á Hungría,
Desde sus puertos venía.
¡Oh, cuanto amor puede y sabe!
Convidaba á entrar en ella
Á Lindabella y Aurora,
Y entraron en ella agora.

LEURIDEMO.

¿Quién?

BELISA.

Aurora y Lindabella:
Y apenas el pie en la popa
Pusieron, y en la labor
Los ojos, cuando el traidor
Dió al mar otra nueva Europa.
Izaron las altas velas,
Y encrespándose las olas,
No fueron lágrimas solas
Remedios de sus cautelas;
Que antes, llorando aumentaban
Las aguas, mas no crecían;
Que si lágrimas vertían,
En perlas se transformaban;
Y cuando perlas no hubiera,
Desde entonces pienso yo
Que el nácar que las cogió
Las engendrara é hiciera.
Quedé en la desierta arena,
Y el no me arrojar al mar,
Á quien la quisiera dar
Una Belisa sirena,
Fué por darte relación
De aquesta tragedia triste.

LEURIDEMO.

¿Es posible que resiste
Tanto mal mi corazón?

FABIO.

Señor, como aquesta huerta
Confina con la marina,
Por la parte que confina
Vi Mitilene encubierta,
Y aun pienso que hablar oí
De la gran sabia Cirsea,
Cuya puede ser que sea.

LEURIDEMO.

¿De la sabia?

FABIO.

Señor, sí.

LEURIDEMO.

Ésa, sin duda, ha trazado
Mi muerte.

(1) Faltan á este verso tres sílabas y la rima.

FABIO.

Desde esta parte
Puedes mirar cómo parte,
Arando el campo salado;
Que aquella debe de ser
Que es entre las ondas ave.

LEURIDEMO.

Aguarda, encantada nave.

FABIO.

Desde aquí la puedes ver.

LEURIDEMO.

¡Plega á Dios, fábrica vil
De esa engañosa hechicera,
Aunque á los ojos pareces
Oro, marfil, plata y perlas,
Que en el primero bajío
Encalles en las arenas,
Donde, perdido el gobierno,
Quedes por en medio abierta!
¡Plega á Dios, nave, que embistas
En una roca soberbia,
Donde, con son lamentable,
Hecha pedazos te veas,
Y que ni en árbol, ni en tabla,
Llegue á la piadosa tierra,
Viva persona que cuente
Los que sepultados quedan!
Mas ¡ay, cielo, no escuches estas quejas,
Porque todo mi bien navega en ella!

FABIO.

Señor, deja el tierno llanto;
Que pueden sufrir apenas
Tus endechas lastimosas,
Las entrañas de estas peñas;
Vuelve para dar remedio
En que le sigan las velas
Que agora en el puerto yacen;
Arma alguna gente en ellas.

LEURIDEMO.

Bien dices, Fabio, bien dices:
Ármense fuertes galeras
Que con pies de remos sigan,
En quien es viento la fuerza,
Ese Pegaso del mar
Que sobre sus ondas vuela,
Ese peñasco movible,
Que atada en sus riscos lleva,
Para el monstruo de Rolando,
Otra Andrómeda más bella;
Pero yo seré Perseo,
Yo cortaré su cabeza,
Y haré que corales nazcan
De otras medusinas hebras;
Aunque mejor será, Fabio,
Que, con súbita tormenta,
Siembre las jarcias al mar,
Naden sus cuerdas en ella.
¡Plega á Dios que, de tal suerte
Los vientos en competencia
Te contrasten, fiera nave,
Que en un instante te veas,
Revuelta en arena y agua,
Mezclarte con las estrellas;
Ya en el fondo de la mar
Parezcas peña cubierta
De sus algas y mariscos;
Ya por las nubes cometa!
Mas ¡ay, cielo, no escuches estas quejas,
Porque todo mi bien navega en ella!

BELISA.

¡Oh valiente Leuridemo,
Sobre cuyos hombros pesa
El honor de todo Oriente,
Cobra su robada reina,
Mira que la bella Aurora
Va cubierta de tinieblas,
Y que el lucero del sol
Llora por la mar con ella!
De esta venturosa hazaña
Glorioso nombre te espera,
Más que le tuvo Alejandro,
Más que Pompilio y que César.
Si á Hércules las columnas
Dieron el blasón que cierra
El paso á España por Cádiz,
¡Cuánta mayor diferencia
Hará el poner en tus armas,
Por belicosa excelencia,
Los pirámides divinos
De Aurora y de Lindabella!
¡Ea, Príncipe valiente!

LEURIDEMO.

¡Si yo, Belisa, tuviera
Del Macedón la ventura,
Y del Tebano la fuerza,
Aquí, como Polifemo,
Les arrojara una peña,
Con que, temblando las ondas,
La nave al puerto volviera,
Ó con el arco matara,
Flechando la fuerte cuerda,
Las estinfálidas aves
De Mitilene y Cirsea;
Pero yo, cual soy, les juro
Por el sol, por las estrellas,
Por el olímpico Dios,
Por Diana y por Minerva,
De no me quitar la espada
Hasta que cobrarlas pueda,
Castigando los traidores;
Aunque más presto pudiera
Vengarme el profundo mar,
Con que en tormenta deshecha,
Diera en fieros lotofagos,
Ó entre bracamanos diera!
Mas ¡ay, cielo, no escuches estas quejas,
Porque todo mi bien navega en ella!
¡Vivan Aurora y Lindabella, cielos,
Y muera yo de amor, ardiendo en celos!

Vanse.

Salen Gosforostro y Bramarante.

GOSFOROSTRO;

¿Está ya junta la gente?

BLAMARANTE.

Gran señor, ya se ha juntado;
Público pregón se ha dado:
Ya de ese monte eminente
Bajan al valle en que está
El gran templo de Diana.

GOSFOROSTRO.

Á la diosa soberana
Es bien que aplaquemos ya,
Y pues que sacrificando
Un cautivo, un extranjero,
Las blancas aras primero
De laureles coronando,
Nos es propicia y afable,
Hagamos esta oblación,
Que será en esta ocasión,
Para su gusto, admirable;
Porque el mancebo es gallardo
Y de no vista hermosura;
Con esto, la mar, segura
De sus mudanzas aguardo,
Y la tierra mucho más.

BRAMARANTE.

Es Diana cazadora,
Por la tierra que la adora,
Sin serle ingrata jamás,
Señora del mar también,
Como luna que gobierna
Las aguas con mano eterna,
Para que á su imperio estén
Las crecientes y menguantes.

GOSFOROSTRO.

¿Habéisle notificado
Á ese mozo desdichado
Que los pueblos circunstantes
Se han juntado á ver su muerte?

BRAMARANTE.

Agora le sacaremos
De la cárcel, y diremos
Que muestre un ánimo fuerte,
Cual conviene á un hombre noble.

GOSFOROSTRO.

Parte, Bramarante, al punto;
Que hoy ha de quedar difunto,
Sin que su llanto me doble.

Váyase Gosforostro.

BRAMARANTE.

Vete á prevenir, señor,
Que yo le diré tu gusto
Por no causarle disgusto
Y por tenerle temor.
No le he dicho que se huyó
De la cárcel Roselida;
Mas si ha de perder la vida,
O en el monte en que se entró,
Ó despeñada en el mar,
¿Qué sirve su diligencia?
Ahora bien, esta sentencia
Le quiero notificar
Al cautivo Liriodoro.
¡Ah de la prisión!

LIRIODORO.

¿Quién llama?

Sale Liriodoro.

BRAMARANTE.

Si no os ha dicho la fama,
Que á nadie guarda decoro,
Que hoy, mancebo, moriréis,
Prevenid el pecho fuerte;
Que hoy ha de ser vuestra muerte,
Porque vos sólo podéis
Aplacar la casta diosa,
Contra nosotros airada.

LIRIODORO.

Antes vuestra injusta espada
La tengo yo por piadosa;
Que después que un bien perdí,
Estoy tan mal con mi bien,
Que no habrá mal que me den
Que no sea bien para mí.

BRAMARANTE.

¿Bien pudisteis vos perder
De más valor que el vivir?

LIRIODORO.

Bien hay, que sólo en morir
Consuelo puede tener.
Y como á los desdichados
Sola una ventura acierte,
Que es la muerte, pues la muerte
Es fin de tantos cuidados,
Yo, que en ella sólo espero
Ver los míos descansar,
Me quiero, amigo, alegrar
De ver que descanso y muero.

BRAMARANTE.

¿Era aquella Roselida
Que de la cárcel se huyó,
Ese bien que decís?

LIRIODORO.

Yo
La estimo como á mi vida.
Mal dije, que no hay en mí
Cosa menos estimada,
Y es digna de ser amada;
Pero mayor bien perdí
Porque al romperse la nave
Cuando dió en el monte Imán,
Perdí este bien.

BRAMARANTE.

Pues os dan,
Para remedio süave
De vuestra pena, los cielos
La muerte, en tanto valor
No tendrá parte el temor.

LIRIODORO.

De mis últimos consuelos
Os debo en esta ocasión
Las albricias, Bramarante.

BRAMARANTE.

Pues vamos, y no os espante
La sangrienta ejecución,
Por prenda tan bien querida.

LIRIODORO.

¡Ay, Tisbe! Quien piensa verte,
Siendo instrumento la muerte,
¿Para qué quiere la vida?

Váyase, y salga Tisbe.

TISBE.

¿Qué aguarda mi loco amor,
Tan sin razón detenido?
¿Cómo mi nobleza olvido?
¿Cómo mi antiguo valor?
Pero pensar que es mejor
Buscar remedio más cierto,
Me tiene entre el mar y el puerto
Mientras Liriodoro viva;
Que ya no estuviera viva
Si pensara que era muerto.
Ando por estas peñas (1)
Mirando, aunque ocultamente,
Si veo de nuestra gente
Reliquias ó vivas señas.
¡Oh mar! ¿Cómo no me enseñas
En tu espejo algún retrato,
Pues llorando te dilato?
Dime si vive mi bien;
Que no quiero que me den
Sus hazañas nombre ingrato.
Cansada estoy de traer
Desvelado el pensamiento.
¿No has visto, claro elemento,
Tan desdichada mujer?
¿Podré descanso tener
En tu arena? Pues advierte
Que quiero hacer de esta suerte,
De todos mis males dueño
Al sueño aquí, porque el sueño
Es imagen de la muerte.

Échase á dormir, y salen Bramarante y Solmarino.

SOLMARINO.

En fin, qué, ¿ya le sacaste?

BRAMARANTE.

De la cárcel le saqué,
Y á la guarda le entregué.

SOLMARINO.

¡Plega á los cielos que baste
Esta víctima aplacar
La casta diosa, que humana
Sea en la tierra Diana,
Y luna serena al mar!

BRAMARANTE.

Si vieras al mozo ilustre,
Con descolorido rostro,
Delante de Gosforostro
Dar á sus hazañas lustre
Con desestimar la muerte,
Dando en que ha perdido un bien
De inmenso valor, por quien
La vida espera en la muerte;
Si le vieras dar lugar
Á la garganta desnuda.....
¡Hiciera á una peña muda
Con tierno amor suspirar!
En fin, le llevan al ara,
Que calentará tan presto
Su sangre.

SOLMARINO.

Quien se ha dispuesto,
Siendo la vida tan cara,
Á perderla, Bramarante,
Con tan gallardo valor,
Ó es soldado ó gran señor.

BRAMARANTE.

Mejor dirás firme amante.
¿No escuchas ese rüido?
Pues esa tropa de gente
Es la víctima inocente.

SOLMARINO.

Ya le escucho enternecido,
Y vámosle á acompañar
Aunque nos cause dolor.

BRAMARANTE.

Triunfe de la muerte amor.

Dentro hagan ruido, y digan:

¡Plaza, plaza; haced lugar!

Despierte Tisbe al ruido, y diga:

TISBE.

¿Qué es esto, triste de mí?
¿Qué ruido es éste? ¿Qué voces,
Qué gente, qué armas feroces
Son las que vienen aquí?
¡Ay, triste, que un preso es!
¿Si va á morir? ¿Quién lo duda,
Con la garganta desnuda
Y tanto hierro á los pies?
Yo vi de la misma suerte,
Durmiendo, en las ansias mías.
¡Bien dije yo que serías,
Sueño, imagen de la muerte!
¡Ay de mí, que ya más cerca,
Veo que es el bien que adoro!
¡Liriodoro! ¡Ah, Liriodoro!
La gente al templo se acerca
Sin duda. Bárbara gente,
Que quieres sacrificar
Su sangre á tu infame altar;
Pues oye, espera, detente.
¡Cuán cierto el sueño salió!

(1) No consta este verso, pero quedaría cabal leyendo *aquestas*.

Esto mismo en sueños vi.
¿Iré á ver su muerte?

Dentro:

Sí.

TISBE.

¿Guardaré la vida?

Dentro:

No.

TISBE.

No sé quién me ha respondido,
Pues bien sé que no es el eco,
Que aunque del valle en lo hueco
Resuena el aire oprimido,
Si yo dijera *no* ó *sí*,
Respondiérame *sí* ó *no;*
Mas no lo diciendo yo,
¿Cómo me responde ansí?
El alma debe de ser
Del difunto esposo mío.
Pues ¿qué procuro y porfío,
Donde el morir es vencer?
Yo voy á morir, espera;
Que si influyes, vida, en mí,
¿Cómo he de vivir sin ti
Después que tu vida muera?

Vase.

Salen Rolando, Lindabella, Aurora, Mitilene y Cirsea.

LINDABELLA.

El cielo te castiga,
Pues que la imán de aqueste fiero monte
Á dar en él te obliga.

ROLANDO.

¿Conoces tú, Cirsea, este horizonte?

CIRSEA.

El rumbo errado habemos.

ROLANDO.

Pues ¿qué remedio en tanto mal tendremos?

CIRSEA.

Si la nave no fuera
Fingida, como veis, en esta roca
Mil pedazos se hiciera.

MITILENE.

No fué el salir del mar ventura poca.

LINDABELLA.

El sol está enojado
Porque su bella Aurora habéis robado.

AURORA.

¿Quién conoce esta tierra?

CIRSEA.

Yo la conozco, celestial Aurora,
Y sé que el monte encierra
Gente cruel, aunque á Diana adora;
Mas pues de paz venimos,
No nos la negarán si la pedimos.

ROLANDO.

Pues vamos, que tú puedes
Templar su condición bárbara y dura.

CIRSEA.

Aunque en el monte quedes,
Dueño te pienso hacer de su hermosura.

ROLANDO.

Á Leuridemo temo.

CIRSEA.

Pues ¿cómo ha de seguirnos Leuridemo?

Vase.

Sale Roselida.

ROSELIDA.

Escapar de la prisión,
¿De qué me sirve, ¡ay de mí!
Pues en aquesta ocasión
Por el temor ofendí
Mi lealtad y obligación?
Á Liriodoro dejé,
Que aunque sujeto no fué
De mi amor, que culpe siento
Mi cobarde pensamiento
Contra su amistad y fe.
Mas ¿qué es esto, cielo santo?
¿Voces dan en la ribera
Del mar? ¡Qué notable espanto!
¿Aquí trompeta y bandera?
Ojos, suspended el llanto.
Todo un escuadrón galán
Arroja el mar á la tierra,
Y un gallardo capitán
Le forma al uso de guerra,
Con que ya marchando van.
Ya de un caballo se apea,
Y viene á reconocer
La campaña que pasea.

Salen Leuridemo y Celio, con jinetas de capitanes.

LEURIDEMO.

¡Que se nos pudo perder!
¡Que tal mi desdicha sea!

CELIO.

Á la vista hemos traído
La nave, y en un instante,
Ó en el mar se ha sumergido,
Ó, como el áfrico Atlante,
En piedra se ha convertido.

LEURIDEMO.

Allí he visto una mujer.
¡Hola! ¿Qué tierra es aquésta?

ROSELIDA.

¡Cielos! ¿Aquí vengo á ver
Á Leuridemo?

CELIO.

No es ésta,
Como da el traje á entender,
Mujer de aquesta montaña.

ROSELIDA.

¡Leuridemo!

LEURIDEMO.

¡Roselida!
¿Cómo en tierra tan extraña?

ROSELIDA.

De aqueste monte impelida,
Que de piedra imán se baña,
Dió nuestra nave al través.
Tisbe se perdió en la playa,
Y de este monte que ves,
Que sirve al mar de atalaya
Y el mar le besa los pies,
Salieron salvajes fieros,
Que á Liriodoro y á mí
Nos prendieron.

LEURIDEMO.

Los primeros
Fuisteis que embarcarse vi
Entre tantos caballeros,
Pero no los más dichosos,
Aunque yo menos lo he sido;
Que los hados rigurosos,
Siguiendo aquí me han traído
Tres ladrones amorosos.
Robóme Rolando agora,
Por trazas de Mitilene,
Á Lindabella, que adora,
Y aun hay más mal, porque viene
Con ella la bella Aurora.
Seguílos con treinta naves,
Que no engolfé las galeras,
Que estaban, como tú sabes,
Con descuido en las riberas,
Que eran de su puerto llaves,
Y hánseme perdido aquí.

ROSELIDA.

Pues, Leuridemo, yo vi
Hacia aquella parte gente.

LEURIDEMO.

Marche la nuestra, é intente
Hazañas dignas de mí.
Los fieros salvajes mueran
Si acogieron á Rolando
Y darle favor esperan.

ROSELIDA.

Vamos á Tisbe buscando.

CELIO.

Ya de tu gente se alteran.

LEURIDEMO.

Que toquen las cajas di.

ROSELIDA.

El templo ganar procura.

LEURIDEMO.

Si Lindabella está aquí,
Grande será mi ventura;
Cobraré el bien que perdí.

Váyanse.

Entren Gosforostro, Bramarante y los salvajes.

GOSFOROSTRO.

Notablemente ha sufrido
La muerte.

BRAMARANTE.

Lástima tengo,
Señor, á sus verdes años.

SOLMARINO.

¡Qué dolor!

GOSFOROSTRO.

Corred el velo;
Que quiero ver sobre el ara,
Del bello mancebo el cuerpo.

Corran una cortina y véase Liriodoro sobre un ara de un altar, muerto, y en el altar esté la figura de la diosa Diana.

GOSFOROSTRO.

Este desdichado joven,
Este mancebo extranjero,
Trina diosa, que te llamas
Luna en el hermoso cielo,
Diana en la verde tierra,
Proserpina en el infierno,
Coronado de laurel
Á tus deidades presento,
Por la costumbre y la paz
De aquestos bárbaros reinos.

Sale Tisbe.

TISBE.

Pienso que no he de llegar
¡Tal es mi desdicha! á tiempo
Que halle vivo á Liriodoro.

GOSFOROSTRO.

¡Hola, vasallos! ¿Qué es esto?

BRAMARANTE.

Una mujer, gran señor.

TISBE.

Mujer soy, bárbaros fieros,
Monstruos de la tierra viles,
Y de su vientre soberbio
Bastardo parto; yo soy,
Yo soy, que siguiendo vengo,
Como su esposa y mujer,
Á Liriodoro, un mancebo,
Que me ha dicho el corazón,
Profeta de amor tan cierto,
Que le habéis sacrificado.

GOSFOROSTRO.

Vuelve los ojos al templo
Y reconoce si es él.

TISBE.

Él es. ¿Qué dudo? ¿Qué temo?
¿Qué miro? ¿Qué aguardo? Espera.

GOSFOROSTRO.

Detente.

TISBE.

Dejadme. ¡Ah, cielos,
Que yo no le viera vivo!

GOSFOROSTRO.

¿Estás loca?

TISBE.

¿Cómo puedo,
Amando, tener cordura
Ni vivir, mi esposo muerto?

GOSFOROSTRO.

Mujer divina, extranjera
Hermosa, á quien hizo el cielo
Con tan peregrino rostro,
Que admira el entendimiento,
No te des la muerte ansí;
Si perdiste esposo y reino,
Esposo y reino tendrás.

TISBE.

¿Qué dices, bárbaro fiero?
¿Estás en ti? ¿Tú me puedes
Dar contigo el bien que pierdo?
Agora verá un ejemplo
De mis firmezas el mundo,
Para que los dos quedemos
Consagrados á Diana,
Pues fué nuestro amor honesto
Ejemplo de castidad.
Aguarda, espíritu bello,
Aguarda el alma de Tisbe,
Que con tu postrer aliento
Parte á buscarte.

GOSFOROSTRO.

¿Matóse?

BRAMARANTE.

¿No ves la daga en el pecho?

Toquen dentro cajas de guerra.

SOLMARINO.

¡Oh valiente Gosforostro!
¿Qué aguardas? Huye, que veo
Un ejército formado.

GOSFOROSTRO.

Solmarino, yo soy muerto;
Que estos hombres orientales
Vienen á quitarme el reino.

BRAMARANTE.

Sube, señor, estos riscos,
Trepa estas peñas ligero
Y escóndete en esas cuevas.

Salgan, huyendo, Lindabella, Aurora, Mitilene, Cirsea y Rolando.

ROLANDO.

¿Cómo puedo resistir,
Con una espada que tengo,
Todo un escuadrón armado?

MITILENE.

Madre, aquéste es Leuridemo;
Tu ciencia agora nos valga.

LINDABELLA.

Hoy, bella Aurora, me vengo
De todos estos traidores.

AURORA.

Dios sabe si lo deseo.

Entre Leuridemo con Celio y soldados, y Roselida.

CELIO.

Éstos son.

LEURIDEMO.

No les valdrá
De Diana el templo.

ROLANDO.

Ciego
Del amor de Lindabella
Y airado de su desprecio,
Fuí Júpiter engañoso
De su hermosura; mas viendo
Que es digna de tu valor,
Arrepentido la vuelvo.

LEURIDEMO.

Rolando, el blasón de César
En mis banderas he puesto,
Que es perdonar los rendidos
Y castigar los soberbios;
Á Cirsea no perdono.

CIRSEA.

Ni yo tu perdón pretendo;
Que á Lindabella y á todos
Los que tú vienes siguiendo,
Tengo de encantar agora
Y dejar en este templo
Consagrados á Diana.

ROLANDO.

Ya ni siento amor ni celos.

LEURIDEMO.

Ni siento celos ni amor.

LINDABELLA.

Aurora, aquí nos quedemos
En servicio de la diosa.

MITILENE.

Madre, por santo remedio
Tengo el que á mi amor has dado.

ROSELIDA

Príncipes nobles, teneos,
Y antes que cubra el olvido
Vuestras memorias, haciendo
Que cese el amor pasado,
Por el que yo á Tisbe tengo
Y ella tuvo á Liriodoro,
Fin á la historia daremos
Con esta lamentación
Sobre sus difuntos cuerpos.

Roselida cante así:

Hermosas almas, que el amor honesto
En tan estrecho lazo tuvo asidas,
Que en su esfera vivís de luz vestidas,
Como en la tierra de ciprés funesto;
Cometas, cuya luz murió tan presto,
Aunque en eterna fe de vuestras vidas,
Tan desdichadas como bien nacidas,
En memoria inmortal las habéis puesto;
Recibid este llanto, y si es consuelo
De vuestro amargo fin, tened por gloria
Que sois ejemplo de firmeza al suelo,
Y que en eterna é inmortal historia,
Por cuantos cursos revolviere el cielo,
Eterna quedará vuestra memoria.

FIN.

RELACIÓN

DE LA FAMOSA COMEDIA

DEL PREMIO DE LA HERMOSURA

Y AMOR ENAMORADO,

QUE EL PRÍNCIPE, NUESTRO SEÑOR, LA CRISTIANÍSIMA REINA DE FRANCIA,
Y SERENÍSIMOS INFANTES DON CARLOS Y DOÑA MARÍA,
SUS HERMANOS, Y ALGUNAS DE LAS SEÑORAS DAMAS REPRESENTARON EN EL PARQUE DE LERMA,
LUNES 3 DE NOVIEMBRE DE 1614 AÑOS.

Hallándose S. M. en Lerma muy entretenido, en compañía del Príncipe nuestro señor, de la cristianísima Reina de Francia, y serenísimos infantes D. Carlos y D.ª María, sus muy caros y amados hijos, y con gran cuidado el Duque de tener fiestas para ello, entre algunas de toros, cañas y extraordinarias invenciones de regocijado y vistosísimo fuego, en diferentes días, noches y puestos, hubo resolución que se representase la famosa comedia de *El premio de la hermosura y Amor enamorado*, que teniéndola estudiada los cuatro serenísimos hermanos y algunas señoras damas, estuvo determinada para otras ocasiones, y por festejar en ésta á su padre, quiso el Príncipe nuestro señor, acompañado de su ayo en el mismo deseo, reconociendo el amor recíproco que deben, declararse por autor de esta gran representación, ayudándole sus hermanos y damas con mucho gusto.

Para ejecución de este pensamiento se escogieron por teatro el sitio llano que hay entre la bajada del castillo y palacio, y el primer brazo del río Arlanza, que sangrado en algunos, fertiliza y hermosea el amenísimo parque, teniéndole todo el año verde y en extremo apacible.

Aquí se hizo un tablado, igual con el suelo, de 150 pies en largo y 80 en ancho, y atajándole por la parte del Occidente, en un apartamiento de 50 se hizo el vestuario, y en él cuatro aposentos, que, colgados de tapicería, quedaron fuertes, abrigados y capaces para que en cualquiera se vistiese una de las cuatro personas Reales; detrás de ellos se armó una gran tienda, con su contratela, todo de hermosa vista, en la cual hubo disposición para vestirse las damas y asistir á ello sus criadas, sin ocasión de mezclarse ni inquietar la fiesta, que no fué lo menos admirable de ello.

En medio de los cuatro aposentos hubo otro para oficiales de los tornos y otros ministerios de las apariencias, sin embarazarse ni poder ver los personajes, ni llegar á sus estancias, y en esta forma, para los mismos efectos, hubo dos altos de corredores, pasadizos y aposentos.

Por el Oriente y Mediodía dividían el tablado dos vallas iguales y consecutivas, cubiertas de alfombras; delante de la primera, cerca del Mediodía de ella, estuvo la silla de S. M., y á las espaldas apartamientos para caballeros y personas graves; de aquí se levantaba un tablado con gradas, en que estuvieron criados de la casa Real y otras personas, y entre él y el río se armó otra tienda, correspondiente á la del vestuario, que servía de entrada á todo el teatro.

Delante de la valla del Mediodía tuvieron lugar las señoras Duquesa de Peñaranda, Condesas de Castro y Barajas, dueñas y damas que no representaron, y detrás, en un tablado algo emi-

nente, mujeres de criados de S. M. y criadas de damas; y estos dos lados estaban colgados de tapicería.

Por el del Norte tenía el brazo del río, donde se hizo un muelle en que pudieron caber los grandes, títulos, gentileshombres de cámara, mayordomos, caballerizos, meninos, pajes y caballeros que se hallaron en Lerma, que fueron muchos.

La fachada del vestuario parecía en forma de media luna, y en la parte del Norte, sobre el río, se fabricó una montaña de siete estados en alto, y en proporción de la circunferencia, pintados en ella riscos y aspereza, ceñida de algunos caminos y torcidas sendas de aparente rusticidad; llamábase monte Imán. Parecía tan natural, por esto y por el sitio en que estaba, que apenas se podía determinar con la vista. Al pie de este monte se levantaba, dentro del río, un peñasco, donde con mucha propiedad se hizo apariencia de romperse una nave; en lo bajo de la montaña, mirando al teatro, se mostraba una cueva de obscura y pavorosa entrada, y pegado á ella estaba el templo de Diana, á quien adoraban los bárbaros que la habitaban; era de 14 pies de ancho y 24 en alto, y movíase todo con tanta facilidad como si fuera una pequeña rueda, sustentándose en un perno solo que tenía en la esquina de la parte del Norte, puesto con tanto artificio, que se extendía á la mitad del tablado cuando había de manifestar su apariencia; estaba pintado con imitación de edificio brutesco.

Del lado derecho de este monte salía un corredor de buena perspectiva, para músicos, ministriles y otros instrumentos, y por donde hombres armados, banderas, tambores y otras insignias de guerra hicieron diversas muestras en diferentes ocasiones.

Cerca del Mediodía del teatro se veía el palacio de la emperatriz Aurora, hermoseado con varias pinturas, torreones, castillos, chapiteles y rejas, y al pie un jardín compuesto de flores y hierbas naturales, y en medio una fuente que levantaba el agua un estado.

En medio del frontispicio, junto á este palacio, estaba el templo de Cupido, con dos puertas grandes cubiertas de ramas y cosas verdes, á modo de ramada ó selva, con que se cubría gran parte de la fachada del teatro, y cuando se abrían parecían detrás las del templo, pintadas de oro y azul.

En la esquina de mano derecha del mismo frontispicio se levantaba un castillo encantado, de un sabio llamado Ardano, con pinturas á manera de canterías, troneras, torres y mucho almenaje; subíase á él por unas gradas, que se cubrían con un lienzo pintado de cosas rústicas, como peñas y hierbas diferentes, y al correrse este paño se mostraba una cueva que guardaban dos salvajes con sus mazas: rematábase la punta del Mediodía en un peñasco que correspondía al monte Imán, y opuesto á él, con muchos derrumbaderos y muy bien imitada, la aspereza, y en la mitad de su altura la casa de la maga Circea, á modo de cueva obscura y rústica.

Sobre el río, algo apartado del monte Imán, había un torno que se movía velocísimamente sobre las aguas, y encima una tabla en que podía vivir una persona, y este lado estaba todo colgado de telas de diferentes colores, que servían de cortina para encubrir y dar vista al río en algunos pasos de la comedia, en el cual, detrás del vestuario, había una nave con todas sus jarcias y demás aparejos para navegar, llevando 30 personas.

Á los dos lados del templo de Cupido, cuatro estados en alto, estaban dos nubes, y en medio otra superior que las cubría y acompañaba hasta el suelo, y dejándolas en él se volvía á lo alto, y tornaba á acompañarlas cuando se habían de levantar á su lugar.

En lo alto del monte Imán estaba otra nube muy grande, y todas eran de hechuras diferentes, y tan bien pintadas al natural, que lo parecían mucho. Tenía el vestuario dos puertas para entrar al teatro, una cerca del templo de Diana, otra debajo del castillo encantado, y había otras entradas por las cuevas, peñascos y montañas.

En esta forma se terminaba el teatro, cubierto todo de toldos y coronado de luces, y había muchas en las escaleras y torres de los castillos, y 18 blandones en el suelo; todos se encendieron de día, con que no pudo conocerse la noche cuando vino.

Aderezado todo en esta forma, parecía la más extraordinaria y agradable vista que imaginarse puede, porque en ella no se hacían imposibles los castillos encantados, los palacios grandiosos, los espaciosísimos salones, y los tronos más encarecidos y alabados en los imaginarios libros de caballerías, antes parecía que cuanto en ellos se ha fingido hicieron aquí la naturaleza y el arte tan propiamente, que quedaron cortos los coronistas de aquellas hazañas fabulosas, y que la verdad que aquí se miraba facilitaba la fe de cuanto ellos dicen.

Todo estaba con tan gran arte, proporción y seguridad, que parecía, al verse, ordenado para eternizarse en aquel lugar, en memoria de la heroica y suntuosa fiesta que en él se representó.

Era la comedia de Lope de Vega; la eminencia de los versos, decencia y decoro de ellos, lo mostraban, que sólo su ingenio podía darlos propios á tales recitantes.

Tomó el sujeto del libro de su *Angélica*, y como allí introdujo tantos reyes y reinas que vinieron á Sevilla á merecer y ocupar el reino que su Rey, cuando moría, mandó se diese al hom-

bre ó mujer más hermosa que se hallase, y allí daba el premio á Angélica, en esta comedia á la emperatriz Aurora; y de juntarse los reyes y reinas que introduce en ella á la competencia del premio de la hermosura, se enamoran variamente, encontrándose algunos en la elección, y otros conformándose en la correspondencia; y cuando se acabó esta junta se dividieron en diferentes partes, acompañando algunos á las reinas en las jornadas y navegaciones á sus reinos, y variándose los acaecimientos, vino á ser de mucho enredo y muy apacible, toda con grandes alusiones á historias, fábulas poéticas y libros de caballerías, aventajando por esto á todas cuantas ha hecho su autor.

El lunes 3 de Noviembre fué el dedicado para este solemnísimo regocijo, y estando todo dispuesto á las cuatro de la tarde, como se apeaban de los coches, empezaron á entrar en diferentes cuadrillas los personajes que habían de representar, y recogiéndose en el vestuario criados y personas de este ejercicio, llevaban plumas y otros aderezos como recogiéndolos para la farsa, que no faltó esta acción para imitar los cómicos más ejercitados.

El día fué pardo y apacible, y estando todos en un admirable y quieto silencio (que la novedad de tantas maravillas suspendía mucho), entrando S. M., Dios le guarde, con sonoroso ruido de chirimías y otros instrumentos, se hizo una demostrativa salva desta entrada. Fué por la tienda del Oriente, y habiéndose entretenido con sus hijos hasta que los vistieron, salió á su silla con otra regocijadísima salva.

Representaron los papeles de la comedia:

Cupido, el Príncipe nuestro señor.

Aurora, la cristianísima Reina de Francia.

El Agradecimiento, deidad, el serenísimo infante D. Carlos.

La Correspondencia, deidad, la serenísima infanta María.

Liriodoro, rey de Grecia, la Sra. D.ª Isabel de Aragón.

Leuridemo, rey de Numidia, la Sra. D.ª Catalina de Acuña.

Rolando, rey de Hungría, la Sra. D.ª Catalina de la Cerda.

Alizarán, rey de Catay, la Sra. D.ª Mariana de Córdoba.

Cardiloro, rey de Tánger, y *Roselida*, la Sra. D.ª Ana María de Acuña.

Lindabella, reina de Tartaria, la Sra. D.ª Juana de Aragón.

Mitilene, reina de Argenes, la Sra. D.ª Estefanía de Mendoza.

Tisbe, reina de Epiro, la Sra. D.ª Luisa Osorio.

Gonforrosto, emperador salvaje, la Sra. D.ª Juana de Noroña.

Solmarino y *Bramarante*, capitanes salvajes, y dos jueces de Oriente, D.ª María Jordán y D.ª Leonor de Quirós, de la cámara.

Mandricardo, visión, y *Circea*, maga, D.ª María Marañón, de la cámara.

Ninfa Doris, *Fabio*, jardinero, y un ciudadano, D.ª Vicenta de Castro.

Celio, paje, D.ª Estefanía Gómiz de la Reguera.

Figura de Diana, en un altar, D.ª Francisca de Páramo, todas de la cámara.

Cintio, capitán, Andrés de Alcocer.

El traje en que se representaron los papeles de hombres era de baqueros cortos y basquiñas, aderezos de espadas, dagas, sombreros, tocados á lo africano, algunos cuellos y puños blancos llanos.

El Príncipe nuestro señor salió á echar la loa con baquero, calzones y ferreruelo francés de tabí de oro azul, guarnición de plata, cuello y puños blancos con puntas pequeñas, sombrero negro de fieltro, falda larga terciada, bordada, y la toquilla con muchas plumas, botas blancas, tan galán y airoso, y recitóla tan bien, que, cuando este día no tuviera otra cosa que admirara, ésta pudiera sobre cuantas ha tenido el mundo, porque no se juntaron jamás gentileza, hermosura, desenfado, gala y propiedad en tan pocos años y tanta majestad.

Empezó la comedia Cardiloro con baquero y basquiña azul y plata, tocado moro, manto de velillo de plata encarnado, y queriendo arrojarse con desesperación en el río por habérsele muerto su dama; corriéndose una cortina, apareció sobre el agua una visión vestida con saco de raso negro, cubierto el rostro con un velo leonado; venía sobre la tabla ó invención, que se movía velocísimamente; era Mandricardo, su padre, que le venía á defender la desesperación, y habiéndole reprendido el intento, desapareció con la misma velocidad, y cerrándose la vista al río, quedó Cardiloro espantado de haber visto á su padre. Salió el salvaje Arlano á consolarle y ofrecerle su castillo para que reposase; le llevó á él, y corriendo el lienzo que le encubría, parecieron los salvajes y la entrada; recogiéndole allí, y dejándole durmiendo, le encantó para que estuviese así hasta cierto tiempo en que luciesen sus hazañas. Cerróse el castillo.

Salieron cuatro reyes por puertas diferentes fingiendo venir de diversas partes á hallarse á la competencia del premio de la hermosura.

Liriodoro, con baquero y basquiña de tabí de plata encarnado, bordado de cañutillos de

vidrio negro, sombrero de falda grande terciada, bordada, y la toquilla con una rosa grande de diamantes.

Leuridemo, con baquero y basquiña de tabí de oro encarnado, guarnición de plata, sombrero de falda larga terciada, con rosa y cintillo de diamantes.

Rolando, con baquero de tabí encarnado, bordado todo de lentejuelas de plata, y la basquiña de la misma tela, bordada de labores grandes de relieve de cañutillo y hojuela de plata, sombrero de falda corta, trencillo de diamantes y una puntilla de pluma blanca con sus rizos.

Alizarán, con baquero de terciopelo negro guarnecido de plata, basquiña de tabí de oro encarnado y de la misma guarnición, manto de velillo de plata encarnado, tocado de muchas plumas y rizos, á lo africano.

Hablando los cuatro en la competencia, salió un ciudadano á darles cuenta de las reinas que habían concurrido á ella y como venían los jueces á sentenciar.

Entraron dos con garnachas de encarnado y plata, coronas y varas doradas, y llamando las reinas para hacer el juicio, entraron cuatro.

Lindabella, con baquero y basquiña de encarnado y oro, muchas plumas en el tocado, manto de velillo de plata.

Tisbe, con baquero á lo romano y basquiña de tabí azul de oro, manto de velillo de plata, tocado de plumas y rizos.

Roselida, reina de Persia, baquero y basquiña de tabí encarnado, guarnición de plata, tocado de plumas y toca de colores y manto blanco.

Informando cada uno de su justicia, los jueces se pusieron en oración delante del templo de Cupido para que les declarase la mayor hermosura; abriéronse las puertas á este tiempo, y primero la selva que estaba delante, causando admiración el movimiento de tanta máquina y la multitud de estrellas, espejos y adorno de florones de oro que pareció después de abierto; estaba sobre el altar la figura de Cupido con todas sus insignias, y puestos todos en oración con mucha música, bajaron las dos nubes de los lados del templo, y la superior que las acompañaba, y llegando al suelo, se abrió la de mano derecha, y en medio pareció sentado Cupido, y á sus lados el Agradecimiento y Correspondencia.

Cupido, con arco, carcax y venda en la frente, plumas en ella, en cuerpo, con el mismo vestido que echó la loa.

El Agradecimiento, con montera y baquero de tabí verde, una banda encarnada, guarnición de plata y botas blancas.

La Correspondencia, con baquero y basquiña de tabí azul guarnecido de oro, tocado de plumas y rizos.

Para abrirse la nube tendió muchas alas y volantes, pareciendo dentro muchas estrellas y cortes de velillos de colores, y los tres bellísimos hermanos parecían, no las deidades fingidas que representaban, sino verdaderos celestiales espíritus que bajaban para la perfección y complemento de la fiesta.

En otra nube venía la emperatriz Aurora, con baquero y basquiña de tabí encarnado, de oro y guarnición de plata, puntas de lo mesmo en los faldones del baquero, tocado de plumas de colores y tocas blancas, y manto de velillo blanco con muchos diamantes. Tendió la nube diversas ruedas y volantes cuando se abrió, mostrándose muy rica por lo interior; pareció la Reina tan hermosa y resplandeciente, que turbó la vista á cuantos la miraban, y no sólo parecía aurora, mas el mesmo sol acompañado de todas las estrellas.

Salieron todos los hermanos de las nubes, y dió Cupido la corona á Aurora, diciendo que sólo á su hermosura era debida, de que quedaron todos muy contentos y le dieron gracias, y diciendo él que la había traído del cielo para ello, se metió en su nube, y con mucha música se empezaron á levantar todas tres hasta su lugar, quedando Aurora, que llevó en su compañía á Lindabella para estar juntas en su palacio.

El Agradecimiento y Correspondencia, los dos serenísimos Infantes, se fueron á sentar junto á su padre, habiendo representado sus papeles tan bien, que no se puede encarecer su gracia: Dios los guarde.

Las demás reinas se fueron á sus provincias, por la mar, acompañando á Tisbe y á Roselida, Liriodoro y Alizarán, enamorados de sus hermosuras, y en el reino de Aurora se quedaron Leuridemo y Rolando, enamorados de Lindabella, y Mitilene, de Leuridemo, con que se acabó la primera jornada.

Por intermedio salió á danzar el Príncipe nuestro señor con la Sra. D.ª Sofía, vestida basquiña y baquero verde, guarnecido de plata, abanino y verdugado; danzaron Galería de amor y Canario, su Alteza con extremado aire y gracia, y la Sra. D.ª Sofía tan diestramente, que el ver tanta perfección en tan pequeños cuerpos, sobre la novedad y grandeza de cuanto se miraba, metió á muchos en sospecha que todo era encantado.

En la segunda jornada, después de haber representado diferentes personas, estando en el tablado Gonforrosto, vestido un sayo largo de tabí blanco bordado todo de florones verdes y encarnados, los cabellos sueltos y con bastón de general y guirnaldas en la cabeza, y con él dos capitanes, Solmarino y Bramarante, vestidos sayos de raso verde y oro, cabellos sueltos y mazas, hablando los tres, de la parte del río se oyeron grandes voces y ruido como de navegantes que se perdían, acudieron los salvajes á las peñas para reconocer lo que era, y corriéndose las cortinas que encubrían el río, pareció en él una nave que muy furiosa iba á embestir con la roca; venían en ella Tisbe, Roselida, Alizarán, Liriodoro y marineros con muchas luces; con ellas las personas que traían las joyas, vestidos y plumas. Fué la más agradable y nueva apariencia que puede imaginarse, causando igualmente alegría y lástima, porque representaban con tanta propiedad su perdición, que parecía cierto el peligro de que se lamentaban.

Sonando la nave como rompida, cerró la vista al río, y saliendo al teatro por diferentes partes algunos, como escapados de la tormenta, fué el primero Liriodoro, á quien los capitanes salvajes captivaron, y también á Roselida, llevándolos á su Emperador, que á él le mandó sacrificar á Diana, y de ella se enamoró.

Tisbe se escondió en una cueva, y Alizarán por lo alto del monte, lamentándose todos de no saber unos de otros.

Mitilene, hija de la sabia Circea, andaba enamorada de Leuridemo, el cual, por estarlo de Lindabella, no la admitía; fué Mitilene á pedir favor á su madre, que salió vestida de raso negro y plata, manto de velillo de plata negro, y entendido el caso, ofreciendo ayudarla, se fueron á su cueva, con que se acabó la segunda jornada.

En el intermedio salió á bailar la Reina, la Condesa de Medellín, las Sras. D.ª Mariana de Córdoba, D.ª Estefanía de Mendoza, D.ª Luisa Osorio, D.ª Isabel de la Cueva, D.ª Ana María de Acuña, con los mesmos vestidos de la farsa; bailaron la Españoleta, y la Reina tan airosamente y con tanta destreza, que guiando á todas, hizo que se pusiese en olvido lo que había pasado; pareció coro de ninfas de los que celebran los poetas festejando á su Diana.

En la tercera jornada, tratando Circea con Rolando que ella haría una nave muy rica y la pondría en el puerto, y él publicaría que se la enviaban de su reino para que se fuese él en ella, y que sería tal su riqueza y fábrica, que obligaría á Aurora y á Lindabella á que entrasen á verla, pidiendo él que por maravillosa le hiciesen ese favor, y que, teniéndolas en la nave, haría que con mucha ligereza navegase, llevándolas á Hungría, donde se casaría él con Lindabella, y que, sabiéndolo Leuridemo, recibiría por mujer á Mitilene; y habiéndolas embarcado con este engaño, se hizo relación de todo y de la huída de la nave, contándoselo á Leuridemo, que estaba en el jardín de Aurora con Fabio, su jardinero, Belisa, dama, que muy lastimada vino á darle cuenta, y diciendo que ya parecía en el mar, se corrieron todas las cortinas, desocupando la vista al río, quedando descubierto gran parte de él.

Echando Leuridemo maldiciones á la sabia y á la nave, pasó á vista de todos con velocidad, pero de suerte que duró el poder verla por medio cuarto de hora; llevaba á Aurora, Lindabella, Mitilene, Circea, Rolando, su paje Celio y gentes de mar, con muchas luces, gallardetes, flámulas, estandartes y banderolas de diferentes colores, velas tendidas, que con la variedad de joyas, plumas, tocas y galas de los que en ella iban, fué la más bella y alegre vista que en las aguas pudo esperarse, y parecía que las fabulosas cortes de Neptuno eran verdaderas y que el mismo Júpiter y las demás fingidas diosas se habían juntado en el globo de la nave, queriendo mostrar á porfía el poder de su hermosura y deidad. Cerróse la vista al río, y Leuridemo prosiguió en sus execraciones con tan viva voz y lastimado sentimiento, que si la nave llevara hombres-fieras ó mármoles, los enterneciera y obligara con sus quejas á detenerse y á escucharlas, sin reparar en que eran lágrimas de comedia: entróse Leuridemo y cerróse la vista al río

Gonforrosto mandó á sus capitanes sacrificasen á Liriodoro, y habiéndolo hecho, salió Tisbe preguntandoles por él, y se le enseñaron, abriendo el templo, movido sobre el perno en que estaba fabricado, para que se pudiese gozar de su vista; pareció lleno de luces, velillos y chapas de plata, y sobre el ara la figura de Diana, vestida de raso blanco, guarnición de plata, cabello suelto y un venablo en la mano. Viendo Tisbe muerto á Liriodoro sobre la última grada del altar, tomando un puñal á Gonforrosto, se mató, dejándose caer sobre el cuerpo; cerróse el templo, y fuéronse los salvajes, admirados, retirándose á su lugar.

Salió Leuridemo con Cintio, capitán, que le representó Andrés de Alcocer, señor de Tovilla, á quien por sus gracias singulares quiso S. A. repartir papel en esta comedia, porque no le faltase entremés: traía Leuridemo gente de guerra y armada de mar en seguimiento de la nave, y él y los que en ella iban y los que andaban por la montaña, se hallaron juntos al pie de ella, por tormentas y otros sucesos; y dándose cuenta de ellos unos á otros, salió Doris, ninfa de Diana, con jubón y basquiña de raso blanco y guarnición de oro, baquero de velo de plata y muchas plumas y tocas, con dos guirnaldas de flores en un cestillo, que de parte de la

diosa traía para los dos amantes muertos, y contando á todos el caso, se abrió el templo y parecieron los dos tendidos en las gradas; coronólos Doris; todos les dijeron singulares elogios, y pidieron á Leuridemo les cantase una elegía, y tomando la guitarra, la Sra. D.ª Catalina de Acuña se la cantó, con tanta suavidad y propiedad de fúnebres y lastimosos acentos y quiebros enamorados, que resucitaran los muertos, si lo fueran, para oirlas.

Bajó la nube que estaba sobre el monte Imán, y en medio de la bajada, se abrió, con admirable vista de la hermosura de su fábrica y majestad interior, mostrando muchas alas doradas de lucidísimo adorno, y extendiendo muchos círculos, que se extendían unos en otros á modo de esfera; venía dentro Cupido á casarse con Aurora, y en llegando al suelo, salió á darla la mano, y llevándola á la derecha, se sentaron en la nube, y cerrándose, se levantó á su lugar. Los demás se casaron con quien cada uno quería, que la facultad general de dispensar en esto sólo la tienen los poetas.

Así tuvo fin esta gran comedia, gobernando el Príncipe nuestro señor cuanto en ella se representó, y salidas y entradas de todos, con gran puntualidad y cuidado, advirtiendo lo que habían de hacer, sin que en alguna hubiese falta.

La admiración que puede causar lo que se ha dicho de S. A., y la verdad de lo que pasó, que fué mucho mayor, pondérenlo sus reinos y los del mundo, para esperar los efectos que pueden prometer de estas muestras de su gran caudal en tan tiernos años: muchos guarde Dios á S. A. Acabada la farsa, tomó ferreruelo y sombrero, y se fué á sentar junto á su padre para ver la máscara en que se remató la fiesta.

Acabada la comedia, quitaron los oficiales el templo de Cupido tan sordamente, que no pudo percibirlo el auditorio, quedando solas las puertas que hacían la superficie á la fachada del vestuario.

Después de haber tañido los violones lo que bastó para dar lugar á que se vistiesen las de máscaras, abriéndose la selva, se presentaron parejas á la vista, cuatro damas con máscaras negras rajadas, baqueros y basquiñas de raso encarnado, guarnecido de oro, verdugados, mantos de velillo de plata, abaninos y tocados de argentería, hachas en las manos: eran la serenísima Reina, las Sras. D.ª Isabel de la Cueva, D.ª Ana María de Acuña, D.ª Estefanía de Mendoza; salieron al teatro iguales, y habiendo danzado un rato airosísimamente, en la mesma igualdad, vueltos los rostros al vestuario, pareció la segunda cuadrilla, baqueros y basquiñas de raso blanco, guarnición de plata, mantos de velillo blanco y negros, y plumas de los mismos colores, y conformes en lo demás con la primera cuadrilla: eran las Sras. D.ª Juana de Castro, doña Catalina de la Cerda, D.ª Mariana de Córdoba, D.ª Catalina de Acuña: y habiéndose recibido, y juntas danzado con algunas vueltas y mudanzas, mirando al vestuario, una cuadrilla delante otra, hallándose cerca de S. M., se mostró la tercera, vestida de raso azul, guarnición de oro, mantos de velillo de plata encarnado, tocas de plata, y conformes en lo demás: eran las Sras. D.ª Juana Portocarrero, D.ª Luisa Osorio, D.ª Juana de Noroña, D.ª Isabel de Aragón; habiéndose recibido iguales, danzaron media hora con muchas vueltas y lazos, que con dificultad se percibían, mas anduvieron con tanta destreza en todo, que cuanto más confusa se hallaba la vista de cuantos lo miraban, salían más concertadas en sus puestos. Guió la máscara la Reina diestrísimamente y con tal cuidado, que cuando le faltara á quien la seguía, no pudiera perderse; mas todas anduvieron con tanta cuenta y arte, que pudieron acompañar tan gran Reina en presencia de tan alta majestad.

Para hablar de la representación, aire, gala y bizarría de la cristianísima Reina, no hay palabras, y así, se quede á la contemplación de los que conocen su divina hermosura y participan la comunicación de su soberano entendimiento, y para los que se hallaron presentes este día, que por lo menos veneran con silencio y éxtasis la parte que pudieron comprender.

Decir en particular la perfección con que cada una hizo lo que le tocaba, y declarar las galas, joyas y costosísimos aderezos que sacaron, no es posible, porque ningunas relaciones bastan, ni pudo percibirse cuanto se vió, ni empezándose á tratar de ello puede poner fin á lo que se dijese, porque es ofenderlo todo y temeridad hablar en ello, ni yo me atreviera á hacer este borrón si no me lo mandaran; ocasión tienen los célebres ingenios de estos tiempos para eternizarse con tan gran sujeto de sus historias y poesías.

URSÓN Y VALENTÍN

HIJOS DEL REY DE FRANCIA

COMEDIA

DE

URSÓN Y VALENTÍN

HIJOS DEL REY DE FRANCIA

LOS QUE HABLAN EN ELLA SON LOS SIGUIENTES (1)

URSÓN.	DOS ALABARDEROS.	UNA VILLANA.
VALENTÍN.	LUCINO (2).	TIBURCIO, *pastor*.
REY DE FRANCIA.	BELARDO. } *Pastores*.	DOS ALCALDES ALDEANOS.
MARGARITA, *Reina*.	MELISO. }	SULPICIO, *capitán*.
ISABELA, *dama de la Reina*.	ALCINA, *pastora*.	UN CRIADO DEL REY.
UBERTO, *Gobernador*.	UNA OSA CON UN NIÑO.	RIBATO, *pastor*.
ROLANDO, *criado de Uberto*.	FILENO, *pastor*.	TRES MUCHACHOS.
UN CORREO.	UN PASTOR.	UN EMBAJADOR.

JORNADA PRIMERA.

Sale Uberto, Gobernador, y Rolando, su criado, y dice Uberto:

UBERTO.

¿Y dijo, en resolución,
Que el Rey, mi señor, es vivo?

ROLANDO.

Y añade con presunción:
«Ni fe sin obras recibo,
Ni premio sin galardón.»
Este, señor, es tu anillo.

UBERTO.

Qué, ¿no quiso recebillo?

ROLANDO.

Turbóme el temor de suerte,
Que el pecho sintió la muerte,
Y la garganta el cuchillo.

UBERTO.

¿Puede haber rigor que sea
Con el suyo comparado?

ROLANDO.

Parecióme, de turbado,
Con ser un ángel, muy fea.

UBERTO.

¿Tanta mudanza ha mostrado?

ROLANDO.

Atado estuve de hielo.

UBERTO.

No me espanta, porque el suelo
Tiembla, viéndola con ira;
Túrbase el sol si la mira,
Y estoy por decir el cielo.

ROLANDO.

¿El sol? Pues ¿qué parte es ella
Para podelle turbar?

---

(1) Así en la e[illegible] de Valencia [illegible]). [illegible] texto [illegible] de M[illegible] dice solo [illegible].

(2) *Lucino*, en la lista [illegible] el texto, *L*[illegible].

UBERTO.

¿No ves que el sol es estrella,
Y que le puede quitar
La luz que recibe della?
Dichoso fuiste de veras,
Rolando, en que no tuvieras
Tan alto conocimiento:
Yo invidio tu entendimiento.

ROLANDO.

¿Tan necio me consideras?
Sin amorosos despojos,
Conozco y veo que es alta
La que roba tus despojos.

UBERTO.

También un ciego tiene ojos,
Aunque la vista le falta.
¿Qué importa ver? Si no ciegas,
Vesla, y al alma no llegas;
Que si llegaras al alma,
Del sol le dieras la palma
Que torpemente le niegas.
¿Quieres ver cuán ciego estoy,
Y que contra toda ley
Humana y divina voy?
¿Que al cielo enemigo soy,
Y soy traidor á mi Rey,
Rey que de mi mano ha sido
Hasta agora el más servido,
Que de vasallo señor,
Y Rey que en obras y amor
Me ha pagado y me ha vencido?
¡Basta! Que este amor infame,
Que debe de ser demonio,
Quiere que yo le disfame.
¿Qué más claro testimonio?
La Reina quiere que ame;
La Reina tengo de amar,
La Reina solicitar,
Á un acto vil, deshonesto.....
¡Aquí de Dios! ¿Qué es aquesto?
¿Amor? ¿En qué ha de parar?
Templa, en buen hora, el rigor,
Que no es piedra la paciencia.

ROLANDO.

Quéjate á tu superior.

UBERTO.

¡Ah, que es un jüez amor
Que no tiene residencia!
Vase el Rey á Ingalaterra
Á su guerra, y en su tierra
Me deja Gobernador,
Con tanta guerra de amor,
Que no temiera su guerra.
Acá y allá guerra suena;
Guerra por entrambos pasa.
Venga el Rey; muera mi pena;
Sosiegue la de su casa,
Y deje la de la ajena.
¡Bien gobierno su ciudad,
De una flaca voluntad
Gobernado sin razón,
Por un freno de afición
Que rige mi voluntad!
Si aqueste fuego encendido
Su partida acelerara,
No tiempla (1), yo soy perdido,
Hallárame consumido,
Y la ciudad abrasada.

ROLANDO.

Sosiega, señor.

UBERTO.

No puedo;
Que amor en mi pecho reina,
Vario entre esperanza y miedo.

ROLANDO.

Mira, que viene la Reina.

UBERTO.

¿Cómo?

ROLANDO.

La Reina.

UBERTO.

Habla quedo.

Sale Margarita, Reina, é Isabela, dama de la Reina.

REINA.

Desde anteayer no he tenido
Nuevas del Rey mi señor.

ISABELA.

No habrá por su culpa sido.

REINA.

No tiene disculpa amor.

UBERTO.

Esa palabra te pido.
Si amor no tiene disculpa,
Lo que (2) no es yerro su culpa
Digna ó digno de castigo.

REINA.

Esta ley no habla conmigo;
Que su disculpa te culpa.
El amor del Rey, honesto,
Está á la culpa dispuesto
Del descuido que me ofende;
El tuyo al revés se entiende,
Porque es amor deshonesto.

UBERTO.

¿Deshonesto? Una verdad
Pura de un alma sincera,
¿Llamas deshonestidad?

REINA.

¿Qué verdad? Si verdad fuera,
Fuera sola voluntad.
Mas entiéndese la obra.

UBERTO.

Mas es fruto de su planta.

REINA.

Tanta desvergüenza sobra.

UBERTO.

Por ser tu hermosura tanta.

---

(1) Así está en la edición de Valencia (1605), y así debe ser. Las posteriores imprimieron por error *tiembla* y *tiembles*.

(2) Creo que en vez de *lo que*, debe leerse *luego*.

REINA.
Ésta falta, estotra sobra:
Salte de la sala, Uberto.
UBERTO.
Estoy muy ciego, no acierto.
REINA.
Tengo un secreto que hablar.
UBERTO.
Segura puedes estar
Que puedes decillo á un muerto.
REINA.
¡Que hayas perdido el buen celo
De la lealtad de tu Rey
Y el que le debes al cielo!
UBERTO.
Amor es amor sin ley
Sobre las leyes del suelo.
¿Por qué, Reina, te molesta
Un alma tuya, dispuesta
Á tenerte eterno amor?
REINA.
Sabe Dios, Gobernador,
Las lágrimas que me cuesta;
Y que tengo cada día
Particular oración
Porque Dios, por su Pasión,
Alumbre tu fantasía
Y amanse tu corazón;
Que no temes su castigo.
UBERTO.
La misma oración le digo
Porque aquese tuyo ablande,
Y de mí, enemigo grande,
Se vuelva mi grande amigo.
REINA.
Mira, si yo no temiera
El escándalo forzoso
Y el mal ejemplo que diera
Tu atrevimiento espantoso,
Darte mil muertes hiciera.
Villano, qué, ¿no te vas?
UBERTO.
Con eso sí que me das
Mas muertes que tiene arenas
Libia, y creciendo mis penas,
Vienen de menos á más.
REINA.
¡Echadme de aquí ese loco!
UBERTO.
Casi á pensar me provoco
Que el no remediar mi pena
No lo hace el ser tú buena,
Sino el tenerme en tan poco.
Un soldado soy nacido;
En armas capitán fuí,
De allí á general subí;
De general he venido
Á cuanto ser pretendí.
¿Piensas que sin gran valor
Mereciera tanto honor?
Yo no envidio ajenas famas,
Reina; sola me desamas,
Todos me tienen amor.
Bien veo la sinrazón
Que fué tenerte afición;
Pero amor no lo consiente;
Yo quiero por accidente,
Que nunca tuve elección.
Si á mi Rey ofendo en esto,
Es amor ciego, no veo,
Y creo que si me he puesto
En deshonesto deseo,
Que algo tienes deshonesto;
Que lo que tú no tuvieras
Yo jamás lo deseara.
REINA.
Su locura va de veras.
ISABELA.
Yo, como en burlas tomara
Cuanto de amor me dijeras;
Y ansí, señora, te pido
Que aqueste loco atrevido
Se entretenga con sus males.
UBERTO.
No fueran ellos mortales
Si me dejaran sentido.
REINA.
Eso pienso hacer agora,
Y deste loco reirme.
UBERTO.
Reid, que mi alma llora.
ISABELA.
¿Llora el alma?
UBERTO.
Cuando adora
Y vive en la pena firme.
ISABELA.
¿Merece de amor la palma?
¿No llora un poco?
UBERTO.
Esta calma
Del alma á llorar comienzo.
ISABELA.
Pues mójeme aqueste lienzo
De lágrimas de su alma.
ROLANDO.
Basta, que en esta ocasión
Se burlan dél.
UBERTO.
Mis pasiones
Hablarán con nueva acción
Porque de las almas son
Lágrimas, vivas razones,
Y ansí, hablando lloraré.
ISABELA.
Diga, por su vida, á fe,
¿Está muy malo de amor?
UBERTO.
Ya no puedo estar peor,
Sin remedio moriré;
Mas, pues de burlas estáis,
Esta ocasión que me dais

Aprovecharé, sin duda.

ISABELA.

Reina, el propósito muda.

UBERTO.

Para ver si le mudáis.
¡Ea, déseme una mano
Por término cortesano,
Y entrambas si aquesto es poco!

REINA.

De puro enfermo está loco.

UBERTO.

Hacedme vos cuerdo y sano.

REINA.

Ya no me queda paciencia,
Isabela, para ver
Tanta maldad é insolencia.

UBERTO.

Reina, deseo saber
Dos cosas, con tu licencia:
Es la primera, si gustas
Que te sirva, ó te disgustas;
La segunda, si algún día
Te ablandará mi porfía.

REINA.

De injusto, cosas injustas:
Mira, imagina primero
Rendirse el plomo al acero
Y al mismo acero el diamante,
Que ver cosa semejante.

ISABELA.

Desespera.

UBERTO.

Desespero.

REINA.

Día de ordinario es;
Ven, Isabela, de aquí.

UBERTO.

Pues fía, ingrata, de mí
Que no pase entero un mes
Hasta vengarme de ti.

ISABELA.

¡Á fe, donosa amenaza!

REINA.

Cualquier enemigo es fuerte;
Miedo llevo.

Vase.

UBERTO.

¿De qué suerte
Será bueno que dé traza
De dar á la Reina muerte?
Rolando, ¿qué te parece
Cómo me trata la ingrata?

ROLANDO.

Como mereces te trata
Si miras lo que merece.

UBERTO.

No mira, pues, que me mata,
Todo mi amor atropella;
De suerte me vi con ella
Viendo la burla pasada,
Que á no verla tan preñada,
Pusiera la mano en ella.

ROLANDO.

¿Estás loco, ó por ventura
Se te olvida su grandeza?

UBERTO.

¿Eso tienes á locura?
¿No se debe á mi nobleza
Su grandeza y hermosura?
¿No soy yo el Gobernador
De Francia, y aunque señor
Dijera, digo verdad?
Pues ¿qué mayor cualidad?
¿Qué mayor punto de honor?
¿Qué causa habrá que me asombre?
Si tiene de Reina el nombre,
Yo tengo nombre de Rey;
Pues si es por humana ley,
Ella es mujer, yo soy hombre,
Bien me debe estar sujeta.

ROLANDO.

¡Ah, señor, tú estás de suerte,
Que si la Reina es discreta
Ha de procurar tu muerte!

UBERTO.

¿Mi muerte? ¿Cómo?

ROLANDO.

Secreta;
Y cuando más te entretenga,
Será para que el Rey venga
Y te la dé más cruel.

UBERTO.

Haré della el ladrón fiel;
Primero que aviso tenga,
Yo lo sabré negociar.

Suena dentro un correo.

CORREO.

¡Guárdense, déjenme entrar,
Hablar la Reina deseo!

ROLANDO.

Sin falta viene correo.

CORREO.

¡Á la Reina quiero hablar!

UBERTO.

Detente: ¿qué nueva es ésta?

CORREO.

Ilustre Uberto (1),
El Rey es venido.

UBERTO.

¿Cierto?

CORREO.

Cierto.

UBERTO.

Para mí molesta,
¡Ah, Rolando, yo soy muerto!
¿Es posible que ha venido?
¿Cómo tan secreto ha sido?

(1) Verso incompleto.

CORREO.
Como las treguas se han hecho.
UBERTO.
No las espera en mi pecho
La guerra de mi sentido.
¿Viene cerca?
CORREO.
Señor, sí.
UBERTO.
¿Cuánto?
CORREO.
Una milla, y te aguarda:
La nueva á la Reina dí.
UBERTO.
¡Hola, toquen á la guarda!
Presto, partamos de aquí.
CORREO.
No pierda de ti, señor,
Las albricias.
UBERTO.
El temor
Pierde: un caballo ensillad.
¡Hola, á recoger tocad!
ROLANDO.
¿No escuchas el atambor?

Entranse, y salen dos alabarderos vestidos como tudescos, con su bota de vino.

ALABARDERO 1.°
Adelante, Bincenzón.
ALABARDERO 2.°
Marchar, marchar, no es posible.
ALABARDERO 1.°
Caminad.
ALABARDERO 2.°
Nitefistón;
Es la celada terrible,
Y muy pesado el jupón (1).
ALABARDERO 1.°
Más os pesa la cabeza.
ALABARDERO 2.°
Desdichada es esa pieza:
¡Mal mundo, no hay que fiar;
Que la pieza ha de pagar
Lo que la testa tropieza!
ALABARDERO 1.°
Trastico, vamos de aquí.
ALABARDERO 2.°
¿No dais un golpe á la bota?
ALABARDERO 1.°
Brindis.
ALABARDERO 2.°
Paraos, bon amí.
ALABARDERO 1.°
¿Habéis de dejalle gota?
ALABARDERO 2.°
¿Gota ó qué? ¡Par Dios, que sí!
ALABARDERO 1.°
Mostrad; quiero demostrar
Lo que bebo.
ALABARDERO 2.°
Cuanto puedes.
ALABARDERO 1.°
Brindis á vuesas mercedes.
ALABARDERO 2.°
Pudieras beber un mar.
ALABARDERO 1.°
¿Un mar? ¡Maldito le quedes
Si sola una gota pruebe,
Ni aun de lo que el cielo llueve!
ALABARDERO 2.°
Bebe y jura por los dos.
ALABARDERO 1.°
¡Borracho está, juro á Dios!
Por caminar, dijo bebe.

Vanse.

Sale el Rey con acompañamiento, y Rolando y Uberto, y dice Rolando:

ROLANDO.
El Rey viene.
REY.
Nadie avise
Á la Reina hasta que pise
Su cuadra.
ROLANDO.
Quiere salir.
REY.
¡Que al fin no pude venir
Tan secreto como quise!
Uberto, muero por vella.
¡Oh mi Margarita bella!
¡Oh piedra de mi corona!
¿Piedra te dije? Perdona;
Dije mal, digo mi estrella.
Como el sol alumbra el cielo,
El tuyo mi frente adorna;
Reina, tu amoroso celo,
Sin victoria al patrio suelo,
Por sólo verte, me torna.
Ni margarita divina,
Ni el diamante, ni otra fina
Piedra, presumir compita
Con vos, piedra margarita,
De aquesta corona dina.
De vuestro valor seguro,
Aunque soy un Rey, no basto
Á daros lo que procuro;
No os engasto en oro puro,
Dentro en mi alma os engasto.
Gobernador, ¿qué es aquesto?
¿Cuando ya se llega el plazo
De que mi bien manifiesto,
Sustentado sobre el brazo
Tienes el rostro compuesto?
¿Qué causa tienes? ¿Qué has?
¿Cómo tan suspenso estás?
¿Qué pena te solicita,
Que aun la Reina no me quita
La sospecha que me das?

(1) En la edición de Valencia, *jubón*.

¿Cuando vengo tan alegre,
En esta tristeza diste?

UBERTO.

Es mal que no se resiste.

REY.

¿Cómo quieres que me alegre
Si acaso te veo triste?
¿No es tiempo aqueste oportuno
Para que el alma, importuno,
Lo venza? Y si puede ya,
Aun la Reina no podrá
Causarme contento alguno.
¿No hablas?

UBERTO.

¡A Dios pluguiera
Que primero que yo hablara,
La lengua helada quedara,
Muerta en la boca que fuera!

REY.

No más; detente y ahí pára.

UBERTO.

¿Qué es esto que me acobarda?
Hablaré.

REY.

Espera, aguarda.
¡Salid allá fuera, hola!

UBERTO.

Oye una palabra sola.

Habla aparte Uberto á Rolando, su criado.

REY.

Estése afuera la guarda.

UBERTO.

¿Ves mi daga descubierta?

ROLANDO.

¿Para qué?

UBERTO.

Si no vinieres
En cuanto decir me oyeres,
En saliendo aquella puerta
Has de morir: no te alteres.

REY.

Uberto, di tu razón.

ROLANDO.

¿Hase visto confusión
Como aquésta? ¡Oh falso Uberto!

UBERTO.

Salga ya del pecho abierto
Viva voz del corazón.
¿Por dónde comenzaré?
¿Lo que es verdad callaré,
O diré lo que es verdad?
Mas ríndase mi lealtad
Y viva siempre mi fe.
Señor, una noche acaso,
Yo, con aquel escudero.....

ROLANDO.

Conmigo dijo: ¡yo muero!

UBERTO.

Rolando, al obscuro paso
Del corredor al terrero,
Vide hablar hacia la reja
De la Reina.....

ROLANDO.

Ya me deja
Sin sangre en el pecho: ¡ay, triste!
¡Ay me! ¿Qué vide?

REY.

¿Qué viste?

ROLANDO.

¡Qué muerte se me apareja!

UBERTO.

Un hombre en unas escalas,
Que la noche, encubridora
Siempre de las obras malas,
Allí le trujo á deshora.

REY.

¿Fuése?

UBERTO.

Pudiera con alas.

REY.

Pues ¿no le diste la muerte?

UBERTO.

Yo te diré de qué suerte
Vile entrar por una reja (1).

REY.

¿A dónde?

UBERTO.

Al mismo lugar
Que la Reina suele verte.
Y por una reja y otra,
Al mismo puesto me subo,
¡En cuánto mi vida estuvo!
Y asiendo una escala y otra
Que en el aire me sostuvo,
Entro, que agora sin falta,
Según el pecho me salta,
Pienso que es el punto que entro
Y con el traidor encuentro.

REY.

Y ¿con quién más?

UBERTO.

Prenda es alta.

REY.

¿Quién era?

UBERTO.

Señor, no mandes
Que hable; este paje entró
Y dirá lo que pasó.

ROLANDO.

Yo, ¿qué sé?

REY.

Cosas tan grandes,
De ti las espero yo.

ROLANDO.

¡No es bueno en lo que me pone!

UBERTO.

¿Quieres que á voces pregone
Donde veo tu deshonra?

---

(1) Falta la rima. Tal vez escribió Lope:
Vile por la reja entrar.

REY.

No más: ¡perdida es mi honra!

ROLANDO.

Nunca Dios te lo perdone.

REY.

¡Oh Margarita, más digna
De echar á los animales
Que de mis bienes Reales;
No preciosa, mas indigna
De los que no fueron tales! (1).
¡Oh falsa leona brava!
¡Oh traidora, infame esclava!
¡Oh vil y de bajo ser!
¡Oh ingrata, aleve mujer!
¡Que aquésto solo bastaba!
¡Paso! No más: di quién era
El adúltero, si es muerto.

UBERTO.

De la estocada primera
Cayó, todo el pecho abierto,
Porque entré diciendo ¡muera!
Entre mí y aquél le echamos
Por el balcón.

REY.

Qué, ¿fué cierto?

ROLANDO.

Yo, ¿cuándo?

UBERTO.

El cuerpo enterramos,
Dejándole bien cubierto
Con tierra, piedras y ramos.

REY.

Dime, ¿quién era?

UBERTO.

Hombre rico.

ROLANDO.

¡Oh, gran traición!

UBERTO.

No replico,
Por sólo su calidad.

REY.

Dí, ¿quién era?

ROLANDO.

¡Oh, gran maldad!

UBERTO.

Señor, era el duque Enrico.

ROLANDO.

¿Enrico? ¡cielo piadoso,
Sin duda que no consiente
Aqueste caso espantoso,
Que aqueste Duque está ausente
Y es vivo!

REY.

¡Oh Duque alevoso!
Paga tiene merecida.
¿Qué hizo la descreída?

UBERTO.

Grandes disculpas conmigo,
Que al fin teme tu castigo.

REY.

Qué, ¿la dejaste con vida?

UBERTO.

¡Oh, qué mal hice en decir
Que era Enrico el hombre muerto!

REY.

El fin de mi vida es cierto.
Margarita ha de morir.
¡Muera á tus manos, Uberto!

ROLANDO.

Nunca Dios eso permita.
Vida inocente y bendita,
Yo os pienso librar si puedo.

UBERTO.

Deste paje tengo miedo,
Mas de esta suerte se quita.

Da Uberto una puñalada á Rolando.

ROLANDO.

¡Triste de mí, muerto soy!
¡Traidor, la Reina.....

UBERTO.

No hables.

REY.

Bien has hecho, alegre estoy,
Porque cosas tan notables
No las descubra.

UBERTO.

Á eso voy.
¡Ah de la guarda! Meted
Á ese paje.

PIERRES.

Es la merced
Que esperaba del servicio.
Éste murió en el oficio,
Como nosotros de sed.

Llévanle los tudescos en peso, y salen la Reina é Isabela, dama.

UBERTO.

La Reina viene.

REY.

Ya empiezo
Á ser Nerón vengativo.

Entran la Reina, é Isabela, su dama.

REINA.

¡Ay, Dios, qué portento (1) esquivo!
En cuerpos muertos tropiezo
Cuando salgo á veros vivo.

REY.

Agradece, infame, mala,
Que aquesa adúltera planta
En tu sangre no resbala;

---

(1) Va corregida esta quintilla conforme á la edición de Valladolid, (1609). Los tres últimos versos están estropeados en la de Valencia (1605):

Que de mis bienes reales
No precie la mas indigna
De las que no fueron tales.

(1) Las ediciones de Valladolid y Milán dicen *por tanto* en vez de *portento*, pero es errata evidente. La de Valencia está bien.

Pero tú verterás tanta.

REINA.

Grande miedo me señala
Mi Clodoveo.

REY.

Desvía,
Deshonesta, sucia arpía;
Los brazos de Clodoveo
Son las mesas de Fineo.

REINA.

¡Triste, con razón temía!
¿Qué novedad será aquésta?
¿Cómo me tratas ansí?

REY.

No más; no esperes de mí
Sino la muerte en respuesta.

REINA.

¿La muerte? ¿En qué te ofendí?
Abrázame.

REY.

¿Desa suerte
Osas mirarme?..... ¡Matalda,
Rompelda el pecho, quemalda;
No viva, dalda la muerte!

REINA.

Mándame hacer mil pedazos
Sin negarme tus abrazos;
Si en vida fuí indigna dellos,
Daránme la muerte en ellos
Para que muera en tus brazos.

REY.

¿No tienes vergüenza, infame,
De mirarme? ¿Qué me tardo?
¡Su sangre vil se derrame!
Y para aquesto, ¿qué aguardo
Á que el verdugo se llame?
Salte allá fuera, Isabela.

ISABELA.

¡Ay, triste! ¿Si fué cautela
De aquel que á Sinón iguala?

REY.

La puerta cierra á la sala

ISABELA.

Voyme.

REY.

Cierra.

ISABELA.

Cerraréla.

REINA.

¡Ay, Isabela querida!
Toma estas joyas, que son
El bien postrero que en vida
Puede darte el corazón.

ISABELA.

Primero el alma despida:
Qué, ¿nunca más he de verte?

REINA.

¿No ves que me da la muerte
El Rey mi señor?

ISABELA.

No creas
Que tan tirano le veas.

REINA.

Dame otro abrazo más fuerte.

REY.

Qué, ¿no te quieres salir?

ISABELA.

Señor, ya me quiero ir.

REINA.

Adiós, Isabela, adiós.

REY.

Solos quedamos los dos.
¿Sabes ya que has de morir?

REINA.

Antes de agora lo sé;
Mas que fuese por tu mano,
Nunca tal lo imaginé:
Clodoveo, ¿eres cristiano?

REY.

¿Eres tú buena?

REINA.

Y seré.
Para Dios, ninguno es justo,
Mas para ti, Dios lo sabe
Que soy buena, y si es tu gusto
Que agora mi vida acabe,
No pienses que es mi disgusto.
Sólo una cosa te pido:
Me digas qué causa ha habido
Para que muerte me des.

UBERTO.

¿No basta que aquí me ves?

REINA.

Uberto, ¿en qué te he ofendido?

UBERTO.

¿En qué? No te justifiques.

REINA.

Pues ¿no sabré la ocasión?

REY.

Fiero está mi corazón;
No respondas ni supliques;
Que no hay piedad ni perdón.
Hinca la rodilla en tierra.

REINA.

Qué, ¿he de morir?

REY.

Como suele
Quien tan locamente yerra.

REINA.

¡Que tu sangre no te duele
Que dentro en mi vientre encierra!
Tan cerca del parto estoy,
Que ya las señales voy
Sintiendo en mi despedida;
Mas ¿qué te ha hecho esta vida
Si yo la culpada soy?
Parir me puedes dejar.
Viva tu hijo, y yo muera.

REY.

No tienes que replicar;
Que una misma espada fiera
Entrambos ha de matar.

No ha de quedar prenda tuya
Que me herede y me destruya
Con los vicios que tuviere.

REINA.

Pues antes que nace, muere.
¡Desdichada suerte suya!
Despedirme quiero dél.
¿Qué mármol no está deshecho?
¿Habrá tigre más crüel?
Hijo, naciste en mi pecho,
Bien puedes morir en él.
Extraña fué tu ventura
Y la estrella que procura
Llevarte tan de corrida;
Lo mismo que fué tu vida,
Hoy será tu sepultura.
La leche que pensé daros,
Será la sangre copiosa
De que agora he de bañaros;
Pero todo es una cosa,
Mas ésta, para acabaros.
Si es ley inviolable y fuerte
Que quien nace, por su suerte,
Ha de morir, ¿que debéis,
Hijo, si vos no nacéis?
Quién os obliga á la muerte?
Yo, que en el mundo he vivido,
Salgo del mundo, y no vos,
Que al mundo no habéis salido.

REY.

Uberto, testigo es Dios
Que lloro de enternecido.
Toma tú esta daga y dale.

UBERTO.

¿Habrá maldad que se iguale
A la que intentando voy?
¡Ah, Rey, sin ánimo estoy,
El corazón se me sale!
Un consejo quiero darte:
Envíala de tu tierra
A alguna remota parte,
Adonde algún monstruo ó fiera
Le acabe sin acabarte.

REY.

Tomar quiero tu consejo:
De dalle la muerte dejo,
Por lo mucho que la quise;
Mas no esté donde me avise
De mi deshonra el espejo.
Dale una voz á Isabela.

UBERTO.

Allí está, á la puerta, en vela.

REY.

Isabela, con secreto
Trae una ropa, en efeto,
Muy rota y vieja.

ISABELA.

Traeréla;
Mas di, ¿para qué la quieres?

UBERTO.

Vé por ella: ¿qué te importa?
Vete donde tú quisieres;
Solamente el llanto acorta
Por dondequiera que fueres;
Quiero decir el hablar,
Y que quién eres no digas.
Comiénzate á desnudar.

REINA.

Á darte gracias me obligas.
Yo te prometo callar;
Que si desto sólo el cielo
Me ha de vengar, y no el suelo,
De que lo sabe no hay duda;
Mejor que mi lengua muda
Se lo dirá sin consuelo;
Pues al mundo, por mi afrenta,
Encubriré tu crueldad.

ISABELA.

Esta es la ropa.

REINA.

Mostrad;
Que de pobreza contenta,
Se cubre la honestidad.
Ropa bienaventurada,
Quiérote besar mil veces,
Pues, aunque rota, me ofreces
Limpia, pura y no manchada,
La gloria en que resplandeces.

REY.

¿Bien te parece?

REINA.

Y me obligo,
Cual es el cielo testigo,
Que, aunque te parece afrenta,
Nunca estuve más contenta,
Después que reino contigo.

REY.

Llama á Luciano.

UBERTO.

Ya voy.

REY.

Reina, no excedas en esto.

REINA.

Humilde á tus pies estoy.

REY.

Ahora está el rostro honesto.

REINA.

Sabe el cielo si lo estoy.

REY.

Y ¿cómo, falsa fingida?
Que tiene bien entendida
Tu maldad, que al mundo obligue.
¡Plegue á Dios no me castigue
Por dejarte con la vida!

Entra Luciano.

LUCIANO.

¿En qué se sirve, señor,
Vuestra Majestad de mí?

REY.

Llega, no tengas temor.

UBERTO.
Todo el palacio está así,
Murmurando tu furor.

REY.
¿Conoces esa mujer?
¿Qué piensas? ¿Quién puede ser?

LUCIANO.
Mi señora; y el vestido
Es tal, que no la he podido
Acabar de conocer.

REY.
Es la Reina que solía,
Y agora tu esclava es,
Á lo menos compañía.

LUCIANO.
Antes, agora y después,
Es Reina y señora mía.

REY.
Déjate deso, Luciano,
Que son palabras en vano:
Llega al oído y escucha.

UBERTO.
La razón del Rey es mucha.

REINA.
Más tu injusticia, tirano.
Ya sé que voy á morir
Y que muero injustamente,
Y si fuere inicuamente,
Mi muerte podrá pedir
La sangre deste inocente.
Considera, falso injusto,
Que por no cumplir tu gusto
Voy condenada á la muerte.

UBERTO.
No puedo yo de otra suerte,
Reina, vivir á mi gusto.
Este es caso irremediable:
Mujer, pues me matas, muere.

ISABELA.
No le consientas que hable.

LUCIANO.
Al fin, donde yo quisiere.
¡Oh fortuna variable!

REY.
Como te digo (1).

LUCIANO.
Señora, agora haced prueba
De vuestro noble valor;
Venid conmigo.

REINA.
¡Ay, honor!
Mira si hay más que te deba;
Quítasme el alma y la vida.

LUCIANO.
Vamos de aquí.

REINA.
¡Quién pudiera
Pedir al Rey, si quisiera,
Por última despedida
Sólo un abrazo me diera!
¿Quiéreslo decir, Luciano?

LUCIANO.
Que se ha de enojar es llano.

REINA.
¡Ah, mi buen Rey, Dios te guarde!

LUCIANO.
Vamos, señora, que es tarde.

REINA.
Pienso que será temprano.
¿Dónde es el fin de mis días?

LUCIANO.
Por la puerta del jardín.

REINA.
¿Por allí á matarme envías?
¡Flores, marchitas al fin
Las humanas alegrías!
Mis años mueren con ellas.
¡Adiós, dueñas y doncellas!
¡Adiós, palacios, adiós!
¡Adiós, Rey, y también vos,
Testigo de mis querellas!
Que el Rey se case procura.
Adiós.

ISABELA.
¡Triste desventura!
Yo, señora, hasta la puerta
Voy contigo.

REINA.
Estoy muy cierta
Que verás mi muerte dura.

Vanse todos, y queda el Rey y Uberto.

UBERTO.
Señor, ¿qué tristeza es ésta?
¿Cómo estás desa manera?
Si verla así te molesta,
Llamemos la Reina.

REY.
Espera.
¡Dios sabe lo que me cuesta!
No llames á mi furor,
De la honra y del amor:
Y, ¡cómo abrasáis los dos!
Amor, ríndete, ¡por Dios!
Que ha de vencer el honor.
Quisiera, siendo posible,
Dulce amor, que tú vencieras,
Pero el honor es terrible,
Y hame mandado que mueras,
Puesto que fuera imposible.
Uberto, no soy león,
Ni es de piedra el corazón
Que has visto en mí tan tirano;
Sujeto estoy, como humano,
Á la humana condición.
¿A quién no enternece y doma
De Margarita el estrago,
El pobre estado que toma?

UBERTO.
¿Qué Escipión sobre Cartago,

(1) Verso incompleto.

Ó qué Belisario en Roma?

REY.

Cual ellos va desterrada
Tal Reina y tan estimada.

UBERTO.

Si pecó, tiene disculpa;
Que aquéstos lloran sin culpa,
Y ella llorará culpada.

REY.

Dices verdad: cese ya
Este llanto mujeril
Que alma y vida se me va
Tras aquella infame vil
Que dentro en mi cuerpo está.
Mas quiero echarme en la cama,
Pues así el amor se fuerza:
Corre; al médico me llama.

UBERTO.

¿Cama quieres? ¿Y tu fama?

REY.

Á tanto este mal me fuerza.

UBERTO.

Cuando ya del tiempo seas
Curado como deseas,
Perderá el rigor la herida.

REY.

No hayas miedo que en tu vida
Alegre mi rostro veas.

Éntranse, y sale Belardo, Meliso y Alcina.

ALCINA.

¡Bueno es que me atribuya
La necedad de su ausencia!

MELISO.

Pierdo el seso y la paciencia
En que piense que no es suya.
Belardo, di que me voy.

BELARDO.

Calla, que ya se lo digo.

ALCINA.

Meliso, ¿burlas conmigo?

MELISO.

No burlo, á fe de quien soy.

ALCINA.

¿Qué vale su juramento?

MELISO.

Pues ¿su fe tienes en poco?

ALCINA.

Qué, ¿al fin te vas?

MELISO.

Como loco,
Cuerdo á puro sufrimiento.
No puedo sufrirte más;
Que me tratas mal, Alcina.

ALCINA.

Quien tarde se determina.....

MELISO.

No se arrepiente jamás,
Cuando huye de su daño
Y va á buscar su provecho;
Tengo el corazón deshecho,
De uno y otro desengaño.
Dícenme que en el ausencia
El medio hallaré.

BELARDO.

Sin duda.

ALCINA.

¡Gran médico!

BELARDO.

Un monte muda.

ALCINA.

¿Podrá llevarlo en paciencia?

BELARDO.

Y como que puede mucho
La memoria de un agravio
En un hombre honrado y sabio.

ALCINA.

¡Oh, que agraviado te escucho!
¿Volverás?

MELISO.

Nunca, pastora;
Aunque muera, voy dispuesto.

ALCINA.

Y ¡cómo será más presto
De lo que piensas agora!

MELISO.

Deseo mi libertad.

ALCINA.

¿Fué de Belardo el consejo?

MELISO.

Sí, que es un zagal ya viejo,
Aunque no mucho en edad.
Dicen que me quiso bien.

ALCINA.

¿Supo querer?

MELISO.

Y adorar,
Y que no pudo olvidar,
Haciendo fuerza á un desdén.
Buscó de nuevo cuidado,
Pero en balde le buscó,
Que al fin de muchos, se halló
Del primero más fundado.
No pudo hacer resistencia
La fiera llama encendida,
Hasta que puso la vida
En las manos del ausencia.
Fueron tres meses tan buenos,
Como es tan buen cirujano,
Que si no vino muy sano,
Convaleciente á lo menos.

ALCINA.

Ahora bien, ¿tú determinas
Hacer ausencia de mí?
¡Ah, pastor, pobre de ti,
Que tras la muerte caminas!

BELARDO.

Cese la vana arrogancia;
Que otra tal satisfacción
Me quitó del corazón
Prendas de más importancia.

Quien ama, no ha de tener
Presunción de que es querido,
Porque el temor del olvido,
Ése conserva el querer.
¡Cómo me cansa la dama
Que trae siempre en la boca,
De muy necia ó de muy loca:
«El hilo abrasa mi llama,
Aquél por mí se perdió,
Éste sospira, aquél llora,
Otro muere, aquél adora,
Y á todos digo de no!»
Y es que, como el hombre mira
Sólo al balcón del deleite,
El alma cubre de afeite,
Y el corazón de mentira.
Y porque ella no se engría
Que no durmió ni comió,
La otra necia creyó
Que de veras lo decía,
Y que era el fuego un abismo;
Y apenas della se fué,
Cuando á cualquiera que ve,
Le vuelve á decir lo mismo.

ALCINA.

¡No está mala la lición!
Aprended, ¡por vida vuestra!

BELARDO.

Ya la experiencia me muestra
Á costa del corazón.
Pero ya que tengo copia
De muestras con tal desdén,
Más haré si fuese á quien
Quise con el alma propia.
Si lisonjeo la hermosa,
La vendo como el amigo,
Y en lo mismo que la digo
Estoy sintiendo otra cosa.
Solicito que me quiera;
Y si la vengo alcanzar,
Ya tengo lleno el lugar
De que es muy necia y muy fiera.
Si encarezco penas mías,
No me han llegado al vestido;
Si digo que no he dormido,
He dormido quince días.
Pido prendas y cabellos,
Y por dicha algún retrato,
Y tanto lo quiero y trato,
Que nunca me acuerdo dellos.
Doy en mentir y llorar,
Fingiendo que el sol me agravia,
Y levántola que rabia,
Cuando la quiero dejar.
Aquesto y más aprendí
De aquella que yo adoré:
¡Buen discípulo quedé!
¡Bien puedo matar por mí!

ALCINA.

¡Pobre de aquella, Belardo,
Que á las manos te cayese!

BELARDO.

Sospecho que la hiciese
Negro el verde; el blanco, pardo.

Entra Luciano alborotado.

LUCIANO.

Si los humanos ojos mover suelen,
Nobles vaqueros, los ajenos males,
Y como tales en el alma duelen;
Si los ignominiosos animales
Favorecen al hombre miserable
Cuando le ven en ocasiones tales,
Venid á socorrer el más notable
Suceso de fortuna, en cuanto tiene
Escrito en su memoria perdurable.
Una pobre mujer conmigo viene,
Del paterno favor desamparada,
Que sólo á Dios pedirlo le conviene.
Al pie de aqueste monte, descuidada
De que era de su parto el mes llegado,
Está con él y con la muerte airada.
¡Favor, noble doncella, si el cuidado
Deste piadoso oficio os ha movido,
Que al cielo ya movió, pues os he hallado!

ALCINA.

El corazón me tiene enternecido.

Quéjase la Reina desde dentro.

No hay que aguardar. ¿Adónde está?

LUCIANO.

Aquí junto
Siento la voz del maternal gemido.

ALCINA.

Meliso, ¡hola, hao! corre en un punto
Y algunas ropas trae.

MELISO.

Allá me parto.

Vase Meliso, y dice la Reina desde adentro:

REINA.

¡Ay! ¿Qué manos son ésas que barrunto?
Hijo, no os cobro, que aún me dura el parto.

Sale una osa con un niño en los brazos, y Luciano tras ella con una espada desnuda.

LUCIANO.

¡Oh bestia, suelta el niño, suelta, suelta!
Á mí se vuelve: de furor me aparto.
Mas aunque deje vida y sangre envuelta
Entre sus manos, cobraré el infante.

Entra Meliso con ropa para envolver el niño.

MELISO.

Toda la choza queda de revuelta;
Mas ¿dónde habrá suceso semejante?
Aquella osa el niño se nos lleva.
¡Adelante! ¡Buen ánimo! ¡Adelante!
¡Ea, señor, no aguarde que en la cueva
Entre con él, porque la hambrienta cría
Hará que su sangrienta sangre beba!

Ya se han transpuesto en esa sierra fría.
¡Hola, pastores!

Entran Tiburcio y Ribato.

PASTOR.
¿Qué hay, Meliso amigo?

RIBATO.
Lo que permite la desdicha mía.

MELISO.
Tomad cayados, y venid conmigo,
Que se nos lleva un animal un niño.

TIBURCIO.
¿Dónde le hurtó?

MELISO.
De su materno abrigo.

RIBATO.
¡Pardiobre, que tenemos buen aliño!

PASTOR.
Oíd, ¿qué gente es ésta que camina?

Entra Alcina con un niño en los brazos.

ALCINA.
Blanquito es el rapaz como el armiño.
¡En buen hora naciste!

MELISO.
Dime, Alcina,
¿Cúyo es aqueste niño?

ALCINA.
De una triste
Pobre mujer, que viene peregrina.

TIBURCIO.
Meliso, ¿tú no dices que le viste
Llevar de un animal, el monte arriba?

MELISO.
Sí que le vi.

BELARDO.
Pues engañado fuiste.

MELISO.
¡Pluguiera á Dios! Pero sabed que iba
Una osa feroz por este ejido,
Con un niño huyendo fugitiva.

BELARDO.
Según eso, dos hijos ha parido.

ALCINA.
Sin falta que es ansí. ¡Ea, pastores,
No muera el inocente que ha nacido!
Suban los más ligeros corredores
Por ese monte; que al que le trajere,
Prometo aquesta banda y mil favores;
Y en tanto, yo y Belardo, si quisiere,
Llevemos á su choza la parida.

MELISO.
¡Dichoso el que la empresa mereciere!

RIBATO.
Pienso cual viento aventurar la vida
En tu servicio: yo seré el primero,
Que por tal bien, la doy por bien perdida.

TIBURCIO.
Pues yo seré el segundo.

BELARDO.
Yo el tercero.

MELISO.
El cuarto yo que á tu servicio ayuda.

TIBURCIO.
¿Salió la osa?

MELISO.
Ya salió, sin duda.

Entranse huyendo, la osa tras ellos: tocan.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Valentín y Fileno asidos de una trenza.

FILENO.
Vuélveme luego la prenda
Y guarda no te desmandes,
Á que entre amigos tan grandes
Haya tan grande contienda.
Valentín, dame la trenza.

VALENTÍN.
¿Que te la dé? ¡Bueno es eso!
Ó tienes perdido el seso,
Ó tienes poca vergüenza.
Vete con Dios.

FILENO.
¡Bien lo entiendes!
No me iré si no me veo
Glorioso dese trofeo
Que con el alma pretendes.

VALENTÍN.
Tú tienes poca razón
En querer, como villano,
Lo que me dió con su mano
Porque me tiene afición.
¿De qué sirve que me arguyas,
Ó en qué ley cabe de amor,
Que de su mano el favor,
Cobarde venga á las tuyas?

FILENO.
Porque prendas de Belisa,
Poco justo me parece
Las goce quien no merece
Besar la tierra que pisa.
Si tu amor le satisfizo,
Escogió, como mujer, ,
Un hombre de bajo ser
Mal nacido, advenedizo;
Que al pie deste seco roble
Dice mi padre Belardo
Que naciste, vil bastardo,
De una ramera muy pobre.
¿Cuál sería, di, tu madre,
Esa que agora te cría,
Pues desde aquel propio día
La dejó sola tu padre?

¿Quién piensas que eres, villano:
Otro segundo Faetón?
Desecha la presunción,
Nacido ha de un viento vano;
Que no hay pastor en el valle
Que no sepa tu flaqueza,
Aunque, para más nobleza,
Entre los buenos se calle.
¡Miren agora qué hombre
Hijo de algún mayoral,
Para que en empresa tal
Favorecido se nombre!
Sino de una mujer pobre,
Que á entrambos mi padre ha honrado,
Y veinte años sustentado
Hasta que el marido cobre!
Por hermano te he tenido,
Una leche nos crió,
Pero desde agora, yo,
De tu amistad me despido.
Voyme, y mira que te advierto
Que voy contigo de suerte,
Que te he de buscar la muerte.
Ó ser á tus manos muerto.

Vase.

VALENTÍN.

¿Es posible tanto mal?
¿Es posible que aquí estoy?
¡Oh! ¿Cómo á tomar no voy
Venganza á una afrenta tal?
¡Que tuve tanta flaqueza!
Mas ¿qué venganza ha de hacer
Hombre que vino á nacer
De tanta infamia y pobreza?
Yo era el zagal tenido
Por el más galán y diestro;
Yo era del valle maestro
Generalmente querido;
Yo era el que me preciaba
De buena madre á lo menos;
Yo, á los hijos de los buenos,
Sin vergüenza acompañaba.
¡Ah, si cuando nací della
Me diera dichosa muerte,
Y no venir desta suerte
Á que me afrenten por ella!
¡Oh, mala madre enemiga,
Véngueme el cielo de ti!
¿Qué hago, ¡triste de mí!
Que otro ya no me persiga?
¡Cuántas veces de secreto
Se habrá dicho mi deshonra!
Un hombre infame, sin honra,
Es como esclavo sujeto.
¿Al fin, yo soy mal nacido,
Y de padre tan villano,
Que me lo diga un hermano
Que por hermano he tenido?
¡Oh, mal hayan los cabellos,
La trenza de seda y lazos!
¡Hacerla quiero pedazos,
Tomaré venganza en ellos!

Entra la Reina en hábito de labradora.

REINA.

Hijo, ¿en qué te has ocupado?
Bien te va con la afición;
Que ni tomas azadón,
Ni pones mano al arado.
¿Que vives llorando ofensas
De penas y disfavores?
¿Piensas que somos señores,
Ó que no servimos piensas?
Vuelve á casa porque lleves
Alguna leña á la corte,
Y sirve de algo que importe:
Harás lo que á bueno debes.
¿No ves que en casa murmuran
De que te estás holgazán?

VALENTÍN.

Ya sé que murmurarán
Los que mi muerte procuran.
Murmuren enhorabuena,
Que quizá no murmuraran
Si cuando nací os hallaran,
Madre enemiga, muy buena.
Perdonadme, porque estoy
Triste, agraviado y corrido
En haber de vos nacido,
Pues que tan infame soy.
Decidme quién fué mi padre
Y cómo he nacido aquí,
Pues hoy de mi hermano fuí.....
Callo, porque sois mi madre.

REINA.

Sosiégate, Valentín,
Que presto pierdes el seso;
Oye despacio el suceso
Desde el principio hasta el fin.
Sé que eres hombre de bien
Y por eso hablas tal;
Pero si me haces mal,
Nunca Dios te hará bien.
Tu madre soy, y más buena
De lo que piensas que he sido;
Sabe que eres bien nacido,
Mejor de lo que se suena.
Un caballero francés
Fué tu legítimo padre,
Y yo, su mujer, tu madre,
Hija de un hombre albanés.
Por tener hijos los dos,
Cierto voto prometimos,
El cual á cumplir salimos,
Pero no lo quiso Dios;
Porque, del mar arrojados,
Aportamos á esta tierra,
Que á extremo punto llegamos
Con tanta fortuna y guerra.
Y muy preñada, hijo mío,
Iba á París caminando

Por este monte, ya cuando
Esparce el alba el rocío.
  Diéronme en él los dolores
Del parto, un hombre presente,
Que fué á llamar diligente
A los vecinos pastores.
  Parí un hijo, y éste, apenas
Caer en el suelo vi,
Donde, aunque muerta, sentí
Llevarle manos ajenas.
  ¿Por qué en decillo rehuyo?
Una osa le llevó,
Que sin duda le pasó
Desde aqueste vientre al suyo.
  Y cuando vino la gente,
En brazos de una pastora,
Hijo, te parí, que agora
Tuve á mis ojos presente.
  Fuí llevada y guarecida,
Por aquese viejo honrado,
Adonde fuiste criado
Y yo también acogida.
  Aqueste es tu nacimiento,
No infame ni deshonrado,
Pero triste y desdichado,
Lleno de enojo y tormento.

VALENTÍN.

  Suspenso estoy escuchando,
Madre, mi llorosa historia.

REINA.

Yo, hijo, con la memoria,
Mil lágrimas derramando.
  No te alborotes ni hagas
Con Fileno novedad;
Que has menester su amistad
Si la del padre le pagas:
  Ten confianza en el cielo,
Que se acordará de ti.

VALENTÍN.

Yo digo, madre, que fuí
El más dichoso del suelo;
  Que al fin tengo buena madre,
Y no hay en el mundo cosa
Para el hombre más dichosa
Que buena madre y buen padre.
  Quiéroos abrazar de nuevo,
Y hacer cuenta que hoy nací.

REINA.

Esto ha pasado por mí,
Y lloro en verte mancebo;
  Y sé que tienes edad
Para vengarme. ¿Qué digo?

VALENTÍN.

No disimuléis conmigo;
No, no; decid la verdad.
  ¿De quién deseáis venganza?
Madre, no me lo neguéis;
Que, aunque mozo, me hallaréis
Dispuesto á vuestra esperanza.
  ¿Qué es esto? ¿Por qué lloráis?
¿Por qué no me lo decís?

REINA.

Hijo, hay un hombre en París
Que.....

VALENTÍN.

¡Decildo! ¿Qué dudáis?

REINA.

  Por quien fuimos desterrados
De nuestra casa y sosiego.

VALENTÍN.

Decidme su nombre luego.

REINA.

Olvidéle en mis cuidados;
  Pasóse de la memoria.

VALENTÍN.

Madre, sospecha me dais
Que el nombre disimuláis
Dudosa de la victoria.
  Si el nombre no me decís,
Daréisme un enojo grande.

REINA.

No, hijo, ni Dios lo mande,
Que es poderoso en París.

VALENTÍN.

  ¿Es el Rey? Decí.

REINA.

¡Ay!

VALENTÍN.

¡Oh, madre,
Pues suspiráis, es sin duda!

REINA.

No, hijo; el intento muda;
Que ése bien quiere á tu padre.

VALENTÍN.

  Pues ¿quién?

REINA.

El Gobernador.

VALENTÍN.

¡Pesia tal! ¡Alto picáis!
En balde, madre, os tomáis
Contra tal competidor.
  Dejemos eso, que al fin
Son cosas que ya pasaron.

REINA.

¡Qué buen padre te quitaron!
No soy ahora tan ruin.

VALENTÍN.

  Entrad adentro y atad
Aquesa leña al momento,
Mientras que saco el jumento:
Iremos á la ciudad,
  No venga el viejo y nos riña.

REINA.

Pues, hijo, al momento voy.

VALENTÍN.

Cayado, ¡guerra desde hoy!
¡Venga espada que me ciña!
  ¿Hidalgo soy? Pues no es bien
Traer armas de villano.
Yo viviré cortesano
Donde las propias me den.
  Quiero mudar de consejo:

Desde hoy, vestido prevengo;
Deste dinero que tengo
Quiero comprarle, aunque viejo.
Iré á París lo primero;
Á París, sí, y estaré
Con quien mejor me le dé,
Sirviendo á algún caballero.
Y ¡por vida de mi padre,
Pues no le supe otro nombre,
Que en llegando á ser más hombre,
Que he de vengar á mi madre!
¡Mataré al Gobernador!
Palabra fué de rapaz,
Porque mi edad no es capaz
De tal hazaña y valor.
Con todo, yo me agradezco
Este pensamiento noble;
Que si nací al pie de un roble,
Á buen padre me parezco.

Entra Fileno y dice:

FILENO.
¿Aquí estás, hombre de bien?

VALENTÍN.
¡Oh, mi Fileno, aquí estoy!

FILENO.
Soy tuyo.

VALENTÍN.
Tu hermano soy,
Y soy tu amigo también.
Cesen contiendas, y dame
Aquesa mano.

FILENO.
Primero,
Que me des la trenza espero.

VALENTÍN.
Quiero que tuya se llame;
No la trenza solamente,
Sino á Belisa.

FILENO.
¿Te burlas?

VALENTÍN.
Si tú piensas que son burlas,
Yo te la doy llanamente

FILENO.
¿Tienes alguna invención
Para en tomándola darme?

VALENTÍN.
No, ¡por Dios! quiero ausentarme.

FILENO.
Y ¿adónde vas?

VALENTÍN.
Á León;
Que allá me envía mi madre.
Toma la trenza, y bien puedes,
Que quiero que tú me heredes.

FILENO.
¿Hásselo dicho á mi padre?

VALENTÍN.
No, que es negocio secreto;
Antes, me voy sin licencia.

FILENO.
¡Mal haya la competencia!
Que me pesa te prometo.
Si por Belisa te vas,
Desde aquí á Belisa dejo.

VALENTÍN.
No; por lo que yo me alejo
Sube de menos á más.
Una ocasión de más punto
Me destierra de mi tierra.

FILENO.
¿Vaste, por dicha, á la guerra?

VALENTÍN.
¿Guerra?

FILENO.
Aqueso te pregunto.

VALENTÍN.
No, Fileno, que otro intento
Me destierra de mi tierra.
No es á la guerra, aunque es guerra
De mi propio pensamiento.

FILENO.
¿Haste, por dicha, corrido
De lo que te dije aquí?
Porque si yo te ofendí,
Humilde perdón te pido;
Quien ofende, ha de humillarse.

VALENTÍN.
No, que bien deja entenderse
Que un hombre no ha de correrse
De quien no puede agraviarse.
Tú no me puedes correr;
Aquí no pierdo ni gano;
Que la ofensa de un hermano
Es ofensa de mujer.
Yo me voy, Fileno mío;
Si algo tienes que me dar,
Cuando lo pueda pagar
Yo por el tiempo lo fío.
Harto el dejarte me aflige.

FILENO
¡Ay, hermano de mi vida,
Pésame que á la partida
Tales palabras te dije!
Entre hermanos, ¿hay enojos?
Pero baste por disculpa,
Que para borrar mi culpa
Se me humedecen los ojos.
Pues á partir te dispones,
Toma este rico gabán,
Si las riquezas están
En las buenas intenciones.
Que con intento le doy,
Mi Valentín, que quisiera
Que de perlas y oro fuera.

VALENTÍN.
De ti satisfecho estoy.
Dame el abrazo postrero,
Y quédate, hermano, adiós.

FILENO.
Aguarda, iremos los dos;

Hablar á mi padre quiero.

VALENTÍN.

No, no, quédate en buen hora;
Bien es que contigo estén:
Mira, que me trates bien
Aquella honrada pastora,
Y que procures casarte.

FILENO.

Valentín, ¿tanta nobleza?

VALENTÍN.

¡Sabe Dios cuánta tristeza
Llevo conmigo en dejarte!
Y este gabán que me has dado,
Por tuyo llevo, y le quiero,
Y si algo valiere, espero
Volvértele de brocado.

Vase Valentín y queda Fileno.

FILENO.

¡No me llevaras contigo,
Oh cielo, esquivo, inhumano:
Ya que me llevas mi hermano,
No me quitaras mi amigo!
¿Qué habrá sido la ocasión
De aqueste caso importuno,
Siendo un zagal que ninguno
Le quiso mal con razón?

Suena un pastor de dentro, dando voces.

PASTOR.

¡Guarda el oso, guarda el oso!

RIBATO.

¡Hola, pastores, huí!

FILENO.

¿Éste es el oso?

TIBURCIO.

Advertí
Que á las chozas va furioso.

FILENO.

¡Ay, triste, que me detuvo!

RIBATO.

¡Hola, guarda la doncella!

FILENO.

Mas que se detenga en ella
Mientras al monte me subo.

Éntranse huyendo, y salen Luciano y Ursón.

TIBURCIO.

¡Guarda el oso!

URSÓN.

¡Bravo miedo!
Huyendo van los cobardes.

LUCIANO.

¿No te digo que me aguardes?

URSÓN.

Camina, pues.

LUCIANO.

¿Cómo puedo?
¿Piensas que puede mi edad,
Que á cada paso tropieza,
Alcanzar tu ligereza
Y extraña velocidad?

URSÓN.

Di, ¿qué me quieres, Luciano?
¿Reñirásme como sueles?

LUCIANO.

Quiero que, en cosas crueles,
Te vayas, hijo, á la mano.
Nacido que fuiste aquí,
Como otras veces te digo,
Estando tu madre, amigo,
Desamparada de mí,
Nacido, ó casi naciendo,
Una osa te llevó,
Que es ésta que te crió,
Á la cual yo fuí siguiendo.
Entró en su cueva, que estaba
Entre estas breñas que viste,
Donde yo, confuso y triste,
Esperé si te mataba.
Estaba á la puerta un día,
Al cabo del cual lloraste,
Y de la vida mostraste
La señal que yo quería.
Y tras éste, seis estuve,
Porque tus voces oí,
Sin apartarme de allí,
Que de yerbas me mantuve.
Al cabo desto, la osa
Que te criaba, temiendo
Que te andaba persiguiendo,
Hizo una cosa espantosa;
Que en sus brazos te llevó
Más de seis leguas, volviendo
Siempre la cabeza, y viendo
Que la fuí siguiendo yo.
Allí te tuvo tres años,
Y yo tanto sufrimiento,
Que los tuve al agua y viento,
Cubierto de todos paños.
¡Sabe el cielo qué pasé
De hielo y calor por ti,
La hambre que padecí
Y lágrimas que lloré!
Un día, por la montaña
Vi corriendo, á gran furor,
La osa, y con el amor,
Atrevíme á aquesta hazaña:
Que por aplacar mis males,
Entré en la cueva resuelto,
Adonde te vide (1) envuelto
Entre pieles de animales.
Lloraste en viéndome, y luego,
Con halagos que en mí viste,
Gran regocijo hiciste,

(1) Así en la edición de Valencia. En las de Valladolid y Milán escribieron *vi*, quitando una sílaba al verso por sustituir inoportunamente la forma moderna á la antigua.

Y te dormiste á mi ruego.
  Y estando así en este punto,
La osa, con mil pedazos
De carne entró, y de mis brazos
Te dejé caer difunto.
  Ella entonces me halagó,
Y yo volví del desmayo,
Donde vi que, como á un ayo,
Por señas te me encargó;
  Que, como ya te tuviese
Criado y te viese mudo,
De lo que darte no pudo,
Quiso que yo te lo diese.
  Estuve allí entretenido,
Y enseñéte á hablar, aunque eras
Todo cuanto ser pudieras
Si della hubieras nacido.
  Ursón te puse por nombre,
Por la osa, y fué después
El amistad de los tres,
Los años que tienes de hombre,
  Hasta agora que he venido
Contigo á aqueste lugar,
Á ver si puedo hallar
Tu madre y mi bien perdido.
  Y andas tan sucio, y te abates
Tanto á quien no te persigue,
Que no habrá hombre que te obligue
Á que los hombres no mates.
  ¿Qué te deben las pastoras
Que llevan mantenimiento?
Aquí te ofrecen sustento
Los propios montes que moras.
  Mira que ya nos persiguen,
Y que si eres tú muy fuerte,
Yo flaco, y temo la muerte
De las manos que nos siguen.
  ¿Hasme entendido?

URSÓN.

Está bien:
Vete con Dios.

LUCIANO.

Yo me iré;
Y ¿adónde te aguardaré?

URSÓN.

Después, por aquí te ven,
  Y juntos nos volveremos.

LUCIANO.

Mira, que no hagas mal
Á nadie; que si haces tal,
Me enojaré, y reñiremos.

Vase Luciano, y queda solo Ursón.

URSÓN.

  Mucho Luciano me enfada;
Que coma y beba me veda.
¿Siempre ha de ser fruta aceda,
Y agua de un risco salada?
  ¿Siempre un carámbano frío,
Que apenas el sol deshace?
¿Siempre la yerba que nace
Templada con el rocío?
  ¿He de aguardar que me adiestre
Su vejez, pesada y larga?
¿Siempre una bellota amarga?
¿Siempre un madroño silvestre?
  Él coma verdes castañas,
De tierno erizo cubiertas,
Y por las quiebras inciertas
El agua de las montañas.
  Él ponga á su helada boca
El racimo de lantisco,
Y trepe en el yerto risco
Por coger la higuera loca.
  Coma del racimo agraz,
Beba el agua de la sierra;
Déjeme á mí con mi guerra,
Allá se avenga en su paz.
  Beber dulce vino puedo,
Comer pan sabroso y blanco,
Que aquí me lo venden franco
Por el interés de un miedo.
  Robar tengo qué comer,
Comer tengo con robar,
Y tal vez que he de gustar
De algún deleite y placer;
  Que no soy tan inhumano,
Que no pierda mil enojos
Mirando unos nobles ojos,
Tocando una blanca mano.
  Deshágome de placer,
No tengo contento igual;
¡Por Dios, que es bello animal
Este que llaman mujer!
  Tiene un no sé qué süave,
Que parece que el olor
Que mueve á tan tierno amor,
Á bien del cielo me sabe.
  Este Luciano me muestra
Que aquel cielo un Dios encierra,
Que cuanto cubre la tierra
Hizo con su mano diestra.
  Y ¿estas mujeres contiene
Entre lo más que ha criado?
Pienso que son el traslado
De la hermosura que tiene.
  Es peregrina belleza:
Después que vi su figura,
He rendido á su blandura (1)
Mi temeraria fiereza.

Entra una villana con una cesta de pan en la cabeza.

  Gente viene. ¡Si por dicha
Viniese alguna mujer!

VILLANA.

¿Cómo tengo de vender,
Si no vendo mi desdicha?

---

(1) Así la de Valencia. Las de Valladolid y Milán, *blancura*.

Basta que siempre porfía,
Porque su hacienda le importe,
Que vaya y venga á la corte,
Pues quedaréme algún día.
Bien es que mi madre mande,
Y que yo tenga humildad;
Mas, para andar en ciudad,
¿Cómo no ve que soy grande?
Que entre la confusa grita,
Ninguno acierta á pasar,
Que no llegue á pellizcar
Á la villana bonita.
Entre uno y otro galán
Me maduran á pedazos;
Que tengo abiertos los brazos
De pellizcos que me dan.
Ella bien me puede hacer,
Como madre, ir y venir,
Pero alguna vez he de ir
Que no tengo de volver.

URSÓN.

¡Oh, bellísimo animal!
¡Oh, semejanza de Dios!
¡Quién nos juntara á los dos
En una coyunda igual!
El león suelo yo ver
Con la leona abrazarse,
Y ansí debe de juntarse
El hombre con la mujer.
¿Qué dudo? Á buscarla voy.

VILLANA.

¡Ay, desdichada de mí!
¡Socorro, socorro aquí!

URSÓN.

Calla, mujer.

VILLANA.

¡Muerta soy!

URSÓN.

¿Muerta? ¿Cómo puede ser?

VILLANA.

¿A quién habrá que no asombre?

URSÓN.

¿Es posible que de un hombre
Se esconda ya la mujer?
Hombre soy.

VILLANA.

¡Oh, grave espanto!
¡Cielo, haced que no peligre!

URSÓN.

Si la tigre busca al tigre,
¿Qué huyes?

VILLANA.

¡Oh, cielo santo!

URSÓN.

¡Por el Dios que vive en él,
Que á no saber que lo es,
Yo me humillara á tus pies
Y te adorara por él!
¡Qué hermosos ojos tienes!
¡Qué bien miran, qué bien lloran!
¡Cómo encienden y enamoran
Con esos bellos desdenes!
¡Cómo es hermosa tu boca,
Bello y brioso tu cuello!
¡Dichoso aquese cabello
Que agora le cubre y toca!
Por ti conozco que quien
Te hizo ese rostro hermoso,
Es Dios todopoderoso,
Señor del mal y del bien.
¡Quién le viera, para dalle
Eternas gracias por él!
Dime, ¿dónde está? ¿Qué es dél?
Para que vaya adoralle.

VILLANA.

Si confiesas que ése es tal
Como se ve en su poder,
Yo soy suya y soy mujer,
Di, ¿por qué me haces mal?

URSÓN.

¿Yo mal? El cielo me niegue
El sustento que me ha dado,
Si hacerte mal he pensado
Ni á tanto el alma se atreve.
No me trates con desdén,
Que por bien me has de obligar,
Y sólo pienso tomar
Lo que me dieres por bien.

VILLANA.

Yo, ¿qué te he de dar?

URSÓN.

No hayas
Miedo.

VILLANA.

¡Ay, cielo soberano!

URSÓN.

Dame á besar una mano
Y dejaré que te vayas.

VILLANA.

Habrélo de consentir,
Dios sabe con qué temor.

URSÓN.

Mujer, hazme este favor,
Que luego te puedes ir.

VILLANA.

Será después que jurares.

URSÓN.

¿Por quién tengo de jurar?

VILLANA.

Por tu Dios, que castigar
Te puede si lo quebrares.

URSÓN.

Pues yo lo juro: ea, dame
Aquesa mano.

VILLANA.

¡Ay, qué miedo!
No sé ¡triste! cómo puedo,
Ó á quien en mi ayuda llame.
¡Si me la quiere morder!

URSÓN.

Ea, mujer, dámela presto.

VILLANA.

¡Dios te ciegue!

URSÓN.

Cuanto es esto,
Debo á Dios y á ti, mujer.

VILLANA.

Acaba presto.

URSÓN.

¡Oh, indino
Hombre, bajo, al fin humano,
De mujer beso la mano
Que hizo aquel Dios divino!
¡Oh, qué regalo he sentido!
¡Vete presto, porque siento
Que ha de ser el juramento
Si te detienes, rompido!

VILLANA.

Yo me voy.

URSÓN.

Espera, vuelve:
Dámela otra vez.

VILLANA.

¡Ay, triste!
¿Qué mano?

URSÓN.

La que me diste.

VILLANA.

De aquesta vez se resuelve.

URSÓN.

Ea, vete en paz.

VILLANA.

No puedo
Tenerla hasta estar segura.

URSÓN.

Es del cielo tu hermosura,
Y de la tierra mi miedo.

Vase la pastora y prosigue Ursón:

¿Qué es esto que me acobarda?
¿Cómo ansí la consentí
Que se ausentase de mí?
Aguarda, mujer, aguarda.
Pero no; váyase agora,
Que ella volverá otra vez.

Entran Tiburcio y Ribato con dos aguijadas.

RIBATO.

Tienes el padre jüez,
Querrate bien tu pastora.
¡Pardiobre, á mí me aborrece
Aquella ingrata sin fe,
Que en viéndome, que me ve,
Como sombra desparece!

TIBURCIO.

Yo de otra suerte me avengo,
Que, ¡pardiobre, si la encuentro,
Por tales razones entro,
Que me escucha el mal que tengo!
Nunca ha de ser el zagal,
Si quiere bien, tan cobarde;
Que si tarda, llega tarde
El remedio de su mal.

RIBATO.

Pues, Tiburcio, ¿qué he de her?
¡Ofrézcola á Bercebú!
¿Tengo de andar tu por tu
Con quien no me quiere ver?
Yo no soy tan resabido
Como tú, que vas y vienes
Á la iglesia, donde tienes
Medio misal deprendido.
Sólo sé sentir mi pena:
Tú la dices de mil modos,
Que sabes los Kiries todos
Y cantas la Nochebuena.
Servicios mal entendidos,
Éstos en suerte me caben,
Que sólo matarme saben
De peor agradecidos.

TIBURCIO.

Ahora bien, Ribato, deja
Un rato la queja vana.

RIBATO.

No es la queja tan liviana,
Que pueda dejar la queja.

TIBURCIO.

¿Dónde dejas el cayado?

RIBATO.

Allá detrás lo dejé;
Que solamente cuidé
Su descuido y mi cuidado.

TIBURCIO.

Dejemos las agüijadas
Y la hermosa contienda,
Y demos tras la merienda.

RIBATO.

Ahí quedan arrimadas.

TIBURCIO.

Temo que se vaya el buey;
La coyunda lleva suelta,
Entre los cuernos revuelta.

RIBATO.

Ni tiene dueño ni ley
Como su amo se vaya.

TIBURCIO.

Tiende ya, siéntate ahí.

RIBATO.

No hay remedio para mí,
Ni hay remedio que lo haya.

TIBURCIO.

Corta ese pan á bocados.
¡Dote á Dios si sé qué tienes!

RIBATO.

Tengo falta de desdenes
Y no falta de cuidados.

URSÓN.

¡Hola! ¿Habrá para los dos?

TIBURCIO.

¡Ay, triste, rendido estoy!

RIBATO.

¡Ay, Señor, que muerto soy!

TIBURCIO.
Él nos coge, ¡juro á Dios!
URSÓN.
Paso, que no os haré mal.
RIBATO.
No tiene cara de menos.
TIBURCIO.
Señor, que no somos buenos
Para comidos sin sal.
¡Oh, mal haya mi linaje
Y quien por aquí me trujo!
RIBATO.
Señor oso, diabro ó brujo,
Espinerizo salvaje,
Siéntese, y coma á mi cuenta.
TIBURCIO.
Oyes, todo lo arrebuja.
RIBATO.
Ahora es cuando me estruja
Y de un golpe me revienta.
TIBURCIO.
El vino quiere beber,
Enfadóle la comida.
RIBATO.
Pongámonos en huída.
TIBURCIO.
Mal podrá el lado comer.
RIBATO.
Mueve el paso temeroso.
TIBURCIO.
Que hemos de morir no hay duda.
RIBATO.
¡Pastores, ayuda, ayuda!
TIBURCIO.
¡Guarda el oso, guarda el oso!

Éntranse, y queda Ursón.

URSÓN.
¡Ah, canalla! Porque estuve
Ciego, me burláis así;
No tengáis miedo de mí,
Que de una mujer le tuve.
Sabroso es este licor,
Y bello aquel animal;
El gusto tienen igual,
Ninguno siento mejor.
Quiero buscar á Luciano
Para partir la ganancia.

Entran dos alcaldes con el retrato de Ursón.

ALCALDE 1.°
No se ha visto en toda Francia
Tal desgracia, Bertolano.
ALCALDE 2.°
¡Juro al sol, que ha de pagar
Esta pantasma ó demonio;
Que aquí llevo testimonio
Del escriben del lugar!
ALCALDE 1.°
Hame comido mi buey
El manchado.
ALCALDE 2.°
¿El manchadillo?
ALCALDE 1.°
Sí, de casta de negrillo.
ALCALDE 2.°
El pellejo llevo al Rey.
Veamos por qué consiente
Que un monstruo estrague la tierra,
Y que él solo dé más guerra
Que un ejército de gente.
Quéjanseme labradores
De que los llevan la leña;
Que ha hecho una moza dueña
Por dicho de las mujeres.
ALCALDE 1.°
¡Qué diabros!
ALCALDE 2.°
La de Guillermo
Dice que sola llevaba
Pan á vender, porque estaba
El padre en la cama enfermo.
ALCALDE 1.°
De todo daré noticia;
Hablar tengo al Rey.
ALCALDE 2.°
¡Par Dios,
Que le hemos de hablar los dos,
Que mientras más, más justicia!
ALCALDE 1.°
Y ¿qué señas daréis dél?
ALCALDE 2.°
De en somo del encinar
Le vió el pintor del lugar;
Veisle aquí en este papel.
¿Qué os parece? ¿No está bien?
ALCALDE 1.°
¡Oh traidor, qué cara tiene!
¡Voto al sol! Al proprio viene,
Y con su palo también.
ALCALDE 2.°
¿Tiene cola este animal?
ALCALDE 1.°
Ni es hombre ni garabato.
URSÓN.
Qué, ¿estáis mirando el retrato
Donde está el original?
ALCALDE 2.°
¡Oh, señor, cátele ahí;
Que le juro, por mi fe,
Que no soy quien le pinté,
Ni aun en mi vida le vi!
ALCALDE 1.°
Señor, ni yo soy aquel
Que dijo se retratase,
Ni que al Rey se presentase,
Que antes me holgué con él.
El lugar sólo rehuía,
Porque juro en mi conciencia,
Que en ausencia y en presencia
Me debe gran cortesía.

El sacristán tiene culpa,
Que siempre él le quiso mal.

ALCALDE 2.°

Y le llamaba animal.

URSÓN.

Aquese miedo os disculpa;
Él mismo os sirve de abono.
Tirad.

ALCALDE 2.°

Vámonos corriendo.

URSÓN.

Yo, sólo á quien huye ofendo,
Y á quien se rinde perdono.

ALCALDE 2.°

En verdad que es hombre honrado.

ALCALDE 1.°

¡Ah, borracho!

ALCALDE 2.°

¡Ah, borrachón!

Vanse.

¡Guarda el oso!

URSÓN.

Con razón
Quedo del hombre agraviado.
No agradece el beneficio,
Mejor la mujer lo paga,
Y así, será bien que haga
Sólo á mujeres servicio.
Luciano estará en la cueva;
Llevaréle esta comida;
Que al fin le debo la vida,
Y será bien que la deba.

Tocan.

Éntranse, y salen el capitán Sulpicio y Valentín, vestidos de corte.

VALENTÍN.

Como digo, señor, entiendo el monte,
Que al fin nací en su falda, y no es posible
Que en todo lo que baña el horizonte,
Ó sea llano, ó cumbre inaccesible,
Se me escape lugar, ó se remonte
La casa de la fiera más terrible;
Que sé dónde el león duerme y se acoge,
Y la medrosa liebre se recoge.
De padres nobles, aunque en pobre aldea,
Nacido fuí, y ejercité la caza;
Podré serviros bien si el Rey desea
Dar en este ejercicio nueva traza.

SULPICIO.

Pues, Valentín, yo haré que el Rey te vea
Cuando en el campo, en descubierta plaza,
Hicieres algún lance de maestro.

VALENTÍN.

Soy en el monte ejercitado y diestro.

SULPICIO.

Agora servirásme como digo;
Después veremos lo que al Rey le agrada.

VALENTÍN.

Digo que me serás en todo amigo,
Y en servirte, señor, no pierdo nada;
Con estos ojos las pisadas sigo
De una sola virtud acompañada
De un premio honroso, y éste, por lo menos,
Hase de hallar entre los hombres buenos;
Por vuestro me tendré, y en ello gano.

SULPICIO.

¡Grande humildad y discreción, por cierto!
De ser tu amigo doy la fe y la mano.
Retírate hacia atrás, que viene Uberto.

VALENTÍN.

Éste es aquel traidor, aquel tirano
Que ha de quedar por estas manos muerto,
Por quien me dicen que perdí mi padre,
Y desterrada fué mi noble madre.

Entra Uberto, con barba entrecana.

UBERTO.

Sulpicio, ¿en qué se entiende? ¿Por ventura
El Rey salir con toda Francia quiere?
Llamado he sido porque ver procura
Cómo el cerdón ó jabalí se hiere.

SULPICIO.

No lejos diste, porque á la espesura
Deste monte, según que dél se infiere,
Dice este mozo que á la tarde acude,
Y habemos menester que no se mude.

UBERTO.

¿Quién es este mancebo?

SULPICIO.

El que hoy he visto
Más plático en la caza en toda Francia
(Ya de mi fama y opinión desisto),
Y es para aqueste caso de importancia.

VALENTÍN.

No sé de qué manera me resisto:
Beso, señor, tus pies.

SULPICIO.

Quiero que á instancia
Tuya y de todos, hoy el Rey le vea,
Cuando acudamos puestos de pelea.

UBERTO.

Por cierto que en su talle que es gallardo,
Y aunque es muy joven, que parece fuerte.

VALENTÍN.

Tú me verás, señor, tirar un dardo
(Y mejor el cuchillo de tu muerte).
Soy ligero en el campo, como un pardo,
Y al fin la caza te saldrá de suerte,
Que destos pasos, de aquí un año puedes
Estar seguro que glorioso quedes.

UBERTO.

Es extremado; y cierto que en el punto
Que le miré, sentí dentro en mi pecho
Un alboroto, y dentro del difunto,
Memorias de un intento sin provecho.
¡Brava imaginación! Pero pregunto:
Sulpicio, ¿estás del mozo satisfecho?
No sé qué tiene, que en miralle, apenas
No deja sangre por las rojas venas.

Entra el Rey, con barba.

El Rey mi señor viene.
REY.
Al fin, Uberto,
Que al cabo de veinte años dicen vino,
Que mi mujer y su sobrina han muerto,
Y con su gente pónese en camino.
UBERTO.
¡Por Dios, señor, extraño desconcierto!
¿Agora al fin desa vejez le vino?
¿Á qué ese intento?
REY.
Agora le ha intentado.
UBERTO.
Debe ser, como suele, del estado.
REY.
Todo le servirá de vanagloria,
Ó, por mejor decir, del vano intento,
Y de sólo traerme á la memoria
La primera ocasión de mi tormento.
De cuantas veces la prolija historia
Revuelvo en el confuso pensamiento,
Me muero en ver que nueva no se halla
Deste Luciano, á quien mandé matalla.
UBERTO.
Ya te he dicho otra vez que, por ventura,
La dió la muerte y la metió en la sierra,
Y viendo que un propósito se muda,
No osó volver, y que dejó la tierra.
En vulgo vario la fiereza muda,
De todas es la más temida guerra,
Y creo que de temor no volvería,
Que al vulgo vario con razón temía.
REY.
Dejemos eso, que en pensallo muero;
Toma ese memorial. ¡Oh, Margarita,
Tras tanto tiempo, estás, como primero,
En lo mejor del corazón escrita!
Quitásteme el honor, que al verdadero
Amor del alma la nobleza quita;
Mas como al fin pagaste con la muerte,
Tu sangre pido.
UBERTO.
Dice desta suerte:

«*Memorial.*

»Las Aldeas del Valle dicen, que por otro memorial han suplicado á Vuestra Majestad, les envíe socorro contra el monstruo del monte, de quien enviaron retrato: y ahora de nuevo vos suplican, por ser tan notables los daños que anda haciendo, como es matando á los hombres y disminuyendo los ganados; y lo que peor es, forzando las doncellas. Vuestra Majestad lo remedie, pues es cristiano; donde no, desampararemos la tierra.»

REY.
¿Que todavía dura? ¡Bravo caso!
¿Que no ha de ser posible que le maten?
¿No he puesto gente que le salga al paso?
¿Qué me quieren aquí? ¿Qué me combaten?
VALENTÍN.
Si Vuestra Majestad gustase acaso
De que en presencia suya se le aten
De pies y manos estas tiernas mías,
Podráslo ver en menos de dos días.
REY.
¿Quién es aquéste?
SULPICIO.
Un mozo desta tierra,
Nacido en ella y que también la emprehende,
Que desde el llano á la vecina sierra,
No hay palmo que no mide y comprehende.
REY.
Pues alto: aquesta pestilente guerra
Que á mis oídos esta gente ofende,
Acábese una vez; hoy determino
Que juntos le salgamos al camino.
Si yo llamé á Sulpicio y á mi gente
Para matar un jabalí famoso,
¿Qué caza más gustosa y conveniente
Que aquesta humana bestia en forma de oso?
Lo necesario, Uberto, diligente
Apresta con cuidado; que es forzoso
No se alborote el vulgo y salga al paso,
Sabiendo que yo voy sobre este caso.

Entrase el Rey, y dice Uberto:

UBERTO.
Ea, Sulpicio, y tú, valiente joven,
Id presto y convocad la demás gente;
Llamen monteros, sáquense caballos
Y salgan los venablos de las fundas,
Porque el oro grabado en sus cuchillas,
Venga más fino con la viva sangre
De aqueste monstruo. ¡Alborotado tengo
El ánimo, por Dios! ¡Oh, si pudiese
Hacer un lance que me diese honra,
Y del Rey alegrase el rostro triste!
VALENTÍN.
Será, sin duda, y fía de mi industria;
Que yo te lo pondré, si es bestia digo,
Donde de un golpe de un venablo quede
Él sin la vida y tú con la victoria.
UBERTO.
Vamos, que ya te llevo en la memoria.

Vanse

Salen la Reina y Fileno

REINA.
¡Que no me lo contaras!
¡Ay, hijo, gloria de la gloria mía!
FILENO.
¿Sólo en eso reparas?
Fué tanta en la partida su porfía,
Que si te lo dijera,
De más enojo y compasión te fuera;

Porque él, determinado,
Había de partirse en tu presencia,
Y tú, con el cuidado
De madre, al fin, negarle la obediencia;
Y ansí, desobediente,
Fuera más pena hallarte tú presente.

REINA.

Y ¿dijo adónde iba?

FILENO.

Á ser soldado entiendo que á la guerra.

REINA.

¡Ay, mísera cautiva,
Sepultará su cuerpo ajena tierra!
¡Él morirá, sin duda!

FILENO.

Calla, que el cielo le dará su ayuda.

REINA.

¡Ay, triste, yo soy muerta!
¡Murió mi bien, murióse mi esperanza;
Pues es cosa muy cierta,
Que aunque tuviese próspera bonanza,
Muy poco le aprovecha
Á la nave que está rota y deshecha!
¡Nunca yo te dijera
De aquel Uberto mi suceso extraño;
Que si á la guerra fiera
Te vas tan mozo, oblígate mi daño;
Vengar quieres tu madre,
Que, en efecto, eres hijo de buen padre.

Tocan.

Entra Belardo, y dice:

BELARDO.

El que vive en aldea
Tan cerca de la corte, no se alabe
Que soledad desea,
En si el districto de la corte cabe
El suelo donde habita,
Corte será lo que á la corte imita.
¿No es bueno que se suena
Que viene el Rey á aquesta aldea pobre,
De mil pajizos llena,
Adonde el bien le falte ó el mal sobre?
Alto: lavad las manos,
Y andemos ya de fiesta y cortesanos.
¡Por Dios, que estamos buenos!

REINA.

¿Que viene el Rey aquí?

FILENO.

¡Bravo negocio!

BELARDO.

¡Que de huéspedes llenos,
Labrarse ha bien el campo con el ocio!
¡Aojadas que nos echen
Más de dos, que en hacienda no aprovechen!

FILENO.

Calla, padre, en mal hora:
Bien parece que es viejo y que caduca,
Pues ¿no se huelga agora
De ver al Rey?

BELARDO.

¿Al Rey, que me trabuca
La ropa y cuanto tenga?
¡Bien dormiré cuando cansado venga!
Estése en su palacio
Y déjeme en mi choza.

REINA.

Á fe, Belardo, que hemos con espacio
Gozar aquesta vez del Rey gallardo.
Aqueste regocijo
Me hace olvidar la muerte de mi hijo.
Ha más de veinte años
Al fin déste, que vos aquí me hallastes
Llena de tantos daños,
Y en el parto de muerte me librastes,
Que un deseo importuno
Tengo de ver al Rey.

BELARDO.

Pues yo, ninguno.

Entra un criado del Rey.

CRIADO.

Dios os guarde, padre honrado;
Sabed que informado vengo.

BELARDO.

¿De que posada no tengo
Ni que comer un bocado?
¿Díjeoslo yo?

FILENO.

Diga, amigo,
¿Viene el Rey?

CRIADO.

Viene á la posta,
Y llega.

BELARDO.

Viene á mi costa.
¡Ofrézcole al enemigo!
¿De qué fué la información?

CRIADO.

De que es la mejor posada,
Y ha de estar aderezada
Para el Rey, en conclusión.

BELARDO.

¿Para el Rey? ¿Quién fué el rüin
Que os informó?

CRIADO.

¡Guarda afuera!
Díjome que acá viniera
El alcalde.

BELARDO.

Alcalde al fin.
Pues decidle al Rey, amigo,
Que no hay posada.

CRIADO.

Eso no.

BELARDO.

Y que el alcalde mintió,
Que está encontrado conmigo.

CRIADO.

¿No lo sentís? Gente suena.

Entran Valentín y Sulpicio.

VALENTÍN.

En efecto, aquí venimos;
Pues que los primeros fuimos,
Prevénganos cama y cena.

REINA.

¡Hijo de mi corazón!

VALENTÍN.

¡Madre mía y mi deseo!

REINA.

¿Es posible que te veo?

SULPICIO.

¿Su madre? ¡Brava ocasión!
Valentín, ¿ésa es tu madre?

VALENTÍN.

Ésta es mi madre, señor.

REINA.

¿Qué hábito es ése?

VALENTÍN.

El mejor
Para vengar á mi padre.

BELARDO.

¡No viene malo el júicio!
¿Es eso bueno, zagal?
¿Es buena una vida tal?

FILENO.

Calle: siga ese ejercicio;
Á la fe, es hombre de bien.

REINA.

¿Con quién vienes?

VALENTÍN.

Con el Rey.

BELARDO.

Y la aguijada y el buey,
En el pesebre se estén.

Entra el Rey con gente de guarda, y Uberto con él

REY.

¿Qué me dices? ¿Que estaba en el arroyo?
¡Extraño caso! Uberto, ¿cómo vienes?
¿Qué es la ocasión que vuelves las espaldas?

REINA.

Éste es el Rey, sin falta, ¡ay! mi marido:
Y ¡quién decir pudiera libremente
Aqueste padre: ¿Ves allí tu hijo?
Y aqueste hijo: ¿Ves allí tu padre?
Mas ¡ay, que todo el gozo me deshace
Saber que vive aquí el traidor Uberto!
Quizá si con el tiempo desconoce.....

UBERTO.

Es buena caza, al fin, la caza en todo;
Ardid es éste, que marañas busca.

REY.

Advierte, Uberto, que si el monstruo entiende
La gran copia de gente que le sigue,
Se meterá, como en la tierra es diestro,
Del injocundo monte en los jarales.

UBERTO.

Por eso llevaré siempre conmigo
Este mancebo, que la tierra sabe:
Mira no se nos vaya. ¡Oh, si pudiese
Dar buena cena al Rey!

REINA.

¡Ah, caballero,
Dejad el mozo, porque es hijo mío,
Y no quiero que vaya á tal peligro!

REY.

¿Qué dice esta villana?

UBERTO.

Oí, señora,
Que yo me estimo en más.

REINA.

Y valéis menos.

UBERTO.

Seguro va conmigo.

REINA.

Dios te guarde.

REY.

¿Quién es el dueño de esta casa, amigo?

BELARDO.

Yo, gran señor, á su servicio.

REY.

Escucha:
¿Es ésta tu mujer?

BELARDO.

Y aquel mi hijo.
¿Mandas en qué te sirva?

REY.

Estoy pagado
De veros. Ea, buen huésped, id con ella
Y aderezad lo necesario.

REINA.

Vamos,
Pues somos tan dichosos en que venga
Tu Majestad á tan humilde choza.

Éntranse todos, y quedan el Rey y Sulpicio, capitán.

REY.

Sulpicio, aquesta villana,
Que así al descuido miré,
Tiene un cierto no sé qué
De briosa y cortesana;
Y cuando saben á Corte,
Es un medio que es extremo.

SULPICIO.

¿Quieres que la hable?

REY.

Temo,
Puesto que á mi edad no importe;
Darásme gusto, si quiere,
En traella á mi aposento.

SULPICIO.

Procuraré tu contento
Cuanto posible me fuere.

Éntrase el Rey, y quede Sulpicio.

Alto: Princesa tenemos;
No morirá deste antojo;

Contigo, ocasión, me enojo.
¡Qué diferentes extremos!
No hay cosa más poderosa
Para cualquiera ocasión,
Como lo fué tu afición;
Mas ésta es al fin hermosa.
Pero es villana corteza,
Y si se arrima á los buenos,
Le quedará por lo menos
Hijo que llamen Alteza.
Hora voylo á procurar;
El Rey queda cuidadoso,
Y este villano es celoso:
Habrá bien que negociar.

Éntrase.

Sale Uberto tras Ursón para matarle.

UBERTO.
¡Á qué buen tiempo ha llegado!
¡No huyas! ¡oh monstruo! espera,
Probarás la punta fiera
Deste venablo acerado!
¿Piensas con ese bastón
Resistirte? ¡Date luego!

URSÓN.
¡Vencido soy! Yo me entrego.

UBERTO.
Pues alto: ¡date á prisión!

Sale Valentín con una daga desnuda.

VALENTÍN.
Yo por el monstruo he venido,
Mas este monstruo es Uberto.
¡Muere, traidor!

UBERTO.
¡Yo soy muerto!
¡Triste, á traición me han herido!

URSÓN.
Iréme con bien si puedo.

VALENTÍN.
¿Qué es esto, señor? ¿Qué tienes?

UBERTO.
Amigo, ¡á qué tiempo vienes!
Di al Rey que muriendo quedo.
¿Viste quién me hirió?

VALENTÍN.
¡Ay, señor,
Que cuando tras ti venía,
Vi un hombre que te seguía,
En talle y traje pastor!
Y luego le vi que huyendo
Iba por esa montaña.

UBERTO.
Ése es dueño desta hazaña,
Por ése quedo muriendo.

Entra la guarda.

VALENTÍN.
Señor, gente viene ya.

CRIADO.
¿Viste á Uberto, Valentín?

VALENTÍN.
Ya he visto su airado fin;
Llega, que muriendo está.

CRIADO.
¡Ah, mi señor! ¿Qué es aquesto?

UBERTO.
¡Ay, que es del cielo el castigo,
Que al Rey, piadoso conmigo,
Le fuí traidor manifiesto!
Decidle que levanté,
Inducido del demonio,
Aquel falso testimonio
Con que á la Reina maté.
Que como muera en tal parte,
Con esta restitución
Procure la salvación
Del alma que al fin se parte.
Y si me queréis llevar,
Yo propio lo diré así,
Que temo á quien ofendí,
Que ya me quiere juzgar.
Cerca estoy de aquel jüicio
Tan temerario y postrero;
Confesar mis culpas quiero,
Y pedir perdón codicio.

CRIADO.
Suspensos del grave caso,
Apenas, señor, podemos
Mover el pie, que tenemos
Dos montes á cada paso.
¿Cómo que la buena Reina
No hizo aquella traición?

UBERTO.
Ella murió sin razón,
Mártir en el cielo reina.
Mi vida al cuchillo ofrezco;
Llévame do el Rey está.

CRIADO.
Tememos que te dará
Mil muertes.

UBERTO.
Bien las merezco.

Métenlo en peso, y queda Valentín.

VALENTÍN.
¡Notable suceso ha sido!
¿Qué Reina es ésta inocente,
Que es vengada justamente?
Basta que al Rey he servido.
Sin duda, que el cielo santo
Me trujo forzado aquí,
Pues hizo cosa por mí
Que á Francia le importa tanto.
Con razón mi madre estaba
Agraviada deste Uberto,
Y sin duda que él le ha muerto
El marido que llevaba.
Misterios del cielo son,

Y deben de ser bien graves.
Cielo piadoso, que sabes
Dar castigo y galardón,
Dime qué ha sido sacarme
De entre uno y otro buey,
Á vengar honor de un Rey,
Sólo viniendo á vengarme.
Reina que en el cielo vives,
¿Qué has visto en este pastor,
Que para vengar tu honor
Mi tierno brazo apercibes?
Mas Dios, que soberbios doma,
De una república toda,
Lo que es más flaco acomoda
El instrumento que toma.
Y así yo, humilde pastor,
Un mártir he defendido
Que falsamente ha perdido,
Que es gran martirio, el honor;
Que es de Dios piadoso celo
Al fin de la mortal guerra,
Que tenga honor en la tierra
Quien tiene honor en el cielo.
Á ver á mi padre voy:
Hado, no te pido imperio:
Ni soy Vamba, ni Valerio,
Pero tú sabes quién soy.

Tocan, y éntrase.

JORNADA TERCERA.

Salen la Reina y Sulpicio.

SULPICIO.
Habéis andado acertada
En el sí que dado habéis,
Que cuando nada ganéis,
No diréis que perdéis nada.
Esto no lo hacéis por mí,
Por el Rey lo habéis de hacer.

REINA.
Muy poco puedo perder,
Que ya le he dado otro sí;
Mas ¿vos no sabéis, señor,
Que en esto, el sueño y la muerte,
Tenemos igual la suerte
El humilde y el mayor?
¿Deja de ser mi deshonra
Porque sea un Rey de Francia?

SULPICIO.
Argüir no es de importancia
Casos de conciencia y honra.
¿Es nuevo agora en el mundo
Lo que vos habéis de hacer?

REINA.
Para mí, nuevo ha de ser,
Que nunca tuve segundo.

SULPICIO.
Que ya se pasó ese tiempo;
Ahora hay mayor nobleza,
El amor es la corteza,
Y en el alma el pasatiempo.
Ser Lucrecia no lo esperes;
Que aquella muerte ó trabajo,
Ha servido de espantajo
Á millones de mujeres.
Dígalo una Reina honrada,
Testigo deste misterio,
Que fué hallada en adulterio,
Y por el Rey desterrada.

REINA.
¿Quién fué aquésa?

SULPICIO.
Margarita,
Que dicen de su pecado,
Que la tierra la ha tragado
Y en los infiernos habita,
Siendo ejemplo de mujeres.

REINA.
¡Oh caso extraño!

SULPICIO.
¿Eso ignoras?

REINA.
Vivimos como pastoras.

SULPICIO.
Tú en el nombre sólo lo eres.
Pero ¿de aquesto te azoras?
Mas desto no te alborotes,
Que los niños lo han cantado
Tanto, que ya está vedado,
Pena de cárcel y azotes.
Entra presto.

REINA.
Tengo miedo.

SULPICIO.
Déjate de hacer espantos,
No hay que hacer milagros tantos;
Guardando la puerta quedo.
Después que la Reina falta,
El Rey no habemos sabido
Que á otra haya apetecido,
Ahora sea humilde ó alta.
Extraña es la novedad,
¡Qué nuevo gusto le vino!

Tocan.

Entran Belardo y Fileno.

BELARDO.
Entra en la cuadra; camino.

SULPICIO.
¡Tened á Su Majestad!

FILENO.
¿Dónde está?

SULPICIO.
En este aposento.

BELARDO.

Retiraos, Fileno, acá.
¡Que me maten, si no está.....
¿Dirélo?

FILENO.

Podrás á tiento.

BELARDO.

¿Díjetelo yo, Fileno?
¡Ved, por mi fe, lo que pasa
Con la huéspeda de casa!
¡No está malo!

FILENO.

¡No está bueno!
¡Si tuviera alguna hermana.....

BELARDO.

Muy dichoso había de ser.
¿Que piensa que es mi mujer
La que tiene?

FILENO.

Cosa es llana.

BELARDO.

Si estuviera Valentín.....

FILENO.

Mejores nuevas le den.
¡Que tenga un hombre de bien
Una madre tan rüin!
Mira si está con el Rey.
¡Ay, mal huego.....

BELARDO.

Que la abrase!

FILENO.

¡Que esto pasa!

BELARDO.

¡Que esto pase!

FILENO.

¡Que no hay honra!

BELARDO.

¡Que no hay ley!

SULPICIO.

Estos villanos murmuran,
Como es propia su malicia.

BELARDO.

En quien luce la justicia,
Ésos manchalla procuran.
¿Qué ha de hacer el que es vasallo,
Cuando el Rey le enseña el mal?

FILENO.

Esa mujer, por ser tal,
Tiene culpa......

BELARDO.

¡Calla!

FILENO.

Callo.
Bien me habéis contado vos
Que era una mujer perdida,
Que la topastes parida.

BELARDO.

¡Topé, por el sol de Dios,
Que yo era entonces mancebo!
Y cuando á ésta hallé,
Con tu madre me casé,
Y ese majuelo era nuevo.
Arrepentido me hallo
De haberla dado posada.

FILENO.

¡Llamadla madre á la honrada!
Ella es una.....

BELARDO.

¡Calla!

FILENO.

Callo.

BELARDO.

Á la hora en que declina
Estábamos descuidados,
Cuando con otros cuidados
Yo y Meliso, con Alcina,
La que ahora es su mujer,
Cuando un hombre nos llamó
Que esta dama nos mostró.

FILENO.

¡Qué dama debe de ser!
Y aun tiene bríos de vasallo.

BELARDO.

Estaba en el parto, al fin,
Donde parió á Valentín.

FILENO.

De doncella.....

BELARDO.

¡Calla!

FILENO.

Callo.

Entra Valentín y dice:

VALENTÍN.

Ganar pienso esta vez vuestra albricias.

BELARDO.

Aquéste es Valentín.

FILENO.

¡Oh, pobre mozo,
De tu deshonra eterna las codicias!

VALENTÍN.

No puedo sosegar el alborozo
Del alterado corazón. ¡Oh padre,
¡Cuánto de veros me contento y gozo!

BELARDO.

No sé, mi Valentín, qué ajuste y cuadre
Más á mi sangre que á la tuya propia.

VALENTÍN.

Tu esclavo soy. ¿Adónde está mi madre?

BELARDO.

Cualquier excusa me parece impropia.
¿Qué le hemos de decir? Hay tanta gente,
Digo, de aquesta guardia tanta copia.....
Huyendo la ocasión, ocultamente
Recogida quedaba en cas de Alcina.

VALENTÍN.

Y ¿vella no podremos?

FILENO.

Fácilmente.
¿Cómo ha sido la caza?

VALENTÍN.

Peregrina.

FILENO.
¿Matóse el monstruo?
VALENTÍN.
Y ¡cómo si se ha muerto!
La tierra bebe ya su sangre indina.
Un monstruo, un basilisco, que encubierto
Estaba en Francia, esclavo del demonio.
BELARDO.
¿Quién, por tu vida!
VALENTÍN.
El visorrey Uberto.
BELARDO.
¿Uberto?
VALENTÍN.
Sí, que un falso testimonio
Que levantó á la reina Margarita,
De nuestro Rey primero matrimonio,
Como el pecado grave solicita
El castigo de Dios, hoy, con su muerte,
Del engañado Rey lo borra y quita.
Sabed que ha confesado de qué suerte
Mandó matar la Reina desdichada,
Porque á su tierno amor fué mármol fuerte.
SULPICIO.
¡Oh, caso nunca visto ni pensado!
Á dalle voy al Rey de todo aviso.
¡Que ansí murió la Reina malograda!
BELARDO.
Di, Valentín, ¿que aquel traidor la quiso,
Porque era de mármol á sus quejas,
Darla muerte?
VALENTÍN.
Y muerte de improviso.
BELARDO.
Y ¿adónde está el traidor, dónde le dejas?
Que no habrá hombre en Francia que no vaya
Á cortalle la lengua y las orejas.
Murió la noble Reina, que Dios haya;
Señora nos faltó tan noble y santa,
Que del valor mortal pasó la raya.
Viviera la maldad, malicia tanta,
Movida con razón en esta tierra,
Que no hay de tronco noble estéril planta.
VALENTÍN.
Por ese injusto, dicen que una sierra
De aquestas comarcanas á la corte,
Del santo cuerpo la reliquia encierra.
BELARDO.
Y ¿adónde está el cruel?
VALENTÍN.
Padre, reporte
El alterado pecho, mientras hago
Que el Rey ordene lo que más importe.
FILENO.
De verte tan discreto me deshago,
Hermano Valentín; sin duda alguna
Que te espera del Rey el justo pago;
Sin falta que te llama la fortuna
Por este buen camino; pero aguarda.
BELARDO.
Entreténmelo bien.
FILENO.
Ya le entretengo.
VALENTÍN.
Mi pobre nacimiento, ¿en qué se tarda
En darme algún descanso?
FILENO.
El cielo ordene
Que le tengas.
VALENTÍN.
Mi suerte me acobarda.

Tocan.

Salen el Rey y Sulpicio.

REY.
¿Tal es posible, cielo!
SULPICIO.
Ansí lo viene
Diciendo este mancebo.
REY.
Pues espera,
Que verle con mis ojos le conviene.
Sólo en verlo, la sangre se me altera.
Dime, mancebo, ¿quién ha muerto á Uberto?
VALENTÍN.
Señor, muerto le hallé.
REY.
¿De qué manera?
VALENTÍN.
Siguiendo el oso por aquel desierto,
Le dieron una fiera puñalada,
De que me maravillo no haya muerto.
Ni se ha visto agresor, ni de la espada
Parece que hay señal; donde se entiende
Que fué del cielo maldición airada.
Llegué, cual digo, yo, y entonces tiende
Su cuerpo en estos brazos, y confiesa
Á mí y al campo lo que al cielo ofende,
Que por su testimonio y voz expresa
Murió la noble Reina.....
REY.
No lo digas,
Que un rayo el alma mía me atraviesa.
¡Oh, cielo justiciero, si castigas
En esta vida y en la otra, advierte
Que á mi inocencia tu perdón obligas!
No fuí el culpado yo de aquesta suerte,
Inocente maté á mi mujer santa,
De tu sacra ciudad columna fuerte.
Uberto, por tu mano se transplanta
La flor más bella al sacro Paraíso,
Que en el suelo jamás puso la planta.
VALENTÍN.
Él me dicen que la amaba, y quiso
Probar su casto pecho.
REY.
No me alteres,
Que tiemblo de la tierra donde piso.
¿Dónde quedaba?
VALENTÍN.
Si esperalle quieres,

Él mismo viene á tu presencia, y gusta
De recibir la muerte que le dieres,
Por remediar al alma que lo ajusta
Divinamente justa y teme.

REY.

¡Ah, tierra,
Cómo es la tuya de inocente y justa!

VALENTÍN.

Gente suena, señor: él viene.

REY.

Cierra
Mis tristes ojos, noche eterna, luego,
No vean á quien fué su eterna guerra,

Sacan dos criados á Uberto en peso.

CRIADO.

Aquí tienes al Rey.

UBERTO.

¡Á ti me entrego,
¡Oh Clodoveo! y que me mates pido!
Confieso ya mi mal, que no lo niego.
Yo soy aquel infame mal nacido,
Que de un bajo soldado, por tu mano,
Cual nuevo Amán, del mundo fuí temido.
Ciego con el furor de amor lascivo,
Le levanté, que con la Reina estaba,
Y que al Duque maté, y el Duque es vivo.
En procurar mi gusto, y declararte
Lo que aquí te confieso, mientras vivo,
Veinte años he vivido, sin dejarte
Saber de Margarita nueva alguna,
Cuya alma tiene ya segura parte.
Llevóme, no el rigor de mi fortuna,
Mas la justicia del inmenso cielo,
Donde, sin armas de persona alguna,
Me derribó de aquesta herida al suelo.
Y yo, viendo mi suerte, á aqueste hombre
Parte le dí de mi engañoso celo.
No hay por qué de mi mal nadie se asombre.
Con esto cumplo, Rey, y restituyo
Á Dios la deuda, al mundo lo que es suyo.

REY.

¿Qué es esto, murió el aleve?

CRIADO.

Sí, señor, sin duda es muerto.

REY.

Tu paga tienes, Uberto;
Pague quien al cielo debe.
Quitádmele de delante.

Llévanle.

¡Oh, mi Margarita bella,
Pura como pura estrella,
Y al mismo sol semejante!
¿Que fuiste casta en efecto?
¿Que en efecto fuiste casta?
Basta para premio, basta,
De mi puro amor perfecto.
¡Oh alma perfeta y pura,
Que el cielo con sacras plantas
Pisas entre glorias tantas,
Ya de mi amor segura!
Vuelve tus piadosos ojos
Á mi inocencia.

BELARDO.

El Rey llora.

VALENTÍN.

¿Dónde está mi madre agora?

BELARDO.

Mas, ¿qué tememos enojos?
¿Qué le tengo de decir?

VALENTÍN.

Voyla al momento á buscar;
Que tengo que la contar
Y tiene bien que sentir.

Vase Valentín.

REY.

¡Qué virtud obscurecí!
¡Qué mal pagué tanta fe!
¡Qué reina á Francia quité!
¡Y qué compañía perdí!
Sólo me queda un dolor,
Ya ¡triste! que á tantos vengo,
Y es que su cuerpo no tengo,
Que goce el debido honor.
¡Oh, qué sepulcro labrado,
De mármol hacer pudiera,
Por su historia verdadera
Para siempre celebrado!
Pero de cualquiera suerte,
En bronce será esculpida
La deshonra de su vida
Y la virtud de su muerte.
Juntar quiero con instancia,
Pues injusto es el engaño,
Para mayor desengaño,
Todos los Grandes de Francia.
Haré Cortes donde pruebe
De Margarita el honor,
Porque el mayor y menor
Restituya lo que debe.

Tocan.

Entra Valentín airado, y dice:

VALENTÍN.

Si de otro que del Rey fuera mi afrenta,
Si de otro que que del Rey fuera la cama
Donde mi loca y torpe madre infama
De mi padre el honor, que está á mi cuenta,
Yo la dejara de los dos sangrienta;
Que soy de un tronco muerto viva rama,
Que á tal hazaña me provoca y llama,
Y llorosos mis ojos representa.
¿Qué es esto, Rey? ¿Es bueno que á mi madre
Halle en tu cama? ¡Oh, triste! ¡Temo el cielo,
Que esta espada me hiciera matricida!
No más, que eres un Rey: perdona, padre;
Que si no puedo sangre, ofrezco celo,
Y á parte voy que te daré mi vida.

REY.

¿Hay tal desvergüenza?

VALENTÍN.

¡Has hecho
Como Rey!

REY.

¡Tenedle, gente!

VALENTÍN.

Nadie me detenga.

SULPICIO.

¡Tente!

VALENTÍN.

Pasarte he el pecho enemigo.

REY.

Por cierto, ¡bravo rigor!
Él es hombre de honra, al fin.
¿Posible es que hombre tan rüin
Defienda tanto su honor?

SULPICIO.

¡Brava arrogancia y coraje!

REY.

Si aquí solo me hallara,
Sospecho que me matara.
¡Fiad de rústico traje!
Buen hombre, ¿es éste tu hijo?

BELARDO.

No, señor; jurarte puedo.....

REY.

No lo niegues por el miedo,
Tu propia mujer lo dijo.

BELARDO.

No tengo propia mujer,
Que el mozo que ves agora,
Le hube en una pastora
Por prendas de un buen querer.
Ése no es hijo de aquélla
Por quien se queja de ti,
Que ha veinte años que está aquí,
Ni casada ni doncella.

REY.

¿Que no es ésta tu mujer?

BELARDO.

No, señor; hay mil engaños.

REY.

Pues ¿cómo, di, ha veinte años
Ha vivido en tu poder?

BELARDO.

Sabrás, valeroso Rey,
Que una noche, al tiempo cuando
En el mar de España esconde
El sol sus rubios cabellos,
En la cumbre de aquel monte
Estábamos repastando,
Cuando de un hombre mancebo
Y, al parecer, hijodalgo,
Fuimos llamados á voces,
Mezcladas con tierno llanto,
Para socorrer su esposa,
Que estaba cerca del parto,
Que viniendo peregrinos,
Del mar de España arrojados,
De improviso le tomó
Sentada al tronco de un árbol.
Corrimos yo y un vaquero,
Y una pastora que al parto
Asistió como mujer,
Donde en sus rústicas manos
Parió á ese mozo brioso,
Que fué Valentín llamado.
Convaleció la mujer,
Y yo, de ver su trabajo,
Roguéla que se quedase,
Trocando la corte en campo;
Ella lo hizo con gusto,
Criando al pobre muchacho,
Y salió tan virtuoso,
Que, en efecto, destos daños
No se ha sabido otra cosa
Sino es el presente caso.

REY.

Ya no puede el corazón
Sufrir el llanto y la gloria:
¿Es fábula ó es historia?
¿Es verdad ó es ilusión?
Cielo piadoso, ¿es cierto?
Cierto que debe de ser:
Hoy me dais á mi mujer
Y la venganza de Uberto.
No en balde la vi y amé;
Que lo que yo no sabía,
El corazón lo decía
Por la virtud de su fe.
Aquél es mi hijo caro,
Heredero y sucesor;
Bien se ha visto en el valor
Del pecho animoso y raro.
¿Cómo me detengo tanto
En ver á mi Margarita?
Piedra preciosa, bendita,
Piedra del minero santo,
Piedra mártir ya gastada
Deste trabajo y destierro,
Con hambre, cansancio y hierro
En tosco plomo engastada.
Sulpicio, llama esa guarda;
Búsquese mi hijo luego.

SULPICIO.

De alegre y llanto estoy ciego
Hoy, señor. ¡Ah de la guarda!
De placer pierdo el jüicio:
Señor, á buscarlos voy.

REY.

Parte, que, á fe de quien soy,
De agradecerte el servicio.

Entranse todos, y quedan Fileno y Belardo.

FILENO.

Padre, ¿no habláis?

BELARDO.

¿Qué he de hablar?
Que me parece que es sueño;

Mas no; es mucho para sueño,
Borracho debo de estar.
Es juego de pasa pasa:
Cata la Reina y el Rey.

FILENO.

Dalde á Valentín el buey,
Reñildo ó echalde de casa (1).
¡Por Dios, padre, que sospecho
Que por los pasados motes
Nos mandará abrir á azotes,
Medraréis con el provecho!
Esa será la crianza
Y el galardón del trabajo;
Por ese trato tan bajo
De vestir, calzar alcanza.

BELARDO.

Fileno, al fin me ha tenido
Por padre, y le he castigado,
Y este amor y este cuidado
Me ha de ser agradecido;
Que las palabras no son
Entre padres afrentosas,
Que antes esas mismas cosas
Aumentan la obligación.
No dudes sino que el cielo
Hoy nos colma de ventura.

FILENO.

Yo la tengo por segura.
¡Por Dios, padre, que recelo
Que nos harán caballeros!

BELARDO.

Bien se lo tengo servido:
Una reina he mantenido
Á costa de mis dineros,
Y he criado un infanzón
Que me ha comido mi hacienda.

FILENO.

Paso, padre, no se entienda
Que andamos en tentación.

Sale un criado.

CRIADO.

¿Cuál hombre imaginara tal suceso?
Buen hombre, ¿sois el dueño desta casa?

BELARDO.

Sí soy. ¿De qué venís tan congojado?

CRIADO.

¡Oh, caso digno de que se celebre!
Sabed que esta pastora que encubierta
Tenéis en casa, es Margarita bella,
Reina de Francia y la señora nuestra.
El Rey la ha conocido, que en entrando
En aquese aposento, donde sola
La halló, vistiendo sus vestidos pobres,
Se echó á sus pies, y con piadosas lágrimas,
Besándola mil veces, aunque en todo
La Reina humildemente resistía,
Al fin se han conocido, y quedan solos,
Y haberse visto á cabo de veinte años,
Diciendo disparates de contento.
Mandaos el Rey que al punto estéis conmigo
Y que vistáis las ropas que yo os diere,
Y con ellas vengáis á su aposento.

BELARDO.

¿Búrlase, gentilhombre?

CRIADO.

¿Si me burlo?
Venid conmigo presto, antes que el pueblo,
Digo, París, entienda lo que pasa,
Y los caminos de su gente cubran.

BELARDO.

¡Ea, Fileno, aquesto va de veras!

FILENO.

Id vos con ése, porque yo entretanto
Pondré la silla á vuestra yegua overa.

BELARDO.

¿Cuál, diablos!

FILENO.

La de frisa é hiladillo
Que hicistes para este otro casamiento.
Qué, ¿ya se os ha olvidado?

BELARDO.

¡Oh, mi abuelo!
¿Qué ensillas para ti?

FILENO.

La pollineja.

CRIADO.

¿Cómo os llamáis, buen hombre?

BELARDO.

Yo, Belardo.

CRIADO.

Mirad, que os acordéis de los amigos.

BELARDO.

¡Que me place, por Dios! Si algo tuviere,
Creed que lo tendrá quien bien me quiere.

Éntranse, y sale Valentín.

VALENTÍN.

¡Sólo, desierto campo,
Adonde triste y solo,
Sin ser mojado de mi llanto amargo,
Ninguna vez estampo,
Desde la luz de Apolo
El pie cansado, en el camino largo!
De mi muerte os encargo
El secreto silencio;
Sin honra tengo vida
Infame y abatida,
Con que del hombre noble diferencio,
Por una madre ingrata
Que un padre afrenta así y á un hijo mata.
Solemne juramento
Hago desde hoy al cielo,
De no entrar en poblado enteramente,
Ni tener más sustento
Que la yerba del suelo,
Ni conversar con género de gente,
Ni alzar la infame frente

(1) Así en la edición de Valencia. Parece que sobra la *ó* y debe sustituirse con una coma. Las de Valladolid y Milán escriben, *Reñid ó echalde de casa.*

Á aquella cumbre pura,
Sino vivir de suerte
Como un silvestre rudo,
Fiero animal, en una cueva obscura.
¡Ah, un hombre de vil nombre
No ha de vivir entre hombres ni ser hombre!
Bueno será recostarme
Sobre aquesta yerba verde,
Porque durmiendo no acuerde
La memoria de matarme.
Y ¡ojalá fuese de suerte,
Que fuese por despedida
Lo postrero de la vida
Y el primero de la muerte!

Échase á dormir, y sale Ursón solo, y dice:

URSÓN.

Fiero linaje de humanos,
Que á vuestra naturaleza
Queréis con tanta fiereza
Manchar con sangre las manos,
¿Qué persecución es ésta,
Siendo humano como todos,
Que ansi, por tan varios modos,
Me cansa, aflige y molesta?
¿Qué os puede ser importante
Querer matar vuestro igual?
Yo veo que un animal
No mata á su semejante.
La muerte tuve en la mano;
Pero ¿quién sería aquel,
Que me libró del cruel
Que no era el viejo Luciano?
Hombre era de poca edad.
Mas ¡hay, triste! ¿Qué asechanza
Es ésta? ¿Cómo que alcanza
Á tanto vuestra maldad?
¿Cómo espías me ponéis?
Sin duda que soy perdido:
Parece que está dormido;
Fiad, que no recordéis;
Que aqueste ñudoso leño,
Sacudido de mis brazos,
Hará tus carnes pedazos,
Siendo tu postrero sueño.

Aquí amaga á darle, y como alza los brazos, suspende el bastón.

¿Quién ata las fuerzas mías?
Algún Dios secreto viene,
Que mudo el brazo me tiene,
Los miembros y venas frías.
Vaya, secreto del cielo:
Éste es aquel joven fuerte
Que me libró de la muerte
Movido de humano celo.
Primero á las manos muera
De aquestos humanos fieros,
Y aquellos blancos aceros
Rompan esta carne fiera,
Que yo te ofenda, mancebo;
Antes te soy tan amigo,
Que pienso morir contigo,
Pagarte lo que te debo.
Echarme quiero á su lado
Para que cuando despierte,
Si quiere me dé la muerte,
Ó si no, me lleve atado;
Que tan obligado estoy,
Que á sus manos morir quiero,
Y no de algún hombre fiero
De quien perseguido soy.
¡Oh, cómo es bello el mancebo,
Qué gloria siento conmigo!
¡Cielos, hacedme su amigo;
Mirad que el alma le debo!

Échase á su lado, y despierta Valentín.

VALENTÍN.

Alma, pues que reposáis,
Dejad los miembros cansados;
No veléis, tristes cuidados,
¿Para qué me atormentáis?
¡Cielo santo! ¿Estoy en mí?
¿Estoy despierto? No lo creo.
El monstruo es éste que veo.
¡Líbreme el cielo de ti!
¿Si duerme? Sin duda duerme.
¡Qué bueno será matalle!
Quiero el pecho atravesalle.
¿Quién puede el brazo tenerme?

Aquí se suspende la espada en el aire, y dice:

¿Quién me hiela? ¿Qué es aquesto?
¡Oh, turbado corazón!
¡Oh, caso de admiración!
Cielos, ¿hay misterio en esto?
Mas ¿para qué he de matalle?
Rostro y cuerpo son humanos.
Atalle quiero las manos,
Y adonde fuere llevalle.
Bien me viene este cordel
Que me quedó de la caza;
De todas, la mejor traza
Es aprovecharme dél.
Bien queda atado: no es feo,
Antes me agrada su rostro.
Sólo en el miedo eres monstruo,
Que en lo demás, no lo creo.

Despierta Ursón, y dice:

URSÓN.

Mancebo ilustre, he querido
Dar á tus manos las mías,
Porque sólo tú podías
Hallarme á tus pies rendido.
Hame obligado afición
Y lo que hiciste por mí

Cuando de aquel hombre vi
La espada en mi corazón.
No seas cruel conmigo,
Basta de mi amor la prueba;
Adonde quieres me lleva,
Que quiero morir contigo.

VALENTÍN.

¿Hay suceso semejante?
¡Que aquéste amistad me pida!
Sin falta, al cielo mi vida
Debe de ser importante.
Seréte amigo sin falta
¡Qué gloria mi alma cobra!
¡Oh, cielo, todo me sobra,
Sólo una madre me falta!
Tus manos no estén atadas
De ese cordel enemigo;
Que las manos de un amigo,
De otro lazo están ligadas.

Entra Sulpicio y la guarda.

SULPICIO.

Por aquí dicen que va
Nuestro Príncipe encubierto.

CRIADO.

Guárdate del monstruo.

SULPICIO.

Cierto.
Valentín con él está.

CRIADO.

Desvía, aguarda, señor;
Mataremos esa bestia.

VALENTÍN.

Quien le hiciere molestia,
De los dos pierde el favor.

URSÓN.

Amigo, á matarme vienen.

VALENTÍN.

Eso no, que estoy yo aquí;
Pásenme primero á mí
Aquellas armas que tienen.

SULPICIO.

Pues ¿cómo al monstruo defiendes?

VALENTÍN.

Basta decir que es amigo,
Y basta que está conmigo.

SULPICIO.

¡Extraña amistad pretendes!
Pero el alboroto cese,
Y agora, pues ansí es,
Dame albricias y tus pies.

VALENTÍN.

¿Mis pies? ¿Qué descuido es ese?
¿Cómo estáis arrodillados?
¿Cómo hacéis burla de mí?

SULPICIO.

El cielo lo quiere ansí;
Del Rey somos enviados.
Tu madre, que desterrada
Fué de Francia por Uberto,
Es su Reina.

VALENTÍN.

¿Cierto?

SULPICIO.

Cierto.
Por el Rey ha sido hallada,
Y el traidor la desterró
Inducido del demonio,
Con un falso testimonio
Que á la Reina levantó.
Tú eres Príncipe de Francia;
Cualquier réplica se acorte,
Y vuelve luego á la corte,
Que te será de importancia.

VALENTÍN.

¿Príncipe yo? ¡Qué misterio!
¿Quién dijera ayer que hoy,
De la humildad en que estoy
Viniera á tan grande imperio?
Mil veces mi inclinación
Ciertas sospechas me daba,
Que el alma noble mandaba
La fuerza (1) del corazón.
Levantaos todos del suelo,
Que á todos he de abrazar,
Pues á todos he de dar
De lo que me ha dado el cielo.
Ursón, no te excusarás
De ir á la corte conmigo.

URSÓN.

Yo he de morir contigo,
Y si más pudiere, más.

VALENTÍN.

Pues ¡sus! no nos detengamos,
Vamos á ver á mi madre
Y á besar al Rey mi padre
Sus Reales manos.

SULPICIO.

Vamos.

Vanse.

Salen el Rey y la Reina vestidos de corte.

REY.

Volved al antiguo estado,
Mi Margarita preciosa;
Volved al nido pasado,
Fénix pura, blanca rosa,
Pues habéis resucitado.
Yo, pues vuestro honor apruebo,
Esta corona que os debo
Pongo, y de mi mano afirmo,
Y de nuevo lo confirmo,
Y os vuelvo á elegir de nuevo.
Conoced vuestras doncellas,
No como vos las dejásteis
Tan hermosas y tan bellas,
Que después que os eclipsasteis

(1) *Las fuerzas*, en las ediciones de Valladolid y Milán.

Faltó luz á las estrellas.
Veréis los rostros mudados,
Los extremos acabados
De la pasada hermosura,
Y vueltos en plata pura
Veréis cabellos dorados;
Pero no veréis à quien
Se haya olvidado de vos,
Pues os dirán más de dos
Que les cuesta vuestro bien
Mil oraciones á Dios.

REINA.

Justo, ínclito Clodoveo,
Toda esta pompa y valor
En que yo por ti me veo,
Sin mi restaurado honor,
Fuera un humilde trofeo.
Mas como ya el cielo santo,
Conmovido de mi llanto,
Te descubrió la verdad,
Hace que aquesta amistad
Y el bien agradezca tanto.
Pero ¿qué placer, qué gusto,
Qué contento y regocijo
Quieres que tenga, ni es justo,
Mientras que falta tu hijo,
Sino es pena y disgusto?
¿Cómo tu contento sale,
Y haces que se señale
En hacerte este servicio?

REY.

Al cuidado de Sulpicio
Ningún cuidado se iguale.
Fiad que mucho no tarde;
Es un siglo en quien desea,
Un solo punto que aguarde;
Hasta el punto que le vea,
El cielo mi vida guarde.
Mas si le viese presente,
Tanto, y de contento tal,
Vendría al alma un accidente
Que la volviese mortal,
Con el regalo presente.

Y entran Belardo y Fileno vestidos de fiesta, con capas, y dice Belardo:

BELARDO.

Señor, dadnos esos pies.

REY.

Alza del suelo, Belardo.

BELARDO.

Señor, esos pies aguardo.

REY.

¿Quién es éste?

BELARDO.

Mi hijo es:
¿No viene bueno?

REY.

Y gallardo.
Á la Reina conoced.

FILENO.

Señora, esos pies poned
Encima de aquesta boca.

REINA.

Nuestra hermandad me provoca
De haceros grande merced;
Al Rey mi señor le pido
Que se os muestre agradecido.

BELARDO.

Beso tus pies como debo;
Si tan buenas cartas llevo,
No seré mal recibido.

REINA.

Fileno, ¿iremos á ver
El majuelo de la fuente?
¿Iremos allá á comer?

FILENO.

Á lo menos, á tejer
Guirnaldas á vuestra frente.

REINA.

¿Ya con Valentín no luchas?

FILENO.

Reina, ya otro nombre escuchas
Y no das heno á mis bueyes,
Sino envidia á muchos reyes,
Y ejemplo á mujeres muchas.

Tocan.

Entran Sulpicio y Valentín.

SULPICIO.

Que llegues es lo mejor.

REY.

¿Quien es éste?

REINA.

Tu hijo es.

REY.

¡Oh, mi hijo!

VALENTÍN.

¡Oh, mi señor!
Esta boca es de tus pies.

REY.

Mis brazos de tu valor.
Alza, Valentín, del suelo;
Que siento tanto consuelo
En te llegar á abrazar,
Que te quisiera adorar
Si no se ofendiera el cielo.

VALENTÍN.

Yo soy un humilde esclavo,
Sólo este nombre me den;
Ponme la ese y el clavo,
Corona de rey es bien.
¡Cielo, tu clemencia alabo!

REY.

¡Que no le diese torpeza
De la villana aspereza
La costumbre y la crianza!
Hizo el tiempo su mudanza,
Mas no la naturaleza.

BELARDO.

Señor, seáis bien llegado;

Á vuestros pies me sujeto,
Sea de vos perdonado.

VALENTÍN.

¡Oh, Belardo, padre amado!
No, no, que os tengo respeto.
Pedidlos desa manera
Al Rey mi señor primero.

REY.

Cuando otra cosa no hubiera,
Sólo aquesta causa fuera
Bastante á serme heredero.
Sulpicio, otro premio aguarda
Que mi hijo te prometa.
Y entretanto, la jineta
De mi capitán de guarda
Te doy; el oficio aceta.

SULPICIO.

Tus pies me da, gran señor,
Por merced de tanto honor;
Mil años goces tu gloria.

VALENTÍN.

Yo tendré de ti memoria.

SULPICIO.

Y yo de tu gran valor.
Y no permitas que sea
Más tu valor encubierto.
Señor, tu grandeza vea
El bravo Ursón.

REY.

¿Quién le ha muerto?

VALENTÍN.

Vivo está.

SULPICIO.

Y vivir desea.
El Príncipe le prendió,
Y con sus manos le ató.

REY.

Esa hazaña te faltaba.

VALENTÍN.

Ese valor me inclinaba,
Que poco pudiera yo.

REINA.

No dirás, Rey y señor,
Que te doy hijo cualquiera.

REY.

Eres de mi reino honor.

SULPICIO.

Salgamos al corredor,
Verás una bestia fiera.

Tocan.

Éntranse, y salen tres muchachos.

MUCHACHO 1.°

¡Guarda, que corre furioso!
¡Sal del palacio, Luisillo!

MUCHACHO 2.°

El color llevo amarillo.

MUCHACHO 1.°

¡Guarda el oso!

MUCHACHO 2.°

¡Guarda el oso!

MUCHACHO 1.°

¿Aquesto nos trae á casa?
Medio sayo me rompió.

MUCHACHO 2.°

¡Qué bien que le traté yo?
Mira que pasemos.

MUCHACHO 1.°

Pasa.

MUCHACHO 2.°

Hasta que hallemos lugar
No nos salgamos de aquí.

MUCHACHO 1.°

Muchachos, guardaos de ahí,
Que os puede el monstruo matar,
Porque bramando furioso
Del vulgo que le seguía,
Un mancebo muerto había.

TODOS.

¡Guarda el oso, guarda el oso!

Éntranse, y salen el Rey, Sulpicio y Valentín.

VALENTÍN.

No es bien que mi gusto impidas.

REY.

Por cierto, que es caso extraño,
Habrá en casa nuevo daño;
Pésame que me lo pidas.
¿La vida quieres guardar
De un salvaje, Valentín?

VALENTÍN.

Trájele yo á casa al fin,
Y yo le debo amparar.
Si aqueste y aquél le tira,
Y una y otra piedra hiere,
¿Es milagro que se altere,
Y que se guarde te admira?

Entra un criado y un Embajador.

CRIADO.

El Embajador de Hungría
Quiere hablarte.

REY.

Entre en buen hora.
¿Qué podrá querer agora?

EMBAJADOR.

Esta carta ahora te envía
Mi Rey, y doña Violante,
La hija que le pedías
Cuando ser muerta entendías
La Reina que está delante,
Ha un mes que partió, y está
Dentro en tu tierra. Ha llegado
Á ocasión que le ha importado.

REY.

Muy buen marido tendrá;
Mi hijo case con ella.
¿Quién viene en su compañía?

EMBAJADOR.

Su noble hermana María,

Sabia, y por extremo bella.

REY.

Por cierto, á buen tiempo viene;
La que salió para mí,
Hijo, llegó para tí;
No menos ventura tiene.

VALENTÍN.

Ella, señor, ha perdido,
Y yo soy el que he ganado.

REY.

No, que eres muy honrado,
Y al fin, más mozo marido.

Tocan, y entra Sulpicio.

SULPICIO.

Oye, supremo Rey, un caso extraño,
Digo, de admiración.

REY.

Prosigue presto.
¿Ha hecho el fiero monstruo nuevo daño?

SULPICIO.

Armado estaba en torno y orden puesto
Un escuadrón de tu valiente guarda,
Á hacelle piezas sin temor dispuesto.
Y cuando ya la pica y la alabarda
Le apuntaban al pecho, entre la gente
Suena un rumor: «¡Espera, espera, aguarda!»
Entonces alcé el rostro atentamente
Y vide un viejo, en forma de ermitaño,
Que entraba por las picas diligente.
Puso el pecho á las picas, y un extraño
Alarido levanta, y dice: «Francia,
¿Qué estrella te forzaba á tanto daño?
¡Ah, capitán Sulpicio! ¿Qué ignorancia
Te mueve á dar muerte al señor tuyo,
Cuya virtud te fuera de importancia?
Éste es hijo del Rey; el reino es suyo.
Yo soy Luciano, que á la Reina muerta
Aquestas sus reliquias restituyo.
Apenas fuí salido de la puerta
Del palacio Real, cuando del parto
Llegó la hora temerosa y cierta.
Yo, con el ansia del remedio, parto
Ligero por el monte, y busco gente,
Harto de penas y trabajos harto.
Y cuando ya llegamos, vi presente
Un tierno infante que una osa fiera
Sacaba de sus pies ligeramente.
Corrí tras ella siempre, de manera
Que la aguardé tres años, que sus pechos
Mejor le daba que si su hijo fuera.
Á cabo dellos, mis vestidos hechos
Pedazos, y mi carne al sol curtida,
Los miembros no temí verlos deshechos.
Entré en la cueva, y áspera acogida,
Hallé al infante y hallóme la osa,
Y abreviando, los tres hicimos vida.
Criéle; y como el alma, temerosa
Por el furor del Rey, no se atreviese,
Dejéle andar con esa piel vellosa.»

REY.

¿Tal es posible, cielo, que yo viese
En sólo un día?

VALENTÍN.

¡Extraño pensamiento!
Ya conozco que fué librar su vida,
De la paterna sangre el movimiento.

REINA.

Agora me avergüenzo, inadvertida,
De no haber conocido el hijo mío,
Pues vi la osa fiera y atrevida.

Tocan, y entran Ursón y Luciano.

LUCIANO.

Prospere Dios tu alto señorío,
¡Oh Clodoveo! Y hágate famoso
Desde la zona ardiente al Norte frío.
Éste es Ursón, tu hijo milagroso.

REY.

Dadme entrambos los brazos.

REINA.

¡Hijo amado,
Dichosa soy por vos!

URSÓN.

Y yo dichoso.
Dadme los pies, que de mi humilde estado
No quiero ya subir á más alteza.

REINA.

Luciano amigo, mucho te he costado.

REY.

No tiene cosa alguna de fiereza.

REINA.

Mucho te debe Francia, mi Luciano.

REY.

Eterna harán tus armas tu grandeza:
Un oso con un niño y un anciano
Sean tus armas.

LUCIANO.

La merced aceto.

VALENTÍN.

Yo soy tu hermano, Ursón.

URSÓN.

Yo soy tu hermano.

REY.

Las dos hermanas á los dos prometo
En casamiento.

LUCIANO.

Ya sabrás que debe
Ser de tu reino aquí Príncipe eleto,
Y esta sola verdad tu causa apruebe,
Pues si primero Valentín naciera,
Lleváralo la osa.

REY.

El pleito es breve:
De esa suerte, Ursón es el heredero.

VALENTÍN.

Doylé mi estado, cuando no lo fuera,
Y lo tendré por suerte y por ganancia.
Aquí da fin la historia verdadera
De *Ursón y Valentín*, Reyes de Francia.



LOS TRES DIAMANTES

COMEDIA FAMOSA

LOS TRES DIAMANTES

DE LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS

El Rey de Nápoles.
Lucinda, *su hija.*
Don Enrique, *Príncipe de Inglaterra.*
Don Duarte de Borbón, *Infante de Portugal.*
Oliverio, *Príncipe de Transilvania.*
Lisardo, *hijo del Duque de Proenza* (1).
Un Capitán.
Roselo, *paje.*
Celia, *aya de Lucinda.*
Belardo. | Faustino. | Clarino. — *Pastores.*
Un Patrón de nave.
Rosardo, *huésped.*
El Soldán de Persia.
Amurates. | Cambises. — *Moros.*
Roberto, *piloto.*
El Duque de Proenza, *padre de Lisardo.*
Amatilde, *su hija.*
Leonato, *su criado.*
Celima, *hija del Soldán.*
El hermano Crispín.

JORNADA PRIMERA.

Salen Lisardo, armado; D. Duarte de Borbón, D. Enrique de Inglaterra y Oliverio de Trasilvania, acuchillándose.

LISANDRO.
¿Todos á mí por lo que está bien hecho?
ENRIQUE.
Aunque enemigo, me pondré á tu lado;
Tanto estoy de tu esfuerzo satisfecho.
DUARTE.
Con traición, caballero, me has ganado
El precio desta justa.
LISARDO.
¡Miente el hombre
Que dijere que yo no he sido honrado!

Entren el Rey de Nápoles y un Capitán, y Roselo, paje.

REY.
¿Á quién no habrá que tu valor no asombre?
CAPITÁN.
¡Ténganse al Rey!
REY.
Valiente caballero,
Dinos tu patria, tu linaje y nombre.

(1) En el texto se lee algunas veces *Lisandro.*

LISANDRO.

Señor, yo soy, como otros, extranjero;
No conviene esta vez, por mi decoro,
Decir quién soy, si en la defensa muero.
Por honra vine aquí; la fama adoro;
Tres lirios son mis armas; mi apellido,
El Caballero de los Lirios de Oro.
Aunque me viese á vuestros pies rendido,
Y de todo el poder de la fortuna
Contrastado, deshecho y oprimido,
No puedo, ni diré cosa ninguna
De mi linaje y nombre.

REY.

Mi amor sólo,
Y no el poder del mundo, os importuna.
No ha llegado jamás á nuestro polo
Tan fuerte caballero, ni se ha visto
Desde la luna al túmulo de Apolo.

LISANDRO.

La fama, Rey de Nápoles, conquisto,
Que no de vuestra hija la belleza.
Si por ella con tantos me enemisto;
Dadla, señor, á quien por fortaleza,
Por sangre y por valor, la ha merecido;
Que á mí me faltan partes y nobleza.

OLIVERIO.

Si esto es así, por mi valor la pido.

ENRIQUE.

Cuando en campo me venzas, Oliverio.

OLIVERIO.

Podré vencerte, de mi amor vencido.

ENRIQUE.

Ni por la sucesión de más imperio,
Ni por las armas, osará ninguno
Hacerme ese desprecio y vituperio.
Mía es Lucinda, y si dijere alguno,
Fuera del caballero disfrazado
Que no pude vencer, uno por uno,
Que la merece más, en campo armado
Le reto y desafío.

REY.

En mi presencia,
Cualquier atrevimiento fué culpado.
Juez árbitro soy desta sentencia;
Soy padre y Rey; soy padre de Lucinda;
Mi voluntad es ley de su obediencia.

OLIVERIO.

Lo que aquí con las armas se deslinda
Es el mérito, Rey, del que pretende,
Porque la goce quien al otro rinda.

REY.

Pues quien la mereció no lo defiende,
Venid conmigo, buscaréis un modo.

DUARTE.

Mátame su valor.

OLIVERIO.

Su amor me enciende.

Vanse el Rey, D. Duarte y Oliverio.

ENRIQUE.

¿Haslo entendido?

LISARDO.

Bien lo entiendo todo;
Mas por haberme agora defendido,
Mis brazos á los tuyos acomodo.

ENRIQUE.

Puesto que, como á todos, me has vencido,
Y el premio desta empresa me has quitado,
No he podido sufrir verte oprimido,
Obligado al amor que te he cobrado,
Y desde aquí por amistad te juro
Morir á tu defensa y á tu lado.
Y porque sepas bien lo que aventuro,
Enrique soy, mi patria Ingalaterra,
Único hijo de su rey Arturo.
Lucinda de mis padres me destierra;
Y porque á ti sospecho que te hace,
Por la misma ocasión, la misma guerra,
Te cedo mi derecho, si te place,
Y doy esta palabra al cielo justo,
Que al malo ofende, al bueno satisface,
De ayudar á las cosas de tu gusto
Como leal y verdadero amigo,
Sin darte celos ni mi amor disgusto.

LISARDO.

Enrique, al mismo cielo hago testigo
De pagarte ese amor eternamente,
Y de morir por ti y vivir contigo.
Confieso que he querido tiernamente
Á Lucinda hasta aquí; mas, pues la quieres,
No es bien que León quitarla más intente;
Que pues en sangre y armas me prefieres,
Te quiero preferir en cortesía.

ENRIQUE.

¡No harás, por Dios! Mas dime ya quién eres.

LISARDO.

Cuando salimos de la patria mía
Mis criados y yo, juntos juramos
Á un alta cruz que en una puente había,
Por el fruto divino de sus manos,
De no decir mi nombre á ningún hombre;
Mira, Enrique, si es bien que lo cumplamos.
No te parezca ingratitud, ni asombre
Que te calle mi nombre; que algún día
Sabrás mi pecho, cuanto y más mi nombre.

ENRIQUE.

Aprovéchate á ti la amistad mía,
Que es la intención de aqueste amor, y luego
Estará tu secreto en cortesía.
Desármate, y procura algún sosiego,
En tanto que á ver voy lo que el Rey hace.

LISARDO.

Que me vuelvas á ver, Enrique, ruego.

ENRIQUE.

Tú verás que esta fe de mi amor nace.

Vase.

LISARDO.

Paje, ¿sois desta posada?

PAJE.

De Palacio soy, señor.

LISARDO.
¿Sois espía?
PAJE.
Del amor
De cierta dama engañada.
LISARDO.
¿Qué habéis oído?
PAJE.
Que aquí
Le dais á un extraño amigo;
Pero si yo se lo digo,
No os querrá bien.
LISARDO.
¿Cómo así?
PAJE.
Porque el amor despreciado
Se vuelve aborrecimiento.
LISARDO.
¿No veis que fué cumplimiento
Á que no estoy obligado?
Que los que lo son, no obligan.
PAJE.
Los verdaderos amantes,
Aun en burlas semejantes,
No es bien que desprecios digan.
LISARDO.
Tampoco sé yo si vos
Sabéis quién amo.
PAJE.
Bien creo
Que sé de vuestro deseo
Más que vos.
LISARDO.
¿Más?
PAJE.
Sí, ¡por Dios!
LISARDO.
¡En qué lo podemos ver?
PAJE.
¿Qué prenda, cuando le vistes,
Por una reja le distes?
LISARDO.
Ya no os puedo responder.
PAJE.
¿Cúyo es este anillo?
LISARDO.
Mío,
Que á la Infanta le dí yo.
PAJE.
Pues ella á mí me le dió,
Fiaos de mí.
LISARDO.
El alma os fío.
Pero ¿el dárosle fué
En mi favor?
PAJE.
No fué dado;
Que no hay en el mundo estado
Por que ella el anillo dé;
Mas porque os le traiga á vos
Para carta de creencia,
Y para que á su presencia
Volvamos luego los dos.
LISARDO.
Que no podremos recelo.
PAJE.
La noche, que ya se cierra,
Ausentará de la tierra
Las dos lámparas del cielo,
Y yo os llevaré á un postigo
Del jardín, harto secreto.
LISARDO.
¿Iré solo?
PAJE.
No es defeto
Que vais con algún amigo;
Mas no lo entienda Lucinda.
LISARDO.
Vamos, que solo es mejor;
Que quien tiene mucho amor,
No hay peligro que no rinda.

Vanse.

Salen el Rey, Lucinda, D. Duarte, Oliverio, Enrique y Celia.

REY.
Las armas son excusadas
Donde el gusto mandar puede.
Dejemos lanzas y espadas;
Que basta que Marte quede
Con las victorias pasadas.
Si el caballero extranjero
Del blasón del lirio de oro
No quiere, siendo el primero,
Decir su patria y decoro,
Enrique á todos prefiero.
Déste mi Lucinda sea;
Que en ninguno, como en él,
Esta corona se emplea.
DUARTE.
La elección que has hecho dél,
Ninguno que es justa crea.
Agraviaste á Portugal,
Y en campo sustentaré,
Que yo sólo soy su igual.
LUCINDA.
Di que á ninguno me dé,
Que á todos los quiero mal.
ENRIQUE.
Si no te hubiera vencido,
Más furioso respondiera,
De tu locura ofendido.
Vete, y en el campo espera.
OLIVERIO.
La misma licencia pido;
Que ningún agravio iguala
Al que á Trasilvania hacéis,
Pues que el Rey no me señala.
REY.
Basta, que hacer pretendéis
Campaña de armas la sala.

Salid de la corte luego.

DUARTE.

Saldré tan perdido y ciego,
Que dentro de un mes no más
Toda Nápoles verás
Arder, como Troya, en fuego.

Vase.

OLIVERIO.

Del agravio que me has hecho,
En que con Enrique case
Lucinda, en común despecho,
Nacerá un fuego que abrase
Tu reino, como mi pecho.
Parto con voces más fieras
Que la herida tigre hircania
Busca del mar las riberas;
Que yo haré que Trasilvania
Ponga en Nápoles banderas.

Vase.

ENRIQUE.

Partid ya presto á la guerra,
Que hallaréis defensa en mí
Y el valor de Ingalaterra,
Pues hay Hércules aquí
Si allá hay hijos de la tierra.

REY.

Mal hice en no los prender.

ENRIQUE.

Déjalos ir.

REY.

Antes voy
Sólo á hacerlos detener.

Vase.

ENRIQUE.

En fin, tu marido soy.

LUCINDA.

Dicen que lo quieres ser.

ENRIQUE.

Tu padre gusta.

LUCINDA.

Es razón;
Que tiene satisfacción
De lo mucho que mereces.

ENRIQUE.

De mala gana me ofreces
Tus manos.

LUCINDA.

Hay ocasión.

ENRIQUE.

¿Cuál ocasión puede haber?

LUCINDA.

No te la puedo decir.

ENRIQUE.

Ya la debo de saber.

LUCINDA.

¿De qué se puede argüir?

ENRIQUE.

De querer y no querer.

LUCINDA.

¿Á quién quiero?

ENRIQUE.

Á un extranjero.

LUCINDA.

¿Á quién no quiero?

ENRIQUE.

Yo soy;
Pero asegurarte quiero,
Que en tu pensamiento estoy
De amor dese caballero.

LUCINDA.

Créolo de tu valor,
Y de tu virtud lo fío.

ENRIQUE.

Si no tienes otro amor,
Yo te quiero dar el mío
Porque le tengas mayor.

LUCINDA.

Si no engañas mi afición,
Que mi amor aumentarás
Está muy puesto en razón;
Que con lo que puedes más
Es con la buena opinión.

ENRIQUE.

¿Qué señal habrá mayor
Que dárteme el Rey á mí,
Que eres desta empresa honor,
Y suplicarte yo á ti
Que le tengas mucho amor?

LUCINDA.

No, que también puede ser
Que sea celoso efeto
No más de para saber.....

ENRIQUE.

No tengo yo por discreto
Al que prueba á su mujer.

LUCINDA.

Declárame tu intención.

ENRIQUE.

Que la palabra le he dado,
Vencido de su afición,
De aventurar á su lado
La vida en toda ocasión.

LUCINDA.

Júralo.

ENRIQUE.

Quíteme el cielo
La vida si no es verdad;
Que ha podido sólo el celo
Desta sincera amistad
Dar con tu amor en el suelo.

LUCINDA.

Echarme quiero á tus pies.

ENRIQUE.

Agravio del cielo es
Poner su sol á mis plantas.

LUCINDA.

Y tú al cielo me levantas

De la tierra en que me ves.

ENRIQUE.

Sólo en premio de que quiero
Darte, siendo prenda mía,
A un hombre tan extranjero,
Me di, señora, este día,
Quién es este caballero.

LUCINDA.

Ni sé quién es, ni su nombre.

ENRIQUE.

Mal me pagas, ó pretendes
Que de tu rigor me asombre.

LUCINDA.

Eso entiendo que tú entiendes
De los enigmas deste hombre.
Con el talle se me entró
Por los ojos; bien sé yo
Que es noble, pues le admití,
Aunque no sé si le dí
El alma ó me la tomó.

ENRIQUE.

Júralo.

LUCINDA.

Quíteme el cielo
La vida si no es verdad;
Que bien puede el casto celo
De una honesta voluntad
Dar con un alma en el suelo.

ENRIQUE.

Ahora bien: yo soy su amigo,
Y el Rey quiere que conmigo
Te cases: ¿qué hemos de hacer?

LUCINDA.

Que le demos á entender
Que estoy casada contigo.

ENRIQUE.

¿Qué dice aquel caballero?

LUCINDA.

Que sabes tú que le quiero.

ENRIQUE.

¿Y él sábelo?

LUCINDA.

Bien lo sabe.

ENRIQUE.

Razón es que en bien acabe
Un amor tan verdadero.

LUCINDA.

Esta noche le hablaré.

ENRIQUE.

¿Vendré con él?

LUCINDA.

Bien podrás.

ENRIQUE.

Adiós.

Vase.

LUCINDA.

¿Fuése?

CELIA.

Ya se fué.

LUCINDA.

¿Tan presto?

CELIA.

No pudo más,
Si bien sus ojos miré.

LUCINDA.

¿Quiéreme bien?

CELIA.

Bien te quiere.

LUCINDA.

Pues ¿qué le obliga?

CELIA.

Amistad,
Que al gusto de amor prefiere

LUCINDA.

Gran virtud, gran calidad,
Dese milagro se infiere.
Muérome por él.

CELIA.

No es justo
Que, hasta que sepas quién es,
Así aventures tu gusto.

LUCINDA.

Calla, Celia, no me des
En esta ocasión disgusto.

CELIA.

¿Dos veces que le has hablado
Te tiene ya de ese modo?
¿No puede haberte engañado,
Y haberlo fingido todo
Por codicia de tu estado?

LUCINDA.

No, porque el talle y acciones
De su hablar y proceder
Me han dado satisfacciones;
Ni tan alto pretender
Es de bajas condiciones.
Dióme un anillo, y por él
Quise saber su valor;
Díle á persona fiel,
Y dice que no hay mejor
Diamante en el mundo que él:
Vale treinta mil ducados.
¿Cómo quieres, Celia loca,
Que un (1) hombre bajo encerrados
Tenga, en distancia tan poca,
Tesoros tan estimados?
Habléle otra vez, y vi
Que otro diamante tenía,
Y á pedirle me atreví,
Por ver si valor tenía
Él para dármele á mí.
Diómele; hícele ver.

CELIA.

Y ése, ¿qué puede valer?

LUCINDA.

Dos veces más que el primero:
Mira tú si es caballero

---

(1) *En*, dicen las ediciones de la Parte 2.ª, pero parece que debe ser *un*.

Quien esto puede tener.

CELIA.

No es el serlo necesario,
Ni arguyes, señora, bien.

LUCINDA.

Arguyo por lo contrario.

CELIA.

No haces, porque también
Pudiera ser lapidario;
Que aquí vienen mercaderes
De Persia, con mil diamantes.

LUCINDA.

Celia, necísima eres,
Que más quieren los amantes
Remedios que pareceres;
Vete al jardín, que ya es tarde,
Para que mi bien no aguarde.

CELIA.

Mire su valor tu Alteza.

LUCINDA.

Yo quiero bien; no hay bajeza
Que mi locura acobarde.

Vanse.

Salen Enrique y Lisandro.

LISANDRO.

¿Que por mujer te da á Lucinda?

ENRIQUE.

Dióme
El Rey su hija, con quien he pasado
Lo que te he dicho; puedes estar cierto
Que ninguno jamás habrá tenido
Tal dama y tal amigo, aunque revuelva
La antigüedad sus máquinas de historias,
Y la fama de Grecia sus archivos.
No hago mucho de su parte en dártela,
Pues ella ya te quiere; y de la mía,
Sé yo que hago más de lo que puedo.

LISARDO.

No quiero agora agradecerte nada,
Por ser el tiempo breve; pero al cielo
Hago testigo, que por muchos cursos
Que pase el sol por infinitos años,
No pierda (1) la memoria de tus obras,
Ni el agradecimiento de las mías,
Tu generoso pecho y alma noble.
Tres diamantes me dió cuando salía
De su casa mi madre, por si acaso
El tiempo me pusiese en ocasiones
Que á la necesidad viese la cara;
Y con ser de valor inestimable,
Los dos he dado, sin haber tres meses
Que salí de mi casa; y el tercero,
Que es de mayor valor, sólo por (2) muestra
De mi agradecimiento, te le ofrezco:
Sírvete dél para memoria mía,
Y, Enrique, no repliques en tomalle;
Que pensaré que es tu amistad fingida.

ENRIQUE.

Yo le acepto por prenda de tus manos,
Con juramento al cielo, que no siendo
Necesidad en mí tan atrevida,
Que me falte el sustento, de no dalle
Por mí, si en Persia vengo á estar cautivo.

LISANDRO.

La puerta del jardín es ésta, Enrique;
Quédate aquí, que es paso peligroso,
Y estamos, como ves, entre enemigos.

ENRIQUE.

Entra seguro de que el mundo todo,
Sin quitarme la vida en tu servicio,
De donde estoy pueda moverme un paso.

LISANDRO.

Déme ventura el cielo.

Vase.

ENRIQUE.

Ya la tienes,
Pues á gozar de sus estrellas vienes.
Cuando Júpiter fiero, en el diluvio,
Mató de Loth la insaciable fragua,
Y el mar pasando, el límite desagua,
Encarcelado el Sol, dorado y rubio;
Cuando cuelgan del Cáucaso y Vesubio
Cuerpos cubiertos de ovas verdes y agua;
Cuando balas de nieve, y rayos fragua,
Y el Ganje se juntó con el Danubio;
Cuando el tiempo mudó su mismo estilo,
¿Dónde estabas, amor? ¿Cuál fué tu asilo?

Sale D. Duarte.

DUARTE.

Á verte vengo, si por dicha puedo
Merecer en la noche de tu olvido
El Sol más riguroso y encendido,
De cuyos rayos abrasado quedo.
Mas la tiniebla, donde el alma enredo,
Laberinto de amor y del sentido,
Así me tiene ciego y oprimido,
Que al fin se rinde la esperanza al miedo.
Sal, mi divino Sol, y tu belleza
Abrase este laurel; que otras crueles
Entrañas han cubierto su corteza.
Mas no salgas, señora, á estos laureles;
Que tomarás ejemplo en su dureza,
Y serás fugitiva, como sueles.

Sale Oliverio.

OLIVERIO.

Parece que estos pasos temerosos
Me llevan siempre á ver mi incierta vida,
Porque en una esperanza tan perdida,
Los más seguros son más peligrosos.
¡Ay! ¡Si dese jardín en los frondosos
Árboles, que hacen sombra á mi homicida,

---

(1) *Prenda*, en la Parte 2.ª
(2) *Que*, en la Parte 2.ª

Dejase yo, con la esperanza asida,
La causa de mis males amorosos!
Enmudecieran mis amargas quejas,
Y saliera este amor de lo profundo
De mis locas entrañas abrasadas.
Y en estos troncos, en lugar de rejas,
Dos Anaxartes contemplara el mundo,
Y el infierno dos piedras castigadas.

DUARTE.
Llegar quiero.

OLIVERIO.
Llegar quiero.

DUARTE.
¿Si es hombre aquél?

OLIVERIO.
¿Si éste es hombre?

DUARTE.
¿Quién es?

ENRIQUE.
Un hombre.

OLIVERIO.
¿Qué nombre?

ENRIQUE.
¡Noble soy! ¡Soy caballero!
¿Ésto pasa? Pasen presto;
Que tengo que hacer aquí.

DUARTE.
Yo también.

OLIVERIO.
Yo y todo.

ENRIQUE.
Así,
Pues yo soy dueño del puesto,
Por derecho he de tener
Aquí su primer lugar;
Y también le han de dejar,
Porque le sé defender.

DUARTE.
Ya no excuso de quitalle
Á vuesa merced de ahí.

ENRIQUE.
¿Quién lo dice?

DUARTE.
Yo; y por mí,
Esta espada y este talle.

ENRIQUE.
No son muchos; pocos son
Él, y su talle, y su espada.

DUARTE.
Luego ¿no habré dicho nada?

ENRIQUE.
No, ¡por Dios!

DUARTE.
¡Bravo león!

OLIVERIO.
Háganme placer también
De dejarme hablar á mí.

ENRIQUE.
¿Qué queréis?

OLIVERIO.
Estar aquí.

ENRIQUE.
¿Cuántos sois?

OLIVERIO.
Medio yo.

ENRIQUE.
Bien;
Mas para medio, no hay medio.

OLIVERIO.
Esto me parece hablar;
Bien sé yo que puedo dar,
Donde no hay medio, remedio.

ENRIQUE.
¿Cada uno de los tres
Pretende este puesto?

OLIVERIO.
Sí.

ENRIQUE.
Y ¿es con quitármelo á mí,
Cuyo habrá dos horas que es?

OLIVERIO.
Así parece.

ENRIQUE.
Pues yo
Digo que darle no quiero.

DUARTE.
¡Muera, pues!

ENRIQUE.
¡Soy caballero!

DUARTE.
No lo mostráis.

ENRIQUE.
¿Cómo no?

Meten mano, y salen de las manos Lucinda y Lisardo.

LISANDRO.
¡Perdidos somos, mi bien!
Tu padre nos ha sentido.

LUCINDA.
Estas armas y rüido,
Á ti te buscan también.

LISANDRO.
Pues ¿téngote de dejar?
Más quiero darme la muerte.

LUCINDA.
No lo hagas desa suerte,
Pues que me puedes llevar.

LISANDRO.
Sígueme.

LUCINDA.
¿Por aquí vamos?
Hacia aquel monte es mejor.

Vanse.

Salen el Rey, el Capitán y gente.

REY.
¿Tantas armas y rumor?

CAPITÁN.
¡Ténganse al rey!

OLIVERIO.
Ya lo estamos.

REY

¿Quién sois, que en este terrero,
Donde mi casa ofendéis,
Atrevimiento tenéis
De desnudar el acero?

ENRIQUE

Enrique, tu yerno, soy.

REY.

¿Qué es esto?

ENRIQUE

Quieren matarme.

OLIVERIO.

Bien puedes, Rey, perdonarme.

REY.

¿Quién eres?

OLIVERIO.

Sin culpa estoy.

CAPITÁN.

Oliverio Trasilvano
Y don Duarte de Borbón,
Los dos que le matan son.

DUARTE.

Yo puse á la espada mano
Por quitar de aqueste puesto
Un hombre, no conociendo
Á Enrique; mas ya que entiendo
Su valor y celo honesto,
Al Rey y á él perdón pido,
Mi mano y brazos le doy.

OLIVERIO.

Y yo, que á fe de quien soy,
Que inocente le he ofendido.

REY.

Estoy porque me paguéis
El pasado atrevimiento,
Pues el noble pensamiento
Con que nacisteis, perdéis.
Ya Enrique es mi yerno, y gusto
De que Lucinda le quiera;
No busquéis desa manera
Su deshonra y mi disgusto;
Que á no mirar, como debo,
De qué padres descendéis,
La pena que merecéis
Os diera agora de nuevo.

OLIVERIO.

Si de tus pasados años
Puedes acaso, señor,
Traer del poder de amor
A tu palacio los daños,
Presto darás á mi edad
Perdón; mas para que entiendas
Que desta guerra y contiendas
Siempre es el fin la amistad,
Y para que no volvamos
Á nuestras tierras, señor,
Descontentos del favor
Que de tu mano esperamos,
Venga Lucinda, y si acaso
Á Enrique quiere escoger,
Eso basta á detener
Á nuestra esperanza el paso.
Pero si aquí cada cual
Piensa que le favorece,
Á su disgusto parece
Que la casas, y haces mal.
Venga, y diga que le quiere,
Y luego todos se irán.

REY.

Id por ella, Capitán,
Y escoja lo que quisiere.

Vase el Capitán por ella.

Que ya estoy de tal manera,
Que tengo por cierta cosa,
Que quien tiene hija hermosa
Tiene en su casa una fiera.

DUARTE.

Señor, los merecimientos
De Enrique de Ingalaterra,
El valor, en paz y en guerra,
De sus altos pensamientos,
Son dignos de su esperanza;
Pero tú debes mirar
Que hay quien le pueda igualar,
Si no es que ese cielo alcanza.
Pues en los que iguales son
Dale á su gusto marido.

REY.

Presto veréis lo que ha sido,
Y que fué justa elección.
Tenéis pleito sin justicia,
Y porque no la tenéis,
Con la revista veréis
Que apelasteis de malicia.

ENRIQUE.

En todo te has gobernado
Como discreto jüez;
Quede, señor, una vez
Nuestro pleito averiguado;
Que de lo que es igualdad
No tengo que responder,
Porque no puede tener
Ninguno más calidad;
Que si hoy el cielo me sube
Á este bien, sólo se advierte
Que á mí me cupo la suerte
Por buena estrella que tuve.

Sale el Capitán.

CAPITÁN.

Todo el palacio alborotado queda;
No sé cómo es posible que á tus ojos
Tan gran maldad, invicto Rey, suceda.

REY.

¿Qué es esto, Capitán?

CAPITÁN.

Que á tus enojos
Hoy la fortuna ha dado gran aumento.

REY.

¿Murió Lucinda?

CAPITÁN.

Es de un traidor despojos.
Ni en cuarto del jardín, ni en aposento,
Ni en todo tu palacio, hay señas della.

REY.

¿Qué hombre oyó nueva de mayor tormento?

CAPITÁN.

Sólo dicen que ayer habló con ella
El Caballero de los Lirios de Oro.

REY.

¡Oh airado cielo, oh injuriosa estrella!
Ese traidor la lleva, ése el decoro
De mi Real honor bajó del cielo,
Ése de aquesta Europa ha sido el toro,
Ése con mi grandeza dió en el suelo,
Ése fué el Paris desta nueva Elena.

ENRIQUE.

De su encubierto nombre lo recelo.

REY.

¡Oh nueva triste, oh confusión, oh pena,
La mayor que ha llegado á mi sentido!
Mas ni la Libia en su desierta arena,
Ni en donde alumbra el sol más encendido,
Perdonaré buscando á quien me lleva
El loco dueño de mi honor perdido.

OLIVERIO.

Aunque llevados, Príncipe, á la prueba
De merecerla, me faltó esperanza,
Me alcanza parte de la triste nueva,
Y mostraré en buscar la que me alcanza,
Discurriendo la tierra con mi gente
Y ofreciendo la vida á la venganza.

DUARTE.

Ninguno como yo su agravio siente.
Haré al traidor que del rigor se asombre,
Con que por tierra y mar buscarle intente;
No habrá puesto jamás la planta hombre
Donde yo las pondré para buscalle.
¡Que no se supo dél la patria ó nombre!

ENRIQUE.

Bien mostraban sus armas y su talle
Que no era falto de nobleza.

REY.

Vamos;
Que en los cielos espero castigalle.

Vase.

ENRIQUE.

Sepamos los caminos que tomamos.

OLIVERIO.

Yo voy al mar.

Vase.

DUARTE.

Y yo á Francia por tierra.

Vase.

ENRIQUE.

Pues yo del monte contaré los ramos.
¡Válgame Dios, cuánto el hombre yerra
Que en otro pensamiento y amor fía,
Que tanta vanidad y engaño encierra!
Fuése mi amigo, y engañó la espía;
Mas no es posible que me hiciese engaño,
Imagino que hablarme no podría.
Quiero seguirle, no le venga daño.

Vase.

Salen Lucinda y Lisandro.

LISARDO.

Cansada estarás.

LUCINDA.

No puedo
Cansarme, mi bien, contigo;
Lo que me cansa conmigo
Es de mi desdicha el miedo.
¿Dónde ataste los caballos?

LISARDO.

Á esos olmos los até,
Y tal, que yo no pensé
Que era necesario atallos.

LUCINDA.

Pasar nos conviene el día
En esta obscura montaña.
¡Oh, cuánto la noche engaña!

LISARDO.

Siéntate, señora mía,
Que bien lo habrás menester.

LUCINDA.

Á no ser bien para mí
El ser tu mujer aquí,
Negara que soy mujer.
Ánimo tengo.

LISARDO.

Yo creo
Eso y más de tu valor;
Que es muy animoso amor
Cuando le fuerza el deseo.
Mas es fuerza descansar
Aunque mi peligro siento,
Porque sin tomar aliento,
¿Cómo podrás caminar?

LUCINDA.

Aquí me siento á tu ruego
Y porque, si verdad digo,
Me aprieta un sueño.....

LISARDO.

¡Qué amigo
Es del peligro el sosiego!
Pero bien podrás dormir,
Que yo velaré entretanto.

LUCINDA.

De que eso digas me espanto;
Bien sabré el sueño sufrir.

LISARDO.

Estás ya medio dormida.

Mas duerme, que yo estaré
Despierto.

LUCINDA.

No duermo, á fe,
Sino que estoy divertida.
Pero cuéntame la historia
Que comenzaste, mi bien;
Que ella servirá también
De despertar mi memoria;
Que ya sabes que me has dado
Palabra de declararme
Quién eres.

LISANDRO.

Por desvelarme,
Y por darte algún cuidado,
Digo, mi señora, así:

LUCINDA.

Vé ¡por tu vida! diciendo;
Y si me fuere durmiendo,
Despiértame.

LISANDRO.

Harélo.

LUCINDA.

Di.

LISARDO.

Yo soy, hermosa Lucinda,
Sobrino del Rey de Francia;
Carlos, Duque de Proenza,
Es mi padre. Allá en mi patria,
Lisardo es mi propio nombre;
Esos tres lirios mis armas:
Mira qué de cosas juntas
Te he dicho en cuatro palabras.
Estábamos una fiesta,
Día en que la Iglesia canta
Aquel tránsito glorioso
De la que del Sol fué el alba,
Muchos caballeros mozos
Viendo las hermosas damas,
Dándoles talle y requiebros,
Y ellas á nosotros galas.
Cuál alaba las morenas,
Cuál encarecía las blancas;
Cuál ensalza rubias hebras,
Cuál negras hebras ensalza;
Cuál dice que ojos azules
Fueron cielo de su alma;
Cuál dice que en ojos verdes
Pasó á la mar su esperanza;
Cuál dice que en siendo negros
Tienen hermosura y gracia;
De donde nació porfía
Que fué deste caso causa,
Porque luego cada uno
Quiso nombrar lo que amaba;
Cuál sube á Clarinda al cielo,
Cuál á Porcia, cuál á Laura:
Sólo yo no tuve á quien,
Que para ti me guardaba.
¿Duermes? Oye, ¡por tu vida!
Que entras agora en la danza.

LUCINDA.

No duermo, que bien te escucho.

LISARDO.

Digo, pues, mi bien, que estaba
Entre aquestos caballeros
Esta dichosa mañana
Un napolitano noble,
Que dijo hablando de damas:
«Lucinda es sol de hermosura.»
Yo ¡triste! no sé por qué,
Si no me lo dijo el alma,
Le pregunté al caballero:
«¿Quién es, señor, esa dama?»
«Del Rey de Nápoles, dijo,
Es hija, no menos clara
En sangre que en hermosura;
Pero la hermosura encanta,
Porque tiene mi señora.....»
¿Duermes?

LUCINDA.

No, que imaginaba
En esto que vas diciendo.

LISARDO.

Pues ¿qué digo?

LUCINDA.

Que el de Francia
Es tu tío. ¿Piensas tú
Que no te escucho?

LISARDO.

¡Oh, qué gracia!
Eso te dije al principio,
Y agora digo que estaba
Alabándote aquel hombre.

LUCINDA.

Bien oigo que tú me alabas.

LISARDO.

Digo, pues, que prosiguió
En decir tus alabanzas
De suerte, que, como vista,
Hizo efecto en mí tu fama.
Dióme deseo de verte,
Y como en esto pensaba,
Te soñaba muchas veces.
¡Qué agüeros! ¡Qué fuerza extraña!
Viendo mi desasosiego
Propuse dejar mi casa;
Pedí á mis padres licencia,
Tres veces me fué negada;
Pero viendo mi porfía,
Me la otorgaron la cuarta.
Llamóme mi madre á solas,
Y así llorando me habla:
«Porque las cosas del mundo
Son mudables, hijo, y varias,
Y se han visto muchos reyes
En necesidades claras,
Toma aquestos tres anillos,
Que tres diamantes engastan,
Monstruos de naturaleza,
Milagro de sus hazañas.»
Tomélos, y despedíme,

Y con mi caballo y armas
Y un escudero no más,
Dejé á mis padres y patria.
Vine á Nápoles, y en ella
Me hallé en las fiestas pasadas,
Donde vencí al español,
Al portugués, al de Albania.
¡Ah, mi bien! ¡Ah, dueño mío!
Ya el sueño cubrió su cara
De rosas, y sus sentidos
De imaginaciones vanas.
Despertalla no es razón,
Sino velar y miralla.
¿Qué es lo que tiene en el pecho?
Una colorada banda.
¡Válgame Dios! ¿Qué hay en ella,
Que en tal sagrario se guarda?
Los diamante que le dí
Y los que agora contaba.
No es justo que en estos pechos,
Donde el amor se regala,
Esté una cosa tan dura,
Pues hasta un mármol ablandan.
Sobre estas piedras los pongo;
Y vos, dulce esposa amada,
Mirad que en ese lugar
Sólo amor tiene posada.
¡Ay, triste! Un águila vino,
Que bajó de aquellas hayas;
Imaginando que es carne,
El tafetán me arrebata.
Ir tras ella me conviene,
Pues en viendo que se engaña,
Ha de soltarle. ¡Ay de mí,
Que inclina el vuelo á la playa!
¿Si se ha de entrar en el mar?
Robadora, espera, aguarda.
Sobre una peña se pone;
Desde aquí podré tirarla.

Vase.

Despierta Lucinda.

LUCINDA.
Prosigue, mi bien, la historia;
Que bien te voy entendiendo.

Entran Belardo, Faustino y Clarino, villanos.

BELARDO.
Iráse el carbón haciendo
Como viene la memoria,
Y algunas arrobas más.

FAUSTINO.
Cortar podemos de aquí.

CLARINO.
Que viniera presumí
Con la carreta Tomás.

BELARDO.
En este tronco sacudo.

CLARINO.
¡Quedo, que es una mujer!

BELARDO.
¡Gentil leña puede hacer!

CLARINO.
Por todo extremo eres rudo.

BELARDO.
No estuve en esto muy ciego;
Que estos árboles no son
Malos para hacer carbón.
¡Que los abrase mal fuego!
Aquí á miralla me inclino.
¿Qué digo? No duermas más.

Despierta.

LUCINDA.
Bien oigo; di más.

BELARDO.
Jamás
Vi tal belleza, Clarino.
Que le diga más me ruega.

LUCINDA.
Cuéntalo, mi vida, todo.

BELARDO.
¿Mi vida? ¡Notable apodo!
Ó ésta está borracha ó ciega.

FAUSTINO.
¿Apodo dices?

BELARDO.
Pues, ¿no?

FAUSTINO.
Calla, bestia, que es requiebro.

BELARDO.
¿Mi vida?, y no ha habido enebro
Más espinoso que yo.
Mis ojos, si despertáis,
Veréis que tenéis delante
Un.....

CLARINO.
Diamante.

BELARDO.
Un elefante
Que os quiere más que pensáis.

LUCINDA.
Mucho he dormido; ya veo
Que estabais de mí ofendido;
Pero vos habréis dormido
Conmigo, á lo que yo creo.

BELARDO.
¡Oxte, puto! Mas ¿qué quiere
Pedirme? ¿Que yo he dormido
Con ella?

LUCINDA.
¡Ay, Dios! ¿Qué rüido
Es éste?

CLARINO.
Que no se altere,
Que ninguno la hará mal.

LUCINDA.
¡Ah, sueño, gran mal me has hecho,

Alguna cosa sospecho!
¡Muerta estoy, estoy mortal!
¿No estaba, amigos, aquí
Un hombre?

FAUSTINO.

Señora, no.

BELARDO.

Sí estaba.

FAUSTINO.

¿Cuándo ó quién?

BELARDO.

Yo,
Que ella me lo dijo á mí.

LUCINDA.

¿Sabéis si le llevan preso?

CLARINO.

Que no hay en toda la tierra
Hombre de paz ni de guerra.

LUCINDA.

Perderé, sin duda, el seso;
Mas no, que si le prendieran,
Cierto es que no me dejaran.
¿En qué mis manos reparan?
¿En qué estriban? ¿En qué esperan?
Matarme sólo es partido.
¿Qué me queda sin mi bien?
¿Quién me dirá dél? ¿En quién
Hallaré mi bien perdido?
¿Si me dejó de temor?
Pero ¿cómo puede ser?
¿Qué puede un hombre temer
De tanta sangre y valor?
¿Si le han muerto estos villanos
Por roballe? Esto es lo cierto.
¡Perros, mi bien me habéis muerto
Con esas infames manos!
¡Dadme, traidores, su vida!

BELARDO.

¿No digo yo que está loca?

LUCINDA.

¡Con las manos, con la boca
Quiero matar su homicida!
¡Dadme mi bien!

CLARINO.

¡Arre allá!
Pida como ha de pedir
Su bien, si le han de decir
Adónde su bien está.

LUCINDA.

Sí, amigo, decidme dél;
Mi bien pido, ¿no es razón?

FAUSTINO.

Algún mal de corazón
Debe de tener cruel.
Dale tú su bien, Belardo.

BELARDO.

¿Yo?

LUCINDA.

Sí, mi amigo; pues ¿no?

BELARDO.

¿Adónde le tengo yo?

LUCINDA.

Presto, presto; ¿qué me tardo?

BELARDO.

¡Ay, que me ha muerto!

LUCINDA.

De poco
Se queja; dadme mi bien.

BELARDO.

Ni le tengo, ni sé quién
Le pueda tener tampoco.
¡Ved las uñas que me enseña!
Déjanos aquí, mujer:
¿Leña venimos á hacer,
Y haces de nosotros leña?

LUCINDA.

No se consuela mi mal
Queriendo perder el seso;
Que como es el mal exceso,
Es el sentimiento igual.
Sobrepuja el sentimiento
Á la fuerza del sentido;
Que es más el bien que he perdido,
Que todo el dolor que siento.
¿Dónde iré? ¿Quién me dará
Consejo en tanto dolor?
Porque si le pido á amor,
Sólo el de morir me da.
Pues esta gente es el viento,
Todo extremo es sin remedio,
Que como yo de remedio (1),
Carecen de entendimiento.
Árboles de aqueste monte,
Que así ardéis en vivas llamas,
Antes que otra vez las ramas
De aquel sol de ese horizonte.
¿Dónde mi bien encubrís?
¡Ah! vos, que en efecto habláis,
Y que casi á entender dais
Que lo que os dicen sentís,
¿Dónde está mi bien perdido?
Hasta el eco no responde,
Que todo á un triste se esconde,
Y aun sólo falta rüido.
¿Será remedio buscalle,
Ó templanza del deseo?
El mar parece que veo,
Ó la margen de aquel valle.
¿Daréle voces acaso?
¿Responderá por su nombre?
¡Que no es piedra, sino hombre,
Por quien tantas penas paso!
Sólo este remedio aguardo;
Mas ¡ay, triste! el viento sigo.
¡Lisardo; ah, Lisardo amigo!
Ya suena el eco, ¡ah, Lisardo!

Vase.

BELARDO.

¿Si se va á echar en el mar?

---

(1) Consonante repetido.

CLARINO.
Échese donde quisiere
Con tal que no nos altere.
FAUSTINO.
Llorando estoy de pesar.
CLARINO.
Faustino, ¿qué te va á ti?
FAUSTINO.
¿Hay lástima semejante,
Como ver que por su amante
Llore esta mujer así?
BELARDO.
Calla y déjala penar,
Y que el cielo y tierra implore,
Que no es mucho que ella llore
De cuantos hace llorar;
Que mujer sin calidad,
Dice el cura de la villa,
Que es muy rara maravilla
Que amando trate verdad.
CLARINO.
¿Adónde está la firmeza,
Aunque me arguyáis los dos,
Sino en mujeres?
BELARDO.
¡Par Dios,
Que te quiebre la cabeza!
CLARINO.
¿Por qué?
BELARDO.
Porque esa razón
Ofende más que un mentís.
CLARINO.
Todos los que amáis, decís
Faltas de su condición,
Y nunca miráis las vuestras,
De quien ellas las aprenden,
Que de los que las ofenden
Vienen á quedar maestras.
Cuando una mujer comienza
Á entender que conoció,
¿Quién la habló, quién la quitó
Con el miedo la vergüenza?
¿No fué un hombre? Pues si el hombre
Engaña á otras, ¿no ves
Justo que infama su nombre? (1).
BELARDO.
Y al primer hombre, Clarino,
¿Quién le engañó?
CLARINO.
Una mujer.
BELARDO.
Pues ¿qué puedes responder
Que no sea desatino?
CLARINO.
Yo no me meto en sermones;
Tú que andas en la tribuna,
Y cuando te da la luna
Sabes escribir canciones,
Trata desos argumentos,
Que en lo que yo me resuelvo,
Es que las adoro y vuelvo
Por sus buenos pensamientos.
BELARDO.
Esto de adorar ignoro,
Que tú me engañas, aosadas,
Porque las tengo doradas
De mucho que las adoro.

Entre Enrique de Inglaterra.

ENRIQUE.
Pues te sigo y no descanso,
Sin duda en el viento vas,
Que aun pienso parado estás
En este claro remanso.
Algún anillo encantado,
Como Angélica y Medoro,
Pues la ventura del moro
Debes de haber heredado,
Llevas, sin duda, en la boca.
Aquí hay gente. ¿Quién va allá?
FAUSTINO.
Sin duda es éste el que va
En busca de aquella loca.
BELARDO.
Corred, corred noramala;
Mala se os haga, señor,
Porque dormir con amor
No es hidalguía ni es gala;
Buscando os va con mil voces
Una dama á toda priesa.
ENRIQUE.
¿Quién, amigos, la Princesa?
CLARINO.
Mas va que nos mata á coces.
ENRIQUE.
¿Era Princesa?
FAUSTINO.
No sé.
CLARINO.
Dile que sí.
BELARDO.
Sí, señor.
ENRIQUE.
Á peligro va su honor.
¿Iba sola?
BELARDO.
Sola fué.
ENRIQUE.
¿No vino un hombre con ella?
BELARDO.
Que no, señor.
ENRIQUE.
¿Por adónde
Se fué?
BELARDO.
Este monte la esconde.
ENRIQUE.
No la esconderá, que es bella;

(1) Falta un verso á esta redondilla.

Pero ¿voces daba?

BELARDO.

Sí;
Que con (1) voces os llamaba.

ENRIQUE.

¿Sabéis qué nombre nombraba?

BELARDO.

Sí, señor.

ENRIQUE.

¿Á quién?

BELARDO.

Á mí.

ENRIQUE.

¿Cómo así?

CLARINO.

No digas eso.

BELARDO.

No, señor; no me nombró,
Sino que le dije yo
Que no echase por lo espeso.

ENRIQUE.

El nombre que dijo, di.

BELARDO.

¿Qué le diré?

CLARINO.

¿Qué sé yo?

ENRIQUE.

Dilo.

BELARDO.

Aquese os llamó;
Mirá si os llamáis así

ENRIQUE.

Aquésta es gente ignorante;
Seguir quiero mi camino,
Que otra cosa es desatino.

Vase.

CLARINO.

¡Por Dios, como un estudiante!

BELARDO.

Mal mi persona conoces:
¿No nos iríamos?

CLARINO.

Calla.

BELARDO.

Pues si éste va y no la halla,
¿No nos dará muchas coces?

FAUSTINO.

¿Oís que dijo Princesa?

CLARINO.

¿Qué es Princesa?

BELARDO.

Alguna cosa
Debe ser dificultosa;
De que no lo sé me pesa.

Sale Lucinda de peregrina.

LUCINDA.

De los brazos de una encina
Los caballos desaté,
Y este vestido troqué
Á una pobre peregrina,
Con el cual pienso correr
El mundo, hasta hallar mi esposo.

FAUSTINO.

¡Hola! ¡Suceso espantoso!
¿Si es ésta aquella mujer?

CLARINO.

¡Par Dios, que es ella, y vestida
En hábito diferente!

BELARDO.

Oid, Princesa, á quien aumente
El cielo tan justa vida:
Ahora se va de aquí
El hombre por quien lloráis.

LUCINDA.

¿Qué decís?

BELARDO.

Lo que escucháis.

LUCINDA.

Y qué ¿le habéis visto?

BELARDO.

Sí.

LUCINDA.

¿Qué señas tiene?

BELARDO.

Es un hombre
Algo alto, bajo y florido,
Flaco, rubio, consumido,
Moreno y muy gentilhombre,
Y preguntaba por vos,
Llamándoos la Princesa.

LUCINDA.

¿Por dónde va?

BELARDO.

Ya atraviesa
El monte.

LUCINDA.

¿Cierto?

CLARINO.

¡Por Dios!
Mas no le supo decir
Ninguno si os hallaría.

LUCINDA.

El alma, con alegría,
Quiere á los ojos salir.
Pastores de mis entrañas,
Reyes, señores, amigos,
De mis venturas testigos
En estas altas montañas;
Queridos, amados padres,
Hermanos.....

CLARINO.

Si desos modos
Hemos de ser padres todos,
Debe de tener mil madres.

LUCINDA.

¿Qué os daré por esta nueva?

CLARINO.

El irse no más tomamos.

(1) *En*, dice la Parte 2.ª

LUCINDA.
Árboles, hojas y ramos,
Aves cuyo canto eleva,
¿Vivo mi bien? Cerca está,
No hay duda. ¿Visto le habéis?
Enseñadme, si sabéis,
Por dónde en mi busca va.
Claras fuentes, si con sed
En vosotras ha bebido,
Decidme por dónde ha ido,
Hacedme aquesta merced.
Hijos, adiós; reyes míos,
Loca voy; quedad con Dios.

FAUSTINO.
Más claro se ve eso en vos,
Que el agua en aquestos ríos.

CLARINO.
Vámonos antes que atruene.

BELARDO.
Vamos, no vuelva esta dama;
Que quien anda con quien ama,
Pocas buenas noches tiene.

FAUSTINO.
Tu parecer seguir quiero.

BELARDO.
Siempre fué mejor vecino,
Para dormir, el buen vino,
Que el amante, ni el herrero.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Lucinda y un Patrón de la nave.

LUCINDA.
¿Qué tierra es ésta, Patrón?

PATRÓN.
Este puerto es Aguas Muertas.

LUCINDA.
Mis esperanzas inciertas
Dese propio nombre son:
Hoy mi fortuna comienza,
Si no es que á imitarle acierto.
¿Quién es señor deste puerto?

PATRÓN
Carlos, Duque de Proenza.

LUCINDA.
¡Válgame Dios!

PATRÓN.
¿Qué os espanta?

LUCINDA.
La tierra.

PATRÓN.
Es tierra extremada.

LUCINDA.
¿Adónde hallaré posada?
¡Qué dicha, en desdicha tanta,
Y por qué varios caminos!

PATRÓN.
Aquí intentaron labrar
Un hospital, para dar
Posada á los peregrinos;
Que sale del mar aquí
Mucha gente maltratada;
Mas no sé si dan posada,
Aunque yo pienso que sí.

LUCINDA.
Volved, Patrón, á la mar,
Si no es que el viento lo impida,
Y avisadme ¡por mi vida!
Si velas quisieren dar;
Y creed que os agradezco
El haberme acompañado.

PATRÓN.
Lucinda, en este cuidado
Ninguna cosa merezco;
Que amor, por propio interés,
Á servirte me obligó.

LUCINDA.
¿Es éste el huésped?

PATRÓN.
Creo yo
Que desta casa lo es.

Sale Rosardo, huésped.

LUCINDA.
Háblale de parte mía.

PATRÓN.
Dios os guarde.

ROSARDO.
Bien seáis
Venido.

LUCINDA.
Hoy, celos, me dais (Aparte.)
De contento el primer día;
Que esta es tierra de mi bien.

PATRÓN.
Esta hermosa peregrina
Pienso que á España camina;
Viene de Jerusalén.
Dalde con gusto hospedaje;
Por dos cosas lo merece:
Por la hermosura que ofrece,
Señal de noble linaje,
Y porque palabra os doy
Que es una santa.

ROSARDO.
Eso creo;
Que en los indicios que veo,
Della satisfecho estoy.

PATRÓN.
No dudes, que su virtud,
Á los que la han codiciado,
Á gran respeto ha obligado.

ROSARDO.
¡Qué honestidad, qué quietud!

Yo os prometo de servilla.

PATRÓN.

Hablar al huésped podéis,
Y mirad si algo queréis;
Que voy, Lucinda, á la villa.

LUCINDA.

Que antes que entréis en el mar,
Aquí me volváis á ver.

PATRÓN.

Adiós.

Vase.

ROSARDO.

Vos me dais placer,
Y vuestro nombre pesar.

LUCINDA.

¿De qué suerte, huésped mío,
Mi nombre esa pena encierra?

ROSARDO.

Los dueños de aquesta tierra
Del Alpe y Pirineo frío,
Tuvieron de aqueste nombre
Un hijo, aun pensarlo temo,
Fuerte y sabio por extremo,
Y en extremo gentilhombre.
Fué á Nápoles á unas justas;
Dicen que vió á una mujer,
Que siempre vienen á ser
Deste mal causas injustas,
Y nunca más pareció.
Murió de pena su madre,
Y el Duque, su noble padre,
Casi á la muerte llegó,
De la cual no se escapara
Si una hija no tuviera,
En quien, de pena tan fiera,
Su larga edad consolara.
Cúbrese de triste luto
La tierra que le crió,
Porque desde que faltó,
Aun los campos no dan fruto.
Era este mozo alegría
De sus vasallos, ejemplo
De caballeros, un templo
De virtud y cortesía;
Mas por castigo del cielo,
Que llama el alma aflicción,
Pudo amor, como Samsón,
Dar con el templo en el suelo.
¡Maldiga Dios la mujer
Que á tanto mal le obligó,
Pues tal pesar nos dejó!
¡Nunca Dios le dé placer!
¿Lloráis? ¿Qué tenéis? Alzad
Los ojos. ¿No respondéis?
Confirmar ¡por Dios! queréis
Vuestra virtud y bondad.
No me espanto que esta historia
Pena, peregrina, os diese,
Ni que á lágrimas moviese
Vuestra piadosa memoria;
Que todos cuantos la saben,
Con las mismas la celebran;
Que mil corazones quiebran
Los daños que en ella caben.

LUCINDA.

Por cierto, que con razón
Me ha movido á sentimiento,
Aunque por allá este cuento
Tiene contraria opinión.
Y me espanta que culpéis
La mujer que él engañó,
Que dicen que la dejó.

ROSARDO.

¡Qué mal la historia sabéis!
No era hombre de sangre tal,
Que si una vez la sacara,
Por todo el mundo dejara
De serle firme y leal.
Y esto bien se echa de ver,
Pues ninguno de los dos
Ha parecido.

LUCINDA.

¡Por Dios,
Que verdad debe de ser!
Y pues él no está en su tierra,
Cosa que yo imaginé,
Con ella sin duda fué,
Ó el mar á los dos encierra.
Pena su padre me da:
Su hermana, ¿está buena?

ROSARDO.

Es dama
De gran valor, nombre y fama,
Y para casar está.

LUCINDA.

Dios á Lisardo les cobre,
Por la sangre que vertió,
Que á fe que lo ruego yo,
Aunque pecadora pobre.
Dios se le traiga con bien,
Dios se le encamine aquí.

ROSARDO.

Rogádselo vos así.

LUCINDA.

Á mí me importa también,
Porque conocí á la dama
Que de Nápoles sacó.

ROSARDO.

¿Era hermosa?

LUCINDA.

No sé yo
Si lo fué como la fama.
Mas yo sé que por Lisardo
Dejó Lucinda en su tierra
Á Enrique de Ingalaterra,
Muy gentilhombre y gallardo,
Y á Duarte de Borbón,
Infante de Portugal.

ROSARDO.

Yo no le he tratado mal;

Mas ¿por qué fué la ocasión?
Tarquino forzó á Lucrecia,
Y á Florinda el postrer godo,
Y estando libres de todo,
Las culpa el mundo y desprecia,
No porque fueron culpadas
De aquella fuerza y traición,
Pero por ser la ocasión
De España y Roma abrasadas.

LUCINDA.

Huésped, descansar querría
De mis peregrinaciones;
Las mayores estaciones
He visto que ver podía.
Ya no tengo más que ver;
Yo querría procurar
Lugar donde descansar,
Y pienso que éste ha de ser.
Creo que haré un gran servicio
Á Dios, si edifico aquí
Un hospital.....

ROSARDO.

Creedlo así.

LUCINDA.

Para común beneficio.

ROSARDO.

Hay tanta necesidad,
Que muchos que del mar salen
Y deste puerto, se valen
De la general piedad.
El pueblo lo comenzó
Con cristianos pensamientos,
Mas quedóse en los cimientos,
Porque limosna faltó.

LUCINDA.

Yo lo pienso proseguir.

ROSARDO.

Piadoso celo tenéis;
Mas ¿cómo ó dónde podéis
Tanta limosna pedir?

LUCINDA.

Yo pedí á Su Santidad
Limosna, y los Cardenales
Más ricos y principales
Me dieron gran cantidad;
Creo que hacerle podré.

ROSARDO.

El Duque os ayudará,
Que por su hijo no habrá
Oro y plata que no os dé.

LUCINDA.

Venid, que tratarlo quiero.

ROSARDO.

Y más para peregrinos.

LUCINDA.

¡Por qué notables caminos,
Adonde nacistes muero!

Vanse.

Salen el Soldán de Persia, Amurates y Cambises, moros.

SOLDÁN.

¿Que tienes ese esclavo?

AMURATES.

Habrá dos años.

SOLDÁN.

Y ¿que es tan acertado y tan discreto?

AMURATES.

Si de esclavo, señor, no son engaños,
Que es un Joseph de Egipto te prometo.
Con un pobre sustento y viles paños
Le maltrato y castigo, sólo á efeto
De que deje su ley.

SOLDÁN.

Eso condeno,
Que no es razón cuando el esclavo es bueno.

CAMBISES.

Quiere Amurates darle á su Sidora
Y hacerle capitán de sus galeras,
Y no hay remedio que la ley que adora
Quiera dejar de burlas ni de veras.
Tras eso, en las mazmorras donde mora,
Indignas de habitar rústicas fieras,
Se suele estar un mes, digo, un día,
Llorando con mortal melancolía.

SOLDÁN.

Llora su libertad.

AMURATES.

Á voces llama
Á una mujer.

SOLDÁN.

Amor, sin duda, es eso;
Que todos son efectos de quien ama,
Y con razón, ausente, pierde el seso.

AMURATES.

Pienso que es su mujer.

SOLDÁN.

Mujer ó dama,
Tendrán igual de la balanza el peso.
Vé, Amurates, por él.

AMURATES.

Yo voy.

SOLDÁN.

Camina.
¡Oh visión espantosa y peregrina!

CAMBISES.

Mira, señor, que es sueño, es sombra, es [viento,
Y mil fantasmas y colores hace
De la solicitud del pensamiento.
Como al humor y condición aplace
La cólera al colérico, á su dueño
La sangre incita á semejante sueño (1).

SOLDÁN.

Sí; mas dicen que Alá mil veces suele
En sueños revelar grandes secretos,
Y en los que reinan más, á lo que impele
Aquesta traza para mil efetos.

(1) Faltan el quinto y sexto verso de esta octava.

¿No quieres tú que desto me desvele
Y busque amigos sabios y discretos
Que me digan algunas prevenciones?

CAMBISES.

Sueños son, vanidades y ficciones.

Entra Amurates con Lisardo, descalzo.

AMURATES.

Éste es mi esclavo.

LISANDRO.

Invicto Cariadeno,
Á tus pies se presenta un vil esclavo,
De indignidad y de vergüenza lleno.

SOLDÁN.

¡Bravo mancebo!

CAMBISES.

Por extremo bravo.

SOLDÁN.

Agora más tu sinrazón condeno,
Y su persona con su ingenio alabo.
¿Cómo así lo trataste?

AMURATES.

Ya lo sabes.

LISANDRO.

Señor, ni le condenes ni le alabes.
Mi dueño es bueno, y yo quien no merece
Más honra ni favor por ser tan malo.

SOLDÁN.

Dime tu patria y nombre.

LISANDRO.

Aunque parece
Que mi desdicha á tu grandeza igualo,
Pues tú lo mandas, y ocasión se ofrece
De hacer á mi memoria este regalo,
Oye, pues lo es que referir me mande,
Un gran señor, una desdicha grande.
Mi propio nombre es Lucindo,
Soldán famoso de Persia;
La mejor parte de Francia,
Mi patria, y humilde en ella.
Á ver unas fiestas ricas
Vine á Nápoles la bella;
Pero pocas tiene el mundo
Que no paren en tragedia.
Caro precio me costaron,
Pues dí el alma por las fiestas
Á una mujer, que también
Me rindió la suya en ellas.
Estábamos una noche,
De mis amores tercera,
Y la tercera de hablalla,
En el cuadro de una huerta.
Sentí rüido de espadas;
Pensé que sus padres eran;
Saquéla y llevéla á un monte,
Á quien el mar los pies besa.
Túvela, aunque honestamente,
En mis brazos una siesta,
Aunque en aquel sol entonces
Me abrasaban sus estrellas.
Mirando sus pechos blancos,
Cárcel de almas, de amor celdas,
Hallé un tafetán en ellos;
Saquéle por ver lo que era.
Eran dos anillos míos;
Púselos sobre una piedra;
Vino un águila, llevólos
En alto vuelo, aunque cerca,
Que como era colorado
Y estaba, sin duda, hambrienta,
Imaginó que era carne,
Y alzóse en alto á comerla:
Ved por dónde, gran señor,
Las desventuras comienzan.
Levantéme por seguilla,
Que presumí detenella.
Á treinta pasos del mar,
Enfrente de la ribera,
Con el tafetán se puso
El águila en una peña.
Yo, pensando que, por dicha
Quisiera ponerle en ella,
Miré si pasar podría
Mientras durmiese mi prenda.
Hallé una barquilla rota,
De algunas algas cubierta,
Y atado un remo de haya
Á un escálamo de cuerda.
Entré en ella presuroso,
Y deslizando el arena,
La proa á la peña inclino,
Mejor dijera á la pena.
No estaba, como juzgué,
De las orillas tan cerca;
Que, primero que llegase,
Se fué alzando una mareta.
No la pudiendo tomar,
Quíseme volver á tierra,
Pero osaba y no podía;
Que no hay contra el cielo fuerzas.
Es la mar como mujer,
Blanda al que en sus aguas entra,
Mas para querer salir,
Ningún remero aprovecha.
Llevóme con cuatro golpes,
No sé si diga seis leguas,
Porque en mi imaginación
Debieron de ser sesenta.
Alzábanse sierras de agua,
Y no me pesaba el vellas,
Por ver si vería á mi esposa
Desde alguna, en otra sierra.
Pero cuando me abajaban
De su altura á su bajeza,
Imaginaba, afligido,
Pasar el centro á la tierra,
Y que puesto en la otra parte,
Dando á todo el mundo vuelta,
La volviera yo á buscar:
Ved lo que un amante piensa.

Á la discripción (1) del mar
Andaba desta manera,
Con más botes en el agua
Que una pelota en la tierra,
Temiendo que mi barquilla
Sirviese á alguna ballena
Lo que el rojo tafetán
Al águila de la selva;
Cuando serenando el mar
Su espejo, y el sol su esfera,
Me prometieron bonanza,
Hallar para el puerto puerta.
Con la pluma de aquel remo
Comencé en agua á hacer letras;
Pero cuantas yo escribía,
Borraba el mar con su fuerza;
Pero de aqueste trabajo
Me libró fortuna á cuenta
De otras muchas, pues llegando
De Amurates las galeras,
Troqué el peligro en prisión,
Y la mar de Italia en Persia,
Donde ha dos años que vivo:
Señor, mi tragedia es ésta.

SOLDÁN.

Álzate, amigo, del suelo;
Que, contento de escucharte,
Por lo que de ti recelo,
Quiero á mis brazos alzarte.

LISANDRO.

Será levantarme al cielo.
Mas porque te habrá cansado
Esta larga narración,
Dime, señor, tu cuidado.

SOLDÁN.

Imaginaciones son
De un sueño.

LISANDRO.

Eso me han contado:
Pero verdaderamente
Que es prohibido á nuestra ley
Creerlos.

SOLDÁN.

Mientras ausente
Vives de tu patria y rey,
No es mucho que te lo cuente.
Pero el ser expositor (2)
De sueños, ¿es que te ha dado
El cielo aqueste favor,
Ó ciencia que has estudiado?

LISARDO.

Es buen discurso, señor;
Y sólo una vez lo he hecho,
Así, á tiento, que Amurates
Me dijo un sueño, y sospecho
Que de aquestos disparates
Porque ni yo sé lo que es, (Aparte.)
Ni son las declaraciones
Más que para mi interés;
Todos son supersticiones
Los persas.....

SOLDÁN.

Escucha, pues:
Aunque primero quisiera
Que Amurates me dijera
Qué soñó y qué le dijiste.

AMURATES.

Paréceme cosa triste.

SOLDÁN.

Di, á ver.

AMURATES.

Mas buen fin espera.
Soñé que en mi casa estaba
Un ave, que hasta la tuya
De un vuelo solo volaba,
Y que de la lengua suya
Una espada se formaba.
Dióme pena, y pregunté
Deste sueño la razón.

SOLDÁN.

Y ¿qué te dijo?

AMURATES.

Que fué
De mi casa información
De que te serví y amé,
Y que me diste la espada
De la justicia, que ha sido
El gran cargo de tu armada,
Con que á tantos he vencido.

SOLDÁN.

Enigma bien declarada.
Salíos un poco afuera,
Y mi sueño le diré.

AMURATES.

Vamos.

CAMBISES.

La fortuna quiera
Que acierte.

Vase.

LISARDO.

Di, y ¿qué fué
Tú sueño?

SOLDÁN.

Escucha.

LISARDO.

Di.

SOLDÁN.

Espera.

LISARDO.

Ya se han ido.

SOLDÁN.

Yo soñaba
Que asentado en un jardín
Que el sol apenas tocaba,
Porque de rosa y juzmín
Un toldo se lo estorbaba,
Salía un fiero dragón
Del mar, y con furia tanta

(1) *Sic*, por *discreción*.
(2) *Opositor*, en la Parte 2.ª

Me echaba en esta ocasión
Los dientes á la garganta,
Las uñas al corazón,
Que si no diera una voz
Entonces un corderillo,
Que estaba humilde y veloz
Entre la yerba y tomillo,
Muriera en su boca atroz.

LISARDO.

Como ésta es gracia del cielo,
Que él solo la puede dar
Y comunicar al suelo,
Que tengo que imaginar,
Ni que errar puedo recelo.
Digo que si Dios me da
Su gracia primeramente,
Que en grande peligro está
Tu vida, que el cielo aumente.

SOLDÁN.

¿Mi vida?

LISARDO.

Aquí se verá.

SOLDÁN.

¿Qué dices?

LISARDO.

Por ella mira:
Tu casa, el jardín, las flores,
Tu dosel, donde se mira
La empresa de tus mayores,
De quien el sol se retira.
¿Allí sentado no estás?

SOLDÁN.

Sí.

LISARDO.

Pues sabe que el dragón
Del mar es á quien le das
Hoy tus galeras, que son
Quien le desvanecen más.
Porque Amurates querría,
Por quitarte la corona,
Salir del mar, y ese día
Que se atreva á tu persona,
Soy la voz que lo desvía;
Cordero y esclavo triste
Soy, entre la paja y heno.
La interpretación que oiste
De su sueño, Cariadeno,
Fué engaño, y no le entendiste;
Porque decir que volaba
De su misma casa un ave,
Que cuando en la tuya estaba,
La lengua del pico grave
En espada transformaba,
Es que yo de allá volé,
Donde, como te conté
Su intención fiera, dañada,
Volví la lengua en espada,
Con que su cuello corté.

SOLDÁN.

¡Bien dices, por Alá santo!
¡Ah de la guarda!

Sale un capitán y dos soldados.

CAPITÁN.

Señor.....

SOLDÁN.

Amurates.....

LISARDO.

Hoy levanto
Un testimonio á un traidor
Que me ha maltratado tanto.
Hoy los hierros, la cadena,
El no comer, los azotes,
Me ha de pagar.

Entren Amurates y Cambises.

AMURATES.

¿Qué me ordena
Tu Alteza?

SOLDÁN.

No te alborotes.

AMURATES.

Tengo de tu sueño pena.

SOLDÁN.

Los sueños son todos viento.

AMURATES.

Yo lo afirmo y lo veo así.

SOLDÁN.

Éntrate en ese aposento,
Espérame un poco allí.

AMURATES.

Yo voy.

LISARDO.

¡Bueno va mi intento! (Aparte.)
¿Vos hacerme renegar?
¿Vos no dejarme un cabello?

SOLDÁN.

Capitán, sin replicar,
Corta á Amurates el cuello.

CAPITÁN.

¿Qué es esto?

LISARDO.

Hermano, callar.

CAPITÁN.

Haré tu gusto.

Vase.

CAMBISES.

De mí,
¿Hasle dicho algo?

LISARDO.

He hablado
Como de un ángel de ti.

SOLDÁN.

¿Es en aquesto culpado?

LISARDO.

Mi señor, sí (1).

(1) Verso incompleto.

SOLDÁN.
¿Culpado?

CAMBISES.
¿Qué es lo que dices?
Yo, jamás, al Gran Señor.....

LISARDO.
Quedo, no te escandalices,
Que culpa ha sido, en rigor.

CAMBISES.
¿Culpa? Harto bien te desdices.

LISARDO.
Culpa el no haberme traído
Antes de agora al Soldán.

CAMBISES.
¿Cómo, si no lo he sabido?

SOLDÁN.
Llamen luego al capitán.

LISARDO.
Su vida, señor, te pido.

SOLDÁN.
Yo te la doy: no habrá cosa,
Por grave y dificultosa,
Que no la hiciese por ti.
Traelde una ropa aquí
Y una cadena preciosa.
Manda en el reino á mi lado
Como si fueras mi igual;
De hoy más, estará él sentado.

Entra el capitán.

CAPITÁN.
Ya Amurates desleal
Queda sin vida en tu estrado.

SOLDÁN.
No hay bien que al presente iguale.
¡Hola! Decid que el Rey sale,
Y que el Soldán con él viene.

LISARDO.
¡Gran fuerza el ingenio tiene
Donde la fuerza no vale!

Vanse.

Salen Enrique de Inglaterra y un Roberto, piloto, perdidos.

ROBERTO.
¡Bueno te ha puesto la mar!

ENRIQUE.
No soy el primer perdido
De los que suele anegar,
Puesto que el primero he sido
Que no quiere escarmentar.

ROBERTO.
Y ¿cuándo piensas cansarte
De buscar aqueste amigo?

ENRIQUE.
Cuando del cuerpo se aparte
El alma, aunque el viento sigo
Por una y por otra parte.
¿Qué tierra es ésta?

ROBERTO.
Proenza.

ENRIQUE.
Hoy mi camino comienza
Para España.

ROBERTO.
¿Cómo irás?

ENRIQUE.
Pidiendo limosna.

ROBERTO.
Harás
Una hazaña con vergüenza.
Y hoy, ¿qué habemos de comer
Si habemos de caminar?
Que aun espadas que empeñar,
Ó capas para vender,
No nos ha dejado el mar.

ENRIQUE.
Como del toro se escapa
Quien de la mar sale bien,
Pues que le deja la capa.

ROBERTO.
¡Dichosos los que la ven
Á la orilla ó en el mapa!
¿No te ha quedado en el dedo
Algún anillo?

ENRIQUE.
Esta prenda,
Que ni dar ni vender puedo.

ROBERTO.
Enrique, con hambre ó miedo
No hay prenda que no se venda.
Empeñémosle por pan;
Que aquí después nos darán
Limosna para quitalle.

ENRIQUE.
¿Y si le hurtan?

ROBERTO.
No harán,
Porque se puede poner
En manos de honrada gente.

ENRIQUE.
Eso ¿sabráslo tú hacer?

ROBERTO.
La bestia más negligente
Sabe buscar de comer.
Yo le empeñaré entretanto
Que alguien nos socorre.

ENRIQUE.
¡Ah, cielo,
Que he llegado á extremo tanto!

ROBERTO.
Donde nos falta el consuelo,
De la dilación me espanto.
Muéstrale, acaba.

ENRIQUE.
Roberto,
Sólo el verme medio muerto
Me ha obligado á lo que ves.

ROBERTO.
Quitarle puedes después.

ENRIQUE.
Advierte bien que éste es puerto,

No le des á forastero.

ROBERTO.

Vete; á la orilla del mar
Me espera.

ENRIQUE.

Sentado espero
En esta peña, á mirar
Su rostro mudable y fiero.

Vase.

ROBERTO.

Aunque el mar le tiene ruin,
La necesidad, en fin,
Le tiene mucho peor;
Mas saldré de su rigor,
Anillo, en vuestro delfín.
¿Quién me mete á mí en andar
Con un pobre y loco amante,
Sin vivir, sin descansar,
Que pretende ser constante
En la inconstancia del mar?
Tras esto, no sé quién es,
Mas de que me recibió
Para matarme después
Con más desdichas que vió
Aníbal cartaginés.
Vender el anillo quiero
Y mudar de tan mudable
Dueño, de quien sólo espero
Sepultura miserable
Del mar, si en sus ondas muero.
Gran tropel de gente viene:
Si aquí algún hidalgo veo,
Vendérsele me conviene;
Cumplió el cielo mi deseo;
Presencia de señor tiene.

Salen el Duque de Proenza y Amatilde, su hija;
Leonato, criado, y acompañamiento.

DUQUE.

Escribe muy contento el de Ferrara
De que tu matrimonio se concierte;
Yo, después que faltó mi amado hijo,
Quisiérate emplear más altamente;
Que entre la pretensión de tantos príncipes,
Hay un rey de Bohemia que en tu frente
Puede poner, no sólo de su reino,
Mas del romano Imperio la corona.

AMATILDE.

Á tu gusto, señor, estoy sujeta;
Mas mira que no des en estar triste
Por la ausencia, aunque larga, de mi hermano,
Que á mi señora le costó la vida;
Que Dios será servido que le veas.

DUQUE.

Él sabe bien, Matilde, mis deseos,
Mis diligencias y las de mi Estado,
Oraciones, ayunos y limosnas;
Mas ya, si es muerto, ¿qué remedio tiene?

ROBERTO.

¡Ah, caballero!

DUQUE.

¿Qué mandáis?

ROBERTO.

No pienso
Que es yerro preguntar el que no sabe;
Que forastero soy, mi traje os muestra,
Y que salgo también del mar perdido.
¿Quién es aqueste noble caballero?

LEONATO.

El duque Carlos, desta tierra dueño,
Y Amatilde, su hija, aquella dama.

ROBERTO.

Paréceme que tratan casamiento.

LEONATO.

Está medio casada con el hijo
Del Duque de Ferrara, aunque por falta
De un hijo, que ha dos años que ha perdido,
La querría emplear más altamente.

ROBERTO.

¿Querrá comprarme un razonable anillo?

LEONATO.

¿Con qué piedra?

ROBERTO.

Diamante.

LEONATO.

Á hablarle llego.
Aquí está un hombre que en su talle muestra
Que el mar le ha echado en esta playa solo,
Y sólo trae de las fortunas varias
Un anillo que quiere que le compres.

DUQUE.

Dile que llegue.

ROBERTO.

Déme tu Excelencia
Los pies.

DUQUE.

Alzaos.

ROBERTO.

La furiosa mano
Del fiero mar, con una cruel fortuna,
Como al fin salteador de mercaderes,
Mi hacienda me robó, dejó la vida,
Á la cual, como á tabla, viene asido
Mi socorro en este anillo.

DUQUE.

Muestra.

ROBERTO.

Yo creo que el diamante es el más fino,
De más quilates que, señor, has visto.

DUQUE.

¡Ah, cielo!

AMATILDE.

Señor mío, ¿qué tienes?

DUQUE.

¡Ay, Matilde!
¡Mi hijo es muerto!

AMATILDE.

¿Cómo?

DUQUE.

Aqueste anillo
Le dió, con otros dos, tu madre al tiempo

Que destos ojos se partió llorando.
Asid este hombre.

ROBERTO.

¡Gran señor!

DUQUE.

¡Infame!
¿Dónde le diste muerte?

ROBERTO.

¿Cómo muerte?
Ni conocí tu hijo, ni en mi vida
He muerto un ave, cuanto más un hombre.

LEONATO.

Confiesa luego quién te dió este anillo.

ROBERTO.

Señor, yo sirvo á un hombre que mil veces
Que es caballero dice, y otras tantas
Vuelve á darme á entender que es hombre po- [bre.
Embarquéme con él en la Rochela,
Y echónos con tormenta en esta playa
El fiero mar; él queda entre esas peñas,
Y yo vine á vender aqueste anillo
Para comer.

DUQUE.

¡Mi hijo es, cielos!
Que porque le conozca te ha enviado
Con estas señas. ¡Ah, ventura inmensa!
Vayan luego por él; soltad este hombre,
Cubrilde, regalalde, traigan luego
Algo que coma; vístete esta ropa,
Toma este abrazo, toma esta cadena.

LEONATO.

Corriendo voy por él.

Vase.

DUQUE.

¿Viene bueno?

ROBERTO.

Bueno á Dios gracias.

DUQUE.

¿No te ha dicho
Jamás su nombre?

ROBERTO.

No, señor; mas cuenta
Que en Nápoles estuvo en unas fiestas,
Y que una dama suya fué robada,
Y que quien la robó fué tan su amigo,
Que peregrina el mundo por hallarle.

DUQUE.

Todas las señas son que hemos tenido.
¡Ay, hijo de mi alma!

AMATILDE.

¡Ay, mi Lisardo,
Si viviera mi madre para verte!

DUQUE.

Haced fiestas, vasallos, poned luces,
Húndase aqueste pueblo, estos Estados.
¡Mi hijo pareció, mi hijo es vivo!

Entren Leonato y Enrique con gente.

LEONATO.

Señor, este hombre hallé sobre unas peñas
Casi difunto.

DUQUE.

Vuelve, amigo, el rostro.
¡Aquéste no es mi hijo!

ROBERTO.

Pues aquéste
Me dió el anillo, y es el que yo digo.

LEONATO.

¡Quita la ropa, infame! Asilde luego.

ROBERTO.

¡Ved los bienes del mundo lo que duran!

DUQUE.

Mi dolor crecerá, mi mal se aumenta
Con la esperanza de mi bien perdido.
Dime, traidor, ¿quién eres? ¿Cómo has muerto
La luz de aquestos ojos? ¿Quién te ha dado
Este anillo?

ENRIQUE.

Señor, si por ventura
Eres padre del dueño deste anillo,
De su mano le tengo, y no por hurto;
Él me le dió por amistad, al tiempo
Que robando de Nápoles la Infanta,
Se fué donde jamás ha parecido.
Cuéstame lo que ves, pensar que puedo
Hallarle por el mundo peregrino,
Sin saber de mi padre ni mi patria.

DUQUE.

¿Quién son tus padres?

ENRIQUE.

Hasta hallar este hombre
Hice de no decirlo juramento.

DUQUE.

¡Este hombre ha muerto á mi querido hijo!

AMATILDE.

No lo muestra su talle ni su cara.

DUQUE.

Pónganle en esa torre de palacio.

AMATILDE.

Mira que tiene indicios de hombre noble.

DUQUE.

Echalde una cadena, y poned guardas.

AMATILDE.

¿Con poca información tantos castigos?

[illegible]

Si me quieres matar con menos fuerza,
Mira que muero de hambre y de desdicha.

LEONATO.

¡Camina, mal nacido!

ROBERTO.

Y yo, si mandas,
¿Podréme ir?

[illegible]

Á estotro vil llevalde
Á la pública cárcel, donde luego
Le poned á tormento.

ROBERTO.

¡Ah, vil codicia,
Qué presto que me diste el justo pago!

[illegible]

AMATILDE.
Mal has hecho en prender aquel mancebo
DUQUE.
No hice cosa más discreta.
AMATILDE.
¿Cómo?
DUQUE.
Aquéste le dió muerte por roballe.
¿No ves que apenas quiere dar disculpa?
AMATILDE.
Estábase muriendo entre esas peñas
¿Y quieres que responda?
DUQUE.
No te metas,
Matilde, con tus años en las cosas
Que entiendo yo con los maduros míos.

Salga Leonato.

LEONATO.
Ya queda aprisionado, y con seis guardas,
Aquel mancebo, y cierto que parece
Noble en el rostro y sus palabras.
DUQUE.
Basta;
El tormento dirá si es vil ó noble.
AMATILDE.
Á compasión me mueve.
DUQUE.
A mí á justicia.
LEONATO.
Por no decir agora que es codicia.
DUQUE.
¿Adónde va aquesta gente?
LEONATO.
Va, señor, al hospital.
DUQUE.
¿Qué hospital?
LEONATO.
Sobre esa puente
Que va á tu palacio Real,
Hay una casa excelente.
¿Nunca le has visto?
DUQUE.
Después
Que al puerto vine, lo oí,
Pero no sé bien lo que es.
LEONATO.
Pues hay una santa aquí
Habrá dos meses ó tres.
DUQUE.
¿Quién es?
LEONATO.
Una peregrina
Que este hospital acabó.
DUQUE.
¿Es forastera ó vecina?
LEONATO.
Aquí de Italia llegó,
Y aunque ha parado, camina.
DUQUE.
Pues ¿dónde camina?
LEONATO.
Al cielo,
Que con el piadoso celo
Con que á los pobres se inclina,
Es del cielo peregrina,
Y es peregrina en el suelo.
Tiene aquí grande opinión.
AMATILDE.
Vámosla, señor, á ver.
DUQUE.
Tienes, Matilde, razón.
LEONATO.
Dicen que Dios suele hacer
Milagros, por su oración.
DUQUE.
Vámosle á rogar que en ella
Pida la vida, Matilde,
De mi bien.
AMATILDE.
Vamos á vella.
LEONATO.
Veréis, en vestido humilde,
Un alma angélica y bella.

Vanse.

Salen el Soldán y Celima, su hija, y Cambises.

SOLDÁN.
Quitarme quieres la vida
Con esta injusta tristeza.
CELIMA.
Pareceráte aspereza
Que viva tan desabrida.
SOLDÁN.
Eres el sol de mis ojos;
Sola una hija tengo,
Para quien de Arabia vengo
Lleno de ricos despojos.
Habla, y dime la ocasión
De tanta melancolía,
Pues que ya la ausencia mía
No puede darte pasión.
CELIMA.
Verdad es, que de tu ausencia
Mi tristeza ha procedido.
SOLDÁN.
¿Y agora?
CELIMA.
Costumbre ha sido.
SOLDÁN.
Pues ¿no ha de haber diferencia?
CELIMA.
Justo fuera que la hubiera.
SOLDÁN.
Pues no quieres confesar,
Váyanme luego á llamar
Á Lucindo.
CELIMA.
Aguarda, espera.

SOLDÁN.
Pues ¿de qué tienes temor?
CELIMA.
Sé que no es razón que diga
Algo incierto, que desdiga
De mi estado y de mi honor.
SOLDÁN.
No importa; Lucindo es santo,
No puede á nadie ofender.
CELIMA.
Bien lo pudiera saber
Cuando no lo fuera tanto.

Sale Lisardo.

CAMBISES.
Aquí está Lucindo.
LISARDO.
El cielo
Aumente esas nobles vidas.
SOLDÁN.
Como tú al cielo lo pidas,
Oirá la voz de tu celo.
Después que vine de Arabia,
Hallé á Celima ofendida
De un mal que ofende mi vida,
Y mi amor paterno agravia.
¿De qué puede proceder?
LISARDO.
Si me das, señor, licencia,
Y el cielo su infusa ciencia,
Presto lo podrás saber.
SOLDÁN.
Licencia tienes.
LISARDO.
Celima
Tiene enfermedad de amores,
Que entre las que son mayores,
Por la más fiera se estima.
No hay mayor enfermedad,
¡Triste de mí! si lo fué,
Y más, si ausente se ve,
Y ausente sin libertad.
SOLDÁN.
¿Amores?
LISARDO.
Sí, Gran Señor,
SOLDÁN.
¿Es esto así?
CELIMA.
No lo niego,
Porque si el amor es fuego,
Mal puede encubrirse amor.
LISARDO.
Dice Celima muy bien:
Llamarle fuego conviene,
Porque abrasa al que le tiene,
Y alumbra á los que le ven.
SOLDÁN.
Dime de quién.
LISARDO.
Eso no.
SOLDÁN.
Dímelo en secreto á mí.
LISARDO.
Á mí me le tiene.
SOLDÁN.
¿Á tí?
Celima, ¿acertó?
CELIMA.
Acertó.
SOLDÁN.
Pues ¿qué remedio tendrá
El mal de Celima bella
Sino es casarte con ella?
LISARDO.
Triste y vergonzosa está.
CAMBISES.
¿Quién duda que lo desea?
SOLDÁN.
Deja tu ley, y tendrás
Mi imperio, y, si puedo, más
Pide aunque imposible sea.
Y aunque no dejes tu ley,
Si es de ti tanto estimada,
Te daré mi hija amada
Y te haré de Arabia rey.
LISANDRO.
Mil veces la tierra beso
Adonde pones las plantas,
Pues hoy, tras mercedes tantas,
Haces tan notable exceso;
Mas, deseando tu vida,
Te aconsejo lo contrario.
SOLDÁN.
¿Á mi vida es necesario
Que el casamiento se impida?
LISANDRO.
Sí, señor.
SOLDÁN.
¿De qué manera?
LISANDRO.
Porque después no te diese,
El hijo que procediese
De los dos, la muerte fiera.
SOLDÁN.
¿Tu hijo me ha de matar?
LISANDRO.
Sin duda te mataría.
CELIMA.
Señor, tu vida es la mía;
¿Por qué me mandas casar?
SOLDÁN.
Divina ciencia le ha dado
El gran Alá, mi Celima.
El aviso cuerdo estima
De mi vida en su cuidado,
Y deja estar la tristeza;
Que yo te daré marido,
El mayor que haya ceñido
De oro y laurel la cabeza.
Ven, Cambises, porque quiero
Hacer al profeta gracias,

Que de tan claras desgracias
Libra mi vida.

Vanse.

CELIMA.

¡Embustero
Cristiano, falso, atrevido,
Engañador, engañoso,
Enredador, alevoso,
Hechicero, mal nacido!
Locura desvanecida
De toda Persia, que adora
Un esclavo, á quien agora
Debiera quitar la vida:
Mágico de disparates,
Monstruo de varias quimeras,
Que con tus burlas y veras
Quiere el amor que me mates.
Por no te casar conmigo
Dices al Soldán, mi padre,
Que seré de un hijo madre
Para su muerte y castigo.
Y es que tienes intención
De buscar á tu cristiana,
Aquella, cual tú, villana,
Y de baja condición.
Bien sé que adoras su ausencia
Y que aprestas tu partida;
Yo te haré quitar la vida,
Á pesar de tu vil ciencia.
Yo haré que esa adoración
Donde te ha puesto el Soldán,
Y ese nombre que te dan
Los que ignoran tu traición,
Sean tu muerte y afrenta.

LISANDRO.

Detén tus pasos, señora;
Que este esclavo, que te adora,
Sabe Alá que verdad cuenta.
Pero si llega tu amor
Á no estimar á tu padre,
Y quieres ser fiera madre
De un patricida traidor,
Reinemos, nazca, y no viva
El Soldán. Dame esa mano.

CELIMA.

¡Oh, mal moro, peor cristiano,
Que ni esto ni aquello priva!
¿Haces por sólo temor
Lo que por amor no has hecho?
Pues yo no quiero en tu pecho
Temor, sino sólo amor.
Amor, por amor se ofrece,
Por un alma ofrece mil;
No es amor vasallo vil,
Que por temor obedece.

Vase Celima.

LISANDRO.

Aguarda, escucha, no hay orden.....
Fuése. Bien; hay que pensar,
Amor, en qué ha de parar
Mi paciencia y tu desorden.
¿No basta mi cautiverio,
Tan á pique de morir?
¿No me basta resistir
Una mujer y un imperio?
¿No se contentan tus aras
Con las lágrimas vertidas?
Si tuviera dos mil vidas,
Otras tantas me quitaras.
Aquí vivo sin saber
De aquel ángel verdadero.
Seguiré á aquel áspid fiero,
Que va airada y es mujer.

Vase.

Sale Enrique, con cadena.

ENRIQUE.

Si fuera cierto aquel error pasado,
Que nuestras almas de otros cuerpos eran,
Creyera que amistad tenido hubieran
Las nuestras antes que te hubiera hablado,
Pues sólo de una vez, Lisardo amado,
Que mis ojos te vieron, no te vieran
Lo que mil Alejandros no pudieran:
La vida, el alma y el honor te he dado.
En vano al viento doy vanas querellas,
Pues de todo remedio desconfío
Mientras vivas y estés tan lejos dellas.
No pueden prevenir el daño mío,
Que donde tienen fuerza las estrellas,
Pocas veces resiste el albedrío.

Entran Leonato y Amatilde.

AMATILDE.

Llega tú, sin que me vea,
Y dale esa nueva triste.

LEONATO.

¿Á qué, señora, viniste?
¡Plegue á Dios que por bien sea!

AMATILDE.

¿Presumirás que le quiero?

LEONATO.

Á todos das ocasión.

AMATILDE.

Es amor y compasión
De un hombre pobre extranjero.

LEONATO.

Yo le voy á hablar.

AMATILDE.

Aquí
Me escondo y te espero.

LEONATO.

El cielo,
Caballero, os dé consuelo.

ENRIQUE.

¿Es menester?

LEONATO.
Sí, señor.
ENRIQUE.
¿Cómo?
LEONATO.
Quiéreos dar tormento
El jüez.
ENRIQUE.
¿Estaba airado?
LEONATO.
El Duque se lo ha mandado.
ENRIQUE.
No el dolor, la afrenta siento.
LEONATO.
Eso y más excusaréis
Con decir quién sois.
ENRIQUE.
No quiero;
Que basta ser caballero
Para que bien me tratéis.
LEONATO.
No os enojéis conmigo.
ENRIQUE.
Y mejor que el Duque soy.
AMATILDE.
Yo lo creo, y tal estoy,
Que me atormentan contigo.
LEONATO.
Yo cumplo con esto. Adiós.
ENRIQUE.
Él os guarde.
LEONATO.
¿Haslo entendido?
AMATILDE.
Sin duda que es bien nacido.
Déjanos aquí á los dos.
LEONATO.
Mira lo que haces.
AMATILDE.
Calla;
Que yo no le quiero hablar.
LEONATO.
Pues ¿qué?
AMATILDE.
No más de escuchar.
LEONATO.
Loco amor, quiero dejalla.

Vase Leonato.

ENRIQUE.
¡Mísero, Enrique, de ti,
Á qué desdicha has llegado
Por un amigo, aunque honrado,
Que apenas su rostro vi!
Juré no decir mi nombre
Ni mi tierra hasta topalle;
No quiere Dios que le halle,
Y quiere cansarse un hombre.
Holguéme de habelle dado
Mi dama por amistad;
Quise mostrar mi lealtad,
Y la vida me ha costado.
Y es lo bueno que me mata
Su padre, que es quien debiera
Socorrerme. ¡Si supiera
Á quién es, por quién maltrata!
Príncipe de Ingalaterra
Soy, cruel Duque; Enrique soy,
Que por tu Lisardo estoy
Sin mis padres y mi tierra;
Y aun el nombre no sabía,
Que aquí, por mi mal, le oí.
¡Ay, cielo! ¿Quién está aquí?
AMATILDE.
Yo soy.
ENRIQUE.
¿Vos, señora mía?
Pues ¿cómo, y en mi prisión?
AMATILDE.
Porque también estoy presa.
ENRIQUE.
¿Por quién?
AMATILDE.
Por vos.
ENRIQUE.
Ya confiesa
El alma esta obligación.
¿Qué diferencia notoria
Es la que en miraros siento?
Prometiéronme tormento,
Y venís á darme gloria.
Si aquí, para dar enojos,
Atormentan desta suerte,
¿Qué vida como esta muerte?
¿Qué cárcel como esos ojos?
AMATILDE.
Enrique de Ingalaterra,
Yo sé quién sois de vos mismo;
Amor es un ciego abismo
Donde el bien y el mal se encierra.
El tiempo es corto, y si habláis,
Puede dañar en extremo;
Que os detengáis aquí temo,
Y también temo que os vais.
Lo que he sentido de vos
Ya lo veréis en lo que hago;
Dadme igual amor en pago,
Y paguémonos los dos.
¿Queréis que á mi padre diga
Quién sois?
ENRIQUE.
No, que he de callar
Por juramento, hasta hablar
Quien á tanto mal me obliga.
Pero en prendas de que emprendo
La merced desta amistad,
Si me dais la libertad
Con que buscalle pretendo,
Ninguna de cuantas hizo
Dios, sino vos, ha de ser
Mi dueño, esposa y mujer.

AMATILDE.
¡Oh amor, temerario hechizo!
¿En las cárceles conciertas
Casamientos?

ENRIQUE.
Mi señora,
Yo estoy en peligro agora;
Á la torre abrid las puertas.
Esperadme sólo un mes;
Que este mes solo pasado,
Digo que toméis estado
Con el bohemio ó francés.

AMATILDE.
Yo haré fuerza al padre mío.
Bajad conmigo.

ENRIQUE.
Sí haré;
Que bajando, subiré
Al bien que de vos confío.

AMATILDE.
No me puedo detener.

ENRIQUE.
En todo tiempo enemigo,
Siempre fué mejor amigo
La piedad de la mujer.

JORNADA TERCERA.

Salen Lucinda y el hermano Crispín, de graciosidad.

LUCINDA.
¿Dió traza, hermano Crispín,
En la comida?

CRISPÍN.
Ya está.

LUCINDA.
¿Cómo de la iglesia va?

CRISPÍN.
Presto le daremos fin.

LUCINDA.
¿Qué dice de aquel enfermo
Nuestro doctor?

CRISPÍN.
¿Qué sé yo?
Llévesele Dios ó no,
Tres noches há que no duermo.

LUCINDA.
Pues ¿qué importa tres ni siete
Para quien sirve por Cristo?
¿Dióle el pisto?

CRISPÍN.
Díle el pisto,
Y quisiera un pistolete.

LUCINDA.
Tenga paciencia.

CRISPÍN.
No puedo
En viendo enfermos así.

LUCINDA.
¿Esto me responde á mí?
¡Jesús, Crispín: diga un credo!

CRISPÍN.
Ya al enfermo se lo digo,
Y no se quire morir.

LUCINDA.
¿Quién ha salido á pedir?

CRISPÍN.
Roberto, Estacio y Rodrigo.

LUCINDA.
Vaya y mire si es ya hora
De hacer las camas.

CRISPÍN.
Irán,
Ó primero comerán.

LUCINDA.
Vaya, pues.

CRISPÍN.
Ya van, señora.

Vase el hermano Crispín.

LUCINDA.
Triste Reina de Nápoles, ¿qué estrella
Á tanta desventura te ha traído?
¿Qué bien esperas deste bien perdido,
Ni qué esperanza de vivir sin ella?
Mas ¿qué no puede amor, qué no atropella
Este fiero tirano del sentido,
Que entrando en la razón desconocido,
Después no da lugar á conocella?
No sé qué espero, y tengo confianza;
Soy piedra en el sufrir, y en aire estribo;
Mi fe es sospecha, y lo imposible alcanza.
Y en tantos males sólo un bien recibo,
Que yo pienso que estoy sin esperanza,
Y debo de tenerla, pues que vivo.

Sale el hermano Crispín.

CRISPÍN.
La hermana Duquesa moza
Que en la iglesia misa oyó,
Acá, para verla, entró.

LUCINDA.
Mucho su vista me goza;
Que es el retrato, en efeto,
De aquel dueño que perdí.

CRISPÍN.
¿Entrará?

LUCINDA.
Decid que sí.
¿No sois, Crispín, más discreto?

Sale Amatilde.

AMATILDE.
De paso, porque ya es hora

De comer, te vengo á ver,
Que aguarda el Duque á comer.

LUCINDA.

¿Tanta merced, mi señora?

AMATILDE.

Lisarda, aunque el gran rigor
De tu vida y santidad
No permite libertad,
Y más en cosas de amor,
Para que á Dios encomiendes
Mis desdichas, me es forzoso
Decirte un cuento amoroso,
Si no es que de amor te ofendes.

LUCINDA.

No ofendo, señora mía,
Ni soy la que vos pensáis:
Amé algún tiempo, si amáis;
Si lloráis, lloré algún día.
Otra vez os referí
Que un hombre me desterró
De mis padres, y causó
Que agora viviese así.
Que después de mil caminos,
Con que mi amor le buscaba,
Porque peregrino andaba,
Vine á curar peregrinos.
No receléis de decir
Vuestro mal á quien os ama.

AMATILDE.

Amor, que es veneno y llama
Que no se puede encubrir,
Tiene general disculpa.

LUCINDA.

Nació de mi entendimiento,
Y así, aunque dé mas tormento,
Jamás amor tuvo culpa.

AMATILDE.

Trujeron dos hombres presos
Por la muerte de Lisardo.

LUCINDA.

No digas muerte; que aguardo
Mejor fin de los sucesos.

AMATILDE.

Y agradóme el uno tanto,
Que quise saber quién era,
Y entrando en su cárcel fiera,
Escuché un rato su llanto.

LUCINDA.

Y ¿qué entendiste?

AMATILDE.

Que andaba
Por el mundo sin consuelo
Buscando á Lucinda.

LUCINDA.

¡Ay, cielo!
¿Dijo cómo se llamaba?

MATILDE.

Enrique de Ingalaterra.

LUCINDA.

Noticia tengo dese hombre.

MATILDE.

Movióme el talle y el nombre.

LUCINDA.

Ya le he visto yo en mi tierra.

Sale Crispín, con una jeringa en la mano.

CRISPÍN.

¡Pardiez, que este enfermo nuestro
Sospecho que desatina!

LUCINDA.

¿Qué es eso?

CRISPÍN.

Una melecina
En que yo no estoy muy diestro:
Y es el hombre tan esquivo,
Que en no recibirla ha dado,
Que dice que le ha quemado
El órgano salutivo.

LUCINDA.

¡Jesús! ¿Aquí ha de venir
Con eso? ¿Hay tan grande error?

CRISPÍN.

Pues si es la Hermana mayor,
¿Á quién tengo de acudir?

LUCINDA.

Váyase.

CRISPÍN.

¡Qué bien me esfuerza
Á regalalle y querelle!
Venga, ayúdeme á tenelle,
Y echarésela por fuerza.

MATILDE.

Déjale, ¡por vida mía!
Y escucha.

LUCINDA.

Dime tu amor.

MATILDE.

Vi de mi padre el rigor
Con que en esto procedía,
Y dí á Enrique libertad,
Que casarse prometió
Conmigo.

LUCINDA.

Y ¿no lo cumplió?

MATILDE.

Hay una dificultad,
Porque ha hecho juramento
De hablar primero á mi hermano,
Y fuéle á buscar en vano.

LUCINDA.

¿Qué dices?

MATILDE.

Así lo siento.

LUCINDA.

Dios le traerá, no lo dudes.

MATILDE.

A que se lo ruegues vengo,
Por la noticia que tengo
De tus prendas y virtudes.

CRISPÍN.
Señora.....
LUCINDA.
¿Qué quiere, hermano?
CRISPÍN.
Paréceme que está fría.
LUCINDA.
Pues ¿aquí está todavía?
CRISPÍN.
Á ver, póngale la mano.
LUCINDA.
Hermano, ¿ha perdido el seso?

Entra Leonato.

LEONATO.
El Duque te viene á ver.
CRISPÍN.
¿Dónde la podré esconder?
LUCINDA.
Escóndala y tenga seso.

Esconde la jeringa Crispín, y sale el Duque.

DUQUE.
Como supe que aquí estaba
Matilde, á verte he venido.
LUCINDA.
Merced de tu mano ha sido.
¿No la esconde?
CRISPÍN.
En eso andaba.
DUQUE.
Muy aficionado estoy
Á tu casa y hospital.
LUCINDA.
Á tu piedad natural,
Muy agradecida estoy
Á las limosnas que has hecho.
DUQUE.
Todo, amiga, lo encamino
Á que el hijo peregrino
Le vuelva Dios á mi pecho.
LUCINDA.
Yo lo deseo después
Que en aquesta casa estoy,
Por el bien que viendo voy.
CRISPÍN.
Hermano Duque.....
DUQUE.
¿Quién es?
CRISPÍN.
¿Hay allá otra melecina
Que sea mejor que aquésta?
DUQUE.
Hacelda comprar.
CRISPÍN.
¿Qué cuesta?
LUCINDA.
Diga, hermano, ¿desatina?
Éntrese en buen hora allá.
CRISPÍN.
¿No la ve toda deshecha,
Que no sirve ni aprovecha,
Y se sale por acá?
LUCINDA.
Éntrese, acabe.
CRISPÍN.
Sí harán.
DUQUE.
Vayan por cualquiera cosa
Á Palacio.
LUCINDA.
Si es forzosa,
Á tu mano acudirán.

Entra Cristeo, criado.

CRISTEO.
Por Palacio, en este punto,
Meten diez hombres en peso
Un pez de notable exceso,
Á quien sigue el pueblo junto.
Dicen que en aqueste mar
No han visto mayor pescado.
DUQUE.
Gusto la nueva me ha dado,
Si alguna me puede dar
Que de Lisardo no sea.
Matilde, vámosle á ver.
MATILDE.
Lo que te dije has de hacer.
LUCINDA.
¡Cumpla Dios lo que desea!
¡Bien puedo decir los dos!
DUQUE.
Lisarda, adiós.
LUCINDA.
Dios te guarde,
Y permita que no tarde
Tu hijo.
DUQUE.
Ruégalo á Dios.

Vanse el Duque, Matilde y Cristeo, y quédanse los demás.

LUCINDA.
¿No os vais con el Duque?
LEONATO.
Tengo,
Lisarda, un poco que hablaros.
LUCINDA.
¿En qué os sirvo?
LEONATO.
En acordaros
De que aquí por veros vengo.
LUCINDA.
Ya os he dicho muchas veces
Que no me tratéis así.
LEONATO.
Solos estamos.
LUCINDA.
Aquí

Son las paredes jüeces,
Y dondequiera está Dios.

LEONATO.

Ya cansa la hipocresía
En una mujer baldía,
Y tan moza como vos:
Yo sé que antes de venir
Al hospital, donde estáis
Y donde al Duque engañáis
Con rezar y con fingir,
Fuisteis una pecadora
Y una perdida mujer.
Pues ¿de qué sirve querer
Que os tengan por santa agora?
Mirad que soy el que puedo
En casa del Duque, y hombre
Secreto y de hidalgo nombre,
Que podéis gozar sin miedo;
Demás, que si pretendéis
Dejar esta pobre vida,
Seréis de mí bien servida,
Como en mis obras veréis.

LUCINDA.

Si en esa ciega locura
Dais con tanta libertad,
Y contra mi honestidad
Habláis con desenvoltura,
Al Duque vuestro señor
Se lo diré, de tal suerte,
Que os cause deshonra y muerte,
Y os privará de su amor.
Miente cualquiera villano
Que os dijo que yo he vivido
Menos que honesta, ni he sido
Despreciada de hombre humano.
Sirvo en aqueste hospital
Porque he perdido mi esposo,
Hombre noble y poderoso,
Á vuestro señor igual;
Y por si entre peregrinos
Tal vez le conozco y veo,
En su servicio me empleo.

LEONATO.

No respondáis desatinos;
Que una moza con salud,
Hermosa, libre y sin dueño,
No pasa sin lado el sueño,
Por más que finja virtud;
Tras eso, ya que es tu oficio
Curar los pobres aquí,
Cúrame, Lisarda, á mí,
Y harásme un gran beneficio.

LUCINDA.

Ya te digo, y persüado,
Que te vayas norabuena.

LEONATO.

Qué, ¿no te duele mi pena?

LUCINDA.

De ver tu pena me enfado.

LEONATO.

¿Piensas tú que ese cilicio
Que dicen que traes deshecho,
No sé yo muy bien que es hecho
De tu regalado vicio?
¿Quieres que te diga aquí
Con quién, dónde, cómo, infame?

LUCINDA.

¿Quieres tú también que llame
Á Dios y al Rey contra ti?

LEONATO.

¿Es mejor que se murmure
Que quieres á un mentecato,
Y no á un hombre de mi trato.
Que tu remedio procure?

LUCINDA.

¿Qué dices, hombre?

LEONATO.

Que tratas
Con Crispín, Lisarda, digo;
Digo que es Crispín tu amigo.

LUCINDA.

Hoy tus maldades rematas,
Que con ese testimonio
Has pretendido obligarme;
Pues no me importa que se arme
De tus fraudes el demonio.
¡Quédate, infame, cruel,
Vil sangre, invención liviana!

Vase Lucinda.

LEONATO.

Yo diré al Duque, villana,
Como estás preñada dél;
Y aunque lo pienses fingir
En secreto y con recato,
Yo diré al Duque tu trato
Y deshonesto vivir.
¡Que no la pueda vencer!
¡Que no bastan amenazas!
¡Que ni intereses ni trazas
Te rindan, siendo mujer!
No importa; tú harás mudanza,
Ó verás que del amor
No hay remedio que mejor
Despique, que la venganza.

Vase.

Salen Lisardo y el Soldán de Persia.

SOLDÁN.

No hallo cosa de mi gusto
Que para el tuyo no sea.

LISARDO.

Á quien servirte desea,
Todo ese favor es justo.

SOLDÁN.

Presentáronme el cautivo,
Y yo te lo quiero dar.

LISARDO.

Los pies te quiero besar
Por favor tan excesivo.

SOLDÁN.
Pienso que te hago placer,
Por ser hombre de tu tierra.
LISARDO.
¿Fué cautivo en paz, ó en guerra?
SOLDÁN.
En guerra debió de ser.
LISARDO.
Haz que le traigan.
SOLDÁN.
Traed
Aquel esclavo.
LISARDO.
No puedo
Decir, señor, cuánto quedo
Obligado á esta merced.
¿Es hombre noble?
SOLDÁN.
En su traza
Lo parece, aunque lo niega,
Pero es que el temor le ciega
Y el castigo le amenaza.

Salen Cambises y Enrique.

CAMBISES.
El anciano es el Soldán,
Y el mozo Lucindo es,
Que ya en su presencia ves.
LISARDO.
¡Gentil esclavo!
SOLDÁN.
¡Galán!
Ése es tu dueño, y con él
Te puedes quedar agora;
Que voy á ver á Tidora.
LISARDO.
Tu suerte ha sido cruel.
ENRIQUE.
No lo fué, pues vine aquí.
LISARDO.
¿Adónde te cautivaron?
ENRIQUE.
En unas islas me hallaron
Tres moros.
LISARDO.
¿Sin guerra?
ENRIQUE.
Sí.
LISARDO.
¿De dónde eres?
ENRIQUE.
Soy inglés.
LISARDO.
¡Ay, cielo!
ENRIQUE.
¿De qué suspiras?
LISARDO.
Yo me entiendo.
ENRIQUE.
¿Qué me miras
De la cabeza á los pies?
LISARDO.
Tuve en esa tierra yo
Un grande amigo.
ENRIQUE.
¿Quién fué?
LISARDO.
¿Conocerásle?
ENRIQUE.
No sé.
LISARDO.
¿Há mucho que faltas?
ENRIQUE.
No.
LISARDO.
¿Conoces á Enrique?
ENRIQUE.
Sí.
LISARDO.
El Príncipe, digo.
ENRIQUE.
Estuve
Con él há mucho, y le tuve
Harto más cerca que á ti.
Mas ¿de qué le has conocido?
Que nunca vino á esta tierra.
¿Tú, por dicha, á Ingalaterra
Con alguna armada has ido?
LISARDO.
Su amigo soy; pero advierte
Que le he tratado.....
ENRIQUE.
Es honrado
Para amigo, y desdichado
En amigos.
LISARDO.
¿De qué suerte?
ENRIQUE.
Quejábase de un francés,
Pienso que era proenzal,
Que con mano liberal
Le dió un divino interés,
De que sin decirle nada
Se fué, y le dejó, y sé yo
Que en tierra y mar le buscó
Con una larga jornada;
Y que hallándole un anillo
Que él le dió, y á él su madre,
Le prendió el Duque, su padre,
Y le tuvo en un castillo,
Donde Matilde, su hermana,
Le sacó, y dió libertad.
LISARDO.
¿Hizo alguna liviandad?
ENRIQUE.
No fué Matilde liviana,
Sino mujer muy piadosa.
Él se fué, y pidióle un mes
De término, que ya es
Por fe y palabra su esposa.
LISARDO.
Pues ¿para qué le quería?

ENRIQUE.
Para buscar á Lisardo.

LISARDO.
¿Qué me detengo? ¿Qué aguardo
De hablar á la prenda mía?
¿Diré quién soy? Sí, que acaso
Tendré de Lucinda nuevas.
¡Qué aprisa el alma me llevas!
Cautivo, detén el paso;
Détenle, y la vista afirma,
Y repara en lo que soy.

ENRIQUE.
Temblando de verte estoy;
El alma el temor confirma.
¿Eres cristiano?

LISARDO.
Sí, amigo.

ENRIQUE.
Y ¿de dónde eres?

LISARDO.
Francés.

ENRIQUE.
¿Tu nombre?

LISARDO.
Lisardo es.

ENRIQUE.
¿Qué dices?

LISARDO.
Verdad te digo.

ENRIQUE.
Y tú, ¿conócesme á mí?

LISARDO.
Pienso si te he visto yo:
Los ojos dicen que no,
Y el alma dice que sí.

ENRIQUE.
¿Á Enrique de Ingalaterra
No conoces?

LISARDO.
¡Cielo santo!
¿Es posible que bien tanto
Honra esta bárbara tierra?
Dame esos brazos; yo soy
Lisardo.

ENRIQUE.
Yo Enrique, á quien
Pagas con tanto desdén
Las entrañas que te doy.

LISARDO.
Amigo, con mil espadas
Vino el Rey sobre el jardín;
Fuéme necesario, en fin,
Romper las puertas cerradas.
No te hablé, por no poder;
Llevé á un monte aquella dama,
Bajó un ave de una rama,
Demonio debió de ser;
Llevóme una banda roja
Y dos anillos en ella,
Levantéme, y fuí tras ella;
Dándome el pecho congoja,
Que eran de tanto valor
Como aquél que á ti te dí;
Fuése á una peña, seguí
Su vuelo, que fué mi error,
Porque allí me cautivaron.

ENRIQUE.
Esas armas mías fueron,
Que entonces te defendieron
De dos que al jardín llegaron.
Tu madre es muerta.

LISARDO.
¡Ay de mí!

ENRIQUE.
Y tu padre en eso queda;
Que no hay persona que pueda
Darle un consuelo sin tí.
Va y viene á cierta casa
Donde está una peregrina
De vida santa y divina,
Cuya fama el mundo pasa,
Porque por ti ruega á Dios,
Y de tu nombre se llama.

LISARDO.
¡Válgame Dios! ¿Si es mi dama
Y hemos trocado los dos?
Que yo Lucindo me llamo.

ENRIQUE.
Mucho te quiere el Soldán.

LISANDRO.
Soy su rey y capitán,
De laurel mi frente enramo.
Pero toda esta grandeza,
Sin mis padres ni mi esposa,
Es, Enrique, humilde cosa,
Y en mis intentos bajeza.

ENRIQUE.
¿Cómo no te vas?

LISANDRO.
No puedo;
Más que á su reino me estima.

ENRIQUE.
Á ver tu padre te anima,
Que tengo á su muerte miedo.
Dile que yo quedaré
Preso en tu lugar por ti.

LISANDRO.
Podrá ser que quiera así,
Como esa prenda le dé.
Mas téngole de decir
Que eres rey de Ingalaterra.

ENRIQUE.
¡Vuelve, Lisardo, á tu tierra,
Y condénenme á morir!

LISANDRO.
Dame esos pies.

ENRIQUE.
Si esto es poco,
Daré mil vidas por ti.

LISANDRO.
Deja de tratarme así;
Que estoy de contento loco.

Palabra te doy, Enrique,
De volver á la prisión,
Y que aquesta obligación
Á todo el mundo publique.
Mas ¿cómo podré llevar
Muchas joyas y tesoros
Que aquí me han dado?

ENRIQUE.

Á estos moros
Puedes, Lisardo, engañar.

LISANDRO.

¿De qué modo?

ENRIQUE.

En diez barriles,
El oro y joyas pondrás
Hasta el medio, y lo demás
Cubre de otras cosas viles.

LISANDRO.

De sal será lo mejor,
Y pondréme yo en vil traje.

ENRIQUE.

Vamos á aguardar que baje
El Soldán.

LISANDRO.

¡Notable amor!
En fin, ¿ya somos cuñados?

Sale el hermano Crispín.

CRISPÍN.

¿Quién llama?

LEONATO.

Aquí está el Duque (1).

CRISPÍN.

Esté en buena hora,
Hermano, has de decir.

LISANDRO.

Temo.....

ENRIQUE.

¿Qué temes?

LISANDRO.

Salir
Déstos, hasta aquí engañados.

ENRIQUE.

Engaña en el mar la guarda,
Fíngete mercader nuevo
De sal.

LISANDRO.

Diré que la llevo
Al hospital de Lisarda.

ENRIQUE.

Si hallas á Lucinda allí,
Quédate en tu tierra, hermano.

LISANDRO.

Ni soy noble, ni cristiano,
Si no volviere por ti.

Sale el Duque, y Leonato con un niño envuelto.

DUQUE.

Niño, ¿de qué manera?

LEONATO.

Aquí parece
Que una cédula tiene.

DUQUE.

¡Extraño caso!
¿Niños echan también en esas puertas?

LEONATO.

Es esta hospitalera tan piadosa,
Que acudirán necesidades varias,
Para que acuda á todos con limosna.

DUQUE.

Sí; mas un hospital de peregrinos,
Leonato, ¿ha de criar niños expósitos?
Llama á Lisarda.

LEONATO.

¡Ah de la casa! ¡Ah, gente!

CRISPÍN.

Que yo también estoy donde Dios sabe.
Pues ¿qué quiere á estas horas Su Excelencia?

DUQUE.

¿Qué hace aquel ejemplo de mujeres?
¿Qué hace la común misericordia?
¿Cómo está, amigo, aquella peregrina,
Que es ángel de la tierra?

CRISPÍN.

¡Por Dios, Duque!
Nuestra Hermana mayor ya se acostaba,
Sino que tiene siempre de costumbre
Subirse á la azotea por dos horas.

DUQUE.

¿Cómo azotea?

CRISPÍN.

Dase en las espaldas
Con ciertos canelones cada noche,
Porque parezca el hijo vuestro.

DUQUE.

El cielo
Oiga su voz, su penitencia admita.

LEONATO.

Cierto que hace penitente vida.
Y vos, padre Crispín, ¿qué hacéis de noche?

CRISPÍN.

Señor, procuro yo acostarme luego.

DUQUE.

Esa no es mala vida.

CRISPÍN.

Peor fuera
Estar como en Palacio, murmurando
De las vidas ajenas, con envidia
Del favor, de la hacienda, del suceso,
Del oficio, del cargo, de la honra,
Y de otras cosas en que Dios se ofende.

LEONATO.

Éste, señor, aunque es un hombre simple,
Es el gobierno desta casa todo,
Y aun santo, aunque habla así por menospre-
[cio.

Sale Lucinda sola.

LUCINDA.

¿Aquí Vuestra Excelencia á tales horas?

(1) Falta la rima, y parece que sobra un verso.

DUQUE.

Venía con un grande desconsuelo
Á pedir que á Dios me encomendases
Á mi Lisardo con mayores ruegos,
Y que las buenas almas desta casa
Hiciesen general oración juntas.

LUCINDA.

Pues ¿hay, señor, alguna mala nueva?

DUQUE.

Como se fué aquel preso, que debía
De ser encantador, pues no fué visto
Que rompiese ventana, puerta ó reja,
Mandé que por la mar fuese buscado;
Los que el puerto anduvieron una noche,
Vieron un pez, no visto en forma y cuerpo,
Porque era fiera y en extremo grande.

[illegible].

Yo estaba aquí cuando la nueva vino.

DUQUE.

Vivió hasta agora sustentado en agua,
Con algunos regalos de la tierra;
Murió; híccle abrir, en cuyo vientre
Pareció un tafetán con dos diamantes
Que la Duquesa dió á Lisardo al tiempo
Que se partió de nuestra casa á Nápoles;
No puede su valor, aunque muy grande,
Consolar la sospecha que me ha dado
De que es muerto en la mar mi amado hijo,
Pues tiene aqueste pez tan claras prendas.

LUCINDA.

¡Válgame Dios!

Desmáyase.

LEONATO.

¡Desmayo temerario!

DUQUE.

Cayóse de su estado. ¿Qué habrá sido?
Echalda en ese estrado, y, entretanto,
Veremos este niño.

CRISPÍN

Comer poco,
Dormir menos, sacarse mucha sangre,
¿En qué puede parar, sino es en esto?

DUQUE.

¿Si le dió de la nueva este desmayo?

LEONATO.

Bien puede ser, que siente por extremo
Cualquiera mala nueva de Lisardo.

DUQUE.

Leed aquesa cédula que tiene.

LEONATO.

Lee.

«Este niño que se echa á aquestas puertas,
Echó la hospitalera desta casa
[illegible] las de un hombre honrado deste pueblo;
Mas él, que sabe que ella le ha parido
De Crispín, el hermano, que se hace
Simple, siendo un bellaco malicioso,
Á las suyas le vuelve, que le críe.»

CRISPÍN.

¿Cómo es eso? Esperad.

DUQUE.

¡Notable caso!
¿Que Lisarda es tan grande pecadora,
Y este villano su rufián?

CRISPÍN.

Advierta,
Hermano Duque, que es un mentecato;
Que no soy yo rufián, aunque soy hombre,
Y ésta que mira no es mujer, es ángel;
Y dél abajo, ó dél arriba, miente
Cualquiera que dijere lo contrario.

[illegible]

¿Cómo, Leonato, el cielo había de darme
Mi hijo por los ruegos y oraciones
De una infame mujer? ¿Qué sacrificios
Tan aceptos le ha hecho? ¡Oh pueblo ciego!
¡Que tú me has engañado! ¡Si no fuera
Tan mal contado á quien yo soy, hiciera
Una venganza en ella con mis manos,
Que se contara por ejemplo al mundo!
Déjale luego el mal nacido niño.
¡Sal, Leonato, de aquí; sal desta casa;
Que á no ser como es sagrada iglesia,
Pusiera fuego á cuanto en ella vive!

LEONATO.

¡Toma, villano, el hijo que engendraste!

CRISPÍN.

¡Mentís, por Dios! Pero porque no tiene
Padre ni madre, echalde acá en buen hora.

LEONATO.

¡Qué bien me vengo ya de ti, traidora!

Vanse el Duque y Leonato, y queda Crispín con el niño en los brazos, y Lucinda desmayada.

CRISPÍN.

Por mi fe, niño, no sé
Qué habemos de hacer los dos;
Que si no lo sabéis vos,
Yo sé que no os engendré,
Y sé que lo sabe Dios.
Pues estotra, que en el suelo
Es un serafín del cielo,
Una santa, una mujer
De tan casto proceder,
Parióle como mi abuelo.
¡Ah, señora! ¿Qué la digo?
Vuelva en sí, que hay grande mal.

Vuelve en sí Lucinda.

LUCINDA.

¿Qué es esto, Crispín amigo?

CRISPÍN.

Sepa que en nuestro hospital
Hoy se ha entrado un enemigo.

LUCINDA.

¿Y el Duque?

CRISPÍN.

El Duque y Leonato

Se han ido.

LUCINDA.

¿Qué niño es ése?

CRISPÍN.

Alguno, con falso trato,
Le echó en nuestro umbral, y fuése.

LUCINDA.

Habla, Crispín, con recato.

CRISPÍN.

¿Qué diablos tengo de hablar,
Si dicen que le ha parido,
Y me le han dado á criar?

LUCINDA.

¿Duermo acaso?

CRISPÍN.

Si has dormido,
Ya es tiempo de despertar.
Una cédula traía,
Que, por lo menos, decía
Que es el niño de los dos.

LUCINDA.

¿De mí y de ti?

CRISPÍN.

Sí, ¡par Dios!

LUCINDA.

¡Desdichada suerte mía!
¿Oyólo el Duque?

CRISPÍN.

¡Pues no!

LUCINDA.

¿Qué le respondiste?

CRISPÍN.

Yo
Respondíle que ojalá.

LUCINDA.

¡Perdido mi honor está!
¡Ya Leonato se vengó!
¿Qué dijo el Duque?

CRISPÍN.

Decía
Que cómo por tu ocasión
Dios á su hijo traería,
Y que por esta razón
Tanto mal le sucedía.
Yo le vi, que te quisiera
Ó matar ó desterrar.

LUCINDA.

¡Ah, Leonato! ¡Ah, bestia fiera,
Que te quisiste vengar,
Villano, desta manera!
Por no hacer tu gusto, saco
Este premio; soy mujer;
Llorando, mi daño aplaco.

CRISPÍN.

¡Por Dios, él debe de ser
Un grandísimo bellaco!
Verle pienso, y no vengarme,
En una lanza ó almendro.

LUCINDA.

Estoy por desesperarme.

CRISPÍN.

¿Qué hemos de hacer del engendro?

LUCINDA.

Matarle, amigo, ó matarme.

CRISPÍN.

Mire, hermana, aunque me vea
Un saco de necedades,
Óigame, aunque bestia sea;
Que para prosperidades
No es mucho que verdad sea.
Para mal sin resistencia,
El valor es menester;
Súfrase y tenga paciencia,
Que no hay bien como tener
Bien segura la conciencia.
Dios también suele probar
Á sus amigos así.
Lo que ha de hacer es callar
Y tomar ejemplo en mí;
Que tiempo queda de hablar.

LUCINDA.

¿Cómo quieres que me cuadre
Esta infamia? Ya el ser madre
Sufriera, pues serlo heredo,
Mas ser tú el padre, no puedo.

CRISPÍN.

¿Tan malo soy para padre?
Pues yo sé que por ahí,
Cuando voy con la demanda,
No me desprecian así.

LUCINDA.

¡Bueno mi crédito anda!
¡Triste! ¿Qué será de mí?
Señor, si lo queréis vos,
Paciencia.

CRISPÍN.

No se alborote.

LUCINDA.

¿Vos mi hijo?

CRISPÍN.

Y de los dos.
¡Qué bonito es el chicote!
Ojo, bendígate Dios.

Vanse.

Salen Lisardo y dos pilotos.

LISANDRO.

La tierra es madre; al fin ama
La tierra cualquier persona.
¿Cómo esta isla se llama?

PILOTO 1.°

Llámase, amigo, Saona.

LISANDRO.

Ya la conozco por fama.
¿Podré un poco descansar?

PILOTO 1.°

Podrás mientras calma el viento.

LISANDRO.

Pues quiérome recostar
Sobre esta peña; que siento

Sueño y me convida el mar.

PILOTO 1.º

Aléjate de la orilla,
Y no mucho.

LISANDRO.

No haré.

PILOTO 1.º

El tiempo me maravilla.

LISANDRO.

Dad una voz, que podré
Desde estas peñas oilla.

PILOTO 1.º

No tiene mala apariencia
Este honrado mercader.

PILOTO 2.º

Sí, pero ha dado en hacer
Una extraña impertinencia.

PILOTO 1.º

¿De qué suerte?

PILOTO 2.º

Á un hospital,
Que de Lisarda le llama,
Lleva unas pipas de sal.

PILOTO 1.º

¡Ofrecimiento de fama!
No he visto locura igual.
Pues yo, presumiendo engaño,
Quité una tabla y hallé
Blanca sal por desengaño;
Y aun en dos ó en tres probé:
Él ha sido intento extraño.
Despertó el viento. ¡Qué hermoso
Levante!

PILOTO 2.º

Á la mar camina.

PILOTO 1.º

Velas dan.

PILOTO 2.º

¡Con qué reposo
Duerme estotro en la marina!

PILOTO 1.º

Dale una voz presuroso.

PILOTO 2.º

¡Ah de la tierra!

PILOTO 1.º

¿Sabías
Su nombre?

PILOTO 2.º

Yo no.

PILOTO 1.º

¡Ah, señor!

PILOTO 2.º

En vano, Ergasto, porfías,
La mar escucha mejor.

PILOTO 1.º

Responde á las ansias mías.

PILOTO 2.º

Ya debe de estar allá.

PILOTO 1.º

Sin duda que en ella está.

PILOTO 2.º

Velas izan.

PILOTO 1.º

¡Leva, leva!

Vanse.

Sale Lisardo de la marina.

LISARDO.

Voces oigo. ¿Si se leva
La nave? ¡Ay, Dios, que se va!
¡Ya parte! ¡Triste de mí,
Que pensando en mi señora,
Sobre un prado me dormí!
El remedio es sólo agora
Hacer señas desde aquí.
¡Ah de la nave! No giran
La vela; el curso veloz,
Por rumbo derecho tiran.
¡Hola, hao! ¡No oyen mi voz,
Ni el lienzo y las señas miran!
¿Hay tan grande desconsuelo?
¡Oh, traidores, ya recelo
Que habéis visto mi tesoro;
Bastara quitarme el oro,
Si no era gusto del cielo!
¿Qué haré? Sin remedio estoy.
Esta isla todo es mar;
Voces á los vientos doy,
No me quieren escuchar.
¡Desdichado en todo soy!
¡Plegue al cielo, navecilla,
Que antes que esos viles brazos
Echen el ferro en la orilla,
Te hagas dos mil pedazos,
Desde la gavia á la quilla;
Un huracán, aunque goces
Agora desos combates,
En mil asaltos feroces
Destroce, pues me deshaces,
Escotas, trizas y troces;
Quiebre esa furia esa copa
Con que agora vas ligera,
Aunque cargada de ropa;
No te quede jarcia entera,
Desde el bauprés á la popa!
En ese golfo, parece
Toca en los bancos de Flandes.
¡Triste, ya desaparece!
Mientras doy quejas más grandes,
Más pequeña me parece.
Sólo entre uno y otro canto
El eco á mi voz rebomba.
¡Ea, nave, no corras tanto,
Párate y dame esa bomba,
Con que desagüe este llanto!
Aquí mi queja se acabe,
Ya no es razón que te nombre;
Que ya estás tan lejos, nave,
Que me pareces un hombre,
Y yo te parezco un ave.

¡Ay, cielo! ¿Qué gente es ésta
Que parece desembarca?
El traje lo manifiesta;
La plancha arroja una barca.
Muerta esperanza, haced fiesta;
Que, puesto que turcos son,
Más vale incierta prisión
Que cierta muerte. Ya están
En tierra: buen capitán,
Dios te ablande el corazón.

Entra Enrique, vestido de turco, y cuatro moros con él.

ENRIQUE.
Haced agua de presto, no perdamos
Tiempo, en tanto que este viento corre.

MORO 1.º
Extraña prisa llevas.

ENRIQUE.
Saladino,
Son los deseos del amor coléricos.

Meten mano.

LISARDO.
¡Ea, caballeros turcos!

ENRIQUE.
¡Cielo santo!

LISARDO.
Detened los alfanjes valerosos;
Un pasajero soy, yo soy cristiano,
Robáronme mi hacienda unos pilotos,
Y quedé, como veis, en esta isla;
Más quiero esclavo ser de un hombre noble,
Que no morir de hambre entre estas peñas.
¿Cuál es el Capitán?

ENRIQUE.
Yo soy.

LISARDO.
Pues dame
Algo que coma, y ponme en mil cadenas.

ENRIQUE.
¡Válgame Dios! ¿Si es Lisardo aquése?
¡Lisardo!

LISARDO.
¿Quién me llama?

ENRIQUE.
Enrique.

LISARDO.
¿Enrique?

ENRIQUE.
Enrique soy.

LISARDO.
Enrique de mi vida,
¿Qué es esto?

ENRIQUE.
Aprieta bien aqueste cuello,
Y diréte después la causa.

LISARDO.
Dime,
¿Cómo vienes así?

ENRIQUE.
Dada licencia
Por el Soldán para que te partieses,
Hallóme con mil lágrimas un día;
Preguntóme la causa, y dije que era
Amor de una mujer que se casaba
Dentro de un mes que yo le dí de término;
En fin, supo los días que faltaban,
Y como es tan gran Príncipe, me envía
Á que remedie el mal, si llego á tiempo:
Yo he tomado, hasta salir de Persia,
Este traje que ves por ir seguro,
Y porque llevo firmas de su mano,
Cuantas quise pedir.

LISARDO.
¡Ah, como el cielo
No me tiene olvidado!

ENRIQUE.
Pues no dudes
Que te has de librar destos peligros;
Volvamos á la mar, y toma agora
El hábito que traigo, y disfrazados
Podemos tomar puerto en la Proenza,
Que así negociaremos con más gusto:
Tráigote cartas del Soldán, y traigo
De su hija un presente.

LISARDO.
No la nombres,
Sino échale en el mar. ¡Oh, mi Lucinda!

ENRIQUE.
El cielo te dé nuevas de que vive;
Echa la plancha, Zayde: entra en el barco.

LISARDO.
En tu remedio mi peligro embarco.

Vanse todos, y entra Lucinda, y Crispín sale armado graciosamente.

LUCINDA.
Detente, pues.

CRISPÍN.
Nuestra hermana,
No tiene que detener;
Yo he de vengalla, y verter
Aquella sangre villana.

LUCINDA.
¿No eres tú quien por los dos
Tenías tanta paciencia?

CRISPÍN.
Ya con esa impertinencia
Se me ha acabado ¡par Dios!
Como ya de su maldad
Al Duque habéis dado cuenta,
Dicen que en campo sustenta
Que es, lo que dice, verdad.
El crédito habéis perdido
De suerte, que nadie sale;
Pues hoy verán lo que vale
Un casto honor ofendido;
Que Dios, que á David sacó

Al campo contra un gigante,
Y á Holofernes arrogante,
Una mujer sujetó;
Y quien á un niño da ciencia
Contra la madura cana
Que osó ofender á Susana,
Para tan clara sentencia,
Me dará fuerzas á mí
Para matar á una bestia;
Las armas me dan molestia,
Quiero echarlas por ahí;
Que Dios me dará valor.

LUCINDA.

Calle, hermano, que yo llevo
Ese testimonio nuevo
Con más paciencia y amor;
Deje las armas y atienda
Á los enfermos de casa.

CRISPÍN.

Lo que ya de razón pasa,
No hay jumento á quien no ofenda.
¡Déjeme, por vida suya,
Meteréle ésta no más!

LUCINDA.

Téngase.

CRISPÍN.

¡Que por jamás
Cosa que intenté, concluya!

Llamen á la puerta.

LUCINDA.

Mire quién me busca ahí.

Salen dos pilotos.

CRISPÍN.

Dos hombres de la mar son.

LUCINDA.

Di que no hay camas.

CRISPÍN.

Patrón,
Porque no hay recado aquí,
Véngase, á la fe, mañana.

PILOTO 1.°

No venimos sino á hablar
Á la hospitalera, y dar
Cierta limosna.

CRISPÍN.

Oye, hermana,
Limosna trae esta gente.

LUCINDA.

Pues hijos, guárdelos Dios.

PILOTO 1.°

En una nave los dos,
Por ese mar de Poniente,
Á la isla de Saona
Llegamos, donde trujimos
Un mercader, que perdimos,
Hombre de honrada persona,
El cual á este hospital
Ciertos barriles traía
De sal.

CRISPÍN.

¡Qué mercadería!

PILOTO 2.°

Llevamos, en fin, la sal.
Levantóse tal tormenta,
Que remedio no tuvimos,
Hasta que al cielo ofrecimos
Traerla por nuestra cuenta.
Y pues la habemos traído,
Hacedla meter acá,
Que algún dinero valdrá.

[illegible]

Notable suceso ha sido.

PILOTO 1.°

Á vuestra gran santidad
El milagro atribuímos.

LUCINDA.

Ya ese crédito perdimos.

[illegible]

Señora, con Dios quedad.

Vanse los pilotos.

LUCINDA.

Guárdeos él de malos tratos.
¡Qué pilotos manirrotos!

CRISPÍN.

¿Pilotos son?

LUCINDA.

Sí, pilotos.

CRISPÍN.

Más parecen dos Pilatos.

LUCINDA.

Vaya á meter esta sal.

CRISPÍN.

¿Qué puercos acá tenemos,
Si no quiere que salemos
Los pobres del hospital?

Vase Crispín.

LUCINDA.

¡Á qué rigor más extraño
Me puede el tiempo traer,
Por no querer conocer
Mi esperanza el desengaño!
¿Qué aguardo en aquesta tierra,
Si ya mi bien se acabó?
Mas dirán, si me voy yo,
Que su dueño me destierra.
Muerto es mi bien, bien lo advierte
El cierto fin de mis dichas;
Que todas estas desdichas
Son correos de su muerte.
¡Qué espantosa confusión!

[illegible]

CRISPÍN.

Dos hermanos luteranos

Quieren besarte las manos.

LUCINDA.

¡Cómo! ¿Quién dices que son?

CRISPÍN.

¡Ah, sí! Persianos dijeron;
No tengo mucha memoria.

Entran Enrique y Lisardo, de persianos.

LISARDO.

De tu virtud, fama y gloria,
Dos mercaderes trujeron
Las nuevas á Persia un día.
¿Qué te parece?

ENRIQUE.

Que es ella.

LISARDO.

Sí, porque ya el alma, en vella,
Arde, tiembla y desconfía.

ENRIQUE.

Sin duda Lucinda es,
Y que se llama Lisarda.

LISARDO.

Aún está hermosa.

ENRIQUE.

Es gallarda.

LISARDO.

¡Ay, Dios!

ENRIQUE.

Disimula, pues.

CRISPÍN.

Reparando están en ti.

LUCINDA.

Habránles allá pintado
Que soy un ángel.

ENRIQUE.

Tú has dado
En la cuenta, ello es así.

LISARDO.

Por abrazalla me muero.

ENRIQUE.

Tiempo queda; espera un poco.

LISARDO.

¡Ay, Enrique, que estoy loco!

ENRIQUE.

Espera.

LISARDO.

Muriendo espero.

LUCINDA.

¿Qué es, amigos, lo que aquí
Os trajo de aquesta suerte?

LISARDO.

El darte, después de verte,
Ciertas nuevas.

LUCINDA.

¿Cómo así?

LISARDO.

Del señor de aquesta tierra
Tiene allá un hijo el Soldán.

LUCINDA.

Qué, ¿es vivo?

LISARDO.

Y su capitán,
Y gobierna en paz y guerra.
Supo que estabas aquí,
Y por quitarte el cuidado
Te escribe que se ha casado.

LUCINDA.

¿Casado?

LISARDO.

Señora, sí.

LUCINDA.

¡Ah, traidor, cruel, perjuro,
Mal cristiano, hombre sin ley!

LISARDO.

No te espantes; que allá es rey
De grande Estado y seguro.

LUCINDA.

¿Que no me espante? Conmigo,
¿No le tuviera mejor?
¡Qué bien empleé mi honor,
Lisardo infame, contigo!
¡Con qué engañada esperanza
Tantos años te esperé,
Mostrando mi amor y fe!
Justo galardón me alcanza.
Fiad en hombres.

LISARDO.

¿No quieres
Que la abrace?

ENRIQUE.

Aún es temprano.

LUCINDA.

¡Ah, cómo es mayor, villano,
El valor de las mujeres!

LISARDO.

¿Ni agora tampoco?

ENRIQUE.

No;
Que sabrán luego de ti.

Entra un capitán con dos alabarderos.

CAPITÁN.

La hospitalera, ¿está aquí?

LUCINDA.

Aquí está.

CAPITÁN.

¿Sois vos?

LUCINDA

Soy yo.

CAPITÁN.

El Duque os manda llevar
Presa á su presencia.

LUCINDA.

Vamos.

LISARDO.

¡Á qué buen punto llegamos!

ENRIQUE.

¿Ves como es bueno callar?

LISARDO.

¿Por qué la llevan, señor?

CAPITÁN.
Era por santa tenida,
Y amaneció.....
LISARDO.
¿Qué?
CAPITÁN.
Parida
Deste buen hombre.
LUCINDA.
¡Ah, traidor!
Ya no es tiempo de defensa,
Que Lisardo se ha casado;
Ya el honor es acabado,
Venga la afrenta y la ofensa.
No me quiero defender,
Máteme el Duque homicida.
ALABARDERO.
Loca está.
CAPITÁN.
Llevadla asida;
Que no es mucho si es mujer.
LISARDO.
El loco soy yo, señor.
¿Esto es cierto?
CAPITÁN.
Y muy probado.
CRISPÍN.
No lo creáis, hombre honrado,
Si tenéis mujer y honor;
Que ésta es ángel en la tierra.
CAPITÁN.
Ese tonto que os habló
Es de quien ella parió.
LISARDO.
¡Ah, Enrique, esa boca cierra!
¡Rabio por dar voces!
ENRIQUE.
Calla;
Que la querrá el Duque.
CAPITÁN.
Un hombre
De honradas partes y nombre,
Sustenta el caso en batalla.
Mas otra ocasión ha habido,
Y es que Matilde se casa
Con el de Ferrara.
ENRIQUE.
Pasa:
Mi término es ya cumplido.
CAPITÁN.
Con él, á ser su padrino,
El Rey de Nápoles viene,
El cual, tal deseo tiene,
Por aqueste desatino
Y la santidad pasada,
De ver aquesta mujer,
Que en su presencia ha de ser
Esta causa averiguada.
Perdonad, que voy de prisa.
Caminad vos, mentecato.
CRISPÍN.
¿Voy yo allá?
CAPITÁN.
¡Pues no!
CRISPÍN.
¡Hoy te mato,
Infame!
ENRIQUE.
Todo esto es risa.
Habla, no enmudezcas; ven
Á libralla, que es mentira.
¿Qué te enojas? ¿Qué te admiras?
¿No se ve el engaño bien?
LISARDO.
Tienes razón.
ENRIQUE.
¡Qué gran dicha
Fué llegar!
LISARDO.
Esta maldad
No cabe en su calidad,
Pero cabe en mi desdicha.
ENRIQUE.
Es testimonio terrible.
LISARDO.
Bien sé que no puede ser,
Que es noble; mas es mujer,
Y en mujer todo es posible.
ENRIQUE.
Vamos, que aún queda lugar
De remediarlo también.
LISANDRO.
No hay en esta vida bien
Que no venga á dar pesar.

Vanse todos.

Salen el Duque de Proenza, el de Ferrara, el Rey de Nápoles, Matilde y Leonato: siéntense.

DUQUE.
Con ninguna cosa vino
El Duque, de más contento,
Gran Rey, á este casamiento,
Que con traer tal padrino:
Vuestra Majestad se siente.
REY.
¿De qué está la novia triste?
MATILDE.
De la pena que resiste
De ver lo que adora ausente.
REY.
¿Qué dice?
FERRARA.
No lo entendí.
REY.
No oso hablar, estoy turbado.
Pues aún no estoy desposado,
Hablad por vos y por mí.
DUQUE.
Dirá Matilde que ha sido
Dichosa en haber casado

Con el Duque.

FERRARA.

Yo he ganado
En tan desigual partido.

LEONATO.

La peregrina está aquí,
Y aquel su hermano galán.

Entran el capitán, Lucinda, Lisandro, Enrique y Crispín.

REY.

¡Gran contento me darán,
Grandes cosas della oí!

DUQUE.

Fué aquí tenida por santa.
¿Quién viene con ella?

CAPITÁN.

Son
Dos persianos de nación,
Que allá posaban.

DUQUE.

Espanta
Ver que hasta un bárbaro moro
En su hospital acogía.

REY.

Quien tanta piedad tenía,
¿Perdió su honesto decoro?

DUQUE.

¡Cuántos hay que han resistido
Con un divino valor
Dos mil vicios, y en amor,
Como bestias, han caído!

REY.

¡Buen talle y honestidad!

FERRARA.

Él, hombre simple parece.

LEONATO.

Tanto más culpa merece
Por su pecado y maldad.

REY.

¿Sois vos el acusador?

LEONATO.

Yo soy.

LUCINDA.

¡Ah, traidor villano,
De aquel Jüez soberano
Venga el castigo á tu error!
Bien sabes que pretendiste
Gozarme, y firme me hallaste,
Por eso te perjuraste
Y á este punto me trujiste.
¿Dices que sustentarás
Que es verdad?

LEONATO.

Y aquí lo digo.

LISANDRO.

Yo, caballero, me obligo,
Si tú licencia nos das,
De sustentar en campaña
Que mientes.

LEONATO.

Eres de ley
Contraria.

LISANDRO.

Yo tengo un Rey
Que adora la ley de España,
La de Nápoles y Francia,
Que es toda una.

REY.

Otorgad
El campo.

CRISPÍN.

¿No es necedad,
Si sois hombre de importancia,
Poneros en un picaño?
Salid aquí, bellacón,
Y andemos al mojicón.

LISANDRO.

¡Detente allá!

REY.

¡Caso extraño!

LUCINDA.

¿Qué te admiras y suspendes?
¿Quieres saber que es mentira?
Pues mira á tu sangre, y mira
De cuantos reyes desciendes,
Y echarás luego de ver
Si tu sangre te ofendió.

REY.

Pues ¿quién es mi sangre?

LUCINDA.

Yo.

REY.

¿Qué es lo que dices, mujer?

LUCINDA.

Que soy tu hija, robada
Del hijo deste homicida,
Donde, dejada y perdida,
Peregrina y despreciada,
He vivido, como veis,
Hasta que indujo el demonio
Á éste á tal testimonio.

REY.

¡Hija!

CRISPÍN.

Agora pagaréis.....

LUCINDA.

Lisardo es moro, y pues queda
En servicio del Soldán,
Según las nuevas me dan,
Dejadme que vivir pueda
En mi hospital, que otra cosa
No la acabaréis conmigo.

DUQUE.

¿Quién lo ha dicho?

LISANDRO.

Yo lo digo;
Pero no es verdad, esposa;
Que yo soy Lisardo.

DUQUE.

¡Cielo!
¿Qué es lo que oigo?

LISANDRO.

¡Ay, prenda mía!
A verte alegre venía
Desde aquel bárbaro suelo,
Con diez pipas de tesoro,
Llenas de sal por encima;
Pero entendiendo la enima,
Me las hurtó el que ignoro.

LUCINDA.

Yo las tengo en mi poder.
Mas ¿qué tesoro mayor
Qué hallarte?

DUQUE.

¡Hijo!

LISANDRO.

¡Señor!

DUQUE.

¿No hay más hablar? ¿No hay más ver?

LISANDRO.

Ten los brazos; que he jurado
No te los dar hasta el punto
Que me otorgues.....

DUQUE.

Pide junto,
Lisardo, todo mi Estado.

LISANDRO.

Sólo que á mi hermana des
Á Enrique de Ingalaterra,
Porque en la mar y en la tierra
Pasó por mí lo que ves.

DUQUE.

Con el Duque de Ferrara
La caso.

FERRARA.

Yo se la doy;
Que á tal Príncipe, no soy
Tan loco que la quitara.

ENRIQUE.

¿Puedo hablaros?

DUQUE.

¿No es el preso
Que de la cárcel huyó?

MATILDE.

Sí, señor; libréle yo,
Que ya á todos lo confieso,
¡Mi Enrique!

ENRIQUE.

¡Señora mía!

CRISPÍN.

Oigan un poco en el fin
Al tonto hermano Crispín,
Su Alteza y Su Señoría,

DUQUE.

¿Qué queréis?

CRISPÍN.

Pido un oficio.

DUQUE.

Pide el que quisieres.

CRISPÍN.

Pido
Ser verdugo.

DUQUE.

Él ha pedido
Como da su ingenio indicio.

CRISPÍN.

Yo lo quiero ser, á efeto
De ahorcar á este bellaco.

LEONATO.

Si con mi sangre no aplaco
Mi traición, desde hoy prometo.....

DUQUE.

No digas nada ni hables;
Lucinda es jüez.

LEONATO.

Pregono
Mi culpa.

LUCINDA.

Yo te perdono.

REY.

¡Gran valor!

FERRARA.

¡Cosas notables!

CRISPÍN.

¿Eso has hecho?

LUCINDA.

No te espantes;
Que es grande el bien que he ganado.

LISANDRO.

Y aquí, discreto senado,
Se acaben *Los tres diamantes*.

FIN.

ÍNDICE

DE LAS

COMEDIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

COMEDIAS NOVELESCAS

Primera sección.

